

CONTORNO

Edición facsimilar



CONTORNO

CONTORNO

Edición facsimilar



Contorno : edición facsimilar / Ismael y David Viñas [et. al.]. - 1a ed. - Buenos Aires :
Biblioteca Nacional, 2007.
328 p. ; 23 x 32 cm.

ISBN 978-987-9350-23-2

1. Estudios literarios.
CDD 801.95

COLECCIÓN REEDICIONES Y ANTOLOGÍAS
Biblioteca Nacional

Dirección: Horacio González
Subdirección: Elsa Barber
Dirección de Cultura: Ezequiel Grimson

Área de Publicaciones: Sebastián Scolnik, Horacio Nieva, Juana Orquin, María Rita Fernández,
Alejandro Truant, Ignacio Gago, Gabriela Mocca, Yasmín Fardjoume,
Griselda Ibarra

Diseño Editorial: Alejandro Truant

Colaboración: Ximena Talento

© 2007, Biblioteca Nacional
Reserva de derechos
Agüero 2502 (C1425EID)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
publicaciones@bn.gov.ar
www.bn.gov.ar

© 2013, Reimpresión

ISBN: 978-987-9350-23-2

Esta edición de 1.000 ejemplares se terminó de imprimir en
Al Sur Producciones Gráficas S.R.L., Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina, en marzo de 2013.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o
modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de los editores.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Presentación	
<i>Contorno en el centro</i> , por Horacio González	I
Prólogo	
<i>Una historia de Contorno</i> , por Ismael Viñas	III
Revistas	
N° 1 (noviembre de 1953)	1
N° 2 (mayo de 1954)	9
N° 3 (septiembre de 1954)	25
N° 4 (diciembre de 1954)	41
N° 5-6 (septiembre de 1955)	61
N° 7-8 (julio de 1956)	123
N° 9-10 (abril de 1959)	183
Cuadernos	
N° 1 (julio de 1957)	267
N° 2 (febrero de 1958)	291

Contorno en el centro **Horacio González**

En algún momento en que debió valorar esa experiencia, el crítico Rodríguez Monegal destinó a *Contorno* la expresión parricidas. Esta fortísima palabra quería significar la naturaleza del corte que intentaba la revista. Corte con los lenguajes aúlicos y melancólicos del ciclo anterior, que podrían señalarse en la obra de Eduardo Mallea; corte con los estilos críticos que se lanzaban a proteger normas lingüísticas ajenas a una nueva coloquialidad innovadora –como trasunta la crítica de Masotta al profesor Vocos Lescano–; corte con una visión prejuiciosa de la política argentina, que mantenía a las clases populares bajo una observación en la que mucho pesaban los criterios de la revista *Sur*, para quien la “reconstrucción nacional” significaba en primer lugar un exorcizo de “los hombres capaces de todos los males”. Por otro lado, trazar la línea para dejar atrás el mundo que se veía adocenado –como “un Zeppelin inodoro”, había escrito David Viñas–, implicaba levantar las nuevas banderas de la época, en primer lugar las que se iban a recuperar –tenían nombre: Roberto Arlt primero, Martínez Estrada después–, y luego los núcleos temáticos que era necesario analizar. Se reflexionaría sobre ellos con nuevos modos del ensayo y la teoría: el peronismo y el desarrollismo. Campo de ensayo de una nueva actitud cultural, *Contorno*, en el breve ciclo de sus apariciones, habló con una nueva lengua y esa lengua silbaba su aquí y ahora argentino. Bastaba leer el fino estilo de León Rozitchner, con ensayos críticos que podían mostrar desde la originalidad de su título, como *Comunicación y servidumbre*, hasta la grácil resolución de su fina urdimbre argumentativa, para percibir los alcances de esta renovación que tenía la cuestión literario-política del país en su centro. Efectivamente, *Contorno* se ponía en el centro de un giro lingüístico y filológico desde el estudio de abogacía de Ismael Viñas, sede de la redacción. Allí es posible imaginar a los antes mencionados, más Jitrik, Prieto, Kusch, Halperín Donghi, Sebreli, Correas y muchos otros, autores de muchos de los variados artículos de la revista, que sacudía a la ciudad intelectual con sus voces nuevas, casi tanto como una escena de *El Jefe*, la película de Ayala que traducía un cuento de David Viñas, donde una revista salía a la calle en pilones rápidamente atados, y se agotaba. Era sin duda una experiencia parecida a la de *Contorno*, aunque aquella revista de ficción era de contenido muy diferente y esta narración cinematográfica ocurriese tiempo después que *Contorno* dejase de salir. Han pasado los años y su mito parricida sigue en pie. Significa el permanente deseo de recomienzo y búsqueda de lenguajes fuertes que se dirigían a la Ciudad para despertarla. *Contorno* quería el centro. Era en sí misma una ciudad de letras, aunque por sus calles circulaban los hombres de sudor verdadero.

Una historia de Contorno Ismael Viñas

Juan José Sebreli (que escribió de modo que tal vez puede calificarse de prominente en *Contorno*, pero que no fue parte de ese grupo), se refiere a la publicación de un modo que tiene casi, casi razón, al decir en su autobiografía: “Tuvo en su momento reducido tiraje, escaso número de colaboradores, un corto tiempo de aparición y una discreta repercusión pero se convirtió, con el paso indulgente del tiempo, en la legendaria *Contorno*, iniciadora de una nueva época en la crítica de la cultura argentina.”

Casi tiene razón Sebreli, porque, por ejemplo, lo de “reducido tiraje” es sólo válido para el primer número, ya que sus trescientos ejemplares iniciales se multiplicaron rápidamente hasta llegar a cinco mil. Ocurrió lo mismo con el número de páginas: el primer número era flaquito, flaquito, pero fue engordando hasta parecer una revista libro. Y esas fueron las causas de su temprana desaparición: tiraje relativamente elevado, muchas páginas, se tradujeron en altos costos, y los ingresos por ventas y avisos no alcanzaban a cubrirlos. Se estiró (y esto fue un secreto) hasta donde dieron los fondos que teníamos Susana Fiorito y yo. Ella era una rica heredera, es cierto, pero eso no quiere decir que tuviera dinero propio (tenía que trabajar para ayudar a sostener los gastos de la casa). Y yo era un abogado joven de reducida clientela. Tal vez necesite aclarar ahora que éramos compañeros —que vivíamos juntos—, y (esto sí) que para sacar el primer número tuvimos que vender un *rota print*.

Los recursos de que disponíamos eran tan escasos que los carteles para anunciar la aparición de la revista (“*Contorno* - una revista denunciadora”, decían) los salíamos a fijar David y yo, brocha en mano y engrudo en dos baldes. Cuando se incorporaron a la publicación Ramón Alcalde, Noé Jitrik, Adolfo Prieto y León Rozitchner, el primero criticó el que lo hiciéramos todo nosotros: escribir los artículos, llevar los originales a la imprenta, corregirlos, buscar anuncios, distribuir los ejemplares en los lugares de venta. Su criterio se impuso sólo parcialmente, porque entregamos la distribución a profesionales, lo que, por cierto, aumentó las ventas.

Sin embargo, cuando decidimos editar los *Cuadernos de Contorno* dedicados exclusivamente a la política, encargamos su diagramación a Hlilo, que les dio un aspecto mucho más ligero y agradable. Esto, de paso, desmiente otro mito, que leí hace tiempo en la revista de Altamirano y Sarlo, en un artículo en el que se sostenía que la seriedad de la diagramación primitiva correspondía a nuestra posición ideológica. ¡Qué va! La revista podía parecer pesada de tan seria, pero ello se debía a nuestra ignorancia total sobre diagramados, de tal modo que hicimos todo del modo más simple posible (después, con el tiempo, fuimos aprendiendo algo sobre el oficio —sobre todo Susana, que llegó a ser regente de la imprenta de la Facultad de Filosofía y Letras).

Una empresa familiar, como se dice, en el sentido monetario, eso es lo que fue *Contorno* durante toda su existencia.

Al llegar a este punto, me quedo con las manos sobre el regazo, pensando: quiero contar la historia de *Contorno* vista desde adentro. Pero ¿le interesará eso a alguien? Serán sobre todo minucias, que posiblemente suenen a algo así como a chismes. En definitiva, los recuerdos de un viejo (tengo 81 años al escribir estas líneas) sobre una publicación que apareció hace medio siglo. Hace años, como diría una de mis pintorescas tías por parte de padre. Un viejo hablando de vejez. ¿Qué puede importar, si lo que importan son las leyendas, los mitos creados a su alrededor?

Me levanto. Salgo a dar una vuelta. Y cuando vuelvo estoy decidido: “Sí, escribiré sobre *Contorno*. Tal vez interese. Y, en definitiva, me interesa a mí. Si hasta llegué a escribir un primer borrador, que encontré los otros días entre mis papeles”.

Los orígenes inmediatos

La aparición de *Contorno* está ligada a la muerte de otra revista, *Las ciento y una*, cuyo director

era Hector A. Murena. Sólo salió el primer número, pues Ernesto Sábato (un “famoso y egomaniaco escritor”, dice Sebrelí sin nombrarlo), presionó a la editorial que la financiaba para que no apareciera el segundo, que contenía un artículo crítico sobre su obra. A eso, y a un encontronazo que tuvo Murena con David, una tarde en que estaban tomando café en una confitería de la calle Viamonte, cercana al edificio de la Universidad Nacional de Buenos Aires y de la entonces Facultad de Filosofía y Letras.

Claro está que la pelea cortó todo lazo entre David y Murena, y éste desistió, no sé por qué, de sacar una nueva revista. David, que vivía por ese tiempo en casa, habló conmigo y Susana de lo ocurrido, del proyecto de la revista y de la necesidad y las posibilidades de sacarla. En realidad, discutimos dos alternativas: o entrar en *Centro*, la publicación de los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, en la que escribíamos con alguna frecuencia, y adaptarla para el caso, o sacar una nueva. Decidimos que era más conveniente esto último. Discutimos el nombre. Pedimos algunos artículos, David utilizó el que tenía escrito para *Las ciento y una*, y yo escribí sobre “La traición de los hombres honestos”, que criticaba a algunos de los intelectuales más notorios de la época (José Luis Romero, su hermano, el filósofo Francisco, Borges) a raíz de su colaboración en una editorial que publicaba folletos de divulgación.

¿Sólo de la literatura?

“Codirector de la mítica revista: *Contorno*”, dice en la solapa del libro de David que acabo de recibir (*Tartabul o los últimos argentinos del siglo XX*). En la solapa de *Paralelas y solitarias*, el libro de cuentos de Adelaida Gigli, que recibí también en estos días, dice más: “Junto a su marido David Viñas y un grupo de intelectuales funda y dirige la revista *Contorno* y se vuelve mítica expresión de una generación proponiendo un proyecto cultural de izquierda, de reflexión y de discusión de la crítica literaria argentina.”

En esa solapa se ratifica lo que dice Sebrelí (legendaria es más o menos que mítica, ¿no?), salvo que no dicen como él “con el paso indulgente del tiempo”, que parece aludir a una supuesta escasa formación de quienes escribíamos, incluido él por supuesto. Otros lo han dicho de modo más tajante (Carlos Correas, por ejemplo, que tildó de ignorantes a los colaboradores, incluyéndose, en una entrevista que le hicieron en *El Ojo Mocho*).

Sebrelí tiene más razón que la solapa del libro de Adelaida: era más bien un intento de crítica de la cultura argentina que tan sólo de la literatura. Si no escribimos explícitamente de política, por ejemplo, en los primeros números, es porque no era sencillo escribir críticamente del peronismo mientras estaba en el poder. Hubieran secuestrado la tirada, simplemente; quizás nos hubieran hecho un juicio a nosotros. Aún así, en el artículo de Sebrelí “Celeste y colorado” se habla de política, y el tema está presente en muchos de los escritos, pues tratábamos de incorporar esa parte de la realidad a nuestra perspectiva. Si no hablamos más que de ensayos y novelas, es porque no tuvimos tiempo de incluir otras facetas de la cultura, pero algunos de nosotros lo fuimos haciendo a través del tiempo. Sebrelí es un buen ejemplo, y por eso David ha dicho que “parece ser quien realiza casi todo el programa de la revista”, en una entrevista que le hicieron en *Punto de vista* –noviembre de 1981– pero no es el único: León Rozitchner lo ha hecho también en varios de sus libros –incluso sobre política. Y el mismo David en sus ensayos. Y Alcalde. Y yo ¿por qué no? Y también en clases o seminarios, en universidades y en casas particulares, nos hemos referido a varios aspectos de la cultura. En mi caso, lo hice tanto en la Argentina, en las universidades de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires (en cursos fuera de programas académicos) como en casas; y en Israel recorrí kibutzim y universidades (con lo que, de paso, conocí el país hasta en sus rincones más remotos).

Me he referido a nuestro cuidado de no hablar de la política concreta de aquellos días, bajo el gobierno peronista, para cuidarnos de las medidas de represión que podía tomar. Hoy, parece quizás calumnioso referirse a los gobiernos de Perón como represivos, a pesar de que eso está ampliamente documentado. Pero el caso es que a pesar de todas nuestras precauciones, estuvimos a punto de caer bajo tal represión: en el tercer o cuarto número fue a buscar los paquetes de la revista a la imprenta un amigo más joven que nosotros; los trajo y los dejó en el vestíbulo general de la casa de departamentos en que vivíamos Susana y yo. Al salir, lo estaban esperando dos vigilantes que se lo llevaron a la comisaría a “dar explicaciones” sobre qué hacía en el barrio. Una vez allí, lo dejaron un momento solo y escapó de un modo que parece mentira: tocó el timbre de salida, y salió nomás haciéndose el distraído.

Amigos que leyeron lo anterior, me han preguntado para qué lo cuento. Me rasco la cabeza: bueno, primero, porque es cierto. Y en segundo lugar, porque me parece una metáfora cabal de cómo funcionaba el peronismo: represivo, hasta el punto de que la policía podía detener a cualquiera por vagas sospechas sobre su presencia en determinado lugar, y, al tiempo, no demasiado efectivo en su represión. Del mismo modo, en un sentido más amplio, es claro que Perón admiraba los regímenes fascistas e intentó montar algo así como un corporativismo a lo Franco, pero nunca llegó a armarlo del todo: perduraron las instituciones formales de la democracia republicana burguesa: poderes del estado separados, pluralidad de partidos políticos. La república era, sin embargo, más formal que real: persiguió a la prensa opositora, no permitió el uso

de la radio a la oposición, no permitió actos políticos públicos sino poco antes de las elecciones, persiguió y encarceló a los disidentes y a sus organizaciones políticas y a los opositores, cerró y expropió diarios.

Conocí personalmente cómo fue expropiado el diario *La Prensa*: trabajaba en ese entonces en el departamento de Sumarios de la Aduana, y mi jefe recibió la orden de iniciar un procedimiento contra el diario por violar el sistema que le permitía utilizar papel importado para sus impresiones, con el pretexto de que contenía más espacio para propaganda que el que establecía la ley. En la resolución se le aplicaban multas retroactivas hasta superar el valor total del edificio en el que estaban su redacción y la imprenta, las máquinas impresoras, los muebles. En virtud de esa deuda se decretó su expropiación. Tal hipócrita manera de reprimir caracterizó al peronismo. Pero también, por ejemplo, el que yo estuviera preso por ocupar con centenares de estudiantes las facultades de la ciudad de Buenos Aires, y que conservara mi puesto como empleado público. Estuve preso algo así como una quincena (en el Cuadro Primero de Villa Devoto) salí, y volví a mi trabajo como si nada. Un amigo que estuvo preso conmigo, obtuvo poco después un cargo en el Servicio Diplomático.

En cambio, torturaron a dirigentes del Partido Laborista que se opusieron a la unificación (dictada por Perón) con las demás fuerzas que lo llevaron a la presidencia. Perón denunciaba a la gran burguesía agraria, ganadera en su mayoría en términos durísimos: la “oligarquía vendepatria”; pero no la destruyó, ni siquiera la debilitó, y apenas si la perjudicó un poco en sus ganancias cuando se impuso el llamado “Estatuto del Peón”, a favor de los obreros rurales. El IAPI, la empresa del Estado que comercializaba los cereales no la molestó mayormente pues dejó a un lado la venta al exterior de la carne. Con el nombre de “oligarquía” englobó a todos sus opositores, que comprendía sin embargo a la gran burguesía industrial y a la mayoría de la pequeña industria de las capas medias. Fue contra ese conjunto abigarrado, duro y cruel de palabra, excitando contra él el odio de las masas que lo seguían, y se le respondió con un odio igual. Abel Alexis Latendorff, un joven socialista, miembro de las capas medias, fue quien dirigió un grupo que puso una bomba en medio de la multitud que llenaba la Plaza de Mayo. Se respondió, azuzados por Perón, con el incendio de la Casa Radical, la Casa del Pueblo, iglesias y el Jockey Club; por su parte, los sublevados militares bombardearon la Plaza de Mayo, para derribarlo de la presidencia en 1955. Ese tipo de opositor extremo se llamaba a sí mismo “gorila”, apelativo que tomaron de una canción: “deben ser los gorilas/ deben ser”.¹

¿Ignorantes, sartreanos, o qué?

Recuerdo la impresión que me hizo leer, en el exilio, una reseña sobre *Contorno* en la revista de Beatriz Sarlo y Altamirano. Lejos de la Argentina y de lo que allí ocurría, me dio la sensación de que estuviéramos muertos y de que el artículo se refiriera a escritores del pasado. Una sensación extraña. Después me fui acostumbrando.

Es curioso: casi todos los que escriben sobre *Contorno* aseveran que éramos sartreanos. Debe ser por eso de que éramos “escritores comprometidos”, porque sartreanos sólo eran algunos de los colaboradores. Yo, por cierto, no lo era por simple ignorancia en aquel entonces, pues no había leído nada de Sartre. Después lo leí y no me gustó demasiado; y me interesó muy poco como filósofo. Mi formación marxista provenía directamente de la lectura de Marx y Engels, de lo que se conocía entonces, en castellano, francés o italiano, pues no sabía alemán (ni aún ahora, que tengo algún dominio de otros idiomas como el hebreo moderno y el inglés). Las diversas formas del existencialismo sólo me atrajeron como curiosidades, aunque tal vez hayan penetrado de modo inconsciente mi pensamiento, así como otras modas posteriores. De León Rozitchner sé que protestó cuando lo llamaron sartreano, pues él era discípulo de Merleau-Ponty. De otros no sé, porque ni siquiera he tenido la curiosidad de preguntarles, aunque David parece haber aceptado que estaba influido por el francés. Los que eran sartreanos lo han proclamado, como Sebrelí, Correas y Masotta, aunque no advierto, en lo que he leído de ellos, tal influencia.

¿Era por eso un ignorante? Creo que no. Aunque he aprendido bastante desde entonces (y leído muchísimo más). Rozitchner, con su educación en la Sorbona, difícilmente pueda tacharse de ignorante —al menos para los niveles de conocimiento de un intelectual argentino—, y, seguramente, era mucho más conocedor de textos que todos los demás de *Contorno* en aquella época, y mucho más que el estudiante más

1. La prueba de que no escribimos de política al comienzo por la prevención de que el gobierno de Perón nos impidiera seguir publicando la revista está en que, apenas derribado por el golpe de 1955, comenzó a aparecer *Contorno* con números dedicados a la política inmediata, y que dedicamos dos de los *Cuadernos de Contorno* a esos temas exclusivamente.

Fuimos invitados más tarde por Frondizi a colaborar con él, y así lo hicimos (con la excepción de David, como lo he contado en varias partes, entre otras en *Todo es historia*). Y eso no limitó nuestra influencia, sino todo lo contrario, la amplió: sirvió esa participación para arrastrar a la juventud universitaria a apoyar a Frondizi, y nos proyectó aun más en nuestra difusión en sectores políticos —entramos en barrios populares de marcada militancia peronista. Sebrelí, en su citada autobiografía, afirma que con ese paso perdimos nuestro atractivo, pero eso parece referirse a lo que sintió él y su grupo de amistades. Lo que es lógico, pues tenían del peronismo en esa época una visión muy diferente de la nuestra, mucho más política y realista y menos fantasiosa que la de ellos.

aventajado de humanidades de la universidad argentina. Alcalde, con sus estudios de seminarista y los de la Facultad de Filosofía y Letras y su dominio del griego, también era, sin duda, más conocedor que los estudiantes más avanzados contemporáneos, y más, sin duda, que la media de los intelectuales de entonces.

En cuanto a mí, llegué a ser un “intelectual comprometido” por la influencia de otros autores. Marx, leído y releído, y traducido en parte –aunque nunca publiqué ninguna traducción–; Lenin; Rosa Luxemburgo, que leí desde jovencito. ¿Autores no marxistas?

Desde luego. Desde que aprendí a leer de corrido, hurgué en la muy heterogénea biblioteca de mi padre, en Monte, que abundaba en libros en español y de diverso origen: traducidos del francés, del italiano, del inglés, del alemán. Las siestas se me hacían cortas, leyendo libros prohibidos como las fábulas de Samaniego “para adultos”, las aventuras de Tarzán de los Monos, y algunos aparentemente inaccesibles para mi edad, como Maquiavelo. Claro está que de éste comprendí poco, pero volví a leerlo años después. La costumbre de leer se fue ampliando durante mi adolescencia, ayudándome a gozar de mis masturbaciones y ampliando mis conocimientos. Desde Quevedo y Ortega hasta Unamuno y Anatole France, Petrarca (en italiano), hasta una antología erótica que se llamaba *El jardín del pecado*. También Voltaire: *La doncella*, pero defraudó mis expectativas lúbricas.

¿Marxista? Sí, crítico, a partir de advertir las ilusiones de Marx y Engels sobre la inminencia de la revolución europea.

Claro está que no Kant y Hegel, a los que llegué mucho tiempo después. Fui, más allá de la Facultad de Derecho, un autodidacta, y mis lecturas eran tan ávidas como desordenadas, saltando de *La montaña mágica* de Mann a Lévi-Strauss. Intenté, después de recibido, cursar en la Facultad de Filosofía y Letras, pero debía trabajar y abandoné en segundo año.

Una revista “denuncialista”

Así fue que Susana y yo aceptamos la idea de David (pues fue suya, absolutamente suya) de sacar *Contorno*, una revista cuya preocupación única era centrarse en la cultura argentina, y en una visión crítica, pues advertíamos, sobre todo, la falta de verdad que había en ella: en novela, había llegado al extremo de que Eduardo Mallea escribiera una obra íntegra sin un solo diálogo, aparentemente para eludir el voseo, pues advirtió sin duda lo ridículo que hubiera resultado si sus personajes hablaran de tú; en política, había llevado al fraude sistemático desde la victoria de Urquiza y de la república inaugurada por Mitre, a la contradicción de que el primer gobierno electo libremente, el de Irigoyen (¡cien años después de declarada la independencia!) fuera a la vez el responsable de las represiones más sangrientas, como las de la Patagonia, o, antes, la de las huelgas campesinas de la pampa húmeda, o a los sucesivos golpes militares hechos para “salvar las instituciones”. De allí la elección temprana de un número dedicado a la novela, otro a Arlt, otro a Martínez Estrada (como un escritor sincero desde las entrañas el primero, lo que nos hizo ubicarlo como un paradigma, aun a sabiendas de sus limitaciones y defectos; y como un ensayista que se preocupaba por el mismo problema que nos sacudía a nosotros, aunque llevándolo a explicaciones seudometafísicas, en lugar de aferrarse a la realidad que lo fraguaba, el segundo).

Todo eso se fue afinando a la par de que aparecía cada número, que implicaba discusiones cuyo ámbito se fue ampliando a medida que ingresaban nuevos colaboradores. Hubo una cierta desorientación primera, que llevó a David a invitar a escribir a Solero y a Kush, precisamente por esa preocupación común, pero en ellos se manifestaba un martínezestradismo total, hasta exacerbado.

Está claro que el punto de partida, crítico, lo teníamos desde el comienzo, de ahí que nos autocalificáramos como una revista “denuncialista”, pero, a la par, teníamos una miríada de cuestiones oscuras, lo que nos llevó a leer y releer obras, incluso de segundo orden.

Pero de eso no resultó solamente un juicio negativo, como pareció entender el crítico uruguayo Rodríguez Monegal, que nos aplicó el mote de “parricidas”. También reivindicamos total y parcialmente obras y autores. Pero ¿cómo no desconfiar de una literatura que había hecho del *Martín Fierro*, ese canto a un gaucho asesino y racista, su poema máximo, y cuyos dos autores más venerados, Lugones y Borges, fueron tan reaccionarios como para apoyar un golpe militar fascista, el primero, y a sangrientas dictaduras militares (la argentina de 1976 y la de Pinochet) el segundo?

Seudónimos y difusión

Es verdad que nunca fuimos muchos los que escribíamos en la revista, simplemente porque no encontramos más gente que quisiera hacerlo. De allí que cuando tuvimos que analizar gran cantidad de autores nos decidimos a usar seudónimos. En realidad, los que usamos fuimos sólo David y yo, nadie más.

Algunos de ellos llegaron a cobrar vida propia, como V. Sanromán, que ocultaba simplemente a Viñas

Sanromán, apellido éste de una de las pocas familias que vivían en el pueblo de mi abuelo en Andalucía (Benadalid, en la Serranía de Ronda). Como V. Sanromán llegué a escribir bastante, incluso en otras revistas, en una de las cuales inventé una biografía. A tal punto llegó a tener vida propia, que un día, mientras caminábamos por Corrientes con David, se nos acercó un crítico literario de nuestra generación, de cuyo nombre no logro acordarme por más esfuerzos que hago, y, después de saludarnos y hablar de bueyes perdidos, nos dijo muy serio: “Miren, tengo que hacerles una advertencia: tengan cuidado con Sanromán, que es un tipo calculador y traidor, que vaya a saber con qué intención se ha acercado a ustedes... En realidad, no sé cómo le permiten colaborar”. No lo sacamos de su error, pero apenas nos dejó nos reímos a carcajadas de él.

En cuanto a la repercusión, ésta era, sin duda, relativa: no fuimos nunca una publicación masiva, pero llegamos geográficamente bastante lejos, no sé cómo, ya que la distribución se reducía aparentemente a la ciudad de Buenos Aires. Recuerdo, que nos escribió desde Mendoza un grupo literario agrupado alrededor de una revista cuyo nombre también he olvidado, para establecer relaciones de intercambio. Y excedimos, ciertamente, los límites de la llamada con un nombre algo vago “intelectualidad”: no sólo fuimos invitados como grupo por Frondizi para ayudarlo en su candidatura, hacernos cargo del frente de la cultura y editar un periódico partidario (*Política*, que alcanzó un tiraje mucho mayor), sino que desde el periódico nacionalista *Azul y blanco* punzaban (los “inteligentones de *Contorno*”, nos llamaban con cierto aire despectivo, pues no apreciaban nuestro modo izquierdista de analizar la vida cultural, además de vernos, es obvio, como enemigos).

No es una forma de hablar el decir que fuimos avanzando juntos en la perspectiva de análisis: no sólo algunos artículos se discutían dentro del núcleo central de la revista (Alcalde, Rozitchner, Jitrik, Adelaida Gigli, Susana —ésta sobre todo conmigo—, David y yo) sino que algunas editoriales las llegué a escribir a medias con Jitrik.

La falta de una proclama inicial, como se acostumbraba en algunas revistas, nos salió naturalmente pues ¿cómo íbamos a lanzarla con David y Susana? ¿A nombre de quiénes? ¿De nosotros mismos? La creación del grupo se dio por la convergencia en la revista, por la incorporación de colaboradores. Quiero decir que no existía previamente, sino que invitábamos a participar a amigos y conocidos con cierta afinidad de ideas. Éstos colaboraban, y si las coincidencias aumentaban pasaban a formar parte del grupo incipiente. Las conversaciones, las reuniones, los intercambios de ideas, fueron consolidando la relación. Por ejemplo, David invitó a Pagés Larraya, que ejercía la crítica literaria de los escritores argentinos, pero su colaboración fue esporádica porque no coincidía con nuestras perspectivas de izquierda ni con nuestras opiniones sobre la cultura argentina. Algo similar puede decirse de Solero y de Kush. Otros, no formaron parte del núcleo central, no participaban de nuestras reuniones, aunque nos viéramos en cafés y en otras partes, como Sebreli y Correas. Otros, aún oscilaron más cerca de nosotros, como Masotta.

¿Cuáles eran nuestras perspectivas políticas?

David y yo, por cierto, solemos ser definidos para ese tiempo por la militancia de mi padre, simplificada, como “dirigente de la Unión Cívica Radical”. Eso nos daría en la época de *Contorno* cierta tintura de nacionalismo político y más tarde habríamos tenido el deseo de formar algo así como un ala de izquierda del radicalismo, lo que se apoya en la breve colaboración con Frondizi. Pero todo es bastante más complicado, y mucho más si tenemos en cuenta el núcleo principal de la revista.

Comencemos por el conjunto: Rozitchner nunca fue radical. De joven militó en las filas del socialismo. Alcalde era hijo de inmigrantes, y si entró a formar parte del radicalismo en la provincia de Santa Fe, donde llegó a ser ministro de Educación, lo hizo más bien como parte de una estrategia política del grupo que daba su adhesión condicionada a Frondizi, que a su vez había dividido al viejo partido, encabezando lo que se llamó Unión Cívica Radical Intransigente, que contaba con un ala de izquierda. Desde el comienzo fuimos vistos como una especie de “infiltrados comunistas” por la gente más de derecha del radicalismo. Impusimos a Susana como convencional de la organización, y nos opusimos a la política del propio Frondizi ya desde el comienzo. Con la ocasión de la elección de la Asamblea Constituyente, propiciamos, contra su opinión, el abandono de las bancas, por estar proscripto el peronismo. Eso nos diferenció también de todos los demás partidos que concurrieron, incluido los comunistas. Y logramos arrastrar, dicho de paso, a la Unión Cívica Radical Intransigente a nuestras posiciones.

Rompimos a raíz de propiciar el voto en blanco, también por la proscripción del peronismo.

Susana era hija de una familia de ideas católicas. Recorrimos juntos (éramos muy jóvenes cuando nos fuimos a vivir en común) un camino de izquierda heterodoxa, que la llevó, por ejemplo, a escribir una serie de artículos sobre los fusilamientos de obreros durante el gobierno de Irigoyen en el propio órgano que publicábamos en nombre del radicalismo (*Política*). Redescubrió así un hecho que había desaparecido de la memoria pública, y que luego retomó Bayer en sus libros (aunque no cita el antecedente y tampoco que la mayoría de las fotografías usadas por él se las presté yo, y habían sido tomadas por mi padre).

De los demás, no sé que militancia tuvieron, si tuvieron alguna.

David y yo, fuimos, claro está, inocentemente radicales de niños. Pero, ya de adolescentes, fuimos más impresionados por las represiones obreras que por el populismo irigoyenista. En mi casa se hablaba mucho de las huelgas de la Patagonia y de la represión contra los obreros –en una época en que nadie se acordaba de tales tragedias– porque mi madre y mi padre habían jugado un papel muy especial en ellas. Mucho mayor de lo que le gustó recordar a Bayer en sus libros. No es del caso contar aquí la historia, pero mi madre fue quien alentó a Ismael P. a intervenir para liberar a los obreros presos, y éste –que era el juez de la zona– debió armar y designar a varios amigos como “delegados especiales” para tomar por la fuerza la comisaría y dejar a los detenidos en libertad.

La historia terminó con mi padre enfrentando a su partido en el poder, con un juicio político contra él. Y, más lejanamente, cuando murió mi madre, con una placa que llevaron los sobrevivientes de la masacre a mi padre. La placa decía: “a la compañera Ester - los obreros de la Patagonia”.

Extraña y contradictoriamente, mi padre continuó siendo radical. Era un hombre contradictorio... Pero a nosotros nos marcó esa historia, que conocimos por él y por sus amigos de aquella época, como Alfredo Nascimento, dueño de un hotel en Río Turbio, que fue estaqueado por el ejército por haber albergado a huelguistas.

David, debo repetirlo aquí, nunca fue radical ni colaboró con Frondizi, de modo que el supuesto deseo que algunos nos atribuyen de haber querido formar un ala de izquierda de la Unión Cívica Radical se desvanece totalmente en lo que a él toca. En cuanto a mí y los demás, el rápido abandono que hicimos del frondicismo es bastante elocuente, pero es cierto que militamos en él algún tiempo, lo que puede dar base a aquella atribución. Pienso que el achacarle a David tal idea proviene del error de quienes nos ven como “los hermanos Viñas”, no como individuos sino algo así como siameses.

Lenguaje

“Tomá mate, che, tomá mate”
Santiago Ramos, “Tango inaugural”, 1857

“Rajá, turrítto, rajá”
Roberto Arlt, *Los siete locos*

Unos de los problemas que afrontamos desde *Contorno* fue, claro, el del voseo, ese modo de hablar que conjuga las segundas personas de los verbos, en singular y plural, de un modo diferente a como se hace en el castellano “normal”: “vos querés” y “ustedes quieren”, en lugar de “tú quieres” y “vosotros queréis”. Es indudable que da otra cadencia a las frases y que implica un modo diferente de relacionarse con los otros. Porque no es lo mismo decir: “Ven, siéntate” que “vení, sentate”.

En los tiempos en que apareció *Contorno*, el voseo era algo típico del Río de la Plata, compartido con la zona de Cali en Colombia y con los países de Centroamérica. Pero, como sigue ocurriendo en estos últimos, existía una especie de vergüenza oficial por su uso: desde el jardín de infantes y la escuela primaria, las maestras se empeñaban en una batalla abierta y constante contra su uso, su aparición impresa era inusitada, y aun en las simples cartas familiares, había personas que no se animaban a tratar de vos a sus corresponsales. Novelistas y poetas no usaban las formas verbales correspondientes y llegaban a agudos extremos para no hacerlo. He recordado a Mallea, que prescindió de todo diálogo para evitarlo en una novela, pero también los poetas usaban las conjugaciones del “tú”. Recuerden los versos de Lugones: “Oh luna, quiero cantarte/ con todas las reglas del arte... cuánto, cuánto albayalde/ llevas gastado en balde/ para alumbrar a tu hermana morena...”²

Tanto era así, que un crítico literario aplaudió el valor de un autor teatral por usar algunos diálogos con voseo (lo que, por cierto, provocó una respuesta de Masotta, en *Contorno*, tomándole el pelo por alabar su “uso discreto” y reivindicándolo como la forma de hablar natural de los argentinos aunque en ese entonces, no lo era de todos los argentinos, anotemos, de todos los rioplatenses, ya que al llegar a Córdoba se imponía el tú en el habla popular, lo que ha sido modificado por la influencia de la radio y la televisión).

El uso natural del *vos* fue nuestra puerta de entrada para nuestra reivindicación de Roberto Arlt, frente a las “decorosas” posiciones de Mallea, por ejemplo, tal cual diría Adolfo Prieto: ¿cómo un escritor podía ser considerado tal, si se avergonzaba de su lengua? ¿O acaso a él lo habían amamantado con el tú

2. Ya dije que en *Contorno* no tuvimos tiempo más que de ocuparnos de la novela y apenas de un ensayista. Claro está entonces que no lo tuvimos para escribir acerca de la poesía y de los cuentos, y en particular no hablamos de Lugones (tampoco de Borges). Fue sin duda una pena, aunque algunos de nosotros lo hayamos hecho en otras partes (y uno, como Jitrik, abundantemente). Dejo aquí constancia, por si puede interesar, que pese a todas las críticas y antagonismos que me separan de Borges y Lugones, me deleitan las cosas que escribieron, y aún suelo recitar para mí poemas de Lugones: “Largas sombras violetas/ flotan sobre el río gris/ y allá en las dársenas quietas/ sueñan oscuras goletas/ con un lejano país”.

en los labios? En cuanto a Lugones, si bien era cordobés, vivió en Buenos Aires y se planteaba como un escritor “nacional”, lo que en ese entonces sólo era posible si se era porteño, o se asumía como tal.

El lenguaje del *vos*, el lenguaje hablado, no el oficial y el escrito del *tú*, fue un instrumento de unificación cultural en esa región atravesada por varias lenguas desde temprano, obviamente dividida en clases desde sus orígenes. Así puede inferirse de la canción “Tomá mate, che, tomá mate,/ que en el Río de la Plata/ no se estila el chocolate”, que oí de joven cantada por no sé quién, aunque la cita la he tomado del ensayo “Del payador al cantor de tangos”, de Roberto Selles (en el tomo V de *La historia crítica de la literatura argentina*, Emecé editores, Buenos Aires, 2006).

Un instrumento de unificación cultural inconsciente pero tanto o más poderoso que la educación obligatoria y el servicio militar, ambos impuestos años después de que se cantara esa divertida letra. Adviértase que ya en ese entonces (1857) hacía al menos dos décadas que había comenzado una sostenida inmigración europea, que cobró cierto ímpetu después de la caída de Rosas, aunque, claro, sin el carácter masivo que alcanzó después.

A esa nacionalización del lenguaje contribuyeron sin duda de un modo activo el teatro, las canciones y los espectáculos que alcanzaron un casi impresionante número de espectadores desde las últimas décadas del siglo XIX, tanto desde las carpas circuenses como desde salas formales. En cambio, la escuela fracasó totalmente para imponer el castellano “normal”, según lo destaca en múltiples oportunidades, con indignación y sorpresa, *El monitor de la educación común*, publicación del Consejo Nacional de Educación.³

Debe atenderse al hecho de que la lucha contra el voseo no sólo fue una política educacional, sino que contó con el alborotado apoyo de escritores e intelectuales de la época –algunos de ellos españoles– que utilizaron para bregar por la “pureza del idioma” columnas en los periódicos y más tarde programas en la radio (Avelino Herrero Mayor, en la década de los 50, por ejemplo, tuvo uno, famoso, “Hablemos bien y escribamos mejor”).

Recalco, porque es una paradoja: la nacionalización del lenguaje como forma de integrar y cohesionar al pueblo, no fue lograda por el castellano “normal” defendido por la enseñanza y los puristas, sino por el idioma del voseo, considerado en el mismo pie de descalificación que el cocoliche y el uso de extranjerismos. Ahora, desde que la Real Academia Española ha aceptado el “voseo del Río de la Plata”, todo eso, la lucha en su contra y su defensa, ha pasado a la historia.

Escrito lo anterior, no puedo resistir la tentación de reproducir al menos una de las críticas que aparecieron en *El monitor de la educación común* al uso del voseo, lo que, de paso, servirá de ilustración de lo que digo en el texto a quienes no tengan tiempo de ir a buscarlo en fuentes primarias o secundarias. El inspector técnico Nicolás Trucco dice, por ejemplo, en el número 438, de julio de 1909, de la publicación: “Al visitar algunas escuelas, he hallado maestras que decían a los alumnos: sentate o parate. El maestro tiene libertad de dirigirse al alumno empleando el prenombre tú o usted, pero hablando siempre en castellano”. El voseo y sus conjugaciones verbales no eran castellano.

El fin de Contorno

Las explicaciones que di sobre las conversaciones, los intercambios de ideas y las lecturas y el pensar a solas y en común, que permitieron ir profundizando y ampliando nuestras posiciones, no deben interpretarse como que éstas llegaron a un nivel de perfeccionamiento cabal, o que yo lo creyera así entonces o ahora. Nada de eso: el ir mejorando no significa que tuviéramos todo redondo y ya acabado. Tampoco quiere decir que nos convirtiéramos en un grupo totalmente homogéneo, al modo de las llamadas vanguardias, que compartían ideas y perspectivas al punto de poder lanzar un manifiesto o declaración de principios. Seguimos siendo un grupo de individuos que nos íbamos definiendo y aprendiendo sobre la marcha. La desaparición de la revista, y el que cada cual continuara por su lado, permitió probablemente que fuéramos perfeccionando nuestras posiciones personales, pero en actividades diferentes.

Los distanciamientos y las peleas que hubo entre algunos de nosotros, acentuaron esas características.

Hasta entre mi hermano David y yo, aunque las diferencias entre nosotros no alcanzaron a ser ni con mucho las que se registraron entre algunos miembros del grupo responsable de la revista. Y, sobre todo, las que nos separaron de algunos de los más marginales.

Cada cual evolucionó por su lado, lo que (así me parece que son las cosas) ha contribuido a nutrir el mito sobre la publicación. Lo que realmente queda como saldo es que abrió una etapa de nuevas perspectivas en la crítica literaria y en las posiciones políticas.⁴

3. El trabajo citado, *Historia crítica de la literatura argentina*, abunda en citas sobre el papel asignado a colegios y a escuelas en la enseñanza del castellano, en la lucha contra extranjerismos, contra el uso del voseo y las formas acriolladas y vulgares del hablar.

4. Lo que he tratado de decir a lo largo de estas páginas es que en la revista no alcanzamos a escribir más que de novela, ensayo y política, pero que eso no impidió que lo hiciéramos sobre otros temas antes y después de la aparición de *Contorno*. En cuanto a la poesía, en el momento no se me ocurren otros ejemplos que el de Jitrik, con su *Leopoldo Lugones, mito nacional*, un libro de Editorial Palestra, publicado en 1960, y yo mismo con algún artículo en la revista *Centro*. Pero si hablamos de otros temas, la lista se alarga, por supuesto con la ayuda de Rozitchner, de Jitrik y (de nuevo ¿por qué no?), la mía.

REVISTAS

CONTORNO

Noviembre de 1953

Nº 1

LOS MARTINFIERRISTAS: su tiempo y el nuestro: Juan José Sebrelli.

LA TRAICION DE LOS HOMBRES HONESTOS: Ismael Viñas.

EL DESPIADADO: Héctor Miguel Angeli.

MILONGA: David Viñas.

A propósito de LOS IDOLOS: Adolfo Prieto.

"LADRONES de BICICLETAS" o la decepción frente al cine: V. Sanromán.

Dirección: Ismael Viñas — Av. Roque Sáenz Peña 651 — T. E. 30-2409 — Dos pesos

Los "martinfierristas": su tiempo y el nuestro

Todo el movimiento "martinfierrista" exhala una esotérica arrogancia, una altanera presunción de compartir valores intransferibles, de pertenecer a una especie de orden de exclusividad: la francmasonería de la juventud. Son jóvenes que se creen con derecho a la vida, porque son jóvenes, como la "élite" se cree con derecho a mandar por ser la más apta. El culto de la Juventud o sea la juventud considerada como sociedad secreta para hacer volar el mundo de los viejos, es a la vez una determinación subjetiva y un hecho social; está ligado como todo acontecimiento humano a una situación histórica concreta. Los principales papeles de las generaciones anteriores a 1916 estaban a cargo de hombres cuya única y suficiente virtud —además de la posesión de tierras— era una honorable vejez, cronológica y espiritual, lo cual equivale en el terreno político al conservadorismo y en el terreno cultural al academicismo. La reforma de Irigoyen consiste en hacer tabla rasa con esa generación —la más auténtica que ha tenido nuestro país— y llevar las masas y la gente joven a los primeros puestos. Existe una secreta relación entre la aristocracia y la vejez por una parte y las masas y la juventud por otra. Pese a la tácita oposición que la dirección —innegablemente oligárquica— de la revista hizo a Irigoyen, los "martinfierristas" tienen un denominador común con el radicalismo que gobernara al país desde 1916 a 1930, período del apogeo "martinfierrista". Unos y otros son hombres de una misma generación y por mucho que se diferencien se asemejan demasiado. La contemporaneidad nivela a todos por igual. Cada hora histórica es una síntesis vital, cada generación tiene un repertorio o tema personal, un ritmo propio al cual habrán de responder todos sus elementos aun los más anti-téticos. El "irigoyenismo" en política y el "martinfierrismo" en literatura, representan una profunda voluntad de ruptura con toda tutoría, de discontinuidad, de parricidio cultural, una misma negación de la historia, de la tradición, del pasado, de los orígenes, un mismo deseo de encerrarse en sí mismo, de cortar los puentes y quemar las naves, un mismo orgullo de ser hijos de sí mismos y no deberle nada a nadie. Ambos presentan por lo tanto todas las características de una revolución. Sin embargo ni "Martín Fierro" ni el Partido Radical constituyeron una auténtica revolución. Todo se redujo en unos y otros a metáforas y exclamaciones: los discursos de Irigoyen son tan "creacionistas" como la poesía de "Martín Fierro".

Es que la juventud es ante todo la edad del resentimiento. Lo que se proponen los jóvenes que abrazan una revolución ya sea social o estética, más que cambiar la vida como quería Rimbaud o modificar el mundo como decía Marx, es sobre todo molestar a sus padres burgueses o a sus madres católicas, a quienes ven con una mezcla de piedad y de rabia como ven todos los hijos a sus padres, luego del hundimiento del mundo de "seriedad" que protegía su infancia, y ponen toda su voluntad en no imitarlos. El joven se define por relación a su familia, de la cual es una expresión sino un producto; su situación económica de mantenido y su visión de mundo son exclusivamente familiares. La juventud es al final una edad artificial, un espejismo de la conciencia de clase burguesa. El proletario no es nunca joven, pasa sin transición de la adolescencia a la edad del compromiso y la responsabilidad, a la edad del hombre. Si los partidarios de Irigoyen o el grupo de Boedo —la otra cara que adoptó el martinfierrismo— no tienen antepasados ilustres a quienes desterrar, su lucha se reduce a liquidar envidias, rencores, odios y miedo, o sea que su mentalidad sigue siendo totalmente burguesa, no nos dejemos engañar. Irigoyen pone excesivo ardor en combatir al "Régimen" como "Martín Fierro" a Leopoldo Lugones, a los académicos de la generación anterior, o a los españoles. Parecería que hubieran renunciado a sus propias actividades para dedicar todo su tiempo al aseo del otro hasta depender totalmente de sus movimientos, en una especie de simpatía antipática, de atracción repelente. Sin esos objetos íntimos de odio sus luchas no tendrían sentido. Los necesitan porque el rencor implica aun el respeto, sólo el desprecio libera. En el fondo de todas esas bravucondas no se esconde sino un profundo complejo de inferioridad.

Siendo la juventud, como bien lo ha mostrado Comte, la edad metafísica, elige una expresión metafísica y abstracta de la revolución o sea la rebeldía que no se proyecta hacia nada y que deja todo rigurosamente intacto, porque su violencia se reduce al escándalo y la provocación. La revolución es un acto de dos fases: la negatividad que es aventura y la construcción que es orden y disciplina. Los "jóvenes" adoptan la primera de las dos fases y ponen todas sus esperanzas en el aumento del desorden y la anarquía porque el único porvenir que desean es precisamente no tener ninguno, el horizonte de la juventud es la juventud

misma. Una revolución así puramente negativa, destructora, anárquica, suicida, se asemeja más que a una revolución a una fiesta. La fiesta es un movimiento puramente gratuito, asocial, no productivo es decir consumidor. Se come, se juega, se baila, se viola las leyes de la moral, se derrocha tiempo y riqueza y se los derrocha para nada, por esplendidez, por generosidad, lujo y placer no son sino disociación, desintegración, destrozo.

Ese sentido festival y deportivo de la vida es el que predomina en los hermosos años de la prosperidad de 1924 —año en que nace "Martín Fierro"— bajo el gobierno liberal y aburguesado de Alvear, amigo de la vida social y de las manifestaciones artísticas. Buenos Aires sale del enclaustramiento en que se hallaba desde 1890 y se transforma visiblemente: se habilitan balnearios, se abren confiterías y recreos, se inauguran estadios, se trazan avenidas y caminos para los excursionistas, se levanta la proscripción del baile, se difunde el cine y el fonógrafo, el tango triunfante en París es aceptado en los salones, las mujeres se acortan la pollera, se peinan a la "garçonne", fuman, toman cocktails y practican deportes, las relaciones entre los sexos se hacen más libre, etc. Los usos, placeres, costumbres y modas de ese tiempo están hechos para que disfruten los jóvenes y los hombres maduros deben amoldarse a ellos. fenómeno nacional paralelo al de la juventud europea de posguerra, descrito por Ortega. La generación de 1890 tiene el ceño adusto del día de trabajo, la de 1924, un aspecto descarado de día festivo. La juventud argentina de 1924 se da el lujo de dilapidar una fortuna de reservas materiales y espirituales que veinte años de ahorro, de conservación, de trabajo y de ascetismo han acumulado. Todo es risa y alegría, por eso "Martín Fierro" es una revista seria que toma todo en broma. Hoy hasta nuestras revistas humorísticas tienen más seriedad, el tiempo no está para chistes. La Micareme de ese extraño carnaval —todos lo sabemos— fueron los acontecimientos de septiembre de 1930, en los que ni siquiera faltó el desfile de carrozas alegóricas y la lluvia de flores desde los balcones.

¿Qué queda de los estallidos y las eclosiones de entusiasmo, del ímpetu alegre y salvaje de esa juventud "martínfierrista" cuya única vocación fue ser jóvenes, ahora que un destino adverso ha querido que todos ellos tengan más de cincuenta años?

"Adán Buenosayres" fue la larga oración fúnebre frente a la tumba abierta y vacía que los estaba esperando. Pero todavía tuvieron tiempo de volver a quemar fuegos de artificio, destapar botellas y engullir sandwiches. Se iban para siempre y bailaban un tango funerario por última vez. Su

muerte se parecía a lo que había sido toda su vida: una fiesta alegre y suntuosa, pero 1949 no era tan propicio para las fiestas como 1924, no en vano pasan veinticinco años.

La generación posterior a "Martín Fierro", gestada entre 1930 y 1943, y que ahora empieza a dar sus frutos en obras de una tonalidad gris, opaca deliberadamente monótona y desnuda como un desierto, totalmente opuesta al pintoresquismo cálido y colorido de "Martín Fierro" (Alberto Girri: "Coronación de la espera" y "Playa sola"; H. A. Murena: "Vida nueva"; F. J. Solero: "Dolor y sueño"; Valentín Fernando: "Desde esta carne" y otros de menor importancia) es una generación que vive el día después del coito, el triste amanecer cuando la alegría se ha vuelto tedio, la borrachera fatiga y todos sienten náuseas, pesadez de cabeza, y un sabor amargo en la boca. Despertaron en una atmósfera estancada y muerta para encontrarse solos frente a una nada. Los hermosos arrabales que descubrieron (¿o crearon?) los "martínfierristas" en sus frecuentes excursiones turísticas buscando inspiración, los arrabales de lujo —sin suciedad, sin hambre, sin sudor— elegantemente decorados con esquinas rosadas y faroles de adorno, y protagonizados por compadres metafísicos y costureras románticas con música de fondo de organito, la realidad sofisticada a base de cosméticos, se ha desvanecido como las imágenes de un sueño en tecnicolor, en su lugar sólo quedan calles desiertas, vacías por donde sopla un viento inclemente de muerte que lo barre todo. Los sobrevivientes de esa catástrofe adoptan una actitud acorde con las circunstancias, la actitud severa y grave de quienes acaban de enterrar a un ser querido, constriñen sus alegrías, vigilan sus apetitos, ponen sordina a sus ardores, se entregan con frialdad y distancia. Son jóvenes envejecidos antes de madurar, fatigados y desilusionados, que flotan en el aire al azar, que "deambulan como fantasmas entre cadáveres" al decir de uno de ellos.

Muchas cosas acaban de terminarse, pero tal vez nos falta una prueba suprema porque no es posible pasar sin ruptura de la adolescencia a la edad viril. Hay un desastre de la juventud, igual que el desastre de la infancia del que habla Freud. Los primitivos tenían su ritual de transición, con grandes danzas, circuncisiones y magos que revelaban secretos viriles. Después de eso se estaba iniciado, se era un hombre. Nosotros no tenemos magia que nos facilite la tarea, tenemos que arreglarnos solos.

Pero aprendimos algo: la juventud no encuentra en sí misma su solución, hace falta que se destruya para que surja de ella el hombre.

Juan José Sebrellí

La Traición de los Hombres Honestos

Rebeldía, rechazo, desconcierto. Eso es lo que sentimos. El mundo, este mundo inmediato, nuestro país, nuestra ciudad, nos aprietan como algo de que somos responsables.

No gozamos de una fórmula para sindicarnos males, ni para defender soluciones proféticamente satisfactorias. Ni disfrutamos de la fe suficiente, ni somos tan felices como para no ver en qué terminan las promesas mesiánicas.

Por una desdichada condición, tampoco podemos pasearnos por jardines amparadores, discutiendo la belleza intrínseca de nardos o de rosas; ni discurrir en construcciones perfectas. Ni queremos apartarnos del mundo, ni encontramos asegurados éste o el otro. Parece que algunos de nuestros contemporáneos aún tienen esa dicha: nosotros creemos que gozarla es hacer oposiciones a la traición, al castramiento, a la muerte. No queremos que nos asusten ni que

nos agraden las palabras, ni las grandes, ni las pequeñas, ni las gastadas. Esperamos que, simplemente, nos sirvan. Sentimos que el espíritu es una responsabilidad.

Cuando empezamos a enterarnos del mundo a que pertenecemos, nos encontramos con una constelación de nombres que parecían ocupar cumplidamente su tierra y su cielo: nuestros héroes, nuestros poetas, nuestros políticos, nuestros profesores, nuestros filósofos, nuestros maestros.

Fuimos aprendiendo puntualmente que pocos de entre ellos poseían algo detrás de sus fachadas. No era el común rechazo juvenil por los antepasados. Era que, debajo de los renunciamientos con aires beatificables, se ocultaba la ineptitud o la cobardía; que debajo de los gestos, accionaba el halago a las pasiones fáciles y electoreras; que proclamaba y vocaciones no eran más que persecución del triunfo inmediato, falsificaciones.

decepcionados, aún esperábamos algo de los hombres del espíritu, de aquellos a quienes no les parecía impuesta la compulsión de la práctica. Hombres vivos buscábamos, no sombras ilustres.

Había, por lo menos, entre ellos, algo más que la honestidad inoperante, algo más que el gesto: conocimiento, saber en su tarea, probidad tal vez, trabajo. Podíamos formar un amplio rosario con esa generación nacida en los alrededores del 900, y cuya tarea pareció consistir en una búsqueda de esencias, en un replanteo que parecía necesario, que aún lo parece. Ciertamente que muchos de ellos desgastaron su talento en juegos que hoy nos parecen irremediablemente pueriles; cierto que la chacota de muchos nos suena a charada o a desplante hueco; cierto también que la mayoría pareció refugiarse a la larga en puras afinaciones de sus instrumentos o en orbes inexistentes y a salvo: suburbios de papel pintado, folklore de carnaval, hábiles crucigramas, o cielos poblados de viejos generales enchisterados o hirsutos, burlas tomistas o ángeles con alas de azúcar.

También es verdad que nos parecían dotados de una excesiva complacencia con el mundo, con las mutuas tareas, con el comportamiento colectivo. Aun los pocos de entre ellos cuyas voces nos sonaban en desacuerdo con el estado de cosas, nos parecían demasiado complacidos en sus trabajos: o dedicados a la elaboración anecdótica del mundo como espectáculo melodramático, o planificados en un superficial esquema de denuncia, o demorados en una descripción terrorista y sin salidas.

Sin embargo, no queríamos ceder a nuestros sentimientos, ni caer en un desdén arbitrario, ni cometer injusticias indocumentadas. Reconocíamos que en sus actitudes permanecía una primera posición de rechazo contra el mundo de untuosidad respetable a que llegaron, y que, en su mayoría, conservaron un evidente respeto a su tarea. Aceptábamos que, como grupo, habían sido capaces de mantener la dignidad del espíritu, aun cuando no nos convencieran los resultados de sus esfuerzos. Aún admitíamos que su trayectoria había sido menoscabada por circunstancias que les eran ajenas: desde nuestra situación provinciana hasta la peculiar calidad de sus antecesores y sucesores. En realidad, podía no ser suya la mayor parte de la culpa. Hasta su ilevantable huida de la realidad podía deberse a la falta de control producida por las circunstancias, que convertía toda crítica, entre ellos, en contiendas de patio, y de o hacia otros, en combates contra molinos de viento.

Ciertas actitudes, *sin embargo*, eran irremediables. Esos grupos, que hace treinta años lo creyeron todo permitido en la lucha contra los filisteos, han terminado por perder toda proporción, todo sentido de la vida y de la perspectiva, tal es su situación de desterrados en su patria, y tales sus complacencias mutuas. El proceso ha sido lento. Desgraciado.

El momento porque atravesamos, de confusión y remoción, en el que ciertos legítimos y comprimidos anhelos han explotado, y han sido desvirtuados, y vuelven a ser objeto de quienes los utilizan, agravan nuestro desconcierto y nuestra sensación de culpa. Sentimos que de algún modo somos responsables por lo que los representantes del intelecto, por lo que los hombres del espíritu no han hecho. Aún más por sus omisiones que por sus actos nos sentimos culpables.

Todos estamos desorientados. Es difícil tomar posiciones en la batalla inmediata, porque la vida no aparece clara para el que pretende ser justo. La aceptación de la polémica puede arrastrar al cerrilismo, y la prescindencia es seguramente estéril, aun amparada en la pureza. Y aun la dignidad puede encubrir la ineptitud o el desprecio, así como la aceptación de los hechos, la entrega negociada.

Pero este momento nuestro es una obligación que prohíbe la quietud o el silencio. La mayoría de esos hom-

bres pareció aceptar con sus personas la hora que vivimos. Sin embargo, a los hombres del espíritu es especialmente en sus obras donde los sentimos obligados. Y en esas obras los veíamos permanecer alejados o silenciosos. Como siempre. Dedicados a sus tareas, que podían ser específicamente importantes, pero que se mantenían radicalmente aisladas.

Sin embargo, aún perduraba la honestidad de los *cleres*, la fidelidad al espíritu. La sensación de que persistía en ellos el ejercicio del intelecto como una labor austera.

La participación de varios de ellos en una empresa comercial, que lucra con sus nombres y con el espejismo de la cultura; la colaboración de varios de ellos en una colección cuyos libros llamativos prometen el conocimiento de bosillo; y el tolerante silencio de los demás, no ha hecho otra cosa que poner el lamentable epílogo a una época cuyos albores fueron de algarada. Ni el respeto por el espíritu del que se llamaron portadores queda. Es lamentable: no sólo eran los demás quienes estábamos en disponibilidad: era la generación del 25 la que lo estaba, en el peor de los conceptos.

La presencia de ciertos nombres: Borges, Fatone, Romero, acusa, no excluye al resto.

No queremos ser injustos. Muchas causas pueden haber pesado para que esos hombres, con larga trayectoria de dignidad, hayan colaborado en una obra de *divulgación*, o de *vulgarización de conocimientos* como ésa. Las razones monetarias nos parecen inadmisibles. Queda como posibilidad, o creer en un deseo sincero de *acercamiento*, de agachamiento hacia la masa necesitada de aproximaciones carnales y a su alcance, o admitir la caída en un error. No queremos creer que sea puerilizándose, recortándose, como entienden aceptar el mundo Romero o Borges. No parece el hecho —ya reiterado—, un error accidental. Parece una liquidación última, una consecuencia de anteriores no aceptar el problema, la vigencia de las obligaciones éticas que acarrea el mundo.

No son indignaciones catonianas, no es pavor farsaico lo que sentimos; es rebeldía. Una amarga sensación de que sabíamos que aquello había de acabar en esto. Y que esto, un poco ridículo aun para indignarse, no es más que un síntoma. Algo que no es arrepentimiento. Que es otra cosa.

Tememos nuestra propia retórica juvenil. No estamos seguros de nuestra verdad. Ni sabemos la solución, ni gozamos de una clave. No encontramos ejemplos: los que tenían inteligencia se han burlado, han fracasado, se han entregado o han huido. Los que tenían buena fe y coraje han carecido de inteligencia.

Parece que por ahora no tenemos más que una labor, que corre el riesgo de la esterilidad o de la auto-complacencia. Parece que no gozamos más que de una perspectiva, que bien puede ser otro catarismo, y que seguramente se presta a todos los malentendidos. Parece que sólo nos queda la reiteración en la crítica y en la denuncia. Trabajar. Volver a empezar. Cuidarnos de la petulancia.

Contando con que es necesaria la cautela, pero también con que no bastan la honradez y el conocimiento de la tarea, ni la reivindicación puramente intelectual de la vida. Contando con que es necesario el afán, la pasión de actuar, de actuar con la vida. Pues nos parece haber sido demostrado que la sola fidelidad al espíritu, es traición del espíritu. Y que, sin juegos de palabras, termina en traición al espíritu.

Esto ya ha sido dicho. Aún ya ha sido dicho que no es permitido el desprecio, que no son permitidas las burlas, ni las declaraciones que dejen algo del mundo aparte. Lo que parece importante es practicarlo. Aquí. Entre nosotros.

Ismael Viñas

Milonga

A esa hora empezaba a quedarse sola: el primer indicio —su seguro indicio— eran los espejos, cuando se veía reflejada en todos los espejos, en el que quedaba detrás del escenario, en el que rodeaba los reservados, en el de la orquesta y en los dos de las puertas de los baños. Ni esos últimos se movían; ya estaban quietos y desde su silla se podía ver reflejada; solamente variaba el color y en cada uno parecía tener una edad distinta; pero el que más la atraía —no en el que se miraba más—, el único que interesaba era el del escenario. Ese estaba rodeado de una minuciosa —rígida, sí, rígida ceremonia: primero oprimía el botón del costado y la plataforma se desplegaba con una lenta magia, como si se despreczara hasta quedar estirada como un animal poderoso y obediente; entonces —ella lo esperaba como un eco— desde el bar llegaba la voz de Manuel, pastosa, adecuada, casi solemne, que no chocaba ni en ella ni en los espejos, y que solamente era la culminación natural de ese preciso momento:

—¿Cuántas copas, Malvina?

—Adivíne.

—¿Treinta y dos?

—No, no.

—¿Más o menos?

—¡Ah, ah!

—¿Cuarenta? —Manuel sabía que eran menos; era su homenaje y ella ya no tenía temor de descubrirse amarilla y violeta, con esos dos colores que hubiera podido palpar: la frente muy amarilla con la misma intensidad de los pómulos y la barbilla; pero el resto, todo violeta, sin ningún matiz (oía que Gracia y Lucy y Amelia subían la escalera esperando a alguien en la puerta; ascendían hacia la ciudad —ellas— como hacia un macho que las iba a guiar con apremio por todas las calles; las ventanas y las puertas y las veredas tendrían ese apuro del que exige, esa urgencia por llegar a término: acabar, acabar pronto; Gracia y Lucy y Amelia ascendían hacia esa cosa que surge después del final, cuando ya no queda ni el ímpetu de la resolución; siempre servían con premura ese límite, ese definitivo contorno: Buenos Aires era para ellas el cuerpo de los hombres, siempre estaban cercadas por esa frontera a la que pugnaban por llegar, en la que habitaban y subían, riéndose para enfrentarse con su acatada residencia) y advertía siempre —no todas las mañanas sino al término de su faena— que había descubierto su explicación por contraste con el de ellas: ellas tres habían ido hacia las cosas, las cosas les interesaban, querían saber de todo eso que ocurría en las calles iguales, y en los cafés iguales y en las músicas idénticas y en los machos idénticos: ellas se anegaban en esos alientos y en esas baldosas y en esas horas amorfas; por lo mismo que no esperaban nada, les resultaba familiar. En el fondo, ellas dominaban todo ese mundo, conocían sus pactos y les gustaba que todo respondiera a las claves de las que ellas participaban: subir las escaleras riéndose para encontrar la ciudad y la calle Maipú como siempre, el mismo cartel de enfrente y los papeles amontonados en el mismo lugar y el hombre arrinconado en su mismo diálogo, agradecido de que no hubiera variantes, de que acataran esa cerrada liturgia donde no cabía ningún asombro y donde la eficacia servía de apoyo y de goce y de deslumbramiento: el encuentro hosco, la búsqueda recatada, la marcha tácita, las calles blancas, iguales, muy largas y toda la ciudad muda, indeleble, sin ninguna ternura, pero con sus esquinas y sus paredones indestructibles, aliados. Por una canaleta en descenso, vertiginosa, lisa.

—¿No la esperan, Malvina?

—¿Usted cree que alguien me puede esperar, Manuel?

—A usted siempre hay alguien que la espera.

—Pero no está allá arriba —Malvina cabeceó con desabrimiento—; en la vereda.

—Pero usted tiene amigos en todas partes, Malvina —el barman usaba un tono respetuoso—; en todos los cafés la conocen. Es muy popular.

—Y muy usada, Manuel.

Ahí en el espejo estaba su barco: para ella Buenos Aires era como un barco. *Monte Saturnia* se llamaba el que la había traído desde Rumania: ahí abajo no había colores ni voces ni nada que los diferenciara; una luz violeta muy tenue que alargaba todos los rostros con un gesto estereotipado de confusión, de olvido, de cosa perdida. De arriba bajaban la comida con un cajón que oscilaba un largo rato por sobre las cabezas de todos esos animales pasivos que apenas rumiaban mirando al aire —no a un punto—, dejando balancear la cabeza con el ritmo del *Monte Saturnia*. Y era bueno sentirse animal, porque entonces aparecía el calor de estar juntos, de oler igual, de alegrarse por un poco de luz o por una banana amarilla y no violeta y no verse oprimidos por *lo de arriba*: entonces se admitía que todo lo bueno y lo blanco y lo que tenía su nombre estaba arriba solamente, pero no encima. Era bueno imaginarse animal para no protestar y estarse callado y sentir la piel endurecida y resquebrajada como un cuero, sin reflexionar, rumiando apenas. Y mirar la cubierta solamente cuando se moría Mauricio con escarlatina y esperar por el ojo de bucy que cayera de *allá arriba* como una cosa olvidada que no iba a flotar y que *eso* —que pesara— era lo mejor que le podía ocurrir. Y Buenos Aires era como un barco: siempre había pensado que algo estaba *allá arriba*, pero que a ella no la esperaba nadie al final de la escalera; alguna vez, sí, había conocido la cubierta y los hombres que estaban allá arriba y que tenían todo el espacio para gesticular y para moverse del que no está apretado, del que se cree libre. Pero eso mismo la desconcertaba: ella prefería sentir a la gente al lado suyo, ella se apoyaba en lo que la oprimía, sin discernir si era un macho o una pared o un árbol. Ella se sentía un animal pasivo que prefería estarse quieto, con las patas metidas en el barro o en la tierra, con alguna cosa pegada en su cuero: el barro reseco o bichos oscuros o un cardo. En el *Monte Saturnia* todos se habían sentido así, como animales obedientes, sin ninguna necesidad de moverse de por sí, porque intuían que algo mayor los transportaba.

—Tengo que apagar, Malvina.

—Sí, sí.

Volvió a apretar el botón y la plataforma se fue plegando lentamente, en un silencio incomprensible, desusado, con la misma pausa con que se fueron apagando las luces y los colores se borraron del espejo y los otros parecieron caerse de las paredes, desvaneciéndose.

—Hasta luego, Malvina —resonó la voz desde el fondo de la oscuridad, a sus espaldas. Y ahí delante ascendían los escalones de la salida. La ciudad estaba *allá arriba*, cada paso la acercaba más: para las otras se erguía con la urgencia del macho; para ella estaba extendida como la cubierta de un barco.

—La esperaba.

—¿A mí? —Malvina no se sentía desconcertada, sino como si ocupara otro lugar.

—Sí; a usted.

—Pero... ¿usted me conoce?

Era un hombre joven, y *eso* fue lo único que ella advirtió.

—La he visto muchas veces, Malvina.

—¿Supongo que no...?

—¡No! —la dentadura le brilló—. No soy un tira.

—No es que tenga nada con la policía, pero una nunca sabe —ahora le resultaba natural que ese hombre la hubiera esperado a ella; era una cosa que ocurría, que se le había caído encima, que había descendido y ella lo aceptaba—. ¿Vamos a mi casa?

—¿Tiene para comer alguna cosa?

—Chocolate y un poco de salame —dijo Malvina sencillamente.

—¿Le gusta el mate?

—¿Por?

—Por nada —él encogió los hombros—. Quería saber.

—No soy criolla.

—Eso no importa; no tiene ninguna importancia.

Malvina quiso ser honrada:

—Pero mire que tengo mucho sueño.

—Primero, usted duerme y yo la miro.

—Eso está bien, pero ¿y después?

—¿Cuánto? —el hombre frotó el pulgar con los otros dedos.

—No: cuánto no —ella estaba condescendiente, casi divertida—; sino ¿qué vamos a hacer?

El hombre dijo con excesiva naturalidad:

—Charlamos.

—¿Charlar?

—Sí, sí —aseguró el hombre sacudiendo la cabeza.

—Entonces vayamos a otro lado.

—¿A su casa, no?

—No; prefiero no ir a mi casa.

David Viñas

(de la novela: *La ciudad de Carlitos Gardel*)

A propósito de *Los Idolos*

Una novela planeada y escrita con decoro. He aquí la excelencia y la limitación de *Los ídolos*. La excelencia, por cuanto el buen gusto del autor ha encontrado por ese camino la posibilidad de ennoblecer la materia novelable evitando los peligros de lo chabacano y lo cursi. La limitación, en la medida en que el afán de decoro lo ha conducido a elegir personajes demasiado literarios, novelescos (en el sentido peyorativo de los términos), insertos en una sociedad decadente que no dice nada a nadie; héroes que hablan como escriben cartas íntimas con el estilo lavado e impersonal de los editoriales de la prensa seria.

Hay demasiado ocio en el mundo en que actúan los héroes del libro. El ocio es condición implícita del quehacer artístico, pero no tiene por qué serlo necesariamente de las creaturas que pueblan su mundo, máxime si ese mundo tiene un estrecho contacto con una circunstancia temporal y espacial determinadas. Si el ocio se introduce subrepticamente en un ámbito en el que es generalmente pleno, desrealiza todos los contenidos que se incluyen en él o los empequeñece ciñéndolos al estrecho círculo en el que tiene una probable vigencia. Así el ocio que derrochan todos los personajes de *Los ídolos*, supuestamente inmersos en la sociedad argentina de mediados del siglo veinte. El médico que narra la historia, pese a las muchas ocupaciones que declara, no es más que un ocioso que dispone de tiempo para escribir las biografías de extraños personajes minados por la vacancia de sus vidas. Lo es también Gustavo, el más inverosímil de los biografiados, víctima de una posesión lujosa e hiperliteraturalizada; Duma, sobreviviente de nuestro antiguo rastacuerismo; Fabricia, resentida social. La intromisión de una atmósfera distinta a aquella en que eventualmente se desenvuelven los destinos individuales, termina por desrealizarlos, convirtiéndolos a ellos y a su contorno, no en fantásticos, sino en falsos. Como los personajes de *Los ídolos* viven, hablan y mueren a contramano de los millares de argentinos que conocemos en el comercio social, concluimos afirmando su falsedad aunque más no sea por la urgente obligación de recordar que nosotros somos reales. La irrealidad, mejor, la falsedad de *Los ídolos* se ha logrado no sólo por la tónica general en que se incluyen personajes y ambiente, sino también por el aporte de algunos desaciertos parciales. En la primera parte, por ejem-

plo, se habla con detalle del supuesto pueblo natal de Shakespeare. La parte segunda, que se desarrolla íntegramente en una estancia de nuestra mesopotamia, da casi la perfecta impresión de lo inespacial y de lo atemporal por la ausencia de los elementos esenciales que marcan el carácter de un lugar y de una época. (Y conste que no pensamos en la trasnochada presunción del color local, que tantos desatinos ha hecho cometer a nuestros escritores argentinitas). Tres mujeres se pasan media vida tejiendo el milenar tapiz de Bayeux y lo concluyen el mismo día de la muerte de Gustavo. ¿Encierra este hecho un simbolismo, o se anota una simple coincidencia? Que la ejecución de algo material demande el tiempo justo del desarrollo de una vida, es un símbolo de baja agorería que no justifica el volumen que desplaza en la novela su muy advertible presencia; si anota meramente que dos hechos se homologan por casualidad, es fácil denunciar la gratuidad de un recurso que se ve venir desde lejos.

Con un ambiente así desrealizado, con héroes de complicada psicología de laboratorio, era improbo escribir algo perdurable, pero ambos han dado ocasión para construir un mundo brillante, cómodo, en el que es posible hablar hasta el hartazgo de poesía, de antigüedades, de pasados esplendorosos, y mostrar en el reverso de una sociedad decadente el mucho de oropel y el poco de perversidad en el que se debate su agonía. Todo esto, fuerza es declararlo, lo ha conseguido Mujica Láinez con holgura. Lástima que se le haya escapado de las manos lo fundamental. Su novela, decorosa en el planteamiento y en la ejecución, ingresa por sus defectos y virtudes, en el sector más extraño de la literatura argentina: el que ocupan casi sin excepción los mejores escritores nuestros de veinte años a esta parte; el sector de los grandes literatos sin literatura, de los buenos escritores sin obras que medianamente respalden sus prestigios. En este capítulo de nuestra historia literaria, se hablará con alguna morosidad de Mujica Láinez (como de Borges, Bioy Casares, Mallea), pero no creo que se pueda decir nada de *Los ídolos* ni de alguna de sus obras anteriores. Quizá un presunto investigador del futuro incluya este capítulo en un compendioso subtítulo: *Primera mitad del siglo veinte. El decoro de la novelística argentina*.

Adolfo Prieto

“Ladrones de Bicicletas”

o la decepción frente al cine

Nuestra posición frente al cine es particular: debido a la bajísima calidad de lo que producimos, estamos reducidos a una pasividad de simple centro de consumo, de espectadores provincianos que se ven obligados a comentar lo que se hace en otras partes, sin poder influir para nada en ese hacer. De allí que, terminado el espectáculo, una vez evadidos de la hipnosis mágica y dejado de ser espectadores, para reflexionar sobre lo visto, nuestra posición es un poco falsa. Pensemos lo que nos dé la gana, aquí sí que no somos nadie nada más que unos cuya opinión sólo puede tenerse en cuenta como *boletería*. Todo lo que podamos opinar no pesará lo que pese el resultado en moneda argentina al final de la temporada.

A ello debemos unir la circunstancia del atraso y la escasez con que nos llegan las películas extranjeras, lo que aumenta en nosotros el desconcierto, efecto del hambre, de los juicios ya divulgados, de la propaganda que trastrueca los valores. Simples espectadores del común, sin la posibilidad (hoy reservada a algunos elegidos) de *estar al día*, cuando vamos a ver una película no sabemos nunca bien si es un producto comercial, si es un bluf pseudoartístico, si es una vejez experimental, o si hay en ella bellezas ocultas que sólo un paladar acostumbrado a algún lenguaje especial y progresivo podría discernir. ¡Qué vamos a hacerle!: nuestros cuatro pesos no nos ponen en mejor situación frente a *Hamlet* que la cimitarra de cualquier otomano frente al Partenón recién conquistado. Lo demás no pasa de compadras intelectuales o de deseos más o menos ingeniosos de señoritas suburbanas, hartas de tratar de leer a Lawrence.

Claro está que podemos cortar por el medio, v. o bien conformarnos con gozar cualquier cosa, castrándonos como para llegar a la ingenuidad de las buenas digestiones, o, negar todo el cine ya que, al fin y al cabo, somos una isla desierta y nueva, y nuestra soledad exige que nos embosquemos en ella, porque no somos ni Europa ni los Estados Unidos. La primera actitud parece bastante defendida actualmente, al menos por ciertos ganapanes que sostienen libremente (¿por qué no?) que el arte —su arte— no debe traer complicaciones ni problemas, ni ir más allá de una satisfactoria diversión de las glándulas del buen público. La segunda actitud, cuyos argumentos son de mejor calidad en todos los sentidos, nos llevaría a una ardua y extensa discusión. ¿Hasta dónde estamos cortados verticalmente del resto del mundo, y hasta dónde, en cambio, estamos integrados en él? ¿Es, acaso, cierto, que podemos prescindir de lo que sucede en París o en California, y que somos una especie nueva bajo el sol? En cierta medida, en una medida carnal e inmediata, sí. Pero lo mismo le sucede a cada lugarejo de la tierra. Lo mismo, y en la misma medida, a cada hombre. No es el caso de que, en la exasperación de poseer una personalidad fuerte y coherente, o en la desesperanza de llegar a ser algo en el ámbito del mundo, tomemos actitudes emperradas o catastróficas. Esa, y la imitación a todo trance, han sido dos actitudes habituales en latinoamérica. Ambas han abundado en características de mas-

carada trágica, que supo empezar en las odas o en las proclamas, y terminó en el peor de los casos contra alguna pared manchada.

Pero dejándonos de recorrer los cuernos de la luna, lo cierto es que el cine existe, que a él vamos como espectadores y que no sabemos prescindir de él, en la buena, pedestre y dominical práctica. Que, además, sea tal vez el arte de este siglo, lleno de tumbos y de búsquedas, de bodrios y de logros, es otro *gran problema*, que sólo tímidamente me atrevo a rozar de pasada.

Y lo cierto es que, como espectadores dominicales, el cine, una y otra vez, y cada vez más, nos decepciona sin contemplaciones. En un arte que recién está en formación, los que pueden hablar ya (a veces premeditadamente, otras como sin querer) de una *época de oro*. ¿Será cierto que el cine ha errado su camino al aceptar la palabra, y que debió reducirse a la imagen muda? Ese parece un criterio de fotógrafos profesionales, engolosinados por las simples posibilidades plásticas. Si es cierto que puede haber un cine mudo, y que tiene dentro de sí amplias posibilidades, no es menos cierto que esas posibilidades son limitadas, tan limitadas como las de la pantomima, aunque en otros sentidos; y que su defensa a capa y espada huele a último coletazo de arte puro, con todos sus heroísmos, minúsculos y admirables triunfos, y con todos sus fracasos. La imagen, como la mimica, como el sonido, no son en el cine un arte por sí; son artes al servicio de otro arte distinto. Creo que el cine hablado y sonoro es el único que puede dar todo de sí. Tanto como sus aciertos, sus fracasos lo prueban.

En otro sentido, ¿seremos nosotros los que, como espectadores tendremos gastada la sensibilidad? No creo que éste sea el caso, a pesar de ciertas agoreras y fallidas palabras de Ortega y Gasset.

Lo cierto es —de nuevo— que casi todas las obras anunciadas y proclamadas nos dejan un regusto de decepción, de apetito insatisfecho.

Meditando sobre el particular parece —no sé si esto puede llevarse a regla general—, que las que más dejan tal sensación son las películas *neorrealistas*, hechas con pretensiones de tales.

Un caso ejemplar es el de *Ladrones de bicicletas*. Ni su idea central, ni el acierto de algunas escenas, ni el pintoresquismo de algunos personajes, ni aun la simpatía que arrastra nuestra adhesión, la salvan. Al final, tenemos la sensación de que hemos sido defraudados. Durante la película, nos aburrimos francamente durante largos minutos.

¿Qué pasa? Creo que ese artificio especial que finje la naturalidad no es lo suficiente transmisor, que no basta. Que hay otra artificiosidad, otro ritmo, una mayor exigencia para el desarrollo del tema: al mismo tiempo mayor inventiva y más ascetismo, a que obliga el drama como obra de arte. No basta con filmar una cadena de desastres que lleva a un imperativo final desgraciado, para expresar la tragedia. No basta con toques realistas de escusado o mingitorio para

captan la vida. Ni los puntos suspensivos para insinuar la poesía. Eso y otros amables lugares comunes, no son más que artificios secundarios, que sólo alcanzan validez cuando se ponen al servicio de una taxativa arquitectura.

Tampoco es que la obra nos decepcione por ciertas faltas accesorias tan sólo. Existen, sí (y aun pueden contribuir a aumentar el sentimiento de frustración), tales como la mediocridad de los actores, la narración un poco inconexa, la fotografía otro tanto errabunda y los personajes pasajeros, marcados con exceso, o desdibujados.

Es algo más, algo que proviene de la laxitud en el manejo de los hechos y en su selección, de la tendencia a preferir el impacto directo a la verosimilitud expresiva o narrativa, de la pérdida de la severidad sintetizadora.

El desorden, y la complacencia en él, son hoy hechos dispares, pero que cada vez aparecen más consubstanciados. El primero, de legítima estirpe, fué y aún parece ser genuino, actual, inevitable y fecundo. La segunda, una barranca por la que nos estamos yendo, cada día con mayor

facilidad. El cine, que nos permite cierta lejanía a cambio de aquella posición pasiva que señalé, parece evidenciar esa falta de rigor. No basta el muequeo trágico o sucio para alcanzar el arte.

En el otro extremo, el orden que se nos ofrece parece irse reduciendo a cierto virtuosismo académico, acartonado o encastillado en preceptivas estéticas o socializantes. Cuando vemos ese tipo de película, de *arte* o de *gran arte*, sentimos la desazón que nos causa la forma desbordando el pobre contenido. El solo rigor tampoco basta: para practicar el ascetismo se necesita cierta materia previa, cierta abundancia sobrante.

Raras veces intentan acercarse los dos términos. Esas, como espectadores, hemos ganado algo más que una noche.

Tal vez sea ésta una lección que podemos recibir con ecuanimidad, como ajenos a la batalla, y que merezca ser extendida.

V. Sanromán.

El despiadado

Me marchó en este tren,
diré entonces a todas mis penúltimas historias.
Me marchó en este tren,
sonámbulo festejo, memoria de aquel "hasta mañana"...
Llevo solamente tentaciones,
una mirada de amor inevitable,
los bolsillos preñados de poemas
y ese mundo, Dios mío, ese mundo sin nombre ni destino...
Y dejo, lo sé, crueles y extrañas inocencias.
La angustia de mi madre, por ejemplo,
o la imaginación desaforada de mi hermana,
o las ruinas de un viejo sueño entre mis trastos.
Y ya presiento que convertiré en símbolo
la sorpresa primera de mi padre.
Oh, ¿por qué exiges el dolor ajeno, despiadado?
La partida está en ti,
pero la inauguras en el dolor de los otros,
más fuerte y más pesado que el tuyo,
sin piel y sin arterias
pero con carne,
con carne mitad oveja y mitad lobo; desgraciada.
Mientras tú te deseas mal muchacho,
hijo olvidado, decepción,
la bondad te impide y te castiga,
la bondad te ensucia y te delata, infeliz, un despiadado.
Me marchó en este tren
hacia el cuerpo de mi alma, diré entonces.
Ya te requiere, al fin, el sufrimiento.
Es verdad:
estás cansado de tus manos tan feas y tan blancas,
estás cansado de tu Cristo bastardo y sepultado.
Quieres sufrir delante de ti mismo,
a solas y sin fiestas como un huérfano.

¡Qué triste será tu salvación en la intemperie!
Yo sé por qué te marchas, despiadado.
Quieres un final grotesco del duelo y de la orgía
para desterrar en ti al murciélago
y recibir a los peces que murieron en la pampa.
Allí y ahora, en la pampa, tu única, irreconciliable eter-
[nidad,

hacia la cual descendiste,
sí, descendiste y aun descenderás,
porque allí y ahora el cielo y la tierra
son el solo techo nuestro de un sótano anhelante,
porque allí y ahora empezaste a comulgar
con todos los seres interiores del Hambre,
con todos los Lázarus anónimos
que día a día se mueren por las calles.
¿Y quién te espera?
¿Quiénes estuvieron antes y más allá de ti
bajo el albergue construido por tus muertos?
¿Quién será tu olvido o tu recuerdo
después del hondo viaje?
Nada importa ya,
nada es extraño:
te marchas para un acontecimiento misterioso.
Me marchó en este tren, diré entonces.
Y no os asombréis,
padres, hermana, amigo, criatura...
Este despiadado es otro pobre piadoso de sí mismo.
No os asombréis:
siento que un nuevo amor me llega
por ansias del desprecio.
Siento necesidad de asco,
de culpa, de rencor, de barbarie, de naufragios.
Necesidad de mi desnudo para siempre.

Héctor Miguel Angeli...

CONTORNO

Mayo de 1954

Nº 2

Dirección: Ismael Viñas y David Viñas

Av. Roque Sáenz Peña 651 — T. E. 30 - 2409 — Tres pesos

DEDICADO A ROBERTO ARLT

La mentira de Arlt Gabriel Conte Reyes
Una expresión, un signo Ismael Viñas
Erdosain y el plano oblicuo Ramón Elorde
Roberto Arlt y el pecado de todos .. F. J. Solero
Arlt y los comunistas Juan José Gorini
Roberto Arlt: una autobiografía . M. C. Molinari
Roberto Arlt, periodista Fernando Kiernan
Arlt. Un escolio Diego Sánchez Cortés
Arlt - Buenos Aires Jorge Arrox
El único rostro de Jano Adelaida Gigli

De las obras y los hombres:

H. A. Murena y la vida pecaminosa .. C. Correas
Rodolfo Kusch y la seducción de la
barbarie Aldo Prior
Estela Canto: ¿Una novela? ... A. A. Goutman

La mentira de Arlt

En todo empequeñecimiento (hasta en los Libros) hay una garantía de salvación aunque no sea nada más que por el hecho de que nadie se animará a humillar aún más al que espontáneamente lo hace, sino que por el contrario, intentará ser generoso otorgándole una mayor medida de la que él mismo se asigna. Pero además de esta confianza en la caridad de los otros, existe otra certeza que únicamente estriba en el que se humilla, en la medida en que al declarar "No soy nada", establece tácita e irreductiblemente la presencia del sujeto. La presencia y lo intransferible de su calidad. Porque el que se humilla, no acrecienta el mérito de los demás, sino que intenta disminuir los propios. Habla constantemente de sí, de sus errores, de sus cosas, de los que esas cosas le parecen. Y lo que es más significativo, en ningún momento intenta cambiarse por mejorarse. "Siempre soy más de lo que admito", podría escribirse en la espalda de los que se humillan, agregándose: "Y no me cambio por nadie".

Y de esta manera actúa Arlt:

"¿Cuántas veces he deseado trabajar una novela, que como las de Flaubert, se compusiera de panorámicos lienzos", declara con tono melancólico en el prólogo de *Los lanzallamas*; "Me hubiera agradado ofrecerte una novela amable como una nube sonrosada", insiste en la dedicatoria de *El jorobadito*. Arlt se humilla: "Se dice de mí que escribo mal". Está admitiendo su pecado, exhibiendo su oscura culpa. Podría haber dicho: "Quise ser aquello y no puedo. He caído irremisiblemente". Pero ante estas palabras la pregunta se impone: "¿Quiénes son los santos, los que han hecho bien, los perfectos?". Y el mismo Arlt los señala: "No tendría dificultad en citar a numerosa gente que escribe bien y a quienes únicamente leen correctos miembros de sus familias". Y en esto se evidencia la mentira de Arlt que marca el límite de su autohumillación. Se postró para que "los otros" crecieran, pero a condición de que se condenaran, porque su salvación y su falsa humildad es una emboscada, la agachada en la que parece murmurar por lo bajo: "Sí, sí, ellos son los perfectos, los sin-pecado, pero nadie los tiene en cuenta". La oscura vanidad de la mujer fea que se ve asediada por los hombres. La vanidad que corretea entre las líneas de esas dos declaraciones en las que parece golpear el pecho, pero en las que realmente está henchido de orgullosa, de terca seguridad: "Soy el pecador, pero me aman. Soy el desdeñado, pero vivo. Soy. Soy."

Y estas concesiones a un ideal que no es suyo, configuran —sinceras o irónicas, concientes o involuntarias— una mentira,

una quiebra interna que marcará su faena desesperada. Y a pesar de sus constantes afirmaciones de fe en sí mismo —aún por ese reiterar confianza en voz tan alta que parece acusar una fe vacilante—, esa hendidura, esa contradicción, interviene como materia de empobrecimiento y de desorientación, embotellando y desvirtuando la sinceridad propuesta.

Arlt, que odia el orden del mundo que lo rodea, el cosmos en que se ha visto ingresado, acepta y acata ciertos valores elaborados por ese mundo y que forman parte de su orden: su estética, su moral, sus principios.

Hasta donde su obra es un explorar sañudo en sí mismo, tal vacilación acrecienta la tensión expresiva, suma otra exacerbación y otras facetas a su exasperado frenesí expositivo. Pero esa virtud, que lo enriquece como confesión y como aumento de tensiones, apareja riesgos que Arlt no salva ni elude, y en los que, por el contrario, cae. El primero, es que, cabalgando sus otras desorientaciones, aumenta el caos en que se mueve, y cuya masa lo aplasta y se le escapa de las manos diluyéndolo y desorbitándolo, en tanta medida cuanto no sabe manejar su interés y superar el material autobiográfico. El otro, es la desviación a que lo somete, introduciendo esta vacilación, esta insinceridad, en el alma de su obra, en el espíritu de sus personajes, y cegándolo para la aprehensión del drama abisal cuya intuición ronda sin lograrlo. Su frenesí de buceo llega así a engestarse en desplantas cuya necesidad le parece a él mismo transitoria, casi monstruosa. Toda su obra principal, su discurso, sus creaciones, son una convocación de frenesí negativo: un exasperado exorcismo para levantar una vida en contra, seres vivos en contra de la vida jerarquizada que lo rodea. Una invocación al asco, a la abyección, a la teratología que apela a la disolución del mundo por el propio aniquilamiento. Sus personajes reciben la hibridez sentimental de Arlt, y a pesar de que su destino particular se cumple, repiten su indecisión: Proyectados como un alzamiento contra la vida que les proponen, afirmada su existencia en retorcida negación, mienten sin embargo (tanto Erdosain, como el narrador de *Las fieras*, como el de *Ester Primavera*) nostalgia de la vida noble, de la pureza, de la belleza, de esa normalidad, y no quieren, no inventan otra. Se torturan y atomizan en sueños, en gestos gratuitos que los desgarran. Y terminan deleitándose en su miseria, en su disolución, en su vida canalla y suicida. Esas hileras maniáticas de rufianes, ladrones y prostitutas, de pederastas y de asesinos, no intentan salir de sí: se complacen en mentirse un querer salir.

en negarse, en destruirse hoscamente, entregados al reconocimiento de la superioridad del mundo contra el que se levantaron. Esa concesión de Arlt, que utilizada como dato inmediato aprehendido y expuesto directamente (*fresco*, podríamos decir) es una riqueza real, se va instalando cada vez más ampliamente en su obra, impidiendo la búsqueda sincera, propiciando el uso de recetas, de fórmulas meramente intelectuales. La primitiva intuición se mecaniza, repitiéndose en disecciones eficaces, en una reiteración de figuras y situaciones de delirio, desmenuzada la invocación, dispersada la creación en deambulares frenéticos, en insistencias verbales, en negaciones, en diluciones oníricas. La inspiración de Arlt, abundante de material hasta el mareo, a veces indiscriminado, se recarga entonces de episodios, de simbologías verbalistas, de un realismo machacón y onanista, meramente pornográfico, embotellado en meandros y hechos espasmódicos, al servicio de

una mecánica terrorista que acumula gorduras flácidas, de pesadilla, sobre un esqueleto minimizado. La mentira que Arlt aceptó o se permitió, termina desconcertando el impulso primitivo, la intuición que lo nutría, dislocándolo y obligándolo a insistir con calcomanías insatisfechas, resignadas ya, y torvas. Tal vez por haberlo advertido, abandonó Arlt la novela (definitivamente, según dicen) probando renovar en el teatro el lenguaje que se le iba tornando un instrumento preciosista al servicio de una galería de horrores. El coraje de ese vuelco, no sabemos ya nunca si hubiera superado el planteo expreso y consciente de los temas que conocía desde siempre. Ya no sabemos nunca si había de superar ese mecanismo un poco demasiado evidente, en mayor distancia de soltura e intuición de la que va de 300 millones a *La isla desierta*.

GABRIEL CONTE REYES

Una expresión, un signo

A un decenio de la muerte de Arlt, su obra, casi olvidada durante ese tiempo, es recordada desde las más diversas voces. Verdad que muchas de ellas dejan traslucir cierto ardor profesional y canibalesco, en aprovechar para usos y rencillas particulares a este ahora ilustre muerto pobre de las letras. Ciertas cualidades accesorias de Arlt facilitan algunos de esos juegos subalternos: su desfachatez espantadora del *rigor mortis* académico; su expreso alzamiento contra el mundo constituido; su caos sentimental, expresado con eficacia cálida e inmediata; su visión amarga y desolada de la vida. Más importante, es que también facilitan su adopción como antepasado, satisfaciendo nuestra necesidad de exorcizar genealogías que nos permitan empinarnos sobre nosotros mismos, sobre esa realidad un poco pobre que continuamente nos obliga a reorientarnos en su fluidez caótica, a pretender hitos frente al ámbito a que inevitablemente miramos: el mundo europeo. Tanto más se presta su figura a esos usos, cuanto su rebeldía está dirigida contra las normas europeas, únicas que hemos tenido hasta ahora, y su visión pesimista coincide con el momento en que en todo occidente se exalta el destino trágico del hombre, y entre nosotros parecen desgastarse el optimismo gigantista y las posturas más o menos cómodas o gozosas. Pero dando de lado adhesiones que bien pueden ser accidentales; ¿qué significa Arlt? ¿Cuáles son sus valores?

Creo que, ante todo, conviene hacerse cargo de los defectos que se le atribuyen, no sólo porque quienes lo exaltan suelen dejarlos cuidadosa y disimuladamente a salvo, sino porque delimitan muy curiosamente la figura de Arlt escritor y su contorno.

En primer lugar, su falta de cultura, ya entendida como escasa educación, ya como falta de conocimientos generales o filosóficos. Luego (una acusación que me ha preocupado) la poca originalidad e imprecisión de su metafísica. Más concretamente, que es un trasvasador (particularmente de los novelistas rusos, siempre citados a su respecto), el autor de una obra informe, de fragmentado realismo, cuya mezcla incompleta de elementos dispares choca y se abate ante las dificultades de la composición. Que sus estructuras son deficientes, su expresión insuficiente al encarar objetos vastos, y su lenguaje formalmente pobre, cayendo en afectación cuando la urgencia expresiva cede. Aún puede agregarse que su visión del mundo es estrecha, unilateral, que su repertorio de ideas es escaso, lo que monotoniza sus conflictos, y las actitudes, sentimientos y comportamiento de sus personajes. Me apresuro a señalar que en esta lista, citada casi textualmente de las diversas fuentes, hay de todo, pero que se trata casi siempre de salvedades sin mayores ex-

plenciones, tendientes a señalar que Arlt es un escritor sincero y potente, pero incorrecto.

Tratemos de ir aclarando. Ante todo, es cierto que Arlt carecía de una educación adquirida en las aulas. Pero tal hecho no significa nada; a lo sumo que tenía una visión tan paralizada de la vida como la de cualquier egresado universitario, no más caótica y seguramente más libre y pintoresca; ni siquiera que eso le hubiera asegurado el saber redactar mediocremente. Sus virtudes y sus defectos de escritor tienen raíces más hondas, que nada tienen que ver con la mediana ilustración o la corrección gramatical que pudiera haber adquirido. Pero no es improbable que el sentimiento de esa falta, como parte de una creencia general de sentirse en desventaja, de ser objeto de una injusticia, haya influido en él.

Si lo que se pretende es que no llegó a poseer una concepción amplia del mundo, el aserto es probablemente verdadero en cuanto a ciertos problemas profundos o muy especializados; así como a muchas deleitables, pero habitualmente insignificantes sutilezas de la inteligencia. Arlt no fué un escritor agudo, ni tampoco parece haber sentido como conflictos dramáticos gran parte de los que conmueven al hombre. Su sentimiento del mundo es unilateral y estrecho: sólo conoció urgentemente un limitado repertorio de problemas, y aún dentro de ellos, escasas posibilidades situacionales. Pero es indudable que sintió de un modo poderoso, inmediato, y que logró transmitirlo así. Su misma unilateralidad debe haber contribuido no poco a la fuerza acusosa presente en sus mejores obras. Las reales limitaciones de su pensamiento, su adopción simplista de algunos planteos, su conocimiento apresurado de ciertos temas y problemas, no adquieren mayor importancia en su obra, sino en los momentos en que admite que sus personajes se salgan de sus existencias, para dar su opinión o explicación sobre las mismas, o cuando las da directamente; y en algunos intentos de colocar a sus personajes en esquemas elaborados sobre esas opiniones; en suma, cuando en lugar de vivir y exponer directamente sus intenciones y sentimientos, pretende racionalizarlos, darles un planteo intelectualizado. Esta observación nos coloca ya concretamente ante Arlt escritor. Es evidente en tal aspecto que algunos de sus errores de estructuración: episodios superfluos, personajes innecesariamente introducidos con su biografía íntegra, aclaraciones estériles y hasta contrarias a los climas que intenta levantar, podrían haber sido evitados con un mayor ejercicio crítico. Pero sus fracasos de composición son más profundos: si en *El juguete rabioso* es todavía una cierta pobreza estructural, en *Los siete locos-Los lanzallamas* es un exceso de ma-

terial imaginativo y emocional que lo acosa y excede, un gran caudal que lo arrolla. El estado emocional inmediato en que se anega, le permite una exposición de sentimientos, de estados de ánimo, eficaz, y posee, sin duda, un potente presentar narrativo de actos aislados; pero, al no objetivar suficientemente su material, pierde la perspectiva necesaria e interfiere en su obra. No sólo es su tiempo de narrador el que se introduce en el narrativo, no sólo son sus sentimientos los que salen al paso de los de sus personajes, sino que éstos, en el deseo de invocación de realidad, destruyen su presente íntimo, ejemplifican, tratan de definir a otros por actitudes, lo obligan a declarar su veracidad de cronista, paralizándolo de diversos modos el devenir novelesco. Muchos hechos, en fin, aparecen superfluos, respondiendo tan sólo a la persecución de sinceridad en la exposición. Es, sin embargo, esa sinceridad fundamental, el dramatismo inmediato que pone en los conflictos a que aboca a sus personajes, lo que erige sus vidas con obligatoriedad íntima, determinando una composición a partir de ellos, expansiva como un desarrollo celular; aunque individual, no comprensiva de los panoramas generales de la obra. Los actos de sus personajes, aunque no siempre necesarios desde el punto de vista de su causalidad y de la de su obra, sí lo son en el sentido de su sino y en el de la expresión de sus ánimos: los hechos de Erdozain, para tomar su creatura más total, aunque suplantables o suprimibles como situaciones, o en su particularidad, son necesarios desde Erdozain en su morfología, su clima y especie, como parte y signos de su destino interior, no del acaecido. No son los hechos los que crean un destino a los personajes: son éstos quienes se producen en los hechos, ocurridos dentro de su sino. En resumen, Arlt parece carecer de visión de conjunto, de la capacidad de síntesis necesaria para prefigurar, para preveer vastos panoramas. En cambio, sin pautas preestablecidas, va inventando la vida a medida que la rastrea, dinámicamente. Las influencias que aceptó, ya es hora de decirlo, se disuelven en cuanto su obra madura un poco, aflorando a lo sumo, como resto de escoria, cuando afloja la tensión creadora. Sería necesario hablar mucho sobre el realismo respecto de Arlt, y, ante todo, determinar qué se entiende por tal. Pero, salvo que se le dé una acepción entrecomillada y beata, todo realismo fué trascendido para siempre en el final de *El juguete rabioso*, cargado de la realidad honda, mágica, del conflicto yacente bajo la red de situaciones anecdóticas, de circunstancias. De paso, cabe señalar que nuestras únicas creaciones presuntivamente dotadas de enraice y permanencia, se han debido a una inmediatez realista, anecdótica, con el sólo trascender que el contorno referido les comunicara. Y que las pocas excepciones memorables son hundimientos realistas, prestigiados de carga intencional.

El lenguaje de Arlt, finalmente, es pobre, y no sólo en la cantidad de vocablos. Es un lenguaje vulgar, material, salpicado (por lo menos) de lunfardo. Curiosamente Arlt parece haberse avergonzado de esa pobreza: no sólo cae en un idioma afectado, desmayadamente literario, cuando la urgencia de expresión cede, sino que después de su viaje a España intenta cierto virtuosismo denominativo, sin mejor resultado apreciable: Arlt parece ignorar decididamente que la lengua que usa naturalmente, la que le aflora cuando se expresa a sí mismo, ese dialecto inventado por él en tanta medida como es el lenguaje familiar porteño, pobre y rudo, es ya en sus manos un instrumento que da expresión al alma, una lengua que se está legitimando cuando con ella construye sus *cuñelos*. No es sólo el uso suelto o habilidoso; es que al ser exigida, esa habla en formación, vacilante, se remonta sobre su materialidad. Lejos de toda pretensión folclórica, lejos de todo lujoso alarde artificial: él habla habitual, común y hasta mostrenca, usada naturalmente, como expresión viva de hombres vivos. Como un paréntesis, en los que esta nota debería abundar, debo referirme a las búsquedas de ahondamiento practicadas en nuestra habla como parte del movimiento europeo en tal sentido. Realizadas con

lucidez por algunos escritores nuestros, han rendido exigentes frutos dentro de la limitación del experimento; y, probablemente, aportado algunos encuentros para nuestro idioma; no creo que hayan contribuido a su formación. Volveré a referirme al tema, pero no en forma especial, lo que está muy lejos de mi intención actual. Quede aquí como otro de los problemas apenas rozados.

Volvamos a Arlt. Ya se perfila algo de lo que significa su obra: una potencia de intuición, de extracción de vida directa, apoyada en una fuerza expresiva que surge del soltarse a sentir, del ponerse con seriedad en el sino de sus personajes. De ahí la facultad de convocar intensidad y situaciones que se le ha señalado: no hay aquí reservas, ni juegos intelectuales; hay ingenuidad y entrega, no actitudes de estar de vuelta. Ese estado de inmersión, de fraternidad con sus creaturas, ese sentir los problemas que expone, lo lleva, es cierto, a perder toda perspectiva, a admitir su intervención personal aun a costa de su obra; y a desear transmitir de tal modo los sentimientos que explaya, que cae en monstruosismos, insistiendo en iniquidades y horrores. También es cierto que sus intentos de racionalizar el mundo que siente son inadecuados, y que ese mundo que descubre es estrecho y monótono.

Pero ¿qué es ese mundo? ¿Cuáles son los sentimientos, la realidad en que se nutre? ¿Qué es lo que Arlt nos refiere?

Es visible que el mundo de Arlt es el de su alrededor, urbano, el de la ciudad de Buenos Aires; y dentro de ella, la ciudad en que se había movido: el centro, los barrios: pensiones, cafetines, casa bajas; la burguesía baja y media: empleados, pequeños propietarios, comerciantes. Una vasta porción del mundo está excluida. Ni el campo, ni el suburbio, ni el recién llegado, ni el inmigrante, pintorescos o no, aparecen: sus personajes son el hombre abundante en todas las esquinas vulgares. O, por el contrario, la escoria del mundo. Ni el obrero, ni casi el pobre: sirvientas, venidos a menos; pero escasos en número e importancia. Casi siempre la gente a que pertenezco, cuya alma conozco; o las excepciones, los monstruos. ¿Es, pues, Arlt, un costumbrista? ¿O un novelista de las pasiones, ideales, intereses, de esas gentes, de los choques de sus almas entre sí, de sus amores, de sus odios, de los conflictos en el mundo cotidiano? ¿O, por el extremo opuesto, el descriptor de la vida normal, si así puede llamarse, de los bajos fondos? No: Arlt toma al hombre común, sí, pero cuando ha abandonado su mundo cotidiano; ya cuando efectivamente se ha apartado de su vida común, ya cuando se refugia en sus sueños; o en los actos preparatorios del abandono. No es que vivan en ese mundo, en sus fealdades y miserias, padeciéndolas o luchando contra ellas. Es que se van de él; que escapan también de los estados normales, supuestamente atractivos, que les ofrece: empleos, amistad, matrimonio. Pero, ya fuera, viven al *margin* de ese mundo, continuamente referidos a él. No se sienten en un habitat propio, natural, en su mundo de horrores. En rigor, quienes describen los bajos fondos en la obra de Arlt son exhombres, caídos, que sienten su vida como una caída, cuyos hechos relatan revestidos de una monstruosidad ejemplar, jamás resignados a la pérdida de relieve que debería traer la habitualidad. Y, sin embargo (una nota continuamente presente, y que quiero hacer resaltar), esos personajes siempre ven el mundo de que escapan envuelto en un aura de belleza: los exhombres relatan su iniquidad a alguien puro, inaccesible, a alguien que permanece en ese mundo, o a sí mismos, al sí mismos que fueron mientras estaban en él. Un tono de añoranza los envuelve en tanto pormenorizan los horrores de su vida actual. Las evasiones por los sueños apuntan en análoga dirección: son la construcción de un mundo bello, de ficción, de aventura, pero sustancialmente el mismo de que escapan, con sus mismos ideales. Sin embargo, esos ideales no son lo suficientemente poderosos e incitantes, ni aun para los que los ubican en los estratos superiores de la misma vida que llevan (el lujo, la riqueza), como para impulsarlos a intentar activamente su

conquista. Cuando los tropiezan a su paso, los desconocen o los destruyen. Los sienten como imposibles, como algo perdido irremediadamente, como algo sólo propio para soñar casi a pesar de sí mismos. Cuando se examinan dentro del alma, se confiesan ya decididamente que esos ideales no los satisfacen, que no bastan, ni aun alcanzados, para hacerlos felices, para dar un apoyo o un sentido a sus vidas. Es inútil que acusen al mundo exterior por su crueldad, por su injusticia: es dentro de sí que ese mundo, creador y a la vez establecido sobre esos ideales, ha perdido prestigio. Son sus bases y normas los que han cesado de ser estado satisfactorio, eficiente, al que conformar sus vidas. Tal vez concientemente creyera Arlt estar cuestionando la injusticia del mundo, su organización, expresando su comprensión sobre el hombre, la tensión de lo social contra el individuo, como se ha afirmado. Tal parece en ciertos casos lo que quiere hacer decir a sus personajes, el estímulo que dispara su inspiración, o el esqueleto sobre el que pretende montar sus tramas. Pero no es lo que su alma siente, ni lo que expresa cuando deja fluir sus sentimientos. En 300 millones, donde se dan justamente aquellas circunstancias, el patetismo surge de la pretensión de soñar una bella y segura aventura imposible, y la expresión plena se da en el juego libre del sueño, en oposición a la pobreza e ineficacia con que se presenta lo que quería ser el foco del drama. Eso es lo que expresa Erdosain: la inquisición de una finalidad para la vida, de principios a los que referirse, que le den sentido como hombre y el descubrimiento de que no existen. Y de que el mundo es, en consecuencia, caótico, estúpido, sin nada que ofrecer como anhelo. El sentimiento de fracaso, la angustia de constatar sus descubrimientos, de que es él, dentro de sí, quien ha perdido lo que daba forma y sentido al mundo. El desesperado (desesperanzado) afán de destrucción que lo invade; el gesto nihilista del suicida, que comienza en la periferia y termina sobre su yo, sobre su propia existencia, tornada fútil y frustrada. La añoranza, la melancolía, los sueños, son por ese mundo desvanecido, por ideales cuya validez fué un día cierta, y que restan como meros reflejos, o quizá subsistiendo en ciertas almas: los niños, las doncellas, las señoritas, lo que uno mismo fué. Por eso, también, el afán de destruir esas almas, el hombre antiguo.

Ese hombre que ha perdido la confianza en sus ideales y valores, que encuentra que su vida es un afanarse tras mirajes ilusorios, sin finalidades que lo satisfagan y le den sentido, es, no hay duda, el hombre occidental, el poblador de la ciudad europea, el burgués en un sentido amplio. Pues él es, y desde hace mucho, el que desde dentro de sí ha fabricado la cultura de occidente, quien la ha representado, expresado, quien se ha expresado en ella. El repertorio de valores del hombre es escaso. El hombre vive en ellos, estructurando con ellos su mundo, como si fueran incontestables, inquestionables. Hoy, como ha ocurrido ya antes en esta civilización, y ocurriría en otras, el hombre que la representa siente que no es así, que esos valores se han debilitado, que no presentan la seguridad, la validez que les asignara. El mundo, su cosmos, ha perdido consiguientemente legitimidad, existencia. La angustia y el sentimiento de frustración causados por esos descubrimientos es lo que Arlt siente y expresa dramáticamente, lo que fundamentalmente logra que vivan sus personajes. No es, por cierto, caso único: rara vez se ha asistido a una crisis que se reflejara y expresara en el arte de tal modo. Pero Arlt no sólo lo hizo desde su visión personal, intransferible. No sólo supo bosquejar su forma, bandeando sus modelos, y coincidiendo con la evolución de las formas novelescas. Utilizó un lenguaje propio, dotando a su habla común de energía y trascendencia, dando a ese dialecto bastardo y caótico un poder de abstracción, de significación y de trasindividualización que le empezaban a asignar categoría de idioma, hasta en su voluntad imperialista. No quiero decir, por cierto, que Arlt sea el creador de ese idioma: los factores son múltiples. *Él es, simplemente, nuestro primer escritor potente que se ex-*

presa desde este idioma, que lo plasma y utiliza en modo de idioma, naturalmente, como si fuera el único lenguaje, el idioma del hombre. Y ello a pesar de sus vergüenzas y devaneos concientes, adquiridos.

Pero aún hizo más: expresó los elementos especiales del drama particular cuyo signo es su obra. El hombre que Arlt descubre es el de nuestra urbe, cifra a su vez del país. Ese hombre es europeo, pero, he aquí la fuente de su particular drama: no lo es del todo. Venido de Europa, utiliza el sistema de vida europeo, su aparato técnico (en el más amplio sentido): ése es el módulo cultural más elevado que conoce, y aspira a participar de él. Sin embargo, ese hombre, nuestra materia humana común, no formaba parte, no estaba integrado, aún en Europa, en su compleja y elevada cultura: representa en muchos casos un elemento primitivo, atrasado o aún hostil; en otros, un elemento periférico, relativamente bárbaro, influido por otras culturas, cuando no islas mal asimiladas: siempre potencial, sino efectivamente, culturas distintas a la europea tal cual es actualmente. o posibilidades implícitas en ella, pero ahogadas o no desarrolladas. Ya en su origen había en él resentimientos, frustraciones, odios más o menos explicitados, referidos a esa cultura. Al llegar aquí se encontró en un mundo sin cultura propia, o, mejor, que ya operaba con una medio cultura europea. La urgencia del vivir no le permitió sino usar los modelos, las pautas cuya eficacia estaba establecida, impidiendo toda revisión, todo análisis de sus solicitaciones, todo intento sobre sus posibilidades. Capas más antiguas de la población, en relativo aislamiento durante largo lapso, y con caracteres de una Europa anterior, conservados, desarrollados o ahogados, según sus especiales circunstancias, debieron ingresar igualmente en el ámbito occidental. No creo que pueda objetarse la posibilidad de que en esos núcleos fermentaran tendencias diferentes a las preponderantes en el estadio europeo relativo, siendo el conjunto de sus posibilidades distinto. Una cultura es siempre equívoca en cuanto a su futuridad; su evolución total depende de múltiples factores obrando de consuno. Es obvio que en los núcleos radicados aquí el repertorio de los factores era distinto al europeo correspondiente, habiendo variado su equilibrio y desaparecido no pocos. Pero no sólo ha habido una disminución de factores. Han aparecido otros. El primero, la tierra. Sin admitir la opinión de quienes la cargan en la prepotencia del paisaje, de lo telúrico, puede aceptarse que influye en el alma del hombre, predisponiéndolo en ciertos sentidos, incitando o trabando tendencias. La ciudad forma parte de un hinterland enorme, cuya influencia, tanto mayor cuanto la ha podido ejercer sobre individuos solitarios, desvalidos o vacilantes, aún persiste por diversos modos. Sólo podemos aventurar conjeturas sobre el significado de ese paisaje, pero sabemos que es diferente del europeo. Sus incitaciones, posibilidades e imposibilidades, han de serlo también. Que alcance hasta impulsar una cultura diversa, o aun una variedad real de la europea, es algo todavía hipotético. Pero parece lícito afirmar que ese país, en tales condiciones, con tendencias probablemente diversas a las de la cultura europea, ha reaccionado, dentro de esa cultura, de un modo especial. Tal comportamiento ha sido aún reforzado por otros factores. Citaré tan sólo dos, ambos provenientes del modo de ingreso y adhesión del país a la cultura occidental. Este país ha vivido como una factoría, explotándose a sí mismo como tal, lo que le ha creado el sentimiento de ser expoliado, de estar sometido a dependencia y robajamiento. Por otra parte, al ingresar en un ámbito maduro y desarrollado según su propia perspectiva, se ha esforzado en equipararse, resintiéndose exageradamente de sus deficiencias relativas. Con todo lo apuntado estoy bien lejos de pretender señalar presuntos culpables y culpas. La urgencia de vivir, el enfrentarse con una cultura en expansión, no debía dar lugar a elecciones, fáciles de indicar retrospectivamente y desde un escritorio. Tampoco intento creer que toda nuestra realidad quede agotada en las notas

precedentes. Tan sólo señalar que esas posibilidades constreñidas, esos sentimientos de rebajamiento, esos forzamientos, han creado estados de odio ensolapado, de frustración, de ansiedad, los que, ejercidos sobre una realidad inmediata inestable, se han manifestado como petulancia, como una fruición de encanallamiento, revestida de empaque, como un sentimentalismo autoconmiserativo.

No ha sido inusitado acercarse con ojos lúcidos a nuestra realidad, y advertir comportamientos y actitudes que eran signos de su alma, la apostura que presentaba al mundo, así como algunos de los sentimientos que expresaban. Pero en muchos de esos casos se venía prevenido con diagramas que permitieran acercarse con un mínimo de confianza a ese caos. En otros, existía un excesivo deseo de encontrar precisamente las notas diferenciadoras, los extremos típicos que irguieran una patria con rostro reconocible, caracterizable. Aun en sinceros esfuerzos para bucear sus esencias, existía una sobra de prevención, un saber que no éramos como Europa, es decir, una visión un poco extranjera, que nos miraba desde el hombre total, desde el sentimiento europeo de saberse *el hombre*. En el fondo, siempre, un deseo de seguridad, de no hundirse en esa patria a que aludían, de no aceptarse como ella. No es extraño que se detuvieran en aspectos aparentes, pintorescos, en mapas de ubicación o en retablos de gestos.

Arté, tal vez auxiliado por su ingenuidad, por su falta de preconcepciones filosóficas, se lanzó a sentir y declarar el mundo desde sus personajes; obró como si los hombres cuya vida expresaba fueran el hombre universal, como si sus sentimientos fueran los únicos posibles. No buscó tipos de nuestros sentimientos: escribió desde ellos. Sus hombres no sienten que es sorprendente vivir en la calle Corrientes, que es algo particular o inusitado odiar o amar en una pensión de Buenos Aires. El ojo del mundo pasaba por su pieza.

Así, con los jugos vitales de esas almas, levantó sus hombres: no contó a otros ni a sí mismo nuestros odios, nuestra petulancia, nuestro sentimentalismo. Los hizo vivir en su obra, como cualidades del hombre, naturalmente conjugadas sus particularidades con la universalidad. Lejos de todo *ejercicio de inteligencia*, de toda abstención de elementos humanos, patéticos o sentimentales, los aceptó, se hundió en ellos, porque así era el hombre, y desde lo particular de él descubrió lo que sentía sobre el universo. Sus limitaciones no le permitieron describirlo sino de un solo modo, sin variedad de combinaciones vitales, lo hicieron perderse y enredarse, insistir hasta la monotonía en encharcamientos similares. Pero expresó nuestra alma; no experimentó con sus accidentes. Nos ha dado un signo con el que podemos contar y entendernos.

ISMAEL VINAS

Erdosain y el plano oblicuo

Erdosain, el protagonista de *Los siete locos* (1929) y de *Los lanzallamas* (1931), aparece como el culpable que magnifica su culpa, su pequeña culpa para sentirse obligado a algo, para hacer algo ("... algo necesito hacer para tener conciencia de mi existencia"), y para cerciorarse de alguna manera de su vinculación con el mundo. Pero como es un cansado, un "aburrido", al hundirse en ese peculiar templo de ánimo, en ese quehacer, si bien va descubriendo que su existencia —esa suma de hechos provocados en un afán constante de forjarse a sí mismo— resulta la única apoyatura valedera que se le da, paralelamente advierte incomprendible su contorno, no logra comprenderlo, en tanto ese estado constante que él mismo ha provocado ("... Hay en mí una necesidad de agotar experiencias humillantisimas") se hunde en una indefinición absoluta, pese a su decisión inicial, a su intento de fijación de límites. Es decir, que si obtiene la certeza de sí mismo, no logra la de su rededor; y si puede decir "aquí estoy yo", en ningún momento le es lícito anunciar el lugar donde está situado ese aquí, porque su introversión ha provocado un alejamiento y un consiguiente desconocimiento de la realidad.

Ese quehacer constante que él ha puesto en movimiento lo torna lúcido, lo hace salir de su "aburrimiento" fanático agudizando su sensibilidad hasta lograr una noción de sí mismo que lo hace exclamar "Yo soy mi espectador", aun con los golpes que le propinan, hasta con la suma de humillaciones que anhela, hasta con la compasión que provoca para sentirse, para saberse, para palpase en un constante —y monótono— ejercicio de autoperistalsis. Tan lúcido que él mismo es quien se aprieta los intestinos para lanzar todo lo que lleva adentro, verdades contra una tranquilidad equilibrada, bien definida, juiciosamente ordenada, respecto de las cuales se supone se ha pronunciado la última palabra. Aunque ese trágico manoseo concluya en un estrangulamiento, en un paulatino abogo que no lo deja respirar. Aunque sea él mismo quien se retuerza el cogote en ese particular manipuleo ascético, y no el ambiente desconocido pero que-

rellado, ni los otros hombres que se desplazan acusados e ininteligibles como las figuras de Munch. Tan monstruosamente lúcido, que la verdad se evidencia: Erdosain no es un "acorralado", sino un "lanzado" que se exige una constante autenticidad como contraposición a esos semejantes supuestos culpables, un "cauntontimoroumenos" que no se tiene piedad, intranquilizador, implacable consigo mismo —único culpable que conoce— en su tortuosa marcha de suicida que busca más culpa para integrar la propia que sabe venial. Y es en esa lucidez, en ese afán de conocimiento, que *quiere ser el responsable de todo, brutalmente sincero*.

Pero por otro lado, la facticidad de Erdosain no resulta un simple hallarse ni algo que es propio a su vida, ni producto de un temperamento activo, sino que es posterior, el resultado no de un resto de voluntad, sino de su inercia, de su *cuesta abajo* semejante a la del chico que al deslizarse por el tobogán no hace intervenir su voluntad, sino que ésta aparece anulada por el movimiento que produjera. Y ese descenso frenético y violento, va configurando una legalidad que si resulta absurda, es por la necesidad que la condiciona ("... no estuvo en mis manos el ser un hombre bueno. Otras fuerzas oscuras me torcieron..."), por la certeza de que lo que está ocurriendo no se puede evitar ni detener de manera alguna, porque cualquier acto iniciado se tiene que cumplir como una ley física.

Y lo terrible de Erdosain es precisamente la conjunción de esos dos elementos: aquella lucidez respecto de sus actos, y esta incapacidad de control. Correlativamente su vivir aparece no como un constante sino como un inicial hacerse a sí mismo. Porque Erdosain no es un responsable de sus actos aunque no exista una coacción que los determine: él empezó a actuar para "sufrir más", que en realidad era un "vivir más", un "sentirse vivir más", pero los hechos los sumergieron en su propio juego, convirtiéndose realmente en "una víctima de los acontecimientos". Los hechos lo envolvieron y lo sometieron a su determinismo; de ahí que haya una ausencia completa de responsabilidad en todos sus actos aunque

él desee todo lo contrario. Y de ahí que Erdosain no sea tanto un loco como un irresponsable, en la medida en que no hay coherencia ni unidad en sus actos espirituales.

Concretamente, el curso vital de Erdosain cumple tres etapas sucesivas: un primer momento falto de entusiasmo, "aburrido", *diéstrado*, banal; un segundo momento de decisión, de verdadera elección, de rescate, de puesta en movimiento, de descubrimiento de una participación en la realidad que a la vez lo constituye ("Ser a través de un crimen"); y un tercer momento signado por un regreso a lo banal, a lo incontrolado, a un dejarse estar en una serie de hechos vertiginosos y absurdos. A una paradójica inercia en la actividad. Tanto, que un momento dado reflexiona: "El tiempo dejó de existir", y lo que ocurre es que su existencia está coincidiendo con la temporalidad; porque se ha producido una actualidad absoluta: el hecho es punto central y límite extremo de su mundo; él solo, Erdosain, es el único existente. No hay nada más que él. Pero, en esa monstruosa unicidad, está dependiendo de algo, de su propio peso en función de su inercia, de ahí que no se cree libremente a sí mismo, sino que solamente haya tenido libertad para ponerse en movimiento. En otras palabras: *Erdosain es un esclavo de su libertad inicial*.

De esta manera, el absoluto de sus actos, su locura aparente, resultan de esa misma fatalidad que convierte lo casual en obligatorio y en insuperable; y de ahí la pérdida de su libertad: este personaje singular es un hombre que camina —se desliza— al acaso y al que un hecho cualquiera, una circunstancia fortuita le configura una nueva, repentina e impostergable obligación, aunque el fatalismo de

su trayectoria, que lo obliga a sentirse responsable de cualquier cosa, a decir sí a todo, no suponga correlativamente una sumisión a las cosas, en tanto nunca entra en la legalidad de cada momento, sino que tiñe con la suya lo que toca. "Nadie me puede desviar del camino de perdición que me he trazado", afirma Erdosain, sin entender que si lo primero es cierto, lo segundo —que él haya trazado su destino— no. Que si fué libre en un comienzo, cuando hace esta declaración ya lo ha dejado de ser.

Debido a esta servidumbre, Edosain es un hombre sin misión aun cuando cumpla una forzosidad, porque ésta no está sometida a ninguna ley natural, sino únicamente a algo casi físico. Es decir, que el personaje de Arlt no cumple una ley sino una condena. De ahí que no encuentre una faena adecuada, y lo que tiene entre manos le resulte absurdo, no ya por su ininteligibilidad como por su gratuidad. Su carrera violenta sobre ese plano oblicuo en el que se ve lanzado para sentirse le ha impuesto así un ritmo vertiginoso de actos inútiles: hacer y hacer sin control ("... la vida adquiriría ese aspecto cinematográfico que siempre había perseguido..."); una suma de hechos extraños en los que se va sumergiendo, anegando y, por último, hastiando: y cuyas últimas consecuencias resultan previsibles en virtud de ese descenso ineluctable: asesina para lograr un deteniemento que sólo obtiene de manera definitiva con su suicidio —colmo de la necesidad de palpase— y que necesariamente se tiene que dar en la quietud. Y dice "basta" cuando se ha comprobado de manera trágica. Cuando ha llegado al final del plano oblicuo.

RAMON ELORDE

Roberto Arlt y el pecado de todos

Seamos honestos. Reconozcamos la realidad tal cual es y admitámosla: aún no hemos sabido ser nosotros, aún no nos hemos encontrado, aún andamos en tinieblas, aún las manos resbalan de las manos, aún no hemos recorrido el abecedario de nuestro universo.

Hemos sido cobardes, falsos, astutos. Ah, podríamos enumerar hasta el cansancio nuestros defectos y, tratando de limpiar la maraña, difícilmente llegaríamos a una virtud. Poseemos las gracias negativas de un pueblo que se arrastra con la sombra levisima de un pasado —que no es historia, sino su preludio—, y que se dirige, dando traspiés y en secreto, hacia un porvenir oscuro, hacia esa postrera habitación que todos conocemos.

Es nefando saber ese desmenzamiento del subsistir en estado de agonía. Pues somos un conglomerado social que, soslayando el valor de aceptarse definitivamente, se mueve en esa área de nadie donde estamos a solas con nosotros mismos, en un combate perenne con el ansia de querer sobrevivirnos, nutriéndonos de esos mutos roces que provocan en la piel llagas incurables, que van derramando su pus en los rincones más increíbles. No hay sitio de nuestra tierra en donde no se filtre una gota de esa baba que surge de nosotros.

Caminemos por cualquiera de nuestras ciudades o territorios, bajo el más remoto cielo, en soledad o en compañía, pero caminemos. Ni siquiera vayamos lejos. Más, no nos apartemos de aquí, de Buenos Aires, de esta tan conocida calle Corrientes. Pisémosla, observemos los edificios, los rostros, las luces, las nubes, la recta avenida que arranca de las aguas y se pierde en esa podredumbre de hierro y cemento armado de la Chacarita. Pareciera que esa calle, que absorbe las inquietudes de la mayoría de la población por-

teña y aun de la que viene de provincias —¿a qué provinciano no se le muestra o no va hacia ella para "sentirla", antes de regresar a su fundo?—, estuviese determinada por un río, pesado y fétido como un interminable desfile fúnebre, que acaba, lentamente también, en una zona de anulación y olvido. Y ya miremos o nos hundamos —porque toda mirada es un hundimiento, y nosotros en verdad nos hundimos, nos enterramos— en la calle Corrientes, recogemos de ésta insidia, lasitud, exilio, un fatigoso bostezo que nos sube del diafragma y nos retuerce la boca con algo que no es desesperación, sino nada. Porque la muerte, entre nosotros, va adherida a la nada. Una nada que podría ser metafísica, si eupiéramos interpretarla, o histórica, si contásemos con un antes. Pero como carecemos de una y otra cosa, es, simplemente, nada. Un sueño compacto que reptar por una calle, síntesis de la desolación que llevamos dentro, vos, yo, el de más acá, todos, se llamen González, Gatti, Solero, Polack, Koop. Y, así, vamos con nuestra nada hacia el corazón mismo del infierno. Nos deslizamos en él desde la mañana, cuando partimos de la periferia de la ciudad en busca de los otros —se denomine esta búsqueda empleo, diversión, har tazgo, cita— y la contemplamos con ese recogimiento que la inunda en el instante en que el sol asoma por encima de las moles de piedras y ladrillos; cuando oculta su exacta faz en el abismo de su horror, y la gente transita por sus aceras con un paso ágil, aéreo, como desasida de la tierra —pero sin saberlo, sólo con la sensación física—; cuando llega el mediodía, y ya Corrientes es una prisa, una velocidad, una calle semejante a cualquier otra del mundo —pulcra, serena, municipal—, y los hombres la visitan sin pensarla, porque vuelven al suburbio o se quedan en huecos donde lo fisiológico no les permite ingresar en sí mismos; o cuando cae la

tarde, y ya comienza a escurrir una espesa fatiga, un aroma que penetra en la nariz y nos alza la frente inquieta, y, más tarde, con el crepúsculo, cuando la penumbra desciende y la luz retrocede con aleteos de murciélago, y ahora Corrientes comienza a ser esa columbaria avenida del tedio, ese andamiaje de esperanzas raquíticas, miserias, vicios, ganas, contactos sensuales, y el olor empieza a crecer, a volverse agudo, penetrante, y, por último, cuando rueda la noche total, ese intervalo que anticipa el filo del alba, y los que aún se agitan por las calles de la ciudad son los parias eternos, los mártires, esos tiernos muertos que recogen su propia fragancia confundida al olor ya sin velos, sin disfraces de su terrenal sepulcro. Es la muerte galopando mansamente por la urbe con su penoso furgón lúgubre, es la yegua de la muerte marchando cadenciosa por esa triste calle de penuria y martirio.

Todos somos un poco de la calle Corrientes. La hemos construido para ver proyectados en un plano material nuestras zozobras, nuestros esguinces de libertad. Y los que ambulamos por ella —en el himno del odio, en la elegía de la pasión, en la castidad del ensueño, en la ceguera del dolor— sabemos hasta qué punto nos pertenece, hasta qué extremo le somos fieles, hasta qué final la bendeciremos. La amamos porque es la configuración de nuestro pecado: el de no haber intentado vivir, el de haber sido tan flojos. Nos hemos contentado con el papel de testigos, nos hemos satisfecho vistiéndonos las ropas de una educación ajena, nos hemos solazado con los elogios del prójimo, del amigo, del hermano. Nos hemos engañando. Y bien, ¡no! Digamos de una vez para siempre, ¡no! Sepamos dónde reside ese pecado, sepamos en qué consiste nuestra felonía, y hasta dónde hemos pactado por no ser hombres.

Entre nosotros hubo alguien que no fué un testigo. Entre nosotros hubo alguien que no fué un complacido, sino un despojado, que anduvo por esa calle Corrientes con la piel a jirones, con el alma circulándole en un torbellino dentro de su ser. Ese hombre fué Roberto Arlt.

Cada una de sus obras fué un ataque insistente contra el pecado que nos embrida. Desde *El juguete rabioso* hasta *El amor brujo*, pasando por *Los siete locos*, *Los lanzallamas* y *El jobadito*, en cada uno de sus vocablos —aun en aquellos ridículos, vanillocuentes— aflora su repudio, vibra su asco. Que todo ello se encuentra impregnado de cólera e involucra una forma brutal, ácida, con esa decidida admisión de la realidad tal como se presenta, ¿qué importa? La vida no es un lecho de rosas y lo convencional —la hipocresía, la camuflada solapada— no es, afortunadamente, de nuestro gusto. Algunos objetarán que las novelas de Arlt son sórdidas, grotescas, guiñolescas, que allí el arte no existe. Pero, pregunto, ¿cuándo, entre nosotros, hubo arte? ¿En Lugones —*El ángel de la sombra*—, en Cambaceres —*En la sangre*—, en Gálvez —*Nacha Regules*—? (Podrían invertirse los términos de este planteo y poner como paradigmas de arte novelas como *Fiesta en noviembre*, de Malena, *Los ídolos*, de Mujica Láinez, *Las ratas*, de Bianco, *La invención de Morel*, de Bioy Casares, pero, ¿qué sutiles coordenadas deberíamos trazar, entonces, entre creación y existencia, entre aquí necesario y allí contingente?) Lo que queda de éstos se consume, justamente, en aquello donde el arte es sólo una palabra concebida fuera del alma. Porque, para insinuarse en aquél es preciso, primero, pasar por un estilo. Del cual, en cierto modo —y digo en cierto modo, porque está Arlt—, carecemos.

Lo que hizo Arlt —y por ello debémosle profundo agrado— fué enfrentarnos con un paisaje desnudo, sin concesiones. Vió la calle tal cual era y la ajustó a su realidad, a su mundo y, por consiguiente, al nuestro. El, al des-

cubrirse, nos descubrió. Y que tuvo conciencia de que se hallaba en lo válido, lo indican reflexiones como ésta: "Sin embargo, a pesar de todo existen las tinieblas y el alma del hombre es triste. Infinitamente triste. Mas la vida no puede ser así. Un sentimiento interno me dice que la vida no debe ser así." O esta otra: "¿O seré otro? ¡La extrañeza! ¡Vivir con la extrañeza! Esto es lo que me pasa." (*Los siete locos*.) Estas frases, tomadas al acaso, y de un solo libro, señalan bien a las claras hasta qué sima había descendido Arlt en procura de esa aprehensión del pecado. Pues, para Arlt, el pecado que nos hiera es habernos arrancado de la vida, es haber caído en la muerte, en la enfermedad. Es haber admitido el silencio, ese silencio vigente en la medida en que no lo habitamos por miedo a yacer en el fango. Porque el silencio —en el que, con su aspereza, irrumpió Arlt— es sólo una de las formas que viste el demonio. El silencio no es algo cardinal, sino uno de los tantos motivos del pecado. Pues, además del silencio, está la soledad, lo caduco, lo pobre, la presencia de lo inestable —nuestro sino es el de ofender a cuantos puedan afincarse en lo permanente, en la seguridad: sencillamente, somos nosotros, y con nosotros se inicia la eternidad—, la persecución del hastío, la tristeza, el fraude continuo de todos los aspectos de la convivencia humana, la hostilidad en el amor, el endiosamiento de gratuitas formas económicas, el encubrimiento, la vanidad, la ausencia, en suma, de ese rasgo personal, de ese signo que hace propicio el establecimiento de una cultura.

Todo ello caracteriza nuestro pecado. Todos somos pecadores. Y, apenas, tenemos el coraje de asomarnos al semblante de Dios, porque —estamos seguros— nos destruirá con su mirada, nos desplomará en el más cruel de los anadamientos. Pecamos contra Dios, contra los hombres, contra nosotros mismos. Pecamos. Ay, cuán abajo estamos de la vida, cuán lejos y qué enorme distancia habremos de recorrer hasta entrar en su reino. Pues cuando hollemos su arena, la plenitud de la sangre, que sólo se consigue merced a una cimentación íntegra de lo real, habremos eliminado, recién, el pecado en sí, lo vitando.

Arlt trabajó para eso. Luchó para develarse y develar el pecado. Su acento cundió, al principio, en un desierto. Era su grito demasiado alto, su tono en exceso violento para que lo recogieran aquellos que estaban del otro lado de las cosas, como espectadores, sentados a la rica y poblada mesa de la novedad parisiense. Primero, lo befaron, luego se rieron, más tarde lo golpearon y, al fin, lo desconocieron. Porque Arlt traía consigo la vida, el trueno de la vida. El amor de la vida. Con su gatillo, con su disparo, con su destrucción. Era la vida en bruto. Pero la vida. Y los demás, esos que todavía gozan de las prebendas de una mesa feliz, sobre la cual sólo quedan desechos, son los muertos, los muchos.

Arlt vino con la vida, trajo la vida para ahuyentar el pecado de la falta de vida. Nos quería con decisión, con urgencias, con esa dulce y viril capacidad de no volver el rostro a las cosas, de no atorarnos, de no distorsionar la voz. Arlt vino con la vida para fustigar a la muerte, vino hacia esa salud-en-vida que nos rodea para demostrarnos que ésta es lo único positivo que hay en nuestra tierra. Arlt combatió sin sosiego, entre los manotones de la suerte, en medio de la cuantiosa soledumbre que lo circula, para hacernos ver que al pecado de la muerte se lo borra con el fuego de la vida.

Por eso Arlt es una permanencia. Por eso Arlt se desplaza cada vez más arriba entre nosotros. Por eso lo admiramos. Con él ya no estamos solos en nuestra pelea contra el monstruo de la conformidad. Podemos vencer. Sí, ahora y para siempre, sí.

F. J. SOLERO

Arlt y los comunistas

El señor Larra afirma enfáticamente "¡Arlt es nuestro!". Y se equivoca, y su equivocación puede traer aparejada lo que los abogados llaman posesión treintaíal. Es decir, que de aquí a un tiempo, todo el mundo —incluso los comunistas— van a creer real y efectivamente que Roberto Arlt pensaba —y lo que es más grave— escribía como un comunista.

Partamos del supuesto de que Larra —escritor comunista— tiene buena fe. Es una suposición. Y como tal la tomamos. Y en virtud de ella decimos que Arlt pudo haber estado con ellos, pudo haber firmado documentos públicos que lo sumaban a una de las múltiples declaraciones que se hicieron durante la guerra civil española y a lo largo de los años de lucha contra el fascismo. *Estuvo* Arlt en esa posición que tomaron otros muchos que luego optaron por sus respectivos caminos cuando llegó el momento en que aquellos "frentes populares" se deshicieron. Cuando el enemigo común desapareció conjuntamente con las plataformas comunes que los unían transitoriamente. Cuando el sentido revolucionario, democrático o izquierdista se prestó a diversas y aun a encontradas interpretaciones. Pero de una actitud transitoria, casual, (táctica, si se quiere) confeccionar una adhesión terminante y definitiva, es abusivo. Porque no se le puede escapar a nadie que Arlt, espíritu eminentemente rebelde, hubiera reaccionado en forma violenta contra el actual estado de cosas que rige dentro de la línea comunista. Porque él, auténtico revolucionario, hubiera renegado de todos ese espíritu sumiso, de pelotón que condiciona la acción comunista. Contra ese temperamento juicioso y eminentemente burgués, pacífico en su sentido más lato, que parece ser la bandera actual del partido comunista. Porque Roberto Arlt, espíritu individualista, no hubiera soportado jamás (por más que se hable de disciplina o de autocritica) el concepto colectivista que condiciona la acción y el pensamiento del P. C. Y, además, no hubiera tolerado

el fervor salvacionista de ese grupo, cuando él mismo se condenó sin miedo a las torturas del más allá, como condenó irremisiblemente a sus personajes sin importarle un pito que fueran o no útiles al grupo social o negatorios del orden burgués.

Es decir que si bien Arlt pudo estar, adherir momentáneamente a determinadas declaraciones de las que participaba el comunismo, nunca, jamás, pudo ser de ellos, uno de ellos. Porque su espíritu demoníaco, agresivo, violento, pecador, no se hubiera conciliado (como no se concilia ninguna de sus obras) con la seguridad satisfecha y progresista del comunismo. Porque en realidad a él no le importaba modificar el mundo, hacerlo mejor, sino describirlo, paladearlo. Y entenderlo. Y aun amarlo con todas sus impurezas.

Y así como no puede ser de los comunistas, Arlt tampoco puede ser de los esnobes, de los bien pensantes o de los puleros. De aquellos que ahora lo utilizan (y hasta lo leen) porque está de moda, porque ha surgido pese a los Roberto Giusti y a los Ragucci y a los antologistas. No tiene nada que hacer Arlt, por ejemplo, en una revista que se llama *Letra y línea* donde se habla eruditamente de Mondrian y del último novelón francés y donde se desestima a escritores pasajistas o formalistas como Molinari o Bernárdez, o se los injuria gratuitamente, en función de otros que ejercitan un pasatismo diverso, como Oliverio Girondo. Pero tampoco se crea que queremos la exclusiva de Arlt porque ahora resulta una bandera más o menos eficaz. No. Solamente ambicionamos que Arlt sea de todos. Y, que, sobre todo, continúe siendo libre y signo ejemplar de la libertad. De la más absoluta y —si se quiere— arbitraria libertad, de esa libertad que no se condiciona a nada ni pide permiso ni disculpas ni notas laudatorias. De la libertad a secas.

JUAN JOSE GORINI

Roberto Arlt: una autobiografía

Asomarse a entender la obra de Arlt es comprender cuánto tiene de confesión elegida o inconciente; cuánto de interna autobiografía ha puesto en sus personajes; cuánto son éstos el mismo Arlt. La reflexión de *La Coja* ante Erdosain arrodillado a sus pies es reveladora: Él representa a los hombres espirituales, sensibles, débiles ante el mundo, destinados a ser machacados por los hombres prácticos que pueblan la tierra.

En sus trabajos primeros abundan ciertamente las enumeraciones de ese mundo, la expresión de sus rebeliones ante la realidad que encuentra. Directamente, cuando no con un alarde compadre de complicidad y de desquite, adhiriendo a la realidad fea y guaranga contra los que la usufructúan y viven de ella a salvo, devuelve la irritación que el frote con la vida diaria le causa.

Pero esas reacciones primarias van siendo reemplazadas prontamente por la historia de sus sentimientos, angustiados y desesperados. Esos canallas petulantes, esos megalómanos del odio, esos masoquistas, esas galerías de miserables, son los extremos de sus llagas. Todos ellos odiando el mundo que han hecho los hombres normales, pero llenos de desesperanzada melancolía por su destierro: una oscura impotencia, una injusticia, un designio descabellado les impide entrar o los expulsa de él. Y entonces se arrojan a las aventuras más soeces para insultarlo, para vencerlo; a los más disparatados sueños para evadirlo, para destruirlo o sojuzgarlo. Esa descripción de los débiles será misión de

Arlt: la pasión y la existencia de los vencidos. Hasta tal punto comprometido en el juego, que se resiste, interviene para dar a entender que sabe cuál es la *realidad verdadera*, pretende salvarse por empacadas y tirones: notas, zancadillas a sus personajes, aclaraciones de que no cree en lo que dicen.

Arlt, una extremada sensibilidad, macerada y exacerbada sin duda, ha reconocido pronta y dolorosamente la realidad fea y brutal de la vida: la violencia oculta en su belleza, la caducidad de sus momentos felices, cómo los hombres mienten y no se comportan de acuerdo a sus ideales y principios, cómo especulan con ellos. Contra eso remueve la fealdad, el vicio, la deformidad. Pero encuentra que nada resiste, que todo se anonada. Va sintiendo que el mundo entero es una apariencia; que la realidad, la única realidad, es la suciedad y la miseria que está escarbando, apenas cubierta por bellos sueños o por convenciones. Del ataque de *El jorobadito* a la elegía canalla de *Las fieras*, el mundo ha volado delante suyo. No puede aceptar el amor, la bondad, la belleza, ni aun donde antes creía encontrarlos: una sospecha de cáscara vacía, de gusanera, lo amarga. Nada le resta: ni mundo humano ni sobrehumano en qué creer. Pero su temple no es de aceptar ecuanimemente ese universo: siente la necesidad de seguir probando, de buscar si algo resiste, en su contorno o en su entraña; y, al mismo tiempo, la angustia de no encontrarlo lo empuja a insistir en el anonadamiento con atracción obsesiva, a asegurarse de que todo es abyección, odiando al mun-

do porque lo ha engañado, porque no puede creer en él, y porque encuentra que él mismo no tiene razón de ser al estar obligado a vivir en ese mundo, sin otros mundos posibles. El pecado, la búsqueda de la comisión del pecado, es, simultáneamente, expresión de su odio, la prueba a que somete a la realidad para ver si resiste, y la que se da a sí mismo de que todo lo atacado carece de verdadera existencia. Porque lograr el sentimiento de haber pecado, sería asegurarse de que se peca contra algo. Pero todo intento fracasa: la propia existencia se torna cuestionable. La consecuencia lógica, final, es destruirla; último fracaso, pero atentado que debería demostrar su realidad. Eso es lo que expresa su obra, lo que viven sus personajes, los sentimientos que exponen, explorados hasta sus últimas posibilidades. Pues Arlt pertenece a una estirpe particular de creadores: infunde en sus personajes su propio sentimiento, su opinión frente al mundo, declara en ellos su ánimo, sus sueños y problemas, y, cargados de tal modo, experimenta con sus vidas, lanzándolos a vivir las consecuencias absolutas de ese punto de partida. Esto no significa que en la anécdota o en el tipo de los personajes no utilice experiencias recibidas o ajenas. Pero la visión, las motivaciones, el sentimiento de la vida que pone dentro de ellos, son siempre su propio sentimiento cósmico fundamental. El retrato, los acontecimientos, son meramente lo externo de su obra, no pocas veces superfluo o inadecuado. Ciertamente lo más vida (vital y vívido) que ha escrito es, cuando no confesión auténtica, memoria hipotética y extremada. De ahí su frenesí: de que en ese juego se está elucidando su destino. Frenesí en los personajes, librados a vivir su aventura total, sin encuadres posibles de carrera. Frenesí en la exposición de un mundo ineludible, ininteligible y monstruoso. Y, finalmente, la tortura constantemente infligida para lograr expresarse fielmente: la caza de una realidad esquiva, y en la que está interesado seriamente. De ahí nace el valor de su obra, traspasada de sinceridad, de interés propio, carnal, poblada de seres de tres dimensiones, con estatura propia.

En sus obras más amplias, todo eso se entrecruza y lucha entre sí, con un fragor caótico: el asco y el deseo del mundo, las maquinaciones contra él, la enumeración de sus suciedades e iniquidades, la caída de sus valores, el vacío del sino del hombre, la búsqueda y el escape por la abyección, por la locura, por la muerte. Todo simultáneamente, apasionado; convocado y expresado intensamente. Pero ya allí, junto a sus cualidades y nacidos de las mismas fuentes, los extremos en que fracasa su obra: Arlt no selecciona, no limita su tarea. Pretende explayar todo lo ancho y largo de las vidas que presenta, todas las posibilidades que inventa, todos los elementos del caos, sin renuncia alguna, y se enreda en su intento, repite situaciones, las fuerza, se desvía en episodios imbricados, terminando por ahogarse, recargado de aluvión, de actos inútiles o superfetados. En su afán de no renunciar a ninguna posibilidad, corta la narración, la somete a vidas paralelas no articuladas, la desvirtúa con explicaciones: del personaje central, de los secundarios, las suyas propias. Como avergonzado de haberse dejado llevar, expone sus ideas, su intento de poner una explicación y un orden en ese caos. Aunque el tema nos llevaría muy lejos, no puede dejar de notarse de pasada cuán inciertas le son esas explicaciones, tomadas sin elaborarlas en su interior, y cómo aparecen postizas y débiles frente a sus intuiciones. Desde el punto de vista de la creación, de cualquier modo, es evidente cómo quiebran los ámbitos construidos y sus climas. Su expresión, finalmente, en el afán de comunicar los estados más agudos: asco, angustia, se deja ganar por desorbitaciones, por insistencias verbales, en un horror un poco pueril y pornográfico; o, estrechado por la pasión que vuela en sus personajes, los empuja en amplios monólogos líricos, en largas efusiones solitarias, que se van apartando de la narración, creciendo e imponiéndose a su tiempo, ahogando a ratos su brío dinámico, fraccionándolo, pero, sobre todo, proponiendo otras direcciones, otros gérmenes de desarrollo inferidos sin asimilación.

Con todo, parece hasta inútil reiterarlo, esa exploración autobiográfica, ese interés carnal, sitúan olor de vida, de necesidad, en sus páginas. Su prosa, aun con sus asomos de pobre literatura, sus esfuerzos y sus limitaciones, aun con el apuro material que solía cercarlo, (y hasta por eso, por el acoso que lo constreñía a su idioma vulgar, sin tiempo para aportes artificiales), su prosa, digo, es uno de los pocos lenguajes que hemos tenido.

Sin embargo, Arlt parece haberse agotado en su lucha con el Ángel. Por eso, tal vez, renunció (hasta donde podemos saberlo) a la novela. El batallar con ese caos no parece haberle ofrecido ya salidas. De los modos de liberarse de la inmersión en su obra, de no tener que exponer su sino a cada paso, el que parece haberlo atraído preferentemente es el del teatro. Aquí, por las propias exigencias del espectáculo, los personajes se independizan del autor, lo alivian de responsabilidad por su autonomía. Además, se facilita el uso de esquemas, de planes, dentro de los cuales constreñir la trama, introduciéndose un orden externo, ayudado por la comunicación directa. Arlt logra el resultado teatral reduciendo sus problemas a uno o dos, significando a los personajes y sus conflictos. Quienes lo acusan de haberse dejado ganar por la fantasía en sus obras teatrales, no advierten que, por el contrario, la restringe. Toda su obra es una explosión de fantasía, nutrida en el mundo y dirigida contra él. Pero aquí la ha limitado casi exclusivamente a los sueños o a la farsa en función del escape o la posesión del mundo, y a su fracaso en el choque con la realidad. Sólo que el hecho de ser sueños o farsas les da una mayor apariencia de fantasías. Es de notar que Arlt usa aquí sus problemas, su opinión del mundo, pero buscando una anécdota en que esa opinión dé base al conflicto, y en la que se desempeñan sus personajes, no viviendo directamente el conflicto mismo sino raramente. Arlt parece haber llegado a una concepción del mundo, a una fórmula "hombre-mundo-realidad", en cuyas combinaciones se mueve la trama. Esta esquematización le permite, por cierto, un margen de seguridad, y una mayor libertad para mover ágilmente su prosa. En cambio ha perdido fervor y profundidad, vida; y en ciertos momentos un aire de moraleja, de *ejemplo*, lo paraliza. En perjuicio de la creación, ya no son sus aprehensiones inmediatas de la realidad, sino sus racionalizaciones las que privan, sin dejar de poner en evidencia, por cierto, la endeblez de las mismas.

Su liberación llega al máximo cuando desaparece su interés inmediato, y, como turista curioso, recorre un mundo en el que no está —no se siente— comprometido, ya nos cuente sus impresiones en las *Aguafuertes españolas*, ya fabrique cuentos exóticos como los recopilados en *El criador de gorilas*. Tomado el mundo como un mero tema, se permite toda suerte de virtuosismos verbales, no exentos de ciertas cualidades pintorescas, pero vacíos de honda creación. ¡Con qué alivio lo vemos sumergirse en ese mundo que no lo presiona, el de las ciudades moriscas cuyos problemas no existen para él, y cuyos habitantes no son prójimos suyos! No es ya sólo que el mundo se haya dejado aprisionar en una fórmula, en la que afirmarse contra sus violencias: el contorno todo es blando y suave y ha dejado de ser apremiante; no existe pues conflicto alguno. Aún cuando uno puede suponer pasiones y choques entre esos hombres, y hasta simpatizar con ellos, ya no es la vida la que está en cuestión.

En sus otros cuentos, en cambio, de los recopilados en *El jorobadito*, permanece el testimonio de Arlt sobre su mundo: el encuentro con lo que ocultan sus fachadas, la prolongada exposición de las reacciones de los vencidos: añoranza, odio, el amor hecho sevicia del desdeñado amante; la narración de las fealdades del submundo como un insulto a los felices, como una justificación del fracaso propio, los gestos contra sí mismo, las huidas al mundo de los sueños o al de la locura. Discriminando los objetos que llevaba en sí, recordando un momento, un ademán, moviéndose o dejándose estar en una sola intención, evita Arlt el tumulto que lo anonadaba.

Aunque su amplitud de buceo se reduce, aún cuando su intendo de sinceridad y de intensidad lo siguen empujando a la insistencia en un relevamiento excesivo, no pocas veces de un realismo patibulario, permanece aquí su retorcerse entero,

su excavación dolorosa y sin juegos de manos, su lirismo confesional que lo traspasa y trasciende, ya nauseado y nauseabundo, ya oníricamente poético, desbordado.

MARTA C. MOLINARI

Roberto Arlt: periodista

Entró en el periodismo, le entregó su sangre; desparramó, al correr de la pluma, inspiradas páginas que ponían color detonante en las hojas grises del diarismo.

Alvaro Yunque

Mucho debe Roberto Arlt al periodismo, y mucho débele éste. Fué su primer medio de vida regular que al par lo afinó en la vida, contrarrestando en cierta medida su mentalidad fronteriza.

Ha probado todos los oficios, ha rondado todas las quimeras juveniles, y la ciudad lo ve andariego incansable, andar y reandar continuamente sus calles. Este hombre pobre y desconocido, ha decidido ser escritor. No importa que sus medios sean limitadísimos, que su instrucción sólo alcance al tercer grado primario y su cultura presente los baches más pronunciados, una vocación irrenunciable lo arrastra; y no se detiene a pensar que en este país y en esa época, las cosas del espíritu sólo son viables para un grupo de posición económica estable.

Trae un manuscrito, redactado en distintas épocas y que él ha titulado "Vida Puerca", con el que deambula de un lado a otro en busca de editor. Vida puerca, sí, porque ahí queda extendida como en un lienzo la triste juventud del autor, rodada de todas las penurias concernientes a la lucha por la existencia.

Muy al caso son unas palabras del autor francés Julien Green, merecedoras de recordarse: "La ligereza de ánimo no es un producto americano. La vida se les presenta bajo el aspecto de una tragedia. Dan la impresión de ser una raza sobre la que el pasado pesa demasiado". Y, en una faz más restringida, para Arlt la vida será un peso del que sólo se desembarazará escribiendo. Y escribe, con premura, sin retoques puristas, con ansia de exorcizar todos los pensamientos que lo acosan. Su vida, su pasado siempre presente, se adelantan una y otra vez hasta que él los convoque desde su mesa de redacción.

¿Cómo trascender de la nada? ¿Cómo este hombre voeliferante y andariego podrá superar sus iniciales limitaciones? Pretende construir una obra y desconoce hasta los medios, pero su vida interior, esa fuerza extraña y caótica que lo mueve, le otorgará las palabras necesarias.

Comienza a frecuentar todos los parias que como él desean arrojar a un medio indiferente el grito de una sensibilidad herida en lo más hondo. Por caprichosa ironía del destino, es Ricardo Güiraldes quien le brindará la primera oportunidad valedera. La revista que éste dirige, "Proa", será el medio. A principio y mediados de 1925 aparecerán en sus páginas sendos artículos, "El Rengo" y "El Poeta Parroquial", donde al pie del título reza: Capítulo de la novela Vida Puerca que aparecerá próximamente.

Es destacable el gesto del futuro autor de "Don Segundo Sombra" que en más de una forma ayudó al escritor primerizo, pero el contraste es hoy asombroso. A través de ambas publicaciones la prosa de Arlt se destaca como flor de otros climas, sus personajes son fauna de otras profundidades. Todo tan distinto, tan ajeno, al resto de los comunes colaboradores, entre los que alternan el mencionado director, Macedonio Fernández, Leopoldo Marechal, Jorge Luis Borges, Evar Méndez, Guillermo de Torre, Pablo Rojas Paz, y otros.

Como periodista, entra a Crítica como cronista policial. Tipos y ambientes hieren su retina, se imprimen en su memoria, al punto que un hecho común en la diaria crónica, el suicidio de una sirvienta, le dará el tema central para la que

sería su primera obra teatral: "Trescientos Millones". Y es que la realidad, la misera y triste realidad, será la fuente que alimente todas sus quimeras y fantasías, que aunque llevadas al último extremo, siempre reconocen su origen en datos reales. Y no olvide esto quien quiera reconstruir sus perfiles.

En 1926, cuando ya sus afanes se ven concretados en la azarosa publicación de "El Juguete Rabioso", colabora en una revista humorística titulada "Don Goyo" donde da un anticipo de lo que más tarde serían sus Aguafuertes Porteñas. Allí desfilan entre otros: "Mi traje y el teniente coronel", divertida aventura de su conscripción cordobesa; "El poeta triste" y "El hombre feliz", de mordaz ironía; los "Episodios Tranviarios"; "Espartaco Nasón" de sentimental tectura; el regocijante "Epístola a un provinciano" y la burla "A un poeta bien vestido". Ya aquí el ambiente porteño, su lunfardo, invaden su prosa y lo presentan como un atento captador de su idiosincrasia. Siendo uno de los pocos escritores argentinos que lo trató con dignidad, sin regodearse en lo meramente pintoresco; y con él y su generación entran a la literatura los de abajo, esa zona de nadie, que los literatos académicos habían proscrito de sus obras.

Es entonces cuando llega a la redacción del diario "El Mundo" próximo a aparecer. Allí se afianza, se concentra la capacidad creadora siempre amenazada por la turbulencia de esa mente donde ya rondan "Los Siete Locos".

Como otros jóvenes y siguiendo una tradición que se extingue, Roberto Arlt penetra definitivamente en el periodismo. Allí se le brinda la oportunidad materializada en esa columna que, al mes de su aparición, se denominará "Aguafuertes Porteñas". Anteriormente, en el mes de mayo de ese año de 1928 firma, a una página, su primera colaboración en este periódico: "El insolente jorobadito", cuento que más tarde sintetizado en "El jorobadito" recopilara junto a otros en el volumen que lleva su título.

¡Por fin ha conseguido empleo! dirán sus amigos: Y Arlt es feliz, porque "Cuando se tiene algo que decir, se escribe en cualquier parte. Sobre una bobina de papel o en un cuarto infernal. Dios o el Diablo están junto a uno dictándole infables palabras". Y lo dice con alegría, para estímulo de los principiantes: "Escribí siempre en redacciones estrepitosas, acosado por la obligación de la columna cotidiana".

Contrariamente a lo que se ha dicho, las Aguafuertes no llevan en un principio firma de su autor. Es entonces cuando se plantea el problema: La redacción no desea hacerse responsable de las opiniones del original articulista, y se lo insta a que firme sus escritos. Es tal la vacilación de éste que transcurren tres días consecutivos antes de que se decida. Ni el mismo Arlt sabe a dónde lo conducirán, parece ser él mismo uno de los que no creen en la empresa; actor y espectador a la vez, como en "Los Siete Locos — Los Lanzallamas", donde se reserva el papel de comentarista, con frecuentes notas al pie de la página. Pero lo cierto es que sus Aguafuertes concitarán diariamente el interés del lector, de los miles de lectores que le siguen; salvando —por decirlo así— las maltrechas finanzas del periódico que luchaba por imponer sus nuevas formas.

Él escruta el alma porteña, sus tipos populares y sus costumbres representativas, que más tarde llevará al libro en abierta oposición a la literatura campera impuesta hasta no hace mucho tiempo. La ciudad se agranda y pierde sus perfiles de gran aldea para dar paso a una vida turbulenta que será el signo de la época.

Aporrea con saña la "mentalidad de tendero" burlándose filosóficamente del pequeño comerciante: el turco carnicero, el árabe bolichero, el lavacopas. El propietario y toda clase de seres de una formación típicamente burguesa. La novela y el cuento le servirán también para esta obra de demolición, donde ataca todo lo que ve inauténtico, ficticio, perdulario. Alienta un invencible desagrado frente a esta clase de gente sólo ávida de riquezas materiales; en cambio gustará de toda clase de vagos y holgazanes, de los seres sin ambiciones que deambulan por la urbe. En el Aguafuerte "¿Soy Potogénico?" dice: "Yo, cronista anónimo y burlesco tengo una extraordinaria afición por los vagos. Me son personas simpáticas, sobre todo si saben vivir". Si contrariamente (contradicción aparente y no real) asume la defensa del almacenero, lo hace sólo para demostrar humorísticamente que en este país son más útiles éstos que los escritores, entendiéndolo siempre que él se refiere a los pseudo escritores, a los "poetas de pacotilla", a todos los que usufructúan una jerarquía que Arlt niega totalmente. Se burla abiertamente de éstos y no les ahorra calificativos: espiritualidad de topos, artistas de "papier maché", envaselinados, etc. Para abonar sus argumentos cita a "Solitaña" de Unamuno, "Crainquebille" de Anatole France y "El Patrono" de Gorki. Así, la defensa del almacenero se reduce al enjuiciamiento de aquéllos, a quienes señala directamente y sin amabages bajo la responsabilidad de no haber hecho "absolutamente nada" por levantar el nivel cultural de nuestro pueblo. —"¿Quiere usted dejarse de macanear?" Le espeta en otro Aguafuerte a Monner Sans, como representante de esa "pandilla polvorienta y malhumorada de ratones de biblioteca", defendiendo el idioma de los argentinos. Porque así es Roberto Arlt: Su voz no merodea cuando tiene algo que gritar, algo que atacar, porque en sus Aguafuertes no se quedó en la mera nota humorística intransigente, pues no pocas veces ocupó estas columnas con candentes problemas: La situación miserable de la Patagonia, el estado social y político chileno, con duras palabras para sus explotadores; la guerra civil española, cuyo estado vivió a su paso por la península.

Al estallido de la segunda guerra mundial, Elías Castelnuovo lo encuentra en la redacción de "El Mundo". Lo ve meditabundo y cabizbajo:

—¿Vos sabés lo que se va a venir ahora, vos sabés lo que

se va a venir ahora? le repite. Su corazón late al ritmo de todos los sucesos, de todas las penurias del ser humano.

Su actitud ante la sociedad constituida es negativa, de rechazo. Por eso su literatura presenta esos místico-revolucionarios que predicaban el exterminio en masa de la sociedad capitalista burguesa. El matrimonio, la familia, están observados desde un ángulo tan personal y autobiográfico que escapan a la generalidad o excepción consoladora. Cada ser lleva la responsabilidad tremenda de su destino: Qué he hecho de mi vida? se repite Remo Erdoesain a cada paso.

Por eso es que él exaltará al hombre, al hombre solitario, al hombre en oposición ante una sociedad niveladora en la mediocridad. La bomba, la guillotina, el prostíbulo o la silla eléctrica, se avienen a hacer saltar en pedazos un mundo inaceptable; porque la solución está en el hombre, en el hombre que se destierra en el desierto. En un Aguafuerte se pregunta: Qué es lo que pasará en estos momentos bajo esa frente? Y escarba, conjetura y piensa continuamente en la aventura humana.

Todo esto queda esbozado ya en la labor periodística de Arlt. Por otra parte ¿qué importancia, qué trascendencia, pueden tener hoy en día estos artículos publicados en "El Mundo"? Concentrada la atención del lector en su producción novelístico-teatral, es difícil asignarle su real valor en el conjunto. Líneas escritas para el día, con la premura que es de imaginar ante la obligatoriedad de lo diario, su mérito artístico o estilístico sería circunstancial. Pero, por encima de esto y anulado hoy su valor de actualidad, otro es el que presentan: En ellas se va descubriendo nuevas facetas de un Arlt auténtico y múltiple. La temática es amplia y toda clase de hechos y cosas de una época quedan allí reflejados. Y esto es lo que interesa: cómo piensa y reacciona el autor de "El amor brujo" ante los sucesos que atraen su atención y lo llevan a estamparlo en el papel. Así se amplía nuestro panorama y se nos permite captar muchos rasgos sutiles apenas intuídos o casi desconocidos. El observador de la vida ciudadana está allí de cuerpo entero.

Su labor periodística no se reduce a esto. A instancias de Elías Castelnuovo colaboran conjuntamente en el periódico "Santa Fe de Hoy", turnándose semanalmente en la colaboración. Su temprana muerte interrumpe estos envíos. Publica numerosos cuentos en la revista "El Hogar", y además, quedan desperdigados otros artículos aparecidos en distintas revistas y folletos, como "Tribuna Libre", "Claridad", "La Hora", "Argentina Libre", "Nueva Gaceta", "Actualidad", "Bandera Roja", que hoy sería interesante recopilar.

FERNANDO KIERNAN

Arlt - Un escolio

En la vida parlamentaria argentina se han dado (cuando se han dado) tres tipos característicos de hombres: el primero, el que siempre ha gozado de mayor prestigio y que generalmente se ha visto rodeado de toda una corte de admiradores más o menos obsecuentes, es el que se podría poner bajo el calificativo de "parlamentario serio". Es el hombre que opina mesurada e interminablemente, que de un quid pro quo hace toda una teología, el que siente trascendental cualquier palabra o acento o coma que pronuncie o sugiera. Aquel que tiene una evidente proclividad a la elefantiasis, a la megalomanía, a sonarse las narices con estruendo y con preaviso y con eco. Aquel que encubre con palabras, con multitud de palabras, con humanidad de palabras enturbiadas o diestramente dichas, la vaciedad de sus ideas, sus no-ideas. Es el que ahueca la voz para que lo crean importante. Y valiente. Capaz de acusar a todos los culpables, a todos los pecadores. Y que constante-

mente señala con el dedo. Es el hombre índice que siempre se encuentra más arriba y contra un muro bien sólido y preferentemente bien blanqueado. Siempre en un ángulo agudo para que la perspectiva lo favorezca. Lo aumente. Es el que ensalza el pasado porque tiene el prestigio de la lápida y la ventaja de la no competencia. El que ama al "pueblo" y desdén a la "canalla de la urna" sin advertir que son exactamente lo mismo. Es el que quiere elevar a su nacionalidad poniéndose en puntas de pie. Es el hombre cartón, el personaje maché, el cerebro pechera. Es el silencio sin ideas, el silencio con ojos de vidrio. Lo lujoso. Lo contenido. Lo decoroso. Lo equilibrado. Lo que no tiene nada en los platillos y de ahí que marque siempre el fiel. El contenido que amenaza con quitarse siempre la camisa (que naturalmente es de seda) y que no se la saca por temor al resfrío. O a su carne fofa. O a las vecinas distinguidas. Es el que habla para la eter-

nidad y para la humanidad. Y para el tonto que lo escucha de al lado con la boca abierta. El que a su mediocridad temerosa la llama su "exacto término medio". El que cita a Proust para explicar la calle Corrientes. El que desprecia al que tiene capacidad de odiar porque dice que suda y lo llama "irrito". El que nunca se largó una puteada porque le pareció de mal tono y que llamó "vulpejas" a las reas porque se creyó superior a ellas. El que pretende humanizar al país encubriéndolo con papel higiénico porque supone que el día que no se sientan los olores fétidos ni los gritos chirriantes, todo estará espiritualizado. Es, en fin, el que habla para que lo oigan y no para decir algo.

El segundo tipo de parlamentario argentino es el hombre "vivo", el que sabe interrumpir brillantemente, provocando la carcajada de toda la galería. Que hace el chiste con ese único objeto. Que no está dispuesto a hablar largo rato por temor al ridículo, al titeo o al sueño de los otros. Que solamente vive encabalgado en los demás, notando, agregando, puntualizando, precisando. Es el que se ríe o aplaude los hijos de los otros. Que elogia los interminables discursos del primer tipo de parlamentario, que lee todas sus obras, que las comenta y que se asombra —incluso— de su fertilidad, de su numerosa prole, pero pensando para sí que el otro al fin de cuentas es un cochino. Es el que no se compromete porque para eso hay que ser esencialmente serio, tenerle rabia a las cosas, sentir el mundo y los hombres dramáticamente. Y eso él no lo conoce. Es un divertido. Un espectador. Un pasivo. Uno que sabe vivir. Que no se calienta. Que no levanta la voz porque sabe que se le puede quebrar. Al que nunca se lo agarra en falta porque constantemente está prevenido y no duerme. Ni sueña ni yoga. Al que se le desconocen los pecados. Si se mira cada una de sus pequeñas actuaciones. Pero si se contempla toda su obra, toda su faena, se advierte su gratuidad, su risita momentánea. Su nadita. Su brillante y muy inteligente nadita. Su suma de becadillos. Pero es también el que sabe que juntando bellos granos de arena no se levanta una montaña ni

nada que quede. Que entiende perfectamente que un hombre no es una suma de brazos, cabeza, tórax, sino que es una unidad firme e indivisible. El que desde muy temprano supo que hablando con monosílabos no se puede violentar la gramática. Sobre todo si se sabe ser oportuno. En definitiva: un oportuno.

Arlt, en cambio, es inoportuno: es el otro tipo de parlamentario argentino (que se dió contadísimas veces). Molesto, desagradable. El que desconoce sistemáticamente todas las reglas del juego y por eso golpea, pateo, araña, despotrica y termina por pegarle al réferi. Y todo por que no entiende la diferencia entre el ámbito festival y el ámbito vital. Porque para él todo es uno. Y de ahí su informalidad. Su torpeza. E, incluso, el aburrimiento que provoca. Pero no así la burla, en tanto si alguien lo interrumpe farfulla una injuria porque no sabe del tono parlamentario. Desconoce los buenos modales y las reglas de arte, y los demás dicen que "tiene garra" y se ríen. En realidad, sólo se sonríen por modales. Que lo único que tiene adentro es fuego, fuerza, impulso. Y eso es lo que sale a borbotones, desesperadamente, sin inteligencia muchas veces. Pero que da calor, que irrita, que fertiliza o que quema. En una palabra, que tiene poder. Y que no necesita engolar la voz para que puedan oírlo. Y que puede hacer hijos. Los hijos necesarios porque es un hombre. Y no todos los años uno o dos para que vean que no es impotente. Y que se sabe morir a tiempo. O rugir cuando hay que hacerlo y todos los pares practican una masturbación colectiva, divertida. Y muy comentada. Creyendo que Güiraldes es un novelista y Lugones un gran poeta. Que sabe quedarse solo arañándose las entrañas. Y no aislarse del grupo porque el grupo tiene mal olor. Y que sabe de su piel cuando los demás usan guantes. Y que entiende que está relleno de carne cuando los otros se engordan con lana. Que sabe equivocarse cuando los otros pienseden hacer la obra impecable, sin errores. La obra pura, el zepelin inodoro.

DIEGO SANCHEZ CORTES

Arlt - Buenos Aires

Roberto Arlt es un escritor ciudadano. El mundo que nos presenta es el de la ciudad de Buenos Aires, su clima, sus tipos. Su obra puede, en tal sentido, ser situada en la línea que comienza con el nacimiento de nuestra prosa narrativa: *El Matadero*, *Amalia*, las novelas de Cambaceres, *La Bolsa*, *La gran aldea*. Obras todas que presentan características que las hermanan: el sentido realista que aparece aun sobreponéndose a las tendencias de la época; un realismo que pretende presentar un cuadro veraz, documental, de la vida contemporánea. Pero un realismo intencionado, que no postula la imparcialidad, la prescindencia del autor, sino lo contrario: que expresa o tácitamente nos ofrece la opinión, los sentimientos del autor frente al mundo que describe.

Podemos seguir en ellas, paralelamente, la evolución de la realidad cambiante de Buenos Aires, y el modo en que esa realidad se refleja e incide sobre un tipo particular de testigo: el novelista.

El realismo romántico nos presenta una aldea semibárbara, producto y trasunto de un país pastoril y ganadero. Lo europeo, la ciudad, opuesto ya a ese campo interior, es todavía más bien, un símbolo, un ideal, que una realidad. El novelista, producto ciudadano, de la civilidad, marca esa oposición, toma partido a favor de la ciudad, de lo civilizado. Enfrenta un ideal, que supone una vida superior, a la vida ciega y bárbara que lo rodea. Se adscribe y adhiere al ideal de las clases pudientes, *ilustradas*: burguesía feudal terrateniente y burguesía comercial, que pueden permitirse un aire europeo. La ciudad es la cultura, un estado deseable. Su misma posición les per-

mite, con respecto a la realidad bárbara —campesina— una situación de espectadores. A pesar de ellos mismos, esa realidad es la que se impone, la que se les impone en sus obras, sobre la otra que invocan, o que desean.

Sus sucesores ya están en otro mundo. La ciudad tiene ya existencia: es el pueblo-factoría, cuyos caracteres acusan relieves marcados: la riqueza fácil y en expansión lo domina todo. Es el momento de las grandes empresas, del futuro eufórico y sin trabas. El país pastoril, la tierra, ha perdido su predominio: desde la ciudad fenicia se lo ve como un gran campo de explotación, cuyas infinitas posibilidades materiales fundamentan el optimismo bullanguero, la moral arrivista e inmediata. Sin embargo, las descripciones de los novelistas son amargas: frente a la riqueza fácil, las quiebras bursátiles; la miseria debajo del lujo de los clubs de moda; la vida zórdida de los inmigrantes, de los arrivistas, de la burguesía esnob, aristocratizada y rastacuera. Como una premonición, en medio de la ciudad, que parece conseguida, reconocen solamente sus miserias, sus pequeñas y sucias tragedias. Rodeados por la burguesía ciudadana triunfante, fuerte y exaltada, que parece disponer del destino en sus manos, recuentan sus quiebras y lacras, las fisuras que oculta en su entraña.

Ellos también pueden ser todavía espectadores, al menos en parte, de ese mundo: las propias posibilidades de futuro que ofrece la realidad a que pertenecen, les permiten ser libres, no sentirse cercados por ella. Participan del margen de seguridad que la posibilidad de expansión ofrece al mundo ciudadano. Esa posibilidad de expansión, de futuro, es doble: por

una parte, el desarrollo de la riqueza sobre el propio suelo, aún abierto y aparentemente accesible para todos; por la otra, el ideal europeo, todavía no alcanzado. Y aun éste, la cultura capitalista industrial, está todavía en vías de desarrollo. El progreso parece indefinido. Si se notan sus miserias, parecen superables por su mismo camino. Esa libertad les permite colocarse por encima de la realidad que describen, no sentirse atados a ella: pueden advertir que hay otros mundos distintos; comparar la realidad cercana con otras, alejadas en el tiempo o en el espacio; idealizar, si así lo necesitan, el futuro o el pasado. Hallar refugios vitales, en uno u otro sentido. Su literatura puede ser amarga; no se les impone que sea desesperada.

Arlt tiene su mundo en la ciudad que ha crecido después de la guerra del 14. Buenos Aires es ya la gran ciudad; la ciudad del industrialismo del siglo XX. El hiato con el país pastoril se ha completado: ha ingresado en la civilización occidental de las grandes ciudades contemporáneas, con sus fortunas fiduciarias, impersonales, su proletariado, sus conflictos de clases. La era del futuro amplio y fácil, en el que todas las posibilidades fueran colocables, se ha cerrado. Él, nacido en una familia pequeño burguesa típica, sufre inmediata y personalmente esa ciudad nueva. La civilización industrial ya no ofrece a los individuos el sentimiento de la posibilidad de un progreso indefinido. Por el contrario, el margen de desarrollo, de libertad, parece haber desaparecido para la persona; como si las líneas de la civilización se hubieran esta-

bilizado, enrigecido. Si las posibilidades de progreso subsisten, es sólo en cuanto al conjunto, no en cuanto a la individualidad. Dentro de los cuadros de esa civilización, la libertad aparece restringida. El antiguo cuadro social fluido, ya es comprimente y obligatorio.

Si la literatura ofrece algunas salidas, éstas son tales en cuanto refugio de especialistas: posibilidades estrechas, proficuas dentro de sus límites, pero inocuas en cuanto al hombre total. El destino que permiten no es superior al de cualquier otra especialización: una forma de ignorar, de querer ignorar; un modo de escape que acarrea la mutilación.

Arlt ni aun puede utilizar esas salidas, que exigen cierta libertad de elección, cierto poder de evadir la realidad. Tal libertad debe contar de algún modo con la independencia económica, aunque sea aparente. Él, no sólo está privado de esa independencia, sino que fue por su formación desconoce esas salidas. Está sumergido en el mundo que describe. De tal modo, que es incapaz de imaginar otros, o de tomar la perspectiva que le permita idealizarlo o conocer sus bellezas aislables. La realidad lo comprime totalmente; lo que nos cuenta es lo que siente de esa realidad: la pasión que le inflige, el cerco a que está obligado. Su obra niega, de frustración, de amargo sabor de final, es —en sentido profundo— obra de *piecresce*: el relato personal de quien se siente parte de un mundo sin posibilidades, agotado y saturado, oprimente. La eficacia y la vigencia de su obra proceden en gran parte de esa obligatoriedad.

JORGE ARROW

El único rostro de Jano

Siempre se ha hablado de la imaginación de Arlt, de la inventiva descomunal de Arlt, pero hay algo de monótono, de martirizante en su literatura que me hace meditar sobre qué hay de cierto en esta afirmación: ¿Arlt dramaturgo posee una imaginación vigorosa, auténtica, libre de toda remembranza, producto exclusivo de su inteligencia? ¿Su mundo de ficción está desvinculado de la confesión, es desinteresado, amplio, variado y rico? ¿O es un mundo único y exclusivo, distinto a todos, pero siempre igual a sí mismo, inalterable, inseparable de él, como si lo hubiese adquirido junto con la vida, como un don semejante a la belleza?

Su imaginación es unilateral, depende de su experiencia y ésta, a su vez, de su adolescencia. La concepción ideal del Universo adquirida en esa etapa de su vida se prolonga a través de toda su existencia, en la medida que de adulto permanece en el juego abrasador del *Juguete rabioso*, en tanto nunca se alejará de él la proximidad de los primeros dolores, no los superará ni los asimilará. Serán siempre nuevos y cercanos: El Padre, El Orgullo exagerado y equívoco, La Humiliación exagerada y equívoca, El Empeñamiento, La Inadaptación, La Incomprensión de la realidad, La Ambición desenfrenada y miedosa, La Indisciplinada inútil.

Es un adolescente víctima de la certeza apasionada y cruel de todo adolescente; ha elegido un mito de la vida y nunca lo reemplazará por otro; revolcándose una y otra vez en el mismo circuito de sentimientos, sin llegar a afrontar al verdadero mal, al verdadero bien, sin llegar a ser maduro, sin abjurar jamás de las ceremonias mágicas de la niñez, de su farsa. Se ha anquilosado en una etapa extraordinaria de la vida y se ha eternizado.

Su imaginación se reducirá, por lo tanto, a la fase primordial de hinchar sus incipientes pasiones, de hinchar cuanto ve (y ve solamente aquello que se le asemeja, lo que ha descubierto desde un principio), de remontar sus propias inclinaciones, de individualizarlas, de engrandecerlas.

Como dramaturgo no inventa: confecciona, construye, amalgama, desarticula, interpreta, pero únicamente lo que ha

inventado en la niñez, esa vieja carga de su alma, aquellos sueños, aquellas experiencias, lo que en realidad es su vida.

Tanto no inventa que llega a escribir a su madre a propósito de *Los Siete Locos*: "...piense usted que ese gran dolor no se inventa, ni tampoco es literatura." Es crónica.

Tanto no inventa que busca constantemente en los hombres de la calle —en los que se asemejan, por su psicología y condiciones de vida, a los miserables héroes de sus primeras proezas (los exóticos sufridos, los destartados, los oscuros, los tristes, los difamados burgueses) el secreto de sus personajes. Personajes que por este origen son esencialmente porteños, pero que van perdiendo realidad al entrar a su mundo particular, a su infierno particular, al aunarlos con su propia subjetividad (pero como en un comienzo fueron hombres, conservan el ruido de una calle determinada, de una ciudad determinada, de una época determinada).

Y estos personajes, aficionados siempre, nunca idóneos, se deslizan en un mundo construido en tres esferas: *Lo Malo Heroico*, donde cohabitan, donde reiteran una sola actitud, donde se exalta el descubrimiento único, los sueños, los clamores coartados, los proyectos fallidos, los fracasos profundos (¿no son acaso adolescentes que prosiguen en el conflicto de los caballeros de la media noche, mintiendo proezas y predestinaciones —porque es más fácil, más extraordinario ese juego que afrontar las posibilidades reales de las cosas— ese conjunto de indefensos forajidos que divagan arbitrariamente en casa del Astrólogo?). *Lo Malo Despreciable* de los otros hombres y mujeres, el mundo fáctico de todos, la sociedad; y *Lo Bueno Indeciso* que vislumbran apenas, que es la no carestía, que es la abundancia; una zona fluctuante donde sería posible realizar las grandes acrobacias de sus intereses; una zona de desquite, de licencia, hasta de felicidad, donde cada uno de ellos sería un especialista: Erdosain un verdadero inventor, Erqueta un verdadero místico, Arlt un satisfecho.

¿Y las mujeres? También de su experiencia, nacidas ya del desolador desprecio que recibió de ellas, de las infructuosa ambición de pureza, ya de su matrimonio desesperado, ya del encuentro inevitable y exaltado con la callejera anodina o del

refugio humillante y estéril en la hembra fácil pero constantemente idealizada, ya de la ensoñación inmediata y pueril de la muchachita encontrada una tarde en el tren, perdida para siempre.

Mujeres que se acomodan a los ademanes empocinados de esos personajes, regocijadas o vencidas, engañando o amando con sorda rebeldía, sin asombro, en la contradicción de su regocijo porque están de acuerdo con sus situaciones, como predestinadas, pecando inútilmente. Que por su vulgaridad se asientan en los objetos, poseyéndolos, sin inocencia, sin ilusión. Condenadas también, pero a la vida. Únicas compañeras que pueden atormentar a esos hombres, afirmándolos en el desenfreno, en la pesadilla, acercándolos a la aniquilación.

La unilateralidad de la imaginación de Arlt otorga a su novelística un sabor especial, alucinante y abrumador. Y si se habla de humanidad en sus personajes, es sólo porque están firmemente vinculados a una pasión auténtica, ya que ¿son verdaderamente humanos? Evidentemente, no. No hay precisión psicológica, certeza, ni matiz. Están repetidos, responden a las diversas distorsiones de un mismo arquetipo, contradictorios consigo mismos, confundidos entre ellos, contaminados los unos con los otros. Indiferenciados. Con las mis-

mas obsesiones, sin libertad; porque son prisioneros de Arlt. Porque es él mismo que se prolonga, ahondando en el oscuro misterio de su hambre. Hambre extendida que renace en cada nuevo personaje, recreándola para insistir en su dolor, porque no conoce otra cosa fuera de él, porque es únicamente en él. Y por miedo a la muerte se desdobra y se nombra, una y otra vez, incansablemente, contestándose. Cada uno, sí, posee un color, un nombre, una máscara, pero debajo de todo ello hay un mismo rostro de muerte, de fantasma, de monstruo. Una sola tortura, un mismo deambular. Ni seriamente metafísicos, ni absolutamente veraces, ni hondamente fervorosos.

Por eso, raramente nos emocionan: nos asustan, nos lastiman, nos previenen, pero no despiertan nuestra piedad; deseamos que se hundan hasta el fin, porque sentimos que han nacido para eso, que es el inevitable y más hermoso destino; incluso quisiéramos empujarlos, apresurarlos para verlos realizar la gran acción, el secreto.

Y es Erdosain el único que recupera su humanidad al matar, al suicidarse. Es él el más cercano al hombre. Es Arlt que, la cabeza vuelta hacia el pasado, se realiza.

ADELAIDA GIGLI

De las obras y los hombres

H. A. MURENA Y LA VIDA PECAMINOSA

Si la acción de una obra no es más que la libre empresa de héroes que viven en la libertad de quienes los leen o los ven, comprenderemos que las aventuras y los proyectos de esos personajes son también las aventuras y los proyectos de los espectadores; que la angustia de ese otro es mi angustia, que si él se espera yo también me espero en él y que el tiempo con que él llena el hueco de su porvenir es el mismo tiempo que refluye de mi porvenir no hecho. Duramos juntos y nos ignoramos juntos. Pero si yo advierto que los personajes están supeditados en su desarrollo por una enfermedad congénita o una maldición social o un pecado original ineludible, entonces el devenir se aniquila; todo el tiempo y la libertad se hacen míos y no queda sino un espectador vivo frente a una obra muerta.

Sin embargo, los personajes de Murena¹ son libres, pero la suya es la libertad embrujada. Son libres contra su destino. Una parte de ellos es una voluntad heroica y limpia y diríamos también responsable y lúcida. La otra es la parte enferma, monstruosa, demoníaca. Si triunfa ésta comienza el reino de la desesperación, los remordimientos, el frenesí del escapismo, las acusaciones, la culpa; en fin, el Terror y la Fatalidad. Si triunfa aquélla, la enfermedad se mantiene a distancia y la voluntad del espíritu no se contamina y se transporta a regiones más elevadas, según lo que ha insinuado Murena hasta ahora, ya que aún no ha definido en forma concreta cuáles serían los beneficios que reportaría la superación del pecado original de América.

Los personajes son libres, pero libres de luchar únicamente contra ese pecado. Para formar sus vidas colaboran y se oponen la maldición que pesa sobre sus actos y las actitudes que adoptan ante ese sino que los acusa.

Desde su puesto de creador, Murena ha dado sus criaturas transformadas en cosas. Al ponerlas desde un principio *sub specie aeternitatis* ha coagulado las conciencias libres en la mera caracterización de una esencia particular. Y aun el universo del "Juez" es ese cosmos petrificado de seres que juegan una partida que saben que está perdida de antemano. No pueden ir más allá de lo que les permite la benevolencia del pecado. Las cartas están sobre la mesa y ya todo se sabe y se ha dicho. Sólo queda la disección.

Precisamente en la creación de ese diálogo en el que no hay nada que decir es donde Murena ha ensayado su teoría del estilo del silencio. Se trata de un silencio de la vida. Un silencio perfecto donde los personajes hablan a base de pausas. Y me atrevería a afirmar que en la obra hay más tiempo en que los personajes callan y no en que hablan. No se trataría, desde luego, de una representación pantomímica. Los silencios son largas tensiones de miradas, de ademanes contenidos, de sufrimientos sofrenados, de mutuas y calladas revelaciones.

¹ El juez, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1953.

No podían relacionarse de otra manera esos héroes cosificados. La palabra remite siempre a un "más allá" de sí misma, es, ante todo, significado, trascendencia. Los personajes de Murena están fijos, embalsamados, clavados con alfileres, desnudados. Son todos en sí mismos y no tienen otra verdad que la que está a la vista. No tienen nada que decirse e inclusive ni reconocerse. Aun los mismos diálogos del "Juez" parece que sobrarán, que no fueran más que una concesión para poner al tanto al espectador, como si los personajes hablaran para otro, como si se tomaran la molestia de tener que hablar para enterarnos de sus acaceres. No sería ésta, naturalmente, una revolución teatral (un teatro à rebours, o una destrucción del teatro por el teatro mismo, o sea, por las palabras; una suerte de experiencia surrealista) ni Murena se lo ha propuesto. Sólo que aquí se manifiesta una vez más la indisolubilidad del juego fondo-forma. Si el estilo de frases concisas y aforísticas no tiene "más allá" y es sólo mostración de cosas, estilo poético y teatral además, se debe, precisamente, a que ese lenguaje solidificado e inmanente de Murena es el que le exige el planteo previo del pecado original que hace adquirir a sus personajes. De ahí también la frustración de un diálogo en el que el "vos" fuera elevado a la esfera del "tú" y resultara cotidiano. El lenguaje es abstracto e irreal, lenguaje supraterráneo, extemporáneo y mortuorio. No se hará al lector contemporáneo de su prójimo cambiándole el "vos" por el "tú" y las desinencias de las formas verbales, sino alterando la sintaxis y construyendo un diálogo de libertades. El lenguaje de Murena tiene un brillo de metal que lo hace casi platónico. Es perfectamente antiargentino.

Si el Padre es el verdugo de su familia, es, a la vez, víctima de cierta maquinaria o situación social ambigua e incógnita. Ha aceptado el pecado y se deja arrastrar por él. Es culpable sin quererlo y se ha resignado. El Padrino ha asumido el pecado confesando su mea culpa a cara descubierta. La Tía huye del pecado mediante la bebida. La Madre se deja conducir dócilmente en una humillación deliberada. La Hija logra su libertad pero carece de fuerzas para hacerla efectiva y sucumbe también al pecado. Los demás personajes, acentuados en sus caracteres simbólicos, son productos pasivos e ignorantes, excrescencias apenas, del mal que llevan dentro de sí. La Amiga, símbolo de la juventud frívola; el Novio, del arribismo cobarde, y la Abuela, la oligarquía conservadora, la guardia vieja sin esperanzas de salvación y que no pasará de este siglo. Han muerto en el pecado pero no han sabido resucitar. Están cercados por lo americano y su culpa parece ser la de la falta de contacto con la tierra. El castigo sería la muerte o la locura.

Toda esta concepción, por otra parte adecuadamente desarrollada en los escritos de Murena, ha sido denominada quizá prematuramente con el nombre de "murenismo". De todos modos, tiene sus adeptos y su evolución propia. En su aplicación teatral resulta decididamente vacua y falsa. Una cosmovisión de este tipo, al ponerse en los antípodas de la condi-

ción humana, se hace nefasta. Niega la libertad y asesina la conciencia pura. En este sentido, "El Juez" sería obra moralista como lo sería la opinión de Dios sobre las pobres aventuras humanas. Bajo la mirada divina los hombres aparecen como objetos lunares y de museo, arrojados en la gran noche de la ausencia y la desesperanza, luchando y sacrificándose en vano. En "El Juez", rígida exposición de estatuas del mundo, las criaturas de Murena no tiene mejor suerte.

CARLOS CORREAS

RODOLFO KUSCH Y LA SEDUCCION DE LA BARBARIE

Desde las entrelíneas de este libro¹ una vez aclarada un poco la tupida maraña de sus capítulos, viene Kusch a decirnos lo siguiente: No todos entramos a la historia, ni tampoco es posible que entremos a ella de cualquier manera, ni en cualquier tiempo. Hay una suerte de proceso previo, de lenta preparación o maduración para la historia, al final del cual el inconsciente social se hace conciencia. La historia es acto, actuación, y por lo tanto conciencia, conciencia lúcida y serena. Lo otro, la oleada demonista y vegetal del inconsciente es planta, es la prehistoria de la vida. Y hay una marcha, una dialéctica que lleva a los hombres y a los continentes desde el inconsciente vegetal hasta la conciencia, el espíritu.

Perturbado y deshecho, este proceso es lo que está ahora enfermo en América. La salud consistiría en esa tensión interna que, a lo largo de los siglos, depura el inconsciente de todo su misterio y hace brotar la luz de la conciencia en el arte, en la teoría, en la acción.

La enfermedad, en cambio, lo que nos relega a los márgenes de la historia, no nos deja conocer este proceso. Porque el americano, huyendo de sus propias raíces, de su propio inconsciente social, ha optado desde antiguo por adosarse un absoluto salvador sin querer aceptar antes la lucha con los temidos demonios interiores. Así es como se ha escindido, como se ha hecho un bifronte, un mestizo espiritual (mitad tierra, mitad cielo; mitad realidad, mitad ficción), así es como abandonó la tierra sin poder ello ingresar en el cielo, condenándose a errar a la deriva por las ciudades y las planicies del vasto continente.

El único proceso profundo desarrollado en América —viene a decirnos Kusch— es el proceso de esta enfermedad. El mestizaje espiritual, insinuado ya en la América precolombina, entre los mayas, cobró fuerza después con la conquista, se encarnó en todo el ámbito ibérico del continente, y al hacerse carne se eternizó y edificó naciones, naciones también bifrontes y escindidas (mitad bárbaras, mitad civilizadas; mitad naturaleza, mitad leyes), naciones fluctuantes, inestables, enfermas, con dos rostros que se ignoran mutuamente: uno de ellos —el que mira hacia afuera, hacia arriba— mera ficción; el otro —el que mira hacia adentro, hacia abajo— ciego, estéril.

Bien se ve que todo esto es una manera de tomar nota de uno de los temas fundamentales de todo pensamiento. El pensamiento, cuando ahonda en su propio camino, no puede evitar finalmente el encuentro con sus propios límites, y allí nace de una u otra manera lo metafísico, como conciencia de una situación humana determinada y necesidad profunda de adoptar ante ella una actitud o de marcar la línea de una acción. El hombre siempre está entre la tierra y el cielo, entre lo que se acaba y lo que lo sobrevive —devenir y ser, naturaleza y cultura dice la metafísica—, pero en Europa ha vivido esa situación como ciudadano de dos mundos —quiere decirnos Kusch—, y en América como mestizo, como paria de dos mundos.

Últimamente son muchos los que creen ver en las vicisitudes de estos parias la historia profunda del continente, semejante quizá a la de otras tierras marginales que también han servido de campo de conquista para el mundo moderno. Se ve que Europa, al mismo tiempo que extendía por el mundo esa delgada capa de cultura que todos conocemos, arrojaba también sobre él, y ante todo sobre América, aquello de que tenía necesidad de desprenderse para mantener en ella misma el equilibrio de su propia salud, un equilibrio por otra parte inestable en cuanto incapaz de mantenerse sobre sus propios

pies. Empezamos a ver lo que ha ocurrido aquí como el reverso oscuro y necesario de la cara brillante que se ha dado allá.

Las situaciones límite son universales, pero no se reacciona ante ellas de la misma manera en todas partes. O mejor: no nos obligan siempre a realizar los mismos actos, a cometer los mismos crímenes tal vez. En el fondo, Europa construyó a América para no perecer ella misma como tal, la construyó como uno de sus pecados, como un precio pagado para poder vivir más o menos en paz su propia aventura.

¿Y si la tierra no es, según se ve, un paraíso, no será esta otra cosa bárbara, este nuevo sacrilegio que consiste en sacrificar a lo europeo, no será esto el crimen propio de América, el que ella necesita cometer para poder cumplir a su vez con su destino?

La idea de este acto supremo ha latido en todas las actitudes fundamentales de los americanos. Y aquí es donde el autor se hace inconsecuente, porque reconoce la presencia de esta idea aun en Sarmiento, pero no quiere verla en cambio en 1810. Y en realidad el lo mismo y tiene el mismo significado querer leer el destino de América en francés o hacerlo en inglés (o en alemán como se ha hecho últimamente). Se trataba en ambos casos de cometer el crimen, pero en pequeño y limitándose a España. Porque ellos sabían (Moreno, Sarmiento), o presentían, lo que Kusch olvida a veces: que sólo cuando América tenga su palabra propia, su crimen propio podrá ser cometido en la impunidad.

ALDO PRIOR

ESTELA CANTO: ¿UNA NOVELA?

Si la verosimilitud literaria es algo exigido y comprobado, el personaje principal de "El hombre del crepúsculo" no es un hombre. Es un acabado esquema psicológico escrito por Estela Canto, con la tácita colaboración de Jung.

La autora sugiere la dimensión de Evaristo J. Lérica con rasgos precisos y tajantes, pero en la brevedad y corrección de la forma, el contenido no es ni más ni menos rico, es el exacto material de un esquema sin trabajar.

Lérica está definido, es inconfundible, pero es pobre. Nos comunica sus vivencias; pero un hombre, un hombre neurótico, es siempre algo más que su neurosis, es algo más que la columna que sostiene su discurso; es un trajinar de locura y vigilia que Lérica no tiene. Es un mundo de significaciones y resonancias que Lérica no tiene.

Un empleado ejemplar, sin aparente vida propia, que en determinado momento —al comienzo del libro— sin ninguna causa evidente que desencadene la crisis (porque Estela Canto no dice nada) experimenta angustia e intranquilidad que le mueven a alejarse de su vida cotidiana.

Libre de la maquinaria oficinesca, despiertan en él "cosas y sentimientos que conviene dejar dormir en el fondo de nosotros mismos, como los animales en el fondo del mar, porque su presencia sólo puede turbar la superficie".

Su tendencia a la soledad le protege contra los influjos inconscientes, pero le hunde cada vez más en sus conflictos.

Es generoso, compasivo sería mejor decir, desinteresado hasta el cinismo.

Se propone instruir a Paula —hija de la dueña de la pensión— sobre lo que debe ser su vida, qué es lo que debe oír y qué es lo que debe desoír para apartarse del mal y del pecado, a los que él presiente en acecho continuo.

Por ello la acosa, la desequilibra, la enferma con sus dudas, con sus temores, con sus maniobras; se personifica en el hombre de confianza, que todo lo sabe guiado por la verdad.

En aparente situación de inferioridad frente al ingeniero Modena —enamorado de Paula— planea y desencadena una tragedia, por la sola influencia de su palabra. Trama así su superioridad de séptima intención, pero Lérica vivirá muriendo de su propio veneno.

Paula y su madre están escueta y agudamente insinuadas. Sus palabras, sus acciones, demuestran en ambas una acabada humanidad, ingenua y fresca; no tonta pero sí desprevenida.

El libro deja la natural impresión de desasosiego que aparece ante el error, ante lo malogrado; un enfermo que vive de su mal, es siempre repulsivo; un hombre concebido como un apunte tipológico que la autora dibuja en cada nota y en cada movimiento premeditado, siempre defraudado.

Es un libro muy bien escrito, que pudo haber sido una novela.

ANA A. GOUTMAN

¹ La seducción de la barbarie, Dist. Raigal, Bs. As., 1953.

Próximamente:

No 4, dedicado a Ezequiel Martínez Estrada.

Nº 6, homenaje a Leopoldo Lugones (1874—1954).

CENTRO N° 7**SUMARIO**

Editorial; Presencia de Martí, por A. A. Goutman; Borges, el ensayo crítico, por A. Prieto; Cuatro Poemas de E. Dickinson, traducción de G. Lüke; El Escritor argentino y su público, por J. J. Sobrelli; La poesía de Vallejo, por J. A. Carrau; Palabras para inaugurar insurgen-
cias, por R. Pandolfi; Reflexiones sobre el concepto de Generación, por J. García

En Mayo: N° 8

TEATRO LOS IMPENDIENTES**CICLO DE CONFERENCIAS**

El teatro como emoción e idea, martes a las 19 hs., dirigido por Ana Gryn. — Variantes de la expresión argentina, viernes a las 19 hs. — Desde el 23 de Abril: Los engañados: Almafuerte, por A. Prior; Divertidas aventuras de R. J. Payró, por G. Steffen; G. de Laferrère y su máscara, por A. Haber; J. L. Borges y la joven generación, por A. Prieto; Intento y frustración de E. Mallea, por D. Viñas; Después de R. Arlt, por V. Fernando; Lo profundo y lo superficial en E. Martínez Estrada, por R. Kusch; Macedonio Fernández, la metafísica en su paradoja, por J. A. García Martínez

APARECIO:**Albert Camus:****EL MITO DE SISIFO**

EL HOMBRE REBELDE ... \$ 30.—

Las obras que más expectativa y discusiones han provocado en los últimos años. Páginas deslumbrantes, admirables tanto por la riqueza de ideas como por la belleza de expresión y el predominio de un acento moral inseparable de su autor.

EDITORIAL LOSADA S. A.

Alsina 1131 Buenos Aires
Uruguay - Chile - Perú - Colombia

ediciones "doble p"

reconquista 1011

T. E. 32-8210

CARLOS PRELOOKER

La noche y dos sombras

Pasto seco

Burbujas en el barro

ANTONIO PAGES LARRAYA

Santos Vega, el payador. Leyenda trágica

W. G. WEYLAND

Belgrano "R"

EN TODAS LAS LIBRERIAS

LIBRERIA VERBVM
VIAMONTE 429 T.A. 31-2793

**CALLES DE TANGO**

la discutida novela de Verbitsky \$ 4.— el ejemplar.
Pídala en librerías o en

EDITORIAL VORAGINE

México 625, 2º piso

HILCA S. A.

IMPORTACIONES — EXPORTACIONES

VAN RIEL

Galería del Arte
Buenos Aires
Florida 59

ESTUDO HUALDE

Marcas - Patentes

Viamonte 773, 2º piso
T. E. 32-8712

CASA MOSCATI

Iuminación moderna

Sulpacha 968
T. E. 31-8468

M. Y. C.

DONACION N. N.

CONTORNO

Setiembre de 1954

Nº 3

De las obras y los hombres

Av. Roque Sáenz Peña 651 — T. E. 30 - 2409 — Cuatro pesos

Dirección: Ismael Viñas y David Viñas

VICTORIA OCAMPO: V. O. Adelaida Gigli
 MANUEL GALVEZ Y EL SAINETE HISTORICO
 Juan José Sebrelli
 INTELIGENCIA Y BARBARIE Rodolfo Kusch
 OTROS TRES NOVELISTAS ARGENTINOS...D. V.
 ENGAÑADO ADANITA Ismael Viñas
 RESPONSO F. J. Solero
 LA MUJER: UN MITO PORTEÑO R. Gibaja
 EL REVOLVER Carlos Correas

EDUARDO MALLEA EN SU LABERINTO... F.J.S.
 ONETTI: UN NOVELISTA QUE SE DESPIDE: D.V.
 DENUNCIAS SIN TESTIGO Oscar Masotta
 DISCUSION: UNA CARTA DE V. FERNANDO

Victoria Ocampo: V. O.

¿Lo que ha escrito Victoria Ocampo? Como a las actrices de la época loca, como a las trágicas geniales, le tocará en suerte no un oficio determinado —el de la literatura en su caso— sino el ambiguo oficio de la sensibilidad, del atrevimiento, del desatino vital.

Veamos: en un principio fué la educación, las primeras lecturas, el descubrimiento. La niña era inteligente y se enamoró de las palabras escritas. Eran un refugio, una manifestación encantada. Discutió en su ocio de mujer nacida en ciudad cerrada e inhóspita para estos quehaceres y se erigió, sin preverlo, en la que inaugura y propicia la reivindicación intelectual de la mujer argentina. Escribió cartas y creyó fervorosamente en la humanidad. Después leyó *La tempestad*: Victoria está henchida, el mundo existe y es posible asirlo ¿cómo no va a amalgamar todo lo que siente y lo que comprende si las cosas están reveladas, si ella es hermosa, si la sabiduría es alegría? Se exalta, es joven —lo ha comprobado— puede descifrar y hacer pública su aventura. Puede entender, alcanzar, ofrecer. Así escribe —después de no sé cuántas especulaciones luminosas— *La laguna de los nenúfares*: ha confrontado a los grandes, ha adquirido y ha dicho ella también. Es éste el deseo más prodigioso de la juventud, y lo ha realizado. Y esta realización será, para toda su vida, causa de la mayor tristeza, porque realizar el deseo de la juventud (ese deseo de asir el mundo) es determinarse y es disminuirse: la obra acabada da la medida de la mezquindad, la obra inconclusa, la ilusión de lo infinito. Victoria Ocampo quedará coartada; podrá conservar su ímpetu de vida casi intacto —quizá un poco frustrado— pero la literatura será un oficio arduo, lejano y nebuloso. Su fogosidad, sus ganas (esas heroicas ganas del mundo) se conservarán magistrales, pero ya no podrá escribir más, apenas *De Francesca a Beatrice*, que es rondar a los grandes, seguir los ecos de voces definitivas, y lo hará parangonándose humildemente, orgullosamente. Porque no quiere renunciar a la gloria, a la universalidad, a las letras escritas. Entonces hará el descubrimiento más grande de su vida, el definitivo, el que la pone a salvo: descubrirá sus *Testimonios*. Y en cierto modo ha vencido. Porque V. O. es en sus recuerdos y en sus citas: ha tenido una infancia espléndida y una vida feliz (encuentros jubilosos); pero ni nos dará su infancia verdadera, ni las anécdotas completas. No hará literatura, sino *Victoria Ocampo*. Lea *Testimonios* serán su espejo, una manera de sobrevivir, de estar presente. Su manera de proclamar una libertad extraña para la América temerosa, su manera de exaltarse y de estar vigente.

Y nos solaza. De tanto leerla se halla placer; es la dama duende de esferas más altas, que espía a esos que jamás conoceremos, a los que jamás tendremos la mano. Nos regala algún fragmento de diálogo muy cotidiano (ya no nos quiere ofrecer el mundo), alguna frase intrascendente, íntima, alguna ligera remembranza, para que sepamos que los grandes también son humanos, equivocados y hermosos.

Además, una persona que maneja cuatro idiomas o más (no sé) posee una certeza distinta de las cosas (no clara), ve aquello que va de la *sútilidad*, a la *bétisse*, a la *tontería*; conoce el acento peculiar de cada palabra, el espíritu asignado a cada cosa. No puede equivocarse. Y esta ubicación especial, al darle riqueza universal, paradójicamente, le vetará lo particular: no podrá tener patria, ya que sólo se conoce lo que uno ha trabajado, y ella ha anudado al mundo (todo el mundo) sin limitarse a una calle, ya que ha comprobado que toda la tierra tiene su tesoro incambiable, ¿cómo renunciar a él?, ¿cómo decir, esto sí, esto no, para siempre?; y si prefiere su casa de San Isidro (Villa Ocampo) es porque la ha vivido de niña y porque la distingue sabiamente, creyendo que es necesario guardar un secreto, conservar algo immaculado para ofrecer al visitante, para sorprender, quizá para tener más peso, más realidad, un rincón para guardar las cenizas. Y dirá que la pampa *está en sus ojos* o cosas por el estilo con igual sinceridad y menos entusiasmo (siempre uno se torna triste cuando evoca a la pampa, a la colonia, a la calle Florida, como si estas cosas fueran un mito) que cuando habla de los barrios de Londres (¡qué nostalgia alegre, qué recuerdo paradisiaco el de Europa!, si el mismo Gálvez confesó en *La Argentina en nuestros libros*, que después de conocer Europa no se puede vivir en paz en la Argentina...).

Tampoco podrá tener el poder que dá la ignorancia, el poder que tiene el que camina siempre por una calle —valga la metáfora— obstinadamente, desgraciadamente. Ha vivido muchos hoteles, conoce a *todas las personas*; ya no puede ser obsecada, intransigente; ha ganado en conocimiento, pero ha perdido en fervor, en el oscuro fervor de los caudillos, de los santos, de los equivocados.

Tampoco posee el dominio del conocimiento: éste es demasiado vasto; para dominarlo hay que fragmentarlo y elegir, hay que ser especialista, pero ¿cómo dejar de comentar las cosas de los hombres? ¿cómo no hablar de América, de moral, de arquitectura, de música, de cine, de buen gusto, de Mussolini, de... si todas estas son cosas admirables? Solamente podrá ordenar las caras innumerables del mundo, y valién-

dose de una pequeña moral-estética, decir: soy democrática. Mussolini se equivocó, Drieu se equivocó, la arquitectura debe ser funcional, la novela debe ser la autobiografía del autor, etc., etc. Es decir una explicación para cada cosa, un código de tránsito, es decir, pequeñamente sensata y superficial.

La leemos como a un comentarista inusitado, con la constante impresión de que es algo fraguado (¿ese San Isidro es San Isidro o un lugar encantado, guardado por el monstruo *des clerics?*), algo amorfo, el ciudadano universal, el hermano de todos, el que se identifica con medio mundo, el que puede comunicarse, el - que - se - entiende - con - los - demás. Y en este tono nos habla de los seres que ha amado por sus obras y que luego ha buscado para comunicarles ese amor (si vivos, afrontando la incompreensión y el desencanto, si muertos, provocando el sí definitivo, la suya —esta vez— la última palabra); retratándose al lado de los grandes, recibiendo así parte de esa grandeza, contaminándose de inmortalidad, de certeza, de inexpugnabilidad. Pero este juego es a medias misterioso, pues al revelar conscientemente las *délicadezas* (las que tuvo para con ellos) las deteriora: la bondad, la ocurrencia, la caridad, la seducción, alardeados (no confesados) se deforman; al perder espontaneidad se hacen hipócritas, intolerables (yo le pregunté — yo le contesté — yo le obsequié — yo fui a su tumba — yo le busqué).

La sagacidad que por momentos tiene para descubrir los rasgos de los otros, desaparece cuando tiene o tendría que inventar, decir algo, algo nunca oído, nunca leído, aunque fuera una cosa sabida por todos. Es que ya no tiene asombro para sus asuntos; sabe que alguien antes, acertadamente, lo ha dicho, lo ha establecido; entonces transcribe cita tras cita, el pensamiento de un inglés, de un francés, porque es honesto remitirse a las fuentes, y porque además, la información arrastra un poderoso prestigio, y es ésta una tierra de deudores, de agradecidos. Por eso le queda admirar, envidiar o comprender. Sin embargo, cuando se refiere a sus amigos, no puede revelar el encanto, la difícil circulación, eso de Valéry, de Emily. Esperamos constantemente que el secreto sea revelado, pero no, no lo precisará. La que dice es retórica o la nota *délicieuse* de un té, de una despedida. Pero la ruda confesión, el rencor, la alegría, los términos molestos, etc., etc., no aparecen. Así nos defrauda una y otra vez. Apenas nos deja entrever el parecido fisionómico de la persona de quien habla, el gesto fugaz que puede parecer inteligente, la cortesía. Creemos que debe poseer pormenores fatales al contacto increíble de esas vidas, la dolorosa observación personal, la duda, el secreto personal. Pero calla; no sé si por avaricia, piedad o vergüenza. Quizá para anonadarnos algún día con algún *diario* desnudo y aterrador. Pero ahora nos estafa ¿qué clase de testimonios son éstos? Sólo nos asevera la curiosidad, sin crear un conflicto poético lleno de reconditos, de velaciones, sin mentiras y sin verdades. Simplemente enumera, ligeramente, y nos abandona satisfecha. No podemos menos de lamentar tanta experiencia desperdiciada (*Las impresiones de Nuremberg* es uno de los testimonios más

hermosos), tantas rosas marchitas sin documento, tanta bruma de Londres o sol de Capri incontaminados de su verdadero pecado, de su afirmación concluyente, solamente entreverada con su personificación (yo-yo-yo. Mi-mi-mi).

Porque V. O. no descubre sino que verifica sus gustos largamente cultivados; no crea sino que se identifica con las ya determinadas cosas perdurables en un cerciorarse constante, no lanzada a la verdadera vida espiritual (que en muchos sentidos es soledad) sino a la sociedad de la gente espiritual. Es una búsqueda para afirmarse, para comprobarse, para adquirirse.

Sí, nos solaza, porque nos halaga, pero no nos inunda en el santo temor de la vida, en la alta seriedad de las cosas.

Es que V. O. está condenada a admirar, a identificarse. Y está condenada a superar ese impedimento con su vida. Sus escritos serán confesiones veladas, una especial aventura llena de limitaciones, de pudores y de la vieja vanidad; logra reirse de ella misma, sobrando a los demás, creyente que ha perdido la candidez, venerando aun el pecado, divirtiéndose con su recuerdo. Se mira y se pronuncia sin la desesperación por la vejez, por la enfermedad, por la muerte. Las acepta y las ignora. Pero todo es artificio: la muerte clama, la vejez perdura, la enfermedad acecha. Ha confeccionado de su vida un testimonio que es ficción, que es arrebatado, que es riqueza, que es sexo. Porque quiere manipular su siglo y no sabiendo cómo manejar este apetito, que se transforma en demasiado peligroso (no quiere perderse, no quiere determinar a qué círculo infernal pertenece: el de Francesca es demasiado blando, el de Beatrice estremadamente duro), trata de sublimarlo para conseguirse purificada, construyendo morosamente el mito de la curiosidad espiritual. Inútil y cándida fantasía que no logra cubrirla, ya que su vitalidad es demasiado vasta. Así la recordamos en los momentos que esta vitalidad la invade y la vence (derramando su femineidad oculta tras la carta a Güiraldes; cuando niega y desprecia a Keyserling, su femineidad revelándose; cuando evoca a García Lorca, su femineidad incitando al silencio; arrojada a los pies de Tagore con su abrumadora juventud; cuando oculta su avidez tras el nombre de un santo (Gandhi), o de un muerto (Lawrence); cuando insiste en su timidez o en su rebeldía; cuando camina por las trágicas calles de una ciudad destruida sintiendo la presencia ofensiva de sus medias de nylon; cuando recupera su hambre y abriendo el escote imita a Simonetta Vespucci, alimentando las viboritas del cuello que ahora son collares). Porque sabe que nada queda invulnerable (los amados han muerto o se han ido, y es inútil compartir la muerte o la distancia), que la vida es atrevimiento, equivocación, azar. Que la vida es competir hazaña tras hazaña, aunque sea repetirse constantemente, aunque sea fraguarse o testimoniarse. La vida es gloria. Uso cotidiano del cuerpo. Y es entonces cuando se acierta, cuando existe.

ADELAIDA GIGLI

Manuel Gálvez y el Sainete Histórico

La clave del método histórico que Gálvez usa en su ciclo de biografías se encuentra implícito en sus primeras novelas. "Vida de Yrigoyen, el hombre del misterio" de 1936 nos remite a "La maestra normal" de 1914, ambos libros —los más representativos de este autor— se relacionan y complementan mutuamente.

En "La maestra normal" Gálvez muestra la vida de una ciudad de provincia en la que nunca sucede nada, pero en la que todo —el constante estado de excitación, de vehemencia de sus personajes (ellos mismos se llaman "desaforados")— da la ilusoria apariencia de que algo está pasando o va a pasar en cualquier momento, de que las cosas no pueden seguir así. Basta montar la escenografía de los grandes

acontecimientos: conspiración, reuniones secretas, rumores que se propalan en cadena, alarmas, anónimos, sumarios, manifestaciones, mítines, manifiestos, discursos exaltados, boletines extras, inspectores que llegan de Buenos Aires, espionaje y hasta una "revolucioncita" (*) que por supuesto fracasa, para que se tenga la exacta apariencia de que se está viviendo un gran acontecimiento. La falsa alarma no es sino el deseo, conciente o no, de que pase algo, y constituye un sucedáneo de la aventura que no llega. El rumor tiene sus

(*) Resulta muy sintomático que ese absurdo diminutivo se haya empleado creo que por primera vez, en una novela argentina.

razones históricas que la historia no comprende. Ni los personajes ni el propio autor encuentran la realidad por ninguna parte, y la inventan; pero lo que hacen es crear costumbres y no vida. La historia de los personajes de Gálvez (en sus novelas o en sus biografías) consiste precisamente en la carencia de historia, en el deseo de tener una historia. En una ciudad de provincia donde más difícil es hacer el mal, porque las posibilidades de secreto son casi imposibles, y donde existe en cambio una infinita capacidad para inventar, para imaginar el mal, para encontrarlo grabado en el rostro de un vecino, de un prójimo. Basta tan sólo un pensamiento esbozado a medias, una frase que no se termina y que se irá redondeando, solidificando hasta adquirir la dureza de una piedra que rebota de rostro en rostro, de boca en boca, de espíritu en espíritu. Pero ¿en qué consiste el mal que se pretende denunciar? No se sabe, nadie lo sabe. El inspector no encuentra más que una vulgar pelea entre mujeres y una aventurilla amorosa a la que en Buenos Aires nadie daría importancia. En realidad a nadie le importa que Raselda se acueste con Solís o que la Regente sea la amante del Director; esos episodios no son sino una excusa, un pretexto para que estalle el malestar oculto, para que se revuelva el avispero. Allí donde nada hay, cada uno puede ver lo que quiere con absoluta libertad. Así el viejo don Molina está convencido de que la política —palabra clave para él— mueve los hilos en el escándalo de la Escuela Normal. Un maestro liberal, por su parte, aprovecha la ocasión para echarle las culpas al clero. Doña Crispula, la matrona, se limita en cambio a acusar a las Gancedo, las chismosas del pueblo. Influenciado por sus personajes, el propio autor, Manuel Gálvez, se atreve a dar su opinión sobre el asunto y acusa a la escuela laica, aunque muy veladamente, claro está, pues como buen escritor realista pretende pasar por objetivo e imparcial. Cada uno aprovecha la ocasión para expresar su odio más íntimo, hay piedra libre: la pedagogía cientificista, el oscurantismo clerical, la masonería, la politiquería, la chismografía provinciana, el rufianismo, la depravación de la época, las costumbres de la babilónica Capital, el clima tropical. Una vez puesto en movimiento, el aparato acusador marcha solo: los hombres o Dios, la fatalidad o la libertad, las ideas o los intereses, los individuos o las masas, el gobierno o la oposición, todo puede servir en última instancia de culpable. De esta manera se entra en una cadena en la que cada uno acusa a los demás y a su vez es acusado por todos lográndose una complicidad colectiva por un muerto que en realidad no existe. El chisme, esa extraña forma que adquiere la solidaridad entre los habitantes de un conventillo, es el único lazo humano que alcanza a ligar a esos seres abandonados y perdidos en el seno de una sociedad fundada sobre la soledad y el egoísmo.

La investigación histórica de Gálvez está regida por esa clase de resortes clandestinos: la curiosidad mundana, el espionaje policial, el enrejado del confesionario, el ojo de la cerradura del personal de servicio, la persiana entornada de la casa de familia, todo ese folklore, en fin, que recopilan las matronas de provincia en las reuniones dominicales. Esa es la actitud en que sorprendemos a Gálvez cuando asegura en "Vida de Yrigoyen" que el padre de Alem no era un asesino, porque alguien le dijo haber oído decir a una viejita unitaria, que era un hombre de buenos sentimientos. O cuando juzga como cualquier vecino de visita la calidad moral de la familia Alem por el piano inglés, el marco dorado de los espejos o los utensilios de plata.

El sentido del método histórico de Gálvez, es precisamente la negación de toda historia. Para Gálvez, que en esto resume una posición antihistoricista muy arraigada entre los argentinos, no hay fuerzas abstractas que trabajen para hacer la historia, ni fuerzas espirituales como creen los académicos, ni fuerzas económicas como sostienen los marxistas. Los más grandes acontecimientos colectivos pueden interpretarse por las más mínimas iniciativas privadas. Gálvez no

hace historia propiamente dicha sino calendario, una historia al menudeo, como la de los textos escolares que explican la Revolución Francesa por el collar de María Antonieta o la guerra del 14 por el asesinato del archiduque. Al describir la revolución del 30; por ejemplo, Gálvez apenas si menciona el sospechoso olor a petróleo que inunda la atmósfera, para detenerse en cambio en detalles circunstanciales como la chochez de Yrigoyen, su secuestro en la Casa Rosada, el tráfico de empleos, la amansadora, el Klan Radical, los carruseles. Se ha dejado atrapar por las coartadas de los revolucionarios y confunde sus excusas con sus motivos verdaderos.

A pesar de que toda la obra histórica de Gálvez gira alrededor de las absorbentes figuras de los caudillos populares, en su mundo no hay lugar para los héroes a lo Carlyle, a lo Emerson, a lo Nietzsche, para las individualidades prodigiosas capaces de modificar el curso de la historia imponiéndole su propia ley. Al suprimir los factores históricos y sociales que condicionan la acción de los hombres, todo se explica por los más mínimos detalles, por nada. Aun el largo de la nariz de Cleopatra o la estatura de Napoleón, deben parecerle a Gálvez sucesos demasiado trascendentales. Sólo hay pequeños hombres que unidos a insignificantes casualidades producen los grandes acontecimientos. Gálvez nos muestra los entretelones del azar y el secreto de la intimidad de los grandes hombres que nunca son grandes para su valet. Su mirada de historiador no ve más allá que el ojo de un valet. Ni el pueblo que cree en los grandes hombres, ni el intelectual que cree en las Ideas, en los Sistemas, alcanzan a ver las relaciones, porque las causas no tienen ninguna proporción directa con el efecto, los caminos son intrincados y las huellas confusas. Como dice la escéptica sabiduría popular, es la ocasión la que hace al ladrón. Todos son por lo tanto inocentes, nadie puede hacerse responsable de la casualidad, nadie obra con conocimiento de causa ni deliberadamente, lo cual no impide, no obstante, que todos sean juzgados de acuerdo a los más elementales esquemas morales: buenos y malos, fieles y traidores, valientes y cobardes, virtuosos y depravados, blancos y negros. El realismo de Gálvez como todo realismo de tipo ayuda de cámara, no es consecuente ni coherente consigo mismo, no es sistemático, ya que cuando así le conviene abandona su cínico escepticismo y se pasa sin avisar al campo del idealismo moral utilizando subrepticamente su terminología. La moral de Gálvez es al fin "casuística" de confesor jesuita. No en vano se estudia en el Salvador.

Otra circunstancia de la vida privada de Gálvez, tal vez explique la elección de su sistema novelístico y de su sistema histórico: fué durante treinta años inspector de escuelas (el asunto de "La maestra normal" ha sido directamente extraído de la realidad) y su cosmovisión corresponde a la de cierta clase de funcionarios públicos que tienen a su cargo inquisiciones de toda índole: jefes de policía, jueces de instrucción, interventores, inspectores. Cada hombre ve la historia desde la perspectiva de su propia profesión. El inspector sentado a su mesa hojea los expedientes, los documentos, el prontuario que contiene entre exageraciones y mentiras todo lo que hace falta saber sobre la vida de un hombre: su infancia, sus enfermedades, sus debilidades, sus odios, su crónica, sus ambiciones, el vicio secreto para el cual lucha. Se mezclan bien las cartas y surge el acontecimiento histórico. Se llega siempre a una interpretación puramente individualista, psicológica e irracional: la historia no es un sistema o sea una totalidad en la que cada una de sus partes esté apoyada en las demás y ninguna pueda separarse de su contexto, sino una serie yuxtapuesta de acontecimientos sin sentido producidos por individuos aislados entre sí. En una historia así, en la que no sólo queda excluido el progreso sino también la continuidad, las nociones de revolución y reacción pierden todo sentido. No puede haber sino motines, revueltas que no cambian nada. Un partido sustituye a otro, una clase sucede a la otra, un hombre eclipsa a otro y todo

sigue igual. De ahí que los escándalos de la Escuela Normal (en "La maestra normal") o el cuartelazo de Uriburu (véase "Hombres en soledad") adquieran el carácter de un divertido y frívolo espectáculo. En septiembre de 1930, los pseudorrevolucionarios conscientes de que están realizando un gesto y no un acto, y de que su único papel es mostrarse, sonríen a los fotógrafos y saludan desde las capotas de los carruajes. En tanto que desde los balcones convertidos en palcos, el pueblo observa con largavistas el pintoresco desfile por la avenida de Mayo, aplaudiendo y arrojando flores como en el teatro. Nada de lo que se haga tiene verdadera seriedad, verdadera importancia, porque todo es equivalente: para el iniciado, todos los políticos, aun los más opuestos entre sí, tienen un sospechoso aire de familia. Cuando se encuentran sus miradas, se guiñan el ojo. Gálvez muestra en su "Yrigoyen" al jefe del conservadorismo Pellegrini y al jefe del radicalismo Yrigoyen hablando amablemente, mientras pasean a caballo, de la revolución que los radicales van a hacer para derrocar a los conservadores.

Así es la historia argentina según Gálvez. No es por supuesto la verdadera historia argentina, pero es la historia vista por un argentino. En este sentido y sólo en éste su obra resulta verdadera. El argentino mira a la historia —como miró la revolución del 30— desde la vereda de enfrente, tras los vidrios de una ventana, acodado en un balcón, semioculto en las sombras de un zaguán o parado en una esquina, indiferente y un poco aburrido siempre. No cree pertenecer a la historia y no participa de ella sino indeliberadamente. La visión impersonal, la mirada pura, iguala todas las situaciones, no las toma más que en la indiferencia de sus diferencias y excluye toda predilección. Esa actitud objetiva e imparcial que pretende no tener con el mundo otra relación que la de la contemplación pura, fuera del tiempo, lejos de los hombres, cerca de Dios, ya la conocemos, es la de todo escritor realista. Sin embargo, el realismo de Gálvez no es tan sólo, como se pretende, una degeneración argentina de la escuela de Zola —si así fuera no nos interesaría, como no nos interesa todo el realismo social de neto corte europeo del grupo Boedo— sino que además de la deuda innegable que tiene con el naturalismo francés, su literatura está estrechamente emparentada con el sainete porteño, lo que la

vuelve una expresión sumamente original y auténtica. No nos extrañe que un arte tan irresponsable y gratuito pueda tener algún punto de contacto con el espíritu de seriedad de la literatura realista: el realista trata de imitar la realidad, pero la imitación implica siempre una parte de parodia, de burla, de caricatura. La imitación es al fin el arte del mimo, del bufo, del machietista. Por eso las novelas y las biografías de Gálvez que pretenden describir al pie de la letra la realidad argentina resultan cómicas (comicidad que es también notable en algunas novelas de Zola y que constituye su mayor interés literario), cómicas tan sólo, pero no humorísticas, porque el ingenuo espíritu de seriedad del realismo le impide llegar a la burla deliberada del sainete. El sainete no es un reflejo de la realidad argentina, ni la realidad argentina es un reflejo del sainete, pero lo cierto es que ambos se comunican, se influyen mutuamente. Hasta no hace mucho, las compañías de revistas cómicas lograban sus mayores éxitos parodiando a los políticos de actualidad, los cuales asistían a las representaciones desde un palco *avant-scène* y después parecían complacerse en imitar con sus palabras, sus gestos y sus actitudes desmesuradas, a los cómicos de las compañías de revistas.

Para quien está verdaderamente comprometido en la historia, para quien está tan hundido en la vida que no puede ver el papel ridículo que a veces hace o el mal que el más bello de sus gestos puede provocar, la historia es un drama. Pero para quien ve a los hombres gesticulando detrás de un cristal sin oír lo que dicen, todo le parece una comedia. La actitud cómica se reduce, como la actitud realista, a contemplar, y la contemplación es un juju; por lo tanto la comicidad es una expresión de la clase burguesa. Como ya lo ha dicho Ortega, la comedia es el género literario que corresponde a los partidos conservadores. Por eso aun en sus momentos de arrebatos revolucionarios, la literatura realista de Manuel Gálvez no ha hecho sino servir a los intereses de esa clase, positivista, pedestre, escéptica ante todo ideal, ante cualquier revolución, esa clase que ha elegido ver la historia como un sainete y que recorriendo el telón que separa lo sublime de lo ridículo, convierte en un grotesco toda actitud heroica, y hace de todo héroe un bufón.

JUAN JOSE SEBRELI

Inteligencia y barbarie

El intelectual argentino es negativo porque su postura inteligente surge como de un control de la vida, como una defensa contra el miedo original de vivir. De las dos maneras de superar este hecho animal de vivir —la sublimación en el espíritu o el control inteligente de la vida—, el intelectual opta por la inteligencia.

Gana así en superficie lo que pierde en profundidad. La inteligencia es más simple, más reducida y más elemental que el espíritu porque sus valores son relativos. Mientras el espíritu implica afirmación, fe, valores absolutos, aceptación de la realidad; la inteligencia, en cambio, supone negación y rechazo de la realidad en nombre de valores relativos estrictamente personales. La inteligencia no es universal, sino individual. No hay nada más humano que ella, pero, también, nada más mezquino. Su mezquindad estriba en que mide, y toda mensuración implica una liquidación de grandes partes de la realidad. El intelectual no ve la realidad. A lo más supone alguna de sus partes, la acepta y deduce el resto, precisamente la que más conviene a su afán de dominio. Y es que el intelectual mide y descuartiza para dominar, si no, para matar. El afán de medirlo todo no va muy lejos del de matar cualquier vestigio de anormalidad, o sea de vida, en las cosas. El intelectual sepulta la vida en una realidad simplificada y construida por él mismo. Por eso no es nunca un realista, aunque esté convencido de serlo.

Más aún. Desde el punto de vista de la vida, el intelecto es

la polarización de la vida en dimensión, de lo más primario, de lo elemental, de lo más dominable, perfectible y controlable o sea que participa de lo pétreo, de la porción de vida que roza a la forma, al universo lleno de piedra, espacio y leyes implacables. De ahí que el intelectual sea implacable y monótono. Hay monotonía cuando no hay acontecer y hay implacabilidad cuando se cumplen leyes. Y el intelectual es implacable y monótono porque vive de axiomas y de una moralidad descarnada.

Es un suicida acobardado. Teme eliminarse físicamente, se pasa al bando contrario y elimina la vida en función de la piedra. Y todo ello porque se siente inseguro. En América se es intelectual por un miedo original de ser barrido del mundo con demasiada premura. Entonces se exageran los axiomas y por ende se juzga en nombre de leyes que resultan siempre favorables al juez. Es el margen de libertad que nos brinda América. Podemos decirlo todo: al fin y al cabo nada se sabe de ella. Es un campo fecundo para cualquier monstruosidad intelectual: después de todo, nada quedará fuera de América misma.

Este presentimiento hace que sea demoleatoriamente agresivo cuando la vida plantea un exabrupto. Demuele entonces concienzudamente a éste, hasta encontrar al fin la distancia que media entre el axioma y la vida. Por eso nunca reconstruye. Cree haber alcanzado una quietud y una universalidad de estricto uso personal. Reconstruir significa, por

otra parte, suprimirse como persona. Pero esto ya pertenece al espíritu, a los valores, a la fe de orden religioso o político. No obstante, se cree íntegro y pleno, porque supone estar cumpliendo con la oscura tendencia de la vida al orden. El intelectual está así en armonía con su conciencia, se siente íntegro aunque sea un arbitrario y un suicida.

Pero nosotros somos arbitrarios y suicidas en América, porque ella es todo aquello que más se opone a la inteligencia. Por ello lo intelectual es apenas un débil barniz. La empujada plenitud y seguridad del intelectual argentino se debe exclusivamente a que lo intelectual es la forma con que un hombre puede alcanzar la integridad en cualquier lugar del mundo. Su autosuficiencia lo compensa de su plenitud gratuita, ya que principios en que refugiar su plenitud, abundan en cualquier parte.

Sólo en una parte es auténtico el intelectual, y ella es Europa. En ella coordina la conciencia con la integridad pero por vía natural. Allí se trata de aclarar el mundo interior en las normas, de las que nosotros en cambio carecemos. Por otra parte existe allí un repliegue irremediable del individuo sobre sí mismo que no encuentra otra salida que en la fórmula inteligente y simplificada. El intelectual es la consecuencia de un proceso milenar de creación de un mundo abstracto y tiene por misión coordinar la vida con ese mundo. Si esto no es posible, debe destruirla, desdibujarla para que la cultura se mantenga en pie. La inteligencia tiene una labor de conexión, de entrelazamiento entre el individuo y un todo social, con el fin de que aquél no se hunda en lo opuesto, en la anticultura, en lo antiabstracto o sea en la negación de la vana superestructura intelectual que es hoy el espíritu occidental.

Por otra parte, la postura intelectual es fácil de mantener, porque ese mundo que ha creado, es el remiendo a un proceso vital que ha concluido hace tiempo. El intelectual de occidente ha alcanzado su pétrea universalidad a través de un agotamiento de la vida y, por eso, sólo le resta ahora esa actitud del viejo vecino que ha corrido mundo y que ya está de vuelta —el existencialismo es ese retorno, es el análisis de una sabia vejez que ya aprende a morir.

La diferencia entre nuestro intelectual y el europeo estriba en que el nuestro es más arbitrario y aquél lo es menos y además —y esto es fundamental— el nuestro es radicalmente anacrónico, porque no hay que conectar ninguna clase de totalidad con individuo alguno. El intelectual argentino es un desarraigado porque carece de misión. Esto lo torna hondamente trágico, ya que la única manera de salvar su inutilidad estriba en arremeter contra la vida que le brinda el continente. Ya no se trata de conectar partes de un todo orgánico —carecemos de toda cultura—, sino de defender la propia individualidad, para crearle un lugar en el mundo americano. El ser intelectual en la Argentina pertenece, por hoy, al plano del arbitrio.

Y, porque América no puede ser aún objeto de inteligencia sino de acción o sea de actitudes vitales, nuestro intelectual opone a esta vida, el sentimiento de un nirvana, alimentado en la visión de una falsa Europa universal y eterna que supone lograda por el esfuerzo de una inteligencia consciente —cuando en verdad fué inconsciente— a través de los siglos y en el que mezcla ingenuamente cierta moralidad burguesa y elemental del siglo XIX, que allí, en Occidente, ya se había superado —si bien subterráneamente— hace tiempo. ¿Qué es, sino una moral mal entendida, la que nos escandaliza cuando oímos hablar de Facundo Quiroga sin la consabida aclaración política? ¿el criterio seguido por Sarmiento, Alberdi, Malles, Martínez Estrada, Guglielmini, Canal Feijóo, no consiste, acaso, —en uno, en mayor grado que en otro— en juzgar nuestra realidad pasada y presente en función de este divorcio elemental entre un luminoso bien —que nunca se concreta si no dentro del ethos de una nacionalidad arbitraria que varía de un autor en otro— y el tenebroso mal de una vida vivida demasiado

libremente y lamentablemente demasiado próxima? ¿De dónde proviene este hecho de que nuestro intelectual sea un puritano y que por lo tanto se coloque en una postura absolutamente inhumana, por la que suprime, pero no revive o juzga, pero no comprende? ¿Tendrá la culpa nuestro "desierto", barrido por las modas y las posturas de todo género, que procuramos poblar con todo lo que es más extraño a él, con el fin de oponer una barrera angustiosa a lo americano que, sin embargo, se instila a través de sus límites?

La vitalidad del continente provoca en la íntima conciencia del intelectual el sentimiento de una perpetua e irremediable traición a la vida y hace que nuestra intelectualidad sea un arrinconamiento, un confinamiento a un extremo que la vida aún no exige. Entre lo intelectual y lo americano media cierta postura de privilegio, no exenta de resentimiento, algo así como un afán de dominio —o de comprensión— que no llegó a realizarse, por falta de fe o incapacidad de vivir, y que por lo tanto se sublima en una postura de gigante herido que no quiere confesar que es un advenedizo. Por eso la intelectualidad que es armónica en Europa, resulta así insalvablemente enfermiza entre nosotros. Nuestro intelectual es un enfermo obstinado y porque es obstinado es monótono e implacable.

Encuentra a América porque reacciona ante ella, mas no la comprende. La prueba está en que nuestra historia intelectual refleja la infinita monotonía de lo intelectual —esa eternidad pétrea que no cuenta con una realidad que la respalde—, cuyo fundamento vital es una ardua lucha emprendida contra el continente. América asoma en nuestras mejores obras —aun cuando se habla directamente de ella— sólo a raíz de una exacerbación de la sensibilidad ante una libertad que no se comprende. Por eso se habla de América en son de lucha, como queriendo, secretamente, polarizar una amenaza de vida.

Pero media en esto una razón profunda. Nuestros intelectuales se debaten contra la irracionalidad del continente no por evasión, como se ha pretendido, sino por hallarse condenados a una actitud intelectual anacrónica, que no tiene más remedio que ser defendida. Lo exige nuestra raigambre ciudadana. Es la ciudad la que marca la distancia de lo otro, de lo americano, ya que nunca esto podrá ser incorporado a la ambigua estructura de aquélla. Es más. Buenos Aires nace como de una concreción geográfica de ese afán de mantener toda clase de distancia prudente frente a la vida. Y ese afán se mantiene con un ritmo insistente a través de toda la historia de nuestro intelecto, aun cuando la realidad mantenga un ritmo contrario.

A ese ritmo antagónico de la realidad se dió en la época de la generación de Mayo, la de Sarmiento, la de Alberdi, la de Ingenieros, la de Bunge y lo mantiene aún hoy en día. De esa manera se dió la postura política de la generación de Mayo —que se habrá de repetir periódicamente a través de toda nuestra historia— que consistió en utilizar sin liberarlas las fuerzas autóctonas con el fin de dar una fisonomía *ad hoc* al país. Se dió la postura intelectual de Sarmiento y de Alberdi. El primero aislando conceptualmente lo americano con el término de "barbaric", para oponerle la falsa verdad intelectual de la ciudad o sea la "civilización" y el segundo denunciando el endeble concepto que tenía de lo americano cuando propone impacientemente la sajonización de América. Se dió la postura científica encarnada en Ingenieros y Bunge que busca la expresión de lo americano en una ciencia incompleta, absorbida —con un celo falsamente ortodoxo— de Occidente, laudando así, por no decir suprimiendo, con un anacrónico materialismo dialéctico o positivismo ingenuo, el problema de existir en América como americano.

Recién con Martínez Estrada la arremetida contra lo americano se hace definitiva, porque precisamente es la liquidación de la actitud moral frente a América y la primera penetración profunda de ésta. En esta embestida nos lega

una verdad insalvable, porque viene acompañada del primer reconocimiento despiadado de que la realidad, que nos rodea, nada tiene que ver con la inteligencia y que la verdad última del continente —en el ámbito espacial de la Pampa— es dramáticamente irracional. Aquí entra a jugar su actitud intelectual en tanto revierte esa irracionalidad y la considera expresión cabal de una estructura óptica de lo argentino encuadrada en el paisaje pampeano y que sintetiza en el concepto de "séptima soledad". Suprime de esta manera a priori todo el trasfondo bárbaro y vital de América. Si bien libera la vida en determinados pasajes de "Radiografía de la Pampa" y especialmente en "Sarmiento" —mal que le pese a los que proclaman su pesimismo—, incurre en una contradicción insalvable, aunque premeditada y por lo tanto estrictamente intelectual, y que consiste en haber dado una categoría intelectual a un elemento irracional que viene más allá del ámbito en el que concreta nuestra nacionalidad. Martínez Estrada deja como única posibilidad, aquí en la Pampa, la de una mentira social estructurada en el puro y soledoso intelecto, pero a costa de suprimir la Pampa misma, y lo hace precisamente cuando estamos viendo cómo el subsuelo vital de América socava y pone en duda la mentira intelectual que nos hemos forjado. Es que en realidad se trataba de "llevar a la conciencia" ya no la amoralidad de nuestro mundo —que lo pide M. Estrada—, sino nuestra definitiva condena a todos los supuestos males de una vida incipientemente americana.

Canal Feijóo emprende otro camino, quizá opuesto al de Martínez Estrada. Toma el reverso americano de nuestra realidad argentina, una realidad geográficamente más profunda de nuestra nacionalidad. Pero ya no se trata del progresivo y dramático avance del hombre sobre la realidad —como lo hace M. Estrada— sino de un técnico reconocimiento de ella, aunque con un rasgo profundamente positivo y es el de que atiende la tendencia a la expresión de nuestro subsuelo social. Claro que esto último se realiza también como exhumación, técnica. En un continente, en el que aun hay que solucionar un problema de existencia, la actitud científica no es más que la pantalla a través de la que poblamos con fórmulas simplificadoras —si no ingenuas— un mundo absolutamente evasivo. Con la ciencia cerramos un proceso que no hemos sido capaces de vivir. ¿Será este hecho, sin embargo, el que concede afortunadamente a la obra de Canal Feijóo un rasgo de heterodoxia científica ya que instila un factor vital en la visión absolutamente intelectual de los objetos de su ciencia? Vivimos un divorcio ingenuo y prejuicioso entre sujeto cognoscente y sujeto conocido, respaldado por el afán de lograr una jerarquía huidiza sobre lo americano. Mientras el sujeto cognoscente no surja del objeto, como una consecuencia insalvable —proceso en el que mucho tiene que ver la historia, aunque nuestros filósofos ortodoxos pretendan lo contrario— el conocimiento no deja de ser una chismografía sobre un vecino que no se conoce, llevada a la altura de pretenciosa ciencia.

La diferencia entre Canal Feijóo y Martínez Estrada soslaya, sin embargo, uno de los problemas vitales de nuestra cultura argentina. Estriba en que Canal Feijóo incorpora en su meditación una realidad más americana, mientras que la de Martínez Estrada es exclusivamente argentina y pampeana. Canal Feijóo mantiene una actitud de reconocimiento de lo americano, porque en el mundo en que se mueve hay un pasado mantenido por el hombre y, por lo tanto, hay objetos de fe. En cambio Martínez Estrada abarca un mundo dramáticamente mentiroso, sostenido solamente sobre un hieratismo egipciaco y el despotismo del individuo sumergido en el espacio, que no encuentra resistencias que partan del pasado. Va en esto la diferencia que media entre una América autóctona, con fuerzas telúricas estructuradas y una Argentina —quizá arbitrariamente— pampeana, formada en el vacío y por eso afectada por un problema hondamente existencial.

Una aparente conciliación la ofrece Eduardo Mallea en

tanto analiza una Argentina ciudadana y a través de ésta perfila un existir esencial en América, con el que crea la posibilidad teórica de un argentino americanizado, aunque demasiado abstracto, quizá, en su afán de hacerlo perfecto. Mallea sublima el intelectualismo, que había surgido como una medida de emergencia ante la vida respaldada por el continente y plantea una solución de tipo existencial en tanto proclama un vitalismo que, sin embargo, —y esto es irremediable por el plano jerárquico en que se coloca— prescindir de lo que de amoral e irracional tiene lo específicamente americano y aun cualquier vida social. El mundo forjado por él se dealiza en un plácido deber ser ético, que ladea la perpetua negación que de ese deber ser vivimos en la realidad, precisamente porque su vitalismo no es una decisión profunda y definitiva por la vida. Hay en su obra un compromiso de casta, una condena irremediable a antiguas vías de escape, un arielismo llevado a su máxima expresión que, a fuer de abstracto e ingenuamente universalista, roza los aspectos más intelectualizados y menos importantes de nuestro vivir en esta Buenos Aires de hoy en día.

Una visión menos heroica, más teórica, pero imbuída de una profunda fe, la ofrece Homero Guglielmini con su esquema estructural de nuestra existencia. Conceptos ajenos a nuestra realidad sirven, sin embargo, para expresarla, pero un prejuicio intelectual como su teoría de la Frontera obstruye nuevamente la incorporación de América por la que él mismo sin embargo aboga. Una fatalidad, quizá implícita a la inteligencia misma, suprime en nuestros intelectuales, al final del camino, la aceptación lisa y llana de lo americano.

De este modo se cierra definitivamente un ciclo de nuestra evolución cultural. El proceso iniciado en 1810 adquiere en Martínez Estrada su expresión más heroica quizá, porque encarna esa batalla final del intelectual contra una realidad que se escapa infinitamente de nuestras manos. Después de él sólo resta el reconocimiento de lo que está fuera de la ecuación simplificadora del intelecto, en el lado de la pretendida barbarie.

Porque la tesis de la barbarie sigue en pie. No hemos avanzado en un ápice desde Sarmiento. Ha desaparecido la barbarie física, la del caudillo y de la montonera, ha desaparecido el motivo de lucha, pero subsiste el terror ante un país bárbaro, la liquidación de un sentimiento de la barbarie. Para ello se han perfeccionado los instrumentos, se ha puesto más o menos sangre en las afirmaciones y se ha recurrido finalmente al axioma fácil de una aristocracia intelectual —que supera M. Estrada— con el fin recóndito de falsear individualmente una conciliación con la vida. Es más. De las afirmaciones hechas por nuestros intelectuales se desprende esta honda contradicción: mientras ellos se encaminan hacia una cultura basada en un ethos de supresión —típica de nuestra conciencia de desierto— de la "barbarie", la realidad viviente "aquí y ahora" nos demuestra que la gran masa, el hombre mestizo —se molesten o no los que afirman nuestra pretendida pureza racial— está embarcado en un pathos de reconocimiento de determinadas fuerzas y "males" que vienen del centro mismo de América, de ese margen existencial en que nuestro "desierto" linda con la vida.

¿Quiere decir esto que como intelectuales estamos fatalmente divorciados con la vida, que somos unos desarraigados y que nuestra intelectualidad es una paradoja? Y más aún ¿que la satisfacción que alcanzamos es paradójica porque somos llevados por una inteligencia cuyos axiomas y prejuicios requieren una renovación? Evidentemente, sí, porque el "desierto", que nos mantiene aislados de América, es una simple defensa, utilizada con ingenio. Argentina, era, por su configuración geográfica, el país más apto para crear una ficción social e intelectual. En él podía levantar su barrera un cierto desdén e inconfeso nacionalismo espiritual europeo —pretenciosamente universalista— con la ventaja de ser sostenido por un hieratismo de civilización de oasis, desde el que

se podía —por desplazamiento— crear una factoría espiritual en lucha contra lo hondamente americano. Pero, hoy, que intuimos que ello no era tan fácil, se nos plantea el dilema existencial de continuar una aventura formal del intelecto o dar rienda suelta a esta actitud postizamente inversa que afluye a nuestro "desierto" con ritmo creciente.

Pero hay un lastre hierático y jerárquico —creado por la barrera soledosa de nuestro "desierto" y una herencia religiosa sin religión— que nos impide lanzar por la borda este concepto de lo intelectual como vana forma, este alejamiento sistemático de la vida, esta pretenciosa vanidad de oponernos a todo exabrupto ya sea político, social, literario o meramente vital, este afán —tan exclusivamente ciudadano— de no perder la rigurosa normalidad inteligente que nos lleva tan asiduamente a la forma sin contenido, no ya en este tren de definir al país, sino en todos los órdenes de nuestra realidad; y hacerlo aunque cayésemos en esa "conaturalidad de la creación espiritual", en ese "gigantismo más o menos monstruoso" con que Canal Feijóo pretende desvirtuar a Martínez Estrada, pero que en verdad serviría mucho mejor para calificar a esta desorientación, a esta —ahora, sí— monstruosa timidez espiritual y vital que nos envuelve a todos. Hasta hemos sistematizado esta timidez. Como presentimos que aquella renovación no puede ser iniciada, porque implicaría revertir los principios mismos de nuestra existencia ciudadana, obramos de dos maneras: o reducimos el problema espiritual de América a un compromiso con tal o cual facción política o nos creamos un desconuelo expresado en una absolutamente pretenciosa soledad.

De lo primero no vale la pena hablar. Esa solución política es una solución de mediocres y de resentidos. La segunda, en cambio, es totalmente falsa. Porque ¿estará realmente solo el intelectual argentino o es ésta otra paradoja con la que pretendemos encubrir nuestro desarraigo? ¿Será que hemos superpuesto una frustración personal al país? ¿No será, también, que lo estamos atisbando a través del despojamiento de bienes que concienzudamente hemos operado en el gabinete? ¿O será la influencia de las cuatro verdades del existencialismo, como en la época de Ingenieros lo era la del materialismo dialéctico y de los motivos económicos de la evolución social y en la época de Sarmiento la del evolucionismo spenceriano? Lo cierto es que esta soledad encubre el afán de perdurar infinitamente en el resentimiento de que nada tenemos que ver, en tanto intelectuales, con América, mientras no nos resolvamos abiertamente por ella, pero más allá de las instancias morales de nuestro intelectualismo, junto a aquel hombre que en silencio —y no en soledad— mantiene el sentido oculto de América. La pretendida soledad no es más que el último reducto de una postura extraña a la tierra y un divorcio de todo lo humano que en América está buscando su expresión.

Como nos esforzamos en vivir apetencias creadas por el intelecto, nuestra soledad es sólo una postura con que jus-

tificamos nuestra formación occidental, el límite a que nos concreta la vocación por una actitud cultural de tipo europeo en que nos vemos encaminados, una modalidad para dar rienda suelta a nuestro afán de expresarnos en una tierra que —lamentablemente— no posibilita ni aun necesita de esa expresión. Estamos apenas interviniendo en una labor de acomodación del hombre al paisaje americano. El nuestro es nada más que un problema de existencia. Lo resolveremos con América y no con el intelecto, ya que para que una cultura surja es preciso vida. ¿Es que no alcanzaremos a comprender nunca que nos hemos antecedido en varios lustros a lo verdaderamente argentino, y aun a esa incorporación de lo argentino a lo americano, o sea, a aquel punto de nuestra evolución histórica en que recién habrá de darse esa coordinación entre inteligencia y vida, en la que por ahora es estéril insistir porque se terminaría negando la vida?

Por eso queda el camino abierto a los novelistas y a los poetas —pero ingenuos— es decir a todo lo "monstruoso", si lo queremos juzgar desde nuestro punto de vista intelectual. Lo monstruoso es uno de los estigmas del continente, porque sólo lo descabellado —entendido como opuesta a nuestra postura ciudadana— puede salvar ese vano límite que nos hemos impuesto y retomar a lo que está más allá del axioma inteligente, lo "invisible" de Mallea, entendido como lo ininteligible para nuestras axiomas inteligentes, lo que va más allá de la inteligencia y que sólo es comprensible con una falta absoluta de actitud, por una especie de "salto en el absurdo" o sea de fe.

Para ello debemos comprender que la moralidad intelectual, en la pura vida, no tiene sentido. América es hondamente amorala. No hay canon posible para medir su distancia de toda clase de axiomas, porque no hay axioma posible, que le venga bien, fuera del que ella misma se imponga. Y si bien el "desierto" de M. Estrada nos hizo suponer la posibilidad de una Argentina moral, evadida de América, hoy tenemos la prueba palpable de que aquéllo fué sólo una abstracción intelectual, una manera de sustraer el país a su verdadero destino, manteniéndolo en un equilibrio aparentemente dramático entre lo americano y lo europeo.

Mas su conexión con América es irremediable. La concepción de M. Estrada es la última faceta de una modalidad intelectual —la más heroica, por cuanto que ya supone una actitud más auténtica—, que el tiempo se encargará de romper. El tiempo habrá de ajustar nuestro anacronismo —o del país, si persistimos— para obligarnos a reconocer dolorosamente nuestra barbarie, aun con el riesgo de ser "invisibles" para el Occidente. ¿Y no es esto, acaso, lo que viene ocurriendo desde 1810 hasta ahora, en el presente, en el que aun jugamos el juego amargo de una seducción de la barbarie a la que logramos, no ya ceder, sino ni siquiera analizar, porque estamos de espaldas a América, inmersos, todos, en una bárbara seducción de los axiomas inteligentes?

RODOLFO KUSCH

Otros tres novelistas argentinos por orden cronológico

LEOPOLDO MARECHAL (1900)

El martinfierrismo fué un típico juego de chicos con todas sus características: propia legalidad, desprecio de los ámbitos ajenos, burla a la vez que un respeto confuso de la autoridad, afán por destrozarse muñecos y verificar sus entrañas, negación de los cartabones vigentes y su correlativo intento de instaurar uno propio, desmesura del yo, tono escatológico, el grito y la carcajada intempestivos, la reiteración en imponer una presencia, el sentimiento de la propia agilidad, de la propia novedad, incluso la jerga particular y de iniciados, etc. Elementos todos que configuran a un tiempo el saldo favorable que deja de sí ese movimiento y un particular ámbito lúdico; porque dentro de los límites del ju-

gueteo infantil, hay algo que resulta casi lateral y ambiguo, una suerte de juego que tiene visos dramáticos y desagradables: eso que los teólogos llaman "pecado solitario" y que no es sino el chiche infantil que alarma y anuncia al adulto. Ese fué el único elemento dramático que aportaron los martinfierristas: el juego oscuro, casi indescifrable, que deja de ser inofensivo e inocuo y que acarrea consigo una negación firme: un aislamiento poderoso, rencoroso, un resentimiento que trasunta frustración y que recuerda el final de la fiesta; que sugiere la vigilia febril y terca del chico que deviene adolescente. Y aquí surge *Adán Buenosayres*: esa cosa caótica que chorrea tragedia, la fea tragedia del adulto que insiste en ese juego de niño, del "hombre grande" serio y virtuoso que comete un pecado antiguo, demorado, rumia-

do, muy intenso, pero fugaz e irrepetido, inusitado, casi vergonzoso, casi ajeno, que reitera su manoseo en una melancólica impotencia, advirtiendo lúcidamente que su mundo ha muerto —aquel de su doméstica legalidad— y que ese otro en el que tiene que internarse forzosamente es repugnante y lo denuncia así, denigrándolo, ensuciándolo, negándose a cualquier contribución espiritual que parezca acatamiento o participación. Eso es *Adán Buenosayres*: el adolescente que borrona la nota adversa con un ademán semejante al jugador que desparrama los naipes: una urgente necesidad de confusión para tomarse tiempo, para esconderse un poco más, el intento torpemente violento del que quiere desbaratar un conjuro implacable y que sin retaceos voltea las piezas enemigas. Un libro sin medida, alucinantemente exagerado, desbordante de palabras y figuras, un no rotundo al equilibrio, al decoroso término medio. Un libro impudoroso, jovialmente descarado, que potencia así el desbarajuste martinfierrista con una risotada frente a las barbas y pecheras académicas. El estupendo y gigantesco mal gusto: el gusto propio, la risa del gusto plural recortado y justipreciado. El titanismo de un idioma que revienta sus cauces y los desborda otorgando sonora licitud a todo lo mostrenco y vilipendiado. Sí; a todo lo deforme; la aceptación de lo que venía de abajo y subía. La iniciación de la tercera etapa del voseo que para los modernistas era pecado y para los martinfierristas iniciales motivo para escandalizar, y que ya se impone como presencia y realidad indiscutibles, por su vigor y por su prepotencia expansiva, con su propia ley que brota de sí —autógena y autónoma— y que no requiere gambetas o escamoteos para obtener validez; el comienzo de la cabal aceptación del tango, que para los modernistas era tabú y festejo en el año 20. Y el definitivo desprendimiento de España (rigor para los del 900 y tema de discusión para los de *Martín Fierro*); la despreocupación y hasta el desconocimiento (salvo en la poesía que —curiosamente como en los Estados Unidos respecto de Inglaterra a través del imaginismo— todavía mantiene un vínculo) de lo que se hace en el teatro español y en la novela española.

Todo esto es nuestra deuda con el movimiento martinfierrista a través de su muerte y culminación que es *Adán Buenosayres*:

Fervor de Buenos Aires mágico y caótico, torpe y soez, crudo y sensible (sensiblero cuando surge el "hombre grande" para explicar, para ordenar y para justificarse un poco), a través de fatigosos y confusos mundos de madrugada, con toques surrealistas que alcanzan la sumersión del delirio, o el pintoresquismo canyengue y falaz imbricado con el aristofánico Joyce, el impacto verbal, el resentimiento (el espacio de decepción entre una juventud dinámica y una madurez rígida o —lo que es lo mismo— una juventud prometedora y una madurez lograda) y la alusión socarrona, el sobreentendido insolente distorsionándose como un Lugones arbitrario con tipos de corte expresionista (El Personaje, los Homoplumas, el Lector Standard, los Presidentes Grises) que dibujan requintes y cuerpeadas autobiográficas.

MANUEL MUJICA LAINEZ (1910)

Si los muertos tienen algún encanto, sin duda que es el de su estupenda quietud, el de su inercia definitiva y, naturalmente, el de su falta de deseos, de ambiciones, de ganas. De futuro, por lo tanto. Consecuentemente, un escritor cuyos personajes están muertos, son muertos, posee una libertad mayor para moverlos y desplazarlos (no "hacerlos vivir") y configurar con esa acción un mundo irreal. Que no es el universo del más allá, ni el limbo ni el cielo. Y mucho menos el infierno. Es el mundo irreal, donde lo facticio no es nada más que ficticio. El mundo inmejorable —no por su calidad sino porque ya está definitivamente dado— donde el autor, el escritor, es el único que tiene libertad; donde puede hacer lo que quiere porque es el único que en realidad actúa y

hace. Y donde es el único responsable. El único personaje, por lo tanto. O, mejor dicho, donde indiscutiblemente, todos, absolutamente todos los personajes son él mismo. En resumidas cuentas: que un novelista cuyos personajes son muertos, pierde su calidad objetiva para transmutarse sujeto único; es decir, que deja de hacer novela para pasar a escribir sus memorias; y si éstas participan exclusivamente de lo íntimo, sus personales confesiones.

Practica así el narcisismo literario, reiterando un gesto propio o un ademán que le es grato, pero desdeñando a la vez toda suerte de conflictos, de dramaticidad y de entusiasmo. La aventura plural, mundana o vital es relegada al plano riesgoso del mal gusto y de la realidad desordenada y comprometedora.

Mujica Láinez —teniendo en cuenta este carácter de su novelística— no desciende de Borges, sino que está vinculado a éste en la medida en que para el logro de una técnica y de un estilo no ha contado con las sucesivas etapas de una elección: diversas posibilidades, libertad de decidir, voluntad de hacerla y la consiguiente definición que una actitud de ese tipo acarrea consigo. Ser borgiano era la única posibilidad de Mujica Láinez: no quiso serlo ni se lo impuso ni sintió vocación, fué un borgiano por gravedad. Tenía que caer en eso. De ahí que no haya parentesco sino vinculación, el curioso vínculo que impone el destino, en tanto Mujica no ambicionó parecerse a Borges, sino que fué su fatalidad; lo que no significa de manera alguna que sea borgiano a pesar suyo, que le irrite o, por lo menos, lo menoscabe esa vinculación. No. En este sentido, Mujica Láinez ha sabido acatar su fatalidad, porque prefirió ser borgiano por necesidad a tener que atribuirlo a una contingencia: la necesidad involucra una totalidad, una continuidad y hasta una personalidad; lo contingente apenas hubiera sido una tentativa.

Correlativamente si Jorge Luis Borges hubiera tenido que confeccionar una novela, hubiese escrito *Los ídolos* o *La casa*, con la única diferencia de que si Manuel Mujica Láinez es un historiados frustrado, Borges es un utopista, es decir, un profeta con ambiciones. Así cuando Mujica habla de Buenos Aires no hace sino exhumar recuerdos y lecturas (lecturas de recuerdos y recuerdos de lecturas); en cambio, Borges, frente a una novela tendría que recurrir al paradigma de *Brave New World*, cuando no al de *Oceana* o de los *Gulliver's Travels*, sin que eso supusiera necesariamente una crítica de la sociedad actual y de sus inevitables imperfecciones. Porque si el Buenos Aires de Mujica está habitado por cadáveres; el de Borges, estaría poblado de monstruos.

Arte de nietos el de Manuel Mujica Láinez: sabio, desapasionado, precioso, minúsculo, puerilmente mágico; tan desvinculado del campo de batalla como del comité; arte de comentarista, de perspectiva; del que mira desde un balcón o —lo que es lo mismo— establece un matiz colocando los codos en el borde de la mesa: en ambos casos, del hombre que busca un apoyo y contempla al mundo y a las cosas consciente de que su límite es tan sólido como inmediato.

SILVINA BULLRICH (1918)

El amor sin impulso no es nada más que un pretexto: un pretexto para conversar, para jugar, para no aburrirse, para hacer algo. El impulso impone dos notas consecuentes: la correspondencia y la fusión; pero cuando estas características no se dan, permite libremente deliberar sobre ese sentimiento. Así los personajes de Silvina Bullrich: son los deliberantes del amor. Este no es un sentimiento, ni una sensación ni un problema. Y mucho menos una pasión. Es un tópico. Sobre el que sin duda alguna se puede opinar diestramente, sutilmente, sabiamente, pero al que nunca se posee. La posibilidad creadora del amor resulta aminorada a la calidad de tema sobre el que se puede razonar desapasionadamente. Se pueden advertir los matices, las sutilezas, los pro y los contra, los distinguos, las categorías, las clases y

las especies. Es el primado de lo inteligible sobre lo sensible es decir, lo verdaderamente real es sólo lo inteligible; y en este caso particular de la novelística de Silvina Bullrich, las ideas y las opiniones que se tengan sobre el amor. El resto, el deseo, las ganas, lo elemental, el sexo, los celos, la injuria, la verganza, no. No. La reflexión es válida, la práctica, no. La sabiduría sobre el *ordo amoris* la han adquirido esos personajes en la excitante práctica de la toma del té. Son sabios, porque nunca se han ejercitado en nada. Se han dedicado a pensar sobre los datos de la vida. El amor es un dato y lo quintaesencian, lo aíslan, lo piensan, lo discuten, lo analizan *in vitro*, lo abstraen. Y lo sobreentienden: la palabra amor aparece a cada rato. Pero no es nada más que una palabra que empieza con a y termina con r. Se puede deletrear el amor, dividirlo en sílabas, pasárselo de mano en mano como una pelota o bien oprimirlo entre los dedos como a una miga de pan. Pero eso ha dejado de ser amor para convertirse en un objeto. La lógica implacable lo ha anquilosado en sustantivo. Y tendría que ser un verbo. Si la pasión supone una invasión de la vida psíquica por un afecto que domina tanto la razón como la voluntad, los personajes de Silvina Bullrich son inexpugnables. Tienen toda la apatía que antiguamente se consideraba como liberación de las perturbaciones del ánimo. Ese olvido que supone lo pasional, no surge nunca en tanto constantemente esos personajes están sobre sí mismos, *contemplándose* el amor, teme-

rosos de que se les convierta en algo demasiado grande, de masiado grotesco. Y un poco ridículo.

Pero no se vaya a pensar en ningún momento que esa vigilancia es solitaria; de ninguna manera: es recíproca. La reciprocidad de los entes pasivos y muy sociales a quienes les interesa la comparación y el comentario. Pero sobre todo la comparación: no saben de su medida si no la verifican con el prójimo. De ahí toda su relatividad: hacer tal o cual cosa en función del resto, pero conservando naturalmente el sentido de la proporción. El equilibrio. La desmesura es desconocida en la medida que hay un rasero común, recíproco, que impone su legalidad. Y desconocerlo es estar *al margen de la sociedad*. Lo que equivale a salir del ámbito novelesco de Silvina Bullrich.

La *sociedad* es el universo de esta novelista: todo lo que no quepa dentro de ese ámbito, resulta absurdo, anacrónico o simplemente criminal. El grito, descartado; el crimen, increíble; el hereje, desconocido. Vivimos en el mundo de los canteros. De la urbanidad y de los modales. Nadie se atiene a una ética; se mantiene la etiqueta. Un mundo que no desdenaría ser descendiente de Marivaux: está dentro de ese arte sutilmente racional que se llama *marivaudage*: los personajes que allí viven no lloran, tienen una lágrima. Su nada no los angustia, los hastía. Ni la aniquilación ni el hundimiento; el bostezo.

DAVID VIRAS

Engañado Adanita

Siempre está próximo el milenio,
 Angeles de aduana y demonios
 alargan siempre el último paso,
 el amplio paso hasta el arcoiris.
 Las antesalas del paraíso,
 cargadas de cantidades y tormentos,
 cantos de castigados y lustradas posaderas,
 anuncian otras antesalas,
 vírgenes disciplinadas y buenos funcionarios,
 profetas y querubines,
 quemados de amor a dios y de visiones.
 Todos los cálidos, y dulces, y arrolladores cantos,
 salmos y oraciones y perros de vientres huecos,
 y órganos y predicaciones y perros de vientres huecos,
 y consoladores y amables cantos:
 la muerte de este hombre,
 rodeado por su mundo.
 Siempre está próximo el milenio,
 el próximo milenio,
 o el futuro paraíso,
 comisionando hacia la cima o el pozo
 esta matanza corretaje,
 este no ponerse del lado de este hombre,
 este avisado y profético corretaje.
 Quién ve al sol con fósforos?
 quién aboga por el cielo y quién declara
 la luz de las estrellas?
 Quién posee y es el respetable
 en el tumulto?
 Hombres vacíos en la noche clara,

ahora sabemos que el mundo fué destruido,
 Dios,
 quitado el orden y ahogado el horizonte,
 que el rebelde tuvo, sí, la culpa,
 sacando al Juez y al Arzobispo
 y el provector caldero remendado.
 Aboga por el cielo, el corretaje,
 allí presente el milenio,
 atrás o antes,
 o el próximo paso hacia el milenio.
 Los cascos o la crin del gran potro
 sobre la carne yacente,
 el árbol de la Patria,
 de la Jerusalén perdida,
 ofrendada nuevamente, prometida,
 al engañado adanita que llevamos.
 Navegando en el río, este camalote
 hacia el mar,
 o hacia las lodosas orillas de los flancos,
 inexorablemente,
 sin saber qué viento, qué corriente,
 deshecho de espera, de esperanzas,
 con su solitario vacío,
 con su pan hecho de hierro y de ceniza,
 con su lengua amarga,
 rebelándose.

ISMAEL VIRAS

CONTORNO Nº 4:

Dedicado a Ezequiel Martínez Estrada.

Responso

Si alguien llega a preguntar por mí,
le dirás: "Se fué. Pasó
despacio por aquí,
tal vez se metió en un río,
o va caminando entre botellas
y noches carcelarias,
consagrado por ropas azules,
alegres y ásperas voces de borrachos,
dormido sobre unas piedras,
o, quizá,
andando por algún zaguán,
contando las baldosas,
siguiendo la senda de las hormigas,
o descubriendo un trozo de caballo,
la grupa refulgente de un caballo,

la mancha negra y roja,
violenta como un relámpago,
de una mujer,
en la noche más oscura,
y sufre, ay, cómo sufre,
extraviado en su laberinto,
sin la Ariadna que busca
y hallará, es posible, un día,
cuando la última estrella le descubra
la frente,
entre zumos, cantos, luces,
con una sonrisa resbalando
por las manos,
y las manos abiertas sobre el pecho."

F. J. SOLÍS

La mujer: un mito porteño

Cuando el hombre intentó conocer su ubicación en el cosmos, creó los mitos. Así los mitos y la magia fueron sus primeros instrumentos para comprender al universo y dominarlo. Entre esos mitos, hay uno cuya persistencia en la época moderna y su adaptabilidad a la mentalidad del hombre civilizado le dan especialísimas características y lo hacen importante en las consideraciones sociales de hoy. Se trata del mito de la mujer, en todas las formas que, desde la mentalidad primitiva en adelante, han servido al hombre para justificar el papel que a aquélla le cupo en las distintas sociedades: la mujer símbolo de la maternidad, la mujer símbolo de la castidad, la mujer símbolo de la tentación y la lujuria, la mujer esclava al servicio del placer del hombre, la mujer dominadora del hombre y causa de su caída, etc. El predominio en el espíritu de los distintos pueblos y épocas de uno u otro de estos símbolos, hizo que la mujer terrenal viviera efectivamente representando el mito en algunos de sus aspectos, y a veces a la perfección.

Estos mitos universales se encuentran entrando en la literatura, arte, religión y filosofía de todos los pueblos, que en ellos ponen su peculiar vivencia y su mayor o menor originalidad. Buenos Aires también tiene, como los otros pueblos, su mito, que posee una forma propia y expresa una experiencia nueva, aunque en él se reconozcan aquellos viejos elementos. El porteño lo ha encontrado a través del tango y es precisamente en la mujer del tango que el argentino suele reconocer su vivencia más directa de la mujer. El tango percibe varios e inconfundibles matices de la femineidad: pureza, lujuria, fidelidad, inconstancia, es decir, la muchacha buena e ingenua que será engañada, la madre siempre acogedora, la frívola que juega con el hombre y lo abandona después. Las primeras son cantadas melancólicamente en sus frustraciones, las segundas son condenadas por la moral más rígida que encuentra en la puñalada la única cura para la virilidad herida. Notable es que el tango no haya encontrado la alternativa: o la sumisión amorosa y sacrificada al hombre o la respuesta frívola a su amor. El hombre del tango, que recuerda a la primera, pero quiere a la segunda, nos hace pensar que esos valores morales exaltados en su lirismo, no arraigan en su vida sentimental.

Este lenguaje mítico ayuda a clarificar, dentro de su

simple esquematismo, hasta qué punto para el hombre corriente de nuestro medio, y aún para el hombre culto, la relación amorosa carece de posibilidades: Cuando ubica a la mujer en dos grupos, la mujer que debe respetar y aquella con la cual su relación se proyecta basada en el engaño o la simulación, y cuando esta distinción no depende de la mayor o menor sinceridad puesta por la mujer sino de circunstancias externas, es innegable que el resultado no puede ser sino destructivo para ambos. Esta actitud del porteño y del argentino frente a la mujer, actitud que podemos caracterizar como un "aprovechar situaciones", hace que el problema femenino cobre matices propios, pues la liberación de la mujer no puede producirse mientras su relación con el hombre se cumpla en esas condiciones. Para entenderla necesitamos preguntarnos si tal actitud es peculiar del argentino o es compartida con el sudamericano o aún con los latinos y también si el factor determinante en ella es el comportamiento real de la mujer o éste es sólo el pretexto para una manifestación fundamentalmente temperamental. Y si admitimos esto último, nos resta saber hasta qué punto puede modificarse, es decir, hasta qué punto, entre nosotros, hombres y mujeres pueden aspirar a una relación que sin ser ahogada por la necesidad sexual no perezca en la otra fosa de lo convencional.

Los ambientes de baja cultura o aquellos donde los convencionalismos rigen fuertemente nos proporcionan acabados ejemplos para conocer estas modalidades, pero aún en los medios más liberales, suele suceder que bajo las apariencias de la amistad o la camaradería subsiste una valoración de la mujer no por sus valores intrínsecos sino por las formas externas de su vida o por su consecuencia con los valores convencionales y con el molde standard de la femineidad.

La consecuencia de esto es que la mujer justifica su vida en función de tal valoración, aun aquella que con su trabajo ha logrado independizarse económicamente. De ahí que el voto femenino, el divorcio proyectado, la numerosa concurrencia de mujeres a la universidad, la enorme cantidad de profesionales y de mujeres que trabajan en nuestro país no ha cambiado fundamentalmente la situación espiritual de la mujer. Más aún, la mayoría de las mujeres no es consciente de esta situación y acepta las condiciones que el ambiente le impone con absoluta naturalidad. Acepta, por ejemplo, su incapacidad

intelectual casi como condición biológica, meramente porque el esquema de la femineidad no incluye dentro de ésta como una virtud la inteligencia, y la inevitable consecuencia es que efectivamente las mujeres son incapaces intelectualmente porque, aceptado como dogma su inferioridad, no se justifica hacer el esfuerzo para superarlo. De ahí la actitud, tan típicamente femenina, de complacencia, a veces de adulación, para con el sexo opuesto, y que al hombre de nuestro medio le resulta tan cara y tan penoso renunciar a ella en el trato con aquellas mujeres que no aceptan su esencial inferioridad. Y no se piense en una contradicción ante la evidencia de que en lo mundano sea la mujer quien realiza su voluntad en muchísimos casos: es el pago generoso que da el hombre a su fundamental sometimiento. Y el ciclo se cierra: la mujer queda sentimentalmente comprometida a circunscribir su vida al mundo del capricho, la frivolidad o lo utilitario.

Quienes de las cosas captan solamente su último barniz, creen, de buena fe a veces, que la mujer ya ha adquirido independencia en nuestra sociedad y lo demuestran empíricamente: las mujeres que trabajan, estudian, actúan políticamente, son sus pruebas. Olvidan que la liberación no está en los hechos exteriores de la vida sino en las intenciones que los informan y les dan perspectiva.

Pero de todo esto se rehuye hablar. Se lo considera tema caduco, falta de interés, superado. Los hombres piensan que, en última instancia, el feminismo es un problema que atañe a las mujeres, quienes deben lograr su liberación por cuenta propia si la desean o creen no poseerla. Cuánto repercute en el conjunto de la sociedad las limitaciones que sufre el desarrollo espiritual de la mujer no es objeto de consideraciones muy detenidas por quienes creen verse libres congénitamente de tal limitación. Y sin embargo, es el hombre que aspira a una vida de relación sin retaceos y simulaciones quien se sentirá más hondamente defraudado cuando el estrecho horizonte mental de la mujer con quien conviva o a quien quiera lo circunde asfixiándolo y negándole toda verdadera comunicación.

Porque si la comunicación es comprensión, estímulo, libertad de criterio, no puede haber tal entre señor y siervo, y en la medida en que la mujer admite cualquier tipo de dependencia, deja de ser el ser autónomo requerido para que la comunicabilidad entre los individuos se establezca. La autonomía es escasamente una virtud actuante en la mujer de nuestro medio. Hay en ella una acendrada incapacidad de definirse en acuerdo consigo misma. Su carácter y su voluntad, demostradas en su capacidad de trabajo o en su tradicional consagración al hogar, no la han habilitado aún para una autonomía interior y es el prejuicio, el convencionalismo social, el temor a la opinión ajena, la imposición familiar, por absurda que sea, la que gobierna sus pensamientos más aún que sus actos. Su vida se caracteriza, cuando no está absorbida por las preocupaciones domésticas o económicas, por su vaciedad. No puede extrañar que la preocupación por el lujo o la apariencia, que caracteriza entre nosotros a grandes sectores, llegue a acentuarse notablemente en el sexo femenino, que hace de todo ese conglomerado que llamamos vivir bien, una obsesión monótona.

Pero estas facetas, hoy vividas con la inconciencia de lo natural por la mujer, no deben ser consideradas parte esencial de su ser. El convencionalismo que rige su vida, la falta de espontaneidad impuesta a sus expresiones, una educación deformadora que impide la creación de reales intereses, un matrimonio por conveniencia o rutina o por afán de estabilizar una situación social, son algunos de los elementos que conforman una modalidad y cuyo estudio desapasionado permitirá aclarar cuál es la parte que en el mito porteño de la mujer le cupo realmente a ésta. Cuando la sociedad desprejuiciadamente rompa al fin los tabús que acompañan a todas las mitologías y deslinde la responsabilidad que a cada sexo le toca en la creación de nuestros actuales modos de convivencia, habrá llegado para la mujer la posibilidad de una real liberación, que consiste, con las palabras de Victoria Ocampo, en responsabilidad absoluta de sus actos y en autorrealización sin trabas.

REGINA GIBAJA

El revólver

a Juan José Sebreli

"...Es formidable. Un pedazo de fierro y un pedazo de carne y hueso. El revólver y mi mano. Es artificial pero resulta más duro decirlo así. Sin nombres propios; una cosita de metal acá abajo: el gatillo. Se aprieta y se le corta el hilo a un tipo. A un tipo que está lejos, engrandecido y desolado con su carga de preocupaciones y sus principios macizos. Paf y se le acaba el mundo. Mejor, no lo mato a él; al revés. A él lo dejo vivo y le mato el mundo, lo que viene a resultar lo mismo. Le mato esa mano tan perfeccionada, esos dientes duros y suaves: todo. Le mato el sexo también. Sin embargo no hay que entusiasmarse; es mejor que me quede quieto y piense algo práctico y que me decida de una vez. Pero es grande, hay que aceptarlo. Ser dueño de toda la vida de ese tipo, de todo su pasado, de todos sus proyectos. Cortarlo ahí y eternizarlo para siempre. Cerrarle la llave en ese momento; como si lo matara en el baño. Se repetiría hasta el cansancio: Murió... Deplorable. Igual que Dios. Es hermosa esta cosa de acero azulado, limpia, brillante; se llama revólver. Revólver, ¿quién le habrá puesto el nombre? Un nombre que trabaja con la memoria. Hay un revólver y hay este revólver. Revólver... cuando era chico miraba una cosa y le repetía el nombre hasta el cansancio. Y pasaba algo interesante. La cosa se alejaba cada vez más, se me aguaba en la cabeza; después resultaba estúpido que un lápiz se llamara lápiz. Era una cosa larga, negra, que servía para... Este revólver sirve para matar. Matar: asusta. Sin embargo el viejo Dios no se asusta. Y esta era una diversión que ya preparaba desde la mañana en el Banco. Pensaba:

cuando llegue a casa voy a sacar el revólver del cajón de mi ropero, debajo de las camisas y lo voy a llevar al baño para estudiarlo con tranquilidad. No pasó nada desde el Banco a casa y yo tenía ese solo pensamiento en la cabeza. Pensaba: voy a sacar el revólver y acabar de una vez por todas. No aguanto más. Y reservaba el recuento de las porquerías para el final; para ahora, que estoy solo en el baño, sentado en el suelo y con la espalda en la pared, la puerta. Cerrada. Acá nadie me va a preguntar qué estoy haciendo. Un rincón para meditar... La Vieja Hembra se ha acostado para su siesta. Tira su carne blanda en el colchón y abre las piernas; lo hace mecánicamente... Descansa, floja, grasiada; no duerme, se abandona, se funde con el colchón. Es repugnante. Goza perdiéndose. Se da un merecido descanso después del trabajo de la mañana: su trabajo. Y el mío es de *Empleado* en un Banco. Los dos tenemos nuestro trabajo. Rendimos provecho. Una buena pareja. El hijo trabaja en un Banco, tiene treinta y dos años. Un hombre ya; vive con la madre. Parece que no se quiere casar todavía. La madre se conserva joven. Bah, este reflejo de los chismes está pasado de moda... Y lo aclara todo. El hijo tiene treinta y dos años y es soltero. Vive con la madre y se llevan como dos amigos. El le da parte de su sueldo; ella lo cuida y llevan la casa adelante. Una pareja noble. Resulta digno. Más aún, viéndolo de lejos o leyéndolo. Un hijo grande soltero que vive con la madre: poco novelesco. Es sospechoso. Salta que hay que leer entre líneas; un hijo degenerado y una Vieja Hembra. Degenerado: algo que fué bueno y se corrompió lentamente. Que fué buen

no: acá sí que no me reconozco. Sin embargo yo soy bueno. Bueno... otra vez repetirlo? Cansa ya. Esto viene de la manía que me ha agarrado ahora de discutirlo todo. Al final de cuentas no queda nada. Aunque me ha favorecido: voy liquidando viejos estorbos. El de la música, por ejemplo. Antes llegaba a casa y escuchaba esa noble música sería que engrandece el alma. Ahora no escucho nada o si no las bandas de swing. Es mejor esto. Se escucha y se forma una tranquila ausencia de las cosas. Por lo menos no hay que pensar que detrás de los sonidos se mueven grandes benefactores de la humanidad que van por el dolor a la alegría, ni amores frustrados, ni genios incomprendidos ni testamentarios de dolor. Lo de ahora es mejor. Se agarra y no molesta. Es ruido aislado; suelto, simplemente. Se mastica, se digiere y se olvida. Eso, no engaña. Es duro pero auténtico. Uno sigue viviendo como siempre, para siempre. Se conserva limpio. Limpio... como yo, o sucio de pensamientos. Cubierto de viejos proyectos que se pegan a la piel y que huelen a cadáver. Tienen su tiempo, es natural. Me siento astuto e ingenioso. Debe ser este revólver y este momento trascendental en que me he embarcado. Sé que es una comedia, juego la comedia de la duda y de las grandes decisiones. Y es en verdad una comedia. Y tengo miedo de llegar a jugarla en serio. Por lo pronto tengo miedo de pensar y discutir la actitud mía frente a ese pasado del domingo. Y hoy es martes y he decidido liquidar. "He decidido liquidar": qué estúpido. Sé, lo sé en el fondo de mi corazón que no voy a liquidar nada... y debería hacerlo. Juego... no puedo tomar nada en serio. Juego que le llamo Vieja Hembra a mi madre y que me asquea que se tire en la cama como una gata viscosa. Y me asquea. Yo debo conservarme lúcido, despierto, agudo. Habrá que llegar a algo más desnudo todavía. Me siento interesante, no puedo evitarlo. Estoy proyectando un crimen. Es algo casi divino: y puedo elegir a quien matar. Tengo un puñado de vidas en mi mano. Soy Dios. Matarlos... antes enterarlos. Me imagino la cara que pondrían cuando se les acabase su preciosa vida. Podría terminar ya: hoy me he agarrado con esto, parece. Es mejor que salga y que abandone el papel de aventurero. Dejar el revólver en su sitio y buscar algún programa de cine en el diario. Me gustaría ver alguna de esas películas argentinas donde toda la gente es feliz. Es bueno sentirse aplastado cuando uno se da cuenta de que es mentira. Cuántos habrá que quisieran vivir así. Ir a la pieza y charlar con la Vieja Hembra, sonreír y ser el hijo bueno y cariñoso. Esa mujer me cansa ya. Siempre habla bien de mí a todo el mundo. Prender un cigarrillo con sencillez y sentarse a fumarlo. Jugar, nada más. Y si jugando le pudiera meter una bala a ese muchachito... Es hora de decidir, comedia o no comedia. Habría que empezar de un principio. Sacar a relucir mi caso. El caso que me hará distinto y siniestro. Hay que admitir que llena; es una tortura inmensa que se le echa a uno encima y que lo chupa sin asco. Empezar... supongamos que lo contara o que lo escribiera. Habría que enterarlo al otro de todo. Salvarle los pequeños detalles técnicos: "Se trata de mi sobrino, el hijo de esa hermana mía, casada; es un muchachito de diez y siete años, se llama..." Diez y siete años, diez y nueve años, veintidós años; no más. No más grandes. Tiernos y solitarios efebos que rumian su juventud. Se ignoran, eso; tienen un cuerpo hermoso, un cuerpo sexual; desde los cabellos hasta las uñas de los pies y no lo saben, se ignoran. Usan su cuerpo como una herramienta de momento. Hay que tocarlos para que se encarnen. No tengo nada, ni he hecho nunca nada. Antes yo quería lo grande pero ahora ni sé qué es lo grande. El domingo, cuando el muchachito y yo quedamos solos en la casa: el sobrino y el tío viejo. Cuando yo me incliné sobre él me repetía: con esto líquido, con esto acabo. He esperado treinta y dos años para ponerle un sello a mi vida y ahora termino. Luego de esto renaceré en otra cosa. No hubo nada; ni siquiera repetir que fué una monstruosidad, el crimen tremendo de un degenerado. Pero resultó perfecto. Y ni siquiera

puedo arrepentirme. Hecho por los otros. Gracias a ellos soy lo que soy. Se reconocen y me hacen surgir a un lado, con el cartel pegado. Ellos clasifican. Yo estoy del otro lado: como un judío o un canceroso o un comunista. Es ridículo; yo esperaba cambiar y no conseguí nada. Sólo una cosa que ya nació muerta. Se me escapó de las manos y se incorporó discretamente a mi pasado. Ahora está ahí, inmutable, inútil por completo, fuera de mí. Y sin embargo es un acto mío y es mi pasado: qué estupidez. Casi no lo comprendo ya. Parece el pasado de otro. Es mío, sí, muchas cosas son mías: los objetos, el mundo, este cuerpo que se alarga abajo de los pensamientos, que llena un lugar y se surte a sí mismo. Limpiarlo, cuidarlo, para qué?... Quisiera creer que no pasó nada el domingo. Se descolgó el efecto del árbol y cayó en la tierra. Antes no era y ahora es. En 1910, en el Centenario la gente existía y yo no. Y luego no existiré. Qué podredumbre. Sobro por todos lados. No tengo sitio. Quisiera vomitarme, irme por la boca. Necesitaría descargarme todo por alguna parte. Aunque he sacado algo en limpio: miedo. El muchachito posee mi secreto y mi acto. Lo olvidará o lo incorporará a su archivo de las cosas negras e innombrables. A estos pequeños machos les gusta tener un aspecto de bestia salvaje y sangrienta. Mis pequeños leones. Rugen y hacen el amor despedazando. Juegan al macho cabrío. Posee mi secreto y quiero matarlo. Antes era un grato juego el mío. Un juego solitario, de todos modos. Salía del Banco y me iba a la plaza, a ver los muslos largos de los frescos animalitos. Ahora he hecho algo: lo primero efectivo en treinta y dos años. Y ahora quiero matarlo, quiero ser un asesino. Pero serlo, serlo. Colgarme un crimen al pescuezo como si me colgara una piedra negra e inmensa para toda la vida. Vivir mi crimen, saborearlo, ser mi crimen. El plan es fácil: una papa en el caño como silenciador. Lo esperaría cuando volviese del colegio, al atardecer, y entraría en la casa; no hay nadie a esa hora. No más. El no tendría miedo. Hasta gozaría pensando que yo querría repetir el experimento. Le hundiría el revólver en la barriga y paf... Milagro! Yo sería un criminal. Una cosa dura, definitiva. Ser esa bala que entra en los intestinos del chiquillo y se queda allí quieta, silenciosa; bala para siempre. Un pedacito de plomo que no necesita explicarse. Una cosa cerrada, opaca por todos lados y un rinconcito caliente para vegetar, un vientre húmedo y tibio, sintiendo el suave flujo de la sangre y la succión de las mucosas que se despegan. En medio de la vida de mi muchachito. Pero habría que ser. La bala no sabe que es bala. Estoy soñando. Lo del domingo debería escarmentarme. Yo quería una náusea aplastante, demoledora y no conseguí nada. Sólo en el final... una cosa lejana, inalcanzable. Apenas una tristeza gris en la boca. Es mejor terminar. Ni antes ni después. Yo podría decir: algo irremediable. Me he consagrado como un corruptor. Marcar fechas, enterrar mojonos. Antes y después de Cristo. Antes y después del domingo, de mi acto, de mi crimen. Bah, lo mismo de siempre. Ya quisiera tener el gusto inmundable del cigarrillo en la boca. Eso me divierte. Después de tres cigarrillos seguidos la boca queda hecha un trapo seco. Uno puede sentirla entonces. No tengo más que este promedio de existencia. Y este deseo sobado y resobado. Es inmortal: lo mato y renace. Murió el domingo y yo dije: por fin, y ahora está otra vez. Vuelve con el tiempo. Sería idiota matar al muchachito, entonces. Lo conseguí una vez y lo puedo conseguir más adelante. Lo quisiera ahora... Decido no matar. ¿Qué?... Soy un comediante. Nunca pensé en matarlo. Vine a jugar un rato. A liquidar un poco más de tiempo de este día interminable; como todos. Sé que no habría nada tampoco. Es mejor pensar que no habría nada: tengo miedo. Me meteré en un cine, después compraré el diario y me volveré a casa, a comer como un chanchito. Y el vaso entero de ginebra para poder dormirme. Mañana otra vez con mis iguales en el Banco. Ya casi los extraño. Son como yo, a pesar de todo. A la larga nos queremos. Pero re-

conozco que me han vencido. El domingo, cuando el muchachito se retorcía entre mis manos yo pensaba: "Con qué ojos los miraré mañana". Pero no hubo caso. Me vieron como siempre. Yo me aburría y ya ni me acordaba. Salir y guardar el revólver en su sitio. No sirve, me engañó por un momento.

Nada sirve, ni yo. Voy a salir. No me miraré en el espejo. No quiero empezar otra vez. Ni tratar de encontrarle un sentido a mi cuerpo. Salgo; guardaré el revólver y me iré a charlar un rato con la Vieja Hembra.

CARLOS CORREAS

De las obras y los hombres

EDUARDO MALLEA EN SU LABERINTO

Quien se postula en la novela propone vida. Por las características propias del género, la novela es un reflejo, un lanzarse hacia la vida, con odio o con amor, pero siempre volcándose en el cauce eterno y cambiante de la vida, dominada por las savias que recorren a ésta y sublimándolas en el campo expresional, con el objeto de hacer de la misma, proyección estética. Cuando *el que cuenta*, no sólo describe, sino que secciona la fluencia natural de la existencia en escolios, en islas, en vertientes, cuando se aparta de la vía principal y se demora en *proposiciones* o acepta lo narrativo como manifestación de elementos recibidos, pero no incorporados, cuando lo intelectual, sin aplicación *inteligente* —es decir, cuando lo inteligente cunde en verticalidad y, desde allí, subyuga a la vida, domeniándola con su ratio—, se aposenta en la vida, en un escarceo infinito, en un menester de interminable disquisición reflexiva, no sustentada por la *reflexión*, sino surgida de un acopio de actitudes exteriores, el novelista deja de serlo para convertirse en un mecanismo, en un instrumento monótono, más o menos interesante, pero sin vigor, más o menos hábil, pero sin esa irradiación humana, sin ese calor imprescindible que lleva a la vida a su límite, traspasándolo.

En nuestro país, donde la literatura es más una burocracia que una necesidad, un vínculo social más que una urgencia, un terreno de vanidad más que una dádiva, un acto de soberbia más que una humildad, un deslumbramiento del espejismo literario universal más que un descenso en nosotros mismos, en donde se desdeña sin comprender y en donde se choca sin combate, en donde el resentimiento se encubre bajo capas de un tratamiento de buena vecindad, en ese gesto amable hacia el prójimo, de quien hoy o mañana solicitaremos la reciprocidad de ese mismo gesto, porque no estamos seguros de lo que hacemos y necesitamos apoyarnos en los demás —porque muchas veces nos da miedo nuestra soledad, en donde la disciplina es más bien un factor negativo y la inspiración lo apetecible —ya que es un pretexto más para nuestra increíble haraganería—, porque vivimos en un caos que somos incapaces de ordenar debido a la desidia, al orgullo y a la vaniloquencia de quienes yacen en la vida, sin entenderla, sin saberla, y aun sin amarla, es bueno que haya unos pocos que se ocupen de lo que ocurre dentro, que haya unos pocos que trabajen y se multipliquen por imponer cierta armonía en el desequilibrio. Entre éstos, puede contarse a Eduardo Mallea. Y por ello, porque le asignamos un valor, lo juzgamos.

En verdad, ha trabajado. Con cariño tenaz, con una persistencia de quien ara cuando el sol recién apunta y aun insiste con el sol alto y no cesa cuando aquél se oculta. Pero su faena no ha sido la del pionero, la del que llega a desgarrar su alma en un último desprendimiento, la del que todo lo da, para, con su nada, construir una casa más celeste, más pura. En su largo discurso hay lo que le pertenece —impulso, obstinación, deseo de perennidad, oficio, creencia en el aquí, etc., y lo prestado— falso compromiso, torcida aptitud para expresarse discursivamente, incurable desprecio por todo cuanto sea *realidad*, y lecturas, muchas lecturas. (Sería interesante, entre estas últimas, establecer las líneas de relación vigentes a partir de *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926) y el silencio ulterior, concluido con *Nocturno europeo* (1935). Entre ambos, las narraciones *Sumersión*, *La causa de Jacobo Uber*, *perdida* y *La angustia*, que, con otros relatos integran *La ciudad junto al río inmóvil* (1936). Esta pausa puede ser llenada con *Our America* (ed. inglesa 1919, ed. española 1929), *The Rediscovery of America* (ed. inglesa 1929), *Radiografía de la patria* (1933), el ingreso en el cosmos lírico-realista de Thomas Wolfe —*The Web and the Rock*, *Of Time and the River*, *You Can't go Home Again*, etc., etc.—, la aprehensión de la veta profunda en Henry James, acumulada en varias de sus novelas — *The Sense of the Past* (¿es real América o Europa?), *The American*, *The Europeans*, etc.— y las fuentes laterales (inglesas, naturalmente), además de Peguy, Rimbaud, Kierkegaard y otros. Apuntamos ligeramente todo esto con atisbo de un estudio más extenso, que las disposiciones de una reseña bibliográfica, cohiben).

En suma, Eduardo Mallea ha trabajado, pero su armazón es condicional, no es autónoma en la medida necesaria como para considerársela natural. El conjunto es artificioso. Ha tendido arquitecturas, ménsulas, ha puesto cimientos que ha tratado, en lo posible, de volver secretos—, y el fruto es una obra laboriosa, pero insustantivada. La temática de Mallea no es suya, le es externa. Los personajes —esbozados a priori, sin sangre— son nebulosos, el ámbito está distorsionado por el manejo abusivo de la palabra (incluso por la manifiesta lejanía hacia el vos, al que parece temer, y que ahuyenta por medio de una enrarecida atmósfera discursiva), etc.

Una de las postreras novelas de Mallea (1), no obstante su brevedad, ahonda y subraya estos antecedentes. Concebida con ahinco, proyectada a través de un protagonista que se mantiene en silencio (en esa incomunicabilidad que nace, en este novelista, justamente, de una comprensión al revés de lo argentino, de un manejo erróneo de los instrumentos que la realidad le ofrece), porque el reino de la palabra le está, en apariencia, negado, no porque posea un defecto (lo cual, al fin y al cabo, sería más humano), sino por una imposibilidad de expresión esencial, por un anhelo monstruoso de encerrarse en sí mismo, Chaves transita a lo largo de las cien páginas que lo clausuran, con la fatiga de un fantasma cargado de cadenas, desprendido de su tierra, frecuentando un mundo ideal, donde sólo vibra el murmullo, la incompreensión, la brutalidad de los hombres, mientras él se esfuma, auto-recreándose, en ese cruento valle silencioso. En esta novela, Mallea lleva a su esfera más absoluta lo que había propuesto en todos sus libros anteriores, sin disponer una salida o incitar a un camino nuevo. Por otra parte, la obra se resiente de términos insidiosos —de los que recordamos, por ejemplo, esos "restos cibales" de pág. 23—, en un manipuleo reiterativo de la frase, en una morosidad que termina por aburrir, en un apartamiento especioso e inútil del orbe del lector.

Resumiendo, un libro frustrado por exceso de subjetivismo, una repetición de cosas ya dichas, una práctica de constante distanciamiento respecto de la vida yacente en el dintorno, un escape de la época que vivimos, petrificación en la tarea de un escritor. Tal es el saldo que arroja la lectura de *Chaves*.

F. J. SOLERO

(1) Eduardo Mallea, *Chaves*, Buenos Aires, Losada, 1953.

ONETTI: UN NOVELISTA QUE SE DESPIDE

La técnica, dice Spengler, es una táctica. Es decir, una suma de recursos que se instrumentalizan y que adquieren valor cuando tienen una finalidad, un verdadero y profundo destino. Y estar *destinado* es tener sentido, cargar con un sentido o —por lo menos— buscarlo fréneticamente, con desesperación, interrogándose y ratificándose, *confrontándose* consigo mismo y con la vida, porque de lo contrario, la técnica se reduce a medio, a su empleo y no a su dirección, en tanto aquella no es finalidad sino supuesto y la mayoría de las veces hasta se confunde con el repertorio de los actos naturales.

En la última novela de Juan Carlos Onetti —*Los adioses*—, su dominio técnico (ya puesto de manifiesto en *El pozo*, en *Tierra de nadie*, en *La vida breve*) es tan seductor que el lector se deja atraer por el perfecto ensamblado de los engranajes, por la tácita eficacia de esas ruedas que giran en silencio, tan domesticadas en su movimiento que se da únicamente en relación a sus ejes, a sus pivotes. Accionan sin libertad, sin alternativas, sin posibilidad de decisión, sin verdadera realización. Todo el juego de esta novela está —por lo tanto— perfectamente determinado y la libertad se da fraccionada o tramposa: la llamada "libertad interior", la supuesta "libertad profunda". En fin, esa libertad emboscada que permite gritar "libertad" debajo de las cobijas o asegurar apasionadamente que "uno hace lo que quiere en su casa". O lo que es lo mismo, desplegar la acedada, silenciosa e injustificada libertad de una rueda. Del que se despide y dice "adiós", pero que al comenzar su marcha advierte que está prisionero de ese atractivo y mentiroso eje que es la técnica-técnica.

D. V.

Denuncias sin testigo

Vocos, la lupa y el viejo mundo

Desde "Insula" (Nº 99) Vocos Lescano explica al lector español la significación del "voseo" dentro de nuestra literatura. La introducción del "vos" en el habla argentina. Dice Vocos Lescano: "A la verdad que esto puede resultar extraño a un español pero para nosotros constituye sencillamente un mérito". Un mérito "el uso felicísimo que Murena hace del pronombre "vos" de esa forma de tratamiento tan peculiar y especialísima que es el tuteo porteño". Porque "en razón de la fuerza que tiene la adopción de ese tuteo exige una medida y un control que muy pocos consiguen establecer, lo cual perjudica y empobrece notablemente la expresión, cuando no la degenera por completo".

¿Entendimos bien, Vocos Lescano? ¿Uso "felicísimo" del pronombre "vos"? ¿Fuerza del "tuteo"? ¿Nada más que fuerza? ¿"Medida y control" del voseo? ¿Entre quiénes? ¿Entre nosotros? ¿El uso indebido del voseo degenera la expresión? ¿Degenera? ¿Puede hacerlo?

No, Vocos Lescano, el voseo no puede "degenerar" nuestra expresión. Para poder hacerlo tendría que estar fuera de ella, una suerte de exclusión de la que no tiene sentido hablar. Porque el voseo, Vocos Lescano, está tan adentro de la manera de expresarse del argentino, que es la misma, la propia expresión. No la expresión algo cerrado que hay que cuidar, que hay que adobar, y el voseo lo que está afuera forcejeando, pidiendo permiso. No el voseo usado con eficacia y buen sentido en una obra literaria. No el voseo evolucionando hacia la expresión como el virus hacia la vacuna. No, porque voseo y expresión verbal del argentino son la misma cosa. Da vergüenza tener que decirlo, Vocos Lescano. El uso del voseo no puede ser "discriminativo", Vocos Lescano, porque para que algo sea susceptible de serlo tiene que ser objeto discriminado de un sujeto discriminador, que existir una distancia entre la parte activa y la parte pasiva, un hueco que ni por mínimo existe entre el habla del argentino —¡que -es- la- que -emplea- el -escritor- argentino!— y el voseo. Una dicotomía que para que existiera habría que inventarla. Porque el voseo es "en" nuestra habla como la libertad es "en" el hombre. (Valga la comparación). La libertad no le viene al hombre, ni el hombre la puede usar, empujar, atraer, desprenderse, dignificar, controlar, ni medir. La libertad "es" todo el hombre y no hay otra alternativa. Como el voseo "es" nuestra expresión. No uso "indiscriminativo", ni "tratamiento peculiar y especialísimo", ni fuerza a la que se debe atender. Voseo a una con nuestra expresión, como una fruta imposible de morder sin morder el propio carozo, Vocos Lescano. El voseo es el modo del habla argentina como la libertad es el modo del hombre. Y al hombre le puede pesar la libertad pero no veo por qué al argentino le pueda pesar el voseo. El "tú" en la Argentina lo emplea el español, o algún visitante sudamericano o algún afectado. Algún viejo profesor que quiere escapar al tiempo destructivo, que no puede establecer un lugar, una distancia por lo que verdaderamente es: un caso de transferencia. O el ingenuo que cree que el "tú" confiere tono, categoría cultural. Es muy simple Vocos Lescano y el asunto no da para más.

Pero usted podría hacer una objeción: que se dirija al lector español. Admitiéndolo la cuestión no cambia. Lo más malo era que usted confundía dos términos bien distintos, los tomaba por la misma cosa. Usted hablaba del lenguaje interno, cristalino y peculiar de "El Juez" como si se tratara del habla total argentina. Y usted convertía la entrada del voseo en la obra, esa zona de habla parcial, en virtud y ejemplo para la segunda, para el habla total del argentino. Zona de habla donde lo natural es el voseo y donde lo raro, lo "especialísimo" es el lenguaje de "El Juez".

Refiriéndose a "El Juez" usted hablaba de "uso felicísimo que Murena hace del pronombre vos", usted hablaba de "uso feliz" del vos, es decir: de dificultad salvada, de problema solucionado. Y era al revés: había que hablar de problema creado. Explicar al lector español que la rarefacción del voseo dentro de "El Juez" era la consecuencia del lenguaje particular y cristalino de Murena. Un voseo introducido con "felicidad" —ahora sí— en el segundo acto de la obra. Y que tal cosa ocurría dentro del contexto de la obra. Hacer la salvedad, Vocos Lescano, introducción "feliz" del voseo en esa zona parcial de habla. Y que tal cosa perdía vigencia para la totalidad de lenguaje del hombre argentino y que en verdad no se solucionaba nada. Por el contrario, Vocos Lescano, se creaba un algo. Que ese problema solucionado, era un problema creado, gratuito desde la perspectiva del total, verdadero y natural lenguaje nuestro. Se podría haber hablado de "creacionismo" y se habría acer-

tado Vocos Lescano. Y para usted, Vocos Lescano, era una manera útil de encarar "El Juez"... Hasta se podría haber hablado de intento a lo Eliot. De la creación de un problema lingüístico atrayente por sin solución, y sin embargo solucionado, allí usted: hacer teatro con un lenguaje ajeno por completo al nuestro. Se podría haber hablado de intento conciente de una empresa imposible. De conciente autolimitación superada según usted. O de la empresa del trabajador que se aleja... Para mí del que se demora demasiado y puede terminar trabajando para nada. Pero usted podría haber hecho la apología, Vocos Lescano, sin salirse de los términos de la simple pero estricta realidad.

Sin embargo dudo escribiera usted en función del lector español. España no es la finalidad para usted, sino el pretexto para intencionar lo que decía hacia este lado. Usted relata las virtudes de la obra y a la vez presenta nuestro panorama literario dividido en dos: los de la "lupa", los que por una "suerte de mezquindad rastrean defectos, y los otros, los que comprenden, los tocados por la mágica varita de la honestidad y la inteligencia. Usted no quería convencer de nada al lector español, salvo de la existencia de una gran obra y de los que la niegan. Usted informaba de valores infinitamente suyos metiéndose primero la tabla en el bolsillo. Afirmación de valores inefables y descripción de dos bandos: ángeles y forajidos. Y por supuesto usted en la tribuna de los primeros. Todo lo cual no creo que pueda interesar de verdad al lector español, lo que usted sabe tan bien como yo, lo que usted sabía mientras estaba escribiendo, porque usted jugaba al "bumerang", a la carta mandada al extranjero para que la lean los de casa. Y tengo un pensamiento roñoso, Vocos Lescano. Usted intencionaba lo que decía hacia un público determinado: Viamonte entre San Martín y Reconquista, los lectores de "Insula", los que conocen que existe, un coro lector de cualquier palabra escrita, y usted se permitía poner una cara grave y campanuda. Y puntualizo, Vocos Lescano: pensaba en su arbitrariedad. Afirmaciones como ésta: que el personaje de "El Juez" es un tipo "incuestionable". Lo que usted sostiene de la manera más vaga, justifica con nuevas y oscuras afirmaciones. Me permito sacar un párrafo de su texto: "no habiendo casi detalle, ni en la psicología ni en la acción, ni aún en las palabras de las restantes figuras, que no armonice o corresponda con una gran consecuencia a los supuestos que aquel tácitamente establece". Muchos "ni", Vocos Lescano, muchos incuestionables para sostener al primero. Y observe el enlace de la primera parte de la oración con la segunda: "armonice o corresponda". Es decir: una vaguedad y una oscuridad. Y su tono, Vocos Lescano, la altura rimbombante de su voz, tono de quien informa, comenta lo obvio, y no de quien quiere comprender y hacer comprender. Ausencia para el lector español de buena fe. Arbitrariedad y sus correlativos: vaguedad y oscuridad. "Tácitamente", "supuestos", son palabras suyas, Vocos Lescano.

Y en el caso de que usted escribiera en función del lector español, usted no busca más que el oído maniqueísta, del entusiasta de la lucha del buen Bien contra el mal Mal, convence al convencido, al consumidor de Bien intemporal, así ese bien se llame Pérez, Murena o cualquier General de cualquier independencia. Y usted no hacía más que pasarles un nombre. Usted jugaba al espía sagrado que susurra desde lejos: Murena. Lo que nos fastidia, Vocos Lescano. O quisiera usted d'vertir a Madrid con la descripción de nuestro murdillo literario. Lo que nos fastidia más aún, Vocos Lescano. Porque los argentinos tenemos ganas de que nos tomen en serio, Vocos Lescano. Porque el camino para conseguirlo sigue siendo el mismo de siempre: comenzar por tomarnos en serio nosotros mismos, Vocos Lescano.

La juventud los lastima

Hablaban de ellos y tenían un eslogan, buen eslogan: "Un impacto en la conciencia argentina". Ahora tienen una queja, "...no corre sangre por las venas de la juventud argentina" (Semirrecta Nº 6 y 7), buena queja, es cierto. Parece que lo próximo va a ser: "No crecen tréboles de cuatro hojas en los campos argentinos. No tienen savia los campos argentinos".

El verdadero joven

Es cierto que para saberse, para palpase —mezquinos o no, inocentes o culpables— en parte es necesario mirarse desde "la ciudad de los fines". Desde un futuro limpio. Que es necesario pensar en un futuro sano y hermoso —así haya

que hacerlo en sordina y por las noches— para tomar conciencia de la propia medida, o de la medida de un pueblo, o de la indigna medida de una discriminación racial o de cualquier discriminación. Es cierto.

Pero si nos sentimos justificados por el solo hecho de desear lo mediano y muy rápidamente nos dedicamos a jugar a los elegidos, al bueno, al santo, al acertado, al no burgués y de pronto realizamos un giro muy ágil y perdonamos, a todos, al malo, al pecador, al sucio, al burgués, al equivocado, es que hemos resbalado hacia un tipo de ingenuidad muy especial, la de "Siglo XX".

"Siglo XX" es una publicación de "jóvenes para la juventud" (sic). De jóvenes con conciencia de serlo y que reivindican para sí todos los derechos, "los derechos de la juventud", y por qué no decirlo, todas las torturas: lo revisan todo a través del reconocido y aceptado crisol de la juventud. Son jóvenes y basta. Encontraron un medio de vida válido como cualquier otro.

Los jóvenes de "Siglo XX" hablan de Echeverría, se entusiasman con Echeverría, un idealista, un joven. Lo citan: "no perderse en abstracciones", lo que no les impide ser utopistas, materialistas, idealistas, positivistas, comunistas y creer en el progreso indefinido, todo al mismo tiempo. ¡Que más da! Los jóvenes de "Siglo XX" no contentos con poder pensar en un mundo de paz, sin banderas, sin clases sociales, un mundo de amor, de fraternidad, de amistad, de igualdad, de libertad, no contentos de tener todo el tiempo para hacerlo, organizan festivales para conmemorarlo, como ya realizado, como cosa vieja. Un mundo viejo y de todos donde todos se abrazan como verdaderos hermanos: "el campesino y el estudiante, el minero y el portuario, el católico y el judío, el proletario y el burgués" (Nº 3, pág. 8, sic).

Sin embargo no nos oponemos a "Siglo XX". Y todo estaría bien si no fuese que su atildada ingenuidad nos arrinconó, nos condena a las más gordas de las suficiencias.

¿Surrealismo guatemalteco?

Lo de Guatemala se redondea. Después de una curva se vuelve al punto de partida. De la United Fruit a la United Fruit. Sin lugar a dudas lo más interesante ya ha ocurrido. Como un diario lo ha señalado, Guatemala fué el primer pueblo americano que sufrió un bombardeo aéreo. Lo más interesante estaba ocurriendo en aquellos momentos... Las declaraciones de Arbenz, la aparición de Castillo Armas. Ahora en cambio estamos en el final. Es decir en el principio. Todo lo ocurrido tiene francamente la forma del justo acto surrealista — lo intacto fué aquello que se atacó. Se podría hablar del surrealismo guatemalteco...

Aquí nadie se ha callado, ni diarios, ni revistas, ni pasquines, ni nuestro pequeño burgués, ese nuestro entristecido y turbado pequeño burgués que ha logrado tocar la punta de los hilos que unen a la historia —aunque sólo la punta—, ese pequeño burgués cuya realidad histórica consiste en sentirse excluido de la historia. Profesores, maestros, pequeños comerciantes, empleados públicos, profesionales, todos y cada uno ha dicho alguna vez su opinión. Nadie ha dejado de sentir, de demostrar que sentía el pegajoso y dignificante bichito de la indignación. Pero tal vez la ironía esté de más. ¿Qué se podría haber hecho? Indudablemente, nada. En cuanto todos nosotros, como nación —gobierno y pueblo— estamos embarcados en el progreso que caracteriza nuestra Argentina de hoy, determinados por un engranaje bastante complejo. La reciente visita de Eisenhower y sus consecuencias... Para clarificar una posición habría que haber puesto patas arriba toda nuestra política, la externa y la interna... Reconozcamos que hubiera sido demasiado y conformémonos con lo que nuestras posibilidades nos ofrecían. Se ha repudiado y eso nos debe bastar... *Hacer* —en nuestro caso y en el caso de otras naciones panamericanas— significaba y significa decir... Y eso es todo. Y se dijo. Sí. Aunque lo que se dijo tenga el aspecto de las palabras decorosas pronunciadas conmemorando alguna efemérides patria... No, no... Debemos reconocer... En fin, no estamos contentos con nuestra actitud pero tampoco estamos descontentos... Es bueno tener culpas vagas... En nuestra hora las agujas marcan realismo y objetivismo — Guatemala tiene el sabor de la nostalgia, conocíamos los acontecimientos antes de que ocurrieran, no una sorpresa sino una reminiscencia... Y en medio de nuestras palabras mira-

mos como vino Guatemala, como se va Guatemala. Se ha dicho, se ha dicho todo. Sin embargo el espíritu queda insatisfecho. No se puede dejar de calcular oscuramente la ausencia de algunas palabras. Tal vez algún justo adjetivo para Castillo Armas que nuestros periodistas se guardaron... Pero tampoco se trata de eso. Se trata de ordenar, aclarar y explicar la experiencia de Guatemala que tanto se parece al caso Rosenberg —apagar la fogata para evitarse extinguir el incendio—, entender la política a la vista (y sin entretelones), de Estados Unidos.

Pero volvamos a lo que se dijo entre nosotros. ¿Que fué lo que se dijo? Sobre todo se logró llenar de sentido a una palabra: repudio. Una palabra simple y olvidada que salió beneficiada, ensanchada, bien alimentada, que se convirtió en una palabra reventona, que reventó y se convirtió en aire: repudio.

El partido Socialista tradicional se puso de acuerdo con todos aquellos con quienes no está de acuerdo, y así todos. El parlamento, los chicos bien vestidos de *Actitud*, todas nuestras categorías de "enfants terribles", todos de acuerdo. Citamos como ilustración la declaración del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista por ser la más corta y resumir todas las otras declaraciones: Se resolvió:

"1) Denunciar la política del departamento de Estado de Washington, de apoyo a las empresas capitalistas norteamericanas, como lesiva de la dignidad de todos los pueblos de América;

2) Condenar las actividades de la quinta columna al servicio del imperialismo soviético en la República de Guatemala;

3) Expresar su solidaridad con el pueblo de Guatemala en su lucha contra la inicu explotación de las empresas capitalistas norteamericanas apoyadas abusivamente, por el Departamento de Estado de Washington, como igualmente en su lucha para liberarse de la dominación comunista" (Sic. *Nuevas Bases*).

OSCAR MASOTTA

Discusión

A PROPOSITO DE UNA NOVELA QUE YA NO SE LEE (1)

El novelista, como todo creador, tiene en esencia una sola tarea frente al paisaje humano o inanimado que lo rodea: ser intérprete, a través de su ecuación humana, del mundo sensible que es suyo propio y que podrá estar o no de acuerdo con la realidad exterior.

Escribir siempre será una necesidad interior del artista. Si es el caso que el novelista se nutra de lo real, aquella realidad será en última instancia un profundo accidente que le servirá para dar salida a un cúmulo de elementos personales ya prefijados muchísimo tiempo antes de la labor creativa en sí. De tal manera que profundamente no existe una distinción neta entre novela realista y fantástica. Ambas nos dan esquemas a través de los cuales se expresa la dinámica creativa, íntima, del escritor.

Si se miran bien las cosas, para citar a dos escritores en apariencia distintos, el clima de pesadilla y de angustia que hay en Kafka o en Faulkner difieren entre sí nada más que en una calidad exterior; en Faulkner el clima, y hasta el estilo, son tan obsesionantes que lindan con la pesadilla; en Kafka, a pesar de las situaciones irreales que nos ofrece, todo es tan inaudito pero es tan lógico que ocurra de esa manera, que se llega a pensar que tal vez haya sucedido, aun en *La Metamorfosis*, donde el lector participa de identificaciones físicas con el personaje.

Es que el mecanismo es reversible, al menos para el auténtico escritor: no hay realidad, no existe un mundo irreal, o mejor dicho ambos surgen ensamblados de tal modo que muchas anécdotas que aparecen como reales no han sucedido, sino que pudieron haber sido con la misma intensidad vivencial con que una historia fantástica se hace real a pesar de que sabemos que no es así.

Lo que sucede es que ambos, escritor fantástico o realista, trabajan con elementos de ficción (no es en vano que la novela y el cuento se incluyan como ficción) muy semejantes a los del mundo onírico; y en ese mundo onírico caben los elementos del clima y de la vivencia real.

Siempre recuerdo a propósito lo que escribió Sherwood Anderson en su *Autobiografía*: en rueda de amigos relata una anécdota, y Ben Hecht, que escuchaba y además había sido testigo de aquélla, se sorprende de que Sherwood Anderson deforme la situación real al recordarla y contarla, y la tergiversar hasta hacerla irreal.

Si así no fuera, la novela realista sería una mera copia de la realidad, fotografía, un documento frío y carente del soplo de vida que únicamente puede insuflarle la persona del creador.

Uno es testigo relativo del mundo real que lo envuelve. Esa relatividad está en proporción directa a la experiencia sensible que hemos acumulado sin querer, a nuestro carácter que también se formó sin querer, en fin, a nuestra persona total que no ha seguido ninguna norma estricta dictada por nadie para hacernos ver que la realidad es de una u otra manera. De ahí la diversidad de experiencias frente a un mismo hecho real que dan por resultado infinitas erecciones distintas entre sí.

Por lo tanto no creo que pueda haber crítica objetiva en un sentido absoluto del término. Habrá, eso sí, identificaciones de mundos sensibles entre el lector, crítico o no, y el escritor. Si a mí me gusta más Faulkner es porque en sus novelas encuentro mucho de la soledad que, como americano que se piensa, yo mismo siento en esta tierra en que vivo; si es su angustia la que me llega como él me la trasmite, es porque de alguna misteriosa manera su desesperación, su lirismo, su volcánica pasión, su frustración, me llegan y tienen que ver algo conmigo. Descartado que él me llega porque en primer lugar es un artista, un escritor formidable; y digo descartado porque existen otros escritores auténticos que no me maravillan tanto. Y si Kafka me gusta menos es porque su

mundo tiene más desesperanza que el mío, o tal vez yo no haya tenido tantas frustraciones, reales o no, y la vida siempre me ofreció una salida que resolvía las crisis. Es que para mí al final no existe siempre una pared opaca que mira desde el fondo de la nada, sino tan sólo un río que si me dice algo de la nada también me hace llegar la esperanza de otra cosa que se encuentra junto a ese mismo río, quizás en la tierra que ha esperado siempre en silencio el comienzo del diálogo, y que guarda en la fiebre de su entraña la plena posibilidad de un mundo nuevo.

Lo que antecede no viene a modo de justificación ni de descargo sino de defensa. Confieso que "Desde esta Carne" no es lo que quiero hacer hoy pero es el camino. O mejor dicho, es mi camino, el que no me fué trazado por nadie, el que llevo delante de los ojos desde que tengo conciencia de escritor. Pretender, como algunos críticos con dientes de leche, que yo escriba otra cosa porque la literatura nacional tiene que ser otra cosa, es ignorar crasamente el problema literario y humano, lo que es más lastimoso aún. Sobre todo es ignorar de plano la cuestión primera del creador: el hombre en libertad, el espíritu en libertad recibiendo del mundo y de la vida los materiales que utilizará si es capaz.

El problema de la literatura nacional es grave. No tenemos detrás, salvo cuatro o cinco nombres contemporáneos o lejanos, una tradición que nos respalde, que nos guíe a través del laberinto duro y agrio de la experiencia. Tenemos que empezar desde abajo. Tenemos que hacerlo todo desde el principio. Esto es dramático y nos concede una responsabilidad que cada día se ha agudizado más hasta convertirse en problema candente.

Sin embargo, frente a la indiferencia del medio ambiente, ya tradicional hasta hacerse coriácea, un conjunto de voces alentadoras le dan a uno la seguridad de que está en lo cierto. Aquéllas me transmitieron la certidumbre de que se había establecido el circuito de identificaciones. Hubo reproches, es cierto pero todos, aún los menos justos, no disminuyeron en nada la premiosa necesidad de apoyo que necesita un escritor argentino.

VALENTIN FERNANDO

(1) Con esta carta de Valentín Fernando se abre —o se reabre— una discusión que su novela *Desde esta carne* replanteara.

LIBRERIA "LETRAS"

Viamonte 472

T. E. 31 - 2612

Buenos Aires

"LA FACULTAD"

S. A. LIBRERIA Y EDITORIAL

Sarmiento 726

Buenos Aires

T. E. 34 - 1215 y 1236

MARIA HORTENSIA LACAU:

El mundo poético de Conrado Nalé Roxlo:
Poesía y Estilo \$ 30.—

ENRIQUE ANDERSON IMBERT:
Estudio sobre escritores de América \$ 22.—

VAN RIEL

GALERIA DE ARTE

Florida 659 Buenos Aires

Librería Americana

Libros argentinos y
americanos

Puerredón 671 T.E.62-7506

Librería
LA VICTORIA

Entre Ríos 627

LO MEJOR
de la literatura universal
LO MEJOR
de la literatura actual
en

CASA DEL LECTOR
Biblioteca Circulante
Viamonte 867 — 6º piso

FILOSOFIA
LITERATURA



HISTORIA
LINGÜISTICA.

LIBRERIA VERBVM

VIAMONTE 427/229 T. E. 31-2742
BUENOS AIRES

LIBRERIA EL FORO

LIBROS JURIDICOS

Carlos Pellegrini 475

T. E. 35 - 2163

DUPLEX ARGENTINA S.R.L.

Fabricantes de Lavarropas industriales y familiares

Hipólito Yrigoyen 2587

T. E. 47 - 2436

Buenos Aires

Christiane
Burmester-Planck

Grafóloga diplomada
Enseñanza y análisis
grafológicos
Maipú 861 8º piso Dep. F

REVISTA CENTRO

Nº 8

En venta

CONTORNO

Diciembre de 1954

Nº 4

Av. Roque Sáenz Peña 651 — T. E. 30 - 2409 — Cinco pesos

Dirección: Ismael Viñas y David Viñas

Número especial dedicado a Martínez Estrada

Sumario

LOS OJOS DE M. E.	Raquel Weinbaum
REFLEXION SOBRE M. E.	Ismael Viñas
BIBLIOGRAFIA DE M. E.	Orlando Suevo
LO SUPERFICIAL Y LO PROFUNDO EN MARTINEZ ESTRADA	Rodolfo Kusch
PRIMERA APROXIMACION A M. E.	F. J. Solero
LA HISTORIA EXCLUIDA: UBICACION DE MARTINEZ ESTRADA	David Viñas
LA POESIA DE MARTINEZ ESTRADA: ORO Y PIEDRA PARA SIEMPRE	Adelaida Gigli

Los ojos de Martínez Estrada

El autor de *La inundación* diestra y subrepticamente coloca sus ojos desapasionados en el plafón de la iglesia de general Estévez —un pueblo tirado en la pre-Patagonia (¿Ombueta, Fortín Viejo, Las Jarillas?)— para captar una imagen tendida allá abajo, lejana, anegada en sí misma y tejida por hombres desvaídos en su propia impersonalidad. A esos seres descarnados que se rebullen sobre el piso del templo no les otorga un destino particular, apenas si les concede algo más o menos compacto; son “los fugitivos”, “la caravana” o “la turba”, “hombres y mujeres” diferenciados solamente por esa connotación genérica, “las familias principales” o los casi intangibles “seres”. La impasibilidad de los ojos de Martínez Estrada no se resuelve a identificarlos uno por uno o a fundirlos más estrechamente en un cuerpo quizá impreciso pero no ya inofensivo como “los vecinos”. Esas imágenes rondan disgregadas por la enumeración de tres o cuatro figuras que sólo sirven para rellenar cierto temor al vacío y que nunca se acometen dramáticamente en tanto no reaparecen jamás. Martínez Estrada las nombra, las distribuye, las ubica en algún rincón, pero las condena a una rigidez fantasmal en cada una de esas sombrías hornacinas, sometiéndolas a una inercia desvanecida, transparente, inexistente. Por una sola vez esas suaves medusas que flotan sin rasgos ni contornos firmes parecen aglomerarse y erguirse sintiendo que algo les cabrillea por dentro. Hasta las propias palabras que se esparcían sin nombre propio, sin saberse quién había dicho eso o lo otro, se afirman en el reiterado impacto del coro. El párroco habla, interroga, increpa, insulta, y lo que había sido una masa disgregada, se encabrita y farfulla un idioma plural, sólido, como de unánimes concurtas. Sin embargo esa “turba” no llega a constituir un pueblo agraviado. Para Martínez Estrada sólo es una “jauría humana”, cualitativamente igual a la jauría de perros que asalta la iglesia arrollando con todo. Sólo es lo numérico lo que parece contar para el escritor encaramado en el cielorraso: los diálogos continúan en bastardilla como si se tratara de la transcripción de un texto extraño o arcaico. Las palabras permanecen adheridas a esos rostros chatos, no rebotan, no se despliegan por sí mismas,

no se desprenden de lo descriptivo, de esas cartulinas coloreadas. El autor dice de los personajes (“*El padre amonestaba, compadecía...*”), de alguno que musita algo por algún lado (“*—Va escaseando la comida, aventuraba alguno*”), habla de la “promiscuidad”, de la “desesperación” y del “horror”, pero esas burbujas se estiran, parecen hincharse, pero sólo se balancean sin estallar. Toda posibilidad dramática se aquietta en lo descriptivo. Los ojos de Martínez Estrada no opinan, no juzgan; se limitan a ver y a narrar lo que ven. Todas son interminables acotaciones para figuras que nunca se desprenderán del *dramatis personae*. Se sabe algo o todo de ellos, Martínez Estrada se encarga de informar con un recurso de pura escenografía eclesiástica: sus ojos se deslizan suavemente por las columnas, a lo largo de los tímpanos, reptan por las naves, a través de los vitrales y descubren hábiles “tomas”, diestros pero inocuos “racontos”. Los ojos de Martínez Estrada descienden con el mismo sabor dulzón y celestial de la música del Padre Demetrio. Se presiente que el autor apenas si se ha deslizado desde el plafón al lado del órgano, porque el mundo de los hombres sigue bullendo ahí abajo (“*un mundo de personas constantemente en movimiento, como hormigas*”) contra las losas, entre la cerrada hedionda, sobre los bancos mugrientos. En el valle de lágrimas puerco y visible como un fresco gigantesco. El mundo es lo que está ahí. Ahí abajo. Muy por debajo del escritor puro que describe. El otro mundo ancho y mediano ha desaparecido. Todo se ha concentrado en ese islote: se asiste al espectáculo desplegado en ese escenario. Sólo sirven los ojos. Sólo se ven las causas de efectos exteriores. El universo se ha atornillado allí, y nada más. Únicamente Martínez Estrada sabe del adentro y del afuera. Sus ojos zahoríes y casi divinos le permiten alejarse del aliento y del hedor de los hombres. Es él mismo quien los ha sometido al aislamiento, a la promiscuidad, a la incomunicación, al poderío demoníaco de la mayoría, a la condena de los no culpables. Es el propio Martínez Estrada quien se ha reservado el papel del que mira, pero el azar es tan gigantesco que resulta implacable.

RAQUEL WEINBAUM

Reflexión sobre Martínez Estrada

Martínez Estrada es para nosotros, ante todo, un tema de meditación. Y lo es en múltiples pero convergentes sentidos. Como escudriñador de la realidad argentina y como exponente, como dato de esa realidad. Como toma de posición y como punto de partida. Como existencia y como proposición. Porque lo que nos interesa, a través de él, es averiguar lo que somos, nosotros, definidos por el accidente de vivir en la Argentina de mil novecientos cincuenta y tantos. Análisis al que nos sentimos imperiosamente empujados, no por prurito de curiosidad o de mero juego teórico, ni, mucho menos, por ejercicio malevolente o por exhibicionismo, sino por necesidad de averiguar nuestra realidad, de tratar de aprender a operar con ella. Por eso, nuestra preocupación por la *generación del 25*. Crítica que no intentamos gratuita, no es una gimnasia de fácil irrespetuosidad con los viejos. Al contrario: no los respetamos en la medida en que los sentimos vivos. Hasta la práctica de la arbitrariedad, es una forma de extracción que sobre ellos intentamos, producto, quizá, del forcejeo; muy lejos de toda displicencia. Los juicios, las negaciones totales o parciales, no son tan importantes como la tentativa de ver el país a través de ellos, en un instante que nos parece un cruce de caminos en que, con muchas posibilidades, con muchas partidas aparentemente acertadas, se terminó por elegir mal. Una engenua ilusión de rectificación, acaso juvenil petulancia, es, quizá, lo que nos impulsa. Quizás, una ligera envidia por aquel tiempo abierto; y asombro (resentimiento también ¿por qué no?) por la estrechez de margen que nos han legado.

En unos pocos de ellos, encontramos una declarada manifestación de los mismos problemas —en cuanto problema es una interrogación— que a nosotros se nos han vuelto estridentemente urgentes, y que nos parecen ser los problemas permanentes, que debían ser encarados con decisión. En menos, una negativa a descansar en las respuestas más obvias, una persistencia en la averiguación. Entre éstos, encontramos la última seriedad que en el país se ha propuesto.

Martínez Estrada está en ese puñado. Con sus aciertos y errores, con su obstinada vocación de *demuestrante*, de *opositor*, ha sido para muchos de nosotros el revelador, quien nos ha dicho que nuestro mundo en torno no es la égloga feliz que se declaraba. Ese prestigio, es, con todo, uno de sus peligros: su obra es la declaración constante de una desilusión, y la energía profética con que la proclama tiende a aplastar en él mismo toda posibilidad operativa, ahogándolo en la jermiada apostrofica, y a nublar en nosotros la postura crítica libre, no sólo con respecto a él, sino también, lo que es más grave, con respecto a la realidad. Y no es únicamente que —como él ha dicho del *Martín Fierro*— la fascinación que ejerce tienda a superfetar la realidad que nos describe a la realidad que nosotros podríamos descubrir con nuestros ojos, nuestra realidad original, verdadera, para el caso; ni tampoco, que su verba polémica, que se adelanta a los eventuales contradictores, prefabricando con todos ellos —con una particular técnica de púlpito— *maniqueos*, *cañalla* blanqueadora de sepucros, nos atemorice hasta el punto de impedirnos disentir con él. Su peligro, el que él personalmente ha tratado de evitar para sí mismo, es más hondo:

Martínez Estrada representa el momento en que se empieza a dejar de ver a la Argentina como una alegoría de futuro optimista y fácil. El sentimiento de la *grandeza nacional*, sufre una quiebra: son muchos los que comienzan a advertir con él que el alegre cuadro de nuestra riqueza, de nuestro progreso, no es más que una fachada que oculta mucha verdad fea; que existe una gran diferencia entre las declaraciones de la Constitución y los ritmos de la oda *A los ganados y las mieses*, y la realidad del país. El descubrimiento de esa realidad reconoce muchas raíces, y no todas inmediatas ni obvias. No es éste el lugar para analizarlas en detalle, pero su rastreo resultaría muy iluminador para entender

nuestra evolución a partir del Centenario. En nuestros hombres de letras es posible advertir cómo actúa ese descubrimiento, y el examen de sus reacciones (las quejas de García contra el plebeyismo creciente, el intento lugoniano de dirigir la realidad por la superposición de un mito épico —o por una ordenación más impositiva, llegado el momento—, la fuga declarada emprendida por cierta literatura, o las revalorizaciones nacionalistas presentes en casi todos los casos) indican —en sustitución de otros datos más generales— los elementos y el sentido de esa realidad. Lo que parece que debe interesar como punto de partida, es determinar por qué se produce ese descubrimiento, que parecería indicar a primera vista que ha habido un cambio en el status en que nuestros intelectuales y nuestros artistas se movían. Porque no puede olvidarse que no fué la realidad la que cambió. Los hechos generales se mantenían —y se mantienen— los mismos. Lo que cambió, es la relación entre esos hechos. Y la percepción que de ellos se tenía.

Dos son las circunstancias que creo destacables. La primera, es la ruptura de hecho del orden aparente, de la brillante estructura que nos habíamos dado como Nación. Las tradiciones coloniales, las fórmulas en cuyo nombre se había realizado la *reorganización*, permitían mantener una estructura de legalidad, de orden, de *maneras* (en lo político, en lo jurídico, en lo económico, en lo cultural) que vivía sobre una realidad muy diferente, y, en parte, de ella. Con todo, el país creía en cierto sentido en esa estructura; creencia sentimental, irónica en cuanto no se refería directamente a ella, sino que le llegaba por reflejo. Sus asientos reales estaban, tanto en la confianza vital, inconciente, del grupo social en sí mismo, una capacidad dinámica, un sentimiento de posibilidad y de futuro, como en la creencia en las fórmulas que por arriba de la estructura se invocaban. La ruptura del orden aparente se produce por el crecimiento de la masa humana que estaba sujeta por él (pero al margen, en el caos), por su desborde de las estructuras, y por su acceso a ellas después. En este fenómeno, la inmigración por un lado, y la formación de movimientos obreros y políticos, por el otro, ayudaron al proceso o lo aceleraron, proveyendo a la realidad de un poder de expansión de que carecía. Es aquí innecesario recalcar las relaciones de causalidad entre esos hechos, pero sí, en cambio, (y particularmente por las consecuencias que ha tenido en la obra de Martínez Estrada), un aspecto de los mismos: el de que la mayor *representación* de la realidad en las estructuras de poder no significó un mejoramiento en la situación y en la conducta sociales, sino, en regla general, lo contrario. El que, por una parte se pierdan las *maneras* en el comportamiento colectivo, al aparecer el *desorden*, el caos comprimido hasta entonces, y que, por otra parte, permanezcan intocadas las fuerzas coercitivas reales que mantenían el orden aparente en su beneficio (y que prontamente lo restauran), lo explica en parte.

La segunda circunstancia, concomitante con esos fenómenos, es la pérdida de fe. En su aspecto local, la muestra más evidente está dada por el escepticismo que invade a las elites respecto a su derecho al manejo *legal* del país, acompañado —sino precedido— de la pérdida de fe en las fórmulas culturales en cuyo nombre actúan. El estado de espíritu que, por ejemplo, las empuja en lo político a ceder el poder por el funcionamiento de la ley del voto secreto, es, en este sentido, y paradójicamente, un síntoma idéntico al del cinismo con que actúan un decenio antes o un decenio después en la detentación de ese poder. Pero el problema excede lo meramente local. En todo el ámbito de occidente —del que para las fórmulas culturales dependemos— ocurre el mismo fenómeno: la tabla de valores pierde su vigencia, o, por lo menos, se trastrueca; y dejan de ser válidos —con validez vital—; o se ponen en entredicho, algunos valores colectivos que aparecían como los fundamentos de las fórmulas cultu-

rales europeas. Esta observación, a pesar de ser ya un lugar común, parece conservar su valor de certeza. De todos modos, no me interesa aquí su examen circunstanciado ni su confrontación, bastándome para el caso su existencia como sentimiento, que es indudable. Y, sobre todo, la repercusión de ese sentimiento entre nosotros. Un fenómeno que merece la atención, es la relación —viejo mundo— nuevo mundo, con la idea del Progreso. Así, Occidente creía en el progreso hacia un mundo mejor, dependiendo de cada individuo lo que entendiera por tal. Pero entre Europa y nosotros hay una diferencia al respecto. Europa se ve a sí misma —como todas las culturas, por lo demás— como el centro del mundo. Más propiamente, como el mundo por antonomasia. El progreso que imagina es un progreso de sí misma, de acuerdo a sus propios ideales: igual a sí misma, pero mejor. Nosotros no. Por una parte, nos consideramos el porvenir de Europa, el lugar donde los ideales europeos habrán de realizarse con plenitud. Pero por la otra, el estado actual europeo es para nosotros un ideal inmediato, todavía no alcanzado. Resulta pues, que el estado crítico del europeo, su quiebra de la fe en sí, que compartimos como occidentales, nos ha dejado en una posición más grave que a él, sin futuro, pero también sin presente ni pasado, en cuanto nunca nos sentimos poseedores del presente. Hemos estado aguardando una herencia, y de pronto, esa herencia es declarada sin valor actual. La dependencia, el tratamiento colonial que permitíamos a Europa, nuestro provincianismo, se nos aparecen entonces como vejámenes sin sentido; les descubrimos un relieve que antes no tenían y un cariz insultante que ciertamente no notábamos. Por lo demás, el aparato crítico inventado por los europeos para sí mismos (incluido, por cierto, el marxismo) adquiere una sagacidad particular al ser aplicado por nosotros aquí: nuestra realidad es más pobre que la europea, y carece en mayor grado de atenuantes. Además (a pesar de todo y pese a todas las declaraciones que hagamos), ocurre que Europa sigue siendo para nosotros, como actualidad, un motivo de envidia. Por un curioso desdoblamiento, resulta que mientras asentimos al criticismo europeo, seguiríamos arriesgando todos los futuros, corriendo todas las frustraciones, por tener una realidad actual de país europeo.

Es en esa situación (con el inevitable esquematismo y la parcialidad que le he dado), que nace la obra de Martínez Estrada. Quiero decir, que se enfoca de problemas, que realmente tenemos, parte de esos sentimientos, teñido por las reacciones inmediatas ante el descubrimiento de la realidad, sin superarlas en el primer gesto, y que mucho de ello marcará ya toda su obra y su desarrollo.

Su examen de la realidad se beneficia probablemente con eso, dándonos, en lugar de un análisis impersonal, un escudriñar apasionado, más eficaz en penetración, más arriesgado, y con mayor posibilidad de repercusión. Pero, en cambio, corre un riesgo paralelo que en sus primeras obras no evita: rebelado contra el optimismo que adornaba como *arcos triunfales* hasta las horcas, se dedica a redescubrir la Argentina que pretendió ignorarse; pero empeñado de tal modo en su tarea, que termina por erigir un infierno poblado de horcas, catastrófico y sin salidas. Su voz, es la voz del desencanto: habiendo descubierto los espejismos, se niega a creer en ningún oasis posible. Su objetivismo descriptivo es sólo aparente. Con un estilo de pequeñas pinceladas, como de puntillista, va construyendo cuadros aislados, equivocadamente imparciales. Pero en realidad existen una forma y un color sentimentales, predeterminados, en los que va ajustando los cuadros con la determinación del fiscal que acumula pruebas. Sintiendo que hemos sido expulsados del Paraíso, que no podremos llegar jamás a él, decide pintar el Infierno. Está todavía demasiado inmerso en el clima del optimismo como para no salir de él con odio y desesperanza. Pese a todo, Utopía es un país deseable, y pareció estar al alcance de la mano.

Esa utopía perdida, parece ponerla a veces en la vieja apariencia del país ordenado en una figura pastoril y

arcaica, anterior al desorden en que se ha entrado. Continuamente acecha a Martínez Estrada la tentación de una Arcadia hipotética, en cierto orden lento y a contrapelo. En sus primeras obras, cuando su mirada no ha excedido todavía lo inmediato, esa inclinación parece provenir del deseo de salvarnos una personalidad. Posteriormente, en los momentos en que su visión se universaliza, parece haber superado esa utopía retrospectiva, pero se mantiene en él la nostalgia arcádica, común a todos los civilizados, aunque más bien ya, dominada, como un cartabón ideal del hombre liberado de las coerciones sociales, sin suponer de ningún modo su posibilidad efectiva en el futuro o su existencia en el pasado. Este avatar, cuya expresión es sólo esporádica, y está casi oculta en la obra de Martínez Estrada, no sólo es un índice respecto al modo como se han desarrollado sus primitivos sentimientos de reacción, con una coherencia interna no siempre aparente y con una originalidad (en cuanto originalidad es vivir genuinamente) que su búsqueda de argumentos ajenos puede ocultar a primera vista, sino que, indica cómo el total de su obra es un desarrollo de sus primeras intuiciones, poderosas pero cortas en número, de las que ésta es una de las más fecundas por sus conclusiones ulteriores. Su cautelosa expresión de esa idea, no parece ser, sin embargo, otra cosa que la creencia en que la felicidad del hombre sería posible por el desarrollo de sus instintos vitales, en un modo de convivencia fundado en un orden de relaciones desinteresadas. Pero su primitiva visión catastrófica, su primitiva desesperación, ha ido evolucionando también hacia un escepticismo relativista. Parece haber llegado a convencerse de la imposibilidad de un orden absoluto, como el que él desearía. A lo sumo, le parece posible aplicar paliativos, defender al hombre de la concepción social. Y, si hemos de atender a sus últimas publicaciones, sin mayor esperanza de conseguirlo. Aquí aparece otra faz de la misma idea matriz: las agrupaciones humanas, las sociedades, tienden irremisiblemente a aplastar al hombre. Es difícil establecer en sus escritos, cuál es su opinión definitiva al respecto. Por una parte parece admitir que no es posible una existencia humana de cierta altura, sino en sociedad. Por la otra, parece establecer que toda sociedad es de por sí aplastante, en cuanto una alta cultura espiritual exige su correlato material que le dé base, y toda cultura material es de por sí antihumana y tiende a crecer a expensas de lo espiritual. Rastreado cuidadosamente en su obra, y dejando de lado sus momentos de exasperación (bien abundantes por cierto) en que parece creer en la secreción demoníaca y natural de todo lo material, parecería poder concluirse que, a su modo caudaloso, admite que es posible, por paliativos constantes y por una vigilancia permanente, mantener limitado al Moloch social, resistiendo sus tendencias mecánicas por la oposición tanto al excesivo apego a los bienes materiales como a la voluntad secreta de la mayoría, que halla en lo social su satisfacción y que empuja al mundo en un sentido íncubo e inhumano. La justicia social, el valor de arrostrar y denunciar la realidad, sin pretender ocultar sus fealdades y reconociendo la culpa común sin intentar el hallazgo de chivos emisarios, una continua desconfianza hacia los bienes terrenales, la constante reivindicación del hombre y de los valores humanos, parecen ser los paliativos que propone y su alta valentía personal.

Es evidente que, habiendo fijado como misión del escritor la de practicar constantemente la denuncia, condenando casi como una traición todo intento de intervención activa, por la posibilidad —tal vez la obligatoriedad— de transacción que acarrea, Martínez Estrada ha practicado rigurosamente lo que predica. Llevado por esa concepción de su misión, se ha dejado envolver no poco en cierto profesionalismo profético: no sólo acentúa la parte verbal de su denuncia de tal modo que mantiene el terrorismo de sus comienzos, relativizando todo reajuste de su visión, sino que ha desarrollado una exuberancia denunciante tal, que queda muy poco espacio para lo que no sea descripción del infierno. Además, ha-

biendo hallado en el desenvolvimiento de sus ideas, la imposibilidad de solución metafísica de lo humano —lo que parece defendible— la ha trasvasado al plano estrictamente social, sin discriminación alguna, y en virtud, posiblemente, de permitirse llevar a lo especulativo el lenguaje profético. De tal modo, y por causas que parecen mecánicas y externas, ha aumentado la apariencia de sostener una inexorabilidad infernal para lo social, que socava todos sus intentos de operatividad.

Finalmente, en la proclamación de su destino vocacional, e igualmente por falta de precisión, ha permitido que se deslice cierto aire de *elegido*, de *puro*, lo que, por una singular ironía, lo carga con una nota que ha querido evitar: si acusa al grupo porque designa chivos emisarios para que carguen con sus culpas, evitándose así el sentido de su responsabilidad, él parece justificarse y ponerse a salvo designando al grupo como extraño y exclusivo culpable, quedando él y unos pocos más al margen de toda responsabilidad.

La otra posibilidad de Utopía, inconciente, es igualmente un Paraíso perdido: Europa.

Nuestro constante desdoblamiento espiritual, como provincianos fronterizos accedidos a una cultura demasiado madura, nos ha provocado siempre reacciones singulares. Así, practicamos casi naturalmente esta actitud: cuando enfocamos un problema europeo, adoptamos una visión europea, con tablas de valores que se supone generales. Somos incapaces de juzgar naturalmente a Europa desde afuera, viéndola como realmente es (como la ve un chino o un hindú), y no como se ve a sí misma: como la forma por excelencia del hombre, cartabón ecuménico, al que toda otra cultura le parece un exotismo, una excentricidad. Todo problema, toda solución europea, tiene para nosotros validez universal. Pero somos, por el mismo esfuerzo que debe practicar el europeo, capaces de exceder ese planteo, y adquirir una visión más general. Es decir que, al juzgar a Europa, nos asimilamos totalmente la nuestra europeidad. En cambio, cuando nos planteamos la propia patria, somos incapaces de ese esfuerzo, e incapaces igualmente de juzgarnos naturalmente como el centro del mundo. Incapaces de un mirar abstracto, idealmente universal, e igualmente incapaces de un sentimiento naturalmente cómodo en una cultura local. Nos sentimos excéntricos, provincianos, con respecto a la cultura europea. Juzgamos nuestras imperfecciones o nuestras posibilidades desde Europa y hacia ella. Esta posición se torna dramática cuando, como ahora, Europa ha declarado su propia crisis y asentimos a esa declaración.

La primera actitud de Martínez Estrada ha sido juzgarnos así, acumulando las pruebas de que no éramos ni siquiera medianamente aceptables medidos con un cartabón europeo. Nunca ha superado totalmente tal actitud, y aunque en algunas obras cortas y parciales —dedicadas, por cierto, a temas europeos— advierte que Europa es esencialmente nuestro mismo planeta, no ha integrado en una visión universal su obra. A lo sumo, ha intentado corregir su planteamiento primitivo, advirtiendo esporádicamente, en sus trabajos orgánicos, que las diferencias entre nosotros y Europa son de detalle o de acento, y que, sustancialmente, el comportamiento del hombre es en todas partes igual, e idéntica su esencia. Pero en el tono general de su obra, persiste de tal modo esa visión estrábica, que, en conjunto, y a veces de un modo expreso, nos describe como a una raza réproba, cargada con un pecado original levantable. Aún cuando la diferencia expresa parece radicar para Martínez Estrada sobre todo en que nosotros —cultura horizontal— hemos depositado en cosas materiales el valor de las cosas del espíritu, poniendo en primer lugar lo que el europeo ha mantenido siempre en un orden secundario, nunca ha rectificado las presuntas imposibilidades absolutas que alguna vez señalara,

particularmente geográficas y de origen. Por lo demás, al señalar paralelamente que la cultura europea ha desembocado en un callejón sin salida, parece proponer la impotencia de cualquier salida eventual en esa dirección. La tentación, a que aparenta haber codido, de levantar en nosotros la personalidad de un pueblo réprobo, tal vez obedezca al inconsciente deseo de dotarnos de alguna futuridad posible y de una individualidad señalable, así sea en un demonismo abisal, en el que sean aplastados todos los valores humanos que, personalmente, le son deseables. Las tímidas advertencias que hace a favor de esos valores quedan, de nuevo, ahogadas en el desborde profético en que se deja arrastrar. Al no poder ya creer en nuestra situación de pueblo elegido para realizar los ideales de la cultura occidental, parece haber optado por un mesianismo al revés. A los profecías optimistas de los fundadores, que exigían un largo y trabajoso y aburrido camino para ser cumplidas, los herederos inmediatos prefirieron las declaraciones retóricas de suceso presente por la gracia de dios. Nosotros —y en primer lugar Martínez Estrada— parecemos estar prefiriendo cualquier distinción inmediata —así sea catastrófica— por reacción temperamental.

Estos me parecen los verdaderos peligros que, junto a tanto esfuerzo profundo y honrado, puede legarnos Martínez Estrada. O una fácil denuncia permanente e inoperante. O el deseo irresistible de ceder simplemente al juego del instinto —juego ya probado, con bien deplorables resultados—, renunciando a todo laborioso esfuerzo de edificar con él —y aún contra él en alguna medida— una estructura humana, contando con que el fracaso es quizás inevitable. O la zambullida en un demonismo casero, en alardes de *pueblo condenado*, forma inversa y resentida de asegurarnos una personalidad.

El método expositivo de Martínez Estrada, por el que se exploya sólo en las conclusiones, obviando y dejando tácitas sus intuiciones previas y sus análisis, y aportando los hechos concretos no como pruebas o puntos de partida, sino como ejemplos, resulta de la preponderancia de su estilo sobre su discurso: muchos de los hechos que enumera son discutibles, ya en su veracidad intrínseca, ya en la interpretación que les da, y aceptables sólo por la carga pasional que los acompaña, pero, de cualquier modo, no suelen tener mucha importancia, permaneciendo igualmente sostenibles las afirmaciones generales en que están subsumidos: son, simplemente, descripciones apartables de las hipótesis que ejemplifican. Pero, ello sumado al escaso rigor con que maneja simultáneamente categorías diversas (defecto también de estilo más que de pensamiento), ha provisto un desastroso ejemplo a quienes prefieren abdicar del discurso, y simular así, con literatura, vigilancia intelectual. Obrando en cierta medida a la inversa de como él lo hace, resulta fácil elevar a categoría el más pedestre hecho singular.

El machismo oscuro (más bien literario) que fué moda hacia 1925, prendió con facilidad y evolucionó ágilmente en la práctica, junto con la adhesión a la acción por la acción misma, y acarreó innumerables resentimientos, jactancia, y autocomplacencia. Con un método igualmente eficaz, y sobre esa actitud en vigencia actual, la renuncia al control operante sobre nuestras tendencias comunitarias, puede ser el saldo, que, por inclinación al mero brillo artístico superficial y por deseo de asegurarnos una individualidad, nos deje, bien a su pesar, la obra de Martínez Estrada. Verdad es que, en cuanto al valor de su obra, eso no le es achacable, sino en cuanto proviene de su falta de dominio sobre ella, y en cuanto señala sus quiebras. Pero, desde nuestro punto de vista, que coloca el juicio neutral al servicio de la posibilidad operante, es lo que cobra importancia. Y no parece ser injusto en el caso de Martínez Estrada, que ha hecho profesión de fe semejante y practicado manejos similares.

ISMAEL VISAS

Bibliografía de Ezequiel Martínez Estrada

A) TRABAJOS ORGANICOS

1) Poesía:

Oro y piedra, Ed. BABEL, 1918.
Nefelibata, Ed. BABEL, 1922. (3º Premio Nac. de Literatura).
Motivos del cielo, Ed. BABEL, 1924.
Argentina, Ed. BABEL, 1927. (1º Premio Munc. de Poesía).
Humoresca, Ed. BABEL, 1929. (1º Premio Nacional de Literatura).
Poesía, Ed. Argos, 1947 (Antología).

2) Teatro:

Titeres de pies ligeros (Ilustrado por el autor), Ed. BABEL, 1929. (1º Premio Nacional de Literatura. Estrenada por el conjunto del Teatro del Pueblo en la Asociación Wagneriana en 1931.)
Lo que vemos morir, Ed. Conducta, 1941. (Estrenada en 1941 en el Teatro del Pueblo.)
Sombras, en *Sur*, N: 87, diciembre 1941.

3) Cuento:

La Inundación, Ed. Emecé, 1943.

4) Ensayo:

Radiografía de la Pampa, Ed. BABEL, 1933. (Reeditado por Ed. Losada en 1942, 1946 y 1953.)
La cabeza de Goliat, Ed. Club del Libro, 1940. (Reeditado por Ed. Emecé, 1946.)
Sarmiento, Ed. Argos, 1946.
Panorama de las literaturas, Ed. Claridad, 1946.
Nietzsche, Ed. Emecé, 1947.
Los invariantes históricos del Facundo, Ed. Vianu, 1947.
Muerte y transfiguración de Martín Fierro, Ed. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1948.
El mundo maravilloso de G. E. Hudson, Ed. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1951.

B) COLABORACIONES

1) Poesía:

Misa de Requiem, en "Nosotros", t. XXVIII N° 107, marzo de 1918.
Tres motivos del cielo, en "La Nación", 25 de noviembre de 1923.
Argentina, en "La Nación", 6 de julio de 1924.
Tres estrellas de la Osa Menor, en "La Nación", 6 de julio de 1924.
El ciclo del día, en "La Nación", 18 de enero de 1925.
Estío serrano, en "Nosotros", t. LIV N° 211, dic. de 1926.
La vaca, la oveja, la doma, en "La Nación", 25 de septiembre de 1927.
Drake, mi perro, en "La Nación", 26 de febrero de 1928.
El carpintero, en "La Nación", 18 de marzo de 1928.
Variaciones sobre el tema de Baudelaire, en "La Nación", 17 de junio de 1928.
Leonor, en "Síntesis", t. VIII, 1929.

Humoresca quiroguiana, en "La Nación", 17 de marzo de 1929.
Fernández Moreno, en "Nosotros", 2º época, año VI, N° 64, julio de 1941.

Mensaje a la juventud, en "ALFA", Enero-febrero 1946, La Plata.

2) Ensayo:

Tesoros velados, en "Nosotros" t. XXVII, N° 102, oct. 1917.
El estímulo de vivir, en "Nosotros", t. XXVII, N° 104, diciembre 1917.
Energías anónimas, en "Nosotros", t. XXVIII, N° 106, febrero 1918.
Mester de juglaría, en "Vida Literaria", 1929.
Fragmentos de Radiografía de la Pampa en "Vida Literaria", y en "Trapalanda", 1932.
Discurso pronunciado en la cremación de los restos de Horacio Quiroga, en "Nosotros", t. III, 2º época, año 2, 1937.
Reflexiones acerca del error, en "Síntesis", t. V, N° 14.
Prólogo a Martín Fierro de la Ed. Jackson, 1939.
Estudio crítico sobre la vida y la obra de Guillermo Enrique Hudson, en una Antología del autor citado, Ed. Losada, 1941.
Génesis del Martín Fierro, en "La Nación", 19 de julio de 1942.
Nietzsche o el estilo, en "Revista de Humanidades", t. XXX, La Plata, 1944-1945.
Los fundamentos de la grandeza de América sólo pueden ser los de la unión, sin ninguna reticencia, en "Guía Postal y Telegráfica Argentina".
Lo gauchesco, en: "Realidad", año I, vol. I, enero-febrero de 1947.
Los personajes secundarios del Martín Fierro, en "Sur", año XVI, N° 168, oct. 1948.
Prólogo a Comedias de Shakespeare editado por Jackson, 1948.
Edición comentada de "Ensayos" de Montaigne, editada por Jackson, 1948.
Nietzsche: una filosofía dionisiaca, en "Cursos y Conferencias", N° 220, 1950.
Apostilla para la lectura de Nietzsche, en "Sur", Nos. 192/94, año XIX, Octubre-Diciembre 1950.
Norteamérica, la hacendosa, en "Sur", Nos. 192/94.
George Orwell: Mil novecientos ochenta y cuatro, en "Sur", Nos. 192/194.
El amor en la novela de Balzac, en "Cursos y Conferencias", N° 225/28, Febrero-Marzo 1951. Conferencia pronunciada el 4 de setiembre de 1950.
Medallón de Maquiavelo, en "La Nación", 14 de Marzo de 1954.
Anverso del Estado, en "La Nación", 15 de Agosto de 1954.

3) Conferencias:

Estética y filosofía de Guillermo Enrique Hudson, el 13 de Noviembre de 1934.
Sentido del error, en el "Instituto Popular de Conferencias", el 1: de Junio de 1934.
Conferencia de clausura de los festejos en homenaje a Hudson, 4 de Agosto de 1941.

ORLANDO J. SUEVO

Lo superficial y lo profundo en Martínez Estrada

Martínez Estrada hereda de Lugones la literatura del entremetimiento, iniciada después de 1853, cuando se afianza políticamente el país y se crea un sentimiento de estabilidad y equilibrio sociales. Antes de esa fecha los argentinos pensaban en función del mal mismo del país. Lo tenían ante sus propios ojos. Pero una vez caído Rosas, se oficializa la actitud absolutista, fomentada por la serenidad y la contemplación de un país que se engrandecía mecánicamente. Es la actitud que se perfila en Juan María Gutiérrez, se afianza en Joaquín V. González y termina con el suicidio de Lugones. ¿Qué había ocurrido? Una vez neutralizadas las

fuerzas negativas de la tierra y convertida ésta en un desierto, restaba un campo propicio para la pirueta personal. A partir de 1853, cualquier aventura intelectual era posible. Se creía, de acuerdo con la burguesía europea de aquella época, en el esfuerzo propio, de tal modo que, si queríamos tener una gran literatura, la podíamos tener. Así se inicia el juego literario de Lucio V. López, Manríela, Cané, Laferrere, Payró, hasta que vino Rubén Darío y nos dejó a Lugones.

Todos entraban en el juego amargo de crear en el vacío lo que más les conviniera. Y, así, unos recurrieron

al positivismo, otros al socialismo sui generis, otros al realismo literario, otros a un profesorado de tipo apostólico, y Lugones a todos ellos a la vez. Nuestra literatura adquiere desde aquella época ese aspecto bastardo de estar de más, de no ser necesaria. Se vivía en cierta manera en Argentina un proceso originario que en Europa ya se hallaba legalizado. También se jugaba en Europa a la literatura, pero se trataba de un juego tradicional. Allá los juegos literarios, los experimentos de Zola, los de los parnasianos, los de los surrealistas y de tantos otros conectaban entre sí. Entre nosotros, en cambio, eran amargamente solitarios y, para justificarlos, se los mezclaba con el juego político, el económico, el moral o el de la propia vida. Se tenía razón porque se atacaba o se defendía a Rosas o porque se hablaba de la necesidad del libre cambio o de su supresión. Era cuestión de embanderarse, porque, si no, un espantoso hastío nos arrastraba apresuradamente a París para aturdirnos. Y Lugones jugó al nacionalismo y a la poesía hispanizante, porque eso también llamaba la atención sobre esta vida de paria encubierto que todos creemos llevar adentro. Y cuando se tuvo que enfrentar con la propia soberbia de haber querido ser un gran literato a la europea y comprendió que no era más que una experiencia curiosa, la misma experiencia curiosa que el país había emprendido desde 1853, no pudo resistir y se suicidó. Faltaba en todo el empleo eficaz de la vida, la explicación exhaustiva de la vida, y, por consiguiente, faltaba realidad, oposición, lucha para que se estrellara la inteligencia y se convirtiera en objetos. No había en lo más profundo, una realidad y tampoco un país, porque ni la moral, ni la inteligencia, ni el estado, ni la sociedad eran el país. Todo se hallaba comprometido con el juego y no quedaban más que dos caminos a emprender: o una dramática filosofía de la soledad argentina (dado que a través de la *Revista de Occidente* se nos brindaba los elementos para ello) o reiniciar el humilde camino y retomar nuestra tierra y vestir sus harapos espirituales para afirmar nuestras vidas. Por un lado era cuestión de heredar, y, en cierta manera, salvar a un Joaquín V. González, por el otro, en cambio, a José Hernández. Y Martínez Estrada eligió el primero.

Era natural. Había que triunfar, había que ser lo mejor y seguir representando el papel de lo universal. Y toda su obra, desde el primer libro *Oro y Piedra* hasta el último artículo publicado en *La Nación* este año, adolecen, en mayor o menor grado de esa herencia nefasta de una desventurada experiencia de nuestra cultura, que se extiende del 53 a Lugones. Esta herencia es lo superficial de su obra. Y son superficiales su crítica moral, su juego literario, su angustia intelectual y la mecanizada casuística política que a veces se infiltra en sus obras. Y son superficiales todos estos elementos porque habían servido precisamente para mantener latente la ficción de la Argentina que va de Roca a Lugones. La moral burguesa, la política y la profesión literaria fueron motivo de peculiar insistencia y convirtieron nuestra realidad nacional en una realidad dicha, pero no sentida ni vivida, en una realidad teórica, sin realidad, precisamente porque se ponía la meta de nuestra acción en lo que nuestro país debía ser, pero no era.

Mas nuestra realidad espiritual sólo pudo surgir sobre la base de la mecanización de las fuerzas vitales. Un mundo apresurado concluyó necesariamente en el esquema. De esta manera en América no se vive, sino que se simula vivir en función de ese esquema. De la misma manera no se escribe viviendo, sino que se simula vivir utilizando determinadas ideas o conceptos que tienen la significación de puntos de reposo. La crítica moral, el juego literario y la postura política brotan de esos puntos y se mueven por entre la realidad del país como muletillas, con que nos evadimos de la vida con mayor seguridad. El proceso de la formación de todo intelectual americano desemboca en primer término en un orden de estabilidad y de amparo desde

donde resulta fácil llenar esta América, que prejuzga totalmente vacía. Recurre entonces a mentiras colectivas como la política, la literatura, el arte, la moral, que lo preserva del miedo original de estar sumergido hasta la coronilla en una América satánicamente vital. De ahí el orden y la legalidad y esa bastarda libertad defendidos por tirtos y troyanos, de ahí el juego literario, el culto de la forma y la moralidad ortodoxa exaltados por el literato. Son fórmulas preconcebidas para juzgar lo americano desde la evasión y la fuga, a partir de un estado permanente de proscripción, como buscando la convención más cómoda para justificar ese constante y subterráneo estar de más en América.

Y *Radiografía de la Pampa* se halla toda estructurada sobre las formas mecanizadas de nuestra cultura. Las encontramos en conceptos como el de la séptima soledad, la defraudación del conquistador, la disolución de la familia, la regresión que ejerce la tierra sobre las formas culturales, etc. Todos son mecanizaciones del malversado afán de dar a esta pequeña vida argentina un sentido falsamente heroico. Es la comedia del apostolado espiritual en medio de la prehistoria.

Y el persistente juego literario, acompañado precisamente por las ideas más negativas sobre el país (como pasa con el dramatismo de la "séptima soledad") alimentan la sospecha sobre la mala influencia de las generaciones de Lugones al 53. Para todos ellos el país siempre fué otra cosa de lo que se quería hacer con él, mediaba una distancia convenientemente cultivada entre el ser y el deber ser del país.

Y nuestra realidad, aún en Martínez Estrada, seguía en el amargo camino de una visión desde arriba, catalogada en el término inferior de las antinomias occidentales como idea-realidad, espíritu-materia, siglo XX-prehistoria, convivencia-soledad, familia-concubinato. Realidad, materia, prehistoria, soledad y concubinato eran el país, e idea, espíritu, siglo XX, convivencia, familia eran el plan de acción, mecánico, de los inmigrantes. Y *Radiografía de la Pampa*, que se sitúa en el punto medio de estas antinomias, representa simplemente la transición, la conciliación entre dos miras que desemboca forzosamente en la escéptica visión de un país falsamente desposeído. ¿Pero era realmente positivo el primer término de las antinomias? ¿Si la moral en nuestro medio se basa en el anquilosamiento de la vida, y en la frustración vital, si se trata de glorificar en literatura —y a falta de un pensamiento más hondo— el sentido común (que siempre ve en la luz lo positivo y en la noche lo negativo aunque viva en sentido inverso), vale la pena continuar la defensa de estas fuerzas mecánicas que nada aportan a esta amarga función de existir en América?

No cabe duda que el metro de comparación era falso. El intelectual argentino vive inmerso en un mundo creado por la voluntad de poder, que es el denominador común entre nuestra realidad ciudadana y el Occidente, pero no advierte el sentido extraordinariamente inverso que el país pone cuando desbarata cualquier producto de esa voluntad. El sentido de la vida americana está en lo inverso de esa voluntad de poder. La forma como Martínez Estrada se adhiere a Nietzsche lo pone de manifiesto. Este, como filósofo de la voluntad de poder, prevee trágicamente la decadencia de la vocación de crear, ese adelantarse al proceso histórico creador del espíritu europeo, que en vano procura exaltar. El fondo sedentario y primigenio de Europa está desbaratando, a través de las doctrinas colectivistas, la última aventura de la voluntad de poder. Por este lado, por el individualista, Nietzsche ha perdido su valor ecuménico y nada tiene que ver, por lo tanto, con América. Para nosotros, Nietzsche es utilizable, sólo como negador de los mitos anquilosados de la cultura occidental, porque entra, así, en la vigencia de una América demoníaca. Y la compenetración de Martínez Estrada con este último Nietzsche nos conduce a una encru-

cijada fundamental del pensamiento de nuestro autor. Porque, si, a través de la actitud herética del pensador alemán, tuvo la verdad auténtica de América en las manos ¿por qué se deja llevar por las fuerzas mecanizadas de nuestra cultura de oasis?

Pero ocurre que en una colonia en el desierto como es Buenos Aires, las formas estables y mecánicas del grupo social son demasiado fuertes para aventurar la afirmación de la regresión sin abandonar la dignidad intelectual. Entra en ello uno de los factores esterilizadores de nuestra mentalidad colectiva, porque cuando se busca la justificación, se recurre, como lo hace Canal Feijoo, al estudio serio y técnico de una realidad americana evadida de nuestros intereses inmediatos. Sin embargo en toda la obra de Martínez Estrada alienta como un supuesto no escrito el afán de tergiversar el orden de cosas. Pero se diría que, cuando quiere explicitar en un esquema inteligible la aprehensión de la verdad profunda del país, su verdad inversa a la convencional, el intelecto se encarga de desbaratarla, tornándola ambigua la sintaxis, oscureciendo los motivos y las intenciones como si fuera víctima de una regresión en función del miedo.

De modo que lo profundo de Martínez Estrada radica en la distancia que media entre *Radiografía* y su libro sobre *Martín Fierro*. Mientras aquél es el gran planteo de una realidad mecánica prejuzgada desde afuera, en éste la realidad se juzga desde adentro. Existe como una regresión de la forma de pensar de Martínez Estrada de una a otra obra. Y ello no es de extrañar. Consideremos sólo que la *Radiografía* nace alrededor del juego político de 1930, mientras que las partes más vibrantes de su *Martín Fierro* nacen cerca de 1943. Es interesante advertir que, a medida que van ocurriendo en nuestra realidad social acontecimientos cada vez más decisivos, el estilo de Martínez Estrada se hace más ambiguo y el exabrupto político, que aparece en sus obras, asoma como un elemento superficial, no sólo porque la política nada tiene que ver con el plano espiritual del país, sino porque nuestro autor recién está aprehendiendo su realidad profunda.

Por este lado entramos en lo profundo de su obra. Porque Martínez Estrada no va a quedar en la historia del pensamiento argentino porque haya hecho ver lo inmoral de nuestra realidad, ni por haber sublimado el planteo intelectual de su angustia en la supuesta soledad del hombre argentino, ni tampoco por su literatura y menos aún por su supuesta posición política. Lo profundo de Martínez Estrada es precisamente la negación de todo ello, es la conciencia de la regresión de nuestra realidad, es la de los invariantes de nuestra historia, es la convicción absoluta de que nuestro país es un país de estructura prehistórica, prácticamente ingobernable, anterior a la política y lo que es peor anterior a cualquier estructuración intelectual. Pero esto no para solazar un vanidoso pesimismo, ni menos para diversión de una postura de soberbia desposesión, sino en un sentido estrictamente positivo, incluso como afirmación vital, en el plano que mencionábamos más arriba, el de vestir los harapos espirituales de nuestra tierra. Esto mismo asoma en Martínez Estrada, muy a pesar de él. Lo genial de su obra es precisamente lo menos visible. Lo visible es el compromiso, el mecánico compromiso con su época, lo que elabora conscientemente, lo que pudo armar con sus propias manos, lo que fué de fácil adquisición y es por eso mismo fácilmente criticable. En cambio el sentido profundo de su obra es el que asoma detrás de su juego literario, es todo aquello que lo va venciendo paulatinamente, es —como dijera Luis Franco— el país que se hace conciencia en su obra.

Y donde ello ocurre es precisamente en el último capítulo de *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*. Ahí se anuda todo el pensamiento profundo de Martínez Estrada, cuando afirma el valor ecuménico del *Martín Fierro* basado

nada menos que en la regresión que, no sólo sufre nuestro país, sino el mundo europeo. Ello encierra un supuesto de extraordinarias proyecciones. Nos está diciendo que lo verdaderamente universal de nuestra vida cultural, que el punto en donde lo nuestro entronca con lo europeo, no es ni la perfección de la pieza literaria, ni la pureza moral de las intenciones de escritor sino nada menos que los elementos negativos del *Martín Fierro*, o sea el hábito prehistórico que asuela a nuestra tierra. ¿Pero no nos está afirmando con ello que nuestros invariantes, nuestras fuerzas mecánicas, son los invariantes de Europa? Si así fuera, ello supondría un pensamiento fecundísimo sobre la historia universal y la situación de América en ella. Porque lo ecuménico, lo universal no estribaría en la desposesión de bienes materiales y espirituales sino en lo negativo, lo que había sido desplazado al inconsciente, de tal modo que tiene, por ejemplo, mayor significación el sentido fatal del devenir histórico y la ardua lucha por la clarificación de la vida que ocurre en las masas, que los venerados principios de casta. ¿Entonces son también invariantes históricos, en el sentido de retorno a la prehistoria, los hornos de cremación de la Alemania de Hitler, el fascismo de Italia, el comunismo de Rusia, la guerra pasada que no ha respetado ni moral, ni cultura, ni ciudades? No cabe duda que todo ello es la expresión de una regresión tal como lo advertimos ya en el plano de la cultura. ¿Qué otro significado tiene la obra de Kafka —lo anota el mismo Martínez Estrada— en lo literario, la división entre comunidad y sociedad de Tönnies en sociología, la vida propia e impropia en Rilke y en Heidegger sino el de un estado de inquietud, un afán de mejorar el desequilibrado mundo de las fuerzas mecánicas y estables? ¿Qué significado tiene eso que llamamos movimiento obrero, que agita a Europa y al mundo, sino esa eclosión de las masas por buscar un derecho a la vida que había sido postergado por una burguesía evolucionada con demasiada prisa y que ha creado esa conciencia sobre la inmadurez de la cultura, la inutilidad de la máquina y del dinero y la indiscutible importancia del hombre?

Y es que vivimos una era de reajustes por el que el tiempo histórico, que vive la élite creadora, se ha antecedido en muchos siglos a la especie humana. La entrada de las masas en la historia no es más que esa sincronización de dos ritmos históricos. Y ese reajuste es extraordinariamente dramático, porque supone un retorno del sector social reajustado a formas históricas primarias. La prueba la tenemos en el gobierno-padre de hoy en día, el estado despótico de carácter tribal, que reedita antiguas formas arcaicas.

Y en el propio lenguaje de Martínez Estrada diríamos que su pensamiento es de que la miseria moral que implica el Facundo, el Chacho, el ayllu, los huashipungos, es la misma miseria a que retorna el mundo. O sea que el mundo se halla actualmente en búsqueda de su miseria. Pero entendámonos. No se trata de una miseria vista desde el punto de vista de la moral mecanizada de la clase media. Detrás del telón de la moral postiza están las antiquísimas fuerzas de la vida. Y esto que piensa Martínez Estrada puede revertirse fácilmente. La vida, principalmente en América, es naturaleza. Podemos ensamblar, entonces, su pensamiento con aquel otro de los pensadores europeos, que suponen que la solución de la crisis actual del mundo europeo está en la naturaleza, como lo pide Jaspers o en la comunidad, como dice Tönnies, ¿pero —agregamos nosotros— la naturaleza y la comunidad no son precisamente lo que Martínez Estrada llama prehistoria? Estamos de acuerdo en que Europa retorna a planteos primitivos, pero también lo estamos en que América no es necesariamente primitiva. El tono peyorativo de Martínez Estrada brota del compromiso con una época malsana y que hace que el contenido de su obra siempre sea traicionando en el último capítulo. Y sólo por ese compromiso el país es negado. Porque ningún pen-

samiento positivo puede extraerse de esta limitación del país a la Pampa. ¿Cómo pensar el bien y el mal de nuestro país si se traza una frontera que nos separa de América? Hay cierto nacionalismo pernicioso, feudal, a lo Lugones en su planteo y de una peligrosidad mucho mayor que la de los nacionalistas a ultranza. ¿Cómo es posible que disolviera en las antiguas fórmulas de la moralidad, la convicción de que el supuesto mal, que alejaba a nuestro país de los planes políticos de 1810 y 1853, era nada menos que un invariante de América que él no ha querido ver? Experiencias de orden racial diríamos, etnológico, que nosotros los jóvenes vivimos alrededor de 1948, precisamente en la época en que publicaba sus obras más amargas, probaron hasta qué punto nuestra Argentina, que es Buenos Aires, estaba ligada a América y cómo era cierta la americanización de la Argentina entrevista por Canal Feijóo. Y es que Martínez Estrada habría tenido que revertir su pesimismo en optimismo si incluía a América. Pero eso lo habría llevado a traicionar la vana estructura argentina que se organiza antes de Lugones.

En esto pasa a primer plano ese extraordinario culto de la paradoja de que hiciera gala Martínez Estrada. Por ese lado sospechamos que oculta cuidadosamente la solución. Es cualidad de nuestro intelecto frustrar toda probable evasión por intermedio de la vida. El puro intelecto vive siempre en la frustración por la simple razón de que el mundo, las cosas, los hombres, la sociedad y la historia son irracionales. De ahí que su pesimismo no sea primordial. La verdad profunda de su obra lo vence. La prueba está en que, lo que había pensado como un juego en 1933 en su *Radiografía de la Pampa*, ya no lo es en 1951 en su *Hudson*. Sus últimas obras contradicen, por su verdad literaria y por su autenticidad, al plan que había pensado en 1933. Existe una profunda diferencia entre la Argentina artificialmente pampeana de su *Radiografía* y la Argentina que describe en su libro sobre Martín Fierro. Su obra creció en dimensión americana y cuando realiza el salto paradójico con su trabajo sobre Hudson, busca, nada menos, que el momento universal de la Argentina. Y es que la obra de Martínez Estrada traiciona al Martínez Estrada intelectual.

Era imprescindible que se diese una superación de esos límites infranqueables en que había colocado al país en función del juego literario. Así tenemos que sus obras finales —y no Martínez Estrada— nos demuestran que la solución está fuera del país, en cierta manera en el plano de la historia universal y por lo tanto en la misma Europa. Parece como si se nos demostrara que América y Europa se equipararan. Mientras América continúa su ritmo invariablemente vegetal y prehistórico y rechaza toda verdad extraña, Europa retorna al mismo punto de las viejas soluciones, al antiguo y nunca abandonado afán de vida. De esta manera, si sacamos a la historia su sentido europeo y señorial y lo reemplazamos por una historia pensada en función de las masas, podríamos afirmar —ya un poco más allá de Martínez Estrada— que esa masa, que mueve a la historia, busca, hoy en día, su retorno a las fuerzas primarias, la forma de vida íntegra que encuentra inconscientemente en los sustratos de su historia, el ideal de vida que arranca directamente de la tierra y que nosotros vivimos aquí en América. En otras palabras, la evolución del concepto de vida y de hombre evoluciona ideológicamente en Europa hacia América, no en el sentido ingenuo de un contacto físico, humano, pero sí como fe en que aquí puede

renacer la especie dentro de la problemática social del mundo moderno.

La historia tiene leyes extrañas y ¿quién sabe si el pasado telúrico americano no habrá de dar la pauta al presente que están viviendo subterráneamente los pueblos europeos? La experiencia de la solidaridad social, basada antiguamente en América en la silenciosa rigidez del hombre comprometido con la tierra, puede ser la base inmóvil y vital del mañana, porque sobre esa base de la comunidad y del amparo social quieren asentarse las masas.

Para ello Martínez Estrada tendría que haber incluido a América en su pensamiento. Y que él no vaya tan lejos y considere, que lo que está más allá del Norte de la Pampa, son los Balcanes, no significa nada. Porque cuando afirma eso, se hace eco, precisamente, de la actitud superficial nacida en el tráfico comercial, y no histórico, del período de nuestra vida social del 53 en adelante. Y uno de los más graves errores cometidos por Martínez Estrada es, precisamente, no haber incluido a la Argentina en la historia. Mejor dicho, lo hace a destiempo, al final, cuando en verdad debía haberlo hecho antes. En ello participa del ideal argentino de los hombres que nos gobernaron a partir de Roca. También ellos creían que habían fabricado su historia que ella comienza en 1810 y termina en un futuro mercantilizado que nada tiene que ver con América. Para ellos Argentina era un país del futuro y no del pasado. Este a lo sumo no pasaba de 1810. Desde el fondo del tiempo venía, el concubinato, la prehistoria, el indio, América; hacia el futuro Europa, la familia, el progreso. Y Martínez Estrada nos priva de ese futuro mecánico pero no desmonta el tono peyorativo del pasado.

En este sentido es un escritor argentino pero de una Argentina anterior a América en el orden cronológico de nuestra historia. Y será anterior, porque será lo que resta de la factoría y del gaucho montaraz, hijo de españoles o sea de una Argentina de afirmaciones o negaciones rotundas, que excluye todo pasado y proyecta hacia el futuro las bambalinas de una nación sin contenido. En este sentido, lo superficial de su obra es el reflejo de una Argentina de inmigración, que piensa en función del juego y no se esmera en asegurar la espantosa inseguridad de vivir en el vacío, sino que sustrae sistemáticamente el trasfondo telúrico, con el que se crea el amparo primordial para este angustioso e inalienable estar en América. Lo profundo, en cambio, es lo que niega —aunque sospeche su verdad—, porque todo ello vendrá, mal que le pese, después de una Argentina soberbia, y meramente afirmativa, que será cuando se imponga el sentido prehistórico de América y la antigua conexión con los viejos lazos vitales de la especie. Diríamos que en América yacía una reserva vital para cuando la especie creyera en la hora de su extinción. En ese momento, y, en nuestro caso particular, la americanización de la Argentina, que ocurrirá y está ocurriendo, aunque no lo queramos, servirá para establecer el verdadero equilibrio en esta miseria de vivir en el mundo, porque será el momento en que la humanidad habrá postergado el último capítulo de su historia. La mentira y la verdad de la Argentina radica precisamente en esta inclusión. Para ello cabe acotar que si queremos comprender a la Argentina y discernir su verdad o su mentira dependerá exclusivamente de si la incluimos o no en la historia de América; es decir si la vemos desde su pasado telúrico anterior a España o si juzgamos a través de las fuerzas mecanizadas de nuestro medio.

RODOLFO KUSCH

Primera aproximación a Martínez Estrada

Suele ocurrir que quienes indagan las motivaciones culturales existentes en América, o se ahincan en determinar aquéllas a través de rastreos folklóricos, o en ignorar a éstos y colocarse en el terreno contrario: el del espíritu. Es evidente que desconocer los términos básicos de los cuales arrancan, en cualquier medio, las adherencias y ramificaciones de toda índole cultural, sean ellas estéticas, religiosas, sociológicas, éticas, etc., es consumir una decapitación gratuita - aun cuando la misma se halle racionalmente fundada - de cuantos elementos hacen posible el desarrollo de una cultura nacional. Lo nacional, sin duda, se constituye a partir de la aceptación inconsciente del folklore, construyendo con sus componentes integraciones fundamentales para la comprensión de la historia, la geografía, la etnología, la sociología, en sus trasplantes dramáticos, líricos, novelescos. Por consiguiente, resulta torpe substituir lo folklórico por lo universal, que en el caso de América, es sólo un subyugamiento a culturas europeas eminentemente nacionales, que, por otra parte, viven de sus propias raíces, de su folklore. (En líneas generales, podríamos declarar, pues para nosotros folklore es sinónimo de tradición, que en Francia, los antecedentes folklóricos de Rimbaud perfilan en Villon y en Rabelais, y los de Valéry en Mallarmé, Baudelaire, etc.). Repeler el folklore, por ejemplo, en nuestro país, es subestimar en lo que albergan de positivo, el *Martín Fierro*, *Santos Vega* o *Los mellizos de la flor*, ciertas hermosas páginas de *Don Segundo Sombra*, o aun, los aportes de Manuel Gálvez, es oficiar de profeta al revés, que por incapacidad para la profecía verdadera, profetiza sobre lo que, sin retorcida problemática, puede intuir al hombre de la calle, adornando su presentimiento, o su *aserción*, con el ropaje técnico, *ad usum*, que suministra cierto tipo de cultura universal - en préstamo - y nacional - , no sustantivada, sino adjetivada. En ese sentido, quienes se remiten a lo absoluto y se manejan al calor de las grandes palabras universales, estéticas, como "gracia", "pecado", "redención", "Dios", realizan una suerte de ronda mortal en torno a viejas cuestiones occidentales, "culturales", ya superadas por la tradición filosófica europea, que aplican como superestructuras, a América. El manipuleo de fastuosos vocablos filosóficos, éticos y religiosos, supone, necesariamente, el conocimiento intrínseco que esos mismos términos abarcan. Mal puede hablarse de "gracia", "pecado", "redención", "Dios" en América, cuando ésta carece de fundamento para el estridor de esas palabras. Antes de pronunciar las buenas y hermosas palabras que todos conocemos, pero que muchos por pudor usamos con prudencia, justamente porque son "bellas y seductoras palabras", hay que ponerse de acuerdo sobre su significado. Pues por cierto, así como no se puede proclamar el nombre de Dios en vano, así tampoco cabe edificar teorías donde se verifica un lanzamiento hacia zonas en las cuales ni siquiera existe la eventualidad de una lucha. Es imposible llegar al cielo sin atravesar previamente una tierra de nadie. Es, en suma, una senda negativa, aunque se pretenda suprimir obstáculos y avasallar diferencias. Es un callejón sin salida, al final del cual se yergue un Moloch.

Los que por su lado afirman, sin más ni más, el folklore como algo definitivamente conquistado, y al que no cabe desechar, pues cancelarlo o soslayarlo implica desestimar la corporeidad de una cultura, creyendo que ésta consiste en apreciar debidamente - damos el paradigma de nuestro país - la forma de los mates que se utilizaron en la colonia, en la época de Rosas, o en el tan comentado, traído y magnificado "gaucho", imaginando que en él germina el más limpio de nuestros veneros, el espejo viril en el cual debemos mirarnos para ser un pueblo trascendente, o, aun, concibiendo que del interior viene la fuerza, la salud, éscos ignoran de modo radical que todo ello, sin el acopio de la sublimación es materia inerte, palabras sin sentido alguno, o símbolos vacuos de una

realidad que pretenden captar al decir "mato", "yeta", "cabeceita negra", "Carlos Gardel", "el Peludo". Concebir que el tiempo transcurre es una certeza trivial. Pues bien, para quienes se alimentan de la materia muerta del folklore, el tiempo no vibra, el tiempo es cosa caduca. Viven un continuo presente, o un pasado que es continua presencia, y al cual no pueden abandonar por falta de idoneidad psíquica o histórica. Creen comprender a su patria expresando que el *Martín Fierro* (Primera parte, 1872; Segunda parte, 1879) es un gran poema, que su originalidad reside en la circunstancia de ser un fenómeno impar en la cultura americana y universal del siglo XIX, aun cuando lo único que hacen es cansar las estrofas de Hernández, sin apreciar el instante histórico en que se forjó el poema - desterrando, incluso, los a priori folklóricos - aislándolo. Olvidan que, casi simultáneamente (1884), en Estados Unidos, se concebía otro vasto lienzo de prosa lírico-realista, que para los norteamericanos es una epopeya nacional, o, por lo menos, la toma de su realidad: *The adventures of Huckleberry Finn*, de Mark Twain. Con la ventaja, a favor de éste y de la civilización estadounidense, que *The adventures* ha hecho viable, en la actualidad, a un Hemingway. Lo cual significa sublimar el folklore, superar el tiempo, extraer dinamismo de un elemento, tornarlo vivo. En cambio, el *Martín Fierro*, por ineptitud de quienes lo reverencian e inversamente, de quienes lo denostan sin razón alguna, no ha suscitado su paralelo, salvo esa burda novelaría de gauchos y chiripás y literatura grotescamente llamada vernácula, que suele brotar aun en provincias, o, disfrazada de lo mismo, en la ciudad de Buenos Aires, con la barra de la esquina, el café, la timba y el tango. El folklore, así querido, es arte mostrenco, pasivo, inactual e inactuante, incapaz de trascenderse. El folklore así entendido es un sepulcro blanqueado. Es vivir en perpetua quiebra, es tener conocimiento de la vida a través de la podredumbre de la muerte. Es, desde un punto de vista cultural, morir poco a poco. Es resentirse. Es ingresar en un túnel de cadalso y olvido.

Entre ambos extremos, está lo real. Está esa sede donde cualquier destrucción es afirmación, y donde exhalar un "sí" es destrozarse, una y otra vez, el corazón, dándosele a devorar a los dioses malignos que nos acucian. Es empezar por el autosacrificio, por una autoanulación. Es entrar en uno mismo, renunciar a *aquello* que nos ha nutrido hasta ahora, y yacer acostados en un lecho ardiente días y días, en plena oscuridad, en una purgación de las postreras adyacencias de la vida, de la muerte. Es encerrarse a solas con el alma y comenzar a dialogar con ella, a interrogarnos por todos los silencios que provocamos, por todos los sonidos que distraemos, por todas las alegrías que ahogamos, por todas las penurias que recordamos, por todos los fracasos en que insistimos, por todas las humillaciones que complacemos, por todos los compromisos que rehuimos, por todos los odios que no queremos, por todos los amores que dispersamos, por todas las frases que enmudecemos. Es estar días y días en la prisión del alma, en contacto con nuestra busca, sólo con ella, aferrándonos a la pesquisa de un signo, yendo en pos de un dolor, de un ruido, de un rayo de luz que cruza nuestro cerebro, rodando a veces en la cima, padeciendo el infierno de tropezarnos con la nada, y aún, seguir, continuar aún, porque estamos solos, y el hombre, siempre, desea vivir, desea que la cárcel no sea eterna. En ese lecho quemante masticamos las horas, llagándonos el cuerpo, hirviéndolo tanto que, al fin, el alma se nos escapa, se nos escurre como una arena fría, y, entonces, quedamos nosotros, *nuestro cuerpo*. Luego, somos una herida tan caliente, un dolor tan intenso, que ese dolor tan intenso, que ese sufrir nos obliga a irnos, a abrir puertas y ventanas, en darnos al fulgor. Respiramos, sobreviene la serenidad. Nos hemos descubierto. Hemos asistido al nacimiento de nuestra piel, hemos abandonado el alma hecha jirones, sólo se ahonda la sen-

sibilidad de nuestro cuerpo. El hombre se acepta con su propio límite, cuando la imaginación es un puro fantasma, algo que debemos considerar, pero a la distancia.

Más, ¿quiénes se atreven a penetrar en el abismo? ¿Quién desciende en él? ¿Quién osa permanecer en el bátraco? Pensamos que toda cultura - en particular, si ésta es un inicio, una promesa - es una aventura atroz que necesita aventureros implacables que quieran herirse en su selva. Y que pide héroes, mártires... y sacrificados.

Si recorremos nuestra historia cultural desde la edad en que Echeverría comenzó con sus atisbos - hasta ahora en que, singularmente, nos hallamos en el mismo sitio, en cero - y que aquél comentara con su pasión exacta, observaremos cuán pocos han sido los que se han arriesgado a hundirse en la realidad. (Empleamos el término "hundirse" en su más ceñida acepción: en la del encarnizamiento, en la del compromiso urgente e impostergable, en la de la clarividencia.) Algunos han admitido esa realidad, hasta la han incursionado, pero, o han preferido mantenerse en la superficie de los hechos, en la tipificación histórica, o han concitado una variante: han acusado. Sin poner en ello, claro está, más que eso: acusación. Algo les molestaba y confundía, y revolviánse contra el objeto que los rozaba.

Empero, entre nosotros, alguien se puso de pie frente a lo circundante. Fue E. Martínez Estrada. Nacido en 1895, crece entre los aires generacionales de 1910, en los que apunta un sentido criticista, mezclado a diversas corrientes positivistas, neorománticas, impresionistas, modernistas y post-modernistas, en su mayoría de abundante filón estético. Pasando por alto su poesía, en la que rindió tributo a Lagones, y en la que se muestra riguroso, frío, canalizado en fórmulas altamente esteticistas, de corte universal - aun en libros como *Argentina* (1927) - y cuya cima está marcada por *Humoresca* (1929), con sus versos a Leopardi, Baudelaire, Emerson, etc., su obra principal y aquella que lo transforma en fecundación perdurable es *Radiografía de la Pampa*. (1933).

Es indudable que quien en el futuro incursione con objetividad nuestra cultura habrá de señalar en la misma, y en el campo crítico, un *antes* y un *después*. En el centro se encuentra la diagnosis de E. Martínez Estrada. Si obviamos las influencias de Spengler y Simmel, en lo que respecta a módulos históricos y estancos metódicos, nos quedan entre las manos los residuos de una captación de la realidad como pocas veces se consiguiera en el país. Podríamos mencionar, entre otros, a Payró, Rojas, Ingenieros, Erro, Astrada, Puiggrós, Agostí, pero todos ellos son, en verdad, incidentales, no practican lo que más arriba denominamos "hundimiento". Y aunque extraen conclusiones históricas y aun "absolutas", se desplazan en una región cabalmente libre. Son tan libres - a pesar de las constantes sociológicas, morales y políticas - que lo que nos resta de sus buceos son aportes, matices, esguinces. En E. Martínez Estrada, no. En él no hay libertad. Al desplomarse en el abismo, se priva de ella, se compromete, y si bien tolera corticalmente apoyos culturales extraños, se zambulle en una atmósfera enrarecida, donde sólo queda la concretización de la cosa inmediata, el arraigo en lo circundante, en ese otro Gran Cuerpo que es el contorno, al que analiza,

discrimina y clasifica con la pasión cruel, fervorosa y lúcida de un ser que réta a un enemigo, y soporta y padece.

Situar entre paréntesis el espíritu y someterlo al choque de lo circundante es, en el caso de E. Martínez Estrada, la dura labor que emerge de su obra. El nihilismo que la recorre, largo a largo, sin complacencias de ninguna naturaleza, hace de *Radiografía de la Pampa* una expresión patética de la vida argentina, un total de quehaceres negativos, y aun peyorativos, que se ciernen, se enquistan y proliferan en nuestras existencias con la unción de una dádiva singular y preciosa.

Aunque se recoja de ese libro - y no nos extendemos al primer *Sarmiento*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, *La cabeza de Goliath*, *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, especialmente este último, en el que se esboza (aun con la aureola de una figura que vivió nuestra realidad desde el recuerdo, desde la tejaría, desde la esfera estética) esa especie de esperanza con relación a lo real a través de la naturaleza - un mensaje desesperado y, en cierto modo, corrosivo, el hallazgo de su autor es haber descrito lo patente sin las bridas de lo folklórico y sin maridarse con lo absoluto, con el espíritu. Su aceptación de lo negativo es una afirmación, y le permite con su ausencia de libertad en el mundo, ser libre en su mundo, proyectando con él una actitud despojada de metafísica, que le permite el descubrimiento de un espíritu que comienza a ser nuestro con el reconocimiento que efectuamos de su concretización.

Radiografía de la Pampa puede sintetizarse como sigue: *aprehensión de la realidad por medio de la negación del espíritu*. Parecerá paradójico, pero creemos que sólo a partir de esta destrucción, es decir, del mantenimiento de un *nuevo espíritu* - americano, argentino -, para lo cual E. Martínez Estrada ha tendido sugestivas líneas, puede discurrirse, sin alzar la voz y sin alardes grandilocuentes, sobre una filosofía americana. En ello mora la permanencia de *Radiografía de la Pampa*: asentir una realidad donde el espíritu vertical - europeo - no rige, donde el aplomo de lo horizontal - americano - está dado por múltiples situaciones reales, bien conocidas - desde el caudillismo hasta *El alma del suburbio*, de Evaristo Carriego, desde la *Representación de los Hacendados*, de Mariano Moreno, hasta la deserción de Rosas en Caseros, desde la polémica de Sarmiento con Alberdi hasta la publicación de *Historia de la Argentina*, de Ernesto Palacio - es, en una palabra, arrojar a la consideración de un ámbito cultural determinado herramientas de abordaje de feliz acumulación positiva.

Acaso este leve acercamiento que hacemos a un sector de la obra de E. Martínez Estrada peca de excesivo y, en su lado menor, de simplemente probable. Mas no olvidemos que aquél aún posee en su haber extensos y disímiles trabajos inéditos, que, sin duda, permitirán ampliar, reducir o precisar aun más los planteos anteriores. De todas maneras, el hecho de haber contribuido con *Radiografía de la Pampa* al esclarecimiento de buena parte de nuestras escurridizas esencias, basta para asegurarle a E. Martínez Estrada sino una rumorosa, por lo menos segura inmortalidad.

F. J. SOLERO

La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada

Si se considera el año 1930 como tope inicial del nacimiento de la nueva generación - la de los hombres que de una u otra manera comienzan ahora su faena vital configurando una unidad cultural no tanto cronológica o estilística como unidad de problemas -, se cuenta con un elemento preciso para intentar una previa y fundamental ubicación sobre la cual articular correlativamente su descripción y su explicación. Y si 1930 es una de las culminaciones visibles de ese continente sumergido que es la historia argentina posterior a Ca-

seros, 1890 sería el primer cráter que pugna por poner en la superficie todos los detritus de un gigantesco y desconocido proceso submarino. La primera tentativa por desbaratar la rígida y excluyente dualidad que se había impuesto después de 1852. Lo que en julio de 1890 revienta para disolverse en breves círculos concéntricos son las primeras manifestaciones de la liquidación de esa época chata y eficazísima que en el plano europeo se llamó victoriana y que en nuestro país se conjugó con el roquismo-positivista del último cuarto del sig-

lo XIX, que llevó a sus instancias finales, desnaturalizándola, la adhesión de Sarmiento a Spencer, y que creyó realizar - desfigurándolos - los postulados de Alberdi. Y que al rebalsar el límite secular, cubre con su ambiente y actitud la ancha primera década de este siglo en la creencia de que la humanidad había llegado al dominio de su propia conciencia, alcanzando con ello - en virtud del enurciado "saber es poder" - la posibilidad de consciente autoformación (1). Era una época escéptica, pero que de creer, hubiera asegurado que Dios estaba de su parte.

1890 desde ese punto de vista implica todos los signos de lo que después se desencadenaría: crisis del positivismo como repertorio sistemático de respuestas para todas las preguntas que se podían abrir bajo los pies del satisfecho caminante de la época roquista; y crisis del positivismo como desbarajuste de su humanismo universalista y progresista. Y también crisis de las minorías que en nuestro país se desplegaban en la órbita de la oligarquía terrateniente usufructuaria de la guerra del Paraguay y de la campaña del Desierto (porque el negocio pacífico de la época rosista seguía en vigencia con sus rotundas ventajas). Un mundo de certezas se iba transformando así en un universo de miedos.

Junto y por debajo del mitrismo desplazado y del catolicismo resentido (2) iban apareciendo los desterrados del gran danzón de la política: algunos eran hijos de antiguos condenados, otros los primeros brotes de los recién venidos: eran los outlaws de la historia argentina que empezaban a incursionar por las lisas calles de esa Ciudad de Dios donde sólo los fieles podían ser ciudadanos y que esaban de gemir su desposesión para internarse entre los Santos acometiéndolos y arrollándolos.

Era el 90 contra el 80. La reacción contra la mezcla de gratuidad y dandismo de esa fecha signo; contra una de las facetas de su peculiar estilo considerado como conducta: el dandismo mitad insulto y mitad deslumbramiento, afán por ser espectáculo y creación para anonadar desperdigando palabras, citas, multitud de citas, con todas las implicaciones de superficialidad que eso supone en tanto transferencia implícita de responsabilidad intelectual, de *excursión* cultural que permite internarse en algo conservando la íntima certeza de que no se trata de una cosa definitiva ni puede haber consecuencias porque el regreso se logra con un oportuno tirón de riendas.

La multitud de posibilidades condicionaba la irresponsabilidad, y el hombre no se insertaba trágicamente en nada, no sentía la demora de la preocupación, sino que transitaba sin cesar, sin conocer resistencias, escamoteándose con una coherencia excesiva al depositar cada uno de sus actos como un pulido y sólido huevo, sin implicaciones ni cordones umbilicales. Cada uno de los propios actos extranjero, cerrado en sí mismo. Casi como si no le pertenecieran. Pues el típico representante del 80 argentino es un hombre que exteriormente *sabe estar sobre sí, que se controla, que sabe dominarse y se conserva disponible en su solidez repleta de sí mismo, sin secretos por demasiado llena*. Porque ni la literatura ni la vida, en realidad, suponen la responsabilidad de una polémica definitiva y decisiva, sino el hallazgo - *la trouvata* - que ocasionalmente surge deslumbrante en las disgresiones de la *causerie*, de las *curiosidades*, de la *crónica ligera*, de las *notas dispersas*, y que configuran algo inconstante, reversible - de esto o de aquello, lo mismo da -, que no exige concentración ni excluye la distracción.

1 Conviene recordar que poco antes de su muerte, los diarios de Buenos Aires publicaron la noticia de que el general Roca había visitado oficialmente el templo de la Humanidad en Río de Janeiro.

2 En 1882 Goyena atacó las críticas al tradicionalismo colonial basadas en Comte, Darwin y Spencer. Años después, Estrada fue separado de su cátedra por un gobierno liberal-positivista. Pero, a pesar de estas circunstancias, los católicos representativos de ese período aspiraban a conciliar el principio de autoridad con la libertad, su religión con el progreso y creían a la vez en la infalibilidad del Papa y en la de la democracia.

Todo no es más que un toqueteo ambiguo sin esfuerzo ni fidelidad que corretea desapasionadamente al escape de la diplomacia - externidad en el ejercicio y en la localización - que supone la tramposa sensación de infinidad, de poder realizar cualquier cosa, a la vez que el decoro sin riesgos del segundo plano que a nada obliga y la formal ligereza del escamoteo verbal y político.

Se "derramaba a manos llenas el talento" sin ninguna exigencia por fundamentar una unidad bajo ese estandarte divertido y suavemente repugnante del 80 - más o menos canillesco o distinguido - que imponía la literatura y la vida como prueba de una multiplicidad heterogénea de actitudes insignificantes. Nada resultaba medio ni obstáculo, apenas vicisitud de un espectáculo inconsciente y multicolor. El mundo aparecía como un repertorio de posibilidades y nunca como una unidad macisa: probar ingenio componiendo una comedia en veinticuatro horas, probar hombría sacudiéndose el trasero frente a las trincheras paraguayas, probar de explicarse batiéndose sin sentido, probar que el sobrino de un tirano reaccionario admiraba a sus magnos adversarios progresistas, probar la autoridad del mando sabiendo *quedar bien*, probar su calidad sabiendo *colocar la frase*. Decir "país de porquería" y ser tolerado por que al fin de cuentas se trataba de uno de ellos. De los Santos. En quienes es virtud imputarse pecados. En resumidas cuentas: hablar de los propios pecados. Y hablar de los propios pecados es no ofender a nadie. Comprender la importancia de la pose que es la estética del-cómo-ven-a-uno-los-demás y la ética del que quiere verse como un objeto amparado en el apéñuscamiento creado a su alrededor, y que en función de ellas se adorna, *se cuida*, mostrándose prolijamente en la comedia de sus actitudes irreprochables pero sin entregarse jamás. Persiguir como ideal el *hombre de mundo* desvanecido y vuelto hacia los demás, que se complace en su propia cristalización y en su sutil reserva, pero que al deslizarse hacia esa tendencia incoercible a aglutinarse en la espesa jalea de las cosas, únicamente *prueba*: la ropa para ver qué tal queda, la comida para ver qué tal sabe, al prójimo con el manoseo de la charla, la palabra con el jugueteo del *calambour*, los conceptos, las aparentes antinomias con la ambigüedad de la paradoja.

En fin, probar la vida con la punta de los dedos paladeando sin aprobar ni reprobar, ejerciendo el escepticismo de esa época como revoloteo - singular suspensión o indecisión - sólo para mirar en derredor controlando la opinión del auditorio sin presentar ninguna responsabilidad rigurosamente individual. Sin advertir que la suma de sus actos no configura un obrar en tanto nada resulta de ellos ni nada modifican. Que se deja todo como estaba antes de la palabra o el acto, porque nada se alaba o se vitupera. Simplemente se glosa. Para resultar ameno que no es sino tener la preocupación de contar con varias "salidas". Ser ameno para no decepcionar. O lo que es lo mismo, ser como los demás esperan que se sea. Porque para ser ameno es indispensable no tomarse en serio, es decir, no *tomarse definitivamente* sino poderse soltar a sí mismo para rebotar en un ágil peloteo contra los otros cuando los otros empiezan a sospechar que si nos tocan con el dedo van a encontrar algo propio, delimitado y que naturalmente no es maleable sino definitivo. Ese misterio que supone el esfuerzo de la responsabilidad. En otras palabras: cuando alguien empieza a ponerse en ridículo.

Todo esto, en gran medida por lo menos, es lo que entraña el 80 en tanto fué un momento que supo *quedar bien* al nivelar los problemas esenciales a la altura de las preocupaciones cotidianas viviendo en función de una ética puramente social: la salvación no importaba sino la ubicación, es decir, la moral de todos, la moral de la apariencia. Una moral no de fundamentos sino de colorarios, no de rigorismo sino de adecuación. Se vivía, en cierto sentido, en el anonimato de la cotidianidad.

Los hombres del 90, en cambio, perdían la compostura quedando en ridículo y desubicándose sin tino al buscar una justificación para las cosas, desventuradamente desnudo, en

su falta de intimidad, abiertos al mundo sin cálculos ni desconfianzas, sin un rincón contra el que apoyar la cabeza y guarecerse. Querían tener más de lo que se les asignaba porque sentían la posibilidad y la necesidad de ser más; pero en cierta perspectiva general. De ahí que reaccionaran contra el imperio de la exterioridad porque la publicidad les resultaba trivial: su gusto por la conspiración y por las palabras y actitudes esotéricas es iluminador en este sentido. Y no necesitaban de la palabra precisamente porque contaban con el impulso de la desposesión resentida. Su mística participaba del caos de la montonera y del frenesí del saqueo. Y el asalto siempre se realiza en silencio. Por eso es que vemos a las figuras claves del 90 intentando embozarse en su propia desgracia. Y por carecer del brío necesario para hacerse cargo de ese peculiar impudor que supone la personalidad inequívoca, tuvieron que encubrirse en el oscuro traqueteo fúnebre de un coche.

Su incursión por la Ciudad había resultado infructuosa, dejando como único saldo el desamparo. Su anacronismo - ya como románticos rezagados o como idealistas prematuros - los anuló en su penosa desubicación. Pero las sucesivas decepciones implicaban - por otra parte - un acrecentamiento de su desesperación y una sorda potencia de esperanza.

Así quedó humeando, melancólicamente frustrada, esa tensión hacia la superficie de julio de 1890. "La revolución fué vencida, pero el gobierno cayó". Abajo quedaba ese informe continente en fermento; por encima se iban superponiendo los gobiernos de repuesto. Se prolongaba ese dualismo originado entre unitarios y federales cristalizado definitivamente en el *Facundo* y ejercitado trágicamente por Rosas: un mundo de Santos y otro de Réprobos; uno presente y el otro necesaria y correlativamente excluido. "La revolución fué vencida pero el gobierno cayó". Incoloras y decorosas figuras intentaban demorar o por lo menos encubrir ese magma que rechinaba trágicamente en su impulso hacia la plenitud; y apenas si la impavidez parnasiana quedaba acquinada ante su contraparte zoliana que torpemente se hacía cargo - para describirlo - de ese mundo agazapado que en América y en la Argentina intentaba incorporarse. Ese mundo que pugnaba por conquistar con su puesto un sentido: una dirección y una explicación que involucraban un límite. Un fin. Que quería definirse en una posibilidad de acción. "La revolución fué vencida, pero el gobierno cayó". El desorden había sido excluido sin advertir que se trataba sólo de un orden inesperado, algo que decepcionaba a los esquemas, pero no la ausencia de algo positivo. Se excluía el desorden histórico negatorio del orden vigente sin comprender que aquel implicaba reconocimiento del segundo. Se sometía así la realidad a un orden geométrico desvitalizado, sin entender que la historia acarrea consigo la pluralidad y toda pluralidad supone la contradicción. "La revolución fué vencida, pero el gobierno cayó". El gobierno había muerto pero dignos cadáveres retrasaban todo eso que se gestaba en un silencio implacable bajo el lema impuesto por Roca, mientras su contemporáneo progresista-positivista de México enarbolaba el "Poca política y mucha administración", a la vez que en Cuba la rueda de los imperialismos se lanzaba a girar y el prepotente reemplazaba al caduco, sin advertir que en todo reemplazo se marca un final, y que si hasta ese momento había sido Europa la beneficiaria, los últimos despojos no eran nada más que restos.

"Paz y administración", enunciaba Roca: calma, orden, largas filas en silencio - o a lo sumo en comentario reposado - esperando el ferrocarril que llegaba, manteniendo el taciturno acatamiento a la jerarquía de los corros diestros. La cruzada contra la Gran Deserción había sido aniquilada. Todo permanecía igual a sí mismo, curado de cualquier cambio en la inmutabilidad de lo idéntico. La contradicción era paralizante; eliminatoria, no resolutoria: de los elementos que se contraponían había que acatar a uno y excluir al otro. Revolución vencida, paz administrada: se había logrado un remedo de intemporalidad y todos los excluidos esperaban con la lengua afuera para comulgar con el pan que los Santos

se sirvieran otorgarles, con la Hostia Bendita de la Neutralidad.

No hubiera sido necesaria una identificación de los términos contrapuestos, pero sí la posibilidad de una subsunción en una totalidad que a la vez fuera índice de referencia y que, al destruir el marco de la identidad, diese lugar a la oposición, como posibilidad de síntesis y como desenvolvimiento de sus valores esenciales. Pero la reiterada polarización de nuestra historia remite implacablemente de un extremo al otro: parece imposible la novedad. Todo vuelve a su punto de partida. No existe no ya la posibilidad de superación, sino de mediación sintética entre los irreconciliables. Se siente todo cerrado, pues la aparición de un nuevo término significaría el futuro.

"Paz y administración", enunciaba Roca. Pero podría haber dicho "La naturaleza no pega saltos", y hubiese sido lo mismo. No entendía que la historia procede por descargas de un ritmo constante, pero que son intermitentes.

Pero el 1900 señala el surgimiento del arielismo receloso de la prepotencia imperialista, de la tramposa eficacia progresista y del mecanicismo positivista. Rodó se opone a la supremacía del método experimental y del criterio utilitario que habían configurado esa actitud especial de *atenerse a lo dado*, dentro de lo cual los hombres se consideraban como seres entre las cosas, las que a su vez se encontraban fuera de ellos respondiendo a sus propios nombres y siendo de inmediato percibidas, precisamente por ellos que se sabían definitiva y sólidamente ubicados.

La generación que se dejó envolver por los postulados del arielismo fué una generación *desubicada*, generación entendida más como una circunstancia histórica que como una categoría histórica - constituida por confusos viajeros que no acertaban con las dimensiones de su contorno, suicidas que fueron llevados a su desesperación por acentuar con exceso su idealismo polémico frente al positivismo caduco (3); un idealismo moral, un idealismo de ideales, que haciéndoles sobreestimar su realidad por un proceso de sustancialización de lo que no tenía nada más que un carácter ideal los llevó en primer término, por nuestra constante de polarización ante la auténtica precariedad, a una teoría socialmente autoritaria (Lugones: fascismo-primoriverismo-uribarismo), para concluir en una concepción nihilista (1938: año suicida).

Ese arielismo - idealismo entendido no como cautela frente a los hechos y las cosas - condicionó en la Argentina la aparición de tres libros que marcan bien a las claras la toma de posición de los hombres surgidos en los primeros años del siglo frente a la teleología progresista del positivismo: *Pro-meteo* de Leopoldo Lugones, *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas y *El solar de la raza* de Manuel Gálvez. Estos tres libros aparecieron entre los centenarios políticos conjugándose cronológicamente con los años 1912 y 1916 en un intento total - ya en plano del pensamiento, ya en el plano de la acción - por otorgar una transcendencia a todo lo argentino (la Grecia homérica para Lugones, la América inicial para Rojas, la España clásica para Gálvez, y el culto del Héroe para *El Hombre* de Horacio Oyhanarte en cuarto término, obra desestimable por muchas razones, pero que es clave y guión de las proyecciones de la reacción contra el roquismo-positivismo) (4). Aquella transcendencia de lo ar-

3 El roquismo caduco y el positivismo agonizante marcan sus signos de muerte en un mismo año: en 1906 Pellegrini gime su *Mea culpa* tardío; y también en 1906 Ameghino reza su tardío *Credo* científicista.

4 *El Hombre*, de Oyhanarte, se hacía eco de la enorme difusión y vulgarización de Nietzsche como crítica al optimismo filisteo respecto del progreso, como inversión de la satisfacción por el riesgo y del amor a lo próximo por lo lejano y, en tercer término, como postulación de un idealismo opuesto y superador de todo sensualismo y atomismo. Claro está que esta concepción biográfica de la historia no podía advertir —por multitud de causas— las últimas instancias de ese ataque al individuo mercantilizado y del elogio a la personalidad sobrehumana.

gentino se lograría por medio de una potenciación de su ser en virtud de una referencia constante a sus fuentes y a su raíz.⁵⁾

Intentaban así los hombres del 900 llegar a ser en la medida en que iban más lejos de sí mismos rebalsando los límites dados y otorgándose consiguientemente un proyecto. Es decir, que pugaban por ser realmente. Por ser hombres con porvenir de tales al alcanzarse a sí mismos, mirando por encima de sí mismos, porque presentían que el hombre era la finalidad del hombre. En fin, ansiaban por todos los modos trascenderse, porque esa trascendencia no era en resumidas cuentas sino el sustentáculo de su oposición al realismo roquista, a la immanencia del período positivista que parecía liquidado definitivamente con la muerte de Roca en 1914 y la de Porfirio Díaz en 1915 (6).

1911: en México salta a la superficie y restalla esa fuerza elemental que latía por debajo de las falsas estructuras. La desesperación nacional hizo brotar a Madero y una lava roja cubrió todo el país con Huerta y con Carranza; y después Villa y Obregón y Zapata y Calles chapotearon en medio de esa jalea que aumentaba día a día al compás de la Adelita oponiéndose rabiosamente a todo lo que fuera orden condenatorio y excluyente.

Pero en la Argentina, no. La lava no salpicó ni encogió a nadie. La relatividad de todo lo particular no pudo integrarse en la unidad coherente del proceso histórico mismo. La inercia del país, la immanencia heredada del roquismo, revertía todo sobre sí - hombres, hechos, instituciones -, y al permanecer así cerrado acaba por reducir todo lo real a lo idéntico. En fin, se racionalizaba nuevamente la realidad al restaurar aquel remedo de intemporalidad en lugar de conjugar las dos fases como dos momentos de la historia: lo pasado y lo que pasa.

La trascendencia que propiciaban los hombres representativos de la generación del 900 cayó lamentablemente en la emboscada del éxito, en el ejercicio del escribir en función de un público inerte, acrítico, que ansiaba contar con tres o cuatro escritores a quienes exhibir estadísticamente con sus ejemplares vendidos, con sus traducciones políglotas y con sus flores naturales para creer que en el país había gente responsable, realmente comprometida: los héroes homéricos se transmutaron en generales anacrónicos. Héctor el domador en un sargento de caballería, lo elemental americano fué escamoteado por Incas de Chateaubriand y la dramática España de Queredo devino en una estólida visión de requeté.

El diestro imperialismo europeo condicionó el otorgamiento de lo que se podía exigir por medios dramáticos. Inglaterra se disponía a defenderse y requería calma en la trastienda colonial: que las colonias fueran mansas, que sirvieran, que rindieran su cuota de eficacia. Y así Yrigoyen llega al gobierno en paz. Y si denuncia al Régimen y confecciona la Causa, apenas si es para crear una nueva dicotomía reiterativa: los Puros y los no-Puros, los abelitas y los

⁵ Es muy significativo que en un mismo año se empezasen a publicar la *Biblioteca Argentina* y la *Cultura Argentina*, de clásicos nacionales, y que el Ateneo Nacional de la República Argentina proyectase ediciones completas de clásicos argentinos.

⁶ Cfr. José María Monner Sans, *La función social de nuestra generación*, *Revista de Criminología*, Bs. As., junio de 1915.

Id. *La maestra normal*, de Manuel Gálvez, publicada en 1914 y considerada en su momento como un ataque al normalismo, verdadera pedagogía intrascendente, carente de un profundo proyecto humano.

Id. *El intelectómetro*, de Alejandro Korn, crítica virulenta al positivismo pedagógico de Víctor Mercante, junto a quien hay que citar los nombres de Pablo Pizurno, Manuel Antequeda, Alfredo Ferreyra, Leopoldo Herrera, Alejandro Carbó, Rodolfo Senet, Pedro Scalabrini, Carlos N. Vergara, M. S. Victoria.

Id. Federico Pinedo, *En tiempos de la república*, Ed. Mundo Forense, Bs. As., 1946, donde cuenta su reacción idealista frente a la prédica positivista de Carlos Octavio Bunge en el año 1911.

cainitas. Siempre así, porque la inerte neutralidad continúa siendo piedra de toque, piedra anclar a la cual todos se aferran. Que no haya dramaticidad, que el volcán se quede en Vesubio de postal. Que la buena gente lo visite con respetuoso asombro sin intranquilizarse: el Vesubio se puede tocar, se puede palpar, mantiene su decoro ateniéndose a su permanente exclusión. "Los hombres deben ser sagrados para los hombres". La frase cabal parece convertirse en tranquilizadora consigna: "Que nadie se meta con nadie". Porque "los hombres deben ser sagrados para para los hombres". Es decir que en un mundo de becados, empleados y jubilados, un mundo inalterable en su perfección de paradigma platónico, hay que conservar las distancias, los ochenta centímetros indispensables entre hombre y hombre y necesarios para distinguir entre Angeles y Demonios. La pedagogía elemental argentina se fundamenta así en el "¡tomar distancias!" y en los guardapolvos blancos. El decoro determinando lo sagrado que los hombres deben respetar en los hombres. Las denuncias, demoradas; la polémica fundamental, rezagada.

Ese decoro, esa compostura externa, alcanzaban límites insospechados: un campeón de boxeo, con un rígido sombrero; un cantor popular, tieso de atildamiento; un escritor famoso por un libro, enervado detrás de la arquitectura de fachada de una casa que participaba de la trinchera y del museo. La apariencia era ocultamiento y defensa. Pero ese aparecer no era en definitiva sino el ser y su relatividad, absoluta.

La fe en lo trascendente parecía nuevamente trocada por las buenas razones de lo immanente. Lo que tenía que ser superado, surgía sólidamente restablecido.

Lugones, la figura signo de la generación del 900, señala con precisión ese tránsito desde el mundo resuelto por la respuesta total del positivismo liberal y universalista, a través de ineficaces místicas sustitutivas, hasta el precario nacionalismo apegado a una salvación limitada y relativista; y que si bien —como se ha visto— contempla el pasado como posibilidad integratoria, ante su presente y en función de su inicial idealismo ético, naturalmente construye una nueva dualidad contrapuesta a la del yrigoyenismo, determinando un "gran pueblo argentino" frente a una "clientela de la urna". De esa manera intenta Lugones conservarse en su decoro, porque hay en toda esa cosa amorfa que pugna por desplegarse en su contorno, que le provoca horror y le hace erabolar el signo del sable puro e incontaminado.

Lugones —esgrimista nato— en virtud de ese especial purismo, siente en medio de una realidad confusa la urgente necesidad de adherir al deporte limpio, al juego estético de la pedana que se resuelve en los rulos y volutas del sable, agudo, retórico, y que concluye en la muerte pura, en el suicidio, que en este caso surge como la muerte neutral, en tanto parece aislarse de la vida y no querer ser un acto en ella; no cerrarla sino quedar al margen. La vida de Lugones, entonces, su trayectoria, explican su muerte; pero ésta no justifica a aquélla. Su suicidio, en última instancia, como acción negativa, no es sino la no-acción negatoria de toda responsabilidad.

Son años claves: Lugones pronuncia su discurso del centenario de Ayacucho en 1924 y los hombres que se nuclearán en torno a la revista *Martín Fierro* inician de una forma u otra su faena literaria: Francisco Luis Bernárdez publica *Orto* y *Bazar* en 1922, *Kindergarten* en 1924, *Alcázar* en 1925; Jorge Luis Borges, *Fervor de Buenos Aires* en 1923, *Lena de enfrente* en 1926, *Cuaderno San Martín* en 1929; Eduardo González Lanuza, *Prismas* en 1924, *Aguillares* en 1927; Leopoldo Marechal, *Los aguilluchos* en 1922, *Días como flechas* en 1926, *Odas del hombre y la mujer* en 1929; Carlos Mastronardi, *Tierra amanecida* en 1926; Oliverio Girondo, *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* en 1922, *Calcomanías* en 1925.

Algunos títulos llevan como consigna destruir la rigidez de lo vetusto, "la funeraria solemnidad del historiador y del catedrático", desbaratar de una buena vez la immanencia anterior con el ejercicio deportivo de lo irracional:

La musa de la mala pata, La rueda del molino mal pintado, La calle con un agujero en la media. Hasta *Cuentos para una inglesa desesperada*. Lo que quedaba enfrentado a la burla de la nueva generación era lo serio, lo anquilosado, lo muerto por lo tanto, y el panorama argentino nuevamente se escindía: El martinfierrismo frente a todo lo anterior. Su misma actitud esotérica implicaba una dualidad y una exclusión. Y una tranquilidad consiguiente. Lo Serio y lo Divertido. Lo Viejo y lo Joven. En otras palabras: lo Muerto y lo Vivo, lo Excluido y lo Vigente; porque era lógico que fuera éste último lo único valedero y lo que necesariamente debía sobrevivir. El mundo, la Argentina, eran a partir de entonces; la historia comenzaba en ese momento porque todo lo anterior era no-historia.

Con el andar del tiempo, al plantear el autor de *Historia de una pasión argentina* - uno de los hombres claves de esa generación - una nueva dicotomía, la Argentina Visible iniciará su derregado paso de chivo emisario, mientras la Argentina Invisible - conformada por arquetipos definitivos y excluyentes - aniquilará toda pretensión de diversidad y de polémica en virtud de una filosofía quietista y sin futuro atendida a enunciados macabros por su silencioso y total imperio. La diversidad polémica estriba en la idea de una libertad y configura la posibilidad - la expectativa - de una síntesis de acuerdo con las posibilidades dramáticas de la realidad. Esa creación de tipos excluyentes, en cambio, si bien ofrece las ventajas de cierto fideísmo y del valor emocional de una concepción de la realidad como un hecho unitario, presenta el grave inconveniente de la proclividad a un fatalismo que mutila la posibilidad de que haya diversidad o novedad en las cosas. Esa visión poblada de arquetipos definitivos y correlativamente excluyentes supone que todas las demás manifestaciones son aspectos de ella misma; cualquier cosa se relaciona con ese principio único; cualquier enunciado deberá ser realizado por medio de una referencia de cada cosa a la totalidad que le sirve de trasfondo. En síntesis: esa concepción "arquetipista" de lo argentino sólo tolera el enunciado de verdad en tanto la proposición verdadera se refiera a ese todo. Lo verdadero será, entonces, únicamente el despliegue de su todo bajo la forma de un enunciado acerca de sí mismo. Así el argentino "cetrino y silencioso" de Mallea será verdad única y excluyente en la medida en que la "Argentina silenciosa" sea la verdadera. Y las inalterables entelequias que encubren al Demonio, al Mundo y a la Carne se emparentarán consiguientemente con sus antihéroos: el Personaje, los Homoplumas, el Lector Standard: ni unos ni otros se harán cargo de toda la realidad, incluyendo a la Argentina Visible e integrándose con la Argentina de los Viejos.

Mientras tanto, la dualidad argentina seguía vigente a través de sus más diversos avatares; pero la lucha entre el Mal y el Bien y cuya acción hubiera supuesto el proceso de la historia, no llegaba a librarse. Dentro de esa interpretación de estirpe maniquea, los términos polares quedaban enfrentados, pero ateniéndose a la más estricta neutralidad que parecía ser la consigna inalterable de lo argentino. Si a los escritores del 80 los leían exclusivamente en su círculo y allí giraban sin trascendencia alguna, y si a los del 900 los leía mucha gente pero que sólo quería que le repitiesen sus propias opiniones, a los del 25, nadie los leía. Habían atacado a Lugones ferozmente, respetuosamente, inútilmente. Sus travesuras eran los sustitutos de la revolución. Su insolencia no era nada más que una indiferente agresividad. Su negación nada más que una formalidad, una suerte de cortesía. Y de reclame. Se decía "no" porque era la forma más breve de hacerse oír. La contraposición no significaba ni confrontación ni discusión ni síntesis trascendente. Solamente una excluyente subordinación mantenía las cosas en su quicio.

1980. En ese año se cierra en América Latina el período progresista liberal iniciado a principios de la segunda década. Caen en pocos meses Siles en Bolivia, Ayora

en el Ecuador, Ibañez en Chile, Washington Luis en el Brasil, Machado en Cuba, Leguía en Perú e Yrigoyen en la Argentina. Los términos de la dicotomía Causa-Régimen se invierten, claro que solamente en el orden de la subordinación: Pueblo-Turba. El Régimen anatematizado la víspera se transformaba en la Causa triunfante. Y a la inversa. Los de arriba abajo y los de abajo arriba. Las fuerzas que cuarenta años antes se habían manifestado con su primer amago sobre la sólida Ciudad de Dios de la época roquista, son nuevamente estigmatizadas y excluidas. El drama histórico absurdamente resuelto entre un supuesto celestial y otro réprobo. Pero la Argentina Angélica y la Argentina Demoníaca persisten inalterables, enfrentadas, una excluida en función de la otra, pero inertes, manteniendo una decorosa y silenciosa neutralidad. La revolución del 30 es una típica revolución surrealista: el descrédito de la realidad se desgota con dos o tres vigilantes muertos. Y durante diez años penosos el escamoteo tolerado se prolonga pacíficamente. Hay intentos de violencia, pero no para comenzar una general toma de responsabilidad y de equitativa distribución de la culpa de todos, sino para confeccionar un nuevo chivo expiatorio sobre los hombros ajenos. Los otros siempre eran los culpables. El resto, los demás, debían acarrear el feo pecado cometido entre todos. La responsabilidad siempre aparecía remontarse sobre las malas pasiones. Los que hablaban se situaban *au dessus de la mêlée*. Se adjudicaban graciosamente el papel de dioses que atisaban el paso del chivo impuro. Pero lo grave era la impresión de satisfecha resignación que daban quienes tenían que sobrelevar ese trágico papel.

Correlativamente esa interminable década se va desplegando gráficamente a través del comentario inocuo del clásico *Carece y Caretas*, cuya pretendida objetividad no era sino irresponsable connivencia. Muy pocos parecían comprender que la tolerancia era irresponsabilidad. Y la casi totalidad esperaba y leía y comentaba esa revista que asainetaba lo que tenía visos trágicos y el fraude irritante se transformaba en diestro escamoteo y el infame peculado en rojo y redondo queso y la escarnecida comunidad en cómico o travieso Juan Pueblo. Y los sangrientos alzamientos se anulaban en la ingeniosa trasposición de lo cómico. Toda posibilidad de denuncia y de fundamental polémica caía en la emboscada del alegre aquí-no-pasa-nada; y hasta los gestos heterodoxos capitales de ese período - *Radiografía de la Pampa*, por ejemplo - eran enquistados en la marcha jacarandosa del unánime curso nacional, donde se llegaban a ver las caricaturas de Alvear y de Justo intercambiándose sus respectivas caretas.

En 1938 el radicalismo, que bien o mal representaba a la Argentina pecadora y excluida - aquel proceso sumergido - que podía provocar la ruptura del decoro, de la distancia y la neutralidad, igual que en 1916, fué diestramente anulado en sus potencias de esencial revolución, de profunda y definitiva polémica, por las nuevas preocupaciones tácticas de la trastienda imperial. El dualismo seguía planteado pero anulándose en esa reiterada neutralidad y, por el momento, toda tentativa de síntesis decisiva debía ser postergada.

Y llega 1945 que para la nueva generación (agrupación de hecho a la que se pertenece aún sin saberlo como Monsieur Jourdain hablaba en prosa) fué instante decisivo en el reconocimiento de su contorno y en su correlativa toma de posición; pues si 1930 marcaba - como se dijo - el tope, el advenimiento, 1945 señala la puesta en marcha.

Pero los dobles andariveles estaban tendidos por los representantes vigentes de las dos generaciones anteriores: los del 900, idealmente ingenuos, rechazaban todo lo amorfo por creerlo pecaminoso e intocable; los del 25, estéticamente diestros, se recocijaban con la nueva retórica que se iba imponiendo y que resultaba bastarda, excesivamente frenética, comprometedora. Unos y otros, hombres de 60 y 40 años, llegaban a afiorar los tolerantes y corteses ademanes del *bon vieille régime*; y todos se aliaban contra El Candi-

dato imposible estableciendo por centésima vez el reino de los Santos frente al de los Abjectos, sin advertir que la Imposibilidad era parte de la realidad, era la Realidad misma, y que no cabía condenarla imponiéndole el sayo amarillo.

En el otro extremo también - lógicamente - se alzó el estandarte del *con nosotros o la nada*, el sí definitivo o la aniquilación, el acatamiento íntegro o la eliminación. Se estaba en un bando para condenar al otro. Los otros siempre eran los culpables del Gran Pecado. En política también se practicaba un *arquetipismo* terminante: lo que no coincidía con los propios enunciados, quedaba eliminado. Hasta los términos propagandísticos planteaban un dualismo excluyente: Hitler y Braden eran la culpa que marcaba condenando y aniquilando.

Y a la nueva generación nacida en torno a 1930 y que se asomaba al panorama argentino en 1945, se la quería encajar dentro de esa clásica y repetida dicotomía mediante una concreción definitiva, una aceptación acrítica de su supuesta actuación gloriosa y una consecuente potenciación al infinito de los propios valores. Se le tendía así a esa generación embrionaria la emboscada de una letra en blanco para que girara indefinidamente contra el capital de los Réprobos. Había en esa actitud una simplificación indiscriminada, un sentimentalismo inoperante y una profecía gratuita. La importancia de esa generación se confeccionaría, por lo tanto, en virtud del futuro mantenimiento de los *outlaws* de la historia y del presente argentinos.

Frente a la historia argentina cuatro actitudes críticas se iban definiendo: 1) La línea más o menos liberal que aplicaba sistemáticamente el clásico dualismo Bien/Mal excluido. Esta corriente se arrastraba al ras de un imanentismo documental descendiente directo (7) del pretendido cientificismo finesecular conjugado con un excesivo fervor por comprobar hechos y datos, que únicamente amenazaban los conocimientos minuciosos, compartimentizando la realidad, e imponiendo así el criterio de que el mejor historiador era el maestro del detalle al identificar la conciencia histórica con una escrupulosidad infinita. La monografía fue por lo tanto el ideal de la literatura histórica para esta tendencia cuyos representantes están vinculados cronológicamente a la generación del 900 y espiritualmente al idealismo de ideales de ese mismo movimiento. 2) La agresiva y discutida corriente revisionista válida - bueno es decirlo - en tanto profundizó ciertos temas ambiguos de nuestra historia en su afán por lograr nuevos argumentos, inesperados puntos de vista y recreadas interpretaciones, muy especialmente en el caso Rosas - en tanto éste debía dejar de ser *historia amenazante* en virtud de haber quedado al margen de toda legalidad. Era indispensable, por lo tanto, que ese período histórico fuese aceptado, asimilado y definitivamente superado; pero la imposibilidad que parece acarrear esta tendencia en cada uno de sus representantes, impide colocar a Rosas en su situación, históricamente ubicado, en lugar de intentar la ratificación de un presente coonestando una realidad con un precedente. Es que en verdad, para este movimiento, los términos del constante dualismo argentino apenas varían de signo, porque sus denuncias sólo sirven para imponer un arquetipo excluido transmutándolo en excluyente, y la esencial integración de nuestro país queda así anulada en un interminable enfrentamiento de jóvenes contra viejos, de la Historia Nueva contra la Historia Caduca. Estéril y estática dualidad que hasta cronológicamente participa del chacoteo martinfierrista que reniega de la vejez en virtud de ese insolente y juvenil descaro puesto de manifiesto en su doble valencia (martinfierrismo-rosismo) en *Vidas de muertos* de Anzoátegui. 3) Una tercera actitud histórica suponía su negación total en tanto precedente activo y efectivo del panorama universal. La premisa se conjugaba en virtud de

términos cuantitativos, y América - especialmente la Argentina -, quedaban eliminados como otros *outlaws* del proceso histórico. América era considerada una irrealidad y naturalmente la miseria de Mendoza o las infamias de la guerra del Paraguay, imágenes desvaídas del libro de Grosso. La historia argentina aparecía como aniquilada en la anécdota del reposado y lúcido comentario de lo que le había pasado a otros.

Era ésa una visión histórica que en verdad desconocía lo argentino por su falta de decoro. Que ansiaba una historia encarnada a la griega. Con los rostros cotidianos encubiertos por máscaras grandiosas. Una historia que resonara y que ya contase con famosos cronistas que la comentaran. Se buscaba aquí una historia para leer con notas y escolios desconociéndose la que se daba para vivir. En fin, se deseaba una historia fuera del tiempo, atemporal, y no se comprendía que al temporalizarse los hombres, todas sus relaciones se historizan. No se advertía la contradicción que acarrea consigo desde su primer anuncio: nuestra historia se contemplaba con visión europea, con visión pura. Ese divorcio que señalaba esta actitud entre nuestro ser y la historia, era un producto de ciertas influencias que habían colocado nuestra realidad entre paréntesis eliminando todos los supuestos que se opusieran a la pureza de la descripción y todos los juicios que se refirieran al mundo natural. La realidad debía quedar de manera que no entorpeciera esa descripción. Y naturalmente se excluía lo inmediato, los hechos en su situación. Por lo tanto, también esa interpretación aparecía sometida a la constante del dualismo histórico-político de la Argentina.

4) La última actitud crítica suponía - dentro de su peculiar *revisionismo* - una denuncia, una elemental descripción valorativa y localizadora, y una correlativa polémica enredada a una cabal y definitiva integración. Era un intento para que el pasado se integrase con el presente al conciliarse el cambio histórico con el ser que no cambia. El proceso histórico se manifestaba de esa manera como nuestro ser histórico y la intemporalidad de nuestro ser a través de la temporalidad histórica. Los elementos contrapuestos que se habían excluido se insertaban no ya como partes, sino como momentos de un todo. La actitud de Martínez Estrada frente a nuestra historia y a nuestra realidad le permitía concebirlas como un despliegue, como una *identidad cambiante*. Su técnica, a la que ya se le llamó impresionista, en tanto deja en libertad a su aprehensión despojada de prevenciones intelectuales y acentúa el carácter individual de los objetos históricos, le permite adecuarse a nuestro caótico contorno entendiendo el incesante fluir histórico como trascendencia a la vez que como sobrevivencia. Esta adecuación del método a la realidad responde a una integración dinámica porque así, a la vez, se puede comprender mejor la realidad y porque en virtud de esa integración dinámica la realidad se conjuga mejor. Es decir, la actitud de Martínez Estrada es de comprensión y de orientación. *Interpreta a la vez que postula* en virtud de una voluntad de salvación de nuestra realidad misma en lo que tenga de real. (8)

Tal la posición sustentada por este heterodoxo argentino. Tal el invariante vertebral de Martínez Estrada que le permite transitar por las calles de la ciudad de Dios conjugando los estáticos y neutralizados contrarios, aparentemente irreducibles y excluyentes, a fin de lograr la trascendental síntesis argentina.

Martínez Estrada, por lo tanto, aparece claramente situado dentro de la línea de escritores que en nuestro país asumieron la dramática ocupación de ejercer la denuncia.

7 "Lo que Sarmiento no vio es que civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio"... "Tenemos que aceptarla con valor (a nuestra realidad profunda), para que deje de perturbarnos; traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud." Final de *Radiografía de la Pampa*.

7 A través de Juan Agustín García quien unía a una convicción positiva en el método cierto idealismo que le impedía incurrir en el dogmatismo.

Denuncia que en su momento había sido necesidad vital impostergable, y hoy razón esencial de su vigencia. Porque de los que en la Argentina escribieron, sólo se salvan aquellos que de una manera u otra denunciaron su contorno, lo que les concernía, sin que la natural polarización polémica supusiera exclusiones. No. En Echeverría, en Sarmiento mismo, en Hernández, en Cambaceres, en Payró, en Sánchez, en cierto Gálvez, en Quiroga, en Arlt, incluso en Mallea, esa constante aparece inequívoca. Lo mejor de sus obras respectivas sobrevive al superar toda identificación paralizante conjugando lo demoníaco y lo angélico en el ejercicio constante de lo que bien podría llamarse *integración polémica*.

Y aún dentro de las obras de un mismo escritor (algo que en cierta oportunidad se juzgó como de simple presencia geográfica) esa clave es definitoria: lo que tiene *El matadero* y falta en *La cautiva*, lo que vale en la *Excursión* y desaparece en *Atar-Gull*, lo que salva *La guerra gaucha* y no brota en *El ángel de la sombra*, lo que hace persistir a *Los gauchos judíos*, a *Los caranchos de La Florida*, a *Lago Argentino*. Todas ellas valen por su toma de posición frente a la realidad de la que se han hecho cargo. Es decir, que lo geográfico tiene sentido únicamente en tanto sea un problema, no tópico ni tema reemplazable o transferible. Un problema fastidioso, dramático, sobre el cual no se puede pronunciar sentencia porque el proceso continúa. *El asunto de la nueva generación*, siempre aquí, circunvolviéndose por sobre ella como un Dios implacable, cayéndose encima, imponiéndosele y configurando una cruzada y de manera alguna un expediente en la medida en que ella misma se incluye como el término más importante de su propia problematización. Su proceso inintercambiable por una postura académica o por un alarido vanguardista o por una tonada folclórica.

En función de ese problema intransferible, la nueva generación nacida en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la revolución uriburista de 1930 tampoco puede escribir para un círculo ameno como en el 80, ni describir sombríos hidalgos ni presuntos aqreos ni vistosos caracas, ni confeccionar melancólicas travesuras. Tampoco —es preciso aclararlo muy bien— le es lícito zureir sonetos laudatorios.

No puede contemplar nuestra realidad. Eso. Sino asiría furiosamente, intentando anegarse en ella. Sin elegir una parte —la más cómoda o la más pura— sino abarcando la totalidad. Y aclarar la totalidad, incluso, para ver de plantear una nueva solución, ateniéndose pero sin someterse a lo dado por el solo hecho de su presencia previa. Pues no hay ningún complejo de inferioridad ni falta alguna de madurez que impida la creación, ni precedente alguno en esa misma totalidad que descalifique la creación, sino precisamente todo lo contrario.

Parecería que se pretende hacer de la necesidad virtud porque esa misma totalidad a la que la política actual ha servido de agente catalizador ha insertado violentamente a todos en la historia. Pero, no. La historia he dejado de surgir de pronto como un muñeco de resorte cabeceando sin tino, grotescamente. Y hoy —en el tiempo que le toca vivir a la nueva generación— ya no se puede decir que los otros tengan la culpa. Hoy la culpa es de todos. Y es necesario escribir y vivir como culpables. Sin ventajas, porque los otros son todos, que se repiten en los diarios, en las revistas, en el comité, en la tribuna, en las calles, en las reuniones secretas. *Los otros somos nosotros mismos*. De ahí que no se pueda escribir de cualquier cosa, sino de esto, de todo esto, porque a nadie se le puede transferir esa tarea que hasta hace poco parecía privativa de los nacionalistas, que eran los únicos que sabían de la historia y del gran proble-

ma que aquejaba a todos, y que absurdamente detentaban el monopolio de nuestro proceso.

Hoy el antiguo decoro ha desaparecido por la fuerza de las circunstancias y los funcionarios y los escritores se exhiben en camisa, y hasta el cantor popular y el boxeador famoso pierden su tiesura. Hay una urgencia de funcionalismo en nuestra apariencia. Se presiente que sobreviven demasiados restos de retórica. El prestigio ya no cuenta sino en los hechos y una firma implica riesgos que antes parecían inusitados. La esperanza ya no es un paliativo; sólo resta la expectativa. La calma de los antiguos premios que iniciaban la suave pendiente del escalafón y que presagiaban la dicha del funcionario, está liquidada. Los "chicos de talento" y las "promesas" se han estrellado contra una política cerrada y deambulan por una literatura o por un teatro de repuesto: algunos por dignidad, muy pocos por vocación, otros esperando que las cosas cambien. Es decir, que la historia de un paso atrás como excusándose por su demasía. Pero, no. No. Es gratuita esa esperanza. Y la nueva generación lo presiente en cada uno de sus problemas. En cada una de sus denuncias. En cada uno de sus suicidios.

Martínez Estrada ahora —y antes Roberto Arlt— son interpretados por la nueva generación precisamente como autores problemáticos y de denuncia, fundamentalmente sinceros en la medida en que hablaron de lo intransferible, de lo necesario, del gran problema de todos, confesándose, autodevelándose. Suicidándose. Martínez Estrada porque —al cumplirse dentro de esa línea—, ejercita la denuncia como negación del constante no-te-metás argentino, de la sempiterna neutralidad, esencial conformismo o pacto que aparece insistentemente sublimado en la renuncia, otra determinante vertical de lo argentino (desde Rivadavia y San Martín pasando por Rosas, Derqui, Alberdi, Juárez Celman, hasta llegar a Yrigoyen), que no es sino el corolario y ratificación del constante dualismo excluyente y simplificador.

Esa actitud de Martínez Estrada supone exactamente la no eliminación de lo pecaminoso, sino la inicial aceptación, el hacerse cargo que no significa en ningún momento manso acatamiento. *Responsabilizarse denunciando para tomar riesgadamente nuestra realidad, nuestro contorno que es problemático y que condiciona nuestra situación y que exige una tensa continuidad en tanto su pérdida se encuentra siempre presente. Tensión reflexiva que impide caer en un activismo o en un fideísmo intrascendentes y en sí desdénables.*

En fin, tomar contacto con lo sustantivo (generación sustantiva y no adjetiva la nueva que se va manifestando hasta en el dato inmediato de los títulos de sus revistas: *Buenos Aires literaria*, *Poesía Buenos Aires*, *Ventana de Buenos Aires*, *Ciudad*), lo sustantivo como *sub-stare*, lo que corre por debajo y es permanente. La identidad a través de lo contradictorio en una conciliación ontológica-temporal. *Para hacerse cargo de la historia argentina y del presente argentino sin permitirse ni permitir exclusiones de ninguna índole*. Para cumplir al gastarse en su propia aventura su definitiva y total integración.

En fin, tomar a Martínez Estrada no como aval o apoyatura, sino como rescate del pasado y del presente utilizables, porque el pasatismo es tan gratuito como la profecía, y los antepasados tan tramposos como la inmortalidad. Porque hoy y aquí ni la genealogía ni lo póstumo justifican a nadie

DAVID VIRAS

PROXIMO NUMERO DEDICADO A LA NOVELA ARGENTINA

a poesía de M. Estrada: Oro y Piedra para siempre

Desde un comienzo, el primer libro de poesías de Ezequiel Martínez Estrada, *Oro y Piedra* (1918), presenta una dualidad entre los rezagos del modernismo y el intento por lograr otra poesía más seca, descarnada de toda suntuosidad y manierismo, de un ascetismo pétreo. En *Oro*, el primero de los poemas, aparece de inmediato una de las constantes: oro, sonoro, orfebre, Cellini, alta complicación, con la lujosa acumulación que a veces se disuelve en un nihilismo temático (*Vértigo, Odio, Tristeza, Ananké, Magnetismo sin norte*) o estalla en violentos contrastes ("... rosas blancas de las horas nocturnas, rosas rojas de la sangre del día"; "... Sobre musgosas ruinas reza glosas paganas y bajo días de oro oraciones divinas"); con los versos elásticos ("Entre un sonar de sonoras trompetas y un estertor de metálicos timbres") que recuerdan los grupos anfibracos de la *Marcha triunfal* o los hexámetros de la *Salutación del optimista*, y con las repeticiones intensificadoras ("lo elemental o lo violento, lo que prospera en lenta acción, lo que se transforma o conserva...") que marcan una demora en el tiempo y cierto engolamiento en la voz. En *Piedra* —el segundo poema— los acordes son totalmente distintos: eternidad, claridad, excelso, serenidad, infinito, y configuran un esfuerzo por expresar lo misterioso, lo inefable por medio de alusiones comprimidas y despojadas de toda contingencia formal.

Dentro de la primera manera y dando un tono wagneriano, Martínez Estrada pugna por estructurar una poesía plástica (*Al Otoño*, p. e.) de grandes volúmenes casi arquitectónicos, colosales, que actúa por la sola enunciación de determinados adjetivos (*recio, amplio, monstruoso, brusco, áspero, pujante, terrible, atroz*), cuya monumentalidad se conjuga con ciertos verbos elegidos por su peculiar movimiento interno (*fermentar, conglomerar, alimentar, reintegrar, arder, elaborar, astringir, estremecer*) y con algunas imágenes ("Sobre el fondo escarlata del ocaso violento destacan sus siluetas en un alto relieve") que dan la sensación del compás de timbales, de caballos marcando la rígida marcha de los frisos helénicos y que, por su disposición están sometidos a una singular ley de axialidad, en tanto todos esos elementos aparecen dispuestos simétricamente respecto de un eje temático que obliga a centrar la atención y acatar la presencia de esa figura que se da como principal.

Dentro de la manera iniciada en *Piedra*, y dejando de lado esa trompetería de alto relieve con todos los recursos ornamentales de un helenismo o de un hebraísmo cosmopolitas, Martínez Estrada da cabida a los únicos elementos de su realidad ("... la solidaridad de América... donde el potro y el avestruz, el guanaco, el puma y el toro...") que resultan insertados en la propia declaración de liquidar lo puramente lúdico en la vida y de replegarse sobre sí mismo en una elemental reflexión. *La vida es seria* postula un poema que es la clave de la actitud creadora de Martínez Estrada: "Desterramos, hermanos, el hábito maligno de ser superficiales y de adorar las formas", dice formulando un llamado semejante en todo al enunciado por el mexicano Enrique González Martínez siete años antes, en 1911, en *Los sexos ocultos*: "Busca en todas las cosas un alma y un sentido oculto; no te ciñas a la apariencia vana". Ambos poetas advierten que el mundo del modernismo está liquidado: el mexicano degüella al cisne; el argentino entierra a los centauros muertos. "El mundo antiguo se desvanecía", afirma. El mundo de la diestra arqueología estaba muerto. El era su sepulturero y anunciaba con palabras de San Juan la "gran señal en el cielo".

El mundo del oro modernista también había dejado un saldo pesimista ya susurrado por Darío: no considera Martínez Estrada inútil todo esfuerzo para lograr una redención ni supone una insatisfacción radical, sino que en aquel repliegue sobre sí mismo intenta salvarse por una solidaridad con el todo elemental para "sentirse vivo en cada ser y en

cada cosa sentirse cosa". El rezagado pesimismo modernista no lo lleva a desembocar en una concepción de naturaleza nihilista, sino que cierta tolerancia enunciada reiteradas veces lo hace "amar al viento, al sol, al mar y a la tierra materna". Es decir, que su afán por superar el "fuego fatuo" de la vida y de las cosas, lo obliga a buscar lo esencial, con paciencia, con serenidad, con confianza. La deidad se despersonaliza y se funde en cada una de las cosas para otorgarles el sentido de que parecían carecer. La deidad que se había supuesto apocalíptica, tan terrible como lejana, se empequeñece al aproximarse en una mágica inversión de la perspectiva.

Y en la contemplación de ese mundo endiosado se liquidan todos los temores y todas las neurastenias que impedían reconocer el verdadero misterio de las cosas. Los "signos de los próximos desastres" se diluyen en el "misterio del ser", en el "misterio de sucederse y perdurar". Ese contacto primario con las cosas esenciales lo tiene que aliviar de la enfermiza retórica modernista. Su urgencia por "ser inalterablemente sereno", su búsqueda de la "esposa" —compañera fundamental, definitiva— que bajo la tenue luz de su reflexión reemplaza la refulgente batahola del *Oro*, marcan el reconocimiento de su "madurez" y la necesidad de hablar su propio idioma.

En *Nefelibata* (1922), el segundo de los libros de Martínez Estrada, lo formal aparece predominando, en tanto resulta algo que no ha llegado a concretarse por mecanización de su contenido que no pasa de ser un pretexto: el recurso mental al que adhiere se hace tan evidente por su repetición, que termina por convertirse en un rígido esquema. Y en la escueta apoyatura de su destreza, la urgencia por lograr una superación de los rezagos inertes del modernismo liquidado, lo enfrenta a un mundo al que quiere asir y ordenar con un criterio medieval, de autor de *Summae*. Su poesía resulta, por lo tanto, un verdadero trabajo de recopilación de temas, de multitud de elementos a los que se quiere disponer sistemáticamente en vez de dejarlos caer en un caos fervoroso, desatinado, demoníaco. Se procede a la inversa y el mundo se troca en una totalidad articulada jerárquicamente, con un orden externo y un sentido externo otorgados por el poeta. Cada elemento es parte de un todo y allí tiene asignado un oficio, una definición y una moraleja: en *Horario*, la hora primera trae un ramo de olivo, la segunda tiene los labios rojos, la tercera es loca, la cuarta y la quinta son dos niñas, la sexta parece una virgen del renacimiento, la séptima "es plácida como una madre", las tres horas siguientes son "tres bellas figuras", "la undécima es brava, feroz como una perra", la última "es infalible y fuerte". Tienen algo de estamentos medievales, rígidos, definitivamente asignados a una corporación, sin salida, sin futuro inusitado, deliciosamente muertos. Después inician su marcha macabra los Amores: en el *Universo*, en el *Mundo*, en las *Cosas*: *La Tierra, El Agua, El Arado, La Casa, El Fuego, Las Máquinas*. Nada puede acontecer que no esté ya previsto. Cada elemento debe cumplir su órbita suave e implacable. *La Noche, la luna y las estrellas, El sol*. La inspiración debe atenerse a mandatos inocuos. Cada figura debe salir, pasarse, enunciar su sino y retornar a su casillero preciso, eterno. Hasta *Las herramientas y El viento*. Deben permanecer allí para que el poeta las puede encontrar y conjugar con un ensalmo convertido en fórmula. El mundo poético se transforma en inventario burócrata. Cada cosa debe atenerse a lo dado. No hay, por lo tanto, ni aspiración ni inspiración; el caos deviene en jerarquía y el mundo de la trascendencia se convierte en el universo de la función: *El amor en la savia, El amor en la sangre, El amor en los dioses, El amor en los hombres*. Y el amor total se diluye en la comprensión; lo apasionado en lo distribuido, porque amar a todos no es, al fin de cuentas, amar

a nadie. Y la fe se anula en la teología o —lo que es peor— en la casuística. Los Grandes Demonios no pasan de ser, entonces, *Los enemigos del alma*: el submundo del frenesí oscuro y del deseo angustioso se aniquila en satisfactorios cuadros sinópticos y la fundamental teratología en melancólico catecismo: *El diablo, El mundo y La carne*. El misterio del cielo y las noches secretas se consumen en una astrología de adivinanza: la *Luna blanca* y la *Luna celeste* y la *Luna amarilla* y la *Luna roja*. El viejo Ptolomeo no es nada más que el envés de una naípe y la confusa dialéctica, un teorema de manual con su seca *Hipótesis* y su estéril *Tesis*. De lo que pudo ser una danza de la muerte siniestra, tremenda y sagrada, apenas si se tiene una galería de figuras célebres de panteón nacional: *Pelayo, El Cid, Hernán Cortés, El gran capitán, Felipe II, Isabel la Católica, Santa Teresa, Juana la Loca, Alfonso X, Raimundo Lulio*. Y la desabrida y minuciosa galería prosigue: *Miguel Serpet, Velázquez, Quevedo, Cervantes, Murillo, Calderón, Góngora, Gracián*. No hay cabida para la alusión y mucho menos para el libre juego imaginativo. Nada se sugiere y todo se impone con una persistencia de rematador: nada debe quedar olvidado en los desvanes, ningún rincón sin hurgar porque la trascendencia debe ser presencia; para cada tema una hornancina. “*Cada cosa en su lugar y para cada lugar una cosa*”, podría haber sido el epigrafe de este libro de Martínez Estrada. *Nada falta, nada, consiguientemente, se puede agregar*. Estamos en un mundo abigarrado y completo. De la *Aurora*, del *Mediodía* y del *Ocaso*. “Un incurable pasatista”, dijo Lugones de Martínez Estrada en 1932. Antes se sintieron las categorías medievales. Ahora hay algo en esta curiosa poesía al menudeo que remite al siglo XVIII con sus naturalezas muertas, con su impertinente precisión, con su poesía dedicada, con su “progreso, paz y victoria”, con sus personajes gatunos o perrunos, con su buena fe civilista, con sus jardines esmerados, que no puede menos de suponerse que Martínez Estrada intentó enterrar el barroquismo de Darío con una adhesión tan ingenua como consciente a un neoclasicismo a lo Iriarte o a lo Chardín. Pero lo que resulta más singular, es que este proyecto de totalidad enunciativa se da por igual en los libros siguientes —*Motivos del cielo* y *Argentina*— en un intento que el mismo Martínez Estrada declara en *Himno* (“Unámonos, hermanos de toda jerarquía | hombres, víboras, plantas, en una simpatía | que haga vibrar la cuenca de oro en que arde el día”... “Fundidos en un haz”... “el arco que consagra la mundial alianza”...), y que marca el tránsito desde su inicial panteísmo a este monismo que sostiene la posibilidad y el deseo de reducir toda la realidad a una unidad fundamental, porque presiente que cualquier cosa es relacionable en cualquier momento con la unidad de un todo que a la vez sea predominio y explicación.

De todo se ha dicho y de todo se ha hablado sin omitir detalle alguno, practicando un verdadero método cartesiano, sin pasar a otro tema sin previo agotamiento del anterior, seccionando cada unidad mayor en tantas partes como sea posible. El mismo recurso que con el tiempo empleará en la prosa de la *Radiografía*, en la *Cabeza de Goliat* y en el *Martín Fierro*. Las totalidades se arquitecturan en base a este peculiar puntillismo que si resulta eficaz en el análisis discursivo, malogra toda intuición poética, porque —es obvio— que una montaña no se consigue juntando granos de arena. En lo poético hay algo en esa minuciosidad que aniquila toda posibilidad de ensalmo. El conjuro es telegráfico, instantáneo, tácito; en cambio, el cuadro sinóptico es demasiado eficaz. Todo está delante de los ojos, nada puede ser aludido; no hay posibilidad de magia porque no hay nada oculto. Los temas han sido planteados uno después del otro y entre ellos no caben los intersticios. El poeta se lamenta de “no haber hallado ni un molino, ni un malandrín”. Se olvida que los pecados no figuran en el catastro ni los condenados pagan impuestos. Y siente la desabrida satisfacción de descubrirse “tan seguro y tan cuerdo”.

Motivos del cielo (1924) se abre con una doble dedicatoria a Bach y a Swedenborg que implícitamente supone un intento de arquitectura y de dinámica, de simetría y de conflicto en su entraña por un lado, y una intrépida lucidez y una secreta simbología por otro. Pero claramente —en uno de los versos iniciales (“...una armonía que es cerebral tan sólo...”)—, señala Martínez Estrada su proyecto de abandonar la palabra decorativa o el adjetivo deslumbrante o la imagen sonora para que las palabras se cumplan en función exclusiva de su carga inefable, como simple signo que recuerde confusamente su valor, pero que no reproduzca ni comunique ni trastorne. El verso será una fórmula de encantamiento sin límites precisos y, paradójicamente, su heroica lucidez servirá para internarse en el inasible mundo de las esencias (“...porque hay una poesía pura...”) a las que sólo se llega por una desgarradora intuición despojada de todo antecedente empírico. El salto por el que pugna Martínez Estrada participa por lo tanto de la inmersión: en el uno y en la otra los puntos de referencia han desaparecido, toda mensura queda de lado y sólo se siente la ambigua sensación de flotar en el espacio. “...el arte es lo azul...”, balbucea intentando definir esa misma sensación que se ha provocado. Los paradigmas anteriores, ya caducos, parecen olvidados aunque la fórmula a la que recurre para definir ese nuevo logro remita al primer Darío, al desdiseñado y antiguo romanticismo. “...el arte es lo azul...”. Y a continuación se plantea la posibilidad de lograr una síntesis poética (“...que no es del todo Apolo ni del todo Dionisos...”) intentando resumir toda la diversidad en un solo conocimiento: los viejos recursos aún conservan su prestigio indudable. Oro es un rezago adherido al parecer definitivamente a la Piedra. Y Martínez Estrada se apega al pasado, no quiera romper —o no se anima— a ese corte decisivo. Aquel salto en el aire se demora con su melancólica inseguridad. No lo advierte, pero en toda síntesis hay un resabio conservador. Y hasta un poco de miedo. Aún en el caso de que esa síntesis intente ser nada más que la construcción paralela a sus esquemas poéticos de corte analítico, de verdadero *desmenuzamiento* de toda la realidad. Aunque trate de establecer un equilibrio, un término medio de prestigio más o menos clásico entre esa “poesía pura” enunciada primero y toda la impureza que naturalmente tiene que acarrear consigo cualquier clase de síntesis, de selección conciliadora entre elementos diversos, extraños entre sí y a lo mejor contradictorios.

Y a ese salto que resulta, por lo que se acaba de señalar bastante indeciso, lo coloca Martínez Estrada bajo la advocación del élan vital: el impulso tiene que ser la fundamental fuente de inspiración y de vida, de renovación y de liquidación de lo que se presume liquidado. Allí donde el entendimiento no alcanza o revela partes desmenuzadas, ese élan tiene que proporcionar el vislumbre de un proceso simple, de “una acción que se hace a través de una acción del mismo género que se deshace”. Pero de nuevo aparece la ya señalada búsqueda de una totalidad copernicana por un enunciado sumiso, machacón, perentorio en su misma precisión: *Sol, Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, Luna*. Que nada se olvide o se deje de enunciar para lograr esa ansiada trascendencia. El magnífico todo por detrás de esa multitud de nombres. Pero la poesía no puede, no debe tener tan buena memoria. Ese enciclopedismo detallista anula aquella propugnada tensión vital; el poder de una enunciación caótica se malogra por la presencia de esas interminables e implacables listas a las que sólo les falta el orden alfabético: *Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Acuario, Piscis*. Donde nada falta nada se puede imaginar. *Cuarto creciente, Luna llena, Cuarto menguante, Luna nueva*. Una suerte de burocracia poética aniquilada por su propia eficiencia: citar en cada poema una evidencia culturalista, obsesiva, gratuita, que llega a ser por momentos de fastidiosa pedantería: *Arquímedes, Arcipreste, Zuloaga, Omas*

vivum ex ovo, Gian Bologna, Epicteto, Scævola, Hugo, Julio Michelet, Pitágoras, don Ramón de Campoamor y Campoamor, Ciencia y Experiencia, Dharma, Yagur, Vízca y Hesíodo. Y la lista resulta interminable aunque se pretenda tender la emboscada irónica. Aunque culmine rimando "asular" con "Teplatfalazar". La actitud cerebral propiciada no ha traspuesto el margen frígido de los "temas a resolver", y la ansiada "poesía pura" penosamente se vincula con las interminables retahílas de la arcaica poesía gnómica.

Argentina (1927), por sus características formales y temáticas se encuentra dentro de la línea inaugurada por Darío en *Cantos de vida y esperanza* (1905) (donde el nicaragüense imbrica su conciencia americana en un fárrago libresco dispuesto en forma de mosaico que se prolonga en *Canto a la Argentina* (1910), donde traduce el asombro ante el robusto progreso argentino esparcido en alguna reminiscencia virgiliana) y continuada por Lugones en las *Odas seculares* (1910) en un infructuoso intento de resucitar la geórgica promovedora de un vago sentimiento de poderío imperial. Ese intento de poesía nacional proseguido paciente y laboriosamente por Martínez Estrada procede de la necesidad asumida desde *Oro y piedra*: superar de una buena vez el modernismo apuntando a una poesía de plenitud, de grandes temas, de tono elocuente, de perspectiva trascendente. Pero los medios para ese logro están dispersos porque provienen de muy diversos lados, sus orígenes son distintos, falta el gran común denominador que los aglomere, que los funda en un temple decisivo. ¿El poeta puede recogerse y recoger toda esa colección de elementos para lograr una unidad? Martínez Estrada lo intenta, pero la serie de poemas ordenados con el mismo sistema empleado en los libros anteriores en función de temas heterogéneos, no configura una unidad superior ni "arma" una estructura homogénea. Cada poema mantiene su unidad aislada producto de estados emotivos disociados, particulares, como mónadas cerradas sobre sí mismas, indestructibles, diferentes entre sí, individualísimas, sin posibilidad de mutua interacción; pero también sin preanunciar o reflejar o prevenir el conjunto a que se pretende llegar. Hay, sí, en cada uno de estos poemas de *Argentina*, orden, jerarquía, estabilidad, forma; pero en ningún momento sentido de conjunto, solidaridad poética. Hay miembros, extremidades, partes. Pero falta el cuerpo.

Así, por ejemplo, el parentesco entre el poema II de la primera parte ("*Después ausculto lenta, atentamente...*") que remite al alto mundo épico de Whitman, es remotísimo respecto del poema IV de *Buenos Aires* ("*Como la tarde es bonancible | y los domingos soy algo poeta...*") que descansa en la amable ñoñería municipal de Fernández Moreno. Se logra, sí, una masa yuxtapuesta que —incluso— puede asumir proporciones gigantescas, pero que carece en absoluto de continuidad poética. Se siente un traqueteo irregular en la lectura, una fluencia intermitente, plagada de hiatos que no llegan a ser sacudimientos bruscos, brutales o desgarradores, sino apenas un tranquilo que desbarata toda posibilidad de concentración, de fundamental atención. Es decir: que todo la estructura del libro contribuye a desatenderlo, dejando una marca y pasando a otra cosa.

Este desequilibrio sustantivo, este desencaje funcional evidente entre la primera parte y la segunda respecto de los poemas dedicados a Buenos Aires, también brota entre poemas consecutivos, ya en el plano puramente valorativo. Así, lo que va de *El mate*, que tiene fáciles resabios de charada ("*Darío lo ha llamado | calumet de la paz*"), a *San José de la Esquina* ("*Apenas te distingo, fragmentario...*") con su matizo desasosiego; o lo que media entre *Iberá* ("*...A veces el silencio tirante se desgarrar...*") con su espeso sensualismo y *Córdoba* ("*...Todo esto es para que haga su paisaje el artista...*") con su cielo de cromo.

En fin, que tanto por su desarticulación como por su desnivel, la trascendental unidad de *Argentina* resulta anulada, desvalida en una serie de focos que tienen algo de esas postales suizas que pretenden clarificar una impresión total

acumulando a los costados infinidad de minúsculas tomas fragmentarias. Se procede de esa manera con un tosco concepto asociacionista, de enlace de supuestas formas simples que constituirían por su semejanza, por su contigüidad (o por su contraste) cuerpos complejos, orgánicos, macizos, apuntalados además por una eficaz y constante apoyatura externa. Porque Martínez Estrada no renuncia en momento alguno al sostenedor formal de la rima sabiamente tramposa que aparentemente funde todas las ranuras, lima las costuras del montaje y brinda una factura de acabado preciso.

En *Humoresca* (1929), el último de los libros de poemas de Ezequiel Martínez Estrada, se advierte con mayor claridad que el intento inicial y constante de lograr una síntesis poética fracasa por su falta de decisión, de definitivo corte de amarras, por la falta de novedad que toda síntesis estricta involucra en sí. Su intento de superación resulta más conservador que negatorio. La poesía de contracción, de poeta (y de lector) contraído, reflexivo, encorvado, esa poesía no di-vertida, sino de cauce, compacta, sin afluentes, sin escresencias, poesía pétrea, en fin, como reacción frente al agotado espectáculo juglaresco ofrecido por el modernismo, permanece encabalgada entre lo dado y lo intentado. Entre el *Oro* y la *Piedra*. No hay síntesis sino eclecticismo, agregado —ya se dijo—: yuxtaposición. Martínez Estrada desde su primer libro de 1918 —diez largos años han corrido— hasta este último, se lanzó a *penetrarse*, a rondar su yo íntimo. La exterioridad vigente a su llegada lo puso en la ruta de su *interioridad*, de su intimidad, es decir, de su soledad. Su misma propuesta, tácita o explícita de poesía atendida a sí misma, de poesía pétrea, no es sino la proyección sobre el plano formal de ese proyecto: endurecimiento, encerramiento, aislamiento. Una poesía que a la vez sea centro y periferia. Pero el enumerativo carácter coloidal de sus libros anteriores persiste: *Variaciones sobre un tema de Baudelaire*, *Variaciones sobre un tema de Leopardi*, *Variaciones sobre un tema de Valéry*. El gusto por el planteo resuelto —virtuosismo innegable— se mantiene con sus lógicas implicaciones barrocas, rococó o preciosistas. Y la pretendida espontaneidad que encubre sus fríos esquemas, resulta pedantería, porque rimar sin visible esfuerzo "eco" con "obceco" y "recato" con "celibato", a lo sumo revela un ingenuo afán por deslumbrar. Pero a Martínez Estrada no le tiemblan la voz ni el pulso y se atiene a su método anquilador de todo rincón sin poesía: enuncia: *Tres estrellas de la Osa Menor*. Y luego cuenta sin turbarse: una para *Ralph Waldo Emerson*, otra para *Edgar Allan Poe* y una tercera para *Walt Whitman*. Y su infaltable método resulta persecutorio, opuesto rabiosamente a toda posibilidad aleatoria, un programa implacable, inapelable: se enuncian tres *Humorescas* y las tres tienen no ya que surgir o brotar como por encanto, sino obedecer al planteo previsto: *Humoresca de la vocación*, *Humoresca heineana*, *Humoresca quiraquiana*. Incluso, se puede prever —una vez conocido este particular mecanismo— todo lo que va a dar de sí el poeta en la parte correspondientemente simétrica. Con otras palabras: que de la poesía de Martínez Estrada se sabe de antemano que va a pasar; y nada se espera, o sólo se espera el resultado para confrontarlo e identificarlo con el propio pronóstico. Su búsqueda de una poesía comprimida, callada, adherida a su núcleo, lo llevó por su excesiva geometrización a confeccionar secas ecuaciones ("*Ahora estoy estudiando el desarrollo | de un principio de Arquímedes. Ya encontré la palanca | y el sólido astronómico, que es el punto de apoyo | para parar la tierra con la palancaanca.*"), tendidas —eso sí— por el arcaico número de oro.

En síntesis: un proyecto cabal, un esfuerzo constante, una indecisión anquiladora. Poemas sin futuro. Y también poeta sin futuro o con su futuro tan escrutado, que prefirió la prosa.

ADELAIDA GIGLI

"LA FACULTAD S. A."

Librería y Editorial

- El Folklore en los Estados Unidos de Norteamérica, *Ralph Steele Boggs* \$ 40
 Confines de Occidente, *Bernardo Canal Feijoo* \$ 16
 Costumbres tradicionales argentinas, *Isabel Aretz* \$ 40
 Crónica de la colonia galesa de la Patagonia
Reverendo A. Matthews \$ 20

Sarmiento 726 T. E. 34-1215 Buenos Aires

Lista de Novedades-Noviembre 1954

- Gordon Childe, V. — Los orígenes de la civilización (291 p. — Breviario N° 92) \$ 20.—
 Herkovits, M. J. — Antropología económica (522 p. — Antropología) empastado en tela \$ 59.—
 Highet, G. — La tradición clásica (934 p. — Lengua y estudios literarios) 2 vols. \$ 70.—
 Croxton y Cowden. — Estadística general aplicada — reimpresión (750 p. — Economía) \$ 76.—
 Gómez Morfín, J. — El control interno en los negocios (180 p. — Administración y Dirección Industrial y Comercial) \$ 31.—
 Dilthey, W. — Teoría de la concepción del mundo (Filosofía) \$ 42.—
 Reyes, A. — Anáhuac (63 p. — Tzontle) \$ 13.—

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
 INDEPENDENCIA 802 BUENOS AIRES

OBRAS ESCOGIDAS DE VALÉRY

- La idea fija \$ 20
 Miradas al mundo actual \$ 30

Primeros tomos de la colección que presenta las obras en prosa más representativas del gran escritor francés. Comprenden una serie de ensayos en los que el autor, partiendo de distintos acontecimientos, se remonta a consideraciones de orden filosófico, y el originalísimo diálogo de Valéry, en el que se manifiestan con toda su potencia la penetración, lucidez e inteligencia del autor.

EDITORIAL LOSADA S. A.

Alsina 1131 Buenos Aires
 Uruguay Chile Perú Colombia

ediciones "doble p"
 el sello de los grandes escritores argentinos
 próximas novedades

"tierra arisca" por diego r. oxley
 "cayó sobre su rostro" por david viñas
 "don segundo sombra-reminiscencia infantil de ricardo güiraldes" por aristóbulo echeagaray
 "el pentágono" por antonio di benedetto

reconquista 1011 t. e. 32-8210
 buenos aires

LIBROS AGOTADOS Y RAROS

EZEQUIEL DE ELIA

LIBRERÍA EL RETIRO

Callao 1880 41-7828 Buenos Aires

VAN RIEL

Galería de arte



Florida 659 Buenos Aires

Christiane

Burmester-Planck

Grafóloga diplomada

Enseñanza y análisis grafológicos

Maipú 861 8º piso F.

18 litografías de artistas argentinos

carpeta de litografías en color (38x45) de 9 artistas
 precio \$ 280

edición galería krayd Tucumán 553 31-5758

EDITORIAL

LETRAS UNIVERSITARIAS

inicia su colección de
 ENSAYOS SOBRE AUTORES ARGENTINOS
 con BORGES Y LA NUEVA GENERACION
 por Adolfo Prieto.

Próximamente anunciará su plan de ediciones que incluye trabajos sobre Estética Literaria y Filosofía de M. Merleau Ponty, Husserl y otros autores

AMIGOS DE LA REVISTA CONTORNO

E. I. C.

G. F. E. T.

L. E. A.

J. J.

CONTORNO

Septiembre de 1955

Nos 5 - 6

Av. Roque Sáenz Peña 651 - T. E. 30 - 2409 - Diez pesos

COMITE DE DIRECCION:

ISMAEL VISAS - DAVID VISAS - NOE JITRIK

ADELAIDA GIGLI - RAMÓN ALCALDE

LEÓN ROZITCHNER

DEDICADO A LA NOVELA ARGENTINA

Terrorismo y complicidad	CONTORNO
Los dos ojos del romanticismo	E. Weinbaum
E. Cambaceres, primer novelista argentino	F. J. Solero
Julián Martel y la ciudad hostil	A. Pagés Larraya
Esquema de Sicardi	Victor Azeff
Bosquejo de n/propia expresión: Payró	G. Steffens
E. Larreta o el linaje	N. Jitrik - I. Viñas
M. Gálvez: el realismo impenitente ..	Marta C. Molinari
B. Lynch: la realización del Facundo..	D. Viñas
Güiraldes	I. Viñas
Realismo, virtuosismo y técnica: Goyunarte	G. Conte Reyes
Castro	E. Gibaja
E. Wernicke: la poesía en las chacras.	J. Arrow
Comunicación y servidumbre: Mallea	L. Rozitchner
Verbitsky - Onetti: el hombre urbano, el hombre universal	D. Sánchez Cortés
Mujica Láinez y el gran cambio	E. M. Pandolfi
A. Buenosayres: la novela de Marechal	Noé Jitrik
P. Rojas Paz: un viejo martinfierrista	V. Sanromán
Unos libros, algunas mujeres	Adelaida Gigli
Los comunistas	Noé Jitrik
Un ortodoxo: C. Ruiz Daudet	Jorge Curi
Los nuevos	Julio Gárgano
Discusión	
Fin de un diálogo de sordos	Osvirio Troiani
Imperialismo, cultura y literatura nacional	Ramón Alcalde

Terrorismo y Complicidad

MARCHA, al pasar, ha dicho que en CONTORNO alternamos "elogios y palos". Un tanto secretamente, no deja de halagarnos la frase. El poder dar palos —o que lo crean, y así sea literarios— envanece sin duda al troglodita que todos llevamos debajo de la ropa ciudadana. Y, todavía, la opinión de *Marcha* pareciera indicar que somos capaces de dar palos con cierta equidad. O, al menos, no como garrotazos de ciego.

Pero, esa opinión nos preocupa un poco. Nos hace temer estar dando impresión de malevos o de niños terribles. O de aspirantes a una judicatura cultural un sí es no es virulenta.

No nos oponemos absolutamente a la violencia. Algo de ánimo guerrero puede ser saludable en nuestra alta cultura. Por 1930 Amorim se quejaba del pacifismo, de la tolerancia —que atribuyó a desdén— con que nuestros escritores se ignoraban entre sí.

En las letras —que reflejan el estado del país— esa situación persiste: razones de política, (literaria y de la otra) ocasionan una mutua y general complacencia. O, por el contrario, ataques en bloque a los que están en frente y en contra, lo que constituye otra forma de complacencia. Grupo, generación o facción, alabanzas y ataques se distribuyen según la posición de quien tenga la palabra. Nadie parece esperar opiniones de buena fe. Cada grupo posee sus santones, sus dioses y sus demonios. Las opiniones sobre el pasado se usan para avalar o atacar el presente; las opiniones sobre el presente son parte de la guerra particular que cada uno obra en su beneficio.

Este juego generalizado, —desde el compromiso al monólogo sin intercomunicación posible—, encierra al país en una pieza tapiada, donde se sostienen las mentiras admitidas, medran las mediocridades y los valores falsos ocultan la realidad. Algo de todo eso fué lo que anuló las posibilidades que pudo representar el revisionismo histórico. Nada hemos progresado desde Saldías. Al contrario. Ernesto Palacios no da un paso adelante sobre el revisionismo de 1930, y José P. Barreiro o Rodríguez Bustamante —dos edades alejadas entre sí— no superan la vieja actitud liberal al juzgar el revisionismo. Nuestro espacio sigue ocu-

pado por ornuces y arimanes. Silvina Bullrich atribuye —en febrero de 1954— el fracaso de nuestra novela a causas exteriores. Barbieri y Sabato achacan el poco éxito de los libros argentinos a esquizofrenia o esnobismo de los lectores. En dos números de *Historia* de 1955, De Lellis, poeta y militante, encuentra indiscriminadamente no menos de siete buenos poetas, de Barbieri a Ratti. Y González Lanuza parece haber querido testificar ese estado de espíritu que niega toda posibilidad de crítica: para él, todo disentiendo con autores consagrados es terrorismo, todo terrorismo resentimiento, todo resentimiento envidia del que no ha ascendido en el escalafón literario. Un presidente de partido habla de "condiciones insolentes".

Esa cerrazón de espíritu, esa aparente incapacidad para recapacitar sobre la realidad sin prevenciones, esa falta de valor para llamar a las cosas por su nombre y para ejercer la autocritica, común a los mayores y a los jóvenes, general en todas las actividades, están imposibilitando la creación de una cultura y la búsqueda de las soluciones que necesitamos urgentemente. ¿Se trata de autosatisfacción, de indiferencia por lo que aquí sucede y se hace, como si careciera de importancia —incluida la tarea propia—, o de sentimientos de inferioridad e inseguridad que buscan compensarse?

La necesidad de enfrentar la realidad, parece, sin embargo, volver a sentirse. Voces tan alejadas de nosotros como Murena o Vanasco, con mayor o menor énfasis, señalan esa necesidad. No basta, por supuesto, la consigna. Es imperioso revisar y confrontar hechos y valores, obras y figuras, replantear nuestros problemas, convencerse de que debe lograrse un clima de diálogo y de polémica. Diálogo que permita la comunicación y la superación de los estancos en que continuamos encerrando nuestra realidad, como si no fuera una y no nos perteneciera y poseyera, única y total, a todos. Polémica, porque no se trata de un juego, ni de un teorema.

A pesar de las actuales circunstancias desfavorables, de que seguimos sumidos en la confusión y el desconcierto, una cosa se huele: hay quienes están dispuestos a negarse al juego general,

quienes parecerían dispuestos a no ser ni idólatras ni facciosos. Es algo más que el deseo de enjuiciar los valores aceptados, que la necesidad de establecer jerarquías. Más que un prurito de crítica. Debajo de eso, sí, hay disconformidad y resentimiento. Disconformidad, todavía vaga, que es negarse al panorama que ofrece el país desde hace años —no diez, no quince: treinta, cincuenta—. Resentimiento por lo que se nos presenta: próceres estucados, tinglado, historia cubierta de pancaque y colorete, filgurones levantados gracias a la especulación o a la condescendencia. Sentimos que nuestra realidad sigue sufriendo manipulaciones. Cierta aire clandestino de algunos santones, la evidencia y la encubre. Quoremos conocerla, asumirla, Trabajar con ella, no con verdades de confección. La mera actividad judicial —algo ridícula por sí, y posiblemente reprochable a quienes hasta ahora poco hemos hecho— es sólo una tarea secundaria, un subproducto; pero una tarea imprescindible para lograr ver claro, y paralela a toda otra.

Los riesgos que se corren son evidentes: desde el anquilosamiento en la crítica y el gusto por el terrorismo profesional, hasta la creación de mitos de repuesto en sustitución de los caducos. En cambio del conformismo, del mesianismo o de otros optimismos, es fácil inventar teorías abisales. Fácil erigir otras falsas realidades que permitan ordenar nuestro mundo en una cosmogonía amañada, para dormir con la paz en la conciencia. Ya todo eso ha ocurrido. Le está sucediendo a muchos de nuestra misma generación. Puede sucedernos. La desorientación y —¿por qué no?— la angustia que un mundo confuso y en transformación ocasionan, empujan con facilidad a soluciones fideístas, mitificantes, mágicas. Pero la disconformidad y la angustia deben ser acicates, no drogas. Ni juego gratuito, ni regodeo en la negación, el espíritu crítico no puede ser tampoco remedio para la necesidad de autoafirmación; como tónico de la personalidad debe reconocer sus límites: el terrorismo adolescente ha de abandonarse con el acné. La búsqueda de la autenticidad, el esclarecimiento de la realidad, el rechazo del filisteísmo, deben ser perseguidos por otros medios —más difíciles, más exigentes— que tirar manteca al techo, proferir voces broncas o refugiarse en ge-

neralidades, en nubosidades místicas.

Este acercamiento a la novela es una toma de posición y, sin duda, un balance —tanto de lo que creemos encontrar como de nuestras mismas opiniones. Es parte del intento de comprender nuestra realidad, de efectuar una valoración de lo que aquí se ha hecho, y de ver a través de lo hecho. Aun no siendo la crítica la exclusiva ocupación de todos nosotros, nos asomamos a la literatura como a un testimonio.

El tomar la novela más o menos en bloque se debe a razones de método de trabajo. No hemos pretendido hacer un catálogo antológico: hemos tomado ejemplos que nos parecen representativos, y que podían ayudar a entender nuestra novelística, los contextos de épocas, y cómo cierta clase de hombres se las representan y las expresan. La exclusión de un nombre —Arlt— sólo obedece a razones materiales: habiéndole dedicado un número, el 2, no nos pareció bueno insistir. La inclusión de algún otro nombre no indica adhesión alguna, sino más bien lo contrario.

La limitación a la novela tiene el inconveniente de haber dejado en blanco algunas épocas y de encarar otras a través de obras o figuras que no son las más representativas: cada tiempo ha hablado por diferentes medios. Pero sólo una larga y paciente labor de conjunto permitirá realizar una tarea más completa.

Nos parece necesario afrontar la cantidad de negaciones que formulamos. Porque nuestra realidad nos preocupa, y nos ocupa, vemos sus defectos. Porque sentimos la necesidad de asumirla y, si podemos, contribuir a superarla, creemos que la primera obligación es decir lo que pensamos con franqueza. Solamente los indiferentes —o los preocupados por otros menesteres— pueden ser generosos o condescendientes a la marchanta. Desde Unamuno a Waldo Frank y Ortega, esto suena a lugar común entre nosotros. Pero sigue siendo cierto. "El colmo del desdén consiste en no dignarnos descubrir los defectos del prójimo", como se ha dicho en un ensayo sobre el amor. Conviene recordarlo.

En nada de lo que decimos nos creemos descubridores. Pero hay cosas sobre las que conviene machacar. Tal vez se logre ayudar a su realización.

CONTORNO

Los dos ojos del romanticismo

EL mundo de nuestra vida intelectual —enunció Echeverría en el *Dogma socialista* con una lucidez profética que señala el Seila-Caribdis de nuestra historia cultural— será a la vez nacional y humanitario: tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad." Y dentro de este programa ecléctico, de equilibrio entre dos actitudes, que de imperativo se tornó invariante y que suponía un sentimiento de inferioridad, de falta, y un esfuerzo correlativo por obtener una síntesis trascendente, está —como veremos— encuadrado Mármol.

En *Amalia* (1851) esa doble mirada resulta tan evidente como significativa, porque si se analiza la descripción de la página 71, por ejemplo (edición Estrada), "El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraídos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo, más bien agradable, pero chocante a la vista. Este hombre estaba vestido con su calzón de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello y un sombrero de paja, cuyas anchas alas le cubrían el rostro a no estar en aquel momento enroscada hacia arriba la parte que daba sobre la frente", se advierte en seguida el esfuerzo constante por atenerse a lo dado, por afirmarse sólidamente en los datos inmediatos (volumen, edad, mejillas, labios, frente, ojos, ropa), lo que no está marcado por ninguna categoría, lo que todavía es materia de experiencia que servirá de soporte para lo puesto, para el ejercicio posterior y correlativo del

sujeto legislador, que en este caso únicamente enunciará un juicio: "...más bien agradable, pero chocante a la vista", que resulta en su misma contradicción —"pero"— una disyuntiva. Con esa suerte de imanentismo descriptivo, Mármol nos instala frente al tema y nos atornilla pesadamente dentro de sus límites exactos y bien reconocidos, ante el primado de lo inmediatamente vivido, ante lo que a él le preocupa, sin posibilidades de esca-moteo o escapatoria. Estamos insertados en algo que se ha des-plojado implacablemente frente a nosotros. Mármol nos ha llevado de la mano con cautela como si quisiera orientar nuestra torpe ceguera y nos ha hecho palpar, toquetear sin comentarios, sosteniendo el aliento. Nos ha hecho trasponer un umbral y estamos introducidos en algo. Presentimos un clima, una situación. Cada uno de esos detalles que no se ha omitido se impone acumulativamente sobre nosotros y queda librado, a la vez, a nuestro ejercicio valorativo. Es así cómo Mármol con un tono familiar y escueto nos inserta en su propia situación —Bosca está ahí—, nos equipara a su problema y nos compromete en tanto nosotros somos quienes debemos optar frente a esa suma aparentemente inerte de datos, incluso frente a ese susurrado juicio disyuntivo.

En cambio, si analizamos la descripción de Florencia Dupasquier (p. 135) "y era esta joven de diez y siete a diez y ocho años de edad, bella como un rayo del alba, si nos es permitida esta tan etérea comparación. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caían sobre un rostro que parecía haber robado la lozanía y colorido de la más fresca rosa. Frente espaciosa e

inteligente, ojos limpidos y azules como el cielo que los iluminaba, coronados por unas cejas finas, arqueadas y más oscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi transparente, y con esa ligerísima curva apenas perceptible, que es el mejor distintivo de la imaginación y del ingenio; y, por último, una boca pequeña y rosada como el carmín, cuyo labio inferior la hacía parecerse a las princesas de la casa de Austria...”, notamos de inmediato que aunque Mármol trabaje con los mismos materiales que en la anterior descripción, las intenciones y los resultados son diametralmente opuestos: las seis comparaciones (“como”, “parecía”, “parecerse”) desbaratan toda posibilidad de concreción, de estar ahí, ahí delante, para escamotearse en lo que está allí, allí lejos, en esa serie de objetos ideales (“un rayo del alba”, “el oro”, “fresca rosa”, “el cielo”, “el carmín”, “las princesas”) que componen un universo de paradigmas, de admirables perfecciones, inalcanzables y falsas. Configuran precedente y aspiración. Inalterables fundamentos que subrepticamente se proyectan a la vez en causas finales en un doble ejercicio de influencia y atracción. La dura autonomía de objeto del Rosas anterior se troca aquí en insalvable término de comparación de valores concretos y lejanos: las cosas que tenemos aquí son sombras platónicas de una realidad inobjetable (“Italia”, “Austria”) que actúan por procura-ción y cuya estricta coherencia está emboscada en la insalvable distancia. El aquí es un mundo de participación cuyo destino es la sempiterna aspiración del lejano universo de lo inteligible puro, donde hasta los “defectos” son “bello”, es decir, elemento arquetípico, ideal y deseable. El aquí, todo eso que Mármol nos ha echado por delante, no aparece sino como elemento intermediario entre nosotros y el seno de lo Absoluto. Lo inmediato y sensible no interesa de por sí, por lo que pueda cargar, sino como medio, como realidad “transparente”, de pura apariencia, de melancólico primer término de comparación, desdeñable por sí en tanto su nominación, su valoración, su explicación, en fin, residen en el segundo término. Un mundo impreciso el de aquí, de penosa aprehensión —“aéreo, vaporoso” como se encarga de informarnos el mismo Mármol—, ideal y, a veces, exclusivamente subjetivo —“sólo perceptible al alma”— cuando se asienta en forma de placido monopolio de la conciencia del sujeto —del “alma de los que tienen el sentimiento de la belleza”—. Es decir, el de aquí resulta un mundo irreal, del que se precinde para enternecerse por aquél donde moran las nobles e inalterables paradigmas. Esta es una mirada desvanecida, de reojo, de furtiva y constante confrontación con el otro signo, el que otorgará validez y que reside más allá. En Europa.

La anterior, la mirada sobre Rosas, no participó de esa aparente trascendencia, de lo que se arranca de sí mismo, sino que se ahincaba y se veía abocada a optar frente a una realidad; ésta, en cambio, se posa sobre un mundo resuelto, valorativamente ordenado, excesivamente coherente —incluso— en cada una de sus connotaciones. Aquél aparece dramático en esa reducción a sus verdaderas proporciones, despejado de toda referencia en su necesaria resolución; este último resulta tranquilizador en su supuesta trascendencia, en tanto no se trasciende lo dado sino que se lo diluye, se lo escamotea, es decir, no se apoya en algo para saltar y rebalsarlo, sino que se pasa subrepticamente a otra cosa, pero para insertarse ahí con el más crudo inmanentismo, sin el menor ímpetu, revestido sobre su propia inmutabilidad con el más pesado conformismo.

Observemos cómo ve Mármol la casa de Rosas (p. 71): “Del vaguán, doblando a la derecha, se abría el muro que cuadraba el patio, por un angosto pasadizo con una puerta a la derecha, otra al fondo y otra a la izquierda. Esta última, daba entrada a un cuarto sin comunicación, donde estaba sentado un hombre vestido de negro y en una posición meditabunda. La puerta del fondo del pasadizo daba entrada a una cocina estrecha y ennegrecida; y la puerta de la derecha, por fin, conducía a una especie de antecámara que se comunicaba con otra habitación de mayores dimensiones, en la que se veía una mesa cuadrada, cubierta con una carpeta de bayeta grana, unas cuantas sillas arrinconadas a la pared, una montura completa en un rincón y algo más que

describiremos dentro de un momento. Esta habitación recibía las luces por dos ventanas, cubiertas de celosías, que daban a la calle; y por el tabique de la izquierda se comunicaba con un dormitorio, como éste a su vez con otras varias habitaciones que cuadraban el patio a la derecha.” De tan minucioso resulta implacable y agobio, pero es “el ojo clavado” —que pugna por clavarse— “en las entrañas de” algo. Un ojo pausado, moroso, torpe quizá pero que quiere escrutar lo que se le resiste, que no sabe prescindir de lo inmediato ni de lo intermedio, que no se desliza velozmente, sino que pretende hurgar sin dejar intersticio olvidado en su lento escrutinio. El ojo que quiere reconocer, saber; táctil, sensible, pero con una tensa voluntad de realidad, de poseerse en situación antes de elucidarla, de firme imperativo de constreñirse, de empeñarse por una senda estrecha y enmarcada para alcanzar el descubrimiento de lo sustantivo. Es una mirada, en fin, que penetra un mundo, que se introduce en él al limitarse, sin desvíos de adjetivos o pareceres y que ha de descubrir realmente orientándose en él. Develando el envés de las cosas con ese empecinamiento. Una mirada que preocupa, no ligera; incesante, no distraída y cuya propia presión sobre las cosas resulta una constante incitación a desgarrar, a insistir, a progresar, en tanto se siente en forma de indudable avance: nos hundimos, nos adentramos y no podemos volver atrás en esa casa que a la vez nos penetra. Algo no espectacular, sino comprometedor. Aún en lo constante hay algo inesperado. Porque siempre brota “otra” cosa, “otra habitación” y “otra”.

En cambio hay algo furtivo, de superficial toqueteo en la descripción del dormitorio de Amalia (p. 39): “Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado, de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hacia la parte interior, y otras de raso azul, muy bajo, hacia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, o las juntaban con rapidez. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido, verde y blanco, era tan espeso, que el pie parecía acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa, de caoba labrada, de cuatro pies de ancho y dos de alto, se veía en la extremidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierto con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caían los albos encajes de un riquísimo tapafundas de Cambray. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jasmín, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de metal plateado en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendían las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordados de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa, que parecía una tenue neblina abrilantada por un rayo de sol.” La descripción prosigue, pero a los efectos de señalar la exterioridad que prevalece en la mirada del romántico Mármol, es suficiente: lo adjetivo predomina cuantitativamente en la habitación de Amalia respecto de la casa de Rosas somera y definitivamente “angosta”, “estrecha y ennegrecida” y “cuadrada”. La inmediatez de lo sustantivo requiere el constante apuntalamiento de los adjetivos que son multitud: “aterciopelado”, “blanco”, “matizado”, “azulado”, “dorado”, “verde y blanco”, “labrado”, “color jacinto”, “albos”, “pequeño”, “plateado”, “leve”, “vaporoso”; llegando al superlativo que es lo adjetivo en su totalidad intensiva y extensiva, lo adjetivo sometido a un prurito agudo, mordiente. Dentro de la lista predominan los que señalan matices —el adjetivo seleccionado— y los tonos fríos (“verde”, “azul”, “plateado”, “dorado”) además del blanco que confectionan una innegable sensación climática, de majestuosa calma, de inercia, de orden superior. Aquí el ojo de Mármol en lugar de corrigir geométricamente esas cocinas o puertas o ventanas o patios oscuros de la casa de Rosas, se demora al comentar los detalles ornamentales, espectaculares: empapelado, colgaduras, lzos, cintas, tapices, colchas, encajes, fundas, sobrepuestos, gasas, bordados. Todo contribuye a lograr un tono de “leve

y vaporosa neblina", de imprecisión. De irrealidad. De subrepticia y reiterada remisión a "Italia", a lo francés, a "Cambray". A la India. A otro lado, en resumidas cuentas, que no es precisamente la situación del autor y donde se insertan sus problemas.

Se podría objetar que Mármol intencionadamente desarrolla esa dicotomía Rosas-Amalia, rusticidad-urbanidad. Claro, sin duda alguna que ese paralelismo corre a lo largo de la novela en virtud de la voluntad del autor. Impugnación e ideal. Pero es que así ve él el mundo, dividido y simplificado de esa manera en virtud de ese corte: un ojo hacia Europa y otro hacia todo lo de aquí, hacia América. Y todo lo de Europa —todo lo que está referido explícita o implícitamente a allá, como ocurre con la descripción de Florencia Dupasquier (este apellido, incluso) y con la habitación de Amalia, resulta bello, idealizado y —lo que interesa poner de relieve— falso, falso estéticamente, frustrado. Y lo de aquí, aún cargando con un realismo elemental, aún desafiado por la remisión a ese ideal, resuelve una verdad, una verdad estética.

Pero continuando con esta polarización, con este desdoblamiento, que estuvo en el espíritu de Mármol, veamos otros dos ejemplos:

Un diálogo entre Rosas y su hija (p. 82). "Las entrañas de nuestra sociedad", de Echeverría. América, el aquí de Mármol.

"—Ya estabas durmiendo, ¿no? Todavía te he de casar con Vigná para que duerman hasta que se mueran. ¿Estuvo María Josefa?"

"—Sí, tatita, estuvo hasta las diez y media."

"—¿Y quién más?"

"—Doña Pascuala y Pascualito."

"—¿Y con quién se fueron?"

"—Mansilla los acompañó."

"—¿Nadie más ha venido?"

"—Picolet."

"—¿Ah! El carcamán te hace la corte."

"—A usted, tatita."

"—¿Y el gringo no ha venido?"

"—No, señor. Esta noche tiene una pequeña reunión en su casa, para oír tocar el piano no sé a quién."

"—¿Y quiénes han ido?"

"—Creo que son ingleses todos."

"—¿Bonitos han de estar a estas horas!"

"—¿Quiero usted comer, tatita?"

"—Sí; pide la comida."

Algo conciso, terminante, condicionado por y a sus límites, lo que estaba dado y lo que de por sí configuraba una tensa problemática. Como la casa de Rosas, está resuelto con economía, remitiéndose constantemente a su raíz, a la situación del autor, de Mármol, siguiendo la mirada de ese ojo que urgaba en lo que lo comprometía. Una actitud que incrusta —que desgarró la costra, el revestimiento— y no que aligera. Que constriñe a cargar con todas las ceremonias del propio mundo.

Contrariamente —y dentro del propio esquema de Mármol— los personajes puestos bajo el signo de lo europeo y que se remiten a lo que no está ahí, a lo ideal, aparecen sometidos a convenciones, se amanan y se frustran:

"—Es verdad, lo recuerdo..., pero... ¿no oyes ruidos?"

"—Sí... son..."

"—Son caballos a galope..."

Y el corazón de Amalia le latía en el pecho con violencia.

"—Es probable que... se han parado en el portón" —dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato, volviendo como un relámpago y abriendo un postigo de la ventana que daba al comedor de la quinta.

"—¿Quién será, Dios mío! —exclamó Amalia, pálida y bella

como una azucena de la tarde".

El mundo inmediato como primer elemento de una comparación cuyo valor ejemplar reside en otra parte y cuyos objetos no son lo que son sino que siempre parecen otra cosa. En virtud de la precaria participación de lo que emana en otra parte. Un mundo donde las cosas no se retuercen sobre su propia raíz, sino que se remiten a sus modelos para lograr el verdadero nombre de sus propias cosas, pero sin consolidarse jamás en su propia capacidad de búsqueda. Es que esos dos "como" deforman y desconciertan al dar una idea de más allá, de siempre más allá, de infinitud —que no es lo que viene después, porque está allá, no se acerca ni precede ni continúa a nada— de indecisión en su misma imprecisión: se puede sospechar con todo derecho que, además de "relámpago" Daniel puede ser "nube" o "trueno" o Júpiter con todos sus atributos. Y Amalia, además de "azucena de la tarde" puede ser "lirio de la mañana" o "calendula del mediodía" o la mona. No hay elección en ese universo incierto, desvaído, que por sus valores aparece sometido al ojo europeo de Mármol.

La concentración —contrariamente— la encontramos cuando Mármol se remite al mundo del aquí. Aun cuando el protagonista reflexiona, cuando Daniel monologa en el mar (p. 387): "Lavalle es valiente, caballeroso, desinteresado, pero no tiene las cualidades necesarias, dice, para estar al frente de los sucesos de la época. Le falta perseverancia en sus combinaciones, y le sobra susceptibilidades cuando sus amigos quieren darle un consejo e indicarle una línea de conducta; su espíritu altivo se resiste entonces de que le quieran gobernar, y obra luego por sí solo y bajo la inspiración de sus ideas; los obstáculos le irritan, y cuando no puede vencerlos en el momento al golpe de su fuerte espada, cambia de ideas y de plan, separándose rápidamente del obstáculo, sin pensar en las consecuencias de tal conducta." Si se tuvieran que sintetizar las implicaciones espirituales y vitales de este párrafo, se lo podría colocar bajo este esquema: aquí, realidad, situación, compromiso, concentración, finitud, propio problema, verdad estética.

Frente a este párrafo y siguiendo el flujo de su conciencia. Daniel piensa así (p. 389): "Cada siglo cae sobre la frente de la humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del tiempo, sentado entre los límites del principio y del fin de la eternidad; se desprende, arrasa, arrebata en su cauce a las generaciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y desciende con ellos al caos eterno de la nada. Pero la creación, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, va erparciendo la vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte." Si nos atenemos al esquema de Echeverría —mitad romántico, *Zeitgeist* herderiano—, y mitad iluminista —progreso humanitario— y al que indudablemente se somete Mármol, pero agregándole implicancias valorativas de que carecía en su enunciado primitivo, tenemos: allá, idealidad, imprecisión, dispersión, infinidad, vaguedad, convención estética.

Lo primero, sin duda alguna, tiende de una manera u otra a "las entrañas de nuestra sociedad"; lo segundo, con esa remisión a la "humanidad", a "las naciones" de Echeverría.

Esta dicotomía sostenida consciente y arbitrariamente por Mármol en Amalia a través de sus diversos aspectos, y que marca sin lugar a dudas lo positivo y lo negativo en el plano estético, por conjunción o no de lo aprendido, del recurso, con lo problemático, con lo vital, también aparece a cada paso en los otros románticos, en Sarmiento, en Mitre, en Vicente Fidel López, en Juan María Gutiérrez, en Alberdi. Y en el mismo Echeverría, cuya verdad estética de *El matadero* resulta ejemplar frente a la convención estética de los *Consejos*: el uno en función de su ojo americano, los otros remitidos a su mirada europea.

Para concluir, que de todo lo dicho se sigue que lo positivo estéticamente en la obra de Mármol y los románticos es —en general— lo que mira hacia América, hacia "las entrañas de nuestra sociedad", para lo cual se han empleado, por supuesto, ele-

mentos que originariamente también son europeos —qué duda cabe—, pero que si fueron eso, tienden a no serlo. No el mojigato temor a la costumbre, sino la voluntad de asimilación. Ahora bien, lo positivo que eso pueda tener, no es en virtud de lo geográfico en sí, de simple posesión, porque es nuestro y en eso es-

triba su validez, sino exclusivamente por lo que lo geográfico acarrea consigo: propia situación, propios problemas, compromisos, elección. Por lo que la decisión de asumir la geografía presupone como autenticidad.

RAQUEL WEINBAUM.

Eugenio Cambaceres: Primer novelista argentino

EUGENIO Cambaceres nace en Buenos Aires en 1843 y muere en París en 1888. Tal se llama quien inaugura entre nosotros el quehacer novelístico, y esa es la época. Nacido en pleno atestado rosista, es testigo de la reorganización urquicista, asiste al entronizamiento de Mitre y atisba en la lejanía la gigantesca tarántula que habría de evocar en 1890 Julián Martel en *La Bolsa*.

No es mucho lo que escribe y hasta puede aventurarse que bastante morosa despierta su vocación. Pasados los treinta y cinco años. Y lo que crea reduce a cuatro libros: *Pot-pourri* (1881), *Música sentimental* (1884), *Sin rumbo* (1885) y *En la sangre* (1887).

Pero qué libros, qué fuerza inaudita, qué desgarramiento sombrío, qué libertad en el idioma, qué desenfado, qué vigor en el retrato de sus personajes, en las descripciones. Parecería que en lugar de una pluma manejase un lápiz rojo, que va trazando con huella violenta un perfil de mundo, un acocho de hombre desesperado ante lo que le rodea, ebrio de una distensión demoníaca que lo agarra de súbito, y a la que no puede contener, porque es más poderosa que cualquier coacción, que toda valla. Las palabras manan a borbotones, casi sin concierto, con un desprendimiento de cometa trunco, sin belleza, pero dominando con la virilidad de su gesto, con la hombría de su verticalidad.

Cambaceres es el primero de nuestros novelistas y, singularmente, adhiere de la manera más natural con lo que recibe de la vida. Cambaceres acepta la vida, lo relativo. Más aún, esta vida, este cuadro movido y cambiante que nos rodea. Para él, el hombre es un ser plasmado en la existencia, que toma de ésta aquello que le satisface en mayor o menor intensidad. Marcado por la temática zoliana, cree en el estallido crudo y definitivo de los hechos. Excluyendo el camino de la esencia, vuélvase en el de la existencia. Y recoge de ello una visión impura, con la sensación del asco, del nihilismo.

Pueden anotarse en el tránsito de sus libros numerosas frases en las cuales asoma el descreimiento, el desdén. Y, no obstante, en ocasiones, como atenuando ese querer ignorarse en la trama cruzante y onerosa de la vida, una luz permite vislumbrar la verdadera sustancia que conformaba el alma de Cambaceres.

Lo relativo le permite establecer diferencias. Su temperamento lo lanza, además, a afirmaciones que en esa época se podían recoger en muchos autores franceses en boga. La guerra francoprusiana había abierto una brecha por la que se filtraba un aire desolador, que Cambaceres, por su cultura y mentalidad, husmeaba en sus libros, pero que éstos, al vehicular su pensamiento y sensaciones, fructifican en el síndrome amargo de la sociedad argentina de 1880, con todas sus bajezas y oropeles y casi ninguna virtud. Cambaceres cree en lo que ve, y lo que tamiza de sus observaciones —él, que en la Convención Constituyente de la provincia de Buenos Aires (1871) presentara un proyecto "escandaloso", reducido a la síntesis siguiente: "El Estado no tiene religión, no costea culto alguno", y que en la Cámara de Diputados (1874), ha denunciado los fraudes electorales de sus correligionarios— es, ciertamente, deleznable.

Lo relativo tenía que rebelarlo ante el panorama de esa estulticia general de los hombres y la torpeza de las cosas que le tocaban a diario, con su derroche vanillocuente y su burda imitación de esa misma civilización a la que condenaría en sus obras. Pues aceptar lo relativo, suscita el juego dramático de los hombres que se comprometen con la realidad y hacen de ella su razón de existencia. Ahora bien, cuando la vida de uno se halla en juego, uno

no puede jugar, tiene que jugarse. Entonces, denuncia. Y cuando termina la denuncia, queda la santidad última de la muerte. Cambaceres, si no sabía, al menos practicaba ese aprendizaje, en el que, ni cabe ponerlo entre paréntesis, no olió rosas. Se dijo de su literatura que pertenecía a las regiones en donde la buena educación exige los servicios de una higiénica soledad, se lo tildó de soez y escatológico, cuando no, sin ambages, de inmoral. Empero, algunos salieron en su defensa, entre ellos Martín García Mérou.

En el largo artículo que le dedicara bajo el título de "Las novelas de Cambaceres", expresa: "Los que se han detenido inmoderadamente sobre los cuatro o cinco términos crudos de las obras de Cambaceres, se dan por satisfechos y fallan sin apelación. Sus dientes se mellan sobre el hueso que no alcanzan a romper; son jueces que dictan su sentencia sin estudiar el proceso. Porque para juzgar a su autor, en efecto, no basta tachar en el conjunto de su obra alguna escena de realismo implacable, alguna palabra que escandaliza a los oídos pudibundos, como no basta para juzgar a un hombre examinar la conformación de los dedos de su mano o de la forma de su pie." (*Libros y autores*, Félix Lajouane, Buenos Aires, 1886, págs. 77, 78) y, más adelante: "Y, estudiados en conjunto, estos libros de que nos ocupamos, revelan cualidades extraordinarias, están dotados de un valor propio, y resisten a todas las pruebas, porque aun despojados de los atavíos del artificio, o contrariando algunas disposiciones del arte, queda materia en ellos para despertar el interés o el aprecio." (Op. cit., pág. 78.)

Lo que García Mérou entendía con su percepción crítica, a pesar de hallarse embanderado, como novelista, en otro campo (piénsese en *Ley social*, cuyo protagonista, Marcos Villamar, urde su vida en escenarios continentales —Madrid, París—, y donde se emplea un lenguaje vacuamente estético, rehuyendo el voz, y que presenta, al abrirse el volumen, una cita de *La coupe et les lettres*, de A. de Musset), no lo supieron comprender los coetáneos de Cambaceres, la "clase" a que pertenecía.

Extrañamente, sus libros tuvieron un éxito que podríamos calificar de popular, agotándose las ediciones con rapidez vertiginosa. Que, como habrá de suponerse, si bien buena parte de ello estribaba en el escándalo de una literatura que no era precisamente la que podían leer las novias en las postrimerías paratas y convencionales del siglo XIX americano, había algo que superaba ese clima nefando, y que ha permitido que Cambaceres subsista, no obstante sus defectos y fallas y transcurrido el momento en que en algunas de sus creaciones veíanse retratados ciertos contemporáneos suyos. Pues lo que salva la sede novelística de Cambaceres es su pujanza, el lírico estruendo realista que cunde en sus páginas y que, obviando distorsiones idiomáticas y sintácticas, hacen de su quehacer literario una provincia lécidamente modular y jugosa.

¿Cómo es posible que algo impregnado en el olor cuantioso de la vida nos sea extraño? Por ello, a nosotros, que de la vida argentina hacemos nuestra felicidad, estas novelas de Cambaceres no pueden irse de las manos. Sus experiencias forman parte de nuestras almas, con su frescura, ingenuidad, nihilismo (que, en último término, resuélvase en afirmación, no de búsqueda, sino de cita con lo real), su particular enfoque del ámbito envolvente.

Incuestionablemente, *Sin rumbo* es la novela más original que

escribió Cambaceres. No sólo porque en ésta es donde mejor se expone su mecanismo desgarrado, impotente, por otra parte, para manejarse con el orbe que lo oprime, sino por la destreza con que están trazados sus personajes, por la maestría con que la trama se va desarrollando, siguiendo un encadenamiento perfectamente lógico —que luego habría de volverse manida por su frecuentación en nuestra literatura—, por la habilidad con que maneja el idioma, aun cuando siempre dentro de su técnica habitual, es decir, sin sujetarse a normas estrictas, y por la cruenta asunción final, cuya truculencia es, acaso, la puerta que abre al mundo vivido por Cambaceres.

Sin rumbo es el zigzagueo de una existencia que hubiera podido ser tutelar, pero que, por refinamiento, cultura, por algo muy denso que habita ciertas almas, es la expresión de un hastío eterno, sujeto a los accidentes que ofrece la vida. *Sin rumbo* es Andrés —y también Cambaceres: no hay ningún agonista en sus novelas cuyo espíritu, con sus furias, descontentos, insatisfacciones, apetitos y generosidades, se parezca más a Cambaceres que la de Andrés—, que un buen día, harto de la ciudad, se dirige al campo, tropieza con Donata, y, tras mancillarla, regresa a Buenos Aires, donde transita ociosa y despreocupadamente, hasta que, al tiempo, solicitado de modo culpable por el fruto que ha quedado lejos, retorna a la estancia, en su busca. Hállalo, mas Andrea —la hija— muere de "erup" en forma repentina y angustiosa. Andrés, que no cree en nada, se mata, abriéndose en cruz el vientre con un cuchillo de casa, profiriendo su gran insulto y sucumbiendo mientras la traición de un peón provoca un incendio en el establecimiento.

Dentro de estos rasgos sumarios, van ahilándose escenas pulcramente dibujadas, como la de la esquila, la del cruce del arroyo, la de la operación a Andrea, y la del gesto trágico que cierra la novela, en donde en medio de la objetividad que precede al suicidio, irrumpe, como ya hemos dicho, la exclamación rencorosa y animalca de Andrés.

Sin rumbo originó el encomio de García Mérou. "Su estilo —declara— carece de las inflexiones artísticas que sólo se adquieren después de haber labrado mucho tiempo con ardor incesante, el informe bloque de la lengua madre..." "Sus párrafos incisivos, cortantes, ásperos y de aristas agudas, tienen, sin embargo, el temple del acero. Se diría que, en lugar de pluma maneja el buril". (Op. cit., pág. 83.)

Así, en efecto, muéstrase acá Cambaceres. Con la idoneidad de quien está cogitando el desorden del individuo con la naturaleza, de quien espera recibir la salud y que, al fin, es cancelado por ésta por haberle huido, por haberla macerado primero, que es lo que ha hecho Andrés. De la ciudad ha ido al campo. Este, en la imagen del peón que se le yergue y de lo circundante que lo penetra, lo hieren. El, a su vez, ofende a su alrededor, aquello que, quizá, habría de sanarlo, en la figura de Donata, de quien usa con la potestad de un señor feudal, y a quien desecha luego como a un trapo sucio. Su retorno a Buenos Aires lo halla ahito y sin esperanzas, cínico e inútil. Pero él, producto de la urbe, no cree en ella lo bastante como para asimilárselo, y ésta lo expelle de sí. Por otra parte, está el señuelo de Andrea. Su vuelta es hacia la desesperación, no hacia la paz. Que éste pareciera ser el sino del americano. Cuando regresa a sus fuentes, da con el resentimiento y la muerte. Con esto topa Andrés. La naturaleza se venga, cercenándole su riqueza más notable, y él, devolviendo acto por acto, en rebelión, se arranca la vida junto al cadáver de su hija. Se lo maltrata. Por consiguiente, hombre en la soberanía de sus poderes, cumpliendo con la existencia que lo rodea, la castiga arrebatándole un objeto de su instrumentalidad.

Es sorprendente la aparición de *Sin rumbo*. Medítese lo que, en esos años, se publicaba en América. En Santo Domingo, *Erriqueño* (1879-1882), de Manuel de J. Galván; en Uruguay, *Ismael* (1888), de Eduardo Acevedo Díaz; en Brasil, *Memórias póstumas*

de Bras Cubas (1881), de Machado de Assis, y *O mulato* (1881), de Aluizio G. de Azevedo; en los Estados Unidos, *The Rise of Silas Lapham* (1885), de W. D. Howells, *Adventures of Huck-leberry Finn* (1885), de Mark Twain y *The Bostonians* (1886), de Henry James, etc. En ninguna de las obras enunciadas y en otras menos significativas, la posición del hombre ambivalentemente insatisfecho frente a las cosas como en *Sin rumbo*. Ni siquiera en la introspección falaz de *Bras Cubas*. Y no hablemos ya de *Ismael*, cuya hostil taciturnidad es de una parvedad casi física, desposeída de trascendencia, que sólo se torna dinámica a la luz de la venganza.

En verdad, podemos señalar que por primera vez en América surge en una novela la concepción primigenia, sentimental, de que tanto la ciudad como la naturaleza son, para la criatura, una maldición. Pero, al mismo tiempo, que el hombre es un siervo que, humillado, se pone de pie y blande un arma.

Si bien la escuela naturalista proponía al individuo en insistente lucha con el medio, y, en consecuencia, aquél situábase fuera de la ley, aquí el mecanismo es otro: el ser siente vivir bajo el peso de una falta de redención, en donde sólo cabe desaparecer, abismarse, disolverse en lo rodeante, como si en este paso postrero se consiguiese la identificación más perfecta. El argentino se realiza aunándose con su ámbito, con la vida que lo impugna y sublima en la muerte. Andrés es el paradigma de esa posición. En él se cumple la unidad de una previa dicotomía: enfrentamiento de dos orbes en los cuales se afianza la vida —urbe y naturaleza— y en los que el ser, sometido a ellos por causas que se encuentran más acá de los ciclos históricos, se resuelve en plenitud, aceptando —vencido, hasta ahora— a la vida, combatiéndola luego, y permitiendo en una muerte —en la medida en que la muerte es avance de vida— que es acto, y no trascendencia.

Sin rumbo convoca, así, la envergadura de un mensaje directo y sin ambages, en el que Cambaceres expuso su alma.

Esa senda de lo relativo, que anteriormente hemos propuesto, es la que permite suponer que la fuente de nuestro futuro novelístico se encuentra y se hallará en una captación sincera, limpiamente humana de los bienes equívocos que nos rinde la vida, como si ésta fuese espíritu.

La novela, con su amplitud de horizontes y su hondura en los huecos de las cosas y los seres, es el género actual que mayores panoramas ofrece a los escritores argentinos para reunir en un haz las urgencias que se entrecruzan en sus corazones. Más que una lírica —que en nuestro país aún no se ha traducido en una rábida arquitectura: sus extremos culturales estarían dados, hasta el presente, por el *Martín Fierro*, de José Hernández, y por el poemario de Borges, que la generación ulterior aún no ha superado, ni en acervo poético, ni en gravidez sentimental, y en cuyo centro, guardando el equilibrio, se yergue Carriego, descarnado, común, con una carga de inocencia poética enceguedora, todavía no aprovechada por sus sucedáneos—; más que una ensayística —en la que habría de insistirse en el pasado: Sarmiento, Alberdi, y, más acá, Martínez Estrada, de labor ahincadamente metida en lo nuestro, y en cuyo centro mencionaríamos, restrictivamente, a Lugones, arropado en una maraña de mitos y máscaras culturales disímiles con nuestra realidad.

La novela abre, entre nosotros, laberínticos senderos expresionales. Las temáticas son variadísimas, los personajes, múltiples. El terreno está ahí, brindándose generosamente. Sólo hay que hundir las manos, y decir sí. ¿Por qué dudamos? ¿Qué nos detiene? Pienso que no poseeremos una novelística mientras no concilievamos la dialéctica del hombre con su contorno. Esa dialéctica habrá de allanarse cuando el individuo con aptitudes para la novela, se aligere de toda preocupación espiritual, cuando la idea del espíritu no lo desasosiegue, cuando el pensamiento de un fondo por conquistar, amasado en la soberbia que mera en cada des-

cuadrado, sea descartado, y acepte la realidad tal cual es, torva e inocente al mismo tiempo, sumergiéndose en lo que nos entorna y promueve, con libertad.

El hombre tiene que ser libre. Su palabra tiene que ser un reflejo de esa libertad. Mas, para ello, debe arrancarse hasta el más ínfimo vestigio de piel. Debe quedar en llaga viva, sufriendo de su dolorosa desnudez, y en la penuria cosechar el grado que habrá de servir de vehículo a su volición amorosa, la cual, por añadidura, configurará su arte, su estilo, su espíritu.

Pues lo que el americano busca —y obtiene, a veces— es el espíritu. Ya que toda expresión se transfiere a ese campo. El espíritu es aquello que circula fatalmente en el alma del mundo, de un individuo, y lo hace posible como heredad. Es decir, viable como amulación de toda instrumentalización postergativa. El es-

critor argentino, en la novela, presenta un espíritu. Se lo percibe, inicialmente, en Cambaceres, asoma en Martel, se propone en Payró, esbozase en Benito Lynch, y se convierte en una flor en Marechal, en Varela, en Arlt. El espíritu, el estilo, es la conformidad con lo circundante, es la unión entre el alma y lenguaje, es el martirio, la ironía, la impiedad, la dicha, el castigo, la locura, el sentirnos un poco traicionados y otro tanto desvalidos. Es creer que somos muchos en nuestra soledad, y que la soledad es una encarnación de nuestras almas. Y que éstas no se injertan en silencios, sino en actos. En actos que son una prologación de nuestro combate sin tregua con la vida. En la que vivimos. Y reinaremos.

F. J. SOLERO.

Julián Martel y la ciudad hostil

DESDE voces se escuchan en *La Bolsa*: una cuenta con acento rutinario esa historia de quimera y fracaso, de mezquindades, estafas, escándalos y locura que constituye el sostén dramático de la novela, y describe los lugares, la vida, el ambiente espiritual de Buenos Aires durante los momentos más agudos de la crisis; la otra, sugestiva y vibrante, es un desgarrado leit-motif de protesta contra esa selva cerrada de egoísmo que no dejaba entre sus malezas un resquicio para la luz del alma. La nítida sinceridad con que resuena esa segunda voz, en fragmentos rápidos, cambiantes, —desde la abertura con el tema de la iracunda sudetada azotando a la ciudad hasta el final de conturbadora proyección alegórica— es lo que infunde pulsante interés a una obra por tantos motivos imperfecta.

Sería ingenuo repetir —después que cinco generaciones han leído *La Bolsa* descubriendo en ella ciertos oscuros impulsos, ciertas frías lasitudes, ciertas mínimas notas, ciertos males obstinadamente aferrados a la carne nuestra— que se trata meramente de la novela de la especulación que enloqueció en el 90. A los contemporáneos les sedujo el colorido fiel, el sabor agríndice del cuadro valiente, veraz. Era algo que todos de alguna manera habían visto o sentido y que de pronto, en las páginas de *La Bolsa*, podían regustar. Miraban otra vez esos sitios: la Plaza de Mayo, Palermo, Florida, el Colón, el Variedades, el hipódromo, el puerto, los cafés, las casas, los paseos, las oficinas, las calles; eran paisajes conocidos y en ellos se veían con la pueril felicidad de quien descubre su propio rostro en el grupo de una fotografía. El lector de fin de siglo experimentó la fruición de saberse aludido, comprendido también, o la inquina al comprobar que le habían puesto demasiado al desnudo. Hubo mucho de aldeano en el éxito súbito de *La Bolsa*, como si allí se dijese lo que todos bisbeaban y se pudiese señalar al de aquí y al de más allá: "si el doctor Glow es tal...", "no te parece que Norma podría ser cual..."

La sinceridad del libro canalizaba impulsos sofocados. También en las reacciones de la *inteligencia* percíbese la satisfacción que produce la novela, réplica al poder del dinero, a la vehemente ansiedad de gonos encendidos con desbordada petulancia. Poco después ya se habló de documento, de testimonio de época, con acento pretérito, como si al adjetivarla así, relegándola al pasado, la descargasen de su significación permanente. Al lector de hoy sólo muy por encima le interesa lo evocativo de la novela; no se pregunta si Martel exageró o no, si mintió, o si mostrándose incomprensivo o miopo ante las pujantes fuerzas que pasaban a su lado, se refugió en resentimientos estéticos. Lo que de veras le importa es el fragmento de comprobaciones esenciales, las zonas de confluencia, lo que Martel devela y sigue siendo, aquí y hoy, igual a aquellos días. No se ha relajado el brío nervioso del relato. Ahora, como en 1891, se lo siente como borbotante desahogo de la salud moral, de las fuerzas nobles y sojuzgadas, de lo digno y rebelde. *La Bolsa* es una apóstrofe contra los demonios hostiles de la ciudad, el grito de quien, al ver

el fracaso de sus ideales, pone a quemar otra vez en la creación la brasa de sus sueños escarmentados. Ahí están, ardiendo, esas frágiles hebras de angustia.

¿Es una falla o una cualidad la agitación subjetiva que vibra en el relato, era ineptitud para construir una historia separada de lo personal, para dominar la propia emoción e impedir que sature enteramente a la anécdota. La retórica ortodoxa la condena como un defecto; otros, insinuamos que se trata más bien de un tono, de una de las escasas características particularmente constantes en nuestra literatura narrativa. Desde Martel hasta los novelistas jóvenes de hoy, ningún gran relato nacido aquí ha dejado de dar escape a cierta necesidad de autoanálisis —como si todo el contorno se aclarase mirando hacia adentro—, ni ha mostrado en sus autores suficiente dominio para controlar sinfónicamente el denso organismo que es una novela. No han sido nuestros narradores ni fríos, ni irónicos, ni especulativos, ni sencillamente prescindentes. Falta en nuestras novelas el sentido del orden exquisito y raramente la incitación de lo bello es más urgente que la necesidad de comunicar intuiciones reveladoras. Son un enfrentamiento, una ardua polémica que, en gran medida, se libra mirando a Buenos Aires, la ciudad. Las equilibradas creaciones, en las que no late esa trepidación anselosa, han nacido muertas. Quizá el género no alcanzará su plenitud hasta que no cierre a otras zonas, con genial intrepidez, ese rasgo esencial; lo cierto es que ninguno de nuestros novelistas ha querido o podido desterrar a sus pasiones. Han organizado sus obras en torno a ellas. No han visto la realidad desde fuera o desde lejos, sino quemándose en el hervor de la vida. Sin la efusión y la fiebre que tiemblan en esa segunda voz que se oye en *La Bolsa* no existe novela argentina que de modo auténtico permanezca.

No nos engañemos por el tono forzado que sazona a veces la anécdota con un grano de sal. Se mire donde se mire, el fondo de *La Bolsa* es siempre amargo. Una agria tristeza agobiaba a José María Miró, el poeta becqueriano, el admirador de Poe, el periodista que con su credencial se introducía en todos los secretos del ambiente, el joven soñador que de pronto hizo famoso a Julián Martel, seudónimo puesto al frente de su primera y única novela. Espíritu sensible, temperamento castigado por la enfermedad, pronto lo rodeó el aura del dolor injusto unido al talento precoz, y a la seducción que emanaba de su trato y de su fisonomía con "perfil de héroe de Musset"...

¿Cómo pedir impasibilidad a un muchacho de 22 años, de fortuna adversa, que vivía a contrapelo en esta tierra a la que llamó "de las vacas y de los bachiachas"? Era Martel una naturaleza frágil, pronta a exagerar sus heridas. A pesar de que cultivó el realismo literario, en la vida prolongaba el tipo del *enfant du siècle* y gustaba, llamarse con verso de d'Annunzio, "convalescente di squisiti mali"... Debó así mirar desesperadamente cómo se espesaba, con oscuridad de pesadilla, el granítico muro de las ambiciones egoístas, sin eco para sus ideales. No le pidamos an-

tenes ni la gran serenidad balzaciana ni la ironía acrada de un John dos Passos al diseñar la miseria triunfante de los dueños del éxito, el furor de las comunidades contagiadas por el hambre de riquezas. No estuvo dotado, ni de la templanza ni del empuje que poseyó Theodore Dreiser al pintar en sus novelas una sociedad en muchos aspectos parecida a la que Martel tuvo ante sus ojos, ni del vigor de Zola en sus cuadros de *El dinero* ni de la precisión de Norwood en *Plutoeracia*... En vano seguir... No se lee *La Bolsa* en busca de novedad literaria o de maestría técnica. Es por otras razones que, pese a su arquitectura precaria, vive hasta hoy. Siéntese entre Martel y la realidad que su libro fatiga una cálida trabazón. Si aquel bohemio típico, lacerado además por la tuberculosis, afrontó el sostenido esfuerzo de composición que exige una novela, fué agitado por profundos, urgentes imperativos, por ardor meral y como desquite de infortunadas experiencias. Rubén Darío que conoció la velada intimidad de Martel, descubrió la herida que sangra en sus páginas: "Tu obra principal y mayor —que es casi toda tu obra— fué un clamor de venganza contra la fortuna que te fué traidora como una mala querida".

Sin aptitud para la lucha práctica, sentía náuseas de esa atmósfera enrarecida, magnificaba sus fallas y miraba con auto-enternecimiento su insalvable proscripción. "Temperamentos como el de Julián Martel —comenta Marco F. Arredondo, uno de sus fieles amigos—, dotados de la fantasía que sólo Dios inculca en sus almas predilectas, se ahogan en Buenos Aires, se acoquinan al fin, por muy poderosa que sea su voluntad". Y Julio Piquet, otro compañero que lo trató asiduamente, en una nota publicada en *La Nación* bajo el seudónimo de *Mario*, el 2 de junio de 1897, la fecha en que Miró habría cumplido 30 años, subraya nuevamente el desencuero radical que le aisló en la oscuridad de aquel medio. "Entre nosotros —observa— por un extraño fenómeno de desequilibrio entre el ambiente y los hombres intelectuales, el talento es un "fruto de maldición", como lo era en España en la época romántica". Y añade: "José Miró ha sido una de las víctimas más típicas de esta fatalidad que en cierta medida nos abruma."

Ciudad que ahoga a los mejores, sino abrumador... Martel no había sido la única ni la primera víctima. Casi todos los escritores de la generación anterior a la suya, los del 80, habían fustigado el clima de desafiante materialismo que por entonces cundía. Ya en 1872, por ejemplo, Miguel Cané escribía esta confesión dolorosa: "Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas; nosotros somos tenderos, mercachifles, agiotistas..." Y en 1891, el mismo año que apareció *La Bolsa*, Martín García Mérou —el espíritu crítico más penetrante de su generación—, al evocar el movimiento intelectual en la época de sus comienzos literarios, señalaba la ingratitude que castigaba en nuestro país toda inclinación superior y urgía a combatir, como un imperativo patriótico, "esa tendencia enfermiza al materialismo, a la metalización y al desprecio por todo lo que no se cotiza en la pizarra de la Bolsa, que es la enfermedad que mina a este país y que se infiltra como un virus mortífero en el alma de las nuevas generaciones".

Exactamente lo mismo que denuncia *La Bolsa* y que Martel señalaba en 1889 en una carta a Gregorio de Laferrère exhumada por Ricardo Rojas. La carta revela cuál era el estado espiritual de Miró poco antes de comenzar su novela. El y sus amigos tienen la sensación de habitar una ciudad árida en cuyo suelo seco nada digno ni hermoso puede nacer; arrastran una vida monótona, sin estímulos ni eco para sus sueños. "Todos —le dice a Laferrère—, abogados, médicos, ingenieros, y ¡hasta sacerdotes! (yo los he visto) abandonan los menesteres de su cargo y se ocupan de seguir los movimientos de los títulos, de observar el valor de la tierra y de lamentar la depreciación del papel. El arte, la literatura, la ciencia misma, son letra muerta y no se encuentra sino excepcionalmente un hombre que pueda departir un poco sobre temas de alguna elevación". Todos girando en la rueda de la diosa Fortuna... Todos, y también José María Miró. En la carta a Laferrère un diálogo ficticio encubre apenas la confesión dolorosa: "Yo estoy metido hasta los ojos en la Bolsa y Dios

quiera que no pierda más de lo que tengo". Caída fugaz la suya, acaso arrastrado por la esperanza de salvarse aferrándose a lo que aborrecía.

Jorge Ocampo, amigo muy fiel de Miró, reveló que aquél había llamado a las puertas de la Bolsa en busca de la riqueza, único camino para acercarse al mundo dorado y lleno de seducciones de la mujer que quería. Tenía entonces 20 años e intentó, bajo los dictados de su pasión, "éxitos imposibles, empresas de resultados fabulosos que prepararan su encumbramiento hasta la beldad codiciada..." Sueño éste también, otra quimera... ¡Qué podían sus ilusiones perdidas en aquel dédalo infernal! La suerte le fué esquiva. Se refugió entonces en la soledad y escribió *La Bolsa*, "historia esfumada hasta desvanecerse de un esfuerzo y de un amor", según la llama con acierto el mismo Ocampo. No fué la suya una protesta desinteresada; tampoco él había podido conjurar las maléficas fuerzas que condenó. Rezuma, pues, su libro una sinceridad que brota de circunstancias desoladoras y aleccionantes. Al fracaso sentimental había agregado el fracaso económico. Ahora lograba ver lúcidamente, pero acarracado en el despecho. El azar le negó lo que concedía sin tasa a tanto necio, a tanto sinvergüenza.

Un día, la víspera de la muerte de del Valle, se encontraron Joaquín de Vedia y Martel. Visitaron la imprenta, almorzaron un café con leche y vagaron por la ciudad, mientras discurrían sobre el porvenir que no se presentaba muy feliz "desde el punto de vista económico ni desde ningún punto de vista". De Vedia refiere ese encuentro en *Como los ve yo*. Dice que iban "canados", melancólicos, con esa voluptuosidad melancólica de los que presumen de incomprendidos en su ambiente... Concluyeron la tarde calurosa sentados en un banco de la plaza Libertad, renegando contra la pobreza que los castigaba. La misma actitud del poeta bohemio que aparece en *La Bolsa*, "alto, enlutado, de fisonomía triste y resignada" — el autorretrato es evidente—, y que mira despenarse al abismo la caravana de los fastuosos, displicentes triunfadores... ¡Pero vivió Miró olímpicamente ajeno, enjuiciante, como ese poeta de la novela —al que ya Julio Piquet identificó con el propio autor— o habría querido ser uno más en el desfile opulento, así fuera marchando hacia el abismo...! Joaquín de Vedia llama la atención sobre la avidez con que Martel recogía todos los detalles, sin que le pasara inadvertido "ni un solo equipaje elegante, ni una sola mujer bien puesta, sobre todo si algo denunciaba en ella una refinada liviandad..." De Vedia descubre en las severas censuras de *La Bolsa* la condena de ambiciones que, por lo menos fugazmente, fueron las suyas. "Julián Martel —escribe— era un sensual y un romántico, amaba entrañablemente la vida, y yo no estoy muy seguro de que su pintura de los placeres y del fasto porteño no respondieran, más que a una severa intención flageladora, a la secreta complacencia de quien acaricia el ideal de sus más íntimos deseos".

¡Qué intrincadas raíces nutrieron a *La Bolsa*! A medida que escribía el relato, contradicciones, rebeldías, confusos deseos, amarguras, iban ordenándose lúcidamente; tajantes heridas iban cerrándose, y hasta despuntaban el guiño de la ironía, el escape fantástico, la nota lírica. Era un escritor nato y, como muchos de los de su raza, superó, al forjar mundos de fantasía, mortificantes sacudimientos subjetivos.

No eran sus ojos los únicos que, en aquellas horas de aflicción cívica, miraban a la "patria saqueada, escarnecida —cito palabras de *La Bolsa*—, bajo el manto de oropel que la especulación y los abusos administrativos habían echado bajo sus espaldas". Entre esos ojos inquisitivos estaban los de un compañero de Julián Martel en la redacción del diario de Mitre. Miraba las mismas gentes, la misma turbia realidad. Sofrenando los arranques demasiado fáciles contemplaba todo serenamente. Como Martel, había nacido en 1867 y se llamaba Roberto J. Payró. En 1910, más de veinte años después que *La Bolsa*, publicaría *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, obra con la que comienza la novela contemporánea argentina. En ella alienta igual necesidad de decoro, idéntica pasión reformadora que en el libro del malogrado amigo.

Sumergido en el turbión que su novela denuncia, Martel no pudo destejer sutilmente todo los hilos de la trama. Y, a pesar del subtítulo que califica a *La Bolsa de Estudio social*, su intimidad empapa el relato. Y hasta un personaje de la obra —Ernesto Lillo, corredor bursátil honesto, dibujado sobre un fondo de desdén y delito— refleja los conflictos del propio Martel. Lillo es el idealista, el soñador, rodeado por un contorno merquino. Miró lo delinea mirándose y por eso le adjudica detalles biográficos coincidentes. Recuerda al Julio de *La gran idea*, al Riga de *El mal metafísico* y es un tipo muy común en la novela hispanoamericana porque sus autores padecieron también, con triste frecuencia, el drama que esos personajes reflejan.

La palpitante autenticidad de *La Bolsa* finca en la sustancia misma de los hechos y en los planes canallas, las actitudes crueles, los tonos opacos de sus criaturas. Otro acierto intuitivo: desterrar al sentimiento amoroso como móvil fundamental, lo que aparta a *La Bolsa* de ese melifluido sentimentalismo que empalaga en casi toda la novelística de nuestro romanticismo. Un idilio hubiese quitado reciedumbre y acritud al conjunto. Con todo, no alcanza la novela a reflejar con absoluto poder de convicción un alma de genuina maldad o de sombría violencia. Forzada por su índole persuasiva, falta lo contradictorio que es esencia de la vida, el matiz, la profundización aguda de las almas.

Aunque sin duda están observados de la realidad, son demasiado genéricos los seres de *La Bolsa*. Las experiencias a que se ven sometidos no provienen de sus íntimos impulsos; más que seres de carne y hueso parecen figuras teatrales, de melodrama o de farsa... Arnel, Fouchez, Rubio, Granulillo, Mancker y tantos otros tipos de aquel ambiente turbio, se ven demasiado evidentes en sus reacciones, como si mostrasen a la luz del sol el polvo y los afécitos con que saltan a escamp. No es éste el único defecto de *La Bolsa*. A pesar de sus fallas visibles, el conjunto de la novela tiene un acento muy hondo de sinceridad, un raro poder de convicción. Todos los rasgos de una sociedad brillante pero bárbara están marcados a fuego. Sin ninguna atenuación se muestra la crueldad de unos seres unidos por lazos de comunidad, de familia o de interés pero que sin embargo libran un combate feroz empujados por los más primarios dictados del instinto, así se los disfrazara con todas las galas del lujo. Valiente testimonio de un hombre que mira cara a cara una sociedad voluble, gozadora, que sofoca la tácita culpa del origen gratuito y ocioso de tantos bienes, *La Bolsa* enfrenta a las voces falsas y locaces que nombraban progreso, modernidad, espíritu cosmopolita a todas esas afloraciones del rastaquerismo, de la vanidad elemental.

Hay sinceridad y también hay arte en el libro, pues aunque señalemos defectos, se trata de una novela resuelta con aplomo y escrita con ritmo apremiante. Martel renuncia a lo superficial, cuenta con soltura y usa, libre de complejos casticistas los que llamó "chisporroteos maliciosos de la terminología criolla". Su destreza para cambiar de escenarios e iluminar el ángulo preciso sin mostrar fisuras revela una técnica que, si se tratara de un escritor de hoy, llamaría cinematográfica. En una literatura que tendía a la verbosidad, a los epítetos tribunicios, a los desarrollos innecesarios, llama la atención su sobrio, elíptico modo de narrar. Antes y después de *La Bolsa*, Martel escribió cuentos, poesías, crónicas. Siempre acusa una antena estética sensible, una capacidad de asimilación y de expresión muy grandes, pero buscáremos vanamente en todos esos escritos los anuncios rotundos de una precocísima madurez que destellan aquí y allá en la amarga novela que constituye su único título a la posteridad literaria.

Desafía Martel el dorado mito de la Argentina joven, agrícolamente feliz que tanto complacía en esos tiempos de retórica opulenta y de negocios pingües. Mientras rodaban las palabras ampulosas por la superficie del país, otra verdad, mezclada de recelosas fricciones, era la que se hablaba en el club, en el café, en los diarios. En *La Bolsa* está dicha en voz alta esa verdad y se muestra el otro rostro de la Argentina. Podrá tener un ritmo demasiado caricaturesco, pero es más verdadero que toda

la cínica superchería retórica que inflaba los pechos a un tiempo vacíos y orgullosos. La novela sirvió de válvula de escape para aquello vetado e inadmitido, y por eso actuaba como desahogo en el lector. Por su cauce corrían libremente actitudes, omisiones, resentimientos, claudicaciones, protestas, silencios, en fin, todo lo que constituye expresión de lo íntimo y complejo argentino.

La voz de Martel disuena con el coro feliz que cantaba a la edad de oro, al lujo, al éxito. Sólo los pocos y los mejores esaban hablar de especulaciones, coimas, negociados, ramplonería, y se atrevían a profundizar en las causas que desataban esas furias, esas apetencias violentas e incontrolables. La novela contemporánea argentina está imbuida de ese impulso de veracidad y de examen que caracteriza la actitud de Martel, y hasta un escritor juzgado exquisito, como Mujica Láinez, deja hablar a un palacio erigido en ese 80 feliz sin atenuar las miserias escondidas en su refinamiento. La mansión del doctor Glow en la Avenida Alvear, como *La casa* que narra su historia en la novela de Mujica Láinez —nacida en 1885, el momento más enfático de aquella era—, cobija un existir ficticio, manchado de culpas, una "derrochadora despreocupación" que no advierte los signos de su ruina inevitable. Si Mujica Láinez ha podido escuchar hoy, con moroso deleite, con nostalgia rebelde, esa melancólica confidencia de las paredes que van quedándose solas, muertas, sin recuerdos y hasta sin fantasmas, muy distinta fué la situación de aquel atribulado Julián Martel que escribió *La Bolsa*. Su cuadro no tiene la sutileza rica y hasta la compleja justicia que hoy puede ponerse al enfocar aquellos años. Martel fué un testigo y un protagonista. Aunque haya influjos directos de Zola en su libro, no dicea según la técnica experimental. Mira a su contorno sin humor ni prescindencia. Asistimos a un desafío, a un choque entre el escritor, solo y analítico, y la ciudad desatada en férvidas pasiones, pertinaz, poderosa...

Si de alguna manera era posible hacer algo para que no se desintegrara el sentido digno y armonioso de la convivencia que presidió otras horas de la patria, era diciendo: esto fué así. Y no callando nada. De ahí la desnuda tristeza que satura al libro, la intuitiva profundización que convierte a *La Bolsa* en algo mucho más importante que un documento. Se la lee con una sensación de contemporaneidad, sin la complacencia más o menos arcaica que seduce en otros libros argentinos, pero que los relega a lo histórico. Como *Sin rumbo*, como *Irresponsable*, como algunos fragmentos de *Libro extraño*, está imbuida de ese aliento genuino, de ese ardoroso abondar en lo propio, sin adornarlo con decorosas vestiduras que hoy miramos como disfraces grotescos en tantos libros muertos.

No cubrió Martel con diáfanos colores su retina. Pasó por esa selva sin rehuir las experiencias crueles, los olores pestilentes, los azotes y las heridas que no sintieron los complacidos, los hartos, los responsables. Su mensaje tiene algo de ardiente, como una llama desnuda. Poco importa que no resuene armoniosamente entre las columnas erguidas y las suaves decoraciones de quienes gustan aislarse en mundos amables. Su voz se oye como queja agorera y subraya merquinos vacíos, complejas irritaciones. Tiene el hábito abrasador de una acusación intrépida y sofocante. La embriaguez, la agitación desenfundada, los intereses denunciados en *La Bolsa* dejaron sus simientes y han rebrotado siempre. Por haberlos traducido con su sabor amargo, la de Martel es una de las novelas que quedan.

No es mucho lo que se le pide a un libro para que dure, y eso que se le pide no es perfección retórica, sino cierto fervor legítimo, cierta sinceridad, cierta modulación personalísima. Y hay mucha sinceridad, y un tono propio, reconocido, en ese libro tan nuestro, en el que se plantea casi líricamente el diálogo imposible del hombre que no renuncia, entre vacilaciones y fatigas, a su dolorosa condición de tal, y las hostiles fuerzas de la ciudad enigma, infinita como la lisa tierra donde se erigió.

ANTONIO PAGES LAERAYA

Esquema de Sicardi

TANTO Juan Pablo Echagüe como Emma Napolitano después de enfrentarse con las novelas de Sicardi (1856-1827) (1) se limitaron a señalar escuetamente la influencia de Zola más o menos atemperada por todo el prestigio de la literatura victorhuguesa. "Un zoliano suavizado por Hugo", "un realismo sacudido por las últimas ráfagas de la tempestad romántica", fué lo que dijo Echagüe pero sin entrar a precisar los elementos de esas dos tendencias que aparecían en la obra de Sicardi. En este autor "hallamos fidelidad de un discípulo" de Zola, se afirma en la tesis de Napolitano. Uno y otro crítico describen ciertos elementos o recursos, precedentes y detalles, pero en ningún momento los valoran y mucho menos los encuadran totalmente a fin de articularlos en una interpretación o en una explicación del valor de Sicardi y del sentido de su obra.

Y, en efecto, desde el prólogo de *Libro extraño* —donde el autor intenta resumir sus ideas sobre la novela— se siente la presencia irreconciliable de esas dos tendencias cuyos datos aislados ya señaló esa crítica, pero que en su totalidad articulada evidencian una pugna por condicionar toda la obra de Sicardi y entre las que evidentemente oscila: *es el mundo de sus prejuicios frente al mundo de su aprendizaje y de sus experiencias; es lo que ha recibido, todo lo que ha heredado frente a lo que él va componiendo de por sí. Es lo familiar contrapuesto a lo profesional.* El idealismo moral que propugna —por ejemplo— en ningún momento logra un ajuste con el realismo ingenuo que constantemente practica, es decir, sus ideales no se conciertan en absoluto con sus instrumentos. Al contrario, en vez de asumir constantemente el mundo en el cual se desplaza y con el que cuenta, no ya lo impugna, sino que por momentos parece asegurar que no existe; y es así como va provocando en sí mismo una distorsión entre su capacidad para representarse o desear algo sin contar con su actualidad o su presencia y su propia e inmediata captación de las cosas. Correlativamente, en los momentos en que se atiene a lo que se le da, su idioma descriptivo se conforma dentro de un orden que lo torna operante y —sobre todo— inteligible; pero cuando de pronto, a renglón seguido, se desata en una serie interminable de especulaciones cargadas de imprecisiones y vaticinios con un especial gusto por lo enfermizo y lo macabro, resulta incongruente ante el optimismo fatalista y aun brutal que desplegaba unos momentos antes. Y esas dos corrientes irreconciliables van surgiendo así constante y abrumadoramente a lo largo de los gigantescos volúmenes de Sicardi, marcadas por sus connotaciones correspondientes: una promesa de *totalidad* volitivamente ecuménica frente a una resolución *fragmentaria* plagada de recursos localistas; un *progresismo* toscos frente a un *pasatismo* convencional —o si se prefiere— un *ingenuo futurismo* por el que se siente atraído frente a una complacencia por lo *tradicional* y por ciertos ademanes añejos que conservan todo el prestigio de la cosa acatada; una simpatía por la fuerza naciente del *proletariado* argentino de esos años (fuerza evidenciada incluso en manifestaciones aparentemente alejadas como *Sin pan y sin trabajo* de Sívori de 1893 y la fundación del partido socialista en 1896, o estrechamente vinculadas como las huelgas de 1902 y la ley 4144) contrapuesta en forma tal a ciertas figuras coloreadas por un insufrible sentimentalismo *burgués*, o una marcada tendencia *univérsalista* que se anula en su contraparte de cruda inmanencia *nacionaísta*. Y así siempre, en una dialéctica irresoluta, inoperante.

Todo eso, en lo que a las ideas generales de Sicardi se refiere, porque en lo que hace exclusivamente a la estructura del libro, esas dos corrientes condicionantes a la vez que aniquiladoras se muestran con toda claridad: la *totalidad* propuesta —de típica vinculación zoliana y que ya fué señalada como contraparte del *lógico fragmentarismo* romántico— y el *orden* y la *minucia descriptiva* con sus respectivos contrarios *desorden* y *generación*, provocan una implacable *sinceridad* objetiva frente a una

irritante *falsedad tipificadora*. Los primeros elementos —es obvio aclararlo— corresponden a la "novela documental" propiciada por el naturalismo: experimental, óptica, metódica y de testimonios crudamente empíricos. Contrariamente, al desaparecer los datos inmediatos y las sumas de detalles, las exigencias resagadas de la idealización se imponen y los paradigmas novelísticos van surgiendo: madre buena, sirviente fiel, novia adorable, adversario villano, militar heroico, etc.

En forma paralela, la frialdad supuestamente científica y el sedicente fervor romántico se ven con toda la crudeza de su simplificación en el desarrollo descriptivo de Sicardi: la influencia zoliana determinará una clara objetividad desplegada en acciones presentadas como cuadros sucesivos en exteriores que no den cabida a la confusión de luces y matices; en cambio, el resabio romántico impondrá toda suerte de exageradas introspecciones más o menos líricas que intentarán darnos la medida de la intimidad de los personajes.

Los personajes —por otra parte— pueden ser perfectamente catalogados según la influencia momentánea que predominaba sobre Sicardi; su experiencia lo obligará a transcribir fotográficamente todos los casos que pueda recordar y que por momentos se le transforman —al sumarse al signo "populista"— en eficaces figuras populares. Dentro de esta línea Sicardi se atiene a concretar multitud de particularidades; pero cuando se resuelve a poner en movimiento una serie de abstracciones increíbles e interminables, pretendiendo liberarlas de lo que en el otro terreno está sometido al determinismo del medio y de la herencia —a la *irresponsabilidad*, en fin, que había utilizado su colega y contemporáneo Manuel T. Podestá (1853-1918)— confecciona unos personajes grotescos y extravagantes que pretenden ser producto de su "desbordante imaginación".

Así se tiene que cuando Sicardi se limita a ese realismo despasionado y hasta clínico, es medianamente eficaz, pero cuando se resuelve por este otro romanticismo envejecido y soñador, resulta convencional. Ahora bien, esa constante incertidumbre entre ambos estilos o, mejor dicho, la manera lograda por la yuxtaposición de esos dos estilos, resulta francamente deplorable. La *inadecuación* entre lo *vivido* y lo *vagamente señalado*, por lo tanto, entre su realidad y su teoría, se pone claramente de manifiesto y señala la crisis del Sicardi novelista.

Y aun en el idioma esa distorsión está marcada con toda claridad por el espacio que media entre una exactitud demasiado evidente y una elocuencia grandiosa que remite de inmediato a la de otros dos contemporáneos de Sicardi tan semejantes por su tono y por sus actitudes y que son muestras definitivas de todo ese mundo frágil y estentóreo: la del poeta *Almafuerte* (1854-1917) de rebeldía tan grandilocuente y mesiánica como desproporcionada e inoperante, y la del pensador *Agustín Alvarez* (1857-1914) tan titánicamente indignado como insoportablemente farragoso. Como decía, también en el mismo idioma de Sicardi esa aniquiladora coexistencia aparece: una oscura ampulosidad que pretende encubrir las vagas alusiones a cosas de las que ni él mismo tiene clara conciencia, por un lado y, por otro, un idioma sumario, de imposible precisión técnica. Y, por fin, algo que da la pauta decisiva de la coexistencia no ya simplemente literaria, sino total de esos dos estilos —romántico y naturalista— que ya no son tanto artísticos como vitales: el *tú* y el *voz*. El primero adscripto naturalmente a los personajes de jerarquía, a todo lo que sobrenada y que se puede ver y tolerar. Al mundo *familiar*. En cambio, el segundo significa casi exclusivamente el universo *profesional*, los de abajo, con quienes simpatiza —puede ser y no queda del todo mal siempre que no comprometa— pero a quienes conviene poner en su lugar, es decir,

(1) *Libro extraño*, 1894; *Genaro*, 1896; *Don Manuel de Palache*, 1898; *Méndez*, 1900, y *Hacia la justicia*, 1902.

preferentemente en la cocina, en la cochera o en el prostíbulo.

Esta hibrididad de elementos que presenta la obra de Sicardi, la misma incertidumbre en elegirlos (y que de haberlos articulado por fusión o exclusión hubiera dado algo original o por lo menos inesperado) supone dos circunstancias: la hibrididad personal, la del propio autor y la puramente histórica. Y la primera, sin lugar a dudas, resultado de la segunda. Ahora bien, surge de esta relación de dependencia que *la misma obra de Sicardi es un producto híbrido de un momento histórico híbrido*, oscilante e indeciso entre lo que era válido para una época romántica y las impugnaciones de una escuela que pretendía ser implacable. Una hibrididad la de Sicardi que se evidencia aún más si se la ubica entre otras dos obras válidas precisamente por su inicial elección e interna coherencia: la de Canó que se resuelve a idealizar sin fracturas ese momento histórico, y la de Payró que se burla de eso mismo. Canó y Payró, de acuerdo consigo mismo, de obras coherentes, permanecen válidos; de Sicardi —cuya obra se anula en sí misma, porque pretende copiar ese instante— sólo se retiene su frustración y a lo sumo se comenta su olvido.

En lo que se refiere al momento histórico, a ese final de siglo que concluye con la segunda presidencia de Roca (1898-1904) y que se viene desplegando bajo el signo excluyente del *acuerdísimo* iniciado con Uriburu y con la eficientísima presidencia senatorial del propio Roca (2), aparece significado temáticamente por tres libros del espectador más lúcido de ese momento, del mismo Pay-

(2) Quien no sólo manejaba solapadamente a Uriburu desde la presidencia del Senado, sino desde la del Poder Ejecutivo que ejerció desde octubre del 95 hasta febrero del 96 por ausencia del titular.

Respecto de la epifonía que mereció el roquismo conviene recordar la síntesis terminante que enunció su adversario Roque Sáenz Peña en 1903: "Sarmiento, Mitre, Avellaneda, fueron civilizadores, pero Roca es un forzado de la civilización... el primer anfitrión en el festín de nuestra decadencia..."

Bosquejo de nuestra propia expresión: Payró

SE da en la primera época de cada uno de nuestros escritores una dura toma de conciencia: la de estar padeciendo, por imperio de las circunstancias reales que informan el mundo americano, un desajuste, un vicio de ubicación dentro de la cultura de la época, un retraso de fondo desde el momento mismo de partir. Hubo una época, sin embargo, en que el reconocimiento de nuestras limitaciones específicas de americanos se vió compensada en nuestros escritores, subjetivamente, por un optimismo de franco corte juvenil que por cierto tardó en reconocerse infundado. Fué esa la época de nuestros "modernos", para neogovernos a la denominación que para ellos propone Rojas; generación de jóvenes con vocación de fundadores, de escritores que en un momento contemplaron la tierra irredenta con ánimo de señorío.

Cumple Payró en su obra juvenil una generosa apertura al mundo; lo que va canalizando con apremio su simpatía es una upetencia por la realidad. A ese respecto no debe desencaminarnos el tono satírico que tan tempranamente exhibe; en esa primera confrontación, Payró, aunque todavía en algún aspecto más periodista que escritor, se adelanta en reclamo de un contacto hondo y originalmente desprevenido. Con su tónica interior básica hecha de simpatía que busca el contacto ingenuo por vía pasional, convive extrañamente en Payró su vocación satírica. Crece así entre nosotros un género peculiarísimo, de difícil e imposible filiación: la sátira simpática.

Sólo porque la novela picaresca ha sido siempre, también, obra de la simpatía, no hallamos del todo inadecuado que se haya visto en "El Casamiento de Laucha" una novela "picaresca argentina". Pero preferimos desechar definitivamente tan peligrosa y fácil denominación, que establece rápidamente una nomenclatura didáctica pero involucra una filiación errónea. Ya

ró: *Los italianos en la Argentina*, 1895; *La Australia argentina*, 1898 y *Emilio Zola*, 1902. Esos tres libros señalan bien a las claras la hibrididad de que hablaba: lo que se está modificando, lo que preocupa y lo que se rechaza por repugnancia o por temor a ver las estructuras favorables modificadas. De los signos contradictorios, ninguno ha prevalecido, y la precaria demora evidenciaba que el roquismo no daba más de sí porque aunque aparentara solidez, estaba trabajado por esas íntimas contradicciones. Ahora bien, había que cambiarlo o provocar su ruptura, pero previamente a eso había que describirlo para impugnarlo. Desgraciadamente fué Sicardi quien se tomó ese trabajo, porque la misma faena de descañe (que suponía una opción definitiva entre los nuevos valores de la emigración y los tradicionales, entre una impugnación y un conformismo, entre la violencia zoliana y la idealización romántica. O la resolución a crear algo nuevo con o sin esos componentes), faena para la que *profesionalmente* se creía en condiciones, lo involucraba. El mismo figuraba insertado en ese mundo caduco en la medida en que toda una parcela de su vida, todo lo familiar —mujer, amigos, necesidades, prestigio, compromiso— lo vinculaba a lo que había que desechar. Impunemente no pudo ser a la vez médico popular y miembro de una academia.

En fin, que en gran medida por lo menos, el desequilibrio entre Hugo y Zola, entre un romanticismo liquidado y un toscos pero eficaz naturalismo, no pudo ser superado por Sicardi por el mundo al que parecía adscripto. El roquismo estaba en crisis pero todavía apuntalaba antiguos valores frente a los que pugaban por imponerse. La indecisión de ese momento histórico tiene en novelista y su obra. Y en ese forcejeo entre la experiencia y lo heredado, entre la caducidad y la renovación, el final resulta indeciso, imperfecto y frustrado.

VICTOR ASEEF

que tal despropósito se cometió, no será abusivo ahora aclarar, a propósito de picarescos, que si el clásico español era un muchacho desvalido en medio de la intemperie social y económica, el "pícaro argentino", Laucha, es un adulto, no precisamente pueril, sino incompleto, por fatalidad de su mundo todavía no descubierto. Reconoceremos en Laucha a un pícaro, sólo a condición de advertir que se trataría de un pícaro especialísimo, tal como de orden especial es la intemperie que lo acosa. Y no nos sugiere su apodo: "Laucha"; pues su hurto no es el de la mano subrepticia, del esquivo y el salto al escondrijo. El hurto ideal que este adulto incompleto persigue es muy otro: "...yo, la verdad, no he nacido sino para trabajos de escritorio, de esos de no hacer nada, sentadito a la sombra...". Logra su hurto en el puestito burocrático, sentado, a la sombra, hurtándose a sí mismo de la intemperie elemental, de la dura confrontación con la realidad natural que, porque no se la ha aceptado, sigue siendo lo adverso, lo no humano. El hurto de este pícaro es el hurto de sí mismo, por vía de rechazo de un ámbito natural que sólo puede vivenciar como amenazante y definitivamente extraño, porque, para él, su corteza es sólo la concreción mineral que no tiene nombre ni ha sufrido todavía la mordedura de lo humano.

La novelística de Payró se plantea pues, tempranamente, como tarea efectiva y también como problemática, el descubrimiento de nuestra realidad. Y Payró, gran testigo, entendía de esa ciencia: él caminó este país, se adelantó palpándolo, buscándolo, y en la medida en que realizó una creación novelística desbrazó materia prima geográfica acotándola con la medida humana. Así rescató para nosotros la hasta entonces muda existencia mineral de la Patagonia, los exilados pueblecitos que sólo de hecho existían en nuestro extraño interior.

Hacia allí apuntaba la pluma de Payró, en "El Casamiento de Laucha" y en "La Australia Argentina", como también en alguna medida en sus cuentos de Pago Chico, aparentemente con conciencia de la urgencia de este gran quehacer de la creación literaria entre nosotros.

Con su Laucha, su humorismo, que todavía no se ha acercado, oferta el documento de su vocación por el hombre real y su contorno. En los cuentos de Pago Chico, su sátira simpática opera ya en el terreno de los valores morales, y se adentra en lo que será el tema mayor de su obra: la búsqueda del sentido de América. Y descubre así certeramente la América del inmigrante europeo: es la tierra a que se llega para enriquecerse e irse, América como botín, como tierra de conquista y explotación. Tierra donde caducan normas y principios que se sobrellevan sólo como superestructura suntuaria, pues a ella no se viene a vivir, sino a estar; una América sólo geográfica, donde lo humano no halla ningún destino. Payró pone a la luz esa América sin destinos para el hombre. Y sabe descubrirla, además, no sólo como la del inmigrante ocasional apurado en irse: ya con un humorismo más áspero, la descubre también como la América del criollo. El criollo ya no quiere irse, es cierto, porque, por error irreversible de sus mayores, de hecho ha nacido aquí, pero dentro de su resentida lasitud, un apuro le ha quedado: apuro por enriquecerse si es posible de cualquier manera, y en último caso, ya que no puede irse, apuro por no saber que está aquí.

Ese es el criollo que Payró enjuicia en sus cuentos de Pago Chico. Criollo no sólo difícil de mostrar, sino aun de ver, como que sus difusos contornos se hunden y pierden todavía en el interior de cada uno de nosotros. Se ha dicho que Payró satirizó bondadosamente a este criollo; hoy sabemos también, a la vista de su obra en conjunto, que su sátira simpática se ejerció aquí con escrúpulo paternal, y que el dictado de su humorismo en ningún momento desconoció la valentía y el dolor aún.

Pero el humorismo entraña siempre un compromiso. Pues tiene sus propias leyes, y una de ellas quiere que su eficacia se logre confrontando, tácitamente, dos planos de valor opuestos. El humorismo trabaja siempre con dos planos: el que muestra, y exhibe a la burla por residir en él un valor negativo, y el que esconde, el valioso, tácitamente comparado con el cual el primero cobra su adjetivación peyorativa. Lo que Payró muestra y entenece en sus cuentos es la actitud que ese criollo guarda para con su tierra, actitud que imita y perpetúa la de sus padres, la del antiguo conquistador español, la de quienes llegan aquí para explotar e irse. La actitud opuesta, la que el criollo no tiene y el novelista considera que debiera tener, no está explicitada, pero se halla en el plano positivo a que Payró tácitamente se atiene en su valorización. Por eso, desde el exacto momento en que Payró hace humorismo con esos criollos de Pago Chico, está postulando secretamente una nueva ética para el hombre americano.

Con ello funda Payró la gran temática de su obra, primero sin saberlo él mismo, más tarde con plena conciencia y conformando a ello su obra literaria. Al entender Payró tal tarea como finalidad, introducía en su obra un elemento que, como siempre ha ocurrido, conspiró contra sus posibilidades artísticas, al desplazar el centro de gravedad, de la obra misma, a su finalidad.

Pero hace aquí más estrechamente a nuestro asunto considerar que, cuando en los cuentos de Pago Chico se hace humorismo confrontando la actitud ética que el criollo tiene con la que debiera tener, se está trabajando con dos planos cuya naturaleza misma es totalmente disímil. El pagochiquense de que reímos, es el que existe realmente, y está en un plano real. En tanto, el pagochiquense tal cual debiera ser, el éticamente valioso, está en un plano ideal. Lo que constriñe y lesiona la calidad novelística de Payró es, en primerísimo lugar, la naturaleza ideal del plano en que, inmediatamente después de sus "Cuentos de Pago Chico", va a estar el centro de gravedad del resto de su obra.

Si lo que se nos prometía, detrás de la búsqueda y descu-

brimiento de Payró, era, como creemos, el hallazgo de nuestra propia expresión, tal esperanza ha de darse por cancelada, ya que en la expresión propia ha de manifestarse, precisamente, el intercambio vital entre el creador y su mundo. Payró dará de ahora en adelante el testimonio de su comercio con un mundo, no real, sino ideal, y que no es ni puede ser, por lo tanto, el mundo vital de nadie.

No es extraño por eso que en las "Divertidas Aventuras del Nieto de Juan Moreira" sea tan difícil ver una novela antes que un relato moralizante de inspiración histórica. Payró había tomado posición ante un problema, y quiso para su obra un tono mayor, de alegato. La voz satírica pero paternal que había vibrado simpáticamente con el mundo que iba descubriendo, nombrándolo y haciéndolo su mundo, se torna decididamente áspera. Y de más en más explícita. Es que está enunciando, con seguridad tocada de una gota de escepticismo, tal como conviene a quien es demasiado sabio para una época de soluciones fáciles, qué debe llegar a ser el hombre americano.

El tema de las "Divertidas Aventuras" recorre por cierto un interesantísimo estadio de nuestra vida política. Pero las necesidades propias del alegato y del plano ideal en que éste se juega divorcian al narrador de sus propias vivencias, y lo constriñen a atenerse a las magras posibilidades de una dialéctica de abstracciones. Ya ese Herrera, el protagonista, ostenta una reveladora diferencia de naturaleza con aquellos otros politicastros que Payró animara en "Pago Chico": no es, como cada uno de los pagochiquenses, un hombre, sino un esquema.

La finalidad, el alegato, impiden aquí ver al hombre. Se diría que el novelista se ha retraído ascéticamente, que ha hecho de su personaje tan sólo lo que necesitaba para su alegato, un político inmoral, o mejor, el esquema de un político inmoral. El título de la novela proclama que este Herrera es, de alguna manera, el descendiente de Juan Moreira. En él representa Payró, pues, al antiguo bandido con su etapa rural ya superada e instalada en su intento de vida urbana. Pero el personaje de Payró no es en absoluto el sucesor natural del gaucho alzado. Lo único que uno y otro tienen en común es su distorsión ética. Al identificarlos, el novelista, que antes viera tan honrado, se atiene ahora sólo a una epidérmica formalidad. Define al antiguo bandido rural por su arbitrariedad moral, sin sospechar que acaso su violencia y su arbitrariedad eran un despliegue instintivo que acababa a su mundo a tiempo que lo hendía. Para poder ver al inmoral, se niega a ver al bárbaro; de otra manera hubiera descubierto que, alentando en esa misma arbitrariedad, había una moralidad profunda hecha de fidelidad a la vida.

En el gaucho alzado, la vitalidad estaba conformada sólo por el impulso y el instinto: era un primitivo. El presunto sucesor, es apenas el delincuente, el civilizado tramposo.

A tal político delincuente, le opone Payró en su novela, como modelo ético, otro político, honesto, que establece con el delincuente una oposición unilateral, estrictamente ética.

Si en este político honesto está escondido, según creemos, el sentido de lo que Payró propone para América, conviene profundizar en él. ¿Qué modelo humano propone Payró por oposición a la delincuencia política? ¿Quién es ese hombre, contraparte del nieto de Juan Moreira, del bárbaro? Es un hombre, lo veremos, desvinculado de toda realidad histórica, movido exclusivamente por un ideal conceptual adventicio del todo ineficaz para informar una conducta. Un modelo humano que, al definir su posición personal ante la política, dice: "No he de vivir de la política. Sólo en estos países la política resulta una profesión, cuando es realmente una función general, casi diría obligatoria de todos los ciudadanos".

El contenido moral de este planteo, claro está, es impecable. Pero veamos en qué se sustenta. El fondo de tales palabras es éste: "La política es realmente una función general, pero aquí resulta una profesión". O de otra manera: "La política es tal determinada cosa, pero aquí resulta tal otra". Nos preguntamos: si la política no es aquí lo que Payró entiende por

ella, ¿dónde lo está? ¿Por qué afirma que la política es realmente lo que es en otra parte, y no lo que es aquí? Para la mentalidad de este americano, lo que es aquí, no es realmente; acontece, tan sólo, resulta.

La actitud ética que Payró nos propone no se vincula ni puede referirse a nuestra realidad. Sólo está referida, aparentemente, a otro lugar. Y decimos aparentemente, porque, si no está referida a aquí, donde vive quien tendrá que asumirla, tampoco podrá estar referida a lugar otro alguno. Porque tal actitud, no es, como pudiera pensarse, europeizante. Es simplemente platónica, y su concepto de política, no es sino la idea pura de política.

Poseído de la cantidad de su alegato, Payró no tuvo conciencia de la postergación a que sometía a la realidad. Al punto que, al hacernos el retrato de un caudillejo local inescrupuloso, nos dice de él que era "de conciencia elástica en política y administración, como si el país, la provincia, la comarca, fueran abstracciones inventadas por los hábiles para servirse de los simples". Con lo que le está reprochando precisamente el vicio de su propia dialéctica.

Si estas "Divertidas Aventuras", y si toda la aventura que es la trayectoria literaria de Payró, son una gran fábula que nos propone a nuestra meditación de americanos, la única moraleja posible que en ella hallamos diría aproximadamente así: "Las abstracciones inventadas no son aptas para pensar la realidad americana, cuando las han inventado los pillos, pero sí cuando han sido provistas por gentes honestas y con vistas al mejor progreso de nuestra democracia, moralidad, y demás palabras sagradas". Es una moraleja demasiado melancólica. Nuestro Payró, el hombre que tan cerca había llegado del nudo en que nuestra posibilidad de crear parece estar trabada, termina invitándonos a abordar nuestra realidad a partir de preconceptos morales. A lo largo de tal formulación ética a priori se esfuma para Payró toda oportunidad de expresión propia.

Al filiar el novelista, en las "Divertidas Aventuras", a su personaje, filia también su problemática. El político inescrupuloso es, para él, el descendiente histórico del bárbaro Juan Moreira. Y el político honesto, es el hombre que se opone al bár-

baro. Con esa dualidad, político honesto - político inescrupuloso, Payró está repitiendo la polarización en que Sarmiento había simplificado didácticamente su problemática histórica: "Civilización — barbarie". Disyuntiva que se había mostrado insuficiente para fundamentar una ética para el hombre americano. Así, cuando intente el novelista aplicar el esquema a que ha referido su alegato a las necesidades de nuestra organización nacional y política, se hallará moviéndose en el vacío. La comprensión de la marcha evolutiva de un pueblo que todavía no ha superado su estadio rural se ha oscurecido definitivamente para el novelista.

Es indudable que en Payró se realizó nuestro gran novelista. Y se da en este hecho una verificación: el novelista se frustra en la exacta medida en que con él se frustra uno de nuestros más serios avances hacia una expresión propia. Puesto a enunciar una actitud ética, dejó sorpresivamente de trabajar con hombres para especular con esquemas, como si la ética no fuera asunto del hombre mismo, y su fundamento, el hombre concreto histórico. No quiso ya ver ni oír; quiso olvidar que, por debajo de toda actitud y de toda expresión humana, subyace una actitud vital que es su fundamento, un impulso total que lleva al hombre a arraigar en su ámbito a tiempo que lo crea. Quiso ignorar que el novelista puede expresarse sólo cuando renuncia a ver en la circunstancia histórica una eventualidad que debe ser sorteada, o bien que puede ser aprovechada como fuente temática, y se reconoce a sí mismo como fragmento de esa circunstancia; cuando deja de sentir el ámbito físico como mero paisaje, y acepta el sol y la piedra que lo están moldeando.

Por el camino que había elegido para su alegato, halló Payró su frustración. Quiso decirnos quiénes debemos ser, pero no nos dijo cómo hemos de superar al primitivo bárbaro que todavía somos y necesitamos dejar atrás. Luego de su nada sorpresiva mudanza a Europa, ese tono ligero y casi zumbón que va a adoptar de más en más para referirse a las cosas americanas obscurece progresivamente la sátira del novelista que había abierto los ojos con simpatía. Era la sátira de quien, a solas con sus escepticismos, había llegado al final de su propia aventura.

GUILLEMO STEFFEN.

Enrique Larreta o el linaje

AÑO 1908. El modernismo en la Argentina está en pleno fervor. Con todos sus elementos, matices y diferencias acumulados por la presencia de Darío, la impresión del descubrimiento directo de los modelos franceses (con el retardo suficiente como para que esa impresión sea la de un Olimpo completo), y la presión de una generación muy nutrida, cuyos primeros nombres han surgido: de Lugones a Chiappori, de Gálvez a Ginisti, de Quiroga a Becker, a Rojas. Parnasianismo, Voluptuosidad, pesimismo, Sangre-Muerte, sensualidad, morbosidad, belleza, refinamiento de la sensibilidad. Ya ha aparecido *Ideas*. Existe *Nosotros*. Se considera definitivamente "pasado ya el período de los trastornos del positivismo realista", según frase de Gerschunoff, olvidadas las "viruelas de Naná", según Angel de Estrada.

Su triunfo en la prosa es, sin embargo, todavía poco seguro. Y aunque preparado por la *Esther* de don Miguel Cané padre, por Angel de Estrada, por el mismo Lugones, será efímero. La aparición o el resurgimiento de algunos elementos extraños: el realismo, el nacionalismo, el mismo naturalismo zoliano, comienzan a perturbar su dominio, y a determinar mucho más que sus valores de escuela literaria en estado puro sus caminos próximos y lejanos.

Pero en 1908, el reciente *Bonderland*, *La guerra gaucha*, nada de eso hacen previsible. Al contrario, ese año aparece *La gloria de don Ramiro*, que parece afirmar el dominio del modernismo en la novela. Ideológicamente, se habría logrado la conjun-

ción de la cultura francesa con la tradición: estolicismo y raza. Parecería así estarse cumpliendo un deseo implícito en el modernismo, que se sentía un poco extranjerizante, pero que ya se estaba haciendo nacionalista. *La guerra gaucha* representa otra forma de ese intento, la que después habría de predominar, aun sobre el mismo Larreta. En ese momento no había titubeos, sin embargo: Larreta había descubierto, con Barrés, la ciudad de Toledo, y a Avila por sí.

Formalmente, la novela llenaba los requisitos de riqueza idiomática que eran exigibles en una obra de arte literario. Se ha hablado de sus "valores eternos". Amado Alonso le ha consagrado un libro en el que analiza cuidadosamente las razones de su excelencia. Primero la ubica: *La gloria de don Ramiro* reúne dos elementos que se entrecruzan: el carácter de la novela histórica con la prosa modernista. Adopta los ideas literarios de Flaubert en *Salambó*, pero no sus procedimientos realistas, sino los del impresionismo finisecular, esto es: representar no las cosas y los sucesos, sino las sensaciones de los sucesos y de las cosas. Y el impresionismo unido al modernismo que se alimenta de todo el truquerío de la novela del siglo XIX (puertas secretas, hechicerías, duelos). El modernismo de Larreta, concluye Alonso, no fué una imitación de Darío, sino la búsqueda en las mismas fuentes. E, inmediatamente, realiza un trabajo clasificatorio y estadístico: el que ha de señalar los méritos de la obra. Tomando como punto de partida el mecanismo de las sensaciones,

Las articula cuidadosamente, poniendo en cada una cantidad de ejemplos probatorios de la variedad de voces con que Larreta las provoca.

A todo esto, a nosotros hoy *La gloria de don Ramiro* no nos da ni frío ni calor. Debemos ser sinceros: todo ese esfuerzo nos parece pura arqueología, sin validez ni vital ni literaria. Solamente desde un punto de vista académico —como una verdadera academia—, puede ser reivindicado. Y aún así, más tal vez para los españoles, que parece sentir en Larreta la "sublime elocuencia", que para los sudamericanos, a los que *La gloria* no nos dice sencillamente nada. Aun desde el punto de vista exclusivamente literario, su retórica nos deja fríos. Tanto como *La guerra gaucha*, que nos conmueve algo más por otras razones. Y mucho más que, por ejemplo, las *Sonatas* de Villa Inclán. En todo caso, no produce sobre nuestros sentidos, ni trasmite las sensaciones que el extenso catálogo de Alonso haría presumir. Si hay palabras que indican los distintos matices de la luz, que señalan infinitos tipos de olores, etc., nada de eso logra manifestar la actividad sensorial. Lo que se obtiene —y se persigue, en el fondo— es la utilización de palabras ricas y variadas, de palabras lujosas y raras que hay que ubicar en un contexto especial. El trabajo sensorial es secundario. Lo notable hubiera sido que en los personajes la vida sensual fuera suficiente; pero ellos parecen indiferentes a todo ese boato que les es impuesto. Los sentidos no elaboran nada, no son vías de contacto ni de conocimiento. Son menciones que le deben servir al lector para adivinar matices del cuadro de época. Se comprende sin dificultad que los españoles de la época de Felipe II debían oler muy variadamente, pero ¿los olores actuales, los olores inmediatos, carecen de vitalidad literaria? Ocurre que, siendo todo ese mundo un puro verbalismo no puede sino aplicarse a circunstancias que lo favorezcan, o que se desmesuren pintoresca y ornamentalmente a ese propósito. Cosa análoga sucede con el mundo épico que intenta levantar Lugones en *La guerra gaucha* o con el mundo fantástico ("en la atmósfera de Poe, la prosa de Baudelaire") de Chiappori y del primer Quiroga.

Don Ramiro puede defenderse por otras razones: discreta organización de novela, acontecimientos bien enlazados y mesuradamente contados. No se lo puede acusar de pesadez, la trama se sigue bien e interesa. Los personajes, aunque en su mayor parte tipificados, no lo han sido tanto como para momificarlos totalmente. Pero nada más. Es decir, en suma, una hermosa pintura histórica, una academia decorosa.

Ahora bien, de pronto Larreta pega un salto en el aire, deja el modernismo, que tantas satisfacciones le produjo, para empellarse en un realismo lo más ceñido posible, sin pretensión de recamados ni de enojaduras. Este curioso hecho dió mucho que hablar en su momento, y las suposiciones que subsisten se han incorporado a toda presentación de *Don Ramiro*. Pero no es necesario sustentárselas ni ir más allá de lo que lo aparente nos indica para una visión de conjunto de la obra de Larreta, en la que *Don Ramiro* se separa estilísticamente del resto.

Pues bien, *Don Ramiro* es una obra que, en cierto modo, nada tiene que ver con nosotros. Podrá representar un momento del lenguaje español, ni un minuto de nuestro lenguaje. Y, justamente, Larreta deja España y trata de recuperar lo argentino. En el intervalo entre sus obras en la Argentina han pasado *El malón blanco*, *La maestra normal*, *Los caranchos de la Florida*, *Anacoña*. En el mismo año de *Zogobí* aparece *Don Segundo Sombra*.

En Larreta no se produce aparentemente un desarrollo como el que, en Valle Inclán, va de las *Sonatas* a los *Esperpentos*, o en Lugones de *La guerra gaucha* a *Poemas solariegos*, sino un corte, una fractura, que para algunos es la consecuencia de una impostura, pero que bien puede ser un intento de buena fe para reencontrar lo argentino. Naturalmente, a la manera de don Enrique, un tanto grandilocuente y un bastante falsa.

Porque en realidad, muy poco ha cambiado. *Zogobí* no acumula otros méritos sobre *Don Ramiro* que la intención de acercarse a lo nacional y a la actualidad, y una cierta mayor concisión. Pero lo demás permanece, y algunas cosas empeoran al perderse el conveniente decorado. El gran conflicto que Larreta descubre: la lucha de tendencias nobles y de tendencias innobles en el hombre, se mantiene. Y nunca serán desterradas: permanecerán a través de *Pasión de Roma* hasta *Tecia que suceder*. Su psicología será siempre una mezcla de Calderón y de teología de catecismo. Lo noble estará del lado de la tradición, será lo espiritual, la raza y la religión; la tentación es lo exótico, en lo nuevo, en la mujer de otra raza. La mujer es la Carne, y la Carne, perdición. El convencionalismo, que en *Don Ramiro* forma parte del cuadro, aquí todo lo torna falso, vacío, irreal e increíble. Todo es pensadamente exterior, solemne, tipificado de la peor manera porque no responde a ninguna necesidad de los personajes, sino a una cristalización de ingredientes tal vez necesaria para que la existencia del autor, como hombre, se justifique. Un mundo en que las personas actúan según su clase, su sexo, su papel lo indican. Donde hay señores y criados, ubicados en diferentes planos, con sus propias y diferenciadoras cualidades: los unos, nobles de estirpe; los otros, de corazón. Aquellos —Argentina, 1920— hablado de tú; éstos, de vos.

Larreta necesita que en su mundo estén presentes ciertas baldosas granadinas, y que las niñas estén sometidas a los ensueños, los donceles tengan en todo momento grandes pensamientos: amor, honor, trabajos; y que la niña que ensueña tenga los ojos perdidos, las manos colgando, y algún rubor (leve) en sus mejillas. Así utiliza, drado afuera, sin que obedezca a necesidades internas, tipificaciones que varios siglos de literatura organizada han obtenido de actitudes exteriores para indicar lo interior.

Su modo de "ambientar" la novela sigue consistiendo en la "reconstrucción histórica". Así como la madre de Rodrigo anuncia la muerte de Teresa de Jesús, en *Zogobí* se recuerda que Sarmiento regaló las semillas de los emulipos de la estancia. El lenguaje es tan arqueológico en la España de Felipe como en la Argentina de 1920. *Old y ol* tienen el mismo significado de detalle decorativo. Y el clima, los sucesos, están apoyados, si no formado por el mismo truísterio, por los mismos elementos de signo exterior: tormentas o duelos, traiciones o conspiraciones, fantasmas, emponchadas, muertes dramáticas.

Todo es externo, fabricado. A los elisés sentimentales corresponden elisés verbales. Cada escena gira como sobre un pivote para dar a otra. De tal forma, el todo es irremediamente horizontal, de una falta de profundidad inexorable.

Este es el romanticismo de externalidades por cuyo retorno clamaba Larreta en 1936: honor y nobleza, dignidad, planchamiento, caballería, catolicismo.

Ser más minuciosos sería ver gratuitamente cruces, pero eso romanticismo, que culmina en el amaneramiento de *Tecia que suceder*, donde todo está regido por la disparatada situación, es el tipo de engastamiento que más ha hecho para impedirnos una literatura.

Larreta es el literato que en 1918 inauguró el Museo de Luján. Que ofreció el Día de la Raza a Primo de Rivera. Que brindó en el Jockey por la embajada inglesa. Que creía (suponemos de buena fe) en los beneficios civilizadores del imperialismo en la India y en la Argentina. El que al estrenar en 1934 *Pasión de Roma*, dijo: "Al confiar a una compañía argentina la interpretación de una obra de esta naturaleza, tan subida de asunto, tan ambiciosa de intención y de ambiente tan refinado, creo prestar un servicio a la cultura de mi país". Todos, de Sarmiento acá, hemos sentido de vez en cuando el frío del bronce en nuestros pies. Pero ya sabemos quienes son los que persisten en esa creencia.

J. VILAS-N. JITLIK.

Manuel Gálvez: el realismo impenitente

EN 1914, cuando Gálvez publicó *La maestra normal*, su primera novela, hubo manifestaciones callejeras en la ciudad de Paraná.

Su revista, *Ideas*, fué considerada órgano de la generación del 900. En 1913 se le había dado el Premio Municipal. El Primer Premio Nacional le fué adjudicado en 1932. Valery Larbaud hablaba de él como de uno de los dos o tres escritores representativos de la novela rioplatense. Al mismo tiempo, sus obras eran populares: algunas de ellas alcanzaron una expansión sólo superada por *Stella* o por las novelas de Hugo Wast.

Parecería, pues, que en él se ha dado un hecho casi inusitado en nuestras letras: el de un escritor que al mismo tiempo es considerado tal "por los cultos y por la multitud".

Pero el "caso" Gálvez ofrece circunstancias ni siquiera apuntadas con esa conclusión. Pues podría hablarse de la evolución de Gálvez. O mejor, de las evoluciones. Una, la de Gálvez. Otra, la de la opinión sobre Gálvez.

Cuando Gálvez aparece en la novela lo hace tomando partido estético y político. Frente al modernismo más o menos parnasiano, pero en todo caso muy ornamental de un Larreta, de un Chiappori, practica un arte realista, pegado a la descripción de un mundo cotidiano, triste y oscuro, desaliñado de estilo, sin preocupaciones de belleza. Aun dentro de nuestro realismo, sus novelas ocupan un lugar especial: no es el realismo objetivo, desinteresado, sino militante, cargado de intención, y, a la vez, cerca del naturalismo zoliano. Sus libros describen minuciosamente las miserias argentinas, se lamentan de ellas, las denuncian, hablan de "culpa social", de "proletarios", de "injusticia", de imperialismo, de revolución, de Aurora. El folletín de "La Vanguardia" lo recoge.

Poco a poco va cambiando. Primeramente, el realismo se mantiene, pero va perdiendo la intención. Finalmente, ésta cambia: el revolucionario se hace tradicionalista; el conefraile, católico; el rebelde contra la autoridad, panegirista de los hombres fuertes. Una sola denuncia permanece: Gálvez continúa predicando el antilimperialismo, pero ahora en esa postura particular, adaptada por esos años como posición política argentina y que se llamó nacionalismo. Simultáneamente, su realismo se muda en costumbrismo, su prosa se hace un poco más aliñada, más "española". Es decir, deja de escribir historias de prostitutas, de poetas pobres y de empleados, de niños bien encanallados y de idealistas, abandona el voseo y el diálogo de arrabal, y, después de algunas novelas históricas que le valen el Premio Mitre, escribe historias morales y novelas religiosas o biografías periodísticas, hábiles pero contrahechas.

Mientras tanto, la crítica y el público "culto" le vuelven la espalda. Se lo termina por considerar un folletínero, "un narrador popular que no cuenta para la literatura", se lo encaja al lado de Hugo Wast y se lo mira más como un fenómeno social que como un fenómeno literario. Su misma popularidad ha disminuido. En realidad, la que hoy tiene se basa mucho más sobre sus biografías —bien logradas para la venta— que sobre el resto de su obra. Sus versos nadie los recuerda. La revista *Ideas* nos parece un catálogo de lugares comunes. Sus ensayos nos abruma de ramplonería y de suficiencia roma. Sus últimas novelas nos parecen aptas tan sólo para premios de religión en las escuelas. Y, sin embargo, tenemos la sensación de que somos injustos, de que Gálvez es más novelista de lo que nos parece. Algunos, incluso, han llegado a mencionarlo —en 1954— como el mejor novelista argentino. Sabemos que esto último no es cierto, que esa opinión obedece a razones extraliterarias, pero, de todos

modos, encontramos algo en Gálvez que no nos permite desecharlo. En sus primeras novelas hay algo que, a pesar de todo, se impone. ¿Qué? Es difícil determinarlo. No es su denuncia, que nos parece débil y exagerada, retórica, y que, en todo caso, se encuentra en muchos libelistas más eficaces. No es su realismo, siempre vacilante, casi siempre cursi. Lo releemos cuidadosamente: el balance no parece dejar dudas. El lugar común es el alimento habitual de Gálvez. Socialista o derechista, progresista o reaccionario, ateo o católico, siempre usa un bagaje de ideas manoseadas, de opiniones de confección y de catecismo pardo. En el fondo, nunca ha cambiado. Apostrofará a la sociedad o hará aparecer al diablo, pero sólo serán las fórmulas externas lo que modifica, y de esas fórmulas siempre usará lo más grueso. Su visión del mundo, poblado de ángeles y de demonios, de almas buenas y de fuerzas malignas, no cambiará. Su apreciación de una aristocracia de cuna sólo se irá haciendo más explícita con el tiempo; siempre sabrá la distinción entre "verdadera aristocracia" y "gente bien", entre "gente bien" y la otra. Pasará de Zola al confesionario: siempre traducirá "realismo" por "sexo". Es decir, participará de todos los prejuicios, de todos los sentimientos irracionales de su medio: sólo los formulará de diversos modos, en tanto los reciba así establecidos de alguna parte que, ésa sí, elegirá por creerla la más adecuada.

Su nacionalismo dejará de ser grandilocuente, romántico y socialista, pero siempre se mantendrá como una veta irracional, nutrida en la reacción frente a lo externo.

Su estilo permanecerá siempre basto o afectado y cursi, alumbrado por frases de busal rebuscamiento, o ramplón, empedrado de frases hechas.

Siempre opinará en sus novelas. Siempre lo hará desastrosamente y del modo más importuno.

Finalmente, las psicologías de sus personajes (algunas de sus novelas fueron clasificadas como "psicológicas"), son convencionales y absurdas: prostitutas siempre desgraciadas, llenas de buenos sentimientos; jóvenes de la sociedad depravadas; niños bien perdidos e inútiles, en su época rojiza. Sacerdotes con "toda su vida organizada para el servicio de Dios y de los hombres", después. ¿Hay algo más increíble que Monsalvat, en *Noche Egales*, de cuarenta años, abogado, aprendiendo asombradamente que existe la trata de blancas?

Y sin embargo, ese mismo balance nos asegura que no todo en Gálvez es negativo. No es, por cierto, nuestro mejor novelista. Pero algo existe allí. Se encuentra en la línea de Cambaceres, de Arlt, donde una novela argentina es posible. ¿Por qué?

Algunas primeras virtudes son señalables. Su eficacia narrativa, la capacidad de mover el relato aun a través de sus debilidades formales, de las situaciones melodramáticas, hasta a través de sus fastidiosas historias religiosas. El tiempo sucede en sus páginas, y en ese tiempo pasa algo. Su mismo estilo se hace a ratos cortado y eficaz.

Luego, frente al arte literario en que abunda nuestra novelística, muerto al nacer, nacido para las antologías, sus obras representan el acierto primario, el arte realista, que cuidadosamente levanta un esquiwo del natural. Frente a aquel arte bizantino, literatura de literatura, éste es el primer paso —el de la humildad— exigible.

—Pero todo eso no basta —ni aun en una literatura tan modesta como la nuestra— para compensar el rostro. Con todo eso no se logra más que un hábil repetero literario. Y Gálvez es más que eso:

Primero, está el lenguaje: A pesar de su falta de habilidad consciente, a pesar de su pobreza, sentimos que usa para novelar la lengua de todos los días; este idioma a medias bastardado, a medias recreado que tenemos los argentinos. No es que, única-

mente, patoteros y compadritos hablen vulgar y de vos (y ya es algo). Ni aun que ese idioma del diálogo se extienda a todos los personajes (lo que no es del todo exacto). Es que el autor mismo utiliza nuestra habla, su habla natural e inconsciente. Cierta que hacia sus últimas obras se ha ido españolizando, puliendo su lenguaje —y matándolo. Pero no es a esas obras que nos referimos. Cierta es que, a veces, sus personajes —cuando hablan en puros, en buenos— se españolizan hasta el tuteo. Pero esa vacilación y esa vergüenza no llegan a anular el lenguaje de fondo auténtico. Mantenido en los límites de su mediocridad, sin construir nada sobre el lenguaje hablado, pero allí está, moztrenco, pero vivo. Apto para ser instrumentalizado como lo será luego por Arlt.

Y ese lenguaje corresponde al mundo que pinta: pueblos y ciudades, calles y barrios, que nosotros utilizamos. Cierta que ese dato material —como el uso del vos— no es de por sí motivo para justificar una novela. Pero da la base que la hace posible. Da la posibilidad mínima para un arte que no sea falso y pos-

tizo. Y algo de eso existe en Gálvez: de *La maestra normal*, de *Nacha Regules*, de *Historia de Arribai*, de algún otro de sus libros, se desprende a ratos un olor a humanidad, triste, pegajoso, que reconocemos. Una vida que, por cierto, excede las intenciones de Gálvez: sin elaboración, pero verdadera. Es en ese sentido (tal como pasa con Carriego) que se puede decir que en él está, en borrador, un principio de nuestra literatura. Eso comprende, más que los datos reales que nos transmiten, cierta forma de sentirlos, de palpar la vida, de pertenecer a ella, que nada tiene que ver ni con las filosofías que ha ido adoptando, ni con las que él puede creer sus opiniones, sino con algo más elemental, más cerca de la raíz; de ese gusto turbio, sentimental, que hace de sus novelas algo más cerca del dato aprovechable que de la obra expresiva de los datos de su contorno. Es decir, que su obra, como la de Carriego, como el tango, es más bien señal —o parte— de la realidad nuestra aprovechable estéticamente, que arte que haya utilizado esa realidad.

MARTA C. MOLINARI

Benito Lynch: la realización del "Facundo"

I

AL largo del desarrollo de la narrativa argentina han surgido frente a cada momento histórico como por una especie de reacción o de estrecha relación de causa a efecto —de causa entendida como el hecho que provoca otro hecho— los autores que construyeron una serie de obras que por sus características de simples descripciones —inertes enumeraciones a veces— y sin llegar a configurar violentas denuncias, se limitan a la pasiva función de testimonios más o menos verídicos. Así tenemos, entre otros, *El matadero* de Echeverría y *Amoñó* de Mármol para la trágica época rosista; *Una expedición a los indios ranqueles* de Mansilla para el confuso período sarmientesco; *La gran aldea* de Lucio V. López, *Juremía* de Cané y la inesperada obra de Cambaceres para la época posterior a la capitalización de Buenos Aires; *La bolsa* de Martel para el momento perplejo del 90; *El libro extraño* de Sicardi y *Teodoro Foronda* de Grandmontagne para la última década del siglo; Payró para el final de los satisfechos gobiernos de Roca; ciertas obras de Gálvez y algunas de Arlt para el período yrigoyeniano o para el oscuro hiato de la revolución setembrina.

En toda esta línea de la narrativa argentina la relación ambiente histórico/autor-libro no se da simplemente como una vinculación premisa/consecuencia. No. Sino que en todos los casos hay una permanencia constante y evidente de la causa histórica en el efecto literario; quiero decir que la historia no se da como un simple impulso —casi una causa física—, sino como una continuidad temática, ambiental y de problemas. Porque si se tratara de un simple impulso inicial, no se podría explicar la totalidad —en este caso, la novela— por esa causa momentánea y puramente incidental. En cambio, por tratarse de una causa persistente, resulta posible interpretar cualquiera de las obras insertadas en esa línea partiendo de su correspondiente causal histórica.

Dentro de este enunciado, por lo tanto, si se considera que Benito Lynch (1885-1952) aparece como el testimonio del campo argentino en el período siguiente a la época roquista que concluye en los primeros años del siglo XX, se tiene una pauta decisiva para orientarse dentro de su obra.

Al abrirse el nuevo siglo dos circunstancias configuran el panorama interno de la Argentina. Por una parte, la conquista del desierto al ser llevada a sus últimas instancias está definitivamente concluida; y, por la otra, con la asunción al gobierno de Quintana (1904-6) se llega a una culminación en materia inmigratoria (1). Ambos datos son, sin duda alguna, los que condicionan los cambios más importantes provocados en el campo argentino: la división de la tierra despojada al indio y la aparición en forma sistemática del elemento extranjero en la cam-

paña, especialmente en la campaña bonaerense.

Correlativamente —y es lo que me interesa señalar— el gaucho pierde de modo paulatino su carácter *nomada* para transformarse en un elemento sedentario despojado de sus atributos heroicos; se ve sometido así a una ley, se encuentra ligado, vinculado a las cosas y comienza a sentir que tiene que abstenerse, lo que lo está vedado, que hay una serie de convenciones que traducen un orden virtual. Es decir, que en Lynch se da un gaucho *convencional*, *domesticado*, localizable, accesible, al ir desapareciendo el mito y lo irracional para convertirse en un hombre que se ve enfrentado a una comunidad avasalladora y a todos los problemas que ella acarrea consigo. Y precisamente ese signo comunitario va a señalar como invariante de la novela campesina de Lynch la *reciprocidad* —cosa previa y diversa de la *solidaridad*— que conformará en sus diversos aspectos (mando, comercio, propiedad, familia, amor) las anécdotas totales y lo puramente epi-

(1) Dentro del largo período roquista iniciado en 1885 y que se sacó presentar como una unidad, se pueden señalar seis etapas determinadas en base a un elemento exterior, sin duda —la presidencia—, pero que en el organismo político de nuestro país es decisivo por el predominio de grupos o por pugnas entre civiles y militares o entre porteños y provincianos: la 1a. etapa se extiende del 80 al 86 de exclusivo predominio de Roca en base al apoyo de los gobernadores, muy especialmente el de Córdoba, su concaudado Juárez Celman; la 2a. etapa, del 86 al 90, bajo la dirección paulatinamente indiscutida de Juárez, que marca el consiguiente alejamiento de Roca; del 90 al 92 —una 3a. etapa— señalada por una revolución eminentemente porteña pero que Roca canaliza en su beneficio a través de la ambigua procuración del porteño Pellegrini, cuyo origen influyó cada vez más del 92 al 95 con el predominio porteño de Luis Sáenz Peña y la separación del roquismo que culmina con la revolución radical bonaerense del 93 y con el ministerio también radical bonaerense de del Valle; pero con José Evaristo Uriburu —salteño— el movimiento pendular regresa hacia Roca hasta 1904, marcando una 4a. etapa. Con Quintana la conclusión del poderío de Roca es definitiva y se inicia así una 5a. etapa. Baste recordar el discurso de recepción del mando el 12 de octubre de 1904 en el cual Quintana contestó a Roca: "Si tenemos el mismo espíritu conservador, no somos enmaradas ni correligionarios, y hemos nacido en dos ilustres ciudades argentinas más distantes entre sí que muchas capitales de la Europa." Es curiosa la similitud cronológica y física entre Quintana y Eduardo VII, a quien el argentino se le parece incluso en ese dandismo y esa disponibilidad de viejo heredero que coquetea con las rígidas formas imperantes bajo su antecesor. La 5a. etapa del roquismo se prolonga con Figueroa Alcorta (1904-10), cordobés, sí, pero que juega políticamente bajo el influjo de Pellegrini cada vez más alejado de Roca, y culmina con Roque Sáenz Peña (1910-14) porteño y definitivo y consciente sepulturero de ese Régimen que titubeó ante la posibilidad de sobrevivir una 6a. etapa bajo el mandato del provinciano de la Plaza (1914-16).

sódico.

De ahí que resulte evidente la no soledad de los gauchos pintados por Lynch: el campo, la naturaleza desierta, lo puramente vegetal o mineral desamparado, el panorama inmóvil, no está presente a lo largo de sus obras con su tácito poder, sino que se hace presente de pronto, incidentalmente, abruptamente. Es que la soledad misma, ese elemento determinante de lo épico en la literatura y en la realidad argentinas, el hombre solo, el habitante en tremendo monólogo frente a la naturaleza desaparece o, a lo sumo, se disimula diestramente en el resero, ese trabajador singular que describe Güiraldes.

Pero la implacable presencia de la comunidad hace surgir en cambio otro juego, una dialéctica dramática, plural, en la que generalmente el gaucho de Lynch es vencido o se frustra al intentar ubicarse dentro de aquélla (2). Juego dramático, diálogo vital que aparece significativamente marcado por el amor —brutal o tierno— y la consiguiente jerarquía acordada a la mujer, elementos desconocidos en su sentido cabal dentro de la épica gaucha representada en especial por *Martín Fierro*. Porque sobre Lynch, en efecto, pesa mucho más lo ambiental, lo colectivo, todo el clima de lo comunitario que lo estrictamente individual.

Y es en función de estos valores, que el gaucho de Lynch al toparse con lo social supera en forma definitiva la vida primaria en que se dedicaron Fierro y el sargento Cruz, para dejar atrás de una buena vez aquella vida a la intemperie, tan atrás como el recuerdo de la tapera de Vizcacha o como los techos de junco de los ranchos primitivos.

La problemática de Lynch gira por lo tanto en torno a esa *adecuación* del gaucho y de la pampa ante lo social, ante lo que se lo enfrenta, ante el grupo que se le impone, delante de ese "progreso" traído por la época requista que al avanzar en forma total, ni siquiera deja el recurso del desierto para huir y evitar ese gigantesco Leviatán que crece incommensurablemente, porque toda la tierra está ocupada. La obligatoriedad se impone en ese momento en todas partes, hasta en el ejército, que mal o bien había otorgado la posibilidad de elegir: quien no quería tirárselas de héroe desertaba y listo. Pero la alternativa como posibilidad, como direcciones diversas y contrapuestas, como incesante disponibilidad, pierde su vigencia. El gaucho alzado desaparece así de la realidad histórica y consiguientemente de la novela testimonio; sólo le queda como única salida el final planteado por Güiraldes en *Segundo Sombra*, cuyo protagonista prefiere quedarse solo y hundirse en la inmensidad del campo como si rechazara esa comunidad progresiva y áspera con un socarrón "No, gracias". Aunque eso ya no sea huida ni gesto rebelde: apenas si el escamoteo a una situación que se torna implacable

II

Son, pues, los gauchos enfrentados a lo gregario, al problema de la comunidad y a todo lo que ésta trae aparejado con su orden propio y sus jerarquías, lo que Lynch describe a lo largo de sus libros. Así, en *Los caracachos de La Florida* (1916), la figura del patrón surge imponente desde un comienzo con todo el poder que se trasmite a los objetos de su pertenencia ("... ¡La silla del patrón! ¡Cuántos gauchos compadres habrán palidecido en el espacio de treinta años ante aquel mueble modesto...") que enuncian el orden y la jerarquía de aquella lejana comunidad testimoniada con la llegada del hijo, con quien está de acuerdo en todo lo que sea violencia y agresión al gaucho.

El poder se organiza así por delegación en un curioso "sistema catenular" no tanto por eficiencia como por irresponsabilidad: los culpables siempre se localizan —están ahí, ahí nomás, son écos—; los verdaderos responsables, en cambio, son "los otros", ubiernos, insubles. Ese poder, sin duda, actúa dentro de un ámbito bien delimitado pero en una forma inesperada; es decir, la

jurisdicción concuerda con los límites cerrados de la estancia, pero la única codificación es el absurdo o —a lo sumo— las ganas. Toda la responsabilidad, por lo tanto, resulta inversamente proporcional a la jerarquía: es la "ley del embudo" u "ordenanza del gallinero". Que en nuestro país es tradición vigente y cuyo primer axioma enuncia que se la aguanten los de abajo. Y dentro de la cual la ley es pretexto y el mando, ventaja.

El hijo del patrón, por su parte, se enfrenta a la pampa dominada por una sensación de reconocimiento que resulta descarnada posesión y no descubrimiento; un superficial amor loci que es lugar común en nuestra literatura desde *La sombra del convento* hasta *La habitada* pasando por *Encuero*, *Zogobí*, *El caballo y su sombra*, *La torre*, y que unas veces se encubre en una engolada melancolía o en una exagerada satisfacción y otras en una perpleja inercia o en una falsa comprensión, pero que en ningún momento llega a configurar esa primitiva geomancia que se encuentra en Rómulo Gallegos o en algunos narradores brasileños (Graciliano Ramos, por ejemplo) y que otorga a las cosas, a las pequeñas cosas, un valor mágico teñido de una sugestión que solamente —eso sí— es valedera para el habitante, para el hombre de abajo, para el humillado.

Con todo, también para los gauchos de Lynch sus recintos resultan detalladamente explorados en la cotidianidad; correlativamente, toda posibilidad épica o de aventura está descartada entre ellos en tanto lo imprevisible o el sódico acomodamiento ante lo inusitado no se pueden dar ni se suponen; y hasta en el detalle de sus utensilios, el cuchillo por ejemplo, se anulan en sus posibilidades inesperadas al transmutar su calidad de arma —ejercicio episódico e ilegal— en herramienta— uso de constante lituid.

El hijo del patrón, en cambio, después de reconocer esa tierra sometida, la estima como a un campo de aventuras con toda la insatisfacción que le han dejado Europa, la ciudad y la propia comunidad de la que es miembro y a la que representa; y en ese campo que le pertenece, que le obedece, no existen ni vislumbra término para sus proyectos concebidos con toda la pedantería de la ciencia progresista y que en el fondo no son sino ganas y peligros intentos para los gauchos, quienes ya merodean "descoscos de saber algo sobre ese nuevo patrón que les ha caído del cielo y que todavía es para todos como un misterio preñado de amenazas...". Su libertad resulta así identificada con el cúmulo de actividades que se propone; es decir, su libertad tiene significado en la medida en que no se ha cumplido.

Por otra parte, esos mismos gauchos ante quienes el patrón viejo, el dueño de la tierra, constantemente necesita ratificar su poder evidente con reiteradas agresiones (al chino Mosca, a Sandalio, al resero), toleran toda esa situación con una voluntad de aniquilamiento en que dolor e injusticia se disuelven en resignación que, al disponerse a aceptar lo inevitable, se torna paulatinamente *imposibilidad* y hasta *consciencia*, en tanto no sólo es aceptación fatalista de una realidad, sino su justificación y su realización. No ya la huida de la inercia, sino el hundimiento, el ambiente, el sí definitivo. Incluso su trabajo, que en la épica gauchesca había participado del alarde y de la diversión, empieza a organizarse, a dejar de ser un elemental ejercicio consustancial con su vida corriente para articularse en una disciplina. La fiesta deviene compromiso y el ámbito lúdico se liquida con el horario. La nueva actitud del gaucho surge así como corolario del ámbito de la estancia, de la arbitraria parcelación de la tierra, *corrada* legalidad donde si no existe el mal —la actividad en el mal— es por la imposibilidad de encararlo, por la negación de la libertad.

Contrariamente, en los únicos casos en que la naturaleza se hace presente *sin límite* alguno, el hombre que impone la ley se queda solo, a la intemperie (capítulos V y VI), toda su legalidad se tambalea y surge de improviso, en una regresión temporal, lo épico y lo heroico.

Como contraparte de la rígida ley de *La Florida* aparece *El cardós*, que hasta con el nombre intenta componer una antítesis

(2) Lo opuesto a la frustración de los personajes de Lynch sería el acomodamiento tramposo y burlón del *Luchita* de Payró; pero que en su misma malicia y hasta en sus propios escamoteos oculta su definitivo fracaso social frente a la comunidad.

tan evidente como simplista, pero cuyas costumbres relajadas no suponen de manera alguna la salvación de la forzosidad, del sometimiento, porque en toda esa turba de gauchos no hay ningún elemento de voluntad moral, de ética, que realice la libertad. El hecho de que no estén presentes el mando, el orden, la reciprocidad o el horario, no significa que la inercia de los gauchos desaparezca; y si no hay resignación, pues no existe un patrón agresivo, si existe una imposibilidad que aniquila. Y si bien los gauchos de *El cordón* se desinteresan del dominio exterior y de la legalidad extraña y progresista de la época, ambos poderes se alzan allí, en el límite, en el alambrado, y su inicial afirmación de libertad se anula en los mismos sujetos; y aun cuando exista dentro de ese ámbito una libertad de elegir, la elección no se realiza. Está presente la disponibilidad, no así la determinación; hay, en fin, posibilidades, pero en ningún momento resolución.

Y si el capataz de *La Florida* es el único —dentro de ese grupo de hombres inertes— que reacciona violentamente, no es porque desbarate o intente perturbar la legalidad del patrón, el orden impuesto por la comunidad, sino porque él es precisamente quien ha entrado más al fondo de ese complejo y conoce las reconditeces y juega con ellas; es el gaucho asimilado a la social —trágicamente, sí—; él es el que se ha compenetrado más de esa jerarquía reciente y quien mejor la acata. Es el verdugo.

III

En *Enquesta* (1918), la siguiente novela de Lynch, la estabilidad de los nuevos valores urbanos que se van ordenando en la campaña, presenta tal solidez que el protagonista-narrador, autor teatral de éxito disfrazado de gaucho (3), se pueda desplazar libremente dentro de ese complejo ambiguo y, por veces, grotesco y amantado.

Es que en esta obra el campo, la pampa, se trueca en un término ideal, en un ámbito lúdico de vacación o de ocio y cuya legalidad, además de participar de otros valores, permite constantemente el libre juego de los que le son propios; se abre así a lo inusitado, a la aventura, al hecho nuevo ejecutado por el protagonista —únicamente por el protagonista— adquiriendo lo fáctico una importancia singular, en tanto que en la ciudad (el auténtico ámbito de aquél) ese mismo elemento no aparece. La ciudad resulta por contraposición lo no-fáctico, lo definitivamente ordenado, la hierática fuente de la ley, lo inamovible, donde nada ocurre que no esté previsto, donde acontece siempre lo mismo. O lo que es igual, donde nunca pasa nada.

¿Y cuál es el último término de esta aparición del hecho en la vida campesina del protagonista? Su existencia se da en el campo, allí es donde se siente vivir ("...yo iba al campo por placer, para revivir sensaciones de la niñez, para embriagarme de naturaleza...") en virtud de ese reconocimiento ya sindicado como lugar común en nuestra literatura: el campo es el ámbito de la autenticidad, y, por contraste, la vida ciudadana surge como una apariencia, como una no-vida. Correlativamente, el signo fáctico de esa vida campestre, por su profundidad, por las connotaciones auténticas que carga, llega a valer como algo fundamental en su realización por una mayor participación de los hechos como suma de contingencias, como logro de una mayor libertad. La disponibilidad resulta así uso cotidiano del cuerpo, y el ejercicio, ratificación de su voluntad. En síntesis: la vida del campo aparece como la única, la esencial, la verdadera.

Pero en esta tónica oposición campo/ciudad no hay involucrado un elogio de la vida rural como cosa descansada, "el aldea" de la tradición clásica. No. Sino todo lo contrario, porque lo que interesa en esa campaña es la faena, el quehacer. Ahora bien, el ambiguo trabajo del protagonista, no impuesto sino elegido, transferible y reversible a la vez, también resulta una comprobación en su despliegue deportivo —una comprobación por el ab-

(3) La reminiscencia entre el título de la obra del personaje de Lynch —"Las fieras blancas"— con "El malón blanco" de Vicente Martínez Cuitiño, estrenada exitosamente en 1912, me resulta indudable.

surdo, claro está— de la estabilidad de la nueva ley campesina: ya no es sólo el trabajo ciudadano, sino hasta su recogido ámbito lúdico el que prevalece; la pampa ya no resulta agresiva, sino placentera; ya no exige la instalación definitiva, sino que hasta en la resignación de sus habitantes resulta valedera la temporada, la varación que no ha sido motivada por el prestigio del exotismo, sino por la búsqueda de un contacto con la terca realidad y por una urgencia por gastar el cuerpo ("...Todo me interesaba, en todo me metía..."); aunque por momentos esa actividad se transforme únicamente —y en virtud del tono grotesco de la obra— en efectista destreza de héroe de folletín.

Pero aun cuando ese tono predomina a lo largo de la novela, la situación sometida del gaucho se hace evidente tanto por esa reducción al absurdo que es la fingida relación del protagonista ("...nosotros los pobres somos lo mismo que los perros...") como por la constante y ridícula violencia del patrón. Y aún en el ánimo del narrador-protagonista, apenas si tangencialmente comprometido en la gravedad de toda la situación, se insinúa como corolario, como natural polarización patrón/gaucho, libertad/sometimiento, irritación en aumento, "achicamiento" paulatino, una antipatía creciente frente a un mulato "bajo y lampiño". Polarización que ya se ha tipificado en la clara reiteración del patrón —mayor Grumben = Francisco Suárez Oroño de *Los corraños*— frente al peón —mulato = Cosme de *Los corraños*.

También las constantes épica y heroica surgen abruptamente en la soledad del protagonista frente a la naturaleza desbordada, ante la quemazón. Y tan evidente y tan necesaria es la conjunción de estos dos últimos elementos para lograr aquellas notas, que Lynch la provoca con un recurso elemental cuando, inusitadamente, el patrón le requiere al protagonista-narrador sus propias trebejos de fumar obligándolo así a partir hacia "las casas" en medio del fragor del incendio.

Resulta innegable, por consiguiente, que la nueva legalidad urbana se ha impuesto de tal manera como el orden virtual de un ideal imperante, eficaz y acatado, que su realización progresiva ha logrado una suerte de perfección que requiere como cosa imprescindible la violencia, lo inusitado o el catadismo para que los antiguos valores reaparezcan con su tremenda y tramposa eficacia.

IV

Las mal llamadas (1923) marca un paréntesis dentro de la temática y —consecuentemente— dentro del resultado de la obra de Lynch. Y digo consecuentemente, porque si el signo de la obra de este novelista es el tema gauchesco o campesino, esta novela se singulariza por su tema ciudadano; si obtuvo Lynch dentro de aquella corriente un resultado estético, en esta obra en particular, el saldo es negativo; los personajes —que en Lynch casi siempre resultan eficaces en virtud de la tipificación— desvalidos; la anécdota —que generalmente provoca la tensión en la novelística lyncheana— inocua; y el clima —que por una alusión continua, acumulativa, en las novelas campesinas se obtiene como presencia— inexistente.

Aquella correlación (que puede señalarse como una constante dentro de la novela argentina) y que supone el logro dentro del tema campo y el fracaso dentro del tema ciudad, configura un fenómeno que bien se podría llamar "complejo de Anteo".

Son varios y significativos los casos dentro de nuestra historia literaria como para que no llamen la atención: así tenemos el logro estético de *La guerra gaucha* de Lugones y el fracaso rotundo de *El ángel de la sombra*; el resultado positivo de la cuentística de Quiroga, cuyos temas se desarrollan en la selva misionera, y el franco desastre de las novelas que ocurren en ambiente urbano —*Historia de un amor turbio*, por ejemplo—; *Todo verdad perecerá* de Mallea frente a *El vínculo*; *Lago Argentino* de Goyanarte, frente a *Lunes de carnaval*; *Segundo Sombra* de Güiraldes frente a *Gaucho*; y así otros. La lista podría seguir.

¿Las razones? ¿Cuáles son las razones de este persistente fenómeno literario que podría ser llamado complejo de Anteo en vir-

tud de esa fuerza que parecen adquirir nuestros novelistas en contacto con la tierra?

Las razones —en general y dejando de lado las sobadas y facilongas de “lo imponderable” o “lo telúrico” que enunciadas así explican todo y no explican nada— me parece que se limitan a dos: La primera se da con mayor evidencia en la novela urbana, donde la falta de esa violencia elemental o del clima primario o del choque brutal de los protagonistas obliga al novelista a profundizar en el alma y en la psicología de los personajes, tanto que casi siempre se frustra y cuya excepción es —sin duda alguna— Roberto Arlt. Ahora bien, dentro de este primer planteo, habría que distinguir: a) la frustración del novelista “letrado” que no se anima a asumir la tosquedad idiomática urbana (Mallea); b) el freno del novelista “vital” que carece de los elementos culturales como para afinar la asunción de esa tosquedad idiomática (Verbitsky). La segunda razón surge en forma constante en la novela rural, donde de inmediato el escritor echa mano de ese elemento efficacísimo que es la naturaleza, que actúa en el juego novelístico como personaje principal y que, por momentos, azula todo otro competidor.

Tenemos, por lo tanto, dos zonas novelísticas perfectamente deslindadas: la negativa de la ciudad y la positiva de la tierra. Esquema que —con todas sus limitaciones inherentes— resulta iluminador de estas dos corrientes de la narrativa argentina.

Pero conviene señalar de paso que, si bien ese logro de la novela rural se obtiene generalmente en función de la presencia de la naturaleza, de “lo que está ahí”, de lo que no ha sido transitado estéticamente, este elemento (que en ciertos casos no pasa de efficacísimo y primario recurso) no ha sido cultivado o transformado, limitándose a ser lo que se ha puesto, y que evidencia de un modo terminante al par que un logro, una limitación. Limitación para crear, en tanto estos novelistas —los novelistas del campo argentino (Mateo Bozot, Carlos Quiroga, Ernesto Castro, Federico Gauffin, Domingo Barreto, Gudiño Kramer, César Carrizo, Diego Oxley)— no se han sentido competidores de esa naturaleza, sino que se han limitado a ser sus cronistas, sus comentaristas, sus servidores o sus modestos y más o menos eficaces epígonos. Trabajando con lo peculiar han persistido en eso para diferenciarse, para lograr personalidad, concluyendo por hacer una literatura de pura diferenciación; es decir, de insistencia y sobrevaloración del tie, del acento, del dicho, del refrán, de tal o cual planta o animal, todo lo que a primera vista es singular. Ahí estaba su ser y su término: ambos inconfundibles, revertidos sobre sí y completos. Se escribía “barucuyá” o “coocoyo”: eso era lo real y había que entenderlo. Y el resultado fue una literatura provincial sin trascendencia alguna o la trascendencia con vocabulario al final en la categoría de “curiosidad” (*El río oscuro* de Alfredo Varela p.e.). El proceso de diferenciación del comienzo estaba así penosamente logrado.

Frente a esta situación, la única salida que pueda vislumbrar es el intento de cultivar la naturaleza, creando una cultura en la que la presencia del hombre se imponga para no permitir que los tipos humanos continúen siendo simples accidentes. Crear un mundo propio, del hombre impregnando de humanidad todo su contorno, sin cejar en ese dramático “movimiento natatorio” para liquidar de una vez por todas la actuación absorbente de la naturaleza como protagonista o la ve: ve como “deas ex machina” que ha configurado una novelística que apenas se levanta del costumbrismo más elemental. Con otras palabras: dejar de hacer una literatura de cosas (males, caballos o ponchos o esquinás y melenas cuadradas que, al fin de cuentas, es lo mismo), prescindiendo de ellas u otorgándoles su verdadero valor porque no son sino ayudas, ingredientes o excusas, para pasar a hacer una literatura de hombres, pero de hombres que no estén sometidos a fuerzas inefables o a determinismos orgánicos o psíquicos, o geográficos o climatológicos (*) sino de hombres que se vayan haciendo a sí mismos y a su contorno, utilizándose a sí mismos y a todo lo que nos rodea. Sin complaciente optimismo ni plañi-

dero pesimismo. Sin creer en “deafinos gloriosos” ni en “pecados originales”. Sin nacionalismos corrompidos. (“—Somos los elegidos”) ni pecaminosos (“—Nosotros somos los condenados”). Porque en esas dos actitudes hay una sospechosa satisfacción. Porque lo único que cabe es una suerte de voluntarismo crítico; lo primero para no anegarse en la inercia y lo segundo para no chapotear en un activismo inoperante o en un fideísmo isocoro. Una literatura de hombres, en fin, dispuestos a conjurar su libertad para obtener su cultura.

V

En “*El inglés de los güesos*” (1924), la constante de lo sedentario que aparece a lo largo de las novelas de Lynch, determina la vida en los “puestos”, lugares donde se concentra toda la existencia del gaucho, donde —incluso— el mismo gaucho aparece “puesto” (valga el juego de palabras) más con un sentido definitivo que con el de reciente ocupación, en tanto esos sitios señalan el punto terminal del nomadismo liquidado definitivamente en virtud de ellos mismos como pivotes vitales, como hora a los que el hombre de la pampa argentina se halla vinculado en forma total. Que ya no significa lógicamente el “bien perdido” del *Martín Fierro*, pero tampoco lo allegado, lo conquistado, sino lo concedido. Si antes era la desposesión el signo fundamental, ahora es la concesión, la condescendencia. Pero es ahí —con todo— donde el hombre campesino vive confiado, en armonía, sometido al nuevo dogmatismo que se le ha impuesto o, mejor aún, que ha sobrevenido después de una violenta transición.

El “puesto” real de esta novela se llama significativamente “La Estaca” o, lo que es lo mismo, el pedazo de madera encajado en la tierra y que generalmente marca un límite o inicia y afirma la construcción de una vivienda, detalle que contribuye a evidenciar aún más esa dependencia del hombre respecto de la tierra.

Este puesto aparece perdido en un rincón de la estancia que se llama como un detalle significativo más “La Estancia” o “La Estancia Grande”, de forma tal que pareciera que Lynch hubiese querido insinuar un arquetipo de establecimiento campesino, abstrayendo un tipo ideal de estancia que por sus características pudiera servir para cualquiera de los de su especie o para esos gauchos esquemáticos sometidos a esquemas.

Y tan en función de esos gauchos definitivamente convertidos en seres sedentarios está esta novela, que el autor crea la contrafigura del puesto “La Estaca” —habitada por elementos positivos— con la descripción minuciosa de la vida, detalles y seres del “puesto 2 de la estancia La Indiana”, habitada contrariamente por elementos negativos. Las simplificaciones en base a polarizaciones —entonces—, los paradigmas con cierto aire didáctico, el tono moralizante que intercala una ética casera o simplemente boña (Cap. XXV, con motivo de Pantalón) prosiguen.

Pero, de cualquier manera, en ambos lugares aparece el gaucho sometido a la vida del pequeño grupo social donde difícilmente se conoce la cooperación y cuyos restos de nomadismo dan como resultado no la emulación —forma elemental de la acción conjunta— sino su pecado más típico: la envidia. Quizás el resentimiento desfigurado por la tácita pero lúida domesticidad indolente, pero que corre a esas familias enfrentadas y que les impide concertarse en una comunidad organizada; la envidia que, cuando el gaucho era nómada, tenía valor de odio, de rencor, de rabia, pero que en la vida sedentaria del “puesto” se ha acquinado hasta quedar reducida al roce constante, a la comparación sempiterna, a lo que produce ese pecado pasivo, esa culpa cobarde y pequeña incapaz de crecer, estéril, que necesita ser constantemente alimentada y mantenida. Esa mutilación que se alarma con el

(*) Un obrero puede ser un líder sindical o un “crumiro” y un príncipe, puede optar entre ser portero del “Balalaika” o místico revolucionario; un americano, morir en la manigua o vivir en Niza. Un paranoico —incluso— puede ser exhibicionista o jefe de un estado.

erecimiento ajeno. Y que hurga y escarba las pequeñas alturas de esos "puesteros" en constante vigilancia. Esa estática envidia de la que no se puede decir que "cada día es mayor" como se dice "cada día odio más". No. La envidia de esos puesteros de "La Indiana" es un pecado que se oculta, de agazapador, de pasivos, de gente estacionada, definitiva y dolorosamente "pacata" y empujueñecida. De gente sometida que "paga con la misma moneda" en virtud de esa reciprocidad señalada como constante. De gente mezquina que se lacera en un silencio recíproco. De gente reducida.

Y dentro de esta bastarda dialéctica, mister James Grey —el inglés de los huesos— y Santos Telmo —el pretendiente de la protagonista—, determinan la culminación del término ciudad/campo, llevando sus características de incompreensión a la burla, al sarcasmo y al crimen en una perfecta polarización de elementos; así, si el gaucho es violento, el inglés paleontólogo resulta flemático, y si éste tiene éxito en el amor, aquél fracasa lamentablemente; si el rústico es inculto, lógicamente el ciudadano resultará un exquisito; en tanto Lynch, al no conformarse con comparar el gaucho al criollo de ciudad, tiene que recurrir al representante de una capa superior de cultura, reservando al ciudadano argentino al triste y tosco papel de patrón, en el que recarga como nunca los valores negativos. Patrón que —por sobre todo— es irrisolable: su poder ni se cuestiona ni es sometido a reflexión; su persona resulta tan intangible como lejana y su presencia tan constante como arbitraria. Es decir: resulta inamovible en tanto es inapelable. Él es la "última ratio" de cualquier proceso. Como en las civilizaciones primitivas las imágenes de todos los reyes se parecían a la largo de la historia, así con los diversos patrones de Lynch: hay, por lo tanto, un solo "rey-patrón" que ni se altera ni conluye.

Empero, la insistencia en esa distorsión ley-privilegio, orden-tropelia, investidura-franquicia, proyecto-diseño, concluye por bastardear la imagen del patrón, y así lo vemos aparecer dando órdenes telegráficamente (ratificación de la constante legalidad poderosa y lejana), habitando en "su casa de la avenida Callac", cargando un sobrenombre ridículo y viviendo con una mujer a quien llama con un mote grotesco. En esta fugaz aparición, su personalidad surge connotada falsamente como resultado de su torpeidad: al querer obtener una mayor comprensión, las connotaciones aparecen extensas y superficiales, y al generalizarse, resultan tramposamente tipificadoras: "vibró de concupiscencia"; su mano es "nervosa y villana"; prodiga un "ultraje hipócrita" y hace un "guiño intencionado y libertino". Y si el patrón argentino aparece con estos rasgos ridículos de villano clásico o de judío de hojita fascista, otro tanto le ocurre a su alter ego, el administrador de la estancia.

De esta manera Lynch menoscaba el resultado novelístico de la ubicación y descripción del gaucho sedentario, al juzgar con ese aparente afán moralizante de escritor-bolde-que-está-a-favor-de-los-desvalidos-y-de-los-pobres-pero-orgullosos-gauchos-de-nuestra-patria-joven-y-grande, y al sumar elementos que desbaratan el juego narrativo. Deforma a uno para ensalzar al contrario; es decir, favorece a una parte en perjuicio de la otra; hace surgir la calificación antes de que se conjugue la conducta; los personajes no son libres proyectos sino rígidos a priori; no eligen algo sino que se atienen a algo. Y ese desequilibrio intencionado malogra el todo como un desprevenido jugador de estúquer que desnivelara la mesa para facilitar una única carambola sin advertir el desbarajuste del resto. Y así tenemos que, cuando Lynch opina a contrapelo de su eficiencia como narrador, obtiene un resultado que desnaturaliza su verdad por su resolución anovelística. Una verdad que coincide con los hechos pero que los desnaturaliza al tomar partido en la forma en que Lynch lo hace, que es partir la realidad y poner el acento en una parte de sus elementos constitutivos. Esa actitud necesariamente tendría que conjugarse a través de los personajes para que fuese válida novelísticamente. Es decir, tendría que brotar en una forma natural de las situaciones y de manera alguna del autor que se asoma al texto y aplaude o reniega en actitud típica de espectador. Del autor

apuntalado en certidumbres frente a los datos exteriores de su propia novela. Eso sería tan burdo como retornar a los recursos de ciertos teatros por cuyos costados aparecen carteles "aquí reír", "ahora aplaudir", "silbar al villano", que no son otra cosa al fin de cuentas que certezas, imposiciones o soluciones dadas. El escritor no es una cápsula, no, pero su estallido debe tender a todas partes. Esa humanización de nuestro contorno de que hablaba, se dará como resultado de esa intervención y de la incertidumbre frente al resultado consiguiente. Pero de la intervención de novelistas que se olvidan por medio de sus novelas y no de los que olvidan a sus novelas.

VI

En *El antojo de la Patrona*, novela breve de 1925, reaparece el reiterado arquetipo de patrón ideado por Lynch y que ya se conoció en el Francisco Suárez Oroño de *Los caranchos de La Florida* y en el mayor Gruben de *Baquela*. El resentimiento que esta figura concita en el gaucho, reemplaza al antiguo odio por la autoridad civil o militar y es una muestra más de la sorda reacción que se aguzaba en esa gente domeñada. El odio de que hablaba era un sentimiento que no suponía la correlación, el precedente y mucho menos el encuadre. Siempre rebalsaba. Canalizado —en cambio— se adultera en el resentimiento. La única que lo aplaca, que calma su exceso es la justicia. Ahora bien, bajo su vigencia toda desmesura se aniquila, pero bajo su correlativa deformación, bajo la injusticia, no hay desborde sino enquistamiento. Quiero decir: resentimiento. Por lo tanto, los nuevos límites imponen al campo y a su habitante además de marco y condición, código y trampa.

Al margen de la relación entre los protagonistas —donde ya se pone claramente de manifiesto lo conyugal con sus alternativas, sin duda, pero nunca con la frustración tremenda de la épica de *Martín Fierro*— surge la típica vida sedentaria de la estancia recién organizada, cuyos dueños son colonos nuevos que festejan "su primer éxito de trabajadores", inconfundibles ejemplares de los que avanzan sobre el campo y le imponen su compulsiva legalidad urbana, su justicia como equivalente de limitación, de linde funcional dentro del cual dos dimensiones de lo justo ("a cada uno según sus necesidades" y "a cada uno según su rango") se contraponen y excluyen, obteniendo —eso sí— nada más que una conformidad externa, con muy diversa de la comprensión y adecuación subjetiva a la ley.

En la otra novela corta de esta misma época, *Palo verde* (1926) los elementos señalados como constantes en la obra de Lynch, se repiten. Así, aun cuando el establecimiento campesino donde acontece la narración se llama "La Colorada", por momentos pierde su individualidad diluyéndose en el genérico "La Estancia", como si constantemente se le impusiera a Lynch ese hecho significativo y concreto: la estabilización definitiva del gaucho argentino en ese tipo de establecimiento ganadero. En cuanto al patrón, prosigue con sus características de hombre tremendo, características similares a las anteriores pero acentuadas en grado tal que involuntariamente sugiere el arquetipo grotesco, la maquieta y cuando aparece se le llama nada más que así, "el patrón" y su nombre: —Don Cosme— bien podría ser cualquier otro, en tanto su personalidad responde a la de una abstracción confeccionada en función de comunes denominadores, que ya resultan desvalidos, insignificantes: agresividad, violencia, poder, acción rectilínea, vocabulario reducido, etc.

En lo que se refiere al gaucho sometido —Sergio, el desventurado protagonista— pone de manifiesto por una vez más ese poder invisible de la comunidad lejana que lo ha dominado definitivamente; cuando mata ya no incurre en una "desgracia" sino que comete un crimen, porque la irresponsabilidad de la tolerancia ya no justifica a nadie. Lo alenterio está liquidado y cada acto tiene su sanción. La forzosidad, la determinación —por lo tanto— no sólo someten su libertad, sino que la anulan, ex la medida en que no pueden decidir por sí y en tanto su personalidad desaparece hasta no poder actuar. Lo que no quiere decir que la

sociedad influya con un valor de destino fatal gestor de seres que marchan a su perdición como llevados por un signo oscuro. No. El fatalismo no existe en tanto lo social aparece como algo activo y atentamente coactivo. Es decir, ese gaucho no tiene incertidumbres, todo puede ser explicado, todo tiene ahora su causa y su necesidad puede ser señalada, él puede estar seguro. Ahora bien: posee la penosa certeza de que todo lo es adverso.

VII

El romance de un gaucho, (1930) marca la etapa final del desarrollo novelístico de Lynch: las constantes señaladas repetidas veces a lo largo de sus obras anteriores también aparecen, pero con una evidencia mayor en virtud de la longitud inusitada de esta novela que provoca en el que lee un ambiguo pudor al advertir que lo que se repite no es obsesión empecinada, sino un recurso, un truco disimulado. Tenemos así que el ámbito social donde transcurre la vida del gaucho sedentario, la estancia, se da en función exclusiva de lo arquetípico, como algo inmutable, casi preexistente, como si se hubiera querido insistir una vez más en un paradigma en el que se funda confiadamente y al que se remite con placidez alguna complacencia incluso. Respecto de la constante reciprocidad, el amor, desde cierto punto de vista sin duda esquemático, se despliega con la confeccionada espontaneidad de la relación de un juego inverso al de *El inglés de los güesos*, en tanto el personaje no campesino que tiene resabios de ciudad y a quien se considera "forastero", es una mujer que hasta en el detalle de su mayor edad se enfrenta al gaucho joven, ingenuo y enamorado. Y si bien al final esa relación parece resolverse favorablemente, el interés psicológico está significado por el fracaso, el fracaso amoroso del habitante del campo ante el recién llegado de la ciudad, marcando la *adecuabilidad*, pero también la *adecuabilidad frustrada*. Y la señalada *falta de epicidad* — pese a la funesta ocurrencia de Lynch de atribuir una novela de más de quinientas páginas a los apuntes de un gaucho viejo — es la que necesariamente conduce a lo dramático, que se conjuga con ese juego amoroso. Mejor dicho, este último es corolario de aquélla.

Toda la acción de la novela está, por lo tanto, en función de lo sedentario, de ese pequeño núcleo social definitivamente asentado, en el cual — y es lo que importa destacar ahora — la mujer alcanza una *preponderancia decisiva*, inusitada en toda la literatura gauchesca anterior, en un grado tal que resulta — no ya condicionando — sino determinando la acción novelesca, sobre todo: si se remite al implícito desdén que por la *vida doméstica* se evidencia hasta en el hecho de que sea el Moreno la única figura hermandiana que hace su elogio. Y si en todas las novelas anteriores de Lynch — *Los caranchos de La Florida*, *Esquela*, *El inglés de los güesos*, *Palo verde*, *El antojo de la Patrona* — aparecía desplegándose en una acción lateral, pero sin duda progresiva si se considera a esas obras en orden cronológico, en *El romance de un gaucho* su valor es terminante: la mujer es aquí la que actúa, habla e intriga, la que mueve los resortes internos de la acción, la que impone nada menos que su concepto del pecado ("¿Sabés que es pecado trabajar en día domingo?"... "¿No sabés acaso que con es una mujer casada, una mujer que tiene dueño y que es pecado hacerle el amor a una mujer casada; un pecado tremendo que Dios castiga?"), la idea de la *propiedad intangible* — e, incluso, su autoridad matriarcal ("— ¡Cállese!... ¡que le está hablando su madre!). Elementos todos que sumados configuran las características más salientes del complejo ordenado y pasivo de la comunidad sedentaria que ha superado definitivamente el *signo nómada y patriarcal* del poderío del macho indiscutido y de la arbitrariedad, que se pone claramente de manifiesto en las palabras del padrino viejo: "El finso su padre le sabía atracar cada güelta de lazazos por cualquier cosa... ¡Aquellos eran otros tiempos y otra educación la que se daba!" (5).

Aquella autoridad del macho arbitrario, la que tenía vigencia en la época del cuero y que se celebraba de a caballo, sobre la *marcha*, está liquidada; todas las limitaciones acatadas, los vejámenes, el descaro de un ámbito legalmente mutilado, caen ahora so-

bre la cabeza de la mujer porque ya no sufre violencia en su antiguo sometimiento; al contrario, ella se descubre incluida en un mundo que se desplaza cada vez más hacia su propio centro de gravedad y se alza sigilosamente, definitivamente con toda la autoridad, con su prestigio e incluso con la rencorosa constancia del trabajo.

VIII

Y es así como todo lo dicho señala las características del momento histórico — del que la novelística de Benito Lynch resulta un testimonio cabal — significado primordialmente por la limitación de esa pampa que fué indefinida. *El Nómada ha impuesto su poder y sus correlaciones necesarias y naturales; la instalación definitiva de un cuerpo social sedentario, la aparición de las relaciones humanas, la reciprocidad, lo gregario, la responsabilidad del acto, la pérdida del elemento épico, el surgimiento de la relación amorosa, la importancia acordada a la mujer y al prestigio materno, la jerarquía social con sus estamentos y poderes y resentimientos contenidos, la autoridad, el sometimiento, la propiedad y la presencia de la ciudad con sus valores urbanos hasta entonces desconocidos.*

La infinitud de la pampa argentina ha sido desbaratada para siempre y del antiguo caos indeferenciado nace un mundo pequeño y oscuro que se ha ido adelantando desde ese espacio ahora cercado. De los límites inmensos surgen los términos de la nueva realidad. Del infinito indeterminado y único van apareciendo los elementos múltiples, dispares, contrarios, y el ámbito que únicamente había servido para el monólogo, para la acción épica y sin respuesta, se va determinando, delimitando y diferenciando para permitir el libre juego plural, de hombres enfrentados. La pampa limitada pasa a ser así el escenario de un juego dramático.

Pero la pampa cercada que describe Lynch no es sino la culminación de un antiguo y potente proyecto. Mejor dicho, de una intuición, de un sentimiento de falta y de una urgencia angustiosa. "Los límites de la propiedad no están marcados", denunciaba Sarmiento en 1845. "... el hogar doméstico le fastidia (al gaucho) lo expelle, digámoslo así...". La vida campesina era, a lo sumo "asociación accidental". Y él la quería necesaria. "Matar es una desgracia"; "... los juegos de equitación... pasatiempo...". La pampa era el lugar "donde los negocios municipales no existen, donde el bien público es una palabra sin sentido". También advierte que "la ciudad es débil en el campo, sin influencia...". Entonces lanza sus gigantescos proyectos, porque entiende que "el elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy, es la inmigración europea", y cuando esa "inmigración industrial de la Europa se dirija en masa al Río de la Plata, el nuevo Gobierno se encargará de distribuirla por las provincias"... "Los terrenos feraces los serán adjudicados"... "y la República doblará su población con vecinos activos, morales e industriales". Esos serán los que nos enseñarán "a trabajar, explotando nuevas riquezas y enriqueciendo al país con sus propiedades" y la nación entrará en una carrera no interrumpida de progresos que provocará envidia en los otros pueblos del continente.

Todo eso es lo que propone el *Facundo*, los potentes afanes de Sarmiento, que se realizan en medio siglo y que Lynch describe con todas sus connotaciones en su pampa cercada. Los signos, los valores, sin duda alguna se han trocado desde el gran proyecto hasta la penosa cristalización, pero — con todo — resulta evidente que el mundo de Lynch es la realización de los proyectos del "Facundo". Es decir, la realización que del "Facundo" (6) hizo el roquiemo: inmigración, más conquista del desierto, pero sin la división racional de esa tierra ganada, sumisa. Sin la reforma agraria.

DAVID VISAS.

(5) Cfr. Enrique Dickman, *Población e Inmigración*, p. 94: "... la estancia siempre se parecía a un campamento, pues en ella no habían sino hombres cólidos, y no se admitía la formación de hogares normales y estables".

(6) Y, es obvio, de la posterior sistematización programática de Alberdi.

Güiraldes

LA obra de Güiraldes se realiza en un período (1914-1927) que me parece capital para estudiar nuestra realidad, como cima y en gran parte resumen y eclosión de lo anterior, y como punto de partida de lo que después nos ha acontecido. Ciertas condiciones internas y externas de esa obra, así como la adhesión que obtuvo y las repulsas que ha ocasionado, la revisten de un carácter representativo que muy pocas obras nuestras tienen. Y creo que ninguna otra se presta tan completamente a servir como dato de un momento nuestro: la relativa ingenuidad artística del propio Güiraldes, que da a su obra un carácter inmediato, y hasta cierto punto sus mismas dificultades de composición, bien conocidas; y el hecho accidental de su rápido fin, que le otorga una semi-pureza de experiencia, al haber faltado el desarrollo de algunas notas secundarias que luego tal vez hubieran preponderado; todo parece facilitar la tarea de quien pretenda utilizarla como dato de nuestra realidad.

Pero también la comprensión de su época puede iluminar la obra de Güiraldes: éste siguió muy apretadamente lo que puede llamarse "el espíritu de su tiempo". No sólo adhirió a movimientos literarios muy característicos, sino que expresó —así sea parcialmente, pero en forma neta— tendencias que a primera vista parecen muy generales. No persigo, pues, primordialmente la valoración literaria de su obra, ni la determinación de sus elementos estéticos, ni tampoco —por cierto— su filiación, sino que trato de aislar las ideas y sentimientos, la concepción del mundo y de la vida que la informan, y lo que significa como expresión individual y del momento argentino que Güiraldes vivió.

Al encarar la obra de Güiraldes en el sentido indicado, he usado con frecuencia opiniones de sus contemporáneos, pero utilizándolas con el mismo criterio que a su propia obra, lo que, creo, puede permitir un cuadro sintomático, sino representativo, y rodear la obra misma de elementos para su interpretación.

ELEGÍA

Borges califica al *Don Segundo Sombra* de elegía. Y, efectivamente, un pesar y una invocación a lo que ha desaparecido, recorren la obra de Güiraldes. Desde *El cencerro de Cristal* y sus *Cuentos*, esa invocación y ese pesar van cobrando cada vez mayor expresión. Pero interesa aclarar cual es el significado de esa elegía qué y a quién representa.

El mismo Borges sugiere que ese pesar elegíaco tiene doble fuente: Una, originada en Europa. Güiraldes habría participado del temor, común a muchos escritores de formación europea, de que la guerra de 1914 fuera la última posibilidad de aventura para el mundo. *Don Segundo Sombra* sería un intento de ofrecer a los argentinos "antiguos rigores" en compensación de la vida de paz, muelle, que se nos ofrecía, pues "no sólo dicha quiere el hombre, sino también dureza y adversidad". La otra fuente, local, explícita en Güiraldes, sería la nostalgia por "el pasado ecuestre de tierras descampadas y de hombres animosos y pobres".

De primera intención, aquella sugerencia nos parece sorprendente y excesivamente aventurada. La segunda, en cambio, evidente: Güiraldes mismo lo declara, casi todos los que han hablado del libro la comparten: *Don Segundo Sombra* es la expresión de la nostalgia por un pasado (hombres, costumbres, posibilidades), ya perdido para los argentinos.

Las afirmaciones de Borges pecan, seguramente, de falta de apoyos explícitos, y, quizá, de un exceso de simplificación, y —a pesar de su aire aventurado— de aceptación de lugares comunes. O, por lo menos, de haber aceptado superficialmente lo más explícito de alguna literatura de posguerra europea. Pero tienen un indudable virtud: señalan que en su raíz, vitalmente y más allá de lo meramente literario, la actitud de Güiraldes ante el mundo no responde solamente a una situación local, sino a un complejo en que lo europeo y lo argentino están entrelazados pro-

fundamente. Y esto no puede menos de ser así, en cuanto el hecho Argentino no es algo aislado, sino algo que forma parte de un hecho cultural mayor: la cultura europea, la del hombre blanco, si se prefiere, aun cuando con ciertas características propias indudables. Si esas características diferenciales responden a causas tan profundas como para ir impulsando una cultura totalmente autónoma, si habrá de integrarse en una cultura más universal que lo europeo, o en algo absolutamente original, es cosa que, aunque aceptable como hipótesis de discusión, excede nuestra realidad cultural fáctica, pasada y presente. Lo cierto en esa realidad es que, tanto en su plano popular como en sus ápices, es europea, con modalidades introducidas o causadas por ciertos datos peculiares y propios. Cualquier fenómeno nuestro —aun el más individual y aparentemente autónomo— responde, en distintas dosis, pero siempre, a ese complejo. El "hecho" Güiraldes, y su obra, no puede ser entendido de otro modo.

Pero sería realmente simplificar mucho las cosas aceptar que Europa, a raíz de la paz que creía iniciarse después de la otra guerra, se dió repentinamente a sí misma la consigna heroica como un remedio o un antídoto; y, por otra parte, que Güiraldes obró de igual modo al decidir escribir el *Don Segundo*. Aquel sentimiento europeo fué muy complejo, con causas complejas, y, a su vez, se injertó en corrientes de hechos y sentimientos muy complejos. Como ellos conforman el "espíritu del tiempo", han incidido sobre nuestro país, y, a su vez, de mil modos, sobre Güiraldes. Sería conveniente aislarlos. Aquí, sólo es posible una ligera enumeración, englobando hechos más sutiles en vastas denominaciones, inevitablemente burdas. En primer lugar, el irracionalismo, es decir esa corriente particularmente dirigida contra "la razón" del siglo XIX, antilitelectualista, que reivindica las fuerzas instintivas, la vida, contra la cultura racionalista del victorianismo. Este movimiento significa también la reacción contra la *sanctet*, la vida razonable y segura, el buen sentido, las maneras medidas y mezquinas de la vida burguesa. Una filosofía irracionalista, una política que a poco va a acudir a las fuerzas instintivas, una literatura que propondrá los sentidos (D'Annunzio), el gozo vital (Gide) o el predominio del inconciente (Léonard), pueden dar un cuadro aproximado de lo que pretendo evocar, cuadro que se agudizará a partir de la guerra. Esta, efectivamente, marcó el fin de muchas cosas y agudizó otras. A la reacción contra el tono de vida burgués, es decir, mesurado, chato, razonable, que caracteriza el principio de siglo, se mezclan ahora otros factores: después de la guerra, y detrás de la burguesía que domina la vida europea en el siglo anterior, aparecen las clases medias bajas y los proletarios. Una vida ballanguera, pèbeya, en comparación de la cual la antigua burguesía era aristocrática y elegante. Se produce una verdadera añoranza de la era victoriana, y sobre todo, eduardiana. Además, las presiones sociales aumentan, el individualismo se siente llegado a su fin, la importancia de la comunidad se hace cada día más evidente, la posibilidad de las hazañas personales (el Africa, el Polo) se ha agotado o poco menos. Detrás de todo, algo más fundamental: la sociedad entera ha entrado en una era de cambio, y aun pareciera que la civilización del hombre blanco ha caducado, ya sea por integración en una nueva mayor, ya por desfallecimiento y extinción.

Se siente la existencia de un "tiempo perdido", irrecobrabable, y se hacen profecías sobre la "decadencia de Occidente". La literatura da —y propone a la vida— respuestas como éstas: aventura, heroísmo, vivir peligroso, ascetismo desinteresado, casi deportivo y fanático; el deporte mismo, la violencia y el gusto por ciertas virtudes elementales: valor, amistad varonil. Los héroes reñes de la guerra. T. E. Lawrence, los aviadores, son héroes juveniles, adolescentes, no lejos de los héroes literarios. Una preocupación constante aparece: la construcción de un hombre,

de un arquetipo viril, variable pero siempre de un modo u otro unido a ciertas fuerzas primarias.

Finalmente, y tal vez en parte como reconquista del pasado, y en parte como reacción contra lo universal (racional), la revalidación del folklore, de lo local, del nacionalismo, que participa de la tendencia hacia lo elemental (la tierra, los dioses ancestrales).

La situación en la Argentina era propensa a la aceptación de muchas de esas modalidades. No sólo por pertenecer al mismo ámbito europeo y moverse de acuerdo a sus líneas de desarrollo. No sólo tampoco porque sus élites adoptaran concientemente esas modalidades como una moda (y algo de esto es cierto, siendo por otra parte el único estilo de vida elevado que se les ofrecía). Sino también porque algunas de esas modalidades eran respuestas más o menos adecuadas, más o menos fáciles, a sus necesidades y situaciones propias. Así, el nacionalismo parece haber sido casi una necesidad elemental para un conglomerado social que, por una parte, al crecer, sentía la necesidad de afirmar su personalidad frente a los extraños. Y que, por la otra, sentía debilitada esa personalidad por efecto de su poca trabazón social, producida por múltiples factores: la falta de una cultura propia suficientemente fuerte; la inmigración, que estaba haciendo desaparecer formas y estilos de vida tradicionales, mantenidos en gran parte merced al relativo aislamiento en que habíamos permanecido y a circunstancias contrarias al propio desarrollo del país, o que, al menos, si no se oponían, no estaban en la línea de ese desarrollo: los grandes espacios despoblados, las industrias propias de nuestro primitivismo económico. De todo ello resultaban algunos efectos aparentemente contradictorios: así, por ejemplo, al querer afirmar una personalidad, de acuerdo a las exigencias de nuestro desarrollo, nos volvíamos al pasado, cuyas características eran contrarias a ese mismo desarrollo; el nacionalismo era esgrimido tanto por los representantes de las viejas formas de vida que estaban siendo arrolladas, como por la gente nueva, los inmigrantes o sus hijos. Inevitablemente, nacionalismo y pasado se confundían. Ese pasado se cargaba de prestigio frente a la realidad actual. La inmigración, los cambios económicos, la ascensión al poder de un partido popular, las convulsiones obreras, tenían algunas consecuencias inmediatas: el desorden, y el plebeyismo, que hacían añorar el pasado como un estilo de vida más noble, más elevado, más decoroso. O, al menos, como un orden en que afirmarse. Juan Agustín García —valga el ejemplo— que en 1922 deplora el plebeyismo de cosas que ahora nos parecen tan incorporadas a nuestro estilo de vida como el teatro de Florencio Sánchez, un poco después, en *Sombras del pasado*, describe el "decoro señorial", "patriotismo", "eco de las cortes y de la sociedad de los virreyes" que existía en el Palermo de Rosas. Pero este sentimiento puramente aristocratizante, esteticista, no es el que más influye en la elección del pasado. Con él se confunden muchos otros, más poderosos: el gusto y la necesidad de valores elementales parecen ir siempre unidos a las transformaciones sociales, como si los diversos grupos en pugna y el conjunto social en busca de una salida para sus contradicciones, necesitaran afirmarse en ellas. Y esos valores elementales aparecían provistos por el pasado, alrededor, justamente, de un tipo humano que podía ser reivindicado por todos: el gaucho. Así se encuentran en él las notas que a cada grupo parecen más propicias a sus intereses: la protesta social, para los intelectuales de los movimientos populares; el mito nacional épico para quienes necesitan un pasado heroico alrededor del cual nuclear nuestra personalidad; un estilo solitario de vida, aristocrático, noble, para quienes se sienten perturbados por la atmósfera plebea, por la falta de gracia de la realidad social. ¿Qué diferencia entre el concepto de Carlos O. Bunge sobre el gaucho, y el que se va perfilando como mito en esos años!

Pero por debajo de todas las diferencias, son los valores primitivos de ese mito los que reúnen inconcientemente a quienes parten de las posiciones más opuestas. Las necesidades sociales se imponen a todos, y en el mito son los valores elementales los que privan: Muerte, violencia y sangre, aparecen en los títulos de cuentos de Quiroga y Güiraldes, pero también hay violencia

juvenil en el libro de un progresista, Alvaro Yunque: *Tufearse con el peligro*; y el mismo culto del coraje se practica o ama por el partido radical y por las primeras formaciones fascistas.

El problema de que tal vez se erró el camino, y de que, racionalmente, se debió operar con más cuidado; y la responsabilidad que quizá quepa a nuestros intelectuales al auspiciar, sino promover, algunas de esas fuerzas oscuras, importante y urgente como es, no puede ser recogido aquí.

Lo cierto es que aun esos elementos en estado puro atrajeron el espíritu de esos años, y la actitud de algunos de nuestros intelectuales más alejados de todo "gauchismo" lo pone de relieve. Tal el caso de Malica, aducido por la "apostura" del fascismo italiano, o por la "exageración", forma estilística de la violencia.

Güiraldes recoge influencias y presiones, y reacciona a su modo, cada vez con una respuesta más propia, a ellas; claro está que de acuerdo a su sensibilidad y características individuales, pero también de acuerdo a las reacciones más naturales del grupo y de la clase particulares a que pertenecía. El éxito de su principal obra —*Don Segundo Sombra*— reside, sin embargo, en lo que logró responder a las necesidades más generales del conglomerado social.

Pero no debe incurrirse en el error de aislar el *Don Segundo* del resto de su obra, pues al contrario, todo lo que hay en él, está comprendido en la misma. Ni tampoco, en pretender ver un "retorno" hacia lo nacional, pues, por el contrario, no significa *Don Segundo* el final de la obra de Güiraldes, sino un ápice de algunos de sus elementos, y es parte de un desarrollo que, en todo caso, la muerte no cortó allí sino en *Poemas místicos* y en *El Sotero*, muy lejos de todo retorno hacia la tierra. Me explico: se está creando una fábula, grata a nuestros sentimientos nacionalistas y a una semifilosofía en boga, pero inexacta, de una lucha en los escritores americanos entre lo europeo y lo nacional. Y sobre esa base se pretende describir la evolución de muchos de ellos desde un punto de partida europeo hacia una constatación con lo americano. En el caso Güiraldes, por lo menos, no hay nada de eso. Con distintas elaboraciones, todos los elementos de sus últimas obras están también en las primeras. Y más propiamente puede hablarse de una fuga que de un retorno de cualquier especie.

EL PASADO. LA TRADICION. EL PAIS

El pasado aparece constantemente en la obra de Güiraldes, desde sus primeros intentos. Así, tanto en *El cenorro de cristof* como en sus cuentos, es decir desde 1913-14 por lo menos, los temas del pasado nacional aparecen constantemente. Pero no solamente como una mera elección de material artístico. La predilección por el pasado frente al presente está bien marcada en la antitesis de *La estancia vieja* y *La estancia nueva*, donde las costumbres antiguas se ungen de prestigio, de nobleza, hasta de un hábito de valores religiosos, es decir, irracionales, frente a la vida actual, que se presenta chabacana y ridícula, grosera, mercantilista, con pretensiones de explotación científica, es decir, racional, de la ganadería. Y ese pasado que ya va centrándose alrededor del gaucho, lleva consigo, explícitos, esos elementos: la violencia, en directa referencia al pasado en los cuentos *Facundo*, *Don Juan Manuel*, *Justo José*. Y la violencia como virtud, como nudo viril, hasta (como en los dos primeros) como una fuerza de la naturaleza ante la que no cabe más que rendirse.

Aun por sí sola, la violencia lo atrae, desvinculada del pasado, pero como algo prestigioso en fuerza de su primitivismo elemental. La primera vez, que, creo, aparece la figura de *Don Segundo Sombra* (en el cuento *Polifuerza*) es en medio de un clima de confrontación de guapeza, de violencia bruta.

Conjuntamente con ése, otros elementos irracionales: la brujería lo sobrenatural unido a la tierra. Hasta las técnicas de trabajo del gaucho, como el trenzado, son una especie de secreto mágico, cargado de misterio, no artes concientes.

Ese pasado es una añoranza, un tiempo libre, salvaje, en el que se ubican todas las virtudes altas: coraje, voluntad, lealtad, rebeldía, orgullo, destreza, pero que se sabe melancólicamente perdido (*Al hombre que pasó*, en *El cenorro*).

Güiraldes, declaradamente, en su correspondencia, particularmente a Valéry Larbaud, manifiesta su deseo de realizar obra artística con la materia inmensa que provee el país. Pero él mismo se engaña: nunca usará el país que tiene ante los ojos, sino un país inexistente, mezcla de recuerdos de la niñez embellecidos (*Eusebio*), de nostalgia, también embellecedora, y de visión un poco extranjera, que, turista al fin, en su patria, lo llevará a buscar rasgos exóticos. Así, se proveerá de libreta de notas, e irá a buscar en sus recuerdos y en el interior, no el pasado, sino los restos de un pasado, dejados al margen por la vida.

No recoge de ese pasado la realidad, sino un dibujo embellecido. Y, sin darse cuenta, repudia en el presente las mismas cosas que han fabricado el pasado. Su reconstrucción final del país estará más cerca de la visión de R. Obligado, o, aún, de la de Lugones, que de la de Hernández.

No pueda desdiferenciarse los elementos sociales, ni las circunstancias personales que han influido indudablemente en la visión y en los sentimientos motores de Güiraldes. Rico, perteneciente a una vieja familia, no veía con gusto la transformación que sufría el país. Reaccionando ante la realidad que le era desagradable, que le parecía sucia y plebeya (lo dijo especialmente en lo político con su *Cuento al caso*), confundía el pasado con sus gustos y la realidad pasada con la vida de su clase. Casi extranjero (educado en París, viviendo sólo de paso en la Argentina, en el extranjero escribió *Don Segundo*, y allí murió) veía al país embellecido por la distancia, pero únicamente en los rasgos pintorescos, en algunos datos seleccionados por el deseo y la memoria.

Aun tal vez su propia debilidad individual, le haya hecho adherir a esas cualidades bravías que ponía en un símbolo. Sabido es que no poseía voluntad creadora de gran aliento, que se desperdigó constantemente y, hacia el final de su vida parece haberlo invadido una gran fatiga vital.

HUIDA DE LA REALIDAD. AVENTUREA. IRRESPONSABILIDAD.

En *El cencerro de cristal* encontramos todos los lugares comunes de la época: desprecio a la razón, a la grave sabiduría, a la aridez (*Los filósofos, Carnaval de los inmortales*); la alabanza de "la vida", de lo sensual, la burla gratuita, el desparpajo, el amor por lo inusitado. Aunque es cierto que hay mucho de simple imitación (desde Flaubert hasta Laforgue), y bastante de mera pose juvenil, son sin embargo, elementos constantes en la obra güiraldina, y sus tendencias más profundas.

A través de *Eusebio* y de *Xaimaco*, se mantendrá un desesperado deseo de huir de "la vida cotidiana", una búsqueda de valores ajenos al mundo normal, común. *Eusebio* no es en el fondo más que eso: una remembranza de la niñez embellecida, poblada de héroes y de aventuras desaforadas pero frustradas, y una perpetua huida. *Xaimaco* es un viaje de amor por lugares exóticos, soñado sobre la base de un viaje matrimonial emprendido cuando la guerra le impedía estar en Francia. Es decir, cuando le obligaba a permanecer en el país real y cotidiano al que supuestamente había retornado en el final de *Eusebio*.

Su obra es un constante desafío a la realidad, que él engloba con lo aburrido, lo razonable, lo serio. En los pocos momentos en que toma lo actual, lo inmediato, como materia de arte, se mantiene en una actitud defensiva que se traduce en burla. Ya citó el *Cuento al caso*. Pero más significativos, porque en ellos no existe la pasión política, sino la realidad sin agresiones aparentes sobre él, son otros casos, en los que es él, siempre, quien agrede: algunos de los cuentos (*Arrabalera*), los versos sueltos de *Xaimaco* y las metáforas de *Rosaura*, en los que parece querer ponerse a salvo de lo humilde y común, de los sentimientos comunes.

En *Don Segundo* logra una primera síntesis de ese deseo de evasión. *Don Segundo* es la aventura, la huida a un mundo donde no existen las ataduras comunes: ni la mujer, ni los hijos, ni los deberes sociales. Es un mundo de hombres, similar al de T. E. Lawrence, al de *Kim*, al de los aviadores franceses. Un mundo en el que no son válidos los "valores serios", sino otros. Valores "viriles": audacia, coraje, fuerza. Como el de ellos, un

mundo de adolescencia, es decir, que no entra nunca en la edad realmente viril, en la que aun esas mismas virtudes tienen que servir para asumir responsabilidades. Pues la aventura propuesta en ese ciclo se caracteriza precisamente por eso: pertenece a un mundo que para el aventurero es provisorio, gratuito, puesto entre paréntesis. No sirve como proposición de vida definitiva. Y eso se logra, o haciendo que el personaje viva su aventura hasta el final de la juventud, o que la viva despegándose de su propio mundo, ya sea hacia la soledad (como en el caso de los aviadores), ya sea hacia un mundo que no es el suyo. En cualquier caso, la aventura no es definitiva: Los personajes de Cocteau mueren en la juventud, después del demostro de su aventura. Los de Baroja, únicos aventureros que tienen edad madura, se disuelven en la inutilidad. Los demás, dejan que los hombres del mundo al que han llegado: árabes o hindúes, prosigan con su vida, con la seriedad de su aventura. El héroe se aparta —y en el caso de Lawrence y de Kipling con olor a traición—.

El personaje de Güiraldes se ajusta a esos modelos: su aventura no compromete su destino. La realiza nada más que durante la niñez y la juventud, y la cumple en un mundo al que no pertenece.

Cuando se ha señalado su filiación con *Kim* y con *Huck Finn*, no se ha advertido la melancólica semejanza que los une: en todas, el joven de otra raza cumple su aventura en el juego de una raza inferior, vencida, con un hombre al que —de un modo más o menos secreto— está engañando. Y para él es gratuito, sin consecuencias, lo que para el otro es profundamente serio. Sería tal vez algo injusto llevar el símil hasta el final. Basta llevarlo hasta el abandono: cuando el héroe deja a su compañero librado a su suerte, y él regresa a su propio mundo.

Podrá, tal vez, parecer un poco aventurada la afirmación de que toda la obra de Güiraldes es una huida de la realidad. Pero es así, y *Don Segundo Sombra* no es más que una de las formas que Güiraldes se propone. Es un episodio del camino recorrido por Güiraldes, y no —como ya he dicho— el final. Ya desde un principio, con las adhesiones señaladas, Güiraldes expresó francamente su repulsión por la vida real: "la vida cotidiana me es infligida" tema de otros y repite a menudo. Y para quien lee cuidadosamente sus obras no escapa que en éstas el tiempo de fiesta, la actividad inútil, deportiva, sin lazos con lo cotidiano, es lo que predomina. *Don Segundo Sombra* es todo, de punta a rabo, para él, una acción gratuita. Y aun en lo material de la novela abunda el tiempo de fiesta sobre el trabajo en una proporción inusitada en la vida de un resero.

La propia elección de influencias: Laforgue, los imaginistas, aun dentro del clima general de los movimientos europeos del momento, son sintomáticos en ese sentido, en tanto estílo literario y vital.

Pero no hay necesidad de interpretaciones: la obra de Güiraldes es suficientemente explícita; tanto en *El Sendero* como en *Poemas Místicos*, declara expresamente que toda su vida ha sido un esfuerzo para huir de la realidad, de lo vulgar. El espiritualmente hindú que se propone a sí mismo como modelo, producto de su enfermedad, moda del momento o convencimiento sincero, no tiene para él casi otro carácter.

EL MITO GAUCHO

Desde la aparición de *Don Segundo Sombra*, las críticas que se le han opuesto se basan en su desfiguración de la realidad. De el realismo de sastrería pedido por el absurdo señor Caldiz, que le echa en cara el haber ignorado si los tercios de yerba se llamaban "tercios" o "cuartos", a las exigencias de Neyra o Echegaray hay, cierto, una gran distancia. Las intenciones de los críticos difieren asimismo, ya pongan el acento en la cuestión social, haciendo notar que Güiraldes realizó un libro propio de su clase, en el que olvida la vida real del gaucho: pobre, sacrificado, carne de los ejércitos de línea y semiservo sobre el que se edificó el país feudal, ya establezcan que *Don Segundo Sombra* es un trasunto contrahecho de la realidad del país, un falso mito que confundimos a propósito con esa realidad a fin de embellecerla y para ocultarnos la fealdad de nuestro mundo, haciéndolo formar parte de la literatura de engaño condenada por Martínez Estrá.

da; ya simplemente lamenten que, por desconocimiento o por deformación inconciente de la realidad, no haya logrado el libro "síntesis del país" que se propuso declaradamente. Pero todos, en el fondo, le niegan calidad representativa, lo consideran un falso mito, una mera creación literaria con relativo valor poético.

Se lo contraponen a la veracidad del *Facundo* o del *Martín Fierro*, exaltando lo que de viviente hay en ellos, y atribuyendo su perduración, su arraigo, a lo que de realidad documental tienen. Particularmente en el caso de *Martín Fierro* no se está lejos de afirmar que su popularidad proviene de que el pueblo sigue sintiendo en él una especie de panfleto de protesta social.

Las alabanzas en cambio, están más cerca del concepto que el propio Güiraldes tenía de su obra. El caso típico y ejemplar lo da Lugones, saludando alborozado la aparición del *Segundo Sombra* como réplica en prosa de lo que *Martín Fierro* es en verso: la representación del alma nacional. Y, a la vez, como proposición, como ejemplo de vida. Cargando más el acento sobre esta última nota, tal es la opinión más o menos explícita de los contemporáneos. Así Da Cal encuentra en el *Dos Segundo* un profesor de energía, de entrega y fuerza moral, de fe.

Es decir que, en el fondo, alabanzas y críticas son más bien de tipo ético. Unos creen que falsó la verdad, o dió una cierta verdad favorable a determinada visión del país y contraria a determinados intereses y aspiraciones, que los críticos consideran más legítimos. Otros, en cambio, que quintaesenció la verdad y propuso al país altas normas de conducta necesarias a su vida.

Examinando el libro de Güiraldes con cuidado, y comparándolo en los datos que creo causan su popularidad con obras argentinas tales como las que siempre se citan a su respecto, ya sea en pro o en contra, me parece que se pueden extraer los siguientes elementos: —Los soportes de la popularidad tanto del *Martín Fierro* como del *Segundo Sombra* son semejantes: En ambos gusta el desplante, la actitud macha, el ademán a lo toro, o la aga-

chada sobradora hasta el cinismo de Vizcacha. Todos valores antisociales, primarios. —Los otros valores: ya sea la rebeldía social, la belleza o la moralidad, sólo llegan a muy pocos en la actualidad. —En realidad, esos valores están en todo caso más implícitos que explícitos en ambas obras, y hasta, según creo, estaban más en la intención de los autores que en las obras tal como son. —La afirmación de que el *Segundo Sombra* representa una visión aristocrática y el *Martín Fierro* una visión popular, es muy relativa. Puede ser efectivamente cierta en cuanto a las génesis respectivas; pero la verdad es que todos, o casi todos, los argentinos, nos complacemos en ambos por motivos iguales. Sólo una segunda lectura, reflexiva, puede hacernos advertir aquellas cosas.

La verdad, creo, es que ni Lugones ni Güiraldes crearon un mito artificialmente. Ambos, por el contrario, entraron en la corriente de un mito que se estaba elaborando desde antes del *Facundo* y del *Martín Fierro*; posiblemente desde antes de los primeros gauchos. Las notas que se destacan en ese mito aparecen, en efecto, desde un principio, primero burdamente, netas en *Martín Fierro*, y ya en disolución y decadencia en *Segundo Sombra*, cuando se han hecho concientes.

En ese mito creo encontrar bien marcados caracteres: el hombre antisocial, solitario, la sobreestimación de valores primitivos, el gusto por la violencia, la crueldad y la muerte, la amistad de hombres, la libertad. Y, sobre todo, la desaparición (la muerte) final del personaje. Singularmente, de todo el mito, éste es el elemento que no sólo se mantiene, sino que se va afirmando a través de todas las elaboraciones. En Güiraldes, el héroe ha dejado la lucha, y los valores primarios reivindicados no le sirven ya para sostener, aunque sea en retirada, su estilo vital. Es decir, esos valores han pasado a ser absolutamente inútiles, lujosos si se quiere; vacíos, gesto.

Ismael VÍLAS.

Realismo, Virtuosismo y Técnica: Juan Goyanarte

GOYANARTE es fundamentalmente un escritor realista. Su temperamento, su captación del mundo como objeto; aun probablemente los lugares del país que lo han impresionado, y en los que la naturaleza y la forma externa de los sentimientos y de las pasiones cobran gran tamaño respecto al hombre; hasta quizá su relativa incultura literaria y el hecho de que tenemos toda una tradición local novelística dentro del realismo; todo lo ha provisto para aquel destino.

Pero los límites y las contradicciones internas del realismo son intolerables para un escritor actual. Sólo parece admisible como técnica en un intento épico, en el cual la trascendencia penda sobre los personajes como una nube, haciéndolos "sus" objetos, tal como en los ensayos de Gallegos o de Alegría. O en el cuento, donde la limitación al suceso, tratado como puro objeto, recibe su trascendencia de un ámbito mayor: —el mundo al que está referido—, más o menos explícito. Y aun como técnica misma ya es volado por la presión interna o la tensión finalista en obras como las que da la novelística europea y norteamericana contemporáneas.

Pero en nuestro país no han sido dadas sino escasamente esas formas. No parece haber existido ni el conflicto simple, eficaz, que permitiera su captación épica inmediata, ni el conflicto dramático que permitiera su tratamiento. Tal vez sólo Arlt ha superado el realismo literal (Martel, Lynch) o el realismo irónico (Payró), que son, sin embargo, nuestros mejores logros. Goyanarte, en un punto de vista en el que no podía permitirse la ingenuidad, ha pretendido trascender el realismo. Sus obras van señalando ese voluntarismo; y, paradójicamente, los aciertos parciales logrados en el realismo puro, y los fracasos en que ha caído en sus intentos de superación. El ciclo de *La semilla que trae el viento-La semilla en la tierra* es apenas un ensayo: el realismo consiste en una narración subordinada a una anécdota;

la superación, el ingenuo simbolismo que ya en los nombres de la obra se trasparenta. En escasos momentos, cuando el realismo se hace verismo, cuando busca lo pictórico sin pretender suavizarse ni trascenderse, la pura violencia del hecho bruto, inhumano, inmanente, se levanta vida —vida natural, sin historia, pero vida— en sus palabras. *Lago Argentino* es la aceptación y la culminación, pero sólo en parte, de ese método. Hasta donde el realismo da de sí, hasta el drama instantáneo, puro suceso, hecho, sin argumento, sólo objeto, es decir, ahistórico, ahumano, un cuento casi perfecto, casi épico se nos ofrece. Pero cuando se pretende introducir el conflicto humano (débil, vacilante, injertado) cuando se pretende introducir sentido, trascendencia, la obra se disuelve. El camino andado ha sido sólo superación del realismo por el sostenimiento del quehacer verista; su superación hacia afuera ha fracasado.

Lunes de carnaval es el intento de superar el realismo hacia adentro, retorciéndolo sobre sí mismo. Algo del método de Arlt: la convocación desaforada de situaciones, la búsqueda del lirismo y de la intensidad por el choque contra las cosas, la exacerbación del efecto de los objetos sobre el sujeto-narrador, es decir, la lírica: superación del realismo por la confusión del cosmos en sujeto-objeto, ha querido ser utilizado. Pero todo aparece como un método, como técnica premeditada, que sólo por momentos logra exceder el carácter de consigna para dar algo semejante al sabor de la vida. La novela ya no es más que un juego artificioso a su propio servicio. La sinceridad realista-lírica es una proclama y no una confesión. Falta el frenesí interno —propio de Arlt— que justifique y dé sentido válido al desenfreno.

Lo dicho suena casi como una acusación a Goyanarte. Parecería que se le está achacando el haber buscado más bien la solución de un problema literario, el hallazgo de una técnica que tratado de expresar lo que como necesidad se le imponía. Y, en

efecto, aun cuando la acusación es en cierto sentido im- posible, en cuanto nadie puede juzgar el grado de ne- cesidad interna que impulsa a un escritor a escribir y a hacerlo de determinada manera, su obra como dada, tal como se presenta, ofrece la apariencia de un "trabajo literario", de un esfuerzo conciente para resolver un problema propuesto, no la búsqueda de respuesta a una urgencia interior. Esa apariencia no es monopolio de Goyanarte. Algunos de nuestros escritores me- jor dotados, como Onetti, suenan de un modo semejante, con la diferencia de que aquí existe una problemática que exige un tratamiento dado; pero el exceso de técnica termina por inducir a sospechar que la problemática misma es sólo un pretexto de virtuoso. En los extremos están, por un lado, los virtuosos puros, los sapientes y decorosos ejecutantes que trabajan sobre materia

inexistente, tan inexistente, que facilita el virtuosismo y el decoro hasta la perfección (tal los casos de Bianco, de Mujica Láinez), y, por el otro, los que confían exclusivamente en la materia, en la anécdota, sin sujeción a exigencias artísticas, sin estableci- miento de categorías, lo que reduce la novela a una narración de vecinas —más o menos sentimental— o a una fábula con mo- raleja, o, en el mejor de los casos, condiciona todo al hallazgo de una anécdota feliz (tal el caso general de los escritores de Boedo).

Goyanarte tal vez ha sentido con urgencia un mundo elemental. Tal vez su tarea hubiera debido ser el cuento. Quiso introducir historia, es decir, novela, es decir, trascendencia, donde no la ha- bía o no la sentía. Ese reproche está implícito hasta en las más generosas alabanzas a su mejor obra, *Lago Argentino*.

GABRIEL CONTE REYES.

Ernesto L. Castro y la novela social

LA novela regional argentina, cuya aspiración es mostrar lo peculiar del ambiente y del hombre locales, no ha logrado trascender lo meramente descriptivo del paisaje y por ello aun no cuenta la literatura argentina con lo que en el resto de Amé- rica se ha llamado la "novela de la tierra", en la que hombre y paisaje integran una unidad viviente. La realidad americana, que ha ofrecido la posibilidad de erenciones estéticas del valor de *La Forgière* o *El mundo es ancho y ajeno*, obras en las que la diversidad de ambiente y temas no impiden que se reconozca una identidad de sentido y una concreción literaria de lo americano, categoría que en otros aspectos tiene una plena vigencia, parece carecer de medios de expresión entre nosotros, como si estuviéramos excluidos de la problemática americana. Sin embargo, no es así. De ahí la avidez por todas aquellas obras en las que se atisba la posibilidad de una inclusión dentro de esa temática general. Las novelas de Castro (*Desde el fondo de la tierra* y *Los Isleros*), por sus temas, por la versión cinematográfica que se hizo de una de ellas, por las calificaciones de la crítica, hacían esperar que el intento de lograr una literatura de la tierra se hubiera concretado esta vez con más éxito. Sin embargo, la tierra, en *Los Isleros* y *Desde el fondo de la Tierra* es paisaje, costum- bre, color, peor aún, telón de fondo para movimientos convencio- nales de personajes también convencionales. Hay sin embargo, un elemento nuevo: Castro no recurre al folklorismo, a la idealiza- ción artificiosa del pasado; da situaciones actuales, la Argentina del interior en su presente y en este sentido su intento nos parece valedero: allí están la monotonía, la mediocridad y el aburri- miento de la vida en el pueblo, sin atenuantes, sin concesiones idílicas, en su realidad cotidiana. Castro ha eludido, conciente- mente, el folklorismo, lo que indudablemente da interés a sus novelas y justifica en parte el éxito que han obtenido. Al mismo tiempo, sin embargo, cae en una esquematización y tipificación de lo campesino que las convierte en expresión harto convencional de la campaña. Se encuentra en ellas invariablemente el tipo "argentino" rural, geográficamente ubicado fuera de la ciudad pero anímicamente perteneciente a cualquier campaña o suburbio: sólo reconocible por sus modismos criollos. Ciertos elementos per- tencen indudablemente al campesino argentino, como seguramen- te pertenecen a todos los campesinos desde Hesiodo en adelante: inevitable resignación ante la naturaleza y sus fueros, despego por toda lucha que no sea la tácitamente aceptada en el juego entre el hombre y los elementos, desprecio por los hábitos del fo- rastero, especialmente del ciudadano, que posee instrumentos y artimañas contra los cuales no tiene sentido el combate, una afición incurable a los aforismos en los cuales se paraliza el tiempo y las posibilidades del espíritu del hombre. La debilidad de Castro no está en que sus arquetipos tengan también esos elementos: *lo desdichado es que no tienen otros*, que aparecen como formas inmutables de un deber ser campesino, productos inevitables de un estilo de vida estereotipado, caleado de algún modelo incues- tionable.

Tan poca vida tienen los protagonistas, que para sobrevivir, para que la novela no se agote en sus comienzos, el autor tiene que recurrir a elementos exteriores, artificiosamente injertados en una situación en la que no consiguen enraizar. El argumento apa- rece así como una suma de sucesos, indispensables para mantener la atención del que lee, pero que destruye la unidad íntima de la novela como creación estética y distorsiona al personaje en aven- turas ficticias. En una de ellas "*Desde el fondo de la tierra*", la aparición de un circo en el pueblo, el deslumbramiento del ado- lescente por la "ecuyère", la explotación de ésta por el patrón; en la otra "*Los Isleros*", la llegada del alemán perseguido a los riachos del Delta, su desencuentro con la novia que viene a buscarlo desde la patria lejana, para citar los más burdos de sus recursos novelísticos, nos dan la pauta de que el hombre no vive, sólo se mueve con un ritmo impuesto desde afuera. Los diálogos, frases hechas, convencionalismos sobre el tiempo y las injusticias de los hombres, metáforas repetidas, cortesía ritual y pobre, hunden al personaje en lo formal. Y además la introducción de per- sonajes contruados forzosamente, para crear nuevos episodios y dar color local a la trama, como la maestra rural, abnegada y heroica, tal como corresponde a nuestra académica tradición pe- dagógica, sin más existencial real que la de símbolo de un teórico afán de superación nacional por la educación; la dureza de la colonización que requiere la presencia inevitable de un bandolero de la selva o de un comisario taimado y coimero. Y la tormenta que llega oportunamente, precipitando los desenlaces.

La pobreza en el matiz psicológico, la rutina en la presentación de los hechos que hace de ambas novelas esquemas de acción y sucesos y no situaciones vividas y queridas, obliga a buscar la intención del autor más allá de los individuos que presenta, como si éstos sólo fueran portadores de un modo de ser, de una pro- blemática común a una sociedad ubianda en un espacio y tiempo concreto. Es decir, obliga a buscar una intención que trascienda lo individual y sus problemas y nos sitúe en el plano de lo social y colectivo. Escritas en momentos en que el problema social ar- gentino —año 45 en adelante— aflora a la superficie y es ex- plotado públicamente como el gran problema nacional, parece evi- dente que lo buscado por Castro no es la creación de un senti- miento individual sino la expresión de un acontecer social, sus limitaciones, sus injusticias y sus soluciones.

Por otra parte, la permanente reflexión sobre el destino de los pobres y la mala fe de los poderosos, la aceptación cándida o rencorosa de una inexorable ley que ata al hombre a las condi- ciones que su ambiente o su miseria le dictan, cierta moral oca- sional sobre el trabajo honesto y sus beneficios, la actitud de los personajes (el islero que acepta la naturaleza o el coloniza- dor que lucha contra ella), informan a las novelas de un senti- miento rebelde de protesta, pero nada más.

Intención, preocupación social: en definitiva, Castro no ha trascendido, permanece en el plano de lo anecdótico y de lo fá- ctico.

E. GIBAJA.

Enrique Wernicke: la poesía en las chacras

PABLO NERUDA dijo de él: Juventud, aire, cacería, muchachas y caballos, algo indefiniblemente puro y salvaje... Wernicke ha descubierto los campos bonaerenses. Pero no la pampa, la pampa infinita, la pampa gauchesca y de acaes, emes y pes redichas, grata a declamadoras y a nacionalistas. Tampoco el campo grandote, aplastador de leguas y de Herfordas, pesado (preñado) del dato de su grandeza. Tampoco la realidad social del campo: los trabajos duros, los hombres solitarios, los ranchos con fogón, las letrinas, la pobreza, la dependencia del chacarero y del peón. Wernicke ha descubierto el mundo de las chacras, cercano a los pueblos, adonde se llega en ferrocarril y sulky, adonde llega el turno marchante y donde el vecino está a unas cuadradas, detrás del alambrado. El campo del maizal, del caballo como animal de tiro. Ese mundo es para Wernicke (como para muchos de nosotros) el mundo de la niñez y adolescencia: no lo ve como el lugar del trabajo áspero, fundamentalmente igual a cualquier otro, difícil por la escasez de medios, duro por las condiciones sociales, estrecho y limitado, las más de las veces sórdido, sin otro horizonte que el de hacerse rico, casi invariablemente desembocado en fracasos y frustraciones. Lo ve con el prestigio de la lejanía, y envuelto en el ámbito mágico de la niñez, con la poesía punzante y un poco acre de la adolescencia: libre, disponible, no obligatorio. El trabajo, aun los fracasos que racionalmente conoce y que por la experiencia posterior agrega, no son coactivos ni determinantes: son parte de una aventura, simple y maravillosa. En esa aventura entran el paisaje, la amistad y la mujer, todo desde ojos deslumbrados, iniciales. Esa aventura no necesita de hechos insólitos ni se puebla de héroes: la vida simple es de por sí insólita y en ella entran como hechos milagrosos tanto las gaviotas que se zambullen en los surcos como la laguna decorada de garzas. Así la vida de las chacras, la prosaica vida agrícola posterior a las alambradas y a los gringos inmigrantes, se transfigura en imagen lírica. El año 1920, sin malones ni gauchos, sin églogas, se poetiza por virtud de la visión poética: maravillada y deslumbrada por la vida cotidiana. Cuando en ese campo de chacareros cae alguna vieja figura casi arqueológica: un paisano trashumante con su tropilla, un domador antiguo y dicharachero, cobra un aura de milagro. La técnica de Wernicke es casi siempre adecuada: en el fogón de la cocina, mateando, avisa que todo eso es un cuento, una hermosa mentira hecha de remembranza y deseo, de tensión poética. Su virtud es, con todo, su defecto: a fuerza de conocer lo poético, se esfuerza tanto por encontrarlo que la nota suena a veces falsa: el cielo y el sol y la lluvia terminan por ser demasiado obligadamente conmovedores, una especie de resortes siempre dispuestos al salto lírico.

Su arte, tal vez un poco estrecho y limitado, pequeño sin duda, toca sin embargo algún anhelo hondo en nosotros: el viejo tema pastoril que consume y atrae a todas las civilizaciones que se

urbanizan; la añoranza por la Arcadia Feliz, ese povo que todos arrastramos. Es curioso advertir en nuestra literatura, aun en aquellos que no ignoran la realidad desagradable de nuestra vida campesina (como en el caso de Mannuza en *Los arcadados*) la reaparición de esa nota arcádica, aun cuando más no sea como una desilusión frente a la ciudad, que coincide con la última gran migración de los campos, ocurrida en estos años. Pareciera relacionarse con el otro movimiento intelectual (también más o menos reciente) que, en forma más amplia, tiende a reivindicar ciertos valores elementales frente a los relativamente artificiales que ha provisto la urbe. Frente a estas corrientes, la ciudad alimenta una literatura desagradable, de aparente rechazo.

Pareciera, pues, a primera vista, que nos encontramos en la misma situación, en estados de espíritu semejantes a los que se polarizaron hace treinta años alrededor de *Boedo* y *María Fierro*. Sin embargo, creo que pueden señalarse algunas diferencias, algo así como, en general, un mayor asumir de la realidad. Hoy, su transfiguración artística no lleva a la mitificación; su representación de lo inmediato desagradable no lleva consigo como en 1925 esa especie de piedad, mejor, de ternura, de débil mesianismo, ese advertir continuo de que las cosas no son tan malas como parecen, que en realidad no son malas, y que implica un esquivar ante la necesidad de encarar el drama humano, un evitarse el reconocimiento de la verdad, y que hace que el hallazgo del drama les haya sido imposible a los de *Boedo*. Hoy parece haber decisión para asumir la ciudad como drama del hombre, el campo como drama del hombre; no la ciudad como espectáculo pintoresco de suburbios rosados, como algo innombrable o, como teatro de anécdotas deplorables, horribles, sentimentales; no el campo como tablado de ilusión en donde refugiarnos con la creación de mitos que nos salven de nuestra actualidad: ni pasados épicos ni figuras de libertad aventurera. Fernando, Onetti, con todas sus limitaciones, encuentran el hombre. Rodríguez (*Matar la tierra*) encuentra el hombre; ha superado el drama radicado en lo social que vieron Castro o Varela, y ya éstos (con todas sus debilidades) han dejado muy atrás la descripción de bambalinas y personajes.

Pareciera que hemos aprendido por lo menos algo: no ha habido detrás o antes de nosotros tierras donde el hombre tenía otra estatura, donde la libertad y la elección no eran un oscuro, y a veces sucio, asumirse a sí mismo; aun la égloga no engaña con la posible deificación —es decir, salida de la vida, escape del hombre— accesible por un cambio de barrio, de provincia o de continente: en la chacra hay paisanos, los paisanos ordeñan y siembran, el ordeño y la siembra son duros. La capacidad de poesía está en el hombre, no en el cielo.

JORGE ARBOW

Comunicación y servidumbre: Mallea

CONSIDERAR una obra literaria como expresión que se basta a sí misma, sin la referencia al autor, es una pretensión metódica justificable, aunque difícilmente cumplida. Pero que no ha de satisfacer a quienes consideran también la actividad literaria como una realización del autor que se incorpora por la obra al mundo de lo concreto. La obra se completa en la referencia al autor como el autor se completa en la referencia a la obra. La obra vale así como un acto, especial es cierto, pero acto al fin comparable en su eficacia personal y social a toda esa variedad de actos por los cuales el hombre prosigue la interrogación de sí mismo a través de las cosas y los seres.

No podrá hablarse entonces de un profesionalismo literario, si como tal se entiende una especialización en una manera de ser

que determinaría, digamos, una "ontología del hombre que escribe". La literatura aparecerá como una manera de expresar el ser, porque, escribiendo, el hombre no supora el plano de lo real por el plano de lo imaginario, sino que participa como todos los hombres de nuestra misma problemática fundamental. El escritor no nace a un mundo de excepción sino al mundo de la cotidianidad donde asume su lote de gracias y desdichas. "Somos —dice Fondane— en tanto que ciudadanos de la infelicidad social, seres políticos, y en tanto que ciudadanos de la infelicidad humana, seres metafísicos". Esta infelicidad política y metafísica se conjugan en el escritor al asumirse en su condición humana y social. Pero este carácter de su profunda responsabilidad no aparecerá en la literatura si se la considera sólo en medio de

su vigencia cultural, de manual o de biblioteca circulante, alejada de su nacimiento que se renueva cuando un hombre comprende que puede ser contenido en un grito o en un poema.

Sería preciso, si fuese simple, renovar la comprensión originaria del acto de expresarse. La dificultad es ésta: no podemos hablar inmediatamente de la palabra porque el uso de la palabra nos oculta su originalidad. Todo acto cultural se desenvuelve a partir de la nebulosa de sus orígenes, aparece como dado de toda eternidad y válido de toda validez, se constituye como mito y se adosa al hombre con la exigencia de lo absoluto, con sus limitaciones y prohibiciones. Vislumbrar la situación fundamental a partir de la cual se hace emerger del silencio la palabra, será precisar que no se nace escritor, como algunos lo pretenden, que el escribir no nos separa del mundo, como algunos se separan, sino que el escribir es una manera más de manifestar su situación histórica y a través de ella su condición metafísica.

Pero hay sin embargo entre nosotros una insaturación consciente, minuciosamente preparada, de la personalidad del escritor, que se inviste a sí mismo con los caracteres de lo reverente y de lo soero, una presentación ahistórica de su propio desenvolvimiento y de su nacimiento, que tiende a recrear una vez más la confusión entre lo natural y lo cultural, lo relativo y lo absoluto que está en la base de toda tiranía. Queremos decir: la literatura se presenta en algunos como intento de mistificación. Es lo que veremos a propósito de Mallé.

Como toda mistificación, su vigencia prevalece allí donde predomina la obscuridad del hombre respecto de su origen y de su destino, de su capacidad de comunicarse con los demás hombres. Sólo así se explica que el hombre de letras pueda acudir a una suerte de "extramaterialidad" como si constituyera su concomitancia privativa, del mismo modo que la extraterritorialidad lo es de las embajadas, una manera privilegiada de entrar en tratos con el mundo de lo concreto a cuyo margen permanece en forma displicente a veces, aprovechada en otros, pero siempre vociferada. Hay una falta de reconocimiento entre los hombres que la comunicación literaria a veces explota y hace aún más sensible. Cabe pues preguntarse por la finalidad de la palabra.

I

Se trata entonces de poner en evidencia el sentido que pueden tener para nosotros esos dos conceptos que encierran nuestras dificultades: el reconocimiento y la comunicación.

Hegel mostró (1) que para llegar a ser plenamente conciencia de sí, la conciencia requiere ser reconocida en su autonomía por otras conciencias. Este reconocimiento supone la superación de la conciencia como contemplativa y su acceso a la órbita de la acción.

El sentimiento de sí, del yo como opuesto al objeto, surge en el hombre a partir del deseo, que convierte su relación con las cosas en actividad negadora. Por lo tanto, el deseo, en su ímpetu por satisfacerse, constituye el comienzo de la "inquietud" del hombre, la salida fuera de sí mismo que tiende a la negación del objeto deseado: su asimilación o su transformación. Esta actividad implica, al mismo tiempo que la negación del objeto, la transformación subjetiva del sujeto a expensas de esa negación. Pero esta satisfacción del deseo por medio de un objeto natural —una manzana en el acto de comer, por ejemplo— permanece todavía dentro de la satisfacción simplemente animal, porque el carácter del objeto asimilado determina el carácter de la satisfacción. El yo que se satisface en un objeto natural será también natural.

Para que la conciencia de sí exista es necesario entonces que el deseo tome como objeto de su satisfacción un objeto no natural, algo que sobrepase la realidad dada. Lo único que puede sobrepasarla es el deseo mismo. Significa entonces que es preciso que el hombre considere el deseo antes de su satisfacción, como revelación de una ausencia en su mismo ser. El deseo

se revela así como un "vacío irreal" que se nutrirá de deseos, y hará nacer un yo esencialmente distinto al "yo" simplemente animal. Frente a la identidad que el animal mantiene consigo mismo, el yo del hombre será en cambio negación de su ser actual, "deseo en su mismo ser", realización de sí en el tiempo, espera de sí. Ser ha de ser entonces "no ser lo que se es y ser lo que no se es", negación de nuestro ser presente en vista a lo que será, trascendencia de sí hacia el futuro, apertura hacia lo contingente. Por medio de la conciencia de sí como conciencia del deseo, el ser se revela como un hacerse y ponerse, libre, en el mundo humano y, por ende, en el mundo de la historia.

En la vida de relación, donde las conciencias se manifiestan en medio de los otros hombres, el deseo se refiere a otros deseos, no como deseo de posesión del otro sino como deseo del deseo ajeno. Perseguimos el reconocimiento de nuestra realidad humana como deseable por el deseo del otro. Al desear a una mujer, por ejemplo, el hombre no desea su cuerpo sino que, en la medida en que sea humano, deseará su deseo; el deseo de la mujer que toma nuestro ser como objeto. De allí que el deseo del hombre aparezca como humano sólo cuando no está limitado por su base animal, por lo tanto en la medida en que arriesgará su vida en función del deseo considerado como el supremo valor. La conciencia de sí encierra necesariamente esta referencia al riesgo de la vida.

Y este es el punto que queremos destacar: a perseguir el deseo del otro me lleva la necesidad que tengo de que el otro reconozca como deseable el valor que yo soy. Todo deseo humano, toda actividad como conciencia de sí en medio de un mundo humano, persigue ese reconocimiento de nuestro supremo valor, y se expresa en la historia por la lucha a muerte con vistas a ese reconocimiento.

Que la lucha es, y ha sido, desigual, la historia lo evidencia. En la lucha por el reconocimiento hay quienes han cedido, se han negado al riesgo de la vida y han debido abandonar la satisfacción del propio deseo para reconocer el de otros: son los esclavos. Los esclavos deben reconocer a los amos sin ser reconocidos. Porque el amo, al arriesgar su vida hasta el fin en la lucha por el reconocimiento, experimenta, a través de la servilidad del esclavo, la conciencia de sí como autonomía. Así la historia implica existencias libres y existencias dependientes. Toda conciencia que surge a la vida histórica, todavía no acabada, presupone entonces a través de la asunción de sí como conciencia, un articularse como autonomía o dependencia, un adscribirse al dominio o a la servidumbre.

Que permanecemos en uno de esos mundos podemos verificarlo:

—Si vivimos en el temor;

—Si nos angustiamos por nuestra muerte y descubrimos a través de la angustia la inasidua de nuestra existencia;

—Si debemos reconocer a otros sin ser reconocidos por ellos;

—Si nuestras satisfacciones se ven postergadas porque no podemos transformar las cosas en la medida de nuestros deseos;

—Si estamos en el mundo dentro de los límites que el deseo ajeno dibuja sobre las cosas;

—Si somos insensibles respecto del mundo.

y si, para decirlo todo de una vez, nuestra vida sólo transcurre en la corteza subjetiva que tenemos de nuestro ser, pero que no puede ni realizarse ni ser reconocida ante la conciencia de los demás, entonces hemos nacido y permanecemos esclavos en un mundo donde un dominio que no nos reconoce se encuentra establecido.

La historia entonces marca un deslinde. Hablar a los hombres significará siempre hablarles desde una situación fundamental determinada: desde el dominio que sobre ellos se ejerce o desde la servidumbre que con ellos se comparte. Y el hombre que escribe, en la medida en que su existencia se define en función del reconocimiento y de la satisfacción de sus deseos, asume la palabra desde esa negación fundamental que no puede ejercer concretamente sobre el mundo.

Sin embargo, el escritor ha intentado, mediante la palabra,

(1) Este desarrollo lo hacemos siguiendo el libro de Alexandre Kojève: *Introducción a la lectura de Hegel, leçons sur la Phénoménologie de l'Esprit*, recogidas y publicadas por Raymond Queneau, Gallimard, 1947.

"conciliar el "ideal" de la libertad con el "hecho" de la esclavitud". Pero vanamente y siempre a expensas de lo concreto en el mundo de lo imaginario. En realidad ha tratado de justificar su servidumbre y consolarse a través de ideologías abstractas para no arriesgar su vida. Estoico, el esclavo se consuela con la idea de la libertad, que nos pertenece por principio, sin preocuparse por su vigencia real. Escéptico, el esclavo convierte su impotencia en nihilismo, negando todo valor a lo que le es exterior, consolándose en la libertad abstracta de la soledad. Conciencia desdichada, el esclavo, cristiano ya, toma al fin conocimiento de la contradicción de lo subjetivo y lo objetivo en que vive, pero insiste en separar su yo empírico —dominado— de su yo trascendente —libre. Hay, sí, una ciudad terrestre donde el yo se agosta, pero está la ciudad de Dios donde todo florecerá. Hay, sí, un amo del cual se es esclavo, pero existe un Dios del cual todos, y también el amo, somos esclavos. El estoico termina aburriéndose con sus palabras, el escéptico lleva en última instancia al suicidio, la conciencia desdichada y cristiana extiende su tristeza por el mundo.

Llegamos así a esta verificación: el hombre que escribe, el esclavo-escritor, por no resolverse a arriesgar su vida en la lucha real o por no asumir plenamente la condición dolorosa de su esclavitud que le permitiría en definitiva liberarse, inventa ideologías, subterfugios imaginarios, dentro de los cuales permanece. Pero este encubrimiento no tiene solamente un carácter formal; su ser también se moldea en el encubrimiento, en la represión de sus posibilidades concretas: vive en el terror primero que disoció la carne del espíritu, los deseos de la satisfacción, la mujer del hombre. En medio de la palabra se hace brotar el silencio fundamental, la tristeza infinita de no poder ser ni hacer, la desesperación silenciosa, los mitos y las fábulas, el reino del imposible, la palabra "muda".

La palabra "muda" es la perseverancia en la falta de comunicación, como el desconocimiento de la situación esclava es la vocación al no reconocimiento.

El único camino posible lo preveía Hegel como término de su dialéctica. El amo permanece en un "impasse existencial", condenado a su vez a ser reconocido siempre por una conciencia sometida y no por una conciencia soberana como la suya, cuya sola existencia lo llevaría nuevamente a la lucha a muerte. Nunca será satisfecho, su porvenir está cerrado. En cambio el esclavo se realizará en tanto que hombre, resolverá la contradicción entre su certidumbre subjetiva y la objetividad mediante la asunción de su situación y su actividad en lo concreto, dentro del cual el amo lo relegó. Logrará su libertad mediante la transformación del mundo natural y de su propia transformación en el trabajo.

Pero el escritor no maneja, en tanto que tal, nada más que la palabra, ese poder negador puro. ¿Deberá alejarse de la historia como el poeta de la ciudad de Platón?

II

Todo escritor parecería estar destinado a nutrirse de apariencias, a recrear con la palabra una expresión de su subjetividad que por la lectura llega a solidificarse, cual si fuese un acto de verdadera transformación concreta y a confundirse, tanta es su sugestión, con la verdadera objetividad. ¿Acaso esta expresión no es vivida también por la conciencia ajena que se enajena en la sugestión? El escritor se consuela en el espejismo de haber alcanzado esa realidad concreta de sí que la realidad le niega. Vive en una apariencia de objetividad que los demás lo reflejan, no a partir de su ser sino de lo que su obra promueve imaginariamente. De allí la discordancia que evidencia: se complace siendo en realidad lo que no es: en el mejor de los casos un poder de apertura sobre lo que aspira a ser pero que no ha llegado a la existencia todavía.

Frente al escritor está el hombre de trabajo, el esclavo de lo concreto que busca conocer silenciosamente la distancia que las cosas establecen con sus deseos, que no tiene un modo privilegiado de revelarse a sí mismo, que únicamente tiene sus actos,

sus amores, sus lágrimas o sus risas, la infracción a la esclavitud en la fiesta también regulada y triste, que sólo puede aspirar a realizarse a través de sus actos y ser visto en ellos. Su manera de significarse está unida a la limitación actual de sus actos; la palabra adhiere a un instante y se pierde en el siguiente, como una íntima melodía que sólo renace en la ejecución. La experiencia personal que tiene de su autonomía, la liberación momentánea de su esclavitud, es sólo la infracción solitaria, avergonzada del escape, a no ser que el gesto y el acto se manifieste en el clamor de una masa que subraya con la violencia un deseo hasta entonces mudo.

Ambos viven pues, tanto el escritor como el hombre del trabajo, en la falta de ese reconocimiento que sin embargo la palabra puede, como la anticipación de un acto, tornar posible. Y es el escritor quien siente tal vez más decididamente, como señor de lo imaginario, la posibilidad y la necesidad de la superación de esa situación intolerable. Hay en él una instancia unida al tiempo, al poco tiempo, cuya fugacidad experimenta como una huida de posibles, como cercanía de muerte y desaparición estéril. Hay en el escritor una condensación vital; en su disponibilidad, un querer abarcar y quemar posibilidades, la ambición de experimentarlas a despecho de la realidad, pero también hay en él una anticipación de lo real que intenta ser vivido en su inexistencia actual. Hay una incontenencia que desborda en esa reunión imaginaria de objetos, de seres y de significaciones que están en el tiempo del mundo pero que su tiempo individual y la soledad no le permiten vivir. Esta desmesurada ambición sienta, al mismo tiempo que su poder, su impotencia, y le hace participar en la frustración radical de toda esclavitud. La dialéctica de la acción concreta y del acto imaginario, ese eterno valivén del escritor que no renunció a su condición ambigua, la asunción de la realidad cuya presencia mortifica sus inabarcables afanes, el poder vitalmente desmesurado que lo habita, no es la menor de sus tragedias.

Y es precisamente por hacerse cargo de esa dialéctica de la acción concreta y del acto imaginario vivida trágicamente que el escritor hace posible, como una anticipación, la comunicación que abre al reconocimiento.

La comunicación implica al menos la fractura instantánea de lo concreto para surgir a una comprensión más profunda del mundo. Pero este mundo intersubjetivo en el cual los hombres comunican no puede ser ni el mundo del estoico, ni el del escéptico, ni el de la conciencia desdichada, pues sólo son evasiones del mundo. Que el mundo de la comunicación aparezca en la fractura de lo concreto significa que está adherido a él; que el mundo cotidiano lo contiene; que la cercanía forzosa con las cosas lo desdibuja al mismo tiempo que lo oculta; que se abre en nosotros a partir de la vivencia profunda de nuestra soberanía que se revela como posible en la oposición cotidiana al obstáculo, y que solamente a través de él, y por su supresión instantánea en el acto de la comunicación, vivimos. El acto de la comunicación es el aprovechamiento de esa supresión instantánea e incontrolable del obstáculo, que la represión organizada del amo no puede contener. Quiere decir que nuestra libertad de comunicarnos requiere, como acceso a esa vivencia más profunda que reside en cada uno de nosotros como una promesa, un recortarse con precisión sobre la realidad concreta, que la oculta y que la revela al mismo tiempo. Comunicar con los demás es emerger a un más allá de la esclavitud que sólo la superación de la esclavitud hace posible.

La comunicación, como el amor, en la suprema cercanía que nos enlaza a otro ser, expresa la traslucidez al menos fulgurante de una conciencia en la otra, la penetración en lo íntimo, en lo secretamente indefinido, en lo inviolable, y parecería poner término al escándalo que significa para la conciencia descubrir la ininteligibilidad continua en que se encuentra sumida respecto de las otras. La comunicación es pues la realización concreta, aunque instantánea, de ese imposible cotidiano en que vivimos aislados y del cual pugnamos por salir. Es el instante en que descubrimos la esencialidad del otro a través de la nuestra, por lo

tanto su existencia real y vivida en su fugacidad, en el que nos hacemos cargo de la adversidad y de la materialidad que nos separa, por lo tanto el momento en que el mundo se inunda de sentido.

Quiere decir todo esto que la palabra se abre paso a través de las prohibiciones o merced a la violación de las prohibiciones, como una salida inmediata a esa zona de densidad que se insinúa en el hombre cada vez que se traspasa el umbral de sus preocupaciones cotidianas. Toda salida de este universo que nos encierra es una efracción, el doloroso abandono de las zonas de la seguridad social y personal. Toda comunicación profunda es pues una rebeldía que se levanta dentro de la separación organizada de los hombres.

III

Vamos sospechando entonces que existe un trabajo concreto a través de lo imaginario, una apertura que sólo el escritor puede anticipar vívidamente.

No es que al escritor no le interese la negación concreta e inmediata. No es que prefiera sólo la manifestación aparentemente pasiva de la letra desechando la "realización" activa de esa negación en el mundo. Tal vez piense que la negación concreta que se efectúa en un solo acto, introduce sí una fractura en el mundo, pero esta fractura no adquiere las perspectivas que toma esa misma negación generalizada que se efectúa con el acto de escribir, que se transfigura en la palabra y toma el carácter de lo universal, que se propaga e incendia en su camino. Este llamado a la destrucción que duerme en los otros expresa la intención de hacer nacer a la realidad una negación más profunda. El acto de escribir es así esta decisión de tornar superlativo el acto simple en el cual se agotaría nuestra acción y renueva la decisión de trascender lo concreto, no hacia una espiritualidad o una abstracción engañosa, sino hacia una concreción más profunda: es la propagación de la negación activa.

Teniéndolo todo a su disposición, todo cuanto el conocimiento activo de la realidad y la subjetividad profunda del hombre le concede, esta negación que vale como un acto sin consecuencias, un alarde sin realización, —pero acto y alarde que de alguna manera incide y determina las consecuencias y los actos de los otros hombres—, el escritor debe ser juzgado por la apertura sobre lo prohibido, por la irreverencia ante el poder actual, por la infracción. De su negación surge, sin embargo, la plenitud de un ser que trae adherido a su contorno la placenta del alumbramiento, nos retrotrae al mundo primitivo de la creación humana donde el hombre continúa siendo la medida de todas las cosas: de las que son en la medida en que son, pero sobre todo de las que no son en la medida en que serán. El reconocimiento que el escritor despierta a través de su obra es por eso algo más que el reconocimiento actual de un ser cerrado que se presenta como ejemplo, como dechado realizado de una ley vigente: es por el contrario el reconocimiento de un ser posible, amasado a costa de su triunfo en el mundo de la legalidad, más allá de la servidumbre.

Esta honestidad fundamental que surge en el acto de la comunicación, —y cuya ausencia notaremos en Eduardo Mallea— borra definitivamente de la obra la presencia mundana del escritor que se repliega, desaparece casi, se pone al margen imperceptiblemente, más allá de la gloria que no es cosa suya y que la obra no encierra y que sólo pertenece, en cuanto realidad virtual, en cuanto que es solamente realización en lo imaginario, a un futuro del cual la actualidad del escritor se encuentra excluida.

El escritor realiza, pues, mediante su obra, una verificación imaginaria de los valores, de aquéllos que rechaza como de aquéllos que sostiene. La vida cotidiana es la vigencia ordenada de algunos, el ocultamiento y la represión de otros. Es, sobre todo, esa parte oculta de la vida cotidiana que se trata de salvar de la obscuridad donde se encuentra. Esta verificación significa para el artista un esfuerzo doloroso que solicita la misma penetración dolorosa del lector: la destrucción de lo destruíble, la verificación de lo verdaderamente indestruíble.

El novelista debe recuperar entonces para nosotros esa espe-

riencia del mundo anterior a las visiones elaboradas, tiene que habitar a su manera un mundo dentro del cual un nuevo sentido nace o se recupera, buscándolo más allá de un presente que lo frena frente a sus ansias que lo desborda. El novelista es la expresión de ese desborde contenido del hombre sobre un mundo que no puede contenerlo. En ese sentido es ficción, pero ficción posible.

La función del novelista será tal vez la de arrancarnos al espejismo de una realidad demasiado cercana, la de volvernos a un mundo de raíces primigenias, despertar a nuestra sensibilidad el apetito de posibles que la misma realidad contiene como una promesa exigible, descubrir en el mundo la inherencia personal a esa realidad que se descubre para cada uno de nosotros como la materia cálida en la que buscaremos moldear la consistencia de nuestros anhelos. Si hay una relación de persona a persona en nuestra inmersión en el mundo, hay una reivindicación de esta verdad fundamental que el escritor debe mantener latente en la medida en que él mismo, desecho de cultura, marginal, es la esperanza minuciosamente desplegada de esa totalidad humana que la simplificación política y burguesa desdeña pero que sin embargo suponen.

MALLEA Y NUESTRAS VERGÜENZAS

Quisiera desearía yo no haber encontrado en mi vida el destino duro y terrible de crear. Pero ya que me ha sido dado (...)

(Notas de un novelista, página 29).

La disyuntiva del escritor, llevados ya a particularizarla, es entonces ésta: o llevamos la sinceridad hasta el fondo de nuestras vergüenzas, porque el reconocimiento exige en su límite la homogeneidad entre lo que somos y la imagen que los demás tienen de nosotros, porque damos nuestro ser por lo que vale, —o nos satisfacemos en la mentira de una construcción que nos encierra y aísla en la duplicidad hipócrita e incommunicada.

La manera de encerrar esta disyuntiva es siempre visible. Aun cuando no haga autobiografía la obra será siempre autobiográfica, porque el escritor revive y recrea en profundidad, a través de su conciencia y de sus afectos, el universo extraño de los otros cuya experiencia realiza a partir de sí mismo. Comunicar no es solamente un ir sino también un volver de los demás. Y hay que pagar su precio: todo contacto con lo bajo nos empuja y nos envilece también un poco. La mentira del escritor consistirá, por ejemplo, en presentar su pureza como incompatible con el conocimiento de la baja, con lo que le sería radicalmente heterogéneo. Mallea dice: "...cuanto más auténticamente desprevenido y generoso es un espíritu, menos capaz es de concebir una zona de humanidad entregada a la absoluta prevención y sordidez". El escritor es un ser cuya generosidad, por lo contrario, consiste en asimilar la sordidez del mundo, en cuanto ésta constituye un componente de la situación humana en que vivimos, una consecuencia de la pureza aparente que conforma la delicia y la buena conciencia de nuestros estetas mundanos.

Será preciso tener en cuenta, pues, al analizar el sentido de la obra del escritor que nos ocupa, que en su consideración estamos alejados del percibirlo como un documento en el cual leeríamos desapasionadamente la expresión de una circunstancia fortuita argentina. Nuestra pasión, si la hay, será solamente la contraparte de la suya, porque su obra es casi una presencia y tiene el carácter de un diálogo; queremos decir que supone necesariamente la comunicación de persona a persona y que considera por lo tanto al expresarse todos esos elementos que recortan en la comunicación la intimidad exteriorizada del que habla como del que escucha. El libro es también una presencia plena, cargada de intenciones bajo la palabra, como un gesto en el rostro del que habla confiere sentido a lo que expresa o nos significa con mayor elocuencia lo que se dice o lo que se oculta. Más aún cuando ese libro se dirige a nosotros para hablarnos, en su impaciencia quemante, desde el desdoblamiento.

Las dificultades para considerar la obra de Mallea se encuentran en la alta moralidad formal con que la inviste. Tanto sus

preocupaciones como sus problemas generales referidos a la Argentina en alguna manera se recortan sobre los nuestros, pero un vacío de intención nos separa. Sentimos frente a sus obras las mismas molestias que nos invaden cuando abrimos un manual de moral: estamos en pleno reino de las palabras dicotómicas, cortadas a golpes de pureza, con las que se pretende legislar abstractamente, en el tono de la reprobación, un universo del cual el límpido carácter del que escribe se encuentra excluido. Un universo del que falta la carnosidad que anime sus frías palabras y del que solo queda la hueca verborrea cargada de pretensiones y de reprimenda. Son de aquéllos que nos hablan de virtud, de señorío, de nobleza, de grandeza, honorabilidad, valores eternos, de donde surgen las reglas y las definiciones, el orden perfecto, el camino de toda santidad ciudadana. Hay sin embargo un cierto pudor que nos retiene al borde de la facilidad de pronunciárselas y que reside en nuestra dificultad de vivirlas o adecuarlas a ellas, porque sospechamos que ya no pueden contenernos, que la distancia entre el mundo moral y la realidad no se zanja en la aceptación sumisa a lo formal, sino en la instauración de una adecuación más acabada. Hay una ética de la palabra que se ríe de la palabra "ética", podríamos decir parafraseando a Pascal, y que nos impide reivindicar como propia la moralidad de manual en cuyo uso se complace Mallea.

Queremos decir, para marcar desde el comienzo nuestras distancias, que el universo moral no puede quedar encerrado en su formulación verbal. Hay una facilidad en su uso que debería desconcertar a quienes se bañan en él y chapalean de regusto, porque la formulación moral solo se sostiene como desafío al acto que la rubrica. Manejando nuestro mundo desde arriba, titiritero del alma, desde las palabras que se refieren a otras palabras, con las palabras-pinzas que lo tocan sin ensuciarse, Mallea pretendió al poner su "grito en el alma" darnos la gran lección de su señorío impaciente. Nuestra intención no es de quedarnos al pie de la letra, queremos por el contrario ver si al pretender ponerlo en el alma no hizo sino situarlo nuevamente en el cielo.

I

"...he combatido..."

(Notas de un novelista, Pág. 29)

Las razones para validar esta consideración están en el mismo Mallea. No se trata, desde sus primeros libros, de un simple ejercicio estilístico; es, por el contrario, la manifestación de su propia metamorfosis, el acceso por medio de la palabra a ese mundo paralelo a la biografía de su autotransformación: la Argentina invisible.

Parecería que Mallea comprendió el carácter de lo literario que se evade en la ficción y quiso poner, en el atrevimiento de su búsqueda y sus confesiones, siquiera ese *caerzo de toro* con el que Michel Leiris quiso introducir el riesgo de muerte del que torea en la obra del que escribe. Parecería que Mallea quiso establecer la seriedad del quehacer literario con el sacrificio de ese primer buceo. ¿Realmente es así?

Si comenzamos por reconocer el mundo que sustenta su posición, el que aparece explícitamente descubierto en sus primeras obras y que es el mismo que sustenta la trama de sus últimas, nos encontramos con este hallazgo: existe una Argentina visible, en la cual se agotará toda su precisión crítica, y otra invisible, en la cual desbordarán todos sus anhelos incontinentes e imprecisos. Por un lado, la corrupción social plebeya y adventicia; por el otro, una tradición patricia y una herencia hispánica. La necesidad de justificar esta dualidad se dará, en la búsqueda, sus especímenes. Pero con ello no habremos avanzado un solo paso hacia la inteligibilidad de nuestra realidad. Estamos solamente en el mundo de la abstracción justificatoria en la cual se ubica privilegiadamente con sus ansias de pureza.

No trazamos aquí el camino interior que lo llevó a esta dicotomía exterior que tan bien se le adaptaba; bástenos saber simplemente que esta dicotomía era la necesaria y fiel expresión de su marginalidad y de su inactividad, o más bien la expresión "al uso literario" de una realidad inmediata exagerada hasta la simplificación, en la cual proyectó todas sus añoranzas y nostalgias.

Mallea necesitó "culpables completamente negros, inocentes completamente blancos". Amor de puro, el suyo, que anticipa o elude el drama del afrontamiento. Todo habría de resultar fácil en el universo ordenado; fácil amar lo que merece ser amado, fácil despreciar lo que merece ser despreciado. Una Argentina invisible y muda, un argentino cetrino y silencioso, esta consecuencia era inevitable.

Si Mallea concibe a partir de allí la bondad de lo invisible, lo hace con la austera idealización que tiene sus siglos de ingenuidad, y al cabo de ellos de tontería: lo concibe completamente bueno, albo, "íntegro, inalienable". Pero la rigidez tiene sus defectos. Dividiendo el bien y el mal tan drásticamente, en medio de una ilusión que todos añoran, que hace tanto bien, que nos convierte en ciudadanos del orden invisible donde la pureza nos habita y nos purifica, los valores, las recetas, las infulas, los señores, los tics y los respetos de Mallea hacen depender sin embargo ese orden de todas estas concomitancias. Se va comprendiendo así que la virtuosa indignación de Mallea no corresponde a una subversión de los valores de la Argentina visible: clama solamente por su vigencia virtuosa, para que tanta iniquidad, tanta lajera, no la tornen imposible. En su lamentación por la Argentina invisible hay una añoranza precisa de pasado: "tiempo en que las normas eran "normales" y morían una espada, doblabas en el atrio una rodilla, encendían el trance de martirio o lloraban a un hombre a vivir con integridad y a morir sin interiores estertores" (1).

Al adelantarse a cualquier rebelión quiere escapar a ella por la promoción ejemplar de su generación. ¿"Por qué lloraba, él, cuando niño, en presencia de las tumbas?" (2). Mallea trae una lejana adhesión al temor burgués. Mira el pasado del mundo con nostalgia, los buenos tiempos idos donde los padres sabían lo que hacían, tiempos desde los cuales el futuro era una continuidad tranquila y no este presente dinámico y voraz en que se vive. "Y esto —¿hecho en nombre de qué orden? No, por cierto, del orden fundado en la ley de Dios. No, por cierto, en el orden de los padres de la Iglesia. No, por cierto, en el orden de las moralidades honradamente puras, honradamente cristianas, verdaderas" (3).

A pesar de sus alardes cultivados, de su lectura de angustiosos, de "su" Kierkegaard, de "su" San Agustín, de "su" Pascal, Mallea permanece sin embargo sólo en el aspecto socialmente normativo del bien y del mal. Por eso agota su conciencia moral en la vigencia o el rechazo dentro de una sociedad en la cual se complace. No se piense que salió a pregonar sus "inquietudes" inseguro de la acogida. En 1937 "había público" para semejantes palabras, el mismo público que movió algunos levantamientos. Su literatura no es pues una aventura: era solo el reconocimiento de los límites de lo social, y la expresión de sus respetos. Por eso en su oposición a la Argentina mercenaria no sabe oponerle más que las vagas generalidades de su clase, un mito de redención vacía, desleído e incoherente, expresión difusa de insatisfacción que no encuentra en qué expresarse salvo en la angustia de la soledad (4), que no sabe darse su objeto porque los objetos de la satisfacción real lo horrorizarían. Las rebeliones concretas no encuentran en sus construcciones más que un remitirse a pantomimas abstractas.

Así entonces, sus palabras y él mismo, puesto como personaje, delimitan un mundo particular, espeso, determinado por obje-

(1) "Historia de una pasión argentina", edición popular con un prólogo de Francisco Romero, Buenos Aires, 1938, p. 114.

(2) Nocturno europeo, Buenos Aires, 1938, p. 26.

(3) Historia de una pasión argentina, p. 234.

(4) La apoteosis de Mallea en su Historia de una pasión argentina termina siendo una apología del destierro dentro de lo invisible: "Y todos estaremos así desterrados, en ese destierro común tomará forma nuestra mística (...) Me sentí cómodo en mi necesario destierro. ¡Al fin, en mi destierro! ¡Cómo amamos, cómo sentimos, cómo pensamos, vemos y nos exaltamos en la soledad sin riberas del destierro! (...) ¡Felicidad de aquel que vive en un hermano y desventurado destierro! (...) ¡Qué incomparable dolor y qué severa voluptuosidad! (Página 263 de la misma edición popular).

tos e ideas francamente alejadas de los que estructuran nuestro mundo, situados más cerca de la máscara que del núcleo, y referidos a él por una decisión de lejana simpatía literaria, porque así lo piden los temas que la literatura validó universalmente.

Podemos concluir momentáneamente pues con esta aseveración: entre la Argentina invisible de Mallea y sus sueños de redención, expresados con la distorsión retórica de su vanagloria, no hay pasaje directo: su expresión lo adscribe irremediamente a lo que combate más que a lo que confusamente presiente, porque sus palabras se conjugan dentro de la complicidad que habla un mismo lenguaje y delimita un mismo mundo, el de los valores inmarcesibles, de la pureza, del orden cristiano, de Dios.

II

"No sé lo que es la ambición literaria; en puridad no sé lo que es."

(Notas de un novelista, p. 23)

Fué Gide quien expresó aquel axioma psicológico que los psicólogos tardaban tanto en definir: que los sentimientos verdaderos no se diferencian de los falsos. Mallea se dió al sentimiento de la autenticidad, y nosotros vamos viendo que a través de su obra es posible distinguir los sentimientos falsos de los verdaderos: por la manera cómo se expresan respecto de lo que dicen querer, por el modo cómo afrontan la realidad y se dan satisfacción.

Téngase presente que Mallea es el argentino silencioso de una Argentina invisible que quiere romper con un destino, que sale del mutismo a la palabra en un mundo visible que no puede contenerlo y al que desprecia. Piénsese de qué naturaleza tendrá que ser la comunicación que inicia, de qué profundidad el reconocimiento cuya expresión nos abre.

Pero la circunstancia de haber elegido un lenguaje infatuado, que busca a todo trance ir más allá de donde su escueta significación lo llevaría, nos sugiere esta idea: que el lenguaje no es en el vehículo de la comunicación real, sino que por el contrario descubre al escritor agazapado detrás de cada frase para resolver a su favor la comunicación que inicia desde su "sangre y dolor", a través de sus temas más caros, con el lector. Su sangre y su dolor, la aparente sinceridad, esta muestra de confianza, es el lugar del encuentro común de quien escribe con quien lo lee. Pero ya lo asalta de inmediato con la diferencia, con el detalle dejándolo caer que marca la distinción, con el señorio que no podemos compartir, detalle que los infelices silenciosos de Mallea no podrán nunca compartir porque vive por definición al margen de ese mundo. Y nuestro escritor lo sabe. Pero no importa. Mallea hace destellar como contrabando ante los ojos de una juventud burguesa, que pugna tal vez por emerger de su inmersión en el mundo de la valoración fatua, la vanagloria de su superioridad radical, de cuna, de nacimiento, de exquisita sensibilidad. Los gozos, los placeres, los remordimientos, las nobles acciones quedan atadas en Mallea indisolublemente a sus caracteres de clase, donde los objetos se definen por su lujo, por su gratuidad, por su hartazgo, por la falta de humanidad, por la sola consumición. La denominación genérica confunde en la generalización nuestros deseos con los suyos, pero la contradicción estalla al fin: la forma de realizarlos en el mundo está irremediamente unida a esos caracteres. Y quedamos desamparados ante nuestra miseria. Porque el perfecto señor, el hombre trágico de Mallea, se adscribe tanto al petimetre ufano de sí mismo como a Sisifo.

Mallea, afirmamos, no utiliza la palabra con la única ambición de comunicar de libertad a libertad. Hay siempre un más allá: la impresión que causará en el lector esa significación de acuerdo con la relación de superioridad que subtiende por decir lo que dice, y decirlo con determinados elementos y de cierta manera. Por ejemplo: si D. H. Lawrence dice, describiendo un personaje: "Constancia, su mujer, era una linda muchacha sana y campestre, de cabellos suaves y oscuros, un cuerpo sólido y de lentos movimientos llenos de energía poco común". Mallea dirá en cambio al describir un personaje: "Había en ella algo deliciosamente impudico que me recordaba la fuerza de aquella muchacha improvisatrice que inspiró a Sebastián del Piombo el famoso re-

trato atribuido a Giorgione". (5). ¡Cuánto saber en una descripción, cuánto refinamiento en el conocimiento! Pero una de dos: o Mallea quiso hacer sentir a los pobres infelices de la Argentina invisible, perdidos en medio de la desolación, cómo era esa mujer, y por lo tanto no lo conseguirá nunca, o la metáfora es simplemente la exposición de su radical diferencia, que encierra sus lecturas, sus viajes, y lo que le interesa obtener es una baja admiración de quienes permanecen en una ignorancia que él no les ilumina. La conclusión se impone a lo largo de innumerables páginas si el ejemplo no bastara: el autor pretende impresionar a sus lectores, que sólo son tratados como medios que el escritor utiliza para conseguir sus fines de preponderancia espiritual.

Cuando se dice de un escritor, como algo negativo, que "escribe demasiado bien" no es la envidia lo que muere a decirlo, no es tampoco el temor a la perfección alcanzada. Se trata de lo mismo que queremos —salvando las distancias— aclarar aquí: que lo "demasiado bien escrito" antepone la pretenciosidad del autor a la seriedad del tema. Cuando Mallea expresa su fracaso y tiene que decirnos, por ejemplo, en su bonita *Historia de una pasión argentina*, que estaba hueco, vacío de solución, que era un pobre infeliz que no tenía nada que decirnos, lo hace en estos términos:

"Y si mi existencia había estado amasada con la levadura de la pasión, el ardor, el desprecio, la furia, el aliento, el desaliento, la crítica, el insomnio, la coquetería, la crue' tactividad, el cruel gozo (...) de muchos engaños, muchas indecisiones, decisiones, vocaciones, amores, raptos, pequeñas glorias, grandes penas, orgullitos, celos, arrebatos de gnos, entregas, arrogancias, miserias, pequeñeces, estulticias, vicieras, miedos, corajes, arreos, HAMBRES, siempre HAMBRES —todo eso no era sin embargo nada.

¡Nada!

¡Yo no traía en mis manos nada!

Mi tremenda desesperación fué que yo no traía en mis manos nada (6).

Es decir, como se ve, convierte una negatividad en algo positivamente literario, despertará su admiración por el otro lado, por el de su manera de escribir. Pasamos de un patetismo negativo a un esteticismo positivo, convertimos los valores éticos en literarios y en ellos ganamos la partida cuya iniciación fué muy otra. La negatividad real de Mallea se pierde en el truco, al perderse la simplicidad en la cual las "almas simples" podrían haber reconocido la verdadera carencia del escritor.

Nuestro escritor pertenece a aquellos que creyeron que bastaba nombrar la nobleza para constituirse como nobles, que bastaba decir basta para estar del buen lado, y en el buen sitio, de la causa. Al refugiarse en el aspecto formal de las grandes odiseas, de los grandes desgarramientos (*¡Yo he hecho mi camino de Damasco!*) no supo darle contenido a ninguno y los defraudó a todos. Cayó en la trampa de la palabra, que por sí mismo no puede bastar, de su estéril concepción de la "necesidad de la metáfora", y de la identidad entre "realidad" y "perfección", creyendo que con ello escapaba, por una necesidad toda metafísica, al universo del discurso para penetrar en el de la revelación, sin saber que la metáfora sólo puede aspirar a la "necesidad" cuando es el genio quien la introduce como fractura laboriosa de la realidad, y que cuando Spinoza (en quien Mallea dice nutrirse) declara real a la perfección es porque constituye a la perfección, dentro de su sistema, más allá de las ideas confusas y de la falta de adecuación, defectos de los cuales Mallea no está exento (7).

(5) *La bahía de silencio*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1940, pág. 61.

(6) *Historia de una pasión argentina*, p. 255.

(7) El trozo vale la pena que se reproduzca, pues muestra claramente cómo trabaja Mallea con las ideas. Dice: "...un discurso puede no tener, y no la tiene en la mayoría de los casos, necesidad, pero la metáfora sí, siempre. Por eso es risible la desmesurada pretensión de los lógicos, risible porque los más preclaros momentos de la vida del pensamiento universal se han producido mediante la fórmula de la metáfora. Y todo el sistema creador de Waldo Frank, toda su América es una metáfora vivo: es decir una realidad resuelta en forma de belleza; y lo exacto

Y así, como permanece en la órbita de lo general, de la simplificación nominal, de lo metafóricamente existente, queda en consecuencia limitado al mundo de las Bellas Letras como un apartado del Bello Mundo donde se conglomeran las Bellas Almas que deben su existencia a la Metáfora, Belleza en sí. Sin conexión, como es natural, con esa realidad visible del trastorno, de la fealdad y de la impureza que simbólicamente, y a manera de exorcismo, cree representar como en un auto sacramental donde la Carne, el Mundo y el Demonio, por ejemplo, se consumen en la hoguera de la culpabilidad castigada. Sin que por lo tanto su verdadero destino de hombre que asume la palabra como significando una posibilidad real —entendiéndose "real" como viviente o posible en un mundo al cual se accede por la realización concreta y personal—, sea la consecuencia ni siquiera probable de su expresión. El escritor vive en y por el mundo de la metáfora, al constituir la metáfora el orden que el lenguaje metamorfoseado nos crea como distancia con el mundo. La metáfora, para el escritor sin genio, para el distinguido, es lo que el lujo diferenciado para el hombre de salón: distancia, orbe separado, mundo de elección. Podríamos citar interminablemente esta utilización de la metáfora que en Mallea sólo es oropel y no profundización desvelante: "incurioso a que los muebles se consumieran mostrando bajo las pompas del tapiz las vicisitudes de la estopa"; "la extraña en perpetua vibración como los ranúnculos de las anémonas de mar" "los crepúsculos tardaban en consumir sus desposorios con la noche virgen". Y así, etc.

Doblemente propietario, de lo argentino por derecho de conquista de ese antepasador suyo llegado hace siete generaciones, de la palabra por derecho bargués de especialización y ocio, hay un no sé qué de rebuscamiento histórico, de deber cumplido, y de buena conciencia en el frío agasajamiento de su preocupación estética por reafirmarse en la continuidad de ese primer legado. Y no estaría mal si lo hubiera buscado por los caminos donde lo hubiese hecho bien. Pero se alineó entre aquellos que han aprendido simplemente a nombrar los elementos culturales, a vestirse con ellos, a decir tragedia, a leer a veces filosofía, que han aprendido todas las buenas y nobles palabras que corren por el mundo con el signo más. Y ha creído que era suficiente nombrarlos otra vez, mezclarlos a sus escenas de señoritos instruidos ya, para que las palabras vivieran la vida original que aprendieron en algunos libros. Si al menos lo hubiesen hecho con la modestia del que se sabe más acá de cierto sacrificio. Pero no: han vivido simplemente en la superación formal de lo libresco, nutriéndose de Blake, de Rimbaud, de Kierkegaard, de Nietzsche, de los que descubrieron que vivir sí era asumir trágicamente la condición humana. Pero la tragedia kierkegardiana y su oposición contra la iglesia positiva no es impedimento para que nuestro trágico se instale en un diario católico del que todo fervor está excluido, y dirige en él su página literaria donde la regla es lo anodino. La poesía y la vida de Rimbaud no le enseñó que vivir a veces exige el renunciamiento de la palabra escrita para acceder a la tierra desolada del enfrentamiento vital; de Nietzsche no aprendió tampoco la fecunda ira sostenida hasta la locura, la destrucción de los mitos y la veracidad que devora en su evidencia. Mucha lucha hay en él, pero lucha de lo general en lo general; mucha lucha en la carne de Mallea, pero "lucha en la carne del espíritu y en la carne de la conciencia", lucha entre nociones, lucha retórica que constituye el desplante de la apariencia triunfal. Buscamos un más allá de su retórica, porque la retórica es la palabra del ser que no habla en profundidad, desde lo hondo de sí mismo, sino desde su máscara. Pero es en vano.

Por eso al pretender encarnar sus ideas generales en lo singular, no supo qué contenido dárles, contra qué hacerlas luchar; de esto se prueba con sólo enunciarlo, sin otras demostraciones, sin traer siquiera a colación el aforismo de Espinosa según el cual realidad y perfección son lo mismo; y como decir perfección da lo mismo que decir belleza, lo mismo da decir perfección que decir metáfora". *Historia de una pasión argentina*, p. 164. ¡Y este método de confusión discursiva fué presentado en el prólogo como un nuevo "Discurso del Método"! Mallea sufrió el espejismo del anhelo intelectual, de la desazón

indeterminada, sobrió en el aire una inquietud descubierta a través de una tradición literaria, y al disponer de nombres para esos anhelos creyó vivílos. Y habló de ellos antes de investigar a qué impulsos fundamentales obedecían. Los impulsos fundamentales tuvo que aprenderlos luego, a través de las pasiones concisas, simples, de los personajes que quiso vivificar, pero ya deformados por la abstracción, a través de la propia hojarasca verbal que los circunda. Y por eso sus personajes tienen el rostro de lo no vivido, traídos de la trastienda como muñecos de utilería. No hay en ellos un descubrimiento de la intimidad sino un trueque formal, sea como el desarrollo de esquemas definidos, casi como los tipos humanos de algunas caracterología cuyas fórmulas desarrollara, sin lo fortuito que los distinga del tratado, sin lo inesperado, largas y cansadoras recetas que nada mueven ni conmueven. Quiso a través de ellos dar satisfacción a lo indeterminado, a todo aquello que no se atrevió a vislumbrar en la crudeza de lo real. Y lo indeterminado se satisface con sueños, con la imagen de lo más alto, porque lo hacemos a la medida de nuestras ambiciones formales y a las de nuestro medio. Lo hacemos a la medida de la hipocresía, que olvida que sí, que somos eso como ambición, pero antes que eso, y mucho más, lo contrario. Es decir, pintamos en consecuencia la imagen del engaño.

III

"Porque donde no rige más que el parecido o el disímulo (...) todo se vuelve palidez circundante y vida anodina (...).

(Notas de un novelista, p. 45).

Mallea vivió íntimamente la contradicción de la apariencia y de la realidad, pero no tuvo el valor de afrontar hasta sus últimas consecuencias este aspecto dramático de la persona. De allí que si bien algunas de sus obras encierran los elementos formales de su propia crítica, ésta sin embargo no las roza, como si sus obras estuviesen al margen o la hubiesen superado por el acto de transcribirlas. Es explicable: estos elementos críticos pertenecen al acervo común de la crítica filosófica y literaria de este medio siglo, y la imposibilidad de depurar con ellos su obra pertenece en cambio a la rigidez de su propia personalidad.

Mallea quiso, con la referencia personal presentada como supremamente apreciable, desbordar los límites de lo simplemente literario, introducirse dentro de la realidad a través de esa imagen. Este énfasis, respaldado por el arrojo, aparte de haber sido otro, hubiese tenido como fondo el sacrificio real del héroe; nos hubiese marcado con su respeto en lo que constituiría la expresión dramática de un "escogido". Pero dicho entre nosotros, por un personaje como nosotros, a una juventud avergonzada de sí misma, y sin que nada, fuera del acto de escribir para destacarse de ella, lo separara; ocultándose en lo que tiene de común a esa juventud que requiere el descubrimiento de lo propio como parangonable con lo humano, como confesable, ¿qué podía obtenerse sino cerrarnos más y más o caer en el fracaso de la emulación, camino de suicidio? (8).

En un mundo donde los valores de los cuales Mallea hace gala son los supremos, los intocables, los sagrados tabús de cultura, ¿cómo podría nadie dejar de reconocerlos como deseables para sí, como propios? ¿Cómo ir contra Mallea cuando él mismo encierra la condenación sistemática de todo ir contra él, si ha leído a Scheler para saber del resentimiento (9), y tal vez a Nietzsche,

(8) Una vez Borges, mucho más íntegro en su literatura de lo que muchos piensan, atinó a decir de sí, y era mucho: "Mi vida de hombre es una imperdonable serie de merquindades; yo quiero que mi vida de escritor sea un poco más digna". Pocas palabras bastan. Por eso resultaría absurdo juzgar con normas al margen de las cuales conscientemente se pusieron, a escritores cuyo compromiso consiste en estar, como dice Etienne, "comprometidos en sus quimeras hasta la locura, hasta el suicidio".

(9) Llama la atención que los burgueses encuentren tanta satisfacción en el análisis del resentimiento, no tal como aparece en Nietzsche, que no convenía porque estaba dirigido al hombre cristiano, sino que lo hayan tomado a través de Scheler, que lo analizaba, sobre todo, en función del resentimiento que anima al proletariado contra el burgués. Poseedores formales de los valores más altos de la civilización, los burgueses perciben como resentimiento todo anhelo de destrucción en quienes los atacan, y

si califica de Demoníaca toda negación, cómo asumiría nadie el papel demoníaco de negarlo? Lo que más duele es el hecho de que haya tratado a toda una juventud como medios, utilizando para ello lo que más profundamente debemos sentir, nuestra desesperación "inculta" (10).

Si en vez de clamar por Hegel con el aire de la familiaridad (*¡Ah, viejo panfletista de Stuttgart!*), hubiera sabido que el reconocimiento del otro es el que confiere verdad a nuestra subjetividad y nos enseña la superación de la apariencia, tal vez no hubiera seguido ocultando las cartas y la exclamación le hubiera parecido inoportuna. Pero prefirió seguir en el juego burgués, donde cada uno muestra de sí lo corrientemente aceptado, validado por la generalidad. Por eso su sinceridad carece de valor, se muestra con el rostro de la falsedad, se remite sólo a la postura, al simul. La sinceridad se hace gesto, pura forma exterior de la verdadera sinceridad que soslayamos en el acomodamiento. El amor se hace gesto, el sexo se hace espíritu, la pureza, finalidad. No es extraño; el burgués es un preciosista del detalle, y ama evidenciarlos. Con una sola condición: que aparezca revelados como por descuido. El lenguaje también es a veces como la preparación conciente, medida, de un gesto que quiere aparecer como espontáneo a la lectura. Mallea nos revela, como al descuido, todos esos detalles que constituyen el aspecto positivo de su personalidad: Mallea, hombre sabio; Mallea, hombre que no duerme por lo mucho que piensa; Mallea amado por señoritas señoriales; Mallea rebelde; Mallea viajero de grandes hoteles y solitario de lagos plácidos; Mallea lírico; Mallea de grandes amistades internacionales; Mallea crítico filosófico; Mallea presentado como nuevo Descartes, etc. (11).

IV

Después de veinte años de consagración a las letras, de entregarle lo mejor de mí, noche y día, estaría dispuesto a creer que he trabajado demasiado poco si no estuviera ahí ese ramo de insectos para demostrarme lo contrario.

(Notas de un novelista, p. 28).

Desde San Agustín hacia acá, y un poco antes, todos somos miserables por definición, gente perdida y difícilmente rescatable. Pero al reconocer esta miseria general, que siendo de todos no es de nadie, o al presentarnos con los caracteres que la generalidad adora señalar como miserables, hemos así cumplimentado a nuestra conciencia y pagado nuestro tributo a la realidad. Estamos lejos de pensar que los pecados de San Agustín puedan, hoy en día, con almas menos ingenuas y más sumergidas en el mal y la responsabilidad, tornar a nadie pecaminosos —a no ser frente a un dios falso de importancia para nosotros. Cuando Mallea se

sospechan en su fondo un sentimiento postergado de posesión de los mismos valores cuya destrucción persiguen. Se dan así la buena conciencia de la posesión privilegiada ante los que pecan en tentación, y se eximen así del análisis concreto de la situación que lleva al resentimiento.

(10) Véase como ejemplo los nombres mencionados dentro del texto de esa *Historia de una Pasión*. Bindió, al parecer, examen de cultura ante una burguesía deslumbrada de tanto saber. Por orden de aparición: *Lorenzo el Magnífico, Maquiavelo, San Martín, Sarmiento, Dante, Moliere, Croce, Barres, Ferrero, Bernstein, Lavedan, Walter Scott, Dumas, Dickens, Stevenson, Gaboriau, Hugo, Tolstoy, Maeterlinck, James Jeans, Maconi, Mistral, Chateaubriand, Vigny, Thackeray, Meredith, Hardy, Moupassant, Turgeniev, Goethe, Balzac, Stendhal, d'Annunzio, Sterne, Sir Thomas Browne, Daxiel de Foe, Spinoza, Spengler, Cocteau, Pearsall Smith, Lautremont, Apollinaire, Joyce, William Blake, Pascal, Rimbaud, Nietzsche, Cristo, Novala, Horderlin, San Ambrosio, Coventry Patmore, Claudel, Eliot, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Cervantes, Calderón, Lope, Mateo Alemán, Kant, Hegel, Hume, Descartes, León Cheateo, "mi Pascal, mi Kierkegaard, mi San Agustín", Jacques Riviere, Melville, Whitman, Giovanni Pajani, Gide, Gogol, Shakespeare, Rabalais, Juan Sebastián (por Bach), Pergolesi, van Wyck Books, Orange, Waldo Frank, Thoreau, Astruc, Unamuno, Keyserling, San Francisco, San Pablo, Ganiet, Santo Tomás, Haendel, Milton, Menenio Agripa, Marx, Sorel, Valery, Shelley, Trelawney, Torquemada, John Donne, Acorros, el Estagirita. Fué la suya, evidentemente, una pasión muy leída.*

golpea el pecho y clamaba invitándonos: "Gritemos lo que somos, declaremos nuestro contrabando delictuoso, nuestra carga clandestina de incertidumbre e inhibición y falta de simplicidad! Haber emperado a decir... y lo más agrio, esperábamos esa revelación dolorosa que un ser hace para penetrar más profundamente en su condición. Pero en Mallea esta declaración no pasó del pedacillo que viste bien. ¡Cuánto había errado verdaderamente!, dice. Y enumera sus horrores: *Había entrado, al socaire de viril vigilancia, en casa de mujer peligrosa. Había combatido cuerpo a cuerpo y había recibido y dado demayo por el puño... Había gozado "grata dimora" —como está escrito del Ariosto en el frontón de una florentina— en casa de mujeres livianas... y en el hogar de hombres soberbios y venales... Había comido manjar pagado con venalidad de juez. Se había mentido a sí mismo. Había vivido complicado con la mentira multitudinaria de las grandes ciudades. Durante años, con deliciosa morosidad, había permanecido complaciéndose en la posesión de mujeres famosas por su belleza, por su sangre, bellezas de escenarios internacionales, sangre imperial" (12).*

Por este camino no se podía ir muy lejos. Aquí entre nosotros se trata de descubrir como propios, traer a la vida cotidiana lo que existe en ella en forma inominada e ignominiosa, hacer existir dignamente lo que ya vive de una vida miserable, recuperar el universo de lo que nos es genuino en medio de un desprecio que lo reduce a no ser más que vergüenzas. Pero la literatura en Mallea se torna en simple ejercicio para adquirir la jerarquía vultuosamente burguesa de escritor, y nunca para recuperarnos a través de ella y hacer posible esa misma recuperación en quienes están condenados como nosotros a sufrir un país donde prima lo inconcesable. El argentino taciturno del cual nos habla, vamos sospechando, cetrino de puro envenenarse en la mistificación y el ocultamiento, el misterioso, el silencioso ente metafísico que transita con señorío recatado la Argentina, no tiene para nosotros el misterio que se le quiere asignar; a riesgo de pecar de simplismo frente al rebasamiento mítico pensamos que guarda en sí y no se atreve a mostrar sus pasiones, a reconocerse en ellas, por miedo, por vergüenza, porque los otros han hecho sistema con las suyas y lo han humillado. En un ser que no se abre porque nadie inicia la apertura, es un extraño juego cuyas reglas todos mantenemos hasta la muerte: no revelarnos porque el mito de la vergüenza recorre los calles, impregna nuestra literatura y lleva en la mirada, en el índice o en la letra, el oprobio. No revelarnos, porque al hacerlo saldrá lo puro y lo impuro, la sangre y el pus, sobrevendrá la gran hecatombe de las apariencias. Pero hasta que no hayamos raspado con nuestros actos y nuestras palabras la costra de nuestra personalidad hasta encontrar su mollejo, porque

(11) Compruébese, por ejemplo, su pudor por lo erótico, su impudorosa complacencia en cambio por la exhibición del trabajo. Cita sus fatigas miles de veces, sus trabajos no tienen límites: "Cargado todo el año de trabajos reflexivos hasta el límite de lo soportable...", "con la cabeza al fin caída sobre la mesa de trabajo", "seguida trabajando a la oriente luz del amanecer", etc. Con lo erótico en cambio no hay piedad. Hablando de Cora, demonio (!) humano de la carne: "Me hubiera sido fácil —y qué recurso— recluírlo en la invención de las escenas de lujuria... para dar al símbolo relieve" porque "el mal no se manifiesta en Cora por el expediente visible de un grupo de acus de depravación erótica, sino por algo más tremendo aún y más serio: por la repetición helada y mineral (subrayado por el autor) de un modo de matar el alma (subrayado por nosotros)". (Sur, No 197, marzo 1951, pág. 47). De la división de la carne y de espíritu Mallea siempre cumple el prodigio, aun en este caso de reposarse en el espíritu del sexo. Otro ejemplo: Asístase a la distorsión de Adrián (paralelo a Mallea en *Nocturno europeo*, p. 85), en el momento de acostarse con una mujer: "Feía Adrián que no era él, su animado todo auténtico, sino un espectro suyo el que cedía, el que se acercaba, sigilosamente, al calor sensible de *Ira Dardington* (...) En cambio él, su afligido yo profundo, desierto de esa parcela actuante de sí que se le iba, permanecía allí torzado e imitado y pensativo, no comunicado". ¡Hay de qué estar tristes!

(12) *Nocturno europeo*, p. 56.

una pasión de alta veracidad nos lleva a construirnos con lo que verdaderamente somos, no tendremos derecho a hablar de tragedias últimas, de dramas profundos, porque no sabremos si estamos tocando fondo en nuestro ser, si estamos frente a una tragedia última, o sólo movemos a la presunta "infectiva" a desplomar nuestras mentiras sabiamente levantadas.

¿Acaso no sabemos que nuestra tranquilidad actual es el precio de nuestra marginalidad, de nuestra inoperancia e ineficacia, del miedo que se hace narraciones y cosas faltas de interés, que no se refieren claramente a nuestros problemas ni siquiera en el orden subjetivo en el cual el escritor se complace en permanecer, porque lo interesante conduce al peligro? ¿Acaso no vivimos soslayando el peligro por medio de una ineficacia buscada, por la huida en lo general, y en la creación de mitos que esbozan para la mala fe una salvación futura?

Ya lo sabemos demasiado: lo que hace posible el engaño es que los elementos de la verdad son también los que constituyen la mentira. Hemos sido el espejo que reflejó su gloria, sus coquetas angustias, que cimentó su fama. Hemos sido los ingenuos y los humillados en la medida en que ratificábamos con nuestra aceptación lo que en su literatura sólo vale en la medida en que no lo es. Mallea constituye por eso, en medio de nuestro liberalismo literario, el índice de una opresión subjetiva que se desenvuelve en medio del campo que otras opresiones han dejado libre. Hay una dialéctica necesaria entre un poder y el otro: la literatura de Mallea se complace en vivir de los males que lo político decanta. Hay en él necesidad del mal y del dolor: "Mi ansiedad se dobla de no vivir en un país de catolicismo perseguido, porque es la persecución y no las honras lo que hace grandes y fidedignos a los hombres". Pertenecer por definición a la esclavitud del azote, estetas cristianos que pregonan el dolor porque a través del dolor salvan en la piedad a lo definitivamente acabado. "Qué incomparable dolor y que severa voluptuosidad". Y cuando deci-

mos que existe una dialéctica entre la opresión subjetiva y la objetiva, y que la una vive de la otra, tenemos presente ese espíritu que en 1937, cuando la responsabilidad era de ellos, se desentendía de lo objetivo para acaparar deliciosamente, con "severa voluptuosidad", el dolor de los puros y de los incontaminados: "¿Flagelación, flagelación para ellos? No, no, nada de eso. Sino dejarlos con sus medios en la mano y seguir uno solo por su lado, por su solitario lado, con los oídos vueltos al cántico interior de los hombres. Andar solo, solo, hasta encontrar a los otros solitarios". (13).

Se nos dirá que hemos buscado a través de sus primeras obras sus "defectos", que el hombre se recupera a través de ellas, que hay una superación en el presente que se desdice del pasado. Es verdad, en general. Pero el caso es que su presente no supera su pasado sino que se recorta sobre él. La aceptación presente de sus obras está basada sobre ese pasado de "ediciones agotadas" que cimentó su verdadera fama. Y la actualidad no significa tampoco una superación de sus obras anteriores, que no quedan desmentidas: simplemente las ignora en lo que traían como promesa y responsabilidad, como si sus alardes personales y sus exclamaciones no hubiesen pretendido ser nada más que palabras. "¿Somos algo más, por añadidura? Frases dichas al pasar, de las que no queda nada, como nada quedará del rímber de lo que dijimos, salvo la traidora letra". (14). ¡La traidora letra! En realidad no es de ella la traición: la traición es la que le efectuamos a la letra de ayer que nuestros actos de hoy desdican, esa letra que nos recuerda lo que quisimos ser y que ahora sabemos no fué más que un alarde: palabras.

LEON BOZITCHNER.

(13) *Historia de una pasión argentina*, pág. 100.

(14) *Notas de un novelista*, pág. 13.

Verbitsky, Onetti: el hombre urbano, el hombre universal

NUESTRA CIUDAD, Buenos Aires, ha ido dando sus escritores, aquellos que tratan de expresar el drama del hombre urbano, del hombre que, de algún modo, parece estar más cerca de la idea de hombre universal que ha creado la civilización europea.

Esos escritores: Arlt, Verbitsky, Onetti, Fernando, son los novelistas que reclamaba Korn en 1926, al pedir un arte que diera fe del "paradójico entrevero de la urbe".

Pero no todos lo han hecho —logros aparte— con el mismo sentido. Verbitsky y Onetti pueden ser tomados como casos extremos.

Verbitsky es, en el fondo, un escritor regionalista, simple, con simpleza de sentimientos y de ideas. Ha visto la ciudad reducida al tamaño de un pueblo. Sus novelas son en realidad cuentos largos, casi sucedidos, donde el conflicto viene de afuera para que los personajes se encaren con él. Su mismo optimismo —no sé si producto o ingrediente de su simplicidad—, al imponer una línea horizontal, sin zigzags en el plano, sin sospecha de otras dimensiones, contribuye a que su mundo de pequeños conflictos inevitablemente bien resueltos no exceda un arte costumbrista, apegado a nombres y a usos locales, al color local. Ciertas denominaciones sin real importancia: *Cafe de los Angelitos*, calle *Corrientes*, cobran un tamaño desmesurado frente a sus habitantes. Ciertos conflictos peculiares: criollos y gringos, generaciones viejas y generaciones jóvenes, se agigantan frente al hombre. Lo circunstancial ocupa con multitud de pequeños sabores todo el ancho de sus páginas. Sus mejores aciertos están en la descripción de esas peculiaridades, de mínimos conflictos debidos a las circunstancias, de accidentes. Toda posibilidad de ahondamiento —es decir, de universalización— queda vedada por ese sentimiento que nos impide ver a nuestros vecinos como hombres sujetos a drama.

Con Onetti (una de las pocas oportunidades en que eso nos ocurre en nuestra literatura) nos sentimos entrar en lo universal, en el terreno donde el hombre se mueve en profundidad, todo entero. Y, sin embargo, un gusto como de frustración final, de que algo se ha escapado finalmente, nos acompaña a través de sus novelas.

Allí está todo lo necesario: se ha dejado de expresar lo característico, las señales diferenciadoras, lo peculiar y accesorio. Se ha dejado de vernos a nosotros mismos como ejemplares exóticos, para expresar situaciones en las que se juega la condición humana. Sus hombres son el hombre entero, mitos, símbolos. Por otra parte, si en un principio hubo tal vez un exceso de abstracción, un defecto de carnadura: países y hombres esquemáticos, inubicables (o tal vez ubicables tan sólo en la literatura) luego aparece la ubicación precisa, climática, y hombres cuyos gestos y voces son reconocibles. Si en *La vida breve* las menciones eran tal vez un poco folklóricas, ya en *Los adioses* basta decir "la sierra", "la ciudad"; las denominaciones han pasado a ocupar su lugar subalterno de menciones, sin que se intente dar el mundo por mera toponimia. En un mundo localizado se desarrolla el drama humano. Hasta cierto punto, allí, en ese lugar, se celebra una vida humana. Hasta cierto punto: más allá, lo que es en casi todos sus intentos nuestra mejor novela, fracasa.

Todo ocurre como si el proceso creador fuera demasiado intelectualizado, como si el problema fuera pensado como tal, en situación, no sentido como conflicto, como vida. La vida que transcurre en las novelas de Onetti no excede el estado larval. Nunca un personaje llega del todo a individuo. Reconocemos un clima, el clima de la realidad, pero no la realidad.

Alguien —Onetti— nos cuenta lo que le ocurre a un hombre, lo que pasa en su vida externa, y nos sugiere —adivina para nosotros— cual es su vida secreta, las reflexiones, los sentimientos

que nacen como reacción ante los sucesos. Con Onetti asistimos a lo que le ocurre a un hombre solitario que se acerca a su final, a solas con el destino que le ha de acarrear la muerte. Pero ese hombre rara vez logra adquirir un cuerpo ante nosotros, y conocemos como reacciona ante los sucesos, qué piensa de ellos, pero no los motores, lo que desde adentro lo empuja. Todo cobra así un aire inexorable, de destino que desde afuera cae sobre la vida irremediamente. A los hombres les suceden cosas, nada producen desde sí. Las novelas de Onetti adquieren así la apariencia de ser epílogos, finales de algo largamente decidido desde siempre; nunca conocimos el origen, las fuentes. De pronto nos ponen frente a alguien que marcha hacia el morir y nunca tenemos oportunidad de conocerlo realmente.

Y esa visión de espectador sobre un hombre próximo al fin, concentra todo el universo sobre él de tal modo, que el mundo y las gentes que lo pueblan toman un aire fantasmal, indociso, y se envuelven en una bruma de la que no logran salir.

Las novelas de Onetti son en el fondo el relato de un espectador prescindente, que asiste a la agonía de un hombre. Los personajes que lo rodean, los sucesos que lo envuelven y le acechan,

no son otra cosa que el rito que se cumple a su muerte. La soledad que se nos trasmite no parece tanto el sentimiento de ese hombre como el del espectador, la opinión que éste tiene sobre lo que ocurre.

En *Los adioses* esa cualidad se ha impuesto a la técnica de la narración: el espectador ha entrado en la novela, y de vez en cuando da una manito para contribuir al rito mortuario.

En cierto modo, el artista percibe el mundo inmediatamente, en bruto, y la técnica le sirve para expresar ese mundo. Es su expresión la que le da sentido, la que lo ordena. En Onetti todo ocurre como si la técnica le estuviera sirviendo para expresar un mundo que él sabe caótico, pero que ve previamente ordenado por aprehensión intelectual.

Con todo, la vida que ya nos trasmite tiene un sabor interior que pocas veces ha sido logrado entre nosotros. Es tal vez un excesivo controlarse —a pesar de los excesos verbales que se permite—, una especie de saber demasiado lo que debe hacerse, lo que impide que su mundo crezca y se levante enteramente.

DIEGO SANCHEZ CORTES.

Mujica Láinez y el gran cambio

EL mundo señorial también vive su crisis: los salones dorados se disuelven, las velas mueren su majestad brillante en las arañas soberbias. Las familias ilustres han perdido la seguridad y la buena conciencia. Recelosas, observan la eclosión de una clase comercial que las derrota imponiendo los valores concretos del dinero a la abstracción de la casta. Saben que los árboles genealógicos no protegen: espían revoluciones a la vuelta de cada esquina, presienten iminencias dramáticas en el horizonte. Temen las iras de un proletariado que —entre errores y derrotas— comienza a buscar su posibilidad de destino.

Sin su vieja y reposada soltura serena, los caballeros del linaje quieren justificarse, demostrar que tienen una razón de existir. Sólo atinan a expresar su desconcierto. Se aferran alternativamente a su prosapia —y enuncian *superioridades jerárquicas, dignidad de la experiencia y el saber, etc.*— o reniegan de ella —hacen el juego de las *libertades abstractas*, se proclaman también pueblo, hablan de señores y no señores en función de hombres como todos, etc. De cualquier modo, el abuelo sobreviviente carece de la tranquilidad de los bellos tiempos. Se siente acorralado. Intuye cada reunión aristocrática como una *postergación. Vive en despedida.*

Mujica Láinez es hijo de esa sociedad argentina que quiso ser París elegante y refinado. Pintor de los reductos mundanos —pintor de lo que significa *decadencia*—, nos entrega nostálgicas evocaciones de un Buenos Aires selecto constituido por viejas casonas pleróicas de *"encendidas velas y pulseras de esmeraldas y fuentes enormes, suntuosas como trofeos"* (1). *Literato de salón*, sus libros constituyen el testimonio docente e inocente de un naufragio: el testigo alejó de ellos imágenes perturbadoras, verdades violentas. Son relatos sin sentido de tierra y sin vibración de confesiones.

Los interiores de las mansiones suntuosas son el universo de Mujica Láinez. Sus novelas presentan un *Buenos Aires que vive adentro*. Las paredes cortan el tiempo y el espacio, segregan, aislan. Fuera de los muros existe una ciudad que disuelve en mil fragores sus estampas y se inunda de pasos que buscan desnudes lúbricas. Y más allá, atrás de los ruidos sin luna, existe una noche que desparrama carreteras sexuales para ir y volver en luces encontradas. Y aquí y allá una intemperie áspera choca sus vientos viriles. Nuestro autor no toma en cuenta esa vida que bulle dinámicamente. Su vida es otra, se desarrolla *adentro*: es la vida abrigada de los viejos aposentos señoriales. Allí, los hechos repetidos protegen las acciones estrenadas, el aire tibio disuelve orfandades. Allí, los objetos inanimados vibran emocionalmente.

(1) *La Casa*. (Bs. Aires. - Sudamericana - 1954). Pág. 12.

ciones familiares. Allí, los muertos cercanos recorren sangres nuevas para ser aliento cálido en gestos eternos. Allí —entre sillones acogedores y miniaturas, y estatuillas, y balaustradas— una brisa amistosa hace saltar en las reiteradas ondulaciones de los cortinados la palabra *siempre*. Todo es inmutabilidad, prolongación, refugio. Allí, arrastrando una Europa dorada y decadente, se deslizan los seres que atraviesan la obra de Manuel Mujica Láinez.

Esos interiores lujosos cobijan el reino de la *elegancia*, *"estético, sutil, musical, resultante de complejas armonías enlazadas"* (2). Las salas y el hall forman *"el gran proscenio ritual"* (3). En el comedor, mozos severos se inclinan *"ceñidos por las libreas con las fuentes de vermeil en las manos enguantadas"*, (4) bajo un techo caudaloso de figuras italianas que derrochan sus colores sobre los mármoles y las porcelanas que jerarquizan aún más la atmósfera. Cuando ese ambiente comienza a notar que sus murallas se disuelven y que los gestos que lo poblaban se deshacen, grita por los portones y los ventanales el mensaje final de la casta que palpité en ellos (5): *"...me están matando día a día. Ahora mismo me arrancan los escalones de mármol, la gloria de los escalones de mármol, pulidos, que antes, al darles en cima, el sol a través de los cristales de la claraboya, se ilumina bien como una boca joven que sonrío"*. (6).

El sentimiento de abdicación del mundo señorial es una constante que recorre las novelas de Mujica Láinez. En *La Casa*, el palacete de la calle Florida es su concreción. En *Los Idolos*, la tía Duma es su símbolo. Se trata de una mujer que pasó su exuberancia juvenil por las grandes capitales, que más tarde pretende estrangular su hora madura hablando sin cesar del pasado luminoso, y que al final del relato enloquece cuando se siente cercada a un tiempo por la vejez y la crisis económica. Junto a ella giran unas mujeres que bordan un interminable tapiz, un hermano que escribe una interminable novela, un sobrino que vive para leer interminablemente un libro de poemas. Todo se prolonga a través de *Duma* hasta el momento en que la *catástrofe* penetra con su canto salvaje en la vieja familia.

Otro dato del desmoronamiento de los clanes aristocráticos está dado en *La Casa*, cuando una sirvienta arroja al fuego los cuadros genealógicos, en un fragmento de fuerte contenido alegórico.

(1) *La Casa*, pág. 119.

(2) *La Casa*, pág. 124.

(3) *La Casa*, pág. 59.

(4) Una mansión de la calle Florida —en demolición— relata la historia de sus habitantes en *"La Casa"*.

(5) *La Casa*, pág. 9.

7): "Los tres cuadros contribuyeron a la fogata. Quémense las inscripciones, los títulos, los enlaces, las fechas, los lemas, los yelmos. Todo se abrasó y se redujo a cenizas"... "Acaso el daño sea mayor de lo que parece... acaso lo que se cortó ese día en la chimenea del escritorio sea un hilo de Ariadna, uno de los múltiples hilos de Ariadna que en el corazón del laberinto actual nos guían hacia secretos muy viejos, hacia claves remotas como el nacer de las progenies, que explican, que aclaran... (8). En *Misteriosa Buenos Aires* un jorobado reconstruye a través de viejos documentos su árbol genealógico. Su padre —demente— arroja los papeles a un pozo. El cuadro de los ascendientes es en ambos casos un pasado que se corta, toda una trayectoria que se interrumpe, un índice de horas privadas de raíz.

Unas tarjetas de visita olvidadas y polvorizadas que reposan en un plato de estaño, constituyen en *La Casa* otra nota simbólica de un mundo donde la ceremoniosa cortesía vegetal ha sido desgarrada: "Las tarjetas de visita! Clara sabía como había que doblarlas en cada ocasión, desgraciada o alegre —esa ciencia se ha extinguido—, y en la buena época recorría la ciudad dos veces por mes, en su coche, distribuyendo las suyas, las de Gustavo, las de María Luisa y hasta las de Francis" (9). Esas cartulinas desplazadas constituían "la alegoría de un diminuto cementerio, ya que a tantos muertos representaban" (10).

La arquitectura funcional representa para Mujica Láinez una concreción de la vida actual —competitiva y utilitaria—, antitética de aquella que creía en valores estables y decididos para siempre. Es otro signo del Gran Cambio. La mansión —aducen— *La Casa*, era "una gran gata felicitosa" (11), "Una gran dama opulenta, decorativa, caprichosa, con muchos defectos y algunas virtudes, indudablemente personal" (12). El moderno edificio que la reemplazará será "alguien adocenado, insípido, funcional, más útil... desde un punto de vista exclusivamente práctico, pero mucho menos útil si se tiene en cuenta otros valores en la balanza, porque también es útil y muy útil, a mi entender, lo que embellece de balde, lo que tiene líneas nostálgicas y sugerentes hacia el pasado, siempre más fascinador, lo que habla por medio de una esfinge que sobrevive entre mil esfinges destruidas, o por medio de unos vidrios blancos y azules, intactos a través del tiempo, y con eso hace trabajar la imaginación y funcionar ciertos mecanismos poéticos" (13).

Pero el elemento fundamental que configura en la obra de Mujica Láinez la presencia de una blanda melancolía ante el crepúsculo de las progenies, es el mundo secreto, mundo de las cosas que viven en torno de los hombres y que testimonian sus acciones cotidianas. Está constituido por "los personajes pintados en los cuadros, las estatuas de los jardines, las cabezas talladas en los muebles, los espantapájaros, las miniaturas de las porcelanas" (14), que alzan su protesta por el muro que los humanos levantaron a su alrededor. Uno de los integrantes habla por los suyos: "Nunca entenderé la actitud de los hombres frente a nosotros los objetos. Proceden como si creyeran que la circunstancia de habernos dado vida los autoriza a tratarnos como a esbozos mudos..." (15). Su voz tiene dignidad mágica: es la voz de lo inmutable, de lo que observa cada gesto nuestro. Es, a la vez, la patria pequeña que extrañamos en el extranjero. El mundo secreto de Mujica Láinez —colecciones estériles, miniaturas, abanicos— es el abuelo ilustre, el primo alegre. Significa quietud inefable, persistencia, serenidad. Cuando nuestro autor rompe el silencio de sus objetos entrañables y les comunica vida en los libros, da la pauta plena de su nostalgia ante un ritmo vital perdido para siempre.

Una vida que se desarrolla en interiores que dan fe de las actitudes es, forzosamente, una vida temporal. Privados de exteriores, los personajes de Mujica Láinez sólo pueden desarrollarse en el tiempo. Cada lugar tiene una inmensa memoria de hechos, cada parcela de tierra es mudo testigo de palabras que siempre son ya dichas y ya repetidas: "toda casa, todo sitio es excepcional y deja de serlo por eso mismo. Nada es excepcional. En todo lugar han sucedido todas las cosas, aún las más inverosímiles y raras, porque el mundo es muy viejo y hace largo tiempo

que no inventa, que no renueva su stock de posibilidades. Claro que ninguno sabe que han acontecido allí —allí mismo— lo excepcional no es que algo aparentemente singular acontezca, sino saber que ha acontecido en un recinto determinado. Ese acontecimiento es el que otorga el carácter de excepcional al ámbito con el cual se vincula y que le brindó asiento y marco. Pero todos, todos los sitios, son excepcionales. Todos y ninguno" (16).

La concepción del tiempo que se desprende de esto —y de toda la obra de Mujica Láinez—, coincide con la de místicos y fatalistas. Lo que vanda uno hace fué hecho del mismo modo en el mismo lugar. Cada acción intentada terminó con la derrota, cada hombre fué luego muerte. Nada impide que todos los fracasos sean equivalentes. Sólo el sitio se prolonga, sólo el sitio es permanente; pero es un espectador al que no afectan victorias o desastros. El tiempo no es raigal, carece de concordancia con situaciones tangibles. Es duración mágica de un trozo de mundo que siempre está fluyendo angustiosamente a través de almas puras. Cada hombre aparece así desvinculado de la tierra y de los otros. Por eso los moradores de sus novelas pueden viajar —como Gustavo en *Los Idolos*— pero ni se van ni se quedan. Son seres eternamente ajenos a presencias telúricas, extranjeros perpetuos definidos por misteriosas obsesiones, marionetas metafísicas incapaces de recortar el espacio con sus carnes, antes asimilados a la bruma de sus fantasmagorías.

Un destino insistente proclama, en las novelas de Mujica Láinez, que la libertad es un mito. Cada ser humano puede optar lúdicamente por un valor y proyectarse a través de él. No importa que valor elija, no importa que viva y muera por unos poemas —como uno de sus personajes—, porque todo se producirá inexorablemente, porque todo en realidad, ha sido ya dado. "Creo que los hechos se producen porque sí y que debemos adaptarnos a ellos sabiduría" (17), dice un objeto con su sabiduría de observador inmemorial.

Mujica Láinez quiere ser la voz de nuestra saga. Acude al pasado y lo desarrolla hasta el presente, pero de cada época nos da sólo su cartografía. La historia es en él una modalidad más para ser ahistórica. Ajeno a su propia contemporaneidad, desconoce en cada hora las relaciones de los hombres con las cosas, de las esperanzas con las rebeliones, de la carne con los olores. Sobre todo, proscribió rigurosamente de sus libros ese vínculo por el que —quebrando las geografías— cada vida y cada muerte son solidarias con todas las vidas y con todas las muertes. Así, sus libros son la expresión de una América ceremoniosa que muere envuelta en la nostalgia y cuya trayectoria es una sucesión de reverencias medidas, aprendidas y ejercitadas por sus círculos elegantes. No sorprende encontrar en ellos castillos salpicando las pampas (18): los campos no son espesura cálida sino trasplante de recintos insolentes.

Cuando a Mujica Láinez lo preguntaron en un reportaje: *¿Debo nuestra literatura tender a ser expresión de nacionalidad?*, contestó afirmativamente —sin burlarse, suponemos—, y agregó: "Pero eso no significa que un gran escritor argentino no pueda tratar temas extranjeros" (19).

¿Qué entiende el señor Mujica Láinez por *literatura nacional*?

(7) *La Casa*, pág. 213.

(8) *La Casa*, pág. 216.

(9) *La Casa*, pág. 211.

(10) *La Casa*, pág. 211.

(11) *La Casa*, pág. 13.

(12) *La Casa*, pág. 204.

(13) *La Casa*, pág. 205.

(14) *Misteriosa Buenos Aires* (Bs. As. - Sudamericana - 1955) Pág. 351.

(15) *Misteriosa Buenos Aires*, pág. 229.

(16) *La Casa*, págs. 267 y 268.

(17) *Misteriosa Buenos Aires*, pág. 250.

(18) La acción, en la segunda parte de *Los Idolos* se desarrolla en un castillo de "construcción pseudo-gótica, erizado de almenas rojas y grises que medio confundía la hiedra". Contra lo que puede suponerse se halla en los campos argentinos.

(19) Ver revista "Esto Es", (2-11-54).

Nosotros creemos que debe diferir tanto de sus flojerías mundanas como de ciertos regionalismos que aparecen en sus novelas (20). En el primer caso, tenemos libros intrascendentes dirigidos a los espíritus suaves, a los lectores delicados. En el segundo caso, la descripción de personajes más o menos típicos (como el compadrito en "La Casa") pueden significar —cuando no se tiene el valor de penetrar en una problemática propia y la capacidad para dar de ella una expresión válida— girar alrededor de lo nacional a través de elementos formales, sin aprehender nuestros datos esenciales.

Ante todo, la literatura debe conservar invicto su sentido primero: ser comunicación. Si esa comunicación es genuina, si ha surgido de un enfrentamiento vital único producido en un lugar y en una época, entonces será nacional aun a pesar de eso, aun si se refiere a paisajes exóticos, a "temas extranjeros", porque entonces lo nacional existe en el espíritu del autor, y esa existencia se reflejará siempre en sus libros.

Ciertas palabras de *Los Ídolos* pueden ser la clave de Mujica Láinez: "La sugestión que de las personas emana por razón de su atmósfera, de las múltiples implicaciones que crean su mundo —un mundo del cual participan vivos y muertos, memorias, objetos y personajes— a menudo pueden más sobre mí que las personas mismas, reducidas a la limitada significación de un físico más o menos perfecto o de una gracia más o menos atractiva"... "He sentido, desde pequeño, una especie de hambre, de avidez, de esas resonancias, de esas indicaciones que marcan rumbos hacia lo invisible que flota en torno"... "Acaso esta actitud constituya una reacción mía contra la aséptica nitidez de mi círculo, de mi casa, de mi madre, a quien sin embargo adoro, de mi aire sin sombras, sin alusiones, sin herencias poéticas o dramáticas. Gustavo me ofreció en la infancia la posibilidad de hacer fructificar y florecer esa tendencia innata a rodear los seres de alegorías, a ponerles de fondo, como los maestros antiguos, perspectivas en las que otros seres, muy diminutos, vestidos a veces con trajes de otros tiempos, se movían sutilmente"... "El mismo, al penetrar en la ciudadela de "Los Ídolos" de Sanilvestre (21) y al alcance allí de lo cotidiano, como un loco sabio que resoliera amurallarse en un maravilloso jardín ajeno, me dió el ejemplo de una fuga que si en su caso se concretó, estrictamente, a un encierro cuyo ahogo causara su muerte, en el mío se expresó al revés, por medio de la busca, en todas partes, derribando paredes, de cuanto participara en la magia de ese jardín (22).

Adán Buenosayres: La novela de Leopoldo Marechal

I

EN una nota aparecida en SUR (Nº 169), Eduardo González Lanuza destaca la inutilidad de esta novela. Sus argumentos son más o menos los siguientes: el autor estaba persuadido de estar escribiendo una novela genial y en los hechos sólo imita torpemente a Joyce; el autor abusa de un lenguaje coprológico innecesario y vacío con el superficial propósito de escandalizar, pero de hecho es tan aburrido que el crítico no alcanza a comprender cómo él mismo soportó la lectura de tantas (en épocas de escasez de papel) prescindibles páginas; el autor es malintencionado respecto de sus semejantes, pero en el fondo no es más que un engreído, un resentido y un tomista.

Estas iracundas observaciones no tuvieron réplica, que yo sepa. De suponerle una, pensaríamos en otro Adán Buenosayres y el todo sería una versión bastante aproximada de lo que pudo haber sido el martinfierrismo: integración de un grupo en tanto éste sirve nuestra sublimidad personal, rabia contra todo lo que no admite tal sublimidad, creencia en la salvación de la literatura argentina por nuestra iluminación, confusión en los objetivos, la broma como descarga del resentimiento, programa de adolescentes no trascendidos, cotojo íntimo con esos propósitos y no reconocimiento de la distancia que media entre la realidad actual y el proyecto. El malhumor y la "cachada" son las consecuen-

cias de esto que, así como el señor Krohik (23) escribe *cuadernos diarios* para volcar en ellos su resentimiento ante la realidad, y vivir, a través de ellos, en un mundo imaginario, el señor Mujica Láinez escribe *cuadernos libros* para huir de las vibraciones que llegan de una humanidad asesinada en los caminos de la tierra. Huye a los interiores decorativos de sus novelas, a su casa-museo. Entonces —con una tranquilidad de espíritu no turbada por el grito de los hombres ni por el clamor que asciende de su carne— describe sus atmósferas sutiles donde cobran vida las balaustradas del privilegio. Relata la historia de un universo mágico del que participan "vivos y muertos, memorias, objetos y personas", universo distinguido donde sólo carecen de alma las cacerolas populares.

No me hallo entre los que quieren sustituir los silencios sómpticos por las esclavitudes culpables. La palabra es algo más que un instrumento de función social; ser novelista no equivale a ser funcionario de las solidaridades. Me resisto a que la literatura sea condenada a trabajos forzados, encadenada a una ideología. Pero, ante casos como el que me ocupa, pienso que existen escritores insensibles ante la urgencia del hombre. Pienso que existen escritores que, bajo la consigna de libertad estética, cineclan un estilo sin raíz, con metáforas sin árbol y sin tierra.

Rodolfo Mario PANDOLFI.

(20) Nuestro compadrito es "ese hombre silencioso, vestido de negro, con un pañuelo blanco anudado al cuello y un pucho de cigarrillo semi-apagado en la comisura de los labios..." "gatuno y ceremonioso" (*La Casa*, pág. 184). Luego de un serio altercado con un caballero "de orgullo violento y señorial" sacó prestamente un cuchillo que escondía en el sobaco, lo abrió con una sola mano mientras con la otra aflojaba la presión de los dedos de Benjamín, y de un diestro tajo le cortó la cara sobre el pómullo derecho" (id., pág. 196). Al gusto de turistas, como se ve. Ahora podemos imaginarnos en que piensa Mujica Láinez cuando afirma que siempre trató de hacer literatura nacional. ("Esto Es", reportaje a M.M.L., 2/11/54).

(21) *Los Ídolos* es un libro de poemas de Lucio Sanilvestre —personaje de *Los Ídolos* de Mujica Láinez— que constituye la obsesión de Gustavo.

(22) *Los Ídolos* (Bs. As. — Sudamericana - 1955). páginas 211 y 212.

(23) El señor Krohik es uno de los habitantes de *La Casa*. Ver pág. 232.

cia de esa mentalidad. Pero es gente de valor personal innegable. Menos quizá del que suponen tener, pero al fin de cuentas, más del que tienen los otros. Así, con malevolencia ejemplar, Marechal ha sabido encontrar en sus contemporáneos las taras y defectos personales que mejor le convenían.

González Lanuza ha sabido ver en la obra de Marechal todo lo que es producto de un espíritu no "superior" precisamente. El abedutismo de ambos limita considerablemente no ya el alcance de sus juicios, sino aun el valor de sus obras. Mal que le pese a González Lanuza, no son los hombres de la generación de Marechal ni del martinfierrismo quienes podrán juzgar sus obras. No es que les falte buena voluntad, sobre todo respecto de sí mismos, sino que les falta una exigencia verdadera y acorde con lo de ahora, no con una ilusión de su juventud.

En principio *Adán Buenosayres* es un hecho inusitado en nuestra literatura. Su lectura sorprende, no hay por qué negarlo. Y atrae, contra lo que opina González Lanuza. Nos dejamos arrastrar por un ritmo desconocido, por una catarata de palabras inesperadas y a veces bellas que nos quitan el aliento. ¡Puro virtuosismo! ¡Primera impresión! Yendo un poco más al fondo se empiezan a reconocer los recursos y los remedios. Se advierte de la homogeneidad no es tal o, por lo menos, que no es tan maciza como lo habíamos creído. Distinguimos sin esfuerzo las

trivialidades y las demomposturas del tono. ¡Invalida esto el total de la obra! Yo pienso que no, por lo menos en un aspecto de la misma que no es el menos importante, pues se refiere a las consecuencias artísticas que un ensayo de esta naturaleza puede entrañar. El hecho de que en el seno de la novela misma estas consecuencias no se hayan dado, no indica que el punto de vista del autor al encararla haya sido imperfecto. Otra cosa es la frustración de su postura original, lamentable por sí misma y más aún porque son siempre los que atisban un nuevo horizonte los más preparados para llegar a él. Dicho en otras palabras: *ésta pudo haber sido una novela decisiva para nuestra literatura y no lo es; ofrece en cambio una lección muy importante para quien quiera hacerse cargo de ella y la quiera aprovechar. Esta lección es la del enfoque que el escritor debe tener del mundo para llegar a una verdad más alta y también la de los escollos con los que el escritor tropieza y le impiden alcanzarla.* En esta fórmula se resume todo lo que *Adán Buenosayres* significa y las razones por las cuales permanecerá así como aquellas que le prometen el olvido.

La sorpresa del *Adán Buenosayres* reside en que Marechal parece practicar un punto de vista que si es novedoso para nosotros no lo es para la literatura moderna más característica. No es, pues, un invento de Marechal, sino una inteligente comprensión de qué es lo que correspondía hacerse. Se le reprochan lecturas demasiado evidentes, coincidencias demasiado sugestivas. Lo que ocurre es que al apropiarse de una manera de ver tomó también inadvertidamente las formas exteriores de dicha manera. Esto es lo que se reprocha, no aquello. El Joyce que pudo haber inspirado a Marechal no es el anecdótico, no es el de ciertos temas particulares, sino el de una posición distinta frente a su material. A veces Marechal no pudo separar, e intentando captar el punto de vista, transmitió también lo visto. Lo primero está bien, lo otro es lamentable que haya sucedido. Está bien porque un estilo no nace de la nada sino que es una acumulación de elementos que no se transmiten en bloque (eso sería la imitación). Cada escritor recibe un estilo de los que lo preceden y lo adapta a sus necesidades. Pero se puede forzar este mecanismo yendo en busca de lo que los otros tienen y a nosotros nos falta. Lo que ha dado en llamarse "estilo" es una particular postura del espíritu frente al material con el que trabaja y está determinado por diversos elementos: raza, cultura, época, nacionalidad, individuo. Hay elementos comunes a todos, como el de época, por ejemplo, o a muchos, como el cultural. Si alguno penetró más hondo en el elemento de época, no está mal acercarse para ver cómo hizo; no está mal ponerse en el tono que aquél descubrió ser de nuestra época y que nosotros no habíamos percibido. Pero hace falta dar a ese elemento un contexto que no será el mismo para Joyce que para Marechal, hace falta fundirlo con los otros elementos actuantes y que son distintos para Joyce y para Marechal. Sobre todo hay que infundir a ese elemento otro que es en definitiva, el sitio donde debe buscarse la existencia y la permanencia de una obra: el elemento personal. Marechal se dejó confundir y tomó sin adaptación lo que Joyce le ofrecía. De ahí esas imitaciones que irritaron a González Lanuza. Incurrió en ingenuidad, como dice Proust, que sucede cuando alguien nos ha descrito una iglesia o un lugar refiriéndonos las emociones que experimentó al verlas y nosotros suponemos que sentiríamos lo mismo, o algo mejor todavía, si pudiéramos tan sólo acercarnos. Nos aproximamos y no pasa nada. Marechal supuso que el hacer ciertas cosas como Joyce produciría los efectos que producen las cosas de Joyce. Pero exclusión hecha de esto, lo importante es que Marechal se ha comportado con parecida libertad frente a sus materiales, sin limitaciones previas provocadas por una técnica tradicional o exigencias urbanas (de las frustraciones de este propósito se trata más adelante). Se ve que no se niega y, que por el contrario, busca una objetividad esencial que le permite escarar las personas y los sucesos en un plano más profundo. Marechal quisiera tener de las cosas no la valoración, sino la esencia, la noción, y por eso las invoca, porque el mundo que quiere presentar es el mundo de lo que "es", el mundo total. Si decae

en su propuesta, no importa para lo que quiere decir: lo fundamental y lo útil por ahora es el punto de partida. Así, viéndose precisado a exponer el mundo, las cosas vuelven a tener un valor primordial y no son algunas, sino todas las cosas, las que recorren su presencia y enseñan lo que son. Ya no hay, no puede haber, en la literatura hechos selectos, hechos de prestigio o atracción; todo lo anónimo y lo normal goza de una luz que debemos redescubrir porque toda la vida está tejida con esos hilos. Consecuentemente, el lenguaje debe cambiar. Ya no tiene sentido expresarse con limitaciones o de acuerdo con conveniencias. Cada palabra encierra una carga de sentido que debe ser recorrida con la mención en un contexto, y por medio de ellas llegamos al centro de las cosas. Si pretendiésemos llegar a todas las cosas, debemos usar todas las palabras. El valor de una literatura, una vez bien comprendido esto, consiste en el buen uso de las palabras y no en la arbitrariedad de su empleo. Usarlas bien no significa siempre escandalizar a los bien pensantes, aunque éstos se escandalicen cuando se las usa bien, sino tener una conciencia aguda de su sentido y una urgencia impostergable de su aplicación. Así solamente hay descubrimiento, así solamente se abre el mundo y nacen de él los elementos que lo integran. Pero no es fácil entenderse con ellos cuando se abre la compuerta, aunque a través a ello sea de por sí ciertamente valioso. Marechal lo hace y retrocede, claro está, pero no totalmente; no puede decirse que lo haya naufragado este vislumbre de posibilidades, al contrario, algunas de sus tentativas como el uso del "vos", parte del lenguaje coprológico, algo del lenguaje metafórico, la discusión intelectual, el chiste, etc., tienen homogeneidad y vitalidad, no están impuestas arbitrariamente, sino que valen en función del todo. No es que cada una separadamente sea una novedad; lo importante y lo audaz es la convivencia y el plano de igualdad en el que son situadas. Si a Marechal le fué dado hacernos entender esto, fué porque su punto de partida era la objetividad; en cuando la abandona por los prejuicios, el lenguaje se resiente, así como se resiente lo que quiere presentar. Esta regresión se da en todos los planos y con una frecuencia temible.

Hacía falta, igualmente, encarar el todo con un amor algo particular que se denomina humorismo. Marechal ha intentado un principio de definición en su prólogo: "y no ignora que, si algunos visten el traje de lo ridículo, lo hacen graciosamente y sin deshonor, en virtud de aquel "humorismo angélico" (así lo llamó Adán Buenosayres) gracias al cual la sátira puede ser una forma de la caridad, si se dirige a los humanos con la sonrisa que tal vez los ángeles esbozan ante la locura de los hombres." El considerar definición esta cita es cosa mía; para Marechal es un pedir perdón con cierta dudosa humildad por las abusiones agraviantes que hay contenidas en el libro, precaviendo a los que pudieran sentirse humillados que serían más tontos aún si no entraran en el juego (1).

Todo esto no difiere casi del concepto romántico del humorismo enunciado por Richter: "melancolía de un espíritu superior que llega hasta a divertirse con aquello que lo entristece."

Sin embargo, el humorismo no exige el ridículo, sino que es la complacencia en la contemplación desapasionada de nuestra persona, o de alguna de sus características, soportada por un terecro. No hay nada de angélico en esto ni necesariamente trágico, ni exclusivamente ridículo. Hay una participación en una manera de ver las cosas. Es un sistema de mostrar que tiene un objetivo, el cual se nos impone porque su particularidad nos era desconocida y le admitimos facultades revelatorias.

Nuestro Marechal hace humorismo sin saberlo, suponiendo que lo declarado por él en el prólogo sea lo que entiende por humorismo. Involuntariamente inaugura un sistema de cuyos alcances no se da cuenta y que no está, me parece, como cree Cortázar, dentro de la línea de Mansilla, urbano y superficial, o de Payró, satírico y costumbrista. Alcanza o pretende alcanzar, otras ins-

(1) Esto es una prueba más del escaso valor revolucionario del martiniferismo, uno de cuyos postulados esenciales es acramentamente romántico. ¡Ni siquiera es surrealista!

tancias oscuramente discernibles, pero de cuya existencia no podemos dudar cuando nos pone frente a ellas con verdad. Si un hombre cojea delante nuestro no nos sentimos cómodos ni le vemos la gracia, pero si lo hace Chaplín nos reímos enormemente. Es que su cojera despierta en más o menos la idea de una cojera universal de la cual, por el hecho de ser hombres, participamos. Al principio nos sentimos perplejos, nunca habiéramos supuesto que se podía entender el mundo así, pero de a poco vamos entrando en su manera y descubrimos que tenía razón, que todos de alguna manera cojeamos y que es irresistible que nos hayan captado tan certeramente. En el caso de Marechal, el recurso es más complejo, y quizá por eso, menos efectivo. Consiste en que las criaturas, todas (salvo Adán), creen demasiado en sí mismas. Es como si, además de representar a la perfección un papel, estuvieran convencidos de que no es un papel, de que ellos son así, un poco como debía suceder con los actores de la Commedia dell'Arte, quienes a fuerza de estar creando los personajes debían sentir de a ratos que ellos eran el personaje. Pero nosotros sabemos que no sucede nada de eso y que imperfecciones y limitaciones los corroen. Deja un gusto muy particular eso de que parezcan ignorarlas. Véase especialmente el velorio del pisador de barro, donde todos actúan como mirando de costado, para herir al insolente que se atreviera a dudar de lo que son. Está la Chocharola, está la cocina de la violencia en *Cocodelfia*, está la comida en lo de Ciro, está la espera en el prostíbulo. Esta seguridad en sí mismos es lo que eleva los personajes a un plano superior, casi el del mito en el que se mueven cómodamente cuando no interfiere la conciencia partidista del autor. El mito está constituido de una sustancia tan delicada que, apenas se lo toca con un dedo inseguro, cambia de forma y vuelve a ser un hecho particular sin hondura ni trascendencia. El chiste es el intermediario de la destrucción, porque el chiste no es el humorismo ni tiene nada que ver con él. Mientras el humorismo es todo un sistema en el que ingresamos para ver diferentemente las cosas, el chiste (o el retrucano, la agudeza, etc.) es una mención, un llamado a algo que ya conocemos, y cuyo efecto es previsiblemente risueño. No nos muestra nada, sino que despierta una imagen que existía ya en nosotros formada, cristalizada. No necesitamos penetrar en nada, sino sólo dejar en libertad. De la velocidad con que lo hagamos depende la eficacia. Los mejores son los que hacen salir más rápidamente las imágenes. Marechal incurrió en chistes. Eso le allana el camino a veces, pero, en compensación, confunde los planos. Se quita de encima un problema particular tocando un resorte seguro sin percatarse que la solución es relativa porque va en detrimento de lo general: "Naturalmente —dijo—. Un buen día la pampa se abrió de piernas y parió una metafísica". "Según tus rufiantescas estadísticas, ¿cuántas mujeres nos tocan a cada hombre?"

—¡Media mujer! —se lamentó Berrini.

Frank no disminuyó su alvijo. —¡Estoy salvado! —exclamó—. ¡Venga la mitad que corresponde! ¡Sangre de morsa! Peor es nada.

Y agregó, con los ojos llenos de inteligencia:

—Pero mediante una condición.

—¿Qué condición? —le preguntó Berrini.

—Que la mitad que me toque sea de la cintura para abajo."

"Cuando algún maldito pagano se atreve a negar la existencia de su alma, sólo nos queda un recurso extremo para demostrarle que la tiene.

—¡Cual. —preguntó el señor Johansen.

—*Rompésela.*"

—"¿Una columna?"

—Le aseguro que sí. El poeta no alcanzó a Melpómene. La corrió, nadie lo niega, pero alcanzarla, ¡nunca!... el doctor se puso a correrla, pero a la media cuadra se detuvo jadeante, desbrochó cinco botones de su chaleco de fantasía, se aflojó la corbata, y sentándose en el brocal de una cisterna enjugó el sudor de su frente con un gran pañuelo a cuadros."

El chiste abunda, pero no todo es de esta naturaleza. En numerosas ocasiones es un elemento estilístico importante, como en el viaje por Saavedra y capítulos siguientes, donde convive cómodamente con otras formas de expresión. Aquí es irreprochable, herencia del martinfierrismo que el depositario respeta y acre-

cienta dándole un valor permanente que el martinfierrismo no le daba, pues sus adherentes distinguían entre bromas y veras, teniendo la separación un tono moral. Ocurre que la consagración que le exige el legado es tanta que sin quererlo incurre tal vez en exceso, se pasa al otro lado obligándose a incluir chistes sin mayor valor expresivo y que arruinan una forma superior del estilo tal como es el humorismo.

II

En una nueva manera de ponerse frente al material y frente al lenguaje, debe buscarse la peculiaridad de *Adán Buenosayres*. La calidad de otras, y muy escasas, novelas argentinas está basada sobre todo en la homogeneidad dentro de un sistema conocido y asimilado. Las tentativas de Arlt son de campo cerrado. Son excelentes novelas, pero no nos imponen una totalidad, sino que están desgarradas por intenciones algo restringidas aunque apasionadas del autor; por ejemplo, categorizar el mundo de la revuelta y describir el juego de los hombres en un subBuenos Aires. Mallea es un esteticista que mecha su virtuosismo de circunstancias más o menos reconocibles como argentinas o bien de ideas más o menos vagas y generales. *Adán Buenosayres* es diferente porque sus pretensiones son de otra naturaleza. Es como si frente a un vitral siempre nos hubiéramos sentido conmovidos por lo que se nos dice que representan las figuras cuando alguien, de pronto, nos enseña que no es precisa la leyenda, que en las formas y colores y los movimientos hay una lección mayor que en todas las palabras y alusiones. Lección de objetividad primordial, en la que somos arrastrados por la fuerza verdadera de las cosas y no por su prestigio. Lección de modernidad que se va constante y traicionadamente tergiversada en el *Adán Buenosayres* por los prejuicios y la debilidad.

No es más que humana esta defecación. No todos pueden comportarse con sostenida altura y facilidad cuando la compuerta de los elementos ha sido abierta. Marechal empieza por ponerse frente a ellos para retornar a cada rato, porque no es más que un precursor. ¿Pensar que le ha dado profundidad metafísica a la calle Gurruchaga! Marechal ha descubierto que es preciso quitar el velo que cubre la ordinariez de los hombres para hacer estallar la gloria de su humanidad. Revaloriza lo que pasa en la calle con un resultado inesperado aunque previsible. De una vieja que hila recrea un mito, Cloto, que teje nuestro destino; de las niñas del zaguano, las gracias de la espera; de la "madame" prostibularia, un celestinazgo esencial e incommovible; de los hombres que desean, el apetito; de los que yacen, el sueño. Así, toda la ciudad se vuelve a clasificar, no según los datos aparentes de las ocupaciones o de la lisura de las vidas, sino según instancias universales, según potencias o componentes que van más allá del pinto-resquisimo o de lo circunstancial. Vuelve a lo inmediato porque busca lo trascendente, pero se para en mitad del camino porque hay espejismos o porque no ha sabido drenar interiormente sus exigencias. Así, si bien la revalorización de la calle es un buen principio, la multiplicación de acostumbramientos es vana. No hacía falta la inclusión de las hazafas de Juancho y Yuyo, la batalla frente al Izmir era prescindible, parte de las discusiones en la casa de Amundsen sobran; no se necesitaban los diálogos del colegio, y, fundamentalmente, ¿cuánto habría ganado el todo sin el Cuaderno de Tapas Azules! El peso de esas inutilidades entrafía un trabajo doble del lenguaje que éste no realiza. En la batalla del Izmir usa un homerismo absolutamente fuera de lugar, por ejemplo. No siendo necesaria la escena, pensó que la legitimaba mediante el empleo de un lenguaje falsamente grandilocuente. Teóricamente, cabría esperar un efecto risueño de la descripción de una pelea de barrio hecha en el tono que usaría Homero. De hecho no pasa nada y el propósito se tinte más bien de ridículo, no tiene gracia, no es original y a lo sumo refleja la pedantería de un "tour de force" por parte de alguien que cree dominar todos los resortes de la palabra. En otras partes, el lenguaje se hace grandilocuente, enfático, da la impresión que el propósito no ha sido gobernado: "no pensó Adán que desataría muy pronto

el nudo fácil de la guerra"; "mi adorado tormento ríe —casabeleó Haydée Amundsen juntando el mediodía de sus rizos a la profunda noche de los de Marta Ruiz" (2).

Pero no es esta la decepción mayor. Frente a estas caídas uno puede preguntarse por qué. Hay varias respuestas inmediatas. La más generosa es que Marechal vendría a cumplir las funciones sacrificadas y dolorosas de los casi-precursores, es decir que, sabiendo o sintiendo qué es lo que correspondía hacer no lo realizó por falta de madurez, extraviándose en la maraña de las intenciones. La menos generosa es que no le estaba reservada, por falta de tensión personal, la gloria de la inauguración de una nueva literatura, insuficiencia que explica sus constantes pedidos de auxilio lanzados a las fórmulas antiguas o los recursos o las soluciones fáciles. Pero sin ir a razones cuya demostración exigiría un puntual examen estilístico fuera de lugar aquí, convendrá hablar de otra fuente de distorsiones y equívocos: los prejuicios.

El autor parece no darse cuenta del lastre que le significan y los adopta gustoso. En el fondo no tiene por qué sentirse incómodo con ellos ya que, curiosamente, ellos escudan sus propias ideas que, gracias a la protección, van saliendo y mostrándose. Sería renegar de sí mismo al despreciarlas. Por otra parte, esas ideas pertenecen a una especie que no se discute ni se retiene. Si Marechal hubiera luchado contra la marea invasora, se habría sentido descalificado; en consecuencia, dejó hacer, sin querer admitir seguramente que su obra no habría bajado si hubiera rechazado la presencia de tan incómodos visitantes. No sé cual de los prejuicios ha gravitado más en la conciencia del autor. Reconozco, por mi parte, la presencia de tres especies que se han aliado bien para integrar un sistema que cuando actúa limita su audacia y su libertad creadora. Las tres especies son: los prejuicios católicos, los prejuicios nacionalistas y los prejuicios personales.

III

El catolicismo de Marechal no es de los que producen inquietud, aunque lo plantee en tono intimidatorio. Es un catolicismo sin resacubrajadura, sin conflicto. Estamos muy lejos aquí de un Mauriac o de un Bernanos. Para Marechal todo es coherente y concluido. Los cuadros clásicos y más bien formales del catolicismo son indiscutibles y tienen para él un sentido tan pleno y absoluto como su propia existencia, de la cual no duda ni por un momento. La acomodación al esquema le inquieta, no el esquema mismo, porque para él todo lo que es, es; y lo que no es, no es. De ahí que parezca saber ya a quien le será acordada la salvación. El, por su parte, se da el gusto de anticipar en vida una muestra de lo que ocurrirá con los condenados cuando llegue el momento de rendir cuentas. Los que no recibieron como él la gracia, son seres despreciables y equivocados por los cuales no se puede experimentar ternura ni piedad. Esta economía permite que nos tratemos mejor a nosotros mismos, para quienes disponemos de un verdadero caudal de delicadeza. *Adán Buenosayres* persigue un paraíso perdido, una Edad de Oro en la que él, el elegido, retozaba despreocupado, pero los otros están condenados implacablemente, todos los actos de los otros nos merecen reprochación. En busca del paraíso perdido sólo va *Adán*, sediento de Dios, pero los demás se derrochan en lo contingente. Todo el *Cuaderno de Tapas Azules* es el relato del viaje terrenal de *Dante Buenosayres*, la elaboración de la Rosa Mística, cuya sombra llegará a vislumbrar, pero al lado, neechando, está *Cacodelphá*, lugar construido para meter a los otros, a los que no tienen salvación, sobre todo a aquéllos a quienes en el Buenos Aires visible no parece haber apreciado demasiado. Esta clara voluntad de profilaxia se apoya en hechos de parcial pero indiscutida verdad que elabora con gran soltura y derroche de ingenio. El salneto (*M. Resemblance*), el cuadro expresionista (*los Homoplumas, el Personaje*), la parodia, el tono mantenido y la riqueza verbal demuestran que el tema le es grato, que la unilateralidad de sus pruebas no lo perturba. Es casi un placer considerar el mundo de los otros como un infierno que es urgente organizar por amor de una legitimidad elaborada exclusivamente para uso interno.

Es como si le escociera la necesidad de hacer efectivo un replanteo social basado en la decepción; la medida de los hombres está dada por sus defectos; los puros no los toleran sin darse cuenta de que esa misma pureza los haría entrar cómodamente en el infierno junto a los "potenciales". Pero *Adán* se excusa de su pureza porque conoce la imposibilidad de alcanzarla. Se da cuenta de su "potencialidad" y simula una melancolía que le permite juzgar sin peligro la ciega soberbia de los otros, una melancolía que lo dispensa de asumirse y de admitir que quizá el pecado y el defecto tengan un sentido menos esquemático que el que *Adán* les supone. Sin embargo la pintura del defecto no es en sí misma antiliteraria o necesariamente falsa. Para que llegue a mostrarnos las cosas debe estar engranada en un sistema; el mal debe ser universal para ser elevado a categoría. Sólo en ese plano es admisible, pero no es admisible cuando se aplica en bloque a los demás y cuando nosotros mismos nos eximimos de él. Este sacristanismo se hace moralidad, un intermediario entre las cosas y nosotros. El escritor ha tenido un acompañante que le arrojaba sal o azúcar en las comidas sin preguntarle si los alimentos necesitaban condimento. ¡Un pobre Virgilio para un Dante impotente! No se atrevió a ver las cosas en su dimensión verdadera, o tal vez no haya podido, aunque lo había intentado, de manera que retornó al país amigo de la calificación, del adjetivo, cuando vislumbró lo que podía ser lo sustantivo. Pudiendo *Adán Buenosayres* haber sido una prueba del hombre no es más que un ejercicio virtuoso del prejuicio.

El pecado es la bestia de mil cabezas que acucia a *Adán*. El pecado es la carnalidad, la traición a una pretensión espiritual que ambiciona el reino sobre el alma. Cada caída es en *Adán* un repliegue hacia la pureza. Dios espera conmovido el resultado de la lucha sabiendo que *Adán* vencerá porque *Adán* es como Dios o por lo menos recrea a cada instante los dolores de los infinitos partos divinos. *Adán* se arrepiente y gime en decorosa soledad: "Y *Adán* le había dicho que sus ojos eran iguales a dos mañanitas juntas, o tal vez la besó... Y como los ojos de *Adán* preguntaron: "¿sí?", ella respondió "sí" con los ojos. Después era como extrañar este mundo (olvidarlo y olvidarse), para volver a encontrarlo (recordarlo y recordarse), pero un mundo ya sin lastre y suceso de groseras melancolías, como si el alma hubiera perdido en su naufragio la visión de la gracia inteligible que ilumina las cosas". Recuerda siempre a Irma con la misma frase, como si fuera un tema musical wagneriano. Pero Irma carece de poesía, es la simple carne para limpiarse de la cual se apresura a evocar a Santa Rosa de Lima: "sintiendo en sus tendones rotos y en sus huesos desencajados la pesantez de una carne que, con ser tan poca ya, no había logrado vencer a las leyes de su miseria". Al salir del abrazo con Ruth se pregunta: "¿Hasta cuándo se dejaría envolver en la malla sutil de las criaturas?". De ahí que en Solveig Amundsen ponga, sabiendo que se engaña, la exigencia de otra cosa que es la que él supone es la de su verdadero yo, la de su yo inmortal. Y construye esa quimérica mujer a través del rico y oscuro *Cuaderno de Tapas Azules*. Las criaturas y sus funciones son algo duro de tragar. ¿Por qué no construirse un super mundo en el que nuestros apetitos, excitados por la presencia de la gracia, tengan un cauce más de acuerdo con nuestra sutil sustancia? Este conceptismo que no pasa de ser un agustinismo es lo que más decepciona. Esperábamos de él que se ocupara de los hombres como son y él se ocupa de lo que no podrán ser, para lanzar sus quejas sobre lo que él quisiera ser y no es: "Espadas angélicas y tridentes demoníacos chocan sin ruido en la calle Gurrachaga: se disputan el alma de *Adán Buenosayres*, un literato, porque, según la economía suprema, vale más el alma de un hombre que todo el universo visible". "Esplendor animal que se dirige, llamando, a los oídos de la carne; pero que llama con la voz espiritual de la hermosura. ¡Sí, allí está el equívoco y la trampa invisible!". En este momento de la añoranza melancólica su lenguaje se torna recamado y gramatical, ya no hay ironía, todo se ha vuelto

(2) Creo que la raíz de esta actitud hay que rastrearla también en Joyce. Marechal quiere hacer crítica del lenguaje literario y se le va la mano. No fracasa en todas (cf. *velorio*, *prostíbulo*, *Saavedra*, etc.), pero aquí penosamente.

serio y profundo, ya no usa el vos, ya no bromea. Su soledad no le inquieta porque lo está facilitada la cercanía de dios, o por lo menos sabe que mientras los otros giran como las ruedas locas, él conserva la delicada dignidad del pensamiento o la lucidez dentro de la locura: "Noche absurda, noche mía!". Pero el drama consiste en que los otros no parecen darse cuenta o no hacen mención a su tormento. Su mestier de poeta, hermosa y escolásticamente descripto en lo de *Ciro Rossini*, es su limitación, pero a los demás les parece una simple ubicación técnica, profesional por así decir. Podría ser dios por la naturaleza de su obra, pero ni siquiera le está permitida la aspiración. Por la misma razón le está vedada la santidad. Pero no es que haya palpitado en el la santidad encajonada por sus terrenales limitaciones, sino que al contrario, habiendo sentido sus limitaciones, se da cuenta de que no podrá ser santo y eso lo turba y le molesta. Nada más ficticio e intelectual, nada tan poco convincente y arbitrario.

Finalmente divide a la gente según que hayan recibido la gracia o no. Razinando un poco como los Doctores de la Iglesia, pero con la vanidad de creer que ha superado el mundo de lo fenoménico, establece sus cuadros y divisiones. Los que recibieron el mensaje se dividen a su vez en *Adán* y los otros. Estos han ensordecido y están ciegos. Viven en la tiniebla de sus vicios, pero podrían salvarse pese a todo. Si bien los condena, hay en el fondo una unidad basada en la sangre derramada de Cristo y que unos como otros bebieron en el momento del bautismo. Está tan ocupado con ese sector del mundo que ni siquiera pretende extender a los excluidos, moros y judíos. Los judíos se salvarían con sólo dejar de serlo. La defensa de este argumento no es muy novedosa:

—Por otra parte —dijo al fin— está la razón teológica.

—¿Cuál? —preguntó Samuel en tono seco.

—La maldición del Crucificado.

Samuel Tesler se detuvo en seco, tal como si de pronto hubiera visto a sus pies la masa viscosa de un reptil. Ocurrió, sin embargo, aquella sensación de asombro, de asco y de miedo a la vez, y reanudando la marcha soltó una risa poco segura.

—Supongo que no hablarás en serio —dijo, como si la razón teológica le hiciera mucha gracia.

—El que hablaba en serio era el otro —le contestó Adán—. Predijo la ruina de Jerusalem y la dispersión de tu raza. ¿No se ha cumplido?

—¿Fue una maniobra del Imperio Romano? —tronó Samuel— ¿una maniobra política?

—El Imperio cayó hace veinte siglos y la maldición continúa. Samuel Tesler dejó escapar un rezongo ininteligible.

—Y hasta cuando seguirá tu maldición famosa? —preguntó luego entre irónico, resentido y conciliador.

—Hasta que los judíos reconozcan en masa que crucificaron a su Mesías —le contestó Adán—. Entonces...

Pero Samuel no lo dejó concluir, y agrimiendo en la tiniebla un puño cerrado...

Adviértase la pobreza de este trozo, no ya de ideas, sino de expresión. Como se ve, el llamado "problema judío" no es más que una ceguera voluntaria transmitida de padres a hijos junto con otras características menos simpáticas todavía y de las que es mejor no hablar. No es que en la descripción de éstas falsee las cosas, ocurre simplemente lo mismo que respecto de los "demás", su juicio es unilateral y manco, el hombre se le escapa y se pierde en una nube de exigencias y devociones incomprensibles e implacables. Su antisemitismo, lo tiene también, es el de aquellos que sí bien piensan que no hay nada que hacer con los judíos tienen sin embargo un amigo judío (lo cual es más bien mérito de ellos que del amigo) que es muy buena persona, incapaz inclusive de darles la consabida y tradicional puñalada por la espalda en beneficio de uno de los suyos: "era inútil: el filósofo no lo escuchaba ya. Revolviendo a un lado y otro su cabezota, escapándose del hombre amigo y de la voz enemiga, sordo y ciego Samuel Tesler vociferaba..."

IV

El nacionalismo presente no es tan plúmbeo como su catolicismo. Tiene, no como el catolicismo, ese limpio desembarazo de las ideas recogidas, no heredas, elegancia del que se permite la discusión de opiniones que no son esenciales para él o bien del que sabe que nada hará peligrar el equilibrio de su personalidad,

que es coherente y fuerte y se fortalece más porque pone juguetonamente en duda la integridad de sus valores, de los que por otra parte está persuadido. Es un poco la actitud del niño que teniendo juguetes discute con sus compañeritos la conveniencia o la inconveniencia de poseerlos. El malabarismo le permite afrontar un muy serio problema con una apariencia de serenidad y de profundidad que confunden. ¿Cuál es y cómo el hombre argentino? ¿Qué es el país y cuál es su futuro? Plantea sin angustia estos interrogantes. No parece atribuirles ninguna urgencia a las respuestas. Al principio, esta indiferencia nos hace pensar, no que son de poca envergadura para él, sino que su solución no podrá ser extraída de definiciones más o menos vagas, más o menos apasionadas. Parece creer que son problemas mal planteados, o bien que el apuro por responder obedece más a un narcisismo que a una real necesidad. Se burla dulce y agudamente de todo lo que pretenda ser una respuesta precisa. Se surta del macaneo de *Bernini* y de su *Espíritu de la Tierra* en el impecable *Fiaje por Saavedra*. Parece sostener que toda metafísica sobre las fuerzas que ocultas determinan y condicionan el hombre y el país es una pura improvisación. Más o menos arbitrariamente, todos los personajes, salvo Adán, postulan su teoría: *Bernini* habla del espíritu de la tierra, para *Tesler* todos son mulatos y resentidos, *Pereda* y *Del Solar* buscan en el taita y en el guapo la esencia y la explicación del argentino, otros explican la infirmitad de nuestra cultura por la presencia de los extranjeros, etc. Ninguna de ellas es tomada en serio. Su enunciado goza de la carcajada aprobatoria. Pero Adán no ríe y afirma que nuestra tierra es corruptora. Como es de lejos la tesis más interesante, es escuchada con respeto, aunque todo termine después en la hilaridad. Adán no puede reivindicar lo que para *Pereda* o *Del Solar* sería perfectamente natural, porque ellos tienen varias generaciones de argentinos mientras que él apenas está en la segunda. Oficialmente no tiene derecho a sentirse en el plano de los argentinos viejos por lo que humildemente reconoce que no puede sentir lo mismo que aquellos (he aquí por qué *Bernini* macanea: estando en la misma situación que él, opina como si estuviera en la situación de *Del Solar*). Admite tímidamente que en la confusión del país los extranjeros tienen o han tenido algo que ver. Pero esta intervención del extranjero no es feliz, porque se ha dejado corromper por la facilidad y la bondad de nuestra tierra. Ya no aporta sino que extrae, y peor todavía, lo hace casi suciasamente para intereses de los que ni siquiera sospechaba la existencia en Europa. Como en otros planos le importa más una calificación moral que un reconocimiento. Ahora las viejas formas de la vida elemental en Europa y lamenta que no hayan sido trasplantadas tal como eran. Lo adulterado de nuestra personalidad nacional le duele de manera que decide ser un "argentino en espera". El esquema es de una mala voluntad porque, como en otros planos, no se ocupa de lo que es, bueno o malo, sino de lo que no podrá ser. Una posición así le corta libertad, porque la realidad se le parcela. No podrá más que desembocar en un nacionalismo literario (al "uso nostro") que es una forma del hispanismo o del tomismo en las novelas. Nada que ver con lo argentino por que no tiene nada que ver con el hombre que vive aquí.

Para *Marechal* el destino de los hombres está ligado al de la tierra. Junto a ella es donde el hombre es legítimo porque es donde puede medirse y donde puede acercarse a dios. La tierra, no la nuestra, sino cualquier tierra, se comunica por el contacto con el hombre y le transmite su verdad o su existencia. Esta es la variante de su teoría respecto de la de *Bernini*, radicalmente particularista y local, y que le permite resucitar a cada momento su vida en *Maipú*, los momentos irrecobrables, imágenes que son como el recordamiento: "¡Oh, aventuras de ayer —pensó Adán— caballos, aguas, vientos! ¡caballos de sonante verja y de puro aliento vegetal, redoblando en los pagos de *Maipú* y en a gún día que su niñez consagró a fabulosas empresas! ¡Qué hacer ahora! ¡Qué hacer ahora de sus manos inútiles!". "¡Vidas heroicas y sin resonancia en la llanura: muertes heroicas y sin resonancia..." "... todos evadidos allá, en la loma de *Maipú*; acostados y dormidos en la tierra olorosa, después de su batalla con la

tierra; todos reconciliados con la tierra, en un abrazo último; y tal vez con el cielo porque lo merecían". Esta separación de Adán que se llama abandono, en los otros se denomina traición. Cacodolphia está llena de ejemplos: "...te acordás de tu aldea, su Galicia? —le preguntó.

—Me niego al interrogatorio —bramó el de azul—. Sólo contestaré delante de mi abogado.

—Arabas tu tierra, podabas tu viña, matabas tu chanchó, contabas los villancicos de tu madre y profesabas la sabiduría de tus abuelos. ¡Confesá, gaita, que tenías entonces una dignidad maravillosa! ¡Lo confesás o no?

—Confieso —balbuceó el de azul tímido.

—¿Y qué hiciste, no bien llegaste a Buenos Aires? —le preguntó Schultze en tono dolorido.

—Pues yo...

...—Te dejaste crecer una melena de compadrito, te anudaste al cogote un pañuelo de seda y se te vió en las mangas del barrio, echándote las matas y haciendo esfuerzos inauditos por imitar a los personajes de Facareza... eliminaste las jotas y las úes que te hacían sospechoso... no bien aromó tu alma de leguleyo y te pusiste a devorar inmundas pasquines, no quedó problema que no discutieses ni verdad que no negases... ¡Así perdiste la inocencia de los tuyos y el sentido alegre de la vida!" La historia del Personaje es también de frustración por abandono de tradiciones y olvido del sabor de la tierra, lo cual es el sujeto indiscriminado es tanto más criminal puesto que pertenecía a varias generaciones de argentinos. Es en resumen un nacionalismo agrario-telúrico que al unirse a su catolicismo agresivo adopta una postura de afirmación polémica, orgullosamente sostenida por que es como un blasón heredado, una nota distintiva frente a la estulticia de los otros.

La visión del hombre argentino y del país está tejida de moralidad en Marechal. Si bien no intenta descabelladas interpretaciones teo-metafísico-telúrico-sociológico-literarias, de hecho participa de ellas rindiéndose al placer de un escepticismo que condimenta el todo inefablemente, con la idea un tanto apresurada de que el escepticismo en sí y por sí mismo está más cerca de la verdad que el amor o la confianza. Su filosofía política está resumida en el apólogo de Brahma y sus cuatro hijos. Es Vaisya el burgués quien reina luego de haberse fagocitado a Chatriya el militar, quien a su vez lo hizo con Brahmán el religioso, y a Sudra el obrero. Muy orgulloso de este esquema está Marechal: Schultze afirmó modestamente que nunca se había interpretado mejor la filosofía de la historia. Creo, más modestamente todavía, que hay una elemental confusión de planos, pues esos cuatro tipos responden más bien a cuatro caracteres, tipológicamente considerados. Hasta qué punto es lícito asimilar las causas de la división de clases a la clasificación de los caracteres es algo sumamente discutible. Más bien hay que considerarlo como un capricho.

Gracia, habilidad, dialéctica, empuje, pueden hacer olvidar por un momento estas debilidades ideológicas. Pero no quisiera que el sentido de mis críticas se confundiera. No le exige tal o cual posición ideológica. Ocurre que es él mismo quien insiste en ellas suponiendo que en su inclusión reside la clave de su descubrimiento. Cuando se considera una obra según su contenido ideológico se hace crítica de otra cosa, no de literatura, sobre todo cuando se valora dicho contenido. Este principio podría invalidar mis anteriores páginas, pero no es así porque justamente, he tratado de mostrar que la falta de trascendencia de gran parte de la novela en cuestión se debe a la intención solapada del autor de imponernos sus ideas. Si se hubiera limitado (es decir, abierto) a una intención puramente artística, si hubiera trabajado esta realidad nuestra sin anteojeras, es seguro que *Adán Buenos-Ayres* sería el comienzo de una nueva época en la literatura argentina. Habría trabajado entonces en lo que somos por abajo, más allá de todo pintoresquismo y de todo verbalismo, habría trabajado con la totalidad, habría descripto al ángel y al demonio, habría sintetizado lo que nos muere y nos corrompe sin que sepamos cómo definirlo porque lo hemos querido iluminar hasta ahora desde rincones y con prejuicios y no nos hemos acercado a ello directamente, como sólo un artista en plena posesión de sus medios podría hacerlo. En cambio de ese acercamiento hondo y

veraz ha preferido continuar en la estela de las ideas más o menos obsesivas y brillantes. La consecuencia fundamental es que nos ha dejado como antes en este aspecto, con el regusto de lo que podría haber sido.

V

Por último, dentro de este examen de los prejuicios, queda por ver el gravamen impuesto por lo personal, es decir, por la pérdida de libertad respecto de ciertos temas o bien por un acercamiento de intención extraliteraria demasiado apasionado por parte del autor. Este punto se relaciona con la "clave" de la novela, cuyo reconocimiento ha lastimado a más de un representado.

La "clave" es un recurso de figuración literaria. Su uso no es en sí mismo moral ni inmoral; es en cambio eficaz o ineficaz. Tan legítimo como la autobiografía y más pintoresco que ésta. Ofrece el atractivo de la picota y el apetito del desciframiento. Como recurso consiste en describir parcial y arbitrariamente a personajes muy conocidos y reconocibles por todos, haciéndolos servir a intenciones que quizá ellos espontáneamente no servirían. Es cómodo como punto de partida y útil como caño de desagüe. Se puede decir todo lo que se quiera de cierta gente sin lugar a reclamaciones, puesto que nadie puede darse públicamente por aludido, es decir que asegura la impunidad. Hay ejemplos célebres de novelas con clave. Uno de ellos es *A la recherche du temps perdu*. Corresponde que nos preguntemos: ¿nos interesa dicha obra por eso? o aún: ¿la clave constituye un motivo de interés? A nosotros, argentinos, la clave empleada por Proust no nos dice nada (sin embargo la obra nos interesa), como tampoco la supuesta imagen de Julio II que Miguel Angel hizo ingresar en alguna rincón de la barba de su Moisés. La clave es lo puramente anecdótico y su interés es contemporáneo o, a lo sumo, de erudición histórica. Siendo un punto de partida para la creación, debería ser trascendido, quedando el residuo no en las páginas sino en el espíritu del autor. Una contradicción íntima desarzona la clave y es que su objetivo inmediato no se reconoce si se la trasciende, y si por el contrario es muy evidente y todos comprenden de qué y de quien se trata, la clave ya no pertenece a la literatura sino al libelo. Sin embargo, esta contradicción interior de la clave que para ser debe dejar de ser y que su logro consiste en su desaparición, no ha quitado brillo a ciertas obras que la emplearon. El placer que experimentamos leyendo a Rabelais o a Quevedo se refiere exclusivamente a la obra, aunque nos interese por saber contra quienes van dirigidas sus baterías. Esta simple curiosidad histórica decepcionaría a dichos clásicos, quienes se armaron del odio más estúpido para vilipendiar a una parte de sus conciudadanos, estimando que con ese recurso la otra parte se contagiaría. Quizá ellos pusieron el mayor valor en la fuerza explosiva de sus calumnias y exageraciones; de hecho crearon figuras y personajes que nada tienen que ver con tal o cual persona en particular. Esto prueba que la parcialidad o la mala intención personal no sólo no son impedimentos sino que pueden ser hasta conyuvantes. Quizá Quevedo se equivocó en cuanto a la persona de Góngora o de otros, pero en el personaje creado, no hay más que verdad. Es que la persona que sugiere es una y particular, el sentimiento que desata en otra puede universalizarse. Podemos representar a alguien con recursos innobles, lo que importará siempre es la coherencia y la unidad que en un plano más vasto hayamos logrado dar a ese alguien.

¿Qué hay de todo esto en Marechal? Tenemos una perspectiva demasiado estrecha como para darnos precisa cuenta de todo y al mismo tiempo conocemos, o así nos lo parece, a algunas de las caricaturas. Esto era previsible aun para Marechal, quien se excusa del ridículo fortuito con que viste a sus personajes en virtud del "humorismo angélico" que parece consistir en una sátira "ad alteros" pero nunca "ad se". El reconocimiento es una limitación para mí, porque de alguna manera simpatizo con una u otra de las víctimas. Así podría yo suponer que es injusto poner en boca de Pereda una frase como: "¡Eso es especular con fantasmas! No entiendo un pito", como respuesta a cuestiones no excesivamente complejas, o bien podría suponer que Marechal creó

que *Pereda* es incapaz de sutileza, lo cual, habiendo leído a *Pereda* me permite más bien imaginar que la penetración psicológica de *Marechal* respecto de sus contemporáneos debe estar bastante velada por la ofuscación. Este conocimiento me impediría discernir qué es lo que ha obtenido, cuál es el producto. Por otra parte el reconocimiento es de utilidad para distinguir dos tipos de personajes. De un lado hay aquellos que fueron o son amigos o enemigos reales del autor y que se mueven con disfraz variado y en distintos estratos; de otro, están aquellos respecto de los cuales no parece haber tenido otro sentimiento que el de la sorpresa por el filón literario que implicaban. De los primeros se ve que la pintura no es benévola; de los otros que adquieren tamaño y que el tamaño se hace cuerpo. En los primeros, el propósito malevolente y el rasgo ridículo o desagradable quitan hondura, en los otros la objetividad y la limpieza de la visión es fuente de verdaderos hallazgos. Yo no veo más que lo ridículo o lo meramente risueño en los personajes que rodean a *Adán Buenosayres*; no veo más que el chiste o la ironía, el retorcimiento o la simplificación, una plancha que los alisa de personalidad y de consistencia. En cambio en esa multitud de hombres de la ciudad que se va mostrando, oportunamente, encuentro riqueza y hondura. Quizá la ternura hacia los otros y la dureza respecto de nosotros mismos estén como actitud más cerca de la objetividad que el resentimiento hacia los demás y el amor hacia nosotros mismos. *Marechal* practica todas las coordenadas de la ecuación, pero cuando prefiere este último movimiento del alma, desciende a la trivialidad y a la minimización so pretexto de la risa. Es porque no se ha movido libremente en todos los casos. Parecería que hubiera querido crucificar a unos cuantos sin remisión y que en su premura por concluir con ellos hubiera hecho omisión de ciertos cuidados de primordial importancia. Un *Pereda*, un *Bernini*, un *Del Solar*, *Solveig Amundsen*, etc., carecen de perfil, son nombres sin cuerpos que los respalden, figuras desvaídas e incoloras. Y con qué pujanza se muestra la *Chacharela*, el payador *Ticozo*, las cuñadas necrófilas, *doña Venus*, el *Taita Flores*, *Juan José*, etc., sea en el Buenos Aires de arriba, sea en el infierno de *Schultze*. Se debe a que estos "son", mientras que los otros no lo consiguen, sólo dicen cosas ingeniosas o risueñas, les ha faltado la línea definitiva, el trazo que los definiera e identificara. *Samuel Tesler*, el personaje secundario más abundante de la novela, se desgarró entre las dos opciones que se le ofrecían a *Marechal*. De a ratos es alguien, de a ratos, aunque está, se desvanece.

Se ve pues, que si bien el prejuicio no debería ser un impedimento, es, en ciertos casos, cuando menos la causa visible del fracaso pues, curiosamente, las imágenes y las personas no tocadas por los prejuicios son realidades, mientras que las otras son apenas denominaciones que no hacen presión sobre el recuerdo.

VI

Este mecanismo de desdoblamiento y regresión obedece a una mentalidad cuya vitalidad no se ha extinguido todavía y que sería erróneo asimilar totalmente a una época, léase martinfierrismo. Es evidente que el martinfierrismo padeció ese fenómeno, pero para explicarlo se recurre a argumentos que tenían validez en el momento en que el martinfierrismo se originó, no para después. Las causas originantes habían desaparecido cuando el movimiento se disgregó, y sin embargo sus componentes seguían incurriendo en el mismo vicio. Además, suceso curioso, otros, que no conocieron el martinfierrismo, caían en las mismas. Por otra parte puede suponerse que los propios martinfierristas, al separarse y seguir caminos diferentes, tuvieron en cierto modo libertad como para escapar a muchos módulos comunes a todos, porque, justamente, uno de los rasgos esenciales de dicha generación es el sentido del grupo, en el cual se cifraban las mayores consecuencias. Quizá mucho de lo que se achaca ordinariamente al martinfierrismo: confusión, inseguridad, petulancia, etc., sea el estado de ánimo habitual de los escritores argentinos, de modo que el martinfierrismo vendría a resultar un término de mayor profundidad y

capacidad definitoria que lo que en general se piensa. Esta identificación de casi todos en un *edío* o parecido tono espiritual, de un lado sería positiva, porque dejaría imaginar por fin un carácter común en toda (o casi) la literatura argentina desde el 20 hasta ahora, de otro sería tristísimo, porque la tal característica, es puramente negativa, es decir basada en impotencias o titubeos.

La pobreza general de nuestras letras es un resultado de ese desdoblamiento que nace como por obra de un complejo de inferioridad. Exclusión hecha de lo personal que gravite negativamente, se advierte que casi todo lo que se ha hecho y hace carece de coraje en el sentido de que se frustra por falta de continuidad y unidad. Es como si cada intuición que tuviéramos no se bastara a sí misma para ser comprendida y nos forzara a corroborarla con datos que pertenecieran al dominio común de las cosas aceptadas. Para cada idea que nos parece original y nuestra, necesitamos pruebas o refuerzos que los demás ya han aceptado porque les han sido demostradas puntualmente dentro de un sistema propio a esas pruebas, de manera que no les choque lo que queremos decir, que no les parezca tan arbitrario. Sea el catolicismo con que *Adán* encubre su náusea, sean las estadísticas con que los últimos ensayistas demuestran el miedo a la muerte que siente el americano. Esta arbitrariedad es equívoca, porque simula la audacia de la mezcla de elementos y con ello pretende más verdad u originalidad, pero de hecho aniquila la otra arbitrariedad, lo que se apoya en la intuición artística y trata de llegar a un descubrimiento. El hecho de que no agotemos las ideas en el plano en que se nos han dado, indica simplemente pusilanimidad espiritual, indicio a su vez de la innecesidad de lo que diremos, cuando no de una tergiversación voluntaria y solapada.

Es por esto que después de frecuentar *Adán Buenosayres* uno termina por sentirse incómodo y decepcionado, porque al principio *Adán* parecía querer romper con todo eso y deshacer el color gris de nuestros libros. Nos sentimos engañados como si nos hubiera defraudado violando un compromiso fundamental que había parecido asumir. No el compromiso ideológico, al cual, a su manera responde eficazmente, sino el compromiso artístico, más difícil de satisfacer seguramente, pero en el cual está toda posibilidad, sobre todo para quien pretende ser un artista. Porque no es un compromiso sino consigo mismo es por lo que resulta difícil. Exige una devoción sin límites, exagerada, porque hay que sacrificarle todo lo que se posee, aun aquellas materias tan parecidas a lo artístico como las ideas y los sentimientos y de los que difícilmente nos despojamos. Cada obra viene a ser una desnudez total y nueva del artista frente al mundo, una actitud que pide un repliegue íntimo luego del cual emerge todo macerado y resumido, yendo a participar de esa descripción elemental que es una obra de arte. Esta estética primaria, esta actitud elemental, ha sido rarísimas veces superada en nuestra literatura, también por el sentimiento o el temor que han tenido nuestros escritores de ser suburbanos de la cultura, es decir de no sentirse con derechos ni fuerzas para creer que sus objetos literarios pudieran aspirar a una universalidad. Es como si una vez satisfechos con el tango nos dijéramos: "y bueno, es algo nuestro, es natural que no interese a los otros pueblos" siendo así que el hombre es el mismo, está constituido de las mismas instancias aquí, en Occania y en Islandia. Lo que varía es el contexto y es lo que diferencia las literaturas o las artes, pero justamente el mayor problema artístico, tal vez el único, consiste en entregar esta medida íntima del hombre por encima de los localismos, como para que se reconozca su humanidad y se admita donde quiera. Como en otros planos de la vida nacional, explicamos nuestro conformismo en literatura por factores que son extraños a la literatura y a la actividad creadora en sí.

No hay duda que *Marechal* ha incurrido en conformismo, en suburbanismo, en complejo de inferioridad, en todo cuanto no lo diferencia de la masa de sonetistas que anhelan impudicamente

hacer imprimir sus detestables sonetos. Víctima de estas por ahora constantes de nuestra vida intelectual, *Adán Buenosayres* perecerá si se la considera en sí misma con un criterio riguroso y sin tener en cuenta las circunstancias en las que ha nacido, sin tener en cuenta el medio cultural en el que ha caído. Si, por el contrario, consideramos estos factores más que el estético, po-

demostramos llegar a decir que es un considerable intento por cambiar la tonalidad de la literatura argentina, por insuflarle un poco de vida, frustrado lamentablemente por el peso de los desvalores que ahogan todavía y caracterizan dicha literatura.

NOE JITRIK.

Pablo Rojas Paz, Viejo Martinfierrista

ROJAS PAZ comenzó a escribir cuando parecía meta de un literato conquistar un estilo. Y cuando los literatos argentinos se preocupaban por elevar lo local a universal. Ya se había establecido que el meridiano de nuestra cultura no pasaba por Madrid. Desdichadamente, comenzaba también a parecer difícil determinar dónde estaba entonces el meridiano de la cultura, y qué era lo universal. El ideal pareció estar muy cerca del virtuosismo: facilidad de tocar dodecafonicamente recuerdos de paisajes y añoranzas de niñez: *Las mil y una noches* o (después) *el Ulises*, narrados por quien había tronchado benteveos a hondazos o conocido a los turecos marchantes. Historia o subhistoria local (*Alberdi* o *Mármotes bajo la lluvia*), geografía o subgeografía provincianas (Tucumán o *Son Blas*), como trampolines hacia la historia universal y el mapamundi. Ambición semiexplícita —pero en broma— de superar el folclorismo. Anheló encubierto —y en broma— de encontrar el tema inédito: la biografía de un hombre común o la historia de una calle. Ambición de la obra maestra con el desgaire de quien se postula a campeón de tiro sin dar mucha pelota al blanco. Algo de la desesperada sospecha de que los argentinos hemos llegado demasiado tarde para cualquier cosa, pero sin estar muy convencidos pues resta la esperanza (¿quién sabe?) de que tal vez tengamos un gran destino aguardando detrás de la próxima esquina. Nacionalismo un poco de vuelta, mezcla de complejo de inferioridad y de voz íntima irracional que asegura nuestra providencial estrella. Desesperación por afirmarse en la tradición como lo único permanente y diferenciable, y sospecha de que esa tradición no ofrece mayores recursos. Buenos deseos, pactos con el ambiente y desconfianza en sí mismo. Envidia y admiración por Europa, y entre dolorido y satisfecho asombro ante la liquidación que está haciendo Europa de sí misma. Encontrarse de pronto con que se cree haber encontrado la forma de batir los récords en un concurso, cuando ese concurso comienza ya a no existir. Un tipo de hombre, una época, hasta una clase entera de argentinos que vivió el híbrido suicidio de encontrar ciertos valores —el valor de ciertos datos y la creencia en su utilización— cuando esos valores se estaban descapitalizando: tradición europea y tradición local, libertades burguesas, buenas maneras, costumbres europeas y costumbres provincianas, el buen europeísmo del buen europeo de clase media que jugaba al aristocratismo parlamentario a la inglesa, a la cultura francesa y a la aventura sin riesgo.

La salida pudo ser el cerrilismo (la barbarie teatral del decadente: fascismo, nacionalismo) que elige cerrar los ojos, y encerrarse en su cueva o repartir gestos y pufetazos, o el preciosismo diletante. Ambos de igual modo, gesto, actitudes: estilo. Ambos, aunque de distinto modo, irónicos; postura del que no apuesta a nada definitivo. O mejor: del que no cree estar apostando defi-

nítivamente a nada. Lo que se puede cambiar: postura, estilo. Hallazgo de un modo para salvar las formas. Esperanza de que, con un gran talento, o con mucho ingenio, es posible todavía asegurarse y salvar una personalidad.

Rojas Paz hizo esas apuestas. Pareció decidir ofrecer casi todo lo que tenía dentro de sí, menos su desnudez: metáforas poéticas; disquisiciones filosóficas en las que se dice en broma lo que tal vez se piensa realmente, pero de lo que no se está tan excesivamente seguro como para no tener parecer trasnochado, mal informado o ridículo, si se lo sostiene en serio; paradojas embozadas en aire de disparates; disparates lanzados como bravatas; chistes rancios exhibidos con más valor que las ideas rancias; y, debajo, melancólica sabiduría, entristecido conocimiento, agudeza de visión bastantes como para haber logrado ser un buen testimonio si no tratara de decirnos que no toma nada de eso en serio, que, aun cuando sabe que está en la realidad que lo rodea y que describe (esta realidad de nuestro contorno), conoce demasiado su pequeñez e intrascendencia, su poca importancia en relación a lo que realmente importa en el universo. Algo que, de todos modos, tampoco sabemos qué es. Y, sobre todo, que eso lo sabe tan bien como para no comprometerse con la realidad. Ni con ésa ni con ninguna otra, de cualquier manera problemática.

La desfachatez (que en términos de esta literatura debe tener, sin duda, un nombre algo más equívoco) puede ser un ejercicio de defensa, un estilo por el cual uno oculta exhibiendo, declara lo que sabe (o cree, o teme) de sí mismo y le resta importancia diciendo que es broma, mientras regusta el acre placer de la confrontación que proporciona el exhibicionismo.

Algunas generaciones nuestras (o grupos en generaciones) creyeron —tuvieron la suerte de creer— en la seriedad e importancia de lo que estaban realizando, en el dramatismo de lo que hacían y les pasaba; otras —también afortunadas en cierto modo— desecharon tranquilamente todo este contorno inmediato como accidental y contingente: puente, a lo sumo, para llegar donde se desarrolla la verdadera historia humana, donde el hombre es efectivamente, todo entero, *el hombre*; pero otras, todavía, no supieron ni asumir ni liberarse, ni encontraron dónde ubicar ese ajeno paraíso. Así, todo Rojas Paz —aun anticipadamente— deja la impresión de estar asistiendo a la consecuencia —o al apéndice— de *Adán Buenosayres*. Desde 1924, tanto candor perdido, tanto defensivo ingenio acumulado, tanta abundancia en trabajos y en laborioso denuedo: algo parece haber de cierto en esa aventurada suposición de que los escritores argentinos escribimos más para encubrirnos —o para cubrirnos— que para declararnos. Pues, como recuerda Borges, siempre tenemos a mano un experimento más.

F. SANROMÁN.

Algunos Libros, Algunas Mujeres

CARMEN GÁNDARA, "LOS ESPEJOS".

PARA Carmen Gándara, la novela, la novela "satisfactoria". "debe ser, ante todo (Vicisitudes de la novela, "Realidad" N° 13), familiar, respirable, habitable... una atmósfera, un pequeño cosmos...", porque "la novela vive del vivir diario: es el relato de la relación del hombre con su propia existencia..."

El artista cumpliría así con la función de la ardilla del cuento germánico, que con la rapidez del pensamiento volvía al hombro del dios, después de recorrer la tierra, para comunicar lo que le necesitaba al hombre. De eso se trata, de comunicar, pero con la condición de no difamar el mensaje y mostrar la vida abigarrada y torpe, los hombres contradictorios y débiles, no Ratonos Mágicos.

cos de pega, sin escaquear su bestedad y sin negar la esperanza de salvación. El hombre tiene una medida, un poder, una posibilidad, y es esa medida, ese poder, esa posibilidad lo que hay que descubrir, lo que hay que denunciar, pero tratando de no engañar el alma, de no trocarla en algo tan inmutable como infalible, no, de no despreciarla de la ceguera que la une a las cosas tangibles e inexcusables de la realidad, ya que en las dificultades de esa realidad está el verdadero juego humano, para mentirla o para trascenderla. Si en estas condiciones reside la "familiaridad" requerida, no la encontraremos en *Los Espejos*. Porque no encontramos esa disposición que hace coherentes a los personajes —aún en sus mismas contradicciones— tornándolos dramáticos, insustituibles. Chocamos con una atmósfera arbitrariamente simbólica, donde las necesidades primarias son acalladas y las virtudes empujadas.

Hay un ángel, Cecilia Hurtado, un ser sin perspectivas, sin disyuntivas, que transita por una actitud no ya monótona sino impoluta, de feto encerrado en su frasco de alcohol y que tiene un solo estado de conciencia —intuición extravagante de los valores absolutos—, y una sola actitud —miedo de perder a un marido que no posee—. Vive —sobrevive— en ese sentido coloidal y sólo una vaga rebeldía —más bien una luminosa sensación, la induce a creer que ciertas cosas no están bien como están, pero incapacitada para tomar parte activa en el desastre y jugar su papel definitorio, acepta que ese ir y venir repudiado se torne destino, sin oponerse, temerosamente. Porque no podemos considerar que actúa cuando echada sobre el cristal de la ventana se abruma en la contemplación de un mismo paisaje, día tras día, o espera la llegada del hombre, o recorre los caminos helados, o hace tamborilear los dedos en los brazos del sillón, ya que nada puede prever, pues no se lanza ni al descubrimiento ni a la comprobación.

Cecilia es más que un ser, un signo, pero sin la posibilidad complicada de los números, sin la oscuridad inoludible del alma humana ("...ella, en todo momento, guardaba un tono justo: era fina, extraordinariamente fina y había una insata, encastada prudencia en cuanto hacía y decía. Sus gestos y palabras eran serios y oportunos..."; "...luego, lentamente, siempre con esos gestos suyos, justos y serios..."; "...ella lo escuchó todo, insólito y pálido, sin que su rostro descendiera de esa altura en que vivía, como manteniendo su cabeza fuera de todo lo que estaba escuchando...", etc., etc.).

En embargo, pese a estas características, logra vaticinar precendidas verdades con la certeza de una pitonisa acreditada: se petrifica en esas voces ("—Y la chica! Es lo único que me importa, lo que más importa").

Gonzalo sintió en el pecho como el frío de un puñalada. Musitó confundidamente:

"—El padre le ha mandado llamar" (...)

Cecilia no lo miró. Quedó allí con las manos quietas sobre las faldas lisas. Y él, por primera vez (...) pensó que era ella quien estaba en la verdad, ella, que parecía estar ausente de la vida. Lo que importaba no era lo sucedido sino las consecuencias de lo sucedido...), creando una situación que no es dramática al no existir el diálogo, el enfrentamiento, la disputa, la confrontación de cosas diferentes. Ni con ella misma, ni con los otros ("Cecilia tuvo miedo de contestarle. No quería prolongar el diálogo. Levantó apenas los hombros y miró el fuego con singular atención. Hubiera querido estar a mil leguas de allí..."; "Gonzalo pronunció nerviosamente un cigarrillo, y salió por la puerta blanca que daba al dormitorio, sin pronunciar una palabra"). Ni irrefutablemente veraz —significativa— ni mucho menos conmovedora (1).

Es el viajero exclusivo de un mal dantesco —estático, inmutable— que posee una destreza evangélica y abrumadora. Evangélica sí, pero mala humana, estéril, sobrelevando deseos descarnados, sin la voluntad del hijo, sin traiciones, sin la alta caridad del que duda para el bien, absurdamente maciza, sin que el dolor la resquebraje ni le haga adquirir los movimientos de la vida. Siempre, todos los días, planta árboles, mira el fuego, ebul-

chismos de amigas y sirvientes, corta rodajas exactas de pan, pone y suca ramas de floreros de cobre; permanecer, permanecer, estar muerta.

Y en este clima, en esta clave ineludible donde las fuerzas humanas no pueden probarse sino contenerse o sobrelevarse, soporta el peso de la frustración, del desencanto: Gonzalo Aguiar el demonio. Un pobre porteño, vulgar y dócil, inevitablemente aburrido de Europa, de la sociedad porteña, del campo; hambriento de la vida a tal punto que no sabe como usar su cuerpo sin ofender a nadie y que, después de un triste pecado —porque fue descubierto—, una aventura anodina, aceptada, sin haber sido probado ni la culpa ni el arrepentimiento, el juicio inexorable de sus semejantes —porteños a salvo—, doblegándose a un destierro insoportable, amparado por la benevolente luz de su mujer.

Entonces el sud —"donde brilla oculto el fuego de la muerte"— con sus paisajes minuciosamente descriptos, cobija a la pareja. Pero Gonzalo tiene algo en las venas y llega a fastidiarse y repudia su inactividad, ese descrédito donde sumergió su vida. Y después de mucho soportar días iguales y lluvias iguales y excursiones iguales, en un arranque sorprendente y feliz, se abre ante el silencio invariable de Cecilia. Y ocurre lo más original de esta novela: Cecilia, impulsada por su destino simbólico, como si respondiera al deseo de su marido, una tarde se desbarranca y muere. Gonzalo ha obrado, está libre. Pero no, lo que ha llegado es la hora del arrepentimiento, de la conciencia, y, al recordar unas palabras —"justas, breves, íntimas"—, se revela gradualmente el secreto: Gonzalo también poseerá el sentido de esa verdad que Cecilia manejaba inocentemente, esa clave ineludible que explica la demora humana, y sube, entonces, desentrañando una homilía casera, la escalera dorada y luminosa —que como en los catecismos escolares se pierde entre nubes también doradas y luminosas— que lo llevará a Dios (La Verdad! ¡Lo Absoluto! ¡La Conciencia Moral!). Es decir que Gonzalo, el personaje hasta ahora vivo de la novela, se pierde para siempre. La humanidad que posee —esa misma hostilidad, esa trabazón, esa injusticia— se disuelve. Lo ineludible, lo vergonzoso, lo que era ignorancia, debe expiarse; mientras su mujer —ahora incorporada— actúa como los grandes varones de las escrituras sagradas, cruelmente, sin tolerancia escapatorias, hundiéndolo en una oscura voluntad de la que no podemos prever las consecuencias. Y Gonzalo —el redimido— elige su desierto alejándose aun más de los signos carnales de las pruebas, buscando al sud, más al sud, en las soledades bárbaras de las últimas tierras, no sabemos qué valores trascendentes.

Las relaciones Cecilia-Gonzalo son de una índole tan particular que ni el mismo Charles Morgan se hubiera atrevido a formular son un hombre y una mujer ligados por una especie de fatalidad ("El sabía, con su experiencia de hombre ya empapado en la vida, que en ella había nacido una necesidad de él de la cual ni él ni ella podrían ya, nunca, prescindir"), que no los manco nunca, sino que los hace sufrir separadamente, platónicamente —e arraigo por debilidad del uno y la insatisfacción por superficialidad del otro—, rozándose solamente para ubicarse en sus signos para agravar las incomodidades y la angustia. Pero sin crisis determinantes, sin titubeos, sin alterados arrastres, todo en leves agonías, calladas y uniformes.

Novelar es abarcar el género literario más cercano a la vida una especial relación con la realidad, donde son seres humanos quienes cohabitan los intereses del autor; es el redescubrimiento de todas las cosas y no receta alusiva, donde se sobreentiende el desarrollo. Y si además de esto —elemental, por otra parte— re-

(1) Ese silencio tan digno, esa inmovilidad arrogante, esa pólida, inabarcable de los personajes de Carmen Gándara, que configuran un estólido mundo de arquetipos excluyentes —previstos y huecos— remiten sin lugar a dudas al engolado universo de Maibla y de otros escritores argentinos pertenecientes a una determinada clase social —política y cronológicamente en vías de liquidación— o que adhieren a ella a través de *La Nación* y de *Sur* —otros en liquidación a pesar de los grafodramas de Medrano o de los best-sellers de Norman Mailer—, que escaquean lo cáustico y la violencia y la dinámica de nuestra realidad que no es ni originariamente pecaminosa ni privativa de ojos mediúmnicos,

verdamos las palabras de Carmen Gándara (*Kafka o el pájaro y la jaula*, Ed. El Ateneo, 1945), que al valorar la obra del alucinado de Praga acierta al descubrir que su misterio reside en "un aire extraño, un mundo habitado por fuerzas misteriosas", donde se realiza esa "medida vertical" que une el mundo humano al divino para librar a la novela de la dimensión subjetiva que la encerraba ("ya están contruados, delineados, animados los dos mundos...; se tocarán, se afrontarán en lucha sutil, otros y continúa durante todo el relato; el libro será la historia de esa lucha...") y donde la realidad se confunde con irrealidad para alcanzar el "orden total", y esperamos que en *Los Espejos* se cumpla lo antedicho, comprobamos que *Los Espejos* no es una novela satisfactoria.

Por más que Cecilia cristalice ciertas frases que rozan las intenciones metafísicas, haciéndolo como milagro de su sensibilidad, no se nos hace evidente ni la transmutación de ese milagro ni el mecanismo interno del personaje que lo haría posible. Cecilia no habita ninguna atmósfera líndera de irrealidad, de alucinación, no; ella está ubicada en una lógica estricta desde donde enumera sus estados de ánimo lúcidamente, pero vive realmente su intuición o más bien logra enunciarla como una sagaz filosofía, sin verificarla, manipulando una idea tras otra como si escogiera libros que almacenara convenientemente.

Toda posibilidad psíquica, por más arbitraria que sea, es lícita para un novelista, pero siempre que alcance a concretar ese "aire extraño", siempre que logre dejar de ser carátula enunciativa para convertirse en drama tangible. En realidad, y aquí "realidad" significa peso, fuerza, consagración.

Tanto Cecilia como Gonzalo son individuos de recursos vulgares que de pronto se ven acosados por el nombre de Dios, sin mostrar el menor asombro; más aún, manejan a Dios como si fuera un objeto cotidiano, eficaz pero inofensivo. Así, "Dios" se convierte en una denominación que deja de tener contenido consagratorio, porque ¿qué es Dios para Cecilia, para Carmen Gándara? ¿La Verdad, lo Absoluto, la Conciencia Moral, el Jefe del Kluks-Klan? Así dichas, éstas son palabras, vacías por tanto uso y lisas como un huevo, elementos que esperan la redesignación, sea el misterio primitivo o el justo precio puesto al día. Ya que novelar, es comunicar, pero comunicar una experiencia nueva —ya roce el mundo objetivo o abarque la medida vertical— por medio del lenguaje, un lenguaje significativo y que responda a las exigencias del pensamiento, negándose a utilizar giros estándar que transmitirían una imagen o pensamiento estándar. Sin confundir esto con el prosaísmo, que es recurso estilístico. Novelar es buscar la expresión, saltarla, ajustándola al pensamiento, que siempre está en renovación, traduciendo sus avances. Recurrir a los tópicos, en cambio, a las frases hechas, a los convencionalismos de gusto, a los adjetivos de propaganda sin tratar de extraer de ellos todo el significado olvidado, todas las variaciones posibles, no solamente es pobreza idiomática, sino espiritual.

¿Cómo un novelista puede resignarse a usar adjetivos como estos: "elegante", "fina", cuando al decir "elegante", "fina" le dice con la misma seriedad que cuando dice "Dios"? Por eso en *Los espejos* la palabra "Dios" está desvirtuada: no recobra jamás las intuiciones del espíritu de la autora protegiéndolas del anonimato. Se podría haber dicho *Perro Rojo* o *Gran Helecho* y hubiera sido lo mismo. Eso, que es descubrimiento particular, fruto de una intimidad elocuente, privativo, no está cercado. ¿Cómo entonces un novelista puede complacerse en enunciar las cosas de su mundo con designaciones extremadamente generalizadas, sin particularizar, sin buscar lo inédito, sin aprehender lo secreto, sin rejuvenecer las constantes, reeditándolas? Decir, por ejemplo, su mal humor ("según el mal humor del día"), sus recuerdos ("que encerraba tantos recuerdos"), sus problemas, es no decir nada: Novelar es eludir las definiciones y precisar qué mal humor, qué recuerdos, qué clase de problemas, ya que al generalizar asistimos solamente a la imagen remota de lo que se quiere ejercer, de ese universo requerido. Y Carmen Gándara incurre penosamente en un universo reconocible; así en las enumeraciones, donde los objetos tienen el mismo valor que

en los catálogos de remate: "rosario de cuentas de cristal", "reclinatorio de raso blanco", "blancas pizas de cabra", "sábanas de encaje de Venecia", "batón de lana y piel", "mesa de caola", "cortinas de seda opaca". Indudables valoraciones de un supuesto universo diferente, excepcional y que en virtud de ese melancólico y caduco prestigio quieren ser; pero lamentables palabras insípidas, invariables en su rígido ordenamiento. O bien, en las referencias anecdóticas, donde los hechos narrados proliza y mesuradamente, apenas consiguen mondar a los personajes como a una naranja, sin darles profundidad, eco, este plano, algo un poco más atrás, lo de más allá y lo otro, ya que el lector no puede intervenir en su desarrollo, sino que tiene que acatarlos como realidad dada, consumada, ya ajena, sin ninguna posibilidad de penetrarlos para recorrerlos, para reconocerlos. El alma de esos personajes es un globo de cristal que refleja sus movimientos, pero el misterio está lejos, ignorado e inasible. Además, como no están enfrentados unos a otros, sino estudiados aisladamente, resumiendo o interpretando sus actitudes —como si fueran vísceras en un tratado de anatomía— marcando los valores intencionalmente importantes, jamás los sorprendemos desprevenidos, con las manos en la masa, sino que se nos aparecen como muñecos lúcidamente ubicados, lujosamente intactos, inobjectables, como los muebles en la vidriera de una casa de compras padecido las medidas exactas del hombre, listos para el uso, pero cargados con toda la tristeza de la espera de algo que no se realiza, que tarda en llegar o que no está dicho.

Los personajes de Carmen Gándara están allí, con sus situaciones confeccionadas, con sus posibilidades y sus recursos, pero algo mecánico interrumpe la comunicación. La enunciación total, lo que debería ser unidad, universo, tampoco está resuelto satisfactoriamente: descubrimos de inmediato el encajado, la intención intelectual de la autora que no logra engañarnos como otros autores, también preocupados en dirigir la actitud de sus criaturas, que nos dicen lo que quieren y cuanto quieren en boca de sus criaturas, pero que nos avasallan con su humanidad como si asistiéramos a un espectáculo inocente e imprevisto.

Ea decir, que *Los espejos* está diagramada estrictamente y a la vista; sabemos que tiene un fin pre-establecido causa de la obra e inexorable como una ecuación, donde el absurdo o la sorpresa o el acontecer no intervienen (2), lo que hace que no asistamos a un misterio, sino a una imitación, donde cada detalle está previsto, ordenado. Donde cada personaje representa y no padece un destino.

La novela es mito, en el sentido de revelación, donde el final —la muerte— es tan aciago como la vida. Pero en la geometría de *Los espejos*, los personajes inhibidos para la agilidad de las cosas que devienen, se anquilosan en un significado que es dogma. Cecilia será siempre el ángel, Gonzalo el demonio que debe convertirse para que la palabra Dios triunfe.

Todo esto presupone que la dimensión trascendental por la que pugna la autora se desarticula: ni lejanía ni precisión concretan el sentido buscando; sólo resta la ardua labor de Carmen Gándara; su afán se reduce —me duelo de ello— a palabras, estratos, búsqueda, pero ese "orden total" que ella misma enuncia, el mensaje, esa resuelta decisión, ese universo esperado, queda en ademán, en mueca vehemente.

SILVINA BULLEICH, "BODAS DE CRISTAL"

Silvina Bullrich, en cambio, narra la vida de una mujer decente, esposa, madre, con un cinismo certero, inalterable en sus molinos escombrosos, sin dejar escapar esa rara desazón que todo ser humano soporta en la vida más anodina, ese horizonte consolador e incierto que no deja de ser en este caso la posibilidad de revancha o del acomodamiento definitivo.

Si en algunas novelas choca esa lucidez previsor, intelectual, de los protagonistas al narrar su historia en una actitud que no

(2) Lógicamente que el autor siempre sabe qué harán sus personajes, pero la cuestión radica en el desarrollo de su voluntad, de si lo hará como un dios indiferente que deja hacer, que contempla, o como un químico que prepara, que determina.

conuerda con las características de su vida, vida vivida sin especulaciones de ese tipo, en *Bodas de cristal* no pasa nada similar: la sabiduría de su protagonista, *ese darse cuenta*, es lícita y coherente. Porque su saber no es especulación, sino ubicación, utilidad, y su reflexión experiencia inteligente, defensa casera.

El personaje de la Bullrich, vive sus posibilidades sin excederse y al revelarlas sus anécdotas familiares, sin pretensiones metafísicas, se fija como arquetipo de una sociedad indol que goza sus mezquindades sin querer rebelarse, tratando de encontrar la paz que la tornará inmutable, consagrada a una muerte.

En realidad, este testimonio de Silvina Bullrich, tiene todas las proporciones, no de *confesión* (se confiesa el que espera penitencia, el que sabe que ha pecado, el que está al tanto de su infracción) sino de la *complacencia*. No hay asombro frente a las cosas de este mundo, sino una ciega aceptación, un mimetismo oportuno. Cuenta lo que es, pero sin lacerantes expiaciones, sin esas contricciones que no halagan ni prestigian, sin esa humildad total e irreversible que ni ampara ni complace; sólo, apenas con sagacidad. Nos muestra un mundo de camas con respaldo de raso, pero felizmente no nos dice "esto es lo mejor", sino "esto es así, es lo mío", y "lo mío" de Silvina Bullrich es esa placidez irritante de estar de acuerdo con las cosas de la vida, de entrar en el juego, no para crearlas, sino para manejarse con comodidad, sin alterarse, aceptando la mayor cantidad de bien que se pueda conseguir, de ponerse la careta del caso y proclamar de una vez por todas que *eso—es—así—y—mejor—es—saber—defenderse*. A mí, a los lectores, nos toca jugar, reaccionar y, si cabe, sufrir. Y airarnos si no creemos que el mundo es una gran colmena donde cada uno ocupa su prisma exagonal, idéntico al del vecino, con la carga del mismo pecado —*¿quién tenía la primera piedra?*—; donde hombres y mujeres, sudamericanos y franceses tienen su designación tipológica inexcusable que los ubica para siempre en un destino.

Este libro haría las delicias de una feminista que podría partir de él como prueba de la necesidad de sus reivindicaciones, sin embargo, ¿quién puede dejar de rebelarse ante tanta sólida complacencia en la amoralidad que evidentemente no es una moral nueva que está contra la caduca, sino simplemente nada; que pasa por cordura social, por bien entender; o ante tanta generalización que tiene el atractivo minúsculo del juego de palabras? No es lo que cuenta, sino su actitud ante lo que cuenta. En fin: *eso—es—así—en—el—Buenos—Aires—distinguido* de Silvina Bullrich. Y, no lo dudo, también en las confortables audiciones radiotelefónicas que emiten consejos sobre conducta sentimental y sobre sensibilidad a manipular ante las nobles ruinas y sobre las expediciones turísticas que visitan el mundo en veinticinco días, donde todos —hombres y sudamericanos y franceses y porteños y mujeres— están de acuerdo, conforme con la vida que se les da.

Los Comunistas (Manauta, Barletta, Yunque, Varela)

LA burguesía posee armas tan sutiles, influencias tan penetrantes y agudas que nadie parece a cubierto de ellas, ni siquiera los escritores "proletarios". La burguesía se parece al monstruo despiadado, sin pies ni cabeza, pero con una real voluntad de presencia y que actúa por personeros. Cuanto más queremos librarnos de ser sus agentes directos, más nos hundimos en la ejecución velada y solapada de sus ideales. Esto ocurre notoriamente con los escritores sociales, aquellos que combaten sistemáticamente a la hidra. Pareciera que la reivindicación que buscan consiste en un reemplazo, resultado de un desequilibrio. Por lo demás, estamos en el mejor de los mundos. ¿Es esto cierto doctrinariamente? Me da la impresión que no. El mundo visto o postulado por un proletario con conciencia de clase no puede tener los límites de un mundo deseado por un escritor conformista. Curiosamente, los escritores "proletarios" no van más allá de los márgenes que les imponen sus enemigos, y sus obras y sus temas no alcanzan a trascender una mentalidad a la que se refieren siem-

pre preocuparse por su miseria, sólo dispuestos a la defensa ostentando adornos de inteligencia, y donde es posible la humillación en masa, como si tomaran parte en un festival puro y sagrado.

NORAH LANGE, "PERSONAS EN LA SALA".

En 1927, la primera novela: *Voz de la vida*, en forma epistolar. Cartas de una mujer a un hombre, retórica nutrida e insalvablemente convencional, que convierte un amor que pugna por ser violento en un tópico frío e irritante. Ante estas cartas, pocas cosas se pueden decir: que Jorge Luis Borges había publicado en la misma colección —Editorial Proa— las primeras *Inquisiciones*; que un nombre de mujer, Alfonsina, era conocido desde 1916 y que *Oere* era del 25. Inútiles serían otras reflexiones (que frente a la imagen del "hijo" uno comprende a Herodes y ante la imagen de la madre —"tu madre, nuestra madre, quizá muy pronto..."—, se justifica la eutanasia).

En 1950, *Personas en la sala*, con una dedicatoria: "a un poeta auténtico y entrañable"... ¿*Entrañable?* Sí. Palabras imprevistas que rompen la costumbre del pensamiento, encanto breve y reiterado, una sorpresa tras otra, surrealismo, inteligencia o divagación, pero siempre encanto, el instantáneo prestigio de las cosas inesperadas, el poder de palabras que no tenían que andar juntas y que ya se aman. Imágenes, imágenes, belleza o gratuidad según el estado de ánimo del que lee, pero concretado en lo sensible, el pequeño descubrimiento, la irrealidad conmovedora. Y en este delicioso mosaico, colección y revista, no unidad, diestra carrera de insertar palabra tras palabra, sin desmayo, mintiendo y jugando, Nora Lange siempre hace vivir las agudas apariencias de algo que es ya verdad tras las trampas y las acrobacias.

ESTELA CANTO, "EL HOMBRE DEL CREPUSCULO"

Aquí ya no se trata de la irrealidad, sino del espejismo —ya conocido en cuentos desafortunados—, pero que ahora maneja individuos que mantienen la pretensión del drama humano, que son hombres y mujeres con profesión y nombres, y no imágenes o fantasía.

Y es problema, porque se enajena en la posible absurdidad de la vida. Pero esa absurdidad se entrevera con elementos espúricos: esquemática psicología, gran guiñol, situaciones melancólicamente falsas. Entonces ese hombre repugnante que es Evaristo J. Lérica exige un tribunal inexorable, pues la ética entra a balancear su vocación y ya no podemos jugar con él.

Y en el complicado interés que tiene que ser la novela, *El hombre del crepúsculo* se queda en esquema, cuya situación y textura no alcanzan la certeza de las cosas que valen para el espíritu.

En fin, unos libros, algunas mujeres, ninguna novela.

ADELAIDA GIGLI.

pre como teóricamente superada. La máxima aspiración que se puede advertir en ellos es la de lograr reestablecer un equilibrio roto, no por un vicio funcional de un sistema, sino por lacras particulares de ciertos individuos, resultantes, eso sí, de ese sistema, pero aislados y arbitrarios.

Pero no es sólo esto lo que vincula de burguesas estas novelas a las que me referiré, sino también lo formal, lo exterior. La técnica que emplean —1943 a 1955— es la que corresponde al más ingenuo realismo, a un naturalismo cuyo mayor sentido, y precario, se dió en la época en que la mentalidad burguesa obtenía sus más íntimas y más caras satisfacciones. (Los cultores de esta técnica, no salidos precisamente del pueblo, son los que ocupan sillones académicos donde haya una Academia). No es este anacronismo por sí solo lo que los condena, sino sus consecuencias, es decir, las exigencias estilísticas que un realismo primariamente entendido puede tener. Los escritores comunistas quizás hayan elegido esa vía de expresión, presionados por la índole de sus te-

mas y la urgencia en la difusión de sus mensajes, en lo cual han errado lamentablemente. El realismo que practican exige nada menos que el tributo de la humanidad, verdad y trascendencia de lo que quieren decir. Sus personas carecen de profundidad, son figuras planas, mecánicas, les falta perfil, llevan el lenguaje común, el idioma cotidiano, hasta hacerlo barrera en la cual se estrella toda aptitud de expresión y de existencia. Notoriamente, sucede esto con Juan José Manauta, cuya novela *Los Aventados*, pretende ser la epopeya silenciosa del "cabecita negra". Manauta se extravía, paradójicamente, en sus simplificaciones. Para ser individuos víctimas de un movimiento social de tanta envergadura como él lo sostiene, carecen totalmente de angustia, ignoran la situación y ni siquiera se comportan instintivamente según ella. Lo que ocurre es que ni siquiera Manauta ha comprendido muy bien tal situación. Para él, todo este fenómeno de actualización activa de un sector social importante de nuestra población tiene un sentido único e inmediato: que ellos son pobres y que todos se aprovechan de esta clásica circunstancia. No niego que esto sea así, pero hay instancias que estos mismos protagonistas interpretan en la realidad, tal vez surgidas nada más que de dicha causa, pero que deben necesariamente llegar hasta el fondo de su humanidad. Manauta tiene el tono de quien cree que con decir que ocho personas viven en una sola pieza de conventillo lo ha dicho todo. A lo sumo es una puntita a partir de la cual tendría que haber trabajado hacia adentro. Influidor por la poltronería espiritual burguesa lo ha hecho sólo en superficie, sin demostrar en ello ni siquiera excesiva habilidad.

No es exactamente eso lo que ocurre con Barletta (*La ciudad de un hombre*). El conocido director del Teatro del Pueblo peca directamente por la posición mental que deja traslucir a través de una técnica novelística evidentemente superior a la de Manauta. En la novela de Barletta hay acción, pasan cosas, el tiempo está considerado como una fluencia de cuyos límites el autor tiene los resortes. Además que la ciudad (parcialmente) y algunos de sus lugares y acontecimientos más notorios no están ausentes y aun su presencia está bien dosada. No es la inserción de estos elementos temáticos lo que daña la novela, sino el color con que el autor los viste. Es de esas personas que están todo el día recomendando sencillez a sus semejantes y que ven en lo sencillo y lo diario, no la raíz de particulares fenómenos humanos, sino el límite de las posibilidades de toda actividad. Sería tonto que le reprochásemos su gusto por las profesiones humildes o por la gente sencilla. Lo que nos resulta agravante es que dentro de las profesiones humildes y las gentes sencillas no vea nada, no descubra nada, no transmita nada. Barletta piensa que las complicaciones de la gente son molestias que hay que dejar de lado, así como se ponen de costado los amigos de infancia que están en otras cosas. Juzga como artificiales y sin sentido toda complejidad y confusión. Él se sienta a tomar su matutino matecito espiritual y ya está: escribe historias de perros o de las dificultades de las señoras en las ferias francas. Ignora que reduce la existencia a figuritas alineadas y que ese caleidoscopio no interesa como no interesa que él sea un hombre honesto y que ame las camisetas interiores de algodón. Es una para pose que materializa lo que dije antes acerca de la superficialidad burguesa y la inmediatez que estas buenas personas le exigen a los objetos de la vida.

Me pregunto si Barletta cree que siempre, e impunemente, podrá contar con partes dolorosas, con ritras de ajo, con piñes galaicos y dominicales en Olivos, con tios buenazos que de pronto desaparecen o con madres que abandonan "sus hijos ciegamente", para inculcarnos la realidad. Si esto cree, me alegro por él porque la multiplicidad de estos hechos le proporcionará infinitos gozos intelectuales. De lo que no me regocijo es de la marea de puerilidad que irá desistando sucesivamente. La excesiva simplificación le enajena toda simpatía; el fondo de asfixiante placidez y conformismo, del que no sale jamás, lo hace peligroso; los ideales vitales que pone en el espíritu de sus personajes lo hacen despreciable. ¿A esto conduce haber comprendido que estamos en las garras de un sistema implacable? ¿Esto constituye la prueba de

nuestro derecho a sentirnos superiores a los demás por habernos dado cuenta? No valía la pena el esfuerzo, ni en uno ni en otro plano. Lo agradecemos y quedamos como antes, es decir, con las ganas, esperando de los que se reclaman de su adhesión al pueblo que nos den una versión, si no exacta, por lo menos real y humana del pueblo.

Con Alvaro Yunque (*Tuércase con el peñero*), sucede algo más curioso e interesante. Su novela no es tanto la de un comunista como la de un típico escritor de izquierda, tal como se ha dado en nuestro país a partir de 1925 y hasta la guerra del 39. Herederos de Boedo, tránsfugas de Martín Fierro, creían en el oficio literario como en una actividad de por sí ennoblecadora, pensando que por el hecho de escribir se estaba en un escalón social diferente, ni proletarios ni oligarcas, ni aristócratas ni burgueses, pero con tal dosis de ubicuidad que podían alternar con unos y otros sin desmedro de su situación y en beneficio de su riqueza espiritual y anecdótica. A todo esto se une una cierta satisfacción por los años vividos y la convicción de que se ha acumulado una interesante experiencia. Lógica consecuencia es el sentimiento de superioridad que en esta novela de Yunque llega a ser de a ratos verdaderamente irritante. En una novela donde hay unos diez personajes de importancia, cinco, por lo menos, son sentenciosos y poseen, cada uno a su manera, una "sagesse" que los hace hablar por fórmulas y otorgar incansantes puntos de vista paradójales e "interesantes". La proporción es evidentemente demasiado grande para pasar inadvertida. Consecuencia inevitable es la fatiga del mísero lector. Supongo que este exagerado afán por aparecer como el "que está de vuelta", constituye la principal razón de la debilidad de esta pieza. Digo esto porque somete a tal estado de ánimo toda la posible profundidad de caracteres distintos (aunque algo convencionales: la actriz talentosa, el editor cínico pero noble, el boxeador retirado y alegre, el usurero implacable, el reaccionario terrorista, etc.) y desvirtúa el ritmo que parece haberse propuesto con esquemas de acción algo forzados o por lo menos con hechos no demasiado convincentes, tales como el robo al cigarrero, el susto a la avara, la sociedad secreta, la muerte de Antón, etc. Y esto es de lamentar porque en sus cuentos (o en algunos de sus cuentos) Yunque alcanzaba a veces instancias poco comunes en nuestra literatura de ficción. Con situaciones sumamente simples conseguía un clima inusitado, casi pirandelliano, a fuerza de agudizar los sentimientos y revolver en la miseria, allí sí convincente. No es puramente lacrimógeno acentuar la soledad de un niño, por ejemplo. Si es posible que resulte, por lo menos tiene el mérito de penetrar en lo hondo de una angustia sin el temor de hurgar en ella y aceptar sus últimas consecuencias, que pueden no ser muy higiénicas a veces. En sus cuentos, Yunque tenía tensión, había un hombre de verdad; en su novela, no hay más que pretensión de deslumbramiento: nos quiere manejar con su habilidad y sus conocimientos de la psicología. Ahora bien, ocurre que su masa de conceptos no es demasiado vigorosa ni original, por lo cual, desdichadamente, cae en lo pretencioso, la vanidad y la inutilidad. Uno se pregunta para qué tanto suceso, tanto bandido fronterizo, tanto vino, tanto personaje siniestro, en una ciudad donde por lo general estos hechos, si no son extraordinarios, son por lo menos aislados y carecen de fuerza pedagógica.

Pese a todo lo dicho, la intención social no está absolutamente abandonada. Sólo que no tiene una sobrecarga de expresión, sino que sirve de panorama dentro del cual los hombres, y esto va en mérito de Yunque, poseen su libertad.

Yunque intenta describir lo que se vivía, cómo era la gente bajo el régimen conservador. No falta la ironía bolchevique. Un terrorista absurdo y muy malvado abomina de todo lo que sea ruso y a pesar de todo, le place la lectura de Trotsky. En cuanto a Lenin y Stalin, este malvado no los pueda ni oír nombrar.

El lenguaje es fluido y reconocible. No es afectado sino cuando alguno de los personajes muestra su "mundo". Hay un uso generalizado, y a mi entender, falso, de la segunda persona del singular del pretérito indefinido con *s*: dijistes, tuvistes. Pone algo nervioso esta insistencia, primero porque el fenómeno no tie-

me toda la vigencia que Yunque pretende; segundo, porque no es un tiempo verbal de uso tan frecuente como para que se haya dado la generalización de un hábito que por el momento es sólo vulgarismo. Decir "vos sabés" es aceptable y legítimo; decir siempre "vos dijistes" es insoportable. ¿Pedantería al revés, quizá? Hay quienes por abominar de los que hacen un culto de la corrección, se van al otro lado aceptando como oro en lava todo lo que es vulgar y que lo es sin remedio ni perdón.

Por su difusión, por la cantidad de sus traducciones, por el brillante negocio que hizo con ella el cine argentino, es de mayor importancia la novela *El Río Oscuro*, de Alfredo Varela. Tanto que los editores, en un raptó de genialidad, decidieron insertar al final del libro, comentarios críticos formulados, los cuales ilustran bastante acerca de la acogida que se le dispersó en todo el mundo. El más sustancioso es, evidentemente, el del crítico soviético, cuya lectura suscita un movimiento mecánico de antipatía que la novela no merece. Reproduzco textualmente: "La aparición en la novela argentina de un héroe como Ramón merece ser atendida. Después de comenzar su trabajo en los yerbales, como otros millares de peones, Ramón no se transforma en la víctima sumisa de la explotación colonial. Intuye tareas de clase y organiza a sus camaradas para la defensa de sus intereses. A la formación política de Ramón coadyuva mucho su compañero de trabajo en un obraje, Frutos, que fuera participante activo en el levantamiento de Prestes en el Brasil, en el año 1924. Los capataces ven en Frutos un peligroso agitador y lo asesinan." Léase *El Río Oscuro* y el comentario resultará decididamente risueño y, lo que es más gracioso, verdadero en el fondo. Evidentemente, Varela está en lo que el Partido quiere que se haga y lo realiza bastante bien, ¿por qué negarlo? Nativos de Misiones aseguran que su comprensión psicológica del mensú es mala, pero eso no importa, primero porque no conozco a los mensús como para discutir con Varela su mayor o menor veracidad; segundo, porque a mí no me importa la fidelidad al modelo. ¿Le importa a Varela? Debo creer que sí, porque para él la novela es tan sólo un instrumento que le permite interpretar una partitura más importante (la lucha de clases, el antiimperialismo, etc.) y no un fin en sí misma (como sería para mí), de modo que si miente, si la gente no es como él la describe, su denuncia carece de validez, se derrumba falta de hechos que prueben las iniquidades que comete la burguesía. Pero tal vez se haya simplemente engañado y no haya mentira voluntaria. ¿Es menos mentira por eso? Pero no problematiquemos sobre lo probable. Atengámonos a lo que hay escrito, de a ratos muy bien escrito. Con vigor, con tono, con riqueza, tal vez con cierta cadencia depresiva demasiado prolongado o monótona, pero en fin, con un lenguaje bastante más atractivo que el de sus compañeros de ideología y aún que el de muchos "estilistas" burgueses. Le reprocho la inserción de los pasajes histórico-mitológicos que sirven de introducción a cada capítulo. Me da la impresión de que son únicamente razones que el autor expone para que no se crea que lo que viene después, mucho más importante, es casual o un mero invento suyo, algún juguete arbitrario. De hecho se convierte en lastres que demoran la acción y no enriquecen la ideología, porque los motivos que para explotar a los indios tenían los jesuitas no son los mismos que los que tenía Safoac para exprimir a sus mensús. A menos que el autor pretenda que está en la naturaleza esta fuerza demoníaca que se encarna siempre en los injustos. No creo en esto porque la intención de Varela, hecha notar por el crítico soviético, fué de hacer una novela social, tal como la entiende un comunista y no una novela de la tierra, a la manera confusa y oscura de Rivera o Icaza en quienes el contorno físico es agente efectivo de fuerzas contra las que el hombre se estrella. Buenos y malos son una consecuencia de la misma naturaleza. Aquí, en cambio, los malos lo son porque hay que ser implacables para cumplir con lo propuesto y lo propuesto es el lucro más cruda. De la misma manera, como son sanguinarios aquí, lo serían en otras partes, si no fuera que el proletario vigila y actúa, reduciendo sus iniquidades al mínimo.

No es, pues, *El Río Oscuro*, una novela americana, sino un in-

tento, más ajustado que todos los presentes, de novela comunista o de un comunista o bien de quien se guía por los principios del realismo socialista. Esto es del mayor interés. Hasta la fecha no sabíamos cómo podía trabajar estéticamente un hombre que en otros planos que los del arte representa una realidad humana incuestionable, que posee una personalidad construída en base a supuestos distintos y con apetencias y puntos de vista diferentes de los nuestros. Varela quizá sea el primero realmente bolchevique como novelista, por su forma de enfrentar las cosas y los seres. No que lo sea acabadamente (él mismo quizá no se lo haya exigido), sino que ofrece un modelo más ajustado, según el cual, sus hermanos de causa, más avezados, si existen, podrán guiarse.

Su método consiste fundamentalmente en una clarificación, previa a la redacción, de los elementos que intervienen en la obra. El autor se "plantea" lo que quiere exponer y hace el recuento de lo que posee. Desecha algunos ingredientes y agrega otros. Al final, hizo realismo socialista. No se ha dejado arrebatar por intuiciones ni impulsos, no ha hecho interpretaciones personales ni tampoco, siquiera, ideológicas. Se ha limitado a describir una situación nada más que con los recursos aceptados como buenos por el P. C. ¿En qué consiste su método? La naturaleza es un lugar de producción. Pertenece a los señores; es, por consecuencia, enemiga de los esclavos. Los señores quieren ganar dinero: esclavizan a los más débiles y asesinan el lugar de producción. Los esclavos ordinariamente son seres embrutecidos por los patrones y su destino es la muerte. Al final verán una salida en la rebeldía (revolución de Prestes) y en la posterior organización de la lucha, encarada ahora con un verdadero sentido de clase.

Me parece perfecto el razonamiento y la posición es coherente. Sólo que no llega. Todavía no estamos preparados para recibir así, en abstracto, posiciones correctas desvestidas o bien, por el contrario, sucesos que adivinamos (sin mucho trabajo) son un mero repaje de esquemas ideológicos concebidos y acabados en la mente del autor mucho antes de ponerse a trabajar. Nos interesa el lado situacional de la cosa y la graduación del alcohol que nos darán a beber. Pero así como los muestra Varela, los hombres no tienen cuerpo, no tienen consistencia, son todos iguales, ángel o demonio, soldaditos de plomo en eterna posición de apuntar fuego. La tipificación mata el alma, podríamos concluir como ingenioso aforismo, y limita la libertad. Y también que la mateada es peligrosa porque conduce a la preparación de la yerba mate, y de ahí a la dictadura del proletariado no hay más que un paso.

Sea como fuere, aunque imperfecto, representa el lado reacción a tanto cuidado mental, a tanta ubicuidad psicológica. Más que en ningún otro, se vislumbra en Varela, con regular intensidad, una posibilidad de estética ortodoxa, de expresión de un tipo de hombre que encara la realidad con un criterio nuevo, con un mecanismo mental todavía no muy difundido ni extendido pero existente. Claro que sólo en esto reside su interés porque tal como está dada, dicha expresión no universaliza nada, no nos hace participar de su contorno y aun nos excluye de él. Reconocemos con gusto una manifestación nueva pero asimismo reconocemos que nos es ajena. Y no por motivos ideológicos, sino porque todavía no ha encontrado su propia trascendencia, un impulso comunicativo que pudiera doblegarnos y conducirnos a un aspecto de la humanidad que desconocíamos.

Es evidente que de este examen no se pueden extraer conclusiones de una generalidad más o menos aceptable. Cuatro (el número de autores tratados) no es un número límite ni cabalístico. Simplemente es la síntesis de una mayor notoriedad. Existen más escritores comunistas (aunque no demasiados ni mejores que los aquí mencionados); luego, habría que haber estudiado la dependencia ideológica y estética de éstos, argentinos, respecto de sus hermanos mayores y la escuela que aceptan y practican, con todos sus virajes y pronunciamientos: el realismo socialista.

Nada de eso es posible hacer por ahora, de modo que me he resignado a trazar una simple ubicación de cada uno de éstos en lo que pretendieron hacer y desde el punto de vista de una

validez literaria que, hay que reconocerlo, les es ajena.

Sea como fuere, de la lectura de estos cuatro autores se pueden extraer algunas conclusiones que nos permiten informarnos sobre lo que un sector de hombres, en nuestro país, está haciendo o pretende hacer.

Podemos observar que formalmente todos (menos Yunque) se han decidido por una objetividad expositiva que excluye el autoanálisis o la reflexión (Barletta en menor grado). Lo que los hombres hacen interesa más que lo que piensan sobre lo que hacen. Esta exigencia los conduce a una sobriedad de expresión que excluye todo ornato y aun la emoción (caso de Manauta). Recurren a un realismo plano que no es más que un naturalismo. Este método es adecuado a los tipos humanos que les interesan: gente sencilla casi elemental psicológicamente. Aun contando con esta ayuda del tema, esquematizan hasta el punto de vaciar las personas de carnalidad.

Desde el punto de vista de la temática las exigencias son claras: señalar un caso en que un hombre humilde es explotado por el poderoso. Para cumplir con este fin exigen un hombre humilde en un medio tal que la expresión del conflicto les sea fácilmente transmisible, es decir, que se ajuste a las intenciones formales y las exigencias del público: de ahí que prefieran el hombre de campo al de la ciudad (esto es neto en Varela y Manauta; en Barletta, pese a su intención ciudadana, el héroe es limitrofe, vive en barrios y suburbios y aun en el campo las tres cuartas partes de la novela; en Yunque no se cumple esta condición, pero Yunque no tiene la formación de los otros: ya dijimos que su novela es de un escritor de "izquierda" más que de un comunista tipo P. C.)

En cuanto a la ideología que se empeñan en transmitir y defender, salvo en Varela, es en todos de corte burgués con distintos matices. Manauta lo es porque reduce la lucha de sus personajes a una aspiración puramente social, de cuya forma participan también los enemigos; Barletta es el burgués suburbano,

simplista y sentimental, el del humilde y tranquilo hogar; Yunque es el pequeño burgués intelectual, suficiente y pagado de sí mismo, para el cual el mero hecho de escribir lo pone fuera de sospechas y le da la convicción de estar colaborando con la Revolución. Varela, en cambio, insinúa un sentimiento de la lucha de clases, dedicada a su personaje y lo quiere hacer renacer en un mundo de conciencia recién nacida.

Todos son populistas. No parece importarles la categoría de lo que escriben, sino que tienen sólo y permanentemente en vista al público, al que le facilitan las cosas en todo lo que pueden. Esta suerte de "demagogia literaria" los hace poco interesantes porque los obliga a reducir constantemente sus propias exigencias y eliminar sugestión para dar alimento digerido.

Sin embargo, se puede decir que no desaciertan fundamentalmente en la elección de sus materiales (salvo Yunque), pero se puede decir muy en general y con un criterio que involucra a muchos otros novelistas, sus parientes muy lejanos y sólo por el acto de escribir, como Marechal, por ejemplo, que también se ocupa de las pequeñas gentes. Se dejan ganar por sus temas y se empobrecen, porque sus temas son pobres y ellos no llegan a otorgarles trascendencia. Las pequeñas gentes no sólo carecen en ellos de grandeza o de profundidad, sino aun de existencia. No han dado en el blanco, no con la elección, sino con la posterior elaboración de los materiales.

De ahí que no traigan renovación alguna de la que puedan jactarse. Después de estos escritores comunistas las cosas siguen igual que antes, nada ha sido muy conmovido. Tal vez, con todo, una insistencia en la actitud haga florecer a la larga los rosales. El camino no me parece el mejor, por lo menos tal como me lo muestran Manauta, Barletta y Varela. Quizá en otras partes, con la misma actitud mental, con idénticas exigencias formales, con parecida selección humana, se haya hecho algo definitivo o nuevo. Por ahora y aquí, no pasa absolutamente nada.

N. JITRIK.

Un Ortodoxo: Carlos Ruiz Daudet

SI el compromiso político y social, unido a la habilidad, al oficio de escritor, hicieran un novelista, Ruiz Daudet lo sería.

Sin el desenfado, sin el ojo ni el calor humano de Payró, sin el sentimentalismo un poco cursi y bobalicón de Yunque, comparte algunas de sus virtudes; y sus peores defectos. Escribir bien para demostrar algo puede ser el camino para llegar a pacifista o a predicador, difícilmente para llegar a novelista. Si Payró se salva —cuando se salva— es porque se deja ganar por los más atorrantes de sus antihéroes, llegando a instalarse en sus pellejos de granujas. Banea así el mundo serio, y entra en ese mundo donde Celestina y Ricardo III tienen sus propias razones. Cuando Yunque se salva —si hay algo en *Tutearse con el peligro* que se salva—, es cuando el cronista que hay en él se complace en agrios desparramos de compadres, antiéticos, o aéticos.

Ruiz Daudet es valiente. Al menos, bastante valiente. Hasta en 1950 se atreve a escribir una novela denunciando nuestros males sociales y políticos, y ubicándola entre sus contemporáneos. Claro que se ensaña un poco más con los caídos que con los vencedores, pero igualmente tiene razón: todo lo que dibuja acremente es cierto. Lo malo está en que se queda en una crónica superficial, escamoteando los entresijos del alma y de la carne de sus criaturas, las causas profundas del mal que relata. Lo malo está en que su crónica, aun en lo superficial, no es verídica, sino cuando habla mal de los ángeles malos: caudillos, terratenientes y políticos. Lo malo está en que encuentra demasiado fácilmente chivos emisarios. Que sus ángeles buenos lo son demasiado: que la fe, el coraje, las buenas intenciones, el amor juvenil y el espíritu constructivo se acumulen sobre los "compañeros", se utilicen hasta entre mate y mate por los "compañeros", es demasiado. Uno no tiene nada contra el viejo Marx, al contrario, —ni con-

tra el joven, pero más antiguo, Jesús, ya que estamos en eso—; pero ni *El Capital*, ni los Evangelios, por supuesto, proveen de recetas eficaces para novelizar un bicho tan individualista y tan apertosamente contradictorio como es el hombre. Hasta Marx, dicen, tenía sus cosas.

Lo malo de Ruiz Daudet es esa creencia en que el entusiasmo social —el entusiasmo por un nuevo orden social, ni tan siquiera la participación en ese nuevo orden— basta para crear hombres nuevos, sin defectos y de una pieza, con un ingrato olor a premios stalinés. (Y nótese que esa beatitud participa del sectarismo más teológico: los hombres nuevos son tales sólo si tienen determinado entusiasmo por determinado nuevo orden social, propugnado por determinada fracción; no les basta la fe ni las buenas obras). Lo malo en Ruiz Daudet es su exagerado fervor por los héroes y las heroínas que asisten al asesinato de sus parientes y amigos, y se recobran, "doloridos pero animosos", para y por la causa. Esos hechos de sangre —y me repito— huelen demasiado a *Tanques rojos*. La deshumanización —venga de donde venga y diga lo que quiera el que lo dijo— suele ser más molesta para vivir en el arte que en la vida.

Luego, importa poco que su pueblo, con su cura garafón y turfman, con su líder anarquista que lo casca al cura, con sus cuatro diarios políticos y sus cuatro comités —uno comunista, llamado Ateneo—, exista realmente en el mapa argentino: los datos acumulados serán siempre increíbles.

Supongo que, todavía, superados los esquemas que lo cuentan, quedaría en pie el hecho de que Ruiz Daudet es un mero narrador, que nos cuenta lo que le pasa a sus personajes, en lugar de darnoslos desde adentro. Pero, de haberse producido aquella feliz circunstancia, hubiera logrado darnos, si no una novela social,

una verdadera novela, si un delicioso y acre Swift, a fuerza de hablar mal de todo el mundo, lo que buena falta nos está haciendo en este rincón del planeta.

Sé que en cierto sentido me estoy equivocando, por lo menos en dos aspectos: El primero, en el de que estoy aceptando aparentemente el punto de vista de los escritores burgueses de salón, que echan en cara a los escritores revolucionarios una parcialidad y una falta de libertad de que ellos se creen salvos, o así lo dicen. El segundo, es su inverso: parece ignorar todas las razones dadas por los escritores soviéticos —o por sus congresos, que para el caso es lo mismo— en defensa del "realismo socialista". La polémica es demasiado larga y conocida para recogerla aquí. Pero, haciéndome cargo sólo en parte de ella, creo necesario aclarar

que, si no atiendo a los filisteos que suelen lamentarse del dirigismo en el arte bolchevique, entiendo que poco de arte, y menos de arte revolucionario, puede lograrse con la pacatería, con el academicismo, es decir, con la falta de libertad, de libertad audaz y profunda, en el creador. Porque lo que practica Ruiz Daudet, es filisteísmo, academicismo y pacatería al revés. Lo que es una lástima. Pues Ruiz Daudet está probablemente ejercitando un valor conciente, que, comprometido consigo mismo, lo induce a elegir lo que hace, sabiendo lo que pierde cuando se limita. Lo que creo lamentable es que su elección de limitación no me parece justificada, pues erra lo que pretende alcanzar. No alcanza ni aun la eficacia del panfleto que podría haber escrito.

JORGE CUEI.

Los Nuevos

CUANDO nos acercamos a nuestra literatura a través de sus escritores jóvenes, nuestra actitud no es la espontánea aproximación hacia el autor ya consagrado al que se lo conoce aun antes de haberlo leído. Sus ideas, su expresión, no influyen todavía de tal manera que sintamos la necesidad de acercarnos a su obra buscando en ella concretar alguna intuición o hallar un cauce para nuestras inquietudes. La lectura de los escritores jóvenes no se nos impone. Vamos hacia ellos —y con todo no es corriente— cuando después de haber adquirido una cierta veteranía en la lectura, asumimos frente a las manifestaciones del espíritu una actitud crítica.

En ella va implícita —en nuestro caso— la búsqueda de la manera peculiar de expresarse una generación, nuestra generación. Cuáles son las preocupaciones que recogen y a que tratan de dar forma en sus producciones, cuáles son sus ideas dominantes, sus temas, sus intenciones. La crítica, en este caso, lleva todos estos propósitos, pero también el muy especial de comunicarnos, de conocernos. En todo movimiento generacional se dan, o al menos cabe esperar que se den, un conjunto de ideas que traduzcan la voluntad de perfilar una realidad conforme a algún fin propuesto y alrededor del cual se articulará el diálogo. Porque una generación tiende eficazmente al acrecentamiento de la cultura en la medida en que los distintos círculos activos de una sociedad trabajan por concretar una idea que los comunique a todos. Entendiendo que al hablar de finalidades comunes hay cabida para las distintas maneras de aclararlas y concretarlas, lo que es supuesto de toda crítica.

BEATRIZ GUIDO: "LA CASA DEL ANGEL" (Emecé, 1954).

La adolescencia es la edad en que se enfrentan con más fuerza el ámbito de lo imaginario y el de la realidad. Lo característico de lo imaginario es la validez subjetiva de sus instancias. La realidad en cambio surge por la confrontación entre mi mundo y el ajeno. Allí donde existe una voluntad distinta a la mía, la realidad se me hace patente y me muestra la dimensión de mi mundo como algo siempre relativo. Únicamente la imaginación nos espeja la vida como un juego de imágenes que disponemos a nuestro antojo.

En el caso de Ana Castro, la protagonista de *La casa del ángel*, se da también esta dualidad vivencial tan característica de la adolescencia. Como si fuera una rebeldía a los límites que impone la realidad, o una manera de eludir el conflicto con otras voluntades, la imaginación da a los acontecimientos el curso de una querencia personal. Ana Castro soslaya así una realidad que la supera, y atenúa, con el libre juego de imágenes que crea su fantasía, la inquieta espera de un amor que desconoce. Pero cuando al final de la obra, la furia del hombre sorprende su inocencia, ocurre el tránsito definitivo entre lo imaginario y lo real. Este tránsito vuelve del revés los sentimientos de la protagonista. Así la muerte del hombre idealizado, necesidad romántica que goza con la idea del sufrimiento, es expresada con estas palabras:

"Yo acercaré mi mano hasta su rostro y le diré: «hasta

la eternidad». Entonces él, inclinandose, me dedicará como los gladiadores su muerte".

Pero los acontecimientos le harán desear después la venganza: "Apreté con fuerza los dientes para reforzar mi deseo: su muerte".

Esta contraposición entre los dos mundos y sus correspondientes matices constituye la clave de la novela. La protagonista actúa en función de los mismos pero sin que la autora profundice un carácter que en ningún momento trasciende el cuadro esquemático de una psicología de la adolescencia, aunque una primera impresión pueda prometer lo contrario. Cuando Ana Castro hace preguntas imprudentes sobre cuestiones religiosas, o cree que un prostíbulo es una confitería donde se tocan valsos y a la que concurren damas distinguidas, o queda ansiosa y desvelada después de ver una película de amor, nos enfrenta con ciertos rasgos genéricos del adolescente: curiosidad, ingenuidad, celo; pero no con la originalidad psicológica de la protagonista. Originalidad inherente a todo ser que el novelista está obligado a develar.

Otro es el camino para hallar el mérito de esta obra. El mérito reside en la capacidad narrativa, en el dominio de un lenguaje casi geométrico y en el equilibrio poético que se mantiene entre las situaciones ordenadas a modo de relatos independientes pero que en realidad son distintas flexiones que actúan como causales para comprender el desenlace.

La autora trata de dar la imagen de un Buenos Aires de hace 30 años, y ciertamente la logra al mostrar sus costumbres y los prejuicios que imperaban en la época respecto a la educación de la mujer. Aun hay una acertada pintura del guarango con el único agregado innecesario del término "mojigata" que el guarango no usa.

Beatriz Guido maneja el lenguaje adecuadamente. Así el *tú* y el *vos*, la acentuación verbal (por ej. *sabés* y *sabés*) corresponden en cada caso a las situaciones y al carácter de los personajes, lo mismo que el uso de giros y hasta el énfasis que éstos ponen en las palabras y en las actitudes. El lenguaje se intenta usar como revelador de nuestro carácter típico, apuntando hacia un estilo que trascienda lo local y sitúe lo nacional. Eso parece ser el espíritu de *La casa del ángel*. Pero falla. Falla por falta de profundidad y de libertad: el uso de algunos elementos anecdóticos como fácil recurso para la creación de ambientes —en cuanto solicitan la ayuda del lector para que éste enriquezca las imágenes con lo que ha oído o con sus propios recuerdos— no sólo empobrece la obra; indica un despeñadero: el de la sujeción a esquemas, a tipificaciones, y a ese costumbrismo en que se ha denunciado tanto escritor nuestro.

EDUARDO DESSEIN: LOS COMIENZOS (Botella al Mar)

Dessein ubica la acción de su novela en Buenos Aires y trata de mostrar el aspecto negativo de la ciudad. La vaciedad de las vidas que la habitan, la superficialidad de los sentimientos, la

ausencia de una meta, el desdibujado contorno de la realidad vivida por personajes que recorren sus calles gastando el tiempo, sin mayor urgencia, sin inquietudes. Pero en realidad ¿nos muestra esto? ¿O somos nosotros, que a fuerza de vivirla tanto en su carencia adivinamos el intento y lo damos por logrado?

Ciertamente el tono de la obra asimila la realidad, pero cabría preguntar si ello implica un logro o más bien la evidencia de una frustración. Buenos Aires es una falta de carácter, blanda y hasta pegajosa, pero novelarla desde cualquier ángulo que se elija no es precisamente realizar su maqueta sino penetrar el sentido de su negación.

Por otra parte una negación absoluta tampoco cabe, porque por entre la hibridez de su silueta se recortan ciertas presencias ajenas que la simpática descubre. Un medio se matiza en función de lo humano que nunca se da como una total ausencia, como una nada. La despersonalización de los protagonistas revela una inmadurez en el escritor cuya tarea debió ser precisamente insuflar un temple de ánimo a las criaturas de ficción para hacer posible el diálogo.

La acción se quiebra en distintos pasajes por las reflexiones del autor. Pero la dinámica propia de la novela rebusa la intervención del escritor con meditaciones personales, porque de esta manera se convierte en ensayo lo que se anticipa como novela. Además denuncia que los personajes son incapaces por sí mismos para expresar su carácter.

No es sólo esto lo que desfavorece la producción de Desein. Hay al principio de cada situación una intención lírica de dudoso gusto, que se ejercita en metáforas como las que transcribo:

"La locomotora volará, como negro cenabro, hacia el cielo de los maquinistas, que allí están fracos del color de la llama y usan boquillas de ámbar para fumar pitidos".

"Le pediré al buen Dios, que tiene debilidad por los plásticos —como lo prueban los crepúsculos—, que me preste estrechas negras para tachuelar mi cuadro, ese que aún no he pintado. Estoy seguro de que me las dará".

Las imágenes son de un rebaseamiento coherente con el tono general de la obra. Aparte hay una fracasada pretensión por lograr un clima existencialista. En principio no es nada recomendable hacer novela bajo un patrón filosófico. Pero si ello ocurre y nos situamos dentro de una escuela, es preciso al menos el conocimiento cabal de sus premisas para poder trabajar con soltura. La falta de imaginación, de unidad y de carácter —y tal vez un exceso de esnobismo— es lo que hace de esta obra un intento frustrado, malogrando una real habilidad de escritor.

JAIME JULIO VIEYRA: "UN ROSTRO AGRIO" (Botella al Mar).

Vieyra ha encarado diversos temas. El primer cuento *Un Rostro Agrio*, es la historia de un adolescente que asume su pasado como única posibilidad de afirmación vital. En todo el transcurso del relato, el protagonista no hace más que dilatar su dolor con el recuerdo de una niñez atormentada y de una pubertad que paja por hallarse a sí misma. Su instinto le advierte que la vida tal vez no sea más que una sucesión de futuros o mejor aún, que para poder ejercer nuestra libertad es inevitable contar siempre con un futuro. Pero el pasado "... es la gran traba que se alza ante mí, como un testimonio imborrable". Y es esa realidad ya suda la que se vuelca sobre él y le confiere un ser "... pero no quiero ser y me siento impedido por mis atormentados pensamientos". El protagonista trata de escapar a una realidad que es dolor, soledad y miseria, pero al mismo tiempo es consciente de que sólo enfrentándola podrá ser el dueño de esa realidad, superarla. Ya al final, Vieyra le hará decir: *"Yo, Leonardo, un muchacho. Me iré a Buenos Aires. Empezaré a vivir una nueva parte de mi existencia. Yo, Leonardo, un hombre cualquiera, tumbado en una playa del sur de Argentina, cara al cielo, en la noche"*. Este, es el futuro no inaugurado aún. Intacto. Esta es la libertad de que dispone. Tal vez la única libertad posible, la del proyecto. Luego los actos, se encargan de

ir dibujando límites. Y cuando un conjunto de situaciones configuren nuevamente un horizonte, el hombre, sofocado dentro de esos nuevos límites, apurará las cuentas del inminente pasado para volverse hacia otro proyecto... y la ilusión de su libertad adquirirá formas casi tangibles.

La dicha y *La cosecha* completan la trilogía. En el último, prepondera la pampa sobre la psicología de los personajes. Los moldea, los trabaja por dentro, creándoles otra personalidad, salvaje y violenta. A través de este libro, Vieyra se nos manifiesta como un escritor de temas fuertes, pero su estilo declamatorio es un inconveniente serio para la plena realización de la obra. Los mismos motivos —menos el segundo que es sensiblero— las mismas situaciones, alcanzarían más envergadura si el tono fuera menos enfático.

En el tratamiento de los personajes tiende hacia una tipificación que no permite el libre juego de sus reacciones. No hay soltura en sus movimientos y parecieran encerrados en esquemas. La causa de todo esto podría obedecer a la preocupación de Vieyra por el desarrollo temático. En lugar de dejar actuar a los personajes es como si los mismos dependiesen de una concepción a priori. Esta presencia del tema dominando la obra se ve sobre todo en *La Cosecha*, donde se muestra la fuerza de lo ambiental sobre el protagonista. Bien es cierto que el transplante de la ciudad al campo, y las circunstancias particulares que lo rodean, tiene que manifestarse en un cambio psicológico, pero la dureza que adquiere su carácter, es un poco la del villano a que nos tiene acostumbrados la cinematografía norteamericana, en la que el hombre metido dentro de una clasificación tipológica "ad usum", pierde la espontaneidad del comportamiento humano.

Más con todo es importante destacar que Vieyra, en este último cuento, el más logrado de los tres, trasciende las instancias pintorescas con que casi siempre se expresa el "ambiente campero". Aquí el elemento rural es objeto de un tratamiento más profundo, elevándose a la categoría de otro protagonista y no de un mero escenario en el que se juegan determinadas situaciones. El horizonte vital del personaje se integra con una presencia que es la pampa, y que da la pauta de su transformación. Claro está que ello indica una *predeterminación* del medio con respecto al hombre, pudiéndose discutir si debemos aceptar esta consecuencia mecánica o más bien inclinarnos hacia una causalidad más flexible y que reconocería al medio como una fuerza *condicionante* lo que no es lo mismo. Pero este enfoque por ser distinto no altera el valor del relato ya que a veces no es tanto las ideas las que deben criticarse sino la ausencia de ellas.

ARDILES GRAY: ELEGIA (Jano, Tucumán).

Nuestros límites son precisamente lo que nunca llegamos a aceptar o en el mejor de los casos los aceptamos pero no del todo. Y nuestra conducta suele ser la resultante de nuestra rebeldía ante ellos. Asumir con serenidad nuestro contorno y vivir de acuerdo con él, nos volvería sensatos. Pero ¿cuáles son nuestros límites? Solamente los intentos nos lo van mostrando, y en ellos nos manifestamos con nuestras miserias, nuestra nobleza, nuestros pequeños y grandes egoísmos, y todos los cara y cruz que forman el hato de contradicciones, gracias a las cuales después de todo somos hombres. Pero este mundo, esta lucha es siempre incomprendible para los niños. Y si prematuramente lo conocen no es extraño que se desilusionen y que tampoco lo comprendan. Ardiles Gray se basó para realizar esta obra —como él mismo lo manifiesta— en el cuento de Barrie *Peter Pan*. La recreación, del motivo es interesante, pero la realización dista mucho de significar un logro que justifique el haberse apoyado en una concepción ajena. También advierte la influencia de otros autores, entre ellos Milosz. Es honesto de su parte denunciar las influencias. Por lo mismo resulta inexplicable cómo no consiguió trabajar más honda, más sutilmente, estando apuntalado por tanto conocimiento.

Una obra de argumento tan frecuentado, aunque no por ello carente de valor, confía todo en la técnica del escritor, en su sutileza para hacernos ver una dimensión distinta y particular de

lo humano. Confía en la habilidad para crear situaciones que enriquezcan un sentido fácilmente presumible en las primeras páginas del libro. Pero la monotonía, el tono desvaído, resenten este trabajo de Ardiles Gray, que no pasa de ser un argumento narrado a prisa, cuya principal moraleja ya conocíamos.

ALBERTO RODRIGUEZ (h.): MATAR LA TIERRA, DONDE HAYA DIOS. (D'Acurzio - Mendoza).

El tema del extranjero que llega a América ha sido motivo de varios intentos en la literatura vernácula, muchos de los cuales no superaron lo folklórico. Hasta el sainete configuró una infinidad de tipos característicos, si bien no alcanzó a dar —y en el mejor de los casos— más que un pintoresquismo afortunado.

Matar la Tierra ofrece una dimensión más amplia y una mayor profundidad al tema del "gringo". Su mundo y el del indígena constituyen dos esferas notadamente separadas que se extrañan recíprocamente y que reflejan este extrañamiento en un odio hondo por parte del extranjero y en la indiferencia del nativo. El mito del inmigrante que vino aquí a hacer patria es traducido en términos más realistas.

"Justo se había atrapado por esas tierras extrañas. Atrapado él... Él, que sólo había pensado en explotarla, arrancarle riqueza para poder volver poderoso y triunfador a su patria, para poder vivir halagado, admirado en sus tierras de Castilla, y... Y después!... Después... después... después, morir, en sus viejas tierras de Castilla..."

Este sentimiento, por otra parte legítimo, conforma toda una actitud que condiciona, frente a las dificultades físicas y ambientales para el buen éxito de la empresa, el encono hacia la tierra, encono que se desberda en una hostilidad para con el nativo.

Ya ha pasado la época de la conquista y estamos en el período en que los caudales inmigratorios enfrentan una realidad cercana en el pasado, al rechazo que el indio —a su vez— ejecutaba en los malones contra el explotador de su tierra. Ahora ese indio, sabe que ha perdido sus cartas, y mansamente deja hacer, con indiferencia. Su pereza, su abandono, tiene un reencuentro con lo biológico, contribuyendo en este proceso el rencor hacia el "gringo" que le ha ido quitando todo, y a una organización nacional que favorece a este último.

Los dos grupos humanos que se disputaron la tierra, ahora la comparten pero sin juntar sus destinos. A veces hasta llega a realizarse la adaptación del extranjero; pero los hijos nacidos aquí sorprenderán todavía en los padres un secreto menosprecio hacia estas tierras. En estos casos el conflicto está tenso entre padres e hijos, porque estos últimos deciden sus destinos en conjunción con la tierra. El autor lo da a entender cuando *Juan de Dios*, el criollo, el hijo de Justo, decide ponerse a trabajar la tierra que su padre había odiado:

"Podría vivir ahí... Esa tierra era suya, esa casa!... Y si él se ponía a trabajar... tal vez... si él se ponía a trabajar, cuando llegara el hijo... Y era fuerte y joven, gracias a Dios..."

Ese criollo, joven y fuerte, trabajaría la tierra del "gringo", para el hijo que le daba su mujer, una india.

En cierta manera esta novela de A. Rodríguez es una epopeya del colono, pero podría ser también la del inmigrante de las ciudades. Claro que en este caso el hijo tiene ante sí una responsabilidad de más gravitación en la decisión, cuyos términos se plantean entre un ser telúrico, como algo mágico y de contornos imprecisos, que termina concretándose siempre en un localismo asfixiante, o bien una enajenación europeizada. Pero entre estas dos posturas cabría postular una tercera de la que muchos participan y que es la de no cerrarse a una cultura europea, pero advertir que el trasplante debe realizarse con el ojo puesto en nuestra realidad, para lo cual —como es lógico— debemos comenzar por asumirla.

Donde haya dios es, en muy pocas páginas, otro intento épico: la agonía del pueblo huárpe, estrangulado definitivamente por la sequía, después de haber sido aplastado por la explotación del blanco: conquistadores, comerciantes, políticos. Miseria, igno-

rancia, violencia, dejadez. La sequía del cielo, y la sequía que provocan los intereses vifateros al embalsar el río que alimentaba las lagunas.

B. Guido, Desein, Vieyra o Ardiles Gray escriben bien. Hasta ahora no más que eso. Rodríguez es ya otra cosa. Sentimos, cada con un estremecimiento que él es quizá el novelista, ese monstruo: un escritor. Lamentamos arrojar sobre él esa responsabilidad. No queríamos defraudarnos. No nos importa que todavía esté asimilando el gran peso de la novelística del Pacífico: ya hace las cosas mejor que Icaza. Su reivindicación del dolor del hombre y de la tierra no importa que lo emparente con Asturias, o más, con Alegría. No nos pesa que use recursos de Caldwell o de Anderson. Al contrario. Aceptamos sus puntos de vista sobre el hombre. Pero sobre todo —y con preeminencia de concordancia o discordancia de ideas—, la presencia que hay en él, el creador, es lo irresistible: la garra que logra que la muerte de una vaca sea un golpe al plexo y se convierta en el centro del cosmos.

Pero por todo eso, nos sentimos también nosotros responsables por él. No podemos permitir que la complacencia o la facilidad lo arruinen. Nos sentimos obligados a oponerle objeciones, a inquietarlo. Tanto más cuanto —y lo lamentamos— muchas son imprescindibles. Primera: una excesiva sujeción a la anécdota, al dato, que lo puede encajonar en la mera crónica o en el pintoresquismo. Yo algo de eso ocurre en *Donde haya dios*, hasta agravado por cierta falta de selección que lo lleva a acarrear toda clase de materiales: impecables hallazgos como el de la caña de pescar, y objetables leyendas ofidicas ya anquilosadas y sólo salvadas del desastre por su vigor de narrador. Segunda: lo que podría llamarse su complejidad atlética, que lo empuja a acumular escenas violentas o catastróficas, en forma algo excesiva y efectista, con peligro de caer en el melodrama o de insensibilizar al lector. Tercera: el regionalismo. Los riesgos del regionalismo son el empequeñecimiento, el hundimiento en el dato exótico y el hieratismo. Su limbo literario, el pastiche. Su menor escollo, la invención de lenguas, más o menos avaladas por vocabularios acompañados en apéndice. Cuarta (y ésta técnica): el uso de recursos fáciles, desde el intento de poetizar la prosa por medios mecánicos (la repetición de frases, p.e.) hasta la maquieta burlesca.

*

En estos cinco autores se dan diversas orientaciones cuyos sentidos no aparecen del todo ahincados en una perspectiva que permita nuclearlos como exponentes de un movimiento generacional homogéneo en sus fines. Esto era previsible, máxime que expreso fueron tomados sin previa identificación de sus móviles. Pero cabe sin embargo señalar que a pesar de sus diferencias se puede discernir en ellos dos corrientes que aparecen bastante claras. Una sería la línea de adhesión a un tono nacional que estaría representada por B. Guido, J. J. Vieyra y A. Rodríguez (h) y la otra, la línea de una pretensión de literatura universal, por E. Desein y A. Gray.

Me parece legítimo destacar que la segunda encarna un ideal ficticio o prematuro mientras que la primera es más auténtica porque tiende a una integración con la realidad. El riesgo de lo universal forzado, radica, sobre todo para los escritores nuevos, en el mimetismo casi forzoso que deben practicar con respecto a los modelos extranjeros. De esta manera quedan fagocitados no tanto por la arquitectura de una expresión extraña como por temas que aunque calen en problemas de filiación legítima, arrastran vivencias ajenas a las propias. Todo problema por más universal que sea, no puede ser encarado, sin opacar sus relieves, más que desde el ángulo preciso de una realidad determinada. Ella es la que condiciona la vivencia. Y sucede que cuanto más se abunda lo cercano más aún se manifiesta lo universal. Pero si contrariamente se salta por sobre lo que nos place o duele, el desarraigo es la lamentable conclusión. Y desarraigo es conciencia o inconsciente insinceridad, pero insinceridad al fin.

La incomunicación entre los hombres, por ejemplo, silencio espiritual dramático, es evidentemente dolor que debe denunciarse.

Pero si la categoría hombre-mundo es de válida vigencia, la explicación de ese dolor requiere mostrar la realidad que revierte sobre el ser y condiciona su aislamiento en función de presencias negativas.

Cuando Desein escribe "... Lo cierto es sólo que estamos contentos cuando tenemos dinero y tristes cuando no lo tenemos, y que somos "incomunicables", cae en un meditar deshilachado que no justifica porque agregue "disagación, desagación". Lo serio es esa incomunicabilidad que advierte, pero que no alcanza a profundizar porque falta la penetración en una realidad que sólo está en el libro como una presencia geográfica.

La soledad de algún domingo chato aparece insinuada así: "...Y en una tarde, caminada en un suburbio, que se hace más triste al oírse una radio que transmite un partido de "fútbol". Pero la captación desmerece cuando cinco líneas abajo concluye: "La monotonía, con su cara de plancha eléctrica, toma siempre el otro ascensor, el más veloz, para salir a recibirnos en la planta baja".

El caso de Desein podría explicarse como el de un autor que siente pero que tiene mal gusto para expresarse. Sin embargo esta explicación es superficial. Desein siente estados de ánimo, sujos, y encuentra una filosofía que se los traduce, y que él asimila por sobre una realidad nuestra a la que no llega a hacer intervenir con sus caracteres propios. Esta filosofía —criterio de autoridad— oficia como garante de ciertas premisas válidas, pero la actuación de las mismas no es suficiente. Falta que encajen en lo nuestro subyacente. Parecidas conclusiones se pueden extraer de la novela de Ardiles Gray.

Los otros tres autores en cambio, se aproximan a la realidad. B. Guido, por ejemplo, enfoca subjetivamente, con visión emotiva,

Discusión

Fin de un diálogo de sordos

NO estaremos haciendo el ridículo, Pellegrini! ¿No hemos caído en una de esas interminables discusiones en que cada uno no puede sino explicar lo que ya había dicho, y que el otro hizo todo lo posible por no entender? Es lo que yo quise evitar al situar nuestra conversación lejos de la mesa de café. Pero el diálogo de sordos puede igualmente practicarse por carta. Tenía la ilusión de que, puesto a explicarme en público, usted trataría de no parecer sectario. Pero veo que toma como un reproche de duplicidad mi insinuación de que es usted prisionero de su círculo, o más precisamente de su "actitud". Si así está cómodo, ¿quien me manda turbar su inmóvil perfección de Buda? ¿La amistad? Oh, no. Usted me enseña que la amistad debe ser discreta y complaciente, no suscita cuestiones esojosas, no poner al amigo frente a frente consigo mismo.

A decir verdad, la primera vez que sentí la necesidad de explicarme seriamente con ustedes fué un día en que Latorre confesó que Aimé Césaire lo pone fuera de sí, como todos los poetas que toman partido. Yo quise recordar que hubo tiempos en que el surrealismo, antes de estar al servicio de Breton, se decía "al servicio de la Revolución". Que esas ideas de preescendencia política proceden del tartuflismo literario, y son propias de los vates solemnes que han firmado contrato con la belleza y la justicia eternas; pero que suenan curiosamente en labios de jóvenes intrépidos, veraces, con gusto por todo lo vital y afirmativo. Ustedes salieron del paso con un chiste; es posible que yo contestara con otro; pero me quedé con ganas de saber por qué Aimé Césaire había dejado de ser poeta al despertar a la vida política. Eso será muy sincero, pero no es conversar.

Las frecuentes oraciones fúnebres que se consagran al surrealismo prueban su actualidad, dice usted. Es un recurso casuista muy conocido, pero aquí no cuadra. Usted sabe muy bien que yo no atacaba al surrealismo. Atacaba a cualquier capilla, el con-

cepto mismo de escuela, que corresponde a otra época de la vida literaria, cuando los escritores formaban pequeños grupos refractarios al margen de la sociedad. Yo siento nostalgia por esa época que no he conocido, sin duda más hermosa que la nuestra; pero no pretendo resucitarla, como usted. He dicho, simplemente, que el surrealismo estaba muy bien hace tres o cuatro décadas, y que sus actitudes características —invención, violencia, humor negro, provocación, protesta contra los límites de la razón— siguen siendo válidas. Pero con una condición: si admite que, terminada la fase polémica, es patrimonio común de todo el arte moderno y forma parte de la educación estética de todo escritor digno de atención.

Ahora bien: el motivo por el cual insistí en el tono nacional o en la decidida ausencia del mismo, no es antojadizo. El escritor nuevo puede tener méritos o deméritos diversos. Pero por su misma condición de joven, es de esperar que el oficio precisará sus medios expresivos, su técnica. Mas lo que se da una vez y para siempre es la orientación, que si no es certera, resentirá sus producciones por más "bien hechas" que estén sus obras. Y creo que aun ahora no está demás bregar por una literatura nacional, aunque no de nacionalismos, despreocupándonos un poco de despejar otros aspectos que si son de importancia no son ni tan definitivos ni de tanto apremio. En cambio urge trabajar para intentar ser nosotros mismos.

JULIO GARGANO

Entre la capilla bretoniana y el espíritu surrealista ha surgido el mismo conflicto que siempre se manifiesta entre una idea y su dispositivo de propagación: el ejemplo clásico opone al cristianismo y la Iglesia Católica. ¿Quién es surrealista: el coro de vocales más o menos decrepitas que aún rodean a Breton, sin más afán que mantenerse incontaminadas, o quienes, fieles al espíritu inicial del movimiento, lo han convertido en una experiencia más junto a otras que el surrealismo ignora y que el hombre moderno no puede ignorar? Lo que yo atacaba —y donde veía una prueba de provincialismo— es, pues, esa ridícula "militancia" surrealista, seductora quizás para unos muchachos que mañana la traicionarán (la libertad de espíritu era uno de los principios más hermosos del surrealismo), y que hoy alborotan para tener la ilusión de ser los *enfautes terribles* de nuestra vida literaria y artística; y yo no conozco nada tan inocente, tan *sage*, tan *convenable*, como ese vanguardismo que encuentra la mejor acogida en las revistas de modas, baluarte supremo del conformismo y la cursilería. La poesía surrealista y el arte abstracto son tan in-

(1) V. Epístola a los surrealistas y Respuesta a Ovídio Troiani en los números 5 y 7 de *Capriccioso* respectivamente.

transigentes, tan revolucionarios, que encantan a las niñas elegantes.

Otro de sus recursos polémicos consiste en denunciar la falta de información de sus contradictores, aunque primero tenga que hacerles decir lo que no han dicho. Así, por ejemplo, su carta me hace saber formalmente que los redactores de LETRA y LINEA admiran a Césaire y detestan a Char. Ante todo, yo no entiendo cómo puede un grupo de hombres coincidir así en materia tan antojadiza y personal como es el gusto literario. Ustedes admiran y detestan a corporación. Por otra parte, yo me he limitado a sostener que su grupo "exonera a Césaire porque no accede a disociar en sí el poeta del político". Eso no significa que no amen ustedes al Césaire que fué, es decir al que Césaire repudia (lo cual, dicho sea de paso, no les impedirá mofarse de los comunistas que rechacen al primer Neruda). La verdad es que pertenecen ustedes a la época en que la libertad se definía como disponibilidad, y hace mucho tiempo que se la comprende como opción. Tomar partido es una forma de limitar mi libertad (o mi conocimiento) y a la vez mi única forma de experimentarla (o de ascender a él).

Lo que más le indigna es, sin embargo, la sospecha de que su cenáculo acepte a Char. Dije mal: debía decir "aceptaba". Porque esas copiosas injurias a Char no pueden hacer olvidar el hecho de que fué uno de los principales animadores del surrealismo, y que escribió alguna obra en colaboración con Breton. Pero es, según parece, un "desviacionista": el pope lo excomulga y usted lo suprime de la historia. ¿Un clásico? No, no, apenas un académico. Veo que tenía razón: ustedes no comprenden que Char es un clásico de la poesía de nuestros días. Porque ambas expresiones significan más o menos la misma cosa, pero una tiene un valor preciso en la terminología literaria y la otra envuelve una intención despectiva. Usted opta por ésta en forma emocional, simplemente porque Char es un "traidor" del surrealismo.

También habría yo cometido el sacrificio de atribuirles una culpable inclinación por Cocteau. ¿Quiere usted señalarme, se lo ruego, dónde he dicho tal cosa? Mencione a Cocteau una sola vez, de paso, para describir la atmósfera de la posguerra anterior: "Todo eso está muerto, irremediablemente muerto y, pertenece al buen tiempo viejo: el de Cocteau, el de Satie, el del *Bateau-Lavoir*; cuando Francia aún prestaba dinero..." etc. No, Pellegrini, sé muy bien que el dogma no les permite a ustedes gustar de Cocteau; soy yo, en cambio, quien me expodré a sus sarcasmos: Cocteau me gusta. Me gusta porque es fino y es gracioso, aunque no hace la poesía que yo llamo poesía. Como admiro la límpida dicción de Char, aunque no me conmueve. Como me interesan ciertas páginas de Breton, aunque su pensamiento no esté a la altura de su talento verbal. ¿No comprende usted que los juicios absolutos no tienen validez más que en la mesa de café, y que el matiz es esencial a la valoración crítica? ¿Nunca le ha ocurrido que su corazón adhiere a formas de arte que su razón no aprueba? ¿Por qué dividir la literatura en dos bandos: el de los buenos y el de los réprobos?

Mi juicio sobre Picabia le hace pensar que no lo frecuento bastante. Es verdad. No he leído de él más que unos fragmentos en las revistas y en algunos libros acerca del surrealismo. Me dirá usted que no es suficiente para juzgarlo; pero fué suficiente para que dejara de interesarme. Es insulso. Descubre la pólvora. Dice simplezas en las que no hay más oscuridad que la atribuible a su escasa familiaridad con el arte de escribir. Como uno no puede leerlo todo, debe necesariamente fiar en su instinto y pagar cierto tributo al criterio de autoridad. Pues bien, el instinto me dijo que se trataba de un curioso "personaje de la vanguardia artística", cuya significación reside menos en su obra que en "su actitud e influencia personal": es decir, lo mismo que usted no sirve revelar a un profano. En cuanto al criterio de autoridad, nadie hasta ahora ha explicado cómo y por qué ilumina Picabia la comprensión de nuestro tiempo. Lo que he leído sobre él son digresiones más o menos vagas, unas anécdotas, los cumplidos de sus amigos a un tipo simpático. Es usted quien nos debe, si está tan convencido de la importancia de este autor y pintor

(que en la muestra retrospectiva del surrealismo en 1953, dicho sea de paso, no ha merecido de los críticos más que una indulgencia unánime) la exégesis que exponga los aportes de Picabia al pensamiento moderno. ¿Verdad que no la intentará? Claro que no: es usted demasiado razonable. Todo lo que puede hacer por él es calificarlo de "hombre ejemplar", de "tipo socrático". Esto es solemne, pomposo, parece un discurso de banquete, pero no compromete mucho; en todo caso, provoca una sonrisa...

¿Pero qué! Le reconozco de buena gana su condición de iniciado. Ustedes han leído a Duchamp, saben cuántos ejemplares se tiraron de *L'amour fou* y discuten sobre quien gritó "¡Abajo Francia!" en cierto banquete surrealista. Pero, a la verdad, con este acopio de saber no asustan a nadie, y si se tomaran el trabajo de leer a Collin Clark, por ejemplo, podríamos creer que siguen con cierta atención el movimiento intelectual contemporáneo, y tendrían una visión más coherente del mundo en gestación. Usted, que es un hombre de gusto y que ha visto mundo, podría suscitar entre los más desorbitados de su tertulia un saludable sentido del ridículo. Dígalos que ya no es posible practicar el terror iniciático contra los que se niegan a plegarse al pompiérismo vanguardista: los intelectuales argentinos ya no temblan al oírse acusar de no estar a la page. En su mayoría, se encogen de hombros ante las novedades que ustedes les revelan y que ellos han olvidado; otros confiesan que las ignoran, pero agregan que también ignoran otras cosas más importantes.

¿He atacado yo a Breton porque no es filósofo? Al aludir a su "incompetencia filosófica", sólo he querido señalar su escasa versación en un tipo de conocimiento que creo imprescindible para no ser un crítico irresponsable, un revolucionario verbal, y hasta, en nuestros días, un poeta desdeñable. (Confío en que no tratará de interpretar mal: he dicho imprescindible, no suficiente). Todos hacemos filosofía, incluso las comadres que van a un velorio. Filosofar, pero diciéndose uno no filósofo, no es ninguna originalidad, desde Kierkegaard. Pero, ¿cree usted seriamente, Pellegrini, que hoy la filosofía es, como entonces, la filosofía de los profesores? Esa pretensión no es sino un recurso de que se valen algunos literatos para disertar sobre todo lo que se les antoja sin exponerse a la crítica. Usted lo confiesa candorosamente al decir que Breton, "no siendo filósofo, no puede ser liquidado como filósofo". ¿Esto sí que es jugar a dos pantas! Ha elaborado una ideología, un pensamiento, una concepción del mundo que "no es puramente estética, como pretenden algunos"; pero no es un filósofo. Prohibido refutarlo.

¿Y en qué consiste, por otra parte, esa ideología? Pues que estamos en crisis; que la civilización greco-latina es ya difunta; que el hombre aspira a liberarse de la coacción racionalista; que la destrucción de todo canon estético es sólo una de las formas posibles de una insurrección más general, y que el sentido de todo el movimiento es la liberación integral del hombre. Casi nada: la libertad total para todos, la fusión del mundo exterior e interior del hombre, la objetividad hecha subjetividad y viceversa. ¡Vive Dios que no se necesita ser filósofo, efectivamente, para afirmar estas pamplinas! Y la verdad es que en ninguna parte he encontrado una exposición del surrealismo más precisa que la suya. Pero, ¿quién asegura que el hombre aspire a la libertad? ¿Es ésta posible, es deseable? ¿Y por qué ha de ser integral? ¿No cree usted que una regulación en cierto dominio puede asegurar una latitud más amplia en otro? ¿Y seremos capaces de hacer el menor esfuerzo si no pesa sobre nosotros una coacción? Y el conflicto entre mi libertad y la suya, ¿cómo se resuelve? ¿Lo resolverá verbalmente, como esa otra antinomia, triunfalmente superada, según la cual "el concepto de masa no anula al individuo sino que lo incorpora"? La palabra-amuleto, "dialéctica" (y usted protesta, justamente, porque se la usa con ligereza), ejerce una vez más la contradicción. Si todo es tan sencillo, me explico que el surrealismo cumpla esa otra proeza de ser, a un tiempo, "esencialmente disconformista y fundamentalmente optimista". No tiene nada que envidiar a nadie.

"Si nosotros proponemos la poesía y la pintura del primer cuarto de siglo es porque sus autores representan nuestros clásicos

cos", dice usted. (A propósito: vincular el surrealismo y el arte abstracto, como hace yo y como hace usted, no es adoptar "la opinión popular que designa toda manifestación de vanguardia como surrealismo"; es comprobar un hecho real: el surrealismo, que no ha tenido, según mis noticias, un desarrollo equivalente en las artes plásticas, mantiene con los abstractos unas relaciones de facto, que se reflejan en LETRA Y LINEA y en su propia actividad personal). ¡Cómo! Gentes que pretendían quemar los museos, destruir el concepto mismo de literatura, y que por momentos llegaron a negar a los antepasados de que estaban más orgullosos (Sade, Rimbaud, Lautréamont, Jarry), se han forjado sus clásicos en menos de un cuarto de siglo. No conozco ejemplo semejante de celeridad en la cristalización de formas, conceptos y nombres de un movimiento artístico. Los surrealistas han tenido siempre una curiosa tendencia a instalarse prematuramente en la historia. De ahí la profusión de antologías con que nos regala. Y de ahí otra de sus características: gracias a él hay poetas inéditos que pasan directamente a las antologías.

La categoría de clásico presupone la de epígono; es el epígono el que designa, escoge, instituye su clásico. Y usted admite que, pasado el primer cuarto de siglo, surrealistas y abstractos han caído en el epigonismo. Esa era mi tesis. ¡Bastará con revivir la época creadora del movimiento!, me dirá usted. Pues háganlo; nadie se lo impide al surrealismo, sino su propio agotamiento. La Iglesia dice también: Si los hombres volvieran a Dios, acabarían todos los males. Pero, justamente, el mal es que no vuelven a Dios, y que el cristianismo no pueda hacer más que lamentarlo.

Para el surrealismo de 1925, para esa "vague de rêves" que estremeció entonces a una generación inolvidable, mi actitud no puede ser más simpática. Aprocio su maravillosa influencia en todos aquellos que han terminado por librarse de él. Pero quienes persisten en aquellas formulaciones demasiado sumarias, y pretenden transformarlo en cuerpo de doctrina —en ideología, como dice usted— viven de un capital que no se regenera. Es necesaria una gran dosis de ingenuidad, un espíritu singularmente con-

formista para adherir a una ideología formada, con sus inevitables mitos y su edad de oro, situada por igual en el pasado y en el futuro. Prefiero a Sartre: "toujours en question, toujours en sursis; peut-être doit-on perpétuellement se faire" (Baudelaire, pág. 47).

Otro de mis errores consiste en "asociar LETRA Y LINEA con los surrealistas", porque en su primer consejo de redacción tres lo eran y seis no. Cuesta trabajo imaginar una coartada más elemental. Aplica usted el sistema de los camaradas de ruta, cuya presencia en una empresa no tiene otro objeto que disimular el carácter sectario del grupo dirigente. Y, como hemos visto, los colaboradores que no eran surrealistas, al percatarse de la función que cumplían, empiezan a marcharse. Para ensañarse con el prójimo, invocan ustedes la necesidad de agitación literaria (que yo no niego). Pero la agitación literaria se hace con libertad de espíritu, con amplitud de criterio; ustedes, militantes de una ideología, poseen la verdad. El que posee la verdad no puede sino practicar el terrorismo, y LETRA Y LINEA hace terrorismo literario. Pero no en el estilo directo y brutal de los primeros surrealistas, sino arrebuñándose en un grupo que sólo tendría en común el amor a la verdad...

Acabemos. Algunos me decían: "Pellegrini se molestará". Yo respondía: "Este es un fest. Si se molesta, nuestra amistad era un malentendido, y nada se perderá". Pero usted se ha imaginado no sé qué torva confabulación. "¿Qué juego se oculta detrás de este ataque contra LETRA Y LINEA?" Mi juego estaba a la vista. Yo discuto con la gente que me parece valiosa. Como los muchachos de LETRA Y LINEA me interesan, creo que ya es hora de que dejen de jugar al surrealismo. Algunos se han librado, otros lo harán; yo quise adelantar la hora. No puedo explicarme con más franqueza. ¿Verdad?

Puesto que el surrealismo argentino tiene ya sus desertores, prefiero seguir el diálogo con ellos.

OSIRIS TROIANI.

Imperialismo, Cultura y Literatura Nacional

LA oligarquía terrateniente, porteña, unitaria y liberal surgida de Caseros había subordinado nuestra economía, nuestra política y nuestra cultura al imperialismo británico. La revolución popular y proletaria del 17 de octubre de 1945 puso fin a su predominio y nos emancipó política y económicamente del imperialismo. Pero seguimos culturalmente sometidos a él porque algunos escritores nuestros a su servicio demoran la aparición de una conciencia nacional practicando una literatura de evasión y frustración, gratuita, hermética e ininteligible para el pueblo. Martínez Estrada y Borges, negando al Martín Fierro el carácter de poema épico que le asignó Lugones, tergiversando el sentido político de la obra y el significado del héroe, son los dos ejemplos más evidentes. Ídolos de la juventud universitaria "democrática", festejados por los grandes diarios y revistas, encarnan la conciencia antinacional que el imperialismo necesita. Tales son las tesis principales del libro *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, que publicó Jorge Abelardo Ramos en la editorial *Indoamérica*.

En catorce ensayos muy breves (algunos de sólo dos páginas) desarrolla Ramos su esquema, aplicando a nuestra realidad argentina principios y categorías de procedencia muy diversa y hasta antagónica que se anulan mutuamente, pero aparentan sostenerse por la carga emocional que los penetra. La teoría marxista de la lucha de clases, el análisis leninista del imperialismo, la teoría populista del arte, el concepto sartriano de "literatura comprometida", el "indoamericanismo" de Haya de la Torre y nuestro revisionismo histórico se combinan eclécticamente para darnos una imagen bipolar de la situación argentina actual, construida sobre el juego de dos fuerzas económicasociales y sus correspondientes

ideologías políticas y culturales, según un esquema como este:

IMPERIALISMO	EMANCIPACION
Urquiza — Mitre	Rocas — caudillos federales
oligarquía terrateniente, porteña, unitaria, liberal	democráticos del interior
cultura europeizante	revolución proletaria y popular
literatura hermética y gratuita	indoamericana — Perón
<i>Sur</i> , <i>La Nación</i>	conciencia nacional
Art (41)	literatura americana, popular, revolucionaria
Ocampo, Malen, Borges	Hernández
Martínez Estrada	Ugarte
	Gálvez — Quiroga
	Eliás Castelnuovo, Luis Franco

Decidir sobre la validez de las conexiones que Ramos establece entre todos estos fenómenos y sobre el sentido que asigna a cada uno de sus elementos, reclamaría un estudio minucioso y documentado (esfuerzo del que Ramos, por cierto, se ha sentido eximido) que me es imposible intentar aquí. Creo, en cambio, que es posible y necesario revisar los términos y la formulación misma del triple problema que está en su base: la relación entre lo europeo y lo nacional en nuestra cultura, el condicionamiento social de nuestros escritores y la fundamentación de una literatura argentina revolucionaria y popular.

LO EUROPEO Y LO NACIONAL EN NUESTRA CULTURA

Al identificar dependencia cultural del imperialismo con europeización de nuestra cultura, Ramos ha embrollado los términos de dos problemas que por separado pueden tener sentido, ha jugado con las palabras y no ha derrochado buena fe.

“Europeización”, “européismo”, “europorteño” (calificativo que aplica preferentemente a Borges) y otros similares, son términos que usa con tal falta de contenido y precisión que por sí mismos reducen toda su argumentación al absurdo.

En la página 33 resume su pensamiento proclamando con exultación: “Para los escritores argentinos ha llegado la hora de enterarse que una revolución recorre el continente y que Europa ya nos ha dado cuanto podía esperarse de ella.” Pero al mismo tiempo recurre a Eduard Spranger para definir la colonización cultural; a Julien Benda para caracterizar el bizantinismo literario; a Lev Davidovich Trotsky para condenar el realismo socialista y a Vladimir Ilitch Lenin para probar que oponerse al nacionalismo del país oprimido es apoyar el nacionalismo del país opresor. Pareciera, pues, que Europa persiste en darnos cosas, o que por lo menos ésta era la situación hasta el 15 de marzo de 1954, fecha en que los esforzados Talleres Gráficos de Juan Castagnola e Hijos ponían el *Explicit* a *Crisis y resurrección*.

Lo dicho bastaría para demostrar —si es que el de Ramos puede tomarse por un verdadero alegato contra el imperialismo cultural— que no siempre la adopción de teorías y pensamientos europeos conduce a la subordinación mental al imperialismo, y que es necesario precisar mucho mejor qué se entiende por “europeización”.

Pero éste no sería más que un argumento “ad hominem”, y como tal de un valor puramente crítico, que no es lo que verdaderamente interesa. Aunque basta para comprobar una vez más que cuanto más nos empeñemos en oponer “cultura americana”, “cultura argentina” o “cultura nacional” y “cultura europea” como si fueran mónadas incommunicables, tanto más retardaremos la posibilidad de darnos una personalidad y una expresión propia.

Que nuestra cultura es europea y que sólo dentro de la cultura europea podemos realizarnos con rasgos propios es el hecho obvio y primordial del cual debemos partir y al que debemos en todo momento atenernos, si no queremos caer ni en el cacharrismo santiagueño de Canal Feijóo ni en los “valores occidentales” de Foster Dulles, Tacho Somoza o el Rotary Club.

Pues no solamente nuestra lengua, nuestro sistema de categorías mentales últimas, nuestra ciencia, nuestro derecho y nuestra economía son creaciones europeas —bien o mal aclimatadas—, pero hasta el concepto y el nombre mismo de América se lo debemos a Europa. Antes que el primer europeo pusiera el pie en nuestro continente, América no existía ni para los europeos ni para los diversos pueblos que lo transitaban. Ningún maya, ningún asteca, ningún inca, ningún quichua o comechingón se sintió jamás o se supo americano.

Esta relación dialéctica original entre Europa y América sigue operante y a su sentido debemos plegarnos: para ser americanos tuvimos que ser primero europeos; para dejar de ser europeos tenemos que terminar de hacernos americanos.

Si admitimos, empero, como puramente metódica y conceptual la disyunción *cultura europea/cultura americana*, es necesario que nos demos cuenta que cada uno de nosotros encuentra en Europa y en la cultura europea lo que en ellas quiere encontrar. Nuestras turistas no ven de Europa nada más que las vidrietas de los modistos; nuestros ricos de la Nueva Argentina no van al Louvre ni a la Comédie Française, sino a los teatros de cuadros vivos, y cambiarían la mejor bouillabaisse por un bife a la parrilla.

Del mismo modo —y no será yo quien la excuse en esto— Victoria buscó en la literatura europea semidiosas con quienes tomar el té y referirlo luego en *La Nación*, o semidiosos con quienes salir de noche. Pero Ramos buscó al hirsuto Trotsky para que le explicase por qué Victoria tenía que buscar los semidiosos y por qué no hay que tomarla en serio cuando desde *Sur* deplora que sus huéspedes marplatenses le descompongan su vida interior, y cómo el tener chalets en Mar del Plata predispone para ver detrás de las aladas palabras a los semidiosos inevitables a los chalets y presentables a los *happy few* de Buenos Aires. (Estoy

persuadido, por lo demás, que el insufrible snobismo de Victoria, Malles, su clase y sus adscriptos procede de la misma ansia de una cultura nacional que corroe a Ramos. Si equivocaron el camino, la culpa no es de la cultura europea, sino de Victoria misma y de la clase que representa.)

El mal está en nosotros mismos y no se remedia ni con cortinas de hierro mentales ni con la temática autóctona, ni con sólo usar el “vos” en lugar del “tú”. La “europeización” no es tanto la causa como el efecto de la falta de conciencia nacional (aunque reñetée sobre ella agudizando el desapego inicial). Quien vive pendiente de Europa es porque no le ha interesado lo nuestro o no lo ha descubierto, y no porque la asimilación de la auténtica cultura europea lleve más o menos fatalmente a la enajenación.

Pero tampoco debe olvidarse que, hoy más que nunca, tenemos, para desinteresarnos y estar insatisfechos de nuestro contorno, cien mil motivos, tantos cuantos tiene un francés de París para estar insatisfecho o desinteresado del suyo, o como tiene cualquier ser humano para estar insatisfecho con su existencia individual. Y esta superabundancia de motivos de insatisfacción no impide que a cada rato troppecemos con señores satisfechos y orgullosos de ser sin más lo que son, banqueros, jockeys, decanos de facultades o “cantores nacionales”, o de llamarse Pérez o Liebeschutz, o de ser argentinos en lugar de monégacos o monesgagos en lugar de argentinos, aceptando su ser individual o social tal como les ha sido dado elevándolo a bien en sí. Conciencias nacionales de éstas, de Día del Reservista o de jura de la bandera, me merecen poca fe.

Como hay dos posibilidades últimas para cada destino individual, aceptar lo dado de su peculiaridad trascendiéndola en un proyecto o evadirla, así tenemos abiertos dos caminos frente a nuestro ser social. O asumirlo y trascenderlo, o evadirlo. Y es un problema que precede y desborda a lo puramente cultural.

Así, la europeización del estilo de vida de nuestra oligarquía parodiando por nuestra clase media, es un resultado de su situación de consumidores puros. En brusca posesión de riquezas, sin saber en qué emplearlas ni qué sentido darle a sus vidas, necesitados de exteriorizar y reafirmar su situación de privilegio por algo que los hiciera distintos de los otros que con su trabajo permitían su apartamiento del vivir común, volvieron la vista a Europa. Y como encargaban los trajes a Londres, encargaron “educación” para sus hijas a las Adoratrices —“una palmada, reverencia; dos palmadas, levantarse”— bodegas y chefs, arquitectos, pinacotecas. Todo fué muy rápido; no había tiempo que perder; venía la Infanta, el Príncipe de Gales, Monseñor Pacelli, Lily Pons, Isadora Duncan, Strauss. Del 90 al 30 nos dimos un atracón de modas, modales, institutrices, coliseos y conferencistas. Ahora hay que digerirlos.

Con todo lo viciosa y superficial que fué esta europeización, no creo que haya que lamentarla: fué consecuencia de la liquidación de una estructura feudal-colonial y nos abrió la puerta a una fase económica y cultural nueva. Lo que sería, sí, inconcebible, es aferrarnos todavía a aquello y querer prolongarlo. Nuestro glorioso fin de siglo se ha hundido definitivamente. Podemos mirar a Europa con ojos nuevos, y en vez de los dandys londinenses, fijarnos en Spinoza, Descartes, Marx, Hegel, o el obispo Berkeley, caro a Borges.

En la consolidación de nuestra conciencia nacional, el papel de la alta literatura es muy pequeño, no nos engañemos, aunque esto no quite que deba desempeñarlo. Pero tengamos bien en claro que las grandes literaturas han seguido más que precedido a la conciencia nacional. Consolidar nuestra conciencia nacional no es un problema de la literatura, ni, en último término, del pensamiento, sino de la acción. Acción que fundamentalmente ha de ser educacional y política, en ambos casos entendiendo la palabra en su sentido más amplio. Sólo estaremos los argentinos

unidos en una conciencia común cuando hayamos encontrado un quehacer que, partiendo de nuestro ser actual e histórico, nos trascienda hacia el futuro dando sentido al presente. Una oportunidad así —que me perdone Ramos— no la hemos tenido aun en los argentinos, aunque a veces la hayamos entrevisto.

IMPERIALISMO Y CULTURAS NACIONALES

El punto de partida de Ramos es indiscutible: la nación imperialista trata de reforzar su dominio económico y político con la imposición de su cultura a la nación colonizada. Lo que queda por ver es si la imposición de esta cultura es siempre y en todo momento un mal absoluto, para estudiar después en concreto en qué ha sido nuestro caso. Que no es el mismo que el de Sud África, Madagascar, o Puerto Rico y las naciones del Caribe.

Con un método inconcebible en quien profesa partir de premisas marxistas, Ramos hace del imperialismo una hipóstasis y de su acción una causalidad irreversible y lineal, perdiendo de vista lo que es la contribución decisiva del marxismo: la visión dialéctica de la causalidad histórica. Y para terminar de oscurecerlo todo, cae en un maniqueísmo lo más ajeno a Marx que se pueda pensar (aunque bastante bolchevique) asimilando en abstracto y ahistoricamente imperialismo con el mal y nacionalismo con el bien. Esta distorsión no es para mí casual ni debida a falta de lucidez: me parece efecto directo de la distorsión política que vive Ramos.

La europeización de la cultura mundial a partir del siglo XVI es consecuencia directa de la expansión capitalista y resulta inmediatamente de la aparición del mercado mundial y de la integración de las economías nacionales autónomas o semi-autónomas en una economía universal.

Con todos sus inmensos efectos, la adopción de los métodos de producción capitalistas y de las ideologías burguesas europeas ha puesto a las tres cuartas partes de la humanidad en el camino de la redención. (No ignoro que un espiritualista a lo Lanza del Vasto podría objetar: ¿Y de qué le sirve a la China o a la India estar en camino de convertirse en las primeras potencias mundiales, si para ello han tenido que renunciar a su visión del mundo original? Pero este es un problema que no puedo recoger aquí.)

Pero en todos los casos, la colonización cultural ha sido un proceso recíproco y dialéctico. Al ponerse en contacto la cultura europea y la asiática, por ejemplo, aquélla modificó a ésta, haciéndola adaptarse a la nueva estructura económica, pero fué modificada a su vez y en un doble sentido. En primer lugar, por el enfrentamiento con una cultura distinta, la cultura europea cayó en la cuenta de la historicidad de sus propias premisas culturales, lo que le permitió inaugurar una crítica de sí misma que todavía no ha culminado. Además, tomó —en épocas distintas y en distintos terrenos— elementos que pasaron a integrarse en ella y a modificarla desde adentro.

El proceso es a la vez dialéctico, y guarda estrecha analogía con el proceso económico. Una vez impuesto el mercado internacional, de nada le vale al país colonizado el que anteriormente hubiese contado con una economía autárquica y con un ciclo propio; sólo le quedan dos posibilidades: vivir sometido como productor de materias primas y consumidor de productos fabriles, o hacerse industrial como el país colonizador. Aferrarse a sus formas económicas anteriores equivaldría a cerrarse para siempre el camino de la emancipación.

En lo cultural el proceso es —en conjunto— análogo: el país colonizador no impone su cultura al colonizado solamente porque pueda apoyarla con la fuerza de las armas y con el poderío económico, sino además porque la cultura nativa —autosuficiente mientras vivió aislada— resulta inepta ya para el nuevo papel que le toca en el nuevo orden mundial. El maravilloso alfabeto ideográfico chino no es en sí mismo superior ni inferior al semítico, pero su existencia estaba condicionada por la estratificación y congelación de la sociedad china, dentro de la cual el analfabe-

tismo era la suerte común de las nueve décimas partes de la población. Ni en el siglo veinte tiene sentido dedicar años de años a aprenderlo y a caligrafiarlo.

Resumiendo: la nación imperialista necesita imponer su cultura para consolidar su dominio (y aun para hacer meramente posible la administración colonial), pero al hacerlo suministra a la nación colonizada los instrumentos para su emancipación. Gandhi, antes de encabezar la liberación de la India, fué abogado inglés. La acción cultural del imperialismo debe valorarse siempre y sólo en concreto, determinando exactamente cuál es el momento histórico, cuál la nación colonizadora, cuál la colonizada, qué aspecto de la cultura es el que se analiza y cuáles son las reacciones dialécticas previsibles. No es posible, por ejemplo, homologar nuestro momento histórico actual con el de mediados del siglo pasado, ni hablar de "cultura" en bloque, sin distinguir si se está hablando de economía, de literatura, de ciencia, de derecho o de organización política.

NUESTRA SITUACION

Por lo pronto, es muy distinta a la de cualquier colonia política de cualquier nación imperial. Además, al producirse la colonización española no existía en nuestro suelo una cultura muy superior a la neolítica (en algunos casos era inferior). En tercer lugar, nos colonizó la nación europea en la que más estables se mantuvieron las estructuras medievales y feudales, no sólo en lo económico, sino en lo cultural.

Por lo tanto: 1º) al "europeizarnos" (exactamente, al galonglizarnos) nuestros iluministas, nuestros románticos y nuestros positivistas no nos hicieron renunciar a una cultura más valiosa o con capacidades internas de evolución fecunda; 2º) Esta "europeización" nos dió el impulso para crearnos una cultura con caracteres personales dentro de la cultura europea.

Una sola prueba (y es doloroso recurrir a ella): los países hispanoamericanos en los que la deshispanización ha sido menos profunda, languidecen culturalmente y —lo que es peor— se muestran muchísimo más permeables que nosotros a la penetración cultural de los Estados Unidos, a la que sucumben también algunas formas culturales inferiores de los mismos países europeos.

¿Entonces, no hay que temer ahora la penetración cultural del imperialismo económico? Tampoco ésta es una conclusión buena.

Para poner el problema en sus justos términos y para poder enjuiciar lealmente a nuestros escritores y a nuestros intelectuales en este respecto, es necesaria una distinción previa entre los diversos niveles de cultura y una caracterización lo más exacta posible de nuestra dependencia cultural, respecto de los imperialismos.

Hay un nivel cultural infimo y medio, el que podríamos llamar del estilo de vida, formado por nuestros hábitos en el comer, el beber, el vestirse, el construir nuestras casas y amueblarlas, los bailes, las canciones, el cine y el teatro comerciales, la literatura de entretenimiento (suplementos de los periódicos, revistas ilustradas), la divulgación científica, los diarios y la radio, la propaganda comercial. Este es el nivel en que actúa directamente el imperialismo en países no coloniales como el nuestro. De todas las naciones imperialistas es los Estados Unidos la que tiene mejor organizada su acción en este terreno. Con sólo las agencias informativas, el cine y las grandes revistas como *Readers Digest*, *Life* y *Time* incide sobre la opinión mundial con una eficiencia tal que no sólo se puede decir que conforman la mentalidad mundial en lo político y en lo social, sino también en lo cultural. Junto a ellas, el Servicio de Informaciones y organizaciones semiculturales como ICANA tratan de llegar a las capas cultas medias de cada país, y logran crear una disposición genérica de fe y simpatía, que luego explota la propaganda.

Las otras grandes potencias imperialistas, como Francia e Inglaterra, son mucho menos eficaces en este nivel, y padecen ellas mismas en grado creciente el influjo de lo peor de la *American way of living*. (Lo que por cierto permite deducir que sus propios estilos de vida están en receso. De la URSS, poco podemos de-

vir en la Argentina, por la represión en que se mantiene a su más eficaz órgano de penetración, el Partido Comunista.

Por encima de este nivel de cultura inferior y media, está el nivel de la alta cultura, la gran literatura de ficción, la filosofía, las artes plásticas y musicales, la arquitectura, el cine y el teatro artísticos, las ciencias puras y aplicadas.

Cifándonos a la literatura y a las ciencias del hombre, podemos comprobar de inmediato que es en este plano donde se da, dentro de las mismas naciones imperialistas, la rebelión contra la concepción imperialista y capitalista. Dos Pasos, Miller, Steinbeck, Hemingway, Chaplin, han denunciado y combatido el imperialismo norteamericano con más eficacia y profundidad, dentro y fuera de Norteamérica, que cualquier adversario colonial. Lo mismo se diga en Francia de Sartre, Merleau; Ponty, Malraux, Bernanos, Camus, Gide y de Bernard Shaw en Inglaterra, etc. En este nivel, el de nuestra alta literatura de ficción y de ideas, es donde se ha colocado Ramos, eligiendo como arquetipos a Borges y Martínez Estrada a los que pretende filiar con la oligarquía proimperialista surgida de Caseros. Y es aquí donde la contradicción interna que descubrimos en sus principios le hace extraviarse definitivamente.

Pretender demostrar, por ejemplo, que Borges sirve al imperialismo porque frecuenta y cita copiosamente a Berkeley, De Quincy, Shelley, Hegel o polvorientos cronistas alemanes, franceses o ingleses, es un simplismo infantil. Y acusar de lo mismo a Martínez Estrada porque al interpretar el *Martín Fierro* recurre a diez o trescientas autoridades europeas, es nativismo de peña folklórica. Martínez Estrada ha dicho abundantemente qué piensa del imperialismo en nuestra vida nacional, y que haga del *Martín Fierro* una figura kafkiana puede argüir de él muchas cosas, menos una entrega al imperialismo británico. Que la actitud vital de Borges sea incompleta, no lo negaré yo, pues él se ha adelantado a reconocerlo, teniendo sí en su favor una vida de austeridad y de servicio de lo que le pareció su misión que ojalá todos imitéramos. Que en Martínez Estrada haya elementos reaccionarios, y que su actitud espiritual sea de frustración, lo pienso, y creo que puede mostrarse. Pero, en todo caso, los elementos reaccionarios que en él puedan descubrirse son precisamente los que Ramos exalta como valores. En cuanto a la identificación peronismo/antiimperialismo, que por inferencia inmediata convierte en proimperialista a todo opositor, no pasa de ser una de

las tantas gruesas simplificaciones que comete Ramos. En el mismo tomo periodístico de su libro podría aludirse —como réplica— a la ley de Radicación de Capitales y al contrato del petróleo. Pero no es mi intención recoger ese tipo de planteos: nuestra realidad exige mayor objetividad y sutileza para acercarse a comprenderla.

Si queremos obrar con lealtad y no dar palos de ciego, en materia de antiimperialismo hay mucho que hacer antes de tomárselas con Borges y con Martínez Estrada.

LITERATURA Y CONDICIONAMIENTO SOCIAL

Así como me parece frustrado el intento de Ramos en lo que al análisis de nuestra literatura en función del imperialismo se refiere, me parece fructífero su intento de analizar nuestra literatura en función de categorías sociológicas, sobre todo si culmina en una mayor claridad de todos los intelectuales jóvenes respecto de sus condicionamientos y sus deberes para con su contorno.

Pero tampoco me parece bueno el camino populista-estaliniano por el que Ramos se ha metido, sobre todo él que cuenta con un análisis de Trotsky de claridad definitiva, *Literatura y Evolución*, que no sólo cita en su libro, sino proyecta editar en su editorial indoamericana.

Desarrollarlos, llevaría demasiado espacio, pero éstos son los principios generales sobre los que hay que trabajar:

1º) Abandonar el tópico proudhoniano-tolstoyano, recogido por Benda y Weidlé entre otros, de que toda literatura no realista y objetivista es literatura de decadencia, burguesa y antipopular.

2º) Someter a una crítica, en la línea iniciada por Trotsky en *Literatura y Evolución*, el slogan de la "cultura proletaria" o "cultura popular", cuyo punto de partida teórico-práctico sería: no bajar la alta cultura al nivel del pueblo sino levantar al pueblo a la alta cultura, ayudándolo para ascender de las etapas de cultura simple a las etapas de creciente complejidad.

3º) Desprenderse de la viciosa oposición entre forma y contenido que está implícita en toda valoración de la poesía y de la literatura de ficción (excluido específicamente al ensayo) por la ideología, especialmente política, que expresa.

4º) Insistir, combinando sociología y psicología de profundidad, en la crítica literaria en función del concepto de clase, sin esquemas abstractos y escritor por escritor, por lo menos en la etapa inicial.

RAMON ALCALDE

PUBLICADOS

Ismael Viñas - El Libro de Juan Fernández

Ramón Alcalde - Las Novelas de H. Hesse

EN PREPARACION

Adelaida Gigli - Presagios y Biografía

CENTRO

Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y
Letras

OTOÑO - N° 9

LIBRERIA ANTICUARIA

"EL RETIRO"

ofrece su colección de 680 libros
sobre crítica literaria
Argentina y Americana

CALLAO 1880

T. E. 41-7828

HORARIO DE 15 a 21



**ediciones
"doble p"**

el sello de los grandes
escritores argentinos
¡novedades aclamadas
por la crítica!

tierra arisca, vigorosa novela
de diego r. oxley .. \$ 24.-
don segundo sombra,
reminiscencia infantil de
ricardo güiraldes
extraordinario ensayo crítico
de aristóteles echegaray \$ 16.-

otros éxitos de nuestro
sello:

a. pagés ferraya - santos veiga
el payador, leyenda trágica
1º premio municipal/54 \$ 12.-

w. g. wayland - belgrano r.
deliciosos cuentos ... \$ 6.-

a. pratsker - la noche y dos
sombas, novela . \$ 14.-

* pasto seco, novela \$ 16.-

burbujas en el burro,
relatos subjetivos - una joya
bibliográfica!..... \$ 35.-

de venta en todas
las buenas librerías

¡próximas novedades!
cayó sobre su rostro,
una novela reveladora, por
david villas

el pentágono, novela en
forma de cuentos, un alarde
de técnica e interioridad, por
antonio di benedetto

la última montonera,
cuentos bárbaros, toda una
época sangrienta, por Félix fusa

señor librero: pida estos
títulos a su distribuidor ha-
bitual.

evitamos a los escritores ar-
gentinos o remitimos originales

ediciones "doble p"
reconquista 1011 32-8210



Próximamente
aparecerá boletín
correspondiente a
la novela y el
cuento argentinos.

LIBRERIA VERBUM

CENTRO Nº 10

Número extraordinario

Cincuentenario de la Funda-
ción del Centro de Estudiantes
de Filosofía y Letras

Evocación de la historia del
Centro —historia de la Facul-
tad— y homenaje a aquellos
que pasaron por una y otra y
que ahora se encuentran aleja-
dos de la actividad docente.

Aparecerá en OCTUBRE

Precio aproximado \$ 15.—

BREVIARIOS

- Pittaluga, G. - Temperamento, carácter y per-
sonalidad (Nº 90) .. . \$ 10.—
- Mende - La India Contemporánea (Nº 91) .. . \$ 20.—
- Gordon Childe - Los orígenes de la civilización
(Nº 92) .. . \$ 20.—
- Zweig - El pensamiento económico (Nº 93) .. . \$ 14.—
- Vignaux - El pensamiento en la edad media
(Nº 94) .. . \$ 14.—
- Westheim - El grabado en madera (Nº 95) .. . \$ 24.—
- Sapir - El lenguaje (Nº 96) .. . \$ 20.—
- Frankfort - El pensamiento prefilosófico - Egipto
y Mesopotamia (Nº 97) .. . \$ 20.—
- Frankfort - El pensamiento prefilosófico (tomo
II) - Los hebreos (Nº 98) .. . \$ 14.—
- Bredrick - La pintura china (Nº 99) .. . \$ 14.—
- Reyes, A. - Trayectoria de Goethe (Nº 100) .. . \$ 14.—
- Fromm, E. - Ética y Psicoanálisis (Nº 74) .. . \$ 14.—

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

INDEPENDENCIA 802

BUENOS AIRES

PORFRAT

PODERES EN EUROPA

L. Benavidez 330

Buenos Aires

VAN RIEL

GALERIA DE ARTE

FLORIDA 659

BUENOS AIRES

Librería LETRAS

VIAMONTE 472

31-2512

Nuevos Títulos de Edición
Gredos

Amado Alonso: Materia y for-
ma en poesía.

Amado Alonso: Estudios y en-
sayos gongorinos.

Ramón de Zubiría: La poesía
de Antonio Machado.

Charles Moeller: Literatura del
siglo XX y cristianismo.

José Todolí: Filosofía de la re-
ligión.

C. Y. F. A.

un arte en tejidos

AMIGOS DE CONTORNO

Marcos Merchensky

Enrique Grande

Jorge Bullrich

J. J.

JAQUE MATE

El juego de Ajedrez de la más delicada
terminación

LIBROS DE NOVELISTAS ARGENTINOS

Bernardo Verbitsky
LA ESQUINA
Un vol. 250 págs. \$ 18.—

Alberto Franco
ANTOLOGIA POETICA
160 págs. \$ 20.—

Héctor A. Murena
EL JUEZ
"Colección Teatro"
360 páginas \$ 28.—

Estela Canto
EL HOMBRE DEL
CREPUSCULO
144 págs. \$ 12.—

Eduardo Malice
LA SALA DE ESPERA
"Colección Horizonte"
678 págs. \$ 44.—

Emilio Sosa y López
POESIA Y MISTICA
"Colección Ensayos
Breves"
180 págs. \$ 18.—

Mario A. Labrecchio
EL TRAFICANTE
144 págs. \$ 18.—
De reciente aparición:

Manuel Mujica Láinez
LOS VIAJEROS
Una etapa más en la se-
rie de éxitos iniciada con
Los ídolos y la Casa
"Colección Horizonte"
260 págs. \$ 22.—

De venta en todas las buenas librerías

EDITORIAL SUDAMERICANA

ALSINA 500

BUENOS AIRES

ULTIMOS LIBROS

- LIONELLO VENTURI, *Cómo se mira un cuadro* \$ 60.—
- HERBERT READ, *El significado del arte* . . . \$ 50.—
- CONDE DE LISTOWEL, *Historia crítica de la
estética moderna* \$ 40.—
- PAUL VALERY, *Miradas al mundo actual* . . . \$ 30.—
- PAUL VALERY, *La idea fija* \$ 20.—
- MARCELLE AUCLAIR, *Vida de Santa Teresa
de Avila* \$ 60.—
- TH. SPENCER, *Shakespeare y la naturaleza del
hombre* \$ 30.—
- RODOLFO MONDOLFO, *Figuras e ideas de la
filosofía del Renacimiento* \$ 40.—
- LEONARDO DA VINCI, *Tratado de la Pintura
(3ª edición)* \$ 165.—

Editorial Losada S. A.

ALSINA 1131

BUENOS AIRES

Uruguay

Chile

Perú

Colombia

Editorial "Americalee"

TUCUMAN 353

T.E. 32-0638 y 3750

Nueva colección de **ANTOLOGIAS UNIVERSALES**
Selección y prólogo de ANTONIO G. BIRLAN

Se trata de una prolija y erudita selección de opiniones de los autores más famosos de todas las épocas y de todos los países con relación a lo que pudiéramos llamar grandes temas del pensamiento humano.

- EL AMOR Y LA AMISTAD
- CULTURA Y CIVILIZACION
- EL HOMBRE Y LA MUJER
- LA LIBERTAD
- LOS EUROPEOS
- PROGRESO Y EVOLUCION
- LA HISTORIA
- PUEBLOS Y RAZAS
- CIENCIA Y FILOSOFIA
- EL ESTADO, LA PATRIA Y LA NACION
- LOS SIETE PECADOS
- LAS LEYES, EL DERECHO Y LA JUSTICIA
- CONCIENCIA Y CONOCIMIENTO
- EL TIEMPO Y EL ESPACIO

Precio del ejemplar \$ 18.—

Cada volumen se acerca a un problema distinto, o a varios de carácter semejante, desde los más diferentes puntos de vista.

EDITORIAL RAIGAL

LA AVENTURA CREADORA

- La Raza Sufrida, por Carlos B. Quiroga . . . \$ 28.—
- La Malhoja, por Alberto Córdoba \$ 20.—
- El empresario del Genio, por Carlos Alberto
Leumann \$ 22.—
- El fortín de los hombres sin miedo, por Gui-
lherme House \$ 16.—
- El Desierto poblado, por Antonio Stoll \$ 18.—

De próxima aparición:

Lázaro resucitado, por Carlos B. Quiroga

NOVELAS DISTRIBUIDAS POR LIBRERIA Y

EDITORIAL

LA FACULTAD S. A.

CONTORNO

Julio de 1956

Nos. 7 - 8

Av. Roque Saenz Peña 651 - T.E. 30-2409 - Diez Pesos

COMITE DE DIRECCION:

ISMAEL VINAS - DAVID VINAS - NOÉ JITRIK
ADELAIDA GIGLI - RAMÓN ALCALDE
LEÓN ROZITCHNER

SUMARIO

Peronismo ¿y lo otro?	CONTORNO
Experiencia proletaria y experiencia burguesa	León Rozitchner
Examen de conciencia	Osiris Troiani
Miedos, complejos y malos entendidos	Ismael Viñas
Del fascismo al peronismo	T. Halperin Donghi
17 de Octubre: trampa y salida	Rodolfo M. Pandolfi
Peronismo y neutralidad	Adolfo Prieto
¡Paso a los héroes!	David Viñas
"Sur" o el antiperonismo colonialista	Oscar Masotta
Testimonio	J. J. Sebrelli

De las Obras y los Hombres

La fiesta del monstruo	F. Sanromán
Víctor Massuh o el encubrimiento de América	E. Ferns Thirion
Guibert: un poeta con geografía	Noé Jitrik
"Rosaura a las diez", premio Kraft	Marta C. Molinari
Ayer, Hoy y Mañana, de Mario Amadeo	Ramón Alcalde

"Luego nos arguirán, para condenar todo lo que contiene nuestro país de glorioso y distinguido en personajes políticos y literarios, ¿por qué habéis recorrido los dos partidos que le constituyen con el acto de reprobación en la mano y tirado indistintamente sobre ellos? ¿Qué es, pues, lo que queréis? ¿A qué partido pertenecéis vos? ¿En provecho de qué idea, de qué sistema, de qué gentes escribís?..."

"Yo contestaré: hace muchos años que persigo a las dos fracciones en que se ha dividido la generación pasada de mi país, porque no nos han hecho sino inmensos males; la colorada por sus crímenes; la celeste por su inepticia..."

"Juzgo al pasado con severidad, y llamo al porvenir a sucederlo. Digo que es tiempo de que el país cuido de no confiar la menor de sus tentativas de regeneración a hombres que no harán sino malograrlas, porque han perdido la fe y la disposición al sacrificio, y han cesado, sobre todo, de comprender los instintos y los medios de acción de nuestras masas; han pasado como su tiempo."

J. B. Alberdi, "Acontecimientos del Plata en 1839 y 1840", en "Escritos póstumos", tomo XV, Bs. As., 1900, pág. 519 y sgs.

Peronismo... ¿y lo otro?

POCO tiempo antes de la revolución de septiembre enviamos a la imprenta los originales del número de CONTORNO dedicado a la novela argentina. Producida aquélla, sentimos que quizá era necesaria una aclaración: una de esas notas por medio de las cuales se deslindan posiciones y se le indica al lector que algo no significa lo que parece —o lo que significa en realidad. Nos sentimos tentados de establecer que durante todos los años del peronismo no nos habíamos entregado. Y por no habernos entregado entendíamos no solamente no habernos entregado al peronismo, sino tampoco al antiperonismo; que habíamos luchado —con mayor o menor eficacia, con éxito o sin éxito— para distinguir la verdad sobre lo que estaba ocurriendo en el país.

Unos momentos de reflexión nos convencieron de lo gratuito que sería explicar ninguna circunstancia particular: caímos en la cuenta de que nuestro lenguaje durante el peronismo más crudo debía seguir siendo idéntico a sí mismo y que el margen de nuestra libertad había estado mínimamente fijado por exigencias exteriores. Aquello que a los intelectuales les fué vedado por la dictadura nunca tuvo un carácter fatalmente problemático. Era, por cierto, riesgoso escribir sobre política o actuar en política. Pero jamás faltó la suficiente libertad de autoengañarnos y declarar paladinamente que se nos impedía tocar la realidad más urgente y atractiva. Los intelectuales argentinos en su casi totalidad preferimos disfrazar nuestra inepticia con resignadas y lamentosas imputaciones a un sistema que no nos respetaba ni nos admitía. Seriamente, lo concreto y lo

histórico es que, salvo casos aislados muy especiales, el conjunto de la realidad nos pasaba tan inadvertido que casi todos pudimos creer que el diablo, como en un cuento de Payró, andaba por estos lugares. La inepticia y la falta de carnalidad eran más bien impotencia que el peronismo excusaba cómodamente.

El grupo que hace CONTORNO nació a la vida activa cuando las cosas eran aparentemente fáciles: un nacionalista era, generalmente, un biznieto de inmigrantes, partidario de los gobiernos fuertes, y en abierta oposición a todos los movimientos e ideas populares. Desde esa derecha hasta la izquierda comunista se graduaban infinitas tendencias, agrupaciones y núcleos de intereses. Ese cielo clásico se repetía en todos los órdenes, como algo lógico y admitido: en literatura, desde Boedo a Marechal.

Debajo de ese esquema político se movía una realidad social mucho más compleja. Sobre ambos irrumpió el peronismo en momentos en que todavía nosotros no habíamos superado el esquema. Nosotros tomamos partido fácilmente frente a los militares y los nacionalistas hispanizantes. Pronto advertimos la calidad de algunos de los aliados que habíamos adoptado y que, si bien las masas estaban casi unánimemente de un lado, apellidos iguales o parecidos estaban instalados en ambas márgenes. Fuimos advirtiendo la invalidez del esquema a medida que el peronismo iba desarrollándose en respuesta a particulares circunstancias de nuestra realidad. En frente también ocurrían transformaciones de signos diversos, opuestos o coincidentes —nuestra realidad se revelaba tal como es: compleja y fluida.

Nosotros no pretendimos nunca un eclecticismo de cuerda floja, y obvio sería decirlo, sufrimos personalmente los largos años del proceso peronista sin tener tras de nosotros ni armas ni experiencia como para ubicarlo sin ese máximo de angustia que llevamos como saldo en nuestra obra. En cierto sentido, el grupo de CONTORNO, como la mayor parte de los hombres que tienen ahora entre veinticinco y treinta y cinco años de edad, se frustró en cuanto padeció, porque no le era dado actuar, un momento ambiguo tiroteado por fuerzas ambiguas y apetencias que sólo en la acción podían clarificarse y precisarse. La ambigüedad fue mayor para nosotros que para los que poseían una técnica del vivir, comprensiva del reposo y exigente del cumplimiento de esquemas claros o cuando menos tradicionales, porque lo que quisimos escribir tenía, y tiene, una inserción específica y dolorosa en esa realidad que no termina por adquirir una forma de fácil captación.

Nuestro primer paso fue ganar, por lo menos, una conciencia activa de esto último, lo que nos hizo desechar por mentirosas todas las expresiones que pretendían esquematizar y reducir nuestras convulsiones a perfiles de un simplismo interesado e históricamente desvirtuado a cada rato.

Quisimos entonces ver qué cosa era ese fenómeno complejo y discutible por el que atravesó el país, y lo fuimos haciendo por el examen de las manifestaciones que de algún modo lo comprendían o lo ubicaban. Y quisimos igualmente ponernos a razonar sobre lo que había pasado, pero desde adentro, como individuos que escriben mojados después de la lluvia, no como aquéllos que se pretenden secos, intactos, y señores de todo el universo.

Nos sentimos incómodos dentro de nuestra propia piel. Nos escuecen y molestan las generalidades sobre una realidad que es una de las formas de nuestra tarea, y por eso somos antipáticos y molestos con quienes se escudan en aquéllas. Tal vez no haya descubrimientos deslumbrantes en nuestra actitud. Pero algo sí hemos descubierto, seguramente para nosotros, aunque quizá también para otros, y es que no tenemos derecho a recogerlos en la sospechosa penumbra de una libertad que por ahora es solamente el argumento de los satisfechos y el contra argumento de los hambrientos.

Por esta convicción hemos matado en nosotros las grandes fórmulas que ocultaron desde siempre el transcurso de la realidad ante los ojos del proletariado. Y eso ocurrió mucho antes de que el peronismo cayera víctima de sus

propios vicios y de su ceguera. Y por eso, sin pretender la posesión de claves que las reemplacen ni de verdades necesaria e inmediatamente compartibles, nos hemos propuesto enfrentar el riesgo de decir: esto del peronismo, sí; esto del peronismo, no.

Tanto por el hecho de ser escritores como de no haber sido peronistas, no podemos dar testimonios específicos. Para testimonios están los de otros, algunos de los cuales nos parecen ejemplificadoras parábolas y otros lúcidas manifestaciones quizá removedoras de nuestra propia conciencia. Los de los antiperonistas llenan los diarios de todos los días, más o menos sinceros o hipócritas. Los de los peronistas de ayer llenaron los diarios de estos diez años. Damos entonces el de un peronista de hoy.

Al alcance de todos los que quieran verlos hay un museo de testimonios perfectamente expresivos, aquello de lo que el peronismo se hizo cargo y de que abominamos también nosotros y la detestable desvirtuación que en el mismo ámbito se concretó en sus doce años vivos y sus muchos años muertos; lo que pese al peronismo despertó y significó de surgimiento de una conciencia de los oprimidos con sus derivaciones de albedrío delincuente y matón; aquello que dió la pauta del tinte reaccionario que terminó por derribar al peronismo y que implicó al principio un compromiso moral abominable por parte de nuestras clases "morales"; lo que hubo de lenguaje nuevo y expresión inaudita en la clase obrera y lo bajamente policiaco que contenía el peronismo; aquello que en el plano meramente político significaba una rémora y que fue superada por el peronismo; la pequeña cínica filosofía conservadora en relación con el elemental lenguaje político en que se empeñó el peronismo, ignorante del compromiso que significa hablar y expresarse, un compromiso mayor que juntar gente en camiones y picanear en las comisarias.

De lo que quede de nuestro número no podemos dar cuenta todavía. Estamos viviendo un momento de eufemismos que puede convertirse en una trágica coyuntura. Decir los nombres de las cosas, aunque sea con violencia y acritud, es una de las formas, pese a todo, más efectivas del diálogo que no nos resolvemos a cerrar en aras de una beatería liberaloide ni de un bizantinismo declaratorio, tan del gusto de los honrados pero deshonestos dirigentes de la "intelligentzia" argentina.

CONTORNO

Experiencia proletaria y experiencia burguesa

PARA comprender el sentido de la experiencia proletaria en el peronismo, para delimitar la responsabilidad que incumbe a los obreros por haber adherido a ese movimiento, hace falta algo más que la imperturbable buena conciencia con la que se invisten los profesionales de la comprensión, nuestra "élite" intelectual.

Es muy explicable. Comprendemos las dificultades de quienes intentar: pensar los acontecimientos políticos a partir de consideraciones simplemente personales, como una extensión hacia la generalidad de ese mundo redondo y perfecto en el cual permanecen, de aquellos que sitúan sus contradicciones, cuando las sienten, ante la trascendencia absoluta y como misterio de lo supremamente incomprendible. Hay, como primera dificultad para comprender la experiencia de los demás, ese plano de la realidad cotidiana en el cual vivimos y que nos es familiar, cómodo y acogedor. Hay también esas sólidas instituciones a las cuales creemos adherir —cuando en realidad hemos

sido conformados por ellas—, y que son la garantía del primero. Hay, más aún, la oscura decisión de no forzarlos, de no aventurarnos en lo desconocido, e imaginar a los demás dentro de un mundo en el que proyectamos nuestros valores y que, por raro azar, por alguna lacra o enfermedad interna situada siempre en el espíritu, los demás se niegan a reconocer, pero en los que al fin han de participar —en el reino de Dios o en el de la democracia perfecta, a la que se llega con la buena voluntad que la buena conciencia prepara.

Pero, confesémoslo, ese mirador no basta. No basta porque permanecemos encerrados en la restringida subjetividad que delimita la clase, que torna comprensible sólo lo que nos es afín y ajeno lo que nos es extraño. El pensamiento político, para no quedar en la abstracción justificatoria, deberá entonces extender sus límites hacia quienes se encuentran más allá del continente que nuestra conciencia de clase señala como propio, y aprender a leer

en los rostros y en las conductas de los demás un sentido que hasta ahora ignorábamos.

La experiencia peronista de los proletarios y la experiencia burguesa han llevado al colmo nuestra credulidad. Hemos dejado una revolución y ya estamos en otra, que pretende ser la verdadera. ¿Será, en realidad, nuestra burguesía esencialmente revolucionaria? ¿Habrà hecho el proletariado figura de reacción? Como el proletariado hace tan mal uso del derecho democrático y desecha con hosea materialidad profanadora todo cuanto de noble tiene la burguesía, ¿tendrá el proletariado que pagar sus culpas por haber adherido a Perón, a quien la burguesía y nosotros rechazamos? Y esta revolución presente, ejemplo para el proletariado de revolución democrática, ¿deberá en adelante servirle de norma? ¿Será la lección revolucionaria de lo que puede una burguesía cuando actúa dentro de las normas del honor, la caballerosidad y las virtudes cristianas en acto?

Nuestras dudas nos han llevado a tratar de interpretar el fenómeno de otro modo.

I

La revolución es, para el proletariado, el intento de quebrar el determinismo "natural", decir no a esa realidad que la evolución —juego de intereses que crean inmediatamente sus defensas— no toleraría. La evolución da tiempo a que el enemigo busque su nuevo acomodamiento. La revolución es, en cambio, la brusquedad que aniquila porque es el surgimiento de una fuerza cuyo poder el enemigo no medía ni toleraba reconocer. Es, podría decirse, la causalidad libre de la cual habla Kant cuando contrapone el reino de la moral al de los fenómenos de la naturaleza. La burguesía, pudiendo ser libre frente a lo natural, se hace natural y aniquila su libertad. El proletariado, siendo "natural", determinado, pretende hacerse libre, y libre concretamente en su primer paso. Y su concreción significa: "ser libre ante la burguesía". ¿Qué importa entonces plegarse a Perón, o a quien fuese, si mediante esa entrega se cumple la liberación? El proletariado, como primer movimiento, se realiza en el libre sometimiento a un proyecto común con el hombre en quien cree. No le pidamos una clara conciencia: sólo la burguesía intelectual pretende motivarse con razones. Su naciente conciencia se descubre en la necesidad de la propaganda como medio del engaño. Si el proletariado carece de conciencia, ¿para qué la propaganda? Si el proletariado no sabe lo que busca, ¿para qué machacarle todos los días, continuamente, las mismas apariencias de valores, el mismo reino de la simpatía calurosa y del amor, el reinado del padre terrible para los malos pero justo para los buenos? Esto es posible porque hay en el proletariado una conciencia, aunque vaga, una sensibilidad, aunque embotada, de los fines que tienden a su propia superación. Esto es lo significativo: que mientras la burguesía se da a sí misma sus propios fines, la apariencia de valor, y no los realiza sino que persevera en la dualidad, el proletariado, en cambio, está pronto a surgir para plegarse anhelosamente a los fines que se le proponen y que hace suyos. Perón, digámoslo, fué el primero que le propuso concretamente los fines inmediatos que se acomodaban con sus intereses. No le habló de libertad, porque la libertad la necesita la burguesía para seguir ejerciendo su tiranía; le habló, simplemente, de lo que inmediatamente entendían. Esa satisfacción concreta, que es el punto de partida de todo movimiento revolucionario, lo es también de la demagogia. Es la diferencia que va entre verdad y mentira: ambas trabajan una misma evidencia.

Esta evidencia es la que debe detenernos. La misma burguesía pide un dictador, es la tentación continua de su régimen: aquel que ponga grandilocuentemente de manifiesto las aberraciones en las que yacen los humillados y los ofendidos. No se quiere ver en el peronismo un fenómeno hondamente unido a la realidad y cuya fuerza nace, precisamente, del hecho de tener históricamente razón en uno de los aspectos que conforman las dos caras de la demagogia.

No le podemos pedir al proletariado que sea responsable ante nuestros valores sino en la medida en que su misma dignidad humana, la disposición o la alineación de sí mismo, lo hacia participe de los valores cuya cuenta le pedimos. ¿Pero si está alienado, si lo continuó estando, si su búsqueda es a tientas para descubrir lo que nadie le enseñó hasta ahora, si de nuestros valores sólo participa de su anverso, es decir, de la opresión que nuestro goce le deja? Es fácil darse una escala de valores y establecer la culpabilidad de acuerdo con la aceptación puntual de aquellos valores que marcamos con el signo más. ¿Pero si de lo positivo la situación sólo le ofrece lo negativo, el lado que nosotros no vemos, que tampoco queremos ver? Todo está entonces trastocado, nuestra aparente racionalidad en la discriminación de la culpa es sólo miopía aprovechada, y el pensamiento que quiera comprender el fenómeno del peronismo de las masas debe entonces comenzar por quebrar su situación formal, la perspectiva "humanista", y ver el mundo como ellos lo ven. Y eso no es posible, a no ser que dudemos un momento de la seriedad y de lo absoluto del nuestro.

Este es el camino que la burguesía no quiere seguir. Esta es su locura, su ceguera: su determinismo de clase. Por eso desencadena la revolución. El peronismo no es un fenómeno de miseria económica solamente: es también un fenómeno de miseria cultural, porque la burguesía es un fenómeno social total y segrega tanto lo uno como lo otro, ese abandono total sin superación en el cual las masas no pueden, solas, más que revolversse en la ignorancia y en la mentira, que una vez más emana como un fenómeno de la propia burguesía. Por eso el peronismo no es un fenómeno originario de las masas, sino que se origina en la consciente miseria a que la burguesía reduce una parte del país, hacia la que sólo siente desprecio. Resulta cómico ver cómo se ofende y exalta nuestra burguesía contra el proletariado, tildando sus anhelos de "materialistas", cuando lo único que hizo fué plegarse a la evidencia de los aspectos velados pero dominantes en las estructuras burguesas. Perón, es verdad, vió que los hombres tenían precio, y lo pagó a la luz del día. Pero no fué el proletariado quien cobró. Al fin de cuentas el proletariado, víctima de la loca pero necesaria aventura, fué el único que se conformó con ilusiones, el único que no lucró con el peronismo, el único que se satisfizo en la adoración y el afecto sin solicitar para ello el aumento paralelo en la cuenta del banco: el único que demostró su fidelidad y su idealismo, el único que fué engañado sin remisión. La prueba es que sigue siendo proletario. Fué engañado como por alguien en quien ni siquiera cabe proyectar el engaño. Fué el único que se conformó con la transformación de las relaciones humanas en su medio de vida, en el atisbo de una independencia concreta. ¿Puede nuestra clase mostrar el mismo desprendimiento?

El proletariado, habituado a la dependencia como forma diaria de su actividad, sin experiencia de la libertad burguesa, no pudo hallar otra forma de independizarse a no ser cayendo en otra dependencia, esta vez presumida como liberadora. Aprendió a ver en los poderosos al dominador, sin entrever otra causalidad, y sólo a través de otro dominador creyó poder ser liberado. ¡Y la burguesía le echa en cara sus propias enseñanzas! Admite que el proletaria-

do se someta a un hombre, el "patrón", sólo cuando éste lo explota en la vida cotidiana, en la fábrica o en el taller, pero se horroriza cuando delega en otro su libertad para realizarla. Es difícil extirpar de la conciencia proletaria estas relaciones de dependencia humanas que la burguesía ha decantado en ellos. ¿Se ve entonces lo inútil de la simple prédica ideológica de la burguesía izquierdista cuando los pretende libres, cuando apela a una libertad que sólo los burgueses conocen, y que el proletariado ignora? Para el proletariado fué una liberación la que le prometió Perón: conseguir oponerse al patrón en el taller, y que éste le temiera. Esta fué una transformación concreta, aunque frustrada, que al patrón no le costaba mucho porque era él quien seguía acumulando la riqueza. Se ve también que la clase patronal, "idealista", prefirió sufrir la merma de su prestigio "moral" en sus relaciones con los subordinados para no perder su ganancia material. El idealista, aunque engañado, fué el obrero. "Idealista", como le gusta decir a la burguesía, pero de una idealidad que se hacía concreta en la relación humana que inauguraba, en sus gritos que hollaban el recortado espacio burgués, en sus camiones que lo recorrían y en las multitudes que se congregaban. Por eso la liberación del proletariado sigue otro camino —y cuán distinto!— del que pregonamos los intelectuales burgueses, válido tal vez para nuestra situación concreta —abstracta respecto de la comunidad total—, pero absolutamente incomprensible para ellos. Entre el proletariado y nosotros hay un abismo, abismo tan apasionante y tan profundo como aquel del cual hablaba Pascal.

La masa proletaria que se hizo peronista tenía —y tiene— un sentido. Era la disponibilidad misma de una fuerza que en cierto modo lo señalaba, estaba allí, pronta al llamado, y nadie quería saberlo porque todos vivían de su engaño. Los unos por conveniencias interiores, los otros por fidelidades exteriores. No en vano la llegada de Perón hizo cundir el pánico: era como si alguien falseara el juego, como si se atreviera a descubrir lo que tácitamente se convenía en no mostrar; la política consistía en hacer como si esa disponibilidad no existiera con el sentido que le era propio.

Perón les dió el espejismo de su propio poder, les confeccionó un poder desde la nada, conseguido sin esfuerzo. Lo que constituye un laborioso aprendizaje en la lucha, la superación de los obstáculos, la discriminación del enemigo, el discernimiento de la realidad que no se lee en los libros y que el obrero aprende en su historia, en cada una de las coyunturas que la rebeldía enseña al organizarse, todo eso se evitó. Se quiso eludir el drama. Obtener lo que se obtiene con el esfuerzo, pero sin el esfuerzo, y creer que es lo mismo. Que lo mismo da hacer una huelga en el miedo y en el terror porque se dispone del ímpetu que vence al miedo y al terror, que recibir la orden de huelga que todo favorece, diligenciada por la policía, y salir a gritar lo que se pide. Este camino de pantomima, esta simulación de la tragedia que se vive como una comedia, esta facilidad organizada carecía de porvenir porque no era dueña de sí misma, porque su fuerza le venía de otro lado: de un poder conferido sin contraparte y sin reciprocidad. Sólo un hombre como Perón pudo hacerlo, porque siendo militar, habituado al poder, conocía los hilos que manejan esas fuerzas sobre las cuales se asentó para dominar al proletariado, fuerzas siempre prontas a la seducción, a la dádiva y a sus propios intereses.¹ Conocía las marionetas, el sentido que sus rostros solicitaban. Perón fué entre nosotros nada más

que un titiritero que manejó lo que era manejable siguiendo el sentido que las cosas le sugerían. Hasta manejó a la oposición, porque conocía su pasado y su inercia. Y cuando el desequilibrio se rompió, cuando la dinámica misma de los acontecimientos llevaban al país al drama, es decir, allí donde iba a ser necesario hacer seriamente, trágicamente, lo que hasta entonces había sido una apariencia que nada solicitaba porque se movía en lo imaginario, cuando fué necesario que las cosas tomaran la consistencia real de las cosas, su turgencia, el pobre hombre terminó su comedia como su pequeñez misma lo señalaba: se dió gustos personales, quemó edificios, terminó viviendo como realidad lo que él mismo había construido como apariencia, creyó que las masas traídas por orden oficial eran una verdadera fuerza, creyó que los sindicatos eran un verdadero poder que en la tragedia vivirían plenamente su audacia como en la comedia. Despreció a las masas, y creyó que con ellas, así tratadas, tanto se hace una Revolución de Octubre como un 17.

¿Cómo podría ser un triunfo revolucionario de las masas obreras el conseguido en la oscuridad de un cuarto oscuro, en las reuniones defendidas por la policía, con la dádiva y el pan dulce? ¿Alguna vez un obrero con conciencia de clase, un obrero de Francia, por ejemplo, podría dejarse sugestionar por esa paga? ¿Cómo no percibieron, se preguntará, que había de qué desconfiar en una revolución proclamada con el apoyo policial y castrense? ¿Que no era posible que la Iglesia los celebrara, que los patronos los respetaran? ¿Acaso no vieron también sus propias huelgas reprimidas, sus hermanos de trabajo perseguidos? Sí, lo vieron, pero no supieron comprenderlo, porque estaban verdaderamente alienados, no formaban una comunidad consciente de sus verdaderos intereses y de sus fuerzas, desconocían la cadena que la realidad entreteje con sus necesidades, y la manera de satisfacerlas radicalmente. Esta falta de solidaridad de clase tiene muchas explicaciones. Es, por lo pronto, otro triunfo de la burguesía, de nuestros intelectuales, de nuestros políticos izquierdistas que nunca se atrevieron a decir y hacer la verdad hasta el fin de un comunismo demasiado pendiente de la defensa de la URSS.

El proletariado, entonces, no superó su situación, su pasividad no fué activada. Hablamos de la pasividad profunda, no de ese simplismo que toma por actividad el abandono del trabajo cuando se lo decretaban, que es más goce de la falta de esfuerzo que superación de la pasividad. Todo en el movimiento peronista de las masas fué en el sentido de la pasividad y el debilitamiento. No hubo obstáculos por superar: eran superados por decreto; no hubo unidad por realizar: la unidad se obtenía en la afiliación automática; no hubo sueldos que reclamar: los aumentos se decretaban desde arriba; no hubo superación cultural: fué un desborde de las mismas pasiones que se complacían en la satisfacción instantánea, sin futuro. La mala conciencia no es un recurso de intelectuales: también nuestros proletarios han de tenerla, también ellos sentirán que la impotencia actual es la contraparte de la facilidad anterior, su desaliento no es el desaliento de los que han hecho, o de los que fueron solicitados a la acción y se negaron, sino de los que fueron invitados a usufructuar de las migajas de un festín, y que se ven defraudados. Han sido una vez más jugados, pero no solicitaron tampoco de ellos más que el juego. Una vez más ha sido la clase alienada, que por sí misma no constituye la revolución.

Quiénes hablan de "revolución" peronista porque contaba con el apoyo de las masas, sin importárseles cómo ni por qué, olvidan la finalidad primera de una revolución, que es la transformación de la conciencia de los hombres al mismo tiempo que la de las formas de producción: olvidan

¹ "Se nos ha servido en bandeja un mundo obrero con un catolicismo..." escribía con el habitual cinismo el Padre Hernán Benítez, señalando: "Y hasta ahora, reconocámoslo, al Presidente no le hemos pagado la 'changa' con muchas atenciones, ¡no!" (Revista de la Universidad de Buenos Aires, octubre-diciembre 1952). Pero los obreros no leían la Revista de la Universidad.

que hay toda una dimensión cultural que debe cambiar al mismo tiempo, y que tal vez la una no sea posible sin la otra. En una palabra, no han visto que no estamos socialmente maduros para una revolución. No hay entre nosotros una elevada pasión política que conglomere a los hombres en torno a un proyecto común. Suplantemos entonces nuestras enfáticas "revoluciones" por la palabra "crisis", y obtendremos una imagen más adecuada del desequilibrio por el que atravesamos, una crisis de la cual no salimos desde hace mucho tiempo, y que por carecer de soluciones categóricas se ha tornado cíclica.

En todo el proceso peronista no han intervenido otros valores fuera de aquéllos que nuestra sociedad burguesa hace primar entre nosotros. La crisis peronista tuvo más bien un carácter psicológico que no logró transformarse en político; no dejó nada adquirido, no transformó sustancialmente nuestra realidad, no provocó un avance, esos decantamientos culturales imposibles de destruir porque no construyó nada que fuese un salto hacia un sentido entrevisto que se apodera de la conciencia de quienes pueden y harán. No quedó en ellos como una posibilidad de superación. A este padre lo suplantó un padrastro, a esta propaganda la suplantará otra, tras este espejismo la burguesía creará las condiciones del próximo, cuando las ilusiones sin nombre y sin imagen se carguen una vez más de humillación, de miseria y de miedo. Hemos permanecido diez años en lo homogéneo. Sólo el tiempo hace entre nosotros lo suyo, suplanta a los que mueren por los que nacen, y sólo de él, como van las cosas, quienes no toman el destino en sus manos esperan que todo lo solucione. Hasta que nuevamente la muerte, en cada uno, venga a borrar, junto con la vida, las ilusiones perdidas.

II

Por un momento se pensó que la "revolución" podía hacerse sin táctica ni estrategia revolucionarias, maniobrando a las masas, ocultándole sus verdaderos fines, estableciendo sus componendas con la burguesía. Es que todos veían un aspecto fraccionado del problema, y a través de él validaban o se resignaban a los otros: éste, porque comerciaba con la URSS; este otro, porque creaba el IAPI; aquél, porque fomentaba los sindicatos; un cuarto, porque compraba los ferrocarriles. Todos quisieron utilizarla y todos fueron utilizados, porque había un sentido general más poderoso que las instituciones particulares, había ese peso muerto de las masas cuya fuerza alienada los permitía todos, aun aquellos que iban, como fueron, contra sí misma.

Tal vez convenga analizar alguna vez la ilusión de los "revolucionarios" que creyeron que la unidad de los sindicatos se conservaría con la caída de Perón. Pero era, como se ve, un imposible: ni la unidad con Perón servía para nada, porque se movía dominada por sus intereses y los que representaba, ni la unidad sin Perón sirvió tampoco para nada, porque el poderío ficticio se desinfló al carecer del mecanismo movido en la impunidad y en la facilidad. También ellos creyeron en la propaganda. Creyeron por un momento que el dinamismo de lo colectivo construido como una apariencia puede resistir los embates de una realidad concreta. No creyeron en los hombres ni creen en ellos, se hicieron magos y se dieron al delirio de una causalidad simplificada: se perdieron en la abstracción. Otros dicen que el país está esperando una revolución que tarda en llegar; es creer nuevamente en el mesianismo, en la varita mágica, creer que hay un sentido allí en lo alto que ha de descender para distribuirlo todo, como si realmente hubiera entre nosotros una minoría dada a la tarea

de encuadrar al proletariado, como si la masa pudiera salir inmediatamente de la sugestión paternalista y el abandono femenino, de ese "fiat" mágico del que espera ser fecundado en el abandono. Entre nosotros la revolución se hace deliberadamente mito, porque se la considera posible sin poner anticipadamente en marcha los mecanismos que la hagan posible, es un simple recurso de conciencia en un país que carece de ímpetu revolucionario. ¿De dónde nos vendrá la revolución? Volvemos a introducir así otra forma del mesianismo político, y nos embarcamos nuevamente detrás de un dictador, de éste o de cualquier otro, porque pretendemos usufructuar su dominio como una libre causalidad todopoderosa que podría aplicarse, aquí y allá, deliberadamente, con independencia de las situaciones dadas. Pretendemos utilizar al Gran Utilizador.

Pero aquí entre nosotros lo único sólido, lo único organizado, lo único inmediatamente dispuesto a vivir lo suyo porque es lo único que constituye nuestro pasado solidificado como instituciones de poder —ganadería, ejército, clero; es una palabra, la burguesía que conoce sus propios fines y no pierde su sentido—, es todo esto que vemos resurgir a nuestro alrededor, es lo mismo que contentó el peronismo y que ahora quiere terminar con la comedia, que está harta de actores y quiere vivir como propia, sin interpósita persona, la aventura que toleró con él. Los militares se acordaron del honor y de la gloria, los católicos se olvidaron de la Gran Cruz Piana concedida por el Papa a Perón, y comenzó nuevamente la seriedad republicana y patricia que decide no jugar más con el fuego, el juego democrático que va a jugarse sólo entre las fuerzas que aceptan jugarlo con decoro. Decoro significa aquí no exigir ni pedir más de lo que sabemos que está tolerado dar o aceptar. El juego democrático es verdaderamente uno: otra vez más soslayamos la tragedia, es decir, evitamos que aflore entre nosotros el sentido que la comunidad total solicita, ponemos fuera de la ley lo que no nos conviene, encuadramos en las leyes y en los organismos sabiamente experimentados y medidos las fuerzas que intentan desbordarnos. Una vez más la democracia crea su insula de perdición, sus propias colonias interiores de las cuales vive al someterlas. Martínez Estrada se altera porque en nosotros no existe el patriotismo salvo en los discursos y desfiles oficiales. Pero es que el patriotismo exige una seriedad que está más allá del aprovechamiento. Vivimos en un país considerado por sus propios habitantes como la tierra de nadie, o lo que es lo mismo, la tierra solamente exotable, lo que rinde y a lo cual no se rinde, lo que obligamos pero a lo cual no nos obligamos. Nuestros progresos no son más que el sedimento que la libre empresa deja como residuo de sus conveniencias.

Y sin embargo, se preguntará, ¿cómo fué posible que se introdujeran tales normas de corrupción, de seducción, que se llegara tan lejos en el arte del fraude y la tortura? Simplemente porque ya existían entre nosotros, porque son las formas generalizadas y aumentadas de una miseria que, desde siempre, en mayor o menor grado, fué nuestra. País de diletantes, de soberbios, de enriquecidos, de figurones, de futbolistas y normalistas, no sin razón nos conviene situar el problema a la altura de lo sólo político, para atacar como único factor a quien tuvo la habilidad de regimentar y racionalizar lo que el ambiente le prestaba. Así es como el panorama que los jóvenes perciben en el país no encuentra líneas más puras ni valiosas, salvo en ciertos personajes cuyo propio aislamiento señala como extranjeros al medio. La burguesía civil, el clero, el ejército, todos olvidan de pronto que por un momento vieron en ese hombre fuerte la posibilidad de un mayor aprovechamiento: una escalera a dos puntas que jugaban tanto

los unos como los otros, conciente o inconcientemente. Los unos, porque el poder que le concedían permitía al mismo tiempo el dominio de la "plebe"; ésta, porque creía en su entrega que, al fin, las fuerzas que siempre han ido contra el proletariado, por obra y magia de la mediación y el poder de su líder, se avenían ahora a colaborar. Fué jaja; evidentemente, durante algún tiempo fué jaja. Uno tras otro, fueron casi todos los que pusieron la firma. No habíamos de quienes no teníamos necesidad de hacerlo o que tal vez tampoco lo hubiésemos hecho: es el inválido "heroísmo" individual que nunca salvó a ninguna comunidad en la medida en que la totalidad no se reconoce en ellos. Y como siempre se aprendió a respetar el poder militar o policial, y como siempre se aprendió a reverenciar exteriormente a la Iglesia, sólo se trató de ir un poco más lejos, imperceptiblemente, cada día. El camino estaba trazado de antemano, no hay duda. La burguesía no se da cuenta que todo el país se vendió, que aún la dignidad que se retiraba cabizbaja a su hogar se había emputecido a su manera, interiormente. Hubo un emputecimiento público y un emputecimiento privado, como en el derecho. Si todo fué tan fácil, si todo fué tan posible, era porque todo lo hacía posible. Frecuentábamos sus colegios, sus salones, sus familias, su "centro de la ciudad", sus hijas y sus hijos. Desde la familia hasta el maestro, todo lo estaba. Pero ahora ya lo vemos mejor, y partiendo de esta miseria que reivindicamos como heredada intentamos salir a otra cosa. Si nuestra vida no estuviese entretrejida con ella, si nuestras reacciones no se acomodaran a sus acciones, tal vez cierta ingenuidad nos hubiera arrastrado.

No caeremos ahora nosotros en la reivindicación de "un" peronismo como para desdecirnos de un pasado que fué nuestro y se verificó como oposición, miedo, sufrimiento y angustia. Fué nuestra parte del proceso, porque no se nos pidió otra y porque tampoco podíamos darla. Para ello hubiese sido preciso dejar totalmente de ser, acceder a una estructura tan imposible, que sólo el proletariado la vivió sin fisura, en la credulidad. Decir ahora que aquello era bueno cuando lo vivimos como una total imposibilidad, es caer y hacer caer en la mistificación. Ni aquello era bueno ni esto otro tampoco. Nuestra condición era la de quienes veían al mismo tiempo varios aspectos de los cuales el proletario veía sólo uno. No podíamos ignorarlo, ni siquiera haciendo una suma algebraica de la totalidad, y decidimos razonablemente en consecuencia. Lo social no se vive como una resultante de fuerzas. Esa experiencia, y esta otra a la cual asistimos, se presentan como una evidencia de peso, cualitativa, que antes no poseíamos. Allí aquéllos que sí la tenían, y no se atrevieron. El peronismo era para nosotros un camino cerrado, tanto que así lo fué. Era el desprecio de un país que no cree en sí mismo, porque ha olvidado o no ha conocido. La virginidad de nuestra América tal vez sea ésta: no tener memoria para su breve historia.

Pero nosotros no podemos alegar ahora falta de conocimiento concreto de la realidad. Hemos pasado el peronismo, momento en el cual descubrimos vívidamente una realidad: fué el "test Perón" el test del proletariado. Pero estamos viviendo ahora el "test burgués", que también nos descubre vívidamente otra. Hemos cerrado el circuito de una percepción totalizadora mínima, tenemos la vivencia de dos de sus integrantes caudales, estamos frente a un mundo social que ha mostrado sus extremos, fuera de los cuales ya nada existe, a no ser la complacencia en una virtualidad de semejantes, hechos a la imagen que nos damos al multiplicar la nuestra.

La historia, para no quedar en el recuerdo como un cuento de hadas o fundirse con la mitología, requiere estas verificaciones concretas que la iluminan y le forjan un

rostro vívido. Nosotros hemos tenido la suerte de las verificaciones, hemos participado de este despliegue de fuerzas que tan pronto fué en un sentido, tan pronto en otro, y nos enseñó en su pasaje su sentido. Hemos visto el anverso y el reverso. Hemos aprendido la lección y sabemos que no existe el uno sin el otro, y que ambos se deben mutuamente la existencia.

Es claro que si nos ponemos a juzgar la historia desde el punto de vista de los valores de la burguesía: amor ascético y respeto, estabilidad de la familia, libertad así en general, sacrosantidad de la iglesia, trabajo en las fábricas a pleno rendimiento, patriotismo, buenas costumbres, etc., tendríamos que negar el movimiento proletario. Pero la burguesía no puede ser juez en el debate. Insistimos en la vieja fórmula: no puede ser juez y parte. ¿Qué justicia es esta que no comprende las motivaciones del acusado? Para adoptar la actitud del juez se visten con el ropaje y la dignidad de la suprema corte: pero ya Carlyle sabía que los ropajes son los intercambiables disfraces de un juego de intercambiables fantasmas. ¿Quién puede entonces ser juez aquí? Tal vez nadie. Todos somos parte. Pero hay una apertura de la conciencia, un des-cubrimiento que es el camino hacia la verdad, y que consiste en sacarse los propios ropajes con la decisión de aventurarse en una significación desconocida pero que la realidad, en su quiebra, sugiere como posible. La coyuntura indica en su explosivo desintegramiento una significación destellante que el retorno a la buena conciencia del juez, a la paz interior, vuelve a velar. La burguesía cayó de pronto, una vez más, en la buena conciencia. Sólo muy pocos resquicios dejan correr aún el humo de lo que fué un encendido anhelo que se va apagando: intenciones.

Por eso nuestra confianza está depositada en otra parte. Si el proletario no tiene memoria, si no ha tenido historia, si ha equivocado una vez más el sentido de las cosas, es porque permanece en sí mismo sin hallarse encuadrado por estructuras que le constituyan su memoria social, su historia, la vivida por los proletarios de todo el país, las luchas aisladas que de pronto confieren un sentido a toda la realidad. La burguesía puede estar contenta de la mala memoria proletaria que no tomó venganza ni de los asesinatos patagónicos ni de la semana trágica. Tampoco lo hubiera podido, es verdad; el proletariado no intervino directamente en las muertes, la policía del régimen fué la continuación acrecentada de ese organismo adiestrado por la burguesía, que sólo aumentó la diligencia y la intensidad. Los métodos son los mismos y el valor de crueldad o inhumanidad no ha de variar porque antes hayan sido los anarquistas y los obreros los picaneados, y ahora también hayan sido los estudiantes. Se habla entonces de "irracionalidad" de las masas. Pero cuando se cree haber dicho mucho, rotulando para siempre una realidad que por ese mismo hecho postergamos, no se ha dicho nada, porque la irracionalidad de las masas, al igual que las zonas de la irracionalidad burguesa, es una irracionalidad con sentido. Que las masas quieren irracionalmente algo, puesto que es verdad que algo quieren, puede, entre otras cosas, querer decir esto: o que no conocen lo que quieren, y por lo tanto, persiguen vanamente su deseo a través de sus explosiones y de sus espejismos, o que lo conocen y lo quieren a cualquier precio, y para conseguirlo pasan por encima, destruyen, pisotean lo que la burguesía les oponé y que considera como sus valores sagrados y absolutos. Pero no se quiere ver que al mismo tiempo esta insatisfacción convierte lo sagrado en profano y lo absoluto en relativo; éste es el sentido que el proletariado instituye en la realidad. El proletariado es irracional tanto como puede serlo quien no tiene a su lado, bien dispuestas, las estructuras que lo lleven directamente a su objeto, que definan sus

límites y sus medios, ese racionalismo o esa sabiduría decantada en las cosas que la sociedad burguesa posee para sí, pero que es inservible para el proletariado porque no vehicula sus aspiraciones, porque están a su margen, porque no han sido preparadas para él; porque son relativas y profanas. Y esa misma irracionalidad de las masas, esa misma exhuberancia abierta hacia lo desconocido tiene su racionalidad, su salida —que la burguesía conoce y oculta. La masa es irracional y lo seguirá siendo mientras permanezca como un apéndice de la burguesía, mientras ésta se complazca en relegarla al margen de la humanidad y mientras no se dé su aparato político.

La irracionalidad del proletariado no es el aspecto psicológico que se descubre en la unión de las multitudes: es una apertura ontológica incipiente. En ese sentido su irracionalidad actual, si bien es lo que lo pierde, falto de historia, podrá ser, en definitiva, lo que lo salve, porque lo deja abierto a la novedad del mundo. En ella reside su poder actual de negación ante la sociedad burguesa. Si la irracionalidad de la clase obrera no es locura, es decir, si tiene un sentido que aspira a satisfacerse en una conducta que aportará su propia racionalidad, entonces se hará evidencia el fracaso de la racionalidad burguesa que no consigue englobarlos, entonces será la apertura hacia una racionalidad más profunda.

III

Los intelectuales tienen las mayores oportunidades de comprenderlo todo, pero las menores para creer en lo que comprenden. Como viven intensamente las inextricables relaciones en que se mueve lo solamente personal, no pueden creer, por ejemplo, en esa lógica de las infraestructuras de las cuales habla Marx: no pueden tolerar ni concebir que las cosas los determinen. Y porque no aceptan esta posibilidad, que es su realidad, por eso mismo aceptan el determinismo; porque se niegan a conocerlo para superarlo. Hablan entonces de *infecciones del espíritu*. Sólo creen en la medida de sus límites, dan la prueba de su pertenencia a una ideología, su persistencia irrevocable dentro de ella.

Así pretenden permanecer incorruptibles, sólidos en nuestra comarca espiritual, sin fisuras, sin entreabrirse siquiera hacia esa rebelión que el peronismo cobijó, para encontrarle un sentido más allá de nuestra comodidad. Sin embargo, nuestro mundo, nuestro pobre mundo pierde, hace agua y miseria por todos lados, y es en vano que intentemos un postrer calafateo, cerrarnos aún más, hacernos herméticos a las otras pasiones porque no coinciden con las nuestras, porque saben mal, porque huelen, porque ofenden; este olor de lo desconocido, esta costra impenetrable, esta ofensa a la dignidad herida nos sitúa en una seriedad a la que nada, fuera de nuestra soberbia, nos autoriza. La cultura se hace en nosotros, cada vez más, naturaleza, y perdemos de vista el dinamismo que la conforma.

Esta dificultosa lectura, esta imposibilidad física que impide nuestro contacto con una parte del país, es una consecuencia de la burguesía, y debe ser quebrada. Si no partimos de la necesidad de modificar nuestro contorno, cada uno de los hombres y mujeres que giran y vemos a nuestro alrededor, si no tenemos la decisión de crear una comunidad habitable, ¿cómo podremos comprender esta realidad, cómo embarcarnos en lo abstracto fuera de esta experiencia y esta necesidad iluminadora? Tenemos que tornarlos semejantes en la convivencia, y es preciso partir tal vez de esta necesidad personal para elevarse al plano de lo político: la sola motivación de la injusticia abstracta,

económica, debe enriquecerse aquí con esta otra dimensión que la torna concreta.

Es preciso entonces conservar entre nosotros este centro del cual todo irradia y hacia el cual todo converge. Si la persona se descubre en medio de los otros, si somos los reflejos asumidos que los demás nos dan de nosotros mismos, si "la mirada del más desfavorecido" también cuenta, ¿cómo no ver que necesitamos de ellos más allá de la formulación política, que los necesitamos en toda su humanidad, no como entes de razón que aplican su fuerza en una estructura causal dada, sino como quienes se sienten movidos por esa necesidad paralela de hacer habitable nuestro mundo? Sólo el "político", sólo el dictador, sólo el literato se conforman con la reverencia, ignoran el diálogo mudo que mantienen nuestras presencias en nuestro diario entrecruzarse. Son constructores o gozadores para quienes los otros no son más que los elementos de sus triunfos o de sus gozos.

Los intelectuales, se piensa, tendrían que ser al menos los intérpretes de este diálogo de sordos que vuelve a iniciarse, y como mediadores de la burguesía, más cerca de ésta que de los proletarios, con los que quizá simpatizan teóricamente, hablarles nuevamente al oído, como en sus mejores tiempos, pero susurrándoles ahora que ya todo hiede, que ya no es posible, devolverles este relente de podredumbre que nos invade precisamente por no tener otra ocasión que la de hablarles al oído.

Los intelectuales siguen susurrándoles, en cambio, nuevamente la existencia del mundo "de lo bello, de la verdad, del amor y del bien", como si estuviese todo hecho, como si estuviese al alcance de la mano cuando nos encerramos en una pieza y nos lo gozamos en un silencio que los altoparlantes no destruyen. El mundo de lo bello que se goza en los libros y en los museos, de la verdad que se lee en los silogismos y en las definiciones, de lo bueno que nos consuela en las intenciones y en la religión. Pero ¿y todo este mundo que nos rodea, este mundo de ganapanes, de entorchados y de señores, este mundo poco amable en el que tenemos que realizar nuestras únicas posibilidades concretas de amor y de belleza y de verdad y de bien?

Porque nuestra culta "élite" es la limpia conciencia del liberalismo, limpia porque no son ellos los que se ensucian las manos. Hablan desde la espiritualidad del gabinete o desde las revista que les costea la benevolencia de los rapaces. En pocas palabras, son los usufructuarios de la apátrida pureza que el liberalismo les prepara como una extensión de la propia buena conciencia. La intelectualidad que así les sirve es la exteriorización cultural de esa necesidad, el "salón" burgués de los preciosamente ridículos, poetas y escritores de naderías, aquellos que sin rubor escriben: hemos sido hechos salvos.²

² Si hubiera que señalar este ambiente de merquina intelectualidad, podríamos mostrar la falta de diálogo en nuestro medio, la falta de discusión, la cerrazón bajamente espiritualista y subjetiva en la que todos permanecen, vocación a la puerilidad y al estancamiento. La cultura no es lo que se hace en común, el crecimiento no es el que efectuamos al intercambiar nuestras perspectivas: sólo existe la singularidad que se complace en ser admirada por un público ignorante, "snob" y pronto a la reverencia, público para "espectáculos" que también conformó nuestra realidad política. Todo sigue el mismo camino. Estos intocables que desdeñan temerosamente el diálogo (*Ya no leo artículos, me decía uno de ellos, sólo leo libros*). Es decir, la forma venerable de la literatura. Y nos prometía, compasivamente: cuando ustedes escriban alguno, entonces sí los leeré.) La libertad es en ellos un problema "personal" que no se evidencia en lo literario: tomar al mismo mundo cálido desde el cual seguir escribiendo las mismas cosas faltas de interés, seguir siendo, como dice Másculo, *los poseedores privados de los medios de expresión que hace que esta propiedad sea también un robo*. La prueba es que, viviendo ya en pleno reino de la libertad, siguen escribiendo las mismas insignificancias.

Por eso es preciso preguntarnos, para no caer en los cómodos extremos: ¿qué nos sugiere este enfrentamiento de fuerzas que nos llevó a la marginalidad?

Hemos hecho un papel marginal porque nuestra propia situación se desenvuelve en la ambigüedad: ni totalmente burgueses, menos aún proletarios, carecemos de ubicación en el país. Pero la superación de este momento no es instantánea: nuestra decisión no podía cambiar nada a una historia que ya arrastraba su pasado, en cuyo sentido penetramos entre asombro y asombro al salir de nuestra desilusión de clase, al descubrirnos en la irremediable soledad a la que todo nos arrojaba. Sabíamos o presentíamos que nada de esto era nuestro, y sin embargo, no había lugar más que para la aceptación. Pero no comprendíamos el movimiento pendular de nuestra historia, no sabíamos de qué lado está la fuerza que puede hacerse eco de un cambio radical, pues también nosotros estábamos aislados, dispersos por la ignorancia o el recelo. Ahora vemos que hay en estos momentos sólo una gran fuerza, como totalidad, que puede ir en el sentido del cambio, que hay una clase sobre la cual podemos proyectar nuestros afanes, porque son ellos los que nos lo señalan a través de la historia y porque constituyen la negación de nuestro régimen. Son la refutación viva de ese mundo que se pretende justo, bueno y bello.

Pero no hay punto de pasaje entre nosotros y ellos, no existe la mediación; la cultura en la cual nos movemos los ha ignorado y aislado. Se trata de crear ahora los puentes más allá de la abstracta disquisición que establece la necesidad política de actuar con ellos, y mucho más allá de esa mascarada obrero-electorista que se disputa ahora su dominio. La posibilidad del diálogo no puede ser simplemente "política", de la cual ahora, y con razón, se desconfían. Se trata de hacer nacer entre nosotros una corriente concreta que los englobe, una totalidad que no los excluya. Redescubrir nuestra situación política a partir de una formulación total significará no dejar fuera de nuestra labor, como innecesaria para lo inmediato o como un exceso prescindible, esa dimensión personal que de sentido a toda las otras, significará tal vez no vivir en la abstracción causalista de lo social que va derecho a su fin y que, por eso mismo, lo destruye y lo empobrece, porque supone que todo nos será dado. Pero como el fin no es inminente, esta misma suposición borra de la realidad la posibilidad concreta de nuestro diálogo, que también acerca el fin. Colmar al hombre tiene entonces un sentido: no es el pedazo de pan que se pide para él y que se le arroja como una dádiva, como la contraparte de sus votos. Ese pan con sentido es algo más que una satisfacción puntual porque se inscribe en un futuro que la satisfacción trae consigo. El peronismo, en cambio, les creó el espejismo de ir hasta el fin de los bienes burgueses, de poseerlos como ellos los poseen, de gozarlos como ellos lo gozan, de ser de cualquier modo los usufructuarios de ese mundo que ayudan a construir, les creó la ilusión de una apertura inmediata que tenía esos mismos bienes como fin. Esto es lo que no podremos hacer. El proletariado debe querer más allá de lo que la burguesía quiere, tiene que ser y vivir como resentido, porque esa es su realidad de paso, su evidencia actual. Tiene que negar lo que de valioso tiene la burguesía para hacerlo nacer todo en el descubrimiento de una cultura propia, como un nuevo valor que sólo la inexistencia de las relaciones sociales burguesas hace posible, cuando ésta no lo empafie con sus taras

y sus miserias. Este es nuestro punto de contacto y nuestra tarea común.

Es preciso llenar entonces ese hiato que existe entre las necesidades concretas y la satisfacción posible, ese aspecto que despierta en el hombre el sentido que lo económico descubre y que no tiene su término en sí mismo. No queremos decir entonces que lo urgente debe ser pospuesto, que la miseria puede esperar hasta que se "espiritualice", porque nosotros, burgueses, no la vivimos como miseria económica. Nada de eso: simplemente decimos que hay que formar también al hombre para poder solicitar de él algo más que la rendición, la sumisión incondicional que el peronismo solicitó y obtuvo. ¿Cómo sentirá el proletariado la verdad de la situación si quienes se lo disputan lo pretenden también sumiso y rendido? Contra el cristianismo que se descubre obrerista al término de mil novecientos cincuenta y seis años de miseria y opresión, contra todos aquellos que los adulan manteniendo las distancias del amo y del esclavo, es preciso hacer nacer en la clase proletaria, aun veladamente, aun inciertamente, la conciencia de ese objetivo que la burguesía destruye entre los hombres. Si realmente creemos que la verdad del proletariado es algo más que la espontaneidad de una conciencia sin historia y sin sentido, que pese a todo la encontraría por ser proletaria.

Tenemos la obligación entonces de mirar más allá de nuestros ojos: las cartas ya están dadas, ya han sido repartidas, y en lo inmediato sólo podemos jugarlas lo mejor que se pueda. Pero más allá de este juego que no depende ahora totalmente de nosotros está ese otro que se prepara un poco más a la larga, para cuando nuevamente el cansancio de las humillaciones y la miseria requiera lo que ahora no hemos podido darle. Tenemos la obligación de crear con el tiempo una solución que evite estos errores. Porque estos errores, que no fueron nuestros, serán al fin y al cabo también nuestros. Para no caer en la postrera impotencia de los que han quedado solos en medio de los que fueron "suyos", como Martínez Estrada, cuya "locura" es la dimensión que adquiere la impotencia cuando quiere ser escuchada, el intento de desandar con las últimas fuerzas de la vida los decenios de estupidez y de ceguera, con un llamado que para ellos se pierde en el vacío — ¡otra vez! — de las buenas intenciones.

Tal vez nuestra labor consista en insembrar este mundo cultural para que de alguna manera brote, lanzar a la vida un sentido que la realidad nos descubre en un momento de privilegio como el presente, en el cual las estructuras quedan al descubierto, en que vemos el duro esqueleto de la República cuando todavía no ha tenido tiempo de cubrirse totalmente. Como algunos pueblos al término de la guerra pasada, estamos viviendo el paso de lo ideal a lo real, la prueba de los principios que se hacen concretamente la negación de esos principios, estamos leyendo la duplicidad de una ideología burguesa que se nos revela ante los ojos en su rapacidad y su materialidad suicida. Pero si por una cómoda simplificación perdemos una vez más la oportunidad de discernir la totalidad del acontecimiento y nos introducimos con complicidad en una parte de ese sentido que no es totalizador ni tiene la posibilidad de totalizarse, si nos conformamos con la verdad parcial que a la larga o a la corta volverá a encerrarnos en nosotros mismos, caeremos entonces en el determinismo infecundo que jugará nuevamente con nosotros. Volveremos a sumirnos, una vez más, como hasta ahora, en la soledad.

LEON ROZITCHNER.

Examen de conciencia

"Este desastre sólo podrá ser el principio de un resurgimiento si tenemos el valor de aceptarlo como impulso hacia una regeneración total; si nos persuadimos que un pueblo arruinado por una falsa revolución sólo puede ser salvado y rescatado por una revolución verdadera."

Giaime Pintor: "El Sangre d'Europa" (Einaudi, 1950).

LOS que teníamos veinte años al empezar la guerra conocimos la angustia como atmósfera natural de la vida. En la angustia ha transcurrido nuestra juventud, y de angustia estará empapado ya para siempre nuestro espíritu. Pero la angustia no es sino la intuición del pecado, dice Kierkegaard. Y nosotros somos culpables, nos sabemos culpables.

A la caída de Perón hemos sentido que salíamos de un túnel. Esa sensación de alivio era pecado, porque nosotros habíamos dejado atrás el túnel, pero el país no. Sabíamos que no había eliminado ese régimen de infamia y frustración por un acto de conciencia; sólo habían actuado la fuerza militar, la crisis económica. Persistirían, acaso, los mismos males, sin el chivo emisario que habíamos hallado en ese hombre insignificante, cuyo poder sin límites no era sino la manifestación visible de nuestra impotencia como nación.

Si algo nos distinguía de nuestros mayores, y aun de los camaradas que se incorporaban sin esfuerzo a la vida literaria, era la idea de que nuestra evolución intelectual debía asimilarse íntimamente a la de nuestro país. Su destino era el nuestro. La humanidad iba a alguna parte, la historia tenía un sentido, y por lo tanto, también lo tenía mi existencia. Todo lo individual, salvo ese tributo a la circunstancia, tenía algo de escandaloso, de obscuro.

Debíamos renunciar a toda conquista que no lo fuera también de nuestro pueblo. Y no por razones sentimentales. Por convicción intelectual. Todo lo que pudiéramos hacer en el mero plano literario era mentira. La literatura era vida o era una farsa. Las bellas letras no podían ser sino un ropaje pudoroso para la mentira que nos sofocaba. Sólo la realización concreta de nuestras ideas podía demostrar su veracidad.

El peronismo, y sobre todo su caída, nos puso dramáticamente frente a nosotros mismos, frente a una parte de nosotros que procurábamos ignorar. Era difícil, sí, vivir bajo la lava de abyección y estupidez que cubrió nuestro país; pero nosotros, ¿no habíamos hecho de esa verdad evidente una razón secreta de complacencia, una coartada para la inercia y el aislamiento?

El día en que ese lamentable matamoros se refugió en la cañonera, la reflexión, al menos en mi caso, paralizaba los desvaríos de mi esperanza. No; las revoluciones que no se hacen con el pueblo no son revoluciones: tarde o temprano, aun contra la voluntad de sus promotores, develan su verdadera faz contrarrevolucionaria. Pero ese turbión de angustia que nos acompaña desde niños abre una fisura, despejaba un rincón de cielo en mi prudente escepticismo.

Hoy sé que esa esperanza era pecado, no ya porque experimentamos como victoria lo que era una derrota para el pueblo argentino, sino porque puso en descubierto la mala fe con que enfrentamos a Perón. ¿Hasta qué punto lo hemos considerado nocivo porque nos era personalmente insoportable?

Me hago esta pregunta para turbar también a mis amigos más jóvenes que yo. Dejemos a los otros instalados en sus cómodas certidumbres. Pero ellos son aún demasiado sinceros para dudar de sí mismos, de su lealtad, de su coraje.

¡Cuidado, muchachos, con las emboscadas de la sinceridad!

A la salida del túnel, los hombres de mi edad nos encontramos con que ya no éramos los más jóvenes. Ya no cerrábamos la marcha. A nuestras espaldas había gente. En la escuela, en la cancha de fútbol, en las redacciones, en las escaramuzas callejeras contra el fascismo durante la guerra civil española, mis camaradas me decían "pibe"; ahora me dicen "señor", y yo no me atrevo a pedirles que me tuteen, no vayan a sospechar una condescendencia hipócrita. Y bien, es difícil sentirse cómodo ante los más jóvenes. ¿Qué han hecho ustedes, parecen decir, para evitarnos un espectáculo como este? ¿Por que nos estorban el paso si no han sido capaces de ahorrarnos tanta vergüenza?

No hablo en nombre de una generación. En todo caso, es una generación ausente. Somos los que: a) no pudimos aceptar la mistificación peronista; ni b) la restauración oligárquica, su única alternativa; y que, c) fuimos incapaces de organizar una oposición revolucionaria. Vivimos diez años suspendidos entre cielo y tierra. Hemos perdido nuestra juventud y somos un peso muerto sobre la de quienes vienen atrás.

Los que pretenden el nombre de generación del 40 hicieron media docena de poemas elegíacos. No han renovado nada, ni siquiera la técnica literaria. Hoy escriben sonetos los domingos en "La Nación" y ejercen el bombo mutuo en "Sur". Nosotros no quisimos enmerdarnos con el peronismo, no quisimos enmerdarnos con la fronda intelectual, y hemos terminado por enmerdarnos de nosotros mismos.

Los que tienen veinte, veinticinco, treinta años, sufrieron primero la ceguera del peronismo y ahora la sordera de la oligarquía. Tan desvalidos están como nosotros en la época de Justo. Yo escribía: "Sobrepajar / mi estumada medida / ensanchar con un grito / el orden las leyes / legar / una vida más bella / que la que yo he vivido." No hemos legado nada. Ni un partido de izquierda, ni una hoja periódica audaz e inteligente, ni un libro encendido, como los que escribieron Dylan Thomas, Jean Prevost o Giaime Pintor antes de marcharse al otro mundo.

No nos queda más que volvernos hacia ellos, hacia los jóvenes, hacer nuestro examen de conciencia y pedir en sus filas un puesto de recluta. Hay que empezar de nuevo.

Nosotros nos habíamos sustraído a la marea pestilente con el recurso del desprecio. Por la simple razón de que ese hombre mentía —mentía porque denunciaba un estado de cosas que él no podía ni quería corregir, y que era, además, el secreto de su fuerza— nos negamos a escuchar razones que, en buena parte, son verdad, y conciernen a la crisis general de nuestro tiempo.

El peronismo —me refiero a su ideología, no a su acción real— implantó la política sobre nuevas bases: defensa de los intereses populares y de la comunidad nacional. Los otros no defendían sino cierta idea abstracta del hombre, abstracta y trasnochada. Esa ideología era, moral e intelectualmente, superior a la del liberalismo. (Tal, por lo menos, como la expone hoy un buen señor —ya hablaremos de su artículo más adelante— en uno de los diarios de la cadena Erró, sucesión Apold.)

Una oposición eficaz debía moverse dentro de aquellos límites: sólo así era posible "desbordar" al peronismo. Aventarlo en vocación nacional y en empuje revolucionario. Denunciar sus yerros diplomáticos y económicos, que luego harían forzosas ciertas concesiones al imperialismo, y su tendencia a "fijar" la relación de clases en el precario equilibrio establecido en los años iniciales del régimen. Todos los sectores que hoy aclaman a la revolución restauradora han sido solidarios con esa tendencia de la segunda etapa peronista, todos han aplaudido alguna vez esos yerros económicos y diplomáticos de Perón.

Los viejos dirigentes democráticos no pecaron de imaginación; ellos también se retiraron al Aventino para rendir culto a sus ideales. Esos ideales son sagrados, intocables: son tabú. Ahora un triunfo temporario les sirve de argumento. Era el argumento de Perón.

La política de hace cincuenta años se fundaba en una serie de antinomias: nacionalismo o deserción moral, intolerancia religiosa o anticlericalismo, cesarismo o equilibrio de poderes. Todas esas antinomias son ficticias: sirven para entretener disputas baladíes y diferir la única disputa real. Los males del nacionalismo burgués no se combaten con la deserción moral, sino con un nacionalismo proletario. La intolerancia religiosa no se extingue milagrosamente el día en que se vota la separación de la Iglesia y el Estado; si creamos un Estado revolucionario, la Iglesia misma pedirá la separación. En cuanto al cesarismo, es para las clases poseedoras un arma de doble filo: debilita al Estado en vez de robustecerlo; lo pone en manos de un hombre, de una camarilla, relativamente independientes de los intereses dominantes. Esa laya de aventureros, cuando han de optar entre el interés de clase o el suyo propio (que es, simplemente, no ceder la baraja), echan por la borda el interés de clase, a diferencia de los virtuosos representantes del equilibrio de poderes.

Esto es lo que aprendimos, no del peronismo, pero sí durante el peronismo. Las vestales de la democracia prorrumpirán en anatemas: la peste totalitaria nos ha contagiado. La verdad es que nosotros tenemos la culpa de que aún se hable en presente de esa gente. ¡Nos había hecho a su imagen y semejanza! No nos arrepentimos, pero cierta inhibición moral nos impidió redimir a la política argentina de la hipoteca de un izquierdismo ramplón. Aún le da el tono la pequeña burguesía ignorante, con su mezquindad, su resentimiento, su ideología liberal, que le impide ser realmente libre. Que es su cepo.

Pero todo esto no supimos decirlo a tiempo.

En 1955 nos esforzábamos aún por imaginar un programa nacional y popular que hubiera sido bueno, quizá, para la Argentina de 1948. En política exterior, estatuto de neutralidad bajo la égida de las Naciones Unidas, junto a la India, Egipto, Yugoslavia, e irradiación de nuestra influencia sobre América Latina. En política interna, pacto entre los partidos que aceptasen un régimen de contenido revolucionario y antimperialista, rechazo de los demás fuera de la oposición constitucional, responsabilidad pluripartidaria en algunos sectores (Relaciones Exteriores, Economía). En política económica, completar las nacionalizaciones (Sofina, Standard Oil, frigoríficos), fundación de la industria pesada, proteccionismo, saneamiento financiero.

Ya era tarde. La batalla se había dado en 1950-51, cuando nosotros atravesábamos nuestra enésima crisis de conciencia. La burguesía es previsora: hizo salir a Menéndez para obligar a Perón a asumir la dictadura. Desde entonces era ilusoria toda transición pacífica, que dejara en pie las conquistas nacionales y populares de 1945. La burguesía es claravidente: empujó a Perón contra la Iglesia y el Ejército para obligarlo a salir a Lonardi, y a Lonardi lo

empleó para que cubriera lo que venía atrás. Lo que venía atrás era, sencillamente, el peronismo reaccionario de 1950, al que el pueblo estorbaba para su conversión a la derecha. A éstos ya no les estorbaba el pueblo. La burguesía se ha ganado otros diez años de tranquilidad.

Sí, ya era tarde. Después de junio, cuando se preparó la cancha para la final, me eché a la calle a pedir que se aceptase la pacificación: se me reían en la cara. Los hombres de orden no podían volver sino a bombazos. Nada debía salvarse de lo que fué nuestra vida durante diez años. Había que hacer tabla rasa, dijeron los hombres sabios, los prudentes, los socráticos. Había que ponerles la bota encima a los cabecitas negras, dijeron los civiles.

Esta versión de la historia reciente parecerá, sin duda, demasiado perversa, o por lo menos es posible presentarla así: basta empeñarse en tomarla al pie de la letra. Pero hay que elegir entre esta versión y la sádico-ascuista. Veamos, por ejemplo, un artículo del señor Mario Luis Descotte, que hoy nos ilustra desde las columnas de "El Mundo".

Según parece, "el destino de los hombres, regido por circunstancias y factores que escapan muchas veces a la lógica más estricta, está signado, sin embargo, por la intransferible raíz de cada individuo". ¿Ustedes entendieron algo? Yo tampoco. "Quien intente evadirse de ella, niega su propio yo, cae en el vacío, es decir en la ficción, y escamotea su propio destino". El destino, por supuesto, se lee en una bola de cristal. "Ese raíz —prosigue Nostradamus, en el estilo de Nostradamus— alimentada por una savia cósmica, es como una célula que se va reproduciendo y termina por crear al individuo, desde el fondo del tiempo, su propio ámbito, encauza su esperanza, sus posibilidades, su destino auténtico".

¿Ustedes no adivinan todavía a dónde apunta este oracular preámbulo? ¡Pero sí! "Intentar evadirse de su propia raíz, no por evolución sino por vanidad, por ambición o por imposición externa, es correr el albur del fracaso y del ridículo". Es, sin duda, lo que pasó con los peronistas. Porque "este fracaso, que generalmente es fomentado por el canto de la sirena (hay intelectuales que, como la policía, atribuyen el malestar social a los agitadores), es el que crea el resentido social". ¡Finalmente!

El resentido, víctima de un complejo de inferioridad, "exalta la amargura de su fracaso contra quienes considera usurpadores de su felicidad". Odia, destruye. "Por incultura e incompreensión no acepta que los demás hayan resuelto un problema que él tiene sin resolver aún." Ese problema, por supuesto, no tiene nada que ver con los factores materiales de la vida. Es un problema del "espíritu".

Y ahora el señor Descotte va al grano. "Durante diez años el dictador en fuga habló de una oligarquía que sólo existía en sus planes maquiavélicos. Durante diez años se ocupó, entre otras calamidades, de dividir al pueblo, haciendo creer a una mitad que la otra mitad lo estaba estafando". Si la primera mitad lo hubiera comprendido, la otra no hablaría a estas horas por boca del señor Descotte, y el señor Descotte estaría en Panamá haciendo las veces del ingeniero Pascali, que no es, al fin y al cabo, un resentido social.

En realidad "la única aristocracia vital que existía en el país era la del espíritu", a la que pertenecen el señor Descotte y la cofradía sádico-ascuista, y "el pueblo argentino no estaba dividido en clases sociales propiamente dichas, sino en individuos, pobres o ricos" —ello es indiferente— que "llevaron en lo profundo de sus almas la raíz del bien o del mal". No nos cuesta esfuerzo adivinar de qué lado estaba el mal.

El artículo termina con un ardiente panegírico del grupo social al que pertenecen el señor Descotte y el ingeniero Pascali, "intelectuales, profesores y jueces", que

"mantuvieron intacta su dignidad", y con el descubrimiento de una ley sociológica llamada a crear en el siglo venidero toda una escuela de pensamiento: no hay diferencia de "clases" sino de "clase". Después de esto, el señor Descotte pasa por la ventanilla y retira un sobre lleno de espíritu.

Pero esto que debía ser una digresión se ha convertido en agresión. Presento mis excusas al señor Descotte. Bien es verdad que hoy el privilegio se defiende más astutamente. Américo Barrios lo hacía mejor. Pero el señor Descotte ha llegado a estas conclusiones solo, con su propia inteligencia. Y yo no me perdonaría si le hubiese suscitado la menor inquietud sobre la pureza de sus ideas, o turbado su límpida inconciencia.

A lo que iba: estos señores han sido nuestros aliados por diez años, ésta era la libertad que defendíamos. La coincidencia entre ellos y nosotros se hacía sobre sus argumentos, no sobre los nuestros. Confesemos que aun hoy, en las mismas circunstancias, volveríamos a confundirnos con ellos en aquel mismo antiperonismo genérico e indeterminado que nos permitía sentirnos decentes en medio de la canalla desatada. Si, confesémoslo. Lo que nos une a esta gente, cuyas ideas nos repugnan, es más fuerte que lo que nos separa. Somos tan filisteos como ellos, más que ellos.

En nuestro país se han enfrentado la barbarie y la decadencia. Los argentinos que aun no tienen conciencia —conciencia de sí mismos, por y para una clase, por y para una nación— y los que ya la han perdido. Las mayorías crédulas y las minorías cínicas. ¿Cuál era nuestro bando? Ninguno de los dos. ¿Pero dónde hallaríamos aliados? En los dos, sin duda. Y nos pusimos a buscarlos. Inútil, desesperada búsqueda. La barbarie y la decadencia se excitaban mutuamente. Eran dos lesbianas; nos rechazaban. Más aún: la barbarie y la decadencia estaban dentro de nosotros mismos, unidas en un monstruoso nudo de amor.

Pero nuestro instinto nos quiere presentes doquiera transcurran acontecimientos decisivos y las experiencias humanas más interesantes. No se trata, por cierto, de enajenarnos a lo colectivo. Para nosotros, sin embargo, no hay posibilidad de salvación personal en la neutralidad y el aislamiento. Estamos hechos así. La coquetería de los intelectuales consistía antes en parecer siempre absorbidos por preocupaciones más altas que los debates de cada día. Pero cada día es la vida. El tiempo humano es el único habitable. Puesto que no somos inmortales, imitemos a Empédocles. A descomponerse lentamente, es preferible perecer en las llamas de la actualidad.

No nos preocupemos: nuestras novelas, ensayos, poemas, llevarán su fecha de envase. Lo que sí depende de

nosotros es que seamos concientes de ello. Si no lo somos, quizás el hombre de mañana leerá nuestros libros, pero nuestros libros no ayudarán a construir el mundo de mañana. Y no nos basta. Es nuestra ingenuidad, nuestro idealismo: tenemos el mismo derecho a él que los demás. La literatura, cierta literatura no nos basta. Te aplauden, te hinchas, luego ponen el libro en un estante y nadie piensa más en ello. Ciertamente, podríamos vivir contentos en nuestro rincón, con una hermosa biblioteca y una vieja alfombra, entre libros dedicados, entre bibelots y recuerdos de viaje, y cuadros que no hemos tenido necesidad de comprar. Pero vendríamos a parar en estetas, en almas bellas, y éstas son gentes a las que no querríamos parecernos por nada del mundo.

Sin perjuicio de escupir cuando oigamos mentar la patria, necesitamos, para que el trabajo de escribir nos interese de veras, que nuestro pueblo acometa una tarea histórica. Una contrarrevolución no lo curará de los males de una revolución imaginaria. Necesita una revolución verdadera. Expansión, conquista, misión, son palabras que valen para él y para nuestra obra. Sólo una vida nacional en plenitud puede depararnos días de goce creador.

Creo que esta idea, tácita —es decir, indiscutible— favoreció hacia 1954 el encuentro de dos grupos de edades, uno que el peronismo había sepultado en vida, otro cuya germinación contribuyó a horadar la capa de hielo del peronismo. Uno que se había debatido sin cesar en el confuso límite entre moralismo y oportunismo, y otro que a través de las coacciones externas e inevitables humillaciones ha calcinado rudamente sus huesos. Dos grupos que el peronismo pareció separar con una pantalla de incompreensión mutua, y que contra el peronismo, sin embargo, nos hemos unido.

Hoy esa idea no basta: nos falta Perón. Es preciso coincidir en otra. Ésta: la libertad que hemos reivindicado contra Perón no la queríamos para disfrutarla, sencillamente. Una triste caterva de intelectuales se presta hoy a los más viles menesteres, al servicio de los nuevos amos. Nosotros la queríamos para volverla contra todo lo viejo, lo artificioso, lo mezquino. La queríamos para desintegrar la masa de mentira que ayer mistificaba a la clase obrera. Hoy el poder segrega otro lote de mentiras, que seduce a la clase media, y que se reducen a la concepción de la libertad como epifenómeno de la libre empresa.

Queremos la libertad para usarla contra quienes la conceden; y como es justo que en ese caso nos la nieguen, estamos dispuestos a tomarla de prepotencia. Libertad es la que se arranca, no la que se concede. Al fin y al cabo, si la burguesía nos deja decir lo que nos dé la gana —y está por verse— es sólo para que no pensemos todo lo malo que pensamos de ella. No podemos caer en esa trampa. Es demasiado vieja.

OSIRIS TROIANI

Miedos, complejos y malosentendidos

Complejo de culpa

SOLAMENTE hay una clase de personas total y realmente satisfechas con la situación actual del país: aquéllos que vieron en el peronismo exclusivamente el avance de la chusma, la sublevación de los descamisados, es decir, el ataque contra sus intereses materiales o contra sus valores jerárquicos sociales. Solamente, pues, aquellos grupos pasivos, en receso: ciertos sectores de la alta

y de la pequeña burguesía cuyos intereses materiales y cuyos valores reverenciales están unidos a formas en desintegración de nuestra estructura. Particularmente los restos de nuestra aristocracia ganadera y los vinculados con ella, posean todavía los bienes familiares que les dan categoría social o conserven sólo los prejuicios correspondientes.

En el otro extremo están todos los elementos progresistas, particularmente las generaciones jóvenes, que se opu-

sieron al peronismo viendo en él direcciones sociales y políticas fundamentalmente antidemocráticas, la frustración de una posibilidad revolucionaria, tanto como un modo especial de dictadura contraria a la libertad del individuo. Esos grupos recibieron la revolución de setiembre como una apertura hacia nuevas posibilidades. No tenían excesivas esperanzas, pues era evidente la presencia de fuerzas reaccionarias en la revolución y el ejército tiene una tradición deplorable en toda Sudamérica, no desmentida por nuestra propia experiencia reciente. Sin embargo, las declaraciones y actitudes de ese ejército fueron alentadoras.

El tiempo pasado desde el 16 de setiembre ha desvanecido muchas esperanzas. El tono general de la revolución y la mayoría de las medidas tomadas en materia económica, obrera y educacional parece responder a los intereses más reaccionarios, y más vaciamente reaccionarios. Aquellos grupos de que hablaba primero son, cada día más, los satisfechos, y esa satisfacción no se debe, precisamente, a la mera restauración de una tímida y restringida libertad política.

Esos hechos, junto con la evidencia de que las clases populares formaron la base —la parte sincera, por lo demás— del peronismo y de que hoy son quienes más sufren realmente con el cambio político habido, hacen que todos los grupos progresistas a que me refería vivan en una cada vez más aguda neurosis: obligados a mantener su apoyo al gobierno por un sentido de responsabilidad hacia el país, y temerosos de que su falta de intervención haga caer el poder en manos determinadamente reaccionarias, y permanentemente insatisfechos con la mayoría de los actos de ese gobierno.

Así se está desarrollando en ellos un peligroso complejo de culpa que les distorsiona el pasado inmediato y los puede llevar a las actitudes más irracionales.

Como contrapartida, los grupos totalmente satisfechos con el actual estado de cosas comienzan a advertir que la libertad política que proclamaron frente al peronismo puede significar un control popular —dada la estructura actual del país— absolutamente adverso a sus intereses.

La democracia parece estar haciendo equilibrios, en estos momentos, en un campo tan estrecho como la punta de una bayoneta.

Las izquierdas, esas solteronas

Cuando se leen las obras de los revolucionarios (las de cualquiera: Lasalle, Marx, Lenin), no importa que se esté o no de acuerdo con ellos, es difícil sustraerse al ímpetu viril de rebelión positiva que los mueve. Odio contra los poderosos, apelación a la revolución o a la revuelta, ese espíritu es el que se siente en los alzados de todas las épocas, algo vital y generoso, fecundo, así se apele a la destrucción.

Nuestras izquierdas rara vez alcanzaron ese tono: lo tuvieron los anarquistas, también algunas fracciones obreras del socialismo y nuestro primer comunismo.

Ahora —y desde hace mucho tiempo ya— ese espíritu no existe en nuestras izquierdas. Algo así como un hábito de resentimiento, de frustración, recorre todos sus actos.

Es difícil asegurar si se trata de un mal local o de un sentimiento más generalizado: las democracias populares, Rusia, China, no parecen tenerlo. Tal vez se trata realmente, como sospecho, de algo local, de un sentimiento nacido de su inoperancia, de su fracaso frente a las masas. O simplemente, de lo mal situados que están en general sus dirigentes, pequeños burgueses que se debaten bastante inútilmente por ser populares.

Nuestras izquierdas, frente a la actitud de las masas, han

ido cobrando el aire de esas solteronas que se preguntan por qué los hombres miran y preñan a otras mujeres. En sus actos y escritos rara vez se siente algún toque de pasión. Por el contrario, un aire de rencilla, de mezquindad suele recorrerlos. Ni aun el Partido Comunista se salva. Todos parecen necesitar contacto con el pueblo, con intereses elementales, amplios.

Hubo muchas lluvias, que más agriaron que mojaron. Con el peronismo llegó el diluvio: hasta las piedras pareció que iban a deshacerse en barro. No pasó tal cosa: aun durante la crecida de las aguas se advirtió que muchos no habían aprendido nada y que, por el contrario, hacían de errores virtudes, y de su esterilidad, de la castidad forzosa pureza. Esas vírgenes conservadas durante tantos años parecen haberse transformado definitivamente en vírgenes locas. Para decirlo denodadamente en términos freudianos, parecen haber alcanzado una verdadera neurosis, con sus fobias, sus represiones, sus estados de angustia, sus complejos de culpabilidad. En algunos casos, como en el de la actual dirección del Partido Socialista, la solución ha sido encontrada: se han convertido simplemente en derechistas. Es la solución patológica, claro, pero de cualquier modo es el encuentro de la tranquilidad.

Los moralistas

Por diversas circunstancias que no es del caso analizar aquí el peronismo pareció absorber todas las posibilidades de acción política positiva: si se trataba de mejoras sociales, de limitaciones a la propiedad privada, de apoyo a la industria o de ejercicio eficaz de la violencia, sólo él aparecía como su poseedor y practicante. Evidentemente había más coraje en enfrentar a la policía que en incendiar edificios protegido por ella: sin embargo, el guapo, el peligrosamente violento era el peronismo, y esa sensación no la experimentaba sólo el peronista sino también el opositor. El peronismo no postulaba (ni expresa ni tácitamente) la transformación de las estructuras sociales y económicas, ni una participación efectiva de los trabajadores en el control de la propiedad, lo que, en cambio, postulaban otros partidos; y sin embargo, de nuevo, el peronismo aparecía ante los trabajadores como la fuerza que los representaba y protegía. Lo singular es que la pequeña burguesía se sentía atacada por el peronismo, al que achacaba las más siniestras intenciones revolucionarias contra la sagrada propiedad privada.

De tal modo, los grupos progresistas quedaron un poco en el vacío. Y la oposición fué en su inmensa mayoría drenándose de actitudes y direcciones positivas y cargándose —por una lógica mecánica— de actitudes meramente negativas o la posibilidad de exhibirla, lo que actuaba en el mismo sentido. No estaba, pues, del todo errado el peronismo en calificar de *contrera* a la oposición, aun cuando fuera parcialmente injusto.

El tono de la oposición fué dado por la burguesía. Su argumento más fuerte fué el de la inmoralidad del peronismo: la venalidad de sus funcionarios y protegidos, los negociados que practicaban. Era lo que realmente le dolía y exasperaba. Y, paradójicamente, el argumento —aunque correspondiendo a la realidad— era insincero. Insincero porque los intereses de esa burguesía están inexorablemente ligados al enriquecimiento individual, al sistema de la propiedad privada, y ésta, en última instancia, no significa sino el despojo de otros. Así, un enriquecimiento que le parece moral, lícito cuando es practicado por particulares —aunque se base a veces en un robo descarado, y las más en un despojo indirecto— de acuerdo a ciertas reglas y con la protección de una determinada estructura de poder,

se convertía en crimen cuando lo practicaban otros —en especial funcionarios públicos— protegidos por diferentes mecanismos.

Lo más irónico de todo, es que muchos de los fiscales contra la venalidad de los funcionarios peronistas —representantes máximos de la burguesía puesta en acusadora— son los mismos que durante la década 1930-1934 realizaron los negociados de la CADE y El Palomar, firmaron el pacto de las carnes con Inglaterra, se enriquecieron como abogados de firmas extranjeras y cometieron toda clase de inmoralidades —o las apanaron—¹. No es necesario hacer hincapié especial en esto, sin embargo, por cuanto esos hechos no son más que consecuencias de un sistema, aunque a veces parezcan insultantes en su descaro.

En definitiva, y por la mera lógica de los argumentos más gruesos —pero obedeciendo a la más estricta lógica interna— el ataque se revertía contra el Estado, contra su acción misma. Esta actitud final es en realidad la sincera, y la otra sólo el pretexto. A lo sumo, los paniaguados peronistas eran competidores desleales, pero se movían en el mismo plano y tenían la misma actitud y los mismos intereses individuales que sus críticos. Ninguno busca otra cosa que el acrecentamiento de la riqueza personal, y el choque —como ocurre en el más honrado comercio— sólo proviene de los intereses particulares contrapuestos, ya que la propiedad individual —y el poder individual— sólo prospera en tanto disminuye el número de los competidores-participes.

El escándalo proviene inmediatamente de la ruptura de las reglas del juego. Pero el odio real va dirigido contra la intromisión del Estado, único peligro de fondo contra el propio privilegio: el derecho sagrado a enriquecerse sin el control de nadie. En lógica absoluta poseedores burgueses y funcionarios venales son tanto competidores como cómplices, y eso ocurría en verdad en la práctica. Ese juego no es por otra parte más que una pequeña distorsión de las reglas habituales del sistema capitalista.

Tal vez uno de los pecados mayores del peronismo haya sido proveer de argumentos efectivistas a quienes perjudica el mayor poder de la comunidad. El mayor damnificado ha sido el Estado, como posibilidad de poder puesto al servicio de los intereses generales. Los beneficiados han sido quienes desde adentro y desde afuera de la máquina peronista han sabido ver claro y proteger sus intereses particulares. Unos y otros han contribuido de consuno al charcal en que nos hemos metido todos, y —por esas singulares ironías de la historia— parecen seguir siendo los únicos beneficiados, a pesar de uno que otro procesado por las Comisiones Investigadoras.

La razón de cada cual

Vinieron los sarracenos —y nos molieron a palos—, que Dios ayude a los malos— cuando son más que los buenos.

Hay un hecho que no sé si se ha notado bastante: los argentinos —todos los argentinos— hemos vivido estos años cada uno convencido de que tenía razón, y asombrado, o

¹ El escándalo moralista reviste otras formas, todas similares y de análogas raíces: el revuelo catoniano armado alrededor de los amos de Perón y de la UES sólo cobra su verdadero sentido si se analiza la vida sexual de nuestra clase media, bien diferente por cierto de lo que proclama públicamente y de lo que podría suponerse por la indignación que manifiestan nuestros padres de familia. No es del caso entrar a analizarla, pero todos sabemos lo que se oculta en la convención de nuestros honestos hogares.

irritado, de que otros —los otros— no compartieran sus creencias.

Los peronistas hablaban de contreras, de vendidos al oro foráneo, de repartir leña, sogas y tiros.

Los antiperonistas no podíamos creer que éramos minoría. Algunos hablaban de fraude. Otros, del peso irresistible de la propaganda. Las izquierdas y los populistas se sentían defraudados por las masas. Los derechas hablaban de la ignorancia del populacho —o del pueblo, si es que era en público, porque los votos, de cualquier modo, hay que cultivarlos. Todos proponíamos métodos, de reeducación: tiros, escuelas, lo que sea.

A pocos se les ocurre que las razones de los otros puedan ser tan válidas para ellos como las nuestras para nosotros.

Los intelectuales y los ideólogos burgueses están muy seguros de sí mismos. El tan mentado número 237 de SUR es una enciclopedia de suficiencia. Todos seguros de la Verdad, de su Verdad, de mi Verdad. Todos con buena y segura conciencia. Todos empeñados en que debemos enseñar la Verdad (mi Verdad, nuestra Verdad) a los pobres engañados. Nadie tiene una duda.

El problema aparece cuando hay que indicar el medio para tal pedagogía: los eventuales alumnos tal vez no estén tan dispuestos a dejarse enseñar. En todo el número SUR el único que parece haber encontrado una solución concreta es el señor Paita. Claro que la solución es negativa: no dar el derecho de voto sino a quien demuestre haber aprendido. Premio al buen alumno: la ciudadanía. Transa sin embargo por entregarla a quienes cursen la enseñanza primaria.

No es mala idea. Estaremos al menos seguro de que los incendiarios, los torturadores, los payasos y los vendidos al oro extranjero (categorías evidentes de argentinos) no serán analfabetos. En los seis primeros grados enseñaremos la Verdad (nuestra Verdad, por supuesto) y ya no tendremos más sustos los poseedores de la República.

Malosentendidos

Nuestra historia es un conjunto de malosentendidos. Señores que pensaron en sus intereses más que en altos ideales (o, por lo menos, y como es más cierto, que conjugaron sus intereses con ideales adecuados) son héroes puros, héroes de un olimpo intachable.

Eso sucede poco más o menos en todas partes, en todas las historias.

Pero aquí ha ocurrido un hecho singular, que ha confundido y embrollado nuestras ideas, ocasionando perturbaciones que nos son peculiares.

En Francia, por ejemplo, Francisco I o Enrique IV son héroes nacionales. Pero nadie se engaña creyendo en ellos como en adalides de las ideas democráticas. En Estados Unidos, Washington, es igualmente un héroe. Pero los intelectuales —la inteligencia— han señalado que su afanes coincidieron asombrosamente bien con sus intereses financieros. Eso ni quita ni pone respecto de su participación en la creación de la Nación. Ni pone en duda tampoco que su acción haya estado en una línea favorable en general —en su momento, por supuesto— al progreso del conjunto. Ni que sus ideas y sus principios fueran un adelanto sobre el estado anterior de cosas, aun cuando de la guerra de la independencia hayan salido perjudicados los pequeños campesinos y beneficiados los grandes propietarios.

La tarea de esclarecimiento ha sido realizada por intelectuales desapasionados, o por quienes la creían necesaria para lograr dar algunos pasos adelante en el bienestar del mayor número. Es decir, por quienes alguna vez fueron

llamados la inteligencia y, ahora, un poco apresuradamente tal vez, las izquierdas, o si se prefiere, los intelectuales democráticos. Su labor fué, por cierto, considerada muchas veces negativa y corrosiva, y coartada de mil modos. El hecho se repite en la actualidad. Ha sido, no pocas veces, ineficaz en absoluto, o casi. Pero ha tenido méritos indudables: ha creado una conciencia —por vaga y larvada que sea—, ha permitido que los intelectuales se muevan con comodidad en el juego de ideas, y ha deslindado y aclarado las cosas: en un polo se han agrupado los conservadores, los tradicionalista a machamartillo, que defienden conjuntamente tradición e intereses; en el otro se agrupan quienes atacan a ambos de algún modo, cualquiera que sea. Aunque el panorama es más complejo y confuso que lo que la anterior metáfora pseudocientífica indica, la tensión existe, y los agrupamiento se producen en forma involuntaria.

Entre nosotros no ha ocurrido tal cosa. Tal vez las luchas entre unitarios y federales hayan contribuido a iniciar la confusión: el hecho de que existieran caudillos populares en que se encarnaba de algún modo los anhelos de los desposeídos y de que esos caudillos tengan un peso en nuestra historia, siendo al mismo tiempo enemigos de la cultura y del progreso —o de la civilización— parece haber desviado para siempre a nuestros intelectuales y a los partidos políticos que han levantado banderas progresistas. Aunque ni los cesarismos ni las demagogias son ya hechos tan oscuros, se siguen colocando frente a la historia en la posición de los primitivos liberales. Confunden aún al déspota con el hecho social que le da base; no han integrado aún su visión del fenómeno político; hablan todavía de la "ignorancia de las masas". Tal vez académicamente sepan que la República Romana era un gobierno aristocrático y que César representaba una democracia confusa, larval y desviada, pero no trasladan ese conocimiento a la realidad que les es propia. Así han llegado a producirse las paradojas de que Mármol sea presentado como un demócrata liberal y progresista, y de que el Partido Comunista haya celebrado a todo trapo la figura de Mitre. Esto último puede explicarse, por cierto, por razones tácticas, pero es parte de un fenómeno general que no significa más que ceguera o cobardía intelectual. Y, en definitiva, un fríste pecado político.

Y esa miopía de la inteligencia y de las izquierdas ha tenido los más perniciosos efectos. Entre otros, los siguientes: quienes se han animado a contradecir la historia académica han sido, generalmente, las derechas. Y han aprovechado el error de los demás para sacar conclusiones favorables a sus tesis políticas. Aun cuando han tergiversado o confundido la verdad, la han dicho en parte, por lo menos no menor a la de los otros, y la novedad ha cargado de prestigio a esa verdad parcial. Aquella mentira liberal (si así puede llamarse) ha creado desconfianzas y, alguna vez, provocado verdaderas conversiones a la derecha en espíritus sinceramente democráticos.

La confusión es tanta en materia de ideas, que liberales y antiliberales han opinado lo mismo de las mismas cosas por razones diferentes. Tal el caso de Roca, o el de la educación. A veces es de dudar que en nuestro país sea ya posible alguna inteligencia sobre la verdad histórica utilizable en forma vital. El hecho de que nos sintamos en rebeldía como colonia de naciones que son democracias en lo político (al menos relativamente), no contribuye, por cierto, a aclarar las cosas. Ese hecho, la miopía intelectual a que antes me refería, y la insensibilidad para lo popular de la mayoría de nuestros dirigentes, parece que tienen raíces comunes, ligadas a su ubicación social real. Y conste que me refiero a su ubicación social, no a su ubicación política ni a su condición social.

Miedo

¿Miedo? Sí. Miedo.

Tal vez uno no había hecho nada realmente arriesgado. Tal vez no merecía la atención de nadie. Imprimir alguna disidencia, alguna crítica, asistir a alguna reunión opositora. Qué sé yo.

Pero al volver a casa —las calles del barrio casi solitarias— fácilmente nos sobrecogía la sospecha. Cuando pasaba un automóvil de ronda, a media velocidad pareja, sin apuro, esos "428" que doblaban de pronto en las esquinas, un susto un poco impotente, como de sueño, nos asaltaba. Alguna vez sentí, no sé bien por qué, que parecían tiburones navegando en un mar aceitoso.

Lo peor no era la posibilidad de ir presos. Eso —y no es que no tuviera importancia, con experiencia personal o sin ella—, eso entraba dentro de la oscura lógica admitida. Ni siquiera la posibilidad del dolor, de los golpes. Lo peor era la irracionalidad de la fuerza, su apariencia irresistible y sin reglas.

No bastaba saberse "a favor", estar del mismo lado que la policía. A lo sumo, se tenía la ventaja de la inconciencia, del no saber. O, por nuestra parte, la ventaja de conocer la existencia del peligro. Partidarios u opositores era lo mismo: he visto durante estos años pasados a obreros peronistas mirándome a través de los barrotes, sin comprender nada; su prisión, los golpes, el paso del tiempo, la acusación que pesaba sobre ellos, todo eso irracional, inexplicable.

Ahora, claro, no miro a los costados antes de entrar a casa. Pero de vez en cuando, sin duda por algún resto arqueológico, siento un ligero sobresalto. He cambiado de posición en esta extraña figura de fuerzas. Pero eso no quiere decir que las fuerzas mismas hayan desaparecido. Por la desgraciada evolución que han seguido nuestras cosas, los que gustamos y los que rechazamos el uso de la violencia, la utilizamos lo mismo. En la práctica, en todo momento, estamos tratando de arrebatarlos unos a otros el dominio de la fuerza, creyendo que con ella vamos a imponer nuestras ideas —sin duda las mejores, las únicas acertadas. Luego, y normalmente, creemos que sólo podremos sobrevivir con el dominio de la fuerza y su uso contra quienes se nos oponen, contra quienes no están claramente con nosotros, contra quienes no utilizan con nosotros la fuerza contra el resto. Ya no importa quién sea el amo ni cual la orientación o el sentido: instrumento mostrenco, puede utilizarse a favor de cualquiera y contra cualquiera. La policía y todo el aparato militar, cada uno a su modo, han llegado a ser —o están en vías de ser— instrumentos liberados, oscuras potencias suspendidas sobre el destino del hombre común.

Regreso al pasado

Los grupos conservadores habían llegado a 1943 completamente desacreditados. Aun dentro del marasmo político en que estaba hundido el país, ellos, los que detentaban el poder, se distinguían: prácticamente eran los representantes del cinismo, de la absoluta falta de ideales, los que enseñaban que el gobierno se tiene porque sí, sin otro objetivo que el disfrute personal.

Estos diez años han logrado rejuvenecer al conservadurismo de un modo mágico: sin que nada haya cambiado aparentemente en él, ni los hombres ni las ideas, todo su viejo bagaje puede ser utilizado como si fuera nuevo.

Así, grupos que utilizaron abiertamente el poder en beneficio de intereses particulares (ganaderos, colonialistas)

hoy hablan del interés general de la Nación. Lo curioso es que las medidas que ahora proponen para proteger ese interés general son las mismas que antes les sirvieron para muy otra cosa. Casi todos se escudan en la palabra libertad: caída la dictadura hay que volver a la libertad. No hay duda. Por lo tanto, libertad de comercio, libertad de industria.

Añudan este razonamiento con otro: el peronismo halagó a las masas, utilizó sus anhelos elementales para dirigirlos y engañarlos, tomó medidas contrarias al interés nacional cubriéndolas con frases demagógicas. Ergo, ellos que proponen medidas impopulares, que arrostran heroicamente la impopularidad, son los puros, los que no buscan engañar; y, con prescindencia de lo que esas medidas sean en concreto, infieren de su sola impopularidad su bondad. Logran así crearse una buena conciencia, al menos externa: ha prendido en ellos el convencimiento de que están en lo cierto y de que sus intereses de grupo son realmente los intereses del país, el bien del país. Hace diez años los conservadores jóvenes admitían que "el que no roba en el gobierno es un sonso". Hoy están convencidos de que volver a la economía agrícola-ganadera coincide con el interés general.

Aceptan el canto común: no volver a 1943. Pero le agregan algo: ni tampoco a 1930. ¿Postulan un futuro totalmente nuevo, entonces? Nadie, de entre ellos, parece estar muy seguro. Solamente se advierte una cierta conciencia de que ahora, puesto que ya todos —hombres e ideas— nos hemos emporcado de un modo u otro, ellos han pasado por benéficas aguas lustrales: desde el común denominador de la suciedad general ellos no parecen tan sucios, de cualquier modo. También es posible que los más jóvenes piensen más ingenuamente en el "derecho de los mejores" al gobierno, por algún modo que evite el "fraude patriótico", pero que supone que los mejores son los ricos, los bien-educados, los decentes, y que sólo ellos tienen derecho al disfrute de las ventajas de la vida; obligados a lo sumo por condescendencia paternalista a dirigir a los demás, a enseñarles y educarlos, siempre, claro está, que adviertan y conserven las distancias.

Los demás —los que de un modo u otro no se sienten "conservadores"— no dejan de mirar de reojo esa confianza en la propia bondad que tan paladinamente se declara.

Sacarse el saco

¿Lo inventó el peronismo? No, seguramente: Juan Domingo Perón tuvo a lo sumo la inspiración suficiente como para explotarlo. La cosa venía de lejos: el empaque inmemorial de los argentinos parece evidente que se estaba quebrando. Desde siempre éramos un pueblo serio —triste y serio—, abrochado, silencioso. El argentino era el hombre que temía el ridículo, el hombre que no llevaba paquetes por la calle. El hombre de traje oscuro.

Así lo habían descripto para siempre, sujeto a inequívocas causas metafísicas, desde Ortega y Keisserling a Scalabrini Ortiz y Mallea. Pero aun caladuras gnoseológicas de lado, nuestro empaque era famoso y verdadero. El yaquet, el traje negro y el cuello duro eran nuestros distintivos, como el tango. Reproducíamos la seriedad más seria de Europa, y los europeos nos encontraban no sabían bien si resentidos o caricaturescos. Algunos de entre nosotros llevaron a gala la seriedad, artibuyéndole virtudes especiales o sabor demoníaco.

Pero la seriedad estaba siendo expulsada de Europa, quizás porque las masas ascendían y porque se cobraba conciencia de la tragedia. En esto, como en tantas otras cosas, seguíamos imitando modelos desaparecidos. Con todo, algo de los nuevos aires comenzaba a contagiarnos, respaldados por la eficacia de nuestros hermanos del norte: el yaz, las corbatas de colores y las mallas de dos piezas se avienen mal con los espíritus serios. Por otra parte, los nuevos aires aumentan también aquí por la presión de las clases populares, cada día más presentes. Un nuevo estilo de vida está naciendo en la Argentina, hijo de la nueva situación y de nuevas necesidades, de los cambios en la estructura económica y social. Eso se traduce tanto en la adopción de músicas y cantos y en la situación y la actitud de la mujer, como en la pérdida del atildamiento en el vestir.

El 17 de octubre de 1945 Buenos Aires fué invadida por multitudes de hombres sin saco y de mujeres. Dos hechos casi inéditos en nuestra historia política. Inéditos en su magnitud.

El peronismo tuvo una virtud: supo captar el sentido revolucionario activo que tenía lo que de por sí era síntoma de una revolución: llevarlo a símbolo. Como el sansculotismo en la Revolución Francesa, el sinsaquismo tuvo un sentido político entre nosotros. Pero hay que advertir otra cosa: como en otras manifestaciones manejadas por Perón, ésta, al teatralizarse y transformarse de síntoma en símbolo, perdió eficacia, se convirtió en mera descarga emocional, en gesto de rebeldía, tal como los accesos de violencia más o menos dirigidos y las manifestaciones y concentraciones frenéticas, agotadoras: el hombre que ha gritado, aguantado de pie y caminado en marchas interminables, se vacía para los actos revolucionarios. El mito llevado a objetivo en sí mismo desvía de otros objetivos. Perón encauzó una eventual revolución y la transformó en una gran pieza teatral, casi farsa, casi tragedia dionisiaca. *La Prensa* ocupada, el *Jockey*, la *Casa del Pueblo*, la *Casa Radical* y los templos quemados fueron los chivos expiatorios de esa casi tragedia. Hay que ver que hasta las rebeliones campesinas de la Edad Media despojaron, o intentaron despojar, a los amos, y que aquí nada de eso se probó.

Para evitar suspicacias, y otros malosentendidos, quiero dejar aclarado que todo esto fué escrito antes del 15 de mayo.

ISMAEL VIÑAS

Del Fascismo al Peronismo

ENTRE fascismo y peronismo la comparación se ha hecho una vez y otra, y no es difícil hallar semejanzas exteriores entre dos movimientos que, en una era de masas, condujeron a la instalación de dictaduras. Pero apenas se intenta llevar la comparación a planos menos superficiales no se alcanzan ya resultados tan satisfactorios; es por lo tanto natural que se renuncie a seguir un camino de indagación del que no se espera nada nuevo ni importante.

Sin embargo la cuestión no es tan sencilla: el peronismo no fué, sin duda, una forma de fascismo; fué por lo menos el resultado —o más bien el residuo, inesperado para todos y también para su creador y beneficiario— de una tentativa de reforma fascista de la vida política argentina. Pero la vinculación entre fascismo y peronismo se da todavía de otra manera: el fascismo siguió hasta el fin siendo el modelo que el jefe del peronismo se había fijado, que inten-

taba con cautelosa obstinación llevar a los hechos. No porque esa larga y sinuosa tentativa haya sido a la vez un fracaso tiene ella menos importancia: si el ejemplo del fascismo no pudo dar orientación concreta al movimiento peronista contribuyó en cambio muy eficazmente a desorientarlo, a fijarle métodos y objetivos a la vez imposibles y contrarios a la índole misma del movimiento argentino. Nace de allí una interna tensión que acompañó al peronismo en todo su curso, anticipo de la crisis final prevista por observadores sagaces, en la cual las energías revolucionarias largamente constreñidas fuera de su cauce natural arrasarían con las estructuras políticas que pretendían representarlas y de hecho las traicionaban. Ahora bien, el peronismo pudo dominar durante diez años, pudo ser derrocado sin que esa crisis se produjese, sin que pareciera siquiera cercana. ¿Es que la fuerza revolucionaria que anidaba al movimiento no era al cabo tan considerable? O, para plantear en términos más amplios el problema sin duda básico para entender la historia del peronismo: ¿se frustró en él una revolución o acaso no hubo en su origen revolución alguna que pudiera frustrarse?

Orígenes, naturaleza, ímpetu revolucionario del peronismo; todos esos problemas sin duda demasiados vastos es preciso evocar para entender la ambigua relación entre peronismo y fascismo.

Como posible solución a la crisis política argentina, el fascismo había aparecido con creciente insistencia a partir de 1930. Sin duda sólo una minoría abogaba decididamente por su implantación, sin duda las tentativas de implantarlo carecieron de seriedad y continuidad. Pero no por eso dejaba de gozar el fascismo de un prestigio muy vasto, debido tanto a sus éxitos europeos como a la peculiar situación política que atravesaba la Argentina. Los grupos dominantes luego de 1930 buscaron restaurar una república conservadora, apoyada en el falseamiento sistemático del sufragio universal. Pero, como era esperable, esta restauración creó una situación sustancialmente nueva. Nueva en el campo económico: el régimen conservador tradicional buscaba encauzar y explotar la tendencia ascendente de la economía argentina, y sus períodos de esplendor habían coincidido con las épocas de prosperidad; mérito del general Justo fué advertir que era posible montar una máquina política conservadora para épocas de depresión, aprovechando y adaptando los principios dirigistas que la crisis iba imponiendo en todas partes. Nueva también en lo político: antes el grupo gobernante conservador había pretendido actuar en nombre de una voluntad popular ausente, y su gestión estaba destinada a tornarla cada vez menos ausente; en palabras de Alberdi la apenas republicana república posible abría el camino para la república verdadera. Ahora la república verdadera quedaba atrás; a los ojos de los nuevos dirigentes la experiencia democrática había sido concluyente y no se trataba ya de preparar el nacimiento de una efectiva voluntad popular, sino de contrarrestar una voluntad juzgada radicalmente incapaz de gobernar. Así, ante el régimen conservador parecían cerrarse todas las vías de evolución: no había ya "radioso porvenir" de prosperidad económica ni progreso hacia una democracia menos irrisoria. Entre todos esos caminos cerrados, quedaba abierto el camino del fascismo. No es que los dirigentes conservadores se propusieran conducir por él a la nación: en general no aspiraban a nada mejor que dejar las cosas como estaban. Pero cuando la guerra puso fin a la coyuntura económica sobre la cual había construido su sistema político el general Justo, cuando los intentos de su sucesor mostraron que la vuelta a modos más sinceros de practicar la democracia política era un peligro menos remoto de lo que se creía, el fascismo pareció acercarse cada vez más. Y cuando, en 1943, una revolución militar desalojó del poder al último

presidente conservador, mientras el fascismo, apenas superado el punto más alto de su trayectoria, dominaba a toda Europa y se preparaba a defenderla del asalto del resto del mundo, pareció evidente, tras de los titubeos iniciales, que la Argentina iba a tomar, por fin sin reticencias, el camino del fascismo, ante el cual había vacilado durante trece años.

Se empezó a edificar, entonces, la Argentina fascista. Y a la vez se empezó a advertir que una orientación o ideología es cosa muy distinta de un modo de gobierno; que aun como ideología el fascismo era cosa menos clara y precisa de lo que había parecido cuando había pesado como promesa o amenaza en el horizonte político. En la Argentina de 1930-43 fascismo había significado a la vez justificación y una suerte de extrapolación autoritaria de los modos de gobierno vigente; los ensayos fascistas más caracterizados (como el de la provincia de Buenos Aires) participaron del aire hechizo y fantasmagórico de toda esa época: basta pensar en cómo la experiencia de Buenos Aires fué cortada sin resistencia por una decisión del poder central, basta comparar su vitalidad con, por ejemplo, la del cantonismo sanjuanino, también él ensayo de régimen autoritario crecido en el clima muy distinto de la experiencia radical. Durante trece años fascismo había sido sustancialmente complicitad con el régimen conservador; y luego de la revolución de junio fué la interpretación conservadora del fascismo la que comenzó por triunfar. Se trataba, siguiendo el ejemplo de España y de la aun prestigiosa Francia de Vichy, de volver a los valores tradicionales, negados desde hacía un siglo por los directores de la política argentina. La restauración resultó cosa mucho menos fácil de lo que creyeron los revolucionarios de junio al comenzar su tarea. Si en España el orden restaurable estaba aun cercano, vivo aun en los hechos y en las conciencias de buena parte de los españoles, si en Francia era preciso sin duda combatir una tradición republicana identificada tras de un siglo y medio con la tradición nacional, pero al menos existía medida común entre la nación francesa del antiguo régimen y la de 1939, al menos la estructura más honda del cuerpo nacional conservaba los rasgos dominantes de la Francia monárquica, en la Argentina no parecía haber ya esa medida común entre la realidad de 1943 y los ideales vigentes, o supuestamente vigentes, en el Buenos Aires de 1750 o de 1850. Toda una estructura económica y social incomprensible a la luz de esos ideales era puesta en entredicho por los restauradores. ¿La amenaza fascista era una amenaza seria? Por lo menos tomada extremadamente en serio por algunos grupos que debían su existencia misma a los cambios introducidos que habían creado una Argentina nueva luego de Caseros, que sintieron, ante los extravagantes ataques a los que esa Argentina era sometida por los nuevos gobernantes, que su status social estaba siendo amenazado. La más sensible a esa amenaza fué la clase media superior y profesional, porque estaba más dispuesta a dar peso a un peligro que parecía limitarse por el momento a los encendidos esfuerzos oratorios de los restauradores. A la luz apocalíptica de la experiencia totalitaria europea, esa clase pudo creer que estaba al borde de ser degradada socialmente en beneficio de los argentinos en que sobrevivía la "tradición hispanocriolla", o, en palabras más pobres, de los grupos dirigentes tradicionales, que tras de eliminarla de toda participación en el poder en 1930, renegaban de su pasado liberal para pretender crudamente una restauración del orden social anterior a 1852.

Así, el fascismo llegó a ser ante todo una tentativa de restaurar el orden tradicional. La restauración política se dobló de inmediato de restauración religiosa: no casualmente la revolución que volvía a aspectos fundamentales del estado confesional parecía cortar definitivamente los lazos con el pasado liberal. Pero la restauración religiosa se daba

a la vez subvertida a la restauración política: los dirigentes intelectuales del movimiento, vueltos a la fe gracias a una crítica previa de la política y la sociedad moderna, veían en ella, si no tan sólo un *instrumentum regni*, si en todo caso un aspecto de una constelación cultural que se trataba de restaurar. Sobre estas bases doctrinarias, los fascistas argentinos se lanzaron a una infatigable cruzada de elocuencia: durante meses amenazaron con el hierro y el fuego a la nación culpable de apostasía. Así negados, los mitos de la Argentina liberal revelaron que no estaban del todo muertos; ellos guiaron al primer gran movimiento político del turbado año 45; la Resistencia. Hoy se tiende a identificar la resistencia con la última defensa de las clases dirigentes tradicionales ante el avance de cambios revolucionarios; la interpretación, aunque explica algunos aspectos del movimiento, es fundamentalmente falsa. Ni la índole ni los errores del movimiento corresponden a lo esperable en grupos de larga experiencia política, conscientes a la vez de su impopularidad. No, la Resistencia es ante todo la obra de grupos sociales en ascenso, por un instante amenazados. Pero lo que le dió su fuerza y su fe en el triunfo fué el súbito disiparse de esa amenaza.

En efecto, mientras la Argentina parecía madura para el fascismo, el mundo se revelaba demasiado maduro para él. En Europa el nuevo milenio comenzaba a dar señales de tocar a su fin; en la Argentina los profetas coléricos o melancólicos que invitaban a mirar en el ejemplo europeo los frutos amargos de un siglo de liberalismo hallaban que de súbito los hechos se negaban a ilustrar la moraleja que incansablemente habían venido repitiendo. A la luz de la nueva experiencia europea las que habían sido figuras temibles se transformaron en figuras grotescas. Los más agudos entre los gobernantes surgidos de la revolución advirtieron muy pronto que la tarea de adaptar la estructura política argentina al nuevo orden totalitario había perdido ya toda oportunidad. Si el año 44 comenzó bajo el signo del advenimiento totalitario, el 45 comenzó mucho más apaciblemente: debía ser el año de la "vuelta a la normalidad". Los partidos, esas sentinas de corrupción, los políticos cotidianamente injuriados, se transformaron de pronto en elementos indispensables para la reconstrucción nacional. Mientras el gobierno buscaba colmarlos de menudos favores, el ministro de guerra y secretario de trabajo ofrecía su prestigio ya considerable y un influjo sobre el gobierno, que nadie se atrevía a discutir al grupo político que le concediese a la vez su apoyo. En la Universidad, tras de una sucesión de ululantes Jeremías y Habacucs del Nuevo Orden, se vio reaparecer la figura no desconocida del doctor Arce; él y el que sería jefe del peronismo tomaron sobre sí la tarea de "devolver la normalidad" a esa institución largamente atormentada; la síntesis entre el ayer y el mañana se realizaba de esta manera sin duda imprevista para quienes venían proclamándola desde hacía un año. Acaso ni el precio que el ministro de guerra exigía por sus servicios, no inferior al que por una operación análoga había obtenido el general Justo, hubiese impedido, en una Argentina que fuese aún la de 1943, que el negocio alcanzara buen término.

Pero la Argentina de principios de 1945 no era ya la de 1943. Los grupos que habían sentido la amenaza de la restauración del nuevo y viejo orden aspiraban también, a su manera, a una nueva distribución del poder político en la Argentina; no querían que la aventura totalitaria terminase con una restauración de los viejos políticos, y menos aun con una alianza entre viejos políticos y jefes fascistas a medias arrepentidos. Esos grupos, que no se habían sentido representados ni por la política aplebeyada del radicalismo, ni por la cerrazón oligárquica de la restauración conservadora, esos grupos que en medio de tales sinsabores políticos no habían dejado de ascender socialmente (y ha-

bían seguido ascendiendo, más rápidamente que antes gracias a la prosperidad de la guerra, mientras los nuevos gobernantes cubrían de injurias la tradición con la cual se identificaban) creían que su hora había llegado. En esta seguridad influía, junto con el optimismo impaciente de todo grupo en ascenso social, el ejemplo europeo. El peso de este último se revela ya en el nombre que tomó el movimiento: la Resistencia. En efecto, la resistencia argentina quiso incluirse en la vasta saga antifascista que abarcaba todo el mundo; de ella tomó los mitos, desde Juana de Arco hasta los soldados de Valmy y los defensores de Madrid, y tomó también la táctica: una presión continua y despiadada contra un enemigo con el cual no era posible imaginar acuerdos. La lucha debía terminar en la rendición incondicional, y la Resistencia argentina, con imprudente seguridad, no ocultaba su intención de imponer duros castigos a los responsables del ensayo fascista. La resistencia europea y la guerra sirvieron para enmascarar ciertos aspectos en que el movimiento argentino mostraba sus carencias: así la falta de todo contenido específico de cambio social. La guerra hace siempre aparecer fluidas las estructuras sociales; hace que toda reforma parezca a la vez posible y secundaria; todos creen evidente que el mundo que surgirá de ella será radicalmente nuevo, hasta tal punto lo creen que es apenas preciso insistir sobre ello. En la segunda guerra mundial, la necesidad de conciliar los idearios sociales de los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética contribuyó a agregar vaguedad a la vaguedad. De este modo la resistencia argentina no podía recibir de su modelo europeo sino un ejemplo de genérica buena voluntad en el plano social, y lo hizo suyo de buen grado. Prueba sin duda de que el movimiento no tenía el carácter de reacción oligárquica que le atribuye la que durante diez años ha sido versión canónica; pero esa imprecisa buena voluntad no bastaba para proteger a la resistencia de las tentativas reaccionarias de confiscar el movimiento en provecho propio. De hecho, esa buena voluntad impedía más eficazmente el concreto planteo de exigencias sociales que una abierta negativa a plantearlos. De este modo la Resistencia fué en un núcleo un movimiento destinado a imponer el cumplimiento estricto de la constitución de 1853. ¿Esa exigencia constitucional era insuficiente para traducir las aspiraciones de la mayoría del pueblo argentino?

Al principio pareció que era, por el contrario, del todo suficiente. La resistencia pudo juntar multitudes antes no vistas, pudo organizar un sistema capilar que cubrió el país, utilizando organizaciones estudiantiles y profesionales ya existentes, pudo crear comités de emergencia de profesiones y oficios que contaban en ellos con la casi unanimidad. Esa casi unanimidad no era del todo espontánea; era sabido que en ciertos grupos era necesaria alguna entereza para no agregarse a la falange de luchadores por la libertad; nueva prueba, a su modo, de la vitalidad preponderante del movimiento. Sin duda, estas coincidencias se limitaban a ciertos grupos sociales; en otros la actitud, sin ser en un principio hostil al movimiento, era indiferente. Pero esos grupos estaban acostumbrados a considerarse voceros de todo el pueblo, o por lo menos, para usar un término aparentemente inadecuado, de todo el Tercer Estado; y de hecho desde 1930 sus motivos de apartamiento del régimen vigente coincidían con los que animaban a capas más numerosas de pueblo. Y la misma exigencia de aplicación leal de la Constitución tenía tradicionalmente contenido popular: era ante todo exigencia de llevar a los hechos el sufragio universal, de dar así participación en el poder a grupos hasta entonces excluidos. ¿Seguía significando eso? Sin duda para la resistencia la vuelta a la constitución significaba eso, pero también algo más, ante toda la imposición de ciertos modos de acción políticos ajenos a la vez a toda

demagogia plebeya y a toda prevención ante una democracia sinceramente practicada, modos de acción que no tenían un específico contenido de clase, pero que representaban sin embargo una exigencia de clase, en cuanto buscaban imponer valores que interesaban ante todo a un determinado grupo social, que sólo los miembros de ese grupo social estaban en condiciones de imponer desde el gobierno. Pidiendo una democracia honrada, la resistencia pedía a la vez el gobierno para los grupos que la integraban. Esa ambigüedad de la exigencia constitucional era oscuramente sentida por quienes eran espectadores y no actores del conflicto entre el gobierno militar y la resistencia civil; era evidente que apenas apareciese un nuevo modo de lograr la participación de otras clases en el gobierno, menos lento y engorroso que la práctica leal de la ley Sáenz Peña, la resistencia quedaría del todo privada de su eco, ya tan sordo, en la masa del pueblo. Mientras tanto, no preveía el peligro, seguía lanzando golpe tras golpe al gobierno fascista y manifiesto tras manifiesto a un país que comenzaba a dudar del derecho que tenía de considerarse perseguido un movimiento que con impune insolencia devolvía cotidianamente a un gobierno ahora resignado al parecer a todo, las injurias que de él había recibido un año antes.

Pero el gobierno no estaba resignado a todo; estaba dispuesto a sufrir infinitas humillaciones, no a perecer en la guillotina insistentemente prometida por la Resistencia. Atacado, contemporalizaba y preparaba su defensa. Su primera ventaja fué que advirtió el primero que no habría salida revolucionaria: la crisis política se resolvería de modo menos novedoso mediante elecciones generales. Y mientras la resistencia se preparaba y fortalecía su ánimo para una guerra civil, mientras vivía de la fe en el nuevo comienzo que el año anterior había animado a sus perseguidores, el gobierno buscaba pacientemente posibles votantes. En esta engorrosa y no limpia tarea se destacó el que iba a ser fundador del peronismo. El gobierno contaba sin duda con apoyos ganados en sus dos etapas anteriores: la restauración totalitaria y la "normalización". La primera dejó como saldo el apoyo episcopal, la segunda la adhesión, si no de políticos de dimensiones nacionales, de muy numerosos caudillos locales que encauzaban y dirigían la distribución de los favores estatales. Ambos elementos creaban el núcleo de una estructura partidaria de tipo tradicional en la Argentina; no bastaban de ningún modo para vencer a las organizaciones políticas tradicionales. La Resistencia estuvo por eso en lo justo al no amedrentarse ante estas tentativas de "fundar un partido político como si fuese una agencia de colocaciones".

Pero sin desdeñar esos apoyos, el secretario de trabajo buscó otros en una Argentina profundamente transformada por la prosperidad de guerra. Los encontró entre dos grupos también ellos en rápido ascenso. Ante todo en un sector industrial, que veía con alarma cómo la Resistencia recibía sin recelo la adhesión de los grupos económicos tradicionalmente dominantes, que temía que una derrota del gobierno implicase por lo tanto el desmantelamiento de la frágil industrialización de guerra. Y otra clase a quien la industrialización había hecho también más numerosa y próspera: los obreros industriales. Ante ellos podía el gobierno invocar una política esbozada desde su instalación en el poder, una política de reformas sociales que hoy tiende a identificarse desde sus comienzos con lo que luego sería el peronismo.

Ahora bien, que esa política es el antecedente principal de lo que luego sería el peronismo no ha de discutirse. Pero no es, ya, el peronismo. Cuando el que luego sería jefe del movimiento toma a su cargo la política social del gobierno

de junio comienza por aplicar también en este campo un esquema sustancialmente fascista: para poner fin a la lucha de clases, declarada estéril y contraria a la cohesión nacional, el fascismo había proporcionado a la clase obrera ciertas ventajas en campos muy limitados (asistencia, previsión), que venían a testimoniar a esa clase la concreta solidaridad de la nación con sus aspiraciones a la vez que intentaban alejarla de todo retorno a la tradición revolucionaria. Porque tenía ese efecto apaciguador, la política social fascista podía contar con el apoyo de los grupos patronales, aunque les impusiese algunos sacrificios inmediatos. Ese modo de poner fin a las tensiones sociales intentó aplicarse en la Argentina, pero faltaban aquí los supuestos que en los países fascistas le ganaron buena acogida entre los grupos patronales y una recepción notablemente fría por parte de los trabajadores. El secretario de trabajo gustaba en los comienzos de explicar largamente cómo esas reformas eran una suerte de seguro contra la revolución social; los patronos argentinos, muy sensatamente, se negaban a creer en un cercano peligro de revolución social y se resistían a pagar onerosos seguros contra una eventualidad en extremo improbable (un año después darían prueba aun más clara de su confianza en la solidez del orden social argentino, al no negar su apoyo al partido Comunista, en el que buscaban protección contra quien quería protegerlos de la amenaza revolucionaria).

De este modo, la política social podía ser, en la intención, un esfuerzo por quebrar la conciencia de clase de los trabajadores; en los hechos, si quería sobrevivir, debía ser otra cosa. En el mismo sentido que este fracaso actuaba el éxito relativo alcanzado entre los trabajadores: la hostilidad inicial contra el gobierno reaccionario no era tan fuerte que no pudiese ser vencida con algunas medidas de reforma no demasiado revolucionaria. Gracias a ellas, el gobierno pudo ganar el apoyo de algunos jefes sindicales que no por ello se proponían, por lo menos en los comienzos, renegar de su pasado. Tuvo así el gobierno, desde sus primeros pasos, un cierto apoyo obrero. No alcanzó sin embargo a adquirir un tono nuevo y definido en ese campo; las medidas de reforma se hacían con consignas en parte socialcristianas, en parte inspiradas en el paternalismo humanitario que era la posición más audaz imaginable para los funcionarios heredados del Departamento Nacional del Trabajo, (que en ese primer momento tuvieron papel decisivo en la política obrera), en parte animadas del cauteloso reformismo de los jefes sindicales adheridos, que sacrificaba sin pena a las ventajas inmediatas una ya empalidecida tradición revolucionaria. Como desenvolvimiento natural de esa situación era pensable algo comparable a la España de Primo de Rivera, cuya dictadura pudo contar con la adhesión de los clericales y la benevolencia de los socialistas, pero careció de vigor bastante para crear un movimiento obrero identificado en forma militante con el régimen. Esta pálida tentativa de reforma social paternalista se vió comprometida junto con los demás aspectos de la instauración de un estado fascista por el crecimiento de la oposición interna e internacional. Acaso, de haber desembocado el régimen en una "vuelta" a la normalidad, el ensayo hubiese sido continuado en forma análoga a la que caracterizó a los gobiernos radicales; la Resistencia impulsó otro curso a los hechos.

El secretario de trabajo advirtió qué posibilidades se abrían gracias al prejuicio favorable que su anterior política había asegurado al gobierno en la masa obrera; se propuso transformar ese prejuicio favorable en adhesión militante y hacer de la clase obrera el núcleo de cristalización constitucional del gobierno de junio. Todo ello sin crear tensiones sociales que pudiesen conducir a situaciones revolucionarias: si no creía ya que su papel fuese el de

salvador del orden social amenazado, el secretario de trabajo no deseaba tampoco someterlo a amenazas serias. El plan político del secretario no era ni original ni excesivamente sutil: era en su origen el intento reaccionario de despojar bruscamente a los partidos liberales de su clientela popular. Lo que hizo notable y singular el proceso argentino fué un éxito que superaba acaso las previsiones y los deseos de quien lo desencadenó.

Ese éxito debe ser explicado por las características peculiares de la clase obrera a la que se dirigía el secretario. El sector más antiguo y mejor organizado resistió sólo débilmente a las tentaciones de la nueva aventura política; y de ello se ha echado la culpa al reformismo sin horizontes ni perspectivas a que había venido a reducirse la conciencia sindical argentina en el período inmediatamente anterior. Pero el influjo de ese sector organizado fué al cabo secundario y tan sólo negativo; se vió arrastrado por la impetuosa adhesión de otras capas de formación más reciente, que iban a dar al movimiento obrero de la era peronista su tono peculiar. Esos grupos se consideraban ya beneficiados por el tránsito de una durísima vida campesina al arrabal fabril, donde en medio de suciedad y promiscuidad que no eran para ellos nuevas conocían por lo menos, gracias a los altos salarios y la ocupación plena que trajo consigo la guerra, una despreocupación por el futuro, una holgura, una vez satisfechas las necesidades esenciales que se mantenían en un plano muy rudimentario, que eran ellas sí del todo nuevas. Era esa liberación del temor y la angustia lo que el peronismo se proponía institucionalizar y consolidar mediante sus reformas. El sentimiento de clase que está detrás del peronismo no es entonces el de un grupo que se siente víctima de la sociedad, sino el de un grupo que ve colmadas sus aspiraciones, que se ve instalado en lo que en su infinita inocencia juzga la prosperidad y quiere permanecer ya para siempre en ella. Pero si esa conciencia de clase no es socialmente revolucionaria, si en este campo es sustancialmente conservadora, puede ser en cambio revolucionaria en lo político. Esa clase obrera, llegada así a clase emancipada de la pasada servidumbre económica, quiere a la vez emanciparse del sistema de valores impuesto a la sociedad argentina por las clases antes dominantes. Esa emancipación es lo que significó en el campo político el peronismo. El secretario de trabajo advirtió muy bien hasta qué punto esa clase era ajena a las preocupaciones de decoro gubernativo y corrección constitucional que animaban a la resistencia, quiso transformar ese despego en cerrada hostilidad, hacer madurar súbitamente una conciencia de clase que se daba como conciencia, no principalmente de un antagonismo económico y social, sino de un opuesto ideal cultural. Abandonando las mieles socialcristianas y las polvorientas arengas inspiradas en las memorias del Museo Social se lanzó a una febril oratoria que sus incautos adversarios juzgaron delirante y era en cambio eficazísima. De su mente fértil surgieron uno tras otro los más regocijados mitos polémicos: tras de los jovencitos engominados fueron las señoras que charlan de política en las confiterías, los *maquisards* de la parroquia del Socorro, los caballeros cuya máxima culpa era usar galera y bastón. En esas figuras grotescas se resumía la intemperante voluntad pedagógica de la Resistencia, y por debajo de ella toda una forma tradicional de valoración era puesta en entredicho. Un día de octubre pudo advertir la Resistencia con cuánto éxito: ahora las multitudes estaban también en el otro bando, y se entregaban con delirio al júbilo de su liberación. El modo de festejarla sobrecogió de horror a los indignados espectadores; y en su inocencia tenían en efecto los festejos una clara voluntad sacrílega: desde las danzas orgiásticas en la sala de espera de la estación Once hasta los gritos indeciblemente obscenos con

que sus partidarios recibieron en su primera aparición pública a la esposa del jefe del movimiento. Pero esa deliberada ruptura con todo un pasado, en que la respetabilidad impuesta desde arriba parecía identificarse con la miseria también impuesta desde arriba, no fué acompañada de las venganzas sangrientas esperables de un rencor largamente reprimido. Y en efecto, el peronismo conservó siempre ese "talante de romería" de que habló un florido militante del movimiento, ese tono carnalesco que le encontraban, en sustancial coincidencia, sus adversarios. Si en efecto las atrocidades debieron cometerse en los diez años de peronismo en el secreto de las comisarias, si las escenas de cólera popular debieron ser preparadas no sólo en cuanto a las incitaciones iniciales sino en todo su curso, porque era ya cosa sabida que las incitaciones no daban fruto, si las cosas estaban así, fué, se dice a menudo, porque el pueblo argentino es bueno. Y es cierto que el pueblo peronista se mostró muy escasamente feroz; esa conducta es por otra parte la esperable en grupos sociales sustancialmente satisfechos de su situación, que creen estar coronando el predominio social y económico que imaginan haber alcanzado con un equivalente predominio político.

La anterior caracterización no quiere ser una crítica de los que así veían su presente y su futuro, y creían candorosamente que las jubilaciones y las licencias por enfermedad eran ya la revolución social. No son tampoco necesariamente una censura para quien decidió emplear y encauzar esa fuerza social que se les ofrecía, dándole a la vez el apoyo del Estado. Se trataba de una clase que había alcanzado muy escasa madurez; era inevitable que sus organizaciones, coronadas por la majestuosa CGT de seis millones de proletarios, tuviesen más forma que sustancia, o más exactamente, una sustancia del todo indiferente a su forma. Esto no era nuevo en un país cuyos dirigentes tradicionales habían creído que es preciso crear ante todo el órgano, porque de algún modo el órgano termina por crear la función; en que fué levantada toda una organización constitucional reconocidamente impracticable en la esperanza de que los decenios terminaran por envolver de carne viva a ese vacío esqueleto. La inmadurez de los grupos sociales, el influjo supletorio de la única organización fuerte, el Estado, son datos esenciales de la historia argentina que el peronismo no creó, que se limitó a dejar intactos, que será preciso, cualquiera sea el signo político que el país asuma, seguir tomando en cuenta. Cabe anotar tan sólo que una conciencia social tal como había logrado evocar en la clase trabajadora el fundador del peronismo concedía a éste un espacio de maniobra singularmente cómodo. En efecto, no se traducía en exigencias urgentes de nuevos cambios sociales. El futuro era visto como prolongación indefinida del presente de bienaventuranza; las clases explotadas no debían ser eliminadas (en este campo el peronismo puso sus columnas de Hércules en la participación en las ganancias, y es significativo que no haya existido nunca efectiva presión de parte de su masa para que diera cumplimiento efectivo a promesa tan bien sonante). Al revés, los patronos debían continuar siéndolo en el nuevo clima político y social: su expiación consistiría en contemplar y costear la felicidad de sus antiguos siervos. Pero esa falta de horizontes revolucionarios en el peronismo era algo más que la renuncia a una táctica determinada, estaba en la raíz misma de la conciencia social por él evocada no sólo en cuanto era conciencia de una clase ya satisfecha en sus exigencias, sino a la vez conciencia de una clase definible sólo en el contexto del antiguo orden como abarcando todo lo no incluido por las antiguas clases dirigentes. Esa clase aceptó para sí el término caracterizador de "los humildes", aceptó que se incluyera en ella a todos los agraviados por el antiguo régimen, aun, por ejemplo, los delincuentes co-

munés (a ellos, en cuanto grupo social, se dirigió la esposa del jefe del movimiento en una de sus primeras oraciones políticas). En suma, no sólo se ubicaba dentro del régimen social vigente, sino sólo podía verse a sí misma dentro de ese régimen social.

De este modo el jefe del movimiento podía estar seguro: lo único que exigía esa masa que abnegadamente lo apoyaba era que mantuviese su prosperidad; traducida en otros términos, su exigencia era la misma que la del grupo de industriales que se había acercado al movimiento: se trataba de mantener a cualquier costo la industrialización surgida de la guerra. En cuanto al resto, el jefe del movimiento podía escoger libremente su futura política.

Pero esa posibilidad tan amplia de escoger su camino tenía también su aspecto negativo: del cuerpo social encuadrado en el movimiento no llegaba ninguna orientación acerca del rumbo que era preciso tomar. Al principio la desorientación de esa "nueva conciencia" que se había puesto en marcha y no sabía hacia dónde, quedó enmascarada por la extrema torpeza que mostró la Resistencia en sus últimas tentativas. Octubre la había privado de la fe en sí misma que hasta entonces le había dado audacia; ahora buscó y aceptó todas las alianzas, sin pesar siquiera lo que aportaban y lo que restaban a su fuerza original. Con un ciego frenesí quiso modelarse sobre la imagen que de ella daban sus adversarios; fué no sólo la abierta y declarada expresión política de la oligarquía terrateniente, sino todavía de la embajada de los Estados Unidos y todavía de la Unión Industrial. Haber destruido tan amenazadora conjunción de fuerzas era para la masa encuadrada en el peronismo un motivo de alivio perdurable; para el jefe del movimiento significaba algo distinto pero no menos importante: había logrado, con un golpe maestro, desligarse de la ruina común que amenazaba a todas las formas sobrevivientes de fascismo. Pero el regocijo de un pasado trunfo no puede suplantarse indefinidamente a una orientación política precisa. Esa orientación debía darla el jefe del peronismo; de hecho, pese a dos planes quinquenales y una doctrina superadora a la vez de capitalismo y marxismo, nunca fué capaz de dar un concreto criterio que orientara a su movimiento ante los problemas también concretos que la nación enfrentaba. En este sentido no es acaso superfluo comparar su acción con la de Mitre, el fundador de la Argentina que el peronismo quiso abolir. También Mitre había encontrado estructuras sociales inadecuadas para realizar una transformación como la que él deseaba; no contaba por otra parte con el admirable instrumento con que contó el jefe del peronismo: una máquina estatal poderosa, que debió laboriosamente crear, desde sus más modestas estructuras burocráticas hasta sus mitos inspiradores. Debíó transar a cada paso con realidades hostiles; debíó admitir en la clase dirigente a gobernantes locales difícilmente discernibles de los que habían sostenido el aborrecido poder de Rosas. A pesar de todo eso, pudo realizar una obra eficaz, pudo dirieir a la nación en el sentido que se había propuesto. Pero precisamente, Mitre se había propuesto dirigirla en un sentido determinado. ¿Es decir que el jefe del peronismo no se había propuesto nada parecido? Es la conclusión más fácil, y viene a formular de otra manera el reproche que le formularon más de una vez sus adversarios: habilísimo político, el jefe del peronismo no era en absoluto, como se dice, un estadista. Pero si el fundador del peronismo ante una situación riquísima en posibilidades buscó ante todo la manera de salir del paso, sin intentar siquiera ver en el proceso que había desencadenado otra cosa que una forma de soborno sólo distinguible por su magnitud de la compra de un caudillo pueblerino, si eso era así, no era porque su ideario político se

moviese al ras de una realidad que él era incapaz de abarcar en su conjunto. Por el contrario, su ideario político permanecía totalmente ajeno a esa realidad; seguía siendo, pese a todos los desengaños, el fascismo. Capaz de advertir qué había hecho del fascismo, tal como se había practicado en la Argentina, una corriente política incompatible con la nación, creyó todavía posible introducirla subrepticamente y en forma sabiamente dosada. En este sentido logró cosas admirables (logró, tras de diez años de dictadura, ser creído por muchos cuando consideró y rechazó la posibilidad de transformarse en dictador). A estos méritos estrictamente limitados a la habilidad táctica, el fascismo no agregaba sustancialmente nada; era utilizado por el jefe del peronismo para justificar ante sí mismo las actitudes que urgentes necesidades tácticas le obligaban a asumir. Así la consigna de mantener la industrialización era por una parte necesidad de no dismantelar el feudo electoral del gran Buenos Aires, por la otra aplicación local de la política autárquica, impuesta en todas partes por la crisis de 1929, y que el fascismo, haciendo de necesidad virtud, había presentado como un aspecto prodigiosamente original de su Nuevo Orden. Lo importante era que la consideración "doctrinaria" de inspiración fascista no ofrecía solución ninguna a los problemas que la industrialización planteaba; al revés, ocultaba esos problemas, a) proponer una indiscriminada protección de toda industria (que era, por otra parte, la política que convenía a los inmediatos intereses tácticos del jefe del movimiento). En este caso el influjo del fascismo era dañoso; lo más frecuente es que se caracterizase por una inoportunidad que conducía a la total ineficacia. Así, a los ojos del jefe del movimiento, su política obrera podía todavía seguir siendo un medio de unificar a la nación con vistas a esa guerra que es como el horizonte último de todo programa fascista; este misericordioso autoengaño no alcanzaba a dar sentido ninguno preciso a su acción en este campo, y le era necesario guiarse por un examen de sus inmediatas conveniencias políticas, no iluminado por ninguna otra consideración menos estrecha. Del mismo modo podía creer que su cotidiana creación de nuevas instituciones y centros de adoctrinamiento estaba organizando la nación; de hecho estaba desorganizando su movimiento: en la hora final se advirtió que, si no le faltaba vigor ni savia popular, esa savia no corría por las secas estructuras del Partido que encuadraba a millones de empleados públicos dispuestos a gozar del espectáculo de la caída de un poderoso. Así, el jefe del peronismo se redimía cotidianamente ante sí mismo evocando un ideal político cada vez más descarnado, cada vez más ajeno a la concreta política tal como se ejercía en la Argentina. Debido a ese hiato entre orientación política y práctica política, la búsqueda de expedientes se transformó en segunda naturaleza (el mismo peronismo era acaso a sus ojos un vasto expediente para salir del paso), y prosiguió aún cuando el paso estaba expedito, cuando alrededor del gobierno se había formado una red de intereses que sólo deseaba gozar sin sobresaltos de la adquirida prosperidad, cuando se imponía, como se dice, la consolidación del régimen. Aun entonces fué preciso disimular el vacío interior con nuevos y absurdos conflictos; tanto virtuosismo político, transformado de medio en fin, hecho cosa tan abstracta como el abstracto ideal con el que convivía, condujo a un derrumbe que muchos observadores habían juzgado, no sin perspicacia, en extremo improbable.

Así la historia del peronismo no necesita ser la historia de una desvanecida oportunidad revolucionaria para ser en efecto la de una oportunidad perdida. Sin duda, la Argentina de 1945, la energía optimista de una nación en ascenso podían haberse empleado en forma menos absurda que en

mantener un sistema político creado sin otra finalidad que durar mientras se pudiese. Pero si en efecto el peronismo no tuvo otra finalidad ello se debe a su culpa original: su nacimiento de una tentativa fascista. Ese origen impidió una alianza entre todos los grupos ascendentes en la sociedad argentina, a los que nada sustancial oponía y que sin embargo chocaron decisivamente en 1945; ese origen privó así al movimiento de una parte de lo que podían haber sido sus cuadros, lo obligó a buscarlos entre reaccionarios y gentes atraídas sin íntima convicción y por lo tanto interesadas tan sólo en su prosperidad personal. Pero lo privó todavía de algo más importante: de toda orientación válida y precisa. Su fundador, ante la experiencia de los hechos, elaboró lo que alberdianamente podríamos llamar el fascismo posible, estableció la máxima dosis de fascismo que la Argentina de la segunda postguerra era capaz de soportar. Esa hazaña de política práctica no debe hacer olvidar sus insuficiencias en un plano menos pedestre: si la alberdiana república posible tenía otros méritos aparte del de adecuarse al credo político en boga (ante todo el de fomentar y encauzar una segunda colonización capitalista del país, que Alberdi juzga muy juiciosamente indispensable), el fascismo no tenía en cambio otro mérito que el de haber sido el sistema de referencia sobre el cual había formado su ideología política el talentoso oficial del ejército del período conservador, destinado a dar su nombre al período siguiente. En este sentido, y pese a sus menudas infidelidades cotidianas, el jefe del peronismo no era sino demasiado fiel a su pasado. Pero ese pasado no era tan sólo suyo, era a su modo un lazo de unión con la Argentina anterior a 1943. Las insuficiencias del peronismo son entonces trasunto en un plano distinto de las insuficiencias en la actitud política del grupo dirigente que, ante la crisis de la democracia en el país y en el mundo, creyó hallar la solución ya preparada en el fascismo. Y las no menores insuficiencias de los que, frente a la oleada fascista, supieron tan sólo apegar-se a cualquier pasado...

No sé si es posible extraer una moraleja de esta historia melancólica. Se ha dicho que de ella puede obtenerse una enseñanza moral: que la mera habilidad no basta. La enseñanza es evidente, pero no sé si es propiamente moral. Porque el peronismo no eligió la mera habilidad, se vió acorralado en ella por insuficiencias que no eran tan sólo suyas. Su fracaso es a la vez el fracaso de la clase política argentina, surgida al derrumbarse la experiencia radical, con la que terminó el proceso iniciado en 1853, el de construcción de la república verdadera. En un momento las costumbres intelectuales de ese grupo pudieron resumirse bajo la cifra del fascismo; bajo esa forma contribuyeron con singular eficacia a frustrar la experiencia comenzada en 1945. Pero no es ésa su única forma posible, y aun bajo esa forma su culpa principal no era la de proponer su orden político sin duda perverso, cuya perversidad era sin embargo anulada en la Argentina por la ineficacia. Su culpa fué la de pretender llenar un hueco que no llenaban, de dar una orientación que no daban. Y no es impensable que, en cuanto solución que nada resuelve, tenga el fascismo herederos, es probable que los tenga muy influyentes. Porque hallar una solución válida, atenta a la vez a los concretos problemas de la Argentina y a su situación dentro del mundo es hoy mucho menos fácil que hace cien años, cuando Europa daba una orientación aun unívoca y misericordiosas circunstancias quisieron que fuese a la vez acorde con lo que el país en efecto necesitaba. Mientras tanto, y si del fracaso peronista es imprescindible sacar una moraleja, acaso ésta no sea inútil en estas horas confusas: el peronismo fué sin duda fruto de muchas cosas, pero si fué un fruto tan amargo y tan estéril ello se debió acaso ante todo a cierta no siempre involuntaria falta de lucidez con que los que dirigieron la Argentina antes del peronismo y durante el peronismo se enfrentaron con su país.

TULIO HALPERIN DONGHI

17 de octubre, trampa y salida

LA caída de Perón impone el análisis sereno del fenómeno peronista. En la lucha, el maniqueísmo es una necesidad para la acción: una vez decidido que era ineludible terminar con Perón, Perón ya no podía ser sino el mal definitivo. Derribado Perón, precisamos saber para qué se lo derribó y qué queremos ofrecer en su lugar. No podemos dejar de reflexionar sobre aquello que hoy queremos reemplazar, y de lo que, como siempre, estamos un poco contaminados.

Perón, ya se sabe, no estaba sólo. Y si detrás de él estaban los grupos reaccionarios del ejército que lo llevaron al poder, detrás de él, también, estaba la clase trabajadora. Esto impone algunas reflexiones. Porque nada puede hacerse sin la presencia activa de las masas que votaron a Perón. En cambio, todo puede hacerse sin la presencia de los viejos pontífices de un liberalismo definitivamente anacrónico.

Algo de común tiene cada generación, y las cosas comunes que unen a los hombres de un tiempo producen determinado lenguaje. Escribo a título personal, y he de poner el acento en lo personal. Por eso, sin pretender interpretar voces que me son cercanas, señalo la evidencia de ciertas creencias y ciertos escepticismos que son común denominador de los argentinos que hoy tenemos de veinticinco a treinta y cinco años. Alguno de nosotros había apostado por el peronismo;

otros asumen el riesgo de jugar la carta del 16 de septiembre, así como asumieron ayer el riesgo de una conspiración inclerta; entre nosotros, en fin, están quienes aspiran a la buena conciencia, los eternos obsesionados por el mito de la castidad política. Pero algo constituye el signo de casi todos nosotros: la certeza de que existen cosas clausuradas para siempre, y —no nos engañemos— clausuradas desde Perón.

El peronismo está indisolublemente ligado a nuestro tiempo. La nueva generación, aquélla que quiere inaugurar ahora su propia aventura, abrió los ojos al país y al mundo bajo el peronismo. Hoy quiere y necesita partir de la asimilación del peronismo, partir de la asimilación de la sola historia que ha vivido. El peronismo es, así, nuestra historia y nuestro signo. Un peronista me dijo hace poco que Perón había triunfado en mí; que me había contagiado en forma tal que yo sólo atinaba a utilizar contra Perón el lenguaje que Perón creó; que hoy la lucidez en el planteo de nuestros problemas se da tan sólo en una generación peronista —que acepta o que niega a Perón—; que en 1956 está Frondizi en el Comité Nacional, pero en 1945 estaba Laurencena, y que esto no es una casualidad; que fuera de esta generación peronista, sólo quedan la imbecilidad, la

senilidad, los moldes inservibles. No sé si Perón es realmente la causa de una nueva temática: por mi parte creo que es su consecuencia. O, más exactamente, creo que Perón supo dar vida a un idioma hasta entonces escondido en la entraña de nuestra historia —un idioma hasta entonces solamente empleado por los pocos hombres lúcidos que no aceptaban la defensa de la soberanía en cuanto fuera la canción dorada de la extrema derecha, pero que sabían una libertad y una justicia social indestructiblemente solidaria de la liberación nacional—, y lo usó, precisamente, para frenar una historia que hoy o mañana hubiera podido irrumpir impetuosamente, irreversiblemente, como un volcán. De todos modos, lo cierto es que, al introducirse en nuestra historia, el "justicialismo" quebró —y quebró para siempre— determinada manera de ver la política argentina. Un brusco corte en las ideas y en los sentimientos fué materializando en la irrupción popular del 17 de octubre de 1945 —fecha clave del peronismo—, y ésta irrupción está ligada a nuestro quehacer. Podemos aplaudir o escupir a Perón: lo mismo da. Perón es nuestra sombra, nuestro pasado inmediato, nuestro tiempo. Es la dimensión del hecho argentino que no podemos rechazar, es la dimensión incorporada para siempre a nuestra exigencia nacional.

El peronismo, pues, nos está dado: es necesario desentrañarlo, es necesario desentrañar las motivaciones que informaron durante una década la conducta de gran parte de la clase trabajadora. Si queremos hoy edificar una comunidad argentina en la democracia, debemos encontrar el lenguaje que posibilite nuestra comunicación con las multitudes que creyeron en Perón, que rescataron a Perón el 17 de octubre, y que siguieron a Perón durante diez años. *No hay otro camino: sin clase obrera no hay democracia.*

Nuestra posibilidad no es otra que la posibilidad de reencuentro con esas masas. Este reencuentro sólo puede ser conquistado mediante la afirmación —hecha una y otra vez— de los ideales sociales y nacionales que Perón enunció, y que Perón mismo traicionó, claro está, porque estaba desde el principio destinado a ser el traidor de esta historia, porque era una máscara más de la vieja Argentina, del viejo privilegio que mantuvo intocado e intocable tras los *affiches* declamatorios de la Nueva Argentina.

Si el peronismo está ligado a nuestro quehacer, después de tantos años de dictadura vemos también que nuestro porvenir está ligado al porvenir de la libertad. Pero es necesario recordar que la sola libertad política es una estrategia de la oligarquía, y una de las más siniestras: el liberalismo burgués. No se trata de reiterar los fáciles ataques al liberalismo de quienes sólo la emprenden contra su caricatura. Se trata de impulsar un liberalismo ensanchado con todas las urgencias concretas. No creo en una libertad verdadera que me será entregada algún día de golpe, quizá como regalo de cumpleaños: cada libertad conquistada es la única garantía de las libertades a conquistar. Pero la libertad política deja de ser una mistificación al servicio de los privilegios sólo cuando se convierte en un fecundo río polémico que nutre las tareas de un proceso de liberación integral. *Liberación integral* quiere decir rescatar de la inseguridad y de la miseria a vastas multitudes, primer paso para la creación de una convivencia libre. En Argentina quiere decir también cortar el lazo con que nos remolcan intereses ligados a metrópolis imperiales, porque tan sólo en la libertad nacional —en la soberanía— pueden darse las libertades sociales y políticas. Sólo a partir de entonces la libertad asume su verdadero rostro, el rostro que le otorgaron, a través de los tiempos, cuantos lucharon por la libertad revolucionaria. Esto hoy lo sabemos casi todos. Sorprende encontrarnos con que hace veinte años lo sabían muy pocos; sorprende la pervivencia y la persistencia de una generación es-

téril que ya no entiende nada, y que, para demostrar exactamente que no entiende nada, elige a los más selectos de entre ellos, y nos entrega —tal como el número de *Sur* dedicado a la *Reconstrucción Nacional*— toda su torpeza política y toda su ceguera intelectual.

Hoy se trata de encontrar la clave que permita nuestra comunicación con las masas peronistas. La dictadura había acudido a mil ardidés para imposibilitar esa comunicación, y a una gran mentira: repetir que todos cuantos hablaban de libertad querían entregarle al obrero la libertad de morirse de hambre. Comunicarse con esas masas implica *hablar en verdad*. No es posible hacerlo mediante una nueva mentira que las distanciara cada vez más de nosotros. *Hablar en verdad* exige clarificar la verdad en nosotros mismos, hablar en verdad exige despojarnos de todo maniqueísmo ingenuo. Exige entender, al fin, que la historia no es una lucha a muerte entre ángeles y demonios; que no somos el Bien Absoluto encargado de la destrucción de un Infierno también absoluto. El Bien Absoluto, como el Mal Absoluto, existen sólo en los cuentos para niños o en las revistas de historietas.

Ante todo, no nos engañemos: el terror y la propaganda no son los únicos datos que explican la adhesión de la indudable mayoría del proletariado al régimen peronista. Ni el terror —fusil al hombro y edictos en las paredes— del uriburismo, ni la propaganda burguesa que había intentado abortar su conciencia de clase desde la escuela que lo educó, la Iglesia que lo formó y la prensa seria que lo informó, pudieron arrastrar tras los gobiernos el entusiasmo de las multitudes obreras mientras éstas eran ahorradas en la cárcel de un salario insuficiente, la peor de las cárceles. Nos indignamos —y con razón— del moderno tipo de prédica totalitaria que puso en vigencia el peronismo, pero la educación para la sumisión que practicó la dictadura fué, simplemente, la utilización al desnudo y de golpe de algo que nunca había faltado. Quiero decir que la burguesía había utilizado métodos lentos y velados —al instruir desde la escuela en el acatamiento a la sociedad dada: al mantener diarios serios que podían fútilmente discutir entre ellos; al propiciar partidos burgueses, entre los cuales se daba la libertad de elegir, porque, de todos modos, no importaba nada la elección que se hiciera—, sencillamente, porque a nuestra burguesía tradicional no le interesaba crear una mística que exaltara al régimen de un partido. Simplemente, le interesaba la preservación de una estructura clasista: en esto radica la mistificación de la libertad burguesa. El peronismo necesitó hacer lo mismo, pero quemando etapas, tuvo que dejar de lado la ilusión de libertad que antes existía, porque necesitaba un acatamiento urgente para sostener su aventura. Aquí, Perón procedió al modo de los revolucionarios. Pero cuando las actitudes revolucionarias son un recurso demagógico mientras se mantiene invicto el privilegio preexistente, son la expresión desesperada de ese mismo privilegio queriendo aplazar su destrucción real. Que la clase obrera no haya podido distinguir la revolución de la demagogia no se debe, por cierto, a los elementos escénicos del peronismo, que con tanto gusto recuerdan los antiperonistas de derecha. El 17 de octubre no tiene su origen en la sonrisa de Perón. Sin sonrisa, igual hubiera habido 17 de octubre. Si el proletariado vió la única salida posible en lo que sólo era *trampa demagógica*, es porque la demagogia, para postergar la revolución, le dió —por el clásico recurso paternalista— realmente algo, algo que no era simplemente propaganda, algo que no era simplemente piruetas de payaso. Algo que era más que propaganda y más que piruetas. Los que tienen miedo a entrar en la historia —a lo mejor, a lo mejor, ésta los declara culpables— hacen siempre de ella una sucesión de piruetas y de gestos. Así la historia

será producto del demiurgo de turno, y ellos se irán salvando siempre. Estamos aquí en la historia heroica. No por casualidad, la preferida por los teóricos del orden.

Si ahora queremos ver una Argentina reconstruida en la libertad, debemos tener presente que las masas proletarias votaron al peronismo para liberarse de las mil y una prisiones de la Argentina oligárquica. Ellas también querían ser libres. Justamente, votaron a Perón para vivir en libertad. Sólo que la libertad que quiere el proletariado no es aquella que quiere el pequeño burgués liberal. Como se ha explicado, la sociedad liberada que concibe no se funda en el mutuo reconocimiento de las libertades: la estructura básica del tipo de comunidad a que aspira consistirá en una relación libre entre el hombre y las cosas. Los obreros alzaron al apoyar a Perón la bandera de esa libertad. Los gobiernos anteriores no les permitían vislumbrar ninguna posibilidad de mejoramiento: ninguna posibilidad de establecer formas liberadoras estaba dada. Esos gobiernos y la clase a la que respondían son los verdaderos responsables de doce años de silencio. Así lo reconoció expresamente uno de los hombres más lúcidos de la revolución, el general Ossorio Arana, quien tuvo el mérito de decir en el momento oportuno palabras impolíticas, pero precisas:¹ No ha de olvidarse que la dictadura fué posible porque algunos pretendieron perpetuar sus privilegios y despreciaron los clamores de los desposeídos. La revolución podrá destruir los instrumentos de opresión del régimen depuesto, pero el reencuentro argentino en el camino de la paz, de la concordia y del trabajo no será logrado en tanto no se eliminen estructuras económicas defectuosas que hacen a la riqueza de unos pocos y a la miseria de otros muchos. Lo económico hace a lo social y a lo político.

El 16 de septiembre desconcertó a las masas peronistas, que no lo esperaban, y puso a prueba la conciencia de clase que pudieron haber adquirido durante el peronismo. A partir de esa fecha deben proceder por sí y para sí, sin tutores. En esas masas vive hoy el resentimiento de quienes sienten que algo les ha sido robado, algo muy grande — la más grande esperanza que enarbolaron— y aún no encuentran al culpable. Aquel régimen que habían impulsado en la jornada del 17 de octubre, aquel régimen que las introdujo en la moderna dinámica política, se ha desmoronado irreversiblemente. Ante el final de un período confuso de sus vidas que había llevado al límite una extraña dialéctica de señores y esclavos, la perplejidad y un vago resentimiento se apodera de ellas.

El peronismo convirtió al obrero en señor, en cuanto representó para él una fortaleza de seguridad en la cual podía refugiarse. El mal humor de un capataz súbitamente hepático ya no era motivo suficiente para que perdiera su pan; la palabra proletario no era ya esa mala palabra que los "rojos" usaban en las calles y en las plazas, corridos por el sable policial. No es extraño entonces que los trabajadores no alcanzaran a distinguir claramente el otro término de la dialéctica en que habían sido atrapados. Algunos lo vislumbraban cuando aquéllos a quienes creían protectores silenciaban su voz en los sindicatos, aplastaban sus huelgas, o disolvían sus energías exhortándolos a la armonía de clases. Para la masa obrera eso no podía contar, puesto que ella integraba por primera vez la Nación, y escuchaba, por primera vez, unas voces que, desde el Poder Político, se ocupaban de los oprimidos en un tono distinto a aquél de los viejos doctores del desprecio.

Inútilmente se quiere hoy escandalizar al obrero peronista. Él no sentirá vergüenza de haber sido —o de seguir siendo— peronista. Está en esto la espesa culpa de un pasado verdaderamente maldito, y el obrero no quiere volver

a ese pasado. De nada sirve decirle que el peronismo gobernó mediante la prensa uniformada y la cultura sometida, ni que recurrió a una "policía brava". El obrero sabe muy bien que la "prensa libre" en manos de una burguesía voraz fué cómplice de sus angustias pasadas, y que una "cultura digna" fué tremendamente inocua cuando recogió sus reclamos —y muchas veces no se interesó en recogerlos—. Por otra parte, si hablamos al obrero peronista de la represión policial, conseguiremos tal vez hacerlo sentir un poco incómodo. Mientras que nuestros amables burgueses hoy gozarían si se torturara a trabajadores peronistas, éstos quisieran que no se hubiera torturado a nadie. Si se torturó, les molesta. Nos dirán que no es asunto suyo, pero nos hablarán de la delicadeza con que procedía la policía a disolver los mítines obreros en la época en que los señores elegantes dirigían el país desde el Jockey Club y sus señoras jugaban plácidamente al bridge, sin preocuparse por las libertades asesinadas que aún no eran el tema de sus five o'clock tea. Un parlamento acallado, una justicia suprimida, un estudiante torturado, un médico desaparecido y una universidad destruida hasta los cimientos no podían llegar hasta la clase obrera cuando ésta se sentía, al fin, parte de la República y dueña de su destino. Hoy no va a desperonizarse al obrero restaurando los derechos democráticos o la dignidad de la justicia, sino tornando compatibles estas transformaciones con avances positivos en la condición económica de los grandes sectores sociales. Entonces se ganará el derecho a hablarle de libertad. Porque una suerte de imposibilidad física hace que el que sufre la injusticia no pueda oír la palabra dicha en libertad mientras no se concilien libertad y justicia. Del mismo modo es ingenuo pretender horrorizar a los trabajadores peronistas haciéndoles saber que estaban dirigidos por una pandilla de gangsters: ellos ya lo habían descubierto. Pero recuerdan que esos mismos gangsters posibilitaron que alzaran —por primera vez en nuestra historia— su frente ante la codicia patronal, y lanzan su desafío: "ladrón o no ladrón, estamos con Perón". Además, cuando gobernaba Perón, robaban los secretarios de los sindicatos, pero esos sindicatos fuertes, agrupados en una central única, daban a cada trabajador una sensación de fortaleza, de poder: una organización poderosa estaba para defenderlos, y esa organización, alentada desde arriba, era su orgullo y la dimensión de la fuerza que habían adquirido. Por supuesto, esos sindicatos eran una trampa. Los trabajadores no podían hacer de ellos instrumentos de lucha, tenían vedada toda actitud autónoma del poder político que los dirigía. Y quizá para justificar su existencia, esos sindicatos terminaron convirtiéndose en sociedades de socorros mutuos, como los sindicatos soviéticos. Mas no es demostrando la rapacidad de los jefes peronistas como se impresiona a los trabajadores. Ellos no están contagiados de la moral de ocasión del comerciante pequeño burgués. Si el gobierno deroga el corporativo estatuto peronista de las asociaciones profesionales y sanciona uno que permita constituir una C.G.T. autónoma y única a la que no se le pida que deje de ser el instrumento de un partido para convertirse en apolítica —una C.G.T. condenada a ser apolítica es el bocado ambicionado por los patronos: éstos quisieran que los sindicatos sólo pudieran actuar sobre los efectos sin inmiscuirse en la totalidad de la situación (sin meterse en política), porque saben bien que su eficacia parte forzosamente de la posibilidad que tengan para influir sobre las causas— si una C.G.T. así, organizada en la libertad, se constituye en expresión viva de la clase trabajadora, y jugando sin trabas en el proceso total de la comunidad, enarbola las banderas nacionales junto a las banderas sociales, estará dado un paso definitivo para reconciliar al proletariado con las libertades

¹ Silenciadas sugestivamente por todos los diarios, excepto "La Epoca".

y para constituirlo en la única garantía real de una Argentina efectivamente democrática. Ahora que todos hablan de democracia debemos distinguir qué quiere decir esa palabra en boca de cada uno que la pronuncia. Porque, en fin, fué también en nombre de la democracia que pasó lo que pasó en Guatemala. Lo importante está en saber a cuenta de quiénes es la democracia de que se habla. Si los católicos dicen la democracia exige enseñanza libre, ya sabemos. Del mismo modo, si los sindicalistas amarillos dicen: la libertad sindical es inseparable de la democracia, también sabemos. Es que, como ya no resulta posible destruir las organizaciones del proletariado, se trata de dividirlos o de apolitarizarlos. Pero la democracia que necesitamos, el tipo de democracia en el que creo, tiene como componente indispensable un proletariado orgánicamente unido, dispuesto a defender sus intereses mediante la lucha incansable para derribar las actuales estructuras clasistas.

Nuestra clase obrera pasó a ser factor político decisivo desde aquel 17 de octubre en que derramó su conducta popular en las calles y asustó a los doctorcitos. No antes. El 17 de octubre de 1945 puede ser tomado como fecha clave para interpretar nuestro desarrollo social, porque significa la ruptura con todo el pasado político argentino. Hay un corte —el año 1945— en nuestra evolución social, corte que quizá pueda ser comprendido más plenamente pasando revista a algunos acontecimientos.

Desde el primer momento de la lucha contra el peronismo los partidos tradicionales inspiraron su acción en el "slogan" *Por la libertad, contra el nazismo*. Si este "slogan" fracasó fué, casualmente, porque el antinazismo no entusiasmaba a los obreros —el nazismo era algo abstracto para los obreros, que, en cambio, tenían bien claro el rostro de esos patronos contra los que exhortaba a luchar Perón—, y eso no podían entenderlo los políticos, que pensaban aún según el esquema de la política argentina anterior a 1945, cuando la clase media y ciertos sectores aristocráticos del proletariado (como los gráficos) constituían el único público de los partidos. Esos estudiantes, esos intelectuales que hacían izquierda sin clase obrera y que se habían movilizado contra el "demagogo" Irigoyen, esos pequeños burgueses, eran capaces de ser llevados a la acción por motivos puramente ideológicos, eran capaces de ser llevados a una batalla *Por la libertad, contra el nazismo*. Un nuevo elemento se estaba abriendo paso en el panorama nacional, y los políticos, sin preguntarse qué querían, seguían hablando incansablemente del "peligro nazi". Recuerdo un cartel proselitista: *Mujeres argentinas, ¿permitiréis que vuestros padres, que vuestros hermanos y que vuestros novios se arrodillen ante el amo nazi?* Si no lo querían permitir, el cartel indicaba —por supuesto— que debían apoyar a Tamborini-Mosca. El amo nazi por un lado, Tamborini por otro. O en la eficacia del "slogan" Tamborini o Hitler. El amo nazi... ¿De qué se trataba? El gobierno surgido del golpe de estado del 4 de junio contaba entre sus inspiradores a notorios fascistas. Todos conocen aquella proclama del G.O.U. donde, entre otras cosas, se decía: "...La lucha de Hitler en la paz y en la guerra nos servirá de guía... Dirijamos nuestra mirada hacia Alemania... Así será en Argentina. Nuestro gobierno será una dictadura inflexible, aunque al comienzo haga las concesiones necesarias para conseguir las alianzas indispensables. Se atruera al pueblo, pero, fatalmente, éste tendrá que trabajar, privarse y obedecer..." El 4 de junio significó el triunfo de hombres que representaban una política autoritaria, chauvinista, clerical; que tenían un concepto jerárquico-corporativo del estado, que eran resistas y antisemitas casi en su totalidad.² Fué un típico golpe palaciego, gestado desde el gabinete, para sostener, reemplazando a Castillo, la misma política que éste, pero sin tímidos

deces ni trabas constitucionales. El golpe anuló, por un lado, el peligro de un triunfo del frente democrático que estaba gestándose; y por otro, el peligro de un triunfo de Patrón Costas, que representaba el ala aliadófila del conservadorismo —es decir, el ala de los grandes ganaderos, ligada a los intereses británicos—, opuesta al ala germanófila de Ruiz Guiñazú-Fresco, que se había apoderado del poder luego de la muerte de Ortiz, y que, de cualquier modo, sería desalojada del gobierno luego de las elecciones. "Cabildo", el diario profascista, que dirigía Fresco, había pedido de Castillo, en un editorial del 7 de enero de 1943, que implantase una dictadura que asegurara la continuidad de su gobierno desde arriba, en cuyo caso contaría con las fuerzas armadas, o que dejase paso a éstas. Ciertos sectores militares concidían con la política neutralista de Castillo, porque veían que la neutralidad asentaría el impetuoso proceso industrial al que ese presidente había dado paso. Pero, de todos modos, la influencia que ejercía el nacionalismo hispanista de tipo fascista, era innegable. Y ese nacionalismo fué el vencedor el 4 de junio. Es decir que el 4 de junio en sí significó el predominio político de los sectores totalitarios y reaccionarios nutridos en el nazismo. Estos sectores, una vez en el poder, rompen la farsa de un liberalismo circense, se mofan de los políticos tradicionales, reniegan de la democracia, disuelven los partidos, nombran constantemente a Cristo y hablan de nacionalismo. En realidad, su "nacionalismo" fué tan decorativo como la democracia que lo precedió. Hombres disfrazados de gauchos aparecían a menudo en actos oficiales llevando grandes banderas argentinas o retratos de San Martín, y poco más que eso fué todo lo nacional de ese "nacionalismo". En este sentido, el gobierno "nacionalista" siguió la ruta de los políticos "liberales": se limitó a importar ideologías, rehusando encontrarse con los grandes problemas nacionales. El liberalismo importó parlamentos, el 4 de junio importó nacionalismos.

El pueblo se burlaba alegremente del régimen juniano erigido en nombre de la cruz y de la espada. Todos parecían coincidir en el absoluto desprecio por los "salvadores": liberales, irritados por el neutralismo germanófilo; estudiantes, por el avasallamiento a las universidades; obreros, por la disolución de sus sindicatos; judíos, por la prédica nazistoide del gobierno, etc., etc. Sólo lo apoyaban algunos sectores del ejército, que estaban sugestionados por las divagaciones románticas de Lugones, que despreciaban a los políticos —a quienes consideraban contaminados in toto— y que eran incurablemente mediocres e incapaces; aquellos sectores de la Iglesia entusiastas de la religión por decreto, contagiados de la fe torpe e intolerante del clero español; a ratos, nuestros divertidos cazadores de brujas de la Alianza Libertadora Nacionalista, incansables buscadores del hilo de Ariadna que los lleve a descubrir los entretelones de alguna conspiración judeo-masónica, sin la cual no pueden vivir; y algunos forjistas que creían que un gobierno fuerte y nacionalista podía romper las cadenas que nos ataban a los diversos imperialismos. Los nombres de Martínez Zuviría, Goyeneche, Federico Ibarguren, Héctor Bernardo, Olmedo, Baldrich y Jordán Bruno Genta sintetizan al régimen del 4 de junio.

Los hombres del G.O.U. no tenían para nada en su cabeza una política social. Su nacionalismo era estrictamente aristocratizante. Pero la absoluta falta de apoyo popular al gobierno hizo que éste fuera tolerando en su seno la acción de los grupos populistas del ejército, que a fines de

² La mentalidad "cuatro de junio" se encuentra hoy en la llamada Unión Federal Demócrata Cristiana, que agrupa a los sectores más moderados —más hábiles— del neo-fascismo. Este se muestra con toda su virulencia en el pintoresco Partido Laborista Cristiano del General Velasco.

1943 habían llevado a Perón al Departamento Nacional de Trabajo. La dictadura confiaba en arrancar la masa trabajadora a las izquierdas mediante ciertas concesiones demagógicas limitadas. Pero al llegar Perón a la Secretaría de Trabajo y Previsión, demostró inmediatamente ser el único político del equipo militar. Desechó desde el comienzo el lenguaje de tipo fascista, y buscó a la vez contactos con el socialismo. En un discurso de 1945, el entonces coronel Perón manifiesta: "Cuando llegué a la Secretaría de Trabajo, el primer pedido que recibí de los obreros fué la derogación de un decreto del año 1943, en el que se establecía para las asociaciones gremiales un régimen de tipo totalitario. El primer decreto que firmé en esta Secretaría fué la derogación de ese reglamento... Deseo manifestar una vez más la firmeza de mi fe en una democracia perfecta. Dentro de esa fe democrática fijemos nuestra posición incorruptible e indomable frente a la oligarquía." Así, poco a poco, las palabras y los hechos establecen una actitud diferenciadora entre la Secretaría de Trabajo y los otros ministerios. Los obreros comienzan a ver en Perón al porta-estandarte de sus reivindicaciones, a aquél que los defendía dentro del gobierno y a pesar del gobierno. Este, para mantenerse, no podía sino dejar hacer. La oposición al gobierno militar demuestra un neto carácter de clase al concentrar su fuego contra la labor del secretario de Trabajo, al que califican de nazi, y olvidarse casi de los ministerios decidida e incuestionablemente en poder de nazis. Las manifestaciones antiperonistas coreaban estribillos como el siguiente: "Perón, Perón — grandísimo ladrón — arruina a la Nación — con su secretaria — de Trabajo y Previsión." Quiere decir que lo que molestaba al opositor medio no eran las medidas reaccionarias o la ideología profascista del futuro dictador. Estos eran los pretextos del dueño de peluquería que hacía trabajar a su manicura de 8 a 20, sin pagarle sueldo —solamente se le dejaba la propina— y exigiendo que ella pagara el material, y al que el novedoso secretario de trabajo obligó a hacer cumplir la jornada de ocho horas, a pagar un sueldo básico, a conceder el sábado inglés, a abonarle aguinaldo a fin de año, a darle vacaciones, etc. Entonces el dueño de la peluquería empezó a preocuparse enormemente por la clausura de cualquier diario de Chascomús, y demostrando que su amor a la libertad iba unido a una antes insospechada solidaridad con el proletariado, se encargaba de demostrar cómo esas medidas sociales en realidad perjudicaban a la manicura, que "con la carestía ganaría menos que antes", provocándose además la desocupación, llevándose el país a la ruina, etc., etc. Es obvio destacar que si Perón no hubiera establecido el sueldo básico, nuestro peluquero no se hubiera ocupado nunca de la falta de libertad o de la desocupación. Esto nos demuestra cómo la defensa de las libertades democráticas fué en aquel momento objetivamente reaccionaria, pues encubría la defensa de una oligarquía que se sentía amenazada y a la que el antiperonismo de izquierda hacía el juego al limitarse a la defensa de la legalidad.

La oposición al 4 de junio galvanizó sus fuerzas utilizando el antiperonismo de la clase media, el cual le permitió ganar la calle en 1945, sólo después de dos años del golpe de estado. Entonces se pensó en la concertación de una Unión Democrática, de la que venía hablándose desde 1942, pero que en ese momento comenzó a encontrar clima propicio. La Junta de Coordinación Democrática pasó a ser el instrumento de esa unidad, y expedía declaraciones a nombre de radicales, radicales antipersonalistas, comunistas, conservadores, socialistas, demócratas progresistas, de La Unión Obrera Local y de F.U.A. Las reclamaciones debían limitarse a tres puntos básicos: entrega del gobierno a la Corte, elecciones bajo la ley Sáenz Peña, cesación del

estado de sitio. Se estableció de este modo la utilización de lemas que permitieran la convivencia entre los distintos sectores tradicionales, pero que nada decían a la clase obrera. En manos de Perón se abandonaron así, por un lado, las banderas de reivindicación social, que le permitieron obtener la base obrera popular de su política; mientras por otro lado eran abandonadas las banderas nacionales que iban a darle, con el apoyo de importantes sectores del ejército, la base militar que necesitaba. Perón tuvo la suficiente habilidad política para moverse entre estos dos círculos de intereses, a veces antagónicos, mientras sus adversarios no supieron sino seguir dirigiéndose a la clase media. Llegado el momento, Perón utilizó a los grupos "nacionalistas" del ejército —sin una trenza militar previa, el 17 de octubre no hubiera sido posible— y a las masas obreras que, a través de la C.G.T., declararon la huelga general revolucionaria para obtener su libertad. Una vez presidente, su política iba a consistir en frenar a la C.G.T. con los militares, y a los militares con la C.G.T.

Perón se había ido introduciendo hábilmente en el gobierno del 4 de junio porque sabía que, careciendo de fuerzas políticas que lo respaldaran, fuera del gobierno no sería nada. Demostrando tener un agudo sentido político, percibió de inmediato qué camino había que seguir para atraerse a las masas. Independientemente del equipo clerical-derechista —que había hecho el golpe—, se había preocupado desde el comienzo de dar un sentido social a su gestión. De aquel equipo declaró, una vez en el poder: "Yo no estaba de acuerdo con el noventa y cinco por ciento de sus decisiones. Pero era necesario luchar desde adentro." Uno de los aspectos de esa lucha desde adentro consistió en la promulgación del Estatuto del Peón, por el que se obligaba a dar a los obreros del agro salario mínimo, vacaciones anuales y aumentos de sueldo que beneficiaron a 300.000 peones por un total de 80.000.000 de pesos en el primer año solamente. Entonces, los grupos oligárquicos de adentro y de afuera del gobierno decidieron acabar con Perón. Por supuesto, estaban en esto también sectores democráticos, y aún progresistas pero al actuar aliados con la oligarquía, el pueblo no pudo distinguir a unos de otros. El primer paso lo dió el general Avalos, jefe de Campo de Mayo, que el 7 de octubre de 1945 inició el movimiento exigiendo la inmediata remoción de Perón; éste dimite el día 9. Al conocerse la noticia, manifestantes recorren las calles jubilosamente con banderas argentinas y retratos de Mitre, Sáenz Peña, Lisando de la Torre y otros, mientras por otro lado aumenta la efervescencia obrera; al día siguiente Perón debe hablar desde Radio del Estado para tranquilizar a los trabajadores, y el 11 el ministro del Interior anuncia el llamado a elecciones para tranquilizar a los liberales; finalmente, el 12 de octubre renuncia todo el gabinete. Un numeroso grupo de las fuerzas armadas había fijado hora hasta las diez de la mañana para que se diera una respuesta concreta a los puntos cuyo cumplimiento consideraba indispensable para hacer desaparecer todo vestigio de peronismo. Una delegación encabezada por el contraalmirante Vernengo Lima pide la detención y procesamiento de Perón. Al enterarse que la Junta Coordinadora se hallaba en el Círculo Militar, los opositores se reúnen frente a éste, en la Plaza San Martín, reclamando que el poder pasara a la Corte. Vernengo Lima habla desde allí afirmando que las fuerzas armadas devolverán al país el libre juego de sus instituciones democráticas. Se forma nuevo gabinete, Perón es conducido a Martín García: todo hace suponer que el peronismo había sido liquidado.

Muchos democráticos respiraron entonces. Es extraño, porque el aparato dictatorial seguía en pie y Farrel seguía siendo presidente: solamente había sido desplazado Perón y el pequeño sector que le respondía... Las consecuencias

concretas —el sentido del golpe— quedaron claras desde el primer día. Los obreros comenzaron por no cobrar el jornal correspondiente al 12 de octubre, que no se trabajó. "La Nación" batía palmas en sus editoriales: se puso fin al trastorno causado por un secretario de Trabajo, bajo cuya secretaría se dispuso "el aumento de sueldos y salarios, y se crearon cajas de jubilaciones con aportes obligatorios para las empresas con una desconsideración tan grande para los representantes de las fuerzas vivas, que juntamente con aquellas cargas pretendía prohibirse la elevación de los precios de los productos..." "Campaña marcada con el sello de la demagogia".³ El 13 de octubre, al asumir el nuevo secretario de Trabajo y Previsión, Fentanes, prácticamente anuncia la plena restauración oligárquica: "El Estado no debe substituirse a las fuerzas vivas en la dirección de la economía general. Tampoco está a imponer las normas de trabajo que las propias partes interesadas no han analizado y cuya discusión entre éstas no ha sido agotada." Del 12 al 16 de octubre miles de obreros quedaron cesantes. La revancha que los patronos habían estado esperando se cumplía.

Ante el evidente proceso de liquidación de las conquistas sociales que se iniciaba, los obreros comenzaron a reclamar la vuelta de Perón. El 16 de octubre la Confederación General del Trabajo declaró la huelga general. Esto dió oportunidad a los grupos del ejército que respondían a Perón para dar el contragolpe dentro del gobierno, y las muchedumbres proletarias que inundan las calles el 17 no encontraron obstáculos en su marcha. Por su sola presencia, por la formidable presión de su sola presencia, los obreros hicieron que la revolución del 4 de junio cambiara de sentido.

Las masas que hicieron el 17 de octubre abrieron una nueva etapa política. La masa trabajadora pasó a ser una fuerza de la que ya no se podrá prescindir. El 17 de octubre de 1945 señala la ruptura definitiva con el pasado, no sólo porque terminó con la influencia que las viejas soluciones políticas seguían teniendo en el pueblo, sino porque terminó también con el 4 de junio, declara agotado el breve experimento clerical-falangista, del que sólo aparentemente fué su culminación, constituyendo en realidad su contradicción. Las masas obreras en la calle destruyeron lo que algunos sociólogos llaman jerarquía de los modelos y de los símbolos, no porque dejaran de apelar a ellos, sino porque anularon lo que efectivamente eran al modificar sus significaciones, al inventarlos nuevamente en función de combinaciones inéditas.

El 17 de octubre marcó el fin del anodino nacionalismo castrense, y lanzó consignas antiimperialistas que fueron recogidas por primera vez por la clase obrera. Ésta intuyó el papel que juega el imperialismo cuando vió al embajador extranjero sentado en la misma mesa con los políticos que intentaban cerrar el paso a su líder. El imperialismo se tornó concreto, y la disyuntiva real, ineludible: ¡Braden o Perón!⁴ El 17 de octubre quedó cerrado el ciclo de las ideologías importadas, sean liberales, izquierdistas o nacionalistas, y desde ahí comenzaron a plantearse los grandes problemas nacionales y populares. Una nueva bandera fué enarbolada por una clase trabajadora que por un momento dió su impulso a la historia. Pero la clase obrera, que aún estaba incapacitada para una lucha de largo alcance, no atinó sino a colocar esa bandera bajo el cuidado exclusivo de un caudillo cuyo nombre es voceado fanáticamente ya el 17 de octubre. Ya sabemos qué pasó con esas banderas.

Inmediatamente después del 17 de octubre, el país entró en el período preeleccionario. Por un lado estaban todos

los partidos políticos, integrando la Unión Democrática; por otro, un conglomerado populista, de indudable atracción obrera, pero que contaba con el apoyo de algunos teóricos de la reacción y de algunos clericales: Amadeo, Goyeneche, etc. Los liberales no repararon que el tono de ese conglomerado no estaba marcado por la pequeña minoría "fascista", sino por hombres de sindicato, de origen socialista —como Borlenghi— o comunista —como Hernández—, a quienes les resultaba muy gracioso verse acusados de "nazi-clericales". Una de las contradicciones del peronismo consistió siempre en que quienes quisieron darle una base cultural estaban completamente alejados del hecho peronista; mientras aquéllos eran adoradores de las formas establecidas de una vez para siempre —corporativistas, hispanistas, antisemitas, admiradores de la edad media, etc.—, éste consistía en una dinámica iconoclasta, y encontraba su plenitud en la iconoclastia. Por eso los teóricos del peronismo no pudieron entender nunca la campaña anticlerical y se pusieron a buscar complotos masónicos, tan ajenos estaban de lo que el peronismo era en realidad. La manía de agrupar a todos sus adversarios y calificarlos de nazis es una de las características actuales del liberalismo. Esto en sí es tan cómico como la manía de los católicos de derecha de acusar de comunistas a cuantos no sean católicos de derecha.⁵ Pero esta vez, esa manía les resultó fatal a los liberales, que perdieron la oportunidad de interpretar a la clase obrera en el preciso momento en que ésta irrumpía en el panorama nacional. Así, mientras Perón hablaba de la indemnización por despido o de las vacaciones pagas, la Unión Democrática ponía todo su empeño en desarticular las teorías corporativistas de algunos peronistas, teorías completamente ajenas a la masa peronista, (Ésta gritaba: "Ni nazis, ni fascistas; pe-ro-n-is-tas.")

Yo sé, por supuesto, que el programa de la Unión Democrática era técnicamente progresista. Veamos: libertades democráticas, reforma agraria, nacionalización de las empresas de servicios públicos y de las fuentes de energía, mejoramiento del nivel de vida de los obreros y campesinos, voto femenino, etc. Pero, al mismo tiempo que elegía ese programa, la Unión Democrática elegía determinado público para sus campañas, y, entre otras cosas, los programas cobran sentido en relación con su público. El público es así referencia fundamental del programa. La Unión Democrática no hablaba a quienes podían estar interesados en su programa, sino a quienes estaban interesados en que ese programa no se cumpliera. Además, como el acento de todos los enunciados de la coalición liberal recaían siempre en el retorno a la legalidad, la clase obrera no necesitó más para ver en la plataforma opositora un nuevo antifaz de la oligarquía. La culpa, por supuesto, fué de la Unión Democrática y no de la clase obrera, que votó a Perón creyendo que éste realizaría un gobierno popular y progresista. El tono de izquierda de la oposición era siempre demasiado elegante para asustar. Una izquierda teórica que utilizaba ante el pueblo el lenguaje de la universidad para exponerle programas de largo alcance convierte esos programas en utopías, y al no entusiasmar al pueblo, no asusta a los patronos. Al obrero no le interesaba demasiado que los socialistas y comunistas propugnaran la colectivización de los medios de producción y cambio. Esas teorías suelen servir para entusiasmar a los sectores cultos y avanzados de nuestra sabihonda clase media. Al obrero le interesaban las medidas concretas y directas que enunciaba Perón, y que, bien o mal, había comenzado a impulsar como secretario de Trabajo. Por eso, dígame lo que se quiera, el lenguaje con que los socialistas —y todo el resto de

³ "La Nación". Editorial del 15/10/45.

⁴ Nótese que la otra disyuntiva fué totalmente abstracta y artificial: *Tamborini o Hitler*.

⁵ Uno de los tantos ejemplos *picantes* que pueden darse: recientemente, el periódico *Presencia*, dirigido por el padre Menvielle, acusó de ser *casarada de ruta* ¡a... Ordóñez!

la izquierda democrática: intransigentes, demócratas progresistas, etc.—enfrentaron a Perón sonaba a conservador. El peronismo, pese a su innegable fondo y finalidad reaccionarios, fué un partido sin saco y sin corbata, que habló el lenguaje que el pueblo entendía y que se ajustó a los patrones. Es significativo que durante la campaña electoral de 1945, cuando los candidatos de la Unión Democrática recorrieron en gira el interior, los estacionaron reunieron gustosos a sus peonadas para que escucharan la palabra de quienes le prometían la reforma agraria, pero se escandalizaban de los reaccionarios que se limitaban a hablar del Estatuto del Peón. Y hasta ahora el barrio Norte sigue aplaudiendo a rabiarse a ciertos izquierdistas y temiendo a ciertos reaccionarios. Es que no es un fenómeno nuevo atacar a las revoluciones concretas en nombre de una izquierda abstracta: casualmente, éste es uno de los más deliciosos y útiles juegos de la burguesía y de sus cómplices objetivos, como el Partido Comunista de Bolivia, por ejemplo. No digo aquí, por supuesto, que el peronismo haya sido una revolución concreta, sino que gran parte de la oligarquía temió que lo fuera, y que, a ese sector de la oligarquía, no le molestaba en absoluto cualquier tipo de izquierdismo que se empleara contra esa revolución. Santamarina llevó a un gran acto comunista en el Luna Park la solidaridad democrática del conservadurismo. Se comprende, eran aliados en la lucha común por la libertad y la justicia. Es que lo que el señor Santamarina temía no era el cumplimiento del programa comunista, porque ese programa no tenía ninguna posibilidad de ser llevado a la práctica, sino, precisamente, los aumentos de sueldo que prometía Perón. ¿Cómo no iban a identificar entonces los obreros a comunistas, socialistas y radicales de izquierda con los oligarcas, si todos éstos podían marchar juntos del brazo, de un brazo que no iban a dar nunca a los peronistas?

Una vez en el poder, Perón quiso pactar a toda costa con la burguesía. Le explicó a ésta: "No podíamos exigir a nuestra población un mayor sacrificio sin proporcionarles un mayor bienestar, porque nuestras masas obreras estaban alimentadas por la doctrina marxista y conducidas por dirigentes con inspiraciones netamente marxistas. Si lo hubiéramos hecho, habríamos precipitado una revolución social".⁶ Pero la burguesía —en cuya estupidez, como dijo Lenin, se puede confiar incondicionalmente— no lo comprendió, como no lo había comprendido en 1944, cuando, hablando en la Bolsa de Comercio, le explicó que algunas mejoras sociales eran indispensables para mantener la estructura capitalista.⁷ Perón tuvo que seguir luchando contra la oligarquía a pesar de él, pero, imposibilitado para destruirla, redujo la lucha a una lucha de palabras mientras trataba de conquistarse a sus sectores industrialistas para desarrollar la industria nacional. Sean cuales fueren las intenciones subjetivas de Perón, lo cierto es que, cercado por los intereses imperialistas, el proceso de industrialización que afirmaba querer realizar tampoco se cumplió. Hay estadísticas que demuestran cómo, a partir de 1944, la Argentina pasó a ser el país latinoamericano que más lentamente se industrializaba. Por otra parte, Perón no se preocupó de establecer racionalmente las bases para un posterior desarrollo industrialista. Para eso hubiera debido comenzarse por la creación de la base energética que iba a ser necesaria, y pocos casos podrán darse de desidia más grande en este sentido, hasta que concluyó intentando entregar prácticamente la soberanía nacional en

manos de los consorcios imperialistas por medio del contrato petrolero. Las consignas del 17 de octubre comenzaron a liquidarse aceleradamente desde que Perón asumió el gobierno, al paso que fueron destacándose cada vez más los aspectos negativos del régimen. Al principio quizá Perón utilizara la represión también para contener a los sectores oligárgicos; al final utilizó la más violenta represión para ahogar las voces de quienes querían que el petróleo siguiera siendo argentino. Entonces el levantamiento contra un gobierno que utilizaba la ilusión despertada en gran parte del pueblo para perpetuarse en el poder —mientras seguía, cada día más, el camino de la represión, la reacción y la entrega— se hizo, ciertamente, ineludible. El peronismo no podía dar ya nada de positivo, y cuando la historia encuentra cerrados todos los caminos, no le queda sino intentar abrirlos a cañonazos.

El 16 de septiembre de 1955 se cerró el ciclo histórico del peronismo, y el 13 de noviembre el liberalismo se consolidó en el poder, desplazando a los sectores reaccionarios que habían acompañado la fugaz presidencia de Lonardi. El vicepresidente Rojas pasó a convertirse en vocero e intérprete del liberalismo al rendir, ante la Junta Consultiva, homenaje a los políticos, pero, interesado en consolidar el régimen liberal, planteó, al mismo tiempo, la necesidad de armonizar las libertades políticas con las necesidades sociales como única forma de hacer cobrar sentido a la democracia. Hoy los partidos políticos, alentados desde el gobierno y en el pleno goce de sus libertades, tienen lo que puede ser su última oportunidad. Deben decidirse a abrir los ojos y ver nuestros problemas. Deben comprender que algo —que mucho— ha pasado en estos doce años. Deben abandonar su retórica cansada y su propaganda monótona. Deben cambiar sus cuadros dirigentes. Deben preocuparse por saber qué piensa el hombre de la calle, qué opinan las nuevas generaciones. Sólo así sus mesas redondas serán discusiones fructíferas. Pero si sólo se dedican a elegantes torneos oratorios —al gusto de nuestros abuelos—, nada podrán reprochar al obrero que sigue esperando al prófugo, y nada podrán reprocharle mañana si vuelve a tomar el camino del déspota paternal que hable un lenguaje que él entienda y que se preocupe de problemas que a él le preocupan.

Las revoluciones pueden encontrar la justificación de su acto revolucionario en el mal que las precedió. Pero, inexorablemente, esa justificación conserva su validez si los hechos de cada revolución son válidos en sí: las revoluciones son lo que los revolucionarios hacen de ellas. Las insurrecciones de tipo democrático tienen un primer sentido: antes de pensar en la manera de hacer ciertas cosas, es necesario abrir las posibilidades de hacerlas. Hasta aquí podemos ir del brazo con el liberalismo clásico. Pero el solo liberalismo, el solo reclamo de libertad, pierde su vigencia una vez que la insurrección ha triunfado. Desde ese momento, es cierto, comienza la tarea de defender la libertad, pero de defenderla impregnándola de sentido. La polémica abierta no es un fin en sí, conquistar el derecho a la polémica abierta es conquistar el derecho a utilizar algo de valor, por más sagrado que sea para nuestros políticos románticos, no es sino instrumental.

Las jornadas de septiembre tuvieron ese sentido inicial que es común a todas las insurrecciones democráticas. Pero hoy la revolución debe ensanchar su cauce, incorporando a sí la presencia dinámica del pueblo. El camino de la reestructuración democrática que se ha emprendido necesita, para su realización, de las grandes mayorías populares, en cuyo seno tiene su ámbito natural la libertad. Esta revolución, a pesar de sus vacilaciones y contradicciones, debe ser apoyada para que sus posibilidades íntimas de re-creación democráticas no se vean agotadas: jugar hoy a la incontaminación política significaría entregar-

⁶ Discurso pronunciado en la Universidad de La Plata el 31/7/47.

⁷ El 25 de agosto de 1944 dijo, entre otras cosas, en la Bolsa de Comercio: "...la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado".

la íntegramente en brazos de la reacción, que comenzaría copando el gobierno provisional, para más tarde, con todas las artimañas clásicas, adueñarse legalmente del poder, o instaurando directamente una abierta dictadura de clase. Ya se dijo que es necesario aceptar muchas cosas si se quieren cambiar algunas. Pero el regreso a la libertad sólo puede ser un punto de partida para ser aprovechado: la libertad conquistada no puede volverse contra el proletariado ni contra los ideales de emancipación nacional. La libertad no sirve para cerrar caminos, sino para abrirlos. Tal es el sentido de la verdadera libertad revolucionaria. Abriendo caminos para las reivindicaciones populares dentro de la soberanía nacional serán superados los recelos de unos y de otros. Y así podrá conseguirse la verdadera unión nacional —unión nacional que hoy vuelve a ser el tema de los reaccionarios—, una unión nacional en la polémica y en la construcción, una unión nacional que haga sentir como dueños de un destino común a gobierno, a industriales interesados en desarrollar una industria propia, a obreros, campesinos, intelectuales, a hombres de nuestras fuerzas armadas. Veríamos entonces una unión nacional que no es unión de dirigentes, sino solidaridad nacional. Sin excluir las luchas de intereses, sólo esta solidaridad nacional puede llevar, a través del diálogo, a una Argentina poderosa y soberana. Estoy entre quienes aspiran a la abolición del capitalismo. Pero hoy y aquí, en nuestro país —y en toda Latinoamérica— —el camino de la revolución social pasa por la revolución nacional. Por eso, hoy y aquí, quizá antes mismo que ser revolucionarios, es necesario trabajar para que nuestro pueblo conquiste el derecho a ser mañana revolucionario. La obra de liberación nacional, nuestra revolución impostergable, debe partir

de la creación de ese sentimiento solidario del que quedarían excluidos solamente quienes responden a los grandes intereses, a lo que se llama el *Gran Dinero Internacional*. Entonces descubriríamos que peronistas y antiperonistas tienen muchas cosas que los unen, que la soberanía y la justicia social pueden realizarse en la democracia. A esto no puede llegarse sin una asimilación de la experiencia peronista por parte de la democracia. Porque nadie quiere hoy que sea borrado aquello que el peronismo hizo definitivamente. Los hombres que ahora conducen al país no pueden olvidarse de esto, porque ya mostraron que lo sabían desde la proclama inicial de Córdoba, donde hablaron de la "consolidación de una justicia social que ya nadie puede discutir", lo que significa reconocer que el peronismo es un hecho irreversible. No en vano pasaron diez años. La clase media, que constituye el respaldo de los partidos liberales, está impregnada hoy de un antilperialismo que, antes de Perón, era casi tema académico. Y el 23 de septiembre en Plaza de Mayo invitó a los hombres de la revolución a recoger banderas que Perón había abandonado: ¡Y.P.F., sí; *Califonia*, no! Si éstos eligieran el camino del regreso al preperonismo, los mismos que los aplauden les darían la espalda, una vez más se vería como única solución tomar las armas para proseguir terriblemente inútiles. Pero si la revolución se decide firmemente por el rumbo popular —quiere decir democrático—, si toma en cuenta a las masas del 17 de octubre, se dirá que la revolución terminó con lo que sólo era una farsa, y para todos nosotros será, definitivamente, nuestra revolución liberadora.

RODOLFO MARIO PANDOLFI

Peronismo y Neutralidad

SI, ciertamente, no es lo mismo vivir un proceso que hablar a propósito de él desde una zona de neutralidad. Y el proceso del peronismo, según podemos inferir del material que nos ofrece el libro, la prensa y la simple conversación callejera, muestra ya seguras zonas neutrales desde las que resulta posible la opinión, el análisis y el dictamen. Muchos de los que ahora hablan sobre el peronismo piensan en pasado y hasta revisan documentos de la época para expedirse sobre el significado cabal de dicho proceso: lo han congelado en una supuesta objetividad histórica, y sólo a partir de este hecho previo, todos se expresan en los términos que conviene a los intereses y a los hábitos del sector que representan.

Los intelectuales de cuño liberal, en su gran mayoría, aun aquellos que antaño quitaban el sueño a los buenos burgueses, fueron los más apresurados en el dictamen. Tras de gritar libertad con lágrimas en los ojos, situaron su zona de neutralidad a siglos del proceso en cuestión; hablaron de él como de la revuelta de los campesinos en la Alemania del siglo xvr, como de un asunto definitivamente liquidado, y se dedicaron sin más a hacer uso de la ansiada libertad de expresión diciendo y escribiendo las mismas cosas que cuando ésta faltaba. Para muchos de ellos el peronismo no fué más que un mal sueño, una edición sorpresiva del nazismo en una tierra de tradiciones hondamente democráticas, una equivocación de la historia. Los políticos que corresponden al sector social representado por tales intelectuales opinan lo que éstos, pero sienten el privilegio de haber profetizado el mal sueño y de haber sufrido más estrechamente sus consecuencias. Cuando hablan o escriben no dicen, como los intelectuales, lo mismo

que dijeron en los últimos diez años, sino que repiten lo que decían antes de 1946.

Los comunistas y los comunizantes simulan apenas su nostalgia y su pequeño agradecimiento por el pasado peronista. Puesto que el peronismo puso al descubierto la olla podrida de la burguesía, usando y tergiversando sus sagradas instituciones, mostrando su debilidad, su inoperancia y su curiosa condición de instrumentos reversibles; puesto que dió conciencia de clase al proletariado al tiempo que arruinó a vastos sectores de la clase media, polarizó la tensión social en ambos extremos y aceleró así el advenimiento de la gran revolución de oprimidos contra opresores, el peronismo resultó un eficaz instrumento de la fatalidad para el progresismo comunista.

Los católicos no esfuerzan demasiado la memoria para formular un juicio sobre el peronismo; más allá de 1954 les cuesta descubrir los elementos nocivos de un proceso que inesperadamente adquirió un ritmo y un sentido diabólicos. Constreñidos a un lapso tan breve, el juicio se limita a una violenta condena del reinado del Mal, y usan la condena de trampolín para un agresivo rechazo de las conquistas adquiridas en el tiempo sin memoria.

Estos tres sectores de opinión son los únicos que corresponden a agrupaciones coherentes, con intereses y hábitos determinados, y sus miembros y sus voceros oficiosos los únicos fuera de la natural legión de indiferentes, que asientan pie en la zona de neutralidad declarada; por su número, su posición, su prestigio y las oportunidades y medios de que gozan, representan los puntos de vista que el gran público recibe como impactos a su habitual desorientación.

Entre los que no han elegido zona alguna de neutralidad

deben contarse, en primer término, los peronistas, puesto que para ellos el proceso sigue en plena vigencia, y alguno que otro político o intelectual aislado y tal cual agrupación minoritaria. Los primeros no dictaminan sobre el peronismo, una, por evidentes razones de oportunidad, y otra por el más elemental empirismo: a quien se le desmorona la casa se le ocurre antes apuntalarla que definirla, y apuntalar una ruina ideológica o simplemente sentimental es una empresa que excluye cualquier intento de teorización. En cuanto a las voces aisladas que difieren de la de los grupos organizados, su mismo dislocamiento y carácter inusitado le restan representatividad.

Así las cosas, a medida que pase el tiempo y se acumulen los materiales escritos y el público se deje seducir más y más que uno u otro de los grupos que se arrojan ahora el deber de opinar, el peronismo se irá cubriendo de una capa ósea que lo separará de toda mirada indiscreta, de todo recuerdo renovador, de toda pregunta inquietante. Equivocación de la historia, instrumento teléxico del Mal o estimulante de la próxima gran revolución de los oprimidos, el peronismo será —si ya no lo es para muchos— un reo cuya condena sin remedio resolvieron jueces ancestrales.

No es propósito nuestro cuestionar la novedad ni la legitimidad de un estado de cosas semejante: más o menos así ocurrió siempre y en todas partes en que se experimentó un proceso colectivo de importancia; lo que nos proponemos ahora es trazar un distinguo que permita por lo menos reconocer dos acepciones diversas del término peronismo y discutir las posibilidades de neutralidad que caben frente a una y a otra.

Hasta este momento nos referíamos al peronismo como un fenómeno histórico signado por una cronología precisa; todos estamos de acuerdo en los hechos, aunque no lo estamos en la manera de contar los hechos que se sucedieron desde octubre de 1945 hasta septiembre de 1955; todos convinimos en que existieron razones políticas, sociales y económicas que volvieron posible la aparición del peronismo, por más que nos cueste convenir en el exacto peso y dimensión de cada una de estas razones; todos aceptamos como una evidencia que el peronismo significó una revuelta que tomó por común denominador a los hombres, instituciones y actividades que integraban la nación entera, sin que el aceptar esa evidencia iguale los juicios que mereció esa revuelta total; frente a esta acepción del peronismo cabe la neutralidad, o al menos cierto tipo de neutralidad, cierto distanciamiento que la clausura aparente del fenómeno histórico permite.

Pero también existe otra acepción de la palabra peronismo, una acepción que también logró el acuerdo unánime para designar un contenido especial, ajeno o no necesariamente unido a los hombres y a las gestiones gubernativas, cargada de un sentido proteico que servía para designar hechos muy diversos entre sí. Un cierto tipo de agresividad, por ejemplo, era designada y comprendida con la etiqueta de este nombre; la irresponsabilidad absoluta en el manejo de la palabra también; el deseo, expresado hasta el histerismo, de suprimir al disconforme con el régimen establecido; el peculado escandaloso; el halago por la prebenda, el regalo, la obsecuencia y la oficialización del menor esfuerzo; el gusto por los grandes actos teatrales y la seducción subsidiaria de la mera cantidad de espectadores; la ausencia de toda noción valorativa, o mejor dicho, la subversión de toda norma valorativa, por la que un hecho monstruoso podía ser observado con un encogimiento de hombros y un hecho insignificante provocar reacciones patéticas.

Llegó un momento en que todos (incluso los gestores activos, los que se declaraban y sentían peronistas) con-

vinieron en asignar a la palabra peronismo tales contenidos. Entonces muchos vieron una novedad absoluta en el neologismo; la palabra nueva no parecía más que encubrir y descubrir un hecho nuevo, un hecho con una precisa fecha de nacimiento y con los alcances pre-delimitados por la duración de su novedad. La clausura cronológica del proceso que, en apariencia, había servido de humus a la creación del vocablo, clausuraba también, en apariencia, las posibilidades de aplicación de éste.

Sin embargo, experiencias posteriores a la revolución de septiembre, recuerdos más o menos borrosos de los años anteriores a 1945, datos consignados en las simples crónicas periodísticas de tiempos lejanos, comprueban irrefutablemente que los contenidos que asignamos en un momento a la palabra peronismo exceden con largueza las limitaciones que también le asignamos.

El 14 de mayo de 1910, cuando se vivía ya la euforia del Centenario, un grupo de elegantes y de jóvenes universitarios llegó en manifestación al primitivo edificio del diario "La Vanguardia". Al grito de: "¡Viva la patria!" levantaron la cortina metálica, entraron y destruyeron estantes, retratos y escritorios, y destruyeron en el taller de máquinas las piezas de las linotipos; mientras, un escuadrón de la policía que se hallaba en la puerta era aclamado por los manifestantes. "Consumada la tarea en los talleres y oficinas, alguien dió orden de incendiar las ruinas, pero felizmente no se cumplió tan siniestro designio. Entonces, como digna despedida del campo de batalla, se entonó el himno argentino y se vivió a la policía. —¡A Méjico 2070—, fué la señal de partida. Y la columna, encabezada por lujosos automóviles, se puso en marcha hacia el Centro Socialista de la 10ª sección". ("La Vanguardia", 1º de octubre de 1910). En abril de 1953 un cordón policial y dos autobombas con sus respectivas dotaciones vigilaban la tarea de un reducido grupo de incendiarios traídos en camiones hasta la nueva sede del diario "La Vanguardia". Olvidense las ropas, los vehículos y algún pequeño detalle de ejecución; piénsese en el público que presencié esos hechos, en la reacción de un millón y de tres millones de ciudadanos, y el corolario del cotejo resaltará por sí solo.

Entre las empanadas, la taba y el vino que dieron color a las campañas preelectorales de antaño y la sidra y el pan dulce envueltos en una etiqueta decorada con la misma imagen que aparecía en la boleta electoral, el distinguo es apenas de un punto más para el que estaba mejor organizado; entre los que aprovechaban la gratuidad del transporte para viajar en los días de las grandes conmemoraciones del régimen y los que se abalanzaron a conseguir plaza en los barcos que llevaban el saludo y el agradecimiento del pueblo argentino al uruguayo no existe menor confusión de fines y de medios; entre los que reclamaban la supresión violenta de la oligarquía y de los onositores políticos y los que pedían metralla para los obreros de Avellaneda que no se resignaban a la derrota, se extiende un hilo de agresividad afín; el ruidoso negociado de las órdenes de automóviles, con todos los cómplices activos y pasivos que lo hicieron posible hasta el punto de constituirlo en un tipo de transacción normal, ¿es más grave que el negociado de las tierras públicas que siguió a la llamada conquista del desierto? ¿Son más culpables sus cómplices que los cómplices autores de la vergonzosa historia de las licitaciones públicas, historia asentada en los orígenes de nuestras más ingentes y honorables fortunas? Hechos monstruosos como el fusilamiento en Santa Cruz y el hallazgo de varios cadáveres de obreros en los vaciaderos de basuras de Buenos Aires encontraron en épocas distintas eco dolorido en reducidísimos círculos de opinión. La muerte de Eva Perón, que para un sector del pueblo dió

motivo a una auténtica expresión de dolor, para otro sector fué chispa de una curiosidad teatral degradante: unos lloraban de verdad, otros hacían como que lloraban, y otros iban a ver a los que lloraban de verdad y a los que hacían como que lloraban; aguardaron su turno y ganaron lugar para estudiar de cerca el gesto del Gran Comediógrafo que presidía el escenario: se contaban a sí mismos y redondearon un número que dió pábulo a la despiadada burla del universo. ¿Puede alguien jurar por la novedad que significaron los discursos irresponsables de los gobernantes peronistas? No, ciertamente, pues por estar el pueblo acostumbrado al opio que le administraron gobernantes de todas las épocas con sus discursos dichos como verdad pero sobreentendidos como mentira, es que los discursos del peronismo no llevaron al exterminio total de la familia argentina, a la guerra civil.

Paralelismos de esta clase pueden ser espigados a docenas de la experiencia, la memoria o el conocimiento de cada uno de nosotros; todos nos comprueban, con mayor o menor eficacia, que el caldo contenido en el molde de la palabra peronismo debe ser también perentoriamente distribuido en otros estancos; si preguntamos cuántos y cuáles responderemos que en muchos estancos de nuestra vida colectiva y de nuestro ser histórico, y si preguntamos entonces por qué hasta ahora no se había acuñado una palabra que solidificara contenidos tan viejos, contestaremos que por una simple cuestión de concentración y de intensidad.

Nos encontramos al fin con una palabra fecundada con tantas simientes, que amenaza reventar de gravedad; no es sólo lo que parecía ser: es más; no tiene la edad que le asigna su partida de nacimiento: es más antigua; no ha muerto: se ha fraguado su carta de defunción; no representa sólo la historia de un partido político ni la de un movimiento social: es un corte salvaje en el organismo del país, un corte despiadado que pone al descubierto sus vísceras.

Porque lo que ahora llamamos cómodamente peronismo no es más que el viejo elemento residual de nuestro ser colectivo; ese elemento no incorporado al torrente circulatorio del país por graves deficiencias de asimilación, y aumentando de generación en generación y de individuo en individuo. Toda verdad no vivida hasta sus últimas consecuencias se convierte en elemento residual de un pueblo, como también toda postergación del mínimo acto de justicia, y el hábito impunido del fraude y la costumbre de la facilidad y del menor esfuerzo.

Por motivos intrincados que sólo nebulosamente pueden desmadejar la Historia y la Sociología, desde un principio se asentó en nuestro país el hábito de ocultación de la verdad y la tolerancia criminal para la injusticia. Premonitoriamente, los conquistadores impusieron y aceptaron un nombre falso para designar una nueva realidad: Argentina, país de la plata, a un país donde la plata no existía, y el sueño del conquistador empobrecido, nunca denunciado, se transfirió al mito de la cornucopia, mito de grandeza del que los próceres sacaron apoyatura para sus estatuas, los pícaros justificación al latrocinio, y los desposeídos oportuno consuelo. ¿Qué factores intervinieron para que el problema del indio se transformara en una iniquidad colectiva, a diferencia de lo que ocurrió en otros pueblos hermanados por la raza, la cultura y los intereses? La explotación del indio por violencia o por engaño no encontró ninguna voz que, aduciendo los principios elementales de humanidad, pronunciara su denuncia, y el silencio de todos, incluso de los mejores, parece cohonestar desde entonces el imperio de la injusticia; la voz aislada de Hernández no podía detener el exterminio del gaucho, y las voces aisladas de un puñado de justos no podían impedir ni los

fusilamientos de Santa Cruz, ni la explotación ancestral de los braceros de la zafra, ni la esclavitud en los quebrachales del Chaco, ni el hambre de los maestros santiagueños, ni la miseria de las barriadas obreras, ni la obscuridad en que apagan sus vidas los hombres de bien. Martínez Estrada lo ha dicho con dureza: "...nuestra literatura, y en general, toda la obra del pensamiento social y político, carece, entre nosotros, desde los tiempos de Moreno, y dejando a un lado los impromptus viriles de Echeverría, Alberdi y Sarmiento, de un contenido valiente en defensa de la justicia. Acaso no haya país alguno sobre la tierra con tal carácter de moderación y de tolerancia para la iniquidad y la infamia".

Búsqese donde se quiera explicación para nuestro gusto por la facilidad con tal de que convengamos en que la facilidad es estado de naturaleza desde nuestros abuelos, y que desde ellos en adelante el no meterse, el no importarle a uno, han sido fórmulas habilitadas como estómagos para digerir las más gruesas e ignominiosas evidencias.

Desde lejos, y por diversos conductos, viene acumulándose en todos los intersticios del ser colectivo un enorme elemento residual; en los años que siguieron a la revolución del 30 provocaron una parálisis casi completa de sus órganos, y al abotagamiento de la década infame debía previsiblemente seguir su incontenible desborde. Muchos, con buena o con mala fe, declaran hoy haber sido sorprendidos por esa fuerte liberación de elementos residuales, y los comunistas pretenden confundirla con la quiebra de la burguesía argentina; la insenuidad de unos y la parcialidad de otros no deben despistarnos de la verdadera trayectoria de ese proceso, para reducirle dimensiones ni para eludir responsabilidades, porque antes y después, y todos de alguna manera, fuimos el peronismo.

Exclúyanse los puros y los justos, y con el resto obtendremos una casi universal complicidad en la gestación de la palabra peronismo; complicidad que niega todo intento de coartada a la neutralidad. ¿Quién puede escapar a los efectos, a las resonancias, a la provocación que reviste este sentido especial de la palabra peronismo? Nos sentimos un poco autores y somos, de hecho, vehículos de un vocablo esencial de nuestro lenguaje cotidiano; no es un arcaísmo, como algunos apresuradamente decretaron; es un vocablo viviente, sin duda, de los más vivientes que posee hoy nuestro caudal idiomático, y el más duro. Cada argentino que lo pronuncia se impugna a sí mismo en la medida en que al pronunciarlo lo empapa de adherencias personales ramificadas al contorno en el que vivió y en el que vivieron sus padres. Pero no en todos la impugnation asciende al plano de la conciencia para transmutarse en antidoto de sí misma; en muchos la impugnation se desvía por tortuosos caminos de transferencias y vuelve adornada con toga y báculo de juez. Un puñado de hombres que exnuyeron su vida, su hacienda, su comodidad en una lucha de veinte años contra el rosismo, se multiplicaron, después de Caseros, como el milagro de los panes y los peces, en una inmensa grey de empecinados entirrosistas; gentes que soportaron los excesos de cincuenta años de liberalismo atacaron sus símbolos cuando atacar al liberalismo había recibido sanción oficial, no antes ni después, y cuando fué dada la consigna desde las prestigiosas esferas del poder, se actuó con la suficiente superficialidad como para manosear los símbolos de la peor oligarquía sin tocar en lo más mínimo al sistema que la tornaba posible. Ni siquiera en su destino ha innovado la palabra peronismo; como sucedió en varias etapas de su laboriosa gestación, los cómplices se vuelven acusadores, sin que los acusadores hayan modificado fundamentalmente las causas, los resortes, las condiciones que los convirtieron en cómplices.

Yo puedo decir nacionalismo, o americanismo, o impe-

rialismo, sin que su enunciado solicite, necesariamente, aquí y ahora, mi adhesión o mi repulsa, pero no puedo decir peronismo sin centrar en ese enunciado, como sobre un eje, mi destino de hombre inserto en una comunidad. Otras palabras, en otras épocas y otras circunstancias, tuvieron un poder semejante, una capacidad similar de obligación, hasta que se gastaron y volvieron inocuas; antes de que esto ocurra entre nosotros es probable que la palabra peronismo haya obligado a definirse a la inmensa mayo-

ría de los argentinos, y que el porvenir de las próximas generaciones dependa de esta experiencia colectiva, de esta oscura experiencia que trasciende delimitaciones cronológicas, estancos partidarios o clasistas, y que se amasa, inexorablemente, con puros e impuros, con gestores y cómplices, con tolerantes y criminales, con los que se declaran neutrales y los que offician de jueces y de observadores científicos.

ADOLFO PRIETO.

¡Paso a los héroes!

SOS una porquería, Kramer.

—¿Porquería?

—Sí, sí, Kramer. —Apud sintió que lo que iba a decir tenía que sonar a definición, que ese tipo que estaba ahí iluminado a medias por el farol de la calle no podía ser otra cosa. "Porquería", se dijo, para apoyarse en esa palabra, como si recordara una consigna. "Porquería". Iba a resultar algo implacable, que no le permitiera escamotearse. Igual que si hubiera sido su propio nombre: —Una porquería, Kramer —repitió Apud.

—¿No es demasiado, viejo?

—No, Kramer. ¡Qué va a ser demasiado!...

Kramer balanceaba la cabeza: él no se iba a irritar. No, eso no. Apud sabía que Kramer era diestro para esas cosas y se iba a poner blando para que su insulto se le embotara en el cuerpo. Él lo podría zamarrear como a un guante de goma y no caería nada del interior. Kramer estaba vacío, libre, no ofrecía blanco.

—¿Por qué me decís eso?

—No se te ocurre, ¿eh?

Kramer levantó los hombros floiamente.

—No —dijo—. Te aseguro que no, Apud.

—¿No sabías que había huelga?

—¿Qué huelga?

—La que decretamos ayer.

—¿Que decretamos...?

Apud advertía que todo era un juego. Algo resajoso donde él se metería pero que iba a ganar Kramer.

—Nosotros: los de la federación —explicó.

—¿Y para eso me corriste desde San Martín? —Kramer se estremeció con una risita blanda. Era una pelota que él hacía rebotar entre los labios entreabiertos, gómicos—. ¿Estabas ahí esperando a que saliera?

—No; no te esperaba a vos.

—¿Y a quién, entonces?

—A todos los roñas que entraron a clase.

—¿Había muchos?

—Más o menos.

Kramer entornó los ojos como para calcular. Una raya temblorosa le brotaba entre las cejas:

—¿Unos treinta?

—No; más. Muchos más.

—Sí, sí...

—Entonces quiere decir que tu huelga no andaba tan bien, viejo.

Kramer ganaba: él era un tipo hábil para discutir. Sabía ablandarse, por eso. Hasta adoptaba un aire de curiosidad, casi de sincero interés, admitió Apud.

"Es un tipo contenido", le habían dicho a Apud. "Ese sabe lo que quiere". Claro. Por eso ganaba.

—Eso es lo que dicen todos, Kramer.

—¿Qué?

—Que también entran otros.

—Sí, es cierto, viejo.

—Pero eso es justificar tu mugre con la mugre de los otros.

—Y es la única forma de justificarse, Apud: por los otros.

—Pero aquí no se trata de justificarse...

—¿De qué, entonces?

—No se trata de salir abrazado a tu buena conciencia, Kramer; de conformarte pensando que el pecado entre muchos no es pecado.

—Bueno... bueno... —Kramer balanceaba su cartera con impaciencia—. ¿De qué se trata, si no?

Apud titubeó antes de contestar. Kramer lo miraba sin parpadear, súbitamente cómodo. Y eso que la luz de la calle le daba de frente, iluminándole sus labios de goma. Él los había dejado caer, flojos, como si en cualquier momento pudiera hacer rebotar su risita.

—Vos venís todos los días a clase, ¿no es cierto, Kramer?

—Sí.

—Estabas ayer, ¿no?

—Sí.

—¿Estabas cuando tiraron los volantes?

—Ahá.

—Leíste alguno, ¿no es cierto?

—Ahahá.

—¿Te acordás qué decían?

—Sí; que había desaparecido un tipo.

—¿En la policía?

—Sí, sí.

—Un tipo estudiante, ¿no, Kramer?

—Sí; un tipo estudiante.

—¿Y vos qué sos?

Kramer insinuó una sonrisa.

—Ya me lo dijiste al principio, viejo.

—Sí. Ya sé, ya sé. —Apud presintió que su aire justiciero se desbarataba; entonces hizo un movimiento desdeñoso con el brazo: —Pero además de lo que te dije.

—Aceptemos que soy también un estudiante —dijo Kramer, con tono de condescendencia—. ¿Y con eso?

—Que tenés que ser solidario —balbució Apud.

—¿También con un comunista?

—Sí; también: solidario con un comunista.

—¿Aunque te utilicen y anden diciendo por ahí que sos un tonto útil?

—Sí.

—Pero, ¿aunque después te traicionen?

—Sí, Kramer —repitió Apud con una obstinación rencorosa—. Solidario, aunque después me traicionen.

Kramer puso la cabeza de costado como si no hubiera oído muy bien:

—Pero... ¿solidario?

De nuevo Apud advirtió que Kramer lo tenía agarrado: lo había llevado a un sitio donde sólo había un hueco, y

de pronto lo atacaba por otro lado. Y él debía explicar de inmediato algo abstracto, algo que nunca había entendido muy bien. Que sólo era indiscutible entre sus camaradas. Ser solidario: eso era una fórmula válida entre ellos y nada más. "Solidario", pensó, pugnando por solidificar esa idea que se le escurría como una medusa. El farol de la calle se balanceaba rodeado por un halo de mariposas. Parecían partículas de polvo anudándose y revolviéndose sobre sí mismas. Kramer tenía unos labios de goma que se podían agarrar y estirar al infinito. Solidario. Estar de acuerdo con los otros. Ser buen tipo con los otros. Amar a los otros, al mundo, a la cultura occidental, al hombre blanco, a todos. También lo tenía que amar a ese Kramer que siempre se sentaba en la biblioteca debajo del único ventilador que funcionaba. Y que implacablemente iba amontonando sobre la mesa fichas cubiertas con una letra estupenda. "¿Qué opinás del Boas", le había preguntado a Apud una tarde. En esos casos Kramer decía "del" con familiaridad, y así le tendía una complicidad superior, con Boas, con la antropología, con algo selecto, con todo eso, y también sus labios resultaban estupendos, con una precisión inquietante. "¿Cuál libro de Boas?" —Este, Apud", dijo señalando—. "El Handbook of American Indian Languages". Kramer pronunciaba "langüiyiss" y sus labios temblaban apenas. Ahora balanceaba la cabeza como aburrido:

—¿Y no me decís por qué tengo que ser solidario, Apud?

—Para ser fuertes contra todo esto.

—Pero si ellos siempre van a ser más fuertes...

—Pero porque ellos sean más fuertes no tenemos que echarnos a ser más débiles nosotros, Kramer.

—Sí, sí, sí... —la cara amarilla de Kramer se había contraído.

Apud comprendió que estaba harto de todo lo que hablaban. Lo había corrido dos cuadras desde la Facultad. "Hay que darle una lección a este", había pensado. Enseñarle esto y lo otro, el mal y el bien. Una rayita separando esas dos cosas. Dos mundos terminados y lisos como huevos. Y siempre a mano. También había pensado que lo iba a agarrar de las solapas. Kramer pondría una cara de asombro: "Yo... yo...", y él lo dejaría ir. Apud se sabía reflexivo, pero lento. Había pensado que iba a ser magnánimo. Pero Kramer ya ostentaba unas mejillas florecientes, cargadas de tolerancia, de terca tolerancia. En realidad, Kramer quería liquidar pronto. Pero también quería irse tranquilo, con la certeza de haberle ganado. Todo eso lo iba a repetir esa noche en su casa. "Seguro", calculó Apud. Apoyaría los codos sobre la mesa y diría: "Fíjense que hoy, en la Facultad...". Y los tipos de su familia lo escucharían con devoción, diciendo que sí con la cabeza, naturalmente que sí. Sí a todo.

—Pero lo que yo te quiero decir —continuó Kramer— es que si son más fuertes..., ¿no? —interrogó a medias.

—Sí.

—...Que si ellos son más fuertes, hay que modificar la táctica, si no van al fracaso como ahora...

—Vos hacés el fracaso, Kramer —lo interrumpió Apud.

—Ya sé, ya sé —lo atajó Kramer—, pero dejame hablar.

—Pero es que vos sos nuestro fracaso, Kramer —insistió Apud.

—Te lo admito, sí; pero creo que la táctica de que te hablaba, lo que ustedes tienen que modificar, es el frente. La forma de oponerse a todo esto —ahora usaba un tono paternal, casi de complicidad. Se había recostado contra la pared y soltaba las palabras lentamente, con la cara brillante por la luz del farol—. No oponerse a todo, con rigidez, no, viejo, no —siguió—. Más elasticidad, conservando espacio para retroceder, para cambiar de actitud, para no dejarse tomar. Sobre todo eso: no dejarse tomar.

Apud comprendió que Kramer estaba satisfecho con su

definición, resplandecía. La verdad había descendido sobre él. Parecía pensativo. Después dijo:

—¿Conocés yudo, no?

Apud se desconcertó.

—Más o menos —dijo.

—Bueno; con eso es suficiente —Kramer se incorporó apenas con la frente dorada, atiborrada de ideas—: Para ganar en yudo, en todo, en la vida, hay que hacerle creer al adversario que nuestro cuerpo le pertenece —se sonrió como si silbara—. Que tiene toda nuestra carne en sus manos, viejo.

Apud se resistía al tono fraternal que el otro le insinuaba.

—Ese es tu gran principio, ¿no es cierto?

—¿No lo sabías, acaso?

—Sí; claro que lo sabía.

—¿Y no me ha servido?

—Formidable. Kramer. Para vos ha sido formidable, ¿quién lo duda?

Kramer adoptó un aire compungido, la frente le dejó de brillar y se tornó opaca, envejecida.

—Pensás que soy una porquería, ¿no es cierto?

—Ya te lo dije...

—¿Y lo seguís pensando?

Apud asintió con la cabeza.

—¿Una porquería sin salvación, Apud?

—No creas. Sabés tu oficio: una porquería con dignidad, Kramer. Eficaz. Una porquería eficaz.

—Pero no me supiste decir por qué soy eso.

—No importa. Vos lo sabés y basta.

Kramer replicó con voz adormecida, inocente, pero su mirada era dura:

—Pero ahora muchos piensan como yo.

—¿Que es necesario hacerles creer que ellos nos tienen en sus manos y que somos unos mansos?

—Sí. Eso.

—Por supuesto, Kramer. Muchísimos... Casi todos.

—Ya ves...

—Ya veo —Apud sacudió los hombros; por un momento tuvo ganas de apoyar las manos sobre el pecho de Kramer o sobre un brazo y apretar para ver si se hundía o si se le deshacía entre los dedos.

—Es que ustedes son unos quiijotes —farfulló Kramer.

—¿Qué?

—Que ustedes son unos quiijotes, viejo.

Apud lo miró a los ojos: Kramer los mantenía bien abiertos, rayados por unas estrías violetas. "Unos quiijotes", pensó Apud. Él y sus camaradas eran unos quiijotes. "Unos quiijotes", se repitió, anegándose en una suave irritación. Unos imbéciles que tiraban papelitos en los corredores y que escribían en los baños. Seguro que Kramer hacía fuerza para no largar la carcajada: ellos eran unos pobres tipos que jugaban a la libertad en los mingitorios. Libertad, escribían con su mejor letra de pobres muchachitos que se mordían la lengua para hacer bien las mayúsculas.

—Andate —Apud hizo un ademán como para concluir con algo.

—¿Que me vaya?

—Sí...

—¿No tenés nada más que decirme?

—No..., no...

—No te entiendo... A ustedes no los entiendo...

—Bueno, no importa... Andate...

—¿Y para esto me hiciste perder...?

—¡Rajá, te digo! —gritó Apud con los músculos del cuello tirantes—. ¡Rajá de una vez!

Kramer dió media vuelta y salió trotando con su aire indestructible. Apud lo miró cruzar por debajo del farol. Él tenía que quedarse en ese lugar y verlo desaparecer hasta que se le diluyera en medio de las tripas esa bola de agresiva frustración que le raspaba ahí, ahí, entre el pecho

y la garganta. En la otra bocacalle, una mancha de luz sucia descendió sobre Kramer y le blanqueó fugazmente la espalda. En la vereda, se volvió:

—¿Me ibas a pegar, Apud?

—¿Qué?

—¿Tenías orden de fajarme?

Kramer sabía usar las palabras, no se ponía duro delante de las palabras, calculó Apud. Primero había dicho "pegar"; ahora decía "fajarme". Fajarlo. Las palabras. Kramers les hacía creer que su carne les pertenecía. Él pronunciaba *langütylis*.

—¿Tenías que fajarme o no? —volvió a gritar Kramer desde allá lejos.

—¡No! —contestó Apud, desabridamente—. ¡No tenía que fajarte!...

Pasó bastante tiempo antes de que lo volviera a ver. Quizá un año. O un poco más. Apud no estaba muy seguro. Supo que Kramer había concluido de estudiar historia, que había terminado muy bien, que preparaba la tesis. Alguien le había dicho en uno de los pasillos de la Facultad: "—Kramer agarra lo que se le da la gana". Y era cierto: él miraba todo, elegía, le ponía la mano encima y sabía cerrar los dedos a tiempo. Apud sabía muy bien que Kramer haría creer que se ablandaba y que lo poseían, que lo penetraban con argumentos o con ideas que no eran los suyos, pero en realidad tenía unos dedos firmes, exigentes, seguros. "Esto" pensaba, y era "esto" y no un poco más o algo menos o un cachito a la izquierda. No, justo lo que le cabía en la mano. El mundo estaba hecho a la medida de sus ganas. Y aquella tarde lo vió aparecer al frente de esa manifestación. Eran quinientas o seiscientas personas que avanzaban por el medio de la calle. Venían tomados de los brazos y relucían de satisfacción. Apud presintió que pesaban sobre la tierra y que la tierra les resultaba definitiva. Había gente que se asomaba a las puertas o a los balcones, se detenían en el borde de la vereda y los aplaudían flojamente. Allí no había violencia. Ellos avanzaban cantando bajo el sol. El sol los untaba plácidamente. Pisoteaban las rayas de alquitrán ablandado y dejaban unas huellas negras, confusas, sobre la calzada. En esa manifestación nadie tenía arrugas ni nada áspero sobre la piel. "Son lisos" —pensó Apud—. "Tiernamente lisos". Ese sol macizo, la ciudad, toda la calle y el mundo —también el mundo— eran lisos de verdad, sin aristas, parejos y estupendos. Kramer marchaba en primera fila: seguro y sudoroso bajo ese cielo tirante. Apud sintió que a ése todo le pertenecía, sus pies, los tipos que caminaban a sus costados, el porvenir. Resultaba formidable. De pronto lo vió alzar el brazo para saludarlo. Gritaba algo que no pudo escuchar. Hubiera preferido escurrirse en algún zaguán. Pero Kramer tenía que desnegarle ante los ojos su Gran Eficacia. Correteando se separó de su grupo, que había entonado una canción dulce y conmovedora.

—¿Qué tal, Apud? ¿Cómo te va? —se miraba la solapa para arreglarse cuidadosamente el escudito de su colegio—. No me querías saludar, ¿eh? —se reía con aire bonachón. Él le perdonaba todo a Apud, era capaz de eso. No tenía memoria. Sólo conservaba una masa coloidal, consoladora—. Te escapabas para no escuchar al réprobo, eh? —y lo palmeara. Apud lo dejó hacer. Su mano sí que era espesa y tranquilizadora—. ¿Cómo te va, Apud?

—Más o menos —Apud contestó vagamente.

—¿Viste?

—¿Qué?

—¿Cómo "qué"?

Apud puso una cara inexpresiva:

—No sé qué me querés decir.

—Esto —y Kramer señaló la manifestación que marchaba a un ritmo lento y acompasado. Cantaban mirando al cielo, dejando que el sol los acariciara. Querían algo, se habían organizado, habían pedido y listo. Ellos pedían, se dijo Apud. Ellos sólo recibían la gracia que descendía. Y habían ganado. El sol era de terciopelo y los sobaba cálidamente—. ¿No me decís nada?

—Que son todos como vos.

—Claro que son como yo —se había colgado del brazo de Apud y lo oprimía con un gesto de viejo camarada—. Por eso conseguimos lo que queríamos.

—¿Sin pelear?

—No —Kramer se sonrió entreabriendo sus labios jugosos—. Cantando, viejo.

—¿También ésos hacen creer que el gobierno tiene su carne en las manos?

—Se lo hacen creer...

—¿Y por eso cantan como borregos?

—Es una táctica, mi viejo.

—La Gran Táctica, ¿no?

—La que ustedes tendrían que imitar.

Apud le recorrió el perfil de costado: la frente abultada de Kramer, su magnífica nariz romana, su labio caído a medias desdefioso y a medias anhelante de vaya a saber qué cosa. Kramer tenía su cara. Era un tipo seguro e infundible. No se cambiaba por nadie: su cara, sus manos, sus dientes firmes, su frente borbónica y sudada. Era un sólido cerdo.

—¿Así que nosotros tendríamos que usar la táctica que ustedes usan?

—Ganarían siempre.

—¿Hay que ganar siempre?

Kramer lo contempló sin ironía:

—¿Y de qué otra cosa se trata?

—No te entiendo —admitió Apud.

Kramer le acercó la cara confidencialmente. Tenía olor a pastillas, mandarina o limón. Algo así. Y Apud sintió ganas de beber algo bien frío, sin respirar, hasta sentir los bofes helados.

—¿Y entonces para qué hacés lo que hacés, Apud?

—¿Lo de la federación?

—Sí; todo eso y los volantes y las reuniones y las revistas que ustedes sacan... ¿eh? ¿Para qué todo eso?

—Para aprender a decir que no.

—¿Qué "no"? —Kramer lo miró compasivamente—. ¿Y qué más?

—Para enseñarles algo a los chicos que no saben nada cuando llegan del secundario.

—Enseñarles ¿qué?

—Qué sé yo... algunas ideas...

—¿Ideas, viejo?

Apud marcó un círculo vago en el aire:

—Sí; para ordenarles un poco el mundo.

—¿Ordenarles el mundo, viejo? —Kramer lo tomó del cuello y lo oprimió con un gesto virilmente juguetón—. No hay que ordenarles el mundo. No. Hay que enseñarles a agarrarlo. Así, ves viejo —y le apretaba la piel de la nuca—. Así, así. Sin asco, sin tantas ideítas —desde las filas de la manifestación lo llamaron y Kramer gritó por el costado de la boca. "—¡Ya voy, ya voy!" Después se detuvo y guiñó un ojo: —Ya ves, Apud. Sin apuro. Nada de apuro y conseguimos las cosas de día —se zangoloteó con su risita—. Y cantando. Pero nada de enseñar el ordenamiento del mundo. No, viejo, no. De ninguna manera. Hay que enseñar a ganar —de nuevo lo llamaron desde las filas de la manifestación. Él se volvió apenas y gritó: "—¡Ya voy, dije, un momento!"—. Pero, con cuidado —concluyó—; hay que enseñar a ganar, pero siempre —repetió separando las sílabas—. Siempre, viejito.

La vez siguiente que lo encontró, a Kramer le tocó confeccionar una voz compungida: Apud estaba en la fila de presos que iba entrando al juzgado para declarar. Eran diez o quince hombres apoyados contra la pared de ese pórtico pintado de verde. Tres o cuatro se habían sentado en el suelo, los demás permanecían de pie espantándose las moscas desganadamente. De vez en cuando se abría la puerta de esa habitación, asomaba una cabeza, gritaba un nombre y alguno se adelantaba. "Parecemos ganado", pensaba Apud. Sentía la cabeza pesada. Sus ideas eran espesas, algodonosas. "Ganado". Pero no se conformaba con eso. Detrás de la puerta había algo ambiguo. "Desconocido". Eso. No eran ganado; eran hombres cargados de cachaza, de una cosa fofa, pero que se aguantaban algo urgente, un agudo y lúcido escozor en todas las puntas del cuerpo. Ya habían pasado unos cincuenta tipos esa mañana. Todos ahí amontonados, dos policías que se paseaban o se echaban sobre una balastrada. Alguien que hablaba unas cuantas palabras, otro que preguntaba algo y que nadie le contestaba y esa puerta que se abría sacudiendo apenas esa jalea que se había derretido sobre todos los que estaban allí. Apud sentía que se iban anegando en ese tiempo espeso y tibio; chapoteaban un poco y ya les empezaba a gustar. A resultar confortable. Uno de los policías intentó poner en marcha el ventilador que giró unas vueltas, después gimió con impotencia y se detuvo inexorablemente, y todas las cosas volvieron a asentarse sobre sí mismas. "Listo", reflexionó Apud, pero no quiso sentir compasión por su propia suerte. Hubiera sido como concederse ventaja: empuqueñecerse para sentir menos o ser un poco menos responsable. Con un poquito menos se podía pasar. A lo mejor lo largaban. El viento correteaba en unas bocanadas calientes. Era algo intolerable. Y unas pelusas grises mezcladas con algunas hojas secas rechinaban sobre las baldosas. Zannetti estaba a su lado y lo contemplaba con sus ojos adormecidos. De vez en cuando preguntaba: "—¿Llamaron?" —y de nuevo dejaba caer los párpados "—¿Llamaron" —uno de los policías se arrancaba escamas de piel de la cara—. "—¿Llamaron?" —Se las arrancaba tironeando con mimo, las iba depositando en la otra mano y las contemplaba devotamente— "—¿Llamaron?" —Y así toda la mañana y el mediodía y la mitad de la tarde. Por fin le llegó el turno. —"¡Apud!". —"¡Sí!". "¡Pronto, pronto!". Dentro de esa habitación había sombra y la voz gangosa de Kramer parecía salmodiar una oración interminable. Cuando lo vio, no se detuvo, continuó con su interrogatorio. Era implacablemente preciso. No se salteaba nada. "Este conoce su faena", calculó Apud. Kramer estaba allí para que cada cosa ocupara su lugar, para explicar los apellidos confusos y los cinco continentes. Era secretario del juzgado y toda su eficacia se iba depositando sobre los hombres de la fila y sobre los empleados. Era un juego de palabras cruzadas: "Apud", cinco letras, horizontal; "argentino", nueve letras, se contaba rápidamente, vertical, y ya estaba. Así una y otra vez. Sin ningún resquicio, sin ningún titubeo. "Estudiante", diez letras, horizontal, así y así. "Capital Federal", tanto; "mil novecientos cincuenta y uno", tanto y tanto; "huelga", sí; "violencia", sí, sí; "sed", "piel", "carne", "Dios", "orden", "vidrios", "olor", "gritos" y "miedo" y "mugre" y "la patria" y "sed, mucha sed" y "el mundo" y "todo y todo". Y Kramer colocaba a cada cosa en su cuadrado según sus letras, sin desconcertarse nunca. Ni cuando le tocó el turno a Apud.

—Te esperaba.

—¿Así?

—Sí —los ojos de Kramer estaban rodeados de unos círculos que lo envejecían.

—¿Te habían informado de la huelga?

—¿Cómo decís? —una sombra de desagrado le estiró la cara.

—Si te habían informado confidencialmente de la huelga.

—No hables así —dijo Kramer. Iba a encender un cigarrillo, pero advirtió que no le podría ofrecer a Apud y dejó el atado a su izquierda—. No tenés derecho.

—¿Por?

—Yo no soy nada más que un funcionario...

—Policial —lo interrumpió Apud con tono insultante.

Kramer negó con calma:

—No soy un funcionario policial, mi querido, y me enteré de que estabas detenido por la huelga al leer esta mañana las listas.

—¿Entonces vas a hacer que me perdonen? —preguntó Apud como si escupiera.

Kramer volvió a negar balanceando la cabeza. Ahí adentro había tiempo para todo: un ventilador giraba con lentitud y allá arriba un Cristo abría sus brazos trágicos.

—No voy a hacer que te perdonen —Kramer se sonreía comprensivamente—. Vos sabés que eso no puede ser. Ni te voy a perdonar, viejo, ni te van a largar.

—Si vos sos el tipo que me tiene que juzgar —Apud rechazó con un ademán la silla que le ofrecía Kramer— Si vos sos el tipo eficaz que se recibió de abogado para ser sólido —continuó Apud—, además de conseguirte una culturita en historia para la hora del té... si vos sos el que no cree en la solidaridad de las buenas gentes... —la voz de Apud había salido ronca al principio, pero se deshacía en un hilo aflautado. Apud presintió que iba a resultar penoso—. Pero si sos el tipo que sabe —continuó, sin embargo—, el tipo diestro. Kramer, el tipo que gana siempre... ¿cómo no vas a poder para que me larguen o me manden a la mierda?

—No te pongas ridículo, viejo —intentó calmarlo Kramer.

—Es que yo soy ridículo.

—Pero no levantes la voz.

—Perdoname, Kramer —Apud intentaba anonadarlo con su ironía—. Es mi tono.

—Controláte, entonces.

—Es que no tengo otro tono.

—Calmate, te digo... yo te entiendo.

—Ya sé, ya sé. Me imagino.

Los dos se quedaron en silencio. Apud sentía que a sus espaldas había gente que cuchicheaba o revolvía papeles. Lo estarían mirando: él era un tipo gritón que perdía el decoro delante de ese funcionario imposable. Un pobre tipo que quería pegarle al juez y desbaratar el orden del universo. Alguien al que toleraban, que lo dejaban desfogarse por inofensivo. Y nada más.

—¿Estás tranquilo ahora? —Kramer le clavaba sus ojos de vidrio.

—Sí.

—¿Me dejás hablar?

—Como quieras.

—¿Querés sentarte?

Apud obedeció desganadamente.

—Escuchá lo que te voy a decir, viejo —Kramer se untó los labios con saliva—. Pero escuchá bien —advirtió, y Apud dijo que sí con un cabezazo—. Si yo estoy aquí, no es para perjudicar a nadie. Ni a nadie ni a vos, ¿sabés? Es para que la institución no se venga abajo. Porque si nos vamos todos, si todos hacemos como vos que se da el lujo de hacer lo que se le da la nada, de gritar contra los que mandan, todo el país se iría al demonio. Pero para siempre —dijo subrayando con un ademán tajante. Apud entendió que Kramer sabía desempeñar su papel de hombre cabal, maduro. "Tajante": un tajo después de cada palabra, bien separada, bien propia. Los que nos quedamos adentro somos los que estamos peor, los que tenemos que aguantar todo: a los de arriba, que ordenan y a los que hay que

obedecer, y a ustedes —Kramer lo señaló con la barbilla estirada—. A todos los que hacen como vos, viejo, que se dan el lujo de ser libres y gritan y nos acusan de pasarla bien, de someternos al régimen. De decirnos en la jeta "roña" y "porquería". Y no, mi querido —Kramer era un águila, había remontado vuelo y contemplaba al mundo allá abajo. El lo abarcaba por entero. Apud sintió que estaba depositado en esa silla, delante de esa mesa. Kramer revoloteaba allá lejos y se cernía sobre él—. No. Los únicos que están bien son ustedes —continuó Kramer con la saliva amontonada en la comisura de los labios—. Sos vos, que andás por la calle diciendo lo que se te antoja, a mí y a todos los que hacen como yo. Vos sos eso, Apud —y su saliva también se amontonaba sobre él, presintió Apud, sobre su conciencia. Kramer se detuvo y golpeó la mesa con las manos estiradas: —Y yo soy el que se aguanta el peso de todo, el que verdaderamente sufre todo esto, Apud. Yo y no vos ni los que andan con vos. Yo, que ahora tengo que pasar por lo que no soy levantándote el sumario o haciéndote meter adentro. Y sos vos el que va a salir con buena conciencia y yo me la voy a tener que aguantar. Vos sos el que va a pasar por puro y yo seguiré siendo una mugre, cuando soy yo el que tiene que aguantarse todo.

Apud permaneció en silencio. Se hurgaba las uñas reflexivamente, ordenándose las cutículas rojas, doloridas. En ese momento no supo qué contestar. El era lento, pensó para justificarse. Sentía la camisa pegada al cuerpo, las manos húmedas y tenía ganas de acabar de una vez. Sus respuestas apenas le brotaban en algún rincón del cerebro, crecían, se tambaleaban. Era algo atractivo e intranquilizador, y tan imprescindible. Pero resultaban resbaladizas, inaccesibles. Cuando salió de ese cuarto, se le ocurrió que todo eso era un truco: Kramer le mostraba sus llagas y decía que era un Cristo por su culpa, que en el fondo se sacrificaba por él. "Por mí", se dijo Apud sintiéndose dominado por una alegre furia. Y no era cierto, porque Kramer estaba ahí porque le gustaba, antes y después de lo que Apud pudiera hacer o no hacer. El había elegido eso porque le resultaba y era una trampa nauseabunda cuando decía que estaba ahí para salvar la institución. "La institución", se repitió Apud. "Institución". Para que el país no se fuera al demonio. No. Estaba ahí porque eso era sólido y había que ganarlo apretándolo entre los dedos. Por un momento, Apud se impulsó ser ecuánime. Se sonrió. "Ser hasta ecuánime". Podía ser inconciencia, concedió. Pero, no. ¡Qué iba a ser! Era una lúcida y empecinada decisión. Una empresa. "Una empresa". También ésa era una palabra. Kramer y los que andaban por ahí parecidos o iguales a él estaban lanzados en una cabalgata de envilecimiento: más rápido y más fácil todo y de una buena vez. Era de los que ganaban rápido y siempre. Y que aseguraban que sabían resignarse y padecer. De los tipos que nunca podían perder. "Se sacrifican", se dijo Apud. Era imbécil y muy divertido. Eran los que habían aprendido a ganar cantando bajo el sol, sin ningún riesgo y que tenían una respuesta para cada caso porque sabían de la infamia de los sinónimos y de los matices. Era eso, sí. Apud se sintió incluido en el malestar que sintió por el otro: lo había descubierto y era demasiado fácil para descifrarlo. Kramer lo había distraído durante un minuto y lo había hecho con una trampa burda. "Conmigo ni se toma el trabajo de usar algún truco nuevo. De inventarlo", admitió. Apenas si jugaba con las palabras largándolas rápido para confundirlo. Kramer le había encajado lo que usaba a cada rato. Lo confundía, eso era todo. Conocía lo que iba de "tramposo" a "miserable" y lo que mediaba entre "delator" y "funcionario".

La vez siguiente que se topó con Kramer, ya habían pasado dos años largos. Apud estaba en una esquina de la Catedral, parado en la escalinata. Allí delante, esa multitud se estremecía y se replegaba sobre sí misma como un animal gigantesco y pesado. Desde los altavoces chorreaba esa voz atractiva. "Es un jugo", calculó Apud. Formaba ondas sobre todos esos hombres; después, una serie sucesiva de círculos concéntricos se iba diluyendo en una ola que iba y venía sobre todas esas cabezas vacilantes. Se inflaba y descendía poco a poco. O se detenía inesperadamente, para que el dorso de ese animal enorme se volviera de lado o se erizara y comenzara a moverse hacia adelante y a crecer. La voz se destilaba por los altavoces: "...punto resulta indudablemente crítico en la reforma que el ambiente público ha comenzado a comentar..." —el cuero de ese animal se cubría con el jugo brillante y algo se erguía por dentro— "... es el referente a la modificación del artículo setenta y siete, a fin de que el Presidente pueda ser reelecto sin período intermedio..." —Ese animal gigantesco se había agazapado y oscilaba sobre sus patas tensas— "...Mi opinión —se marcó un silencio, un carraspeo metálico se repitió en todas las esquinas de la plaza. En seguida la voz siguió fluyendo—: ...Mi opinión es contraria a tal reforma, y creo que la prescripción existente es una de las más sabias y prudentes de cuantas establece nuestra..." —el final de las palabras no se oyó. Esa bestia monumental se estremeció por dentro. Era un ruido chirriante, descompuesto. Las entrañas, los huesos, todo se zangoloteaba. Ahí delante de Apud, a los pies de la escalinata, llegaban los últimos estremecimientos. Una especie de temblor. El sentía que lo rozaba y que en cualquier momento lo podía sorber. Esa piel iba restallando en miles de partículas que brillaban ahí cerca, cubriendo toda la extensión de la plaza. A los propios pies de ese animal. Y gemía y gritaba: "¡...rónperónperónperónperón!..."

De pronto, Apud sintió que lo tomaban del brazo. Era Kramer.

—¿Vos aquí? —y se sonreía con un gesto de muñeco mecánico. El aparecía de pronto, de improviso, meneando siempre la cabeza.

Apud sacudió el brazo:

—Tomátelas, roña.

—Vamos, viejo...

—Tomátelas, te digo.

—Pero Kramer no descomponía su sonrisa. Miró hacia adelante, en dirección a la multitud, aprobando complacido:

—Así que te gusta, ¿eh? —comentó sin volverse—. ¿A vos también te fascina el monstruo, eh? —seguía aprobando; parecía ratificar algo mascándolo entre dientes—. También vos te asomás para ver si es cierto lo que pensás. Si hay tanta mugre como aseguran tus popes, ¿eh? Y te venís aquí...

—¿Y qué tiene? —lo interrumpió Apud brutalmente.

—No es un lugar para vos.

—¿Por?...

—Sos un puro, viejo.

—No creas; siempre vengo; ya estoy corrompido.

—¿Y cómo la pasas?

—Es un espectáculo —Apud hablaba sin mirarlo.

—Es que él sabe lo que hace.

—¿Él?

—El solo, Apud.

Apud señaló con vaguedad:

—Esa gente también sabe lo que hace.

—¿Esos? —Kramer fruncía la nariz.

La voz continuaba derramándose. La plaza se oscureció un momento. Un instante que se alargaba. Allá arriba iba flotando una nube. Era una monumental chapa gris que pasaba. "...lo que sucede en los países en que tan inme-

diata reelección es constitucional. No hay recurso al que no se acuda, lícito o ilícito, es escuela de fraude o incitación a la violencia, como asimismo una tentación a la acción política por el gobierno y los funcionarios..."

Kramer se había puesto en puntas de pie:

—Él es perfecto —comentó.

—Es perfecto porque los tiene a éstos.

—Vamos, Apud —Kramer sacudió los hombros como si algo le molestara ahí encima—; esa buena gente no cuenta para nada.

—¿Te parece?

—Estoy seguro.

—¿Y quién lo votó?

—El hubiera gobernado lo mismo. Hubiera llegado solo.

—Solo... —Apud se esforzó por soltar una risa cascada.

—Solo. Sí, señor.

—Pero bien que los halaga.

—Si se ríe de ellos, Apud.

—Se ríe, se ríe, pero si empiezan a gritar...

—¿Ésos van a gritar? Si no gritan nada más que aquí, en la plaza y porque los dejan.

—Pero pueden dar una sorpresa.

—¿Sorpresa? —Kramer se hundió los dedos debajo del cuello de la camisa y lo separó de la carne. Apud sintió que el otro se divertía con su aspecto juicioso—. ¿A quién, viejo?

—A vos... a mí...

—¿Y a él también?

—También a él.

—No digas pavadas, querido. El hace lo que se le da la gana con todos estos.

"...en mi concepto, tal reelección sería un enorme peligro para el futuro..." —la voz crecía sobre esa multitud. Era una gota de alquitrán, pesada y brillante.

—¿Siempre venís me dijiste? —preguntó Kramer como por casualidad.

—Sí.

—¿Hay más gente que la última vez o no?

Apud concedió mirarlo de frente:

—¿Por qué me preguntás eso?

—Es un criterio de verdad, querido —Kramer se sonreía con sus labios abultados. Apud advirtió que se esforzaba por convencerlo de algo, por moverse con naturalidad. Era eso, sí, seguro. Tenía que resultar el viejo camarada que sabe ser condescendiente con sus propios pecados—. Uno tiene que saber a qué atenerse —agregó Kramer.

Se marcó un silencio entre los dos. También sobre la plaza se formó un vacío. Algo se había detenido. Un reposo, apenas. Kramer volvió a preguntar:

—¿Hay otros que hacen lo mismo?

—¿Qué cosa?

—Venir como hacés vos.

—Muchos, Kramer. Más de los que te podés imaginar.

Kramer se puso la mano de visera; estaba divertido. Apud sintió que lo había descubierto.

—¿Así que sos espía vos también?

"...la era del fraude ha terminado, y para que ello resulte efectivo..." —proseguía esa voz de pasta, derritiéndose y secándose en los bordes, a los pies de Apud.

—Es estupendo cómo miente este tipo —gangoseó Kramer.

—¿Te gusta?

—¿Si me gusta? Me fascina, viejo: sobre todo la convicción con que lo hace.

La gran voz resonaba en los edificios de alrededor de la plaza. Eran miles y miles de puntos que se balanceaban como en un bolillero. Estaban ahí metidos y se oprimían unos contra otros. "Sos un puro", le había dicho Kramer. Apud sintió que estaba al margen de todos esos. Un puro. Él veía todo y éstos, no. Un puro clarividente. Para conser-

var su lucidez tenía que ser puro. No mezclarse con éstos ni con ese tipo que se desgañaba allá al fondo. En cambio, éstos estaban juntos, eran muchos. También se sentían fuertes. Y él era un puro solitario: agüita trasparente que se podía beber a sorbos. Podía beberse, brindar consigo mismo; o hacer buchec con la propia, cultivada pureza. Era igual. Ser astuto y enternecerse con uno mismo, se dijo Apud. Amasar la propia pureza para untarse y relucir. Brillar de pureza: era imbécil y provocaba pena. "Sos un puro, Apud". Y bastante asco. Una copita de un fulano puro. Blanco, preferentemente blanco. Pescado blanco o ballena blanca. Esa plaza era una ballena blanca echada bajo un sol salitroso. "Sos un puro, viejo". Y él tenía cautela con su pureza para que no se empañara. Había que abrazarse a sí mismo, a su propia pureza —a su lado, un gordo sacudió las mejillas moradas para gritar viva, viva, viva, varias veces, y se quedó con la boca abierta apuntando al cielo. Parecía absorto; pero en realidad estaba cómodo, libre y se podía arrancar la ropa a los tirones. De pronto le clavó los ojos. Apud se esforzó en mirarlo inocentemente. "De igual a igual". Pero al otro algo se le borró en la cara. Alzó un brazo y su movimiento resultó pesado, torpe. Ya no estaba cómodo. Y Apud seguía puro. "Un puro". Cualquiera se podía asomar a su agüita clara y verse reflejado. De eso se trataba: puro significaba no ser nada. Transparente y liso para reflejar a todos. Ese era su oficio: reflejar a los demás tal cual eran y nada más. Mostrarles a cada cual su propia jeta —"éste, ¿ves?; éste sos vos"—. Apud. Ser Apud: espantar con el roñoso brillo de su pureza, de su mimada transparencia. Y mientras tanto esas palabras se derramaban sobre la plaza y crecían hasta amontonarse y restallar de pronto: "...no es suficiente que nosotros aseguremos la legalidad de los comicios..."

—¿Y los de ustedes, Apud?

—¿Qué de nosotros?

—Los jefes de ustedes, viejo, ¿aprendieron algo?

—Algunos...

—¿Pero ya saben hacer creer que tienen algo sagrado, que le vieron la cara a Dios o siguen con lo mismo de siempre, tirándoselas de vestales de la castidad patriótica?

Pocas cosas más supo de Kramer en los últimos tiempos. Una mañana apareció una noticia en el diario sobre su designación. Tenía que ir de agregado a alguna parte, a Suecia o a Finlandia. En realidad, Apud no se quiso enterar muy bien. Se resistía a leer esa otra ratificación de la eficacia de Kramer. De la eficacia de Kramer y de su propia frustración. De la de todos sus camaradas. "Gana", se dijo simplemente. En ese artículo se hablaba de Kramer como de lo mejor de la nueva generación. Era el gran tipo joven que prometía, que hacía cosas, que todo lo que hacía estaba bien, sin discusión, sin restricciones, allí no había nada que objetar. Era perfecto, redondo, se podía morir en paz. Apud sintió que Kramer era, y era cada vez más él mismo. Había logrado confeccionar su personalidad. Él, en cambio, flotaba en el anonimato, en la nada. No existía mientras Kramer poseía un cuerpo potente, vigoroso, más sólido que nunca. Y ese gas en el que Apud se iba diluyendo parecía no acabar nunca. "Nada", se confesó. Por un momento, le alarmó no sentirse desesperado. Era algo parecido a descubrirse cada día más calvo: eso avanzaba inexorablemente. Era cuestión de sentarse a esperar a que todo acabara. Y listo. Y nada más. Aunque tuviera unas ganas tremendas de darse puñetazos en la cara. Tenía la clara sensación de que todo lo que se hacía aquí prescindía deliberadamente de él. Y muchos de sus camaradas pensaban lo mismo: que estaban al margen de todo, de la vida, de las cosas, de todo. Ellos podían proyectar cualquier cosa, empezar cualquier

cosa con la ambigua certeza de que no la acabarían nunca. Todas sus ganas se deshacían en la impotencia. Las manos vacías, todo sin nada adentro. Nada, nada: eso era lo único seguro. "Resultamos unos flatos pretenciosos", se repetía. Pero inusualmente llegó el año 55. Los diarios empezaron a atacar con ferocidad todo lo que sonara a cosa católica. Apud sintió que era un rabioso y confuso despanzurramiento. Los cardenales aparecieron dedicándose a los más oscuros tratos. Los colegios religiosos eran antros de las cosas más inesperadas, jocosamente repugnantes. Todo un universo cultivado con morosidad se desbarataba de un modo absurdo. Todo sonaba a grotesca arbitrariedad. El absurdo trágico de años y años empezaba a sistematizarse. Hasta él mismo podía decir cualquier cosa y cualquier cosa podía significar tres o cuatro valores distintos. Y se largaron amenazas. Y se hicieron concentraciones violentas, exigentes. "Es absurdo, es absurdo", se repetía Apud desconcertado. Calculaba que habría razones que se le escapaban, que nunca conocería. Él era un espectador: espiaba por un agujero cuando le estaban resolviendo la vida. "Nada más que eso", pensaba. Era un frenesí, uno más de esos espectáculos que se habían organizado con una habilidad insultante, a cada rato, ambiguamente. Fué una breve cabalgata de expulsiones y de órdenes desconcertantes. Y vino el 16 de junio, algunos se quedaron perplejos, otros aterrados; y quemaron las iglesias. Apud fué a ver San Francisco. Quería comprobar la fuerza, la violencia. La gente se detenía desconcertada en el atrio y señalaba. Algunos se arrodillaban y gemían arrinconados. "Se agazapan", pensó Apud. Parecían avergonzados de su desconcielo. Otros consignaban minuciosamente todo, los detalles, a medias deslumbrados, y hablaban con severidad, objetivamente, como si no se tratara de ellos. Era un inventario y ellos numeraban. En el portal, se exhibía un San Pedro con la cabeza tronchada. Apud sintió que tenía algo obsceno ese cuello de yeso. Era demasiado blanco. Entonces entró en la nave. Allí estaba Kramer. Cuando lo descubrió a Apud, se le acercó en puntas de pie y lo llevó a un rincón:

—Veo que seguís la alta política —fué lo primero que dijo.

—Más o menos —rezongó Apud con desabrimiento.

—Pero es idiota todo esto —siguió Kramer imperturbable—. No tiene sentido —hablaba velozmente, susurrando las palabras—; ningún sentido.

—¿No, Kramer?

—No, no.

—Pero si nada tuvo sentido durante estos años, Kramer.

—Pero esto es especialmente gratuito.

—Pero, ¿por qué esto y no lo anterior?

—Porque él de todo lo anterior necesitaba, y de esto, no.

—¿De todo lo anterior necesitaba? —Apud negó estirando los labios—. No veo la gratuidad.

Kramer lo miró como decepcionado por su falta de comprensión:

—¿No te das cuenta?

—No, hombre, no.

—Pero si es la falta de táctica, es la única vez que este tipo ha bajado la guardia.

—Estará liquidado, Kramer.

—¿Qué va a estar liquidado?

—Estará envejeciendo, entonces...

Esta vez era Kramer quien se resistía a entrar en el juego de Apud:

—No te abuses de tu ingenio —dijo con una sonrisa fugaz, desdenosa—. Lo único decisivo es que ha dejado de cumplir su papel más importante.

Apud se obstinaba en su tono de burla:

—¿Y cuál es su papel más importante?

—Lo que justifica su misión histórica —respondió Kramer con aire reflexivo.

—¿Así? —desde la cúpula cortajada por esos fierros retorcidos, caía una banda de luz. En ese momento, Apud empezaba a juntar una saliva agria, malévol, a los costados de la boca. Pero ese brillo lo obligó a parpadear y a olvidarse de todo—. ¿Cuál misión histórica? —preguntó a medias desconcertado.

—La de contener a los negros, querido.

—¿Qué? ¿Me querés decir que se le fueron de la mano?

—No se le fueron un pito...

—¿Entonces no es lo que yo había pronosticado?

—¿Que le podían dar una sorpresa?

—Sí.

—No, Apud, no! —Kramer tenía un aspecto patético, de impaciencia. Unas manchas blanquecinas le cubrían la frente. Apud lo miraba con una especie de imparcialidad: la velocidad que desplegaba Kramer era para ordenar todo eso que se derrumbaba. Aquí y allí. Pilas de cosas que oscilaban y se caían. Y Kramer tenía que correr de un lado a otro para apuntalarlas. "Está perdiendo su compostura", comprobó Apud serenamente despreciativo. También ese templo se podía descomponer y venirse abajo; esos muros agrietados, obscenos, las columnas rajadas. Habría que correr. —Si ha sido él mismo quien los ha largado —siguió Kramer—; él mismo quien les ha puesto la libertad en las manos. Se le ha ocurrido nada menos que decirles: "Miren, negros, aquí tienen esto, hagan lo que se les de la gana. Den y den todo lo que se les antoje..."

A los pocos días, Apud volvió a encontrarlo. Se le ocurrió pensar si no sería él mismo quien lo andaba buscando: Kramer vendría a resultar el testigo de su frustración, un poco el culpable. Una garantía al revés. Kramer justificaría que en realidad fuera incapaz de hacer nada, de resolverse a nada, de tener miedo de pasar a ser responsable. Eso Kramer le aseguraría una impunidad total: así podría ser rebelde sin llegar a actuar, con sólo el ademán; rabiosamente, noblemente fracasado. Era imprescindible contar con la eficacia de Kramer, con su poder para anular y desbaratar cualquier proyecto, para erguirse y palmearse secretamente como héroe. El héroe tenía que resultar impotente, el héroe tenía que morir o que vivir en silencio, al héroe le convenía mascullar, no pronunciar los insultos. El héroe no podía ser nada más que un proyecto. El héroe tenía que vivir en potencia. En poderosa espera, demorada. Eso pensaba Apud: el héroe debía ser impaciente y frustrado. Y eso lo garantizaría Kramer. Para eso si servía. Y era él, Apud, quien lo había buscado. Kramer lo había llamado por teléfono. "—Por favor, viejo, te quiero ver..." se oyó en el tubo. Después sus palabras se mezclaron con unos ruidos como de marca. Kramer hablaba desde el fondo de una caracola. "—¿Sí... Sí? —Apud golpeó varias veces la horquilla—. No oigo nada... nada..." Kramer se había perdido en medio de esa arena que giraba en espiral. Apenas si había tenido tiempo de decirle la dirección. "—Allí, sí, sí... en ese lugar, sí..." Apud salió. Era de noche y la ciudad estaba a la expectativa, tensa en medio de su inercia. Allí al fondo, la avenida se agazapaba oscurecida y el cielo se había entintado. Apud sintió oscuramente que la ciudad se hundía y apenas si se alzaban algunas llamas negras en el cielo. Se liquidaba toda una época de su vida; algo concluido. "Ahi" —bien evidente—. "En este lugar. Aquí". Era algo físico, como señalar el final de un tablón o de un caño ardiente. Los pocos hombres que veía en la calle, cargaban un aire de merodeo y lo miraban con una inquieta agresividad. Las radios habían anunciado el sitio. Era algo estupendamente increíble. Él se había entusiasmado de a

ratos, gritando y cambiándose puñetazos joviales con sus camaradas. Pero eso no lo saciaba. Había esperado con otros en casas desconocidas repletas de muebles extraños o de cuadros de parientes antiguos, muy tristes y borrosos que lo embargaban de melancolía. En una de esas casas flotaba un pesado olor a sándalo. Algo duizón. En una sala brillaba una especie de cafetera gigantesca. "—Es un samovar" —le explicó alguien—. "Para hacer té. Buen té". Apud no dejó de sentir en todo ese tiempo que hasta en los presagios de sus camaradas había algo exagerado, inseguro. Y las calles silenciosas se le ofrecían con todo ese indeciso atractivo de lo inesperado. Kramer estaba de espaldas cuando llegó:

—¿Apud? —parecía sobresaltado.

—Sí.

Kramer le tendió una mano vacilante, que le estrujó los dedos con un cauto toqueteo.

—Fué una estupidez —afirmó como si prosiguiera una conversación recién interrumpida.

—¿Qué cosa?

—Todo eso... San Francisco... Santo Domingo... algo penoso...

—¿Por qué lo decís?

—Por los archivos, Apud, por todas esas cosas...

Apud se sonrió con malignidad:

—Claro. Vos sos egresado de historia...

—No te burles; no seas tonto. Es en serio. Todo eso tenía un sentido. Es penoso —repitió Kramer hamacando la cabeza. Tenía un aire contrito, de disgusto. Apud se lo notaba en la comisura de los labios flácidos. Hasta su voz era mansa—. Y ya no lo arregla nadie —concluyó Kramer—; era fundamental.

Era la cultura. El mundo de la cultura que había desaparecido entre las llamas estúpidas —recapitó Apud divertido a medias. A Kramer eso lo afligía. Tenía que dolerle. A él también lo abrasaban esas llamas. Él participaba de la cultura. Si no hubiera sido por eso. La cultura, el país, su misión continental. Era doloroso, tremendo. "Penoso", iba repitiendo Kramer con su cabeza bamboleante. Y nunca más se podría restituir. La cultura carbonizada, el mundo a oscuras. Por eso vacilaba su mano de ciego. También la ciudad se había oscurecido y permanecía a tientas. Sin esos papeles, la oscuridad. La ciudad padecía por eso. La sitiaban por su barbarie, por sus cenizas. Y el país. También el mundo estaba cubierto de papeles quemados y clausurados. Iba a ser una risa malsana. Los santos papeles también eran sólidos. Y las calles entintadas y Apud mismo. Y él. Kramer y Apud. "Los santos papeles quemados", pensó Apud con ganas de reírse. Apud a oscuras por falta de cultura. Sus cuerpos estaban surcados por venas atiborradas de tinta negra. Por eso temblaban. La barbarie encabalgada sobre sus espaldas mientras marchaban silenciosamente por esa calle. Los pocos tipos con los que se cruzaban los miraban de esa manera por la cultura, por los papeles quemados. En realidad eran cenizas negras lo que embadurnaban las paredes y las veredas. Sólidas cenizas. Y Kramer y Apud marchaban sobre sólidas cenizas negras de cultura quemada. Para siempre. Era insopportable.

—¿Para dónde vas?

—A casa —respondió Apud simplemente.

Kramer pareció vacilar:

—¿Estás con alguien? —preguntó por fin.

—¿Cómo?

—¿Si estás en algún grupo?

—Para esperar...

Kramer brillo de interés:

—¿Así?

—Sí. Al divino botón.

—¿No están bien organizados, eh?

—Como la mcna.

Kramer lo miró a Apud con sus ojos líquidos, bañados de ternura:

—Es que a los liberales siempre les pasa eso.

Cruzaron una serie de bocacalles iluminadas a medias. Un polvo grisáceo flotaba alrededor de los faroles. La cara de Kramer aparecía y desaparecía sosteniendo un gesto solitario, maniático.

—¿Qué creés que pasará? —hablaba con un tono neutro.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Qué sé yo.

Kramer murmuró algo como si dialogara con un tercero invisible:

—Pero, ¿no tenés idea?

—No, Kramer. Te aseguro que no.

—Pero, ¿cómo puede ser eso?

—Sin embargo es así.

—Pero vos siempre estuviste en contra de todo esto, Apud.

—Ya ves...

Se marcó una pausa incómoda. Kramer la volvió a romper:

—¿Y qué va a haber que hacer?

Apud se pasó varias veces la mano por debajo de la barbilla:

—No sé... no sé —y estiraba el cuello—; no tengo idea.

—Pero es que hay gente que no me quiere nada, viejo.

—No sé, no sé... —insistía Apud flojamente—. Vos sabrás.

—¿Y tus amigos?

—Saben tanto como yo, Kramer.

Habían llegado a una plaza. Kramer lo invitó a sentarse. Apud dijo que no, que gracias, que estaba apurado. Sólo advertía que Kramer se sonreía por el brillo de sus dientes macizos.

—¿Te reís?

—No es nada —Kramer hizo un mohín—; no es nada serio.

—Pero te estás riendo...

—Es que...

—¿Qué?

—Me causás gracia, viejo.

—¿Por?

—Me parece que te pasa algo.

—Terminá de una vez...

—Sí, Apud —Kramer le apoyó la mano sobre el hombro como para calmarlo por lo que iba a decir. Él no quería irritar a nadie: — Me parece que tenés miedo —murmuró.

—Es que tengo miedo, Kramer.

—¿Vos?

—Sí, Yo, Kramer.

—¿En serio?

—Hace años que tengo miedo —la mano de Kramer oprimió con más fuerza. Apud sintió un estremecimiento: esa presión dulce y firme en el hombro le resultaba intolerable.— Y ya no aguanto más —agregó.

—¿Y qué dejás para mí, Apud?

Y pasaron esos días ambiguos, contradictorios. Apud sentía que hasta último momento se estuvo jugando el escamoteo del "sí" y del "no". Por primera vez se aferró a esas ganas de que todo terminara. Pero de cualquier manera. No bien o que se abriera algo. No. "Que termine de una vez", se decía. Algunas cosas empezaron a llamarse por su nombre. Sus camaradas empezaron a reconocer su cuerpo como propio, sus cinco dedos —uno, dos, tres, cuatro y cinco— exactos, definitivamente numerados. Y para el

de más mérito, para el de mejor nombre, para el menos tuerto se abrieron una serie de cosas. A su lado empezó la gran cabalgata de la repartija y la inquisición. El país entero tembloteaba de codicia y de honorabilidad. "Hasta la revancha tiene su decoro", le comentó a alguien. Todo se podía dividir entre varios —una parte para éste y la otra para el de más allá— y los caprichosos, minuciosos escrutinios del bien y del mal lo rebalsaron. Comprendía que en ese momento había que ser más o menos equitativo y muy rápido. Todos eran puros —ahora, sí— y exhibían desesperadamente sus llagas, viejas y cultivadas llagas de demócratas, de empeñosos y secretos luchadores, de honestos. O de asqueadas víctimas. Todo lo que rodeaba a cualquiera, tenía su pecado. Seguro. Los culpables moraban alrededor, agobiados, embadurnados de pegotes de infamia. Y cualquiera podía impugnar la de éste, la del otro, la de todo el mundo. Y a la inversa. Cualquiera resultaba cómplice y rival de pureza y de angurria. A Apud lo destinaron a un colegio. Estuvo tres días. Los de allí desplegaron su mejor obsecuencia. Él, incluso, se protegió en su mejor impasibilidad. Sentía que lo espían para correr a adularlo. Lo ensalivaban: era inmundo Pretendió ser lejano e implacable. En un momento se descubrió pensando que había amontonado algo de verdad y que la podía distribuir majestuosamente. Era la oportunidad de ser el hombre probo. "Una roñosa oportunidad". Echó a dos: uno no había aparecido en dos años, el otro tenía que enseñar latín y dictaba francés. Allí no había nada más que imbecilidad. Poco más o menos como en todas partes. Al cuarto día, tuvo que ir a informar de su actuación a una de las comisiones. Allí estaba Kramer. Apud no se asombró: era natural. Lo raro hubiera sido no encontrarlo. Tenía algo de curso astronómico: se calculaba, se lo veía venir, se acercaba y ocurría y listo. Kramer vestía con una rebuscada eficacia; era una ágil llamarada azul sobre el blanco del empapelado. Cuando lo vio a Apud, se adelantó con los brazos tendidos:

—¿Qué tal, qué tal? —cruzó toda la habitación con un paso elástico y silencioso—. ¿Qué tal, Apud, qué tal? —y le sacudió un rato las manos. Apud sintió que algo verde se le hinchaba sobre la lengua. No era nada más que una burbuja. Pero Kramer lo oprimía y lo anegaba en su abundancia. Y eso se fué apagando—. ¿Dónde te ha tocado ir? —Kramer lo soltó apenas.

Apud le dió el nombre del colegio.

—¿A ese lugar?

—Sí.

—Pero... —el rostro de Kramer se endureció apenas—.

¿Y nada más?

—No... no...

—Pero es poco para vos. Vos podés pedir cualquier cosa. Estás en tu derecho —entonces se volvió majestuosamente hacia unos tipos que había allí. Tenía algo gigantesco, de matrona romana:— Señores acérquense por favor —anunció; era el dueño, mandaba, podía hacer lo que se le antojara. Hablaba velozmente, más rápido que otras veces, por sí a Apud se le ocurría sospechar. Él era Kramer, sí, sí, pero había cambiado, había reflexionado. Todo lo anterior era una equivocación. Claro. Él lo admitía. Su sola presencia ahí demostraba eso. "Estamos entre caballeros", se dijo

Apud con sorna. Un pacto entre caballeros. —Este señor —prosiguió Kramer—, es el profesor Apud, compañero mío de la facultad... —los otros se fueron acercando: uno inclinó su cabeza reluciente delante de Apud, otro cargaba un anillo violeta muy grande, excesivo, a otro lo había visto alguna vez, tartamudeaba al hablar. Era una ronda solemne, muy divertida. Apud pugnó por ser preciso: "Ceremonioso", se dijo. Una ceremonia, un baile de correctos estúpidos. Todos le tendieron la mano, brillaban, ellos sí que eran dueños de su cuerpo y de sus opiniones. El país saldría de todo lo que había pasado, el futuro estaba abierto, no habría más chusmas ni dictadores, se amaban recíprocamente, alternadamente. Apud sintió que exhibían un bienestar visceral. Todo ésos exudaban fervor, confianza en el hombre.

—Apud me conoce hace años y sabe de mis angustiosas contradicciones —Kramer hablaba para todos—. Hemos discutido muchas veces sobre todo esto... con altura...

—Sí...

—Él puede decir quién soy yo... él puede dar una opinión definitiva sobre cada uno de nosotros.

Apud volvió a cabecear pesadamente. Presintió que podría largar una carcajada o escupirlos a todos ésos y sería lo mismo.

—Creo que éste es un momento excepcional para todo... para todos —Kramer ahora se movía con unos movimientos de anunciador profesional, grandioso, un poco mecánico. Apud advirtió que tenía la boca más grande. Podía entalcarse la cara. Sus labios se entreabrían con la sonrisa de siempre: —Pocas oportunidades semejantes hemos vivido anteriormente... —continuó; se había acercado a Apud y lo estrechaba con un brazo mientras con el otro marcaba grandes ademanes... yo creo que esta aparición de Apud merece festejarse... —lo miraba muy de cerca y Apud olía su perfume a mandarina y sentía sed y asco... deberíamos brindar porque todo ha sido verdaderamente excepcional... —y movía la cabeza de arriba hacia abajo para sugerirle la respuesta—; Apud comprendió que le correspondía decir que sí, nada más que eso. Afirmar que el mundo era redondo y que desear a la mujer del prójimo era pecado. Que las fiestas de guardar, que la fornicación. Tenía que exhibir un fervor edificante, de viejo héroe contenido, seguro de sí... —¿No es cierto, señores? —concluyó Kramer.

—Sí, sí —respondieron los otros. Apud los observó: movían la boca como unos pájaros amaestrados y runcos.

—Entonces... —Kramer se levantó en punta de pie... ¡Viva la libertad!

—¡Viva! —corearon los otros.

—¡Viva la libertad, Apud! —lo animó Kramer mirándolo de cerca con sus ojos acuosos. Kramer le sugería discretamente que debía participar de su entusiasmo, de su verdad. Que Apud no desentonara, que cumpliera el papel que le asignaba. Que se confundiera con él.— ¡Viva la democracia! —que no se resistiera a ser Kramer mismo—. ¡Viva la democracia, Apud!

—¡Viva!...

DAVID VIRAS.

"Sur" o el antiperonismo colonialista

A QUELLOS entre los lectores más rudos habrán buscado en vano en el número especial (237) de la revista "Sur" dedicado a los acontecimientos políticos de nuestro país ("Por la reconstrucción nacional"), acontecimientos que seguramente pasarán a la historia del es-

píritu... algo que no sea espíritu. Frente a la hemorragia de espiritualidad del grupo Sur es necesario que nosotros a nuestro turno comencemos por decir que contra el espíritu, nada tenemos. Y aun y si tuviéramos aquí lugar para adentrarnos en una crítica estrictamente estética, creo que

sería fácil demostrar el bajo nivel cultural de los artículos que componen ese número: nos limitamos entonces a declarar nuestra insatisfacción espiritual. Espiritualmente, *Sur* no convence. Si por espíritu entendiéramos la condición necesaria para realizar o para gustar arte no creo que no podamos afirmar, hoy, lo que se nos ocurre una franca decadencia artística, cultural y espiritual de la revista. Por más conmovido que tuviéramos el ánimo, por más levantado que estuviese nuestro pundonor moral, nos cortaríamos las manos antes de suscribir, por ejemplo, la poesía de Silvina Ocampo. Pero esto poco importa. Lo que importa en cambio es saber —desde el momento en que *Sur* es algo así como la vedette encargada de exhibirse rodeada de los mejores espíritus argentinos—. ¿Qué es lo que se entiende en *Sur* por espíritu? Espíritu, arte, moral, ciencias: es necesario salvar a las élites de la irrupción de las masas en la historia. Salvar a las élites es salvar al Hombre, nos dice Guillermo de Torre en un largo artículo donde repite los lugares comunes más gruesos de los más finos ideólogos burgueses. Las masas, nos recuerda sin embargo Guillermo de Torre, no son “sólo ni principalmente las masas obreras” sino “el conjunto de personas no especialmente calificadas” (es decir, lo contrario de las minorías, “individuos o grupos de individuos especialmente cualificados”¹). Estos grupos “especialmente cualificados”, así, no se opondrían a los intereses de la masa trabajadora. En *Sur* no son antiobreristas. Es seguro: aman demasiado a todo lo humano para no amar al obrero. Desde las primeras páginas de la revista ellos se ponen a cubierto del reproche de olvido de la miseria humana: “Mientras las sociedades modernas segreguen la miseria como un producto normal de su funcionamiento, no puede haber en ellas reposo para el cristiano”². Pero, y desgraciadamente, y dos renglones más abajo, leemos: “Mientras los estados segreguen la no libertad de expresión como un producto normal de su funcionamiento no puede haber en ellos un lugar digno para el artista”. De este modo el lector se topa a la vez con el repudio de todo régimen dictatorial, con una toma de posición en el plano de la política internacional. Por un lado con el rechazo casi apodictico de un mundo cuyo “normal funcionamiento” supone la “miseria”, por otro lado con la afirmación de que la dignidad humana es inseparable de la dignidad especializada, la podríamos llamar así, del artista. Indudablemente: dos verdades. Y no podríamos ir en contra de la segunda sin hacernos sospechosos de brutalidad o de grosería. Pero basta que en *Sur* sean afirmadas las dos del mismo golpe y con fuerza equivalente para que reencontremos el fundamento general del anticomunismo. Porque creemos entender: esas dos verdades no pueden ser afirmadas simultáneamente más que como una rebeldía que se nos ocurre estéril. Determinarse por la “dignidad” y “la libertad” del artista significa, concretamente en el plano de la estrategia cultural internacional, hacerlo en contra de la URSS. Y la esterilidad, nos parece, forma aquí sistema con la dinámica contradictoria del pensamiento de los intelectuales pro-occidente y con un desprecio nunca confesado por la verdad. Es necesario entonces, así sea rápidamente, que nos detengamos para hacer recordar aquellas contradicciones y este desprecio.

La “verdad”, para el grupo *Sur* (“ésta es la palabra en la que me detengo, ésta es la palabra a la que quería llegar”) significa el no olvido de la publicación de “testimonios” sobre los campos de trabajo soviéticos..., pero a la vez el silencio absoluto sobre la empresa de colonización yanqui en el sudeste asiático por ejemplo o en centro y sudamérica, etc.... La “verdad” (“aquello sin lo cual nada

sólido y nada grande puede construirse”) significa ser preso de la necesidad imperativa de “enterar a la opinión” sobre la situación del intelectual de atrás de la cortina de hierro a la vez que el mudismo más cortante sobre el macarthismo cultural en los EEUU. Significa, en fin, tener fe en que las discriminaciones raciales y políticas en los EEUU desaparecerán un día seguramente por el ímpetu avasallador de la bondad humana, y, en fin, callar, a pesar de que “todas las persecuciones disimuladas bajo formas codificadas y legales —nos parecen igualmente odiosas”. Pero todo esto es historia antigua y el modo de superar las contradicciones de los grupos que en el plano internacional sostienen la posición de *Sur* ya no puede sorprendernos: nominalismo, cinismo, etc...³ Lo que en cambio no deja de sorprendernos es que “*Sur*”, y siempre en honor de la “verdad”, sale a la calle en momentos en que el golpe “democrático” de Aramburu decanta la simultánea destrucción de la unidad sindical argentina, lo que no podía dejar de contradecir la “tradición profunda de nuestro país, que es una tradición democrática”, sin una línea, ni una “entrelínea” de reproche, y en cambio con algunas de justificación: “...felizmente para la lucidez y seguridad de los argentinos, el régimen actual ha comprendido que la función de gobernar no es patética”, escribe Borges. Victoria Ocampo, por su parte, y luego de alabar a los revolucionarios (“si el impulso de algunos hombres que se jugaron la vida no hubiera intervenido de manera milagrosa...”), escribe: “No imaginemos que esos hombres puedan, por medio de nuevos milagros, resolver nuestros problemas infinitamente complejos, en un lapso de tiempo tan corto como el de la interminable semana de la revolución”⁴. Es cierto que aquí correríamos el peligro de dejar filtrar un equívoco. Victoria Ocampo escribe su artículo una semana después de la caída de Perón y la C.G.T. recibe el golpe de gracia a mediados de diciembre. Pero *Sur* sale a la calle, sin embargo, posteriormente a esa fecha, ¿no habría entonces tiempo de agregar algún editorial? ¿No está acaso en la tradición de la revista el agregar o quitar editoriales a última hora? Sin embargo, y con derecho, ya que Victoria Ocampo se declara por encima de las diferencias de clases (“Los intereses de clase, de partidos, de naciones, no deben jamás obstaculizar el cumplimiento de tan sagrada misión”: el decir la verdad), podríamos pensar que lo que ella llama “nuestros problemas infinitamente complejos” nada tienen que ver con los problemas del proletariado en general ni con los del proletariado argentino en particular. Con derecho, decimos, puesto que en otro lugar, y ahora en honor del sindicalismo, Victoria Ocampo publica un artículo de H. O. Ciarlo con el pomposo título de “Sindicalismo y Estado” en el cual se comienza por recordar que si bien “el hombre es por naturaleza gregario (...) es por naturaleza muchas cosas”, que si bien Aristóteles lo definía como “zoon politikon” suele olvidarse que el hombre es “también un individuo”. Entendamos: con o sin la intención determinada, ¿no se trata aquí de justificar literaria y filosóficamente la política de atomización sindical en la que se ha comprometido el actual equipo gobernante? Pero no nos apresuremos. En general, los hombres de buena voluntad, la burguesía liberal, no

³ En la polémica general entre comunismo y liberalismo el segundo reprocha al primero el empleo metódico de la astucia, el engaño y la mentira. Los comunistas han contestado que el amor a la verdad ha servido para enmascarar —como ya lo señalaba M. Ponty en 1947— la represión de las huelgas en EE. UU., la intervención militar en Palestina y en Indochina, el desarrollo del imperio americano en el medio oriente, etc. Sin embargo los liberales no han dejado de conservar, digámoslo así, el monopolio de la verdad, el respeto a la ley y a las conciencias..., como la característica definitoria de su política. Simone de Beauvoir, señalaba recientemente el caso de Burnham, un maquiavelista convencido, que no deja de adscribir a la zona de la verdad...

⁴ *Sur*, ibid., pág. 8.

¹ *Sur*, No. 237, pág. 66.

² *Sur*, ibid., *La hora de la verdad*, pág. 2.

es, como lo hemos dicho, antiobrera. Al menos: no lo es para sí. Es decir, que si no se declara tal es porque no se lo ha confesado a sí misma: por eso decíamos que el artículo de Ciarlo, sus derivaciones políticas inmediatas, podía no estar de acuerdo con las intenciones de Ciarlo... El liberalismo (el radical-socialismo europeo, el radicalismo francés, el radicalismo unionista argentino, el socialismo actual, los centro-católicos, etc.) que opone la evolución social a la idea de revolución no está seguramente en desacuerdo con la idea de mejorar la vida del proletariado al que con buenos modos le piden que se mantenga estrictamente en el plano sindical, vuelto únicamente a sus intereses profesionales. Entre nosotros, la política separatista que se ha seguido con la C.G.T. —si bien esconde mal los intereses políticos de los socialistas y de los demás grupos minoritarios— es la consecuencia de esa jamás vencida mentalidad liberal. Entre nosotros, los argumentos morales han sostenido a las intervenciones: el peronismo como mal absoluto. Por otra parte, el argumento que esa mentalidad desprende y con el cual se trabaja a la opinión o con el cual ella se trabaja a sí misma, es un no-argumento tejido sobre la confusión entre la idea de libertad sindical y la política en los sindicatos o su politización. De esta confusión ha podido salir milagrosamente la idea que hoy mucha gente rumia como una verdad inexpugnable de que la ingerencia de la C.G.T. en política es sinónimo de la pérdida de la libertad individual de los obreros y de la destrucción de la democracia sindical. Así, y ahora en honor de esta confusión y de aquella mentalidad, Ciarlo escribe más abajo: "No se trata, al formarse las agrupaciones sindicales, de defender solamente los intereses particulares del gremio y menos aun de creer que la finalidad es la seguridad económica, que es la idea de muchos obreros"⁶. Lo que nos permite discernir con facilidad los dos momentos en que aquella mentalidad seguramente se divide: a) respeto al obrero... y como ese respeto se vuelve inusitadamente inseparable, por obra de la evolución histórica, del respeto a la unidad sindical: respeto —nominal al menos— a esta última (Ciarlo se puede dar el lujo de matizar lo que dice con un ligero tono de consejo: "...no se trata de defender los intereses particulares del gremio..."); b) tal unidad, sin embargo, se establecerá sobre el plano profesional, para alcanzar, cuanto más, el nivel de lo social: mutualidades, socorros, etc.⁶. Nuestro paradigma sindicalista klerkegardiano, sin embargo, así como la voluntariosa Victoria Ocampo, no han de poder ocultarse que el mejor modo de ir a favor de "las sociedades modernas" que "segregan miseria como un producto normal de su funcionamiento" no puede ser sino tratar de convencer al proletariado de la necesidad de abandonar la lucha por su "seguridad económica", y tampoco podrán ocultarse la semejanza de sus conclusiones con aquéllas que están en la base de la "unión sagrada" en la que hoy, una vez más, se espera comprometer al proletariado argentino⁷.

⁶ *Sur*, ibid., pág. 124.

⁶ En cuanto a lo que Ciarlo entiende por sindicalismo nos parece útil reproducir algunos renglones de antología: "...Además el trabajo con la inclusión de la máquina se ha transformado en rutina y la rutina es destructora de la personalidad. Para combatir y arrancar al obrero del tedio que la provoca o la indolencia en que lo sume, deben crearse ateneos, bibliotecas, clubes, etc., que aporten inquietudes y distracciones que ayudarán a impulsar su pensamiento para el logro de una *convivencia feliz*. Y en esto consiste el *derecho* y el *deber* de las *asociaciones profesionales* o *sindicatos*" (somos nosotros que subrayamos).

⁷ Las páginas de *Sur* están perfectamente plagadas de lo que podríamos llamar invitación al sacrificio... Masuh, por ejemplo, habla de "...comisión, un desbordamiento fraterno...". En otro lado dice: "Los enemigos de la democracia se reclutan entre los devotos de la democracia perfecta". Norberto Rodríguez Bustamante habla por su parte de "...honroso sacrificio colectivo...". Y en otro lado de "...egoísmo de cada grupo humano...".

Pero se nos podría reprochar que estamos juzgando a Victoria Ocampo y a *Sur* desde un punto de vista que Victoria Ocampo y *Sur* han rechazado desde que se llaman Victoria Ocampo y *Sur*. Es decir que los juzgamos sujetándonos no a lo que ellos son sino a lo que no son. Y en cierto sentido, es cierto: si juzgamos a Victoria Ocampo desde un punto de vista de izquierda, o sindical o revolucionario, como quiera decirse, ella aparecerá como lo que no es: y al menos quedará consecuente consigo misma ya que ella nunca se ha dicho revolucionaria. Pero si ella no está con el proletariado ni por el proletariado ella está de seguro con y por la burguesía: en una sociedad en la que hay víctimas y verdugos, como se ha dicho, no se puede no estar con los primeros sin hacerse cómplice de los segundos. ¿Es Victoria Ocampo burguesa? Seguramente: por su posición social y por la actitud que mantiene frente a su clase de origen. Pero en cambio sería difícil que ella aceptara reconocerse como tal. Los escritores de hoy, apoyados en la tradición de la literatura, tienen de sí mismos una concepción que no encajaría en lo que ellos entienden por burguesía. Escribir —se escriba lo que se escriba— a pasado a ser hoy —para los escritores burgueses— sinónimo de no-burguesía. Debemos entonces encontrar una imagen de Victoria Ocampo, extensiva en lo posible a los colaboradores de *Sur*, en la que ellos puedan reconocerse.

"¿A quién, pues, se lincha en los Estados Unidos por haber violado a una blanca? ¿Al negro? No: a sí mismo. El Mal es proyección; yo diría aún que es a la vez el fundamento y el fin de toda actividad proyectiva. En cuanto al malvado, cada uno tiene el suyo: el malvado es un hombre cuya situación nos presenta a plena luz del día y bajo una forma objetiva las tentaciones oscuras de nuestra libertad. Para conocer a un hombre honesto no hay mejor manera de hacer averiguar cuáles son los vicios que él odia en los otros con más pasión: y se tendrán las líneas de fuerza de sus vértigos y sus terrores, se podrá respirar el olor que apesta a su alma bella."

(Sartre: *Saint Genet*, Gallimard, pág. 34).

Victoria Ocampo define al espíritu como concordancia con la verdad. ¿Dice la verdad entonces Victoria Ocampo? Lo hemos visto: no. ¿Pero no nos enredamos con el sentido de las palabras? ¿Qué se entiende en *Sur* por "verdad"? La respuesta es simple: la palabra tiene el significado que sugiere la frase "campos de trabajo soviéticos". La verdad, aquí, es algo que debe ser dicho. Verdad es decir la verdad. Denunciar. ¿Qué? Pues bien: lo inhumano. La verdad que es concordancia con el espíritu que a la vez debe ser lo humano por excelencia, será, lógicamente, denuncia de lo inhumano. Y nada en verdad es más inhumano que la violencia: un hombre castigando a otro hombre, un hombre torturando a otro hombre. Tortura, castigo, violencia: he ahí la zona de la humanidad de hecho —la nuestra— en que la idea de humanidad se asesina a sí misma. La violencia es a tal punto la imagen de lo inhumano para Victoria Ocampo que así se trate de un cochero castigando a su caballo ella ve, y no sin estremecimiento, en el sufrimiento del caballo, el símbolo de nuestra época. Lo que no deja de honrarla. Pero de paso, podríamos saludar aquí, y señalar, la idea de que esa repulsión casi física por la violencia, característica seguramente distintiva de lo espiritual, se da en ciertas personas del modo más accidental, así como "no hay dos personas que tengan las mismas impresiones digitales", y ya desde la infancia misma de esas personas, "quizás incluso como una advertencia del destino"⁸. Así, y por un lado, la persona recibe el don preciado en la infancia sin mediación de ninguna actividad: el espíritu es un dato, algo inseparable del nacimiento de ciertas y determinadas personas privilegiadas así como algo de lo cual ciertas otras personas se encuentran privadas:

⁸ *Sur*, ibid., pág. 129.

"la naturaleza de cada persona"⁹. Por el otro lado en cambio no se es una persona espiritual porque sí: es imprescindible una práctica —la práctica de la verdad, el decir la verdad— y se llega a serlo sobre la marcha: diciendo verdades, militando en la verdad... Se nos dirá aquí que Victoria Ocampo es de una reconocida, perdonable y aun, encantadora ingenuidad. Pero aquí no se trata de poner en ridículo lo que ya se sabe, sino, y simplemente, de hacer más patente lo que la ingenuidad de Victoria Ocampo trae a plena luz del día. Hacer patente lo que para nosotros constituye una manera general de pensar el mundo, o lo que es lo mismo, de pensarse en el mundo. Esa ambivalencia del espíritu, esa manera a "dos puntas" de ser espiritual, nos entrega una imagen bastante certera de lo que la burguesía entiende por espíritu: cuando una de las dos puntas se hunde siempre la otra queda en la superficie. Vaivén flotante al que Marx llamaba "consolación". La traición a la verdad, o su omisión, puede pasar así, por una inversión mágica, a convertirse en sustituto de la militancia en la verdad. Y se puede, así, tocar fondo en el espíritu, embellecerlo y profundizarlo, no casualmente diciendo la verdad sino callándola. La verdad no dicha, interiorizándose, se hace más preciosa. Y se llegará al extremo de hacer de la cobardía de callar la virtud sustitutiva de la valentía de hablar: "Últimamente, Martínez Estrada me decía que habíamos sido casi todos cobardes (se refería, creo, a nosotros los intelectuales), pues hubiéramos debido hacernos matar gritando la verdad"¹⁰. De esta manera, y del modo más grosero, Victoria Ocampo nos refriega el honorable —por cuidadosamente deshonrado— perfume de su espíritu... Y no piense el lector que nosotros reprochamos a Victoria Ocampo lo que ella se reprocha. Para que ella pueda hablar de "gritar" debió estar convencida de que el régimen era algo así como la encarnación del Mal absoluto. Y no es que creamos por optimismo que el Mal no existe pero creemos que si el peronismo ha sido ese Mal al menos es necesario explicar en qué consistía y por qué era absoluto... Mientras tanto y en la práctica, estamos seguros de ganar muy poco asignando por decreto la maldad intrínseca a un régimen, salvo, eso sí, justificar todas las maldades del régimen que lo ha seguido: posteriormente a 1930 los conservadores justificaban su gobierno recordando las deficiencias del régimen irigoveniano. Se comprende por otra parte de dónde sale la manía justificatoria del actual gobierno que chorrea de las páginas de *Sur*: junto al Mal absoluto todo Mal no puede más que adscribirse a lo relativo... En fin, lo que más predispone contra *Sur* es su buena conciencia. Por otra parte, creemos en contra del modo general de interpretar política de las derechas, que la historia tiene sentido: Perón —el aventurero, el hombre sin escrúpulos, sin moral, sin principios, el arribista, el cómico, el "monstruo", el "personaje craso", el "anticuado tirano", el "hombre menos original" que los peores romanos, el falso, el hipócrita, el hombre de la voz "que conocía el registro de todas las infamias", en fin, el payaso— no explica ni determina los diez años de peronismo que hemos vivido. Si la historia tiene sentido, si de alguna manera se puede hablar de sentido de la historia no se puede hacer de un hombre el productor absoluto de ese sentido sin caer en el absurdo. No se trata de discutir si Perón era un payaso o no. Se trata de describir las condiciones que hicieron posible que un payaso nos gobernara durante diez años, que esa "ilusión cómica" pudiera convertirse en la esperanza del proletariado argentino. Porque es necesario que la historia tenga sentido para poder imaginar la posibilidad de actuar sobre ella —y aun, para que el voto o la simple opinión política puedan levantarse

sobre el escándalo que significa ya, en las sociedades liberales, el hecho de que se vote o se opine completamente a ciegas. De que se vote trabajando por alguna propaganda o por alguna demagogia... como dicen en *Sur*. Pero se sabe, las propagandas, en las sociedades liberales y democráticas, están en la base de su pundonor por la libertad. La libertad política brota en ellas de la idea de libertad y ésta toma cuerpo en la libertad de expresarse y de hacer propaganda. Es decir: la libertad de trabajar las conciencias. Y dicho al revés: lo que está en la base de las sociedades liberales es el profundo convencimiento —o la esperanza indomable...— de que la historia no tenga sentido. Pero entonces, y si adoptáramos el punto de vista de *Sur* —el peronismo como Mal absoluto y el azar absoluto que marca su aparición— tendríamos derecho a reprochar a Victoria Ocampo lo que ella se reprocha: su cobardía. Salvo que podríamos reprochárselo en serio para levantar el juego de la autopunición cómplice en la que ella parece complacerse... *Sur* callaba cuando era necesario gritar... ¿pero de verdad no se podía haberlo hecho? ¿Cómo saben en *Sur* que no se habría podido gritar si no lo han hecho? Se nos contestará sin duda que las consecuencias no se habrían hecho esperar: el régimen habría clausurado la revista de inmediato. ¿Pero es seguro? ¿Cómo saberlo? ¿Por otra parte: ¿si la hubieran clausurado, qué? ¿Qué diferencia hubiese habido entre el silencio —doble silencio: sobre la situación política del momento y el silencio metafísico de Murena que constituía el centro de gravedad de la revista —al que *Sur* tenía acostumbrado al lector, y el silencio real, consecuencia de una clausura? ¿Y esa clausura impuesta no habría tal vez alcanzado el corazón del lector mucho más que el silencio? ¿Ese pasaje de lo probable a lo verdadero, de lo imaginario a lo real, no habría por otra parte coincidido con esa necesidad espiritual de sentir la violencia en lo físico, en la carne... de la que nos habla Victoria Ocampo? Pero podríamos sin embargo ponernos de acuerdo en que callar es aún una manera de hablar, que el mejor modo de reprobar a aquel Mal absoluto... era callando sobre su política, que la presencia muda de *Sur* era su modo de comprometerse, que su silencio era su manera de impugnar y de despreciar, y que en todo caso el silencio era dado como condición, impuesto por las circunstancias: el silencio eran ellos y su circunstancia... como habría dicho Ortega y Gasset. ¿Pero entonces por qué llamar "cobardía" a lo que no era más que una contestación real a las posibilidades reales de un momento determinado? Entendamos: en *Sur* no sabrían asignarse a sí mismos ningún tipo de actitud mediocre. Seguramente que se trata de espíritus abisales... ¿Y no es en el borde de dos abismos opuestos donde se sitúa, para Victoria Ocampo, la comunicación humana? Es importante, nos parece, señalar aquí que Victoria Ocampo sólo conoce dos modos de comunicación: el grito y el rezo. Y seguramente: ¿qué podría quedar de la palabra, del modo simple de reciprocidad, en ese espíritu roído por tantas contradicciones? ¿De esa aparición de la cobardía en el lugar donde debería haber valentía? ¿De la toma de conciencia de esa cobardía? Es seguro: confesión, llanto, ruego humilde y altanero a la vez, desafío, orgullo, culpa, desprecio, etc.; resumiendo: hay sólo dos modos de comunicación: gritar o rogar. Gritar, notemos, que es la negación del modo simple de comunicación que es espera de la palabra del otro, simple reconocimiento del otro, para alcanzar a través de él el propio reconocimiento... En el origen del grito está el no reconocimiento del otro. La abolición de la contestación. Gritar es alcanzar al otro en lo que tenga de más esencial, alcanzarlo de un golpe y acallarlo. Más exactamente: herirlo. Herida de lanza o estocada: he ahí la imagen que más perfectamente remeda al grito en el seno de la comu-

⁹ *Sur*, ibid., pág. 129.

¹⁰ *Sur*, ibid., pág. 7.

como fe en el triunfo de la quietud y de la espera pasiva y como rechazo de toda violencia? La "resistencia pasiva" en Gandhi, para decirlo en lenguaje sartriano, estaba en situación. Representaba la respuesta concreta de un pueblo frente a los imposiciones y las negaciones de la nación colonialista. Era una lección moral ofrecida a la nación opresora —la más inteligente de las lecciones ya que se basaba en el espíritu mismo ("profundamente" cristiano, protestante: "evangélico") en que Inglaterra se encontraba comprometida por su tradición y por su historia. Pero era a la vez una táctica política, un modo de luchar de acuerdo a una estrategia definida, a fines precisos y a objetivos determinados. La "resistencia pasiva" en boca de Victoria Ocampo se nos ocurre en cambio fantasmal. ¿Quiénes son sus aliados? ¿Quiénes, concretamente, aquéllos contra los cuales lucha? ¿Cuáles son los principios de los otros que ella reivindicaría para sí, al estilo Gandhi, para ajustar el contragolpe? ¿Lucha ella del lado de aquellos hombres que en una sociedad que los niega necesitan de una liberación concreta para ser hombres? ¿Está ella contra esa negación que les viene de una sociedad injusta que los quiere objetos, miseria o ignorancia, cualquier cosa menos hombres? "Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdónamos a nuestros deudores"¹³ ¿Pero Gandhi, de quién tenía que hacerse perdonar? El "pongo" boliviano, el "roto" chileno, el campesino guatemalteco, ¿tienen acaso deudores a quienes perdonar? Ese lumpenproletariado tan magistralmente expresado por Asturias, ¿qué es lo que tiene que hacerse perdonar? ¿Sus enfermedades, su fealdad, sus robos, sus crímenes? Es estúpido: ellos nacieron en una sociedad que los preparó pacientemente para que no puedan ser otra cosa. ¿Las "hordas peronistas", ese proletariado —engañado o no, digitado o no— que salió a las calles a quemar iglesias, qué era lo que tenía que hacerse perdonar? A no dudarlo: la falta de delicadeza... ¡Ay de ustedes nuestros queridos socialistas, de ustedes que ayer sufrieron algunas cárceles no demasiado incómodas, posteriormente golpistas declarados y más posteriormente responsables de casi la totalidad de las medidas antidemocráticas de este gobierno democrático, hábiles saltadores de sindicatos, hábiles saltadores resguardados por las fuerzas de la Infantería de Marina, casi-valientes de ayer y cobardes de hoy, sostenedores y justificadores de todas las violencias llevadas a cabo en nombre de la moral y de todas las comisiones investigadoras que aun no han dejado de tener metidas las narices en el sexo de las adolescentes que tuvieron relaciones con Perón, ay de ustedes nuestros queridos socialistas hoy con la mierda hasta los codos y que otrora habían puesto todo el honor revolucionario en el anticlericalismo, de ustedes aquellas "hordas" esperaron algunas palabras de justificación. Era sencillo: a aquel proletariado que quería vencer "saliendo a la calle" había que decirle que así no se vencía. Era necesario decir muy poco: no que la destrucción de los templos, de los cálices e íconos era brutalidad o fealdad, sino que eran ineficaces. No que la dignidad de la cultura o de alguna dignidad sin nombre y emplazada por encima de la cabeza de los hombres adosara ipso facto un juicio moral a aquellas destrucciones. No que la fealdad se asimila a la maldad y el parecer al ser, como en el moralismo más craso. Era simple, había que comenzar por explicarles que tenían razón, que los templos, símbolos arquitectónicos de una moral divina eran a la vez los símbolos de la inmoralidad humana, que la historia de la Iglesia era la historia de la lujosa justificación divina de la opresión humana y que en este sentido ninguna moral podía enjuiciar la destrucción de objetos religiosos —catedral o crucifijo de madera— que tan largamente habían oficiado de "pundonor solemne" a la vio-

nicación. En el rezo, en cambio, se trata de hacer presa del otro, pero de distinta manera: envolviéndolo... Cuando oímos rezar, en voz baja, calladamente, las palabras cuyo significado no alcanzamos a entender van entrando en nosotros lentamente, como en contra de nuestra voluntad, nos cubren, nos van ganando como por adherencia física, como en un baño en que el agua fuera subiendo lentamente desde los tobillos hasta terminar por cubrirnos o como en el proceso de una enfermedad en que la fiebre aumenta lenta y sostenidamente hasta que al fin, apesándonos, termina por sumirnos en el desgano y en la postración. Obsérvese que rezo y grito forman una pareja en que el otro es puesto como objeto y nunca como libertad a convencer. Grito y rezo, espada y oración, el guerrero y el santo, o como bien dice Simone de Beauvoir, la bomba atómica y la cultura. Enemigo a doblegar o cuerpo calenturiento, el otro, es en ambos casos suprimido como sujeto. Sujeto de conquista o de misión se tiende a convertirlo en objeto. Conquistadores y misioneros por un lado, seres dignos solamente de ser conquistados o salvajes poseídos por alguna religión pagana por el otro: entre estas dos especies de seres de naturaleza tan desigual es imposible el diálogo. Los segundos serán cuerpos para herir o para probar los adelantos de la técnica o salvajes que desconocen simplemente la lengua de la civilización: es decir, lo opuesto a lo que los primeros entienden por hombre. Y entre un hombre y un subhombre, se sabe, no cabría diálogo alguno. Entre un francés —hombre de la civilización occidental— y un malgache la palabra es imposible: sólo queda la policía y la cruz. Refiriéndose a la posición de los intelectuales de *Temps Modernes* Silvina Bullrich lo ha dicho con el mayor descaro: "...no podrían causarnos gracia esos intelectuales ávidos de una utopía comunista, el ensueño de vivir una igualdad con el último salvaje del África..."¹¹ ¿Será entonces por casualidad que la estructura del comportamiento colonialista es tan semejante a lo que parece estar constreñida la comunicación para Victoria Ocampo? ¿Será por casualidad que Sur tiene en el plano internacional la posición que tiene? ¿Será por casualidad que en Sur hablan tanto de "misión"? Victoria Ocampo escribe: "El respeto a la verdad, que define al espíritu es cuestión de educación. Se forma con lentitud en los pueblos". Entendamos: ¿Qué educación —educación en la verdad— pueden llevar a extender Victoria Ocampo y sus amigos, esa gente que tan desgraciadamente se encuentra expulsada del terreno de la verdad, que por más que quiere decirlo no puede hacerlo, que ¡ay!, pareciera no poder pegarla... con la verdad? Pero entendamos mejor, es fácil: si los pueblos dicen "alpargatas sí, libros no", los intelectuales de derecha invertirán el eslogan y si los pueblos hablan de su necesidad de liberarse ellos les contestan recordándoles los beneficios de "la inteligencia (...) y de la moral evangélica", pero, se sabe, cometiendo el error incorregiblemente burgués de asimilar la inteligencia a la necesidad de permanecer oprimidos...

Pero pareciera que corremos el riesgo de que Victoria Ocampo ni los colaboradores de Sur puedan reconocerse en esta descripción, o lo que es peor, que sea el lector quien no pueda reconocer... Del grito que hiere en los oídos a la espada que hiere en la carne y de la espada al guerrero. El guerrero y el santo, decíamos. Sin embargo, Victoria Ocampo dice: "... héroes o santos de la grandeza de un Gandhi"¹² El espíritu de Victoria Ocampo es una gruta con una vuelta secreta y pública a la vez: el héroe, no será el guerrero. Ni la espada ni el nervio definirán al heroísmo. Éste, por el contrario, será flaccidez, pasividad, quietud, "resistencia pasiva". Pero aún así: ¿resistencia a quién? ¿Con quiénes se solidariza ese espíritu que se autodefine

¹³ Sur, *ibid.*, pág. 8.

¹¹ En "La Nación", enero de 1956.

¹² Sur, *ibid.*, pág. 7.

lencia humana. Había que explicarles que tenían razón. Pero a la vez, había que decirles que de la razón no surge de por sí una táctica. Había que explicarles que estaban equivocados en su manera de tener razón. Había que explicarles que en el juego político los objetivos inmediatos pueden no coincidir con los fines lejanos, o que difícilmente coinciden, y que si los últimos no deben dejar de ser apuntados pueden en cambio traicionar a aquéllos que los desean alcanzar demasiado rápidamente. Había que decirles que no tenían razón en su modo de estar equivocados. Brevemente: había que hacer recordar la experiencia española. Aquellos años de rebeldía y de anarquía incendiaria que terminaron por fortalecer a lo que se quería destruir. Había que decirles, así hubiese sido a posteriori, como lo ha hecho Troiani, que el único resultado de aquellas destrucciones no podía no haber sido el ensoberbecimiento de la Iglesia. Pero ustedes tenían hacerle el juego al peronismo... es cierto: estaban condicionados por una estrategia. Hacían política efectiva ¿Pero y la gente de Sur? Se nos dirá tal vez que si escribir no es hacer política efectiva es todavía una manera efectiva de servir a una política o a otra. En tal caso, y una vez caído el peronismo ¿a qué peronismo se teme servir? ¿O es que estos intelectuales, estos tibios intelectuales socialisantes, son tan cretinos o tan reaccionarios como para hacer de la paja quemada y de la fealdad de aquellos muñecos del Luna Park la viva imagen de la inmoralidad? Es lo que parece: ellos hablan tanto de "fealdad"...! ¿Fealdad? Imagínense: niñez y mistificación: verdaderamente una mezcla horripilante. La tela humilde y almidonada de los guardapolvos blancos pinchada por algún escudo peronista. Según parece los intelectuales de derecha argentinos, la gente de Sur, puede soportar cualquier cosa menos el recuerdo de la educación peronista: era una grosería. ¿Pero de que punto de vista se puede hablar de grosería sino desde el asiento de un espíritu casuístico y profundamente burgués que confunde espíritu con buenas costumbres y con cortesía? "La Razón de mi Vida" como texto escolar. El perfil de Perón en las escuelas primarias: era el escándalo. Una puta y un aventurero en las aulas argentinas: era la ignominia. "Reconstrucción", gritaron las cohortes de señoritas indignadas. "Reconstrucción": la palabra fué retomada por ciertos círculos de intelectuales de ideas muy confusas. ¿Mayo o el 53? Mayo, sin duda: entonces las cosas eran mucho más claras, más puras. ¿Mayo o fundar alguna sociedad pro defensa del candor infantil y de la virginidad de la juventud? Ah: una cosa no excluye a la otra. Mientras tanto algunos padres concientes retiraron a sus hijos de las escuelas del estado. "Soberanía Política, Justicia Social, e Independencia Económica": era la mistificación. "¿Y los héroes, los héroes de verdad?", grita con una histeria perdonable Ernesto Sábato, ese anaquista que la sociedad gracias a Dios ha podido recuperar. "Restitución", clama Massuh, "... sólo queda una tarea perdurable: la educación de las masas para el civismo. Las resistencias que es preciso vencer tocan a la formación espiritual del pueblo argentino. Es urgente inculcar que tenemos una historia, un hogar altivo, unos cuantos nombres venerables, y un santo fervor que no se ha hecho para una minoría sino para todos los hombres y mujeres de nuestra patria". ¿Soberanía política, etc., etc.? "Ya nos hemos olvidado de aquella curiosa doctrina nacional que había soslayado todas nuestras esencias", continúa Massuh con calma sabiduría. Pero en serio: ¿y esto? Esencias, santidad, historia, fervor, héroes, patria, hogar: perfectamente las palabras de orden de toda burguesía. ¿No les parece a ustedes estar escuchando la voz de Mario Amadeo? En fin, ¿no será que los hombres de élite, progresistas o conservadores, liberales o totalitarios, socialistas o católicos, terminan todos por parecerse? "Educar a las masas, espiritualizarlas", piden

angustiosamente nuestros espíritus refinados. Ah, uno tendría ganas de recomendarles que se callen: la trampa es demasiado vieja ¿Las masas? No: nosotros no dejamos de amar los matices: sabemos que hay diferencia entre un obrero metalúrgico y un bajo empleado administrativo o entre un pequeño comerciante y un campesino. Pero aunque no dejemos de recordar las diferencias entre la conciencia que cada uno de ellos tiene de sí mismo tampoco olvidamos que todos, en una sociedad burguesa, pertenecen a la misma zona de la realidad: son explotados. En cuanto al grado de cultura o a la conciencia de sí y de la sociedad con la que cada uno de ellos regula su modo de vivir, sus aspiraciones y hasta su modo de morir, tampoco olvidamos que ella es la otra cara de su situación concreta. ¿Educar, llevar la cultura a las masas? En fin: en una sociedad burguesa, gobernada, sostenida, justificada, conservada y glorificada por la burguesía la cultura que las élites podrían facilitar al proletario no podría no ser una cultura burguesa. De hecho el proletariado ha recibido y recibe en su conciencia el impronta de la autoglorificación de la burguesía. El hombre proletario, alienado ya que no puede como hombre ser sí mismo en tanto que las clases superiores lo despojan del fruto de su trabajo, está en verdad doblemente alienado puesto que la cultura que fluye de las clases gobernantes y que se filtra hasta el último rincón de su conciencia, le enseña a avergonzarse de sí mismo, le dice de los modos de la humildad, o como la humildad es una virtud, a enorgullecerse —tal el fenómeno de los últimos tiempos— pero siempre a condición de que no vuelva los ojos a su propia verdad, que es su despojo. En las sociedades burguesas sólo hay una cultura vigente y de ella y sin alternativa el proletariado se encuentra obligado a alimentarse. En cuanto a las élites, lugar sagrado del nacimiento de esa cultura, hoy no tienen más que extender de derecho esa cultura que de hecho vive enraizada en todas las clases sociales. Dicho de otro modo: lo que hoy las élites buscan no es meter en la cabeza lo que los hombres ya tienen sino, y sencillamente, evitar que éstos lo tiren a la basura. Y dicho de otro modo: la cultura hoy parece no poder colocarse en otro lado que en la vereda opuesta a todo intento de liberación... Y en tanto las élites ponen todo su pundonor humanista en extenderla, en tanto ese pundonor les haga entender esa tarea como una misión, la más alta, la más desinteresada, la más pura, la educación, en verdad y de esa mezcla solemne de educación y misión, dado el estado actual de las sociedades, no podrá salir más que el justificativo de la opresión. Algo muy semejante al sostén espiritual de toda empresa de colonización. Así, creemos que sólo hace falta un poco de buena fe para no cerrar los ojos a lo que representa sin duda una de las más cantantes contradicciones de las sociedades liberales: la falta de una cultura que atienda de verdad los intereses del proletariado. La falta de una cultura proletaria. Es cierto que si pensáramos en el arte, la contradicción se tornaría tal vez insalvable. La pintura y la música, hoy, evolucionan a saltos: el arte moderno que obedece a su propia dinámica, es revolucionario. Pero revolución aquí quiere decir especialización. Todos podemos escuchar Bartok o Schoenberg pero para llegar a ellos verdaderamente se hace necesario que nosotros a nuestro turno, tengamos una cultura musical especializada. El proletario, así, parece estar condenado a permanecer fuera de esa zona de especialización. A la inversa, el artista, y en cada avance técnico, hace la experiencia de que la otra cara de su progresión es su alejamiento de la masa. Pero no se trata de esto, aquí. Contradicción, decíamos, en tanto que las sociedades liberales que dicen de su respeto a todas las representaciones carecen de una cultura proletaria. En el mundo de la cultura vigente el proletario carece de representación: cuanto más existen sólo pequeños núcleos de obreros que habiendo

tomado conciencia de la situación de su clase pueden iniciar, de por sí, una conquista del terreno de su propia conciencia: son los militantes de los partidos revolucionarios. En tanto que en general y en la conciencia de cada proletariado la cultura burguesa permanece fuertemente aferrada. Nadie va en contra de sus propios intereses más que el propio obrero, decía Marx. ¿Y qué quiere decir esto sino que es necesario ayudar al proletariado a liberarse de lo que tiene en la cabeza y que esa liberación no puede venir sino del cotidiano desenmascaramiento de las ideologías burguesas? ¿Y qué es ese desenmascaramiento sino un simultáneo poner en la cabeza del proletariado la negación a dar un paso más allá de sus necesidades económicas? ¿Y cuál puede ser el resultado de esa negación sino una progresiva politización del proletariado? ¿Y qué es esa politización sino la comprensión de la necesidad de reivindicar continuamente el derecho al control de los medios de producción? Pero detengámonos: por sintetizar nuestro pensamiento corremos el riesgo de caer fuera de la órbita de interés del lector. Por otra parte hablamos de "cultura", y se sabe, esa palabra eriza a las almas delicadas. Pero cuando Massuh dice que aquella "doctrina curiosa" ya ha sido olvidada, ¿quiere indicar algo distinto a la necesidad imperiosa de despolitizar? Pero el caso de Massuh podría ser perdonable: las almas escandalizadas desprecian los matices. ¿Se habrá dado cuenta Massuh de que aquella "curiosa doctrina" por ejemplo, y así sirviera a los fines de propaganda del régimen, no causaba daño alguno a los niños argentinos, y que por el contrario, los ayudaba a elevarse, por primera vez en la historia de la educación primaria argentina, a la conciencia de los problemas políticos inmediatos del país? Pero Massuh habla en representación de la historia argentina y uno se pregunta si sus fines no apuntan a señalar la necesidad de que tanto el proletariado como la clase media sean educados en el olvido de los problemas del presente. Y cuando el mismo Massuh habla de "resistencias que es preciso vencer", en un momento en que las resistencias casualmente se van venciendo... ¿no estará indicando la justificación del uso de la violencia? ¿Sabrán Victoria Ocampo, Massuh y los demás colaboradores de Sur del número de "personas humanas" que hoy llenan nuestras cárceles? "En la cárcel, uno tenía por lo menos la satisfacción de sentir que al fin tocaba fondo, vivía en la realidad. La cosa se había materializado. Esa fue mi primera reacción: ya estoy fuera de la zona de falsa libertad; ya estoy al menos en una verdad..."¹⁴, escribe Victoria Ocampo. ¿No será tal vez, que hoy, esté ella en la "zona de falsa libertad" y otra gente "en la realidad"? Y

si fuera así, ¿el número especial de Sur no sería exactamente un "testimonio"? Algo así como un tiro que salió por la culata... ¿En el fondo inconfesado del corazón de estos intelectuales no habrá como una oscura nostalgia, como el deseo cumplido sólo ahora de trocarse en siervos de algún gobierno? ¿Añorarán ellos la época de oro en que Corneille, con la mayor dignidad, hacía de la aparición del Rey en sus piezas la aparición misma de la dignidad, de la moralidad y de la luz? Resumiendo: si la "resistencia pasiva" no se opone a la violencia ni sirve para luchar del lado de los oprimidos, ¿para qué sirve? ¿De cuál lado se pone? Se sabe: hoy, la burguesía, ante el continuo derrumbe de sus mitos y sumida en la mala conciencia, tiene miedo. El miedo, por otra parte, no es más que una de las manifestaciones de la necesidad de preservación: la cara patológica del conservadurismo. El miedo es miedo a ser despojado: para temer perder hay que comenzar por tener qué perder. ¿La "resistencia pasiva" de que nos habla Victoria Ocampo es la "resistencia pasiva" de Gandhi? Aquella se definía no por la preservación ni por la defensa de lo que se tenía: era una lucha por aquello de que se carecía. No era un modo de recular: era una manera de ganar terreno. En Sur juran por el "libre pensamiento", por "occidente", por la "persona humana". Pero desgraciadamente y de hecho el proletariado se encuentra excluido de esa zona de valores celestes. De hecho y por propia decisión: la toma de conciencia de clase es a la vez que la afirmación de la propia carencia de humanidad la negación de los valores que niegan esa afirmación. O lo que es lo mismo la negación de la negación llevada a cabo al nivel de esos valores. Pero es cierto: hoy aquéllos que hablan de "persona humana" también hablan de satisfacer y de atender a los intereses del proletariado. ¿Pero cuál puede ser el interés del proletariado sino el de suprimirse a sí mismo como proletariado? Brevemente: cuando Victoria Ocampo habla de "resistencia pasiva" hay que entender la expresión estricta y limitadamente, sin pensar en Gandhi: quietud, pasividad, conservación, preservación por el ahorro de movimientos, silencio tembloroso, temor, reculones... Pero no se crea: Victoria Ocampo no es tan fiel a sus propios principios. Ella comprende que a veces, la actitud moral que supone la "resistencia pasiva", la denuncia y la condena de toda violencia, deben ser abandonadas: entonces retorna la fascinación por la espada, y el guerrero, el "héroe" armado, ocupa el puesto que le correspondía como sucedáneo del grito, y entonces, Victoria Ocampo, con el pulso tembloroso, escribe: "... si el impulso de algunos hombres que se jugaron la vida no hubiera intervenido..."

¹⁴ Sur, *ibid.*, pág. 5.

OSCAR MASOTTA

Aventura y revolución peronista

Testimonio (x)

YO era todavía chico cuando el advenimiento de Perón. He pasado, por lo tanto, esos años frenéticos y desordenados en que intentamos comenzar a vivir en momentos en que mi país intentaba otro tanto. Toda una generación —que es la mía— está indisolublemente unida al peronismo para siempre. Podemos apoyarlo o combatirlo, cruzarnos de brazos creyendo que todo da lo mismo, pero no podemos prescindir de él. Es nuestro lote. Está ahí, ineludible como una esfinge, y tenemos que develar su enigma para saber lo que somos. Por eso, al hablar del peronismo, no podré prescindir totalmente de mí. Toda experiencia concreta envuelve a la vez al sujeto y al objeto.

En descripciones que los demás hacen de nuestra propia

vida, tal vez podamos conocernos, pero nunca reconocernos. Le faltará ese calor de intimidad que la hace intransferible. Por eso, a pesar de que ya todo se ha escrito sobre el peronismo, quien como yo lo ha vivido no puede satisfacerse ni aun con las interpretaciones más penetrantes. Los sólidos argumentos de los más serios sociólogos de la realidad argentina me vencen pero no me convencen. Mi adhesión es puramente abstracta. No pretendo competir con ellos: hay inmensas zonas en el peronismo que ignoro, nunca he penetrado en las altas esferas donde se desarrollaba su política, no he tratado personalmente a sus principales jerarcas, me faltan suficientes conocimientos en técnica y en economía, mis contactos con la clase obre-

ra son parciales. Pero creo que no basta con ver la verdad —tarea que puede realizar cualquiera de esos historiadores bien informados e imparciales—, sino que es necesario verla desde el punto de vista, único e intransferible, que ocupamos en la sociedad, en el mundo. Lo contrario es colocarse fuera de lugar, es decir, caer en la utopía. Por eso creo que también mi limitado punto de vista es imprescindible en el conjunto, y por eso, prescindiendo de estadísticas y de documentos que podrían rectificar y corregir mi óptica, prefiero basarme sólo en las experiencias singulares y concretas en que he tomado contacto con el peronismo. Lamentablemente, sólo podré mostrar una cara de la realidad. Sólo Dios podría ver las múltiples facetas en que ésta se quiebra, colocando en su sitio las contradicciones. Pero con la desaparición de la teología debemos resignarnos a ver insatisfecha para siempre nuestra esperanza de verdad absoluta.

Si no queremos caer en mistificaciones, debemos acentuar de una vez por todas que la imparcialidad histórica no triunfará nunca de la pasión partidista. Al pensar, no podemos limitarnos a pensar, por eso no se busque en mi descripción del peronismo sino una historia de mis odios, de mis esperanzas, de mis mitos, de mis contradicciones, de mis injusticias, de mis errores, un trozo, en suma, de una autobiografía mental, de una confesión indirecta, del diario de una turbulenta adolescencia, a la vez personal y nacional. Es decir, el relato de cómo el peronismo se ha revelado en la conciencia de un muchacho porteño, perteneciente a la clase media, autodidacta y con una pretenciosa intención de lucidez, de sinceridad y de generosidad hacia el prójimo.

Empezaré por ahorrarte el trabajo a esos psicólogos tan en boga, que seguramente querrán explicar mi justificación del peronismo diciendo, desde un comienzo, que en efecto soy un resentido. Sí, tal vez, todos los peronistas y los que de un modo u otro los apoyan son unos resentidos, incluyendo al propio Perón.

Ya conozco todos los argumentos: que los obreros son peronistas por egoísmo, por envidia, por sed de venganza hacia un orden que los trató cruelmente; que algunos neuróticos políticos de la pequeña burguesía —como yo— se han hecho filoperonistas o camaradas de ruta del peronismo por simple afán de destrucción. Por molestar a sus madres burmesas a sus madres católicas, a sus profesores "bien pensantes", a los exquisitos autores de los libros que leían. O porque odiaban a su madre y vieron en el dictador a un verdadero padre. O porque un hermano menor les hizo sentir desplazados, o una mayor rezagada. O porque un ultraje sufrido en la infancia les hizo masoquistas o sádicos. O porque un sentimiento de inferioridad los llevó a desear la seguridad y la igualdad de un sistema totalitario. O porque una combinación de circunstancias incontrolables les hizo homosexuales o erofóbicos o incontinentes. O porque una excesiva pigmentación de la piel les ha hecho sentir distintos de los demás hombres, apartados como leprosos, carpando el cartelito ignominioso de "cabeceita negra".

Desnudos ante la mirada implacable del psicólogo, los peronistas no pueden verse sino tal como los ven: resentidos, rencorosos, envidiosos, inferiores, fracasados. Cada uno, desde el líder hasta el último de sus colaboradores, trabaja en la revolución para alimentar un vicio cualquiera o mantener oculto un fracaso. Sí, es verdad: el peronismo aglutinó a su alrededor todo ese submundo de desasimilados, de desplazados, de marginales, de transfugas, de "incomprendidos", de senarados y separatistas, de intocables. Formaron sus filas todos aquellos que no podían agregarse a ningún grupo porque nadie los quería y estaban por eso más solos y desamparados aún que el proletariado o las minorías raciales y étnicas: exnatriados, varabundos, burbueses en decadencia, chicos abandonados, mujeres desencantadas, viejas verdioseras, liadas físicas y morales, intelectuales fracasados, revolucionarios profesionales disueltos a venderse, trabajadores de cosas imuras; sirvientes, espías, policías, en fin, el "lumpenproletariado", la clase de los que no encajan en ninguna clase, bohemios, ciudadanos de la tierra de nadie de la sociedad, cesantes de cualquier cosa, echados de cualquier lugar que no sabían para qué lado mirar, desesperados arriesgando todo que no pierden nada. ¡Cómo no iban a aferrarse a su resentimiento estos seres si era lo único que les dignificaba en un mundo de injusticias y opresión! Cuando se vive en una cloaca, la rata es la mejor compañía para subsistir.

El peronismo hizo que se volcara en las calles, que buscara un lugar al sol todo ese mundo de resaca... El peronismo fué su gran oportunidad. Perón hacía por ellos los

gestos que ellos hubieran querido hacer, pero nunca se hubieran atrevido. No importa que el Jockey Club o las iglesias fueran quemadas por "agitadores a sueldo" bajo las órdenes directas de Perón. El odio popular era falso en los hechos, pero verdadero en lo íntimo del corazón. Era como si cada uno hubiera llevado una tea encendida en sus propias manos. Todos se sentían un poco responsables.

Eva Perón, que era como ellos, que era una de ellos, los alentaba. Era la que había llegado y venía a todos los que no habían podido llegar. Encarnaba verdaderamente a la esperanza, porque era la que había ascendido desde la cueva hasta la fiesta deslumbrante. Su triunfo era un poco el triunfo de todos, aunque los más sólo pudieran participar de la fiesta a través de las ventanas. Las pieles y las tovas de "la primera descamisada" no la separaban de los auténticos descamisados, por el contrario, la acercaban aún más, todos podían compartir un poco ese lujo, que antes nunca habían podido ver de cerca. La consagración de Evita, ese poder mágico, ese mana, esa impersonal y difusa influencia sacrada que le fuera conferida, no era un poder propio de su persona, sino un poder social que le llegaba gratuita y desproporcionadamente de la atención, del mimo del pueblo. No importaba el espejo: los adoradores se arrodillaban delante del reflejo de su propia potencia colectiva y la encarnación de esos poderes podía ser cualquiera. Lo que Evita era efectivamente... no importaba nada. Lo único que importa era que había llegado y que los demás reconocían sus atributos de Cienfuegos colectiva.

Para un proletariado andrajoso, sin medios de acción directa —huelgas, agitación, etc.—, la solución de sus problemas no será ya ese lento y paciente trabajo a realizarse en la historia que es la revolución, sino la absurda generosidad de la magia que cumple inmediatamente, y sin esfuerzos, los deseos más descabellados. Las feéricas construcciones de la Fundación y los regalos salidos como de una bolsa mágica no podían solucionar efectivamente ningún problema, eran un gesto. Evita —"lumpenproletaria" también ella— no necesitaba obrar, le bastaba con hacer el gesto desrótico y destructor de la dádiva. El gesto era su acto devenido objeto. Ella misma había terminado por convertirse en un objeto immanente que podía resumirse en un nombre: "De aquella mujer sólo se sabe que el pueblo la llamaba cariñosamente Evita".

Es posible también que Eva Perón se hiciera lo que nunca había sido antes —reformadora social, tribuno popular, oradora, dirigente premial, viajera, escritora, polemista—, para vengarse de todas las humillaciones y ofensas sufridas en su oscura vida de actriz fracasada, como nos lo explican los psicólogos del antiperonismo. Es posible que optara por cruzar el puente de Avellaneda porque le cerraron las puertas del barrio Norte. Es probable que también influyera su infancia miserable, su condición de hija natural de hermana menor, de provinciana, y en última instancia, de mujer...

...Del mismo modo podemos explicar que la dudosa ascendencia de Perón hizo de él un incendiario, destructor de monumentos históricos y de documentos tradicionales que constituían la prosapia de una vieja y orgullosa oligarquía.

Pero las historias clínicas del laboratorio experimental no nos explican por qué razón Perón y Evita eligieron ese modo peculiar de sublimación y no otro cualquiera. Tampoco nos explican —al mostrarnos en Perón y en Evita a dos naranoicos, exhibicionistas e histriones— cómo esos dos seres grotescos, dignos de lástima, han podido cambiar el curso de la historia de su país y definir con su nombre toda una época. ¿Por qué extraña razón un pueblo eligió para su conducción a un aventurero y a una mundana? ¿Será tal vez que el pueblo entero se había vuelto loco? Pero como ya Marx ha visto refiriéndose a Luis Bonaparte: "No basta con decir, como hacen los franceses, que su nación fué sorprendida. Ni a la mujer ni a la nación se le perdona la hora de desecido en que cualquier aventurero ha podido abusar de ellas por la fuerza. Con estas explicaciones el problema no se resuelve: no hace más que cambiar de fórmula. Quedaría por explicar cómo tres caballeros de industria pudieron sorprender y reducir a cautiverio sin resistencia a una nación de treinta y seis millones" (*El 18 Brumario*). Tal vez tengamos que acentuar aunque no comprendamos claramente las razones por ahora, que en determinada circunstancia resulta una conveniencia histórica ser gobernados por un aventurero y una mundana.

La psicología utilizada como arma para denigrar al adversario resulta un arma de doble filo. Aislando a Perón de las condiciones históricas que hicieron posible su encumbramiento y concibiéndolo como un aerolito miste-

riosamente caído del cielo, se lo engrandece en lugar de empequeñecerlo, pues se le atribuye un poder personal de iniciativa sin paralelo en la historia universal. Se cae en la mentalidad primitiva que atribuía los fenómenos de la naturaleza a entidades individuales materializados bajo la forma de fieras o de fetiches.

Vemos, pues, que el misterio inefable del acontecimiento histórico se le escapa de entre las manos al disecador antiperonista. Los muertos que ha matado gozan de buena salud. No son meras apariencias que se evaporan ante el foco potente de un análisis. Están ahí, hay que mirarlos a la cara, como se mira a los vivos. Hay que decidirse a hablar con ellos y a responderles, hay que entrar en la discusión inmanente de los problemas que nos proponen, en el enjuiciamiento objetivo, en la valoración intrínseca de su obra. La mirada oblicua del psicólogo sólo ve las motivaciones secundarias de una acción, pero todo hombre tiene derecho a ser juzgado por el significado manifiesto de su acción y no por las intenciones tal vez inconfesables. Porque todo hombre trasciende perpetuamente sus móviles, dándose libre y conscientemente los motivos de su acción.

Del mismo modo, una revolución no es un movimiento dialéctico de doble faz: la subjetividad de los móviles personales, es decir, la libre elección de un hombre solo; la aventura y la objetividad de los fines revolucionarios; es decir, la militancia consciente y responsable; es decir, la solidaridad. La psicología y la política se influyen mutuamente, pero ninguna de las dos es reducible a la otra. La biografía del político no determina al acontecimiento histórico aunque ambos se relacionan.

Admitamos que una infancia sin afectos en el seno de una familia irregular, en la soledad de un pueblo de provincia, llevara tanto a Perón como a Evita —sus orígenes fueron similares— a buscar por todos los medios el amor y el aislamiento universal, para sentirse acompañados. Que hayan buscado, antes que nada, una manera individual y solitaria de justificar su propia vida, de afirmar su personalidad. Que sus acciones estuvieran iluminadas por el interés egoísta de dejar un recuerdo inolvidable de su paso por la historia, de ver sus nombres perpetuándose en la forma de un símbolo. Que no era la comunicación en la fraternidad, es decir, en el abandono en el prójimo de sí propio lo que buscaban, sino la comunicación en la gloria, donde se existe para los demás sin necesidad de renunciar a sí. Que buscaban escapar a su aislamiento por medio de la acción, ya que la acción crea un lazo espontáneo entre los hombres. Que el fin de su acción no era el fin de la revolución —cambiar el mundo—, sino la acción misma, porque es la acción la que justificará la comunicación. Que actuaron para salvarse individualmente eligiendo un tanto al azar un fin para obrar, exactamente como lo hacen los miembros de cualquier movimiento puramente destructivo, asocial, anárquico.

Pero a diferencia de éstos, Perón y Evita vieron que, para que su sacrificio no fuera solamente un suicidio que no deja recuerdos, necesitaban justificar la acción, que a su vez los justificaría. Toda la nación, toda la rebeldía, todo el heroísmo de estos destructores era absurdo y vano, pero se apoyaba en la esperanza totalmente sincera del proletariado y coincidía, aunque sólo fuera tangencialmente, con una lucha que tenía auténtica razón de ser. Esa esperanza y esa razón de ser de las que carecen los proyectos individuales de los aventureros...

... Ese esfuerzo que hicieron por unir su aislamiento personal con la fe en lo colectivo convirtió la rebeldía sin devenir, el gesto gratuito del aventurero, en el acto auténtico del revolucionario...

... La historia, para nuestro psicólogo antiperonista, es un calendario, una historia al menudeo, como la de los textos escolares que explican la revolución francesa por el collar de María Antonieta, o la guerra del 14 por el asesinato del archiduque, confundiendo así los pretextos con las causas reales. Una historia psicológica, individualista e irracional, una serie vuxtapuesta de acontecimientos...

No niego los hechos: fué el auge del nazismo lo que determinó el golpe del 4 de junio, y por ende la rápida ascensión de Perón. Pero esto es sólo una causa exterior, circunstancial, que no puede por sí sola engendrar ningún acontecimiento histórico de trascendencia. No puede ser tomada, por lo tanto, aisladamente, sino unida a las causas internas que son las esenciales. A saber: el desarrollo de una industria nacional eboró con el carácter de dependencia de los monopolios imperialistas (causa económica) y, por ende, debió oponerse a la oligarquía agropecuaria, principal sostén del imperialismo (causa política). Ese mismo desenvolvimiento industrial sustituyó al desarraigado proletariado "golondrina" de un proletariado nacional, con

más interés que la propia burguesía en llevar la revolución nacional democrático-burguesa antioligárquica y antiimperialista, hasta sus últimas consecuencias (causa social). Estas causas tenían la suficiente fuerza como para hacer un 17 de octubre, aunque no hubiese existido Perón ni la embajada alemana. Perón no inventó el peronismo; por el contrario, puede decirse que ese conjunto de condiciones políticas, económicas y sociales que es el peronismo lo inventó a Perón, encontró en él una forma de expresión y un nombre, que podría haber sido cualquier otro.

Perón venía a representar los intereses de la inciente industria nacional y al mismo tiempo los ideales del proletariado. Era a la vez la dictadura de la burguesía y el embrión de un poder popular. Un hombre tan simple como Perón adquirió, de ese modo, una importancia tan compleja en el desarrollo del país porque no pertenecía a ningún partido —salvo el de él mismo— ni era nada del todo, ni un oligarca, ni un verdadero burgués, ni mucho menos un proletario, ni demasiado pobre, ni demasiado rico; era el único que estaba capacitado para representarlos a todos a la vez y aun a sí mismo, sobrepasando las contradicciones históricas. Balanceándose ágilmente ya sobre un pie, ya sobre el otro, Perón trató durante diez años de mantener un equilibrio imposible, y en el que tendría fatalmente que resbalar algún día...

... Es, precisamente, el desce de independencia personal de los dictadores lo que los lleva a oponerse a la legalidad constitucional —mediante la cual los opresores han justificado y santificado siempre la opresión— y encuentran por ello simpatía entre los oprimidos. El pueblo ve en ellos una especie de bandido romántico a lo Robin Hood que roba y engaña a los ricos para favorecer a los pobres. De ahí el rol democrático que, sin proponérselo, juegan a veces los dictadores desde Julio César a Perón...

... Los amateurs del pensamiento por analogía, que gustan comparar a la Revolución de Mayo con la revolución francesa, y a Moreno con Rousseau, se empeñan en comparar al peronismo con el nazismo y a Perón con Hitler o Mussolini, haciendo tabla rasa de las circunstancias particulares y del momento histórico inmediato y trasplantando mecánicamente un esquema que no corresponde a nuestra situación concreta...

... Si juzgamos a los hombres por sus similitudes puramente exteriores y sus características más pintorescas y divertidas, ¿por qué comparar a Perón precisamente con Hitler o con Mussolini? Del mismo modo hubiéramos podido compararlo con Stalin, o con Napoleón o con Cromwell, o con Alejandro, o con Nerón, o con Atila. Al fin todos los dictadores tienen rasgos parecidos. Pero también todos los hombres tienen algún rasgo parecido. La analogía es una tentación constante de la mente humana y se halla en creencias primitivas, como el ritual mágico y la superstición sobrenaturalista. La comparación no puede substituir a la prueba, cuanto más administrará un indicio, una sugestión, pero puede ser falsa, la luz que parece irradiar puede ser tal vez la de un fuego fatuo. Es necesario, por lo tanto, comprobarlo concretamente antes de poder hablar de demostración...

... Si, por el contrario, juzgamos a los hombres y a los acontecimientos, no en base a ideas fijas e inmutables, sino a su situación concreta y actualizada de acuerdo a la incesante y desconcertante transformación de la vida, comprobaremos que la historia nunca se repite y que cada acontecimiento histórico es único e intransferible. Comprobaremos entonces que no deja de ser una grosería comparar al peronismo con el fascismo...

... Las diferencias o similitudes entre dos tipos de política no están determinadas por su mayor o menor inclinación hacia las formas democráticas o totalitarias, sino por su relación con las tres clases sociales: burguesía, clase media y proletariado, y esa relación separa más aún al peronismo del fascismo. El real carácter antiobrero del fascismo, a la vez que su vana prédica antiplutocrática, le dió el apoyo de los empleados, los funcionarios, los pequeños comerciantes, los artesanos, los pseudos intelectuales, de toda clase de difícil ubicación y de ambigua posición, de esa clase sofocada, emparedada entre los demasiado ricos y los demasiado pobres...

En la Argentina, por el contrario, la clase media es la clase antiperonista por excelencia. El peronismo, en consecuencia, se apoya en los obreros y llega a utilizarlos como fuerza de cheque contra los universitarios pequeños burgueses...

... El antiobrerosmo de la clase media llegó a su punto culminante, bajo el régimen peronista, pues mientras la inflación la hundía vertiginosamente —a causa de su individualismo, aislamiento y desorganización gremial— veía a

la clase obrera unida, organizada y desafiante, elevarse a un nivel de vida muy superior.

A la pérdida de pequeños privilegios económicos —mejor vestimenta, veraneos, posesión de heladeras eléctricas y otros artefactos de lujo— que la colocaban por encima del proletariado, se sumó la pérdida de pequeños privilegios psicológicos, tales como el superior prestigio del *trabajo intelectual sobre el manual*. La oligarquía había fomentado ese fácil orgullo, logrando así la desunión entre dos categorías de explotados. Dividir para reinar ha sido siempre un instrumento eficaz de la opresión, conceder privilegios a un grupo a expensas del grande. El más pobre, el más mediocre, el menos afortunado de los pequeños burgueses podía sentirse superior, por lo menos, frente a un obrero, del mismo modo que el blanco pobre del sur de los Estados Unidos se siente superior frente al negro, o el más débil de los hombres frente a la mujer, o el inseguro de su virilidad frente al homosexual, o el ario desarraigado frente al judío. El obrero era el chivo expiatorio de la clase media. Era, pues, inevitable, que ese proletariado de cuello duro, cuyo único consuelo era distinguirse del proletariado sin camisa, se convirtiera en el más encarnizado enemigo de un régimen que los mezclaba sin discriminación.

Ese odio tan irracional y difuso de la clase media —como en verdad es odio de sí misma— encuentra frecuentemente su forma de expresión en el racismo. Entre nosotros, a falta del judío se volcó sobre el "cabecita negra", que representaba a la vez la industrialización del país —a causa del empobrecimiento de la clase media— y el surgimiento de un proletariado genuinamente nacional. La asimilación del emigrante de las provincias al proletariado hizo que se terminara por colgarle el despectivo mote de "negro" y "negrada" a todo obrero, aunque fuera rubio y con ojos celestes.

El oligarca que se mueve en un mundo de barrios anartados, de casas herméticas, de automóviles y de boltes nocturnas, no tiene casi oportunidad de encontrarse en su camino con un "cabecita negra", lo ignora, por lo tanto. El verdadero antiobrerista, el verdadero anticabecita negra es el empleado, que debe viajar en colectivo sintiendo los malos olores del cabecita negra, es la familia pequeña burguesa que vive al lado del conventillo, que tiene a la sirvienta —cuando la tienen— viviendo en la misma pieza.

El traslado de los "cabecita negra" del campo a la ciudad y del proletariado en general desde barrios y pueblos suburbanos hasta el centro creó una nueva ciudad hosa y anónima, llena de barullo, de aglomeraciones, de mal olor y de "estreñitoso mal gusto", como diría Lonardi. Era la destrucción de aquella otra ciudad de las pacíficas costumbres y de los elegantes gestos, en que los porteños podían darse el lujo de sentir las exquisitas angustias de una suntuosa soledad. Ese porteño ya no podía acodarse en la mesa de un solitario café, porque en la mesa de al lado los "cabecita negra" se emborrachaban. Ya no podía viajar solo en los trenes que lo llevaban a solitarias playas, ahora convertidas en kermesses como consecuencia de las vacaciones navales y los aguinaldos. Ya no podía pararse a esmerar en la esquina de Corrientes y Esmeralda, porque lo empujaban, ni caminar porque le obstruían el paso, ni viajar porque todo venía lleno. Como decía la abuela de una pieza teatral porteña: "Cada día hay que hacerse más chica, y tampoco así se puede". Se había roto ese invisible cordón sanitario que impedía a los hombres en mangas de camisa —en épocas en que no había sido aún inventado el ademán provocador de sacarse el saco, porque los que debían hacerlo no lo tenían— caminar por ciertas y determinadas calles, las calles nocturnas por donde paseaban su angustiosa pero infinitamente querida soledad, los que sí tenían saco. Es lamentable pero inevitable: siempre el paraíso de unos es el infierno de los demás.

Finalmente, el fascismo, puede definirse, y en eso reside, para mí su rasgo más nefasto, por su espíritu de seriedad, es decir, por el sacrificio que hace de la libertad y de la subjetividad humanas en aras de valores que, santificados por el respeto se aparecen como absolutos e incondicionales: la superioridad de la raza, la bondad de la Religión, la moralidad de la familia, el carácter sagrado de la Propiedad, la necesidad del Orden y la de Jerarquía, la superioridad del Pasado sobre el Presente, etc.

Si hay algo que se encuentra en las antípodas de esa rigidez, solemnidad y tesitura monástica y colonial que representa el espíritu de seriedad católico-fascista, es precisamente el peronismo.

Quienes pretenden comparar la persecución a los católicos del peronismo con la persecución a los judíos de los nazis olvidan que el antisemitismo persigue en nombre de valores intransferibles que sólo él posee, de una esen-

cia eterna de que está excluido para siempre el judío. Pero entre nosotros, los altaneros poseedores exclusivos de esa esencia son, precisamente, los católicos, por lo que la destrucción de una iglesia tiene el signo totalmente contrario a la destrucción de una sinagoga.

Los pocos valores tradicionales que momentáneamente, y por razones meramente tácticas, impuso —por ejemplo, la enseñanza religiosa— terminó traicionándolos. Las cuatro leyes peronistas: voto femenino, divorcio, reconocimiento de hijos naturales, y profilaxis, constituyeron implícitamente un atentado al orden moral sustentado sobre los pilares: Dios-patria-hogar.

En *La razón de mi vida*, texto oficial de lectura para la Universidad, colegios secundarios y hasta primarios, su autora o inspiradora se burla abiertamente de las convencionales normas sociales y de toda mojigatería: "Yo he sido siempre desordenada en mi manera de hacer las cosas —dice—. Me gusta el desorden como si el desorden fuera mi medio normal de vida. Creo que nací para la revolución. He vivido siempre en libertad. Como a los pájaros, me gusta el aire libre del bosque. Ni siquiera he podido tolerar esa especie de esclavitud que es la vida en la casa paterna o en el pueblo natal... Muy temprano en mi vida dejé mi hogar y mi pueblo, y desde entonces siempre he sido libre. He querido vivir por mi cuenta, y he vivido por mi cuenta." Esto se leía en las escuelas, en donde hasta entonces la escala de valores iba desde la ciega imitación a los arquetipos, modelos de perfección que eran el padre, la maestra y el prócer, hasta la suprema virtud de tener las uñas limpias y los zapatos lustrados, porque eso era lo que había soñado Sarmiento.

Por su parte Perón, en sus discursos a la juventud, no hablaba de obediencia ni de respeto a los padres o a los superiores, por el contrario, los incitaba a abrirse paso por sí mismos, sin ayuda de nadie, apartándose de las sendas trilladas, para seguir la suya propia...

Reforzando la teoría, las reuniones nudistas de la U.E.S. contribuían a paganizar vertiginosamente al país. Los honestos padres de familia que mandaban a sus hijas al colegio de monjas debieron resignarse a verlas sin tregüetas y sin medias negras haciendo gimnasia delante del gran sátrio. Hasta la fotografía difundida por millares de ese exhibicionista con camisa al viento y gorrita sobre los ojos sirvió para que los "tristes" porteños arrojaran sus propios ropajes negros y sus cuellos duros, percibiendo que el decoro y la noble virilidad eran también un traje anticuado aunque respetable que en cualquier momento era posible sustituir por otro más cómodo.

Masas y juventudes fueron el elemento dominante de la Nueva Argentina. Ambas con un sentido de la provocación casi surrealista, se consagraron alegremente al excitante deporte de socavar los cimientos de la Vieja Argentina, es decir, el mundo de los viejos y las aristocracias. Un destino burlón y vengativo encontró en la más oscura de las partiquinas el instrumento para humillar a la más creulosa de las oligarquías. Las virtuosas damas debieron codearse en las cárceles con prostitutas y mecheras. Los elegantes y cultos ancianos, que se refugiaban de las vulgaridades de estos tiempos de decadencia tras los muros del Jockey se encontraron un día con un maloliente y voriferante nuesto de frutas instalado en las propias escalinatas del glorioso edificio. Hasta la florida retórica parlamentaria de nuestros doctores democráticos debió callarse de vergüenza ante quien les gritaba "bosta de paloma" sin preocuparse del buen tono.

Los diez años de peronismo significaron, en suma, un desafío al imperio de las costumbres, a la majestad de los valores establecidos, de todos los elisés morales y las mórbidas inhibiciones del filisteísmo, de la hipócrita ideología de la virtud y de la explotación de la Vieja Argentina. Cuando hasta los valores estampados en billetes y en títulos de propiedad caían, ¿en qué valor creer? La frenética danza de la inflación, haciéndonos girar a todos a lo largo de una espiral sin fin, trajo consigo la inevitable destrucción de la moral burguesa sustentada en el ahorro, en el orden, en la conservación, en la propiedad. A medida que nos íbamos desprendiendo de nuestros ahorros, nos íbamos desnudando —la ropa interior no tiene bolsillos—, nos íbamos liberando de la moral. Ya no era posible hacer cálculos, proyectar casarse, tener una casa propia, progresar, gozar de una vejez tranquila, jubilarse. Todo se lo llevaba el diablo. Entonces, había que divertirse, vivir plenamente en la borrachera de la fiesta, del juego, del erotismo, de la especulación en la destrucción del lujo: afirmarse positivamente en el fuero de las pasiones, agotándose en el instante, destruyéndose. La alegría, como el papel moneda, valía poco, pero eso sí, abundaba. El país entero entraba en la danza, no ya al compás de un tango

horón, sino de un desenfadado que gritaba: "En Buenos Aires, todo el mundo se divierte", o "Por cuatro días locos que vamos a vivir, por cuatro días locos te tenés que divertir."

Perón parecía, en sus últimos tiempos, haber concebido una teoría según la cual la humanidad entera y él inclusive tenían que divertirse. Los campeonatos deportivos, las reuniones estudiantiles, los festivales cinematográficos, animaban a todos los argentinos, hasta los incitaban a divertirse en toda forma, excepción hecha, claro está, en la política. El peronismo demostró que es posible combinar la libertad más desenfadada con el despotismo.

Pero la diversión es diversificación, esto es, cambio. La otra cara de la fiesta permanente es la declaración permanente de revolución. Los conservadores sólo veían las similitudes que toda revolución tiene con un excitante repertorio de circo. Salvando las distancias, la revolución francesa, con su espectáculo continuado de guillotina, debe haber parecido a la nobleza una sanguinaria mascarada que repudiaria la posteridad; en historia, la equivocación es siempre el lote de los derrotados. Los conservadores no supieron ver en la caricatura peronista el retrato de las contradicciones sociales. No vieron que ese estado de demencia colectiva que caracterizó al peronismo era únicamente la exaltación llevada al extremo de la locura cotidiana y normal de los argentinos. La lógica y la moral no pueden regir ya a la política cuando los antagonismos alcanzan un punto de excepcional aspereza.

El mismo desmantelamiento que el peronismo llevó a cabo con la moral privada se efectuó en la moral pública. La Constitución, el parlamento, la gran prensa, el poder judicial, la Universidad, todas las mistificaciones de la sociedad se vieron desnudadas... Estos bandidos de frac se ahogaban en la atmósfera irrespirable de la Argentina peronista. Es que se había removido la basura —como decía Martínez Estrada— y eso daba mal olor, y ellos estaban acostumbrados a tapan la basura con un ramo de nenúfares. El peronismo no estaba destinado a crear ni construir, sino a disolver, quebrantar y perturbar al viejo orden, instándonos a crear uno nuevo.

La repentina aparición de Perón en el panorama político nacional produjo el mismo efecto que una piedra arrojada con fuerza sobre las aguas estancadas de un charco habitado tan sólo por ranas dormidas. El torbellino de la aventura incontrolada del peronismo, con sus emboscadas, sus acechanzas, sus peligros, sus persecuciones, sus terrores, sus sorpresas, vino a turbar la monótona vida cotidiana, sin riesgos ni temeridad, en cuya permanencia y aburrimiento habían encontrado la fórmula de la felicidad, los pacíficos, los indecisos, los cómodos, que ahora vivían añorando el "paraíso perdido" de aquellos tiempos tranquilos del gobierno conservador, cuando estaban excluidas toda novedad, toda sorpresa, cuando ni un farol se cambiaba de lugar, cuando sólo estallaban rebeliones rigurosamente previstas y controladas. Todo ese mundo de mitos domésticos, de pequeñas cosas queridas —el barrio, el hogar, la escuela, la iglesia, el club, el comité— fueron atomizados por el dinamismo revolucionario, separados en categorías sociales, divididos en factores de producción, disgregados para siempre su antigua intimidad, perdida su confianza, manchado su candor, planificada su espontaneidad, politizadas las ingenuas relaciones de los hombres entre sí. El porteño, el argentino, había dejado de ser una entidad exclusivamente individual y privada. Toda vida se había hecho pública hasta lo más secreto del corazón. Nadie podía ya escapar al mundo, ningún vano, ningún intersticio quedaba ya para los solitarios. En el país del individualismo, de la indiferencia, del "no te metás", de la disponibilidad espiritual, el peronismo nos obligó por primera vez a afirmar nuestras propias vidas en relación con otras vidas, con nuestros semejantes, con nuestros compañeros, aún con nuestros enemigos, por medio del amor o del odio, de la ayuda o de la hostilidad, de la compli-

cidad o de la delación, pero nunca de la indiferencia...

De este modo, todas las críticas, ciertas o no, al peronismo, no son sino sofismas hipócritas, subterfugios mistificadores y diversiones tácticas, que no sirven, en última instancia, sino para tranquilizar las conciencias de los privilegiados. No nos engañemos, la indignación del antiperonista frente a las torturas, a los estudiantes presos, a los diarios clausurados, a las huelgas rotas por la propia C.G.T., no es, en el fondo, sino una mal disimulada satisfacción, ya que todas esas injusticias le proporcionan una coartada y la comprometedora prueba de un chantaje moral. El alto industrial o el terrateniente explotarán los sufrimientos que la policía peronista inflige al estudiante democrático para justificar los sufrimientos que ellos le infligen al obrero de su fábrica o al peón de su estancia. Toda crítica a la violencia revolucionaria no sirve sino para justificar la violencia de las clases poseyentes y defender, aunque indeliberadamente, el "statu quo"...

...Pero el antiperonista tratará de volver nuestras propias argumentaciones en contra nuestra. Dirá que somos nosotros quienes, en verdad, estamos haciendo una diversión táctica al magnificar las mistificaciones del antiperonismo para disimular las mistificaciones del peronismo. Dirá que tampoco nosotros podemos exigir el abandono de los formalismos democráticos en nombre de una revolución que no se hizo, de una justicia social, una independencia económica y una soberanía política que no encontraron en el peronismo más que un portador infiel sirviéndole de decorado más que de motor.

No lo negamos, pero, pese a todo, estos principios prendieron en nuestro país gracias a la propaganda peronista. Toda generación de argentinos fué educada en ese lenguaje revolucionario totalmente desconocido antes de Perón.

Se nos dirá que el auténtico revolucionario se dirige a la conciencia del proletariado para esclarecerlo, en tanto que el demagogo trata de seducirlo, de fascinarlo con el poder mágico de la palabra. Es verdad, pero, precisamente por eso, el revolucionario de principios fracasa allí donde triunfa el demagogo. Tal el caso, entre nosotros, del partido Socialista frente al peronismo. El demagogo conoce bien al pueblo del cual él mismo ha surgido, y por eso parte de lo que el pueblo es real y efectivamente, sin idealizarlo como los intelectuales pequeños burgueses de izquierda. Acepta el mal —la ignorancia, la cobardía, el oportunismo, la indiferencia, la inercia, el cansancio, el aburguesamiento de las masas— para llegar al bien, es decir, al cambio que se propone. El ideólogo, por el contrario, parte de lo que el pueblo debiera ser —conciente y responsable, disciplinado y activo—, y actúa como si ya lo fuera, es decir, pretende llegar al bien partiendo del propio bien. Pero es absolutamente imposible convencer mediante un lenguaje puramente racional a conciencias alienadas, es decir, seducidas, embrujadas por sus opresores. La medicina científica es impotente contra el mal de ojo, sólo la propia brujería puede exorcizarlo. Sólo es posible sacar al proletariado de la alineación en que vive mediante una nueva alienación, mediante una seducción de otro tipo, con un sentido más progresista, en nuestro caso, la seducción peronista... Haciendo demagogia, Perón no ha degradado la conciencia del proletariado, como pretenden los amantes de la revolución sin dolor y de los obreros sin olor, porque en una sociedad separada en clases toda conciencia está ya degradada desde que viene al mundo y nadie puede degradarla más. Es verdad, Perón mentía a los obreros haciéndoles creer que ellos eran el gobierno, cuando en verdad no lo eran. Pero la cara positiva de esa mentira estaba en que los obreros se fueron familiarizando con la idea de que ellos debían y podían ser el gobierno, de que el gobierno era asunto de ellos. Por eso el peronismo no ha sido el sucedáneo de la revolución social, sino su propedéutica...

JUAN JOSE SEBRELI.

(x) Fragmento del libro-testimonio *Aventura y Revolución Peronista*

De las obras y los hombres

La fiesta del monstruo

DICEN que Borges escribió este cuento hacia 1947. Que fué leído por pequeños grupos. *Marcha*, el periódico uruguayo, lo publicó el 30 de septiembre de 1955.

Pretende ser la descripción de un 17 de octubre por la boca de un grasa. El 17 de octubre —parodia y todo— que Borges vió: grones panzudos llevados en camiones por el comité, armados con bufos por el caudillo, desorientados en mil pequeñeces —el camión quemado, los apretujones en el tranvía, los empujones recibidos, la vaca armada para tomar caña — y olvidados de todo objetivo.

El monstruo —él, el innombrable, al menos para Borges — no tiene mayor importancia. Lo importante es la fiesta, el tumulto, el judío muerto a pedradas, los bajos instintos, la grosería.

Con cuidados preceptivos podría uno entrar a describir las numerosas vetas aprovechables de *La fiesta*: la metafísica borgiana que la irriga —aun quizás a pesar del mismo Borges—, esa ausencia de finalidad y de límite; el aire de orgía surrealista del relato y del sucedido, y de orgía surrealista un poco de vuelta —del surrealismo y de su apoyo folclórico —o dada vuelta contra sí misma— no muy lejos del *Marechal de Adán Buenosayres*; lo cerca que la capacidad borgiana de estilo ha estado de superar las imposibilidades de la parodia; la transposición que hay en esto de sus experimentos del lenguaje hablado; la melancolía que todo eso puede arrojar sobre el mismo Borges renegado —además explícitamente— de su *Carriego*.

Pero todo eso no me interesa ahora. Me interesa lo que el mismo Borges ha querido darnos: su versión del peronismo. Esa versión de Borges parece haberse constituido en el primer momento y se ha mantenido incólume a través de diez años: Borges vió de una vez el peronismo y nunca revisó su visión. En el número de noviembre último de *Sur* la certifica y la hace explícita: el peronismo es "diez años de oprobio y de bobería", historia criminal, cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios por una parte, necesidades y fábulas para consumo de patanes por la otra. Nada más.

Lo lamentable no es que Borges se equivoque o que, de mala fe, como otros muchos, pretenda simular que el peronismo no es más que eso. Lo lamentable es que Borges, de buena fe, ve sólo una parte de la verdad y que no ve nada del resto: que no ve que el uso de la violencia no fué patrimonio exclusivo de Perón, ni la simulación su invento, ni el antijudaísmo su monopolio. Más lamentable todavía es que no ve ni la sinceridad del grasa, del cabecita negra, ni que la mayor parte de la razón —del tener la razón sin el raciocinio— estaba entre ellos, esos humillados y ofendidos, pesa a Perón y pese, seguramente, a nosotros los antiperonistas. Borges ha olvidado toda la razón que acompaña al hermano Cain, el sucio, contra su hermano Abel, el puro.

La Argentina invisible, el guapo y el orillero se han sublevado contra nosotros y no sabemos qué hacer con ellos. Los hemos usado en la literatura y hemos vivido apaciblemente a costa de su mugre y de su miseria. Nos fueron útiles. Ahora debemos, sin duda, estar preparados para imponerles nuestra limpieza, nuestra sabia literatura y nuestras buenas maneras. Tal vez sea posible entendernos en francés con ellos, ya que los fusilamientos, las torturas y la cárcel es una lección que les dimos y que no aprendieron bien, ya que la usaron contra nosotros. Otra solución puede ser, tal vez, el destierro. El destierro de nuestra literatura, de nuestra música, del mapa. Una campaña en suma contra el folclore.

Es triste decir estas cosas, pues Borges es una buena persona. Y el mejor escritor que quizá hemos tenido. Es triste que seamos tantas las buenas personas como Borges, y de las que él no es más que un ejemplo. Cegados de presunción confundimos nuestras personas con la Razón, con la Libertad, con la Cultura. No es difícil imaginar una parodia sobre los entusiasmos de Borges, escrita por un grasa.

V. SANROMAN.

Victor Massuh o el encubrimiento de América

VICTOR Massuh no perdió mucho tiempo en preparar su libro. Se limitó a juntar algunos artículos publicados entre 1950 y 1954 y los precedió de un prólogo en el que — como ocurre en estos casos—indica la "unidad interna" que justifica el acoplamiento. Y eligió, por fin, un título general con buena dosis de efectismo.

Esto es importante por lo siguiente. No se trata ya de artículos en cuanto tales. Lo eran cuando aparecieron en las páginas de *La Nación*, *Sur* o *Cuadernos Americanos*. Ahora se trata de un libro. Y ante él habrá que gestionar las exigencias que es lícito hacer a un libro. Tampoco atenderemos a la circunstancialidad que estos artículos puedan haber padecido. Si el autor ha reconocido la utilidad de hacer con ellos un libro, es porque reconoce al mismo tiempo que la circunstancialidad es secundaria.

Sólo quiero señalar la responsabilidad que el autor asume y de la que tiene que dar cuenta. El prólogo es en este sentido muy importante. Massuh dice rotundamente: "A través de sus páginas quise precisar los perfiles de un modo de entender al hombre como síntesis de contenidos opuestos, como totalidad armónica. La peculiar insistencia de esta actitud en múltiples momentos de nuestra cultura, configura una de las notas espirituales que nos definen". Es decir: Massuh va a ofrecernos la imagen de una antropología muy determinada y a demostrarnos que ella es un producto peculiar de América. Se propone desarrollar esta tarea, como aclara en seguida, ante todo a través de figuras que actualizaron esa antropología como ideal de vida: Hostos y Martí. Pero precisará después los alcances de la tradición en nuestras tierras, porque el referido ideal humano "no tuvo floración súbita; (...) entronca con una gran tradición del pensamiento americano".

El plan de trabajo a desarrollar es, pues, bien claro.

En el primer artículo, Massuh busca ante todo una caracterización histórica de Hostos; esto lo lleva a caracterizar al positivismo en general, para poder localizar en él los elementos heterogéneos que apuntaban al nacimiento de un ideal humano nuevo; en tercer término, intenta definir los rasgos fundamentales de esa primera forma de la antropología peculiar de América que se ha propuesto encontrar.

Massuh desarrolla estos puntos mediante reiterados dualismos, que acaban siendo casi obsesivos. Todos ellos reducen al hombre a una suma de aspectos irreductibles. El primero es el que establece entre la inferioridad del hombre y aquello que en el hombre es "tangencial al ser de la sociedad". Ante este prematuro cartesianismo, es lógico buscar al menos una aclaración de su sentido, una fundamentación. Es inútil. En la página trece, Massuh afirma que el positivismo desvirtuó "las formas invariables de todo desarrollo espiritual". Ya en este punto se hace imprescindible una aclaración. Massuh se da cuenta y nos ofrece un párrafo de veinte largos e intrincados renglones en los cuales busca determinar una idea del desarrollo espiritual. Esta búsqueda se limita a construir varias frases de aspecto metafísico, mediante expresiones como éstas: "irrupción de lo subterráneo", "extraño élan interior", "íntima voluntad de ser", "sombra del misterio", "milagro de todo nacimiento", etcétera, etcétera.

A partir de aquí, las afirmaciones posteriores, apoyadas sobre este dualismo del que sólo puede decirsenos palabras misteriosas, carecen absolutamente de validez. Massuh, sin pérdida de tiempo, concluye: 1º) que el problema espiritual americano era un problema abierto a la reflexión antropológica más que a la sociológica (segunda forma de lo inconciliable, que se nos entrega gratuitamente); 2º) que

la superación del positivismo consistía entonces en la liberación de esas fuerzas interiores. No podemos enjuiciar afirmaciones de este alcance, porque Massuh no aclara las ideas que maneja, o mejor, las confunde con una fraseología oscura y de compromiso.

No puede aceptarse que el positivismo haya ignorado la interioridad humana. Puede, sí, decirse que la entendió y la asumió de un modo distinto al modo en que la entendemos y asumimos nosotros. Massuh acude a esquemas que en el fondo no son muy ajenos, aunque parezca paradójico, al viejo positivismo. Por eso vuelve irreductibles, con extraña simpleza, lo interior y lo social del hombre y correlativamente, la antropología y la sociología. A partir de estas polarizaciones, su pretendida concepción del hombre como armonía y totalidad no es sino la concepción de un muñeco de partes mutuamente exteriores, cuya integración es un misterio que sólo podrá resolverse echando mano a fuerzas irracionales, a "potencias interiores" actuando sobre "zonas intranferibles".

Massuh comienza después a describir la evolución interior de Hostos. Sin atender demasiado a datos históricos, prefirió hacer sencillamente una exposición literaria sin ninguna idea de lo que en general se conoce como sobriedad expositiva. Los defectos antes señalados se repiten una y otra vez. Hostos se enfrenta con su interioridad al reaccionar ante la sociedad y ante la revolución. Su ideal del "hombre completo" nace de esta reacción. El dualismo irreductible con que Massuh dió cuenta del positivismo funciona aquí también: todo aquello que en Hostos puede ser referido a la interioridad, a lo no racional, a la fantasía, debe necesariamente ponerse en la cuenta de los elementos heterogéneos, que iban a significar la superación del positivismo. Es bien clara la falacia de este argumento. Massuh ve cómo en Hostos el ideal del "Hombre completo" estaba históricamente integrado en el positivismo, cómo "ambos ideales (el hombre completo y el hombre de razón) aparecen confundidos en sus escritos". Y sin embargo, ni siquiera sospecha que esto pueda ser algo que exija una revisión de sus esquemas. Lo toma como un hecho un poco extraño que trata de explicar. (Obsérvese el modo ingenuo y escolar con que lo hace, págs. 32-33).

Pero no quiero apartarme de lo más importante: la transposición que hace Massuh de la experiencia interior de Hostos a América. Una vez descrita esta experiencia interior como la transformación del ser, como una misteriosa alquimia transformadora, Massuh la equipara a la figura de Hamlet, tal como el mismo Hostos lo hizo. Observa que Hostos sentía que el destino de América iba a estar entrañablemente identificado con su propio destino, y que la mayor revelación de su obra era para Hostos evidenciar lo que "para el bien colectivo resulta del progreso del ser en el ser mismo". Los pasos de la exposición de Massuh, reducidos a lo esencial, son los siguientes:

1º) "Hostos se había acercado a Hamlet y escrito sobre él porque sentía su ser en un mismo estado de transición abismal, herido por iguales dudas, sumido en idéntico pozo de reflexión torturante" (pág. 25-26).

2º) Hostos concibió la extraña idea de que el estado de "revolución moral" hamletiano era el mismo que experimentaba América en el proceso de transformación espiritual". Hostos concibe a América como un continente hamletiano (pág. 26).

3º) "Hostos se siente a sí mismo como el protagonista hamletiano de la revolución moral de América". Es ése su ideal del hombre completo (pág. 27).

4º) El ideal del "hombre completo" es "el primer testimonio de una revolución americana que ya es, fundamentalmente, creación en el mundo interior del hombre" (pág. 34). "Este inquisitivo diálogo con el "huésped taciturno" (hace referencia a una expresión de Hostos), con el desconocido habitante que en toda interioridad pareciera aprisionar en sus manos el respiro de las esencias, es el lenguaje exacto de la revolución interior que el hombre americano aprieta contra sus entrañas" (pág. 25).

Es totalmente incomprensible la aparición de este hombre americano con dolor de estómago. No importa. La transposición está hecha. La evolución interior de Hostos ha sido caracterizada con generalizaciones confusas y dudosas. Pero hay más todavía: esta evolución es, además, la evolución de América. Hostos encarna milagrosamente una cósmica alquimia americana.

Postulada la transformación de América, Massuh resuelve el problema de fijar sus rasgos con el método con que resolvió antes todos los otros problemas: un largo párrafo que conjura a los dioses de la metafísica:

"Aceptación de la barbarie porque ella es América y toda creación, por lo tanto, debe venir desde su núcleo. Transformación del hombre a oponerse allí, aceptando sus

fermentos irracionales, sus sueños míticos, tradiciones, primitivismos, resentimientos raciales, impulsos contenidos, misterios telúricos, contactos culturales hostiles y atendiendo, en fin, al oscuro lenguaje de todos estos caracteres inorgánicos de la historia hispanoamericana. Caracteres potenciales del hombre americano que el positivismo rechazó fascinado por ordenamientos extrínsecos, pero que, en adelante, serán aceptados como los materiales nobles de un ordenamiento personal y genuino. Porque estas mismas potencias elaborarán nuevos conceptos y categorías espirituales que no disociarán el fenómeno americano introduciendo el tajo de dualismos artificiales".

No hay duda: sólo un extraño brujo como Massuh puede ser capaz de conseguir con todos estos ingredientes un "hombre completo". Primero disocia al hombre en compartimientos estancos y luego postula una magia imponderable que produce una perfecta integración. En suma: América es el inmenso escenario de un prestidigitador. La mención final de los dualismos me hace pensar si Massuh releo alguna vez lo que escribe.

Al concluir el artículo, Massuh aprovecha para resolver otra pequeña cuestión: la misión de América en el mundo contemporáneo. Y nos dice que "se deposita en manos de América el viejo designio eternamente postergado del completar el hombre" (pág. 36).

El segundo ensayo es el más largo del libro. Mucho de lo dicho arriba podría repetirse. No quiero insistir. Me limitaré a señalar algunos aspectos representativos del método y la responsabilidad intelectual de Massuh.

Al principio hay un párrafo clave: "... si no es un desatino pensar que una gesta histórica está configurada —entre otros factores— por la acción personal de un hombre, que el rostro de un periodo llega a ser el mismo que el de su protagonista más intenso, esto es, que historia y hombre son los vasos comunicantes de una misma realidad, podemos decir que con José Martí la revolución cubana —y por ella, América toda— tuvieron un carácter y una cualidad hasta entonces difícilmente alcanzados".

Con toda evidencia, no es desatino pensar que uno de los factores de una gesta histórica —entre otros factores— puede ser en ciertos casos la acción personal de un hombre. El primer problema es que a lo largo del libro, Massuh desconoce con serenidad desconcertante todo otro factor. En seguida viene una identificación inadmisibles, porque es otra cosa postular que el rostro de un periodo llega a ser el mismo que el de su protagonista más intenso. En abstracto es una afirmación inaceptable. (Dejo de lado la absoluta vaguedad de esa determinación del "protagonista más intenso"). Y como remate de estas premisas (que Massuh da como equivalentes), la conclusión: entonces, a través de José Martí, Cuba y América misma han poseído su carácter y su cualidad excepcionales.

En ningún momento le importó a Massuh alcanzar al Martí histórico. Dibujó sólo un símbolo mediante hinchadas fórmulas. Massuh parece haber encontrado en Martí al mago capaz de realizar sus alquimias preferidas. Su instrumento es la política cordial. Antes de explicar la acción de ésta y su significado, Massuh establece un nuevo dualismo: por un lado, los planteos de los grupos cultos que querían que América asimilara "la lección europea". Esta es la política intelectualista. Por otro lado, la política de los caudillos. La caudillesca, según Massuh, "alimentóse en las fuentes impulsivas del instinto y la bárbara identidad con la naturaleza". Como expresión política, era "una culminación, un cumplimiento, el conducto por el cual América ordenaba en un sistema de formas primarias toda su vitalidad impulsiva. (...) La adhesión y fidelidad que mostraron las masas hacia el caudillo, tuvo los caracteres de un erotismo encubierto. El caudillaje, como expresión política, no puede ser estudiado independientemente de estos estratos psicológicos. Sus recursos de acción, sus alianzas, sus guerras, tuvieron mucho de la inmediatez subjetiva del macho frente a la hembra..." (pág. 56).

¿Vale la pena insistir, ante un método histórico de esta calidad? ¿Vale la pena preguntar qué es, concretamente, la vitalidad impulsiva de América? ¿No se le ocurrió a Massuh que un fenómeno político puede tener otras cosas y que es absurdo reducirlo a una "vitalidad impulsiva"? ¿Que no se puede hablar de historia si se tiene un poco de honestidad, sin tener en cuenta los factores sociales, económicos, culturales, geográficos, políticos, de una circunstancia?

De todas maneras, el dualismo entre "política intelectualista" y "política caudillesca" no es más que un nuevo modo de contraposición simplista entre "razón" e "irracionalidad", "inteligencia" y "pasión". Una vez establecido, queda ya determinada, según el esquema, la misión de la "política cordial": no será caudillesca ni intelectualista, estará referida a "realidades pertenecientes a un orden opuesto

a los del instinto y la razón". Será una ciencia del gobierno social y del desarrollo colectivo, pero sobre todo, deberá necesariamente "articular un lenguaje de lo oscuro y primordial", "tener en sus manos categorías nuevas que le permitan manejar con lucidez los agolpamientos subterráneos, los sesgos sorpresivos del telurismo americano". Y se identificará, por supuesto, con el ideal del "hombre entero" de Martí.

Resumo. En primer lugar, la figura de Martí desaparece. Los condicionamientos históricos de su actividad en el marco de la revolución cubana no son siquiera sospechados. Sus rasgos esenciales, el sentido concreto de su espiritualidad, no son importantes para Massuh, que prefiere insistir en lugares comunes que hablan del espíritu, la caridad y el apostolado —pero sobre todo del espíritu— sin la mínima aclaración. En segundo lugar, la revolución cubana, sus antecedentes políticos, su ubicación y su alcance históricos tampoco importan. Cuesta mucho menos decir que tuvo los rasgos de "una liberación metafísica" (pág. 39) y recurrir una vez más al vitalismo: "la guerra emancipadora llegó a significar una descarga del irracionalismo vital e instintivo de América" (id.) Cuesta mucho menos concluir que la revolución comportó una trasmutación de Cuba llevada adelante por un iluminado. Aunque todo esto nada tenga que ver con la historia.

Llegamos a los párrafos finales. Massuh dice: (págs. 79 y 80) "este sentimiento de ascensión colectiva e identificante que suscitó Martí en la comunidad revolucionaria, comporta una realidad espiritual del más alto valor cualitativo y que acaso posea un enraizamiento sobre-histórico. Cuando un pueblo la ha vivido puede dar por cumplida su meta... aun estando en los umbrales de su autonomía política. Esta fue la experiencia de Cuba (...) Quien ha sentido que el progresismo cayó de sus manos como un sueño frágil, quien no tiene la menor seguridad de que en el futuro americano las dictaduras y el espíritu de uniformidad no sigan siendo los actores en primer plano de nuestro drama —del mismo modo que fueron ayer y lo son hoy— quizá no tenga otra alternativa que aceptar una filosofía de la historia americana cuyo momento fundamental sea ese milagro que se llamó José Martí".

El método se repite: primero, se analiza el proceso espiritual de Martí, se lo confunde mediante distinciones que pretenden nacer de una concepción metafísica, pero que no son más que expresiones amaneradas que cubren una falta notable de capacidad filosófica, y después se traspone ese proceso personal a la evolución de los pueblos americanos. Además, con terquedad sistemática, Massuh se esfuerza en ignorar que la "comunidad revolucionaria" no era el pueblo cubano, sino tan sólo el reducido grupo de intelectuales exilados encabezados por Martí. Se esfuerza en ignorar que en nuestra América nunca el "pueblo" ha protagonizado ninguna revolución, y en cambio sólo las ha sufrido. Su método consigue, es verdad, elegantes y emocionadas generalizaciones. Lo grave es que al final Massuh señala una misión que América debe cumplir. Es curioso que aquí Massuh hace referencia, por primera vez, a un problema concreto: las dictaduras. Pero desde su esquema no hay duda posible: las dictaduras americanas no pueden ser otra cosa que expresiones de lo "irracional". Los pueblos americanos no tienen ningún problema al respecto: se trata solamente de "abrirse al prodigio de la plenitud", "el generoso desborde", "la total posesión de su ser". Como se ve, es bastante sencillo.

En el caso de Massuh se me ocurre un poco estéril hacer objeciones. Él está sentado en un elevado trono metafísico, pitonizando con solemnidad los caminos de un continente angustiado.

Los restantes ensayos no ofrecen mayores novedades. En

ellos, el complejo de dualismos que domina a Massuh cambia sucesivamente de nombre: "agonia" y "espíritu de síntesis"; "subjetivismo" y "objetivismo" (como actitudes en el estudio de América); "naturaliza" e "historia"; hasta "olvido" y "voluntad contra el olvido". Al final de cada ensayo se repite la misma admonición patriarcal acerca de una imprescindible integración, que suena a falsa, muy falsa, porque construida sobre endeble categorías, resulta incomprensible.

No hay nada serio, falta voluntad problemática en todo esto. Donde asoma algún problema concreto, Massuh es totalmente ciego, porque su bastedad lo anula, lo confunde, lo disfraza.

En las págs. 83-84 ("Agonia y espíritu de síntesis"), hace referencia a la evolución cultural de América. Véase con qué categorías busca explicarla: "cuadro agónico de incessantes rupturas"; "dinámica catastrófica"; "latencias del enquistamiento"; "forzado enmudecimiento". Acaba siendo exasperante que Massuh no se dé cuenta de que toda esta fraseología no quiere decir absolutamente nada. Con ella desaparece la posibilidad de analizar la diversidad de lo americano que presiente Massuh y se hace imposible buscar las múltiples razones que hayan podido motivarla. Con ella, la necesidad de integración experimentada por tantos de nuestros intelectuales, a los que Massuh se refiere, no es la expresión de un estado de cosas, sino la manifestación de una impalpable antropología en vías de autorrealización. Todo resulta falseado. Massuh no tiene otra salida que describir un arquetipo humano y colocarlo como meta de América.

Al enfrentar a Keyserling y Henríquez Ureña, expone el método del segundo y reconoce su superioridad, a la vez que disimula muy bien su predilección por el desequilibrio intelectual báltico. En seguida se apresura a criticar la "erudición inútil", el "fichaje insustancial" de los continuadores de Henríquez Ureña, "verdaderos sustitutos de la falta de imaginación". Esta es la verdad: Massuh entiende que los problemas americanos se resuelven con imaginación. Ella permite cubrir con "el juego riesgoso de la creación" las zonas que "no han podido ser cubiertas por las respuestas culturales". Es evidente que para Massuh no hay zona de América que pueda ser cubierta por las "respuestas culturales".

Al hablar de Henríquez Ureña hubiera podido analizar su idea de la originalidad americana y hacer frente, con ello, a otra ardua y compleja cuestión. Apunta que encubre "una determinada filosofía de la historia", que por lo tanto, "puede ser discutible". Por supuesto, Massuh ni aclara ni discute. Se exime de mayores comentarios y no hace sino retomar la idea de Henríquez Ureña y desarrollar, en cuatro puntos, algunas de sus conclusiones.

La "voluntad de olvido" es un misterio más. No se le ocurre a Massuh que puede haber causas que motiven que "en un lapso menor que el de una generación" la "marea del olvido" cubra a nuestras "figuras eminentes", que puede haber algún problema generacional. No. Se rebajaría a usar categorías históricas. Para él, esta "mala memoria" es "una disposición maligna de nuestra cultura".

Uno no sabe bien qué pensar cuando acaba el libro. Pareciera ser el resultado de alguna necesidad biológica de hablar sobre América aunque se carezca de los elementos para hacerlo.

Todo esto es más grave si se tiene en cuenta que ya es hora de asumir nuestros problemas con verdadera seriedad, de abandonar oscuras tareas para descubrir complejos escondidos. Porque hay que decir que ha pasado el tiempo de los conjuros, porque no queremos más magos de lo imponderable.

ERNESTO VERON THIRION.

Guibert: un poeta con geografía

LA mayor parte de las veces somos indiferentes, o por lo menos neutros para todo aquello que no es nuestro propio y reservado interés. Nuestros ojos y nuestros sentidos vegetan embotados en lo inmediato de nuestras necesidades, y cuando somos bajamente idealistas abandonamos la cuestión para refugiarnos en el goce del pensamiento o la contemplación. No es por falencia del lenguaje que de este modo nos traicionamos, sino por miedo al aire libre o por una tímida claudicación de inválidos.

Esta fractura es grave cuando se da en los artistas, única gente en la que, por otra parte, generalmente se da

con caracteres de lucha ideológica o política, de tajante división. El artista inválido hace de defecto virtud y desprecia a quienes no lo padecen; se siente elegido y superior porque es tan desdichado que ni ve las cosas, ni percibe los movimientos, ni advierte los sentimientos. Todo lo demás es para él detestablemente realista e inmediato. Se refugia, por lo tanto, en sí mismo, y se ocupa exclusivamente de sus nanas, que, arropadas convenientemente de palabras místicas, lo llevan al convencimiento de su penitencia.

He aquí el somero panorama de nuestra producción poé-

tica de los años del peronismo. La mayor parte de nuestros poetas ha sido víctima de la propaganda enemiga, cuyo "slogan" principal consiste en afirmar que la poesía no sirve para nada y que nadie entiende una palabra de lo que escriben los poetas.

No quiero decir con esto dos cosas: ni que antes del peronismo no existieran los delicuescentes ni que la utilidad de la poesía debe serlo en el sentido de la utilidad de la ropa interior. Hay toda una tendencia a un hermetismo absolutamente vacío y fielmente copiado de un hermetismo con razones suficientes para existir, así como una falsa idea de lo que sirve para algo aunque uno no engorde con ello.

Insistir en el hermetismo, recaer en la mística, sentirse todavía los supremos albatros perseguidos, son anacronismos que han cultivado con delectación la mayor parte de los poetas argentinos durante los años peronistas, y lo que es grave, los más jóvenes, a imitación de sus predecesores del 40 y de sus parciales parientes los Martinfierristas, criados a la sombra del formalismo lugoniano. El argumento que empleaban los disculpadores para justificarlos era la falta de libertad de prensa, aunque la falla verdadera era la inadvertencia de un importante cambio social producido y de una experiencia vital extraordinariamente aleccionadora. Además, la carencia de un estilo, en el sentido profundo de la palabra, es decir, de una manera legítima de dirigirse al otro por medio de la palabra.

Las revistas poéticas de estos años dejan ver lo que ha pasado, siempre que uno consiga que no se le caigan de las manos.

Superar el poder de la gravedad es siempre un mérito, pero en este caso lo es muy grande porque nada hay allí que atraiga, sobre todo a causa del anonimato en la expresión, de la falta del individuo que escribe, no porque lo que se dice pertenece a todos, sino porque no pertenece a ninguno a fuerza de ser relamidamente de otros. La revista "Oeste", "el 40", "Poesía Buenos Aires", "Ventana Buenos Aires", lo que sale en "La Nación", lo que se publica en "Sur", la influencia y la producción de Bernárdez, las habilidosas creaciones de Wilcock, Voces Lescano, Silvina, las oscuras y triviales experiencias de Girri, los rápidamente concluidas acritudes de Murena, los ocultos títulos de las adornadas tapas de la Colección Botella al Mar, etc., etc., ilustran todas las variantes de la ineficaz poesía argentina, agotada y exhausta, insignificante y absurda como pocas existen en el mundo, salvo las excepciones dignas de considerarse: tal algunas obras de Barbieri, la rica oscuridad de Molinari, imágenes aisladas y metáforas atra-yentes.

Las razones que explican la situación son, por un lado, de colonialismo espiritual, por otro, de sujeción a una concepción romántica del poeta, que confunde su persona y sus sentimientos con la propia poesía. En esta concepción hay, me parece, profundo error.

Pero contra todo esto, me atrevo a afirmar, aparece *Poeta* al pie de Buenos Aires con su desmedida ambición de construir un poema, contrariamente a lo que parece indicar su título, antirromántico, en cuanto el poeta es sólo el protagonista de una épica puramente descriptiva y no el objeto inmaculado y restringido de la poesía.

Es simple la biografía de Guibert, porque no son necesarios para construirla sus datos biográficos. Es llanamente un hombre, argentino de segunda, o de tercera, o de primera generación, uno que invoca el "ius solis" y se lo impone como razón para entender lo que sucede aquí, alguien que se hace cargo de la coordenada geográfica que le toca vivir y trata de integrarse en ella desmenuzándola y palpitando con todos sus elementos, uno que perdía el equipaje al bajar del barco y siente que debe conseguirse uno nuevo, de distinta verdad y materia.

El poeta es el hombre, y su arma de lucha es Buenos Aires, representante aquí, en esta ciudad del caos anhelante que conforma toda vida, toda la ruidosa maquinaria que los hombres ponen en funcionamiento para convenirse de su poder.

El hombre de todos los días, el hombre común, recorre a pie y ordinariamente ese caos y sólo trata de situarse en él, de no caer bajo sus dentelladas. Para ello no hace más que vivir sencillamente en las cosas que le son dadas y en las situaciones que va comprendiendo por círculos concéntricos cada vez más reducidos. Hay alguno que es el último, pero que no se alcanza, por lo menos con el rutilante boato con que se abrazan los mayores: es el que le da sentido a casi todo y frente a cuyo misterio nos estrellamos, es el círculo de lo que Guibert llama incesantemente "cada uno, cada cual", y por medio del que, al mismo tiempo que busca al hombre, trata de vincularlo en

una relación con lo que el hombre vive y con las cosas y el mundo revuelto que le toca protagonizar.

El caos no es el elemental en el que Dios hacía lo que quería, sino un caos funcionante, funcionando con tal perfección, que puede llevar a muchos a la ilusión de que no existe. No hay más que ver cómo se corresponden sus elementos para darse cuenta de la desarticulación avasalladora que reina en la ciudad, pero una desarticulación que se manifiesta engañosamente con un ritmo tremendamente imponente, como en los teatros de títeres, cuyos movimientos no logran tranquilizarnos porque, aunque los vemos, nos sentimos decididamente excluidos de su extraña coherencia.

La ciudad se mueve y palpita con un ritmo sobrehumano porque el concierto es de potencias que el hombre ha dejado sueltas. Extrañamente, imprevisiblemente, se combinan y dan ese ritmo que pocos, entre ellos Guibert y algún film, reconocen, admiten y expresan. ¡Buenos Aires! Hay un punto de partida y un lento crecer como la vida de un hombre cualquiera, pero asimismo hay una instancia monstruosa que aparece en cada punto de su línea histórica. Guibert la sigue y la ve, no por un principio de amor, no por ese énfasis tanguístico de un Borges primera época, sino porque sólo mira, porque se aprecia en su capacidad visual, en sus ojos que organizan todo el argumento, y su mano sigue puntualmente la línea descripta.

Así, el poema es aparentemente descriptivo, aunque en realidad tiene un contenido fuertemente épico. Cuestión de procedimiento que es hallazgo de Guibert, sospecho que algo sugerido por Neruda. Guibert procede por cortes. A uno horizontal:

"Tomate verde, la banana roja, coliflor azul,
rojos pantalones, verdes pantalones, pantalón azul,
rojas emociones, verdes intenciones, la traición azul"...

le sucede uno vertical pero dinámico:

"y de los pañuelos asoma su piquito palomitas
volando del bolsillo a las miradas del bolsillo y desde
[el bolsillo
se mezclan las monedas hirviendo en la corriente, los
[remansos."

Y así constantemente. Una descripción, pero en seguida el movimiento; una imagen fotográfica y superficial, pero en seguida un ahincamiento, un rasguño que se escucha, un trabajo de uñas que quiere hacer saltar la costra, ver lo que hay debajo y se mueve:

"Y retumbando a nafta, derrumbando,
vehículos corrientes y corriendo trepidantes,
tras de uno otro y otro uno tras otro, a las bocinas
a la colisión
y tranvías lentos rechinantes, de la 3 y 5 y 7
contra cola y trompa y cola de cúbicos elefantes obs-
[truventes,
en cada esquina suben bajan gentes, 11, 14, 15, 17,
solpeándolo en la gente y a la gente, 31, 35, 37,
Y en el mar amarrado de los tranos que ambulan,
en el mar de la amontonada soledad
del temor y amor y hostilidad hacia los demás."

Pero es superficial porque se empeña en decir lo que está arriba, lo que se ve pero que habitualmente no vemos, embocinándose en no decir nada sin mencionar, cubriendo con la enorme descripción el aire libre en el que debe accionar el poeta que no quiere quedarse en un solo descubrimiento.

Todos los objetos accionan vertiginosamente, y quizá por ello no los vemos. Pero Guibert sí, y transmite ese vértigo en forma de un ritmo extraño, originado primariamente en una sintaxis de precipitación:

"Loca roja locura, los cálculos, los números,
Sumar multiplicar y dividirlos,
cosas y cosas y nosotros personales, contados uno a uno
de la plural y numeral ciudad en su desorden,"

por repeticiones, complementos internos, gerundios, adjetivos de movimiento y color, adverbios de pasión, sustantivos terribles, figuras directas, palabras usuales pero inusitadas

"de pájaros y nubes, arrastrados pasajeros siderales en
[cruceros

y mosquitas negritas invisibles, hollines invisibles en el
 e insectos incestuosos; [aire,
 sobre veletas giratorias negras
 y torres vacías, cilíndricas, cuadradas.
 De torres y veletas puntiagudas, sobre chatos techos y
 azoteas rojizas,
 muchedumbres fátas extendidas
 y tizas y cornisas grises ensuciándose.
 De tizas y cornisas y cielo raso y techos de goteras y
 [entrepiso,
 sobre ciudad a reventar de piezas y covachas,
 locales y galpones y salones."

En la confección del vértigo, que trata de asimilar y expresar el caos, Guibert no vacila en recurrir a elementos expresivos diferentes. Hay surrealismo, expresionismo, conceptismo, otros barroquismos, verso libre, verso blanco, y todo se hunde y unifica en el ritmo obtenido y realmente obtenido al comienzo, pero tan terriblemente insistido que uno vacila y duda. ¿No es demasiada la reiteración? Sin embargo, hay un descubrimiento primero que desvirtúa las vacilaciones que suele provocar la superposición de estilos, y que consiste en hacer de todos ellos un estilo nuevo de un contenido rítmico acuciante y absorbente.

Yo siento lo que está diciendo, pero es como si lo conociera dentro de mí, como si despertara en mí una forma de andar o de hablar que fuera la más propia, la más adecuada a lo que yo soy. En esto consiste su hallazgo y la fuente de su inacabable energía que desafía todo equilibrio y termina por saturar de versos lo que en un primer momento era exclusivamente poesía. Guibert ve cómo se desarrolla Buenos Aires delante de sus ojos y aun en el pasado delante de sus oídos. Los elementos que desfilan poseen un juego que ejecutan en el interior de un sistema mayor que es Buenos Aires mismo. Pero la unidad con que se integran la extrae el poeta que los ve jugar. Y todos son buenos y apreciables porque todos forman la ciudad. La cal de las paredes, la bocina de los camiones, las mangas blancas de los vigilantes, el nombre de la calle Patagones, los carros de basura, las asfixiadas ventanas de los departamentos, la naturaleza de los barrios, las calles que uno trota desoladamente por la tarde y por la noche y todo lo demás, supremamente valioso en cuanto forma parte del todo que importa, y ese todo tiene tal magnitud. La calificación, que vicia y desgasta al estéril nacionalismo, falta totalmente de Guibert, y es lo que autoriza a suponer que el poeta se ha transformado por fin en el hombre, el uno más que respeta y conoce al "cada uno, cada cual", que es "cada uno, cada cual".

Sin embargo, no es populachero, porque no es eso lo que busca, ni lo podría ser porque la carga de cultura que lleva se lo impide. No pretende una poesía popular, sino que mete elementos populares en una poesía que tiene su historia y su curso. Es una poesía democrática: busca al hombre en medio de su situación y comparte desde adentro lo que hace a suél y los riesgos a que se expone.

Su apertura, la limpidez con que se acerca a las cosas de Buenos Aires su escasa oscuridad, son profundamente originales, cuando uno se acerca al poema un solo roto y se niega a dejarse atrapar por el mecanismo. Quienes se ocuparon en poesía de Buenos Aires parcializaron y se cegaron, y por ello ni transmitieron la ciudad, ni hablaron de los hombres que la forman y le dan sentido. Carriego, que es de los que empiezan a hablar de ella, es apenas un esbozo sentimental de personas aisladas; Borges logra dar más una idea de una escuela literaria y de una caliente idealización que transmitir un Buenos Aires viviente: los boedistas son proletarizantes, Marechal se siente la criatura elegida, Girri se encierra en un mutismo agreste pero vacío; Solero camina y padece euforias; ninguno trasciende, ninguno habla de lo que Buenos Aires es en una dimensión superior a la anecdótica y que tenga en cuenta que una ciudad es con sus hombres y por sus hombres, y sobre todo que el conjunto es un caos difícil de precisar, de abrazar o de limitar.

Y hay tantas cosas en ese caos, tan diversas y tan distintas, que uno se tonta y trata de comprenderlas, para lo cual las ordena y hace un cosmos. Los locos tranvías tendrán, pues, ahora, un recorrido, las siniestras chimeneas arrojarán el humo a alguna parte, en la Morgue los cadáveres esperarán para algo, cada uno de los elementos sueltos adquire un destino y una finalidad, que carecería de dramatismo si no fuera que el cosmos es precario y el caos asoma por todos los resquicios, instalado como está en el alma del hombre, que yace un poco anegado en el poema de Guibert, sepultado por esquivas de ciudad que lo hieren

pero que no dejan que se lo vea decididamente hundido. Guibert lo despierta y lo señala. Dice: el hombre está en medio de todo eso, hundido y desesperado. No surge del poema totalmente: es el poeta quien lo hace surgir.

Pero del mismo modo que el rastreo y el cateo son apasionantes para el aventurero y la extracción del petróleo no lo es, así el total real del poema de Guibert desvirtúa la naturaleza de sus hallazgos. Lo mismo que lo hace atractivo (el hecho de haber hallado cierta veta) lo aniquila en cuanto hay una exclusiva explotación de la veta. Guibert no ha seguido buscando y hurgando; ha insistido con su primer hallazgo hasta convertir la insistencia en un mecanismo similar a las máquinas de picar carne, por las que cualquier cosa sale apareciendo como carne picada. Eso hace que la historia profunda de Buenos Aires (siempre que haya existido en Guibert este proyecto narrativo) que describe, pierda coherencia y que el placer que produce el poema sea fragmentario y discontinuo. No se lo puede leer todo. Nadie que empiece desde la primera página llegará a la última. En cambio, si se lo abre al azar y uno se entrega a la lectura se renueva la sorpresa. Guibert ha sido víctima de sus virtudes porque se ha enamorado de ellas y las ha cultivado con una paciencia realmente medieval.

La extensión del poema lo demuestra, del mismo modo que su puntillismo extremo y la pretensión de acabar con Buenos Aires y dejarla ahí, prisionera de un estilo que es el que Guibert encontró, pero que decididamente no es el único que existe ni la concluye. En este sentido es que hablé más arriba de pretensión, porque hay que reconocer que muchas veces la manera con que vemos las cosas coincide con la que emplean los otros para verlas, pero no siempre ni necesariamente se da la coincidencia. El hallazgo noético consiste, precisamente, en esa coincidencia, que debe remozarse constantemente porque los otros son terriblemente cambiantes y porque no los podemos honestamente obliar a que adapten su marcha a la nuestra para todo tipo de caminata, habida cuenta que existen muchísimas maneras de andar.

De este modo, el fundamental valor de hallazgo subsiste en Guibert, pero en tanto lo tomamos aisladamente, como tal, no en cuanto sirve para justificar todo el poema, hostilmente largo, orgullosa y concientemente extenso.

Por ejemplo, su ritmo, que tan acendradamente me pareció auténtico y lozado. Todo es perfecto mientras nos va rodeando y lo sentimos cada vez más adentro como una magnífica buena sorpresa. Pero cuando se repite siempre, cada vez más orgulloso de sí, concluye por expresar poco, sobre todo teniendo presente que no hay varios poemas en un solo libro sino que el poema es único. Igualmente en lo que se refiere a los recursos formales.

Es tan simple todo, es tan limpio el procedimiento, significa una comodidad tan grande del poeta, que se permite pegar saltos gramaticales, repetir palabras, reemplazar adjetivos por frases, eliminar signos, que uno se pregunta cómo no se nos había ocurrido antes que podía procederse de tal modo. Pero luego resulta que no hay otra cosa, y que eso mismo es limitado e insuficiente en cuanto pretende manifestar el mundo entero.

Sin embargo, al hacer estas limitaciones, quizá yo mismo haya caído en la trampa de la vieja exigencia de unidad del contenido. Tal vez un poema, cualquiera, sea un fragmento de una obra que ni empieza ni concluye. Y dentro del fragmento tal vez nada emocione ni concluya.

No sería justo, entonces, atribuir a Guibert las pretensiones que le he adjudicado más arriba, pero tampoco estoy convencido de esto mismo. El poema empieza, y no con una arbitrariedad, y luego se desenvuelve como una madeja que va extendiendo el hilo que cubre el piso de la pieza, y su anhelo, que es como el de los motores, va situándose y encarnándose en las cosas que por eso mismo se sitúan y ubican, y eso constituye el infinito de la creación del mundo.

Así, entonces, uno nota que hay una nueva contradicción, porque el poema es algo limitado y el caos y el mundo son infinitos. He aquí por qué la ambición de Guibert es desmedida. No sólo ha querido encerrar el caos en un poema, sino que ha querido trazar su historia. ¿Por qué termina, cabe preguntarle? ¿Por qué pone puntos y comas? ¿Y por qué llega a no seguir escribiendo más cuando pone:

"Es tiempo y me confieso:
 soy su amante,
 en la ciudad que es mía porque es mía,
 en la ciudad que es nuestra porque es mía."

con que termina el poema?

En el proyecto está el fracaso, aunque como se deduce de todo lo que digo arriba, el fracaso es casi estúpido, lo más cercano al triunfo que se pueda pensar. Pero fracaso al fin. La pregunta de más arriba está en relación con la largura del poema. Es largo en principio porque el tema así lo exige, pero el tema no es largo: es inacabable. ¿Cabía entonces hacer poemas tan sólo largos? ¿No es que Guibert quería agotar el tema Buenos Aires? ¿No es por ello que

muchos de sus versos son prescindibles y que el poema sea materialmente grande?

Tal vez si la geografía se hubiera dado en otra instancia y hubiera habido menos soberbia, el poema fuera el de Buenos Aires, la ciudad que llevamos adentro y que buscamos infatigablemente, con el desabrimento que está en su origen y tal vez en su destino.

NOE JITRIK

“Rosaura a las diez”, premio Kraft

MARCO Denevi dice que esta es su primera obra, y que la concibió y la escribió en acto de amor sin preocuparse por su ulterior destino. La novela es, por lo demás, un éxito de librería; lo que se llama un best-seller.

Hasta aquí nada habría que decir. Lo primero corre por cuenta de Denevi, y allá él si es o no cierto. Lo segundo corre por cuenta de los lectores, que tienen todo el derecho de elegir una obra argentina entretenida entre tanto papel impreso aburrido. A lo sumo podría extraerse del hecho alguna semirrisueña moraleja para uso de nuestros escritores serios que se lamentan del poco éxito de sus libros. Y no mucho más.

Pero es el caso que *Rosaura a las diez* ha sido premiada por un jurado del que formaba parte un crítico literario de veras y algún escritor discreto. Es también el caso que la crítica —desde la de *Criterio* hasta la de *Mundo Argentino*— ha acogido a *Rosaura* como si se tratara realmente de un hecho artístico. Y todo eso constituye una confusión que conviene aclarar, sin darle tal vez excesiva importancia, pero sin dejarla pasar por alto. Un respetable prurito profesional así lo exige. Y de paso, quizá se le haga un favor a Denevi, que no deja de ser un muchacho bien dotado.

Lo cierto es que en *Rosaura* Denevi ha demostrado tener cierta superficial facilidad de palabra y alguna habilidad técnica para el manejo de un lenguaje que oscila entre la parodia a lo Juan Mondiola y un quevedismo pseudoborgiano. No existe allí ningún compromiso del escritor con su obra, ninguna responsabilidad por la creación. Se adoptan ciertos caminos por comodidad, y cuando esos caminos proponen alguna dificultad, se recurre a la medida más

fácil para soslayarla. Así, la elección de la narración por los personajes obligaría a escarbar en ellos hasta lo hondo o a aceptar totalmente su visión del mundo. Si no se acepta esa obligación, estamos ante la parodia, ante el personaje que sirve de bocina para decir cualquier cosa, liberando al autor de toda responsabilidad. Eso ha hecho Denevi. Tampoco ha aceptado los riesgos formales que implica el hacer hablar al personaje, esos riesgos que —aun fracasando— asumieron los autores de la picaresca española. Payró, Güiraldes. Ante todos los problemas, Denevi sale del paso de cualquier modo, aun del más absurdo: por hipercultismos de sintaxis a lo Quevedo o a lo Gracián, por alusiones a memorias personales increíbles, por bruscos e inexplicables cambios de personalidad, por largas y fluidas cartas escritas por semianalfabetos. Así, y llevándolo al detalle, una dueña de pensión sabe el significado de curriculum, quién era don Enrique el Doliente y que los reyes comían en público, y reproduce diálogos oídos —o no oídos— mucho tiempo antes. En cambio, recuerda fonéticamente nombres de pintores. No creo necesario insistir. Importa, sí, señalar las posibilidades de Denevi como escritor si se repone de la desgracia de haber tenido tal éxito con sus primeras letras. Alguien debería advertirle que no existe en su novela ninguna excelencia que esté más allá de las realizaciones de Hugo Wast o de las de cualquier discreto fabricante inglés de novelas policíacas. Dada la voz por si alguien quiere transmitirla, y supuesto que eso sirva para algo, lo demás queda por cuenta de Denevi y del futuro. *Rosaura*, por decirlo con una frase feliz, ya no es mi negocio.

MARTA C. MOLINARI.

Catecismo político para un nuevo Uruburu

Ayer, hoy, mañana de Mario Amadeo

MARIO Amadeo ha escrito un libro que es en parte una autobiografía, en parte un balance de su generación —la generación “nacionalista” que ingresa a la vida pública en 1930—, en parte programa para una acción política inminente. Los que en 1930 estábamos con pantalones cortos podemos encontrar —si sabemos leer entre líneas— muchas claves en *Ayer, hoy y mañana* para explicarnos veinticinco años de vida argentina que median entre el 6 y el 16 de septiembre. En cuanto revisión de la corriente de ideas conocida como “nacionalismo”, nos interesa, además, para situarnos con el máximo posible de claridad respecto de una posición que nos parece punto de partida necesario de toda acción política en la Argentina. Pero tenemos que estar bien alerta: es un libro lleno de silencios y dirigido a un público que no somos nosotros. Los silencios los veremos más adelante; el público necesitamos dejarlo bien establecido desde ahora, porque no se entiende el pleno sentido de un diálogo si no se mira al mismo tiempo a ambos interlocutores. Y el público es, ante todo, el oficial de las fuerzas armadas en la mitad de su carrera, cuando está por ingresar o acaba de salir de las escuelas de guerra, adonde lo envían del cuartel, el buque o el avión para que adquiera los conocimientos que un oficial de estado mayor necesita. Entre estos conocimientos, fundamentalmente, una visión de la economía política y del derecho internacional. (Mario Amadeo nos cuenta que ha sido profesor en la Escuela de Guerra Naval y menciona en cada página oficiales y jefes con los que está en relación, sea de amistad familiar, sea por su actuación en Rela-

ciones Exteriores. Una lista completa de los profesores de las escuelas militares durante los últimos años y un digesto de los programas nos haría entender más de la historia del país que tomos del *Diario de Sesiones*.) Pero tanto como los jóvenes oficiales, interesan a Mario Amadeo otros lectores más alejados en el espacio: los “Latin American Experts” del Departamento de Estado (Arthur P. Whitaker, por ejemplo), a los que urge convencer de que se puede haber estado en el *Libro blanco* en contra de la Unión Democrática y de los pactos de Rio de Janeiro pero que ahora, al entrar en juego la civilización occidental, uno está del lado de los valores eternos de nuestra cultura y frente a las hordas afroasiáticas.

Sin embargo, hay que reconocerlo, Mario Amadeo aspira a ensanchar considerablemente este público. Su experiencia fundamental de adherente de tres revoluciones militares y de cesante en esas tres revoluciones es que no bastan los togados actuando como mentores de los rudos soldados, sino que se necesita un partido político y un movimiento sindical que sirva de base para la acción política de las fuerzas armadas y pueda exigir algo de ellas. Perón, para Mario Amadeo, no existió en vano. Este es su gran mérito y lo que lo diferencia esencialmente de los Yadarolas, los Américos Ghioldi, los Zabala Ortiz, los Ordóñez y los Bullrichs, por no hablar de Amadeo Sabattini o don Alfredo Palacios, que viven en trance desde 1920, por lo menos. Muerto el general Lonardi y —a lo que parece— jugados en vano Videla Balaguer, Uranga, Bengoa, Dalton y Lagos, las posibilidades inmediatas del programa

Amadeo son mucho menores que cuando escribía el libro (enero-marzo de 1956), pero el esquema conserva una innegable eficacia objetiva, y puede pasar al acto en cualquier momento si los sectores normalmente, intrínsecamente fascistas (en el sentido que se definirá más adelante), de las tres armas toman plena conciencia de sí mismos (máxime frente a la posibilidad concreta del ascenso al poder por vía electoral de un partido popular), se hartan del lenguaje "democrático" que adoptaron por reacción contra el peronismo y logran superar el desagrado (fundamentalmente estético y nacido de la asociación peronismo-nazismo) que actualmente les produce la vertiente "nacionalista" que Mario Amadeo representa. Mario Amadeo lo sabe y lo espera.

La ineptia y lo antihistórico de los partidos liberales tradicionales contribuye a reforzar la posición que Mario Amadeo sustenta. Si aceptamos la premisa de que las fuerzas armadas —mientras no se produzca una profunda transformación en la mentalidad de sus cuadros, lo que en un futuro inmediato hay que descartar— son árbitros y sienten la obligación de ser árbitros sin instancia de nuestro futuro político, la salida que Mario Amadeo les propone al dilema del país es quizá la obvia y deseable para ellas. ¿Cuál es ese dilema y cuáles las salidas que las fuerzas armadas pueden tener en cuenta? Mario Amadeo las expone con perfecta lucidez y serena seguridad en lo que cree y en la visión que tiene de la realidad.

Y dice así: el peronismo no fué ni una hipnosis ni una corrupción colectiva (como quieren los conservadores), ni un nazismo trasplantado (tesis de la "izquierda liberal": unionistas, socialistas, demócratas progresistas), ni una forma rudimentaria pero válida de antiimperialismo (interpretación trotskista). Es una reacción contra el sistema de ideas, valores y estructuras políticas que regían al país desde la Organización nacional, sistema cuya crisis era ya definitiva en 1930. Perón habló un lenguaje claro y adaptado al estado de espíritu de las masas, supo interpretar sus anhelos, les dió una situación material y una autoestima, como nunca la habían tenido. El peronismo fué una gran oportunidad nacional que se frustró por el desvarío cesáreo del hombre que la había conjurado. La creciente arbitrariedad y los excesos de los últimos tiempos (especialmente la campaña contra la Iglesia) habían desilusionado a la gran mayoría de los antiguos creyentes. La Revolución era, pues, necesaria y oportuna.

Pero los procesos históricos son irreversibles. Sólo en la línea del peronismo, superándolo, puede llevarse una acción política. El gobierno surgido de la Revolución lo había entendido así, pero el revanchismo y la miopía de la izquierda liberal hizo embarcarse a los jefes militares en una política regresiva. No queda otra cosa que esperar sino un pronto llamado a elecciones, libres y sin restricciones políticas.

¿Qué fuerzas se disputarán entonces el poder? ¿Cuál es la posibilidad de éxito de cada una y qué es lo que pueden dar al país? La izquierda liberal ha cumplido su ciclo y será barrida de la escena. El radicalismo intransigente y el nuevo partido o los nuevos partidos que se formen dentro de las condiciones de superación del peronismo que Mario Amadeo establece son las únicas fuerzas reales. A los conservadores y a la democracia cristiana les pasa en silencio. Callar sobre los conservadores —como partido actuante a la luz, por supuesto— es explicable, pero ignorar a la Democracia Cristiana es algo que se entiende menos por qué. Mario Amadeo la menciona sólo dos veces, y oblicuamente. La primera, refiriendo una entrevista conspiratoria en la que los actuales dirigentes se opusieron a la formación de un partido católico alegando que querían mantenerse como grupo de estudio. La segunda al analizar su conducta en la Junta Consultiva, para reprocharles que se dejaran seducir por la izquierda liberal en contra de sus "hermanos en la fe" (Unión Federal). Cuesta ver qué razones tiene Mario Amadeo para ignorar la vigencia de la Democracia Cristiana, aunque puede suponerse, por una parte, que no le es fácil explicar qué es lo que realmente separa a dos núcleos, católicos ambos, celosos los dos de los derechos sobrenaturales de la Iglesia, amantes a cual más de la cultura occidental, solícitos ambos de la justicia social dentro del orden. Pero, por otra parte, es muy conveniente para la tesis de Amadeo presentar el dilema político como una opción entre su programa y el de la Intransigencia Radical. Se verá por qué.

"Conocer a los enemigos es el fundamento de la política", dice Amadeo, citando a alguien, y hay que reconocerle que los conoce bien y que sabe, además, juzgar las cartas de éstos en beneficio propio. Negada la izquierda liberal e ignorada la democracia cristiana, una sola fuerza política queda, la Intransigencia, a la cual, por un sutil gambito,

homologa con el movimiento político hispanoamericano que califica de "marxismo nacionalista".

El gambito consiste en dejar caer al pasar que la Intransigencia, movimiento nacionalista, "ha asimilado alguno que otro supuesto de la izquierda marxista" (pág. 166) para extenderse poco después largamente (pág. 205) sobre el tremendo peligro de la corriente revolucionaria marxista iberoamericana que "ha captado la tremenda realidad que significa la existencia de pueblos miserables y desesperados, y moviliza sus resentimientos para hacerlos servir a su causa... Utiliza el rencor que produce en los indigentes el espectáculo de la riqueza próxima e inaccesible y promueve el odio implacable contra los Estados Unidos". De este modo, sin cargar con la responsabilidad de descalificar a la Intransigencia por marxista, la sitúa de un modo que quita a cualquiera de los lectores que a Mario Amadeo interesan cualquier tentación de ver en la Intransigencia una salida aceptable.

Y es que la Intransigencia es un enemigo contra el cual es difícil explotar los sentimientos y los prejuicios del público amadeísta. No se la puede homologar a la izquierda liberal porque, mucho más que un ala de la venerable U.C.R., es un partido nuevo, con sus cuadros dirigentes renovados, y que de la heterogénea ideología radical se ha quedado, precisamente, con los elementos antiliberales sin perder por ello ese indefinible "pathos" que es en la Argentina ser radical; no es antimilitarista, antes asigna al ejército la función de defensor de la soberanía; no es anticatólica, ni mucho menos sectaria al estilo socialista; no se complicó en intrigas palaciegas después de la Revolución ni durante el peronismo cayó en "contrerismo"; es, por último, profundamente nacionalista y populista. Y sea cual fuere la hostilidad actual del peronista, que sigue viendo en ella el símbolo de la oposición, ni por su lenguaje ni por su programa ha roto el contacto con él. Es vital, pues, para el esquema de Amadeo, descalificarla de algún modo.

No es el momento de intentar un análisis de la Intransigencia, pero es necesario decir, para pasar al núcleo del pensamiento político de Mario Amadeo, que la Intransigencia es algo mucho más complejo de lo que éste pretende, y que los elementos marxistas que puedan descubrirse en alguno de sus teóricos son los que han pasado a ser ya patrimonio común del pensamiento político, de Mario Amadeo y de Pío XII, que nos hablan de "clases" o de "imperialismo" aceptando implícitamente la visión de la dinámica social elaborada por Marx.

La acepta y la elude. Y en este vaivén es donde queda en descubierto que el intento de revisar el nacionalismo de la década del 30 no ha pasado de la superficie y que la actitud esencial de Mario Amadeo no ha variado, no obstante el mucho lastre que ha dejado atrás.

En efecto, su experiencia y la de su generación gira —según nos la relata con evidente sinceridad— en torno a la libertad política. El movimiento nacionalista argentino prolonga —aunque no calca— el despertar antiliberal de signo católico que se produjo en Europa después de la primera guerra (Bloy, Peguy, Maritain). La crisis del sistema político liberal —que en la Argentina culmina, para Amadeo, con la segunda presidencia de Irigoyen— hace concebir a aquellos jóvenes una profunda repugnancia por los gobiernos endebles, y se dejan alucinar por los gestos y los atuendos del fascismo. Hablan de gobiernos fuertes y se burlan del criterio acumulativo de la verdad que supone el voto universal.

Viene luego la experiencia peronista, y les toca vivir en carne propia lo que significa la pérdida de los derechos individuales y la libertad política. Llegan así a una revisión de su actitud inicial, que culmina en el reconocimiento de la concepción liberal de la libertad política y del gobierno electivo junto con el rechazo de la imagen del hombre que en el liberalismo les sirvió de fundamento. Este reencuentro del nacionalismo —en la medida que Mario Amadeo lo expresa bien— es, indudablemente, sincero (falta saber, además, si puede ser duradero), y de ahí su desesperación frente al encono de la "izquierda liberal", empeñada en rechazarlo en base a actitudes preteritas (algunas de ellas claramente lúdicas y surrealistas, como la famosa proclama de Sol y Luna exhumada por La Vanguardia como preparación de la revolución palaciega del 13 de noviembre).

¿Ha descubierto realmente el nacionalismo la libertad a través de la experiencia de su privación durante el peronismo? ¿O tiene razón la "izquierda liberal" al acosarlo al grito de "fascismo"? La respuesta depende de lo que entendamos por "fascismo" y por "libertad". No se es fascista por llevar camisas de color, desfilar de a miles y enajenarse en un caudillo, torturar o encerrar en campos

de concentración. Esto lo han hecho muchos pueblos y muchos Estados a través de la historia, y nadie los llamará fascistas. El fascismo, fenómeno político social intransferible de nuestra época es, en esencia, el uso demagógico de las clases trabajadoras (proletariado industrial o campesino, baja clase media) para frenar el ascenso de esas mismas clases al poder político y la consiguiente reestructuración de las relaciones sociales en base a sus intereses. Este ascenso al poder no es necesariamente revolucionario y puede dar lugar a formas muy diversas de organización social. El fascismo no combate las libertades civiles por sí mismas sino, a través de ellas, la libertad política, es decir, la libertad para ejecutar las decisiones políticas participando activamente en la formación del poder público y en su ejercicio. El régimen dictatorial, la supresión de los derechos civiles, de la libertad de prensa y de reunión o de culto; el control ideológico de la educación, las torturas o los campos de concentración, son solamente medios para el fin último del fascismo. El peronismo fué fascismo porque aletargó a los trabajadores y les hizo sentir imaginativamente la posesión del poder cuando, en verdad, el poder seguía en las manos de siempre, y no porque torturase o cerrase diarios. Y fascista es —en menor medida—, en este momento, la acción de los partidos de la "izquierda liberal" (especialmente la del equipo gremialista del socialismo), cuando prolongan las intervenciones en los gremios y cabildean para postergar el llamado a elecciones nacionales.

Se comienza a ser fascista, quiero decir, se asume una actitud mental que al pasar a la acción arrastra muy fácilmente al fascismo, cuando se pretende abarcar la realidad social con categorías idealistas, como pueden ser "católicos y no católicos", "criollos e inmigrantes", "tradicional y adventicio"; "oriente y occidente", "blancos y negros o amarillos", y se dejan en segundo término los condicionamientos económicos, que si bien tampoco ellos agotan la persona ni el grupo, constituyen el dinamismo social básico y la orientación de toda conducta colectiva. Un obrero católico no reacciona políticamente como un industrial católico.

Se da un paso más hacia el fascismo cuando se niega —teóricamente o de hecho— la historicidad esencial de las relaciones sociales y de las estructuras jurídicas que la expresan y se elige un momento cualquiera de la evolución o una forma cualquiera de la ordenación social como arquetipo del cual serían las demás sólo formas aberrantes (sea éste la Edad Media, la España de Carlos V, la Atenas de Pericles, la Argentina colonial, la Revolución Francesa).

Se está ya en el fascismo cuando se supone que puede haber un "orden" social o una "concordia de las clases" o una "unión nacional", manteniéndose al mismo tiempo el control político en manos de las minorías poseedoras. El burgués se pone la camisa parda cuando oye rugir la revolución. Mario Amadeo, Marcelo Sánchez Sorondo, Juan Carlos Goyeneche, Cosme Beccar Varela, Santiago de Estrada, Bonifacio Lastra, etc., forman un "grupo civil" (pág. 48) cuando Perón anuncia la creación de las "milicias obreras" (lo que nunca pensó hacer en serio, porque Perón era fascista). Fuera de las devotas de la misa de 5.30, pocos católicos "opositores" lamentaron de veras la persecución a la Iglesia. Los "opositores", católicos o no, se alegraron casi tanto de que Perón se lanzase a ella como los sindicalistas peronistas lo lamentaron. Por debajo de todos los otros motivos (desde el contrato con la California hasta la UES), lo que impulsó más decisivamente (aun cuando no siempre fueran conscientes de ello) a los oficiales de las tres armas a participar activa o pasivamente en la Revolución fué el sentimiento de que Perón cortaba amarras (muy a su pesar, y arrastrado por sus desvaríos) con sus antiguos apoyos y se veía obligado, para subsistir, a recostarse cada vez más en los trabajadores. Esto fué evidencioso entre el 16 de junio y el 16 de septiembre.

El vaivén del pensamiento de Mario Amadeo reside, precisamente, en encarar nuestra realidad en función de las tensiones de clase para desfigurarla de inmediato, ya sea recurriendo a categorías idealistas, ya sea dejándose arrastrar por los prejuicios de la clase a que pertenece. Cuesta creer, en efecto, que haya sido una misma persona la que escribió esta acertada y valiente caracterización de

la Revolución: "...la revolución de septiembre no fué solamente un movimiento en que un partido derrotó a su rival o en que una fracción de las fuerzas armadas venció a la contraria, sino que fué una revolución en la que una clase social impuso su criterio sobre otra" (pág. 98), y esta justificación de colonialismo: "Los portugueses defienden la posesión de Goa, y no nos concierne el aspecto político de esa defensa. Pero si Goa cayera habría sido derrotado en su tumba el más grande europeo que pisó tierras paganas, puesto que ya no sería cristiano el suelo que guarda los restos sagrados de San Francisco Javier" (pág. 201). Y lo mismo le sucede en todos los puntos esenciales de su desarrollo: que nuestro pueblo es antiliberal, es cierto, pero no por los fundamentos "materialistas" e irreligiosos del liberalismo, sino porque este era y sigue siendo la ideología de las clases dirigentes; que hubo un renacimiento de la vida católica durante la "década infame", es cierto también, pero no trascendió de la clase media: la JOC y el movimiento obrero católico en general nunca tuvieron entre nosotros carácter masivo; que los partidos de izquierda no pudieron "pasar el Riachuelo", sigue siendo verdad, pero no por "la resistencia de nuestros obreros a dejarse ganar por posiciones extremas", sino por razones muy complejas. Si el socialismo hubiera contado con los resortes del poder y la complicidad del ejército como contó Perón, la Argentina pudo ser socialista ya en 1910.

Así, pues, encontramos en *Ayer, hoy, mañana* una eximia comprensión del fenómeno peronista, una crítica irrefutable de la caducidad de los partidos liberales, una sensatez poco frecuente en el análisis de los objetivos que debería darse la Revolución y un pronóstico muy comparable acerca de nuestro futuro político, elementos todos que parecieran indicar una actitud nueva dentro del nacionalismo. Pero ¿hay una nueva actitud de fondo?

Creemos que no; Amadeo conserva todo el aristocratismo característico de los intelectuales nacionalistas, evidente a cada página y en el lenguaje y el estilo mismo: su "habitat" es el barrio Norte, Palermo Chico y San Isidro; sus paseos, por la calle Santa Fe. Habla en Zaragoza "ante el general Franco y todo su gobierno", y se deleita con el espectáculo en que "Las púrpuras cardenales alternaban con las togas universitarias, los negros indumentos de los diplomáticos con los brillantes uniformes militares" (pág. 34). Se dirá que es este un aristocratismo estético o cultural: el aristocratismo es siempre aristocratismo, pero el de Amadeo no es solamente cultural. Está dado por el concepto tan repetido como poco aclarado de la "autoridad natural" que lo lleva, partiendo de la premisa de que dicha autoridad natural está en crisis actualmente, a propiciar como primer presidente constitucional un general, "para que la legalidad y el poder estén en una misma mano". Es decir, para que el poder decida de la legalidad sin necesidad de intermediarios.

¿Y qué uso se hará de esa autoridad natural? Mario Amadeo se esfuerza por no verlo. Así, siguiendo a Toynbee, nos dice que cuando la sociedad está en crisis "los sectores dirigentes pierden su estilo y dejan de ser imitados. Pero como conservan algunos de los atributos externos del poder —sobre todo el dinero—, el desinterés que el pueblo experimenta hacia ellos se convierte en desvío, y del desvío pasa fácilmente al odio". En nuestra crisis, pues, se necesita una autoridad que les evite a los poseedores de los "atributos externos del poder" las consecuencias del odio y los resentimientos de los sectores naturalmente dirigidos. Porque el odio, el desorden, es lo que más preocupa a Amadeo. Para conjurarlo se necesita la acción del nuevo partido, cuyas líneas traza Amadeo: "perfectamente leal a los valores de orden, pues no resulta incompatible asumir una actitud casi conservadora en el terreno del espíritu y una línea casi revolucionaria en el campo de las relaciones sociales".

En resumen: a pesar de la aceptación del juego formal de las libertades políticas y de la necesidad de una acción social, las estructuras básicas del nacionalismo en la década del 30 siguen operativas por debajo de la nueva actitud. La superación del peronismo no llegará desde el "nacionalismo". Porque la única superación posible consiste en poner en el camino del poder real a los que lo ejercitaron sólo vicaria e imaginariamente.

R. ALCALDE.

ULTIMAS NOVEDADES

ALBERTO MORAVIA:	
La noche de don Juan	\$ 40.—
VASCO PRATOLINI:	
El barrio	30.—
ATTILIO DABINI:	
Dos muertos en el automóvil	30.—
ENRIQUE AMORIM:	
Corral abierto	30.—
ANTONINA VALLENTIN:	
El Greco	50.—
PABLO NERUDA:	
Nuevas odas elementales	45.—
PABLO NERUDA:	
Canto general I y II (Bca. Contemporánea núms. 86 y 87), c/u.	15.—
E. RODRIGUEZ FABREGAT:	
Pasión y crónica del Amazonas ..	60.—
EDUARDO BLANCO-AMOR:	
Las buenas maneras	35.—

EDITORIAL LOSADA S. A.
 ALSINA 1131 BUENOS AIRES
 URUGUAY - CHILE - PERU - COLOMBIA

Arthur P. Withaker

La Argentina y los E. Unidos

PROLOGO DE DARDO CUNEO

El autor dedicado durante de veinte años al estudio del desarrollo económico, político y social de Latinoamérica, describe el proceso histórico argentino desde el período colonial, para entrar luego en el análisis de las relaciones entre nuestro país y los Estados Unidos, antes, durante y después del régimen peronista.

1 VOLUMEN DE 290 PAGINAS \$ 45.—

PERON EN CHILE

por
RAUL GONZALEZ ALFARO

Director de Mundo Libre de Santiago de Chile

EDICIONES PROCESO

AHORA SE PUEDE LEER

Libros de actualidad política

- AMERICO GHIOLDI: De la tiranía a la democracia social. Cayó la dictadura, ¿ahora que? (Acaba de aparecer) \$ 25.—
- ROMAN J. LOMBILLE: Eva, la predestinada. Alucinante historia de éxitos y frustraciones \$ 18.—
- TRISTAN: 150 Caricaturas (los más originales impactos políticos del conocido dibujante) \$ 20.—
- HECTOR INIGO CARRERA: El engaño de las nacionalizaciones totalitarias. Una estafa al descubierto \$ 22.—
- JOSE LUBERTINO: La tragedia de las dictaduras latinoamericanas y cuatro problemas argentinos (Reforma Universitaria - Enseñanza media - Conciencia agrícola - La dicotomía. (Acaba de aparecer) \$ 33.—
- MAXIMO ETCHECOPAR: Esquema de la Argentina \$ 24.—
- RAUL DAMONTE TABORDA: Ayer fué San Perón. Doce años de humillación argentina \$ 18.—
- MARIO AMADEO: Ayer, hoy, mañana \$ 25.—

DE INMINENTE APARICION

BERNARDO RABINOVITZ (Jefe de redacción de United Press): Sucedió en la Argentina (1943-1946). Lo que no se dijo \$ 28.—

EDICIONES G U R E

VIAMONTE 249

T. E. 31-2793

Apareció

Cuadrante del Pampero

por
 Martínez Estrada

EDITORIAL
 DEUCALION

ediciones "doble p"

el sello de los grandes
 escritores argentinos

novedades 1956

Los amigos lejanos, novela premiada por la SADE por Julio Ardiles Gray; la extraña historia de un hombre que seguía oyendo la voz de sus amigos muertos y de dos adolescentes que encontraron el camino de la verdad cuando lo conocieron en el agreste paisaje de Tucumán. 1 tomo... \$ 30.—

el tango, mito y esencia, ensayo por Tulio Carillo; la historia del tango, sus orígenes, su música, sus vivencias, sus letras y su verdadera relación con el alma popular, quedan definitivamente revelados en este ensayo riguroso, metódico, implacable. 1 tomo... \$ 28.—

otros éxitos de nuestro
 sello:

el pentágono, novela en forma de cuento, por Esteban de Benedetto. 1 tomo... \$ 20.—

don segunda sombra, reminiscencia infantil de Ricardo Güiraldes, por Aristóbulo Echegaray. 1 tomo... \$ 18.—

la última mantenera, cuentos bárbaros, por Félix Luna. 1 tomo... \$ 14.—

tierra erisca, novela por Diego R. Exley. 1 tomo... \$ 24.—

santos vega el payador, leyenda trágica por E. Pagés Laraya. 1 tomo... \$ 14.—

la noche y dos sombras, novela por Carlos Preloaker. 1 tomo... \$ 16.—

pasto seco, novela por Carlos Preloaker. 1 tomo... \$ 18.—

burbujas en el barro, relatos por Carlos Preloaker. 1 tomo... \$ 40.—

sayé sobre su rostro, novela por David Viñas. 1 tomo... \$ 24.—

belgrano r, cuentos por W. G. Weyland. 1 tomo... \$ 4.—

próximas novedades

las tierras blancas, novela, por Juan José Manauta.

la culpa, novela, por Francisco Jorge Salero.

de venta en todas
 las buenas librerías.

ediciones "doble p"

levalla 1171 - T. E. 35-5244

GALERIA BONINO

* ARTE MODERNO

* ANTIGÜEDADES

* EDICIONES DE ARTE

MAIPU 962

T. E. 31 - 2527

JUEGOS DE AJEDREZ
 EN TODA LA LINEA

JAQUE MATE

**DE EXCELENTE
 TERMINACION**

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

SUCURSAL PARA ARGENTINA

INDEPENDENCIA 802 - Buenos Aires

PRESENTACION DE EDITORIALES Y REVISTAS AMERICANAS

NOVEDADES

NADEL: <i>Fundamentos de la antropología social</i> , 464 páginas	\$ 98.—
POWDERMAKER: <i>Hollywood. El mundo del cine visto por una antropóloga</i>	80.50
HELLER: <i>Teoría del Estado</i> (3ª edición), 344 páginas	59.50
GARCIA MAYNEZ: <i>Lógica del juicio jurídico</i> , 200 páginas	49.—
BUARQUE DE HOLANDA: <i>Raíces del Brasil</i> (Nº 58 de Tierra Firme)	42.—
SILVA CASTRO: <i>Panorama de la novela chilena</i> (Nº 59 de Tierra Firme)	49.—
REED: <i>Orozco</i> , empastado, 104 láminas	315.—
AZUELA: <i>La maldición</i> (Nº 21 de Letras Mexicanas)	56.—
MYRDAL: <i>Solidaridad o desintegración</i> , 454 páginas	91.—
RIVERA MARIN: <i>El mercado de trabajo. Relaciones obrero-patronales</i> (empast., 314 ps.)	98.—
ROLLIN PATCH: <i>El otro mundo en la literatura medieval</i> (Lengua y estudios literarios, 458 páginas)	112.—
PAZ OCTAVIO: <i>El arco y la lira</i> (Lengua y estudios literarios), 280 páginas	59.50
PIÑA CHAN: <i>Las culturas preclásicas de la Cuenca de México</i> (empastado, 120 páginas)	84.—
BARGALLO: <i>La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial</i> (empastado, 440 páginas)	157.50

NUGAR COMERCIAL S. R. L.

INMOBILIARIA - ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

T. E. 38-6225

LIBRERIA Y CASA EDITORA

de

EMILIO PERROT

55 años al servicio del libro

★

1846 - Azcuénaga - 1848

T. E. 83 Juncal 5591

En la Facultad de Derecho:
Avda. Figueroa Alcorta 2263

T. E. 83-2468

IMPRIMART

S. R. L.

•

**IMPRESIONES
EN OFFSET**

•

PUNA 3541 T. E. 918529

**Revista CENTRO N° 11
JUNIO DE 1958**

Juan Ramón Giménez: "A"
Quemarnos del todo

Noé Jitrik:
Desencuentro con la poesía: GIBEL

Edmundo Sustaita:
Crónica de un viaje.

Ernesto Verón Thirión:
Reflexiones universitarias.

Jean-Marie Domenach:
Los intelectuales y el comunismo.

Aldo Luis Persano:
Paseo del Río.

Los Poemas de Hans Arp.
Los Poemas de Gerard Manley Hopkins.

Periferia - Cine - Apuntes.

Literatura

Lingüística

Filosofía

Folklore

•

LIBRERIA VERBUM

•

VIAMONTE 411 T. E. 31-2255 BUENOS AIRES

¡Primera Edición agotada!
2ª edición en prensa

PETROLEO Y POLITICA

DE ARTURO FRONDIZI

*Reserve desde ya su ejemplar
en todas las librerías*

Es una Edición RAIGAL
distribuida por librería y editorial LA FACULTAD S.A.

Sarmiento 726 - T. E. 31-1215/1236 - Bs. As.
Sucursal Villa María (Córdoba) José Ingenieros 47



Una obra
fundamental

Editorial

Raigal

VAN RIEL

•

GALERIA DE ARTE

•

FLORIDA 659
R.

T. E. 31-0225

BUENOS AIRES

LIBRERIA LETRAS

VIAMONTE 472

T. E. 31-2612

LEOPOLDO LUGONES

de J. L. BORGES y BETINA EDELBERG

- Fragmentos filosóficos de los presocráticos, de GARCIA BACCA.
- Interpretaciones críticas de literatura venezolana, de EDOARDO CREMA.

ARCHIVOS VENEZOLANOS DE FOLKLORE

**LIBROS VIEJOS, RAROS Y
CURIOSOS AMERICANOS**

- LITERATURA ARGENTINA
- CRITICA LITERARIA
- HISTORIA Y POLITICA

visite el

SALON CASAVALLE

☆

SARMIENTO 541

T. E. 31-6887

LIBRERIA ANTICUARIA

"EL RETIRO"

de EZEQUIEL DE ELIA

- ★ Solicite el último catálogo de
"VARIOS" - 500 títulos
-

CALLAO 1880

T. E. 41-7828

CONTORNO

ABRIL DE 1959

Nos. 9 - 10

Av. Roque Sáenz Peña 651 - T. E. 30-2409 - Treinta Pesos

COMITE DE DIRECCION

ISMAEL VIÑAS

DAVID VIÑAS

ADELAIDA GIGLI

LEON ROZITCHNER

ADOLFO PRIETO

Análisis del frondizismo	CONTORNO
Un paso adelante, dos atrás	León Rozitchner
Orden y progreso	Ismael Viñas
El espejo de la historia	Tulio Halperín Donghi

Análisis del frondizismo

Es posible que el frondizismo pase a ocupar en nuestra historia —no solamente en la historia argentina sino también en la de Latinoamérica— un lugar especial, y termine por convertirse en la designación típica de un característico fenómeno local. Pocos dudan ya —ante los primeros meses de gobierno— de que esa designación va a tener una fuerte acentuación peyorativa en boca de los pueblos.

Pero el fenómeno frondizista no es un caso aislado —de ahí su carácter típico—, ni simple, ni tampoco un hecho aberrante, desvinculado del pasado mediato o inmediato o en contradicción con él. Se trata de uno de los tantos casos semejantes que ha producido la historia latinoamericana, tiene antecedentes en los países vecinos y en el nuestro, y representa una de las posibilidades inscriptas en una historia que comienza con el país mismo, pero, sobre todo, un momento de una historia que arranca hacia 1928-30, cuando se frustra nuestro primer intento contemporáneo de adecuar la Argentina a la expansión de sus fuerzas internas.

Los tres artículos que siguen —escritos entre agosto y noviembre de 1958, salvo el de Viñas, que recibió ligeros retoques posteriores— son nada más que intentos de acercarse a la comprensión del momento actual, desde diversas perspectivas, y arriban a veces a diferentes conclusiones.

Esas diferencias, sin embargo, carecen de importancia ante la coincidencia en una actitud fundamental: la preocupación por el planteamiento de la situación local como problema, es decir, como hecho que debe examinarse cada vez como si cada vez fuera íntegramente nuevo, puesto que se trata de una realidad dinámica. Esa coincidencia es tanto más importante en cuanto no es un caso aislado sino una muestra de algo que se ha generalizado en la izquierda argentina en su conjunto, y que parece prometer la entrada en la madurez de algo que hasta ahora se ha venido frustrando constantemente: la capacidad de la izquierda para intentar comprender este país, es decir, para tomar un punto de partida que permita iniciar una acción eficaz.

CONTORNO

Un paso adelante, dos atrás

LA DECISION DEL SILENCIO

INGENUIDAD o traición, el dilema político es para muchos inconfesable. Los que contribuyeron al triunfo electoral se van, la pena en el alma. ¿Qué hacer ante el fracaso? Habría una tenaz voluntad que se opone a gratificar los ensueños proyectados sobre este triunfo que cada uno quiso para sí. El pensamiento lineal que guiaba a los adeptos les deparó sorpresas inesperadas, y como los niños en las experiencias psicológicas, incapaces de afrontar el sentido de la realidad y desentrañarlo, se "evaden del campo". Así Scalabrini Ortiz, quien luego de tantos años de batalla, cuando al fin había logrado, como aseguraba, su sueño de la revista propia, nos advierte que deja la dirección de *Qué* para no tener que combatir al gobierno y prestarse al juego opositor. Otro tanto hace la gente de la revista *Presencia* cuando de-

clara: "No queremos atacarlo porque no queremos hacerle el juego a los gorilas. No queremos defenderlo porque no lo merece en lo más mínimo. Ante el gran fraude nacional que ha perpetrado, preferimos callar". Así un economista ultranacionalista, pero opuesto al nacionalismo de fortín y tacuara, coincide con un ultramontano del sector católico (aunque liberal en economía) en la contradicción del fenómeno o, al menos, en la imposibilidad de verter sobre la realidad que estamos viviendo una comprensión que ayude a resolver esa contradicción.

¿Qué significa este mutismo que se va haciendo general? En principio: que por encima de la verdad que antes era comunicable, pero que ahora está llamada a silencio, se juega una realidad en la que todos esperan ganar al no aclararla. ¿El escritor será también exigido por los ardides y la confabula-

cion como si la trampa que preparan hiciese necesario ocultarse aún ante los lectores? ¿A la discriminación del sentido será preferible el turbio juego incommunicable? Esta extraña psicosis del silencio en los más parlanchines de nuestros comentaristas parecería señalar la preeminencia de la realidad —elevada a suprema categoría en la política de Frondizi— por sobre el juego de la inteligencia, el reconocimiento de oscuros e indiscernibles factores que priman allí donde el pensamiento se revela estéril para comprender. Terminan por reconocer que la "realidad" es irreductible, y que frente a un político realista sólo cabe el pétreo mutismo de lo natural: se trasmutan en objetos de la historia, se convierten también ellos a la "realidad" de las cosas. La "espiritualidad" recupera su primitivismo inanimado. ¡Y justamente ahora, que es tan necesario hablar!

Este fenómeno del silencio caracteriza, más que a ningún otro, al gobierno de Frondizi. Porque en los demás, cada uno cumplía mal que bien lo que de ellos se esperaba, y era más o menos visible el sentido de lo que hacían: la obra coincidía en cada caso con el hombre. Las explicaciones eran casi innecesarias: la significación aparecía, límpida, en los hechos.

Pero en el gobierno de Frondizi todo el mundo está esperando explicaciones. Sólo Alsogaray parece no necesitarlas, o haberlas recibido. Es tan grande el salto que va desde las formulaciones del candidato a las realizaciones del gobernante, tan increíble el sentimiento de defraudación, que esa explicación anhelada constituye una piedra de toque para la auto-estima que cada uno, en el fondo, profesa hacia sí mismo: haber sido engañados como niños, no haber visto detrás de las declaraciones las intenciones. Cada uno de quienes lo han votado se siente roto de lesa tontería.

Mientras tanto la actividad gubernamental parecería ser la siguiente: ocultar el verdadero sentido de lo que se hace. Y esta ilegibilidad que adrede se organiza nos pone en una cruel disyuntiva: ¿habrá que creer al enemigo? ¿Los mentirosos de ayer son quienes deben revelarnos la verdad de hoy? El dilema es genuino, y todos estamos afectados. ¿Pensar, acaso, en la estrategia? La estrategia es, sí, juego de ocultamiento, y toda comunicación encierra el secreto de lo que calla, y en lo que se calla reside el verdadero sentido de lo que se expresa. ¿Pero cómo descifrar este mensaje oculto, que a todo trance necesitamos leer? Tanto una como otra posibilidad nos vuelve a poner frente a frente con el mismo dilema. Estaríamos así condenados al escepticismo en cada paso de la actividad política, porque cada nuevo hecho y su expresión provoca un enturbiamiento de lo que anteriormente era más o menos perceptible. El verdadero juego —deberíamos terminar por reconocer—, circula entre esa franja oculta de la realidad donde se realiza el enfrentamiento de los intereses y las fuerzas. El pueblo, ese pueblo a quien se quiere rescatar para una "mejor humanidad", es sólo objeto natural, medio de acomodación y de re-acción: algo manejable. El pueblo representa la fuerza bruta cuyo sentido, presumiblemente conocido, permite gobernar con prescindencia de sus opiniones. Basta contar con sus impulsos, el empuje mínimo de su animalidad. Así el gobernante parecería haber interiorizado su certeza de lo que el pueblo es, hasta llegar a convertirse en depositario de su querer, que maneja como propio. Este vacío que abre la suficiencia lo llena, sin embargo, la incompreensión. De este modo, la falta de un sentido claramente perceptible, la incoherencia aparente de los actos, termina extendiendo hacia los habitantes esa marginalidad en la que realmente se los coloca.

Pero ni tanto ni tan poco. La percepción que de los hechos políticos tienen ciertos sectores sociales excede el espectáculo que ciertos otros sectores le organizan. La comunicación deformadora, que cree llegar sólo con lo que se propone decir, llega también con lo que se pretende ocultar. Nos hemos propuesto tratar de recuperar aquí, en una sola significación, tanto lo que se dice como lo que se calla. Como nada nos obliga, a nuestra vez, a callar y a parcializarnos, hemos querido utilizar este privilegio intelectual en su única misión válida: englobar dentro del análisis la intención meramente pragmática y uti-

litaria que se oculta tanto en el gobierno como en sus opositores. Es preciso vencer el desengaño superando la visión engañosa que nos hizo caer en él. Pero, cabe preguntarse, ¿había que caer en él?

LOS DESENGAÑADOS

El fenómeno es explicable: el presente va arrojando hacia el pasado las soluciones que la realidad no admitió. La realidad defrauda en su crudeza la imagen que se hacían del futuro quienes quisieron y eligieron este presente, y parecería agitar el fantasma de elecciones más certeras, de decisiones más justas, desechadas en su momento. De este modo, ante nuestra duda retrospectiva, los opositores parecerían ahora tener más razón con sus admoniciones sepultadas en el pasado que nosotros, frente a este pasaje concreto que hemos elegido. El desengaño y la incertidumbre pasan así a inmovilizar toda acción futura, y se alimentan de remordimientos: remordimientos por no haber elegido bien, por haber sido engañados, por haber podido quizás inclinar la realidad hacia otro sentido histórico.

Pero el desengaño no es sino la contraparte de la confianza. Y es preciso volver a plantear nuevamente el punto de partida, volver a recordar que la confianza no fué puesta en un hombre sino en las fuerzas que convergían para tratar de dar una solución a nuestra coyuntura histórica.

Lo habíamos dicho ya: veníamos de la ambigüedad, es decir de una realidad que sólo por cierto camino admitía riesgadamente una salida. Habíamos señalado que el radicalismo intransigente expresaba y representaba, en el plano de la política que podía pasar a los hechos, toda la ambigüedad objetiva del país. Y el apoyo que le concedíamos constituía para nosotros un primer paso. Veníamos desde una dirección distinta a la que había seguido la clase trabajadora, y nuestra decisión era volver a retomar con ella un camino que nos permitiera marchar juntos. La coyuntura histórica juntaba así ambos descreimientos, y los mismos fines se unían aquí a una misma elección, la única posible dentro de lo que la realidad nos presentaba. El apoyo al radicalismo era la posibilidad de que se materializara en los hechos la única izquierda concreta que se daba en ese momento, porque contábamos con la conjunción del proletariado y de la burguesía progresista. Contábamos con el apoyo que los obreros podían dar a la intransigencia como a un mal menor. Pero también se había dicho que esta solución de la ambigüedad burguesa, representada en el seno de la intransigencia, debía coincidir con la exigencia del cumplimiento de un compromiso: el programa radical. Pues no dijimos que ese compromiso iba a ser cumplido. Pensábamos que sólo los obreros podrían exigir su cumplimiento. No era extraño al planteo este hecho: en momentos en que la clase trabajadora se encontraba imposibilitada de darse por medio del voto su propio representante, la elección del frondizismo como un mal menor significaba "agregar a la lucha exterior por los intereses políticos de los obreros (lucha por otra parte imposible de ser detenida) la lucha interior dentro de un partido que está al frente de la nación por haber solicitado el apoyo obrero". Y agregábamos: "la izquierda concreta que se perfila a través del radicalismo es la cuña real introducida por los intereses populares en el flanco de los intereses imperialistas y antinacionales" (1). Y esto, que parece ahora paradójico, es lo que seguimos sin embargo sosteniendo.

Porque también veíamos sus peligros. Y los veíamos desde el momento en que el candidato a presidente escogió el catolicismo: "Nos parece ver en las definiciones religiosas algo así como el esbozo de una posible claudicación económica", decíamos.

Todo esto quiere señalar que no era posible creer en un pasaje inmediato, instantáneo, hacia la instauración de un cambio radical en la Argentina. Por el contrario: quedábamos en el comienzo de una tarea. No estábamos en la Revo-

(1) Cuadernos de CONTORNO, N° 1, 1957.

lución: Frondizi no era Lenin, ni la intransigencia ni el peronismo eran el partido bolchevique, la coyuntura tampoco era la de 1917, y se trataba de salir del marasmo movilizandole las fuerzas más positivas que el país poseía en ese momento. Las fuerzas que se enfrentaban constituían dos modos radicalmente opuestos de enfrentar una misma realidad, realidad cuya estructura efectiva vamos comprendiendo ahora más nitidamente.

¿Qué sentido tenía esperar que se diese la posibilidad de conjunción de ambas corrientes, la clase obrera y la radical? Se trataba por lo pronto de buscar la lucha en otras condiciones, procurar acercarnos a las fuerzas en pugna a favor de una nueva coyuntura, y trabajar por la más positiva. Queríamos introducirnos en la historia, pero no en la comprensión distante de una adhesión. Queríamos esperar en un recodo, en aquél donde pudiésemos coincidir y confundirnos con el sentido que parecían seguir las líneas del progreso. Y eso es, aunque parezca paradójico, lo que hoy tenemos. Nunca menos que ahora podemos negarnos a enfrentarla diciendo que no la quisimos así, pues la condición de nuestro compromiso para el enfrentamiento actual fué que se presentara esta coyuntura, que en el plano de la realidad era la mejor de todas las posibilidades que aparecían en el horizonte de futuro con que contábamos. Esa posibilidad se dió, fuimos favorecidos con su advenimiento, pues no siempre la historia procura esta satisfacción: la de que podamos darnos cita anticipadamente con ella, y de que se haga presente.

Así pues el planteo general que nos trazamos entonces todavía sigue siendo válido; más aún, es ahora irremediablemente válido. Precisamente el terreno en el cual se encuentra librada la batalla fué el que conscientemente elegimos para el combate. ¿Nos asombra su realismo? Es que ahora estamos, no ya en el esbozo imaginario de una conjunción de fuerzas y de un enfrentamiento definido abstractamente, sino en el choque concreto. Lo que nos asombra entonces es simplemente el hecho de que lo ideal, el planteo que fué nuestro, se presente en la realidad, se ponga a prueba en los hechos, se encarne en obras y acontecimientos y requiera nuestro esfuerzo para darle término. La lucha que pedimos se abre ante nosotros. Y lo que debió haber sido el estímulo para un nuevo impulso, porque de alguna manera responde a ese planteo primero, nos encuentra en cambio decepcionados, desengañados y próximos al abandono y al nihilismo. No es extraño: estamos carcomidos por la ineficacia y la abstracción de grupos que no se han encarnado nunca en la realidad. Creíamos en el pasaje instantáneo inmediato, a partir de esas elecciones formuladas en el voto que nos habrían de transportar de golpe a una Arcadia soñada donde ni el imperialismo ni los militares ni la prensa traficada ni otras tantas muchas cosas existirían: queríamos una solución mágica que compensara nuestra ineficacia, que convirtiera nuestros sueños en realidad.

Si no se trataba de una Revolución instantánea, se trataba en cambio de una nueva estructuración de fuerzas, de una modificación del país que representara la introducción de una posibilidad original.

EL REALISMO POLITICO EN EL PODER

Analicemos, antes de resolver cómo aplicar esta decisión de lucha que todavía nos mueve, el sentido de la política emprendida por el gobierno de Frondizi. ¿Qué quedaba demostrado con el voto del 23 de febrero? En principio, una polarización clara del país: Frondizi había agrupado a su alrededor las fuerzas positivas con las cuales contamos, las únicas dispuestas a impedir por una parte la continua usurpación de la voluntad popular, y por la otra las únicas decididas a oponerse activamente a la entrega. Las elecciones en las cuales terminó la Revolución Libertadora fueron el cumplimiento de un compromiso moral, el máximo de moralidad formal acordado por las fuerzas que se encontraban no sólo en el poder político sino

económico. Fué la contradicción principista de su decisión aparentemente moralizante la que llevó a la Revolución Libertadora a caer en la propia trampa de los principios que dijo venir a instaurar. Quedaba todavía flotando en el aire las hazañas del justismo y la suficiencia que da la posesión de un poder utilizado en su propio favor. Es preciso entonces retener un hecho: las fuerzas contrarias a la oligarquía —ajenas al poder—, se manifestaban sólo por el acto de depositar un voto en la urna.

Lo difícil es admitir esto: que ese llamado, al cual tan unánimemente se respondió, haya sido luego frustrado. Esto es lo que da carácter de traición a la dirección actual del gobierno. Sólo Frondizi podía traicionar ese fervor que él mismo suscitó y ayudó a preparar. ¿Qué otro recurso quedaba luego de haber puesto todas las esperanzas y las fuerzas en la elección de una salida, y que ésta, la única, fuese luego desechada por el encargado de cumplirla? Luego del voto ya no quedaba sino esperar.

¿Esperar qué? Esperar que la decisión manifestada en el voto se cumpliera. Toda política de liberación fué siempre de oposición a la fuerza opresora, no de sometimiento a ella. Fué siempre utilización al máximo de los recursos dispersos de las voluntades humanas que se conglomeraban y permitían así que la decisión se tradujera en poder efectivo. Pero Frondizi prefirió atenerse a la definición solamente jurídica de las fuerzas, aceptarlas como se acepta un legado que nos pone en posesión de un bien, pero cuyo mandante no existe ya para mantener continuamente presente la voluntad de cederlo: sólo quedaba en pie la frágil aceptación formal de una voluntad desaparecida y a la cual no podemos ahora recurrir.

De este modo los 4.000.000 de votos no fueron una medida exacta de las fuerzas concretas, sino de las fuerzas definidas en el orden jurídico-institucional. El voto es una abstracción jurídica que manifiesta una apariencia de igualdad, el mínimo no imponible de libertad ciudadana. Pero la desigualdad básica subsiste aún y no ha cedido en el acto de la toma del poder. El voto rescata levemente una posibilidad de presión y dirección sobre las estructuras reforzadas durante la revolución libertadora.

Quienes no cometen la ingenuidad —mezcla de locura y tontería— de creer en la Revolución inmediata, a días o meses vista, reconocerán que una revolución en las urnas es también ahora una utopía democrática, a no ser que las fuerzas electoralmente triunfadoras dispongan ya efectivamente de un poder y estén dispuestas a ejercerlo. Y faltaría aún, ejerciéndolo, saber si logran el dominio. Poder no es ser obreros o saber de los millones de votos dispersos.

Poder es organización dispuesta a ejercerlo, intenciones que convergen en los hechos: conquista activa. Por eso haber escogido hoy esta política, como lo hizo Frondizi, haber elegido el camino de la prudencia y la concesión, es evidentemente una posición que los hechos justifican. Pero, y ésta es la diferencia, son muchas y variadas las posibilidades que estos mismos hechos encierran. La gama es extensa: desde la posición de defensa activa, recurriendo a la movilización y preparación de todas las voluntades manifestadas el 23 de febrero, hasta la conciliación y abjuración ante el poder económico-militar, este horizonte abría un abanico de posibilidades cuyo éxito futuro se ordenaba en forma decreciente. El riesgo de perder el poder tan frágilmente sustentado era tanto mayor cuanto más nos acercáramos a la zona programática y nacional, y tanto menor cuanto más nos alejáramos hasta coincidir con los intereses vencidos en las urnas. Esto es lo que constituye el "realismo" político de Frondizi, el camino del menor riesgo, la mayor seguridad del triunfo: la conservación del poder. Cabe una vez más preguntarse: esta política de compromiso, ¿era la única posible? Partamos entonces de la aceptación de este hecho: de toda la gama de posibilidades, el llamado realismo político es el que menos recurre al riesgo, el que más decidido está a confundirse

con lo que combate, el más dispuesto entonces a ser considerado como una traición por quienes lo llevaron al poder. El realismo político consiste en escoger, no un camino propio como representante de una nueva tendencia, sino sólo una de las posiciones extraídas de la serie que ofrecen las fuerzas vencidas en las urnas, la menos mala, la más progresista. Así es como la elección del 23 reveló ser una elección de segundo orden, porque la verdadera, la importante, iba a ser elegida por el elegido. En otras palabras: la política burguesa termina por ser el compromiso y la búsqueda de la salida real para una situación de inmadurez revolucionaria, aquella en la cual los votantes carecen de un poder efectivo como para exigir el cumplimiento de lo deseado.

Pero la aceptación del determinismo es la antítesis de la política creadora. La política, se repite, es el arte de lo posible. Pero ese posible, al cual tan hondamente se acude, no está determinado rígidamente a partir de la realidad. Precisamente la tarea del hombre que une la acción a la idea, que la hace pasar a los hechos, consiste en lograr que ese posible contenga el mínimo de concesión a la oposición. Frondizi en cambio concedió lo máximo que la "realidad" le solicitaba. Hacer de golpe todo lo que se debe hacer, por peor que sea, para que el mal trago pase, porque la realidad no admite discusión; la suerte estaba echada mucho antes de las elecciones. Habría para Frondizi un determinismo económico que estaba ya inscripto en las fuerzas en juego, y que la decisión del 23 no vino a modificar. Era como si los cuatro millones sólo fuese una cifra y no un número igual de voluntades. Era una fuerza abstracta que sólo podía elegir al administrador de su quiebra. La ilusión de la propia libertad, anterior a las elecciones, no fué entonces sino la imagen social que necesitó hacer destellar para impresionar la poca acuidad de la percepción argentina, la ilusión de un suceso bienaventurado que en la vigilia posteleccionaria sigue marcando con su estela la triste realidad que el despertar nos deparó. ¿Habrá sido necesario despertar tanta decisión para hacernos tolerar tanto fracaso? Como si la exaltación fuese una energía de signo indiferente que tanto prepara para la conquista del gozo como para la aceptación de la caída.

Y sin embargo en todo esto hay mucho de ilusión psicológica. Es que olvidamos muy rápidamente, en el planteo abstracto, el carácter simplemente principista de toda "democracia" y de todo juego político burgués. La democracia, como nuestros políticos golpistas ponen cínicamente en evidencia, sólo es compatible con el ejercicio real del poder por quienes ya lo poseen en lo económico. Es, por lo tanto, una ficción y una concesión formal. Llevada hasta sus últimas consecuencias la "democracia", imposibilitada de ir hasta el término de lo que finge ser, se convierte en fascismo o revolución libertadora. La "democracia" escoge o una solución liberal para sus problemas —cuando la mayoría acepta sumisamente la situación—, o una situación dictatorial para sus problemas, cuando la mayoría no acepta ya mansamente el escamoteo de su voluntad. Toda política que no se atenga estrictamente al poder concretamente instaurado en la realidad juega sobre el filo de un golpe de estado. El golpismo no es sino una institución paralela al gobierno democrático: es la piedra libre que la "democracia" se ofrece para volver a equilibrar el juego a su favor. Puede, de este modo, recommenzar nuevamente la ficción una vez reestablecido su orden sólidamente en los hechos. Creer que ya lo había logrado fué el mal cálculo de la Revolución Libertadora, el error que ahora pretenden rescatar.

Si nos atenemos entonces a una dialéctica real y no ideal, si no jugamos solamente con las fuerzas nominalmente definidas en el plano formal del voto y lo hacemos, en cambio, sobre las fuerzas que están realmente en juego en el país, el problema es el siguiente: convertir en fuerza concreta a esa fuerza abstracta y diseminada que manifestó su voluntad de ser en el acto del comicio. Para nosotros es aquí donde comienza nuestra separación del poder político y gubernamental,

que expresa necesariamente el compromiso. El P. E. es compromiso concreto, reúne en sus propios límites aquello que combate, es un desequilibrio activo que lleva un camino en el cual no podemos leer directamente nuestra espera. Esto es lo que hace imposible permanecer en el momento oficialista del juego gubernamental, en la adhesión formal a su presencia oficial y objetiva.

* * *

LAS PERSPECTIVAS MATERIALES

Tratemos entonces de comprender razonablemente el fenómeno, la distancia que media entre un programa prometido y su aparente o real negación, la vivencia de esa defraudación en la que estamos todos. Pero para ello debemos desechar las explicaciones fáciles, el consuelo psicológico que consiste en interpretar a la política con los mismos sentimientos con que experimentamos una relación personal. Desechemos por lo tanto momentáneamente el recurso explicativo que consiste en decir: Frondizi ha traicionado, Frondizi es un aventurero, Frondizi se ha entregado a las derechas y estamos en presencia de un nuevo gobierno conservador. Al hacer esto asignamos al gobierno todo lo negativo, y nos quedamos nosotros con el máximo de razón; la situación se solidifica, aparece así desprovista de toda ambigüedad, y nos damos o al neutro escepticismo o a la oposición decepcionada. En ambos casos nos ponemos a la distancia de la ineficacia.

Se trata de pensar qué hacer. Ya hemos visto los motivos por los cuales, pese a los cuatro millones de votos, es posible que se haga pasar a los hechos una política diametralmente contraria a la significación de esos votos. Ya hemos dicho la significación de oposición *formal* que hasta ahora tenía esa fuerza, por otra parte heterogénea. Pero para comprenderla había que haber añadido algo más: la situación de desencanto y frustración por la que antes atravesábamos. Hay un deseo de satisfacción y de bienestar en el pueblo argentino con el cual es preciso contar. Nos atreveríamos a decir: hay una inconfesada voluntad de entrega, un desgano estéril que se niega a seguir perseverando dentro de lo que se presenta un callejón sin salida, callejón al que la estupidez de los gobernantes y la entrega real en que vivíamos nos condenaba.

La política de sujeción económica a los intereses ajenos nos ha llevado a esta carencia de futuro que configura el horizonte vital de los argentinos. La falta de futuro no es un término abstracto: se difunde e invade toda la vida de la población hasta abrazar su más remoto límite geográfico, planea sobre cada ser, cada objeto y lo inviste con el signo de lo imposible y lo irreparable. Solicita energías que pierden sentido en el empleo inútil, en la repetición estéril: hacer siempre las mismas colas, reparar siempre las mismas máquinas, roturar siempre su misma miseria, ceñirse siempre a los límites de la disgregación de ese mundo mecánico y cultural que nos debe la vida y que por último termina por sorbérnosla. Así el mundo de las cosas rotas, la dejadez, el marasmo, el desgaste y la destrucción nos cierra el horizonte de dominio que comenzábamos a ejercer sobre el mundo. Y la pérdida del dominio de la naturaleza no es un retorno a la felicidad adánica del primer hombre: nos advierte su vacío de retroceso a la muerte. Ese vacío que se taponaba diligentemente en el barrio norte y se abandona con displacencia en Villa Domingo o Lanús. Por ese hueco que las frustraciones económicas y materiales entrecierran, se introduce la disolución del mundo, el motivo de la desesperanza. Sucede que el dominio de la naturaleza es un poder continuamente ejercido, una tensión constante de modificación. Para sostenerlo se requiere una voluntad de perseverancia que sólo adquiere sentido si cada una de esas voluntades está también en relación directa con el goce que proporciona, si cada una de ellas humaniza al hombre que la aplica. Nuestra burguesía agropecuaria disfrazaba su apetencia de civilización en la parcia-

lidad de su clase, en el breve recinto de sus barrios, de sus paseos, de sus casas. Era una ficción sostenida mediante la propia sumisión.

¿Habrá percibido el gobierno este desgano? ¿Habrá proyectado sobre el pueblo el único futuro que la burguesía imagina? Si Frondizi actúa como un demiurgo de la realidad que, como tal, le excede, y aspira a dominarla sólo despertándola y orientando las fuerzas que se le revelan a su paso, podemos darnos a imaginar su posición. Se pensará: un pueblo que no surge a la historia del mundo es un pueblo débil. Un pueblo que se consuela en una moral para personas aisladas, cuando está en medio de un mundo convulsionado, y no acepta tomar la palabra para decir la suya, es un pueblo detenido con vocación de colonia. Un pueblo que interioriza la moral que los amos proporcionan a sus esclavos, que acepta ser pobre por "dignidad" —un pueblo, decimos nosotros, de "caballeros nacionalistas" donde los otros sufren el hambre que nosotros colmamos y nos proporcionan ese fondo de dignidad sobre el cual podemos esbozar una conducta de ascetismo cristiano—, ese pueblo no existe. Y está bien que sea así, se dirá. Que un pueblo quiera comer y beber, quiera pasear y reír, quiera dormir y despertarse dentro de un proyecto de futuro que contenga la forma de sus sueños —aunque esos sueños sean los simples sueños cuya imagen la burguesía le ofrece. Está bien que los sueños materiales del pueblo sean por ahora sueños burgueses. Peor sería que hubieran aceptado la moral "nacionalista" de esa pobreza coronada de la dignidad ascética que corresponde a la maltrucha jerarquía de los valores cristianos.

Pero la trampa de esta posición está para nosotros a ambos lados del presente, de los que ofrecen los bienes para el pueblo como de quienes los rechazan. Y sin embargo las necesidades insatisfechas señalan para el proletariado la segura salida del laberinto. Cuando el país eligió, no solamente eligió los bienes: había un sentido mediante el cual esos bienes serían incorporados a nuestra realidad. Es cierto que ese sentido era tal vez menos vehemente que el deseo de poseer los bienes mismos. Pero ese sentido estaba presente en la conciencia política, y para nosotros es el único que puede justificar la existencia en un mundo humano.

LA FALSA DISYUNTIVA: RAZÓN O FE

Hasta ahora, son dos las posiciones antagónicas que aspiran a presentarse como superación del proceso que describimos: la fe o la razón. En la primera se encuentra el oficialismo intransigente, pragmático y astuto, que posterga el surgimiento de los "ideales" y los convierte en una eclosión instantánea y futura que se revelará por encima de la ilegibilidad del proceso actual. Suponen la ruptura entre gobierno y gobernados de la cual hablábamos al comienzo, y hacen de la cosa pública un proceso de ardid y truculencias a los cuales debemos prestarnos en el apoyo incondicional hacia quienes "saben". De las dos vertientes de nuestro planteo: penetración en la burguesía y apoyo al proletariado, constituyen la solidificación en el apoyo únicamente a los intereses de la burguesía, el modo de escamotear el planteo inicial. Por otro lado, la persistencia de la izquierda abstracta en una oposición solamente declamatoria presenta un apoyo únicamente racional al proletariado, quiero decir verbal, que al no reencontrar las estructuras concretas y la situación real del proletariado tiende a diluir las fuerzas que hacia él se están orientando y a desperdigarlas en un simulacro también dependiente de la burguesía. Es el término de una concepción parcial de la persona, la vertiente universitaria hacia la cual van a desembocar naturalmente quienes aprendieron la lucha política en la restringida defensa de intereses espirituales que se expresan solamente en el terreno de la especialización cultural.

A la complacencia por medio de la fe: la intransigencia oficial.

Los que nos quieren convencer con insistencia de que somos ciegos para ver lo que ellos tampoco ven, proclaman que esta realidad no encuadra dentro de los esquemas y las concepciones pensadas por la inteligencia y decantadas dentro de la experiencia. Reivindican la primacía absoluta de los hechos y de la realidad. Sobre las situaciones de hecho proyectan una ilegibilidad de derecho: el imperialismo es negativo, pero a través de lo negativo alcanzaremos lo positivo; la enseñanza religiosa es negativa, pero a través de lo negativo alcanzaremos lo positivo. Y así, etc., con toda instauración negativa que se realice. Pero no nos dicen cómo trasmutarán el cobre en oro, la entrega en liberación; lo positivo que proyectan hacia el futuro nos lo susurran al oído y gritan en cambio a todos los vientos que eso negativo que pasa a los hechos no lo es, que eso negativo es lo verdaderamente positivo. Este embrutecimiento de la significación de la realidad, esta defraudación al sentido de la situación, esta ilegibilidad de la historia y esta desconfianza fundamental en los hombres constituye el eje de toda política burguesa que pretende negar su propia orientación. Su dialéctica se conforma sólo con la paradoja de ir contra lo pensado, y el destello de lo arbitrario se confunde en sus cabezas con la apariencia de la innovación y con la creación de ideas. A la comprensión anterior sucede ahora el caos, nuevo es verdad, pero que objetivamente no anuncia sino una novedad: una conciencia más que se pliega a las tibezas de la irreflexión, a la cómoda complacencia del oficialismo mental. Y es verdad que cada acto tiene efectivamente su parte positiva, como el rapto de las sabinas tenía el gozo del raptor como uno de sus componentes. Cabe preguntarse sin embargo: de este rapto de la significación del presente, ¿son ellos las sabinas o los raptos?

Se dirá que hacen lo suyo, que cumplen su papel. Frondizi necesita, tal vez, que las fuerzas se muevan dentro de las relaciones ya establecidas, y se manifiesten sin sobresaltos como lo que son: hay un inmovilismo dentro de la movilidad que configura el esquema de la realidad que Frondizi se ha formado. Su proyecto "realista" y presuntamente no teórico —lo que debe cederse, lo que puede obtenerse— tiene en este esquema sus posibilidades de éxito, pero al mismo tiempo sus límites. La maquinaria oficial constituye el marco de desarrollo de este esquematismo: los hombres del gobierno se hacen, sin comprenderlo, piezas del esquema, repiten actitudes, se adaptan, modulan gestos que resultan incomprensibles desde afuera y quiebran toda trayectoria visible. Es el esfuerzo y la inhabilidad de los que tratan de conformarse a lo que de ellos se pide. Lo pequeño de este menester no es el mimetismo ni las distorsiones que ejecutan; también el actor se hace otro y mantiene sin embargo visible la personalidad que anima al personaje asumido. Eso es lo que les falta: la personalidad que anima al personaje, que se recupera y hace claro el juego para los otros, porque nunca se la aniquiló. En ellos no aparece siquiera ese guiño cómplice que advierte que detrás del papel está todavía animándolo el hombre que era y que subsiste. Esos guiños significativos los hemos estado buscando en todos los que apoyan aparentemente sin fisura la política del gobierno. Queríamos comprender que comprendían que estábamos en un juego, que la verdad se recuperaría, que la fe exterior respondía a un convencimiento comunicable, que no habían sido sepultados en la fosa común de la unidad nacional que otros aprovechan. Pero nada: la atracción oficial los va perdiendo dentro de las estructuras que, a su vez, también perdieron un sentido visible. Aparecieron los mecanismos de adaptación que antes, ingenuos, no le atribuimos: hubo un tic de respeto y de reverencia ante el poder, funcionaron a pleno los mecanismos mágicos de las estructuras oficiales, de los dorados salones, de los hombres con mando, los galones y las jerarquías. El individualismo liberal mostró lo que era: una repetición indefinida de un mismo molde dotado de los mismos automatismos y mecanis-

mos de repetición y respeto. El héroe se hizo anónimo y reclama ahora, en el anonimato de lo confuso, la recuperación de esta nueva heroicidad.

Pero no se crea que es la pureza lo que reclamamos. Nosotros tampoco hemos querido complacernos con moldes. Hemos hecho voto de pobreza esquemática para juzgar humildemente esa innovación ya de antiguo iniciada que quería romper con los planteos de derecha o izquierda. Hemos comprendido que no es posible oponer a la realidad la imagen de un futuro completamente determinado a partir de ese pasado ante-eleccionario que se abría, abstractamente, sobre esto que hoy adquirió forma y contenido real. No abandonamos la realidad en beneficio de lo ideal.

Pero la mala fe —o la estupidez— comienza justo aquí, donde para abrirse a un sentido que el acontecimiento va estructurando, se nos pide que abandonemos todo lo que hasta ahora habíamos decantado en contacto con el mundo, todo lo que hasta ahora habíamos pensado, porque no existe una significación de pasaje que nos muestre cómo se va desde el pasado hacia el futuro. La fe significa precisamente esto: abandonar el pasado, todo lo que hemos sido porque un redentor nos abre a lo nuevo que no estaba siquiera en germen en nosotros. Se nos pide que nos sumerjamos en la noche oscura del alma, lo cual es tanto como dejar de ser, tornar al irracionalismo. La fe que se nos solicita es entonces algo bien grave: es admitir que el error sólo se rescata con la sumisión y la ignorancia. Que somos incapaces de superarlo: por eso nos hacemos pasivamente un simple tránsito, un medio que los otros ejercen.

F. F.

Aceptemos sin embargo esta posibilidad de la fe, y comprendamos su alcance. Pongámonos en el mejor de los casos en la cabeza de Frondizi, hagamos un análisis de sus intenciones: él quiere crear condiciones de simulación y realismo tales que hasta el mismo imperialismo se confunda, que hasta los supremos tramposos caigan en la trampa. Supongamos también que en este juego Frondizi cree que sólo él, y nadie más que él, es la garantía requerida para que esta línea se conserve. Adelante. Frondizi es el único que está en el secreto de la maquinación, el único que debe estarlo, y aún los que gozosamente se mueven a su lado pretendiendo introducirnos en el juego con guiños para iniciados no usan sino un poder concedido momentáneamente, que les será luego retirado. En cualquier momento Frondizi posee la verdad del acontecimiento y del juego de fuerzas: es la conciencia total, sólo que nadie puede conocerlo, porque el juego, como se ve, sólo puede jugarse con esa condición: que Frondizi mantenga el secreto sobre sus propias intenciones, que sólo en su más absoluta intimidad se aclararán las significaciones para nosotros contrapuestas. Nuestro engaño no es sino la contraparte de su verdad, y existe un futuro que podrá contenernos a todos, cuando la realidad se confunda con sus intenciones. Y ese será el futuro argentino que todos añoramos: la conjunción de lo nacional y lo popular.

Estamos necesariamente condenados, a riesgo de perderlo todo, de todo destruirlo y arruinarlo, a perseverar en esa sumisión. Y esto es la fe: F.F. Los designios de Frondizi son inescrutables, diremos nosotros. Pero no, se nos contesta, en realidad no lo son sino para los que no tienen fe. Cuando coincidimos con sus intenciones y con sus actos, cuando apoyamos todo lo que hace, estamos en él, sentimos cada acto —pese a su ambigua significación exterior— como si se integrara en la línea que nos llevará hacia esa conjunción futura. Una vez que estamos dentro en la dialéctica de la fe —donde cada uno pone la sumisión confiada y Frondizi el sentido y la inteligencia del acontecimiento— todo acto de sumisión acrecienta como necesaria contraparte la fe en el otro. Mayor es la delegación de la propia responsabilidad, mayor es el aumento de las energías que infundimos a la obra cuyo sentido se nos escapa: la esperanza alimenta la fe.

Como toda salvación, es esta la trampa del desencanto, la necesidad de introducirse en la realidad y la incapacidad de hacerlo creadoramente.

Pero, ¿por qué concederle a Frondizi la fe? Si es porque nos reconocemos incapaces de comprender el sentido de la historia, esto significa anular nuestra propia perspectiva. Aquí la alienación está justificada, y al solicitar la fe, los partidarios de Frondizi deben confesarnos su propia incapacidad. ¿Cómo habremos de concederles entonces que saben lo que hacen? Los que nos piden la fe deben borrarse como "cabezas" partidarias o políticas, dejar expedito el camino a quienes piensan, saben y sienten coherentemente lo que quieren. Si nos solicitan en cambio la fe porque coincidimos con sus planteos, éstos deben consecuentemente ser comunicables. Pero el caso es que estos planteos, de ser comunicables, harían innecesaria la fe, pues el sentido de los actos sería visible en los hechos y para ese reconocimiento sólo basta la comprensión. Es decir: que lo que el gobierno hace debería presentar, en algún plano (plano que nosotros estamos dispuestos a reconocer, sea el que fuere) un sentido inequívoco. Entonces lo importante es esto: si lo que se propone Frondizi es contar con las fuerzas reales que van en el sentido del progreso y movilizarlas, entonces Frondizi y nosotros queremos lo mismo. Pero si quiere lo mismo, no es la fe que se le presta la que le ayudará, sino precisamente los actos que realizamos para estructurar y despertar las fuerzas progresistas del país, sobre las cuales debe apoyarse su política.

El drama de Frondizi, si ese es el sentido de la lucha, sería no poder comunicar sus intenciones, no poder pedirnos que acrecentemos las fuerzas que él necesita para luchar contra las que se le oponen. La duplicidad de su posición, de ser ciertas sus intenciones, debería estar dada por estos dos caminos hacia la realidad: simular concretamente un sentido retrógrado, que constituirá el modo cómo la oposición reaccionaria dejaría pasar su política, y por otro lado contar íntimamente, en su subjetividad silenciosa y secreta, con las fuerzas positivas que su acción negativa irá desencadenando en los sectores que lo llevaron al poder. Su drama sería éste: Frondizi cuenta concretamente con que las fuerzas que lo llevaron al poder irán ejerciéndolo en forma tal que se opondrán con toda firmeza a que la línea que simula, pero que pasa a los hechos, pueda permanecer en la realidad. Cuenta con que se lo ha de obligar a cambiar de rumbo. La fe que se le concede, y que tiende a anular las fuerzas sobre las cuales él mismo, íntimamente, cuenta, es entonces precisamente la traición que los genuflexos del poder, los esclavos de la noria le hacen para aprovecharse de este silencio necesario de Frondizi.

El planteo de la fe, la sollicitación a la mansedumbre y el renunciamiento para dejar que solamente el poder personal y formal de Frondizi actúe, significa lisa y llanamente traición al sentido de las intenciones que esos mismos que lo traicionan le conceden. En este caso, si accedemos al renunciamiento, Frondizi queda solo, en manos del sentido que simula. Si la lucha es lucha de conciencia —pues el poder sobre el cual se asienta se abstiene de manifestarse— la relación de Frondizi con Alsogaray significa arrojar a Frondizi en los brazos del poder de Alsogaray que, éste sí, no se abstiene de presionar. El argumento de la fe, para interpretar una política como la de Frondizi, que se explicaría por la simulación y el engaño, conduce a establecer sólidamente, concreta y quizás irreversiblemente el engaño en la realidad. A la larga o a la corta estos simuladores y engañadores faltos de visión terminarán siendo engañados. La línea F.F. significa traición al mismo Frondizi.

Revelar el sentido de lo que sucede, eso, se dice, no lo puede hacer Frondizi. No porque no lo quiera —para nuestro caso objetivo poco importa— sino porque no lo puede. Entonces, no hay alternativas: ESO LO DEBEMOS HACER NOSOTROS, só pena de favorecer con nuestra inercia preci-

samente los planes de la oposición que sí está haciendo fuerza. Aún cuando las intenciones de Frondizi fuesen como las nuestras, no podrá hacer él lo que debemos hacer nosotros. Frondizi, se nos dice, aún está en su juego al radiarnos, eso no prueba que desee íntimamente nuestro aniquilamiento. Pero eso prueba algo más que la necesidad de la fe. Prueba que Frondizi está preso de una realidad que es la suya, pero no la nuestra. Prueba que Frondizi no es un absoluto sino el lugar, el centro hacia el cual convergen las fuerzas reales del país. Por eso el sentido de lo que queremos no está en comprender las intenciones de Frondizi, sino en la significación total y objetiva que la política del país presenta.

Para quienes creen conocer y nos hablan de la conciencia y de las intenciones de Frondizi, es preciso recordarles sus propias palabras al asumir el gobierno: "Ya no tengo vida privada". Que Frondizi diga que no tiene vida privada no significa que Frondizi no mantenga distancias con la realidad, que carezca de intenciones y que de algún modo se considere objetividad. Significa tal vez solamente esto: que sus intenciones son incomunicables, que el juego que pretende hacer sólo él puede saberlo, y nadie más. Pero esto también nos señala un camino inequívoco: que nosotros debemos hacer lo que estábamos comprometidos desde antes a realizar. Desde el punto de vista objetivo también su situación, lo que logre, depende de nosotros. Lo que pueda decirnos desde el punto de vista subjetivo, sólo lo hará cuando, abandonando el poder, recobre también su vida privada, cuando sus intenciones sean comunicables. Mientras tanto, sólo podemos juzgar de lo que hace a través del programa electoral y su acercamiento o alejamiento de la línea trazada. Y su alejamiento o acercamiento señala el cerco de fuerza opositora que lo desvía de su línea, con la cual estuvo comprometido. Su traición depende también entonces de nosotros, de que sepamos leer en ese alejamiento o acercamiento dónde y como aplicar las fuerzas como para que el gobierno cuente con nuestro apoyo necesario pero unívoco. No hay traición en Frondizi y no la habrá mientras nosotros ocupemos el lugar que nos corresponde. Es nuestra posición, el celo con que luchemos si es preciso contra el mismo Frondizi en nombre de lo que pensamos, el único modo de evitar que caiga el anatema sobre su presidencia. Sólo la defraudación de las fuerzas que apoyaron a Frondizi puede convertir sus actos en traición, porque Frondizi mismo depende de la presión que sobre él podamos ejercer: depende de que las fuerzas nominales del país se conviertan en fuerzas reales.

Este es el único método para recuperar, en lo objetivo, sin falsas disyuntivas, la subjetividad que se le presta a Frondizi, el único modo como nosotros podemos conciliar lo subjetivo y lo objetivo, las intenciones con la realidad. Porque aún en el caso de la verdadera traición seguirá siendo válido nuestro planteo, y no nos inutilizaremos en vanas divagaciones. Si Frondizi se ha plegado a las fuerzas que iba destinado a combatir, entonces los hechos le bastan para sostenerse: todas las fuerzas que hemos combatido lo apoyan y ya no le somos necesarios. Que es lo mismo que decir: ya no lo necesitamos. En esta coyuntura sólo queda un camino: si alguna fe es posible, sólo lo es sobre la base de tornar legible el sentido de la actividad política, escribiendo paso a paso, concretamente, la positividad que nos llevó al apoyo. No vamos a hacernos fetichistas de algunas acciones indebidas en las cuales colocaríamos todo nuestro ardor y todo nuestro inmaculado principismo. No nos guiaremos por hechos parciales, sino que trataremos de comprender el sentido general de su acción. Pero cada acto jalona un recorrido, aún en su negatividad, hace la luz sobre el sistema, permite prever y comprender el sentido de esa particular negatividad que se ejercita.

LA ASTUCIA "REALISTA" DE LA POLITICA BURGUESA

¿Por qué la fe constituye el término de esta concepción política? No porque no haya una ciencia del futuro, y debamos entonces esperar lo inesperado. Simplemente porque en buena lógica todos estos actos que se realizan están en contradicción con lo que esperábamos del futuro, y no podemos confesarlo.

Pero veremos que esta indecisión aparece cuando nos preguntamos qué se hizo de ese lazo de amor que unía a la burguesía y al proletariado, de esa confesión que el proletariado no pidió. Esa declaración de amor es lo que el realismo, encubriéndose en el pétreo determinismo de lo económico, dejó de lado. El "realismo" político señala la parcialización del planteo político inicial, la conversión a los dictados de lo económico, su hora de la verdad. Su sentido es claro: el "realismo" economista constituye el modo como la burguesía industrial se inclina en busca de la alianza con la burguesía oligárquica y pretende encamotear a su favor el planteo primero —sentido nacional y popular— que contenía la integración de ambos términos.

Esta solución solamente económica, que se pretende hacer pasar por solución total, debe dejar de leer entre líneas y se atiene sólo a la significación convencional: resuelve leer en prosa la poesía de sus sueños burgueses. Y la prosa burguesa es inflexible: su modelo es la letra de cambio, el cheque certificado, el estar siempre a cubierto. La aceptación de la reivindicación proletaria fué la forma poética que cobraron las ilusiones abstractas de los industriales cuando proyectaban sobre el cielo cristiano la solución de sus conflictos patronales. ¿Les reprocharemos que estén ahora despiertos?

Pero esta dura lógica industrial, que nace del contacto utilitario con la actividad cotidiana y quiebra de pronto el gesto seductor, se expresa diferentemente en el planteo político del gobierno. Allí la poesía reaparece bajo forma de la revelación. Se recurre, para justificar el abandono concreto al descubrimiento de una nueva sabiduría que los "hechos" susurrarían al oído del político y nos condenarían al sobresalto de lo inesperado. El ejemplo de esta dialéctica lo encontramos justamente en uno de los discursos de Frondizi. Retengamos sólo tres de sus afirmaciones:

- 1º) "Esta lucha que libramos en distintos terrenos no persigue una mera acumulación de la riqueza, ni solamente su más justa distribución. Es una lucha para que la Argentina reviva también en su espíritu y logre, para siempre, vida moral plena y fecunda".
- 2º) "El problema de la Argentina de esta hora no es de planteos teóricos sino de hechos concretos".
- 3º) "Vamos hacia una economía de abundancia".

Así, entonces, parecería que Frondizi también quiere aquí lo mismo que nosotros. Vida moral plena y fecunda que supera la moral empresaria que busca sólo una mera acumulación de la riqueza y una distribución no más justa sino la mínima necesaria para poder seguir produciendo sus máximos beneficios. En el complemento de esta declaración, su desdén por la teoría, sin embargo aparece la diferencia que nos separa. No sabemos que es lo que Frondizi piensa de ese futuro encargado de realizar lo que el solo economismo industrial es incapaz. Lo único que nosotros podemos comprender, desde el momento que el pasaje hacia el futuro no está claro, es el sentido que vincula esta distribución de la riqueza, esta acumulación de capital y esta ingerencia imperialista a la cual nos plegamos. Pero no nos asombra que no pueda decirlo. Pues una política realista, es decir que no proyecta como realizable sino estrictamente aquello que las fuerzas en pugna toleran, esa política realista no puede prometer sino la resultante necesaria de la suma de dichas fuerzas. Queremos decir: no puede contar sino con las fuerzas concretas que se movilizan y se manifiestan de acuerdo también con su poder concreto. Si Frondizi desechó

los 4.000.000 de votos por considerar que su fuerza es solamente formal frente al poder económico-militar, y se ve obligado por las circunstancias a seguir incrementando a este último, ¿cómo entonces puede prometer que nos espera precisamente un futuro que no va estar dado por el sentido que esa fuerza económico-militar instaura? Hay incompatibilidad entre acumulación de riqueza, distribución patronal, y esa vida moral plena y fecunda. Para ir de la una a la otra, a partir del incremento de la riqueza, se precisa al menos una comprensión particular de la historia, una determinada "filosofía" sobre su desarrollo: una cierta comprensión teórica que, como toda teoría, debe aspirar a la objetividad, es decir a establecer el carácter de verdad o error que posea.

No son entonces los planteos teóricos los que habrían de ser dejados de lado. No podemos reemplazar el ordenamiento decantado como sentido por la historia, aquello que la dialéctica de las fuerzas enseñan, y reemplazarlo por el caos. Habrá otra concepción que contenga ese futuro que Frondizi entrevee. En filosofía de la historia, en política, todo esbozo que parte del presente y tiende a realizar fines futuros se alimenta de una concepción del desarrollo de la realidad, por lo tanto se alimenta de una concepción también teórica. "Lo real no es real sino integrado en un sistema", se ha dicho con razón. No podíamos decir entonces: "el problema de la Argentina de esta hora no es de planteos teóricos sino de hechos concretos". A no ser que lo que se quiere indicar es solamente esto: que Frondizi tiene ya su concepción teórica, que ahora trata de hacer pasar a los hechos; porque los hechos concretos no enseñan nada por sí mismos, a no ser que los incorporemos a una determinada percepción de la realidad que viene del pasado y se verifica o se niega en los hechos actuales. Por lo tanto, a no ser que los incorporemos a un esquema teórico, que lo invalidan o lo confirman. ¿Cuál es la nueva formulación teórica que nos presenta Frondizi? Muy simple: una economía de la abundancia. Pero una economía de la abundancia no es por sí misma una economía acorde con esa vida moral, plena y fecunda, de la cual nos habló. Esto es lo que el marxismo mismo niega, lo que el más "crudo" materialismo no puede siquiera aceptar, pero que sin embargo coincide ahora con los requerimientos de los espirituales católicos y liberales. El "espiritualismo" de los marxistas consiste precisamente en esta negación de la pura espontaneidad moral de la economía; el grosero "materialismo" de nuestros sutiles espiritualistas se revela, por el contrario, en esa aceptación de la cruda realidad y de los hechos que les permitirá seguir usufructuando de los males instaurados en ella, que pasan así a convertirse en males absolutos.

Frondizi ha roto entonces con la teoría; pero eso significa que también ha roto con los objetivos. Porque su teoría inconfesada, como vemos, significa rendirse a la mera espontaneidad de la realidad, atenerse sólo a la mera productividad material de las fuerzas en juego. A no ser que haya descubierto que hay otros caminos, otras teorías para llegar a ese fin. Pero lo irrefutable es esto: que es la suya una concesión a los hechos "concretos". Y los hechos concretos siempre tienen razón, sólo que la razón que lee en ellos se detiene ante la creación que estas fuerzas manifestadas por el voto proyectan hacia el futuro. Una vez más: Frondizi ha delegado en el pueblo eso que él mismo no puede o no quiere hacer. Es preciso que nosotros seamos pues quienes nos hagamos cargo de ese sentido dejado de lado por la política actual de Frondizi.

No es casual este empequeñecimiento de los objetivos. Es el resultado del pasaje a la llamada burguesía progresista, pero burguesía al fin. Progreso significa para ella acceso a una nueva forma de economía que dé satisfacción a sus intereses. Lo que de ese progreso redunde en beneficio de la nación, es un exceso simplemente mecánico de la nueva estructura que se organiza. No corresponde a ninguna intención moral ni a sus buenas intenciones. Como lo vamos

viendo, las buenas intenciones son éstas que se están dejando en el camino para dejar paso a un "realismo" que desdeña como teoría lo que ayer adoraba, y recuperar sólo sus sólidos resultados utilitarios. Frondizi pospone lo que considera aspectos secundarios del problema: es la mirada del economista burgués, parcializado ya por la lucha. Y hace bien, si hace lo suyo. Sólo que en mérito a su posición no puede pedirnos a nosotros que dejemos de hacer lo nuestro.

LAS CONSECUENCIAS "REALISTAS" DEL INDUSTRIALISMO EMPRESARIO

Es evidente que nuestro país no responde, en sentido estricto, a lo que comúnmente se entiende por economía subdesarrollada, cuando nos referimos a los países asiáticos, de medio oriente, o algunos de América Latina. Es la nuestra una economía detenida en su desarrollo por crisis de estructura. Verdad es que su desarrollo requiere también, como la de aquéllas, la industrialización acelerada. Pero los medios con que contamos para esa tarea difieren de los de aquellos países, pues nuestro margen de decisión y libertad es mucho mayor. Una vez puestos en la línea de la necesidad económica del país, la paralela necesidad técnica de su desarrollo constituía el objetivo a conquistar antes de las elecciones. La elección de Frondizi marcó la decisión de *emprender este camino*. Pero ese objetivo, así expresado, ¿constituía la necesidad total de nuestro país? Si la industrialización fuese toda la verdad del proceso, las reivindicaciones manifestadas en la campaña política contra las concesiones a las fuerzas imperialistas constituirían un sin sentido, una mera retórica que disfrazaba una baja apetencia que no nos atrevíamos a confesar. Ahora bien: la elección de Frondizi significó la decisión de vencer precisamente el planteo simplemente retórico de la oposición unionista: queríamos industrialización, es verdad, pero dentro de otras condiciones.

Toda la fuerza patronal cuya ideología resumía Frigerio estaba dirigida hacia el aspecto solamente técnico, y sólo ahora se hace evidente para muchos la distancia que media entre un industrialismo libero-imperial y otro verdaderamente nacional y popular. Ese aspecto se revela en su ideología cultural: la revista *Qué* se conformaba proyectando la industrialización sobre el fondo de una corriente espiritual surgida de esos mismos intereses agrícola-ganaderos del país. La prueba: la revista *Qué* pasó ahora a manos de un nacionalista católico, cuya tarea consiste en diluir dentro del esquema represivo del catolicismo las líneas de sentido que el predominio patronal va engendrando.

¿Qué era preciso hacer? Si tenemos que superar la diferencia técnica y económica que nos separa de los países más desarrollados, se plantea entonces el problema de la acumulación acelerada. Pero esta urgente acumulación significa al mismo tiempo una explotación también acelerada del trabajo, por lo tanto de los trabajadores. Mirada con ojos patronales, se hallaba aquí la fórmula que unía lo bello con lo útil: coincidían con el país al coincidir consigo mismos. Se trataba de acumular capital, por lo tanto de incrementar la plus-valía. Se trata para los industriales, por lo tanto, de enriquecerse.

Pero el problema es más amplio. El desarrollo económico necesita la garantía de que las clases populares recuperarán el esfuerzo que se les pide. Que lo recuperarán no sólo en lo económico. Pero para ello es preciso que el ordenamiento del sistema económico no haya sido dejado en manos de los intereses patronales e imperialistas, porque, como hemos visto, sus intereses no coinciden con los intereses totales del país. Por el contrario, todo capital invertido en el país responde indirectamente a nuestras necesidades, pero directamente a las necesidades de los inversores extranjeros. La necesidad directa e inmediata es la que el inversor ve. La indirecta, que espera recuperar lo económico dentro del marco humano de la nación, es la que nosotros debemos revalorizar. ¿Existe una conciliación posible?

Si existe, no será por el camino de la confusión y del en-

gaño, sembrando la ingenuidad, como lo lograremos. El juego económico no es un juego psicológico. Los inversores extranjeros vienen, o vendrán, porque tienen la seguridad de que podrán disponer de sus propios intereses, defenderlos e incrementarlos en la creciente succión de los beneficios. Y esta seguridad no es una mera ilusión: será la máxima que ellos pueden buscar, pues se asientan en un poder político ejercido por los países de los cuales provienen y que se manifiesta precisamente por su intermedio en la penetración económica. Por lo tanto, los capitales extranjeros que vienen, lo hacen sobre la base de una seguridad actual, pero sobre todo sobre la base de un dominio futuro. Introducimos en nuestras propias fronteras a un enemigo que por ahora estaba en menor grado dentro de ellas. Por algo ha podido decirse que las inversiones de los países imperialistas en el exterior podrían considerarse como inversiones internas.

No hay otro remedio, se dice. Pero sólo se muestra la necesidad que tenemos de los capitales, y no su contraparte. Por el contrario, casi hay una gozosa justificación de esta necesidad. ¿Se cuenta acaso con nuestra reacción futura? Pero no nos engañemos: si esos capitales vienen ahora, lo harán no porque nuestras sutilezas psicológicas quieran concederles una ficción de seguridad política y jurídica. Lo harán porque las fuerzas que se encuentran en el poder y determinan activamente su orientación dejan abierto un amplio margen de triunfo. La lucha no es pues, aquí tampoco, entre conciencias. No hay aquí un secreto que todos debemos mantener, parr. surgir luego exhibiendo, en un postrer mostrar las cartas, cuáles eran nuestras verdaderas intenciones. No se trata de intenciones: las intenciones están ya a la obra, y son visibles en el sentido que introducen las medidas tomadas. Lo que equivale a decir que los actos económicos del gobierno se hacen visibles en la variación concreta de poder que los capitales extranjeros introducen en el país.

Los capitales vendrán, no nos engañemos, respondiendo en forma absoluta a todas las determinaciones que rigen la introducción o el acrecentamiento de un poder económico en un país, con todas las secuelas, positivas o negativas, que involucren. Esta aserción no es arbitraria. Todo hecho social —recordemos una vez más a Mauss—, es un hecho total, es decir que irradia en lo familiar, en lo técnico, jurídico, económico, religioso, moral, etc. Por lo tanto, manifiesta sus consecuencias en todos los sentidos y significaciones que revelan las relaciones humanas. Que los capitales, al incidir sobre lo económico, inciden sobre todos los otros factores que constituyen la personalidad de cada individuo, es una certeza que podemos leer en las concesiones que se nos piden. No se nos pide nuestra palabra de honor, nuestras seguridades jurídicas, nuestra devoción. Obras son amores: se nos pide que renunciemos ya, de hecho, a un poder económico que se trasunta también en la pérdida de un poder político y social. Se nos obliga, por lo tanto, a que hagamos en el país la prueba concreta del desprendimiento y del renunciamento, que modifiquemos en los hechos nuestro enfoque, que demos la capacidad que tenemos de sufrir en carne propia algo así como una introducción a toda entrega futura. Se nos pide entonces que *nuestro renunciamento sea no sólo un acto económico sino un acto total*, que irradie en todas las estructuras del país, por lo tanto de sus habitantes, que lo modifique en su alma y en su tierra. Es decir, que ponga a prueba en un acto real todas las modificaciones que ese acto involucra: resignarse, sufrir, perseguir, pagar, conceder: aceptar.

LOS SUEÑOS FUTURISTAS DEL HUMANISMO EMPRESARIO

Si las modificaciones económicas son lamentables para el país, es porque provocan una modificación también total. Debemos ver entonces qué consecuencias pueden sacarse de este cambio.

Desde el punto de vista de la economía privada y estatal,

la coexistencia de economía de entrega o de sumisión y desarrollo cultural se contraponen. La creación cultural descubre la alienación que la economía libero-empresaria esconde: por lo tanto se opone a la piedra libre que el economismo requiere para su desarrollo. No es accidental el recurso al catolicismo que la burguesía hace para implantar la técnica. Esta burguesía industrial nuestra no es creadora. Es simplemente una sucursal abierta por la inteligencia ajena en la dimensión solamente comercial, ávida, de nuestros comerciantes o terratenientes que aprendieron así un modo más rápido de enriquecimiento. Es decir, de una clase empresaria que no tuvo siquiera la inteligencia de su creación y la comprensión del proceso. Cuando ya el mundo occidental está al término de un período técnico para comenzar una nueva revolución, nuestra clase dirigente, nuestros empresarios, descubren los beneficios de la técnica ajena. Pero lo hacen a partir de la ignorancia en el orden de la cultura y los valores culturales que le dieron origen. El peligro es en nuestro caso mayor, porque no ha habido entre nosotros una tradición cultural que pueda oponer sus resistencias a este pasaje. Por eso también esta ignorancia en el orden cultural se integra, y nos opone, la única dimensión espiritual que posee los caracteres ideológicos adecuados a sus necesidades: dogmatización, profetismo, sumisión: el espiritualismo católico.

El desarrollo económico tiene un carácter más acentuado, en su determinismo, que el desarrollo cultural. Podemos decir también, si se quiere: la estructura económica en la que nos hallamos va señalando, como en línea de puntos, las nuevas modificaciones que se proyectan hacia el futuro, del mismo modo que el comienzo de una frase nos hace intuir, en la significación esbozada, los vocablos que le han de dar término. Pero este desarrollo, tan imperioso, en el orden de la economía, está inscripto con carácter de necesidad en los hechos, pues la técnica es el término de un proceso racional de modificación de la naturaleza que ya está esbozado en las relaciones económicas presentes. Pero no es la misma necesidad la que aparece en el orden de las relaciones humanas. Aquí entran a actuar las posibles modificaciones culturales que esa técnica permite. No es absolutamente necesario, no está determinado, que la reacción cultural que han de producir las innovaciones en el campo de la economía, hayan de tener un sentido también aceptable en el campo de la cultura. El único sentido inscripto en la economía imperialista, y que encuentra su correspondencia en el orden de la cultura, es *la ideología imperialista*, es decir el paralelismo simbólico que en el orden de las significaciones concientes van segregando las relaciones económicas. La ideología imperialista permite que la técnica se expanda manteniendo las estructuras humanas que corresponden a la relación de amos y de esclavos.

Aquí cabe señalar una vez más la pobreza cultural de la ideología empresaria. El éxito dentro del terreno de lo que bien conoce, los recovecos del trueque, las fluctuaciones monetarias, la astucia práctica que decanta la experiencia dirigida a un mayor acrecentamiento de la propia riqueza, todo este empirismo crea en el político-empresario el espejismo de una riqueza y un dominio en el orden de su concepción del mundo. Cree ser un creador cultural cuando lleva hasta el extremo de la astucia económica los valores de utilidad que le son propios. La complicación utilitaria surge ante sus ojos de mercader como si fuese una creación espiritual. Liberales de saber periodístico y reflexión radial, habituados a ver en lo cultural un proceso incomprensible, creen haberlo alcanzado cuando la complejidad de lo que manejan penetra en ese terreno de obscuridad incontrolable que para ellos adquiere la forma de futuro. Allí, en el futuro obscuro, dentro del cual ya no tienen nada que poner, ponen entonces la superación cultural de lo económico, la humanización del hombre. Allí se han de producir los cambios que nosotros queremos: no hay más que sentarse a esperar, mientras ellos hacen lo que deben, y el tiempo devora en la pasividad nuestras vidas que también ellos consumen.

El carácter utilitario de lo cultural se manifiesta en la concepción de la religión, que la Iglesia, también utilitaria, admitió. La religión católica, dijo Frondizi-Frigerio, es la que necesitamos para obtener la cohesión nacional. La Iglesia es el aglutinante, el medio para lograr esa unidad que los empresarios requieren. Lo que asombra no es que recurran a la Iglesia para esos menesteres: una historia, y larga, lo autoriza. Lo extraño es que recurran a ella en un país donde su poder efectivo de cohesión es mínimo. Y aquí es donde se revela el místico arrebatado de un director de sociedades anónimas: el realismo que él practica ni siquiera se encuentra dentro de la realidad; es un realismo de lo ideal. No es más que la forma de un deseo. Quiero decir que si el señor Frigerio realmente contara con una Iglesia poderosa y dominadora, en un acto "real" se justificaría recurrir a ella. Pero el caso es que, como la Iglesia no posee ese poder de cohesión, lo que esta triste historia revela es que el idealismo del empresario consiste en querer incrementar el poder de la Iglesia, pues la Iglesia constituye para él la ideología acorde con ese futuro que a favor de la técnica se quiere introducir. La jerarquía eclesiástica posee un estatuto de ordenamiento que solidifica las estructuras actualmente existentes allí donde la legalidad institucional y democrática debe dejar paso a un incremento de la libertad general. Es, en ese sentido, una instancia ordenadora paralela al estatuto jurídico, pues mantiene afectivamente todas las diferencias que nuestra democracia imperialista, si bien niega en los principios, debe tratar de mantener en la práctica.

El desarrollo económico dirigido por el imperialismo significa entonces la pretensión de abrirnos a un futuro determinado, es decir no a un futuro que contenga como propio la creación a partir de la modificación y el dominio de la naturaleza, sino un dominio que se abre sobre una forma particular de relaciones humanas. Es evidente que el empresario y el político no pueden darnos más futuro que el que ellos tienen y ven: el pequeño horizonte de sus necesidades ya satisfechas y repetidas al infinito dentro de las relaciones y de la concepción del mundo adecuada a la pequeñez que los constituye. Este futuro determinado trabaja con los moldes de las imágenes ya existentes y venidas al mundo dentro de la creación burguesa e imperialista. Hay así dos sedes santas y paralelas; está la Santa Sede de la Iglesia, que alimenta la ilusión determinada aún para el horizonte donde el hombre no sabe ciertamente qué poner —estancamiento en el orden metafísico y simbólico que resulta de la duplicidad del alma y del cuerpo; y está la Santa Sede del Imperialismo económico, que alimenta la ilusión también determinada para el horizonte donde el hombre alienta una creación que no se estanque en las formas de satisfacción parcial —dominio del amo y del esclavo— a las cuales parece condenarlo una solución únicamente economista de la historia. El desarrollo esbozado por Frondizi es una solución que abre, en ambos frentes, sobre los dos determinismos y aspiraría a constituir todo el horizonte de nuestra posibilidad nacional. Para un país como el nuestro la figura técnica del imperialismo parecería abrirnos un horizonte de verdadera genuinidad creadora por el solo hecho de acceder a una dimensión técnica más satisfactoria. Pero es ésta una posibilidad técnica que se da como imagen complementaria el gozo reticulado, ascético y resentido, dentro de las estructuras imaginarias que la Iglesia tendría como función preparar.

Quedamos así que el imperialismo trae consigo no solamente los capitales industriales, no solamente las ideologías racionales de justificación: trae también las imágenes de la felicidad que pueblan su decadencia vital, imágenes que nos traspasan junto con sus bienes concretos. Pueblan nuestro universo con las satisfacciones concebidas para esa grandeza artificial con que el hombre alienado devora un infinito material que desfilé los límites y el horror de su propia civilización. En ese sentido seguiremos siendo un pueblo receptor de desechos, de satisfacciones preconcebidas para pesadillas aje-

nas. Dejaremos nuestros anhelos todavía informes, en los cuales reside —técnica y cultura— el carácter creador que pueda conciliar nuestras necesidades con nuestras satisfacciones.

LA CONCEPCION DE LA PERSONA DE LA IZQUIERDA LIBERAL

Así entonces parecería que lo que tenemos de más íntimo se encuentra también determinado por las transformaciones sociales que la economía produce. Pero la economía es determinante allí donde nos plegamos a su determinismo inscripto en el pasado. Y esa es la paradoja de las leyes en el dominio de lo cultural: requieren el hombro de nuestra voluntad para encontrar su término.

Por eso tiene sentido volver a repetir la pregunta: ¿qué hacer? cuando parecería que ya no queda nada por hacer. ¿Cómo resolver nuestras dificultades sociales que se presentan en lo político y —notamos con asombro— también invaden nuestra vida personal, aquella que definimos como íntima? Hemos querido comprender a qué orden responde este porvenir nacional que nos incluye a cada uno de nosotros y, reconociéndolo, qué soluciones se presentan para adecuar lo que cada uno quiere a lo que cada uno puede. Se trata, en otras palabras, de una cuestión práctica: ¿cómo aspirar a ser de otro modo en un medio que se opone tenazmente a ello?

Parecería que con el triunfo del frondizismo la burguesía ha mostrado ya sus extremos, los límites de su idealismo y la solución que concibe para sus contradicciones. Toda formulación política que proyecta la solución de los conflictos humanos dentro del marco de la concepción liberal de la persona encuentra su escollo y el término de sus intenciones en la estructura económica decantada en el liberalismo. Porque contar concretamente con el liberalismo significó para nuestro medio sacrificar sus ideales e intenciones precisamente en el momento en que era necesario sostenerlos. El "realismo" es el complemento del espiritualismo burgués, una sola totalidad, ora formal, ora concreta. Pues con el frondizismo se distendió hasta su punto crítico la posibilidad burguesa de comprensión humana proyectada sobre el plano de lo social. ¿Nos damos cuenta del sacrificio que tuvieron que hacer para asimilar el fenómeno del peronismo en su faz obrera, aún cuando ellos ni siquiera sospechaban que esa solución obrera no era ni por asomo la verdadera solución que nosotros esperamos?

Si no queremos permanecer en el equívoco, es urgente, es imprescindible para nuestras izquierdas volver a plantear radicalmente los términos de su concepción política, iniciar la crítica de los elementos irracionales que, de origen y conformación burguesa, están pasiva, solapadamente a la obra en la concepción que nos hemos hecho de la realidad, porque la concepción y las formas que nos hacemos de ella están determinadas de algún modo, por nuestro propio origen y conformación afectiva, en medio de la burguesía y los valores cristianos.

Anotemos este hecho, para comenzar: existe un círculo que difícilmente se quiebra entre nuestra oposición a la burguesía y el hecho de que nosotros mismos hayamos nacido dentro de las estructuras de la burguesía. Lo que la racionalidad recupera de este conflicto, y que se expresa en la concepción meramente política, son los elementos más generales dentro de los cuales encuadrar una experiencia que para cada uno es propia. La recuperación de esa racionalidad no es entonces una tarea acabada, y los elementos de crítica que la historia de nuestras vicisitudes sociales nos han proporcionado deben solamente señalar una tarea, tarea que nuestra propia experiencia irá incrementando. ¿Cuál es el punto en el cual parece revelarse que nos hemos establecido en el dogmatismo de la izquierda? Éste: la manifiesta ineficacia de las izquierdas para superar las contradicciones que la realidad nos presenta. En la repetición de nuestras conductas políticas, en la ineficacia de nuestros esquemas detenidos, debemos ver surgir la

señal de este círculo que todavía no hemos logrado quebrar, por lo tanto nuestra permanencia aún dentro de las estructuras burguesas. Volvemos a repetirlo: no es exorcizando a la realidad con la palabra "revolución" como lograremos cambiarla o percibirla de otro modo. No se trata de palabras: se trata de una modificación de nuestra propia estructura personal.

Cuando hablamos de personalidad se nos reprocha que estamos haciendo novelita rosa en un terreno indebido, que confundimos los planos, que la seriedad política lo veda, que caemos en un nuevo horror: el subjetivismo. Y en esta misma objeción vemos ejemplificado lo que queríamos decir: hay un pseudo-objetivismo que no es más que el dogmatismo de una subjetividad anónima, esa que, formulada y creada por las luchas humanas pasadas, perdió en el pasaje toda conexión viva con cada uno de nosotros. Porque ¿para qué queremos hacer política si no es para modificar la condición humana, y en particular también la nuestra? Y el círculo es aquí otra vez visible: parecería que hemos pospuesto nuestra posibilidad original de ser, que nos hemos dado sólo a lo político, porque la realización personal se halla en ese futuro que la revolución va a inaugurar. Mientras tanto la alienación personal en lo político es sufrida como una fatalidad. Pero nosotros hemos visto esto: que toda política se alimenta con nuestra intimidad, que nuestra vida personal es la base sobre la cual se asienta y cobra sentido la vida política.

Y esta revalorización de lo que nos es personal es también una necesidad política si queremos descubrir las insuficiencias del economismo y de la abundancia que se está boscuejando. Debemos, para ello, reconquistar esa posibilidad de ser en todas las dimensiones de lo social, pues sólo esa necesidad manifestada, visible, objetivizada, hecha querer concreto, podrá alimentar profundamente esta otra que frente al economismo pierde toda esperanza.

LA OSADIA DE LA IZQUIERDA LIBERAL

El liberalismo de izquierda es la solución abstracta de un conflicto personal; las posiciones que nos dicta son las argucias que la conciencia va proporcionando para crearnos la imagen de nuestro máximo compromiso. Y precisamente en el momento en que lo eludimos, puesto que este compromiso no es más que formal. Ese aspecto de genuina realidad que tiene para nosotros encuentra su sustento en la rígida calidez de nuestra propia afectividad. ¿Cómo dudar de nuestras intenciones de izquierda, si las sentimos tan hondamente, si encajan tan ajustadamente en la racionalidad que el sistema elegido —trotskismo, socialismo— nos proporciona?

Decimos que no pasan a la realidad, y que la realidad no las contiene. Se nos responde que la realidad no contiene todavía muchas cosas, pero que es preciso fecundarla. Se nos hablará de la santa locura, del intenso realismo de los visionarios. Pero, de una buena vez: entre nosotros no se trata de eso. Nuestros visionarios de izquierda no quieren hacerse ellos mismos revolución como los profetas se hacían mártires de sus profecías. No; los revolucionarios concretos han de ser los otros. Ellos postergan su personalidad revolucionaria proyectándola hacia el futuro, y por ahora sólo claman por su advenimiento mágico en el liso y llano plano de la política declamatoria. Para luchar contra esta complacencia en la cual no queremos caer, sólo cabe una certificación: la relación inmediata y práctica con la realidad, de tal modo que nuestra incidencia contribuya verdaderamente a modificarla.

Hay una modificación en ciernes, problemática es verdad, pero que se encuentra insinuada por las fuerzas ahora en presencia. Hay que contar entonces con el tiempo, pero también debemos saber que ese tiempo debe acortarse. Como Lenin decía del partido proletario, que debía colocarse a un paso, pero sólo a uno, delante de los obreros, nosotros podemos decir, generalizando el concepto: debemos quedar a un paso, pero sólo a uno, de esta realidad política que está pasando a los hechos. Debemos quedar unidos a la realidad no en la infinita lejanía de la imaginación consoladora, sino sólo a un

paso de distancia en el tiempo. Los valores que proyectamos deben comenzar a transformar la realidad a partir de este mismo presente.

Y este comienzo no es otro que el que parte de nuestra propia realización personal. Pero la izquierda liberal vive sólo en un esbozo imaginario. Por eso frente a las necesidades inmediatas que exigen solución, se convierte su evasión en una inmoralidad material.

Hay una moralidad de la actividad política que consiste en no convertirla en una mera simbolización imaginaria: no hay que tender espejismos a la conciencia de los otros. Lo que la verdad es para la lógica, para la política lo es la relación entre imaginación y realidad que la sugiere. Estos dos términos, transformación imaginaria y realidad actual, son los dos términos inescindibles de esa totalidad para cuya transformación solicitamos el apoyo. Y dependerá de esa relación que precipitemos o no, a quienes se acercan para lograrlo, en el fracaso tanto personal como político.

Aflojar uno de esos extremos, dejar de apoyarnos en la imperiosa realidad para darnos al libre y lírico juego imaginario a partir de algunos caracteres que abstraemos de ella, parece a nuestras izquierdas abstractas una osadía. Son los que quieren más cosas y más puras y más extremas: son los verdaderos revolucionarios. Pero veamos si es el de ellos un verdadero querer. Lo que dicen constituye la expresión de un conflicto que sus personas viven en el mundo. Decir revolución significa reconocer que los conflictos personales se integran en los desequilibrios reales del país, y solicitan una solución también general. La actividad política es la forma más general de reencontrar lo que de particular tiene cada uno de nosotros. Entonces, si lo que nos mueve a la acción puede ser proclamado en todos los planos y en todas las dimensiones que desde nuestra persona abre su significación hacia los otros, esa osadía de izquierda debe proyectarse también más allá del mero discurso o de la sola admonición política. La "revolución" puede ser gritada en las barbas mismas de todos los generales de brigada sin que nuestra persona corra riesgo alguno, cuando no entonces puede ser inscripta en todos los semanarios que van repitiendo fatigosamente la misma música celestial. Pues esa osadía, que desde el punto de vista político posee un porvenir sólo remoto —en la medida en que exige un conglomerado humano que le dé término, y no es eso lo que ellos buscan— debe, para cobrar realidad, instaurarse desde ahora mismo en el riesgo concreto. Y en la medida en que su ineficacia se mide porque no lo logran en el plano político, para hacerlo deberían retornar al plano personal, vivificar su sentido en la propia experiencia, comenzar por donde se puede. Pero la acción de la izquierda abstracta, al jugar ineficazmente sobre el gran plano de la revolución nacional, se aprovecha de esta confusión de planos y eleva la íntima y sufriente ilusión sólo a la categoría política, no a la personal. Y la revolución abstracta de nuestras izquierdas liberales termina siendo sólo un ardíd: a la osadía y al arrojo que nuestra rebeldía nos reclama le hacemos cobrar figura política porque no nos atrevemos a expresarla con los actos en nuestra vida personal. Cubrimos este déficit individual en el gran cementerio de las ilusiones sin porvenir, donde la ineficacia de los otros, de todos los otros, nos devolverá la disculpa para la nuestra. Por algo esta pretendida osadía, que se quiere sin embargo totalmente objetiva —quiere el máximo de sí misma ya realizado en la realidad, aunque no hay (y tal vez porque no los hay) caminos transitables— se convierte en contentamiento cuando pasa a la expresión de sí. Osadía abstracta en lo político, contentamiento concreto en lo individual, el fenómeno de rebeldía carece de porvenir porque no encuentra su fundamento en la persona que siga animando su sentido todo a lo largo de la vida.

De ahí las defecciones, los renunciamientos adultos, cuando al reformismo universitario de los años juveniles sucede el pasaje a las sólidas estructuras sociales donde rigen todos los automatismos. La reforma universitaria no será más que

un acné juvenil hasta tanto no descubra que su acción requiere manifestarse en lo político porque ya encontró su fundamento en el plano personal, es decir en aquel que anima todos los actos que asumimos ante la realidad. Por lo tanto, una vez más, cuando superemos la forma de personalidad liberal, escindida, dentro de la cual permanecemos.

Si podemos confiar en nosotros, es porque creemos que la superación de la contradicción liberal en la cual todavía nos encontramos, debe alejarse definitivamente de la vertiente reaccionaria del liberalismo. O superamos la contradicción o adoptamos definitivamente el verdadero rostro que hasta ahora hemos querido ocultar. Hemos quedado ante la verdadera disyuntiva, porque la realidad histórica ha verificado ahora el sentido objetivo de nuestras ilusiones parciales. No hay otra alternativa: o apoyar decididamente a la burguesía, totalizada simbólicamente en la UCRI, que reúne en un haz todo lo que ella tiene de contradictorio, o apoyar las organizaciones que la clase trabajadora real se ha de dar. Cualquiera otra escapatoria dentro del pluralismo burgués no significará sino un soslayamiento de esta realidad así estructurada y será —para nosotros como para cualquiera— una justificación abstracta frente al sentido que no tuvimos, en su crudeza, la valentía de afrontar.

NECESIDAD DE UNA NUEVA OPOSICION CRITICA AL FRONDIZISMO: EL EJEMPLO UNIVERSITARIO DEL LAICISMO

La crítica que podamos realizar a los actos económicos y políticos del frondizismo es fácil. Pero esto mismo constituye para nosotros un peligro, porque solicita nuestra indolencia y nos detiene en el momento ideológico pasado de la oposición unionista que se prolonga, suficiente, hasta nosotros. Recurrimos para combatirlo a las viejas armas inadecuadas del arsenal liberal o de la izquierda abstracta. La crítica al frondizismo encuentra razones ideológicas, en apariencia, dentro del campo liberal; el aspecto económico, religioso, obrero. El liberalismo de izquierda parecería haber rejuvenecido en esta aparente defeción del frondizismo. Que es, aceptémoslo, la defeción de la mentalidad generacional del 45. Hay que comprender bien este hecho: la concepción del mundo y de la persona que la generación reformista de la F. U. A. decantó en esa juventud que ahora asumió sus responsabilidades políticas, se escindió principalmente en dos corrientes: la que ahora está en el poder, y cuya mentalidad política hemos descripto al referirnos a la intransigencia oficialista, y esa otra que está, desde el campo liberal y de izquierda abstracta, en oposición a él. La primera rechazó la pureza ideológica de la reforma, negó como falsas las divisiones entre derechas e izquierdas y se hizo economista: son "las izquierdas que están de vuelta de la izquierda", como las definió Alcalde. La segunda, en cambio, pretendió ir al encuentro de la transformación social conservando los viejos y sagrados principios liberales, denunciando como totalitaria y antidemocrática toda supresión de las trabas ideológicas creadas por la burguesía agropecuaria de la cual siguen dependiendo. Son los que nutren la oposición con una indignación que se alimenta en la frustración principista a la cual su afectividad liberal los condena.

Ambas, el economismo y el principismo, son expresiones parciales y extremas de la mentalidad liberal de izquierda. Pero si la experiencia del peronismo y de la revolución libertadora no ha pasado en vano para nosotros, debemos evitar las posiciones a las que cada una de ellas quieren condenarnos. Cada una de ellas valida su oposición en la parcialidad de la otra. No debemos entonces caer en la propaganda interesada de esos sectores que pretenden inmovilizar este cambio real y perceptible en la juventud argentina. Hay quienes están interesados en seguir viendo el proceso nacional mediante los viejos moldes que constituyen el esquema necesario para justificar sus propias posiciones, toman como referencia una realidad inexistente, siguen dependiendo de las situaciones pri-

marias que les dieron vida y que ellos han inmovilizado. Es lo que sucede con el grupo Frigerio: toda su posición encuentra sus razones en la lectura de un sentido retrógrado de la actividad universitaria, el mismo de 1945. Lo que para el grupo Frigerio fué en un momento una verificación útil, y fechada, en base a la cual pudieron comprender otros, y que les permitió una reacción adecuada al momento, se solidifica ahora para seguir manteniendo el sentido de ese acto útil en el pasado. Más que ver el equívoco de la generación del 45, la mentalidad empresaria necesita que ésta se mantenga en ese mismo equívoco, se la provoca a perseverar en el error, se la arroja en él como si fuese su única posibilidad. Porque si la juventud universitaria comprendiera su equívoco y lo superara, no lo superaría hacia la posición de Frigerio sino que, por el contrario, pondría en descubierto las verdaderas intenciones que animan a sus actos políticos. Pero como el grupo Frigerio está detenido en él, y vive políticamente de usufructuar ese sentido pasado, necesita darse de la juventud universitaria la imagen detenida en ese pasado.

La mentalidad empresaria necesita tener razón contra los universitarios, que éstos se mantengan en el error, porque la reacción contra ese error mantenido constituye la posibilidad, que ellos se dan, de basarse en esa media verdad económica que han logrado para constituir esa capa de técnicos alejados de la política y del saber universitario que ellos designan como liberalismo.

Técnicos por abajo, religiosos por arriba, estos industriales fabrican sus hombres a la medida de sus necesidades. *Pero esto sucederá mientras la ideología y la cultura que la universidad proporcione, continúe sin llenar el vacío que el liberalismo ha dejado, mientras no proporcione una concepción de la persona que integre las perspectivas parciales y dispares que el liberalismo no podía unificar.* El sentido unificador de la persona se torna ilegible: ahí es donde se parapeta la escisión empresaria y religiosa.

El momento histórico que vivimos, si alguna tarea imperiosa nos presenta, es la siguiente: *ampliar los límites de la estrecha concepción ideológica de nuestra izquierda liberal, efectuar el pasaje del liberalismo hacia una comprensión totalizadora que abarque concretamente los límites de la comunidad, asumir las contradicciones que vivimos entre nuestras intenciones subjetivas y las condiciones objetivas que se le oponen.* Y éste es el momento preciso para hacerlo, porque tanto la experiencia del peronismo como la de nuestra clase media han mostrado los límites de nuestro contorno ideológico y han puesto a prueba la incoherencia y la parcialidad de sus posiciones, que terminan ambas en la inoperancia y en la mistificación.

Y es verdad, en la medida en que el laicismo liberal sólo ha sabido abrir sus perspectivas sobre soluciones también determinadas en el campo de la técnica: le ha bastado eliminar a Dios como motor primero y quedarse sólo con el mecanismo. De una concepción religiosa que languidecía, que había radiado de la vida el sentido y la profundidad que mantenía presente la idea de lo absoluto, han desechado no la concepción concretada en formas de vida, sino sólo su manifestación simbólica. En el fondo, son el resultado afectivo, como personas, de ese mundo religioso que perdió a la divinidad y no puso nada en cambio dentro de ese marco de sentido que quedó librado, de la buena de Dios, a la mala del hombre. Y no es que querramos nosotros suplantarlo una divinidad indolente por otra. Queremos saber qué necesidad ponía de manifiesto ese pleno formal que ahora quedó en nuestra cultura completamente vacío. Así entonces *nuestras liberales que mataron a Dios abrieron el futuro sobre la sola técnica, sin atreverse a inaugurar entre nosotros la dimensión totalizadora de una comunidad de personas dentro de la cual la técnica —y toda actividad— se integre y cobre sentido.* La técnica no fué sólo el ámbito de la máquina y el motor: fué técnica también la filosofía, entendida como un quehacer exterior; fué técnica la psicología, entendida más allá del drama humano; fué técnica, y sólo técnica, la literatura, entendida

como un hábil pasatiempo que devanaba y entretegia los laberintos sutiles de la maraña psicológica de tragedias inútiles. Literatura metafísica, metafísica literaria, psicología de hombres-cosas, técnicas limitadas al dominio del cuerpo, historia que se narraba a sí misma la justificación de sus errores, dominio de la naturaleza en el ámbito restringido del laboratorio, sin conexión con las necesidades reales del hombre y del país. Nuestro liberalismo está pagando la ineficacia que deriva de una falta de valentía concreta, de una cerrazón ontológica: de no haber podido proyectarse sobre el fenómeno humano que constituye todo el país, de haber permanecido, quiéralo o no, atado al mismo ámbito ideológico dentro del cual permanecía también la Iglesia misma que había combatido. Su concepción del hombre, su repugnancia y sus temores, sus privilegios y sus egoísmos habían abandonado el recinto de la Iglesia pero se habían extendido sólo al ámbito de una comunidad de escogidos: los triunfadores. La autolimitación del liberalismo, la incongruencia entre sus principios y sus actos, se encuentra en este hecho: haber dejado al país fuera de sus ambiciones individuales. Esta limitación, aparentemente geográfica, es una mutilación de la propia conciencia. Si la conciencia es el todo o nada que nos revela la significación del mundo que se abre a partir de la experiencia que realizamos en él, el obturarnos a una fracción de la humanidad, el cerrarnos a la significación de nuestros problemas que sólo se verifican cuando extendemos sus límites hacia los otros que también la integran, eso quiere decir que nos cerramos nosotros mismos a nuestra propia comprensión. La ciencia no es sino ese despliegue del conocimiento que se extiende a partir del hombre, y que encuentra su limitación también en él. ¿Cómo podría progresar entre nosotros el estudio de los desequilibrios en psicología si vivimos cerrados, dispuestos a ocultarnos el dramatismo de la existencia que también engloba a los otros? ¿Cómo podría existir entre nosotros una historia, si no estábamos dispuestos a incluirnos nosotros mismos en el sentido que la investigación nos revelaba? ¿Cómo podríamos salir de la metafísica espiritualista si no queríamos ver las significaciones que surgían de los nuevos hechos concretos y de nuestra imposibilidad de vivir? La mutilación del liberalismo fué el resultado de la automutilación del hombre liberal, de no haber querido asumir las significaciones que el país le revelaba esporádicamente en sus convulsiones sociales, no haber reconocido en ellas el complemento de su propia situación.

La verdad de la burguesía actual —que se conglomeraba en una estructura total, inescindible por su sentido— la hace dependiente (aunque crea ser su opuesto, y precisamente por eso), tanto del reaccionarismo católico como del liberalismo ateo. Esta situación sólo podrá superarse mediante una lucha que reconozca en ambas modulaciones la expresión de una misma e inaceptable realidad. Los liberales se confunden con los católicos en la realización económica, defienden sus mismos principios, coinciden concretamente en sus intereses laicos con los intereses religiosos, defienden por lo tanto las estructuras afines que se revelan en las relaciones humanas. Pero difieren —y ellos creen irrenconciliablemente— en el terreno de la concepción del mundo. Así como el católico reencuentra la totalidad de lo humano en una ficción simbólica remitida fuera del mundo, el liberalismo no se atreve a pensar hasta su límite las consecuencias de su negación divina, de su ateísmo. El ateísmo liberal, expresado como reacción frente a la Iglesia, detenido en esa batalla por los laxos ideológicos y económicos que se lo imponen, encuentra su justificación en su batalla contra la religión. Se inhibe así de pensar en las consecuencias límites de su negación de Dios y de extenderlas hasta englobarla en una comunidad humana. Por eso permanece en la parcialidad solamente ideológica. Tendría que extender su crítica hasta englobar los valores burgueses, pero no puede; está en última instancia trabajado, conformado también por esa misma parcialidad concreta cristiana. Reconoce la importancia del trabajo, pero se inhibe de ver en el tra-

bajo el medio para una transformación de la estructura misma de la persona, en particular de sí mismo. Los valores burgueses, sus consolaciones, sus pretensiones afectivas, la falta de universalidad que los sustenta, la humillación paralela que segregan, encuentran en él la base sólida que pretende también para sí el inmovilismo católico. Ellos también son, en su rigidez, el sólido mojón que se opone a que las variaciones que la historia produce pasen a la persona. La personalidad de la izquierda abstracta, que vive y depende de los católicos a pesar de oponerse concretamente a ellos, constituye la valla para que toda otra concepción concreta de la vida pase a la realidad. Porque ser ateo no es un planteo irresponsable, sacarse de encima el peso de asumir el sentido y la dimensión dramática de la vida. Significa negarse a aceptar el vacío, y donde otros ponen mitos e ilusiones, poner nosotros realidades.

Así entonces, separarse de los mitos ideológicos de izquierda de la burguesía constituye tal vez el máximo esfuerzo en la tarea de esclarecimiento de la izquierda. La adhesión a ese mito podía aparecer como reivindicación original (y desde el punto de vista genético lo era) en un primer paso realizado por la juventud burguesa hacia el descubrimiento de las contradicciones que existen en ella. Como tal, se presenta llevando hasta sus extremos límites ideológicos los principios liberales. Pero permanece todavía dentro de los límites de la persona y la concepción del mundo liberal. El verdadero momento de la liberación está constituido por un nuevo paso, que significa una promoción no sólo en el orden de las ideas sino en el orden de la aplicación práctica e histórica de esas ideas, la ruptura del cordón umbilical que nos ata todavía a la burguesía.

Comprenderemos así que la lucha laica exige la lucha total, que la reivindicación en el único plano de la especialización cultural universitaria señala el aspecto solamente técnico e ideológico de la reivindicación —por lo tanto la adscripción de nuestras personas en su estrato de expresión simbólica de la cultura. Defendiendo a la universidad defendemos, es evidente, una sola de las conexiones que nuestra persona mantiene con la realidad. Y es preciso, de toda evidencia, hacerlo. Pero hay que hacer notar esto: que es ése precisamente el estrato que nuestra burguesía puede también reivindicar como propio, porque considerado en forma aislada constituye tanto a la personalidad burguesa como a la de izquierda. Es preciso romper los falsos dilemas sin abandonar la lucha en ninguno de ellos, incorporar a nuestra persona la totalidad de los aspectos contradictorios que la realidad presenta, asumir el riesgo de una evidencia que los resuelva. La persona de izquierda es la decisión de hacer frente a todos los desequilibrios objetivos que ella interioriza, y que señalan el surgimiento de cada uno dentro de los desequilibrios de la sociedad liberal y la burguesa. La revolución, el cambio que se esboza en la realidad social debe ser la consecuencia, para nosotros, de esa revolución total que hemos instaurado en las estructuras de nuestra propia personalidad. Y no como un recurso pretencioso de singularizarse: es la única que puede animar comprensivamente el sentido que la realidad del mundo presenta.

Se dirá que no es así, que la oposición que se sostiene es sin embargo total, que ha sido hasta ahora la situación de la burguesía la que permitió excluir completamente de los límites de su alianza político-económica a la Iglesia católica. Pero nosotros sostenemos: los obreros son, como clase, los únicos que han podido leer el sentido total del clero, pues en todos los planos donde éstos se manifiestan la Iglesia se verificó como la destrucción de todas sus posibilidades, no sólo de las imaginarias como en el liberalismo. Tanto es verdad esto que los estudiantes, querrámoslo o no, hemos hecho causa común con el clero en la situación concreta que llevó a la caída del peronismo. En el proceso peronista estuvimos atentos sobre todo a nuestras repugnancias burguesas. Por destruir un poder limitado en el tiempo, hemos ayudado a la persistencia de un poder secular. Prueba de que las condiciones concretas

del sistema liberal, si bien constituyen nuestra ambigüedad en el orden cultural, nos tienen concretamente a su lado, que sólo las diferencias ideológicas, de sensibilidad, de personas aisladas, nos separa. Nos hemos confundido con ellos en Plaza de Mayo un 16 de septiembre, nos hemos separado de ellos posteriormente, dentro de los límites marcados por el campo libre que la revolución libertadora nos proporcionó. Por eso este recurso nos enseña algo: que no debe asquearnos tanto este presente si al mismo tiempo no dudamos de nuestros actos del pasado como para revisar toda nuestra línea política y ponernos, en el sentido de la historia, donde realmente debemos estar. A la Iglesia prepotente y pedigrifeña la salvó la revolución libertadora que nos salvó también a nosotros, todos juntos. Formamos entonces sistema con ella, querrámoslo o no, estamos objetivamente unidos en la historia a su existencia, y la lucha que ahora realizamos no es, desde el punto de vista de esa misma historia, sino *simulación*. Disimular que en el apoyo al régimen económico social los apoyamos, y rescatar nuestra conciencia en la oposición manifestada solamente en el plano de lo simbólico. Por eso la posición tomada por Frondizi no hace sino marcar con líneas más precisas lo que ya estaba débilmente —inconscientemente— señalado.

A juzgar por su prédica, sus estudios y el medio intelectual en el cual se formó, Frondizi sólo ha reconocido *con claridad* el problema del economismo, pero obscuramente el problema de la cultura. Preciso en el plano de la economía, husmeó vagamente el cultural, supo de su eficacia global, presintió su necesaria modificación. Por lo tanto, Frondizi sólo puede proporcionarnos el desarrollo de las condiciones económicas. Los otros, el problema cultural, lo ha experimentado dentro de la burguesía liberal —el Colegio Libre— como obstáculo. Frondizi ha comprendido que los principios liberales sustentados por los mismos con quienes coincidía aparentemente en el plano cultural, eran el obstáculo y la mentira formal que se oponía a que las modificaciones económicas pasaran a los hechos. Prácticamente tomará todos los atajos, ejercerá todas las argucias, modulará todos los meandros en el plano de lo concreto —la política económica— para modificar la estructura global que se le opone. El artificio formal de la cultura liberal de nuestro medio no posee entonces para él ningún privilegio frente al catolicismo. Más aún: el sordo resentimiento que experimenta hacia esa cultura le permite devolverles, como igualmente formales e ineficaces, el otro complemento de la situación total que es el catolicismo. Esta lógica imperturbable y perentoria de Frondizi corresponde coherentemente a la visión del político economista que, desde el punto de vista de la modificación de nuestra estructura política, sólo ve en ambas expresiones un obstáculo cuya oposición interna dilata arbitrariamente una lucha que verdaderamente se desarrolla en otro plano. ¿Por qué habría de elegir y favorecer al uno o al otro, si ambos corresponden y son consecuencias de una misma realidad que los contiene unitariamente? Frondizi no hace sino devolvernos ese sentido que nos negábamos a admitir, eso que rechazamos con pasión y vergüenza pero que, admitámoslo, realmente nos integra. Frondizi no hace sino marcar con líneas más precisas, acentuar lo que ya estaba delineado. No interesa aquí decir qué mal hace ni cómo se atreve ni qué mal piensa. En la medida en que Frondizi es *realista* hace pasar a la realidad no sus preferencias subjetivas sino lo que la realidad misma le presenta. Aprovechemos para mirarnos en ella, comprender su sentido. ¿Por qué Frondizi, economista, habría de privilegiar al liberalismo intelectual, si es precisamente el que sustenta la concepción del mundo que se opone a que la reestructuración económica se realice? La indiferencia de Frondizi, que tanto nos indigna, señala para nosotros la obligación de elegir coherentemente por la izquierda, pero entonces debemos hacerlo en todos los planos. Si la elegimos sólo en el plano de la izquierda liberal, por lo tanto solamente formal, debemos entonces admitir también la existencia, con todos sus privi-

legios, del dominio cultural católico. Pues la realidad que le da vida es inmodificable. Quiere decir: no podemos aspirar a su supresión sólo en el plano cultural, pues la realidad sobre la cual se asienta la Iglesia Católica es la misma sobre la cual se asienta la realidad liberal: ambas son expresiones contrapuestas, el anverso y el reverso de un mismo predominio de las estructuras económicas y políticas que se basan sobre la alienación fundamental del hombre.

EPILOGO PARA DECEPCIONADOS

Se dirá:

—Y después de todo ¿qué? Mi decepción subsiste. En lo dicho no hay más que palabras. Pues lo que claramente está en mí, esa decepción que inunda mis actos e invalida mis proyectos, eso es lo innegable. Lo que tengo de más vivo en mí es esta imposibilidad de vivir, de hacerlo al menos en un proyecto común con los demás hombres. Mi decepción me señala un único camino: volver a mí mismo para hacer lo que yo, y únicamente yo, quiero. Volver al menos a recuperar mi propia individualidad, desinteresarme de los problemas ajenos.

—¿Palabras y palabras? Sin embargo hemos querido señalar algo más que el solo fenómeno político. Hemos querido comprender, partiendo desde el plano de lo político, la necesidad de no permanecer únicamente en él. Nuestra posición envuelve por lo tanto aun el disentiendo que se retira, decepcionado, a la soledad. Porque, en síntesis, hemos querido decir esto: nuestra intimidad, lo que tenemos de absoluto y de excepción, eso que vamos afanosamente a cultivar en el aislamiento, no puede cultivarse ni recuperarse en el aislamiento. O nos recuperamos todos juntos, o no lo hace nadie, pues las categorías de la intimidad, en la sociedad actual, están inficionadas por las categorías de lo económico y lo político. Las categorías de la intimidad, aún en los más secretos e imprecisos de sus afectos, conservan como estructura lo que los valores de la economía y la sociedad burguesa han decantado en nosotros. Todo acto personal es vivido sobre el fondo de este mundo que pretendemos dejar de lado pero que, querrámoslo o no, se introduce en nuestras vidas y marca cada uno de sus actos. Pero, ¿quién podrá introducirlo si nos retiramos a la soledad? se insistirá. Somos cada uno de nosotros mismos el personaje que introduce en la escena de la intimidad la presencia turbulenta de los demás hombres. El infierno no es, como para un personaje de Sartre, los otros: el infierno está sólida, tenebrosamente, en el modo estrictamente íntimo con que vivimos nuestra singularidad encarnada en el seno de la soledad.

Lo cual quiere decir: sólo en la actividad exterior, sólo en la relación con los demás hombres y sus luchas, sólo en la objetividad podremos recuperar ese absoluto que en la soledad se consuela con la ficción. Sólo en la exterioridad podemos recuperar nuestra intimidad. Y esto es lo que nos muestran, en última instancia, las experiencias límites de nuestro medio.

Hay así dos planteos extremos en la situación argentina. Están quienes se desentienden de la política, se dedican a rastrear las emociones suburbanas que merodean la conciencia del aislamiento, cultivan tristemente el pequeño jardín que roban en la soledad a la realidad, y creen ser centro del mundo cuando son periferia. Han tenido, para sentirse tales, que reinar conservando rígidamente una imagen de los otros hecha a la medida de un fracaso tolerable. Son los que a pesar de lo mucho que escriben, no tienen nada que decir; los que se entretienen hilvanando emociones y situaciones marginales, costureritas de primores ajenos. Los que tratan infructuosamente, vanamente, de rescatar de este marasmo que nos rodea al menos ese pequeño islote de totalidad en el que ansían desarrollar la falsa originalidad de sus vidas. Eso, que pretende ser literatura y no es sino desesperación ya vencida que no enfrenta el motivo de su desesperación, que ni siquiera proyecta en el plano de lo imaginario un des-

equilibrio que es preciso rescatar en toda su riqueza, eso señala entre nosotros un camino completamente cerrado. La historia —se consuelan— se encargará de juzgarnos. Son los que han reconocido todos los recovecos de la prisión, que han llenado sus muros con el arabesco menudo de sus menudas contrariedades, que la han hecho habitable a su modo: es la prisión que ha de contenerlos hasta el resto de sus vidas, y la vida es para ellos narración que de sus vicisitudes se hacen a sí mismos, el postrer y tibio paisaje que se dan para admirarse en el momento de la muerte. Prisión habitada con la propia sangre, se dirá. Pero símbolo de la esterilidad de una sangre detenida.

Por el otro, están los desengañados del plano de lo personal, que viven sólo en lo social y en las determinaciones exteriores de grupos donde sólo son tomados como objetos de dominio o de caridad, aprovechados en lo que tienen de determinismo. Esos que cultivan los destinos comunes que lo social ha decantado en los hombres, que lo subrayan aún más y sólo piden que aún más se acentúe porque han aprendido los automatismos económicos, familiares o políticos, y en eso basan su dominio. Esos que han borrado el problema de la persona en lo que tiene de vivo y han decidido, dicen, cortar el mal de raíz. Son los que promueven en vasta escala el olvido de sí mismos, de lo más personal, porque la causa lo exige y es preciso manejarse en el plano de la eficacia inmediata.

Así, en ambos planos, —en nuestra realidad que se maneja discursiva, política, novelada o económicamente— estamos condenados a no poder recuperar esa totalidad —intimidad y comunidad— que nos integra. Pero ambas posiciones, la soledad o la disolución en la generalidad de lo político, son soluciones falsas y parciales. Sólo si lo medimos por la efectividad y el corto utilitarismo es más importante entre nosotros el aspecto solamente político. Pero a la larga, faltos de perspectiva, nos convertimos en objetos de la política ajena. Sólo si lo medimos por la afectividad y la salvación abstracta que la burguesía concede, es más importante el proceso de cierta literatura. Literatura de contención y filigrana, política que se desenvuelve en el plano único de un "realismo" exterior que no conoce ni su origen ni sus fines. Pero el problema es total, pues sólo si alimentamos lo personal en la perspectiva que lo político —la conciencia más general que el hombre cobra de sí mismo— nos proporciona, sólo si alimentamos lo político con la necesidad de equilibrio que se

manifiesta en lo más profundo de nuestra vida personal, sólo así podemos aspirar a la integración.

Somos una generación que refleja el marasmo, la frustración en la que hemos penetrado, pero al menos podemos reivindicar esto: estar queriendo asumir la totalidad de sentido que la realidad nos presenta, tratar de rechazar la parcialidad a la cual se nos quería, y se nos quiere, condenar. Tarea y decisión tanto más difícil cuanto que la realidad misma, en su parcialidad, no encuentra cómo significarse a sí misma el drama que señala con confluencia de sentidos dispares. No hemos adquirido conciencia total de nuestro drama, porque lo verdaderamente dramático no aparece entre nosotros: su sentido sigue disperso entre las múltiples conciencias que no confluyen para formar un todo. Cada una de ellas conserva sólo un aspecto; no podemos leer la significación de nosotros mismos en los demás. Vivimos en compartimientos estancos, donde cada frustración, cada anhelo no encuentra sino un recinto sin eco, un agua mansa sin onda.

Obligados a la clandestinidad en lo personal, a la sumisión en lo político, sólo queda un camino: es el momento de la ruptura, de pasar a la realidad con todo lo que somos en cada plano. Es preciso hacer pasar dramática, turbiamente lo que somos a la realidad, destruir la sorda represión ajena, que termina hablando desde dentro de nosotros mismos con nuestra propia voz. Decimos: la sociedad burguesa, la familia, la parodia del amor que disfraza el miedo. Pero todo esto debe ser asumido desde lo personal, manifestar ese desequilibrio que los políticos denuncian en la economía pero que nosotros debemos denunciar en cada acto que apunta a su frustración.

Decimos que no, pero la pasividad personal todo lo inunda y se manifiesta en nuestras conductas políticas, en la aceptación pasiva del engaño. Pero no se puede, a riesgo de dejar de ser: hay que dar ese paso hacia adelante. Nosotros quisiéramos infundir el optimismo, y sobre esa angustia que la mirada ajena reprime una vez más, mostrar que sólo nosotros podemos hacerla vivir, si vive cotidianamente en nuestros actos. Si somos capaces de hacer pasar la necesidad y el deseo, aunque sólo sea en forma de grito, a la realidad. Es éste casi un llamado al amor, no al cristiano, sino a ese otro que se eleva desde cada necesidad que precisa de los otros para colmarse.

LEON ROZITCHNER,

Orden y Progreso

A MANERA DE PROLOGO

A PARTIR del 1º de Mayo nuestras izquierdas parecen oscilar entre la desorientación, el escepticismo la irritación y la ira. Y digo nuestras izquierdas, con una fórmula global, porque quiero decir realmente toda la izquierda, desde el comunismo al socialismo (esa fracción del socialismo que, a falta de fórmula mejor, los diarios llaman Secretaría Muñiz), desde los diversos grupos troskistas hasta los de la ortodoxia intransigente sobrevivientes. Y no solamente los movimientos más o menos organizados, sino también esa masa fluida que de algún modo puede calificarse como de izquierda. No importa que algunos grupos se jacten de haber previsto lo que iba a pasar antes del 1º de Mayo. Desde ese día algo ha pasado que provoca en la izquierda todos los síntomas de aquel estado de ánimo. Es fácil percibirlo en sus numerosas publicaciones, desde *La Hora* hasta *Política*. Sea lo que fuere lo que la izquierda racionalmente esperara, ha sufrido un impacto emocional que resulta evidente. Pero es necesario preguntar: ¿qué es lo que ha pasado en el país que provoca tales reacciones? Y aún ¿cuál es la naturaleza real de esas reacciones? Y todavía una pregunta más: no son solamente

las izquierdas las que gruñen y protestan ¿por qué entonces reducir a ellas el problema? ¿No están también molestas las derechas? ¿No levantan sus objeciones a cada momento?

Y quizás, como una cuestión previa todavía ¿es lícito seguir hablando de izquierdas y derechas? ¿No tendría razón la revista *Qué* cuando sostenía —bajo la dirección de Frigerio y durante la campaña electoral— que la división entre izquierdas y derechas corresponde a un esquema superado por la realidad nacional?

Es posible que las afirmaciones de que he partido parezcan apresuradas y arbitrarias, y que la acumulación de preguntas posteriores parezcan también superficiales, referidas a un orden superficial, seleccionadas también de un modo arbitrario o no coherente. Esto es, podría parecer que estoy intentando una descripción puramente impresionista, por así decir, de un fenómeno cuya comprensión exige un más cuidadoso y concreto análisis.

Permítaseme, pues, algunas explicaciones. Estoy intentando llegar a una descripción, lo más objetiva y comprensiva que me sea posible de lo que está sucediendo en este país; de lo que nos está ocurriendo a nosotros en definitiva. Pues este país, este hoy y aquí, no es sólo la circunstancia en la que

vivimos, sino la circunstancia que vivimos, el hecho mismo de nuestra existencia, de esta existencia que podemos jugar una sola vez, ésta, aquí y ahora.

Para intentar lograr esa descripción es imprescindible tener en cuenta una suma compleja y aparentemente heterogénea de factores. Factores externos: las grandes estructuras en las que nuestro país está comprendido, como una nación relativamente subdesarrollada en el mundo del capitalismo industrial; la presencia del orbe socialista, pesando y provocando reacciones de todo tipo en esta otra mitad del mundo. Factores internos: fuerzas económicas y sociales que representan una situación anterior, que se sobrevive desde hace cuarenta años; fuerzas que pujan por ocupar nuestra sociedad, fuerzas expresivas de nuevas estructuras, de la situación actual; y los respectivos movimientos políticos, las ideologías que corresponden a esas fuerzas. Y cada uno de nosotros, los que vivimos ese proceso.

Pero el mero análisis no sería suficiente. La descripción no sólo tendría que ser lo más completa posible, sino que también debería ser comprensiva, es decir, presentar esa suma de factores, no como elementos aislados y quietos sino tal como son, fuerzas dinámicas, cuya separación es sólo posible mediante un artificioso esfuerzo de abstracción, y que actúan todas las unas sobre las otras en un complejo polígono de fuerzas. El resultado de esa interacción dinámica es la situación que vivimos (decir que *estamos viviendo* introduce un matiz estático que quiero expresamente desechar, pero tampoco la frase que *vivimos* es suficientemente satisfactoria). Se trata a la vez de algo íntimo, individual, y de algo global, ampliamente social, y en ambos aspectos, de algo total, *totalitario*, es decir, que no nos admite escape, aunque así lo creamos (1).

Esa descripción entonces debería manejar una cierta cantidad de elementos globales diversos, y dar por supuestos los datos de detalle que esos elementos globales comprenden y los conocimientos a que constantemente se debe aludir al manejarlos. En un país donde muchas estadísticas son parciales, falsas o, simplemente, no existen, y donde, a la vez, no abundan las monografías, es difícil elegir un método para acercarse a una descripción global como la que estoy postulando, sobre todo cuando se pretende comprimirla en los límites de un ensayo. No se trata solamente de manejar cifras (montos de capitales, cantidad relativa de la clase media) sino expedirse sobre su significado, conocer el sentido de esas cifras.

Pero todavía tengo que agregar algo. Mi intento de descripción no es desinteresado. Al contrario, lleva un objetivo absolutamente premeditado: aclarar y declarar lo que está ocurriendo para actuar sobre el proceso, para intervenir en él. Ya la misma descripción es un intento de actuar. Pero, y justamente para que esa acción sea posible, es que la descripción deberá ser lo más objetiva que sea dado alcanzar. Contra lo que suele afirmarse, es el militante, el que tiene inclinaciones, el que está en mejores condiciones de intentar una descripción objetiva de los fenómenos sociales. Eso, si es capaz de reconocerse como militante, de reconocer sus inclinaciones y aún sus prejuicios y los toma en cuenta en su análisis como el biólogo toma en cuenta los factores que el laboratorio introduce en sus experimentos.

(1) Dwight Macdonald, en el número 3 de *Diégesis* decía que "en los Estados Unidos el artista puede vivir al margen de la cultura de las masas, si está decidido a subsistir con muy poco dinero, o tiene rentas, o un Mecenas o un trabajo que le dejen algo de tiempo libre..." Macdonald afirmaba todo eso para contraponer esa situación con la correspondiente en la Unión Soviética; pero dejando de lado esa intención expresa del autor, la reflexión es sumamente significativa. Constituye un lugar común que expresa una ilusión ampliamente difundida (Victoria Ocampo la retomó textualmente en el número 225 de *SUR*, Murena ha hecho profesión de ella): la ilusión que consiste en creer que uno puede apartarse, que puede realmente colocarse al margen, simplemente porque no interviene activamente y de un modo determinado —normalmente se trata del político— en la vida del grupo. No es necesario insistir en lo ilusorio de tal creencia; ni puede uno realmente apartarse, ni puede dejar de influir. La única forma de lograrlo es morir. Y hasta eso hay quienes lo ponen en duda. Por lo demás, desearía que la mención de V. Ocampo y Murena no se tomara como ensañamiento personal; simplemente se trata de dos representantes, uno viejo y otro joven, de la intelectualidad liberal burguesa que han declarado expresamente su adhesión al mito a que me refería. Se trata de mi parte de una mera mención ejemplificativa.

Por eso, propongo como método para lograr una primera aproximación al proceso que estamos atravesando, el comenzar por la descripción de algunas fuerzas, especialmente políticas, de las que ocupan el panorama argentino actual. Un resumen de sus actitudes puede proveer una muestra viva y cargada de sentido de nuestra situación. Acompañado de una descripción del contenido de esas fuerzas, de su historia, y aun de las tendencias que existen dentro de ellas, permitirá, creo, dar una visión dinámica de ese proceso, e iluminará algunos hechos sociales y políticos con una luz especial al acercarnos a ellos desde sus mismos actores.

Como las diversas fuerzas organizadas representan a veces matices del comportamiento de una misma clase, o diferencias dentro de un mismo sistema de ideas, o vertientes de una misma ideología, me permitiré recalcar los datos que me parecen más significativos en cada caso, aquéllos que dan a cada grupo sus características propias o aquéllos por los que expresan —a mi entender— un determinado aspecto de nuestro proceso económico y social. Asimismo, daré por conocidos muchos otros datos, los que crea evidentes y notorios. Y dejaré de lado los que me parecen vacíos de importancia. Es posible que cometa algunas injusticias y caeré en algunas repeticiones, pero me animo a no atribuirles excesivo relieve.

Esta forma oblicua de aproximación facilitará una más vívida síntesis de nuestro momento actual y de las posibilidades en él inscriptas, y nos irá presentando una revista de las ideologías que pueblan nuestro mundo político. Nos permitirá igualmente —así lo espero— ir mostrando cómo nuestro país está insertado en el mundo, cuál es su situación, y cómo ésta se ha ido modificando con el tiempo. Al encarar luego directamente una descripción de ese mundo y del papel que en él juega nuestro país, se redondeará nuestra visión y aparecerá subrayado el sentido del proceso que, según yo lo veo, nos ha llevado a la situación actual, y las perspectivas que en ella existen.

Esta forma de aproximación al proceso social argentino supone la existencia de significados —de dirección— y de diferentes significados en las diversas fuerzas. La aceptación de un criterio tradicional al respecto llevaría a la dicotomía que se ha hecho clásica desde la revolución burguesa: a la clasificación de las fuerzas políticas en izquierdas y derechas. Y esto nos devuelve al principio: ¿ha perdido validez esa división en izquierdas y derechas? ¿La ha perdido en general o la ha perdido entre nosotros, en nuestro país? Y previamente todavía: ¿fue válida alguna vez?

IZQUIERDAS Y DERECHAS

Los términos izquierda y derecha aplicados a los movimientos políticos y a las fuerzas sociales nunca tuvieron precisión ni rigor científicos, ni, en verdad, lo pretendieron. Se trata de términos de uso común y más o menos cómodo, nacidos por casualidad, y que han permanecido en el campo del habla vulgar y cotidiana. Comparten en gran medida el destino de casi toda la terminología de las ciencias sociales, cuya precisión se ve afectada, no solamente por su origen en el habla vulgar, sino por seguir perteneciendo a ésta. Y, sobre todo, por referirse a fenómenos que incluyen las pasiones del que usa dicha terminología. Pero aun dentro de las ciencias sociales, la política, como más inmediata a la vida de todos los días, y por estar menos elaborada como disciplina científica, es aquella que más padece de equívocos y ambigüedades: términos como *democracia*, como *partido político*, se prestan a las más diversas interpretaciones, y hasta en algunos casos se ha preferido decir que son imposibles de encerrar en una definición.

Pero imprecisos o no, izquierda y derecha son términos cargados de significado. En su más amplio sentido, se pretende indicar que derechista es el defensor de las estructuras sociales —el conservador— e izquierdista el que pretende transformarlas. Pero, y éste es el problema, ocurre

que el que utiliza los términos de izquierdista o derechista les da un valor, formula al usarlos un juicio: por ser una u otra cosa se está bien o mal, se procede bien o mal; además, nadie —como individuo— está totalmente por el mantenimiento de las estructuras existentes ni totalmente por su destrucción; todavía, resulta que las situaciones históricas cambian, y fuerzas o ideas que un día aparecen como izquierdistas, al siguiente pueden aparecer como conservadoras. La enumeración podría prolongarse, pero tal como es basta para indicar el carácter equívoco de ambos términos. Y aún hay más:

En un país como el nuestro, subdesarrollado con respecto a los países industriales y altamente tecnificados, otros factores deben todavía tomarse en cuenta: algunas medidas, que estimularían una vida más alta en los países más desarrollados, pueden ser contraproducentes para nuestro uso. Tal ha ocurrido, por ejemplo, con la teoría del libre comercio. Sostenida desde un país económicamente fuerte se trata de una medida que tiende —al menos en principio— a evitar las rivalidades nacionales por razones comerciales y obtener que el conjunto de la población pague menores precios relativos por los artículos que adquieren en el mercado nacional. Sostenida entre nosotros, dado que cada nación trata de sacar ventajas en el mercado internacional, significa que nos condenaremos a no tener industrias, y, por ende, a seguir siendo un país agropecuario, exportador de materias primas, con una economía cada vez más insuficiente por la confluencia de una población en crecimiento y precios cada vez menores para nuestros productos en dicho mercado internacional. Es decir, que seguiremos en situación de país explotado por los países centrales, y, además nuestros consumidores locales en lugar de beneficiarse se perjudicarán a la larga: al principio, sin duda, les resultará más barato comprar productos extranjeros que nacionales, pero luego, arruinadas las industrias locales por la competencia, y encarecidos los productos extranjeros por el menor precio internacional de nuestras materias primas, pagarán más caros cada vez los mismos productos. Tal desconocimiento de esa clase de factores reales de nuestra situación ha sido típico, por ejemplo, en nuestros socialistas (defensores inmemoriales de la supresión de las barreras económicas). Eso ha permitido a la revista *Que* (en momentos en que basaba su campaña en el desarrollo protegido de la industria en el país), realizar un malicioso gambito, y acusar a los socialistas (que efectivamente estuvieron enfrentados a los dos gobiernos más populares que ha tenido el país) de estar en el juego de nuestra oligarquía terrateniente y proinglesa (1).

Pero este tipo de dificultades, particulares a países como el nuestro, no debe hacernos caer en la trampa de creer que constituimos una realidad sui generis, al margen de toda generalización con pretensión de validez para todas las sociedades. También en Europa es difícil clasificar sencillamente a los movimientos políticos en izquierdas o derechas. No es un caso aislado el de Duverger en su libro *Los partidos políticos*, sin saber dónde ubicar al partido radical y a los demócrata-cristianos, y terminando por poner a los primeros a la izquierda por su laicismo (con abstracción de que se trata de un partido profundamente conservador) y por ubicar tímidamente a la derecha a los segundos, pero

(1) No me expido, en este momento, sobre los errores y los aciertos del socialismo, sobre si se enfrentaron a las clases populares o no, sobre si no vieron las exigencias locales para lograr una mejora real de nuestra clase obrera, sobre si objetivamente atacaron o no las estructuras tradicionales. Simplemente quiero hacer notar que, oponiéndose a una medida que nada tiene que hacer teóricamente con posiciones derechistas o izquierdistas, estuvieron oponiéndose en los hechos al desarrollo de nuestra comunidad, es decir, a la ruptura de estructuras vigentes. Y cómo eso permite a la revista *Que* —sobre la que tampoco me expido en este momento— acusarlo de aliado de nuestras clases conservadoras, es decir, de derechista. Tampoco juzgo intenciones, ni pretendo tomar actitudes católicas frente a los socialistas. Aquí nadie tiene la bola de cristal y nadie tiene el derecho de jactarse de su sabiduría. Se trata de posiciones políticas concretas, sostenidas realmente por los socialistas, cuyos efectos son también concretos. Ver, entre otros, el libro de Alfredo Palacios *La justicia social*, especialmente páginas 162 y 170. Allí, con argumentos constitucionales, se pronuncia contra todo proteccionismo. Reitera, por otra parte, la política de Justo en la materia.

sin dejar de hacer la salvedad del izquierdismo que entiende ver en sus tendencias sociales (2).

La izquierda, en última instancia, es tal vez nada más que un comportamiento histórico. Pero detrás de eso —como detrás de todo acto humano— hay siempre una filosofía general. Y, muy apretadamente, esa filosofía puede reducirse a una opinión sobre el hombre. No me parece demasiado aventurado decir que pensamiento de izquierda es aquel que cree que el hombre —todos los hombres, cada uno de los hombres— tiene posibilidades de perfeccionamiento y desarrollo, que es necesario asegurarle las condiciones para que ese perfeccionamiento no sea limitado y trabado. Esa fe en el hombre implica la creencia en que cada hombre tiene derecho a ser dueño de sí, sujeto no enajenado. Implica también la creencia en que, por un adecuado cambio de las estructuras, podrá asegurarse a cada hombre las posibilidades de su desarrollo pleno. Y el convencimiento de que las causas más profundas de limitación y enajenamiento se dan en el plano de la economía —aunque no sean las únicas. Esa fe en el hombre es tanto más profunda —de nuevo, más total— en cuanto confía en que la intervención voluntaria, racional, del hombre sobre las estructuras sociales puede producir esas mejores condiciones en la sociedad (3). El derechismo, a su vez, es algo más que la creencia en que los hombres en general no están capacitados para el papel de directores ni para ser dueños de sí mismos. Implica muchas otras cosas: que el hombre no es susceptible de perfeccionamiento; que las diferencias de hecho (económicas, sociales, culturales) son diferencias innatas, naturales (es decir, incommovibles, inviolables); que el proceso que ha llevado a las diferencias de posición entre los hombres es totalmente natural (de selección, va implícito). En un sentido profundo, el derechismo es irracionalista, no cree en el hombre, sino en fuerzas extrahumanas (subhumanas o sobrehumanas) a las que el hombre está sujeto. ¿Qué hay de más irracional, por ejemplo, que la creencia en que el libre juego de las fuerzas económicas va a producir por sí mismo un estado satisfactorio, tal como postulan los liberales en economía? El derechista no cree en el hombre, y por eso cree en la economía, en la tradición, en el pasado. Se afirma en lo no humano, por desconfianza, por miedo a lo humano, en definitiva. El derechista es por definición un enajenado. Puede no ser un conservador integral, puede, en ciertos casos, hasta apoyar cambios, pero confiará para estos cambios no en el hombre, sino en fuerzas no humanas. Y, siempre, buscará —tanto más cuando apoye algún cambio— respaldarse en elementos que permanezcan incommovibles, que le den la seguridad que no tiene en el hombre, ni en sí mismo. Por eso la religión, que le provee datos anteriores al hombre, superiores al hombre, le es un casi imprescindible aliado, en cuanto le asegura la permanencia de las estructuras en las que está enajenado como algo *sagrado*, superior a la humanidad, a los embates de los hombres (4).

(2) Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, F. C. Económica, parece terminar por reducir el izquierdismo y el derechismo según la posición tomada por los partidos frente al problema educacional: escuela laica o religiosa. Es curioso observar como José L. Romero enfrenta también este tipo de problemas al describir a la oligarquía roquista. Señalando su carácter antidemocrático, se siente obligado a llamarla *liberal*, exclusivamente en base a su laicismo, y se deja atrapar por el esquema que la propia oligarquía proponía por boca de uno de sus miembros más reaccionarios, Miguel Cané, el ministro de las leyes sociales antibobreras. Adhiere a la caracterización que Cané da de la oligarquía: "espíritu abierto a la poderosa evolución del siglo, con fe en la ciencia y en el progreso humano", sin aclarar en qué sentido usa la palabra *liberal*, ni qué significado tienen las palabras *evolución* y *progreso* en boca de los roquistas. (*Los ideas políticas en Argentina*, segunda edición, página 197).

(3) Esto no implica como consecuencia necesaria una posición excluyentemente racionalista, que vea al hombre como ente de sola razón. Al contrario, implica solamente confianza en la razón del hombre, lo que supone que no todo en él es razón. El racionalismo no es más que una formulación —ni lógica ni razonable— extrema y deformada de aquella posición. Tampoco implica la creencia en una evolución de la mente del hombre —en cuanto homo sapiens— ni en la de una *sexualidad primitiva opazata* a la nuestra, de otro nivel o con diferentes mecanismos. Simplemente que al cambiar las condiciones externas la mente del hombre se mueve desde otro nivel y con menores trabas.

(4) La Iglesia Católica declara la existencia de derechos naturales, es decir, anteriores y superiores al hombre. Y declara también la existencia de desigualdades naturales, no accidentales. Unos y otras constituyen lo mismo, la fundamentación ideológica coherente de una sociedad no estruc-

Aquella descripción provisoria de la que partí, y que se limitaba a distinguir la izquierda de la derecha según se propugnara el cambio o la conservación de las estructuras sociales, tiene, ya lo vemos, contenido. Ese contenido proviene del sentido de la acción de lo que se proponga lograr como objetivo esa acción. Recurrir al examen de las opiniones de las diversas fuerzas nacionales adquiere ahora un significado más pleno, más promisor en resultados de lo que podía parecer en un primer momento.

Pero se puede argüir, y con razón, que si calificamos a priori a esas fuerzas —especialmente por el papel que ellas se atribuyen o por el que pueda yo atribuirles— lograré una perfecta tautología. Para evitarlo, no agruparé a esas fuerzas por las intenciones que pueda atribuirles, ni aún por las que pudiera ser relativamente justo atribuirles, sino simplemente por sus opiniones. Estas, en este momento, se refieren en especial a la acción del gobierno, e, indirectamente, al papel de algunas de las otras fuerzas, en el proceso argentino. Se trata sobre todo de juicios sobre el poder político del Estado; instrumento o estímulo en ese proceso, del complejo de fuerzas que ocasionan ese proceso y se mueven en él y de la relación entre ambos. De juicios, cargados por lo tanto de sentido. Esto suele revelar con gran precisión el suyo propio, aun cuando sea discutible el que pongan afuera, porque revela la escala de valores con la que juzgan.

UNA RAPIDA RESEÑA

Si examinamos el conjunto de las opiniones vertidas por los diversos grupos actuantes, veremos, primero, que pueden reunirse en escasos sectores de opiniones semejantes y, además, que ha habido, que hay todavía, una cierta dinámica de la opinión. Esa dinámica, sin embargo, no rompe las agrupaciones de opiniones —aunque introduzca matices de diferenciación— sino que los sectores de opinión semejante, que engloban grupos aparentemente disímiles, se mantienen. Aclaro: la opinión general se agrupa en sectores, que engloban grupos menores; la opinión de esos sectores va variando, pero la agrupación por sectores permanece más o menos inalterable.

Esa agrupación por sectores es anterior al episodio electoral del 23 de febrero, pero a partir de Mayo sufre algunas modificaciones.

El actual gobierno llegó a las elecciones de febrero como una virtual alianza electoral, enfrentada a otra alianza más laxa. Frondizi era apoyado por: su propio partido; el peronismo; una parte del nacionalismo católico; el Partido Comunista; algunas publicaciones que se presentaban como voceros de las necesidades de la burguesía nacional (más que como voceros de la misma burguesía); los periódicos nacionalistas-peronistas que representaron casi la única expresión impresa del peronismo. Directamente enfrente se encontraba el candidato del radicalismo del Pueblo. Pero el juego político se había dado de tal modo que aparecían en oposición a la intransigencia: todos los demás partidos —aún los que llevaban candidato presidencial propio (de lo que resultó un signo revelador la cantidad de boletas de esos otros partidos que aparecían con el nombre de Balbín); las fuerzas

económicas organizadas, o por lo menos sus representantes; casi toda la prensa, tanto la oficial como la independiente, es decir, la comercial. Una excepción estaba constituida, tal vez, por algunos sectores ideológicamente izquierdistas que, tratando de jugar su propio papel, se inclinaban así fuera platónicamente, por la intransigencia, o simpatizaban más con ella que con su principal adversario, o simpatizaban con algunos grupos de la intransigencia. En tal situación se encontraban algunos grupos troskistas y socialistas, por ejemplo.

Los grupos opuestos al frondizismo coincidían en grandes rasgos en los argumentos usados en el ataque. Se lo acusaba de totalitarismo, ya insistiendo más en su supuesto procomunismo, ya en su profascismo, ya, ajustándose al folklore local, de properonismo. También había coincidencia en las afirmaciones que se sustentaban como ideología; su pivote estaba constituido por el término *libertad*, entendido tanto en su aspecto político como en el económico y social: libertades civiles, libertad de comercio, libertad de agremiación. En los hechos, se trataba de partidarios —más o menos totales— del gobierno provisional que, junto a una ideología liberal clásica casi pura, se enfrentaban a las fuerzas obreras (con prescindencia de sus opiniones políticas) para intentar manejarlas por la fuerza, y que —aun contando con el apoyo social de nuestra burguesía— al barrer con ciertas defensas proteccionistas perjudicaban los intereses de las industrias radicadas en el país. (1)

El frondizismo, en cambio, se presentaba en la actitud opuesta. Sin enfrentar al gobierno directamente, criticaba esencialmente sus medidas económicas y su política obrera. Proponía el apoyo a las industrias y la entrega del aparato sindical a los obreros, con medidas simultáneas que facilitarían la unidad gremial. Partiendo desde un programa ideológicamente izquierdista, el frondizismo intentaba, sin embargo, acercarse a las fuerzas económicas, proponiéndoles una plataforma de medidas de desarrollo que —le aseguraba— no estaba en contradicción con sus intereses. Ese acercamiento no se produjo sin embargo sino en mínima escala, pues los prejuicios de los grupos sociales respectivos parecían insalvables.

En las elecciones de julio de 1957 aparecieron tres fuerzas principales en el país: el radicalismo del Pueblo, organizado en una extraordinaria máquina política, y cuya base de sustentación estaba dada por la clase media, especialmente urbana y semiurbana; el peronismo, organizado como maquinaria política casi exclusivamente a través de los sindicatos, y cuya base de sustentación estaba formada por el proletariado industrial (peones industriales, sobre todo); y la intransigencia, cuya base estuvo dada por parte de la clase media urbana (el grupo de la clase media intelectual contribuyó en gran medida a fortalecer sus cuadros), el proletariado rural y semirural y las clases medias respectivas. La lucha entre los dos radicalismos en realidad dividió las clases medias, sin que pueda afirmarse que haya habido límites sociales precisos entre ambos, salvo quizás en lo referente al grupo ya mencionado de la clase media intelectual. Se trató, ante todo, de una lucha entre maquinarias políticas —que encuadraron a los electores— y de distintas disposiciones de ánimo: por el radicalismo del pueblo se inclinaron los grupos que más se habían resentido por el asalto del proletariado a sus valores jerárquicos (y eso quizás explique su mayor arraigo en las ciudades, donde ese asalto fué sentido de un modo más directo).

El frondizismo supo presentarse, además, como un partido dinámico, con intenciones de cambio, con proyectos que transformarían el país. Un movimiento progresista, frente al

(1) No interesa aquí discutir si existe o no existe un grupo social formado por una alta burguesía nacional independiente. Lo que existe, sí, son intereses industriales localizados en el país, que desarrollan por tal razón sus necesidades propias, que crean a su alrededor grupos sociales cuyos intereses están ligados a esas necesidades (pequeños industriales subsidiarios, altos y medianos funcionarios, profesionales a su servicio, etc.), y que producen una ideología adecuada a las mismas. Esos intereses se vieron afectados por las medidas del gobierno militar, en el terreno económico, pero, en cambio, los individuos y grupos sociales ligados a esos intereses se sintieron interpretados por las correlativas medidas políticas y sociales.

turada para el hombre, ni por el hombre, que debe mantenerse así. Esa sociedad no es sino la sociedad actual, la sociedad capitalista, cuyo carácter inhumano no proviene de sus abusos sino de sus formas de funcionamiento, de que en ella el hombre —tanto el poseedor como el asalariado, y quizá más aquí que éste— se encuentra enajenado a las cosas, en la que él mismo está cosificado. Ya esta sociedad no comete abusos como la sociedad capitalista primitiva: hasta cierto punto cuida a su mano de obra como cuida a sus máquinas. Carece de sentido entonces —o, peor, tiene un sentido de conservación— declararse contra los abusos de esta sociedad, cuando el abuso esencial contra el hombre proviene de su estructura misma. Carece de sentido predicar un trato justo al asalariado cuando se dice, como el último Papa la Navidad de 1944: "...todas las desigualdades que no engendra el capricho sino la naturaleza de las cosas —diferencias de cultura, de bienes, de posición social, sin perjuicio desde luego de la justicia y de la mutua caridad— no constituyen ningún obstáculo para la existencia... de un genuino espíritu de unión y de fraternidad".

Como aserera Pinedo, son "las iglesias cristianas" las que hoy defienden con mayor tesón las "libertades individuales", esas libertades que, en definitiva, se reducen para él a la libertad de poseer. — "El fatal estatismo", 1956, págs. 27, 39, 47, 125 y 129.

quietismo de sus adversarios. Es posible que eso le haya traído el apoyo de las juventudes de clase media urbana, cuyo aporte electoral no es desdeñable. No existen pruebas de ello; pero, aparte de la intuición de que ocurrió efectivamente así, pueden aportarse algunos hechos medianamente ratificatorios: los cuadros políticos que quedaron en la intransigencia a raíz de la división del primitivo radicalismo fueron en gran parte juveniles (el caso de la Provincia de Buenos Aires y de la de Mendoza son dos ejemplos casi puros en tal aspecto); los funcionarios electivos de la intransigencia, sobre todo los provinciales, son casi siempre hombres menores de cuarenta años; los movimientos estudiantiles universitarios han elegido para gran parte de sus cuadros directivos militantes o simpatizantes de la intransigencia (rompiéndose un tradicional prejuicio antiradical). Esto también tal vez contribuya a explicar el menor prejuicio antiobrero de los cuadros frondizistas: se trataría de la parte de la clase media que pasó por el fenómeno peronista en mayor estado de maleabilidad, y que se resintió menos de los avances obreros respecto de su categoría social, es decir, de una parte de la clase media que, por su edad, estaba en condiciones de adaptarse a una nueva situación social, en la que las clases proletarias adquirieron una importancia hasta ese momento desconocida.

A partir del 19 de Mayo, sin embargo, va produciéndose una evolución de la opinión organizada, o, por lo menos, de sus voceros. (1)

A PARTIR DEL 19 DE MAYO: LAS DERECHAS

En los primeros momentos se abrió un declarado compás de espera. Aun en el radicalismo del pueblo, en el que las presiones para que pasara inmediatamente a la oposición fueron más fuertes, predominó la línea que aconsejaba la oposición táctica, es decir parcial y no frontal. Esto se debía, sin duda, a especulaciones políticas en una gran medida, pero también a que este gobierno llegó al poder con un marcado signo de ambigüedad.

Esa ambigüedad obedece a diversas causas: a la composición heterogénea —ideológicamente hablando— del gobierno, a las actitudes y declaraciones del presidente de la República, pero sobre todo, a la composición de clase del equipo que ha llegado al poder y a su evidente debilidad política. Entre los colaboradores elegidos por Frondizi se encuentran representados prácticamente todos los matices ideológicos: desde ex-comunistas que han virado hacia una posición de defensa del *capitalismo nacional*, hasta miembros de la derecha nacionalista católica, pasando por dirigentes del ala izquierda de la Intransigencia y liberales más o menos revisionistas. Las declaraciones del presidente entrante tienden evidentemente a tranquilizar a los liberales y a los grandes capitales, sin romper con sus aliados de la víspera. El gobierno no tiene detrás de sí ni a un gran partido ni a ninguno de los tradi-

cionalistas factores de poder: el ejército, la Iglesia, los sindicatos y las fuerzas económicas aguardan. Aguardan y presionan. Porque el gobierno es equívoco y débil, y porque el gobierno está sustancialmente formado por hombres de la clase media.

Ante las medidas puramente económicas del gobierno, varios partidos y agrupaciones de partidos se pronuncian favorablemente: los conservadores en sus diversas tendencias, los demócratas cristianos, los cívicos independientes, el socialismo de la fracción ghioldista. En conjunto alaban al gobierno por haber roto con los mitos del nacionalismo y del imperalismo. Son sumamente significativos al respecto los discursos de Ghioldi, de Alsogaray y de Ordóñez. Este último, aparentemente opositor de una sola pieza, eventual destinatario para la opinión pública de las denuncias de su correligionario Sueldo sobre conspiraciones, alaba al gobierno el día 20 de octubre, reconoce las dificultades que debe afrontar y dice textualmente: "Va volteando mitos, todo eso es alabable". Cierto es que el socialismo ghioldista ha pasado por la misma época a criticar los contratos con firmas petroleras extranjeras y con la C. A. D. E., pero esa crítica no es sino una crítica política, es decir, táctica. También la democracia cristiana hace algunos reparos, pero son salvedades de detalle. Por otra parte, Alsogaray amaga constantemente con atacar al gobierno... por no acelerar su política económica.

Hombro a hombro con este apoyo, otras organizaciones prestan uno similar. Las organizaciones empresarias están oficialmente conformes con la línea económica gubernamental. Las discrepancias que pueden tener entre sí no les impiden coincidir en este punto. Solamente, y tal como Alsogaray, exigen que aquella línea se acentúe y acelere.

Pero no todo es alabanza al gobierno en estos grupos.

Las organizaciones empresarias, ya lo señalé, exigen una mayor decisión en la acción económica del gobierno, pero en la misma dirección que el gobierno sigue. Es decir, no se oponen a él, lo urgen o lo empujan. Critican, en cambio, que el gobierno no sea más firme respecto de las organizaciones obreras, y, en algunos casos (Unión Industrial) acusan a algunos gobiernos provinciales de tomar partido por los obreros, o (Sociedades Rurales) de proyectar medidas que atacan el derecho de propiedad, lo que debe referirse exclusivamente a la propiedad rural o a la comercialización de los productos rurales. Tal es lo que ocurre con los gobiernos de la provincia de Buenos Aires y del Chaco. La acusación, hecha frente a las autoridades nacionales, señala tendencias comunizantes en esos gobiernos, los que, por otra parte, sólo han proyectado medidas bastante menos audaces que las que se encuentran incluidas en el programa electoral del partido gobernante. (1)

Frente a estas críticas, no todos los partidos políticos que los acompañaban en el planteo económico guardan una posición homogénea. Cívicos Independientes y conservadores —unos más expresamente que los otros— repiten las opiniones empresarias, señalando, además, que es necesaria una mayor firmeza para asegurar el respeto al orden y a las jerarquías, adelantándose a indicar la necesidad de prepararse a aplicar medidas de fuerza si los obreros no entienden las necesidades nacionales, o insistiendo en el peligro que significan ciertos funcionarios de antecedentes comunistas en diversos puestos claves. Los socialistas ghioldistas, en cambio, acusan al gobierno de estar preparando estructuras políticas totalitarias, lo que se notaría sobre todo en materia gremial y periodística, especialmente radial. En esto último

(1) Hago la aclaración, porque, efectivamente, no podemos saber qué ocurre con los miembros de base de las organizaciones ni, mucho menos, con los grupos no organizados (y respecto de estos últimos no lograremos saberlo, salvo que se realicen encuestas, las que tampoco garantizan su carácter realmente indicativo, como ha quedado de relieve varias veces. Respecto de los primeros pueden dar un índice las futuras elecciones internas —en los casos en que se realizan— con el margen de duda que ocasiona la existencia de otros factores, ajenos a la opinión sobre la política general: problemas específicos de las organizaciones, maquinarias electorales internas, etc.). Pero la opinión de los voceros de esas organizaciones además de dar índices sumamente significativos respecto de la de los grupos que representan, tiene notas que la revisten de una singular importancia: por una parte, esa opinión influye extraordinariamente por su valor de autoridad es decir, forma en gran medida la opinión —en el sentido general del término— y, por la otra en cuanto manifestación pública responde muy directamente a los intereses objetivos inmediatos de las organizaciones que representa. Esto es tanto más cierto en aquellas asociaciones que se han formado teniendo en vista sobre todo objetivos económicos inmediatos, como las organizaciones de actividades empresarias y, en otra medida los sindicatos obreros. Aunque sufriendo también las influencias provenientes de las formas generales de la sociedad global su carácter parcial e inmediato es predominantemente salvo cuando se trata de expresiones fuera del marco de las actividades específicas, lo que debe tenerse aun más en cuenta en el caso de opiniones individuales. Así las organizaciones empresarias apoyaban las medidas peronistas que las favorecían en cuanto a los intereses que representaban, y sin embargo, sus miembros individualmente eran en general antiperonistas. A este respecto es necesario señalar un error en el que se suele incurrir respecto de los sindicatos obreros: como tales, no debe asimilarse íntegramente su conducta a la que se espera de la clase obrera en cuanto clase social. Puede haber —hay de hecho— discordancias parciales en cuanto los sindicatos actúan como asociaciones profesionales.

(1) La Unión Industrial, la Sociedad Rural, no son excepciones. La Bolsa de Comercio ha formulado una línea prácticamente idéntica. La C. G. E., más oficialista, se queja sin embargo de algunos gobiernos provinciales. Dejando aparte las exageraciones verbales en que incurren también las organizaciones empresarias (contingidas sin duda de la política en que se ven obligadas a actuar abiertamente o como expresión real del estado psicológico de sus asociados) en ciertos momentos utilizan un lenguaje más concreto y menos simbólico. Así, la Unión Industrial pide ahora que se dejen sin efecto los Departamentos Provinciales de Trabajo —recrutados sin embargo por el gobierno militar— y que se vuelva al sistema centralizado —típicamente fascista, según se aseguraba hasta muy poco tiempo antes. Pues esos Departamentos Provinciales de Trabajo "toman resoluciones desconectadas de la realidad económica y laboral... lesivas del derecho de propiedad" (diarios del 21 de octubre).

aparecen acompañados por los adjudicatarios de las radios privadas, que invocan la libertad de empresa amalgamada con la libertad política. Los demócratas cristianos parecen ir cediendo a una política más fiel a la del gobierno. Tienen, sin embargo, sus objeciones: El P. D. C. declara oficialmente que la pasividad gubernamental frente a las manifestaciones de protesta contra las universidades privadas, sólo puede tomarse como una muestra de sumá debilidad o de complicidad, y no ha dejado de indicar el peligro de la infiltración comunista o marxista en las *segundas filas* del gobierno.

Una vez reglamentada la ley de universidades privadas, el P. D. C. no tendrá inconvenientes en criticar al gobierno por "no mantenerse dentro de la ley", por despreocuparse de las "necesidades populares", por *provocar* el alza del costo de la vida y la desocupación, por restringir las libertades de los trabajadores. (Declaración del 19/2/59).

Así como los propietarios de las radios emprenden una cruzada antifascista (y no realmente contra el gobierno, sino contra algunos funcionarios) en defensa de sus propiedades, otros órganos de prensa, más sólidos, más experimentados, y que, además, no se sienten amenazados directamente, guardan una serena objetividad *positivista*: alaban sus medidas económicas sin alabarlas, lo previenen contra la tentación de tomar medidas demagógicas. Aguardan y presionan: *La Prensa*, por ejemplo, en su editorial del 20 de octubre, advierte contra la oportunidad de dictar leyes de reforma agraria; *La Nación*, a su vez —y en un estado más avanzado del proceso— elogia la nueva política económica de estabilización (editorial del 31 de diciembre). Ambos periódicos callan prudentemente cuando *El Mundo* lucha abiertamente por salvar sus intereses. El *Correo de la Tarde*, representante del liberalismo absoluto, del *viejo liberalismo* según lo ha declarado, aconseja una "oposición responsable... de crítica sana, constructiva: aleccionadora" (editorial del 26 de diciembre).

Los grupos que representan los intereses económicos, desde aquellos ligados a las estructuras tradicionales, latifundistas y pro inglesas, hasta los que expresan a los industriales y a una política de acercamiento con Estados Unidos, se ponen de acuerdo —dejando a un lado sus diferencias— en *prometer* su apoyo, pero advirtiendo más o menos sutilmente al gobierno que ese apoyo está condicionado a que se siga la política que ellos indican.

Los grupos políticos que hasta poco tiempo antes se arrojaban ferozmente sobre la Intransigencia y sus aliados, y que eran a su vez motejados de antiargentinos y de prooligárquicos, cumplen un papel semejante. Todos se van acercando al gobierno a medida que avanza el tiempo y las medidas económicas oficiales se suceden. Las alabanzas se van haciendo cada vez más unánimes y menores las reticencias, hasta culminar casi en un gran coro al aceptar el gobierno de Frondizi el *plan de estabilización* del Fondo Monetario Internacional. La única excepción aparente la constituyen el gholdismo y el radicalismo del Pueblo. Después de evidentes vacilaciones, se arrojan en la oposición, desmintiendo la mayor parte de lo que hasta allí sostuvieron. Ya insistiremos en el significado de su actitud, pero algo puede adelantarse: ellos tienen una clientela electoral que cuidar o que ganar, y no pueden arriesgarla confundiendo con el oficialismo. Durante su influencia en la Casa Rosada —durante el gobierno militar— no tuvieron inconvenientes en cumplir el mismo papel que ahora está cumpliendo la Intransigencia: aplicación de planes económicos resistidos por las clases populares, "mano firme" y algo más que eso con la resistencia de los trabajadores. Su actitud no es más que una *actitud política*, y aún —salvo algunas excepciones— se cuidan de indicar que es así, para ese público que no vota— o cuyo voto no pesa cuantitativamente— pero al que es conveniente advertir que no debe temer demasiado. Los demócratas cristianos y los conservadores (incluidos los Partidos del Centro) muestran otra faceta del mismo juego: se apresuran a alabar las medidas del gobierno, pero sin dejar de indicar que ellos

serían más aptos, más eficaces, que ellos serían capaces de imponer un orden más sólido y más eficiente, cada uno a su modo, sin perjuicio de criticar públicamente las consecuencias de una política económica con la que coinciden, presentándose como opositores. Este juego demuestra las coincidencias de fondo que existen entre partidos que aparentan a veces tanta distancia entre sí. En definitiva: nadie quiere cargar con la impopularidad de la política oficial, de cuyas consecuencias hasta los grupos patronales se asustan un poco, temiendo la retracción inmediata que prevén —Confederación de la Producción. Nota del 21/2/59.

Cada uno a su modo, también, busca su clientela electoral: unos, creyendo conquistarla con gestos demagógicos, como el Conservadurismo Popular; otros, creyendo en los métodos casi científicos, de *trabajo de base*, elaborados en Europa, como los demócratas cristianos. Ellos proponen a las fuerzas económicas ponerse a su servicio, creyendo que pueden guiar al pueblo; gholdistas y radicales del Pueblo utilizan métodos más tradicionales, menos abiertos y francos. Unos y otros, sin embargo, no pueden romper el fuego totalmente con un gobierno al que esas fuerzas económicas encuentran cada día más aceptable y más manejable. Solamente algún individuo aislado se encierra en una oposición a todo trance; algunos de ellos, como Sabattini, no son sino restos de una actitud arqueológica: la del político que nada hace en los hechos por conquistar el poder real, y que se conforma con conservar un poder de cabildo y de comité; otros, entran en una clasificación que luego veremos más en detalle, y que configura una nueva forma política local: el gorillismo. Las organizaciones partidarias y aun los círculos en que esos individuos se mueven, tratan, sin embargo de moderarlos y de neutralizarlos. Pero en todos los casos es bueno recordar que también estos individuos tuvieron influencia en el poder, y que entonces siguieron fielmente líneas de acción contra las que ahora se rebelan. No parecen representar sino casos políticos extremos: los de quienes no sienten la política sino como una puja, en la que lo importante es vencer y odiar al adversario.

LA LLAMADA IZQUIERDA LIBERAL

Dos partidos relativamente pequeños —el demócrata progresista y la fracción del socialismo que los diarios suelen designar como "de la secretaria Muñiz"— desempeñan en el proceso actual un papel que creo sumamente ilustrativo. Se trata de dos agrupaciones de tradición progresista que intentan permanecer en la línea de esa tradición; son además partidos de clase media y con una escasa masa de afiliados. Esas circunstancias les dan una característica muy especial: participando de la ambigüedad de los movimientos de clase media tienden a *congelarse* en posiciones programáticas —como reconocimiento más o menos confuso de esa ambigüedad—; pero, a la vez, por la libertad de acción de sus cuadros dirigentes —que no deben expresar una gran masa de afiliados— poseen una gran facilidad de toma de posiciones ante las circunstancias cotidianas, lo que les da una gran *demonstratividad* en lo inmediato de su carácter ambiguo —justamente porque pueden tomar actitudes concretas con relativa facilidad. Un partido de análoga composición social, como el radical, debido a su gran masa es mucho más lento de movimientos, y aunque su ambigüedad es la misma (es mayor, en realidad, en las formulaciones concretas) es menos notable el paso de una actitud a otra. Esa relativa escualidez de masa, si se me permite la expresión, da más relieve a las opiniones de cada uno de los dirigentes, pues, lógicamente, éstos son menos, y más notorios. Se trata, como lo ha señalado ya el dicho común, de *partidos de dirigentes*. De tal modo sus posturas, con las características señaladas, resultan mucho más notorias y fáciles de ubicar. Pero, además, estos partidos resultan a veces más plenos de connotaciones, más ricos de sugerencias respecto de los hechos profundos de la realidad social que los partidos que

se encuentran más cerca de los extremos, pues su carácter equívoco hace aflorar las contradicciones que se encuentran en la sociedad global a choques internos, a actitudes de dirigentes, o a otras manifestaciones semejantes, que no se advierten en los partidos ubicados más cerca de los polos ideológicos. Todo esto da a ambos partidos un carácter de muestra del fenómeno social sumamente marcado.

Desde luego, no puede ignorarse que lo que realmente importa en cualquier movimiento es su tendencia general, el fluir principal de su corriente, y que los actos circunstanciales no siempre se encuentran en la misma dirección de esa corriente. Pero no es eso lo habitual, y con un poco de cuidado para no tomar por significativas actitudes aberrantes (sobre todo si son de carácter personal) pueden servir aquellos actos como señales indicadoras de las principales tendencias.

Por tales razones me demoraré un poco en la descripción de la posición de estos partidos, demora que será mayor por la necesidad de ubicar las posiciones actuales en la perspectiva interna necesaria. Creo que tales demoras compensarán con cierta generosidad.

El proceso peronista englobó a ambos partidos casi sin matices en la oposición, y durante el gobierno provisional y las campañas electorales de 1957-58 no lograron diferenciarse del conjunto de partidos liberales. Con una tradición propia, con una personalidad muy definida dentro del juego de los partidos argentinos clásicos, no solamente se oscurecieron por la polarización ocurrida durante el peronismo, sino que se acercaron efectivamente a las concepciones y modo de actuar liberales de derecha que, salvo raras excepciones, constituyeron el común denominador de la oposición antiperonista. Pero desaparecida la presión política y social del peronismo como partido gobernante, se dibujaron tanto dentro del socialismo como dentro de la democracia progresista diversas alas, que más o menos responden a la tradicional división en izquierda, centro y derecha. La formación de la fracción socialista a que ahora me refiero se basa en el centro y la izquierda del antiguo partido. Por eso se la suele llamar por comodidad socialismo de izquierda, aunque dentro de él hay infinidad de matices, algunos de los cuales caben sin duda en los grupos más derechistas que han quedado del otro lado, como es lo habitual en este tipo de divisiones. Entre los demócratas progresistas no se ha producido ninguna división tan tajante, y aun parece que las distinciones en alas tienden a esfumarse ante la adopción de una nueva política general del partido que diluiría las diferenciaciones. Esta posibilidad, por otra parte, se cierne también sobre el socialismo de izquierda, donde no faltan las negociaciones tendientes a la reconciliación con el gholdismo. Es justamente el conjunto de estos procesos lo que me interesa examinar algo más de cerca.

EL PARTIDO SOCIALISTA

Comencemos con el socialismo. Producido el movimiento militar de 1955, el socialismo ingresa, como todos los demás partidos no peronistas salvo el comunista, a una especie de officialismo. Pero ante la política del gobierno militar se fueron diferenciando más o menos tímidamente dos posiciones prácticas, sobre todo en relación con la actitud a adoptarse con el proletariado. Una, representada por Gholdi, adoptó la actitud de los típicos liberales conservadores antiperonistas, llegando a compartir con el radicalismo unionista de Zavala Ortiz el papel de teóricos de la extrema derecha del gobierno militar. Su teoría inmediata, más o menos velada, más o menos expresa, era simple: nuestro pueblo no tiene el nivel cultural suficiente para la práctica de la democracia; su adhesión a Perón lo demuestra. Por lo tanto: a) No hay siquiera que soñar con superar la democracia puramente política, pretendiendo aplicaciones del socialismo; b) Esa misma democracia política debe ser controlada, por así decirlo, impidiendo que el pueblo inculco los dere-

chos que en principio tiene todo ciudadano para destruir el nivel de civilización alcanzado por la Argentina. Esa teoría es análoga, salvadas las distancias, al unitarismo de un Marmol, o al conservadorismo de un Churchill. Es fundamental y desembazadamente aristocratizante. Y en los momentos de crisis las posiciones aristocratizantes no dejan lugar ni siquiera a un resquejo de tolerancia. El gholdismo apoyó el uso de la violencia contra los obreros, y en general contra todo adversario político. En definitiva, se convirtió en el apoyo de la dictadura liberal.

Una actitud como esa, sin embargo, no puede provenir de posiciones teóricas o de mero oportunismo político; una vieja tradición de antimilitarismo y de prédica de la tolerancia democrática no se quiebra de la noche a la mañana sin causas muy profundas. Y esas causas existen. El socialismo representa a ciertas capas muy características de las clases medias: profesionales, maestros, pequeños comerciantes, capataces, operarios calificados, pequeños industriales, artesanos (1). Es decir, esos grupos no muy prósperos —al contrario, en lenta regresión económica— pero que tienen un estado —una situación— social respetable. Que, aun más, en algunos casos —como el de los diplomados— gozan de un prestigio extraordinario aun dentro de los grupos similares de su clase. Como organización política el socialismo no supo comprender el significado de lucha —y de avance— de clases que había, primero en el yrigoyenismo, después en el peronismo. Como expresión de un grupo social, esa incompreensión nace de una doble frustración: sintiendo —como grupo de avanzada de su clase— que estaba llamado a gobernar, fluctúa constantemente entre convertirse realmente en vanguardia de su clase, y tratar por lo tanto de romper en los hechos con las clases dominantes, o transar con esas clases para pasar a formar parte de la élite gobernante. En esa fluctuación se encontró conque, por una parte, los grupos dominantes lo rechazan o, a lo sumo, lo utilizan, y, por la otra, conque las clases inferiores (*chusma* de clase media con Yrigoyen, *subproletariado* con Perón) avanzan sin tener en cuenta al grupo culto, y hasta tratándolo como enemigo cuando ven que no es su aliado. Sufre así el socialismo un proceso muy semejante al del radicalismo, pero mucho más agudo, puesto que ha atravesado de modo diferente la experiencia yrigoyenista y justista. Por otra parte, y respecto de un problema tan profundo como el imperialismo, su teoría viene de nuevo a fortalecer una particular experiencia de grupo.

El socialismo tal como fué elaborado por Justo y sus colaboradores no sólo niega la existencia del imperialismo sino que la desconoce. Reconoce sólo la existencia del capitalismo —más bien sumaria o empíricamente definido— como una forma general de la sociedad moderna. No distingue realmente entre capitalista —como individuo poseedor de capital que con él compra la fuerza del trabajo— y capitalismo como una forma especial que adquiere el capital financiero a partir de la era industrial y que se caracteriza por su modo de concentración y de organización. No reconoce, como lógica

(1) Toranzo Di Tella —Sagitario número 1, Segunda Epoca— discute la afirmación de Silvio Froudzí de que el P. S. argentino representa a la pequeña burguesía. Sostiene, en cambio, que representa al "sector más calificado y estable de la clase obrera urbana". A pesar de que el juicio de S. Froudzí se da en una obra muy general, y con un sentido algo aproximado, creo que está más cerca de la realidad argentina y de la significación de nuestro P. Socialista. Entre nosotros —hoy— el "obrero calificado" es un pequeño burgués: propietario, con hijos diplomados, y no un proletario. Actúa como asalariado cuando se enfrenta con su patrón como tal —normalmente dentro y desde su sindicato. Pero dentro de la sociedad global, es decir, en la política general del país, suele compartir las posiciones de las clases medias en su conjunto. Durante el peronismo esa situación se agudizó: el obrero calificado vió disminuir sus ingresos relativos —sobre todo frente al *peón*. Y, además, resultó que en buen número de casos, su patrón resultó ser el propio Estado (maquinistas, marionetas, gráficos), con lo que sus problemas gremiales los empujaban en el mismo sentido de sus tendencias en el plano general y los llevaban a coincidir aún más con las clases que se oponían al peronismo. Nuestro Partido Socialista, por lo demás, es dirigido por hombres salidos de las clases medias y aun de las capas superiores de las mismas, lo que lo constituye todavía más en una organización que responde a las tendencias de la pequeña burguesía. El análisis debería, desde luego, afirmarse mucho (sería preciso establecer la relación entre dirigentes, cuadros, afiliados y clientela electoral; estudiar la importancia que tiene Buenos Aires dentro del socialismo, etc.), pero ello escapa a los límites posibles de este trabajo y exigiría datos que aún están por recogerse (formas del voto, text. de los afiliados). Sin embargo, no creo estar alejado de la realidad.

consecuencia, esa forma particular de concentración de capital que adquiere tendencias expansionistas y colonizadoras por la emigración del capital mismo que se llama imperialismo, y que consiste especialmente en la concentración geográfica de los capitales.

No advierte la división internacional del trabajo que el diferente ritmo de desarrollo de los capitales ocasiona. Para él, entonces, son exactamente lo mismo los capitalistas de una nación semi desarrollada como la nuestra y el capital de los países supradesarrollados relativamente. Es más, sólo distingue entre capitales progresistas y capitales retrógrados, lo que equivale a asimilar fácilmente los capitalismo extranjeros al progreso, dado su mayor nivel técnico, y los capitales nacionales a lo retrógrado. Como se ve esta raíz teórica coincide con la otra que le hace ver a nuestro país como un país a civilizar y nuestro pueblo como un pueblo bárbaro. Ambas raíces —que se confunden en realidad en una sola— tienden a producir en quien parte de su perspectiva ese sentimiento de élite rectora que señalé antes y que se agría luego en la experiencia histórica.

Pero la experiencia política coincide todavía con una experiencia de tipo cultural: los grupos sociales que forman el socialismo dependen en grado sumo de la cultura superior, ya elaborada en los países centros más desarrollados. Su nivel de conocimientos y de ilustración, sus necesidades de comodidad material, les hace imprescindibles los productos europeos de un nivel relativamente alto (literatura, arte, técnica, artefactos). Esto en sí no es ni positivo ni negativo, hasta al contrario es positivo como anhelo de mejora. Y seguramente imprescindible en el ámbito de la eficiencia. Pero produce —o tiende a producir— una conducta negativa: la del consumidor de cultura, que se subordina a una cultura en cuya elaboración no participa, y se enajena en ella en cuanto dato dado. Siendo que nuestras clases altas están totalmente en situación de consumidores, se trata de un nuevo factor que refuerza la tendencia de nuestras clases medias a confundirse con ellas, y a aceptar con ellas una estructura mundial que coloca a nuestra colectividad en situación de dependencia. Y este factor, contra lo que pareció ser en un primer momento histórico (el del desarrollo provocado por el ingreso de las fuerzas capitalistas europeas en el país) tiende a ser un factor de inmovilización y no un factor dinámico. En efecto, no sólo esos grupos que adquieren conciencia consumidora pierden su poder creador, sino que se aseguran un disfrute pacífico de los productos culturales que necesitan a condición de que se mantenga la situación que permite el fácil acceso al país de esos productos. Así vemos a nuestras clases medias reaccionar al par de las altas contra la calidad de la producción industrial nacional en los momentos en que por cualquier razón se ven privados de los productos extranjeros similares. Y esa resección, objetivamente fundada en ciertos casos, se convierte en un mecanismo síquico y se generaliza inadecuadamente, adquiriendo la categoría de mito: esos grupos se extranjerizan, se convierten en expatriados de una patria ajena, se marginan respecto de la sociedad en la que efectiva e inevitablemente viven. Dejan de comprender la sociedad, la realidad a que pertenecen. Y se tornan inevitablemente reaccionarios.

Esa actitud —como lo llevo dicho— es común a las clases medias y a las clases altas, y a los movimientos políticos que las agrupan. Pero en los socialistas resulta particularmente grave. Los conservadores, al fin y al cabo, aunque resulten frustrados en cualquier intento de convertirse en grupo creador (incapacitados para ser realmente un grupo dirigente), viven coherentemente en una actitud reaccionaria. Pero los socialistas parten de una actitud teóricamente progresista, que termina por invalidarse a sí misma, lo que los conduce a un dilema de hierro. Ese dilema no tiene más que dos salidas: o aceptan el problema que significa querer ser progresistas en un país en el que hay que partir desde una situación de subdesarrollo relativo y de dependencia colectiva, o eligen el despotismo supuestamente ilustrado. Lo pri-

mero exige un cambio total de los esquemas mentales y de los modos de acción. Lo segundo termina en apoyar gobiernos de fuerza o el fraude más o menos patriótico o democrático. Es decir, el gobierno de los menos por alguna forma de violencia.

Ese socialismo es el que se anima a sostener medidas que únicamente los grupos de choque de la derecha se atreven a expresar. *Haga patria, mate un judío* era la fórmula irracionalista que descubrieron las derechas como contrapartida de *Dios, patria y hogar*, para enmascarar la descarnada defensa de sus privilegios. Con bastante más crudeza la derecha socialista decía algunas décadas después: *Se acabó la leche de la clemencia*. Aunque la fórmula verbal era más rebuscada y aparentemente menos brutal, el mecanismo mental era mucho más directo: la derecha apelaba a presentar sus privilegios como sagrados, embozados en lo sagrado, y al enemigo de esos privilegios como al extraño, el extranjero turbio colocado fuera de lo sagrado (patria, religión) que supuestamente nos envuelve a todos y que la hace a ella, a la derecha, a una casta dueña de los privilegios, aparte en la colectividad, igual sin embargo a todos nosotros, participe con nosotros —o nosotros con ella— en una comunidad sagrada que el extranjero viene a perturbar. La izquierda renegada no apela a nada de eso: reconoce y hasta marca con énfasis que una parte de nuestra colectividad, algunos de nosotros mismos, está al margen de una cierta comunidad de privilegio (cultura, o fortuna, o sentido democrático) y que es necesario escindirla, expatriarla, declararla fuera de la patria común.

Pero he aquí que el gobierno actual comienza a tomar determinadas medidas. Ese socialismo ve bien esas medidas, las considera adecuadas a la realidad, entiende que constituyen el reconocimiento de que viejas actitudes no tienen otro fundamento que la creencia en mitos. Sin embargo, ese socialismo recapacita, y comienza a denunciar como contrarias al interés de la colectividad, al interés de las clases populares, esas mismas medidas de gobierno que hasta momentos antes no le parecían criticables. En su momento veremos las interpretaciones que sus adversarios dan a este giro, pero, por ahora, podemos suponer que se trata de mera táctica política. El socialismo ghieldista acusa al gobierno de estar efectuando la entrega de nuestra economía y de ser propaternal y profacista, de trabajar para los intereses capitalistas y en alianza con el *oscurantismo clerical*. Antes su papel consistía en los hechos en proveer de un aliado con tradición progresista a las clases conservadoras, hoy confunde la acción que desde la izquierda intentan otros grupos, ya que utiliza su mismo lenguaje, con una pasión que a esos grupos les es dificultoso emplear.

Porque de la historia del socialismo falta describir otra cara, que al pasar ya he apuntado.

LA IZQUIERDA SOCIALISTA

Una parte del socialismo asimiló de otro modo la experiencia del peronismo y del gobierno militar. Colocados en los cuadros de un partido que vivió casi en pleno la experiencia a que me he referido, algunos grupos le fueron implantando una perspectiva diferente.

Es difícil determinar en qué momento comenzó a resquebrajarse la interpretación de la realidad que el socialismo compartía con el liberalismo tradicional. Tal vez haya sido en los últimos tiempos de Perón. Tal vez sólo más tarde, durante el gobierno militar. Tal vez se trate de un lento proceso, cuyas raíces haya que buscarlas mucho más atrás, en la década del 30, o en los primeros años después que se agotó la euforia antifacista de 1945. No importa demasiado el dato cronológico. Lo que importa, en cambio, es la médula del proceso que fué llevando a esa nueva perspectiva.

Muchas veces se ha intentado describir ese proceso (inclusive por mí) sin que hasta el momento se haya logrado un análisis totalmente satisfactorio. No es éste el lugar para volver a realizar un intento en extensión, pero, a los fines

de este ensayo, es conveniente señalar algunos hechos. Se trata de un proceso ocurrido a ciertos grupos de la clase media, que, al mirarlo en sí mismos, lo describen como una afirmación en la izquierda o una evolución hacia la izquierda. Fundamentalmente consiste en: la puesta en relieve del papel del imperialismo en los países periféricos (no digo tanto su descubrimiento, sino la vitalización del conocimiento de su existencia), acompañado del reconocimiento del papel jugado por las luchas interimperialistas y su evolución durante este siglo hacia la hegemonía de un centro imperial respecto de los otros; y, simultáneamente, el redescubrimiento de la existencia de la clase obrera como tal clase, de sus diferencias con respecto a ella, de la necesidad del acercamiento a la misma, y, fundamentalmente, de que esa clase obrera, como tal, es la única fuerza que objetivamente se encuentra en oposición a todo el sistema. No todo este complejo pasó del campo racional, desde luego, y por lo tanto no siempre el comportamiento de este grupo es coherente. Ni todo el grupo es homogéneo: casi toda su gran línea de primeras figuras no logra trascender la imagen de un peronismo musoliniano, con injertos de libidinosa y dilapidadora dictadura sudamericana, ni la de un antiimperialismo de discursos contra la política del garrote. Pero en parte de la juventud, por lo menos, se descubre vitalmente que algo —por poco que sea— de su antiperonismo no es justa indignación contra los fraudes evidentes, sino secreta complicidad con algunas de las estructuras que se sentían amenazadas por eso que el peronismo convocaba aunque no lo fuera: la sublevación —real y concreta y no abstracta— de un proletariado concreto, la lucha contra la metrópoli. Descubierta esa trampa, reconocida esa trampa, se está en disposición de emprender el camino hacia la modificación de las actuales estructuras; se está en la izquierda.

No se trata —casi ni vale la pena decirlo— de un proceso tan simple, ni tampoco de un cuento a la manera del cine norteamericano, en el que tras innumerables dificultades y tropiezos se llega al final feliz y se da comienzo a un amplio porvenir rosado. Muchas cosas faltan. Descubrir que el marxismo no es un conjuro. Descubrir que el proceso social no tiene por qué darse a través de los esquemas que uno ha elegido (por más verosímiles que esos esquemas sean). Descubrir que ese proceso no tiene por qué darse a través del partido en que uno milita; que, a lo sumo, ese partido puede ser instrumento del proceso pero no a la inversa. Librarse de esa trampa que Portantiero nos recordara, citando a Gramsci: la tendencia que tenemos los hijos de las clases medias a abdicar del privilegio económico en que nos encontramos, pero sólo a condición de intentar reemplazarlo por el acatamiento que prestan las clases proletarias a nuestro liderazgo; es decir, si ellas aceptan la presunta superioridad que nos da esa cultura que sólo se debe, justamente, a nuestro actual privilegio económico⁽¹⁾. Renunciar a toda fantasía; ésa es la condición imprescindible. Es posible que individuos aislados de entre nosotros (de las clases altas y medias), o aun grupos de individuos, se liberen de las limitaciones de clase durante la lucha misma; es muy difícil que eso ocurra con organizaciones enteras. Y aquella posibilidad solamente existirá en tanto nos vayamos desgarrando de nuestra clase, a medida que situaciones cada vez más exigentes lo vayan solicitando. Librarnos de toda fantasía: los cambios sociales no suelen ser agradables para las clases dominantes, y tienen la lastimosa virtud de arrasar con muchas cosas placenteras. Sí, los proletarios considerados desde la tabla de valores de este mundo de las otras clases son bárbaros. Bárbaro era el burgués frente al cortesano del rococó. Bárbaro, el extraño, el extranjero. ¿Y qué otra cosa que extranjera es la clase proletaria en una estructura que sólo lo considera como cosa, como instrumento?

(1) Portantiero, *La joven generación literaria*, mayo de 1957, *Gaceta de cultura*, número 29. Esa es la ilusión que marea la Reforma Universitaria: el gambito por el que las clases medias pretendemos llegar a ser los dirigentes en una nueva situación, por un movimiento dirigido por nosotros y en el que el proletariado sólo sería nuestra masa de maniobra.

Ilusiones elementales, se dirá, de las que cualquiera que ingrese en la izquierda activa pronto se libra. Pero elementales o no, esas ilusiones se encuentran muy profundamente implantadas, puesto que forman parte de nuestra misma situación, de nuestra vida tal cual es. Solamente cuando seamos capaces de reconocer (no sólo racionalmente sino también vívida, vitalmente) el hecho de que pertenecemos a la clase media, y que ese hecho nos separa del proletariado, estaremos en condiciones de superar esa separación. Solamente cuando seamos capaces de reconocer la existencia de aquellas ilusiones estaremos en condiciones de librarnos de ellas. No basta militar en determinado partido, no basta leer a Marx —ni, por supuesto, citarlo—, es imprescindible darnos vuelta como un guante, y esa es una operación profunda y penosa. Lo demás es filisteísmo, aun cuando sea filisteísmo de la mejor buena fe⁽²⁾.

El socialismo de izquierda conserva todavía algunas ilusiones típicas de la mentalidad de nuestra Reforma, y padece la desgracia de una tradición ilustrada que pesa mucho sobre la reelaboración de teorías y sobre su actitud frente a nuestra realidad. No puede librarse de la ilusión de que es necesario adoctrinar a la clase obrera para que se comporte como tal y de que los líderes socialistas están llamados a ejercer ese magisterio. Muchos de sus dirigentes no pueden terminar de superar sus prejuicios frente a nuestro pasado, sin cuya comprensión también el presente resulta ininteligible⁽³⁾.

Pero existe el esfuerzo —con más claridad y positivos resultados en los grupos más jóvenes— de entender el sentido de nuestras estructuras y de actuar en consecuencia. Y, sobre todo, ese esfuerzo es vivencia, experiencia asimilada. Claro ejemplo de ello es no sólo el intento de abrir la discusión teórica, sino también la visión de América que tienen (la de esta Latinoamérica colonial), el deseo de comprender y analizar el fenómeno peronista, y la posición antigolpista ante un gobierno que ofende los sentimientos más tradicionales del socialismo, anticlericalismo incluido.

Y bien, el ghoidismo puede permitirse lo que el ala izquierda se veda cuidadosamente, presionando así sobre ella en la dirección de las viejas tendencias y de los viejos hábitos. Y en una coyuntura en que esas tendencias y esos hábitos pueden recubrirse nuevamente con el prestigio de la izquierda intelectual. Los enemigos de siempre: clericalismo, capitalismo, derecha irracional, aparecen como aliados del gobierno, siendo parte del gobierno. El ghoidismo puede agitar esos trapos delante de la conciencia liberal. Y todavía aparece ahora otro factor más, ese extraño aliado que el gobierno llama en su ayuda, los capitales norteamericanos, a los que es también el ghoidismo el que puede señalarlos con todo desenfado, porque para él no se trata más que de eso: de

(2) Esta operación debemos hacerla todos los que nacimos en la clase media. Eso me parece evidente. Como también que no basta creer haberla realizado para que sea así. Muchas veces me ha ocurrido encontrarme con militantes de la Reforma o del Partido Comunista o de algún grupo trotskista, que encontraban solucionado el problema, ya sea con su afiliación, ya con alguna frase más o menos prestigiosa (algo menos que más, desgraciadamente) tal como *soy obrero-estudiante*. Las cosas no son tan fáciles, ni en el sentido individual ni en el de la acción política. Para última, en ciertas circunstancias, puede convertirse en una excusa para no entender, para no actuar, para salvar la conciencia o para declararse a salvo. En una mesa redonda realizada en la Facultad de Ciencias Exactas, sobre el peronismo, hice, como presidente de la mesa, parecidas reflexiones. Uno de los oradores —militante de un partido de izquierda— declaró que al militar en ese partido estaba a salvo de toda limitación burguesa. Por ese solo hecho, amándose bien. El mismo, en el transcurso de su exposición, dijo que el peronismo nunca había contado con el apoyo de la juventud. Eso, ante un público juvenil de clase media, podía deberse sin duda a demagogia ocasional, pero sonó a demasiado sincero: el orador solamente pensaba en la clase a que pertenecía, la clase media, cuya juventud, esa sí, fue antiperonista.

(3) Típico ejemplo de eso no entender todavía, el libro de Latendorf, *Nuestra América difícil*, caracteriza a Yrigoyen con la transcripción de un párrafo de un folleto de Sánchez Viamonte, *El último caudillo*. Advierte así —quizá sin advertir las implicancias de su adhesión— a la visión que de un fenómeno tan complejo como el radicalismo yrigoyenista tenía un joven aristocratizante de la izquierda intelectual en 1930. Pero ese mismo libro está cargado de la voluntad de entender, y eso es lo que quiero hacer resaltar, la contradicción en sentido positivo que existe dentro de la izquierda socialista. Pareciera que todavía no existen las condiciones para llevar esas contradicciones más adelante ni más en profundidad. Existe una cierta tendencia a quedarse en el mero hecho político o a fijar límites a la autocrítica. Característico es, en tal sentido, el artículo llamado precisamente *La crisis socialista*, aparecido en *Foro Socialista*, N° 1. El detener el examen de la crítica en eso de por sí significativo: la situación actual del P. S. tiene raíces más lejanas y más profundas que las allí señaladas. Más adelante trataré de volver sobre este problema.

marcar como a un demonio todo lo que el gobierno representa, sin cargo alguno de conciencia, sin complicación alguna. Para Ghioldi, que no cree en el imperialismo económico, que encuentra convenientes los contratos petroleros, Frondizi es ahora el vendido al gran capital, el que vende el país al imperialismo. Es difícil en esas circunstancias al socialismo de izquierda mantener las distancias, diferenciarse del oportunismo ghioldista, continuar la elaboración de sus posiciones. Sobre todo, cuando se tiene dentro de las propias filas quienes están dispuestos a lanzarse en el mismo juego en que está Ghioldi. Allí lo vemos a Palacios pidiendo la renuncia del presidente de la República como en sus mejores momentos del antiperonismo, vemos a *La Vanguardia* utilizando el mismo lenguaje que *Afirmación*.

¿Podrá la izquierda socialista continuar su evolución en tan difíciles circunstancias, empeoradas porque el ghioldismo puede acusarla de haberse equivocado, de no haber sabido prever que el frondizismo era un fascismo enmascarado? Algo está ocurriendo que puede volver a enturbiar problemas ya de por sí complejos, tal como ocurrió durante el peronismo; algo que ayuda a las derechas a simplificar de tal modo los campos —o por mí o contra mí— que el esfuerzo de clarificación puede volverse difícil o convertirse en una tarea de laboratorio reservada a una minúscula minoría. Este peligro se ve aumentado, en el caso específico del socialismo, por la renuencia o la imposibilidad que demuestra su izquierda para abrir un serio debate ideológico. Es posible que tema ofrecer blancos a sus adversarios si ejercita demasiado la autocrítica, y también es posible que tema introducir fisuras en sus propias filas. Pero lo cierto es que se encuentra presa entre ese riesgo y la confusión por falta de un real esclarecimiento teórico. La asimilación de la experiencia local —incluida la del peronismo— parece ir realizándose, sin embargo, en el campo teórico, de modo indirecto, por el estudio y la comprensión de la situación en otros países subdesarrollados y dependientes, el retorno a Marx y la influencia de los socialismos de países vecinos, en especial del chileno. Se presta gran atención a la elaboración teórica de los partidos socialistas asiáticos —probablemente por la acción de Di Tella— y se trata de entender el mecanismo de los movimientos nacionalistas latinoamericanos, prestando más atención a su significado objetivo y menos a las ideologías en que esos movimientos suelen traducirse (1).

Los peligros que corre el socialismo de izquierda parecen más bien consistir en la dificultad que encuentran sus elementos de vanguardia en superar los prejuicios de origen clasista de su propia base partidaria, ya que un debate público prematuro puede dejarlos convertidos en uno de los clásicos grupos de superizquierda que se debaten en la esterilidad de planteos que sólo reciben apoyo entre los propios iniciados. Pero también en la posibilidad inversa de que, eludiendo toda discusión teórica llevada hasta sus lógicas consecuencias, sean los propios prejuicios los que predominan, arrastrándolos a las posiciones que hoy tratan de combatir, o dejándolos solos y aislados a mitad de camino.

Otro peligro acecha también al socialismo de izquierda —y parece haber dado ya sus primeros brotes—, aunque éste no le es específico sino que envuelve a todos los grupos con importantes aportes de clase media. Se trata del peligro inverso al del gorilismo, y sus consecuencias son menos previsibles: el de la asimilación a la política del gobierno, la tentación de unirse a esa política o de apoyarla.

A pesar de su carácter no específico, me referiré a él aquí, tanto por razones de método como por una razón circunstancial: ha sido en el socialismo donde lo he advertido por primera vez.

Tres elementos hay que tener en cuenta para caracterizar el período iniciado por este gobierno. Uno, nacido de los factores locales, pero no relacionado sino de modo muy singular

con la acción del gobierno mismo, y dos provenientes directamente de esa acción. El primero, lo constituye el inevitable crecimiento del país, crecimiento sobre el que se encastra la acción oficial y la de las fuerzas que detrás de ella se mueven, pero no promovido por esa acción, sino, al contrario, retardado y deformado por ella. En efecto, las medidas que se están adoptando son contrarias al desarrollo lógico y armónico del país. Pero, tal como ocurrió hasta ahora, a pesar de las deformaciones y limitaciones impuestas a la Argentina por el sistema en el que está inserta, la nuestra es una sociedad en expansión, y esa expansión seguirá porque nuestro ámbito todavía lo permite, en especial un ámbito económico-geográfico que nos constituye en una típica *sociedad de frontera*, en la que las contradicciones hallan su salida en el espacio aún no cubierto por la sociedad misma: aún existen fuentes naturales de riqueza no explotadas (sobre todo minerales), aún existen espacios libres no aprovechados, y es posible, mediante un mejoramiento técnico, hacer rendir más las explotaciones actuales. Una explotación técnica más elevada de nuestros campos de pastoreo, por ejemplo, puede permitir aumentar nuestros saldos exportables dentro de ciertos límites, o una explotación intensiva de nuestro petróleo puede permitirnos llegar a exportar combustible. Eso puede alargar el ciclo de país productor de materias primas; y, por ende, permitirá superar transitoriamente nuestras actuales dificultades económicas —tal como ocurrió al mejorarse el sistema de producción de carnes—, admitiendo, al mismo tiempo, *aguantar* el crecimiento de población.

Para ciertos grupos sociales, que no se vean afectados directamente por la política oficial por no incidir ésta de modo demasiado violento en su nivel de vida, va a ser difícil mantenerse al margen de las solicitudes que ese tipo de crecimiento va a originar. Los grupos superiores de la clase media, y en especial los grupos que representan la intelectualidad de la sociedad global, van a sufrir fuertemente la tendencia a constituirse en expresión de un proceso que los puede hacer sentir ligados a ese crecimiento, al auge económico que para algunos estamentos sociales (los más altos) va a significar, y al disfrute de los bienes de *civilización* que ese proceso va a importar. Y no me refiero solamente al aspecto material e inmediato del mismo, sino a sus aspectos *culturales*: como es típico en los procesos de desarrollo colonial, se va a producir una *invasión cultural* que va a permitir a las clases altas construirse una cultura provinciana a la medida de su desarrollo económico dependiente, y, como éste, sin real autonomía ni real poder creador. Se va a reproducir, con otras formas, desde luego, el proceso de auge cultural iniciado en el 90 —que llevó de Cané a Mallea; que produjo el Teatro Colón y las temporadas líricas importadas; que ocasionó sucesivos auges culturales artificiales, subsidiarios y sin vida propia efectiva. Es posible que reproduzcamos en otros términos el auge económico y cultural brasileño de los últimos años, que ha llevado a construir objetos culturales tan curiosos como Brasilia —quizá más útil pero no muy diferente en este sentido del Colón— que tanto deslumbra a los teorizadores del gobierno actual. Va a ser muy difícil para esos grupos sociales resistir la tendencia a enajenarse en el proceso, puesto que la resistencia puede arrastrar al exilio espiritual, al otro tipo de esterilidad provocada por el desarraigamiento, y que se traduce en la amargura y la mezquindad, tan características en nuestras izquierdas. Un difícil equilibrio, que evite la enajenación sin llevar al desarraigamiento, sólo será posible por el mismo proceso que exige el desclasamiento; y ese tipo de gimnasia suele llevar al borde de la neurosis, aún hundiéndose en el pueblo trabajador, a quien no es, efectivamente, un proletario.

Los otros dos elementos, como dije, sí se deberán a la acción del gobierno. Y tendrán caracteres bastante más mezquinos. El gobierno promete asegurar el *orden* y promover el aumento de la riqueza nacional por el aumento del trabajo de la colectividad, es decir, por el aumento del trabajo de las

(1) Claros ejemplos de esta tendencia son dos artículos: *Socialismo y comunismo en Asia*, aparecido en *Sagitario* N° 6, de noviembre de 1956, y *Nacionalismo popular y socialismo en Latinoamérica*, de Latocórf, aparecido en *Futuro socialista*, N° 1, de setiembre.

clases trabajadoras. Esta promesa estimula directamente dos mitos de las clases medias y superiores: el mito de que es posible el *orden disciplinario*, sin la participación de toda la comunidad en la elaboración de ese orden; y el mito de que los trabajadores son ociosos, de que las dificultades económicas se deben, no a una mala organización social, sino a la mala voluntad de las clases populares que no trabajan lo suficiente. Estos mitos tocan a las raíces mismas de la ideología no expresada de las clases altas y medias, que deforman por medio de fantasías escapistas los hechos reales con los que se ven enfrentadas pero que se niegan a reconocer: el hecho real de que la riqueza es producida por el trabajo (y no por el capital o la habilidad del empresario); el hecho real de que el sistema capitalista despilfarra riqueza; y, para las clases medias, el hecho real de que la evolución del capitalismo produce su constante rebajamiento de nivel económico y jerárquico.

En suma, el gobierno está prometiendo a las clases altas y medias que va a mantener su nivel de vida, de civilización, por la explotación del proletariado, y a salvo las estructuras en las que se sienten protegidas contra el ataque de ese proletariado; a salvo su cultura, *La Cultura*, del ataque de los bárbaros. Ya algunos de los efectos de ese proceso los estamos viendo: ciertos grupos de industriales, aunque racionalmente temen que los planes del gobierno signifiquen su arrasamiento, se aferran irracionalmente a las ilusiones que en ellos remueven esos planes, y no se animan a enfrentarlos, sino que prefieren cerrar los ojos y correr los riesgos que su razón les hace ver. También algunos grupos de clase media *progresista* comienzan a justificar con cierto entusiasmo al gobierno cuando éste les ha indicado que los peligros de su política recaerán en espaldas ajenas.

EL LIBERALISMO PROGRESISTA

Hasta cierto punto, es posible contar la historia del socialismo como si fuera la historia de grupos aislados del conjunto del país por las particulares condiciones creadas en la ciudad de Buenos Aires, y eso es indudablemente cierto referido a sus primeras etapas. No es una exageración total hablar de una importación ideológica producida por la inmigración de profesionales y trabajadores manuales en las postrimerías del siglo pasado y de la congelación de esa ideología y su posterior adaptación debido al cambio de la situación social de esos inmigrantes y de sus hijos.

Algo análogo —con la validez relativa de tales analogías— ocurrió con las fuerzas sociales que dieron nacimiento al actual Partido Demócrata Progresista. Nucleada alrededor del puerto exportador de Rosario y apoyada en la vasta zona de colonias rurales que lo rodea, se desarrolló una sociedad de clase media y fuertes comerciantes burgueses en la zona urbana, sobre una sociedad campesina de clase media también próspera y rica. Colonizada por otros centros imperialistas (Francia, Alemania) que los que dominaban al conjunto del país, su producción (de base cerealera) también ponía esa zona en oposición con el resto de la nación: despreciaba al interior *incivilizado* —incluido el propio norte santafesino— y se sentía en competencia con la gran región ganadera y su centro urbano, Buenos Aires. Por otra parte, su desarrollo fué posterior al de la zona ganadera, y, cuando las necesidades de ésta y de su centro imperial lo exigieron, es decir, cuando comenzaba su decadencia, no titubearon en aplastar a los intereses (extranjeros y nacionales) de la zona rosarina. El esquema puede resumirse así: la zona del ganado, proveedora de materia prima para Londres, se desarrolla inmediatamente después de Caseros; la zona rosarina comienza su desarrollo con posterioridad, y alcanza su auge —junto con el del imperialismo alemán— en vísperas de la guerra del 14; para esa misma época las posibilidades de expansión del imperio británico y de la zona ganadera (por causas comunes, desde luego, pero también por algunas específicas de la zona ganadera) han llegado a punto de satu-

ración; el imperio británico vence a su rival en la primera gran guerra y procede luego a un lento reajuste de sus estructuras; ese reajuste se ve apresurado por la crisis del 30; a raíz de ella el imperio británico no titubea en exigir mayores concesiones a la oligarquía ganadera, y ésta revierte su opresión sobre las capas más débiles de su misma clase social, entre ellas los ganaderos no invernadores y la burguesía de la zona del cereal, que normalmente coincidían en sus capas superiores. La zona de Rosario es así un caso excepcional en nuestro país (sólo tiene alguna semejanza con Mendoza) y su comportamiento político lo trasunta. Cuando ya la oligarquía ganadera y sus representantes habían dejado de ser progresistas, ella vivía en plena euforia del progreso indefinido capitalista, siendo su alta burguesía local representante real de una comunidad en expansión. Sus representantes políticos (de la Torre en especial) creían todavía posible la existencia de un partido conservador nacional que fuera asimismo rector progresista de toda la comunidad. De ahí la alianza formada en 1912 con todos los grupos conservadores provinciales, alianza en la que Lisandro de la Torre y su grupo creían de buena fe, mientras los caudillos conservadores (Ugarte de Buenos Aires, Vidal de Corrientes, como ejemplos máximos) sólo pensaban en un instrumento empírico que evitara la llegada de nuevas clases al poder político. Cuando en 1936 fué visible el juego del imperialismo inglés y de la oligarquía unida a él, de la Torre se alzó contra ellos y emprendió una batalla que, por valiente que fuera —y lo fué— estaba perdida de antemano. Porque el descubrimiento de aquel juego y la misma batalla no hicieron perder a la de la Torre su ideología y sus ilusiones: su ataque se libraba desde el ángulo del liberalismo que sus aliados de ayer habían subrepticamente —pero no sin eficacia— abandonado. En efecto, de la Torre no abandona su creencia en las posibilidades de progreso del capitalismo competitivo: es desde esa perspectiva que critica y denuncia los tratados de carnes y las leyes bancarias. No porque no pongan el control de la economía en manos del pueblo, sino porque dan excesiva ingerencia al Estado. Se trata de una actitud honrada, sin duda, pero fracasada desde el momento mismo en que nació, porque no advertía que la era de la libre competencia había terminado para todo el orbe capitalista: los monopolios internacionales la hacían imposible, y no iban los respectivos gobiernos a dejar de reflejar esa nueva situación. (1) El capitalismo no es ninguna excepción respecto de las diversas estructuras culturales que ha vivido el hombre. Se trata de una estructura cerrada, en la que los abusos no son sino parte de la estructura misma. El monopolio no es una aberración, es consecuencia de la propiedad capitalista, del juego de la libre competencia, su culminación en la realidad. El imperialismo no es una maldad voluntaria de los países más desarrollados, es la consecuencia de una estructura en acción. El peronismo demostró el fracaso de la tentativa dirigida ideológicamente por los nacionalistas y en parte por F.O.R.J.A. de solucionar nuestros problemas sin modificar nuestras estructuras, por la vía del antiliberalismo. El gobierno militar demostró que ya no es viable la fórmula liberal, por la que aun las mejores intenciones terminan movilizando obreros y llevando el caos a nuestra economía (2).

La juventud demócrata progresista parece haber sacado su lección. Es difícil saber exactamente hasta qué límites han llegado, pero sí seguramente hasta advertir que el capitalismo

(1) Es por eso, y por lo que digo inmediatamente, que en *Cuadernos de Contorno* N° 1, decía que de la Torre no superó la ideología de los liberales a la antigua, aunque su postura (es decir su acción en lo puramente inmediato) sí se enfrentara con esa ideología. Pero la contradicción, aunque entrevista por de la Torre, no llevó a éste a sacar las consecuencias teóricas necesarias. Me extraña que los redactores de *Definiciones progresistas* (N° 1, diciembre de 1957) no hayan advertido lo que yo quería decir. Su aparente creencia en la viabilidad de un liberalismo reformista, me hace dudar respecto de algunos de ellos sobre la validez de la segunda parte de mi afirmación de entonces: la de que los jóvenes del P. D. P., llevan a su consecuencia lógica las posturas de de la Torre. La única consecuencia lógica es la que cuestiona todo el sistema y propone otro, tal como intento describirlo en el texto.

(2) Ni siquiera faltaron algunos hechos que, como los *aportes* del viejo teatro, descubrieran hasta subrayadamente la armazón que se oculta, inevitable, debajo de la fachada liberal: el papel de Prebisch, el discurso de Rojas en el Círculo de Armas, ese famoso discurso en el que aconsejó y defendió el uso del frac, etc.

ha entrado en su etapa de declinación, lo que significa que no han quedado en el liberalismo reformista sino que han entrado en el reformismo liso y llano.

Pero en los momentos actuales, frente a la acción del gobierno, no puede predecirse qué ocurrirá con esa evolución, ni qué fuerza de arrastre tendrá la misma, si prosigue, entre los cuadros. Con algunas características especiales, se reproduce lo que ocurre en el socialismo: la acción de los viejos dirigentes puede sepultar las tendencias hacia el esclarecimiento y diferenciación de las ideologías. En realidad, hasta ahora no es fácil encuadrar las tendencias partidarias. Todo ocurre como si nos encontráramos en un momento de tanteo y vacilación. Thedy parece encontrarse bastante cerca del gobierno. Molinas, en cambio, parece representar la oposición frontal, reivindicadora sobre todo de banderas anti-imperialistas desde una perspectiva ética, la más apta para desorientar a miembros de la clase media, alejándolos de una comprensión cabal del problema imperialista. He aquí de nuevo los dos extremos que pretenden presentarse como única solución impidiendo la clara formulación de otra actitud.

LA OTRA RAMA DEL VIEJO TRONCO RADICAL

Hasta las últimas elecciones el segundo partido político del país, electoralmente hablando, era sin duda el radicalismo del pueblo. Y debe seguir siendo la mejor maquinaria política. Todo indica, sin embargo, que, por la presión del oficialismo, se encuentra en vías de división, sino de desintegración.

La U. C. R. P., en efecto, más que un partido, es una federación de partidos, o, tal vez mejor, de grupos políticos unidos por una organización global común, una tradición puramente política común en parte, y similares experiencias. Pero con organizaciones internas casi autónomas que chocan entre sí, con enfrentamientos parciales de tradiciones y con tendencias que parecen ser centrifugas. El unionismo y la intransigencia son ya no sólo organizaciones que funcionan dentro de la organización partidaria, formando por lo menos cuatro grupos diferentes, sino que significan tradiciones distintas y responden a grupos sociales diferentes. El unionismo está constituido por un todavía muy capaz grupo de dirigentes políticos, descendientes directos del antipersonalismo. Su historia es bien conocida: se trata de la rama radical, estrechamente emparentada con el liberalismo conservador, que proveyó al país algunos de sus más astutos políticos y, lo que suele olvidarse, tres presidentes: Alvear, Justo y Ortiz. Ha sido ya señalado por Ricardo M. Ortiz en su *Historia económica de la Argentina* cómo ese grupo se consolidó a raíz del desarrollo del *enfriado*, integrándose en forma casi absoluta con los intereses de los frigoríficos, es decir, con el comercio exportador de carnes. Pero, además, el unionismo, a través del proceso alvearista, se constituyó en una maquinaria política sumamente corrompida, no sólo por su intervención directa en negociados como el de la electricidad, sino porque organizó una red de caudillos a su servicio, con la clásica pirámide del politiquismo profesional, hecha a base de pequeños servicios personales, que van desde la obtención de puestos hasta la intervención ante comisarios y jueces en favor de levantadores de juego. El unionismo, como máquina política, está formado por un reducido grupo de hábiles y capaces dirigentes liberal-conservadores, una capa de *caudillos profesionales* y cuadros formados por *clientes* en un sentido similar al de la decadencia de la república romana: desocupados, empleados públicos de menor —y peor— cuantía, pequeños delincuentes. Pero el proceso peronista proveyó al unionismo de un prestigio que nunca había tenido: sus dirigentes aparecieron ante los ojos de la clase media urbana como sus campeones frente al avance de los *esbécitas negras*. Al mismo tiempo que un lento proceso iba consolidando al unionismo como maquinaria política, proveyéndola a la vez de un electorado propio, se iba produciendo una transformación —lógica si se quiere— en su actitud política. Los vani-

dosos *galeritas* de la preguerra del 14, que alardeaban de su espíritu ilustrado y progresista, que proponían programas relativamente avanzados en materia social, que se presentaban como defensores y eruditos del derecho, del respeto formal a la ley, ya en 1930 no titubearon en echar su civilismo por la borda y participar, primero en el golpe militar, luego en los gobiernos conservadores. La contracción de las posibilidades económicas del sistema y el avance de las capas sociales populares, los convirtieron en defensores crudos de sus privilegios, es decir, del orden constituido. Los nuevos cambios posteriores a la segunda gran guerra los han llevado a ser los teóricos del republicanism: el gobierno de los menos por ser mejores, aunque manteniendo los enunciados del gobierno democrático en el que no sólo ya no creen sino que no pueden ni pensar.

La intransigencia responde a una formación mucho más compleja. Sus dirigentes son todos o casi todos hombres de la clase media, y entre ellos tiene real vigencia el mito de la conquista del poder político y del logro de una comunidad autónoma, por obra de esa clase media. Pero, al mismo tiempo, pesan sobre ellos varios factores que los condicionan y limitan. Siendo sus cuadros dirigentes formados en su mayoría por miembros de las llamadas profesiones liberales, se encuentran atados —mucho más de lo que algunos advierten— a los intereses de las clases altas, y eso se ha agudizado justamente en los últimos años, al ingresar un nuevo tipo de profesional conjuntamente a la vida económica y a la acción política: los asesores de firmas industriales y comerciales. En muchos de ellos la ligazón entre una y otra actividad ya no es inconsciente. Pero también, esa condición de miembros de la clase media les ha hecho sufrir agudamente —como ya lo he mencionado— el proceso peronista. También aquí existe una máquina política, con una corrupción semejante pero nunca igual a la del unionismo. También aquí la clase media se ve representada en los dirigentes radicales. Pero éstos son al mismo tiempo mucho más políticos de partido que los unionistas, es decir, que están en relación más directa con el afiliado común, y representan más cercanamente a la clase que los apoya puesto que pertenecen a ella. Es así que sienten inmediatamente las que podríamos llamar situaciones locales, es decir, las experiencias particulares tenidas por el grupo a que pertenecen en el ámbito local, lo que en un país todavía tan fragmentado como el nuestro reviste gran importancia. Los dirigentes intransigentes son —y no solamente por lo que he señalado, sino también por otras causas, provenientes casi todas de su habitat social— políticos de mentalidad provinciana, en su mayor parte. Y quiero decir con esto políticos de campanario, preocupados especialmente por su reducido mundo inmediato, su comité, su breve y limitado círculo de amigos, vivan en la Capital Federal, en La Plata o en Villa María. Dirigentes entonces que pueden tener peso o figuración nacional actúan muchas veces predominantemente por razones locales, casi imposibles de prever, pero sin que ello signifique la imposibilidad de señalar algunas líneas generales, reforzadas, precisamente por esas circunstancias locales. Esa sensibilidad a lo inmediato, ese vivir metidos en el ámbito vecinal, ha hecho sentir a los dirigentes intransigentes muy vívidamente tanto la sublevación de sus inferiores (la *chusma* de su barrio o de su pueblo) como el aire de transformación, de destrucción de los viejos estilos y normas que tuvo el peronismo. Suelen tener así esos dirigentes un conservadorismo cerril y rencoroso, que se corresponde perfectamente con el de esa parte de la clase media que sintió de cerca —en el empleo, en el transporte, en los lugares de veraneo— los efectos del peronismo. Cerrilismo que se refuerza por razones profesionales, ya que el peronismo reclutó muchos de sus dirigentes políticos en las filas del radicalismo entre los hombres de segundo rango, oponiéndolos de tal modo, y como vencedores, a hombres que se sentían superiores (1).

(1) Desde luego estas observaciones señalan sólo diferencias de grado y no absolutas entre estos dirigentes y los de otros grupos; pero creo que revisitan gran importancia en sus efectos inmediatos.

Las reacciones de los políticos del radicalismo del pueblo comenzaron a diferenciarse desde el día mismo del triunfo de Frondizi, y, a pesar de que no se hayan traducido todavía en hechos concretos definitivos, pueden señalarse tres o cuatro líneas principales. El unionismo en general se colocó desde el primer momento en una oposición cerrada y frontal, pero en los últimos tiempos ha habido algunas señales de resquebrajamiento de ese frente, en perjuicio de Zavala Ortiz y algún otro. Estos, a su vez, adquieren un aire cada vez más agrio, más *rabioso* tal como se decía en las luchas de las ciudades italianas. En la intransigencia ocurre algo semejante, aun cuando en ella existió desde un principio un ala conciliadora. Pareciera que Balbín se acerca así a su antiguo rival, en tanto que hombres del mismo círculo que Balbín anudan algunos compromisos con el gobierno. Las declaraciones oficiales del radicalismo del pueblo son de un relativo aire conciliador, en tanto Zavala, Sanmartín y Balbín se lanzan a una demagógica y desenfadada oposición. Los dos primeros pronostican el golpe militar y llaman a él, el segundo convoca a los grupos más opuestos para que se opongan al gobierno. Característico es en tal sentido el discurso dicho en Córdoba el 24 de Octubre, en el que enumera los agravios de los obreros y los empresarios, de los campesinos, de las Fuerzas Armadas, de los consumidores, de los profesionales, de los maestros, de los universitarios y estudiantes secundarios, de los empleados; y acusa al gobierno actual de estar entregado a intereses imperialistas, únicos que estarían satisfechos, y dos meses después de tener pactos con el "comunismo internacional".

LA ALIANZA DEL 23 DE FEBRERO

Hasta aquí, hemos revistado los grupos que se opusieron más o menos frontalmente a Frondizi en las elecciones. Pero —ya lo recordé— Frondizi llegó a la Casa Rosada apoyado por fuerzas muy diversas, además de las de su propio partido: el Partido Comunista, el peronismo, y algunos grupos nacionalistas.

EL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO

El partido Comunista, ni debería ser necesario repetirlo, es un caso muy especial para cualquier país del llamado mundo occidental. Al par de la Iglesia Católica y algunas otras organizaciones religiosas, algunos trusts y ciertas asociaciones típicas de la edad moderna, tiene carácter internacional. Pero, como tal vez sólo el catolicismo y algunos super-trusts, no se limita a existir internacionalmente, sino que actúa coherentemente en el plano internacional y posee una teoría que avala ese internacionalismo (1). Como esas otras organizaciones, el comunismo posee una doble ventaja: una perspectiva internacional y la posibilidad de una experiencia sumamente rica y variada que puede elaborarse en un cuerpo de teoría general para la acción. Pero esa ventaja acarrea los inconvenientes correspondientes; principalmente la tendencia a actuar por analogía en casos no equivalentes. Para

(1) A raíz de algunas apreciaciones hechas en el número 1 de *Cuadernos de Contorno*, en *Cuadernos de cultura* (Nº 33, diciembre de 1957), se entendió que yo pretendía insinuar que el P. C. recibe inspiraciones —o tal vez *dedones*— del exterior, al modo de las acusaciones policíacas de *Asul* y *Bianco*, (o de algunos socialistas de derecha). Yo estaba hablando en serio, aunque me permitiera algunas metáforas. Lo que quería significar, de un modo quizás excesivamente sintético y literario, es lo siguiente: El hecho de ser el marxismo una teoría elaborada en un lugar central del orbe capitalista y pretender una validez universal hace que su aplicación a un país periférico exija cierto reajuste de perspectiva. El comunismo lo ha entendido así, como lo demuestran sus múltiples esfuerzos en tal sentido. Pero el hecho de que deba seguir aplicándose como una teoría universal introduce graves escollos para tal reajuste, escollos que recién el conjunto de las experiencias en los mismos países periféricos han permitido apreciar en su justo valor. A eso debe agregarse que el mismo hecho de encontrarnos en un país dependiente influye en nuestras estructuras mentales de un modo deformante, porque todo nuestro ámbito cultural está deformado. El problema, para el P. C. como para cualquiera, consiste en cómo lograr un enfoque local correcto dentro de una perspectiva universal. Y creo que eso todavía no se ha logrado entre nosotros, lo que incluye también al P. C. —y a mí, desde luego—. Creo que una amplia y libre discusión sobre esto sería fructífera, para todos, sin preocuparnos del criterio que pueda tener. *Asul* y *Bianco*, pues bastante tienen sus redactores en estos momentos con sus propias preocupaciones sobre virilidad, origen de sus ingresos y otras sorpresas que les ha reservado el destino.

la Argentina el P. C. hace aplicación de la experiencia cosechada en el campo europeo y en la revolución china, sobre una base doctrinaria que se halla fuertemente impregnada por nuestra tradición racionalista liberal y positivista; tradición que —como en toda nuestra izquierda— llega a ser un pesado lastre de prejuicios. En los casos de Yrigoyen y de Perón —con todas las diferencias de circunstancias que media de uno al otro— la aplicación al caso concreto de una teoría de la acción demostró no operar felizmente. Encontrarse enfrentado con la mayoría no es, desde ya, prueba alguna de error, aun cuando se pretende obrar en favor de los intereses de esa mayoría. Si es prueba del error teórico la esterilidad. Es decir, encontrarse del lado de la esterilidad en un proceso histórico.

Como para casi todos, el proceso del gobierno militar pareció ser más rico en enseñanzas para el P. C. que el mismo proceso peronista. Debido a que compartió con el peronismo la repulsa de ese gobierno militar apoyado en todas nuestras fuerzas liberales, el aprendizaje de la realidad local debería haber sido más profundo en el comunismo que en los demás partidos. No lo fué en la medida que hubiera sido de esperar. ¿Y no es una prueba de ello la insistencia en querer ser aceptado como igual de esos otros partidos en la legalidad montada por el gobierno de facto? ¿Qué habría ocurrido si sus deseos se hubieran cumplido?

Al enfrentarse con el peronismo, las fuerzas de izquierda se dejaron determinar por un error básico: obraron como si el peronismo hubiera podido pasar a ser en los hechos un aliado del facismo europeo o su trasplante literal a la Argentina. Olvidaron que lo primero era imposible —al menos como experimento durable— en un país encuadrado en el imperio británico. Y tan imposible lo segundo como realización efectiva, en un país de nuestro desarrollo relativo y de nuestra situación en el orbe capitalista. Y esas mismas izquierdas no escudriñaron la razón fundamental que justificaba su oposición: el irracionalismo radical del peronismo, ese irracionalismo que le permitió tentar la aventura de utilizar una situación y unas fuerzas revolucionarias para mantener una estructura conservadora. El comunismo realizó también —y bien ampliamente— este error general de las izquierdas. No fué capaz de ver a tiempo el sentido real del proceso, lo que lo marginó del mismo, impidiéndole cumplir una acción positiva efectiva. Fueron las fuerzas sociales que hicieron posible el peronismo las que descubrieron por sí solas su papel y su sentido en la historia local: proletariado y burguesía cobraron autoconciencia en la acción, sin elaboración teórica ninguna, o con una elaboración meramente empírica. La confusión ideológica en que nos seguimos debatiendo tiene viejas y complicadas raíces, pero la acción de las izquierdas durante el peronismo no ha contribuido sino a ampliar esa confusión.

Sin embargo, el gobierno militar descubrió la cara de Jano de la República que el peronismo había ocultado, y de ese proceso pareció salir el comunismo con una visión rectificadora y renovada de nuestra realidad inmediata. La situación era, por lo demás, propicia: el proletariado se sentía enemigo del gobierno militar y de cuanto estaba cerca de él, los viejos partidos conservadores demostraron ser los verdaderos preceptores de esos gobernantes de uniforme, las ligazones con abogados y representantes del imperialismo volvieron a mostrarse tan desembozadamente como en la década del 30. Después de algunas vacilaciones, el P. C. decidió jugar la carta del 23 de febrero apostando a Frondizi. Sería muy interesante poder enumerar cuáles fueron las razones que provocaron esa reticencia, pero sólo es posible entrar en el terreno de las adivinanzas, ya que en esos momentos el comunismo proclamaba la necesidad de la unión de todos los partidos sin mayores exclusiones. Pero el hecho es que la decisión del 23 pareció quebrar una larga tradición de poco acierto electoral aun superando prevenciones tan agudas como las que provocaban las declaraciones de Frondizi en materia de enseñanza. Y parecía ser, además, una decisión acertada. El Partido

Comunista apostaba a una posibilidad que ofrecía múltiples aspectos positivos: apostaba, ante todo, al mínimo de independencia que las burguesías nacionales ejercían en los países subdesarrollados, así como a la necesidad de la pequeña burguesía dirigente de la UCRI de intentar aunque fuera en borrador la llamada revolución democrático-burguesa (en esencia, en la situación real de nuestro país, algunas modificaciones en la distribución de la propiedad); como corolario de esa doble perspectiva, el P. C. apostaba al desarrollo de ciertas estructuras económicas y sociales que iban a posibilitar un más fácil accionar futuro, lo que nada tenía de ilusión si se piensa en un país más industrializado, más orgánicamente desarrollado y con núcleos fabriles —y por lo tanto, proletarios— en diversas partes del territorio. El comunismo, además, apostaba al mismo candidato que el peronismo, es decir, no aumentaba la brecha entre él y la gran masa obrera peronista. Demostraba su buena voluntad a un partido que era el único o casi el único en el que contaba con amigos (1).

Eso habría de permitirle, según esperaba, operar en la legalidad, por lo menos. Y hasta, por qué no, encontrarse en la inusitada situación de tener amigos en algunos puestos de gobierno. Como parte de tales antecedentes se podía esperar otra cosa que el P. C. aprecia en lo que realmente vale, aunque a veces caiga un poco en el ridículo al proclamarlo: relaciones comerciales con las democracias populares, con todo lo que eso implica sobre todo respecto de la modificación de conciencia en los grupos trabajadores y dirigentes.

Pero las esperanzas parecen haber durado poco. Es cierto que se ha mandado una delegación al Este, y que la misma parece haber trabajado bastante. Pero, en conjunto, las posibilidades de relaciones comerciales de cierta envergadura parecen muy difíciles, y la presión norteamericana en tal sentido es terminante. Como sugiere la revista *Visión* (Noviembre 7 de 1958) Estados Unidos está dispuesto a realizar cualquier esfuerzo respecto de la Argentina, porque "América Latina es más importante que el mundo árabe" y en especial "Venezuela, rico en petróleo, y Argentina que podría producir grandes cantidades del mismo en corto plazo" (páginas 12 y 21). La misión comercial Liccaga ha logrado aparentemente algunos objetivos concretos, pero las tratativas no se amplían, y, en cambio, el gobierno argentino utiliza cada vez más a los comunistas como chivos emisarios de sus dificultades. Además, el país entra cada vez más en la zona del dólar, y no sólo en materia económica: el panamericanismo ha dejado de ser tabú para los radicales intransigentes y, sobre todo, para los funcionarios de nuestra Cancillería. El dilema para el P. C. es claro: ¿se trata de un nuevo González Videla, o, por el contrario, de una astuta política que finge concesiones mientras se reserva hacer su propio juego? La base del partido sufre periódicos arrebatos de indignación, montada sobre las antiguas prevenciones. La dirección partidaria, en cambio, trata de mantener un difícil equilibrio que consiste, generalmente, en atacar la mayor parte de

las medidas del gobierno pero no a éste. Al contrario —y quizás en gran parte para calmar a su propia base— exagera el valor de las tratativas comerciales existentes. Los ataques más agudos, en todo caso, no se realizan por los órganos del P. C. sino por algunas de las entidades que componen los alrededores del comunismo. Por *Propósitos*, por ejemplo. Y eso aun respecto de aquellas medidas gubernamentales concretas a que antes aludía. Parece evidente que el P. C. quiere evitar a toda costa (aún a costa de sus propios militantes) que se cree una atmósfera de oposición cerrada en el país. A pesar de lo que digan la revista *Qué y El Nacional*, el P. C. quiere ayudar a que se mantenga este gobierno, ya sea porque prefiere una legalidad —o media legalidad— civil o por otras causas. Yrigoyen y Perón fueron atacados frontalmente y llamados facistas. Nada de eso ocurre ahora, a pesar de que, según la tesis nacionalista —adoptada más o menos oficialmente por el gobierno— el P. C. debería tener interés en derribar a un grupo político que se inclina hacia Estados Unidos en perjuicio de Inglaterra. La tesis expresada por el P. C. es la de la legalidad. ¿Está todavía implícita en ella la idea primitiva, aún con las limitaciones aparecidas en la práctica? De cualquier modo es dable admitir que el funcionamiento, aunque sea restringido, de las formas democrático burguesas en el país, es el mínimo que exige la teoría por la cual se apoyó a Frondizi el 23 de Febrero. Pero elementos más profundos y complejos yacen bajo cualquier fórmula de este tipo. El Partido Comunista argentino parece haber asimilado —en una experiencia de contornos universales, pero corroborada y vivenciada localmente— el proceso que todas las izquierdas han asimilado en conjunto y cada una por sus propios caminos y a su modo pero no sin influencias recíprocas: la distinción, en los países periféricos, entre los elementos profundos de los cambios económicos y sociales y las ideologías que adoptan; la falacia de la ideología liberal y el racionalismo de las clases superiores nativas en los países dependientes, producto exclusivo de su dependencia total respecto de los países centros; la liberación del mito *culturalista* y la tendencia a liberarse de las formas positivistas del iluminismo local, disfraz del conservadorismo aristocratizante. Y, en esa perspectiva universal que sólo el P. C. puede poseer plenamente, la importancia que pueden tener, dentro de la órbita capitalista, las más insignificantes contradicciones que dentro del sistema representen las fuerzas locales con respecto al centro imperial.

Con todo, sería incurrir en un error —en el que las derechas caen voluntariamente— presentar al P. C. como un bloque homogéneo. En él se mueven también las mismas contradicciones que existen en las otras izquierdas tradicionales: aún hay en él, sobre todo en lugares alejados de los comandos porteños, brotes de antiperonismo gorila, causados por la inserción de los dirigentes locales en la clase media provinciana; aún quedan fuertes tendencias hacia el liberalismo *progresista*, que confunde el consumo de formas culturales adelantadas o superiores por los *sectores ilustrados* de las capas altas de la clase media, con perspectivas creadoras; aún quedan resabios de rechazo, en muchos de sus cuadros, de los caracteres *bárbaros* e irracionales que suelen revestir los proletariados recién constituidos en los países periféricos (en base a su campesinado), sobre todo cuando comienzan a cobrar conciencia de su existencia como clase. Y a la inversa, por la propia debilidad de base obrera que tiene nuestro comunismo, afloran en él corrientes de populismo superizquierdista, características en toda nuestra izquierda en el momento. La propia composición de clase media de la mayoría de nuestros cuadros de izquierda, ante el comportamiento del gobierno actual, los empuja a un tremendismo superizquierdista: a la recreación del mito de la *Huelga Revolucionaria* que llenó parte del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. El hecho cierto de los límites de desarrollo del capitalismo, del fracaso de las clases medias para adueñarse del poder y del papel de la clase obrera como

(1) En este país, en efecto, todos los partidos son anticomunistas, desde los conservadores hasta los socialistas, y en la mayoría de los casos anticomunistas militantes. Ya han quedado muy lejos en el recuerdo los embrionarios frentes populares: tan subordinados culturalmente está nuestro país que tiene menor independencia que otros muchos de Latinoamérica. En Chile, en Brasil, sin ir más lejos, los partidos no temen cuando lo creen necesario o útil a sus intereses buscar el apoyo o la alianza con los comunistas. No se trata aquí de que eso sea intrínsecamente bueno o malo; simplemente señala que partidos de toda clase, aun burgueses (como en el caso de Adhemar de Barros) tienen la suficiente independencia de criterio como para buscar los aliados que les parezca conveniente. Entre nosotros, en cambio, fué común ver a hombres de todas las tendencias asociarse a los comunistas en la política, cuando la Unión Soviética no era un peligro inmediato para nuestros centros imperiales, cuando era su aliado, o cuando en Europa se forjaban alianzas con los comunistas. Actualmente esos mismos hombres se persignan o hacen cuernitos en cuanto se les mienta el nombre del comunismo. Solamente algún que otro individuo aislado se permite aparecer junto con comunistas o aun con personas marcadas como filocomunistas en cualquier actividad pública. No es necesario que exista un macartismo expreso como el de la famosa Junta de Defensa de la Democracia; siendo a aparecer como comunista o sincera repulsión hacia ellos, ya algo ha pasado a formar parte de la conciencia misma de los miembros de nuestros cuadros políticos e intelectuales, que ni siquiera advierten claramente cómo han sido manejados sus sentimientos y sus ideas, ayer en favor de una cierta tolerancia o hasta verdadera amistad con el comunismo, hoy en pro de su rechazo. Casi solamente en la intransigencia existían grupos fuertes en relación cordial con el P. C., y entre los dirigentes del ala izquierda muchos tenían un frecuente trato con los hombres del comunismo y con las ideas marxistas.

único factor objetivamente revolucionario, al hacerse experiencia inmediata en la actual situación, causa en las clases medias un sentimiento de frustración irritado que las empuja, o al conformismo, o a una rebeldía que sólo se satisface con la proclamación de actitudes ultrarevolucionarias: sólo queda, proclaman, la toma inmediata del poder por el proletariado, la revolución con fusiles en la mano que transforme en arroyos de sangre las calles del Barrio Norte. Los hijos de la clase media fabulan el parricidio, viendo en cada colegio secundario, en cada Universidad, en cada esquina, la oportunidad de vengar la demostrada impotencia de su clase.

El P. C. en su conjunto está demostrando una sabiduría y una madurez, a pesar de todo, que hace parecer como inconcebibles los manifiestos de 1931 que llamaban al proletariado a no mezclarse en luchas políticas ajenas a su clase, o la convocatoria a la Unión Democrática sin exclusiones de 1945.

Oficialmente, sin embargo, parece estar en vías de rehabilitación la tesis —nunca abandonada expresamente por el P. C.— de que es viable un entendimiento general de los llamados "partidos democráticos". El problema consiste en determinar con qué perspectivas y límites se plantea ese entendimiento, y ello en un doble sentido: si se trata de la propuesta de una verdadera alianza o coalición, o, simplemente, de coincidencias circunstanciales respecto de objetivos concretos, por una parte, y, por la otra, si se excluyen partidos o movimientos y cuáles. El P. C. no se muestra demasiado explícito al respecto ni aclara cuáles son los fundamentos teóricos y prácticos de su propuesta.

Y justamente todo esto implica la mayor parte de los problemas fundamentales que tiene que dilucidar nuestra izquierda. Ciertos problemas de política inmediata, desde luego, como, por ejemplo, el que plantea la justificada aversión que el proletariado reserva para determinadas figuras políticas. Pero, finalmente, la determinación del papel que se asigna a los diversos grupos sociales, y a los partidos que los expresan, en el proceso local.

Es evidente que el uso de palabras como "democracia", "libertad", "imperialismo", por la mayoría de los partidos liberales tradicionales no puede ocultar el carácter ya decididamente retrógrado de los sectores sociales que expresan; por lo cual parece hasta inútil intentar una acción común con ellos, ante todo porque no la van a aceptar o solamente la van a aceptar en condiciones excesivamente onerosas. Otros, en cambio, representan a grupos que fluctúan entre tendencias contradictorias, lo que puede empujarlos en determinadas coyunturas a actitudes también contradictorias. Creo que la situación mundial —excesivamente madura en relación con nuestras estructuras— no permite hacerse demasiadas ilusiones respecto del papel progresista que esos grupos, en su conjunto, pueden desempeñar: como ya lo he ido indicando —y espero desarrollar y fundamentar más ampliamente en este mismo artículo— se está produciendo una polarización y simplificación de campos que va a arrastrar a las fuerzas internas, restringiendo cada vez más las zonas marginales. Sin embargo, frente a otro gobierno que se instrumentaliza al servicio del imperialismo, no cabe duda de que aquellas contradicciones pueden permitir en algunos casos muy concretos una acción común con algunos de esos partidos, siempre que se cumplan algunos requisitos que impliquen la confusión o que se esterilice o coarte el futuro en aras de lo inmediato. Sin pretender redactar un recetario, puede ser útil esbozar algunos de esos requisitos. Por ejemplo: La acción común debe ser esporádica y no permanente. En todos los casos deben estar presentes representantes del proletariado con base efectiva (y no podemos engañarnos: por ahora, en los hechos el proletariado es peronista, solamente en el peronismo se reconoce). En cada caso debe realizarse una clara difusión —desde el punto de coincidencia— de las causas reales de la situación: no puede caerse en el afán de quedar bien con los grupos y las ideas liberales, como generalmente ha ocurrido. Debe mantenerse una discusión

teórica permanente. En caso contrario se reeditarán los errores cometidos desde la década del 20, en una permanente confusión que ha obrado en exclusivo perjuicio de la izquierda. La experiencia acumulada y las exigencias de la nueva situación nos requieren otra cosa.

EL PERONISMO ¿ATOMIZACIÓN DEL MOVIMIENTO NACIONAL?

El papel más singular en toda esta historia es quizás el jugado por el peronismo. La conducta de éste a partir del proceso que arranca el 16 de Setiembre de 1955 ha llevado a sus límites críticos los problemas que el Partido Peronista arrastró desde sus orígenes y que se agudizaron hasta desembocar en las violentas agitaciones que lo sacudieron en sus últimos noventa días de gobierno. Ese proceso partidario interno me parece particularmente interesante porque, creo, presenta como condensados los problemas y tensiones que recorren el país entero.

A partir del golpe de Setiembre el peronismo siguió siendo una gran fuerza, sobre todo electoral, pero sufrió una evidente merma en cuanto al poder numérico directo. Es indudable que se apartaron de él la mayor parte de los grandes contingentes de clase media que colaboraban en la composición de sus amplias mayorías. De tal modo, el peronismo aparece cada vez más como un movimiento formado por la clase obrera. También se alejaron los representantes más ilustres de la derecha nacionalista que formaron su grupo intelectual y que, en cierta proporción, lo proveyeron de una ideología. A pesar de esos hechos, el peronismo, como organización, no ha variado —o no ha querido variar— sus esquemas. Ni aun la persecución, que funciona siempre como un factor de cohesión y de estímulo, ha logrado que supere sus viejos problemas. Al contrario, parece haberlos agravado. El peronismo se encontró durante el gobierno militar no solamente en la oposición política, sino también en una oposición clasista bien marcada, advertida tanto desde su ángulo como desde las esferas oficiales. Se puso en evidencia de un modo actual y radical el enfrentamiento de las clases: aquello que había estado potenciado durante el peronismo, sólo descubrió a medias entre junio y setiembre, y más por las clases altas que por las clases populares: que el enfrentamiento de clases excede en ciertas coyunturas los planteos circunstanciales y pone sobre el tapete el manejo de la sociedad global. Frente a eso, el peronismo demostró haber llegado a los límites de su capacidad para expresar la nueva situación.

Por una parte, la dirección del movimiento siguió estando en manos de un grupo de políticos de la clase media, seleccionado de entre los viejos cuadros. Por otra parte, y eso parece aún más importante en un partido colocado en la ilegalidad, los periódicos aparecidos fueron dirigidos y redactados por elementos políticos de la clase media, todos o casi todos ellos formados en la ideología de nuestro nacionalismo de derecha tradicional, aunque con un estilo algo más populachero. Finalmente, se pretendió organizar una dirección sindical, como apéndice de la política. Frente a ella, sin embargo, se fué levantando otra central gremial, con raíces más directas en la base. El peronismo se debate entonces en la confusión y la ambigüedad, oscilando entre la demagogia y la rebeldía estéril y múltiples intentos de oportunismo político. Por una parte propone el sabotaje, los atentados y el voto en blanco revolucionario, por la otra intenta lograr la legalidad con objetivos puramente políticos. En esa situación —aún más caótica en los hechos por las innumerables rencillas internas que lo desgarran constantemente— el peronismo realizó el 28 de julio de 1957 una hazaña que no tiene precedente alguno: un masivo voto en blanco que exigió una movilización de más de dos millones de personas, muchas de ellas privadas de medios de comunicación fáciles, y casi todas —sobre todo en el interior del país— privadas de conocer con precisión lo que estaba ocurriendo. Aun admi-

fiendo que parte de la maquinaria política peronista sobrevivió bajo la proscripción —y eso es cierto—, aun admitiendo que los sindicatos reemplazaron en gran medida a esa maquinaria debilitada, creo que solamente la situación de oposición de clases hizo posible el fenómeno. Cuando los periódicos peronistas proclamaban el voto en blanco como un acto revolucionario, estaban en lo cierto. Pero el significado de esa revolución excedía ciertamente sus intenciones: no se trataba de una revolución política, se trataba de la revolución social. Las clases gobernantes al impedir el voto libre a las clases populares, y éstas al realizar un voto absolutamente negativo, declararon exactamente lo mismo: que estaban en cuestión los propios fundamentos de la república, que las reglas de la democracia burguesa, basadas en una supuesta colaboración de clases, en la inexistencia de las clases, o en la posibilidad de la representación de todas las clases en un mismo plano, ya eran impotentes para contener la realidad tal como se estaba dando.

No se trata desde luego de que el acto electoral sea por sí la revolución social. Se trata de lo que el 28 de julio estaba revelando y declarando. Revelaba lo que la burguesía había advertido al intentar el golpe del 16 de junio: que la situación había llegado a sus límites posibles. Pero ahora la situación era más nítida: La burguesía ocupaba el poder sin máscara, sin paliativo alguno; la clase obrera íntegra se encontraba en la ilegalidad. Y declaraba que ya no era sólo la burguesía quien advertía hasta dónde estaban en cuestión problemas radicales, sino que también el proletariado lo advertía y lo expresaba. La clase obrera declaraba saber que estaba en la ilegalidad respecto de la legalidad burguesa. Ni aún vicariamente se sentía representada en las instituciones de la república.

Era justamente a partir de ese acto que se hacía expreso el problema. En los hechos, y no en una discusión de gabinete, se planteaban todas las cuestiones políticas finales de un solo golpe. Encarar en serio ese problema exigía enfrentar en conjunto, con seriedad y realismo, la situación nacional, y decidir frente a ella si se quería o no, efectivamente, un cambio de estructuras y en qué límites. ¿Era viable el acto insurreccional? ¿Podía el proletariado intentar la ocupación del Estado, o, al menos, existían las condiciones para que se realizara un ejercicio de gimnasia revolucionaria? ¿Era eso oportuno? ¿Posible? ¿Deseable? Resolverlo significaba para cualquier movimiento político resolver con claridad y en concreto cuáles eran sus objetivos y cuáles los medios, la táctica, para lograrlos.

El peronismo desde el poder había dado una respuesta a tales preguntas. Y esa respuesta había llevado al 16 de Setiembre de 1955. También el 16 de Setiembre era una respuesta a esas preguntas. Y esa otra respuesta había llevado al 28 de Julio. No eran las únicas respuestas posibles, y en verdad cada partido político, cada grupo, proponía la suya. Para ser más exactos, tanto el proceso peronista como el proceso "16 de Setiembre" contenían más de una respuesta, y su choque ha sido reiteradas veces visible, en algunos casos hasta de modo nítido y tajante, como en el famoso 13 de Noviembre de 1955.

¿Cuál fué la respuesta que dió el peronismo desde la oposición? Ya lo hemos dicho: llevando hasta sus límites la ambigüedad que vivió desde el gobierno. Pero una cosa es estar en el gobierno y otra muy diferente estar en la oposición. Y muy otra la situación del país en 1957 comparada con 1945. Así la ambigüedad de hoy tiene exigencias que no tenía la ambigüedad de ayer, y no existen las posibilidades que ayer se ofrecían para que esa ambigüedad permitiera un relativamente ancho campo de maniobra. El peronismo expresó un proceso —y seguramente también sus necesidades— cuando unió en un programa común el desarrollo económico nacional, la autonomía de la sociedad global y la justicia social. Frente al mundo que acababa de salir de la segunda guerra mundial y con una situación financiera favorable, ese programa podía llevarse adelante sin comprometer

las estructuras sociales. Ya en 1955 no era posible seguir haciéndolo. De ahí los violentos zigzags que llevan desde las tratativas con la Standard hasta las amenazas de armar a los sindicatos. Frente al dilema que replanteaba el 28 de Julio, el peronismo arbitró un camino puramente político, aplicando experiencias ya probadas en Latinoamérica. Buscó y encontró un partido que solamente podía llegar al poder con su apoyo y que le prometía devolverle la legalidad.

Una vez Frondizi en la Casa de Gobierno comenzó un regateo constante. Por una parte, el peronismo se constituyó en un principio en el más firme apoyo del gobierno para el cumplimiento de la política económica de éste; por la otra, el gobierno dosifica sus concesiones: deja actuar al peronismo más o menos abiertamente, pero no lo legaliza como partido: dicta una ley sindical que promete al peronismo la recuperación de la mayoría de los gremios, pero negocia separadamente con los dirigentes sindicales para tratar de dividir los frentes. El peronismo entonces descubre que le es necesario condicionar su apoyo, tanto para obtener algunas ventajas como para justificar su subsistencia política, bien difícil de lograr en el caso de seguir ceñido a un compañerismo oficialista riguroso. La base obrera y de baja clase media peronista, por su lado, se ve enfrentada con los hechos económicos y sociales concretos que la política gubernamental plantea. Frente a la presión de esa base los dirigentes se ven empujados a pasar de una alianza gruñona y hasta —a ratos— gritona, a la oposición frontal. El gobierno entonces —sea cual fuere el juego de fuerzas que opera detrás— vuelve a plantear la misma opción que llevó al 23 de Febrero. Y el peronismo vuelve a dar marcha atrás para reiniciar a los pocos días el proceso. En este ir y venir aparecen momentos que marcan la crisis: la huelga petrolera y la huelga general del mes de enero. En esos instantes vuelven a adquirir agudeza absoluta las cuestiones que yacen en la entraña de la situación: sindicatos en huelga que ya no discuten problemas de salarios o de condiciones de trabajo, sino la conducción misma del país. Desde luego, los convenios colectivos de trabajo —sobre todo cuando comprenden otros puntos en las discusiones además de los salarios— introducen una fisura en la estructura del capitalismo. Pero esa fisura es relativa: los contratantes se siguen moviendo dentro del marco de la legalidad global, y hasta cierto punto puede admitirse que la ratifican, por el proceso mismo en que la problematizan. Huelgas como las citadas llevan decididamente la cuestión al plano fundamental del gobierno de la sociedad global. En tales momentos el peronismo prefiere mantener su equívocidad: prepara una huelga por el costo de la vida, que aumenta las dificultades del gobierno pero que intenta retirar la discusión del plano en que se encontraba; o, después de haber declarado una huelga por tiempo indefinido, sólo justificable si se pretende el asalto al poder, la levanta intempestiva y lamentablemente, casi como si se quisiera quebrar a la clase obrera.

En resumen, el peronismo recién ahora ha descubierto los defectos de la política económica del gobierno; pero teme que si se lanza frontalmente contra él, el poder sea rápidamente presa (por caída o por absorción del elenco oficial) de los grupos *gorilas*. Y al mismo tiempo, el peronismo no quiere, no puede, teme no poder, o simplemente teme lanzarse él a la conquista directa del poder.

La presión sobre el gobierno debería llevarlo a obtener su legalización como partido, y esto, poco a poco, a conquistar posiciones políticas. La Ley de Asociaciones Profesionales debería llevarlo a conquistar el manejo de las organizaciones sindicales. Pero el gobierno tiene que desarrollar su propio juego, a base de la absorción de sectores peronistas, y, conjuntamente, se ve frente a las presiones que le impiden tratar directamente con el peronismo. Triunfando parcialmente, el peronismo adquiriría peso suficiente como para negociar como partido político. Aun en el caso de que esto le fuera posible no se ve qué política de fondo, qué direc-

ción general piensa encarar. Un triunfo general —aun con lo improbable que parece— sólo plantearía lo mismo en términos más agudos. Pero, mientras tanto, el problema va descarnando sus verdaderos términos: los sindicatos son lanzados a la oposición (huelgas por el costo de la vida, huelgas por problemas de política general), en parte por las puras necesidades políticas del peronismo como partido en parte como necesidad de los dirigentes de recuperar prestigio ante la base, en parte por la presión de ésta. El gobierno, por sus propias necesidades, se ve a su vez obligado a enfrentar esas huelgas más o menos violentamente. Los hechos pueden ir arrollando a la táctica; es casi seguro que han de arrollarla. El problema para el peronismo es entonces aclararse hasta dónde está dispuesto a ser líder de su base obrera, y cómo y hacia dónde ejercer tal liderazgo, mientras los hechos lo presionan, empujando al proletariado por su propio camino.

LA DERECHA ANTILIBERAL

El nacionalismo, de acuerdo con sus mejores tradiciones, no ha logrado unirse después del 16 de setiembre de 1955.

La contestación de Marcelo Sánchez Sorondo a Héctor Llamblas en el *Azul y blanco* del 25 de noviembre último marca un instante del rompimiento del actual nacionalismo en por lo menos dos corrientes bien marcadas: una oficialista, otra furiosamente opositora. Pero esa nítida dicotomía es más aparente que real. El nacionalismo ha sido siempre un puñado de tendencias dispares, de individuos no siempre compatibles entre sí, hasta de diferentes tradiciones. Es común, desde los frentes contrarios al nacionalismo (tanto desde el liberalismo tradicional como desde la izquierda) resolver el problema unificando a todo nuestro nacionalismo bajo el rótulo de fascismo, y suponiendo que todo él está constituido por católicos, hijos segundones de nuestra oligarquía, enamorados de los regímenes totalitarios europeos. (1) Se les devuelve así la estrecha perspectiva que ellos usan al ver un marxista en cualquier liberal. Pero no son sólo los adversarios los que hacen del nacionalismo una actitud común, reconocible a pesar de las divergencias entre ellos; también los propios nacionalistas reconocen una especie de fraternidad que supera esas divergencias. Lugones y Rojas fueron anticatólicos decididos, y sin embargo nuestros actuales nacionalistas reconocen al primero como a uno de sus *padres* y en el segundo a algo así como a un pariente que luego se descarrió; Mario Amadeo es un aristocratizante y Castellani un barroco con proclividad populachera; Jauretche es ateo, materialista, economicista, estatizante; Marcelo Sánchez Sorondo es partidario de los gobiernos fuertes (cesaristas), católico, estatizante; Meinvielle es, desde luego, católico, pero antiintervencionista, partidario de la libre empresa; los Irazusta son también libreempresistas y de un antiperonismo cerrado; Olmedo es un viejo fosilizado en un antiliberalismo sacristanesco del que afloró alrededor del Congreso Eucarístico Internacional; Chávez —de las últimas generaciones— llegó hasta a colaborar en una revista marxista. Todos ellos se reconocen entre sí, sin embargo, con alguna reticencia en lo que respecta a los declaradamente no católicos, pero nada más que reticencia, no desconocimiento. La contestación de Sánchez Sorondo a Llamblas es la obra de un amigo defraudado, no la de un enemigo. La propia historia del nacionalismo es también aparentemente una sucesión de contradicciones: antes de 1916 (allí donde hay que poner aproximadamente los orígenes del nacionalismo) fué, sobre todo por obra de Ibarguren, un intento de proveer a las clases conservadoras de una explicación frente a los disturbios sociales y de un método de acción para dominar-

los asimilándolos, es decir, la propuesta de una política inteligente y paternalista. Durante las huelgas de la posguerra del 14, el nacionalismo fué apenas otra cosa que una brigada de matones distinguidos, con algunos slogans irracionales tanto como para que se sintieran autojustificados; durante los últimos tiempos del yrigoyenismo no fué casi otra cosa que los grupos de choque usados por la vieja oligarquía contra aquél, pero ya entonces se estaba elaborando una ideología opuesta a la de la oligarquía liberal, y basada en su mayor parte en el corporativismo fascista. El desarrollo de esa ideología le permitió aceptar el populismo peronista. Y eso los convirtió a ellos, los antiguos despreciadores de la plebe, los ex-camelots, los jóvenes *pollos* de nuestro distinguido barrio norte, en aliados de uno de los movimientos más plebeyos que ha conocido el país, mucho más, por cierto, que el *peñudismo* que llenaba de horror a sus familias en 1916. Para 1943 Marcelo Sánchez Sorondo creía poder ver a "los grupitos nacionalistas" transformados en "flor de pueblo" y poder decir que ellos, nuestros nacionalistas, habían superado a Maurras, pues "al talento de Maurras le faltó descubrir la multitud, que luego, desde su balcón, hallaba el genio de Mussolini" (2). Unos años antes, en 1939, Ernesto Palacio, Castellani y Jacobella coinciden en afirmar la necesidad y "probable inminencia" de un *cesarismo popular*, o para decirlo con palabras de Castellani "de un Yrigoyen mejor que el otro... un Rozas o un Moreira, a falta de un Mussolini".

Sin embargo, el nacionalismo seguía siendo aristocratizante y conservador, en esos mismos momentos en que se congratulaba de su encuentro con el pueblo y mientras apelaba a él. Y pocos años después, cuando la historia les había deparado el César que invocaran, los nacionalistas se quejan de que ese *César popular* ha destruido la jerarquía, despreciado la *calidad individual* y sofocado toda posibilidad de *tarea minoritaria en aras de la igualdad* (3). No terminan aquí todas las aparentes contradicciones. Al contrario, podría hacerse una larga lista de ellas. Basten algunas más, suficientes para los fines que tengo en vista: El nacionalismo proclamó el derecho a alzarse con el poder por la fuerza, y llamó para hacerlo al ejército. Y tantas veces como lo hizo, se arrepintió, luego de haberlo hecho. Así lo declararon después del 6 de setiembre de 1930, cuando vieron burladas sus esperanzas de que Uriburu se dejara guiar por ellos y, como se lamentaba Gálvez en "Este pueblo necesita", descubrieron que su hombre fuerte era prisionero de los políticos conservadores. Así lo declaran con alguna timidez S. Sorondo y Castellani en "La revolución que anunciamos", poco después del 4 de junio de 1943. Y los antiguos burladores de las formas democráticas, los panegiristas de la violencia, advirtieron que "el exceso en el uso de la fuerza" y la violación de la legalidad pueden tener resultados peligrosos (*Presencia*, 13 de julio de 1956; *Azul y blanco*, 16 de abril de 1957). Gálvez defendía en 1934 a los radicales, y acusaba al resto de los nacionalistas de conservadores. Carulla fué aliadófilo sin vacilaciones. Lugones lo fué en la primera guerra mundial, aunque después se arrepintiera. Villafañe fué antirosista. Casal Castel repudiaba a los nacionalistas extranjerizantes y Carulla a los no católicos.

¿Quiere decir todo esto que el nacionalismo no tiene un significado real entre nosotros? ¿Que es, a lo sumo, un puñado heterogéneo de hombres, importadores de doctrinas ajenas, anárquico y sin importancia? ¿Cómo han llegado entonces a nuclearse, a reconocerse entre ellos, a reconocer enemigos comunes, y hasta a desarrollar, no hay duda, una

(2) Marcelo Sánchez Sorondo, "La revolución que anunciamos", 1945, pág. 247, de un artículo publicado en *Nueva Política* en mayo de 1943. Ernesto Palacio, "La historia falsificada", 1939, páginas 12 y 152.

(3) Etchebeopar, "Esquema de la Argentina", páginas 98, 104, 123. Respecto de las otras alusiones no es necesario ir muy lejos a buscarlas; en el libro de S. Sorondo citado se encuentran prácticamente a cada página frases como éstas: "... en el argentino del siglo pasado seduce su calidad. No era un cualquiera sin tiempo ni lugar, ... Su hombría le vino de su estirpe y de su época ...". "... las gentes del régimen mantenían su señorío de modos, un europeísmo auténtico ... y cierta cordial emoción criolla" (págs. 31 y 204).

(1) No, estoy trazando caricaturas. El liberalismo construye sus mitos montados sobre el carácter *agradado* de las estructuras que expresa, y esos mitos terminan por tener tanta vigencia objetiva como carácter religioso. Refiriéndose a Pérez Jiménez, decía *La Prensa*: "Fruto maldéfico de la infiltración totalitaria en el Nuevo Mundo" (Editorial, 11-12-58).

hábil y eficaz política? ¿Será quizás un núcleo reaccionario que voluntaria y deliberadamente copió el fascismo europeo como solución ideológica para los problemas que el liberalismo no podía solucionar coherentemente? ¿O, simplemente, un grupo de conservadores oportunistas? ¿Se trata de una mera importación ideológica, en efecto? ¿O, al contrario, y como quieren los propios nacionalistas, un producto nacional genuino?

Una de las cosas que quienes militamos en la izquierda debemos necesariamente comprender, si queremos comprender real y eficazmente este país, es justamente el nacionalismo. No podemos seguir saliendo del paso con esquemas y formulaciones externas y apriorísticas. Eso puede resultarnos más fácil y hacernos sentir más cómodos, pero vamos a seguir siendo incapaces de entender y de operar sobre los datos que tenemos entre las manos. En la acción hemos debido obrar con respecto al nacionalismo en una forma que contradice todos los esquemas con los que habitualmente nos hemos movido. Y, en verdad, hemos llegado a aceptar que esos esquemas, no sólo no cubrían íntegramente nuestra realidad, sino que eran esos esquemas los que estaban en contradicción con la teoría fundamental que habíamos extraído de una realidad más general. Nuestra situación no es en efecto una excepción, sino un caso especial, no tan desusado, por otra parte. Pero esa aceptación ha sido hasta el momento más implícita que expresa, o la hemos reducido a casos parciales. Es necesario que las izquierdas emprendamos un análisis y una discusión general y a fondo de nuestra situación, sin tabúes, sin deseos de justificarnos, ni de justificar nuestros errores, sin preconcepciones, evitando en lo posible las aproximaciones gruesas, que pueden ser necesarias en la acción inmediata, pero que son francamente perniciosas para la acción en profundidad y a largo plazo. ¿Algo más? También algo más: sin vanidad y sin sectarismo. En ese sentido, por cierto, tenemos mucho que aprender de las derechas, que saben reconocer con certeza cuáles son sus enemigos. Nuestra elaboración teórica está evidentemente lastrada de todo eso, y también del doctrinarismo de café, carente del imprescindible rigor y de la audacia fundada necesarios. Debe entrar en el terreno de la polémica escrita, que exige el riesgo de la formulación precisa y de la permanencia.

Debe disculpárseme el tono, si es que tiene, como temo, algún tufo de maestro ciruela. Pero es justamente en torno al nacionalismo donde se me hacen más patentes nuestras limitaciones, y se trata aquí, creo, de un punto en donde debemos extremar las exigencias, si es que queremos ser capaces de superar el lastre de positivismo liberal de que está impregnado nuestro pensamiento. Libros especialmente dedicados al tema, como el de Troncoso o el de Spilimbergo, demuestran acabadamente que no hemos sido capaces de lograrlo todavía, con la diferencia que va, sin embargo, de una obra que no supera los estrechos esquemas liberales a otra que sí lo hace, pero que permanece en el plano de la polémica inmediata. (1)

No pretendo aquí llegar a hacerlo. Ni es seguro que pudiera, aunque lo pretendiera. Sí pretendo establecer algunos hechos que me interesan especialmente para los fines generales de este trabajo.

Nuestro nacionalismo tiene una coherencia interna mucho más apreciable de lo que puede parecer a quien se deje atrapar en las anécdotas y los detalles. Pero no ha nacido armado y completo, ni es una mera traducción. Ha crecido lentamente como producto natural de las necesidades de una clase, en las especiales circunstancias de nuestro país. Ha recurrido a teorías y prácticas elaboradas en lugares centrales de nuestro orbe capitalista, pero con eso no ha sido ni ilógico ni aberrante. Dada nuestra situación dentro de ese orbe, esa traslación, desde el punto de vista de quienes la han efectuado, es perfectamente justificable, y si en

ciertos momentos la misma ha sido demasiado literal, eso se debe precisamente a la situación misma: en general, la teoría válida para el conjunto del orbe en que nos encontramos es también válida para nuestro país. La tendencia a la traslación directa e íntegra se debe a nuestra posición de dependencia, que nos hace tender al mimetismo. Pero lo mismo puede decirse de todo lo demás: ideologías de cualquier tipo, técnicas u otras formas culturales. Es desde luego absurda la pretensión de autoctonismo ideológico reivindicada por nuestros nacionalistas. Pero no menos errada es la acusación liberal de plagio. Aun cuando los grupos nacionalistas se han dejado deslumbrar en dos o tres ocasiones por éxitos europeos, las circunstancias locales han presionado sobre ellos lo suficiente como para que hayan introducido en su ideología y sus prácticas todas las modificaciones necesarias para adaptarse a la situación. Y se han adaptado, lo que no todos podemos decir.

Es posible ubicar los orígenes de nuestro nacionalismo en la actitud tomada por nuestra sociedad ante la irrupción de las primeras grandes olas inmigratorias y la llegada del gran capital en la segunda mitad del siglo pasado. Todas nuestras capas sociales sienten que se destruyen las estructuras en que vivían, las formas sociales a las que pertenecían, y reaccionan de un modo u otro contra la nueva situación. La xenofobia y la nostalgia del pasado son las dos maneras concretas en que se traduce esa reacción. Alem, Sarmiento, la literatura de la época (Cambaceres, Martel, Hernández), episodios como el degüello de gringos en 1872 conocido con el nombre de "asesinatos de Tandil" en la jerga forense de la época, son suficiente muestra de la resistencia que oponía una forma social a las transformaciones que se producían.

Pero no son esas las únicas reacciones que se producen en nuestra sociedad invadida por el mundo del siglo XIX. A pesar de que nuestras clases altas han sido conquistadas por la ideología liberal, las contradicciones que eso significa en un país que está siendo colonizado por el capitalismo, se manifiestan de muchos otros modos que por el repliegue defensivo señalado por los dos datos marcados. Ese no es más que el movimiento irracional de defensa. Al mismo tiempo se produce un movimiento de apertura hacia las fuerzas exteriores, en el que nuestras clases dominantes tienden a realizarse como tales en las condiciones que el orbe en el que la Argentina ha ingresado exige. En concreto, nuestras clases altas necesitan convertirse plenamente en clases capitalistas. Y en clases capitalistas autónomas, única forma de realizarse efectivamente como clase dominante y de desarrollar todas sus posibilidades. Es muy temprano todavía y nuestras clases altas están muy inmaduras como para que adviertan plenamente y de inmediato que la aplicación de las teorías liberales, sobre todo en su faz económica, si bien facilita la puesta en marcha de nuestras potencialidades capitalistas, las coloca en una situación sin posibilidades de desarrollo completo. El liberalismo ortodoxo habrá de recorrer mucho camino todavía en nuestro país. Pero ya desde un principio se notan las primeras contradicciones, y las primeras tendencias a un empirismo proteccionista, tal cual como había sido practicado por todos los capitalismo de los países centrales. La actividad del Partido Autonomista en los escasos días en que fué presidido por Sarmiento, la de Carlos Pellegrini y Vicente Fidel López durante la crisis de 1873, la de Aristóbulo del Valle en el "Club 25 de Mayo", la de la Unión Industrial en la década siguiente, dan fe de esa tendencia al proteccionismo, como de una necesidad interna de nuestra burguesía. Necesidad que, sin embargo, habría de ahogarse casi al nacer, al convertirse nuestras clases altas en apéndices del centro imperial británico, en apenas algo más que unos administradores de una colonia productora de materias primas. Nuestra clase superior será así cada vez más una casta frustrada, incapacitada de convertirse en una clase con sentido creador e impedida de sentirse autofustificada,

(1) Oscar A. Troncoso, "Los nacionalistas argentinos". Jorge E. Spilimbergo, "Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario".

ya que sólo por muy poco tiempo mantuvo la ilusión de estar representando al conjunto de la sociedad en cuyo ápice se encontraba.

En esa sociedad, mientras tanto, se van produciendo profundos y rápidos cambios, tanto por el desarrollo de las fuerzas internas como por la constante presión del exterior sobre nuestras estructuras relativamente débiles. Sumamente conocidos, es conveniente destacar algunos de sus rasgos, sin embargo, para iluminar más de cerca las características de nuestro nacionalismo. Los años que van del fin del siglo pasado al fin de la primera guerra mundial se caracterizan por dos hechos sociales muy marcados. El constante empuje de la clase media por lograr el poder político, al fin alcanzado en 1916, y la continua agitación obrera. La primera es algo más que una presión política normal: jalonada por revoluciones de hecho derrotadas a partir de la del '90, configura una verdadera revolución social y un producto de la inmigración, con todas sus características, propias de un país semicolonial como el nuestro. Se trata de una revolución de la clase media, y de una clase media hija, en su mayor parte, de extranjeros. Por eso su ambigüedad frente al poder y frente a las otras clases, por eso su tendencia al nacionalismo, su demagogia y la facilidad con que cae en los estallidos de violencia. Para las clases altas se trata poco menos que del avance de la chusma, del extremismo extranjero, de una sublevación de los *de abajo*, que viene a subvertir el orden social, a arrasar con todas las normas, inspirada en doctrinas *maximalistas*. Los movimientos obreros, a su vez, revisten un aire y un contenido que hoy casi no podemos entender. Pues en aquellos años, las huelgas, las proclamas y los discursos, aun cuando se trataba de los más modestos reclamos gremiales, planteaban las cosas en el terreno de la revolución social inmediata: toda huelga era, al menos en las palabras, una huelga revolucionaria o poco menos, todo reclamo un prolegómeno de la guerra definitiva contra el Estado burgués. Eran los años del anarquismo, de los crímenes políticos, de las bombas, de la muerte de Ramón Falcón. Los años, también, de la revolución mejicana, de las revoluciones bolcheviques en Europa. Y también una época en la que los trabajadores eran explotados de un modo que hoy nos parece casi increíble, en que las tensiones sociales tomaban caracteres agudos y terribles entre unos patrones que consideraban cualquier petición obrera como un delito, merecedor de los castigos más extremos, y los obreros veían a los patrones tal como se comportaban: como amos de esclavos. El triunfo de la revolución en Rusia llevó las cosas al histerismo: las clases altas se veían ya degolladas por las turbas desenfrenadas, por los *extranjeros* que agitaban a esas masas hasta ayer nomás dóciles y amables. Soñaban con un pasado diferente, que recubrían de los colores más idílicos, y con extranjeros de aspecto siniestro que habían venido a convulsionar esa patria hasta ayer nomás pacífica y hermosa (1). Simultáneamente se sentían incapaces para impedir tales trastornos.

Desde principios de siglo, las fuerzas conservadoras van buscando los métodos que permitan evitar o, al menos, encauzar, el cambio. Algunos de modo inconsciente, otros racional y conscientemente, sus componentes advierten que las reglas del liberalismo no funcionan para la nueva situación, pues no proveen de los instrumentos que permitan defender los privilegios que el propio sistema ha creado. Muy pronto aprenden los métodos que pueden utilizar en su defensa: la violencia, legal o no; un cambio de trato respecto de las clases desposeídas, que suavice las injusti-

(1) Esta descripción puede parecer una caricatura, pero está lejos de serlo. No eran sólo las buenas señoras patriotas las que veían así el estado del país. Las clases altas, las personas *decentes*, sentían realmente, sinceramente, que el mundo se desquiciaba, que el horror y la barbarie habían entrado en la Argentina. Las figuras políticas más prominentes de la época llamaban a las fuerzas conservadoras a agruparse para evitar el triunfo del extremismo. El presidente De la Plaza, en su mensaje al Congreso de 1914 se lamenta de que los *grupos moderados* no hubieran sabido actuar con eficacia para impedir el progreso de los *partidos extremos*: el radicalismo y el socialismo. Y reconoce la impotencia, la *esterilidad* y la *corrupción* de esos grupos, que los ha llevado a ese estado de impotencia.

cias más agudas y que tienda a calmar el antagonismo de clases; la apelación a ciertas instancias supuestamente colocadas por encima de esos antagonismos, que les permita, por una parte, sentirse justificadas en su condición de privilegio, y por la otra encontrar una comunidad que englobe la lucha de clases, que le sea superior y permita declararla injustificada o meramente circunstancial. Y, además, la búsqueda de razones y de causas que permitan declarar los conflictos y la tendencia al cambio como algo artificial, antinatural, contrario al *orden real de las cosas*, la búsqueda de razones que permitan ocultar los hechos, las razones visibles de su decadencia y de los trastornos. Porque las clases dominantes deben encontrar algo más que útiles instrumentos para la lucha directa e inmediata, deben además justificar esa lucha, ante los extraños y ante sus propios ojos, deben hacerla justa. Y el liberalismo, en la aplicación lógica inexorable de sus principios no les da esa justificación; al contrario, justifica a sus adversarios.

Hay algo que debe ser bien entendido si se quiere acercarse comprensivamente a los fenómenos sociales, y que nunca se repite y recalca bastante: Las clases dominantes no obran por un deliberado y racional cálculo en defensa de un orden que las coloca en situación de privilegio, sino en muy pequeña medida. Creen sinceramente que ese orden es legítimo y natural, más, que es el único posible, el único que la realidad admite, y tienden a confundir tal orden con el Orden, la forma especial de cultura en la que viven con la Cultura, la sociedad tal como es, el hecho de una sociedad estructurada en un modo de civilización particular, con la Civilización. Y cuando las ideologías que sustentan se muestran incapaces de justificar ese orden que los hechos cuestionan, tienden naturalmente a desechar esas ideologías, reemplazándolas por una nueva racionalización que justifique el hecho de su situación de privilegio. Así, al mismo tiempo que reaccionan de hecho contra los hechos que ponen en cuestión su *orden*, buscan las razones que den sentido a la defensa de ese orden. En tanto esa ideología de reemplazo no se constituye, o mientras no obtiene el consenso general de su clase, o si las circunstancias no la hacen suficientemente viable, es necesario valerse de un empirismo oportunista, hecho de concesiones a la realidad y a las ideologías anteriores, que sobreviven como restos casi arqueológicos, complejamente relacionados con los mitos que las clases van constantemente realizando. Tal proceso no es, desde luego, homogéneo ni instantáneo. El grueso de la clase tiende a mantenerse por inercia dentro de los esquemas de las viejas ideologías, mientras algunos grupos, por causas generalmente muy particulares, hacen, por así decirlo, de exploradores de su clase, adelantando experiencias que el conjunto de la clase toma luego o rechaza. En nuestro país ese proceso se complica, por nuestra especial situación de dependencia, que reviste de una notoria autoridad y de atractivo experiencias que se cumplen en los países centrales, y porque las transformaciones en nuestras estructuras locales sufren la violenta influencia de los cambios ocurridos en el orbe en el que estamos incrustados.

Ese papel de exploradores es el que han cumplido durante varias décadas los grupos nacionalistas, con preferencia a cualquiera de los otros grupos ideológicos de nuestras clases conservadoras.

El proceso comienza muy tempranamente entre nosotros, y se cumple en las tres primeras décadas de este siglo, en las que se elabora casi completamente la ideología nacionalista. Sus principales artífices, los padres de nuestro nacionalismo, son dos hombres aparentemente muy desiguales entre sí, Carlos Ibarguren y Lugones. Dos ejemplares típicos, sin embargo, de nuestras viejas familias tradicionales, enfrentados con la nueva situación, tal como la he resumido antes. Ellos tratan de proveer a su clase de una ideología apta para las nuevas circunstancias.

A comienzos del siglo, las clases conservadoras ya buscan los medios para defender el statu quo: se dictan las prime-

ras leyes represivas y se proyecta el Código del Trabajo. Paternalismo, protección por el poder político para las clases menos favorecidas, y medidas para evitar que esas clases sean perturbadas por agitadores sociales, es decir, paternalismo también, pues se supone al proletariado como incapaz de rebelarse por sí mismo y vigilable como un niño pasible de ser descarrinado por malas compañías. Pero se trata también del abandono del liberalismo ortodoxo, de su corrección. Ibarguren representa cabalmente esa primera faz del liberalismo reformista: funcionario del gobierno, propone ya a principios de siglo medidas de protección social, y a partir de 1912 parece haber estructurado un sistema coherente que evite el empuje extremista y permita la defensa de las clases conservadoras. Una adecuada legislación social que protegiera a las masas obreras, librándolas de su misera suerte, evitaría su rebeldía y la influencia de los agitadores. ("La historia que he vivido, páginas 224, 249, 283). Ese programa es incorporado por Ibarguren a la alianza que los conservadores intentan oponer al avance del radicalismo: el primitivo Partido Demócrata Progresista. Pero ese intento está llamado al fracaso: la verdad es que la vieja oligarquía está desgastada, que ya no responde a las estructuras que se han ido desarrollando, y que es incapaz de inventiva y de espíritu de lucha. El P. D. P. prácticamente se disuelve antes de las elecciones; los caudillos conservadores se ríen de De la Torre, de Ibarguren y de sus amigos; Yrigoyen llega a la presidencia de la República. Mientras tanto, comienzan a llegar al país los primeros ecos de los ideólogos europeos que dan por fracasado el liberalismo y el racionalismo en que se sustenta. Maurras, Peguy, Maeztu. Las clases conservadoras buscan fundamentos irracionales a un orden jerárquico que supone diferencias sociales y privilegios intocables, que no pueden justificarse por la ideología liberal. Al mismo tiempo, las crisis del final de la guerra y de la inmediata posguerra, agudizan esa necesidad de defensa. Se achaca a la democracia liberal traer el peligro de sublevación de las masas populares, no sólo por permitir la explotación de las mayorías, sino por sostener ideas que justifican esa sublevación. En 1919 Ibarguren habla sobre Peguy en el Consejo de Mujeres. En 1922 da su curso sobre Rosas en la Facultad de Filosofía y Letras, sosteniendo la teoría de las dictaduras trascendentales. Ese año se publica en castellano *La crisis del humanismo* de Maeztu. Ya no se trata de corregir al liberalismo. Se trata de proponer y justificar su abandono, su fracaso irremediable. Porque esos años las clases altas han vivido dos experiencias concretas: el triunfo de las clases medias, de la chusma radical, por la vía del sufragio universal, y el choque violento con el proletariado. El año 1919, el mismo año en que Ibarguren descubre públicamente a Peguy, se funda la Liga Patriótica, y su fundador, Manuel Carlés, es un "bravo y romántico" amigo de Ibarguren, según éste nos recuerda. En esos momentos, también, la oligarquía local descubre con horror que los grupos intelectuales salidos de su seno, sus hijos educados en la Universidad, mezclados con los hijos de la clase media, han adoptado las ideas revolucionarias y anuncian la revolución social al mismo tiempo que expulsan a sus provecos profesores de la Universidad. En 1922 Leguía, en el Perú, da un ejemplo de lo que podía hacerse, masacrando a los reformistas sublevados. Al año siguiente Mussolini llega al poder. En julio de 1923 Lugones pronuncia en el Coliseo sus cuatro famosas conferencias con el auspicio de la Liga Patriótica. El superizquierdista que predicaba la revolución por desprecio a la vida burguesa, el provinciano descendiente de la vieja argentina, descubre la necesidad de refugiarse en esa patria anterior, tradicional, que ve amenazada por la guerra exterior (Brasil y Chile), por el triunfo de la plebe transformada en "clientela de la urna", por la "masa extranjera disconforme y hostil". Y mucho antes del discurso de Ayacucho en el que proclamó *la hora de la espada* anuncia: "si ante el doble

peligro que nos amenaza... no hay decoro ni esperanza sino en las espadas argentinas, allá hemos de irnos a buscar". Comienza la evolución que llevará al 6 de setiembre de 1930. Lugones llama, frente al ministro de Guerra, general Justo, en su sonado discurso de Ayacucho, al ejército, para que salve la "organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica", esa organización jerárquica que "la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogia y el socialismo", y comienza en *La Nación* esa campaña contra la "corrupción de la conciencia pública por la propaganda disolvente, de origen y hasta de subvención extranjera" que insiste en llamar al ejército a "restablecer la disciplina". Tal campaña, iniciada en 1927, sólo terminará después del 6 de setiembre, en circunstancias muy curiosas, sobre las que volveré más tarde. Mientras tanto, ha desarrollado el mito de que el comunismo es una forma de la "barbarie asiática" dirigida contra "la civilización", una "cruzada contra Occidente", un ataque de las masas fanatizadas por el socialismo y el mahometismo contra la cultura, contra la superioridad de los "intelectuales", pues concibe una república jerárquica dirigida por los más capaces. (*La organización de la paz. La grande Argentina*) (1). Se trata efectivamente de un mito, de una mediocre racionalización de la mitología que subyace en el comportamiento de las clases superiores. Pero, al mismo tiempo, el ideólogo de la derecha vislumbra algunas verdades que su clase se niega a ver: Las clases altas sentían que su mundo se desintegraba, y al reaccionar contra esa sensación buscan encuadrarse dentro de estructuras supraindividuales que les den sensación de solidez (2). El conservador típico lo único que atina es a tratar de capear el temporal, a realizar un remiendo aquí y otro allí, en la esperanza de que *las cosas siempre han sido así y por lo tanto lo seguirán siendo*. El nacionalista advierte, en cambio, que ese mundo a que pertenece se desintegra porque sus posibilidades no dan más. Lugones comprendió que la vieja estructura argentina, de un país rural, productor de materias primas para las naciones industriales, constituye un ciclo ya acabado, sin posibilidades de desarrollo. Propone entonces diversificar la producción ("acabar con la monocultura"), modificar el sistema de distribución de la tierra, terminando con el latifundio, liberarnos de nuestros mercados compradores, crear un mercado interno. Es decir, que propone convertirnos en un país moderno, liberado de su dependencia colonial, que permita el desenvolvimiento del sistema existente, y por lo tanto el desarrollo de nuestro capitalismo (*La grande Argentina, 1930*). Lugones, desde luego, ni inventa ni improvisa. En esos años Alejandro Bunge (fuente explícita de Lugones en la materia) predica cosas semejantes desde un más ceñido ángulo económico. Pero Lugones da forma a los datos, les infunde fervor y sentido político. Al mismo tiempo, es cierto, se aferra a las concepciones liberales más rígidas en lo que concierne a las relaciones de trabajo, negándose incluso a admitir que los trabajadores deban ser protegidos por una legislación especial, y sosteniendo el principio "republicano de la libertad

(1) En este punto, como en el resto de su obra, Lugones no es, por supuesto, original. No es necesario recurrir a Spengler ni a otras fuentes de moda en esos momentos: en rigor, se limitaba a expresar —como todos los que aceptan el mito del "peligro de color", el temor de los países coloniales frente a los pueblos explotados. En el texto desarrollo más estas observaciones.

(2) Como digo anteriormente, las clases altas, cuando se derrumba su mundo, sienten que se está derrumbando el mundo, y de acuerdo a tal visión actúan. Pero, tal como hago notar enseguida, tal sensación de derrumbe total no es del todo inexacta; apunta a una parte, superficial, de la verdad: la transformación de un mundo significa, en el período de transición, un momento de caos, de pérdida de límites, un momento en que las formas ya no responden a las estructuras, en que, como parte de ello, las clases dirigentes ya no son representativas, ni, normalmente, demasiado aptas. Eso, todo eso, es percibido cada vez con mayor claridad por los nacionalistas. S. Sorondo en la obra ya citada (págs. 231, 240) presenta con agudeza la visión de las clases altas: "Antes el país era, hasta los años del centenario inclusive, considerado en lo social, en su contorno vivo, resistente... más nación de lo que es hoy... el país se nos deshace descompuesto..." y propone frente a eso la alternativa y el remedio que cree oportuno: "La Argentina se suena de un Estado nacional, es decir, de una estructura sólida... o la Argentina se desmata, se destiende y se pudre". "Sobre todo se trata... de precavernos contra la disgregación, contra el ensqueletamiento. Sólo mediante el instrumento formidable del Estado... de un Estado hecho político, podremos rellenar la ciénaga". (*La bastardiña es mía*).

de contratar" (obra citada, *El orden público*), y esa es la opinión de no pocos de los hombres que militan o militarán luego en el nacionalismo. Pero se trata de opiniones personales; el nacionalismo en su conjunto ha ido elaborando una doctrina más o menos coherente, y esa doctrina ya corresponde a un grupo de opinión en vísperas del 6 de setiembre de 1930. No se trata de elucubraciones nacidas de la casualidad, o creadas en el aire: fuerzas reales que han ido apareciendo en la segunda década del siglo inciden en las tendencias de las clases altas, y se manifiestan en aquellos grupos de las mismas que están predispuestos a recibir las con menos resistencia. Así, las necesidades de la incipiente industria que creara la guerra del 14, se manifiestan de modo más coherente en los grupos nacionalistas que en los propios industriales. La actividad de Bunge no se debe desde ya al azar (en la práctica trabaja por encargo de la Unión Industrial) y la Unión Industrial busca que los poderes políticos tengan en cuenta sus necesidades, peticionando algunas medidas proteccionistas y hasta haciendo alguna campaña industrialista. Pero las características improvisadas y poco firmes de los propios industriales y el mismo tipo de industria que se ha desarrollado (de carácter liviano, subsidiaria del extranjero y dependiente en su mayor parte en forma directa de la ganadería y de la agricultura) torna vacilante, sin objetivos claros, y poco coherente la acción de los industriales. Les impide crear una ideología, simplemente porque no existen las condiciones para que prospere una ideología de la burguesía industrial, pues no hay tal burguesía industrial con netos intereses independientes y suficientemente poderosos como para imponerse a los del conjunto de las clases altas, que le son contradictorios, o escindirse de ellos.

Pero las necesidades reales de una industria, que sí existe y que crea nuevas condiciones de estructura, inciden en el pensamiento de los grupos ya apartados culturalmente, dentro de las clases altas, y se imbrican en su ideología. Por lo demás, vienen a sumarse a una tradición ya existente, de tipo proteccionista, y a entroncar en forma coherente en una ideología que exige un país autónomo.

Pero el nacionalismo también advierte otra cosa: que no puede concebirse una sociedad que funcione como colectividad global y autónoma —tal lo que es o pretende ser una nación— asentada solamente sobre los objetivos o pretensiones de sus clases superiores y exclusivamente sobre una concepción racional de la misma. El nacionalismo advierte, en suma, la necesidad de establecer una comunidad. Funda o pretende fundar esa comunidad en el pasado, en los datos dados, y tiende a confundir esos datos (que fueron realmente elementos de una comunidad, pero que son puramente históricos) con la esencia de toda comunidad posible, o, por lo menos, de toda comunidad posible aquí. Sobre ellos propone una empresa hacia el futuro. Y respecto de ese futuro, el nacionalismo cree ser capaz de predecirlo: ese futuro va a mantener las características esenciales del pasado, no porque así se desee sino porque la naturaleza humana es inmutable y tiende a comportarse siempre del mismo modo, y, por consecuencia, a producir siempre lo mismo como resultado de su acción. Siempre habrá grupos humanos que se combaten entre sí; siempre, dentro de cada grupo, unos serán dirigentes y ocuparán una posición dominante, y otros serán dominados y dirigidos. Así ha sido siempre, y seguirá siendo. Hay que disponerse entonces a colocarse entre los pueblos fuertes, que saben lo que quieren y que buscan los medios para lograrlo, y, en la sociedad en que se está, tomar las medidas necesarias para ser dirigente, para pertenecer al inevitablemente pequeño círculo de la élite dirigente y dominadora. La teoría se ha ido así completando y cerrando. Incluye muchas deformaciones que son producto de los deseos, de la situación de clase en que los nacionalistas se encuentran, de la tendencia a aferrarse a las ventajas que esa situación implica. Pero también incluye el reconocimiento de los hechos tal

como se dan las relaciones reales entre las naciones; nuestra debilidad estructural; la explotación a que nos someten los países centrales; la imposibilidad de mantenernos como país pastoril si no queremos condenarnos al estancamiento; la división en clases; la necesidad de planos de comunicación entre los distintos grupos sociales para poder plantear una empresa común; el hecho de que nuestra debilidad estructural, nuestra deformación interna y nuestra dispersión social se deben en medida casi absoluta a la acción de los países imperiales de los cuales dependemos económicamente. Mientras tanto, los nacionalistas han ido encontrando en los países europeos desplazados por las grandes potencias, ideologías aptas para sus necesidades. Esas ideologías se dirigen contra las formas del capitalismo liberal, contra los partidos de izquierda y contra los países anglosajones que son justamente nuestros centros imperiales. No tiene pues nada de artificial que los grupos que pretenden convertirse en núcleos dirigentes en nuestro país se sientan atraídos por tales doctrinas, y dispuestos a aliarse con los países cuyos gobiernos las profesaban. No cabe duda de que nuestros nacionalistas han sabido advertir muchos hechos que tanto nuestras derechas tradicionales como nuestras izquierdas no han visto.

En el año 1930, a través de todas sus contradicciones, el nacionalismo ha ido consolidando, sin embargo, una teoría más o menos general, precisamente por la influencia de los experimentos extranjeros, que han servido de estímulo y agente de precipitación, aunque en la misma medida han deformado una ideología que pudo quizás tomar formas más aptas para la realidad local. Para ese año clave, es conveniente resumir lo que era tal ideología.

Daba por descontada la quiebra de la democracia liberal. Incapaz de mantener una sociedad bien organizada, la democracia liberal era culpable del desorden social, pues, por una parte, dejaba sin amparo ante las necesidades económicas a las clases populares; por la otra, era una ideología que sustentaba el derecho de esas clases a participar en la dirección de la sociedad lo que significaba entregar el control de la misma, en definitiva a los extremistas que utilizaran el descontento de las masas. Y, finalmente, la democracia liberal, o bien no aplicaba los principios que sustentaba, como se había hecho hasta 1916, o bien devenía en seguida en una práctica demagógica, sólo preocupada de satisfacer los deseos de las masas, e imposibilitada de gobernar con criterio. Era necesario, por lo tanto: un gobierno fuerte, la organización de un sistema que estableciera el orden y el equilibrio entre el número y la calidad. El corporativismo mussoliniano era la respuesta más general dada al problema, por su demostrado éxito y perdurabilidad, y una vez patente el fracaso y la constante frustración de los intentos de tipo maurrasiano. Justicia social, creación de una nación autónoma (lo que significaba industrialización y diversificación de producción y mercados) eran instrumentos que todavía estaban en un segundo plano frente a la necesidad de destruir al yrigoyenismo de parte de las clases altas. Los nacionalistas confiaban en que los grupos conservadores estuvieran convencidos de que era necesario cambiar el sistema, tal como ellos lo predicaban. Y al día 6 de setiembre estaban prontos para actuar de núcleo intelectual de una nueva política de élites.

Pero los nacionalistas se equivocaban. Solamente habían servido como ruidoso y audaz grupo de choque de una oligarquía que en su conjunto no quería cambiar nada, que sólo venía a restaurar. Pues eso es lo que los nacionalistas no advirtieron ni en ese momento ni después (ni nunca a decir verdad): que lo que ocurrió después del 6 de setiembre no fué una maniobra de los políticos conservadores de viejo cuño liberal, que se apoderaron de Uriburu primero y después del gobierno seudolegal, sino la manifestación de nuestras clases altas en su totalidad. Ellas querían que las cosas permanecieran como estaban, tal como estaban, organizadas en un sistema en cuya cúspide se encontraban ellas.

Cualquier cambio era peligroso, pues cualquier cambio iba a trastornar ese orden. Y eran las clases altas, no los nacionalistas, las que tenían razón en ese punto. La paradoja consistía en que también los nacionalistas tenían razón. Unos y otros, en definitiva, querían realizar algo imposible; impedir de un modo o de otro, que el cambio que ocurría en los hechos (en las estructuras locales, y en el orbe en que nos encontramos) se reflejara en las formas. Sin embargo, las dos tesis iban a tener tiempo de realizar su experimento.

El de los nacionalistas llegaría después. Mientras tanto, era el tiempo conservador. El trato que *La Nación* dió a Lugones en seguida de caído Yrigoyen, dando por terminada la campaña política para la que hasta entonces le había prestado el más generoso apoyo, pudo haber servido de advertencia a los nacionalistas: habían servido de instrumento, y ya no eran útiles. Pero ellos no querían creer ni en la consecuencia de lo que decían saber: ¿cómo podían esperar de una oligarquía ligada a Inglaterra, una política independiente? Los duros hechos económicos comenzarían muy pronto a mostrar la trama real de todo lo que estaba ocurriendo. Pero mientras tanto, los nacionalistas vieron pronto qué era lo que estaba pasando en el terreno político. Los viejos conservadores se impusieron sobre Urriburu, y llegaron con Justo al poder. La indignación nacionalista fué estridente. Pero solamente ven los hechos desde una perspectiva político-social: el mayor temor es que el retorno del liberalismo ocasione el "desorden social", "la anarquía", "la dictadura del proletariado", el triunfo "del populacho más soez". La simple idea de que se llame a elecciones por el método cuantitativo les parece la iniciación de la revolución social, el retorno de la demagogia y, por ella, el rápido viaje hacia el comunismo. No todos son tan explícitos, pero Lugones, menos político que sus propios amigos, se declara ampliamente. Para él, ni aun el gobierno de los partidos conservadores daría seguridad alguna; también ellos hacen demagogia electoral y se van a ver obligados a halagar a las "masas urbanas" para conquistar su voto, y esa necesidad los va a arrastrar al izquierdismo. Y éste "como el laborismo inglés y el obrerismo de nuestros radicales, vienen a ser el socialismo con otro nombre; del propio modo que este último es un sinónimo del comunismo" (1).

Es recién bajo el gobierno de Justo que los hechos económicos cobran toda su relevancia, influyendo cada vez más en la ideología nacionalista.

Tres son los hechos que, actuando desde las estructuras económicas, van a influir sobre nuestras estructuras sociales, modificándolas, y ocasionando toda clase de cambios, de complejas modificaciones, con directas repercusiones culturales. Dos de ellos se originan en la crisis que, a partir de 1929, atraviesa el orbe capitalista: la necesidad del imperio británico de reajustar su funcionamiento a las nuevas condiciones, y el desarrollo de nuestra industria local, multiplicada en capacidad, en producción y en número de obreros y concentrada casi exclusivamente en los alrededores de Buenos Aires. El otro es un hecho técnico: el desarrollo del enfriado a partir de la terminación de la guerra.

Las consecuencias de los dos primeros hechos han sido muchas veces examinadas, no así las del último. Sin embargo, la influencia de éste en la perspectiva política que prestó a ciertos grupos tiene una gran importancia al combinarse, justamente, con las consecuencias de aquellos otros.

La aparición y desarrollo del enfriado dividió a las viejas clases ganaderas en dos grupos cada vez más antagónicos: el de los criadores y el de los invernadores. Estos últimos, aliados inmediatos de los frigoríficos, se convirtieron en una especie de superoligarquía, explotadora del

grupo de los criadores. Como señala Ricardo Ortiz en su *Historia económica de la Argentina*, este fenómeno, bien caracterizado ya hacia 1923 debe haber influido directamente en la división del radicalismo, acentuándola, y acercando a los antipersonalistas al conservadurismo tradicional. Pero sus consecuencias políticas fueron más amplias aún. En realidad, ocasionó un verdadero desplazamiento de grupos, empujando a su vez a diversos núcleos conservadores fuera de la agrupación y creando una nueva conciencia política respecto del imperialismo y de su influencia en quienes sufrieron los efectos directos de la nueva situación. Aparece en el país una visión del fenómeno imperialista que podemos denominar agraria, y, en verdad, nacen —de los grupos sociales aplastados por el mecanismo económico— un verdadero enjambre de escudriñadores de los problemas y de la historia económica argentinos, casi maníacamente anglófilos, que se podrían englobar bajo el nombre de *agraristas*. Un caso especial, con características muy propias, y del que ya he hablado, lo constituye Lisandro de la Torre. Pero él mismo es un conservador que rompe con el conservadurismo clásico. Más comunes son aquellos que se unen durante algún tiempo al radicalismo, pero que luego se acercan a los grupos nacionalistas, como Jauretche. El núcleo de FORJA, salido a su vez del radicalismo, recorre un camino semejante. Y por vías algo diferentes llegan también al nacionalismo hombres como los hermanos Iraxusta. Ellos llevan al nacionalismo una visión más cruda y más vívida del problema económico, del funcionamiento del imperialismo económico —que han sufrido en su situación personal— y una concepción geopolítica que excede la que pueden dar los libros o la práctica política de los países europeos. Pero ellos, a su vez, recibirán del nacionalismo su ideología, tal como ésta se había formado lentamente. Y esa mutua influencia será tanto más fácil, cuanto que los agraristas vienen a entroncar en una tradición, no a traer ideas nuevas o desconocidas.

Mientras tanto los otros dos hechos van cobrando un desarrollo cada vez más acelerado. Los hombres que forman el gobierno de Justo aceptan las reglas dictadas por las necesidades del imperio inglés: modificación del sistema bancario, pacto de carnes, conversión de la deuda, nuevas concesiones eléctricas, coordinación de los transportes. La vieja oligarquía no titubea en sacrificar al país, en descargar la crisis británica sobre todas las clases locales, a cuenta de mantener su posición dentro del sistema.

La generación nacionalista que ha comenzado a actuar en el 30 se relea agramente contra la impotencia, la falta de visión y de audacia de los grupos dirigentes. Sienten su rebelión como un alzamiento de los jóvenes contra los viejos. Ellos se sienten los "verdaderos conservadores", la nueva generación llamada a reemplazar a una capa de dirigentes decrepita y sin fuerza ni talento. "Hay que volver por nuestra grandeza" declaman, no es posible seguir viviendo esta "vida de pasatiempo, chata y sumisa", es necesario terminar con la "gerontocracia". Los viejos temas permanecen, pero encuadrados ahora en una mayor preocupación por las consecuencias del imperialismo y por la desilusión absoluta respecto a las posibilidades de los viejos cuadros conservadores, de sus prácticas y de su habilidad para gobernar. Los jóvenes nacionalistas notan con toda evidencia que los hombres mayores de su clase están incapacitados para continuar siendo "la clase dirigente". Ellos "no son patriotas", son los "que desde hace años vienen entregando al país al extranjero". No se diferencian en nada de los demás partidos, y han demostrado ser "igualmente funestos". Tanto como los socialistas y los radicales "rezuman comunismo", nos empujan a él, por su deseo o por su falta de lucidez. Ha llegado entonces la hora de los jóvenes. "Camaradas, decía Nimio de Anquín en los mítines estudiantiles, con las generaciones anteriores a la nuestra apenas si tenemos otro vínculo que el biológico... Los vie-

(1) Todas las citas han sido tomadas de "Política revolucionaria", aparecida a menos de un año del 6 de setiembre.

jos han sido eliminados y ahora el hijo aparta al padre." (1) Los gobiernos de Ortiz y de Castillo exacerban aun más la rebeldía nacionalista. Son los años de los grandes negociados, de los escándalos. Los nacionalistas hacen su denuncia minuciosa, con más acritud que nadie, con una pasión que casi nadie alcanza. Jorge del Río denuncia las ordenanzas eléctricas, José Luis Torres los negociados con las conversiones, con las tierras de *El Palomar*. Scalabrini Ortiz denuncia retrospectivamente los viejos negociados de los ferrocarriles. Son también años de crisis económica. Los años de los linyeras, de la baja de los precios de los productos agrarios. De la suspensión de los pagos de los sueldos. Años de miseria para la clase media, de estrechez. Y los nacionalistas urbanos son miembros de la clase media, aunque lleven los apellidos de las familias de la oligarquía. Años de los tangos tristes, de la reivindicación literaria del suburbio, de los cuentos y novelas de Arlt, de "El hombre que está solo y espera".

Años de fraude político. Del fracaso de la democracia.

Pero en esos años, también, y por debajo de ese desastre, del escepticismo y del descrédito, el país crece. Los 460.000 obreros de 1935 pasan a ser 800.000 en 1941, o, si se consideran otras ramas de la producción, de 530.000 a 1.230.000. La industria ha pasado a representar un porcentaje mayor que la agricultura y la ganadería juntas dentro del producto bruto nacional hacia el fin de la guerra (el 26,4 y el 22,3 %, respectivamente). El gran Buenos Aires ha ido creciendo hasta convertirse en un conglomerado humano enorme, de más de cuatro millones de habitantes, alimentado por una migración del interior del país de cerca de cien mil personas por año a partir de 1936. Y esa nueva población es casi exclusivamente obrera, con una concentración que le confiere una dinámica muy superior a la que indican las simples cifras. Aun superior a la que significa esa enorme población, en la que se asiste por primera vez en el país al fenómeno de masas y al hecho (habitual en la era de la revolución industrial europea, pero casi inédito entre nosotros) de la transformación repentina de una gran masa campesina en una enorme masa de proletariado industrial. Para ver el fenómeno en su verdadera perspectiva es necesario tener en cuenta que el Gran Buenos Aires ha llegado a representar más de la cuarta parte del total de la población del país (el 27%, en 1943).

Otros cambios sociales se han ido produciendo simultáneamente. El más importante es el crecimiento constante de la clase media, y, dentro de ella, el rápido crecimiento de los sectores dependientes, es decir, del sector de "empleados". En la Capital Federal, las clases medias, que representaban en 1914 el 38% de la población, han pasado a representar en 1936 el 46%, y ese porcentaje continúa, aunque no tan aceleradamente, subiendo. Y los empleados que en 1914 representaban el 16% han pasado a representar el 18%. Esas cifras coinciden, en general, con el cambio experimentado en todo el país, en el que las clases medias que representaban el 33% de la población en 1914, pasan a representar el 40% en 1947.

El país ha ido cambiando. Ha aparecido un numeroso proletariado, que ni los partidos políticos tradicionales, ni los de izquierda, ni los sindicatos, han tenido tiempo de encuadrar. Ni han sabido siquiera formar las condiciones para hacerlo, pues no han advertido el cambio. Han aparecido fuertes intereses industriales, cuya colisión con los intereses agrícola-ganaderos es inevitable, y que no se sienten representados tampoco en los partidos tradicionales ni en el gobierno (2).

Esos intereses industriales van a influir en la estructura cultural. Necesitan un mínimo de proteccionismo; exigen igualmente un mayor acercamiento a Estados Unidos. El poder político ya no puede ser ejercido con eficacia por hombres que representan las viejas ideas. Al nuevo proletariado no puede importarle demasiado la discusión entablada entre los partidos gobernantes y los opositores respecto de los derechos políticos cuando ellos sienten la inexistencia de sus derechos concretos como trabajadores industriales. Los viejos políticos, que hablan un lenguaje valeroso quizás para la Argentina de 1925, ya están mentalmente imposibilitados para representar a la Argentina de 1940. Los nacionalistas tienen razón: es por lo menos necesario un cambio de los cuadros dirigentes, para que haya un mínimo de compatibilidad entre ellos y las estructuras nacionales (3).

Y los nacionalistas, por su parte, han aprendido mucho. Ya no hablan el viejo lenguaje superaristocratizante, ya nadie recuerda los arrestos maurrasianos. En fecha tan temprana como en 1934, Gálvez reprocha a "los fascistas argentinos" por no interesarse por "la parte socialista del fascismo italiano", y propone la posibilidad de acercarse a "la masa radical". "Un radical auténtico, dice, no está muy lejos del fascismo: es nacionalista, cree que hay que hacer obra para el pueblo y simpatiza con los procedimientos rápidos y aun violentos". Ese reproche fué atendido. "En el nuevo orden, recuerda en 1940 Marcelo Sánchez Sorondo, la conquista del Estado comienza por la conquista de la muchedumbre".

También ha habido otras transformaciones en el grupo nacionalista. Ha ido afinando las apoyaturas que buscaba en la tradición. Renegando del liberalismo "protestante" y "burgués", ha encontrado el cristianismo en su paso. La Iglesia a su vez, había creído encontrar aliados en los gobiernos fuertes del capitalismo europeo postergado. Aliados contra el comunismo, contra el ateísmo, contra el liberalismo, contra el desorden social. Las clases gobernantes de Inglaterra y de Estados Unidos también simpatizaban con Mussolini y con Hitler. Parecían ser una defensa contra el comunismo. Un baluarte militar. Y haber descubierto una fórmula para defender, por otros medios, el derecho de propiedad amenazado aun en los propios países anglosajones. No es lícito simplificar demasiado las cosas, pero sí es cierto que la defensa de las estructuras basadas en el orden capitalista, en los intereses coincidentes de los grandes trusts, en el mantenimiento del orden, establecía una compleja relación entre las grandes potencias capitalistas protestantes, los gobiernos fuertes de Europa continental y la Iglesia Católica. La década del 30, es la década de las grandes conversiones. Entre nosotros, en términos más modestos, ocurre lo mismo: se realiza el Congreso Eucarístico; en 1935, Bernárdez publica "El buque", dedicado a los Cursos de Cultura Católica, y que señala simbólicamente su itinerario de reencuentro con el cristianismo; en 1936, Marchal publica "Laberinto de amor". Como recuerda Sánchez Sorondo "hubo en Buenos Aires quienes debieron sus convicciones políticas a sus convicciones religiosas... una generación que sólo por católicos llegaron al fascismo". José María de Estrada puede asegurar ahora que el nacionalismo fué desde un principio católico e hispanista. Pe-

confunden, y que la industria local está ligada al capital industrial imperialista (ver, entre otros, Milchades Peña, "Estrategia", N° 1, setiembre de 1957). Pero ello no quita que los intereses del capital industrial radicado en el país estén en contradicción con la clásica línea de la conducción económica impuesta por las necesidades de la oligarquía terrateniente. El mero hecho de la tendencia a acercarse a Estados Unidos en perjuicio de Inglaterra, es demostrativo de tal contradicción.

(3) En realidad nadie advirtió el proceso de cambio en el crecimiento que se operó en la década del 30. Ni aún hoy se da suficiente importancia a ese fenómeno de fondo ni se advierte su carácter de causa y explicación principal de la historia posterior, tanto del peronismo como de la inoperancia de los partidos políticos. Todavía hacia 1940 hasta los especialistas creían poder prever para la Argentina "un movimiento de descenso absoluto" (ver, por ejemplo, Gonzalo Robles, "La industrialización de Iberoamérica", *Jornadas*, 17, México, pág. 24). Todo el mundo veía sólo un panorama de decadencia y de crisis, aun los nacionalistas. La paradoja consiste en que éstos se acercaron más a la realidad porque proponían una política de expansión, viniendo así a convertirse en los inadecuados ideólogos de una expansión que existía en los hechos, a falta de otros que supieran expresarla.

(1) Las citas han sido tomadas de los libros ya mencionados (Marcelo S. Sorondo y Castellani, páginas 33, 45, 50, 139, 265), (Gálvez, 28, 88); de "Urquiza y el pronunciamiento" de Julio Irazusta, pág. 12. De "Genio de la Argentina" de Carulla, pág. 54. De José M. de Estrada, "El legado del nacionalismo", pág. 75. De artículos de Hernán Benítez en la Revista de la Universidad de Buenos Aires (Rev. abril de 1951, pág. 339, enero de 1950, pág. 35).

(2) La discusión sobre si se ha constituido una burguesía industrial nacional y sobre si la misma es o no independiente respecto de la burguesía latifundista, aunque necesaria y esclarecedora, no resuelve todos los términos del problema. Parece demostrado ya que una y otra burguesía se

ro las cosas no fueron así. Solamente la segunda generación nacionalista fué católica. Y eso como parte de la búsqueda de un orden seguro, anterior, en el que afirmarse y en el que buscar justificativo. Religión, patria, estirpe, es parte del intento de llevar ciertos datos históricos a orden sagrado, esencial. Es la búsqueda del "orden natural de la humanidad" que proclamaba Maurras en "Trois idées politiques", el orden católico justamente, superior al individuo, al hombre. La afirmación en lo que ya fué. "Ser lo que... ya fuimos germinalmente", "no vulnerar la ley ontológica de la estirpe... lo histórico transformado en una esencia constante y operante", como recuerda Carlos Astrada varios años después (1). Estamos en las vísperas del 4 de junio de 1943. El nacionalismo llama al Ejército. Llama a un "César popular y católico", a "un Yrigoyen mejor que el otro", "a un Rozas o un Moreyra, a falta de un Mussolini", pide un "régimen popular" contra las tendencias antisociales. Un hombre providencial, que asegure "la grandeza del país", que sujete el cuerpo político a un "orden natural", que organice la justicia social de tal modo que se calme a las masas, evitando que luchen contra las clases poseedoras, que establezca la "jerarquía necesaria" fundada en el poder personal, una apta minoría dirigente y el pueblo, pues "el poder personal coincide con la democracia". La historia dió a los nacionalistas lo que pedían, y la aparición de Perón pareció coincidir no sólo con sus deseos sino con un raro don de profecía. ¿Era esa la "revolución anunciada"? Aparentemente sí, y en los primeros tiempos del peronismo, los nacionalistas se sentían finalmente viviendo la historia que ellos habían creado (2). Ellos eran la minoría dirigente, los ideólogos, la inteligencia de un nuevo orden.

Perón no llegó a constituir el Estado corporativo que algunos nacionalistas proponían. Pero sin que sea cuestión de entrar a discutir nuevamente si era posible o no repetir el fascismo en un país subdesarrollado, es evidente que el programa nacionalista fué cumplido en sus líneas generales. Manejo centralizado de la economía, proteccionismo económico, desarrollo industrial, comercialización por organismos estatales, todas las medidas que habían sido propuestas para sacar al país de su estado agrario y llevarnos hacia la autonomía económica. Justicia social paternalista, intervención del Estado en los conflictos entre obreros y patronos, desplazamiento de los grandes acopiadores de productos agrarios. El poder personal, si no institucionalizado totalmente, se afirmó en los hechos, en la persona mística del caudillo, de acuerdo a los más ambiciosos postulados del nacionalismo. En realidad, Perón hizo explícitos muchos de los principios que el nacionalismo no había hecho sino esbozar, al traducirse en acción de gobierno y en normas lo que había sido sobre todo prédica política. El Estado fué adquiriendo el tono de un socialismo cristiano, que los nacionalistas habían aceptado pero no predicado extensamente. Se pretendía en suma buscar una corrección al capitalismo individualista, evitando el colectivismo. Y los nacionalistas tuvieron la oportunidad de desarrollar sus teorías en concreto. No se trataba de proponer simplemente medidas correctivas, sino de estructurar íntegramente un Estado antiliberal desde sus bases, respetando aquellos principios que se consideraban sagrados, aquellas instituciones que se consideraban naturales, desvirtuados por el capitalismo individualista y amenazados por el colectivismo. No se trataba, pues, de corregir los excesos del capitalismo, sino de montar una sociedad no capitalista.

(1) Carlos Astrada, "La máxima sanmartiniana y el destino argentino". Revista *Leopoldo*, N° IX, 1951. ¿No es ésta la misma tesis de Rojas en *La restauración nacionalista* y en *La Argentina*?

(2) Ann Julio McInvielle, en "Política argentina" ve en la primera etapa del peronismo la realización de los anuncios nacionalistas. Hasta tal punto los nacionalistas se sentían conformes con la nueva situación, que S. Sorondo se cree obligado a advertirlos contra el excesivo entusiasmo. En "La revolución que anunciamos", página 16, advierte: "No se exagera: no existe prueba concluyente de que el 4 de junio... derive del proselitismo nacionalista". Las otras citas han sido tomadas del libro ya mencionado de Ernesto Palacio, págs. 12 y 152, del de Gálvez, pág. 47, del de S. Sorondo, pág. 29, de "La historia que he vivido", de C. Ibarguren, pág. 466, del artículo de E. Palacio "Dinámica de poderes en la sociedad política", aparecido en la Revista de la Universidad de Buenos Aires, N° 8, diciembre de 1948.

El problema se planteó en sus términos totales al proyectarse la reforma de la Constitución. La nuestra era una clásica constitución individualista, confeccionada sobre moldes típicamente, hasta exacerbadamente liberales. En 1930 los nacionalistas habían luchado por su reforma, sin resultado alguno. Ahora la reforma les caía entre las manos, y ellos contaban con un núcleo doctrinario que no existía 20 años antes, y con la experiencia de lo ocurrido en Europa. La discusión —frente a los liberales— se planteaba sobre todo en torno al papel del individuo, a los límites de los derechos individuales (especialmente el de propiedad) y a las llamadas entidades primordiales o asociaciones intermedias entre el individuo y el Estado. Se trataba de limitar los derechos individuales con un sentido social, protegiendo en cambio los derechos sociales, y estableciendo las correlativas obligaciones ("derecho al trabajo, obligación de producir; compensar el salario con el rendimiento, frente al derecho a una retribución justa; respetar los intereses justos de la colectividad, como consecuencia del derecho a condiciones de trabajo dignas... y la de poner la fuerza gremial al servicio de los intereses de la Nación"). El derecho de propiedad debía ser encuadrado "dentro de los límites impuestos por las necesidades primordiales de la sociedad", según fórmula de Ibarguren, o, como más jurídicamente decía S. Sorondo, "se podría concretar el principio de amparo al reconocimiento inequívoco de la propiedad privada y la norma de la limitación reglarse conforme al supremo interés de la comunidad nacional". Las asociaciones intermedias (la familia, la Iglesia, las asociaciones económicas y políticas, las entidades culturales, los municipios) debían ser reconocidas como "órganos genuinos del cuerpo social del Estado", dándoseles a la vez representación en el gobierno. En conjunto, se debía buscar un régimen de equilibrio, en el que la persona no se enfrentara con el Estado, ni se viera amenazada por éste, en el que los intereses económicos particulares no se opusieran al interés nacional, en el que las "poderosas empresas representativas del capitalismo internacional [dejaran] de gravitar decisivamente en el Estado"; en el que el trabajador no estuviera "sometido a la dominación del capital... sin amparo en su desvalimiento económico", en el que "las masas no se vean obligadas a tomar posiciones y organizarse en sindicatos marxistas para combatir" [al Estado] ... y dejen de mirarlo "como expresión de la burguesía política y capitalista" (3). Se pretendía "organizar la Nación para que en lugar del individualismo, que lleva consigo el germen de la anarquía, se imponga el concepto social y solidario de nación homogénea", considerando al Estado como "un obrar humano mancomunado", en el que se evitara a la vez el predominio de intereses particulares y del "número", de la masa, sobre la calidad.

Los nacionalistas habían destacado siempre su realismo, su capacidad de reconocimiento de los hechos, de lo dado, y su pretensión de manejarse con esos hechos, con la realidad tal cual es, frente a las pretensiones de los ideólogos que "inventando teorías de organización social... sustituyen la experiencia histórica con abstracciones sistemáticas" según decía ya Lugones en "La grande Argentina". Acha-caban nuestros males tanto a los ideólogos liberales que habían pretendido desconocer "el país real", provocando así "la bravia inconducta de los hechos desmandados", como a los ideólogos de izquierda, que con su "mentalidad librecasta, racionalista... pretenden imponer a la múltiple realidad un molde rígido, abstracto, unívoco". Ellos, en cambio, se proponían "domeñar el hecho, trascender el país de hecho mediante su dominio político... sin desarraigar la política", y cuando la ocasión se les presentó no sólo se hallaban convencidos de poder manejarse con ese "país real", sino que habían elaborado una amplia doctrina realista,

(3) Carlos Ibarguren, "La reforma constitucional", 1948, Marcelo S. Sorondo, "A propósito de la familia y de la propiedad en la Constitución", artículo en "Encuesta sobre la revisión constitucional", 1949, Arturo Sampay, "Introducción a la Teoría del Estado", 1951, "La necesidad de la teoría del Estado", en Revista de la Universidad de Buenos Aires, junio 1946.

fundada tanto en Aristóteles y Santo Tomás como en Maquiavelo, Mosca y Pareto. (1) Doctrina que abarcaba desde la teoría del Estado hasta la mera práctica jurídica y política.

Constitución, educación, política interna, política internacional, se elaboraban y llevaban, si no con su intervención directa, al menos bajo su impronta e influencia. Pronto fueron descubriendo, sin embargo, que los hechos eran más difíciles de gobernar de lo que ellos creían, que las fuerzas económicas eran algo más que "intereses creados", que las estructuras sociales eran algo completo y cerrado con su dinámica propia, no tan pasible de domeñar políticamente como parecía.

La primera voz de alerta es posible que haya sido dada por Meinvielle desde *Presencia*. Desde allí advirtió que las limitaciones al derecho de propiedad hechas en la Constitución del 49, o se desconocían en los hechos, y entonces desde luego no significaban nada, o eran un ataque a la propiedad en sí misma, y no solamente una limitación a la propiedad capitalista. Advirtió igualmente que, al unificar a la clase obrera, si bien en principio se había obrado bien pues había sido el medio para expulsar de su dirección a comunistas y anarquistas, había que manejarse con sumo cuidado, ya que se corría el riesgo de que una clase trabajadora fuerte y organizada, cuyo apoyo era indispensable para gobernar, podía terminar apoderándose del Estado, en perjuicio de las demás clases. Advirtió otra cosa todavía: la imposibilidad de mantenerse neutrales entre Estados Unidos y la Unión Soviética, si se quiere asegurar "la pervivencia en la tierra de los valores más altos: de la Iglesia... y del patrimonio civilizador de Occidente, dentro del cual tan sólo son posibles los bienes humanos de dignidad personal, de familia, de propiedad y de convivencia que hacen amable la vida terrestre" (2).

¿Tenía razón Meinvielle, o se trataba simplemente de temores injustificados? Y si tenía razón ¿pudieron ser las cosas de otro modo, y, obrando con mayor prudencia o con mayor habilidad, evitarse los riesgos que el peronismo levantó? Los nacionalistas, en todo caso, no pensaron que los riesgos fueran inexistentes. Según su versión, Perón abandonó los carriles que ellos le trazaran, y fuerzas oscuras (liberalismo, izquierdismo, de nuevo) se fueron apoderando poco a poco de los controles del gobierno. Para ellos, fué solamente "cuando el peronismo en las postrimerías de su gobierno pierde el rumbo de su primera inspiración afirmadora de lo nacional" que los peligros señalados por Meinvielle se hacen reales: la C. G. T. abandona los problemas estrictamente gremiales y se dedica a la política, el Estado tiende a convertirse en "Estado colectivizado", el "individuo y la vida privada" son amenazados, el peronismo se transforma en "poder arbitrario", en dictadura y tiende a la "abolición pura y simple de las instituciones" (3).

Es decir, que en una experiencia de diez años, aquel Estado que ellos propusieran ha devenido en justamente todo lo contrario de lo propuesto. Y ese mismo Estado entra en tratativas con Norteamérica para firmar un contrato que los nacionalistas consideran contrario a la soberanía nacional.

¿Se tratará, quizás de que el programa nacionalista es irrealizable? Los nacionalistas parecen en un primer momento, inmediato al 16 de setiembre, entender que no. Sólo há habido un error, un gigantesco error quizás, pero nada más que un error político. A través de Lonardi, los nacionalistas pretenden corregir tal error. Postulan, simplemente, volver, con algunas correcciones, a su planteo de 1945. Debe volverse a la legalidad, contrabalancear el carácter socializante del nacionalismo con un profundo realismo que

reconozca el papel del individuo y de la libertad, para evitar el totalitarismo. Debe restablecerse "la estabilidad, el orden, la seguridad jurídica", recordar que "la política gremial persigue evitar la discordia entre las clases y obtener la paz social". Es necesario cuidarse de no pretender "excomulgar a los poseedores", de no "atacar la propiedad privada". Es necesario, en fin, organizar un Estado en el que el "orden" se anteponga aun a la justicia, en el que se organice esa sociedad normal que exige una clase dirigente capaz y una masa dócil, en el que "el movimiento popular, vale decir, en favor de los desposeídos, no pierda de vista la historia nacional, bajo pena de caer en el marxismo, en la lucha de clases", pues "los ricos, los intelectuales y los aristócratas sólo deben ser combatidos en la medida en que obran y piensan conforme a intereses ajenos a los de su patria, y no por el sólo hecho de ser tales" (4). Pero esa realidad que los nacionalistas han reivindicado siempre como un monopolio, parece negarse ariscamente a dejarse dominar. Aun gobernando Lonardi, debe llamarse para encarar nuestros problemas económicos a un experto que postula medidas muy semejantes a las del liberalismo intervencionista de la década del 30, y, desde el propio Ministerio de Relaciones Exteriores que los nacionalistas poseen íntegramente se realiza el acercamiento a esos Estados Unidos anglosajones que representan todo lo que tan ferozmente se combatiera: el espíritu burgués, el capitalismo, el protestantismo.

Pero aun la realidad es más cruel. El 13 de noviembre de 1955, los nacionalistas son desalojados del poder por esas mismas fuerzas armadas a las que ellos apelaran tantas veces, y la Iglesia, la misma Jerarquía católica, parece preferir a la democracia cristiana antes que a los católicos nacionalistas. *Azul y blanco* se queja amargamente; "¡misterios del tiempo!" exclama *Mayoría*. Pero ni quejas ni burlas sirven para nada: es cierto, es la cruda realidad política, la Iglesia prefiere a los "demi-cristianos" y no a los católicos enteros. Las fuerzas reales no los apoyan; los nacionalistas se ven obligados a optar, como tantos otros. Y una gran parte de ellos optan por Frondizi. Otros, guardan una semiconsentidora expectativa.

Pasado el 19 de mayo, los nacionalistas se han ido dividiendo cada vez más en dos fracciones. Una, representada por Mario Amadeo y Pardo en la política activa (mientras otros como Echevarría ocupan esas canonjías que entre nosotros son las embajadas) se ha plegado íntegramente a la política del gobierno. Desde allí, han aceptado (sin que se sepa cuáles son sus otras actividades con gran certeza) el realismo predicado desde la revista *Qué*: panamericanismo, contratos petroleros, movilizaciones, maniobras en los sindicatos, universidades católicas privadas con avisos en los diarios semejantes a no muy buenos avisos comerciales. No renuncian sin embargo a tener una organización política (hasta ahora casi exclusivamente simbólica) que parece tender a ser uno de los grupos con que el gobierno piensa mantener su aspecto de coalición. Ante el peligro marxista, o ante el peligro del mundo soviético, estos nacionalistas, como la Iglesia Católica, parecen haber decidido que la única defensa es Estados Unidos. Pero Estados Unidos constituye también un sistema que rebasa sus fronteras nacionales, es decir, que no puede comprometerse con ellos una simple alianza de nación a nación, sino que es necesario entrar en su sistema y, en él, aceptar su supremacía.

Puede aceptarse sin embargo, que estos nacionalistas no han abdicado de su modo de pensar, que intentan, aunque lo callen, llegar por otras vías a sus objetivos de siempre, o a objetivos similares. Esta posibilidad plantea un curioso problema respecto del grupo gobernante, dentro del cual otros aceptan también el realismo, pero según dicen, con muy diversas intenciones. Mas dejemos esto para más adelante.

(1) Sompay, obras citadas y "Fundamentos gnoseológicos de una teoría realista del Estado", Revista U. de B. A., junio 1944. Benítez, ídem, enero 1950, "La Argentina de ayer y de hoy", Echevarría, "Esquema de la Argentina", páginas 173, 192. S. Sorondo, "La revolución que anunciamos", pág. 14.

(2) Artículos coleccionados en "Política argentina, 1949-1956", páginas 12, 18, 88, 129, 153, 173, 178, 216.

(3) Echevarría, obra citada, *Azul y blanco*, 28-11-56.

(4) *Mayoría*, número 20 de 1958, editorial. Echevarría, obra citada, y artículo "La clase necesaria", en *Azul y blanco*, abril 9 de 1957. *Presencia*, julio 13 de 1956. *Azul y blanco*, diciembre 3 de 1957. Estrada, J. M., "El legado del nacionalismo", pág. 60-87.

lante, cuando probemos acercarnos a lo que está ocurriendo según la perspectiva de la Casa Rosada.

Mientras tanto, la otra fracción nacionalista ha pasado virulenta y agriamente a la oposición, al ataque no sólo contra el gobierno sino contra sus amigos de ayer. Para ellos, el gobierno de Frondizi practica una política sin sentido espiritual, que sólo pretende administrar un país industrializado por y para los intereses norteamericanos, es decir, una política basada sólo en la economía, que va a destruir irremisiblemente el ser nacional y que, por la lógica de esos hechos que siempre los perturbará, va a desembocar, más tarde o más temprano, en el triunfo del marxismo. Porque se trata de la misma política de la *derecha empírica* que ellos combatieron durante toda su vida. Pero advierten un otro peligro: ven, agazapados en puestos del gobierno, grupos marxistas, grupos que *esperan su oportunidad*, dispuestos a tomar los comandos en el momento preciso. No explican —no parecen explicarse muy bien— cómo piensan tales grupos utilizar esa oportunidad, ni cómo han de manejarla para lograr sus fines. Pero, pensando como piensan la historia en función del papel que juegan en ella determinadas personas, no es difícil que los nacionalistas crean que un grupo audaz, suficientemente perseverante como para mantenerse en las cercanías del poder, sea capaz de apoderarse de los comandos políticos y desde allí realizar la obra sinestra que le atribuyen. Si es así —ya digo que su pensamiento no es muy explícito al respecto— estarían dando la contrapartida del juego que seguramente intenta la otra fracción nacionalista, que, con más lógica, permanece incrustada en las cercanías de ese mismo poder (1).

Esta fracción nacionalista opositora no parece haber logrado todavía elaborar fórmulas positivas ante la nueva situación. Se limita a denunciar airadamente la política económica del gobierno, a describir despectivamente los escándalos políticos oficiales, a meter en un mismo saco a todos los partidos políticos, declarando su caducidad, satirizando su lenguaje y su ineficacia, y a hacer vagas llamadas a la rebelión militar, mezcladas con denuncias contra todos los nombres con olor más o menos judío que actúan públicamente y tímidas alusiones a que la hora presente es la hora del "sindicalismo". Es decir, a repetir con menor vigor, como si ya tampoco creyera mucho en ellas, las mismas cosas de hace veinte años (2).

EL FACISMO LIBERAL: LOS GORILAS

La opinión política del país no se agota ni mucho menos en los partidos políticos. Las clases, los grupos de intereses, las ideologías, las necesidades regionales pueden expresarse de muchos modos. Sin embargo, en los países organizados dentro de las formas democrático-capitalistas todo grupo de opinión tiende a expresarse a través de partidos políticos, ya por medio de los existentes, ya promoviendo otros nuevos. Aparte de las organizaciones típicamente gremiales —obreras o patronales— que conservan su forma aunque se enlacen con los partidos, existen movimientos que, siendo fenómenos políticos, no llegan a constituirse como partidos, lo que nada indica desde luego respecto de su viabilidad como tales o sobre su evolución futura. Entre nosotros, además del nacionalismo —que sería un caso límite y ambiguo—

existen otros muy significativos. Dos, sobre todo, creo que revisten particular importancia, porque me parecen fenómenos que caracterizan muy especialmente el momento que atravesamos, tales son los que en la jerga política actual se conoce con el nombre de *gorilas* y los grupos que de un modo un tanto impreciso se califica como *trozkistas*.

Lo de *gorilas* es nada más que un mote, sin significado preciso, que ni siquiera se sabe muy bien de qué proviene. Se debe a una casualidad, probablemente a una canción que estaba de moda en el momento de la caída de Perón, adoptada como una burla respecto de quienes intervinieron activamente en el golpe de estado, pero aceptada hasta cierto punto por los mismos grupos revolucionarios. El gorilismo no designa ninguna organización, ni aun un movimiento de opinión o un grupo de presión bien determinado. Pero no cabe duda de que constituye un estado mental y un comportamiento reales, en los que coinciden muchos grupos y muchas tendencias, hasta militancias políticas dispares. Ante todo, puede distinguirse por ciertas notas negativas: el gorilismo predica un antiperonismo agudo y cerrado, es anticomunista militante, entiende que es necesario imponer orden en materia social, que debe ponerse freno a las pretensiones obreras. Es, además, contrario a la intervención del Estado en términos generales, y, sobre todo, al Estado empresario. Laicista o católico, hasta ligeramente proteccionista en algunos casos, la contrapartida de esas notas puede resumirse para todo el gorilismo en estos datos positivos: el gorilismo proclama en general ser liberal en materia económica, partidario de las instituciones democráticas y de las formas republicanas.

Todo eso no impide que el gorilismo haya sido partidario de las medidas de fuerza tomadas por el gobierno militar y por Frondizi ("aun a pesar de provenir de Frondizi") porque se ha tomado contra los obreros. Tampoco impide que entre los gorilas haya algunos que en su momento militaron en el nacionalismo o secundaron a Perón, también porque los creyeron *diques contra el desorden y el extremismo*.

En su sentido más lato, y hacia los últimos tiempos de Perón, el gorilismo arrastró hacia sí a todo el antiperonismo, porque expresaba la forma más radical de defensa de las clases que se creían amenazadas. Pero siempre existió un núcleo en lo que entonces se llamaba contrerismo, en el que el antiperonismo alcanzaba su mayor virulencia, y poco a poco el gorilismo se ha ido reduciendo a ese núcleo.

¿Quiénes componen y qué representa el gorilismo? No es fácil determinarlo. Lograrlo sería, sin embargo, arrojar una luz muy útil sobre nuestro actual proceso político. Una mera aproximación —única tarea que puede intentar ahora— puede ser con todo muy ilustrativa. Partamos del vasto campo que cubría el antiperonismo. En él era evidente la existencia de un agrupamiento clasista, cuya ideología extrema se formulaba en ciertas capas muy características de la sociedad: los estamentos superiores de las clases medias, la burguesía con ataduras en la vieja tradición liberal, materiales o culturales. Eso se vió con mayor precisión después de caído Perón, cuando nacionalistas y frondizistas ofrecieron una salida intermedia a la crisis: moderación en las maneras políticas, trato suave a los obreros sin intervención de los mismos en la actividad pública, industrialismo, relativa equidad para el peronismo como medio de absorberlo. Algunos contingentes de la clase media y de la burguesía aceptaron esa línea política; otros, justamente los adscriptos a la línea liberal clásica —que ellos mismos apodaron *Mayo-Caseros*— la resistieron violentamente. Algunos hechos concretos posteriores al 1º de mayo sirven para caracterizarlos y circunscribirlos aún más: la creación del clima golpista, las huelgas de tribunales y de los médicos, la reacción frente a las amnistías. Son de nuevo ciertos grupos sociales (específicamente en el caso de las huelgas, profesionales universitarios de las profesiones liberales más consideradas desde el punto de vista jerárquico) quienes dan la pauta de un sentimiento extremo que se agudiza,

(1) La tesis ha sido esbozada en *Así y blanco*, "La clave de los siete días", octubre 28 de 1958.

(2) Los números de *Así y blanco* suministran cada vez más, ejemplos del fracaso a que se siente condenado el nacionalismo. El número del 9 de diciembre último da casi un muestrero perfecto: No logra alcanzar el arrebatado de entusiasmo que le hubiera causado hace unos años el triunfo de Herrera en el Uruguay; lo celebra casi como por compromiso, como la debida cortesía a los amigos que, por fin, han logrado una victoria, pero callando melancólicamente que prevén la esterilidad de esa victoria. Dedicó un cuarto largo de página a insultar a los *trozkistas*, que los han desplazado como ideólogos del movimiento obrero peronista. Se congratula de la derrota de las listas laicistas en el magisterio como de una victoria "del Catolicismo y del Orden". Todo de un modo espeso y pesado, sin siquiera el brillo que siempre caracterizó a nuestro nacionalismo como la mejor prensa argentina de combate. S. Sorondo, que durante la década del '30 elaboró algunas de las páginas mejor escritas de nuestra literatura contemporánea repite ahora cansadamente los calificativos que acuñó entonces. "Pobres radicales", dice a cada momento, señalando la mediocridad del gobierno. "Pobres radicales", como decía en aquellos años, olvidando que en este gobierno son parte bien visible sus compañeros de hace unos días.

precisamente, hacia los escalones superiores de la pirámide clasista. Sin que se pueda ser riguroso en la apreciación, parece confirmarse que el gorilismo se concentra en los estamentos sociales superiores, es decir, que constituye un estado psicológico de los grupos que expresan más cercanamente la Argentina del viejo orden. Se dan en ellos, con los caracteres más agudos, aunque con algunos matices especiales, muchas de las notas que he señalado insistentemente en ciertos grupos de las clases medias. Su necesidad de imitación de los módulos europeos de vida, su tendencia a necesitar de la civilización y a considerarse confundidos con ella, representantes de ella, frente a la doble barbarie de las clases populares y del país en su conjunto, se reviste del matiz que les presta el ser ellos, efectivamente, quienes han gozado del poder, del usufructo de ciertos privilegios materiales y culturales y del prestigio. Pero, además, y en mucha mayor medida que cualquier otro grupo de las clases medias, estos estamentos han consolidado marcados caracteres que se sienten amenazados por los nuevos tiempos. Individualistas en razón de sus actividades (médicos, abogados, comerciantes, pequeños propietarios) resisten instintivamente todo lo que sea ingerencia del Estado, tareas en común, obligaciones o actividades solidarias. Relacionados generalmente con trabajos abstractos y con los símbolos de la producción (expedientes, dinero, cantidades de mercancías, y no con su elaboración sino con su comercialización) desprecian el trabajo manual y se enajenan fácilmente en las fórmulas culturales. Se encuentran en un mundo en el que, por cambios que no les son evidentes pues se trata de modificaciones en las estructuras de fondo, todos sus valores se ven atacados y trastocados: se les imponen obligaciones de tipo social (inscripciones en cajas de jubilaciones, agremiaciones automáticas, etc.), el Estado interviene de todos los modos imaginables en sus vidas, violando una individualidad que creen sagrada (leyes de precios, réditos, inspecciones), los técnicos y los trabajadores manuales gozan de un aprecio cada vez mayor, lo que consideran ofensivo e injusto. Y, finalmente, se encuentran abocados a una disminución de sus ingresos o, y a veces al mismo tiempo, una cada vez mayor inseguridad económica y una disminución de las posibilidades de competencia, frente a la creciente concentración de la riqueza y las organizaciones que reemplazan el trabajo individual.

Ante ese mundo inestable, en un cambio continuo que les es permanentemente contrario, las clases medias oscilan constantemente entre todos los extremos en defensa de su seguridad y de todo aquello que creen relacionado con la misma y que sienten amenazado. Viviendo en un mundo de individuos y de símbolos a ellos achacan sus males y en ellos buscan su defensa. Y esto, general en las clases medias, se da con mayor fuerza en los grupos a que me refiero, pues los demás viven de modo algo diferente —más cerca de las clases populares, menos atados a ventajas que en realidad nunca poseyeron, más proclives al resentimiento contra estructuras que nunca les fueron generosas— la misma situación global.

Estos estamentos pueden pasar así del individualismo absoluto y el culto a la personalidad y al héroe, a la anegación en cualquier tipo de sentimiento suprapersonal, siempre que les permita ilusionarse con que eso provee alguna especie de seguridad y algún tipo de diferenciación: Patria, Estado, Raza. Erigen el mito de la personalidad, de la fidelidad a sí mismos ("Los mejores... son... los hombres que son ellos mismos" declara Jaspers, y Carlos Astrada sutiliza respecto de la sentencia sanmartiniana: "serás lo que debas ser..."). Buscan la protección de un Estado fuerte que, sin embargo, se guarde de intervenir en las actividades económicas (Salazar repite gustoso su fórmula: "absolutamente hostil a todo lo que sea ingerencia de la actividad económica del Estado en aquellos órdenes en que no está demostrada la insuficiencia de los particulares"). (1) En-

vidian y odian a las clases superiores a ellos y a los países más fuertes, y de allí puede salir su deseo de asimilación, su mimetismo, o su rebeldía, llámese nacionalismo o revolucionarismo. Orgullosos de trabajar con el cerebro, pueden caer en el racionalismo lo mismo que en el irracionalismo, siempre que uno u otro sea, en la especial situación de que se trate, un modo de diferenciarse. Son así fermento para la derecha más irracional o para la izquierda más virulenta. Nuestro gorila vivió aterrizado la experiencia peronista. Aun aquellos que, en su momento, compartieron la ideología nacionalista, huyen hoy de ella pues la unen a la experiencia más desagradable de sus vidas: no el peligro abstracto o circunstancial del marxismo, sino el peligro que los atropelló corporalmente: el cambio de estructuras, el desorden, el mal gusto, las multitudes proletarias ululando en Plaza Mayo. Por eso hoy se aferran a las teorías liberales —teóricamente racionalistas— con un irracionalismo desesperado y profundo, proclive a la violencia y hasta al matonismo. Se aferran a las fórmulas liberales, llamando a la libre empresa como a un fetiche destinado a retrotraer las cosas a una supuesta Edad de Oro en la que todos los riesgos que hoy amenazan eran desconocidos. No trepidan en salir a apalear o a matar en nombre de la democracia, como ayer salían en nombre de *Dios, Patria y Hogar*. Cagularás sin rey, conservadores empíricos con alma de fascistas, son en realidad los fascistas que temen a la ideología que sería el desarrollo lógico del modo con que afrontan la coyuntura social en que se encuentran. Hasta la elección del nombre de gorilas es sintomático: ya no se animan a la irracionalidad con su pertinente ideología (titulan *El gorila* a su periódico, no ya *La bandera*, *La fronda* u otro nombre con contenido), se refugian en la irracionalidad pura, conservando como un mero resto arqueológico una ideología periclitada y en desuso (2).

El gorilismo sintió desde un principio la más violenta repulsa por Frondizi, repulsa que —además de algunas anécdotas poco precisadas, y que el folklore local atribuye a la tibieza de Frondizi frente a Perón y a hasta a algunas defecciones en varias oportunidades *golpistas*— se debe a que la campaña de Frondizi a partir del 16 de setiembre se basaba en todo lo que el gorilismo rechazaba. El gorilismo fué el criadero de todas las tentativas *golpistas*, y sigue siéndolo. Sin embargo es dable apreciar, por un lado, lo que ya he mencionado, la disminución en cantidad del grupo o de las huestes gorilas, y, por el otro lado, la disminución del ímpetu de esas ya raleadas filas. El frondizismo, en efecto, ha causado, primordialmente, un ablandamiento de las clases medias y la neutralización del proletariado. Examinaré después con más detención ese proceso, pero por ahora puede adelantarse que, principalmente, el gorilismo ha ido quedando sin argumentos. Es posible que al día de hoy sigan existiendo gorilas acérrimos, empeñados en dar un golpe de estado contra Frondizi. Creo que constituyen ya grupos íntimamente minoritarios, formados por ese tipo de personas que siguen moviéndose mecánicamente por las razones o los prejuicios que ayer pudieron tener sentido pero que hoy han pasado a la categoría de fósiles, o por políticos que necesitan mantener su diferenciación a riesgo de perecer. Se ha visto, por ejemplo, como algunos de los dirigentes cercanos a Solano Lima le han planteado a éste la necesidad de mantener alguna oposición al gobierno, para poder guardar alguna diferenciación frente al tradicional adversario radical: su clientela electoral, sin duda exige esa oposición, viviendo como vive de viejos símbolos que ya hace muchos años —desde antes de Perón— carecen de real significado (3).

(2) El tono de *El gorila* era típicamente fascista, legitimista: violento, mesiánico, insultante, enemigo del político, denostador del voto. Las luchas electorales son "pelucas de payasos"; sus enemigos son "clowns, monomaniacos, camaleones, butracos, monos sabios". (*El gorila*, números 8 y 9).

(3) De estos problemas planteados a algunas fuerzas opositoras se han hecho eco los diarios. Ver, por ejemplo, *Noticias gráficas* del 9 de diciembre, en donde se asegura que los conservadores "del Centro" exigen a Cuzco Rúa mayor moderación en su actitud opositora, en tanto los caudillos solanistas empujan a S. Lima a una oposición más firme.

(1) "Oliveira Salazar", de Antonio Ferro, Bs. As., 1942.

Hubo durante el mismo peronismo un proceso, pleno de contradicciones, que envolvía en constante confusión a estos grupos sociales. Odiaban al peronismo y en él el cambio que representaba. Pero su odio chocaba no pocas veces con la constatación de que ese cambio ofrecía nuevas posibilidades. Se daba el hecho curioso de que las clases altas (latifundistas, grandes comerciantes, industriales) no sólo se enriquecían con el peronismo sino que tenían que reconocerlo así cuando actuaban en función gremial. Son conocidas al respecto las relaciones de la Sociedad Rural con el peronismo, y las felicitaciones públicas que la misma envió al gobierno (1). Pero el hecho y la ventaja real chocaban con las estructuras culturales y las clases favorecidas por el peronismo no fueron nunca peronistas. Sin embargo, el proceso fué produciendo sus efectos, y es justamente hacia el fin del peronismo que los representantes de las clases altas tratan de usar su influencia para evitar el enfrentamiento definitivo. Son los estratos de la alta clase media, menos relacionados con el hecho económico, más apegados a los puros valores jerárquicos —y víctimas más reales de los cambios, seguramente— los que mantienen su irreductibilidad opositora. Y este hecho merece ser señalado y tenido muy en cuenta; lo reitero y lo amplío por ello; son los que podemos llamar *dependientes de las clases altas*: profesionales, políticos, comerciantes medianos, los que se niegan a ver las ventajas del cambio, los que se mantienen irreductiblemente antiperonistas. Pinedo se acerca a Perón: él ve las ventajas del peronismo. Un Zavala Ortiz o un Nerio Rojas siguen tan rabiosamente antiperonistas —o aun más— como en 1945. Es que las clases altas se benefician de un cambio que no ha cambiado las viejas relaciones de propiedad. Pero las clases medias, que sólo gozaban de especiales beneficios en la anterior situación, se ven desplazadas de esos beneficios, reemplazadas por hombres que ejercen otras actividades más necesarias en la nueva situación (contadores, técnicos, en lugar de abogados o médicos) y por otros políticos que han tenido más visión que ellos.

Perón tuvo, por ejemplo, buenos técnicos salidos de la Facultad de Ciencias Económicas y algunos abogados jóvenes. No contó con el grueso de las clases profesionales, que constituyeron los cuadros de la resistencia política durante sus diez años de gobierno.

Bajo Frondizi, ese proceso se acelera. Ya las clases altas han acumulado experiencia. Todavía desconfían, pero moderan su oposición. Preferirían gobernar directamente, desde luego, y no por medio de un político profesional que no ha salido de sus filas. Pero están dispuestos a negociar. Los políticos opositores, la columna vertebral de la oposición peronista, prácticamente están pasando a representar tan sólo sus maquinarias políticas. Y envejecen. Frente a Frondizi no se planta una oposición joven y brillante como la que formaba el bloque radical de 1945.

LA EXTREMA IZQUIERDA

En el otro extremo del arco iris político existen algunos grupos cuya homogeneidad y fuerza hasta ahora parece más evidente en las opiniones de sus adversarios que en los hechos. *Azul y blanco*, como ya lo he recordado, acusa amargamente a los troskistas de haber copiado de los nacionalistas sus temas, y de engañar a los trabajadores con banderas ajenas. La revista *Qué* (9 de diciembre, página 6) señala en la Intransigencia la presencia de "los jóvenes irascibles, trabajados por el troskismo". *Mayoría* y el mismo *Azul y blanco*, para los que los organismos educacionales están en manos marxistas, denuncian también entre otros a grupos troskistas y troskizantes. Algunas huelgas les han sido atribuidas, así como los disturbios callejeros producidos durante las manifestaciones contra la ley que permite el funcionamiento de universidades privadas. También los ghildistas hablan de infiltraciones troskistas en la

(1) *La Nación*, junio 13 de 1955.

otra rama del socialismo. ¿Qué hay de cierto en todo eso? ¿Habrá ocurrido realmente que las lecciones de Trotsky prendieran con tanta fortuna entre nosotros? La verdad es que parece que algunos grupos de derecha están tratando de inventar un nuevo fantasma para calificar a algunos de sus adversarios de un modo más sutil que con el mote de comunistas. Pero ese fantasma tiene alguna base real.

Desde hace algunos años han ido apareciendo diversos grupos, algunos dentro de los partidos políticos, otros al margen de ellos, que podrían denominarse de un modo más o menos general como nacionalistas de izquierda o, tal vez con alguna mayor precisión, nacionalistas marxistas.

Hasta los alrededores de 1945 proliferaban minúsculas sectas marxistas, que se disputaban el legado de Trotsky, y que vivían envueltas en agrias peleas entre sí, al mismo tiempo que frenéticas de odio hacia el Partido Comunista. Su existencia parecía condenada a la más completa esterilidad, como herejías del comunismo ortodoxo. Sin embargo, pusieron las bases para una importante actividad al insistir en la discusión sobre el papel del imperialismo, sobre el concepto de desarrollo combinado y sobre el lugar respectivo que cabe a las diversas clases sociales en la conducción de la lucha por la liberación de los países atrasados. En ese sentido su importancia no es menor de la que tuvo el socialismo tradicional para introducir ideas reformistas en los movimientos populares (aun de la pequeña burguesía), ni menor de la que corresponde posteriormente al comunismo en general al difundir los conceptos leninistas sobre el imperialismo.

Con todo, esa importancia no hubiera excedido del plano un tanto académico de las discusiones teóricas o hubiera caído en un superizquierdismo anarquizante si no hubieran cambiado las condiciones mundiales y las de las estructuras locales. El crecimiento del proletariado y la aparición y fortalecimiento de todas las fuerzas que de un modo o de otro se enfrentaban con el estado dependiente y de atraso en que el país se encuentra vino a proveer de un nuevo significado a lo que de otro modo podía quedar reducido a un minúsculo e inoperante batallar de grupos atomizados y diminutos.

En las agrupaciones políticas de clase media se fué creando poco a poco en diversos núcleos el convencimiento de que la lucha por la liberación nacional era imposible sin un cambio en las relaciones de propiedad, y, a la inversa, en las agrupaciones que sostenían programas basados casi exclusivamente en reformas sociales aparecieron también núcleos que advirtieron que no era posible lograr nada profundo y perdurable en ese terreno si no se encaraba seriamente el problema del imperialismo. La clase obrera, al mismo tiempo, fué advirtiendo —en los hechos concretos de su lucha de reivindicaciones— la necesidad de enfrentar abiertamente al imperialismo, como condición inexcusable para mejorar aún su situación inmediata. Esa evolución es la que explica la aparición de la intransigencia, la del socialismo de izquierda y las exigencias que los sindicatos exponen dentro del peronismo. Sin duda, ese fenómeno se dió en el proletariado sobre todo por la vía de la praxis, en tanto en los movimientos políticos sin base proletaria se daba por vía intelectual y de la acción política pura. Pero el fenómeno existió, y fué tanto más poderoso cuanto que la fundamentación teórica se reforzaba por los ejemplos extranjeros (sublevación de Asia y Africa, revolución boliviana, experiencias latinoamericanas) y coincidía con poderosas necesidades internas y con la experiencia puesta de manifiesto en el peronismo y en el régimen posterior. No se trataba de elucubraciones en abstracto, sino de hechos reales, de las exigencias que la actividad encontraba en la realidad para adquirir sentido.

Esta apreciación no procede de un mero deseo. Ni el encuentro de las fuerzas que tienden a la liberación de la comunidad global en un aprendizaje que comprende la lucha por esa liberación como una lucha de clases, se debe a la

influencia de ideólogos y teorizadores sujetos a esquemas, tal como repiten todavía hoy quienes se aferran a un supuesto *realismo*. Alguien a quien muy difícilmente pueda llamarse ideólogo, tal como entienden los *realistas* el calificativo, decía allá por diciembre de 1949: "se está cumpliendo, por la dialéctica misma de las fuerzas económicas y sociales en juego, la conjunción del nacionalismo que se torna proletario y del comunismo que se trueca en nacionalista". Así prevenía Meinvielle desde *Presencia*, llamando la atención a "las clases medias católicas" para que tomaran su lugar en la política nacional, en defensa del orden amenazado por el "juego del proletariado". Ciertamente ex que Meinvielle titubea entre reconocer el peso de los hechos, tal como ellos son, y atribuir la *marxización* del peronismo a influencias personales ejercidas sobre el "optimismo fisiológico" y el "espíritu retórico" y "poco profundo" de Perón, pero de nuevo en 1956 teme que el frondizismo pueda significar un camino hacia el "nacionalismo marxista". (1)

Pero además de este fenómeno general siguen existiendo grupos con cierta coherencia interior que aplican las teorías de Marx y de Lenin con independencia, muchos de ellos a través de Trotsky, otros negando más o menos expresamente esta última filiación. Es difícil determinar con exactitud cuál es la influencia real de tales grupos, pero parece indudable que las vacilaciones del peronismo en la conducción del proletariado industrial y la desilusión causada a parte de los cuadros juveniles de clase media por el actual gobierno, ha provocado entre ellos una corriente de acercamiento hacia aquellos. Por lo demás, estos grupos de izquierda no parecen capaces de superar —hasta ahora— el viejo vicio que los divide en pequeñas sectas que no pueden dejar de luchar entre sí por diferencias muchas veces microscópicas, y no pocas, pura y simplemente personales. Eso resulta menos explicable ahora que durante el peronismo, ya que el cambio de situación ha acercado las posiciones teóricas de los diversos grupos e, igualmente, ha dado un sentido aproximadamente igual y un campo común a sus tareas.

En efecto, con menor o mayor aparato teórico, con menor o mayor finura, todos estos grupos llegan a conclusiones semejantes, ya que no idénticas. Todos ellos describieron al peronismo como una forma de bonapartismo, aunque discreparan —menos de lo que en sus discusiones quieren ver— respecto del papel que podía jugar la burguesía en la liberación nacional y en las tareas necesarias para lograr tal liberación: capitalización, cambio de las relaciones de la propiedad, industrialización, así como respecto de qué debe entenderse por una industrialización real y qué influencia puede tener ésta sobre las relaciones con los centros imperiales. Pero caído Perón esas diferencias parecen haber disminuído rápidamente y estar hoy reducidas a matices simplemente verbales. Todos ellos señalan: Ante todo, el preponderante lugar que toma en sus construcciones la presencia del imperialismo, preponderancia que llega a veces a oscurecer la presencia de la lucha de clases. Luego, la insistencia en que las burguesías nacionales no están capacitadas para desempeñar entre nosotros —es decir, en los países semicoloniales— papel revolucionario alguno, pues no están dispuestas a modificar las relaciones de propiedad. Como corolario, que solamente la clase obrera está en condiciones de dirigir la lucha por la liberación del imperialismo y de realizar las transformaciones de la revolución democrático-burguesa. Finalmente, que es necesario realizar la unidad de América Latina, pero que esa unidad sólo podrá realizarse por una revolución de contenido socialista la que se dará por una Federación de Estados Obreros Latinoamericanos (2).

(1) Meinvielle, libro citado, prólogo, páginas 113 y 313.

(2) Silvio Frondizi, "La realidad argentina", t. 2; "La revolución democrático-burguesa en los países semicoloniales", en *Estrategia*, N° 1. Micaelades Peña, "El imperialismo y la industrialización argentina", *Estrategia*, N° 2. Hermes Esadio, "Peronismo y revolución permanente", *Estrategia*, N° 3. Jorge E. Spilinsberg, "Frondizi, el pequeño burgués en la política burguesa", *Política*, N° 1. Esteban Rey, "¿Es Frondizi un nuevo Perón?"

Eso los lleva a postular que el actual gobierno, instrumento de la burguesía, sólo es un medio para las maniobras del imperialismo, y que eventualmente va a constituir una forma facista subcolonial. Y, asimismo, que es imprescindible la formación de un partido obrero, cuyo objetivo debe ser la conquista violenta del poder en plazo más o menos corto, pero no de inmediato.

LA INTRANSIGENCIA

Este gobierno surgió de las filas de una fracción de la vieja Unión Cívica Radical, de parte del centro y de la izquierda de la primitiva Intransigencia. Es decir, de un partido heredero del nacionalismo y del paternalismo populista de Yrigoyen, influenciado por las ideas del socialismo, del socialismo marxista, de la Reforma Universitaria y del neocapitalismo. Durante muchos años —desde el 90 hasta 1925 aproximadamente— el radicalismo fué un partido en busca de una ideología, que obraba expresando las necesidades y las tendencias de la clase que lo formaba, pero que no había sido capaz de formular esas necesidades y esas tendencias en una teoría coherente. Nacido en un momento en que, como dice Korn, no existía en el país "ninguna discrepancia ideológica", el radicalismo era tan liberal como sus adversarios, tanto como lo era iMtre o el catolicismo militante de Estrada. Pero era liberal en cuanto a su *ideología*, y ésta no coincidía con sus anhelos y con su práctica.

El radicalismo, en efecto, expresaba las necesidades de la pequeña burguesía urbana y rural que pretendía estar representada en el Estado y, vicariamente, tendía a expresar todas las necesidades de una sociedad en transformación que no se sentía representada por las clases altas terratenientes ni por las prácticas de su ideología liberal. De allí, que el radicalismo se haya sentido constantemente constreñido dentro de esa ideología, como dentro de una piel que no le correspondía. Las clases medias en ascenso tendían a ocupar el poder político, desplazando a la oligarquía gobernante: no trepidaban en reconocer que esa ocupación debía hacerse por la fuerza, y en realidad el radicalismo desconfió siempre de llegar al gobierno por el voto, y, hasta cuando se le presentó la oportunidad, desconfió instintivamente de que eso fuera beneficioso para realizar la modificación en las estructuras, que también vagamente intuía que debía realizar. El radicalismo fué proteccionista desde antes de existir: el Club 25 de Mayo, en el que militaban los futuros fundadores del radicalismo, era dentro del Partido Autonomista el defensor de las teorías proteccionistas puestas sobre el tapete en el 70. Posteriormente no hizo sino afirmarse en su proteccionismo y de un modo empírico comprendió el papel que debía jugar el Estado como promotor del desarrollo económico: A partir de 1916 trata de constituir una flota mercante oficial, interviene en la marcha económica de los ferrocarriles, proyecta y construye líneas ferroviarias, interviene en la comercialización de las cosechas, proyecta bancos de fomento. "El Estado, manifestaba Yrigoyen al vetar la ley que creaba una sociedad mixta ferroviaria, debe adquirir una posición cada día más preponderante en las actividades industriales que respondan principalmente a la realización de servicios públicos" (Mensaje del 15 de octubre de 1920). También intuía el radicalismo que era necesario modificar de algún modo las relaciones de propiedad para lograr el desarrollo del país y para desplazar efectivamente a la oligarquía del poder. Llevaba en sí los gérmenes imperfectamente formulados de la revolución democrático-burguesa; de allí sus intentos de reivindicar las tierras fiscales y de darles un régimen que asentara como pobladores a los "millares... que vagaban nómades sin poder arraigar un hogar donde desenvolver su esfuerzo" (Mensaje al Congreso del 3 de agosto de 1921) y su constante preocupación ruralista.

La necesidad de expresar a la sociedad global induce al radicalismo además a postular un marcado paternalismo obrerista, concebido con un criterio de justicia social. Y como expresión de la necesidad de desarrollo de la burguesía y de las contradicciones del capitalismo local expresa la tendencia a la creación y consolidación de su ámbito de actividad del que la burguesía trata de expulsar a las fuerzas económicas que se le oponen. Nadie como el radicalismo ha expresado la necesidad de la integración de la Nación, de la necesidad de desarrollar todas sus posibilidades económicas y geográficas y de realizar su unidad por diversas vías de comunicación; nadie antes que él tuvo la preocupación de las "provincias pobres", afectadas por la acción del imperialismo inglés. "Entre los hondos males causados a la Nación por el predominio que acaba de terminar, figuran los inferidos a las provincias y a los territorios nacionales", decía Yrigoyen en su Mensaje del 3 de marzo de 1920. Y su deseo de unión latinoamericana respondía a una concreta concepción de las necesidades de desarrollo económico, de la extensión de los insuficientes mercados: su Mensaje del mes de julio de 1922 postulando la erección de las líneas ferroviarias Trasandino del Norte, Trasandino del Sur, ferrocarril a Bolivia por Yacuiba y ferrocarril de la Mesopotamia, habla bien claro en términos económicos: "comercio local", "corriente comercial obstaculizada hasta ahora por la falta de comunicaciones", etc. Era el momento en que las fuerzas económicas nacionales, desarrolladas por influencia del propio imperialismo merced a sus contradicciones, sienten la necesidad de expandirse y de crear su ámbito de sustentación y de influencia; en última instancia, un mercado integrado, unido y homogeneizado por las necesarias vías de comunicación y de transporte. El momento era propicio, pues los países centrales se encontraban empeñados en la primera gran guerra. Pero la clase media era orgánicamente incapaz de desarrollar una ideología unívoca que respondiera a las necesidades del momento; las clases altas latifundistas se habían cercenado a sí mismas sus posibilidades de desarrollo capitalista, y no existía una burguesía industrial que fuera capaz de tomar la dirección del proceso. El radicalismo fué incapaz de formular la ideología que necesitaba.

Una década después, cuando el yrigoyenismo llega por segunda vez al poder, las condiciones han cambiado. La presión imperialista, las modificaciones introducidas por la técnica (la incidencia del enfriado, ya señalada, la aparición del automóvil, etc.) han clarificado la situación: el país ha continuado su proceso de integración, se han separado del partido las fracciones atadas al liberalismo de viejo cuño, las clases agrarias de medianos y pequeños propietarios comienzan a ser aplastadas por los invernaderos y los frigoríficos. Además, han aparecido en Europa ideologías que se oponen al liberalismo tradicional y su éxito ha sido poco menos que fulminante: existen entonces ideologías en las cuales encontrar una expresión para las necesidades que sólo habían logrado formularse empíricamente. El radicalismo adquiere una mayor audacia en sus proyectos: intenta centralizar las finanzas de la Nación por medio de un Banco Central y se propone nacionalizar el petróleo. Se inclina a aceptar ideologías que aparecen ya formuladas o sufrir su influencia: hay un brote de anti-liberalismo tradicional, representado especialmente por Diego Luis Molinari, que indica la tendencia del radicalismo a buscar ideologías coherentes. No sabemos qué hubiera ocurrido de continuar Yrigoyen en el poder. A su caída, las fracciones que recogen su tradición se inclinan más bien hacia un nacionalismo izquierdista, semejante al del APRA y de otros movimientos latinoamericanos. Es que el radicalismo comienza a sufrir un cambio de cuadros, y sus nuevos dirigentes se han formado en la Reforma Universitaria. En 1945 el radicalismo, al constituirse la Intransigencia, cumple un proceso que en otros países se había producido más tempranamente: los dirigentes universita-

rios o los dirigentes de clase media influenciados por ellos, organizan un partido político reformista y nacionalista. Han sufrido diversas imprints: la guerra europea, la experiencia de los Frentes Populares; la acción estudiantil en la que las alianzas con el socialismo y el comunismo son frecuentes y donde su influencia ideológica, por poscer formulaciones más coherentes y sólidas, es ineludible. Pero, sobre todo, la incipiente influencia del peronismo, que maneja muchos postulados del radicalismo tradicional. No puede olvidarse que los aportes de dirigentes radicales al peronismo provienen, en su mayor parte, de los mismos grupos de los que se formó la Intransigencia. Hasta cierto punto, ésta consistió en una respuesta desde el liberalismo y desde la izquierda racionalista al peronismo, es decir, al nacionalismo de derecha devenido populista.

Pero sería caer en un esquema simplista reducir el proceso del radicalismo hacia la intransigencia a una combinación de las tradiciones radicales con los aportes de la izquierda, ya sea reformista o marxista. La propia composición de clase de los cuadros intransigentes, cargados de ambigüedad, irresolutos para romper con las estructuras vigentes, pero opuestos por necesidad a ellas, torna el proceso mucho más complejo. En el fondo, la Intransigencia no se decide a declarar que la única forma de lucha posible contra el imperialismo consiste en salirse del conjunto del cuadro del capitalismo, cuadro en el que el imperialismo no representa sino su máxima evolución. En toda la clase media late la esperanza de que el capitalismo provea todavía salidas, que tenga todavía una evolución positiva que permita a los países semicoloniales y subdesarrollados completar el ciclo de la evolución capitalista. En todo hombre de la clase media argentina (y, por supuesto, de las clases altas) late la esperanza de que la Argentina pueda llegar a ser un centro imperial en Latinoamérica, a costa de nuestros vecinos.

La crisis del 30 había inducido al capitalismo inglés y norteamericano a buscar salidas para sus problemas dentro de las estructuras capitalistas. La respuesta a esa necesidad pareció ser la de un neo-capitalismo, que acepta la imposibilidad de que el liberalismo solucione por sí mismo las crisis, y aun la imposibilidad de que el liberalismo económico funcione realmente. Es imprescindible la intervención del poder político para moderar y contrabalancear el desequilibrio y las contradicciones del sistema. El reajuste general del Imperio británico y el New Deal son las respuestas prácticas que la política propone a la economía. El teórico técnico de ese intento de solución, el que trató de formular una teoría general de política económica a "una economía que camina haciendo eses y tropezando por una parte con la deflación y el desempleo y por otra con la ocupación plena y la inflación" (1) fué Keynes. No es casual que los teóricos de la Intransigencia sean grandes lectores del "Fondo de Cultura Económica" y que se nutran de las teorías keynesianas, no siempre de primera mano.

La ideología de los dirigentes de la Intransigencia se formuló por todo ello de un modo equívoco y contradictorio, vacilando entre conocimientos económicos y doctrinas capitalistas deficientemente amalgamadas con influencias socialistas, marxistas y nacionalistas. No pudiendo, o no queriendo, organizar una perspectiva unívoca, aun cada uno de ellos en particular parecía incapaz de estructurar una visión política coherente para los problemas nacionales.

Claro está que estas referencias se aplican sobre todo a los teóricos partidarios, en los que las ideologías podían elaborarse hasta cierto punto en el escritorio. Pero la incidencia de la realidad del partido en esa ideología híbrida no contribuía por cierto a quitarle su hibridez. Al contrario, ellos reflejaban y expresaban en un plano superior lo que la Intransigencia era. Ya he intentado alguna vez, de un modo somero, señalar cuáles eran las principales líneas de la In-

(1) Tomado de la Introducción al libro de Alvin Hansen, "Guía de Keynes", publicado por el Fondo de Cultura Económica.

transigencia, cuando se dividió el radicalismo tradicional. En el número 1 de los *Cuadernos de CONTORNO* señalé que la Intransigencia estaba dividida en cuatro sectores principales: La ortodoxia, los tecnólogos, los liberales nacionalistas y el *panameño*. Descontado este último grupo, formado principalmente por los caudillos, es decir por los políticos típicos, rumbadores de la política sin pretensiones ni intereses ideológicos, es conveniente acercarse un poco más a los otros tres.

La ortodoxia, decía entonces, "insiste en que la transformación estructural —del país— debe desarrollarse simultáneamente en el plano técnico y en el institucional". Entiende, por ejemplo "que la tecnificación —del campo— si no es acompañada por un cambio del sistema de la propiedad y en el actual reparto de la tierra, significa la creación de un estado de tipo prusiano". Sus representantes, sostenían, en efecto, que "la revolución nacional"... debe realizarse "como cambio absoluto tanto en el régimen interior como en el exterior... para transformar el viejo orden social en uno nuevo... ligado a cambios fundamentales en la estructura económico-social que abarque, por lo menos, estos tres aspectos concretos y esenciales: a) la reforma agraria; b) la industrialización; c) la democratización económica". Entendiendo la primera como "una modificación profunda de las relaciones actuales en materia de propiedad agraria, para poder extender el uso de la tierra a todos aquellos sectores sociales que se encuentran en condición de convertirla en un verdadero instrumento de producción o sea, que la despojen de su exclusivo carácter de bien que produce rentas individuales". Y por "democratización económica", "la nacionalización de las concentraciones capitalistas que constituyen monopolios, la participación de técnicos, obreros y empleados en la dirección del proceso económico y la elaboración de planes de desarrollo, que deberán ser democráticamente concebidos, trazados y ejecutados" (1). Los ortodoxos parecían advertir que ninguno de nuestros problemas podía solucionarse sino saliendo de los marcos del capitalismo. Que era imposible solucionar nuestro problema económico sin romper con la sujeción impuesta por los países centrales, y que esa sujeción sólo puede desaparecer si se anula "el actual régimen de privilegio asentado sobre un monopolio de la tierra que conspira contra nuestra estabilidad social, contra la producción nacional, contra la diversificación de la misma, contra el acrecentamiento de nuestra capacidad adquisitiva y de nuestro saldo exportable, contra nuestro desarrollo demográfico y contra las posibilidades de una democratización agraria, verdadero basamento de una democracia económica" (2), o, como con mayor aspiración retórica afirmaba la actual diputada Muñoz de Liceaga, que era necesario intentar la transformación de las estructuras desde el poder político, entregándolo al pueblo, pues "mientras subsista el actual régimen de la propiedad, la sociedad estará dividida en clases" y tratándose de una cuestión planteada entre "poseedores y desposeídos" "no importan las buenas intenciones que puedan tener quienes detentan el poder... nuestra estructura actual sólo puede mantenerse dando su adhesión a la política imperialista de las grandes potencias" (3).

En las frases transcritas, pese a su aparente rotundidad, están incluidas todas las contradicciones que la Intransigencia llevaba dentro de sí misma. Y en realidad no he sido bien preciso: es su misma rotundidad la que indica las fisuras del pensamiento intransigente. Pues si hubiéramos de atender a lo que las citas dicen, y extraer las consecuencias lógicas de las mismas, la Intransigencia lo que debería haber propuesto era una inmediata toma del poder por el pueblo, la constitución de consejos de fábrica y la expropiación violenta y sin cargo de los latifundios.

Pero, por una parte, los mismos teóricos citados se veían obligados a introducir su realidad, la realidad que un par-

tido como el suyo y la situación de la Argentina imponían como situación política, condiciones sociales y posibilidad de los factores de poder. Aceptaban entonces que era necesario cumplir ciertas etapas, que en nuestro país todavía debía realizarse una democracia burguesa, antes de intentar cualquier otro paso. Es decir, que debía poder evolucionar el capital privado con formas capitalistas, reservándose la comunidad solamente ciertas funciones, no sólo dejando sino asegurando a la "iniciativa privada la posibilidad de desenvolverse al servicio del país en los sectores económicos no nacionalizados". Teóricamente era desde luego posible sostener la viabilidad, y aun la necesidad, de un desarrollo combinado, en el que el Estado o los consejos de productores poseyeran cierta parte de la economía —socializada así de hecho —y se dejara a la empresa privada otras actividades. Tal hipótesis era tanto más posible cuanto que ya el Estado era efectivamente dueño de gran parte de nuestra economía y de los resortes respectivos. Pero para sostener tal posibilidad política de un modo coherente era necesario poner bien en claro el significado y el sentido de las diversas fuerzas nacionales y sus limitaciones, proponer con claridad con qué métodos ciertas áreas de la economía se iban a dejar en poder de la empresa privada y cuáles no, y, finalmente, aceptar el sentido y las consecuencias de la política que se propusiese. Ello exigía un amplio y frío cálculo, sobre todo teniendo en cuenta la fragilidad del instrumento político con que se contaba.

Pero los teóricos de la Intransigencia ortodoxa no hicieron tal cosa. No trataron de tomar una perspectiva de conjunto de los problemas que la situación proponía, sino que, normalmente, desarrollaron sus posiciones a partir de problemas concretos. Eso los lleva a sostener tesis contradictorias con las bases que informan su ideología, a dejarse llevar por aspectos parciales del problema, proponiendo soluciones también parciales, que por regla general consisten en aceptar la posibilidad de una solución capitalista con proyecciones indefinidas. A veces, parece ser que aceptan soluciones intermedias como paso hacia una sociedad socialista; otras veces parecen dispuestos a detenerse en la mera solución empírica de un problema, sin mirar hacia el futuro; y otras, no parece sino que proponen que el Estado funcione como gran capitalista y financiero de la empresa privada nacional, hasta que ésta se halle en condiciones de hacerse cargo de las actividades que momentáneamente no hay más remedio que encarar por otros medios menos idóneos.

Así, en el libro ya citado, Arturo Frondizi habla del papel jugado contra el capital extranjero y contra los terratenientes por "nuestra industria" (página LV), pero sin aclarar el sentido que da al término (si considera que existe una clase industrial independiente, si entiende por tal la sola presencia de una contradicción dentro de nuestras estructuras, etc.), ni tampoco el lugar que asigna a la misma como elemento activo en la evolución de la situación nacional. Y aun cuando es en el prólogo de ese libro donde tal vez se desarrolle de modo más coherente y total una perspectiva política de conjunto, él mismo nos avisa que si bien "nosotros —que no somos comunistas y que tampoco aceptamos el capitalismo— debemos formular la teoría democrática... no intentaremos desarrollar los aspectos doctrinarios a que nos hemos referido", (pág. LXVI). Liceaga, por su parte, parece pensar en la posibilidad de que los ganaderos que "no pertenecen al grupo invernador", a pesar de sus limitaciones, desempeñen un papel progresista y se solucionen los problemas de nuestra "política comercial e industrial de carnes" si la realiza "una asociación de tipo cooperativo constituida por la totalidad de los productores" (4), y Rodolfo Carrera propone para nuestros problemas agrarios, como ejemplo, la reforma italiana de De Gasperi (5). El mismo Arturo Frondizi, al referirse a ciertas

(1) Arturo Frondizi, "Petróleo y política", páginas LXVI a LXIX, 2a. edición, 1936.

(2) José V. Liceaga, "Las carnes en la economía argentina", pág. 14.

(3) María Muñoz de Liceaga, "El fracaso del panamericanismo", C. de Contorno, N° 2.

(4) José V. Liceaga, "Las carnes...", páginas 11 y 380.

(5) Rodolfo Carrera, "El problema agrario argentino".

áreas económicas como la de la industria siderúrgica establece que "los argentinos no podemos aspirar a tener una siderurgia sobre la base exclusiva del capital privado, porque es sabido que éste no va donde no existe lucro" y nuestra siderurgia en su "proceso de iniciación" no producirá lucro (1).

El propio exceso verbal indica, no la decisión de llevar las cosas hasta sus límites, sino el reemplazo de una decisión real por una huida retórica, o el exacerbamiento ante el convencimiento de las propias limitaciones, que no se superan al eludir un enfrentamiento realista y total con el conjunto de los hechos.

Los tecnólogos, decía en el citado número de los Cuadernos de *CONTORNO*, sostienen que "los cambios de tipo material darán, por sí, las condiciones de transformación", sostienen, por ejemplo "que la reforma agraria debe centrarse —y aun consistir solamente— en la tecnificación del campo, es decir, en la explotación racional, altamente técnica, del campo". En esta tendencia se ocultaba una trampa, no siempre demasiado oculta. Es evidente que nuestro país necesita solucionar sus problemas técnicos (mayor y mejor producción, ampliación del poder energético disponible, nivelación de su balanza comercial, etc.), y nadie niega que deben buscarse los medios para lograrlo. Pero esos medios deben estar encuadrados dentro de una concepción política, a la que ellos deben servir, pues siempre existe más de una solución para un mismo problema. Los tecnólogos, al hacer hincapié en el aspecto técnico de la situación nacional, proponen soluciones que son, aparentemente, sólo técnicas, e insisten en que es la política la que debe adecuarse a los problemas y a las soluciones "puramente técnicas" de los mismos. Pero resulta que la elección de las soluciones técnicas ya lleva implícita la elección de una política, pues se persigue soluciones en un sentido determinado. Y ello tanto más cuanto que las soluciones que se proponen no son tomadas, como es obvio, en abstracto, sino que se trata de la adopción de medidas elaboradas por quienes respondían a determinados intereses o, simplemente, a su situación como miembro de una clase y a las correspondientes mentalidad e ideología. Y tanto más cuanto se acepta los problemas como si ellos procedieran de la "naturaleza inevitable de las cosas", de una realidad que es la única realidad posible, y se intenta solucionarlos dentro de esa misma realidad. Se ha repetido muchas veces que plantear el problema es resolverlo, y también es cierto que la solución que se tenga depende del planteo que se haga.

Ya se ha advertido en los propios ortodoxos la tendencia a dejarse llevar por el aspecto empírico de los problemas concretos, perdiendo así de vista los objetivos generales. Allí está presente la tendencia a escapar de los planteos que exigen esos objetivos generales, refugiándose en lo inmediato, pero aceptando —conciente o inconcientemente— los objetivos finales que se ocultan detrás de esa inmediatez. En alguno de los casos señalados, como en el de Carrera, hay ya algo más: la elección voluntaria de determinadas medidas concretas que vienen plenas de carga ideológica. Pero además de ése que podríamos llamar emboscamiento tecnológico, en la Intransigencia se fué configurando lentamente un grupo de tecnólogos que elevaban sus soluciones técnicas a ideología. Advirtiéndose que en el grupo ortodoxo se planteaba el dilema de elegir entre quedarse a medio camino o aceptar las últimas consecuencias de sus planteos, y advirtiéndose también que en ellos era notoria la propensión a divagar por encima de la realidad, los tecnólogos se presentaban como los realistas: aquellos que aceptaban la realidad y que buscaban cómo operar con planteos realistas. En la introducción a la edición que del folleto de Carrera hizo el periódico *Programa popular* se advierte la proposición de los editores de hacer resaltar los

planteamientos "tecnológicos" sobre los ideológicos. Y a medida que el poder se encontraba más cerca, iban perfilándose con mayor nitidez las posiciones de quienes se ceñían estrictamente a lo técnico, con abandono del encuadre respectivo. Ya en el citado número de *Cuadernos de CONTORNO* hacíamos notar cómo en la posición de los tecnólogos podía darse un maquiavelismo de izquierda, por quienes pretendieran utilizar a las derechas, pero también, el exceso de "las izquierdas-de-vuelta-de-la-izquierda" que por sobra de maquiavelismo se vieran luego esclavos de los instrumentos que habían pretendido manejar. O la muy sutil operación por la cual el supuesto maquiavelismo fuera una disimulada entrega a la derecha, con la excusa de pretender manejarla. Pues en todo maquiavelo de la izquierda se oculta —quírase o no— el deseo de clase de postergar sine die el enfrentamiento con las estructuras capitalistas.

El liberalismo intransigente no es menos complejo que los otros grupos. Representa, en cierta medida, el deseo de resolver los problemas que plantea nuestra dependencia y nuestro subdesarrollo dentro de los esquemas liberales, es decir, algo semejante al planteamiento de de la Torre, pero imbricado dentro de la potente tradición radical. Nosotros preveíamos en el tan citado número de Cuadernos que, colocado el liberalismo en la disyuntiva, iba a ser el grupo que apoyara a los tecnólogos cuando estos se inclinaban hacia el puro empirismo.

Pues ya en julio de 1957 podía advertirse con toda claridad que alrededor de la Intransigencia se habían agrupado otras fuerzas, y que otras más aún se habían de acercar. La más importante, ideológicamente hablando, era, sin duda, el grupo que se proponía como ideólogos o teóricos de la burguesía industrial, grupo expresado principalmente por la revista *Qué*. El acercamiento de este grupo a la Intransigencia produjo las más variadas reacciones, desde aquellas de quienes veían en el grupo a futuros rivales para la ocupación de puestos públicos, hasta las de quienes los denunciaban por su carácter derechista, como representantes de los intereses capitalistas (no sólo locales, sino también extranjeros, especialmente norteamericanos). Pero también hubo quienes comenzaron a utilizar, cada vez más marcadamente, cada vez más con exclusión de toda otra, la ideología de los economicistas del grupo *Qué*. En primer término, el propio Frondizi.

No es necesario insistir demasiado sobre el cambio que poco a poco se va produciendo en el programa de Frondizi a medida que se va desarrollando su campaña electoral. Basta recordar su folleto "Industria argentina y desarrollo nacional", editado por intermedio de la revista *Qué* en febrero de 1957. Allí reduce el complejo cuadro de las fuerzas nacionales a un esquema dicotómico, en el que por un lado se presenta a la "vieja oligarquía", dependiente del centro imperial inglés, empeñada en mantener nuestro carácter de país agropecuario, productor de materias primas, y por el otro, como solución para lograr la liberación nacional, la industrialización y el desarrollo de nuestra técnica, presentándonos como ejemplo el desarrollo logrado por Norteamérica. Del resto de su ideología sólo permanece en pie la afirmación de que no debemos buscar nuestra salida en una opción entre depender de Estados Unidos en cambio de Inglaterra, y la de que "la industrialización del país no puede ni debe hacerse rebajando el nivel de vida de los trabajadores", pues "el gobierno y los empresarios tienen que comprender que ello no sólo es inadmisibles por razones morales y sociales sino inconveniente por razones económicas. Una masa trabajadora —agrega— con alto nivel de vida es, al mismo tiempo, un nuevo mercado de consumo y una nueva posibilidad de ampliar el potencial económico de la industria. La formación de ese mercado adquisitivo interno debe ser el fundamento de nuestro desarrollo industrial". Su programa se concreta en: La solución del déficit energético y de las deficiencias del transpor-

(1) Arturo Frondizi, "Algunos aspectos del pensamiento económico radical", en "Definiciones radicales", la. ed., pág. 91.

té. Una política crediticia de largos plazos y bajo interés para fomentar la industria. Una política impositiva que "castigue con rigor los sectores improductivos" y promueva la capitalización. Una política económica que facilite el abastecimiento de materias primas. El aumento de la productividad. Todavía entiende que la capitalización debe provenir "fundamentalmente del ahorro y del esfuerzo nacional... y del ordenamiento de nuestro comercio exterior". (1)

Fronzizi es, para esa época, el gran tecnólogo. Partiendo de una posición que muchos de sus adversarios políticos no vacilaban en calificar de comunizante, ha llegado ya antes de ser Presidente de la República a una posición coincidente con el realismo economicista de la revista *Qué* y con la de los nacionalistas que también han decidido ser realistas. Su evolución posterior llegó a más: ya vimos las opiniones de los partidos y qué matices ofrecen. La revista *Mayoría* no vacila en afirmar (número del 18 de diciembre, páginas 4 y 5) que se esboza una especie de alianza entre la Intransigencia, el peronismo, el Partido Federal, la democracia cristiana y los cívicos independientes. La Intransigencia, después de algunas resistencias, parece haber aceptado esa situación. Lo curioso es que esas resistencias han procedido del sector del liberalismo nacionalista, y que han sido los ortodoxos quienes más firmemente apoyan la línea presidencial. Hasta se ha formalizado una alianza entre ellos y Frigerio, patrocinador del realismo. ¿Se trata de una traición lisa y llana al viejo programa, como algunos sostienen? ¿De una entrega con armas y bagajes al imperialismo? ¿O, como otros afirman, de una vasta maniobra para retomar el programa en mejores condiciones? Es evidente que ha habido una evolución no sólo de parte de Fronzizi sino también de la revista *Qué*, de los nacionalistas y de otras fuerzas, y que esa evolución no se ha detenido el 1º de mayo. Esa evolución corresponde a las soluciones que se proponen para los problemas de este país, indica qué es lo que se quiere que él sea. Y en definitiva, las opiniones que he venido describiendo hasta ahora de unos y de otros no significan sino eso: la concepción que del país tienen los diversos grupos sociales e ideológicos; desde allí juzgan la acción del gobierno y, expresa o implícitamente, proponen también sus soluciones, aun cuando no las tengan formuladas completamente.

¿Será posible esbozar un cuadro sintético, es decir, de conjunto, aun cuando sea esquemático de este país de sus problemas, del problema ante el cual, lo querramos o no, nos encontramos todos, en el que estamos sumergidos?

Eso, que estoy intentando desde el comienzo, exige ahora otro enfoque, al que la recorrida efectuada nos empuja directamente. Y hasta, espero, ha ido surgiendo de ella esa aproximación que anunciara, y que permita que de ese otro enfoque surja una visión más cabal y completa.

EL GRAN MUNDO QUE NOS RODEA (2)

Como lo ha recordado Puiggrós en su "Historia crítica de los partidos políticos argentinos" este país suele ser concebido por algunos como un ámbito blando, como si fuera un recipiente lleno de una masa sin corteza, constantemente formado y deformado por las presiones de fuerzas externas al país mismo. O, para decirlo con sus palabras, como si nuestros "fenómenos sociales [fuesen resultado] únicamente de causas externas". Pero también suele concebirse como si se tratara de un organismo en crecimiento insertado en un mundo estático, cuyas fuerzas tuvieran siempre la misma dirección y permanecieran invariables en sentido y potencia.

Una y otra visión son deformadas. El país es una so-

ciudad dinámica, en la que se han formado y crecido fuerzas internas, cuyo crecimiento, acciones y reacciones mutuas producen una vida cambiante y compleja. Pero a su vez está insertado en un mundo también dinámico, cuya fuerza relativa es superior a la del país. Las estructuras de éste, entonces, relativamente débiles en proporción a la del mundo en que está insertado son presionadas y deformadas por las fuerzas exteriores. Y al respecto es necesario hacer dos observaciones: la primera, que no es posible considerar al país como un cuerpo extraño, diferente, metido dentro del mundo en el que se halla. Al contrario, el país *es parte* de ese mundo, y no puede comprenderse si no se atiende a tal hecho (por eso no es tal vez demasiado feliz la palabra "insertado" para referirse a la forma de relación entre la Argentina y el orbe mayor del que forma parte, pero su grafismo es útil para recalcar la otra faz del fenómeno: que existen fuerzas internas que a su vez se oponen a las presiones externas, tal como éstas se manifiestan). Nuestros fenómenos sociales no pueden entonces considerarse nunca como hechos aislados, como si ocurrieran en un ámbito desvinculado de la sociedad mayor de que el país es parte, sino en su contexto, pues está encastrado de un modo determinado en esa estructura mayor. De tal modo aquel juego de acciones y reacciones debe contemplarse en un cuadro más amplio, en el que también existen tales contraposiciones, las que no sólo *se reflejan* en nuestro país, sino que lo abarcan o atraviesan. La otra observación se refiere al carácter de ese ámbito mayor y a la situación que dentro de él corresponde a nuestro país. Ese ámbito no es todo el universo, es tan sólo una parte de él: el mundo capitalista, que se encuentra opuesto a otro mundo, el socialista. No importa la opinión que de ambos se tenga, un hecho es evidente y no materia discutible: que ambos son diferentes, y que se encuentran en oposición uno con el otro. Pero esa oposición no significa exclusión o incomunicación. Esos dos mundos están en un ámbito común, y, quiéranlo o no, se influyen y conforman una sociedad global que los abarca a ambos, juntamente con los pueblos marginales. Dentro del ámbito capitalista, es bien sabido, nuestro país ocupa un lugar periférico y dependiente. Es un país cuyo desarrollo no está a la altura máxima de la civilización capitalista. No es un centro creador de cultura, teniendo al respecto un papel más bien pasivo, de consumidor.

En ese complejo mundo que es un solo mundo, con sus oposiciones y sus interinfluencias, es únicamente comprensible este país nuestro. Si no estoy equivocado, mi línea de pensamiento obliga a comenzar la descripción desde afuera hacia adentro, es decir, desde el contexto en el que nuestro país está insertado, y luego acercarnos a él, para ver cómo las fuerzas internas operan y cómo reciben las que desde el exterior actúan sobre nuestra sociedad local.

La ya larga descripción que nos ha llevado a este punto está continuamente referida a ese mundo global, el mundo capitalista, que constituye el héroe de una muy vasta historia, comenzada para la Argentina desde su propio nacimiento, y sin la cual nuestra historia patria no hubiera quizás ni existido.

A ese mundo le están ocurriendo muy extrañas cosas a partir de los primeros años de este siglo, cosas que ni remotamente se les hubieran ocurrido como posibles a los hombres que vivieron su siglo de plena expansión, hace apenas algunos decenios. El mundo capitalista, el mundo del hombre blanco, el mundo del hombre fáustico, parecía destinado a un constante progreso, a una expansión que habría de cubrir toda la tierra, a una cada vez mayor y más completa hegemonía. Tal vez con algunos tropiezos, sin duda: guerras coloniales, algunos roces entre los mismos amos del mundo, alguna ligera modificación en el esquema, pero nada grave al fin. El capitalismo, el cristianismo, el individualismo, el libre pensamiento, la libre empresa, la actividad privada, la división del trabajo, todo eso estaba

(1) Folleto citado, páginas 25 a 27.

(2) La redacción y selección de bibliografía de la segunda parte de este capítulo y sobre todo del siguiente ha sido hecho en colaboración con Elena Rodríguez.

destinado a cubrir la tierra, en una cada vez más armónica trabazón. El progreso, el self-made-man, la libre competencia.

Pero la realidad no respondió a esos sueños. La división del trabajo, llevada al terreno internacional, no significaba para los pueblos colonizados el progreso, sino el mantenimiento en un estadio primitivo o un progreso deformado y limitado. Los países a quienes les tocaba el papel de productores de materias primas recibían el impacto de los pueblos centrales en forma de descarga de sus contradicciones internas, lo que significaba un límite muy estrecho para su propio desenvolvimiento; los países centrales, en efecto, no tenían más que una opción: o mantenían bajo el nivel de vida de sus trabajadores, y entonces sufrían en forma aguda la lucha de clases, o aumentaban ese nivel de vida a costa de los países dependientes. Los países centrales, a la vez, se veían obligados a luchar ferozmente por la conquista de colonias productoras de materias primas y de mercados. Y, en el interior de ellos, el individualismo y la libre competencia no resultó ser sino un estado transitorio, imposible de conciliar con la mecánica misma del capitalismo: la concentración de capitales y la formación de monopolios resultó ser a la postre una ley del capitalismo y no una aberración.

Dos guerras interimperialistas han llevado a ese mundo capitalista a la actual situación, tan lejos del sueño del siglo XIX como no lo pudieron prever ni los profetas más catastróficos.

La segunda mitad del siglo XX. Es habitual recordar como Estados Unidos desplaza poco a poco a Inglaterra de su papel de centro imperial del mundo capitalista, pero esa afirmación no alcanza a dar una idea cabal del proceso. Es discutible que se produzca una integración absoluta del imperialismo, más la situación actual puede describirse sucintamente así: las naciones centrales (Europa, Inglaterra y Estados Unidos) constituyen una alianza plena de contradicciones y luchas más o menos sordas entre sí y dentro de cada país. Estados Unidos ayudó a la reconstrucción de Europa, pero al mismo tiempo trata de utilizarla como mercado, especialmente financiero: el 20 % de las inversiones privadas de Estados Unidos en 1956 han sido realizadas en Europa Occidental. Simultáneamente los países europeos luchan por conquistar mercados, enfrentando a Estados Unidos, y éstos se defienden con los medios clásicos de agresión imperialista: un caso típico lo constituye el monopolio oficial italiano de combustibles, que realiza en Medio Oriente una política petrolera más generosa que la de los trusts anglosajones, y las dificultades constantes que oponen los norteamericanos a la llamada "ala izquierda" del Partido Demócrata Cristiano, cabeza de esa política de neocapitalismo estatal y socializante (1).

Respecto de Inglaterra, la situación reviste caracteres más agudos, más conocidos y más dramáticos (hasta el momento por lo menos). No es necesario reiterar cómo Estados Unidos va desalojando a Inglaterra de sus posiciones pues el proceso ha sido reiteradamente relatado. Pero no es tal vez tan conocido cómo Estados Unidos va penetrando en el propio corazón del imperio británico: Las inversiones yanquis en el Imperio inglés se calculan en 5.700 millones de libras esterlinas, y el Canadá sólo ha absorbido durante 1956 el 36 % de las inversiones norteamericanas privadas en

el exterior. Pero eso no significa que Inglaterra se retire sin lucha, pues a partir del fin de la guerra ha aumentado sus inversiones en el Commonwealth y fuera de él en forma muy notoria (2). La lucha se lleva hasta el propio Reino Unido. Dentro del cual se calculaban para 1957 unos 500 millones como monto aproximado de las inversiones norteamericanas.

Pero esas contradicciones entre los diversos grupos nacionales se dan en un marco muy estrecho, y sin que se llegue al rompimiento abierto. Los países capitalistas centrales deben afrontar problemas comunes, y frente a ellos no tienen más remedio que aceptar el liderazgo de Norteamérica, resignándose —aunque entre protestas y amagos de independencia— a ocupar el puesto de socios menores, cediendo delante del socio principal, aun a costa del orgullo y de la vanidad nacionales: la aventura anglo-francesa en Egipto dió un marcado ejemplo al respecto, y hoy el partido conservador inglés se encuentra profundamente dividido entre los imperiales, que sueñan con las viejas glorias victorianas y aquéllos que aconsejan una más estrecha alianza con Estados Unidos, como el mariscal Montgomery.

Estas contradicciones son agudizadas por la sublevación de los países asiáticos y africanos, producida por las fuerzas internas en desarrollo, pero explotada no pocas veces por los propios socios para mejorar sus posiciones: tal la política petrolera italiana, ya mencionada, que tiende a establecer una especie de confederación-imperio del Mediterráneo (reeditando el sueño de Mussolini) y la desembozada intervención norteamericana en el Medio Oriente, en conflicto constante con las contramanojras inglesas.

La situación cobra caracteres muy especiales por la presencia, ya señalada, del mundo socialista. El llamado Mundo Occidental se siente a la defensiva frente a ese otro orbe que no cesa de expandirse desde el fin de la guerra, y oscila constantemente entre diversas actitudes para enfrentar el nuevo estado de cosas. Medio mundo ha salido de la órbita capitalista, y una gran parte del resto ocupa una posición marginal, hace algunos años inimaginable. El mundo socialista es para los países líderes de Occidente un competidor, un conjunto de países enemigos, en el sentido clásico en que las sociedades globales se han enfrentado. Pero, al mismo tiempo, es otras cosas que complican las relaciones de Occidente con ese mundo. Es un enorme mercado potencial o perdido, y como tal una constante atracción, sobre todo para aquellas naciones que no pueden expandirse sobre los mercados de su órbita propia, pues Estados Unidos se lo impide —o, todavía más, que se ven desalojados de los mercados de la órbita occidental por la acción de Estados Unidos. Esto introduce un motivo de fricción más entre los "aliados occidentales", ya que, a la vez, Estados Unidos presiona para evitar o disminuir los contactos comerciales con oriente. Y, finalmente, el mundo socialista significa una ideología que se apoya o intenta apoyarse en las contradicciones internas de cada país de occidente: el comunismo se presenta como la ideología propia de la clase obrera, y los partidos comunistas trabajan, con mayor o menor éxito en cada país capitalista.

No son menores, por cierto, los problemas internos en cada país. A pesar de lo mucho que se ha aprendido respecto del comportamiento de la economía desde la posguerra del 14, y de lo mucho que se ha avanzado en el trato entre las clases desde el punto de vista de las clases dominantes, todo occidente —y especialmente sus grandes países— dan la sensación de que el sistema se sintiera en un constante

(1) La teoría, la política práctica y las luchas internas en los partidos Demócrata Cristiano italiano y alemán son sumamente ilustrativas respecto de los nuevos planteamientos dentro del capitalismo mundial, que vuelven a reproducir bajo otra forma la situación de la década del 30, cuando el capitalismo alemán, conducido por Hitler, y el italiano, conducido por Mussolini, agredían a los imperios anglosajones, pero no se llegaba a una ruptura abierta, sino que, por debajo de los conflictos trataba de subsistir un resto de entendimiento frente a los problemas comunes. En Italia, la embajada norteamericana se opuso abiertamente a la candidatura de Gronchi a la Presidencia de la República, creó continuos problemas a Fanfani por medio de los partidos de derecha más pro-occidentales y de los grupos "derechistas" de su propio partido, y acusa a ambos de querer intentar una política "neutralista". Los diarios de fin de año —a pesar de que las agencias son muy discretas con estos problemas— han traído constantes noticias de las dificultades parlamentarias de Fanfani, colocado continuamente en minoría por sus propios aliados y aun por disputados de su partido.

(2) Las cifras respectivas son bastante poco precisas —como ocurrió, por lo demás en toda esta materia—: las cifras oficiales ocultan o callan una cantidad sustancial de rubros importantes (las del Banco de Inglaterra, por ejemplo, no cuentan las de las compañías navieras y de seguros ni las re-inversiones de beneficios no distribuidos). Pero tomando informaciones iguales (las de la citada entidad) resulta que en 1939 las inversiones inglesas eran de 3.545 millones en ultramar, las que descendieron a 1.960 millones en 1948, para volver a subir a 2.137 millones de libras de 1955. Para dar una idea de la muy relativa precisión de estas cifras, es bueno recordar que los cálculos privados de origen inglés estiman esas inversiones para 1957 en unos 10.000 millones de libras, y las Naciones Unidas calculaban para 1952 unos 3.000 millones.

peligro, sobreviviendo a base de una atención y de un cuidado permanentes, acudiendo aquí y allá a poner cataplasmos y parches, pero sin lograr nunca la seguridad de que la catástrofe no va a estallar de un momento a otro. La psicología social, la sociología, los peritos en relaciones públicas, han ido cobrando una importancia cada vez mayor. Y son constantes las publicaciones económicas, las propuestas para solucionar problemas, las reuniones y conferencias. Los organismos oficiales y los innumerables medios de difusión tratan de dar una sensación de optimismo, pero a cada instante se ve asomar el temor; frente a cada amago de crisis aflora una histeria mal contenida, y todos los días se repiten los avisos y los llamados de atención. Occidente vive alabando el sistema que ha instituido, pero al mismo tiempo —por debajo de sus alabanzas— yace el temor de que ese sistema se comporte como un enemigo y explote sin aviso previo. Como si se tratara de un monstruo mal conocido e ingobernable, pronto a desmandarse en cualquier momento. Durante la llamada "recesión" económica última, era evidente cómo los gobernantes trataban de quitar importancia a lo que estaba ocurriendo, pero temiendo que se desatara una crisis similar a la del 30, que hubiera podido llegar a arrasarse con todo ese inestable mecanismo.

Occidente intenta diversos medios de defensa, pero esos medios tropiezan con contradicciones que parecen insalvables, inevitables por la forma de la estructura misma.

EL NUEVO CENTRO DEL MUNDO

Una ojeada sobre el comportamiento de Estados Unidos dará una idea más clara y concreta de lo que venimos diciendo. Siendo como es el ápice del sistema, el ejemplo resulta válido para todo él, con las lógicas diferencias —fácilmente inferibles, pero de mero detalle en el fondo— para los demás países. Algo más que ejemplo, en realidad, pues esa posición de Estados Unidos significa que en ellos se cifra el sistema entero, tal como hoy es.

En Estados Unidos comienza ya poco a poco a hablarse desembozadamente de hechos que hasta ahora eran casi un secreto de especialistas que trataban de ocultarse al público común, y que ni siquiera eran conocidos por los propios dirigentes nacionales, apegados todavía a la idea optimista de un mundo que no encerraba problemas para los países poderosos.

Estados Unidos ve con temor la posibilidad de haber llegado al límite de su capacidad de desarrollo, en tanto otros pueblos presentan vastas posibilidades futuras. Lo preocupa, por ejemplo, que su población esté cerca del punto de saturación, y entre en un período de estabilidad y de próxima declinación. Aun los simples manuales de sociología se preocupan del problema y de sus repercusiones en el terreno económico y social. En general, se piensa que "la detención del aumento de la población ha tenido —siempre— de algún modo los mismos efectos que el decrecimiento real": disminución del optimismo en los negocios, restricción de los mercados, menores entradas fiscales por la disminución de los impuestos (y por lo tanto, menor presupuesto) amenazas de paro por la disminución de la producción, aumento del espíritu agresivo de aquellas naciones con población creciente (y esas naciones son particularmente las del oriente europeo, Asia, Africa y Latinoamérica), etc. (1). Pese a todos los adelantos de la técnica, el potencial humano sigue siendo la base última del poderío, pues es, en todos los sentidos, y en el último y real sentido, el único material que es potencia, también en el sentido económico. Por un lado, la gran renta nacional norteamericana

depende de su población, de la cantidad de su población, y no de su supuesta y alardeada superioridad técnica, y, en otro aspecto, solamente el enorme mercado interno permite a Estados Unidos mantener una semiautonomía que le da una gran superioridad sobre los demás países del orbe capitalista.

Estados Unidos está perdiendo la competencia con la Unión Soviética. Es bien conocido el impacto emocional que significó el adelanto ruso en materia espacial y el constante temor de ser derrotados en el terreno técnico. Pero en otros campos —donde se suponía imbatible— también comienza a dudar y a temer. Se siente desafiado en el terreno económico, y ya se duda abiertamente de que el sistema capitalista sea realmente el que asegure una más eficaz producción. Walter Lippmann afirma: "Los Soviets están desafiando a EE. UU. para superarlo en la producción por cabeza y vencerán si no se aumenta aquí rápidamente la eficiencia en ese terreno... El problema de aumentar la proporción del crecimiento económico... es un aumento difícil y complejo y afecta al presupuesto, a la estructura impositiva, a la política crediticia y muchas cosas más; pero lo positivo es que Estados Unidos deberá solucionar ese problema en los años próximos. De lo contrario, se verá en un gran peligro y declinará como potencial mundial". ("Clarín", 18 de diciembre, pág. 4). Esa voz no es aislada; refleja un estado de ánimo general, que ha entrado ya en el terreno de la discusión pública, en la que se analiza las ventajas y desventajas de los sistemas soviético y norteamericano, entendiéndose generalmente que el primero es una especie de "capitalismo de estado", en el que no se tiene en cuenta el bienestar individual del pueblo ni el incentivo particular. Aun denostándolo, aun proclamando todavía las ventajas de la "iniciativa particular", se siente por debajo la tendencia a proponer que la solución puede estar en adoptar un sistema semejante, tal como los directores públicos norteamericanos creen que es o dicen que es (2).

Es bien conocido también cómo sorprendió a Estados Unidos el hecho de que la Unión Soviética los estuviera superando en la "producción" de técnicos, indispensables para mantener una gran industria en desarrollo. Ese descubrimiento que encierra un problema con múltiples implicancias y muy complejas consecuencias, llevó también a poner en duda las bases mismas del sistema cultural norteamericano, y, por ende, de la integridad de su sistema. La Universidad de Pittsburgh ha publicado recientemente un informe, en el que, implícitamente, se pone en cuestión la estructura y la forma de vida norteamericana, al establecer que "una de las causas del rápido desarrollo de la educación en Rusia" reside en que "todas las decisiones pedagógicas dependen del Comité Central del Partido". Cierto es que aquí, como en las discusiones económicas, se concluye diciendo que el sistema soviético es solamente eficaz hasta ahora, pues a la larga, al destruir "la capacidad creadora individual", terminará fracasando. Pero en ambos casos se acepta el hecho de que la *eficacia actual* se debe a la suplantación de la actividad individual por la planificación dirigida desde un centro único. Y aun se admite que esa *eficacia* puede llevar implícita una actividad mejor o de más alta calidad.

Mientras tanto, se ha ido desarrollando en Estados Unidos una *mentalidad* realista que va buscando la formulación de una teoría que se adapte a las condiciones de la estructura económica y social. La teoría corriente —y todavía en uso para los fines públicos— era una combinación de las opiniones de Lincoln y de Jefferson en política y de los economistas clásicos (especialmente una mezcla de Adam Smith y de J. B. Say) en economía. Reducida a términos muy simples y no técnicos, esa teoría podría describirse aproximadamente así:

La sociedad capitalista es una sociedad de libre compe-

(1) Ver, por ejemplo, la "Sociología", de Ogburn y Nimkoif, "un texto de sociología" dirigido a los estudiantes "en general", según avisan sus autores. Las citas han sido tomadas de la edición castellana de Aguilar, Madrid, 1955, páginas 407 y siguientes. Es conveniente notar que allí mismo se señala que el peligro, todavía mera previsión para Estados Unidos, es ya realidad para los países europeos occidentales, como Francia, cuya población se ha estancado.

(2) Ver, por ejemplo, "Visión", diciembre 5, pág. 46, "Los capitalistas del Kremlin".

tencia, en la que productores libres ofrecen su producto a compradores también libres. La ley de la oferta y la demanda regula esa sociedad y le permite un equilibrio estable: ella rebaja los precios, incentiva el ingenio, permite al comprador negarse a pagar excesivamente. El trabajador juega en ese mecanismo como un productor que también ofrece su producto: su fuerza de trabajo. El también puede negarse a trabajar con un determinado patrón si éste no le paga lo suficiente. Los hombres más capaces —igual que los productos de mejor calidad— tienen las mejores oportunidades: el mejor obrero no sólo recibirá mejores salarios, sino que podrá llegar a ser patrón con su sólo esfuerzo.

A esta visión económica, corresponde una visión política paralela: El gobierno representa a todos los habitantes, a la suma de voluntades individuales que son cada una igual a cada una de las demás del conjunto. Todo ciudadano puede llegar a ocupar los puestos más altos de la escala política, así como puede llegar a ser patrón.

Los ejemplos de Lincoln (pobre abogado provinciano), de Edison y de Ford (modestos muchachos igualmente) constituyen el ejemplo vivo de esa sociedad y de su funcionamiento.

Esa teoría general se completaba con este corolario: cualquier perturbación en el funcionamiento del mecanismo es pasajera, se debe seguramente a una actividad contraria a la teoría, y tiene remedio si se la deja funcionar correctamente. El desempleo, la inflación, la depresión, la existencia de los monopolios, la presión de las empresas sobre los gobiernos, son aberraciones que se deben a maquinaciones dirigidas a no permitir funcionar el sistema, por razones egoístas de grupos o de personas.

Poco a poco la realidad se ha ido demostrando rebelde a esa teoría. Grandes empresas dominaban el mercado, destruyen a los pequeños competidores e impiden el crecimiento de los nuevos. Los trabajadores solamente pueden conseguir que se reconozcan sus derechos por medio de la agremiación en sindicatos poderosos, que puedan llegar a paralizar a esas poderosas empresas. Los gobiernos son el producto de los intereses de los grupos y no de las voluntades individuales. Los individuos, por grandes que sean su capacidad y talento naturales, es difícil que lleguen a ascender en la escala económica, social o política: la libre competencia está limitada por multitud de factores: educación, relaciones, oportunidades, capital inicial, todos los cuales tienen en definitiva un fondo económico. El desempleo no es un hecho transitorio, así como tampoco las perturbaciones conocidas como inflación-depresión.

Hacia 1947, una investigación de la Federal Trade Commission muestra que las 113 empresas manufactureras más grandes de Estados Unidos poseen el 46 % de la propiedad, plantas y equipo empleados en la manufactura, y que en la producción de vehículos de motor, maquinaria agrícola, llantas de caucho, cigarrillos, aluminio, licores, productos de la carne, cobre, envases de lata y máquinas de oficina, las tres empresas mayores constituían los dos tercios o más de todos los negocios, mientras que en acero, vidrio, productos químicos y lácteos esa proporción estaba ocupada por las seis empresas más grandes (1). Son muy conocidas las cifras de desocupados y semioocupados en niveles constantes de millones de hombres.

Esa mentalidad realista comienza a aceptar que tal estado de cosas no es una aberración, sino el estado natural en una sociedad capitalista. La teoría de Keynes no constituye en el fondo sino eso: la proposición de que el gobierno interviniere en determinados niveles para permitir que el capitalismo siguiera funcionando sin llegar a un estallido o a extremos lamentables, pero admitiendo que períodos alternados de inflación y de desempleo eran las válvulas de escape inevitables del sistema. Esa teoría, sin embargo, tenía algunos aspectos que eran altamente desagradables

para los hombres de empresa. El New Deal, que fué su aplicación práctica, significaba demasiada intervención del gobierno en los negocios y una excesiva influencia de los sindicatos en la política. Por lo tanto, otras teorías iban a ser llamadas a ocupar su lugar, sobre todo cuando desapareció el estado de necesidad crítica impuesto por la crisis y por la guerra interimperialista posterior.

En Norteamérica, a pesar de las simpatías que tuvieron por Mussolini e Hitler algunos núcleos de las clases superiores, las formas facistas no alcanzaron nunca gran predicamento. Pero formas muy semejantes, más adaptadas a las estructuras de Estados Unidos tal como ellas son, van ganando lentamente camino, a partir de la aceptación del papel que las grandes empresas tienen en esas estructuras. Las teorías de Schumpeter, que admiten el papel creador e innovador de los monopolios, suplantando la política económica intervencionista aconsejada por Keynes. El único agente impulsor del desarrollo económico debe ser el empresario privado, y no cabe distinguir qué tamaño tenga ese empresario, pues en última instancia suele ser la gran empresa y no la pequeña la que asegura una producción eficaz. El papel del Estado, en este neo-liberalismo, deberá consistir a lo sumo en "crear las condiciones básicas, los estímulos y los incentivos que requiere la actividad económica privada para su máxima eficacia" (2). Desde allí en adelante es fácil dar los pasos siguientes: La concentración de capitales es un proceso real e inevitable, y tiende a la formación del oligopolio (no de monopolios), pero nada indica que esto sea pernicioso, sino todo lo contrario, pues introduce no sólo una mayor efectividad —por lo menos en el sentido técnico— sino un ordenamiento eficaz, una defensa contra la anarquía y el despilfarro. La teoría de la libre empresa y de la posibilidad de competición por empresas nuevas frente a las ya constituidas es solamente una "linda ficción", pues "la actual generación de norteamericanos, si sobrevive, comprará su acero, cobre... automóviles, llantas, jabón, grasas, desayunos, tocino, cigarrillos... y cofrecitos a una u otra de las pocas empresas que ahora suministran esas mercancías". La larga lucha contra los trusts ha demostrado que su existencia es inevitable, pero ello no es peligroso, ni causa daño alguno, pues frente a ellos aparecen concentraciones de clientes y proveedores que compensan su poder. "La larga tendencia a la concentración de empresas industriales... ha dado existencia no sólo a fuertes vendedores... sino también a fuertes compradores... El hecho de que un vendedor goce de cierta dosis de poder monopolístico y coseche cierta dosis de beneficio monopolístico como resultado, significa que en aquellas empresas a quienes él compra o vende se origina un estímulo a formar un poder mediante el cual se defiendan contra la explotación... De esta suerte, la existencia del poder de mercado crea un estímulo para la organización de otra posición de poder que lo neutralice". Esta regla se aplica también al mercado de trabajo, en el que los obreros figuran como vendedores frente a las empresas que aparecen como compradores. "Es en los mercados servidos por empresas fuertes... donde hay sindicatos fuertes". Es decir, que también allí se produce una concentración de poder, que tiende a crear una situación de equilibrio. La sociedad global tiende entonces a estructurarse en un vasto juego de "poderes compensadores". Frente a él, el Estado debe "apoyar o completar un proceso" económico que es enteramente "normal". Eso es en definitiva lo que ha ocurrido en Estados Unidos en las últimas décadas, aunque no se haya advertido así (3).

(2) J. A. Schumpeter, "Capitalismo, Socialismo y Democracia", ed. inglesa de 1943. La cita está tomada del Informe de Prebisch al Gobierno Provisional, y trata de adelantar el hilo que liga estos cambios en la conducta de los centros imperiales con los que sigue nuestra política local, tal como lo señalaré desde nuestra perspectiva oportunamente.

(3) John Galbraith, "Capitalismo norteamericano", Ed. Agora, 1958, páginas 28, 31, 32, 39, 56, 60, 74, 80, 112. Hago la salvedad, quizás obvia, de que no se trata de la obra de un radical, sino de la de un distinguido profesor de la Universidad de Harvard, defensor del orden y del sistema norteamericano de vida, y de una obra optimista, dirigida al gran público.

(1) The Federal Trade Commission, "The concentration of productive facilities", 1949.

Tenemos así constituida una teoría económico-política, de carácter realista, que tiende a asegurar un futuro estático de las estructuras, en base a la estabilización e institucionalización de las mismas. Una especie de corporativismo para un "país rico", como dicen sus propugnadores, en el que el papel activo y directriz es desempeñado por las grandes empresas, ya que el Estado y las demás concentraciones de poder sólo cumplen un papel estabilizador o defensivo.

Conjuntamente con este tipo de reconocimientos de la realidad desde el punto de vista de la economía, se han intentado diversas diagnósticos y descripciones desde una perspectiva más específicamente política. Al mismo tiempo que descripciones realistas, éstas pretenden ser profecías del futuro y formulaciones que intentan dar una salida a un mundo cuyas contradicciones no le permiten responder con eficacia a las crisis —agudas o no, pero permanentes y cada vez más perentorias— que lo aquejan. Cualesquiera sean las fórmulas finales que propongan, todas esas descripciones tienen ciertos caracteres comunes: ponen de relieve su objetividad pretendidamente absoluta, declaran el carácter inevitable del futuro que prevén (manifiesten o no su repugnancia por el mismo), y parten del principio de que la aplicación textual de la democracia no sólo es una utopía, sino que su práctica, aun imperfecta, es una ficción y tiende a desembocar en la dictadura y el totalitarismo. "La amenaza del cesarismo, dice Rieucourt, pesa sobre el mundo occidental más gravemente que nunca desde los comienzos del imperio romano... El cesarismo... es esencialmente pragmático y aparece sólo al final de una larga e inconsciente evolución histórica, cuando los pueblos libres abandonan voluntariamente su libertad en manos de un autócrata... Esta evolución es particularmente apreciable en los EE. UU., donde los poderes del Presidente hacen de él un verdadero César en escala planetaria... Es el amo de facto de un imperio en el cual los restos del Commonwealth británico van siendo absorbidos poco a poco...". Las razones son muchas: de orden psicológico (el carácter "femenino" de las masas); político: la necesidad de la expansión y de concentración de potencia; moral; social: la disolución de las clases dirigentes; cultural: la especialización excesiva y la "atomización" del saber intelectual que ocasiona la incoherencia de los gobiernos occidentales "y abren el camino a una forma de autoerancia absoluta que intentará reunir los fragmentos dispersos de nuestra sociedad"; social de nuevo: "la igualdad democrática y el conformismo". Todo ello puede ser lamentable, desde luego, pero es inevitable: "los Césares ocuparán sus puestos llevados por la corriente de la historia, símbolos de la mortal enfermedad que inficiona nuestra civilización occidental" (1).

De un llamado al realismo y al abandono de todas las utopías parte también James Burnham, en su tesis largamente desarrollada, en especial en *La revolución de los directores* y en *Los maquiavelistas*. Tampoco él es optimista, pero su pesimismo no es fatalista, sino científico y constructivo. Reducida a sus términos más escuetos esa tesis puede quizás resumirse así: La acción lógica o racional desempeña una parte relativamente secundaria en los cambios políticos y sociales. La división social más significativa que cabe reconocer es la que existe entre la clase gobernante y los gobernados, entre la élite y la no-élite. La ciencia histórica y política es ante todo el estudio de la élite y de sus relaciones con la no-élite. El primer objeto de toda élite o clase gobernante es el de mantener su propio poder y privilegio. Ninguna estructura social es permanente, pero los cambios consiguientes son sólo cambios en la composición y estructura de las élites. Periódicamente tienen lugar cambios muy rápidos, que revisten los caracteres indicados, es decir, revo-

luciones sociales. En estos momentos estamos asistiendo a una de esas revoluciones, consistente en general en el traspaso del poder de los "propietarios privados" a una nueva élite que deberá ser capaz de "controlar la industria contemporánea en gran escala, la masa de los trabajadores y una forma supranacional de organización", es decir, "el reemplazo de los antiguos políticos parlamentarios y el de los propietarios privados... por los directores: los organizadores de la producción y del proceso industrial, los funcionarios preparados en el manejo de las grandes organizaciones del trabajo y los administradores y jefes de oficina y comisarios de gobierno que se han formado en la rama ejecutiva de las ilimitadas máquinas estaduales modernas". Ese proceso es universal y comprende tanto Oriente como Occidente, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética o la India. La forma política de esa evolución es actualmente el bonapartismo, producto de la combinación de la teoría de la democracia con la revolución misma. Es decir, el gobierno de un dirigente o de un pequeño grupo de dirigentes que se "arrogan el derecho de representar a todo el pueblo y de hablar en nombre de él". Tal camino nos lleva inevitablemente a la pérdida de las libertades y al totalitarismo. Sólo será posible evitarlo si reconocemos el carácter utópico de la democracia entendida como "gobierno por el pueblo", aceptamos que en su recto significado sólo puede entenderse como "una estructura social en que tiene lugar una circulación rápida de las clases y donde es relativamente fácil para los miembros de la no-élite elevarse hasta la élite" y si evitamos la concentración del poder social y especialmente económico en un solo estado (o clase). Siendo que en las últimas décadas "se ha acentuado el carácter puramente nominal de los derechos de la propiedad capitalista" es necesario dividir el poder económico. Podría, por ejemplo, dividirse las fuerzas económicas "según las funciones o en sindicatos: la dirección, los trabajadores y los consumidores de diferentes ramas de la industria podrían operar como grupos separados organizados con relativa independencia" (2).

EL CENTRO DEL MUNDO Y SUS DEPENDENCIAS

Así como las contradicciones internas de Estados Unidos han dado origen a estas ideologías también contradictorias, que partiendo del principio de la defensa de la libertad caen en al aceptación de su imposibilidad, las contradicciones del sistema, al revertirse hacia el exterior dan lugar a una conducta igualmente paradójica.

Ya vimos qué ocurre en sus relaciones con Europa. Respecto de América Latina esas relaciones no son menos complejas. El resto del continente americano es para Norteamérica —y desde su punto de vista— el ámbito geográfico inmediato y natural de su acción.

La doctrina de Monroe fué en el más ajustado de los sentidos una política para el futuro, no menos que la de Canning.

En el estado actual del mundo y de sus negocios, Latinoamérica es para Estados Unidos, al mismo tiempo, un conjunto de países aliados, en el sentido hegemónico que han dado siempre los grandes imperios a la palabra *aliados* cuando la aplican a pueblos más débiles (incluso la tendencia a considerarlos *bárbaros*), y un mercado, tanto en el tradicional sentido de mercado proveedor de materias primas y consumidor de productos elaborados como en el de campo apto para inversiones financieras. Pero esta fórmula, sencilla en apariencia, oculta complejos y hasta confusos problemas.

En un sentido general, ningún imperio clásico estuvo exento de problemas semejantes: la explotación económica siempre ha estado presente, así como el choque entre las sociedades

(1) Amaury de Rieucourt, "The coming caesars", reseña aparecida en la revista *Marcha*.

(2) Las citas han sido tomadas especialmente del libro de Burnham "Los maquiavelistas", Ed. Emecé, 1953, páginas 228, 234, 242, 247, 258. La relativa prelijidad de las mismas se debe a la influencia que han tenido sobre el desarrollo de nuestras ideologías políticas y al intento de su aplicación entre nosotros a que me referiré más adelante.

colocadas en distinto pie de trato, y el mutuo desprecio entre las culturas en contacto. El país imperial desprecia siempre a su aliado-colonia, lo explota y al mismo tiempo cree que le debe gratitud y servicio, porque nunca ha habido un imperio que no creyera estar beneficiando —generalmente como portador y defensor de la cultura— a sus asociados. La *carga del hombre blanco*, la Misión del Imperio, fué celebrada por Kipling, y Wilson, el Gran Demócrata, no creía estar aplicando la política del garrote sino una misión civilizadora al llevar los infantes de marina a Centroamérica. Los romanos veían bárbaros en sus vecinos, y los norteamericanos sólo ven "mestizos, peones y siesta" al sur de Río Grande. Pero al mismo tiempo, los imperios han sentido siempre temor, explícito o recóndito, de sus colonias: han sospechado en ellas futuros rivales, extrañas conspiraciones sólo explicables por la obra de agitadores y de designios siniestros, prácticas malévolas. Sus dirigentes nacionalistas han sido siempre criminales, inexplicables sublevados contra un orden que nada tenía de vituperable. La posición imperial crea un extraño y complejo estado psicológico, muy semejante al de las clases dominantes, hecho de buena conciencia, de desprecio, de imposibilidad absoluta de comprender, de temor. Al imperio le es imposible entender que las colonias no se sientan felices con su estado, ni ha habido nunca ningún imperio capaz de desarrollar una política coherente respecto de sus socios. Ni aun la política de la violencia pura.

Esa situación, presente aun en los estadios culturales más primitivos, se da con mucha mayor complejidad y con mayor agudeza en el estado actual del capitalismo, por su propia heterogeneidad y, por lo tanto, por sus mayores contradicciones internas.

Tanto desde el punto de vista estratégico-militar, como desde el punto de vista económico, a Estados Unidos le interesa, teóricamente, lograr una integración económica de todo el orbe occidental, que, respecto de los países subdesarrollados, provoque su crecimiento. Estados Unidos debería poder lograr, en primer lugar, evitar los resquemores y las competencias entre las naciones de occidente. Y, desde luego, la integración económica significaría un mayor potencial industrial y técnico, base imprescindible para la guerra moderna. No cabe duda, además, que esa integración económica permitiría, por su sola existencia, realizar mejores negocios, y de más amplitud, a Estados Unidos, dada su situación en el orbe capitalista. Pero aún más —y siempre en teoría— el desarrollo económico que habría de provocar esa integración, permitiría un auge mecánico de los negocios de acuerdo a la ampliación del mercado. Se lograría así, por los métodos tradicionales del simple incentivo económico y de modo indirecto, una conveniente base material para la eventual necesidad guerrera. Pues, como dice John B. Condliffe en "Política económica exterior de Estados Unidos", "son pocos los casos en que una comunidad democrática sigue voluntaria y congruentemente una política de preparación militar".

Todo esto es aún más cierto para los países subdesarrollados, y especialmente —desde el punto de vista norteamericano— Latinoamérica, la que en los planes del Pentágono no deja de tener el papel de base militar inmediata, por meras razones geográficas. Los países subdesarrollados no pueden jugar en una guerra moderna sino un papel secundario, salvo la provisión de materias primas fundamentales. Y aun respecto de éstas es seguramente más conveniente que sean elaboradas, por lo menos en algunos casos, en los lugares de producción. Para el desarrollo comercial no hay, en teoría también, una política mejor que la de favorecer el crecimiento de los mercados que potencialmente significan los países periféricos. Serán, sin duda, mejores compradores de productos manufacturados si se eleva el estándar de vida de su población, al aumentar su capacidad adquisitiva global y por cabeza. La explotación intensiva de sus recursos naturales permitiría, sin duda, proveer mayor cantidad de materias primas a la industria norteamericana, y hasta proveerla de algunas

cuya existencia en tierras de latinoamérica no se conocía. El consumo de materias primas por la industria ha aumentado de un modo extraordinario en los últimos años: el de cobre, por ejemplo, se duplicó entre 1932 y 1945 en Estados Unidos y la exportación de petróleo cesó completamente en 1947, convirtiéndose Norte América en país importador, a pesar de su enorme producción. Este fenómeno del aumento en el consumo de materias primas tiene una gran importancia para la política exterior de Estados Unidos, pues en los últimos decenios se ha producido un pasaje de una posición de relativa autosuficiencia a otra de creciente dependencia de fuentes exteriores de abastecimiento, tratándose de un proceso cuyo aumento es cada vez más acelerado. Högböm ha calculado, en efecto, que el consumo de minerales y metales básicos aumenta en proporción geométrica (1).

Pero no sólo a este aspecto, que podríamos llamar tradicional a pesar de su evolución, se reducen las posibilidades de mercado representado por los países subdesarrollados en general y América Latina en particular. También es posible —y sería sin duda conveniente para un mayor volumen de los negocios norteamericanos— una "integración" de mercado en la que Latino América se convirtiera en un productor de ciertas manufacturas (especialmente de las producidas por cierto tipo de industria liviana) y Estados Unidos se reservara el papel de gran centro "de la industria pesada", de la "producción de equipos mecánicos", de "producción en serie" y de "algunos tipos de bienes de consumo". Igualmente, Latinoamérica es un gran mercado potencial de capitales, lo que también sería ventajoso para Estados Unidos dado su bajo índice de renta y aun sus notorias dificultades de financiación (2).

A hacer aceptar tales tesis se han dirigido innumerables esfuerzos en los Estados Unidos, sobre todo a partir de la terminación de la segunda gran guerra. Para la citada Comisión de Política Económica Extranjera la política de integración e inversiones significaría: 1) Un medio de proveer un mercado para los productos de la industria y la agricultura norteamericanas; 2) Una vital contribución a largo plazo para el crecimiento general del comercio y prosperidad internacionales, incrementando la productividad y la renta en el exterior; 3) un importante medio por el cual los recursos primarios extranjeros pueden ser desarrollados para satisfacer las crecientes necesidades de la industria norteamericana para usos civiles y militares; 4) un medio por el cual se aumentará la renta nacional de Estados Unidos.

En el mismo sentido se ha tratado de aminorar el temor de las industrias privadas norteamericanas a la competencia, indicándoles que su situación de privilegio, su capacidad técnica, de investigación y organización les va a "permitir competir eficazmente" y con ventajas en los mercados mundiales; que nada tienen que temer en el mercado propio, y que es necesario prescindir de ciertas protecciones aduaneras, aun a riesgo de sacrificar algunos sectores de la producción interna, pues ese sacrificio va a ser compensado con creces en otros sectores (3). John Abbink, ante el "Export Managers Club" decía a los industriales norteamericanos: "Es inevitable que continúe la industrialización en [América Latina] hasta un grado que no podemos prever... Podemos guiar esta industrialización y de esta manera aminorar los efectos que pueda tener sobre nuestra economía, o podemos cerrar los ojos a las realidades y sufrir las consecuencias". Poco a poco se ha ido organizando en Estados Unidos una

(1) Informe de la Comisión de Política Económica Extranjera, 1954, Ivar Högböm, Apéndice a Sociedad de Naciones, "Report of the Committee for the study of the problems of raw materials", 1937.

(2) Por una parte, las altas ganancias obtenidas en los países periféricos funcionan a modo de "seguro" de las grandes empresas, en los momentos de depresión —tal como lo señaló más adelante, esas ganancias representan el 15 % de las entradas netas de los consorcios norteamericanos—; por otra esas ganancias proveen "capital de expansión" a dichas empresas. El Boletín de Business International en su número del 19-4-57 expresa que "la industria de Estados Unidos está impedida de expandir sus instalaciones por falta de capital", y propone solucionar ese problema por la "afluencia" de las ganancias obtenidas en el exterior.

(3) John B. Condliffe, obra citada, "La política económica exterior de Estados Unidos". Publicada en castellano por El Colegio de México, impresa y distribuida por el Fondo de Cultura Económica, 1945.

Verdadera campaña tendiente a racionalizar sus relaciones con el resto del mundo capitalista, y, dentro de él, de un modo especial, con Latinoamérica.

Esa racionalización no es por cierto un plan de beneficencia; al contrario, parte de la muy clara seguridad de que Estados Unidos es y debe ser el *líder de Occidente*, y propone con toda crudeza los métodos para asegurar ese liderazgo. Con todo, ni logra funcionar coherentemente ni consigue convencer a quienes deberían ser sus ejecutores y beneficiarios: los grandes negocios norteamericanos. Como ya se insinúa en lo dicho anteriormente, esa campaña, en efecto, trata de llevar a los intereses estadounidenses al convencimiento de que algunos ligeros sacrificios asegurarán mayores beneficios a largo plazo y una más sólida situación económica y militar. Pero el capitalismo norteamericano quiere asegurarse todos los beneficios sin sacrificar absolutamente nada, y la combinación del complejo de factores internos hace al imperialismo aún más rapaz y duro, al incidir sobre nuestros países las contradicciones del país imperial.

Veamos en qué consiste, con algo más de detalle, el plan propuesto. Ese plan tiene sus lejanos orígenes en el período comprendido entre las dos guerras. En su conjunto, significa la propuesta de un *nuevo trato* de parte del gran capitalismo, tanto en lo interno como hacia el exterior, tanto hacia las clases desposeídas de la propia Norteamérica como hacia los países periféricos. Su gran vocero, y primer ejecutor consciente, fué Franklin D. Roosevelt, quien ya hacia 1928 proponía cambiar el *método del garrote* y la intervención unilateral en las repúblicas latinoamericanas, por sistemas más hábiles y sutiles, sin abandonar la obligación del gobierno y de la diplomacia norteamericana que, como dijo el Secretario de Estado Knox, consiste ante todo en "la promoción del comercio de Estados Unidos" (1).

Esa nueva política en lo interno y en lo externo se fué ejecutando durante las presidencias de Roosevelt, y cobró impulso para Latinoamérica a partir de la conferencia celebrada en Buenos Aires en 1936. Una serie de Conferencias y tratados internacionales fué organizando el sistema que Estados Unidos creyó necesario para su seguridad y su predominio en el continente. Al mismo tiempo se pusieron en funcionamiento diversos métodos, integrados en la "Reconstruction Finance Corporation", por los cuales el gobierno federal de Estados Unidos contrataba con compañías privadas la instalación y funcionamiento de plantas industriales en el extranjero para la explotación de ciertos materiales críticos. De este modo se conservaba la apariencia de la libre empresa, pero era el Estado quien financiaba, supervisaba y guiaba la obra, así como decidía la necesidad de su instalación. El proyecto comenzó a funcionar en plantas de níquel y cobre, en Cuba y México, en los años 1941 y 1942, respectivamente, y fué ampliado luego a otros países. Así el gobierno ponía en ejecución su papel de gestor del gran capital, coordinando las actividades y utilizando el *dinero político* (es decir, proveniente de todo el pueblo norteamericano) de un modo que las empresas por sí mismas no podían hacerlo (2). Pues, como Condliffe advierte en su ya citada obra no parece seguro "seguir la política tradicional de confiar en la empresa privada y dejar a los ciudadanos en libertad para ocuparse, primordialmente, más de las cuestiones económicas que de las políticas".

Al término de la segunda guerra mundial, esa política de

integración económica se elabora por medio de sucesivas leyes dirigidas principalmente a asegurar la provisión de materiales estratégicos y críticos para la industria norteamericana, tratando de coordinar un sistema de preparación bélica con el desarrollo de los países latinoamericanos. En 1946 se dicta la "Ley de acumulación de materiales estratégicos y críticos", tendiente a la acumulación de stocks. Y posteriormente la "Ley de ayuda al extranjero" (1948) y la "Ley de seguridad mutua" (1951) ponen como condición para participar en los beneficios del programa de ayuda y de créditos para promover la producción de materiales críticos, el acceso de Estados Unidos a las materias primas en que Estados Unidos es deficiente. El famoso punto 4º enunciado por Truman como "un programa nuevo y audaz para que nuestro adelanto científico y nuestro progreso industrial sirvan para el fomento y crecimiento de zonas atrasadas" está integrado dentro de ese sistema, pues fué incorporado a la Ley de Seguridad Mutua. Como advertía el Informe Rockefeller en 1951 "Es vital para Estados Unidos obtener el control de los depósitos de tungsteno y manganeso de América Latina, África y Asia... los bosques de madera de construcción de Chile y Brasil... la producción y distribución de bienes y servicios es primordialmente función de la empresa privada... tanto para satisfacer la demanda civil como si se trata de la producción de materias primas estratégicas".

Para lograr esa integración el "nuevo trato" no ha demostrado su total eficacia. Los países afectados se resisten al *liderazgo* de Estados Unidos y tratan de sacar la mayor porción posible de beneficios para sí. Y en el interior, no sólo las clases asalariadas se niegan a ver la vasta empresa propuesta por el gran capital; también las pequeñas empresas y las producciones locales que se verían afectadas oponen obstáculos. Las empresas pequeñas y medianas y aún las relativamente grandes no ven claro su interés en un sistema que lleva directamente al engrandecimiento de los supermonopolios y que apresura la tendencia a la concentración.

El ya mencionado Condliffe se queja de que mientras "las principales industrias de transformación" y "los grandes industriales" han cambiado radicalmente su "actitud hacia los aranceles" proteccionistas, dicho cambio "todavía no se refleja plenamente en las filas de los pequeños industriales del país" y de que parece difícil "subordinar los intereses de grupo a un propósito nacional común". Pero la propia mecánica del capitalismo va solucionando las cosas, y también los grandes sindicatos norteamericanos han comenzado a comprender que su alto nivel de vida depende, dentro del sistema capitalista imperialista, de la aplicación de los planes del gran capital en el exterior. El recordado Condliffe anota con satisfacción: la política de integración "cuenta con mayor aceptación entre los sindicatos industriales cuyo vigor radica en las grandes industrias de producción en serie, que entre los sindicatos gremiales de las industrias en pequeña escala que se interesan poco por el mercado externo... En Detroit se venden más filetes cuando la industria automovilística se halla en plena actividad que cuando está deprimida. Es necesario hacer una concesión a los laneros australianos y a los empacadores argentinos para que acumulen suficientes dólares que les permitan adquirir automóviles y refrigeradores de Estados Unidos. Sería preferible que la agricultura norteamericana dejara a esos productores extranjeros abastecer un cinco y hasta un diez por ciento del mercado norteamericano, en lugar de correr el riesgo de otra depresión que volviera a reducir el poder adquisitivo de las zonas industriales en un 50 o 60 por ciento". La teoría del *poder compensador* enunciada por Galbraith tiene muchas maneras de funcionar, y una de ellas parece ser la de domesticar al Labor, contra las esperanzas expuestas por Guérin de que el aliado de las fuerzas que luchan por la

(1) Ver al respecto lo que pensaba en 1955 Julio Oyhanarte en "La lucha anti-imperialista", *Definiciones radicales*, páginas 130 y ss., edición de 1955.

(2) Por lo demás, no se introducía ninguna contradicción con el sistema capitalista, y las empresas se reservaban aun otro beneficio por medio de pactos de opción, por los cuales las empresas tienen el derecho de adquirir las instalaciones al término de los contratos. El "crédito federal" durante la administración Roosevelt y la promoción de industrias de guerra han funcionado de un modo semejante, promoviendo, "restaurando" y reactivando el sistema capitalista. El crédito federal creó los nuevos industriales del Pacífico, del tipo de Kaiser. Caso clásico de industrias de guerra vendidas luego a los grandes monopolios, lo constituye la planta de Geneva en Utah, que costó doscientos millones de dólares y fué vendida a la U. S. Steel en 47 millones.

liberación en los pueblos subdesarrollados sean las fuerzas del trabajo norteamericanas (1).

Pero las contradicciones existen. Los monopolios no constituyen el método más eficiente para impulsar el desarrollo técnico y científico, ni son capaces de desarrollar congruentemente una política de vasto alcance. Cuando sus intereses inmediatos resultan afectados no vacilan en sacrificar lo que podría ser una política de amplio vuelo, aun cuando esa política pueda favorecer sus propios intereses. Es conocido cómo los grandes trusts se han opuesto a la aplicación comercial de descubrimientos que podían trastornar sus métodos ya establecidos. Son numerosos los casos de denuncias en los mismos Estados Unidos contra maniobras de ese tipo: las de la General Electric Co. y de la Westinghouse para impedir la aplicación en términos industriales de las lámparas fluorescentes, las de la Standard Oil para impedir el desarrollo de los cauchos sintéticos, las de las compañías de discos respecto de los sistemas modernos de grabación del sonido, etc. Además, la economía norteamericana no es el organismo sano y equilibrado que la propaganda pretende. También allí existen industrias artificiales, y algunas en escala tan gigantesca que interfieren en toda la vida política de la Unión, con proyecciones inmensas en el campo internacional. Algunos casos típicos y pintorescos pueden servir para ilustrar mejor el problema. Un caso es el de las minas de plata en el estado de Nevada: El valor de la plata ha bajado constantemente desde un dólar y medio la onza a mediados del siglo pasado hasta alrededor de medio dólar en las últimas décadas del presente. Sin embargo, el fuerte bloque de senadores y representantes de los estados mineros consiguieron la sanción de una ley en el año 1934 por la cual la Tesorería General se comprometía a sostener el precio de la onza de plata en 1,29 dólares. Para lograrlo, los senadores del bloque de la plata boicotearon el trabajo legislativo, llegando a demorar una ley de tal modo que se retardó el pago de sueldos a empleados del Correo y del Tesoro. Otro caso semejante ocurrió cuando se estaba tratando la renovación de la "Ley de acuerdos comerciales recíprocos" en 1934. Se estaba negociando un convenio con Irán, y entre los artículos a los que se pensaba que iba a ser necesario incluir en el convenio figuraban las almendras. Los cultivadores de almendras movilizaron a la Asociación de Agricultores de California para lograr que la legislatura local votara una ley contraria a la renovación del convenio, a pesar de las conveniencias generales de la negociación (2).

Más serio es el problema que plantean otros casos, tal vez menos pintorescos, pero que tocan a la estructura misma de la economía norteamericana influyendo a la vez de modo directo e inmediato en la de otras naciones. Tales por ejemplo, el de los excedentes agrícolas norteamericanos y de las cuotas y precios topes a determinados minerales de producción extranjera. La superproducción agrícola norteamericana no obedece a una causa natural, sino al sistema artificial impuesto por las condiciones capitalistas y al falso remedio obtenido por la presión de los grupos interesados para mantener el método de subvenciones. A la vez, la presión de los contribuyentes sobre el Congreso obliga al gobierno de Estados Unidos a seguir una política de colocación de excedentes que incide directamente sobre el resto de los productores mundiales. Tal política ha hecho perder, por ejemplo, a nuestro país, sus mercados en Brasil y Chile (3).

La fijación del precio tope para el cobre chileno (inferior

en 40 centavos al precio promedio del mercado internacional) ocasionó a dicho país una disminución en sus ingresos que el delegado de Chile en las Naciones Unidas calculó en una suma total aproximada a los 250 millones de dólares, cantidad muy superior por cierto al total de los préstamos concedidos por las organizaciones bancarias internacionales.

Pero todavía más. Como ya lo he apuntado, el país imperial teme el desarrollo de los países coloniales. Sabe que su posición de predominio y aun sus beneficios dependen de la situación de atraso y dependencia de los demás. Aparte entonces de los efectos perjudiciales que la simple mecánica de los hechos produce, conciente y premeditadamente los grandes intereses del país central toman las medidas necesarias para ahogar todo foco de desarrollo, todo intento que pueda tornarse peligroso si se le permite crecer y ampliarse. Tal fué la política británica en nuestro país, presionando sobre nuestros gobiernos para impedir el desarrollo de los ferrocarriles nacionales y para adquirirlos luego por medio de múltiples maniobras sin invertir ni arriesgar prácticamente capital alguno (4). Tal fué la política de los capitales británicos y norteamericanos respecto de los frigoríficos, terminada por un monopolio estipulado por ambos imperialismos después de una larga "guerra de carnes" en cuyo transcurso fué eliminada la iniciativa nacional y asegurado el manejo de nuestra ganadería por los trusts, es decir, como resultó en definitiva, asegurado el manejo de nuestra economía en su integridad (5).

En la actualidad no se ha modificado esa característica. Un ejemplo claro y con todo el sabor "moderno" necesario, lo provee la campaña iniciada contra las compañías de aviación latinoamericanas. En todos los diarios hemos podido ver en los últimos tiempos los ecos de esa campaña dirigida contra Aerolíneas Argentinas: las acusaciones dirigidas contra su supuesta ineficacia, contra sus déficits comerciales. Pero esos no son más que los aspectos públicos de la campaña, dirigida a preparar la opinión, tal como hace más de medio siglo se hizo con los ferrocarriles. La campaña verdadera se maneja entre bambalinas, comprando y corrompiendo funcionarios, colocando accionistas de empresas extranjeras en los más altos cargos oficiales. Y no se trata tampoco de un hecho aislado, sino que la lucha por reducir a las cuarenta compañías latinoamericanas de aviación a empresas "domésticas", con servicios puramente locales, impidiéndoles competir en el tráfico internacional con las compañías norteamericanas, se lleva de manera orgánica en todo el continente (6).

Al incidir sobre los países subdesarrollados o en proceso de desarrollo la enorme potencia de los países imperiales se producen los tantas veces descriptos procesos de deformación de estructuras, provocando crecimientos deformados, y a su vez deformantes, y paralizando no pocas veces el incipiente desarrollo normal que pudiera existir. Las contradicciones del centro imperial se reciben desde el país periférico en un haz de fuerzas, y desde esta perspectiva no existen tales contradicciones sino una constante presión negativa, aun cuando dichas contradicciones son trasladadas a la colonia. Se trata de un único proceso, complejo, heterogéneo, pero al mismo tiempo cerrado, es decir total e indivisible. Sin embargo, a los efectos de su descripción, es posible analizar algunos de sus aspectos como elementos divisibles.

Tratándose de un proceso dirigido desde el exterior y que tiene por fin las necesidades de un centro colocado fuera del ámbito en que se realiza, ya es, desde su concepción y grandes líneas, un proceso deformante. El ejemplo clásico para la Argentina lo constituye nuestra red ferroviaria, concebida a modo de enorme abanico destinado a traer desde los lugares de producción la materias primas al puerto ligado con Londres y, en sentido inverso, a desparramar por el país los

(1) Daniel Guérin, *Adónde va el pueblo norteamericano?*, Prefacio a la edición en castellano, Ed. Arayó, 1954. Por lo demás, este libro constituye una viva y honda descripción desde adentro del problema del capitalismo norteamericano, lo más coherente que jamás de lo publicado entre nosotros. Los sindicatos norteamericanos van adquiriendo clara conciencia de que las inversiones en el exterior contribuyen a mantener su nivel de vida y aun sus fuentes de trabajo: sus publicaciones aceptan que por lo menos 600.000 personas en EE. UU. deben sus empleos al sistema imperial. Las publicaciones capitalistas, a su vez, reconocen que la actual crisis no ha alcanzado proporciones mayores "debido a las entradas de subsidiarias extranjeras" de las empresas norteamericanas, que calculan en un 15 % de las ganancias netas. — *Visión*, 2-1-59, pág. 32.

(2) John Gunther, "El drama de los Estados Unidos", pág. 62. Condliffe, obra citada, pág. 51.

(3) Ver cuadernos de Contorno, N° 2, págs. 11 y 14

(4) Raúl Scalabrini Ortiz, "Historia de los ferrocarriles argentinos".

(5) Ricardo M. Cruz, "Historia económica de la Argentina", t. II, en especial Capítulo Primero.

(6) Ver, por ejemplo, *Visión*, número del 19 de diciembre, págs. 44-45.

productos elaborados producidos en el centro imperial británico. Nuestro país ha sufrido así una deformación impuesta que ha impedido su desarrollo normal, atomizando el posible mercado interno y dificultando la lógica circulación dentro del mismo. Esa deformación ha ahogado centros naturales de producción y creado en cambio "oasis" artificiales, no ligados con su contorno sino con el lejano centro. Concebida la economía del país-colonia como una economía subsidiaria y complementaria, se explotan determinadas áreas del país y determinados tipos de producción (generalmente materias primas, pero a veces también industrias manufactureras complementarias) de tal modo que el país dependiente no se integra en un sistema económico más o menos armónico sino como un apéndice del país centro. Esta deformación también adopta la forma de "oasis", en que unas áreas aparecen desmesuradamente desarrolladas a expensas del resto y aisladas del país y ciertos tipos de producción son también "oasis" sin vinculación con el resto de la economía local. Esta no se sustenta entonces en su mercado lógico, sino que depende de mercados exteriores, quedando sujeta a sus vaivenes y presiones. Se forman economías de exportación, absolutamente desequilibradas, frágiles y vulnerables por su dependencia completa del exterior. Esa dependencia se ve agravada aún más porque tales economías dependen del exterior no sólo como proveedores sino también como consumidores de aquellos elementos que el deformado proceso interno no produce. Y tanto más cuanto la mayoría de los países dependientes, al haber sido adaptados a una economía extraña, son monoprodutores. Así, basta una ligera diferencia en la absorción del centro consumidor para que se produzcan verdaderas crisis que el país dependiente no puede siquiera intentar aminorar por cuanto la causa de esa crisis está fuera de su alcance. (1)

De tal suerte a los países dependientes se les hace muy difícil intentar políticas económicas propias, que les permitan expandir sus economías, ajustándolas a sus necesidades. Sus límites son muy estrechos en tal sentido, y tropiezan en seguida con múltiples inconvenientes derivados de alzas incontrollables de precios, pasivos en las balanzas de pagos, depreciación de la moneda, etc.

Esta deformación del desarrollo se combina con una limitación del desarrollo, es decir con las dificultades en que se encuentran los países dependientes para ampliar, diversificar y equilibrar su economía. Esto se debe a su baja capacidad de capitalización, ocasionada por su poca capacidad de ahorro y el constante drenaje de su economía. Esto a su vez es debido a la propia deformación de esa economía y a su desventajosa situación en el mercado internacional, así como a la situación de dependencia. Con una baja capitalización propia, parecería que sólo pueden capitalizarse por medio de los capitales extranjeros. Pero éstos succionan a la economía local, en forma de réditos y de remesas al país centro en mayor proporción de lo que invierten. Al mismo tiempo, las contradicciones internas del país central inciden en los países dependientes, imponiendo rebajas de precios artificiales que aumentan el desequilibrio.

Aunque los datos son muy conocidos, conviene recordar algunos para ilustrar el proceso descripto.

Ya he citado el caso de las rebajas de precios artificiales al cobre chileno. Pero esos casos —con ser frecuentes— no son sino casos límites y hasta cierto punto circunstanciales. El mero funcionamiento mecánico del sistema produce los mismos efectos de modo general y constante. Nos encontramos ante el fenómeno denominado deterioro de los términos del intercambio y de las utilidades de las inversiones.

Por el primero —bien analizado y estudiado repetidas

veces— resulta que los países productores de materias primas reciben cada vez menor cantidad de productos manufacturados por sus exportaciones. Así, en el período 1876-80 el volumen de productos manufacturados obtenible a cambio de una cantidad fija de materias primas puede establecerse en 100, para el período 1901-05 dicho volumen había descendido a 84, para 1926-30 a 73, para 1946-47 a 68.

Por el segundo resulta, por ejemplo, que para una inversión de capitales norteamericanos en Latinoamérica de 194 millones de dólares en el año 1950, las utilidades netas de las inversiones totales de ese origen fueron de 748 millones de dólares; y para el año 1956, contra un total de inversiones de 336 millones hubo una utilidad neta de 672 millones (2).

Son conocidos los efectos cualitativos de este estado de cosas. En los países más dependientes, donde las inversiones extranjeras tienen una mayor incidencia, aparece o se acentúa constantemente el sistema de monoproducción, llevándose a sus límites extremos la llamada división internacional del trabajo; se agostan y mueren las otras producciones; se produce una desproporcionada diferencia entre los ingresos de la población, pues mientras pequeños sectores gozan de un alto nivel de vida, el grueso del pueblo padece miseria y un estado de hambre o subhambre permanente. Un ejemplo típico y trágico es el de Venezuela, en donde el petróleo ha llegado a representar el 90 % de las exportaciones, pero da trabajo solamente al 2 % de la población. Han desaparecido en cambio las antiguas y florecientes industrias, y hoy se importa desde Estados Unidos hasta el pan, la carne y los huevos.

Como dice Nurkse, se produce un "círculo vicioso de la pobreza". "La oferta de capital se rige por la capacidad y deseo de ahorrar; la demanda de capital se rige por los estímulos para invertir. Existe una relación circular en ambos lados del problema de formación de capital en las zonas empobrecidas del mundo. Del lado de la oferta está la poca capacidad de ahorro, que resulta del bajo nivel del ingreso real. El escaso ingreso real es un reflejo de la baja productividad, que a su vez se debe en gran parte a la falta de capital. La falta de capital es el resultado de la poca capacidad de ahorro, y así el círculo es completo. Del lado de la demanda, el estímulo a invertir puede ser bajo a causa del escaso poder de compra de la población, que se debe a su reducido ingreso real, lo que a su vez es atribuible a la baja productividad. Sin embargo, el bajo nivel de productividad es resultado de la pequeña cantidad de capital empleada en la producción, que a su vez puede obedecer, al menos en parte, al pequeño estímulo a invertir" (3).

Puede pensarse quizás que esa situación tiende a modificarse, y hay quien lo afirma. Los hechos, sin embargo, demuestran otra cosa: que, al contrario, esa situación tiende a agudizarse. Ya algo ilustran al respecto las cifras, citas y datos acumulados. Pero no es malo dar algunos otros ejemplos. Las necesidades de los países y centros impiden otra cosa. "Es esencial para Estados Unidos —dice el llamado informe Randall de la Comisión on foreign Economic Policy— que las fuentes extranjeras de materiales críticos... permanezcan en manos amigas. Por lo tanto, la política económica exterior debe ser formulada y promovida en el sentido de impedir la defeción y la neutralidad". La corriente de exportación de capitales norteamericanos está orientada en ese sentido: De los 984 millones de dólares a que ascendieron las inversiones directas de capital privado norteamericano en Latinoamérica en el período 1945-48, 683 millones se invirtieron en explotaciones petrolíferas, y, para 1950 el 65 % de esas inversiones estaba localizado en petróleo, servicios públicos y minería. Por lo demás, para 1952, la mayor parte de

(1) Claro está que en los países centrales también se producen crisis, inevitables por la propia estructura del capitalismo. Pero esas crisis no dependen de la inestabilidad de un sólo factor y se deben a causas intrínsecas al sistema mismo. Los países dependientes sufren sus propias crisis y además las de la totalidad del sistema, que se revierten sobre ellos. Aun para aquellos países que como Gran Bretaña dependen en gran medida del comercio exterior, éste no es la única variable independiente importante, sino que comparte tal papel con el capital invertido.

(2) Ver, respectivamente, el trabajo de Manuel San Miguel, "Influencia de las relaciones de los términos del intercambio en el desarrollo económico", aparecido en *Selección constante* de diciembre de 1957, y el trabajo de María Muñoz de Liceaga en *Cuadernos de Contorno*, N.º 2.

(3) R. Nurkse, "Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados". Desde un enfoque ligeramente diferente ver la descripción similar ofrecida en la obra "Problemas económicos de América Latina", dirigida por Seymour E. Harris, pág. 33.

las importaciones del extranjero hacia Estados Unidos proviene de fuentes en manos norteamericanas: el 90 % de las importaciones de aluminio, bauxita y níquel; el 85 % de las de cobre; el 55 % de las de plomo; el 50 % de las de hierro. Mientras tanto, los países latinoamericanos siguen dependiendo de sus exportaciones: Para el año 1943 se ha calculado que el 20 % o algo más de los ingresos de los países latinoamericanos estaba representado por sus exportaciones, y en cuanto a la Argentina, según datos de 1942 el 37 % de su producción anual estimada era destinado a la exportación, la que representaba más del 30 % de los ingresos nacionales (1).

Esos hechos indican también cómo Estados Unidos ingresa en la estructura económica básica, lo que asimismo es visible por su interés en las vías de comunicación: tal como en el siglo pasado Inglaterra se posesionaba de los ferrocarriles, a partir del desarrollo del transporte automotor el interés se centra en el predominio sobre el mismo y en el trazado de las carreteras. Ejemplo de ello son la guerra interimperialista desarrollada en nuestro país por el dominio sobre el transporte durante la década del 30, y los planes de la carretera panamericana.

Este tipo de hechos y sus consecuencias ha sido descrito, por cierto, numerosas veces. Se ha hecho resaltar y se han subrayado, en efecto, los modos concretos como el imperialismo incide sobre los países afectados: La pauperización a que lleva en ciertos casos extremos; el dominio económico ejercido a través de la posesión de la estructura económica básica —y a veces también de la única fuente de recursos importante del país dominado—; la influencia corruptora que significa en todos los órdenes y especialmente en el político, introduciendo el cohecho en vasta escala; el peculado y la inmoralidad entre funcionarios y dirigentes, y, asimismo, apoyando a gobiernos surgidos de la violencia y del fraude cuando ello es conveniente a sus intereses; la deformación a que lleva a las clases dirigentes, que se tornan en verdaderos parásitos del país central, pasivos y faltos de ímpetu y poder creador; el estancamiento en que sumerge a las economías subordinadas, manteniendo o coadyuvando a mantener formas superadas y antieconómicas de producción. Igualmente se ha destacado varias veces la influencia que el imperialismo ejerce sobre la cultura de los países subordinados, deformándola y esterilizándola, relajando la conciencia de la comunidad, haciéndole perder su fe en sí misma y en sus posibilidades creadoras.

Pero en esta materia, como con respecto a la acción del imperialismo y a su mismo modo de ser, raramente se tiene una visión correcta del problema: a menudo se piensa que las cosas suceden de tal modo por la mala voluntad de los dirigentes, tanto del país central como de los subordinados, o por su ineptitud, egoísmo y cortedad de inteligencia, o, en un plano un poco superior de comprensión, se entiende o parece entenderse que se trata de una combinación de factores más o menos mecánicos del sistema (la necesidad de mantener un nivel de vida alto o el deterioro de los precios de las materias primas suelen pensarse como hechos inevitables) con designios voluntarios de predominio, egoísmo u otro factor sicológico, más incapacidad para hacer frente a los problemas que plantean la vida del hombre en grupo. Es decir, que se piensan estos hechos como si las acciones e instituciones humanas fueran producidas por individuos o por grupos en abstracto actuando específicamente para producir dichos hechos —con lo cual se suele caer fácilmente en una especie de voluntarismo o racionalismo más o menos implícitos o en un hipermecanicismo. O se tiene una visión de ellos como si las agrupaciones humanas funcionaran en compartimentos estancos, si bien comunicados entre sí e influyéndose recíprocamente. Y todavía, se suele entender estas relaciones entre países como si se tratara de relaciones entre sus clases

dirigentes, apareciendo el resto de la comunidad al margen de la cuestión o enfrentada con un estado de cosas que le es desagradable o sometida mal de su grado al mismo.

Un ejemplo característico: la "influencia del imperialismo en la cultura". Por una parte, se tiende a una especie de supereconomicismo o supermarxismo: se considera a "la cultura" como una actividad especializada, determinada hasta en sus menores circunstancias por el hecho económico. Por el otro, se tiende a considerar la cultura como la actividad de las élites, entendiendo por cultura el modo de pensar y los objetos producidos por ciertos grupos: artistas, intelectuales, escritores, y los productos de su actividad (cuadros, libros, etc.), o bien solamente la educación, o una combinación de ambos tipos de actividad.

En otros casos, se atiende solamente a ciertas consecuencias culturales aisladas de algún o algunos hechos relacionados con el imperialismo. Por ejemplo, se considera la influencia que puede ejercer sobre la autoconciencia nacional el ingreso de capitales imperialistas en el petróleo, entendiendo que esa influencia se deberá al hecho de que quedará demostrada o aceptada nuestra incapacidad para realizar la tarea de que se ha hecho cargo el extranjero.

Por supuesto, todos los hechos observados son ciertos, pero se trata tan sólo de algunos efectos que no pueden ser debidamente comprendidos si se los considera aislados y en sí mismos. Porque lo que se comete es un error de perspectiva, atomizando, por así decir, un fenómeno que sólo puede ser considerado como un todo.

El sistema capitalista en su faz imperialista constituye un todo, una estructura cultural, precisamente, entendiendo por tal la forma en que una sociedad se ha constituido, sus instituciones, sus formas de relación, sus productos, la visión que tiene de sí misma, es decir el conjunto de su actividad, es decir, su forma especial de cultura. En ese sentido, el país imperial es una estructura cultural que sólo puede funcionar como funciona y cuyos efectos sólo pueden ser como son (sin que esto quiera decir, desde luego, que dicha estructura sea inmóvil, ni mucho menos, ni que sus contradicciones no funcionen en el sentido del cambio de la misma estructura). Y al actuar el imperialismo sobre un país dado lo que se produce es una sociedad de cierto tipo, una sociedad sometida e imbricada en un sistema total con el centro imperial. Aparece así una sociedad global no autónoma, en la que los grupos internos, sociedades parciales y los individuos que la forman, ya no se comportan como en una sociedad normal. Las estructuras parciales no son ya las mismas. Y cualquier modificación en ellas significa una modificación en la conciencia de esos grupos y esos individuos. Pero es que la estructura total ya no es tampoco la misma. La cultura de esa sociedad no es más que la situación de esa sociedad, no ya solamente su expresión o su reflejo. La deformación que el imperialismo inflige a una sociedad es una deformación total y radical, pues es la deformación de la sociedad misma, una deformación desde adentro, aunque parezca paradójico decirlo. La conciencia de esa sociedad global es ya otra desde el momento en que en ella se introducen nuevos factores y ella se integra de un modo determinado en la organización dentro de la cual ha ingresado, y en la que existe otra sociedad que ocupa un lugar central y hegemónico.

NUESTRO CONTORNO INMEDIATO

La situación de la Argentina ha sido siempre relativamente peculiar dentro del cuadro de los países dependientes de Latinoamérica. Esa peculiaridad depende de muchas causas: De haber ingresado al orbe capitalista moderno relativamente temprano, cuando aun no estaba consolidado el imperialismo en sus formas financieras. De haber ingresado en la órbita inglesa, y mantenerse en ella casi sin interferencias durante toda su historia contemporánea, aun cuando ya el imperialismo inglés había pasado su período expansivo y se encontraba en franco receso y retroceso. De presentar ciertas ca-

(1) Paul R. Olson y C. Addison Hickman, "La economía internacional latinoamericana", pág. 14. Seymour E. Harris, obra citada, pág. 17.

racterísticas (clima, geografía, situación) que determinaron un desarrollo y crecimiento relativamente superior al del resto de los países latinoamericanos y aun al de la mayoría de los países dependientes. En efecto, las vastas planicies argentinas fueron vistas por Inglaterra desde un principio como promisoras fuente de aprovisionamiento de materias primas. Producida la llamada Organización Nacional, un imperio en franco período de expansión, abocado a continuas guerras y con un constantemente reducido territorio metropolitano libre para la agricultura y la ganadería, se constituyó hasta cierto punto en un estímulo de progreso para el país: ingresaron a él brazos y capitales y se realizó una explotación relativamente avanzada desde el punto de vista económico y técnico.

El conjunto de esos hechos produjo una situación equívoca e híbrida en nuestro país. Más adelantado que el resto de los países latinoamericanos; con una población blanca frente a la América mestiza; con un incipiente desarrollo capitalista y una economía relativamente próspera frente a países que conservaban formas precapitalistas; sometido a dependencia de un imperialismo cortés y sutil; en tanto la mayor parte de América se encontraba sometida a la violenta acción de Estados Unidos; gozando de una relativa tranquilidad política y de la aplicación más o menos fiel de fórmulas democráticas; la Argentina se consideraba un mundo aparte de South-América. Este era un país blanco, progresista y europeo.

Las clases altas argentinas, el núcleo terrateniente nacido de nuestra expansión ganadera, intentó en los primeros años constituirse en un centro capitalista autónomo. Ese intento fracasó en agraz, y ya había sido definitivamente enterrado para los años de Juárez Celman. Sin embargo, y desde entonces existió siempre un doble movimiento en nuestra sociedad global: por una parte, las fuerzas internas pugnan constantemente por constituir una sociedad independiente, luchando contra los factores internos y externos negativos; por la otra, ese impulso se recubre de ideologías —expresión desde luego de la situación, en cada caso, de la fuerza a que corresponden— que, o deforman su carácter real o lo anulan totalmente. Además, cada clase social de las que integran nuestra sociedad global, al mismo tiempo que libra su lucha con las demás clases y trata de ocupar esa sociedad global, trata, por una parte, de representarla en su impulso hacia la autonomía, y, por otra parte, expresa las deformaciones que nuestra especial situación de dependencia ocasiona.

Veamos un poco en concreto, aunque en modo sumario, algunos ejemplos de lo afirmado precedentemente.

Nuestras clases altas se vieron frustradas —como he recordado— en su tendencia a constituir una sociedad capitalista autónoma. Desarrollaron, en su frustración, una especie de mecanismo compensador: obraban como si expresaran a una sociedad independiente, presentándose como campeones de Latinoamérica frente al imperialismo de Estados Unidos y como representantes de la cultura latina frente a la anglosajona. Lo primero les era fácil, porque estando sujeto nuestro país a Inglaterra, al enfrentarse nuestra diplomacia a Estados Unidos, no daba señal alguna de independencia y, al contrario, servía de instrumento al choque interimperialista. Nuestra vanagloria de antiyanquismo o no representaba nada o representaba lo contrario de lo que quería hacer creer: nuestro estado de dependencia y no nuestra autonomía. Nuestro latinismo cultural tenía un parecido significado. Se trataba, en realidad, de nuestro francesismo cultural. Es decir, de la adopción por nuestras clases altas de un ersatz de liberación (una liberación dada en el plano del puro espíritu) que ni siquiera era eso, pues en los años de nuestro francesismo también la cultura de las clases superiores inglesas era afrancesada.

Justamente ha sido en los momentos en que las circunstancias permitieron a nuestra sociedad —y en especial a las clases altas— intentar liberarse o dar alguna batalla en la realidad, que ha disminuido el antiyanquismo dando paso a una especie de lúcido y algo cínico reconocimiento de la

situación tal cual era. Así ocurrió, por ejemplo, durante la batalla entre los frigoríficos ingleses y norteamericanos. Beneficiados por la lucha de precios, los representantes de los grupos ganaderos decidieron en la Cámara guardar la más estricta neutralidad entre ambos combatientes, sin recordar siquiera el carácter *brutal del imperio del norte*, a pesar de que en ese momento los artistas y la *inteligencia* de la misma clase ganadera expresaban su repudio y sus admoniciones a Estados Unidos. La "guerra de carnes", en efecto, comenzada en 1902 con la aparición de los primeros capitales yanquis en el campo de los frigoríficos, alcanzó uno de sus momentos culminantes en los debates parlamentarios de 1913, cuando aun resonaban los ecos nacionalistas del Centenario y vivíamos en pleno modernismo literario, es decir, en el aura latinoamericanista, alatinada, afrancesada y antiyanqui, antimaterialista y espiritualista de Darío y de Rodó. Eran los años en que la xenofobia de los jóvenes bien recorría las calles de Buenos Aires, y Lugones pasaba de su izquierdismo catastrófico al patriotismo épico de sus *Odas seculares* a través del francesismo de *Los crepúsculos del jardín* y de *Lunario sentimental*. Los años en que Estados Unidos subvencionaba revoluciones en Centro América y la United Fruit derribaba y creaba presidentes a granel.

Al mismo tipo de deformación respondía el desprecio abierto o mal disimulado que nuestros grupos dirigentes sentían por el resto de Latinoamérica, por las "republiquetas south-americanas", pobladas de mestizos, de algaradas y de tiranuelos, y las veleidades hegemónicas que sentíamos respecto de nuestros vecinos, veleidades que ocultaban también una instrumentalización por parte de Inglaterra en su lucha con Estados Unidos. Hasta los hombres que representaban o creían representar nuestro pensamiento *progresista* y *de avanzada*, como Ingenieros, Juan B. Justo y de la Torre, caían en una especie de curioso racismo, vanagloriándose de nuestra sangre blanca, de nuestra superioridad racial sobre el resto del continente. De ese modo tratábamos de asimilarnos y sentirnos iguales al centro que nos subyugaba y diferentes de los pueblos que compartían con nosotros una situación en el fondo idéntica, en una fabulación análoga a la que se produce en las clases medias cuando asimilan sus valores y su situación a los de las clases dominantes y marcan sus diferencias con el proletariado.

Nuestra especial situación oscurecía constantemente las posibilidades de un análisis realista de nuestra dependencia y de los medios que podían permitir una lucha lúcida —fuera o no exitosa— por lograr la liberación de nuestra colectividad y en nuestra colectividad. Las clases medias no lograban constituir siquiera una ideología nacionalista bien y coherentemente formulada; los teóricos del socialismo no lograban captar la forma que la lucha de clases tiene y requiere en los países periféricos. Las dificultades comunes en toda la sociedad capitalista aquí se agravaban y agudizaban. La causa de eso radicaba sobre todo en el constante desarrollo de nuestra sociedad, en su crecimiento permanente y visible y, al parecer ilimitado. El radicalismo, por ejemplo, tendía a creer en la posibilidad hegemónica de nuestro país, en una especie de ensueño épico en el que la Argentina se alzara como una potencia de primer orden como cabeza y vocero de América Latina; el socialismo de Justo se aferraba al librecambio como a un artículo de fe, puesto que el librecambio había impulsado nuestro progreso y desarrollo (por contraposición con la aparente negatividad de los intentos aislacionistas, llamaránse Rosas, Solano López o Yrigoyen) en tanto que tal librecambio estaba lejos de constituir un dogma para los socialismos europeos.

Fué recién cuando el sistema comenzó a dar señales de haber tocado los límites de la capacidad de desarrollo, cuando, al contrario, ciertas circunstancias se volvieron agudas y los centros imperiales se vieron obligados a apretar la mano, que las deformaciones ideológicas perdieron su poder y la realidad se hizo visible. Papel semejante —como ya lo he descrip-

to— cumplieron las crisis del sistema, ya se tratara de crisis económicas o de crisis técnicas o de crecimiento. Toda la comunidad o los grupos afectados adquirieron una lucidez nueva, y agudísima. Pero fué a partir de la crisis del 30 cuando el sistema se mostró en toda su crudeza, barriendo con ilusiones y ensueños. La clase terrateniente se vió naturalmente llevada, y obligada, a dejar de lado sus veleidades y a reconocer lisa y simplemente que nosotros formábamos parte del imperio inglés, lo que implicaba establecer que ella no era miembro del aristocrático círculo de los dominadores del mundo, sino algo muy cercano a los reyezuelos de la India, cultos, oxfordianos, ricos; tan cultos, tan oxfordianos y más ricos que cualquiera de nuestros distinguidos estancieros o abogados de grandes empresas.

Cada crisis llevaba sin embargo consigo nuevas posibilidades de desarrollo, y eso significaba generalmente el clima propicio para el nacimiento de nuevas ilusiones, o, en realidad, para la reactivación de las ilusiones ya existentes en los grupos más aptos para ello por su especial situación dentro de nuestra sociedad global. Tal fué el caso de los nacionalistas y de los grupos militares en el período que comienza con la terminación de la última gran guerra, y, en no menor medida, el de la burguesía y pequeña burguesía en la actualidad. En aquella oportunidad también el proletariado fué arrastrado, pues la coyuntura provocó una expansión y un estado de euforia en su clase.

Es así toda la comunidad —cada grupo de acuerdo con su situación en la misma y con sus especiales características— que sufre las deformaciones provocadas por nuestra particular forma de inserción dentro del orbe capitalista. Las clases populares también fueron xenóforas en 1870 y deformadamente nacionalistas en 1945-55: sublimaban su tendencia contra las estructuras en un nacionalismo que se satisfacía con los triunfos de Fangio o de Pascualito Pérez, y cayeron —tanto como las clases altas y medias en su oportunidad— en la jactancia y en el ensueño hegemónico. Porque la sociedad global, —tal como efectivamente es, tal como sus estructuras son— produce ideologías también globales, aun cuando sean las clases dominantes las que las expresen más acabadamente y con menores contradicciones, por lo mismo que son ellas las más enajenadas en un sentido profundo.

Pero no debemos exagerar la importancia de los aspectos negativos de la situación. Es cierto que ésta produce ideologías deformadas, pero esas ideologías expresan, aun imperfectamente, el hecho positivo de que en nuestra sociedad existen fuerzas internas que pugnan por romper un estado de alienación y dependencia. Es cierto que han sido los momentos de crisis los que han otorgado lucidez a los grupos afectados. Pero esa lucidez ha sido positiva en cuanto dichos grupos han representado fuerzas en expansión y crecimiento o se han insertado en fuerzas en desarrollo. El nacionalismo tradicional, aristocrático y furiosamente reaccionario, evolucionó hasta convertirse en la ideología de un industrialismo nacionalista y populista, al insertarse en el avance de la industria producido después de la crisis del 30. La lucidez de la oligarquía latifundista, en cambio, se transformó en un cinismo decadente cuando aquella misma crisis incidió sobre ella.

Es conveniente subrayar esto: nuestras ideologías expresan al mismo tiempo las estructuras del orbe occidental y las fuerzas locales. Esas fuerzas buscan constantemente formular ideologías que expresen su situación, aun cuando esa búsqueda no sea siempre conciente y hasta, en gran medida, esas ideologías son producto de una actividad espontánea. El valor de las crisis ha consistido, precisamente, en señalar en la experiencia hasta dónde esas ideologías eran válidas, y hasta dónde eran simplemente velos interpuestos entre los grupos sociales y la realidad.

La historia de la Argentina puede quizás sintetizarse así: Un crecimiento constante, pero deformado. Una deformación que pone límites excesivamente estrechos a ese crecimiento.

Un constante sentimiento de frustración, pues debido a esos límites el proceso de crecimiento no alcanza nunca a producir prolongados períodos de euforia. Un forcejeo constante para romper con esa deformación y esos límites.

El crecimiento de la Argentina es fácilmente perceptible. Una mera ojeada histórica da la impresión de que el país fuera un vasto recipiente que poco a poco se fuera llenando, sensación que, por supuesto, se hace más aguda por la forma en que ha crecido nuestra población. Pero ese crecimiento no se reduce al elemento humano. En cien años, el país que era apenas más que un vasto desierto, se ha ido cubriendo de población, de ciudades, se ha ido integrando en una comunidad relacionada por vías de transporte, ha aumentado su capacidad económica y el nivel medio de vida. La idea desarrollada especialmente por los nacionalistas de que el país era en la época de la colonia una comunidad integrada no condice con la realidad: en aquellos tiempos apenas si era otra cosa que un archipiélago de islas más bien diminutas, poco y mal relacionadas entre sí y sumergidas en una vasta geografía hostil y desconocida. El aumento de población, los ferrocarriles, los caminos, el transporte automotor, la radio, han ido integrando una comunidad, la han ido homogeneizando y le han ido dando conciencia de sí misma. Claro está que, en otro sentido, los nacionalistas sí tienen razón: ese proceso no se realizó de un modo evolutivo, y aquella primitiva sociedad era culturalmente homogénea. Pero lo era precisamente porque lo que le era propio pertenecía a una vida sumamente primitiva (la de una colonia asentada sobre una economía pastoril y artesanal) en tanto su cultura superior era totalmente ajena. El proceso de crecimiento rompió esa homogeneidad original, pero fué creando otra más vasta y compleja.

Ese crecimiento cuantitativo ha tenido consecuencias cualitativas, como ocurre con todos los fenómenos sociales. Pero, además, ha implicado múltiples cambios, sin atender a los cuales no puede tenerse ni siquiera un esbozo de comprensión de nuestro país. Ante todo, un cambio de carácter: nuestro país ha ido pasando de ser una sociedad predominantemente rural a ser una sociedad sobre todo urbana, y esa transformación, que constituyó una tendencia constante desde hace por lo menos un siglo, ha cobrado una aceleración creciente al iniciarse el proceso de industrialización. En efecto, la Argentina tenía en 1869 un 72 % de población rural; pero el 28 % urbano ha ido creciendo al 37 % en 1895, al 53 % en 1914, al 62 % en 1947. Las cifras se han prácticamente invertido. Tal proceso ha ido acompañado por un notable cambio económico: el lento desarrollo de la producción industrial, que a mediados de la década de los 30 alcanzó a la producción agrícola-ganadera y que ahora la ha sobrepasado ampliamente. Un país de tales características difiere totalmente con la imagen que primó durante tantos años y que los argentinos teníamos de nosotros mismos. Nada tiene que hacer con el país rural que todavía algunos insisten en presentarnos. Pero esa insistencia es inútil: poco a poco las estructuras reales han ido imponiendo una visión correcta, es decir, han ido dando al país una conciencia diferente de sí mismo.

Ese proceso de integración y homogeneización ha llevado consigo, en apariencia paradójicamente, un proceso de diferenciación, de diversificación dentro de la integración misma. En efecto, la sociedad argentina era hasta mediados del siglo pasado una sociedad muy simple, por lo mismo que era una sociedad primitiva y débil. No existía sino una clase alta y una difusa clase popular campesina y artesanal. Y hasta es discutible si puede hablarse de clases, pues solamente las clases altas tenían conciencia de sí mismas, se reconocían cabalmente como tales. Al crecer, nuestro país se ha complicado. Ha aparecido una numerosa clase media, se ha ido formando un vasto proletariado industrial, las regiones han cobrado rasgos distintivos en lo económico. Y ese proceso ha ido acompañado por una toma de conciencia cada vez más expresa y cabal. Las clases sociales se han ido constituyendo como

tales en la medida en que han ido cobrando autoconciencia, en que se han reconocido cada vez más y han reconocido sus diferencias y los choques de sus intereses con los de las demás clases. Y aun dentro de ellas mismas se ha ido produciendo un proceso de diferenciación, al aparecer diversos estamentos con caracteres propios. También las regiones han ido sufriendo un proceso semejante: el actual deseo casi patológico de las regiones por poseer universidades propias, responde a ese proceso de diferenciación y de autoreconocimiento. Lo que significa, al mismo tiempo, el reconocimiento de su existencia como tales y la apelación a que se tenga en cuenta esa existencia.

Durante mucho tiempo, una descripción válida del país podía presentarlo como un conglomerado amorfo, tanto desde el punto de vista social como geográfico. Las diferencias locales eran diferencias folclóricas, que si respondían a una realidad, era solamente a una realidad débil y sin eficacia. Sobre ese conglomerado se imponía la ciudad puerto, que colonizaba al resto del país como intermediaria de un centro exterior, y una oligarquía que cumplía igual función.

La paradoja no es tal: se trata de un mismo proceso, de fuerzas que han ido creciendo y adquiriendo exigencias, y que por su mismo crecimiento han ido creando una sociedad global que refleja las tendencias que en ella lleva. La rebelión de las regiones se traduce en rebelión de la sociedad total contra el centro exterior dominante. La lucha de las clases por ocupar la sociedad global se traduce en lucha contra ese mismo centro. Son las propias contradicciones dentro de la sociedad global las que la han ido convirtiendo en tal, porque esas contradicciones tienden precisamente a superarse, constituyendo una sociedad comunitaria, porque el crecimiento mismo es un proceso necesariamente contradictorio, porque, por ejemplo, los mismos choques internos, las mismas tensiones dentro de la sociedad global, constituyen un modo de relación y de autoconocimiento.

Pero una historia contada así corre el peligro de transformarse en una historia idílica, semejante, con otros fundamentos, a la historia en que creía el liberalismo. Es bueno no olvidarlo: si la sociedad capitalista es una sociedad deformada en su conjunto, los países coloniales como el nuestro son doblemente deformados.

El país no se ha desarrollado ni aun con el desarrollo que el capitalismo y las formas democrático burguesas permiten.

Desde el punto de vista geográfico, ciertas zonas, que no respondían a las necesidades del mercado inglés han retrogradado, real o relativamente. Justamente aquellas zonas que eran más ricas hace un siglo (el Norte, parte del Centro, Corrientes) son las que más han sufrido el proceso de deformación, hasta llegar algunas de ellas a convertirse en verdaderos desiertos, con una población escasa, pauperizada y disminuída. Cierta, el artesanado y la agricultura que les daba su relativa riqueza no podía perpetuarse frente a un mundo con otro nivel y otras exigencias. Pero el embrión de desarrollo capitalista que, de haber sido posible un proceso natural, significaban, fué barrido y aplastado. Pero tampoco el litoral, cuyo progreso resume casi todo el progreso del país, ha escapado a esa deformación: nuestra situación de dependencia ha permitido la subsistencia de una clase dominante que no llegó a realizarse a sí misma, que, después de un corto intento de transformarse en una clase capitalista empresaria, se enquistó como una oligarquía latifundista, sin espíritu creador, sin empuje. Dada la forma económica adoptada, el latifundio ha venido a ser el eje de nuestra economía, la base del poder económico y político de una clase, la causa de nuestra dependencia. La explotación extensiva fué hasta cierto momento progresista, y la clase sobre ella asentada tuvo cierto impulso creador: ese impulso cubrió el período de la refinación de suelos y de haciendas. Después, ese impulso se perdió, y el país ha permanecido dominado por una clase anquilosada que sólo atina a tratar de mantener una situación

cada vez más desequilibrada y estrecha. No se trata solamente de la posesión de enormes superficies de tierras por unos pocos propietarios, sino de todo un sistema que cada vez resulta menos eficaz para un país cuyo crecimiento desborda los límites de ese sistema. Y tanto más los desborda cuanto que el mismo nos ata o pretende mantenernos atados a un imperio cuyas dificultades cada vez mayores se reflejan negativamente sobre nosotros.

En la misma provincia de Buenos Aires, 300 familias poseen el 39% de la tierra, y en todo el país dos mil propietarios son los dueños de la quinta parte de su extensión total (1). Esa es la base de un sistema quietista, que condena a una vida empobrecida al resto del país, y cuyos límites de desarrollo han llegado hace muchos años, encerrando a la Argentina en un corset de hierro.

En efecto, una población creciente exige nuevas fuentes de trabajo y de alimentos y la participación en el nivel de vida del siglo XX. El sistema de explotación basado en el latifundio no puede dar trabajo ni sustentar a esa cada vez mayor población. La teoría de la división internacional del trabajo que nos considera como los productores de materias primas para un centro manufacturero, se basaba en un mecanismo muy sencillo: nosotros producíamos una cantidad x de mercaderías, una parte de la cual se destinaba al consumo interno, y el resto se vendía en el exterior, recibiendo en cambio los productos manufacturados que no producíamos. La población, al menos en hipótesis, tenía así acceso a las suficientes fuentes de trabajo, y a los productos primarios y manufacturados que le aseguraban su subsistencia y un nivel de vida humano. Nunca, desde luego, el mecanismo funcionó con esa sencillez y perfección, pero, para lograr al menos un funcionamiento medianamente eficaz, exigía, o bien que todos los factores se mantuvieran inalterables: una población constante, una producción constante, un mercado consumidor que se abasteciera de esa producción en cantidad adecuada para devolvernos los productos que nosotros le requeríamos en cambio; o, si esa inalterabilidad no era posible, que los aumentos o reducciones en cada uno de los términos correspondieran a cambios iguales en los otros.

Como sabemos, nada de eso ha ocurrido, ni era posible que ocurriese. La población ha crecido, los términos del intercambio se han deteriorado en perjuicio de las materias primas, nuestra producción no puede exceder de ciertos límites impuestos por la geografía, el clima, los sistemas de producción.

El sistema ha llegado, en su corta historia, varias veces al borde de la bancarrota: la guerra, la crisis del 30, la segunda guerra mundial le permitieron sobrevivir. Pero siempre ha sido por causas que rompían el sistema mismo: en los tres casos el país, después de sufrir el reenvío de la crisis de su orbe, gozó de una bonanza pasajera por el aumento de la demanda de sus productos. En los tres casos, la paralización del comercio regular con su centro provocó el desarrollo de una industria que de otro modo no hubiera sido posible dentro de las condiciones habituales del sistema. Y aun el retorno de éste a una relativa normalidad significó las tres veces el intento de destruir lo que sus crisis habían permitido levantar.

Esos períodos, sin embargo, dejaban en pie algunas de las limitaciones que el propio sistema había impuesto. El país, aunque lento y trabajosamente, había levantado una industria superior en valor de producción al agro, pero seguía dependiendo para su subsistencia de su comercio exterior. El propio

(1) Tomado del libro de Eric Calsegas, "Nacionalización de servicios públicos y empresas", pág. 16, quien agrega: "Cuando hablo de latifundio no me refiero solamente al acaparamiento de grandes extensiones por una oligarquía o por comercios imperialistas, sino a todo un sistema caracterizado, además de la concepción de la tierra como mercancía, por el control de la producción, del transporte y la comercialización; por la producción, con vistas al mercado de exportación; por la monocultura y en muchos casos, por los métodos primitivos de producción, el despampero de los trabajadores rurales y la ausencia de créditos agrícolas adecuados. Para condenar al actual régimen agrario basta recordar que con el 60 % de la población de América del Sur y el 67 % de la América Central dedicadas a la agricultura, se sufren angustiosos déficits de alimentación en la mayoría de nuestros países".

crecimiento llevó las contradicciones hasta un extremo aun más agudo: esas industrias necesitan abastecerse, especialmente de maquinarias, y éstas sólo pueden obtenerse por medio de exportaciones que solamente provienen de los productos agropecuarios. A la vez, se atraviesa una crisis energética cada día mayor y el mercado interno exige renovar y ampliar el sistema de transportes. Nada de eso puede subsanarse sino haciendo fuertes compras en el extranjero. A la vez, nuestra balanza de pagos es casi constantemente negativa.

Las fuerzas nacionales que se han ido desarrollando han intentado diversas respuestas al círculo vicioso en el que el país se ve encerrado. Todas ellas fueron, al mismo tiempo, un producto de las estructuras, y un intento de respuesta a las dificultades en que esas estructuras se debatían.

El Partido Demócrata Progresista fué, y hasta cierto punto lo continúa siendo, un intento de convencer a las clases dirigentes tradicionales para que modificasen sus perspectivas y sus métodos. El intento de convencerlas para que se trasformasen en líderes de una renovación capitalista nacional, rompiendo con lo más regresivo de nuestras estructuras y aplicando las formas democrático-burguesas. Es decir, un reconocimiento efectivo de la realidad, pero aplicado a un intento político sin base real posible.

El radicalismo en su etapa yrigoyenista fué un intento de las clases medias para realizar un gobierno ejercido por ellas mismas, apoyado por las clases populares, pero con un confuso y ambiguo programa, característico de los grupos sociales que lo proponían: sin suficiente base técnica, sin una clara ideología, intuyendo que era necesario introducir modificaciones en el sistema mismo de la propiedad y de la producción, pero sin planear con decisión cuáles y sin animarse a pensar en sus últimas consecuencias. Sabiendo que el aparato jurídico y político montado le iba a impedir realizar su tendencia a poseer íntegramente la comunidad, pero sin animarse a probar una ruptura violenta con él. El yrigoyenismo realizó gimnasia de violencia mientras se trataba simplemente de entrenamiento para la revolución, pero cuando pudo realizar la revolución (y oscuramente sabía que sólo con ella podía perdurar) vivió constantemente tentado por la violencia pero dejó que en definitiva la usaran sus adversarios. Ciertamente es que no existían aún ni las bases materiales ni las sociales para que el hecho revolucionario tuviera un sustento real, ni las condiciones siquiera para que la ideología apropiada fuera formulada y usada del modo adecuado. Bien diferente fué lo que ocurrió con los grandes propietarios y comerciantes liberales de 1860, que no titubearon en ejercer la violencia más despiadada cuando lo creyeron necesario para imponerse, invocando para hacerlo la ideología que correspondía, el liberalismo, aun cuando esa ideología estuviera en absoluta contradicción con sus métodos.

El tercer intento fué el peronismo, un método muy semejante al utilizado por todos los capitalismo nacionales cuando necesitaron crear sus bases de sustentación y expandirse (única forma, por su carácter dinámico, que el capitalismo tiene de realizarse). Cuando se habla de la Revolución Francesa, o se adopta la perspectiva de quienes fueron desplazados por ella, tal como lo siguen haciendo nuestros nacionalistas dos siglos después, o se mira con los ojos de lo que sus teóricos proclamaron y la historia demostró que en parte era. Pero rara vez se examina el proceso en sí mismo, despojado de su ideología y dejando en suspenso el juicio sobre sus resultados. Como proceso político, esa revolución significó no otra cosa que la conquista violenta del poder por una clase que en ese momento representaba el crecimiento de la comunidad, y que por lo tanto la expresaba íntegramente hasta cierto punto. Y el mantenimiento en el poder por medios igualmente violentos, acudiendo a llamados populistas, al conjuro a toda la Nación para que participara en la violencia. Cuando se examina el proceso que llevó a Mussolini y a Hitler al poder, se incurre en semejantes errores de perspectiva: los liberales y la izquierda ponen el acento en su

faz negativa —el aplastamiento de las masas populares y de las libertades individuales, la defensa de un orden general (el capitalismo) amenazado en determinadas condiciones. Pero se deja en la penumbra el otro aspecto del proceso: el esfuerzo de dos capitalismo por crear sus bases de sustentación en un mundo ya ocupado por otros capitalismo nacionales en su faz imperialista. Y ambos, fascismo y nazismo, fueron también eso, tanto como lo fué la revolución francesa: la ocupación violenta del poder por la burguesía, intentando crear igualmente condiciones populistas, y lográndolo en cierta medida.

En los tres casos, al utilizar las nuevas fuerzas como instrumento al poder político, se produce una gran concentración de poder, que termina ofreciendo a dicho poder una situación relativamente supra-clasista, produciéndose algunos de los fenómenos que caracterizan al llamado *bonsapartismo*.

En cierta medida, el peronismo reeditó un experimento similar; aunque con mucha mayor ambigüedad y con limitaciones que no conoció la revolución francesa y que el nazismo y el fascismo sufrieron de otro modo. Y bueno es advertirlo, con mucha menor dosis de audacia y violencia de la que se usó en aquellas ocasiones, y, a la inversa, con más mediocridad y mezquindad.

Dadas las condiciones en que el mundo se encontraba, el parecido con Alemania e Italia es mucho mayor, pues en los tres casos —a diferencia del de Francia— el capitalismo ya había ocupado el propio terreno donde se quería desarrollar el experimento, y se trataba de intentar una experiencia con retraso de siglos.

Pero, a la vez, el peronismo respondía a las condiciones locales y se injertaba en una larga tradición local: en el intento y fracaso de las ideologías que se disputaban el campo en nuestra sociedad. No es porque sí que en el peronismo concurren radicales, nacionalistas, socialistas y sindicalistas, que fué personificado en un militar y que comenzó proclamando su catolicismo y terminó quemando iglesias.

El peronismo representó en cierta medida nuestra burguesía industrial, pero esa burguesía se basaba en una industria liviana y de tipo subsidiario, sin suficiente mercado para asegurar un crecimiento basado en la propia sociedad a que pertenecía, sin poder de capitalización propio y que no había consolidado una clase autónoma.

Expresión de una sociedad dependiente, llegada tarde a la competencia en el mundo capitalista, el peronismo tuvo que utilizar el dinero provisto por el agro para tratar de proveer las bases que la industria exigía y que un desarrollo capitalista hacía imperiosas. Con el superávit que encontró al llegar al poder, Perón trató de adquirir para el Estado lo que el capitalismo nacional no podía adquirir para sí, poniéndolo al servicio de un desarrollo capitalista. Pero con ese mismo superávit tuvo que crear una base populista para su intento, por una parte, y por la otra, satisfacer los requerimientos de una ideología que no se adecuaba exactamente a la realidad: el nacionalismo, y no sólo el nacionalismo tradicional, sino el nacionalismo de todos los grupos políticos que lo acompañaban. Nacionalismo que exigía no sólo lo que era necesario, sino que muchas veces dejaba de lado lo necesario para satisfacer una conciencia deformada y ávida de satisfacciones puramente psicológicas. Al mismo tiempo, Perón no quiso o no pudo intentar los cambios en la estructura de la propiedad que eran imprescindibles para la evolución capitalista que proyectaba: en suma, no atacó el latifundio.

Pareciera que Perón hubiera podido tentar dos caminos. Introducir en la estructura de la propiedad una modificación tal, que pusiera las bases para un limitado capitalismo nacional, creando un mercado interno suficiente y una clase media más amplia y fuerte que diera sostén al capitalismo local. O, por otra vía, emprender un camino más audaz: ensayar, apoyado en la clase obrera, un camino socialista, arrasando también, desde luego, con las viejas estructuras.

No tentó ninguna de ambas cosas. Y cuando hubo agotado

el superávit de origen agrario con que comenzó, se encontró con que no podía sostener su política. La industria continuaba sin poder proveer para sí misma los medios que necesitaba para desarrollarse, y no se habían creado en el país las bases para entrar, al menos, en un período de negociaciones. El agro no producía los márgenes suficientes como para proveer a las necesidades inmediatas de la comunidad, mucho menos para hacerlo con las cada vez más urgentes demandas de la industria.

Ante Perón no quedaban de nuevo sino los caminos que tenía ante sí al principio. Y un tercero: el vuelco al imperialismo norteamericano. Pero Perón había ingresado en nuestra historia en un momento que tenía demasiada carga revolucionaria. La clase media estaba en frente suyo; a su lado estaba un proletariado que cobraba rápidamente conciencia de sí mismo, y al que se había ayudado a tomar conciencia de su poder. En realidad, tal como ocurrió en casos similares, a tomar una conciencia desmedida de su poder, ya que éste no era tan sólido como podía parecer a simple vista. Al cuestionar las bases de la estructura, era inevitable que las clases objetivamente más enfrentadas con esa estructura siguieran presionando para ocupar la sociedad global. A la revolución francesa le pasó algo semejante; pero la burguesía solucionó en última instancia el problema ocupando ella las estructuras, creando una clase media que sirviera de tapón, y tirando con sus cañones sobre el proletariado. Perón amenazó con lanzar al proletariado sobre las otras clases, en tanto se acercaba a Estados Unidos. El puro poder político, si no estaba dispuesto a lanzarse en la revolución social (—y ambos términos: proletariado en armas— ayuda del imperialismo, eran incompatibles), no podía librar esa batalla. Perón no la libró.

LAS IDEOLOGÍAS DE LA CASA ROSADA

En el grupo que entró a la Casa de Gobierno el 19 de Mayo de 1958, dos ideologías aparentemente diferentes, hasta inconciliables entre sí, se disputaban la primacía.

Por una parte la llamada ortodoxia, cuyo máximo representante era Noblia, y que tenía en las Cámaras un fuerte bloque propio, con figuras de cierto relieve partidario como Liceaga. Por el otro, la alianza de los hombres de la revista "Qué", cuya figura más visible era Frigerio, y los nacionalistas que habían apoyado a Frondizi.

Los ortodoxos habían elaborado la teoría ya descripta, llegando algunos de ellos —como Marisa Muñoz de Liceaga y Eric Calcagno— a sostener que se debía aceptar la imposibilidad de realizar la liberación nacional si se mantenía las estructuras capitalistas. "Debe desaparecer el comando capitalista de la economía, superado por los hechos y repudiado por el pueblo", dice Eric Calcagno en "Nacionalización de servicios públicos y empresas". Y agrega: "La solución no está en la aplicación de paliativos, ni en la búsqueda de transacciones o fórmulas de compromiso... la Nación, por sus órganos constitucionales, será quien dirija la economía... Es necesario, pues, que el poder económico esté efectivamente en manos de las fuerzas populares. Y esto no se producirá mientras sigan intactas las viejas formas de propiedad. En tanto las tierras y las industrias fundamentales sigan perteneciendo a la oligarquía y a consorcios imperialistas, serán ellos quienes dirijan la economía... Y a corto o a largo plazo también manejarán el poder político: la experiencia enseña que invariablemente han sido derrocados los gobiernos populares que dejaron el poder económico en manos de las viejas oligarquías". En parecidos términos se expresaba la señora Muñoz de Liceaga, entendiéndose que el problema nacional no tiene solución si no se lo plantea como una forma de la lucha de clases, y que es imposible toda salida si no se modifica "el actual régimen de la propiedad" suprimiéndose la división en clases. (1)

(1) Obras citadas, páginas 76, 80 y 85 y 17, respectivamente.

Ese grupo estaba evidentemente convencido de que podía llevar adelante el programa que había elaborado, de lo que dan testimonio los proyectos presentados en las Cámaras. Como, por ejemplo, el proyecto de la Comisión de Industria de la Cámara de Diputados disponiendo la ocupación del servicio eléctrico de la Capital Federal y Gran Buenos Aires y declarándolo de utilidad pública y sujeto a expropiación. (2) Una cantidad de proyectos semejantes parecían indicar que la Intransigencia estaba dispuesta a cumplir con su versión de la enseñanza extraída del proceso argentino y, especialmente, del proceso peronista.

Sabiéndose miembros de un partido minoritario, sin apoyo en la clase obrera, y conociendo el estado de nuestra economía, parecían creer, sin embargo, que era posible llevar adelante sus planes. Durante muchos años de oposición, y en especial durante el peronismo, habían analizado todas las otras fórmulas propuestas, y las habían desechado. Confiaban aparentemente, en que la clase obrera, unida en una central de trabajadores, les prestara su apoyo, y no parecían temer el paso hacia una sociedad socialista. Habían discriminado cuidadosamente las áreas de la economía que podían permanecer en manos privadas, y establecido cuáles debían nacionalizarse. Consideraban que una adecuada racionalización de nuestro comercio exterior y planes de aprovechamiento de nuestros recursos, podían proveer los medios para sostener el proceso.

Frente a ellos, se levantaba la versión empresaria. Esta en síntesis sostenía:

En un país subdesarrollado como el nuestro, la lucha de clases tiene sólo un carácter artificial. Todas las clases sociales deben unir sus esfuerzos para desarrollar las posibilidades económicas de la nación. Deben explotarse todos sus recursos naturales, industrializando el interior y tecnificando el campo. No debe tocarse el régimen de la propiedad de la tierra, sino convertir nuestras explotaciones agrarias en empresas modernas de tipo capitalista. Ha de elevarse el nivel de vida de los trabajadores, y permitirles manejar sin interferencias sus sindicatos. En varios puntos existían coincidencias con la ortodoxia: los capitales imperialistas no deben ingresar en la estructura económica de fondo (energía, trasportes, industria pesada); deben defenderse las industrias existentes; es posible capitalizar el país mediante el ahorro nacional y una adecuada comercialización de nuestros productos. En general, y en conjunto, puede decirse que se diferenciaban entre sí por su concepción de la lucha de clases y por el trato que entendían debía darse al régimen de la propiedad.

Ya vimos cómo, en el transcurso de la campaña electoral, había aparecido el grupo de los tecnólogos, encabezados por Frondizi, cuyas concepciones se asimilaban cada vez más a las del grupo empresario.

Formado el gabinete de Frondizi se advirtió que todos los ministerios económicos eran ocupados por hombres del equipo empresario, y los ministerios políticos importantes por hombres salidos del unionismo (Vitolo) o por figuras insignificantes (Allende).

A poco andar, comenzó un rápido proceso que muy poco tenía que ver con todo lo dicho por uno y otro grupo. Empieza, por así decir, una tercera etapa del pensamiento de Frondizi. Esta etapa se caracteriza por el abandono del criterio nacionalista, suplantándose por lo que se dió en llamar *línea realista*. "La política económica argentina, dice la revista "Qué" en su número del 30 de diciembre, es ahora una política realista, y no basada en supersticiones y lemas de pretendida popularidad".

Aun cuando no se ha formulado íntegramente, la teoría que parece sustentar el gobierno es la siguiente: El país se encuentra en una "crisis de desarrollo"; para salir de ella es necesario resolver sus "necesidades económicas de fondo". El esquema general respecto de las necesidades del país no

(2) Folleto publicado en el mes de setiembre de 1958, por la Cámara de Diputados de la Nación, y firmado por los diputados: José V. Liceaga, Rodolfo Ricardo Carrera, María T. M. de Liceaga, Ricardo E. Paneto, Enrique Parry, José A. Burdeos, Alfredo H. Escalada, Jorge Domingo Ferraris, Evera Nelson Fossati, Roberto J. Deurs, Jorge C. Carretou, Zenón Goldstraj.

ha variado: se habla de solucionar el problema energético, de levantar una industria pesada, de solucionar el déficit de la balanza de pagos. Sólo que ahora se da al "capital extranjero" un papel muy importante en todos esos planes. Se recurre tanto a instituciones públicas e internacionales como a empresas particulares. Se solicitan préstamos "para respaldar la moneda y costear grandes obras productivas", se realizan diversos arreglos para obtener financiaciones, se conciertan contratos de todo tipo con empresas extranjeras (especialmente petroleras) para aumentar la producción y abastecimiento de combustibles y de energía eléctrica.

Es decir, se ha reemplazado la teoría de la capitalización autónoma por la clásica práctica de recurrir a los capitales de los países centrales.

El cambio se funda en el estado de necesidad: estando el país incapacitado para capitalizarse por sí mismo, es necesario recurrir al capital extranjero. Pero como lo que el país necesita es desarrollar su economía de base, es hacia ésta que se dirige la afluencia de dichos capitales.

Para eso se ha trabajado activamente en la consolidación de una estrategia política. Se ha buscado el apoyo del peronismo, logrado en gran parte, pues emisarios peronistas llegaron hasta a conversar con dirigentes del propio partido oficial para convencerlos de que no debían oponerse a la línea económica del gobierno, y en los momentos más serios los dirigentes sindicales peronistas no vacilaron en apoyar esa línea económica. O, cuando la misma se enfrentaba demasiado con el descenso de los salarios reales, esos mismos dirigentes han manejado el movimiento obrero de tal modo que se ha evitado hasta el momento todo enfrentamiento demasiado agudo. Lo singular del caso es que se ha tenido igual éxito con la Intransigencia. Y han sido justamente los ortodoxos quienes, no sólo han aceptado la línea económica del gobierno, sino que se han convertido en sus defensores y voceros.

Por cierto, el proceso ha tenido su evolución. En un primer momento el gobierno hizo diversas concesiones a los intereses extranjeros (especialmente alemanes) sosteniendo que mediante esas concesiones se iba a crear un clima de confianza en los inversores y que grandes masas de capital estaban dispuestas a ingresar en la Argentina para radicar industrias imprescindibles. Los capitales a que se aludía eran todos ellos de origen europeo, y se hacía notar tal detalle para tranquilizar a quienes se resistían a la venta de algunas industrias que se encontraban en poder del Estado. Se señalaba igualmente que las industrias vendidas no estaban radicadas en el área de la economía de base. Posteriormente, se realizaron tratativas directas con empresas de todo origen, firmándose diversos tipos de contrato, desde sociedades mixtas, a contratos de explotación con pago en moneda nacional y extranjera, hasta algunos contratos de concesión típicos, incluso con los grandes monopolios petrolíferos. En cada caso, se realizaba la defensa del hecho concreto: se aseveraba que no se trataba de reales sociedades mixtas sino de "sociedades en liquidación", de las que pronto iba a desaparecer el socio extranjero (caso CADE); se hacía notar que se contrataba con empresas rivales de los grandes consorcios y que los convenios tenían plazo fijo y estipulaban el pago en dinero. En el último tramo, al contratarse con la Shell y la Standard, se hizo resaltar simplemente la producción que ambos contratos prometerían. Durante todo el tiempo, sin embargo, se sostuvo que se iban a mantener los controles de protección de la economía nacional. Finalmente, tras largas negociaciones, se obtuvo un préstamo del Fondo Monetario Internacional, aceptándose las condiciones que el mismo impone para otorgar dichos préstamos. Esas condiciones —ya aplicadas en diversos países latinoamericanos— consisten fundamentalmente en exigir que se tomen diversas medidas para combatir la inflación y el déficit de la balanza de pagos. Esas medidas, en concreto, son: aumento en los impuestos, eliminación del déficit de las empresas estatales, supresión de los

subsídios a los artículos de consumo, limitación de los gastos (reducción de burocracia e inversiones estatales), liberalización del comercio exterior, tipo de cambio único, reducción de créditos. Se han abandonado todas las teorías de protección, que poco antes se declaraban intangibles.

Varias son las explicaciones que tratan de justificar la política del gobierno.

Desde Estados Unidos la versión que se da es la de que Frondizi ha "decidido entrar por el buen camino", dispuesto a tratar con Norteamérica como "hombre de negocios". Según lo que allí se llama "fórmula de entendimiento", las relaciones entre los dos países se desarrollarían del siguiente modo: "La ayuda de Estados Unidos ha contribuido a estabilizar a Frondizi" (tal es la premisa). "Este deberá retribuir el favor con una adhesión sin reservas a los principios e ideales de Occidente. Por este camino, la Argentina sería convertida en un arsenal de la industria de Occidente y a sus hijos les estarían deparados grandes días si se resuelven a trabajar con ahínco y optar por el orden y no por la anarquía... La ayuda norteamericana no se extendería solamente a la política petrolera, sino a la minería, obras públicas, canalizaciones, energía atómica, electricidad, etc. En el orden militar, es posible que se convenga en la radicación de una misión militar permanente en la Argentina y se acentúen otros tipos de colaboraciones como la base aérea de Ezeiza y otras iniciadas con el viaje del ministro Estévez a Estados Unidos". (1)

La "línea empresaria" centra su versión en la teoría del desarrollo. Sobre la base del "petróleo y la siderurgia" será posible montar "el desenvolvimiento armónico" del país: "una agricultura moderna y la creación de centros industriales poderosos", según afirmaba Frigerio en su carta a Frondizi al dejar su cargo en la Presidencia. Se insistiría en la posibilidad de lograr la constitución de un desenvolvimiento capitalista nacional con el estímulo del capital extranjero. Eso se traduciría en la creación de una Argentina con categoría de "potencia" y con "estructuras sociales que fueran a la vez motor y seguro de su destino profundamente democrático y justiciero", según se afirma en la carta citada. Y tal proceso sería posible porque "la madurez de la conciencia del país y las profundas modificaciones que ha experimentado la política internacional, la verdadera revolución que ha originado la técnica moderna en las grandes líneas de la sociedad mundial", posibilitan que aun las fuerzas que "hasta ayer" eran rechazadas por su carácter imperialista vengan "a colaborar en la lucha por superar nuestras condiciones de subdesarrollo", como aclara la revista *Qué*, al referirse a los convenios con la Shell y la Standard, en su número del 16 de diciembre (página 5).

La faz dinámica de la teoría empresaria recoge una tradición ideológica de larga elaboración entre nosotros, y que se basa en datos de la realidad: describe la historia del país como un proceso de crecimiento a la vez estimulado y deformado por el imperialismo británico, que ha llegado a una coyuntura de ahogo por haber alcanzado el límite de sus posibilidades. Ubica a las fuerzas unidas al centro imperial inglés como fuerzas conservadoras, empeñadas en mantener una estructura sin posibilidades, y presenta frente a ellas el conjunto de las fuerzas nacionales con sus tendencias expansivas. Propone una *unión sagrada* de todas esas fuerzas: empresarios, obreros, clases medias, para que en conjunto realicen el esfuerzo de construir "un gran país". Concibe ese esfuerzo conjunto como una gran empresa común, en la que los empresarios cumplirán el papel de *directores*.

La ortodoxia y otros grupos de "izquierda" que mantienen su apoyo al gobierno, no han renegado, como podría creerse, de sus objetivos. Al contrario, declaran mantenerlos. Solamente habrían modificado o adecuando su táctica. Parten, como los empresarios, de la imposibilidad de intentar un cambio radical de nuestras estructuras, por las dificultades

(1) *Visión*, número del 19-12-58. Nota aparecida en "Tribuna", de Rosario, especial desde EE. UU.

económicas que agobian al país, y, agregan, por las dificultades políticas con que tropieza el gobierno, falta de un apoyo popular suficiente. Y aseguran que, dadas las condiciones especiales del mundo y del país, la actual política económica está poniendo las bases materiales para una futura lucha de liberación en condiciones más sólidas. Esa política, dicen, asegurará, por una parte, una economía en condiciones de enfrentar al imperialismo, con una industria bien organizada, con suficientes fuentes de energía autónoma, con un país bien integrado y desarrollado en forma coherente; por la otra, con una fuerza social, el proletariado desarrollado por esas nuevas condiciones, que servirá de base para intentar el definitivo cambio de estructuras.

En su versión más ingenua, la teoría ortodoxa supone que, habiendo en el gobierno hombres cuyo pensamiento revolucionario es indiscutible y cuya habilidad política es manifiesta, éstos podrán, en un momento dado, desembarazarse del imperialismo y de los representantes del grupo empresario, y reiniciar "el programa de transformaciones" que siempre sostuvieron.

Una versión más elaborada sostiene:

I. El capital extranjero actúa como deformador de las economías nacionales allí donde se dan condiciones objetivas. El capitalismo financiero inglés, se dice, contribuyó enormemente al desarrollo capitalista de los EE. UU. en el siglo pasado. En cambio, fué el obstáculo principal para el desarrollo independiente de la India. Allí se adaptó a las necesidades del desarrollo. Aquí adaptó el desarrollo a sus necesidades.

II. El caso de la Argentina es similar al primero. Nuestras necesidades de combustible son determinadas por el desarrollo industrial del país. Ese desarrollo se ve justamente limitado por nuestra deficiencia en materia de combustibles. Necesitamos autoabastecernos, porque autoabastecimiento es ruptura de la dependencia.

El caso de Venezuela es otro. Allí la única fuente de riquezas es el petróleo, y a mayor cantidad de petróleo extraído, más se acentúa la dependencia. Es riqueza —y única riqueza— que se extrae hacia el exterior. No puede ser de otro modo; a falta de mercado interno en demanda de esa riqueza, ella se exporta. Es el mercado capitalista exterior el que determina la demanda. En cambio, en nuestro país es el mercado interior nacional el que la determina. Allí la mayor explotación petrolera genera mayor dependencia; aquí la falta de explotación es la causa generadora.

III. Desde el punto de vista marxista, finalmente, es preciso no olvidar que el mundo socialista está en desarrollo y el mundo capitalista en crisis. ¿Qué peligro hay entonces en negociar con un mundo que ahora puede sernos útil y cuya desaparición es cierta?

Un chiste metafórico corre en estos días en los círculos iniciados: Un contrato con el imperialismo a veinte años, dicen, es un casamiento entre una chica de quince y un viejo de ochenta. Al cabo de unos años, o se muere el viejo o tiene que tolerar un par de cuernos.

Se hace una comparación con la NEP. La Unión Soviética no tuvo inconvenientes en recurrir a la ayuda del imperialismo y en aceptar la empresa privada para reponer una economía devastada por la guerra y la revolución. Aquí lo primero es expandir la economía, colmar las necesidades básicas, echar los cimientos de la independencia económica (1).

Esta posición de la izquierda oficial no es totalmente inédita: algunos de los grupos que apoyaron a Perón como expresión de la burguesía industrial (Abelardo Ramos, Puigrós, Real) mantuvieron ese apoyo cuando Perón intentó recurrir a capitales norteamericanos para explotar nuestro petróleo. Como hace notar *Mayoría*, Perón ha logrado desde el llano lo que no pudo lograr desde el poder. Y todas o casi todas las

fuerzas que atacaron esa política en 1955 (desde la Intransigencia hasta las fuerzas armadas) la encuentran hoy no sólo plausible sino conveniente.

Los grupos empresarios y la izquierda oficial siguen coincidiendo en lo que podría llamarse planteos intermedios: unos y otros entienden que se va a producir el desarrollo de las estructuras nacionales, y que el imperialismo, aun a pesar de sí mismo, va a contribuir a ese desarrollo, no a impedirlo. Su disenso se refiere exclusivamente al porvenir de ese desarrollo, pero ambos grupos —cada cual a su modo— sostienen que la política actual es un paso intermedio y necesario hacia la constitución de una comunidad autónoma. Frondizi, al explicar el 29 de diciembre su política económica no hizo sino aplicar esa parte de la teoría en que ambos grupos oficialistas coinciden. Al explicar a la opinión pública que no deben temerse las consecuencias del plan de estabilización económica aceptado por el Fondo Monetario Internacional, reconoció que ese plan sería peligroso, y "hubiera conducido a una economía de miseria y desocupación" si no estuviera en marcha el "programa de expansión nacional, basado en la intensificación de nuestra producción de petróleo, carbón, siderurgia y energía".

Esa es la opinión de quienes están en el poder o en sus aledaños. Pero al mismo tiempo encuentran elogiable el plan económico, aquellos que sólo muy difícilmente pueden identificarse con una política que persiga la autonomía del país. Ya mencionamos repetidas veces las opiniones internas, resumidas mejor que nadie por las palabras y la persona de Alsogaray, y abundantemente desarrolladas por *La Nación* del 31 de diciembre en su editorial de ese día y en los reportajes a variados exponentes de lo que, quienes ahora gobiernan, llamaban hasta hace poco "entreguistas" (como bien se ocupa de recordarlo Cueto Rúa en uno de esos reportajes). No parecen diferir con ellos desde el extranjero. Frondizi y Estados Unidos marchan sobre rieles, exclama con cierto alborozo el ya citado número de *Visión* del 19 de diciembre, y *The New York Times* saluda al "nuevo recluta de América Latina que se ha incorporado a la procesión de los diez países europeos que al comenzar la semana restablecieron la plena o casi plena convertibilidad de sus monedas". Es como la culminación entusiasta de los elogios simultáneos que aparecieron en la prensa inglesa y norteamericana cuando Frondizi puso en marcha su plan de explotación del petróleo. ¿Es necesario recordarlo? Mientras *Visión* decía el 7 de noviembre que el gobierno argentino había demostrado "imaginación y coraje", *The Times* contestaba desde Londres que "los contratos con compañías extranjeras no afectan la soberanía argentina".

La política económica argentina parece ser como aquellos oráculos píticos en los que cada cual podía leer lo que deseaba. Pero ¿puede ser efectivamente tan equívoca una política que unos vean inscripta en ella la revolución social, otros un capitalismo nacional y otros, finalmente, la "integración" en el imperialismo? Todos muestran una seguridad tan jactanciosa, tan exuberante, que el observador puede verse arrastrado a pensar que, en definitiva, la historia es un azar impredecible, en el que cualquier acto puede tener cualquier consecuencia.

¿Pero es realmente así? ¿Se sienten tan seguros cada uno de los actores de esta comedia de quedar finalmente dueños de un escenario en el que los demás representarán a la vez el papel de villanos, de cándidos y de muertos en el último acto? ¿No existe ningún modo de poder juzgar con alguna objetividad sobre la política y la historia, y ambas son, efectivamente, dos musas locas?

Tratemos de mirar un poco más de cerca a los actores de la comedia, a ver si es posible descubrir qué hay detrás de sus palabras y de sus sonrisas.

Hace ya varios años, cuando recién se salía de la guerra, los triunfadores del totalitarismo, los que habían luchado por el triunfo de la democracia, surgieron preocupados y preparados para organizar un mundo en el que habían disminuido

(1) Debo advertir que, por lo que yo sé, este esquema no ha sido expuesto públicamente en ninguna parte en forma documentada. Pero está textualmente tomado de algunas cartas que circulan no muy secretamente, y coincide, tanto con las explicaciones verbales que se dan en los círculos políticos como con algunas manifestaciones parcialmente recogidas en diarios y revistas.

los rivales pero no la lucha por el predominio. El mundo, ese vasto mundo poblado por multitud de pueblos pequeños, débiles o vencidos y un puñado de colosos, era sobre todo un gran mercado que había que adaptar a las nuevas condiciones. No resulta inútil volver a nuestro ya conocido John B. Condliffe, y a su pequeño libro *La política económica exterior de Estados Unidos*. Su ayuda puede ser valiosa para evitar una explicación tal vez arbitraria de algunos hechos. En esencia, ese libro no es otra cosa que un proyecto de planeamiento para una política económica norteamericana basada en las nuevas condiciones del mundo. Se sugiere allí abandonar la vieja política aislacionista definitivamente: ya Estados Unidos no puede considerarse una isla casi autónoma, y debe emprender una gran política de integración mundial, integración basada en la liberalización económica y en el abandono del proteccionismo en la medida conveniente para los Estados Unidos. Norteamérica, un imperialismo en expansión, debía desechar los temores y aceptar su papel imperial. El mundo capitalista debía tender a convertirse en un ámbito libre y fluido, en el que la mayor potencia capitalista no tenía sino que ganar.

Inglaterra, en cambio, era ya un imperio en receso, un imperio que había perdido su poder de expansión. Necesitaba entonces reforzar y ampliar la política que asegurara sus lugares de dominio, y eso sólo podía ser logrado —o intentado— mediante una cuidadosa división del mundo, que asegurara al imperio británico contra los asaltos de su expansivo competidor. La crisis del 30 había enseñado cómo hacer frente a una situación de receso. Sólo que ahora ese receso tenía que considerarse como una situación permanente. Los años que comienzan con la gran depresión dan nacimiento a ese curioso experimento en el que un imperio capitalista adopta formas intervencionistas para salvar el sistema y su subsistencia como metrópoli.

Condliffe pone a Estados Unidos en guardia contra "la posibilidad de que (en Inglaterra) se forme una fuerte combinación política de los grupos industriales monopólicos que desean una división cartelizada de los mercados exteriores, los imperialistas que buscan la integración económica de los Dominios y el Imperio y los grupos políticos izquierdistas que aspiran a una seguridad reglamentada dentro de un estado a base de servicio social". Desde la vereda de enfrente, Cole, que se califica a sí mismo como "socialista no muy ortodoxo", replica: "Gran Bretaña no puede renunciar a su libertad de desarrollar su propia política nacional, y entregarse a un sistema de *laissez faire* mundial simplemente por el *obiter dictum* de los millonarios norteamericanos" (1).

Y eso fué lo que ocurrió.

Estados Unidos, que había utilizado las ideas de Keynes durante la depresión, inauguró una política para la prosperidad, arrojando a Keynes por la ventana.

Inglaterra intentó, en cambio, durante el gobierno laborista (1945-1950) una combinación de las teorías keynesianas y de socialismo fabiano.

Durante algunos años la política del orbe capitalista consistió principalmente en la lucha entre unos Estados Unidos que buscaban la integración de ese orbe en un mercado único y una Inglaterra laborista y aislacionista que se aferraba a su mercado formado por su viejo imperio: colonias, dominios y países dependientes.

Como lo hace notar Bledel (2) el pensamiento de los organismos internacionales y de los países dependientes reflejaban el pensamiento de su centro dominante. Son conocidas las acusaciones de "socializante" que Estados Unidos arrojaba contra la CEPAL en aquellos años, y el señor Prebisch —secretario ejecutivo de dicho organismo— era tan mal mirado por Norteamérica como venía siendo bien considerado por

Inglaterra desde que vino en su nombre a organizar nuestro Banco Central allá en la década del 30.

La Argentina, por supuesto, no escapó a la regla general, y el peronismo vivió bajo el signo de Keynes, tal como Bledel lo hace notar y fué señalado en los debates parlamentarios por la oposición radical.

A partir de 1951 se produce un cambio. En Estados Unidos se acentúa la tendencia neo-liberal. En Inglaterra, sea porque los laboristas han perdido el poder (como insinúa Bledel), sea porque Inglaterra ha comprendido que no puede seguir luchando como lo había hecho hasta ese momento y se resigna a ocupar el lugar de socio menor de Norteamérica en el orbe capitalista, el neo-liberalismo a lo Schumpeter desplaza a las teorías mantenidas hasta allí férreamente, y se hace lugar a una política más flexible. La CEPAL, abandona sus posiciones anteriores, y una ola de liberalización recorre los países latinoamericanos.

La primera experiencia se realizó en el Perú, en 1949. Ante una situación económica considerada grave y declarada angustiada, se contrata a la firma norteamericana Klein-Sacks para que aconseje los medios para salir de esa crisis. Los técnicos aconsejaron terminar con todos los métodos de intervención estatal directa (control de precios, subsidios a la producción, etc.) y abrir las compuertas a la radicación del capital extranjero. Luego se sigue iguales lineamientos respecto de Chile, Bolivia, Guatemala, Colombia, Paraguay.

En la República Argentina ocurre un proceso similar, aunque con algunos caracteres propios. Es el gobierno quien comienza, sin necesidad de informes especiales, un cambio de línea. El Segundo Plan Quinquenal acentúa y trata de institucionalizar una política análoga a la que otros países habían ya iniciado: participación de los capitales extranjeros en "la exploración y extracción de los recursos energéticos", entrega a la empresa privada de las industrias que rinden beneficios, ley nº 14.22 de radicación de capitales extranjeros, ley nº 14.830 que autoriza al Poder Ejecutivo a transferir a la actividad privada las empresas de propiedad del Estado, etc. En esos mismos momentos el gobierno peronista invita al señor Prebisch a pronunciar una conferencia en la Universidad de Buenos Aires, y —a mediados de 1954— se inician las tratativas con Floyd B. Odum. Al año siguiente la Confederación General del Trabajo y la Confederación General Económica organizan el Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social, iniciándose una vasta campaña en la que se sostiene casi exclusivamente que es necesario aumentar la producción y la productividad para aumentar el bienestar social, pues sólo un aumento de la riqueza nacional permitirá elevar el nivel de vida de la población. El peronismo anunció que la Revolución Justicialista había alcanzado sus objetivos en cuanto a la distribución de la riqueza y que, a partir de ese instante sólo iba a aumentar "el margen de bienestar social" si se elevaba "el margen de los bienes económicos a través de una mayor productividad". Ese Congreso fué precedido por el "Primer Congreso de Organización y Relaciones del Trabajo", organizado por la C.G.E. y el Instituto Argentino de Relaciones Industriales. Allí se hicieron valer los conceptos del neo-capitalismo respecto del papel de la empresa, de su lugar en la sociedad moderna y sobre las relaciones entre la empresa y los trabajadores. Quiero destacar solamente algunos elementos de juicio: Antes de que el Congreso de la Productividad se dirigiera al público y a los trabajadores organizados, allí se dejó bien en claro que "un mero cambio en la repartición de la riqueza existente significará solamente una diferente distribución de la pobreza". Se hizo resaltar, además, que *la realidad ha roto con todos los esquemas mentales a que estábamos habituados hasta hoy, debiéndose dar por superadas las clásicas concepciones de la relación capital-trabajo*, pues la empresa moderna es una "comunidad de trabajo... que asocia, organizándolos, los diversos elementos de la producción: naturaleza, capital, trabajo directivo y ejecutivo". Finalmente se destaca que la

(1) Obra citada, página 24. G. D. H. Cole, "Presente y futuro del dinero", pág. 295. 1ª Edición inglesa, 1944; 1ª ed. en español, 1947.

(2) Rodolfo Bledel, *La etna política económica argentina*, Ediciones del Centro de Estudiantes de Derecho, La Plata, 1958.

"evolución económico-social del mundo" ha llevado a reemplazar en el terreno de la empresa la antigua dirección ejercida por los propietarios por la dirección ejercida por "dirigentes"; entendiéndose por tales tanto a los que "han logrado obtener la dirección de las empresas" desde el punto de vista financiero, *ejerciendo así el poder económico*, como a los mismos dirigentes sindicales. (1)

El gobierno militar iniciado el 16 de setiembre de 1955 no hizo sino seguir la política ya emprendida. A raíz de un pedido presentado a la CEPAL solicitando asistencia en materia económica y financiera el 8 de agosto de 1955 (es decir, por el gobierno de Perón) avalado por un decreto del Gobierno Provisional del 26 de octubre de 1955, el señor Prebisch retorna al país, esta vez como asesor económico oficial.

Sus Informe y Plan Económico rigieron la política económica del gobierno militar, sin interrupción alguna a pesar del cambio de equipos ocurrido el 13 de noviembre de 1955. Ese Plan, convertido en ley de la nación por las actuales Cámaras, sigue más francamente, la línea marcada por el gobierno de Perón en sus últimos tiempos y fija los principios generales a los que se ajusta la actual política económica oficial, tal como ha sido destacado por Cueto Rúa en los reportajes publicados en los diarios del 31 de diciembre (2).

Tenemos algunos otros elementos que nos permiten redondear algo más el cuadro.

En primer lugar, la actitud de los empresarios. Mientras se trata de orquestar un movimiento de apoyo a la política económica del gobierno, que dé la sensación de que éste cuenta con la colaboración de todos los organismos empresarios, éstos, aun asintiendo a esa política, no pueden dejar de señalar que no han sido consultados en su elaboración. Y algunos grupos indican que temen que esa política ocasione la ruina de la industria nacional por el levantamiento de las barreras protectoras existentes, así como por la depresión causada por la desocupación en masa. La Confederación de la Producción, en nota hecha pública el 21 de febrero, calcula que los desocupados pueden alcanzar a más de 600.000, y la propia revista *Qué* no deja de esbozar tímidamente su preocupación. — N° del 24/2/59, página 14.

Pero tampoco los ideólogos empresarios parecen estar seguros de las consecuencias de aquel plan, ni sentirse responsables de su paternidad. La revista *Qué*, en su número del 16 de diciembre señala las consecuencias negativas que ha tenido en otros países latinoamericanos la aplicación de los planes de estabilización "aconsejados o aceptados" por el Fondo Monetario Internacional. Concretamente señala que en el caso de Chile se ha provocado "la disminución de la renta nacional en por lo menos un 10 por ciento, y, consiguientemente, en el nivel de vida de la población". Algo semejante en nuestro país, agrega, afectaría sensiblemente nuestra actividad industrial, especialmente en la industria textil, de la construcción y de metalurgia liviana. Y concluye haciendo un voto porque el Fondo Monetario no "pretenda imponer" un plan de estabilización dogmático, que podría provocar "daños enormes para el equilibrio económico y social del país" (3). Poco después —10/2/59— admite en editorial a dos páginas que "El Dólar manda", y que sólo se trata de "Sobrevivir". La teoría empresaria ha ido corriéndose hacia atrás a medida que los hechos por ellos desatados van imponiéndose a las buenas palabras.

El discurso de Frondizi del 29 de diciembre anunciando el plan de estabilización, al exponer las medidas que forman ese plan, permite advertir que nada de nuevo ha ocurrido: el plan para la Argentina, en sus líneas generales, es idéntico al aplicado en todas partes. "El fracaso de la política inter-

vencionista de los últimos años, reflejado en el constante aumento del costo de la vida, en el desaliento de la producción, en el auge de voraces intermediarios y en la crónica tendencia a la escasez, es consecuencia de pretender combatir los efectos y no el propio mal, que es la inflación, dice Frondizi. Y agrega: "El gobierno afrontará enérgicamente una transformación del sistema, creando las condiciones económicas que alienten una mayor producción de bienes dentro de un régimen de libre competencia. Tal ha sido la política puesta en práctica por países europeos, al término de la última guerra...". Bien lejos estamos de aquellos tiempos en que los colaboradores inmediatos de Frondizi sostenían una política intervencionista como medio para lograr nuestro desarrollo económico, enfrentando las mismas objeciones que hoy se utilizan para propiciar una política neo-liberal. "El hecho de que la experiencia en materia de intervención estatal sea tan lastimosa en algunos países no debe inducir a creer que el intervencionismo es pernicioso per se" constituía la afirmación central de la tesis de uno de esos colaboradores (4). Estamos, en cambio, exactamente en la línea sostenida por Prebisch. ¿Es necesario repetir nuevamente aquí sus palabras? Decía Prebisch en su Informe: "El control de las importaciones mediante permisos de cambio, el control de los precios para reprimir las consecuencias de la inflación, la regulación de los movimientos financieros internos y externos... y otras formas de intervención que han llevado al Estado a realizar operaciones comerciales e industriales, han pervertido burocráticamente la actividad económica privada y alentado ciertas proclividades que perturban sobremedida el sano desenvolvimiento de la economía y la administración". Estamos, como ya lo hice notar, en la línea schumpeteriana (5).

Frondizi, al mismo tiempo que ha modificado sus posiciones en el terreno económico ha modificado su ideología: su visión del mundo, sus valores, son ya muy otros que aquellos que sostenía hasta hace algún tiempo. Eso le permite, en tanto que anuncia las consecuencias inmediatas y seguras del plan de estabilización, justificar hasta moralmente esas consecuencias. Tal como Prebisch, señala que se va a terminar con los "proteccionismos inmorales", justificando así por razones éticas el hecho puramente económico de que al levantarse ciertas medidas proteccionistas se va a provocar la destrucción de determinadas industrias. Tal como él, señala que la inflación "favoreció al especulador y al aventurero en desmedro del auténtico productor y de la empresa con real capacidad económica"... y "destrozó el orden y la jerarquía basados en el propio esfuerzo, en el ahorro, en la capacidad creadora y en la conducta". Y agrega "Es ésa la tremenda responsabilidad que corresponde a la inflación en lo que se presenta como una crisis nacional que supera el estricto cuadro de lo económico, pues afecta lo político, lo social y, esencialmente, las bases morales de sustentación del individuo y de la sociedad" (6). Estamos ya ante una ideología que se va redondeando y cerrando, una ideología en la que lo económico crea los valores espirituales, asume formas espirituales, adquiere jerarquía ética. Ante la estructura cultural del capitalismo con su consagración de valores económicos, es decir, ante una estructura que, como todas, declara sagradas aquellas cosas que forman su esqueleto: propiedad privada, actividad económica privada, libre cambio, libre empresa. Pero podemos ver cómo la consagración de esos valores no ha nacido desde nuestra perspectiva sino desde la perspectiva que impone el centro real de la órbita en la que estamos incluidos.

¿Es ilegítimo llegar a la conclusión de que no son los hombres que están en las funciones políticas quienes han concebido un plan y lo aplican? Todo autoriza a asegurar que no. Nosotros seguimos cumpliendo nuestro papel

(1) Diarios de enero de 1955. Revista "Órgano oficial del Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social". Informes presentados al Primer Congreso de Organizaciones y Relaciones del Trabajo. Discursos de Perón, Valetich y Gelbard.

(2) Cf. Bledel, obra citada.

(3) Declaración a los diarios de la Federación Argentina de Industrias Metalúrgicas Livianas (30 y 31 de diciembre). *Qué*, número citado, página 18.

(4) Aldo Ferrer, "El Estado y el desarrollo económico", Raigal, 1954, página 9.

(5) Raúl Prebisch, Informe ya citado. La bastardía es mía. Ver Bledel, obra citada, página 17 y siguientes.

(6) No solamente con Prebisch coincide Frondizi. También coincide con la tesis básica de Federico Pinedo en su ya citada obra —"El fatal estacionamiento"— editada por el Partido Demócrata Nacional como glosa y defensa de su programa para las elecciones de 1957.

de país subordinado, integrado en forma de elemento dependiente dentro de un orbe que no sólo impone sus condiciones sino que va determinando nuestra estructura íntegra, en que lo económico y lo que se pretende separar como si fuera posible hacerlo al darle un rótulo: conciencia nacional, cultura, ideología, constituyen un todo inescindible. Las ideologías, y hasta las tácticas en que ellas se expresan en la acción, no son otra cosa que la manifestación de una transformación en el orbe capitalista a la que nosotros nos adaptamos, aceptando el papel subordinado que se nos asigna. El actual gobierno no hace sino cumplir una etapa en el proceso que comenzó a ser cumplido por el peronismo, de la que fué un momento intermedio el gobierno militar, y cuyo origen se encuentra fuera de nuestras fronteras.

Claro está que esta visión del proceso provoca algunos interrogantes, al esquematizarlo de tal modo que sin duda prescinde de una gran cantidad de elementos. Pero eso no significa que el esquema sea incorrecto, sino que voluntariamente se ha dejado de lado algunos factores con el fin de hacer resaltar las líneas principales de ese proceso, tal como el mismo se ha ido cumpliendo.

Formulemos esas preguntas: ¿No representó el gobierno militar un intento de retrotraer el país a la órbita inglesa y a su condición de productor agropecuario del mercado británico? ¿No existe un desarrollo nacional, provocado por sus fuerzas internas y que se opone a la subordinación en que quiere mantenerse? ¿No es posible aceptar aquellas condiciones contra las que no existen fuerzas actuales con las que luchar, pero maniobrar dentro de esas condiciones para ir consolidando estructuras nacionales que permitan dar luego una batalla en mejor situación? ¿No será precisamente eso lo que está haciendo el gobierno?

Vayamos con algo de orden, pues todas esas preguntas constituyen fundamentalmente un único problema.

El gobierno militar no fué, como a veces se lo presenta, algo homogéneo y sin contradicciones. Pero es efectivamente cierto que dentro de él tenían un gran peso las fuerzas que representan en nuestro país los intereses ingleses. Eso no quiere decir, sin embargo, que toda la acción del gobierno provisional estuviera dedicada a salvaguardar la Argentina como coto exclusivo de Gran Bretaña. Hasta cierto punto la acción del gobierno militar puede describirse como el intento de Inglaterra de salvar lo más posible de su predominio en este país, pero dentro de un plan general en el que ya está aceptado el papel de socio mayor para Estados Unidos. El país —como Africa, como Medio Oriente, como otras regiones de América— es un campo de batalla en el que dos socios puján y transan, tratando cada uno de sacar las mayores ventajas, siempre a costa del propio campo de batalla. El gobierno militar significaba un intento de llegar a un arreglo en el que Inglaterra obtuviera ventajas que en este otro arreglo ha perdido en gran parte. Pero no del todo: el contrato con la Shell, la política de carnes, la política agraria, indican cuál es la parte que en la nueva situación corresponde a nuestra antigua metrópoli. Muchas de las presiones de tipo *poria* que sufrió el gobierno de Frondizi en sus primeros tiempos respondían, sin duda, al intento de Gran Bretaña de obtener las mejores condiciones posibles en el reparto. Ya hemos visto en otra parte cómo esas presiones se han ido suavizando hasta convertirse en una cortés tolerancia o en apoyo.

¿No existen entonces fuerzas nacionales que permitan luchar contra una situación que parece presentarse como un destino irrevocable, destino que deciden fuerzas colocadas fuera de nuestro alcance y al que ceden todos nuestros intentos de modificar ese estado de cosas? ¿Están condenados todos nuestros esfuerzos a convertirse en instrumentos de lo mismo contra lo que creen luchar? Todo este trabajo parte de un convencimiento, que creo objetivo, absolutamente contrario. Ya volveré después sobre esto. Pero por el momento sólo quiero señalar que este gobierno no cumple el papel que pudo haber

cumplido, y que, al contrario, él sí, se va convirtiendo cada vez más en instrumento de un nuevo estadio de nuestra dependencia.

Desde un primer momento la actitud de este gobierno (de todos los grupos que forman este gobierno, y del gobierno mismo en su expresión oficial) ha sido muy curiosa: se toman medidas contrarias a lo que hasta la víspera se aseguraba que debía hacerse, y en una línea que se execraba hasta minutos antes, y se proclama eso como un triunfo, asegurándose que se va a *dominar el proceso*, que se está ante un proceso cuidadosamente calculado y manejado. Los empresarios afirman que están manejándose maquiavélicamente con el imperialismo; la *izquierda oficial* susurra que está manejándose maquiavélicamente con los empresarios y con el imperialismo.

Para el observador, no sólo en sus grandes líneas este proceso obedece a causas externas —tal como se ha venido describiendo— sino también en sus detalles y en la historia inmediata y reciente. Sólo es necesario dar algunos ejemplos:

Cuando se anunció la venta de las empresas DINIE se adujo que eso iba a facilitar la radicación de capitales europeos en gran escala, evitándose el depender de los capitales ingleses y norteamericanos.

Cuando se anunció la "llamada batalla del petróleo", se hizo notar que se contrataba solamente con grupos "independientes" norteamericanos, que se equilibraba su influencia con contratos con la órbita socialista, que no se contrataba con los supermonopolios. Se expresó con gran énfasis que únicamente iban a oponerse a esos contratos quienes estuvieran ligados a los intereses de las empresas importadoras de petróleo.

No es necesario subrayar qué ha quedado de todo eso: los contratos firmados con la Shell y la Standard tienen todas las características que tipifican las clásicas concesiones, y, según *Visión* del 19 de diciembre, "el peregrinaje del diputado José Vicente Liceaga se hacía más por pequeñas necesidades de política interna que por ilusión alguna de poder intensificar las relaciones comerciales con Rusia".

Apenas comenzó este gobierno su gestión (precedida, como ha resultado luego evidente, por tratativas con los intereses norteamericanos) se desató una campaña para obligarlo a tener mano más firme con los obreros e inducirlo a la persecución de todos los grupos de izquierda, con el conocido pretexto de su *comunismo*. Ya vimos al principio cómo se manifestó esa presión dentro del país. Pero fué sobre todo desde el exterior desde donde se advirtió a Frondizi que, si quería contar con la benevolencia de los inversores extranjeros, era necesaria una política más firme en materia sindical y un cuidadoso control sobre los *extremistas*. El número del 7 de Noviembre de *Visión* dedica doce páginas a lo que llama *Libro negro II*, titulado *Comunismo en América: más rico, más fuerte... mejor dirigido*, y redactado —según allí se afirma— con la colaboración de "los departamentos de policía y gobiernos" de los países estudiados. El *Libro negro* se concentra sobre todo en Venezuela y la Argentina, por entender que allí han aumentado las actividades del comunismo; en Venezuela por ser un país rico en petróleo y en la Argentina porque puede llegar a producir grandes cantidades del mismo. Hace un resumen de lo que entiende por infiltración comunista en los sindicatos, en las universidades ("En las universidades argentinas, dice, la influencia comunista es actualmente preponderante, no sólo entre los estudiantes, sino también entre los profesores, decanos y otras autoridades") y en otras actividades, y solicita al gobierno argentino tome debida nota de los nombres que menciona. No se cuida de hacer una velada amenaza contra el propio presidente de la República, por haber enviado flores a María Rosa Oliver cuando se le dió a ésta una comida de homenaje a raíz de haber recibido el premio Lenin. En el mismo número de *Visión* se alienta a Frondizi a desarrollar, para pacificar enérgicamente a los trabajadores, la misma imaginación y

nómico. (página 54, artículo titulado *¿Será enérgico Frondizi?*).

El gobierno no ha titubeado, por cierto, en seguir tales consejos. El 9 de diciembre el grupo *empresario*, por intermedio de la revista *Qué*, anunciaba a los obreros que no hay inconveniente alguno en romper la *Unión sagrada*, si esa unión no funciona de acuerdo a los deseos de los empresarios y si los obreros no tienen el buen sentido de comprender cuáles son las necesidades nacionales, interpretadas, desde luego, por los mismos empresarios. Allí se advierte: "1) puede quedar interrumpido el proceso electoral; 2) los sindicatos podrán ser intervenidos; 3) quizás la C. G. T. no sea devuelta; 4) la represión será de suma violencia, y los castigos muy severos; 5) se volverá al 30 de Abril". Las amenazas no han quedado en tales: la detención de dirigentes peronistas y comunistas, la movilización y el estado de sitio por tiempo indefinido aseguran a las fuerzas del orden internas y a los inversionistas externos que pueden sentirse tranquilos.

El examen más desapasionado de los hechos parece indicar con toda evidencia que este gobierno no tiene planes concretos y con objetivos claros, sino que solamente ha pensado en recurrir de un modo masivo a los capitales extranjeros, buscando en cada oportunidad cómo salir del paso y tratando de crear las condiciones para que esos capitales accedan a ingresar al país. Es posible que en los primeros momentos se haya tratado de negociar con esos capitales, pero poco a poco se ha ido quedando más y más a su merced, hasta llegarse a fines de diciembre a ceder a todas las exigencias, abandonando toda pretensión de autonomía. Según puede deducirse de las formulaciones del grupo gobernante, se llegó al poder con la idea de que se podía negociar la ayuda extranjera, manejándose al mismo tiempo a las fuerzas internas para obtener su neutralidad o su apoyo. Algunas concesiones oportunas a la Iglesia y a las facciones en que están divididas las fuerzas armadas, iban a asegurar la buena voluntad de esos "factores de poder". Diversas combinaciones con el peronismo y con los dirigentes sindicales iban a tener similar efecto en las fuerzas obreras, a la vez que hábiles maniobras en el terreno político y gremial iban a lograr su atomización en diversos grupos, aun dentro del propio peronismo. Se trataba, en conjunto, de una política de sesgo maquiavélico, basada en la creencia de que las "masas" sólo actúan si actúan sus dirigentes, y de que es posible instrumentalizar a los diversos sectores sociales con una sutil política de élite. En suma, los hombres del gobierno, nuestros *maquiavelistas*, estaban muy cerca de aceptar al pie de la letra las teorías de Burnham. Y no cabe duda de que pretendían obrar como los zorros de la conocida teoría de Maquiavelo, adoptada también por Burnham, creyendo —como varios de ellos lo manifestaban— en una evolución general del mundo hacia nuevas formas de organización semejantes a las descriptas en *La revolución de los directores*.

Es seguro que en ningún momento titubearon en pensar que si necesitaban utilizar la violencia para realizar sus planes, esa violencia debía ser ejercida. Desde el principio, y en cuanto se encontraron instalados en el gobierno, palabras como "inexorable" comenzaron a adjetivar sus discursos: se iba a ser inexorable en la aplicación de la política decidida. Nuestros maquiavelistas también se sentían *leones* de a ratos, puesto que Maquiavelo aconseja como el mejor tipo de político aquél que reúne algo de zorro y algo de león.

Pero el dominio de la situación parece escapárseles cada vez más de las manos, y ahora la violencia del león se aplica por *sugerencia* de *Visión* y del Fondo Monetario Internacional, con ligeros agregados propuestos por Alsogaray.

Sin embargo, nuestros *maquiavelistas* (empresarios o "izquierdistas") siguen manteniendo sus explicaciones. Como se ha visto, se reducen a dos: Las estructuras nacionales —pertenecientes a un país en desarrollo, y no exactamente a un

país subdesarrollado— no van a ser deformadas por el imperialismo, sino que éste, haciendo desde luego su negocio, tendrá que adaptarse a las necesidades del país. Contratar con el imperialismo no ofrece riesgo real alguno, porque el capitalismo está ya en rápido receso.

El primer argumento, eje sin duda de toda discusión teórica posible, encierra diversas afirmaciones. Se sostiene que el grado de nuestro desarrollo es tal que el imperialismo no va a poder adaptar nuestra estructura a sus necesidades, sino que va a adaptarse a ellas. Y se da el ejemplo del petróleo, que extraído por empresas imperialistas, va a servir para desarrollar nuestra industria, al proveer la energía necesaria y ser absorbido por nuestras necesidades de combustible. Por otra parte, se compara nuestra situación a la de Estados Unidos en el siglo pasado, en donde la presencia de capitales financieros ingleses contribuyó al desarrollo capitalista norteamericano. Y se destacan las diferencias con el caso de Venezuela, cuyas débiles estructuras fueron arrasadas por el imperialismo radicado en la explotación del petróleo.

El argumento es más bien una simple afirmación que otra cosa, apuntalada por un dilema que no es tal. Ni la Argentina es los Estados Unidos del siglo pasado, ni la estructura actual del imperialismo puede compararse con la situación de Gran Bretaña durante el período del capitalismo preimperialista y de las primeras etapas imperialistas. Se trata simplemente de una analogía superficial, que puede servir como elemento en una polémica pero nada más. Estados Unidos tenía una fuerte industria propia y el capital financiero nacional ya existía, apuntalado por una fuerte capitalización local. La Argentina se encuentra en muy otra situación, y la diferencia es más notable si se la considera en relación con el conjunto del orbe imperialista, tal como debe hacerse: en relación con un mundo dominado por los supermonopolios que no existían en el siglo pasado. Más sensato sería comparar la situación de Estados Unidos en aquel momento con la de nuestro país en 1870. Y ya sabemos qué ocurrió. Pero eso no quiere decir que nos veamos en el otro polo del dilema y que pensemos que aquí va a reproducirse inevitablemente el proceso venezolano.

Nuestro país es, efectivamente, un país en desarrollo y no estrictamente un país subdesarrollado como Venezuela. Es posible, sin duda, que el combustible que se extraiga de nuestro suelo provoque, o permita, algún desarrollo industrial, paralizado en gran parte por falta de energía. Pero lo que hay que determinar es de qué tipo va a ser ese desarrollo industrial; y de qué modificaciones en las estructuras va a estar acompañado. No va a sufrir el país, desde luego, un arrasamiento similar al venezolano: tampoco la invasión del capitalismo inglés en el siglo pasado provocó un arrasamiento. El proceso nacional va a ser más complejo, pero no por eso de mejores consecuencias que en otras partes de Latinoamérica. Es bueno que nos cuidemos de no caer otra vez en la trampa en que cayeron nuestros antepasados, simulando creer en una diferencia fundamental con los demás países de América, aislando una Argentina *diferente* frente al conglomerado *southamericano*. La vanidad y la megalomanía sirvió durante más de medio siglo para ocultar un sometimiento sólo un poco más cortés y refinado que el que padecían los pueblos del Caribe.

Nadie oculta que la actual política va a provocar un fuerte empobrecimiento de la población, que si no llevará al pauperismo a la mayoría, va a significar por lo menos un grave descenso del nivel de vida popular. Aparte del significado humano y social que eso tiene, desde el punto de vista puramente económico va a acarrear una contracción del mercado que va a incidir directamente en las industrias livianas, causando la desaparición de las menos fuertes, puesto que se trata de industrias que producen para el mercado interno.

Se dirá, quizás, que tales sacrificios son necesarios para levantar una fuerte industria básica. Y eso, con un criterio

de aire revolucionario podría tal vez admitirse: nuestros dirigentes de la *izquierda oficial*, a falta de otra cosa, suelen adoptar actitudes de lo que parecen creer corresponde a un buen *comisario del pueblo*: ¡que disminuya el consumo popular, que disminuyan las industrias productoras de bienes de consumo, para crear una poderosa industria pesada! Y esa actitud podría tomarse en serio si respondiera a la realidad. Pero ¿qué clase de industria van a crear los monopolios en un país dependiente? Frondizi ha dicho en su discurso que el "plan de estabilización" podría arrasar nuestra economía si no estuviera acompañado por el "plan de desarrollo" destinado a incrementar la energía, la producción de combustible y la metalurgia. Ha dicho también que vamos a instaurar una sana economía liberal, combatiendo sañudamente los monopolios. Pero parece olvidar que ese "plan de desarrollo" ha sido encargado a los más poderosos monopolios internacionales. No parece aventurado predecir que esos monopolios van a levantar las industrias que les sean necesarias para sus propias necesidades y que no van a tomar demasiado en cuenta los deseos de nuestros *directores*. ¿Será quizás excesivamente aventurado pensar que las industrias más importantes van a ser las de la extracción de materias primas, aquellas que se integren mejor en el vasto plan estratégico montado por el imperialismo y quizás algunas que sea económicamente más conveniente tener en el país? ¿Qué capitales privados nacionales se van a hacer cargo de la industria pesada, si además de no existir capitales en esas condiciones el Estado va a restringir los créditos y se niega a ejercer el papel de industrial y de comerciante? ¿No recuerda todo esto un poco aquel anuncio de que Estados Unidos estaba dispuesto a poseer directamente las fuentes de materias primas y críticas? ¿No llegaremos quizás demasiado rápido a alcanzar el autoabastecimiento de combustibles, tanto por un aumento de la producción como por una reducción de las industrias necesitadas de energía? Es posible que lleguemos a exportar petróleo, también nosotros, bastante antes de lo calculado, y ya hay alguna revista oficialista que lo anticipa con alborozo.

Tampoco es aventurado adelantar la posibilidad de que este proceso sea ayudado por el régimen de importaciones, que va a presionar también sobre las industrias nacionales: ellas no tendrán, como los monopolios petroleros, regímenes especiales de importación y de cambios.

Por supuesto, los exportadores van a vender más y a mejor precio en moneda argentina. Es decir, van a recibir más dinero del que ahora reciben. Las combinaciones como la de frigoríficos-invernaderos van a hacer grandes ganancias bajo la protección de los planes del Fondo Monetario Internacional. Manteniéndose intangible el régimen de la propiedad, sin el más tímido intento de reforma agraria, no es tampoco excesivamente audaz suponer que se va a consolidar una estructura rígida, sin posibilidades de expansión flexible, y el poder de una clase que ha sido hasta ahora tranquilo fideicomisario de nuestra colonización.

No es necesario dramatizar demasiado, ni recordar, por ejemplo, que nuestros *directores-comisarios del pueblo* han anunciado y demostrado que están dispuestos a tener "mano firme", si los trabajadores se resisten a ser ellos las víctimas de la "austeridad" y no comprenden con resignación (ya que no con gozo) la parte que les toca jugar en estos "planes de estabilización y desarrollo". Tampoco es necesario ponerse a hacer cálculos sobre si va a haber desocupación, en atención a la disminución de las fuentes de trabajo. Esa desocupación tendrá al menos la virtud de proveer de una mano de obra más dócil, si no más barata.

Defender el actual proceso diciendo que no se va a reproducir entre nosotros lo ocurrido en Venezuela, es elegir un enemigo dibujado del modo más extremo posible para poder combatirlo con mayor facilidad. Lo que sí va a ocurrir en el país es una integración deformante en las estructuras del imperialismo, de acuerdo a las necesidades actuales del imperialismo. Y esa deformación va a ser total, *totali-*

taría, tal como son todos los procesos sociales. Nuestra estructura cultural en su integridad va a padecer ese proceso deformante.

Parece hasta ridículo discutir con quienes hablan de que el gobierno está realizando algo semejante a la NEP. Ni la Argentina es Rusia, ni Lenin contrató por sumas equivalentes a las que nuestro gobierno contrata, ni el poder ha sido ocupado entre nosotros por una decidida acción revolucionaria, ni está en manos de un grupo férreo dispuesto a transformar las estructuras, ni se ha dado comienzo a ese cambio de estructuras como allí, pues entre nosotros la propiedad —hasta la vilipendiada propiedad latifundista— ha sido decretada inviolable. Rusia, entre otras cosas, tenía un pueblo de varias decenas de millones de habitantes, y no es posible comparar dos estructuras tan disímiles ni aun desde un punto de vista estrictamente *económico*, puesto que una población como ésa significa un poder económico casi inmenso. Para juzgar la naturaleza de una estructura nacional no basta contar el número de máquinas ni los kilovatios que encierra: la geografía y el factor humano son también elementos cualitativos.

El otro argumento es, éste de veras, desdeñable. Es cierto que el capitalismo se encuentra en receso y en los límites de su existencia. Pero parece un poco excesivo calcular cuánto va a durar todavía y dar por descontado que nuestra generación lo va a aver morir. De cualquier modo, dure lo que dure, parece poco serio, en quienes se titulan *revolucionarios* sostener que no tiene importancia lo que uno haga porque de todos modos el capitalismo va a morir y esa feliz circunstancia va a acarrear nuestra liberación. No se ve entonces por qué se pide sacrificios al pueblo ni por qué, siquiera, preocuparse por conquistar el poder y mantenerse en él. Déjese, si se está seguro de que el plazo es tan corto, que gobiernen los conservadores, que al menos han adquirido una larga práctica de administración y no van a olvidarse de subir el precio de los transportes urbanos cuando sube el precio de la nafta: no es necesario, ciertamente, agregar la incomodidad de una huelga de colectivos al aumento de los boletos.

Nuestros *directores* tienden a abdicar fácilmente de su intervención en el proceso: los *empresarios* dejan librado el desarrollo nacional al mero curso mecánico del proceso económico; nuestras *izquierdas oficialistas* se resignan a esperar la muerte del capitalismo, por sucesos en los que no toman parte, para que nos caiga desde el cielo la liberación. Unos y otros recubren de razonamientos su actitud, la *racionalizan*, pero tanto unos como otros han abdicado de la razón, de la influencia que ellos pueden ejercer sobre el proceso. Tanto como los liberales, que confían en el libre juego de las leyes económicas y se niegan a interferir en su mecánica, nuestros *directores* son, o se han vuelto, irracionales. Como tales, al mismo tiempo se anegan en la potencia de fuerzas que están *por arriba del hombre*, como exaltan el valor del individuo, del Héroe, para torcer el curso de la historia ¿No es ésa la mentalidad típica de las derechas? Existen, desde luego, derechas reaccionarias, (aquellas que quieren aferrar el presente o retornar al pasado) pero también derechas progresistas: aquellas que confían en el futuro por la marcha mecánica del progreso. El Progreso es un Destino encargado de aumentar las posibilidades, de ensanchar la riqueza de tal modo, que los detentadores del bienestar no corran riesgo alguno ni sufra ningún menoscabo la situación que les asegura ese bienestar. Tal fué el credo de nuestros abuelos liberales, de los liberales positivistas, del roquismo: Orden y Progreso. *Asegurado el orden, el progreso vendrá por añadidura; asegurado el progreso, el orden no será perturbado.* ¿Será irrespetuoso citar las palabras del Presidente de la República?: *La "estabilidad político-social", posibilitará el "desarrollo económico"; el "desarrollo económico" posibilita la "estabilidad económico-financiera"; la "estabilidad económico-financiera" posibilita la "expansión económica"; la "expansión económica" posibilitará la "estabilidad político-social".*

Todo eso, por supuesto, será posible merced al crédito que la Argentina inspire a los capitales extranjeros, y a su vez inspirará nueva y más amplia confianza a "los hombres del mundo... que quieran aportar sus capitales, su esfuerzo y su iniciativa a nuestro propio esfuerzo nacional". (1) El Orden y el Progreso serán posibles por el benéfico aporte de los capitales de los monopolios, y a su vez ellos asegurarán mayores aportes. ¿No era ese el lenguaje del roquismo y del juarismo? Como señalaba Tecera del Franco glosando a Hans Freyer, "el pensamiento conservador cae a menudo en el error de esforzarse por oponer lo existente, lo tradicional, al progreso... semejante esfuerzo no podría prosperar nunca en el dominio de los movimientos históricos, siempre estará destinado al fracaso... Tal actitud constituye el papel negativo de las fuerzas conservadoras. Estas fuerzas deben integrar al progreso, comunicarle vitalidad, humanidad. Esta será la misión positiva de las fuerzas conservadoras y por cierto que ella es muy importante" (2).

Utilizo la cita, más que por su mérito, porque siempre resulta reconfortante verse acompañado por tan insospechables opiniones. Hace unos pocos meses, nuestra actual *izquierda oficial* decía, refiriéndose al gobierno militar: "En estos momentos Argentina tiene en sus gobernantes provisionales los más fervorosos propagandistas de las inversiones extranjeras... no sólo no abrigan temores sino que intentan desvirtuar los de la opinión pública, acusando de mentalidad totalitaria a quienes pretenden dejar a salvo los derechos soberanos de la nación... a esta altura de nuestro desarrollo... sólo por ignorancia que no aceptamos o por intereses inconfesables, puede pretenderse presentar el subyugante espectáculo de un crecimiento armónico industrial y agrario al servicio de los intereses del pueblo como resultante de los benefactores inversores que nos entregarían sin otro móvil que la ganancia legítima las plantas industriales, las usinas, material petrolífero" (3).

ALGUNAS EXPLICACIONES

Desde el 19 de mayo muchos se preguntan cómo es posible que posiciones en apariencia tan firmes hayan sido dejadas de lado tan fácilmente. En algunos casos, sin duda, el cambio se debe a "intereses inconfesables", pero eso no puede explicar un fenómeno tan general y tan vasto.

Muchas son las causas circunstanciales que explican la rapidez del cambio. Una política de otro tipo hubiera exigido una acción ceñida y riesgosa; temiendo recurrir al pueblo como fuerza de apoyo, sin contar con los factores de poder tradicionales, el gobierno hubiera vivido constantemente en riesgo de ser derribado por un golpe de estado, más fácil ha sido transar con el imperialismo y con esos factores de poder (mediante el mismo acercamiento al imperialismo). Un gobierno convertido en instrumento, aunque se desconfíe de él, aunque se prefiera otros servidores más probados, será respaldado mientras sea útil. Los hombres que llegaron al poder no estaban —como ya he señalado— convencidos de las propias teorías que defendían. O, si lo estaban, no habían integrado un pensamiento coherente, moviéndose entre sollicitaciones de diversas ideologías y con formulaciones incompletas, vagorosas, o equívocas. Sobre todo, no formulaban sus posiciones de tal modo que integraran las consecuencias lógicas de aquella parte de su pensamiento más avanzada con pasos intermedios que podían ser necesarios y con los hechos concretos que iban a producirse de aplicarse esos pasos intermedios. En síntesis —y como ya he adelantado— unían en una confusa amalgama teorías concebidas para *defender* el sistema capitalista con fórmulas

socialistas marxistas (reducidas por lo general a un economismo superficial), sin aclararse si pretendían o no utilizar el desarrollo capitalista para pasar al socialismo; o, en aquellos pocos casos en que esto se declaraba, sin determinar de qué modo se iba a imbricar un desarrollo capitalista en un camino socialista. Por eso sus posiciones críticas eran siempre más sólidas y más concretas que sus formulaciones positivas. Por eso también caían a veces en un tremendismo de izquierda que pretendía suplantar con retórica la ambigüedad del contenido.

Pero el problema no se agota en la sola circunstancia de hecho o en la pura circunstancia de la debilidad ideológica de un grupo político. Cualquier política que se proponga —como se proponía la intransigencia— un programa que anuncia la transformación de las estructuras vigentes, y cuyo fin último es la ocupación de la sociedad por las clases actualmente desposeídas, va a tropezar indudablemente con muy arduas dificultades para actuar, sean cuales sean las condiciones en que se llegue al poder. Anticipar esas dificultades, escoger los medios para vencerlas, y afrontarlas cuando llega el caso, es lo que distingue, precisamente, a la política que pretende ser revolucionaria. No es descubrir nada nuevo recordar que si la derecha es la que reconoce la realidad para aceptarla tal como es, para adaptarse, para conformarse con ella, la izquierda consiste en la actitud de reconocer esa realidad para intentar modificarla. Obsérvese bien: la actitud de izquierda comporta dos elementos: reconocer la realidad e intentar transformarla. Ambos deben existir para que exista una izquierda real, pues ambos son en definitiva una sola cosa, la doble perspectiva inseparable de una actitud única y total. Cuando una actitud que se llame de izquierda se niega a reconocer las dificultades con que va a tropezar en la acción, es mejor dudar de la sinceridad de esa izquierda. Porque reconocer las dificultades de la acción consiste en formular un pensamiento coherente, en afrontar sus consecuencias lógicas, y en contrastarlo con la realidad para ver si no se está viviendo una agradable pero inoperante utopía. Reconocer la existencia de la realidad y verificar el pensamiento con ella es lo que distingue el pensamiento de la izquierda real, que se exige a sí misma en la praxis, de lo que simula ser izquierda, es decir del pensamiento que le huye a esa realidad, ya sea manteniéndose en una ambigüedad que permite no contraer compromisos concretos, ya sea arrojándose en una superizquierda que sólo acarrea compromisos catastróficos, o puramente verbales. Se trata, en definitiva, de una actitud típica de aquellos grupos que en última instancia no quieren la transformación de la sociedad, aunque se sientan lo bastante incómodos en ella como para ser y manifestarse rebeldes. En última instancia, se trata de una actitud típica de los grupos de clase media.

Como se ve, el retroceso de la Intransigencia ante las dificultades que *descubrió* con alarma el 19 de mayo y la debilidad teórica de sus posiciones se refiere a algo más profundo que a meras circunstancias. La Intransigencia sabía perfectamente cuando presentó candidatos propios —y aún antes, cuando apareció *Petróleo y política*—, lo que ahora pretende presentarnos como inesperados escollos para una acción como la que había prometido: sabía que era impopular, sabía que no contaba con el apoyo de la Iglesia y de las fuerzas armadas, sabía que el país atravesaba una grave crisis.

Un pequeño desvío nos va a permitir ver mejor el problema.

Cualquiera fuera el objetivo que se persiguiera: una sociedad capitalista autónoma (grupo *empresario*), o un paso intermedio hacia el socialismo (ortodoxos), el mismo no podía ni intentarse sin dar participación efectiva y real al proletariado en el proceso. No se trata de una frase de retórica seudorevolucionaria; ya se ve que hablo de que esa participación era imprescindible aun para intentar objetivos capitalistas. Apunto simplemente lo que creo que resulta un hecho evidente. Pongámonos en la hipótesis del objetivo capitalista: Para intentar un capitalismo local sería necesario exigir a

(1) Tomado del discurso de Frondisi destinado a anunciar la aplicación del plan del Fondo Monetario Internacional, 29-12-58.

(2) Tecera del Franco, en "Boletín del Instituto de sociología", N.º 9, 1954, Buenos Aires, Prólogo, páginas 15-16.

(3) Marisa Muñoz de Liceaga obra citada, Cuadernos de Contorno, N.º 2, febrero de 1958, pág. 9.

toda la sociedad una serie de sacrificios, sacrificios que indudablemente pesarán más sobre las clases asalariadas. Para obtener ese sacrificio sería necesario que esa sociedad fuera colocada en situación de expansión total, que todos los miembros de la misma se sintieran participando de una empresa en desarrollo. Eso significa desde luego un cambio en la distribución actual de las cargas y de los ingresos, pero, sobre todo, que se diera a los obreros una participación activa en el proceso, o la ilusión de esa participación. El peronismo fué, justamente, un intento de obtener el apoyo de las masas dándoles, por una parte, mejores condiciones de vida (Justicia social) sin modificar el régimen de la propiedad, y por la otra, la ilusión de que participaban en el manejo del Estado cuando en realidad su participación en el poder era sólo vicaria.

Pero el peronismo dió a las clases que intentaron utilizar la clase obrera como masa de maniobra una experiencia aterradora: la gimnasia a que obliga la participación en la vida pública así sea en calidad de coro, pronto lleva a querer convertir la apariencia del poder en la realidad del poder. Las masas fueron tomando conciencia de su fuerza en diez años de mítines decretados y de huelgas oficiales, pero en unos mítines y en unas huelgas que, ordenados y todo desde un aparato político que no pertenecía a los obreros, paralizaban el aliento de la república.

Esa experiencia fué sentida con agudeza por las clases medias y altas, y aun perdura la impresión de los 17 de Octubre. Pero nadie advirtió con mayor lucidez el significado de lo que estaba ocurriendo que aquellos que habían sido los estrategas y los profetas del peronismo. Los nacionalistas comprendieron que para mantener el apoyo del proletariado era necesario ir concediendo cada día más, y que ese proceso no podía continuar sin que el proletariado pasara a ocupar el papel de protagonista. Su propio orgullo de casta aristocrática un poco venida a menos y afinada en la pretensión de querer recuperar por la política lo perdido por la economía, les concedía mayor lucidez. Recordemos las quejas de Etcheopar: el peronismo "permitió a un solo sector de la sociedad... deprimir y sofocar en provecho propio y exclusivo a los otros sectores sociales"; el peronismo representó el "resentimiento", "el nihilismo", "la abolición pura y simple de las instituciones". Con menor simpleza que la de Etcheopar (hombre de alma de diplomático, que advierte con pena el cambio producido en un país donde los empleados de tienda ya no lo conocen por su nombre ni recuerdan su apellido) el nacionalismo en pleno advirtió que el proceso peronista llevaba implícito en sí la lucha de clases. Y como a tal lo encararon. Mario Amadeo nos provee el esquema íntegro: "la separación de clases... ha puesto frente a frente a dos Argentinas"; "la revolución de septiembre de 1955 no fué solamente un movimiento en que un partido derrotó a su rival... sino que fué una revolución en que una clase social impuso su criterio sobre otra". Y propone igualmente la solución que cree haber encontrado para evitar la repetición de los riesgos corridos: "la liquidación del peronismo", "la asimilación de ese gran sector de la población argentina", "la reconciliación de las clases sociales (1)".

A partir del 16 de setiembre, y antes de que nadie fuera capaz siquiera de superar los rencores más inmediatos, los nacionalistas trataron de poner en marcha su plan. Iniciar un nuevo proceso en el que se lograra incluir al proletariado, apaciguándolo, haciéndole olvidar la conciencia recién despertada. Volver a poner en pie la armazón de la república, bastante deteriorada, para lo que era imprescindible el consentimiento del pueblo, pero sin la intervención del pueblo. Esa maniobra implicaba, sin embargo, un cambio de frente respecto de lo que había sido la causa declarada y hasta el pretexto de la existencia del nacionalismo: era necesario renunciar a construir una nación autónoma, plegándose al imperialismo en expansión de Estados Unidos. Ante el peligro

de la expropiación, de la derrota de su clase, los nacionalistas obraron tal como los liberales a los que execraban: prefirieron el papel de fideicomisarios al de expropiados.

Por otra parte, las necesidades locales coincidían con las necesidades que iban imponiendo su peso en el mundo. El enfrentamiento entre Estados Unidos y el comunismo había ido simplificando los campos. Todo aquél ligado al régimen de la propiedad del mundo capitalista, todas las fuerzas e instituciones integradas en el capitalismo, iban dejando poco a poco sus rencillas particulares para unirse en defensa del sistema. Y siendo Estados Unidos el ápice de ese sistema, la lógica consecuencia era que no se podía ser enemigo del imperialismo sin convertirse en aliado del comunismo, en enemigo del sistema mismo, y que, en defensa del sistema era necesario convertirse en aliado de Estados Unidos. La cuestión consistía en encontrar un concepto que englobara el tipo de estructuras correspondientes al capitalismo, pero que velara su *grosero* carácter. Esa denominación era muy simple, tenía una cierta tradición, y englobaba perfectamente al orbe capitalista, designándolo por sus caracteres exclusivamente *culturales* y disimulando las diferencias que existían en ese orbe entre clases y pueblos dominantes y clases y pueblos dominados. *La cultura occidental, los valores cristianos*, con sus *normas propias de vida*, que envuelve tanto al estibador de Jamaica, al colla boliviano como a Mr. Eden.

Cierto que Amadeo sostiene todavía, teóricamente, la posibilidad de un bloque "Iberoamericano" independiente dentro de Occidente, pero no sin señalar que ese bloque no debe "postularse con signo polémico frente a Estados Unidos"; y, en la práctica ya hemos visto lo que fué su acción de canceller y lo que ahora significa la de su sucesor —hechura suya— Florit. Aun cuando todavía en sus libros Amadeo desecha el panamericanismo, éste se revela en los hechos la forma de fundar de la defensa de los *valores occidentales* (2).

Aunque la participación de los nacionalistas en el gobierno causó en los primeros momentos cierto alboroto, los resquemores se han ido luego calmando hasta no notarse casi su existencia. Eso no se debe, por cierto, a que hayan sido reducidos a un papel insignificante; ¡qué ola de agravios hubiera levantado hace unos meses la misión encomendada a Pablo Pardo, por ejemplo! Lo que ocurre es que la política del gobierno se ha homogeneizado, y no precisamente en el sentido de los presuntos enemigos de los nacionalistas. Esa presencia y esa homogeneidad nos permiten atribuir al conjunto del gobierno una posición semejante a la de una de sus partes principales. Y en efecto ¿en qué consiste la política interna de este gobierno sino en pretender el apoyo o el consentimiento de la clase obrera para una línea que se decide y ejecuta sin su participación? La maniobra propuesta por el grupo que rodeaba a Lonardi es el eje de la actual acción interna oficial: liquidación del peronismo, su asimilación, ¿no fué eso lo propuesto teóricamente por Amadeo en *Ayer, hoy, mañana* y lo intentado hasta el 13 de noviembre de 1955? Los *empresarios*, por supuesto, han encontrado en la política propuesta por los *nacionalistas realistas* una teoría que se adapta exactamente a lo que ellos pueden realizar. Pero ¿será justo decir lo mismo de la *izquierda oficial*? Tal vez no, en cuanto a sus intenciones. Pero en la práctica han tomado el camino marcado por sus asociados. Hombres de clase media, tal vez estén pagando un pecado de presunción, típico de su clase por lo demás: el de creer que la política y la historia la hacen los dirigentes, capaces de iluminar y de dirigir el proceso, permutando su carácter privilegiado en lo económico por una situación de *dirigentes* en lo social y político. ¿No estamos aquí en presencia de la característica señalada por Gramsci, que lleva a ciertos grupos de la burguesía a inclinarse hacia la izquierda, pero a condición de "realizar ellos —de otro modo— la hegemonía de su propia clase sobre el pueblo"? Y, fundamentalmente, ¿no estamos en presencia de

(1) Etcheopar, "Esquema de la Argentina", páginas 98 y 165. Mario Amadeo, "Ayer, hoy, mañana", páginas 89, 98, 99.

(2) Mario Amadeo, obra citada, Capítulo noveno; y "Por una convivencia internacional", 1954, especialmente Capítulo VIII.

la actitud última de esos grupos que, cuando se ven ante el problema de llevar a la práctica sus posiciones teóricas, retroceden hacia la defensa de los valores de su clase?

Ellos también intentaron el juego de querer gobernar, según decían, para el pueblo, pero sin la intervención del pueblo, Eligieron, y hoy se encuentran compartiendo las mismas posiciones con sus supuestos enemigos ideológicos. O, como dice el mismo Gramsci con más vigor, ante la crisis han vuelto al redil.

Todo lo apuntado respecto del comportamiento de las clases medias en la actual coyuntura, le es aplicable a la Intransigencia, desde luego, pero con mayor amplitud. Los desilusionados son dentro de ella más desilusionados que en cualquier otro sector, los rebeldes son los más exaltados de los rebeldes, y, como buenos miembros de la clase media pasan fácilmente de la ilusión que casi siempre recataban a una especie de dervichismo izquierdista. Pero éstos son la excepción: al fin y al cabo la Intransigencia expresa a los grupos de la pequeña burguesía que han arribado al poder, y que por ese hecho se sienten no sólo partícipes de la posición y ventajas de las clases altas, sino también ingresados a ellas. Todavía más, partícipes de lo que experimentan seguramente como un crecimiento efectivo del país, puesto que realizan en sí mismos un cambio de situación a todas luces ventajoso. Con todo, y a pesar de ser esa impresión en gran parte ilusoria, no deja de expresar algo de verdad: aunque convertidos en instrumento de las clases altas y del imperialismo, participan, como tal instrumento, de un proceso de transformación, de un cambio que es en cierto modo una ampliación al modificar una situación ya estática. Esto es muy notable en algunas provincias que están efectivamente desarrollándose y donde las clases medias se ven desempeñando una labor positiva. Aunque lo que está ocurriendo es casi exclusivamente un simple traslado de energías de unas áreas económicas y geográficas a otras, los puntos beneficiados por ese traslado (especialmente las zonas de radicación de industrias extractivas: Córdoba, Salta, Santa Cruz, Mendoza, Buenos Aires) van a ingresar en un período de progreso que atrae irresistiblemente a las clases medias. Por otra parte, se encuentran con que la situación les permite, en nombre de ese progreso, perseguir a la clase obrera con buenos justificativos, con *razones éticas*. Es común oír hoy, en boca de intransigentes, expresiones de condena contra un proletariado "que no sabe comprender las exigencias del proceso". Los intransigentes pueden ahora descargar no sólo el resentimiento acumulado durante el peronismo contra los "cabecitas negras", sino también la humillación de haber tenido que cortejarlos durante el período electoral. "Vuelven al redil", sí, y además con buena conciencia.

DE NUEVO LA IZQUIERDA

He hecho una especie de viaje circular, y aquí estoy nuevamente cerca del principio. No ha sido el mío un viaje desinteresado, ni tampoco un viaje solitario, realizado con mis solas fuerzas: he ido acompañado por muchos otros que lo realizaron antes que yo, apoyado en el esfuerzo de varias generaciones que han intentado reconocer este país y utilizar su conocimiento para modificar una situación que se nos revela injusta. Pero no basta conocer, es necesario actuar. Es relativamente fácil historiar los fracasos; la cuestión es ¿será posible evitarlos, cometer menos errores en el futuro? Pero ¿en realidad nos hemos equivocado tanto? ¿Han sido tan estériles nuestros esfuerzos?

Decía al principio que nuestras izquierdas parecen oscilar entre la desorientación y el escepticismo, la irritación y la ira. ¿Es exacta esa apreciación? Algo hay de eso, y existe cierta tendencia en las izquierdas a justificarse, a señalar lo acertadas que eran sus desconfianzas, a buscar epítetos contra las figuras visibles de un proceso que al mismo tiempo declaramos inevitable.

Cuando comenzó ese curioso juego que llevó al 23 de febrero, la izquierda tomó dos actitudes: algunos, siguiendo una línea ya trazada, anunciaron que la decisión electoral carecía de importancia, que la pequeña burguesía era impotente para manejar un proceso de liberación, que se iba probablemente hacia el fascismo, y que la única salida estaba en la toma futura del poder por el proletariado. Otros, los más numerosos sin duda, creyeron que era necesario optar. Señalaron los límites que tenía la Intransigencia, la posibilidad de que su defección fuera inmediata, pero entendieron que había que apoyar a la historia aun así, en este paso, en este paso equívoco y limitado, para no correr el riesgo de salirse de la historia nuevamente, tal como había ocurrido durante el peronismo. Pensábamos —y lo decíamos— que solamente en el mejor de los casos era posible que la llegada de la Intransigencia al poder asegurara durante un limitado período de tiempo un umbral de maniobra. Ese umbral iba a estar dado sobre todo por la probabilidad de que el movimiento obrero gozara de una relativa tranquilidad para actuar, con la ventaja de que el proletariado no iba a estar enajenado ni en una actitud ni en un partido de clase media, ni en las necesidades de la burguesía, como lo estuvo durante el peronismo. Ese umbral iba a estar dado también por la relativa resistencia de la industria local a entregarse sin negociación y sin lucha y por la tendencia propia de la clase media a tomar determinados tipos de medidas, tanto por demagogia (a fin de convertirse en dirigentes del proletariado) como por reconocimiento instintivo de que ésa es su única posibilidad de subsistir.

Lo que está pasando no ha desengañado en verdad ni a unos ni a otros. Unos pensaban sobre todo en el desenlace final del proceso, otros en el proceso mismo como posibilidad abierta durante su trascurso. Las cosas no han ocurrido de un modo demasiado diferente a lo previsto. Tal vez, sin duda, algunos elementos de ese proceso han adquirido un ritmo más rápido de lo esperado, pero ¿quién puede alabarse de no equivocarse nunca, y quién pretende acertar siempre? Ya se ha dicho: lo importante no es no equivocarse; lo importante es aprender de los errores. Y el proceso actual no es tan lineal, no está tan exento de contradicciones como para que nuestros errores puedan calificarse de algo más que de errores de cálculo. Ya volveré sobre eso. Pero, antes, creo que es oportuna una aparente digresión.

Si expresamos por anticipado cómo se iba a desarrollar este proceso ¿por qué ahora tanto desconcierto y tanta ira? Varias son las causas, pero responden a un solo origen. Racionalmente, es cierto, expusimos con cuánta frialdad interveníamos en todo lo que estaba ocurriendo, pero esa actitud no respondía a nuestro movimiento instintivo en favor o en contra de la Intransigencia. Y hasta ni siquiera fuimos bastante precisos al formular nuestra posición, prefiriendo dejar ciertas cosas en la penumbra. Unos no podíamos superar el resquemor que nos producía el properonismo de la Intransigencia, secreta y a veces inconcientemente condicionados por los prejuicios de la clase media en la que estamos todavía más encastrados de lo que quisiéramos confesar. Otros, y por las mismas causas, veíamos en la Intransigencia la posibilidad de realizar el sueño tantas veces postergado de hacer una *revolución* a nuestra medida: esa confusa revolución en la que queremos conquistar el poder sin destruir demasiado las estructuras en las que, al fin, no nos sentimos tan incómodos. ¿Y hasta qué punto inconfesable tanto los que nos declaramos por la revolución obrera pura como los que postulamos un proceso de transición, tanto los que rechazamos en bloque el peronismo y el frondizismo como los que quisimos confiarles a ellos la tarea, no estamos buscando pretextos para abdicar de la obligación que nos hemos impuesto de transformar estas estructuras que declaramos injustas y caducas? ¿No es acaso una tarea realizada contra nuestras tendencias naturales? ¿No exige esa tarea una especie de suicidio, que tenemos que declarar voluntariamente necesario?

No nos engañemos: la izquierda objetivamente está en el

proletariado, pero nuestra izquierda consciente es fundamentalmente de clase media; y aun los grupos más conscientes del propio proletariado, por su misma politización —que no es otra cosa que culturalización— son más presionados por el condicionamiento de la sociedad global de lo que nos queremos confesar. Unos y otros debemos tomar claro conocimiento de eso, animarnos a reconocerlo para poder superarlo: matar al *hombre viejo* que todos llevamos dentro, suicidarnos para renacer de veras.

Todavía pesan mucho en nosotros las ideas del viejo liberalismo, porque responden a una estructura cultural periclitada, pero que una sociedad global atrasada conserva como producto de un desarrollo deformado. Aun no hemos incorporado vitalmente la perspectiva correcta que corresponde a un país periférico, ni nos hemos acostumbrado a mantener una guardia permanente contra la tendencia a aceptar conceptos que pueden ser válidos para los lugares que actúan como centros de estructura pero que, desde nuestro punto de vista, exigen siempre alguna corrección, por ligera que sea.

No nos equivocamos cuando elegimos, el 23 de febrero. No debemos cobrar vergüenza a posteriori, porque eso sería extraer una conclusión incorrecta de la experiencia; el 23 de febrero las izquierdas en su conjunto rompieron en los hechos con varios de los prejuicios que nos ataban al viejo liberalismo: por primera vez las izquierdas no confundimos la razón con el racionalismo, por primera vez aceptamos que las tendencias irracionales del pueblo deben ser distinguidas del irracionalismo de las clases dominantes, por primera vez fuimos capaces de distinguir entre las limitaciones de nuestra situación y nuestra estructura y las posibilidades objetivas de transformación y liberación. Debemos ser ahora capaces de volver a tomar distancia y dar un paso hacia adelante, pero no podemos recaer en los viejos prejuicios. Aunque nos veamos tentados de sentirnos traicionados, tenemos que ser capaces de reivindicar lo que en ese momento supimos hacer: elegimos aliados peligrosos, con clara conciencia del peligro. No tenemos que permitirnos ahora sentirnos culpables de ilusiones que en ese momento no alentamos.

El 23 de febrero votamos por una propuesta dinámica contra una propuesta estática. A nadie, salvo a algunos extraños y raros individuos, le gusta profetizar, pero es posible establecer algunos de los lineamientos de la situación con la que vamos a enfrentarnos. El mundo capitalista va a reajustar todas sus defensas y a poner en una sola línea sus cuadros. Objeto preferente de ese alineamiento van a ser los países periféricos, sobre los cuales, y a expensas de los cuales, va a pretender subsistir el sistema.

La situación geográfica de Latinoamérica nos acuerda un papel de primer plano en esa dudosa distinción. El centro del orbe capitalista está dispuesto a tratar de superar las diferencias y las contradicciones internas, aun a costa de algunos sacrificios, para subsistir en su conjunto: viejas estructuras y viejos prejuicios están siendo dejados de lado por las burguesías nacionales. La última reforma monetaria y cambiaría simultánea de los principales países de Europa, así como los continuados esfuerzos para superar las limitaciones nacionales y construir organismos regionales, no tienen otro sentido: las burguesías dejan, al menos en la intención, de ser nacionalistas (1). Diversos esfuerzos de todo tipo tratan de asegurar en los países dependientes condiciones que hagan más fácil la continuación del dominio. La Iglesia católica abandona sus prejuicios contra el protestantismo y contra el capitalismo, reconociendo el hecho de que forma parte de las estructuras de Occidente tal como ellas son. Según se encarga de subrayar *Visión*, el Vaticano apoya al panamericanismo: "El ideal panamericano, citan de un reportaje hecho a monseñor Samore, es una realidad que está en marcha. A todas luces no es un enemigo de la Iglesia y muy fácilmente podría ser un aliado. La Iglesia no sólo reconoce al

panamericanismo como una realidad sino que tiene intenciones de darle todo su apoyo". Al mismo tiempo, en Estados Unidos se coquetea con la idea de tener un próximo presidente católico. Mientras tanto, Norteamérica no tiene inconvenientes en reconocer que realiza esfuerzos para dominar las organizaciones obreras de Latinoamérica (2).

Las clases dominantes de los países dependientes tratan de amoldarse a la nueva situación. ¿Qué otra cosa representa entre nosotros el lento viraje de los partidos conservadores de todos los matices, liberales, laicos y católicos, y su cada vez mayor acercamiento al gobierno? ¿Qué otra cosa significa el *realismo* de los nacionalistas a lo Mario Amadeo, dando por superado "el Estado Nacional como un fin en sí mismo"?

Es dudoso que entre nosotros los acontecimientos tomen un giro catastrófico. Quien lo espere, y fle a eso su acción, es posible que reciba algunas satisfacciones psicológicas, pero muy posible también que gire sobre hechos que no van a ocurrir. El capitalismo está en receso, es cierto, pero eso no significa que la declaración del estado de sitio o las movilizaciones en nuestro país sean la propedéutica de la revolución social. Las necesidades actuales del imperialismo no van a convertir a la Argentina en un desierto poblado por peones famélicos. El proceso va a ser más complejo y contradictorio, en gran parte la continuación de una historia que es la historia patria íntegra:

De todo lo dicho podemos extraer algunas conclusiones.

La acción del gobierno, plegada al plan del país central, va a agregar algunos circuitos de circulación más al antiguo sistema, lo que dará ciertos márgenes de expansión. Nuestra economía se va a ampliar en algunos aspectos, abriendo, como ya lo dije, algunas nuevas fuentes de riqueza, y creando un ciclo de prosperidad. Esa prosperidad va a beneficiar exclusivamente a las capas superiores de la población, pero, a la vez, va a engrosar esas capas con algunos aportes de clase media, formados especialmente por técnicos. Sectores de las clases medias —incluidos esos nuevos grupos— van a adherir a la nueva situación, enajenándose en ella. Y no debe excluirse que ciertos sectores superiores de las clases populares tomen una actitud igual.

Las clases altas van a cerrar sus filas, tratando de usar como masa de maniobra a esa parte de la clase media. Es probable que asistamos poco a poco a la desaparición del conservadorismo laicista, para ver la agrupación en un solo movimiento, con predominio católico, de todas las fracciones de derecha, que admitirá dentro de sí —sin mayores inconvenientes— todo tipo de contradicciones secundarias. Ya estamos asistiendo a la disolución del conservadorismo tradicional, convertido poco menos que en un melancólico y caótico resto arqueológico. Y estamos viendo también cómo coinciden fracciones importantes de la democracia cristiana y del Partido Demócrata Progresista (aunque seguramente por ahora los erizará admitir tal hecho) en las posiciones más importantes (3).

El país será nuevamente deformado, habiéndose frustrado una oportunidad de acelerar su proceso de liberación: sus estructuras económicas se desarrollarán nuevamente en un sistema cuyo centro estará colocado fuera de nuestras fronteras, y nuestras estructuras totales se adaptarán a esa deformación. No produciremos para nosotros o del modo que exige nuestra perspectiva o una perspectiva mundial de desarrollo libre, sino de acuerdo a las necesidades del reordenamiento imperialista, y tendremos nuevamente una *ideología* acorde con ese adecuamiento: nuestra *inteligencia* colonial se adaptará también a la nueva situación y será reforzada por los hijos de la clase media enajenada. Ya en la práctica tal fenómeno ha ido ocurriendo, y no desde antes

(2) *Visión*, 5 y 19 de diciembre, páginas 18, 23 y 20, 54, respectivamente.

(3) No tiene importancia que —como lo previenen las *Hanson's Letters*— Frondizi termine por ser desalojado por "una dictadura militar al ver que las decisiones tomadas en el exterior no resultan sustitutos de las necesarias medidas internas". Puesto ya en marcha el "proceso", no es más que un mero detalle, el que uno u otro grupo aparezca como su instrumento visible. Es notorio que el actual equipo está más que dispuesto a tomar las "necesarias medidas internas".

(1) De Gaulle, que despectivamente acusaba a los partidarios de la Unión Europea de "hombres sin raíces", es hoy propulsor de esa Unión y no tiene inconvenientes en incorporar a su gabinete a sus antiguos enemigos.

de ayer: *Sur* está ya más ligada a la embajada de Estados Unidos que a la francesa o a la inglesa y hombres que hasta ayer eran rebeldes laicistas y progresistas modifican, sin advertirlo seguramente, sus posiciones.

A la vez, ese desarrollo va a consolidar el poder de las viejas clases latifundistas, al aumentar su poder económico por el aumento del valor de la tierra, por las nuevas formas de explotación que se van a introducir, por su alianza con la industria y su adhesión al nuevo centro imperial. El capital imperialista que va a ser dueño de nuestra economía básica, va a introducir los métodos de la moderna empresa aun en la explotación agropecuaria, induciendo a las clases altas locales a seguir su ejemplo: el *Rancho King* va a reemplazar a *La Martona*. Por una paradoja de la historia, un partido que se presentaba como revolucionario va a enseñar a nuestros conservadores a adaptarse a los nuevos tiempos, reintroduciendo la idea de progreso en sus fuerzas ya un poco decadentes. Pero eso no es la primera vez que ocurre en nuestra historia.

Como contrapartida, también van a ocurrir otras cosas: El proletariado va a perder su nivel de vida, en términos generales. Se creará un "ejército de desocupados", quizás permanente, tal como los dos millones de "desocupados por razones técnicas", existentes en Estados Unidos. Grandes sectores de las clases medias se van a proletarizar. El nuevo corset que se va a aplicar al país, aunque algunos números más grande y de estilo más moderno, va a ser insuficiente para dar cabida a su crecimiento. Y eso en muchos aspectos: En algunos casos, la propia acción imperialista va a crear sus contradicciones: Se formarán algunos núcleos de proletariado industrial en algunos lugares que ahora son exclusivamente agrarios o donde ahora sólo existe el desierto; aumentarán las vías de comunicación, aumentando la cohesión del cuerpo social; los grupos dirigentes nativos desarrollarán nuevas ideas de autonomía; se producirán fricciones entre la producción nacional —de propiedad nacional o imperialista, eso no importa para el caso— y la producción de otras dependencias del imperialismo o aun del propio centro imperial: cuando se resuelvan en contra del país, los conflictos implícitos del sistema se van a agudizar (y no será difícil que aun los propios capitales imperialistas alienten ciertas formas de nacionalismo, como ya ha ocurrido); seguiremos siendo productores de materias primas para mercados exteriores, manteniéndose la división internacional del trabajo bajo otras formas: nuestra balanza de pagos va a continuar sufriendo la presión del deterioro de los términos de intercambio, lo que va a sumarse a la remesa de réditos y devolución de préstamos; adquiriremos nuevos préstamos para pagar los anteriores, como ya está ocurriendo en otros países latinoamericanos; las provincias interiores perjudicadas por la nueva deformación van a producir centros de resistencia (como ya está sucediendo en algunos casos); algunos grupos de las capas superiores de la población van a descubrir con desencanto que el imperialismo no suele cumplir las promesas que hace: los monopolios van a absorber a nuestros despreocupados y alegres libreempresistas o van a liquidar sus empresas o van a estrangular sus industrias, y los puestos de gerentes no van a ser tantos como los perjudicados; es muy probable que los *mativos* ocupen sólo lugares secundarios en las progresistas empresas extranjeras.

El gobierno de los empresarios y de los izquierdistas *maquiavélicos* está retrasando el proceso de liberación nacional, está destruyendo condiciones que ya existían como base de ese proceso; pero no deja de ser cierto que, en un sentido muy diferente del que ellos le atribuyen, también está creando condiciones para una nueva fase de la lucha.

El proceso va a ser complejo y contradictorio, tal como ha sido siempre. Es conveniente que las izquierdas nos hagamos a esa idea. Si adoptamos tonos de profecía apocalíptica, si jugamos a la depresión, volveremos a cometer errores que pueden ser, ellos sí, trágicos. Tenemos que adecuar nuestra

perspectiva a la nueva realidad, porque de nosotros depende que el retroceso impuesto al país no cobre caracteres perdurables. No nos vamos a seguir enfrentando con la vieja derecha, sino con una nueva derecha, de la que el ejemplo que tenemos ante los ojos y la experiencia del peronismo nos debe anticipar ciertos caracteres. Una derecha que por un tiempo será optimista; unos conservadores que por un tiempo serán progresistas. Nos vamos a enfrentar con el Orden y el Progreso, hasta que vuelva a ser el Orden el que predomine. Las democracias cristianas serán nuestro más probable enemigo, con algunas formas *criollas*, a lo Solano Lima o a lo Frigerio.

No debemos hacernos a la idea de que vamos a trabajar sobre una realidad inmediatamente constreñida, sino sobre una realidad en que una clase dirigente de nuevos ricos pregonará el triunfo del Progreso, la infinita alegría del *desarrollo* y del *dinero*. Una sociedad global como la que vamos a tener entre las manos, que nos va a invadir, va a oscilar entre la mano fuerte con el proletariado y el whisky para los jóvenes dóciles —como ya está ocurriendo. ¿Es demasiado obvio volver a recordar al juarismo? ¿Que la democracia cristiana no corresponde a una descripción como ésa?: también en Italia nos encontramos con una democracia cristiana con sus escándalos y aire de nuevos ricos.

Un país deformado y constreñido en algunos aspectos, pero también un país en crecimiento a pesar de eso. Un país fácil para algunos, duro para otros. Con nuevas frustraciones, con nuevas posibilidades a pesar de esas frustraciones.

¿No ocultaba la época dorada del alvearismo el fin de las *vacas gordas*; no fué uno de los momentos de mayor deformación cultural? ¿No llevó el alvearismo al justismo? Y durante la década del 30, cuando todas las contradicciones del régimen imperialista se hacían sentir agudamente, descargándose sobre los países periféricos como en nuestro caso, ocasionando las primeras desocupaciones en masa conocidas en el país, quitando todo recato a nuestras clases altas, el país crecía por caminos aparentemente impredecibles.

Los años duros del 30: La clase media lloraba sus ilusiones frustradas; no se había realizado ni el sueño radical ni el sueño liberal de la Alianza socialista-demócrata progresista; la clase media no era capaz de conquistar realmente el poder. Las clases altas exhibían su cinismo: el vicepresidente de la República, el hijo del conquistador del desierto, iba a mendigar a Londres; los pistoleros hacían política; los descendientes de los próceres intervenían en negociados. Fraude: los radicales bramaban de rabia y de impotencia, pero también ellos participaban en negociados y en convenios. Años duros: en Puerto Nuevo se apretaban los ranchos de lata y cartones, y la gente iba a verlos como quien hace una visita a un planeta extraño. Se cantaba *Yira-yira* y *¿Dónde hay un mango viejo Gómez?* La *juventud dorada* de los dorados y grasos años alvearistas abandonaba los fuegos artificiales, el gauchismo de Güiraldes y los chistes en verso, y se ponía metafísica: Martínez Estrada gemía sobre el hundimiento del mundo, *Mallea* enumeraba las lacras de su mundo, *Marchal* se convertía al catolicismo. Los hombres de Boedo insistían en su literatura de protesta, de descripción del mundo de los oprimidos. Arlt proponía levantar cadenas de prostíbulos para pagar la revolución. Pero en esos mismos momentos se multiplicaban las fábricas, y los peones rurales comenzaban a abandonar sus pagos tristes y miserables para enrolarse como proletarios industriales.

No se va a tratar solamente de una prosperidad superficial y ficticia, montada sobre la miseria del pueblo, sino también de un crecimiento que va a pugnar por aparecer por debajo de todo eso, que va a pugnar por romper los estrechos moldes en que lo han introducido. Las izquierdas no podemos jugar a la depresión. Las contradicciones van a provenir, justamente, de todo ese complejo proceso, pero sobre todo de que las estructuras capitalistas tal como son en su actual fase imperialista no pueden encuadrar aquel crecimiento. Y ese

constreñido —ahora sí— mundo en expansión es, precisamente, un mundo revolucionario. Sería volver a ver bizcamente olvidar que todas las revoluciones —las revoluciones reales, no los motines ni las rebeliones— ocurren cuando el crecimiento social no puede ser ya contenido en las estructuras vigentes. No debemos engañarnos: lo que de revolucionario tuvo el peronismo se debió al crecimiento del país, y Perón fué sobre todo la resultante de ese crecimiento.

Nuestra lucha contra las injusticias actuales, contra los abusos del régimen, no puede hacernos perder de vista los objetivos finales, ni hacernos soñar tampoco con que el Milenio, la Aurora Roja, ocurrirán el año próximo. Sólo nos toca trabajar por ese mundo que queremos, sabiendo efectivamente que este mundo está caduco.

¿Será demasiado insistir recordar que no debemos caer en el racionalismo, que es imposible que retrocedamos al espíritu que legiferaba creyendo construir el futuro? Ya hasta los más anquilosados juristas han aprendido cuánto tienen de impredecible los hechos circunstanciales llamados a ser introducidos dentro de las leyes que preparan. Entre quienes abandonan el destino del hombre a fuerzas extrahumanas, y fabrican una historia al mismo tiempo inmovible por estar regida por destinos y mecanismos más fuertes y más sabios que el hombre e impredecible por ser afectable por los más inesperados caprichos, y quienes pretenden montar una historia regida por esquemas capaces de predecir hasta los acontecimientos semanales, no hay en el fondo diferencia. Unos y otros caen en lo mismo: en la exclusión de la intervención humana en esa historia, porque el racionalismo no es sino la otra cara del irracionalismo declarado y ambos excluyen la razón de su perspectiva. Una historia con sentido admite, justamente, a la razón, y la razón admite un porcentaje de azar, de circunstancia, de irracionalismo.

A veces suele preguntarse qué otra cosa pudo haber hecho el gobierno en lugar de hacer lo que hizo, y, curiosamente, esa pregunta, que tiene efectivamente aire de interrogación en boca de algunos de los *izquierdistas oficiales*, asume tonos afirmativos en boca de la derecha tradicional: no pudo hacer sino lo que hizo, aseguran desde Alsogaray a Cueto Rúa. Como he tratado de señalarlo, el gobierno pudo haber hecho otras cosas, además y en cambio de las que hizo y hace. Se dice que se ha adaptado a la línea de la realidad. Pero ¿de qué realidad se trata? Sólo de una parcela de la realidad: la que impone la perspectiva de nuestras clases altas, la misma realidad que se ve desde el punto de vista que adopta un Mario Amadeo o al hasta hace poco execrado Cueto Rúa; un punto de vista que no está ubicado aquí, sino en el centro que domina el sistema. La realidad es contradictoria, lleva en sí fuerzas opuestas, varias posibilidades. Se eligió, de esas posibilidades, una. Este gobierno, que se embarcó, por ejemplo, en un desenfrenado emisionismo de costos, que llegó en los primeros días de diciembre a 180 millones diarios, terminó aceptando el plan antiinflacionista del Fondo Monetario, sin detener por eso el emisionismo. Un gobierno del que forman parte hombres que durante años hablaron de las posibilidades que una política de inflación ofrece para el desarrollo de los países periféricos, cuando se realiza una inflación de inversiones. No se trata de que la realidad constriña hasta tal punto que sólo quede una salida, ni de que haya que luchar contra la realidad: se trata de apoyarse en una faz de esa realidad contra otras, de elegir determinados caminos en lugar de otros. Lo que ocurre es que la elección de algunos caminos lleva a la revelación de la faz de la realidad que los hombres del gobierno no quieren revelar. Si el gobierno hubiera elegido esos caminos —aun tal vez destinados al fracaso— el umbral del que nosotros deberíamos partir sería quizás diferente. Eliot (ya dije que es reconfortante apoyarse en ciertas opiniones), Eliot recuerda que "Lo que pudo haber sido es una abstracción —que permanece como una perpetua posibilidad— sólo en

un mundo de especulaciones". Y tiene razón. Pero es conveniente a veces especular un poco, justamente para no terminar renunciando a la razón.

Estamos ya ante una realidad nueva. Debemos tenerlo en cuenta. Esa realidad nos ofrece nuevas tareas, nuevos horizontes; comprende desde las nuevas necesidades del imperialismo hasta la existencia de los satélites y de los planetas artificiales, desde el crecimiento del país dentro de su nuevo corset deformante hasta el achicamiento del mundo por obra de los nuevos medios de comunicación (y los proyectiles, desde que el hombre es hombre, también han sido siempre *medios de comunicación*).

Esa realidad nueva, desde luego, será fundamentalmente la misma realidad, pero con nuevas perspectivas, con nuevas circunstancias, con no pocos problemas inesperados. Es posible que se produzcan diversos reagrupamientos de fuerzas, que ya parecen dibujarse, aun que se mantengan los rótulos partidarios. Las derechas ya han tomado posiciones semejantes, y nuestro sistema electoral, de seguir vigente, puede acelerar la polarización. Seguirán gruñendo y presionando al gobierno, y los representantes directos de las fuerzas patronales tratarán de tener una cada vez más activa participación en el poder político. Es posible que el gobierno intente mantener una posición bonapartista, tratando de equilibrarse sobre las diferencias de clase, pero difícil que lo logre. Cada día será más prisionero, más instrumento de los que él creyó quizás llamar como aliados. Sus tentativas bonapartistas son, con todo, visibles: Aparentemente ha iniciado una vasta maniobra, de acuerdo con dirigentes peronistas y tal vez con el mismo Perón, tratando de dividir al peronismo en varios grupos: unos independientes, o aparentemente independientes, para que absorban la irritación que la política económica oficial va a provocar —y, de paso, sirvan de amenaza contra el propio partido oficial y como instrumento de chantaje respecto de las fuerzas armadas; otros *integracionistas*, que se plieguen a maniobras más inmediatas. Tratará igualmente de maniobrar con la burocracia sindical, y no sólo con la peronista, intentando manejarse con los resentimientos políticos y los prejuicios jerárquicos que dividen a las propias fuerzas del trabajo.

No es imposible que el gobierno alcance algún éxito dentro de ciertos límites, tal como lo ha logrado varias veces, al levantar delante de las clases medias el fantasma del peronismo y delante de éste el espectro gorila. Pero no es tan seguro que ese éxito pueda repetirse durante mucho tiempo: los amos reales del poder y los grupos de presión que el imperialismo maneja están imponiendo su política, y el gobierno tiene cada día menos fuerza, menos ámbito de maniobra para resistir, aun comprendiendo que es políticamente suicida no hacer algunas concesiones demagógicas. El partido oficial ya no ofrece casi otras resistencias que las que se refieren a este problema, ya no ve otra cosa sino la impopularidad asfixiante en que está cayendo, pero todos sus esfuerzos para lograr algún paliativo a la situación chocan, no con la *inevitable* del presidente de la República, sino con la de los planes del imperialismo.

¿Va a ser posible aplacar y manejar a la base sindical, aun contando con la complicidad de ciertos dirigentes? ¿Va a ser posible dominar una situación en la que la lucha de clases se integre con la xenofobia, cuando los obreros chocan con un patrón —capataz o gerente— que será al mismo tiempo un gringo? ¿No molesta ya la ostentación de los aviadores de la base de Ezeiza a la clase media que se ve obligada a tratar con ellos? Problemas muy alambicados llenan de preocupaciones a nuestra izquierda oficial. Por ejemplo, han descubierto ahora que nuestros principales yacimientos minerales están en lugares inhóspitos y poco amables, adonde es posible que no quiera afluir la mano de obra, a pesar de los altos sueldos que están dispuestas a pagar las compañías extranjeras. Se interrogan entonces si será posible lograr esa mano de obra manteniendo las formas democráticas, o si será nece-

sario recurrir a la compulsión? ¿Que trato tendrán pensado que es conveniente utilizar para manejar las huelgas que inevitablemente ocurrirán?

En un mundo concreto aproximadamente semejante a ése es que vamos a tener que trabajar. En conjunto, la izquierda ha aprendido mucho; en una sola generación hemos pasado por experiencias excepcionales: la guerra, la *guerra fría*, el levantamiento de los pueblos de Asia y de África, el justismo, el peronismo, el gobierno militar, el frondizismo. La situación tiende, además, a que se produzca una polarización de fuerzas de izquierda, tal como ocurre con las derechas. Existen muchos signos —creo haber apuntado algunos— de que aquélla experiencia ha sido realmente asimilada o lo está siendo lentamente, y que existen las condiciones teóricas y de hecho para que un trabajo en común pueda ser emprendido. Por primera vez los factores internos coinciden exactamente con los externos para facilitar esa posibilidad: la simplificación de los campos, al pasar la Argentina a ocupar una posición análoga a la de los demás países dependientes, contribuye a ello. Pero ¿seremos capaces de utilizar operativamente esa experiencia y las nuevas condiciones?

Es posible enumerar los obstáculos que se oponen a tales tendencias.

Las izquierdas tradicionales, con fuerte predominio de clase media en su seno, y, sobre todo, en sus cuadros, se inclinan fácilmente a la atomización y al sectarismo, por su misma falta de inserción en intereses reales, muy al contrario de lo que ocurre con las derechas, que abandonan con suma rapidez sus diferencias ideológicas en defensa de su realidad. La vanidad, los encasillamientos en sutiles diferenciaciones teóricas, los personalismos, no son más que manifestación de nuestra procedencia clasista, y pueden gravitar para impedir una acción común. El peronismo de izquierda, por su parte, y las bases sindicales peronistas, arrastran una tradición de intolerancia y de soberbia, que hace difícil tratar con ellos. Parte de esa intolerancia es justificada, por la persecución que el peronismo sufrió durante estos últimos años. Pero también ellos causaron agravios cuando se sentían dueños del poder. ¿Seremos capaces de superar ese tipo de agravios mutuos? La nueva situación puede contribuir a que eso suceda más rápidamente de lo que es dable esperar, superando diferencias y prejuicios. Es inevitable que el peronismo barra a sus dirigentes si éstos persisten en hacer el juego de la derecha. Y que la base esté dispuesta a superar sus resquemores, tal como ya lo hizo respecto de la Intransigencia el 23 de febrero. Claro está que esta vez habrá otras dificultades, de las que no es la menor el propio Perón —poco dispuesto a inclinarse realmente hacia la izquierda y a abdicar de su papel de árbitro de la política argentina. Pero los hechos van a empujar fuertemente aun al mismo Perón, y éste tendrá que caminar nuevamente delante de sus tropas, o es posible que sea poco a poco superado, tal como en parte ya lo está siendo. ¿Será capaz, con todo, el peronismo, de eliminar su complejo de partido mayoritario? Deshecho como partido, no es imposible que así suceda respecto de las fuerzas obreras. La derecha, al dividir al Movimiento Peronista (complejo y heterogéneo) siguiendo líneas casi clasistas, ha obrado a pesar suyo en ese sentido. Pero, a la inversa ¿seremos nosotros capaces de olvidar nuestros prejuicios y nuestros agravios respecto del peronismo? Son visibles los esfuerzos y el progreso que se ha logrado ya. El tiempo y las condiciones que se están creando obran a nuestro favor, ya que todos

vamos a ser víctimas conjuntas de esas nuevas condiciones.

Todos esos problemas, nada más que de hecho, serían fácilmente superables. La cuestión es que debajo de ellos se ocultan problemas más hondos. Sin que el peronismo englobe a toda la clase obrera, es evidente que en sus filas milita la inmensa mayoría de la clase obrera: de ahí su tendencia a confundirse con el único movimiento con derecho a hablar en nombre de la sociedad global —del pueblo, como se suele decir en términos políticos— ya que todo grupo clasista tiende a considerarse la sociedad entera o su legítima expresión. En cierto sentido eso se ve agravado porque la pretensión del movimiento Peronista de expresar toda la sociedad es justificado hasta cierto punto, pues él efectivamente representó casi exclusivamente las tendencias de crecimiento del país, en tanto los demás partidos —sin excepción alguna— representamos durante el período peronista, aun a nuestro pesar, las tendencias estáticas. Eso ya no es tan cierto en las nuevas condiciones, pero conserva algo de vigencia en cuanto el peronismo sigue englobando a la mayor parte de la clase obrera. Y tiene mayor gravedad por el hecho que ya he mencionado reiteradamente: la composición de clase media de las izquierdas tradicionales (y tampoco excluyo a nadie de esta generalización). Nuestra repugnancia ética a tratar con el peronismo, nuestra tendencia a creerlo absorbible por nuestras respectivas organizaciones, nuestros brotes de gorilismo, enmascaran muy a menudo el conflicto clasista que aun no hemos resuelto.

Nuestro porvenir, la posibilidad de que nuestra tarea y nuestros esfuerzos por construir una sociedad distinta sean fructíferos, dependen de que seamos capaces de superar todos esos obstáculos, de superar prejuicios y agravios, de que sepamos ser hombres nuevos para una nueva situación. Muchos de entre nosotros nos hemos dado a pensar en los detalles concretos de una acción que vemos perfectamente que debe ser común. Previo a todo eso es necesario que superemos, vital y profundamente, resquemores que en la mayoría de los casos no son sino la expresión del temor que tenemos ante el mundo nuevo que queremos ayudar a construir, del temor a la destrucción de este mundo que, con todas sus deformaciones, nos ofrece la seguridad, la falsa seguridad de lo conocido. La situación que vivimos nos empuja irresistiblemente hacia ese nuevo mundo, empuja hacia la muerte las viejas estructuras. Nuestra tarea consiste en colaborar en ese parto, en apresurar a la historia, en evitar otras posibilidades temporarias que puede provocar el mundo viejo al tratar de sobrevivir.

La tarea más difícil nos toca a nosotros, a los que hemos elegido voluntariamente desgarrarnos de nuestra clase, desgarrarnos de ese mundo viejo. Somos nosotros los que tenemos que superar más prejuicios y más limitaciones. Mucho nos hemos equivocado, pero la historia ha sido con nosotros muy generosa: se ha ocupado de desnudar delante de nuestros ojos el esqueleto del sistema y nos ha regalado una experiencia privilegiada. Si somos capaces de asimilar efectivamente esa experiencia, seremos dignos del privilegio que hemos tenido. Si no... siempre nos queda el camino de refugiarnos nuevamente en nuestra clase, en ese mundo viejo que vemos morir despiadadamente y que es capaz de producir actos despiadados. Siempre podremos pretender refugiarnos en "la abstracción —que permanece como una perpetua posibilidad— sólo en un mundo de especulaciones".

ISMAEL VISAS.

DE PROXIMA APARICION

LEON ROZITCHNER

PERSONA Y COMUNIDAD

ENSAYO SOBRE LA IDEOLOGIA DE LA AFECTIVIDAD EN MAX SCHELER

El espejo de la historia

Haquí que el país ha tomado un camino, o más bien Halguien lo ha tomado por él, en un compromiso no fácilmente revocable. El que lo tomó puede ser suave o brutalmente apartado del poder; no tenemos derecho a esperar razonablemente que quienes lo aparten de él cambien el rumbo que acaba de adoptarse. El camino que se ha tomado lleva a incorporar a la Argentina al mundo del presente; o más exactamente a la porción del mundo presente que le ha tocado en suerte, y ponerla a la altura del tiempo buscando, en condiciones en que no es posible regatear el precio, el auxilio del capital que ayer se llamaba imperialista y hoy no hay ningún motivo para llamar de otro modo.

Se trata, entonces, de utilizar estructuras que se renuncia "in limine" a cambiar, sin esquivar —antes, aceptando— el riesgo de ser utilizados por ellas. La elección es total, sin titubeos ni medias tintas; ese extremismo poco dispuesto a transacciones es lo único que queda de un estilo que fué revolucionario.

Esta toma de posición puede ser indignante; no tiene nada de sorprendente. Nace sin duda de una situación económica que no podría transformarse en sentido revolucionario sin un esfuerzo que sería peligroso solicitar del país. Pero esa peligrosidad se debe ante todo a la situación política: para que una línea económica distinta hubiese sido posible habría sido necesario que el "gran triunfo popular del 23 de febrero" hubiese sido en efecto un gran triunfo popular, y no una obra maestra cuyo mérito mayor es haber llevado al plano de la política de masas una maniobra que la Argentina oligárquica conoció de sobra: la doble maniobra extorsiva, sobre el gobierno impopular y la oposición perseguida, que alcanzó éxito en 1890-92 y de nuevo en 1930-32. Una maniobra de este tipo permite alcanzar el gobierno, pero obliga a utilizarlo con sabia prudencia, para buscar reemplazo al insuficiente apoyo político en un apoyo no gratuito de ciertas fuerzas económicas del país y de fuera de él. En 1932 el general Justo se aseguró sólidamente el poder organizando la explotación política y económica de la crisis en beneficio de ciertos grupos muy claramente identificables. Hoy la seguridad política proviene de un apoyo a la vez similar y de sentido opuesto: no se trata de utilizar el retroceso, sino el progreso nacional, por eso, al margen de la concreta coyuntura política, es menos inadecuado comparar al actual poder con el de Roca que con el de Justo.

Nada parece, entonces, más previsible, menos sorprendente que el actual rumbo nacional. En todo caso lo que tiene de sorprendente es ser el desenlace de una empresa política que no se fatigó de proclamarse revolucionaria. En este sentido es, sí, desconcertante, y lo más desconcertante es acaso la demasiado fácil aceptación que el cambio de rumbo ha logrado en un partido acostumbrado a denunciar no sólo las formas abiertas y tradicionales, sino las más hábilmente insidiosas, de penetración imperialista, en un país conquistado sucesivamente por dos movimientos políticos de signo antiimperialista. Sin duda, los que han votado por una suerte de general Cárdenas y encuentran que han elegido a una suerte de general Roca no dejan de protestar por la descortesía de no haberseles avisado con la debida anticipación. Pero más que la concreta política adoptada es la desenvoltura con que se los ha utilizado y burlado lo que los indigna: también ellos suelen admitir que la política seguida es la única posible. He aquí, entonces, un curso de hechos que merece que le concedamos alguna atención: un movimiento que se proclamaba revolucionario puede renegar totalmente de esa vocación sin provocar reacción sustancial alguna. Esta actitud es posible juzgarla moralmente, y condenarla; lo que ahora nos importa examinar es otra cosa: si la realidad nacional y la coyuntura

universal se adapta tan bien a un régimen conservador, si el movimiento en el poder está tan dispuesto a ejercerlo, si el país lo recibe con una apacible resignación muy parecida a la aceptación franca, ¿cómo es posible que hace dos años, hace seis meses, el movimiento ofreciera y el país aceptase soluciones revolucionarias? La explicación más frecuente tiene dos defectos: pretende ser ante todo una forma de vilipendio y es por añadidura perfectamente falsa. Esa explicación consiste en adscribir las anteriores posiciones revolucionarias a una intención demagógicamente electoralista. Para sostener esto es preciso ignorar que el programa intransigente impuesto al radicalismo fué por largos años exactamente lo contrario de lo que hubiera deseado la clientela electoral que quedaba a ese partido; si sin embargo se lo mantuvo no fué porque satisficiera a una masa de electores, sino porque lo juzgaban bueno algunos dirigentes que creían que los cambios radicales en él propuestos eran en efecto imprescindibles. Sin duda, confiaban en que esa opinión estaba destinada a ser finalmente compartida por la mayoría destinada a beneficiarse con los cambios, pero esa confianza era consecuencia y no causa de su fe en la bondad del programa. Es preciso olvidar que, por añadidura, la única elección victoriosa realizada por la intransigencia se caracterizó por la extrema moderación de su propaganda electoral: llevada a cabo cuando estaba ya perdida la fe en las posibilidades de atracción de un programa revolucionario, no fué sino el prólogo a la actual acción de gobierno.

Esa actitud revolucionaria, que no nació de la búsqueda del éxito inmediato, que era a la vez desinteresada y escasamente profunda, es lo que se querría entender. Pero 1958 no es la única fecha que propone este problema a quienes quieran comprender de veras lo que ha pasado en el país. Todas las grandes modernizaciones de la estructura nacional —modernizaciones esencialmente conservadoras en cuanto hicieron posible la supervivencia de rasgos básicos extremadamente arcaicos— surgieron de actitudes que se quisieron revolucionarias. Así ocurrió en 1880: en la prehistoria ideológica del roquismo caben casi todas las tentativas de negación del orden remozado en 1852. Pero, precisamente, la historia del roquismo es casi lo opuesto de su prehistoria: cuando Martínez Estrada nos recuerda que José Hernández concluyó sus días en el más plácido conformismo, sus críticos creen necesario llamar al psicoanálisis en auxilio del materialismo dialéctico para revelar qué abismos de abyección se ponen de manifiesto en este importuno recuerdo; acaso hacen mal en dejar de lado que, cualesquiera sean las razones que mueven a Martínez Estrada a recordarlo, el hecho es verdadero. El ejemplo de 1880 no es el único ni el más claro: la corriente revolucionaria que confluye en el roquismo es confusa y contradictoria: en ella van juntos el federalismo autóctono y un populismo que es el último y apagado avatar del romanticismo político y social de Francia; y todo eso es lo bastante inarticulado para ser sumergido sin resistencia bajo el alud positivista.

1852 proporciona, en cambio, un ejemplo mucho más claro. En nuestros manuales, y no sólo en ellos, se nos dice que en esa fecha comienza la realización de un programa articulado en 1837. Sin embargo no es fácil descubrir un acuerdo entre los hechos que siguen a Caseros y el programa de 1837. ¿Involución? En todo caso esa involución se da en un largo y sinuoso proceso en cuyo punto de partida podremos encontrar ya, a poco que pongamos alguna atención, los gérmenes de lo que en la realidad elaborada a partir de 1852 niega las esperanzas de 1837. Es esa involución y ese proceso lo que se quisiera revisar en estas páginas.

* * *

Acaso ningún grupo ideológico argentino se presentó al país con tan firme y arrogante seguridad de ofrecer el punto de partida para una *renovatio ab imis*, para una ruptura total y revolucionaria con el pasado como el de 1837. Es esta seguridad con que los hombres de 1837 opusieron sus propias opiniones al pasado con todos sus prestigios, al presente con todos sus modos concretos de presión e imposición, lo que hace que —al margen de las concretas ideas que sustentase— esta generación fuese en efecto revolucionaria. Esa actitud revolucionaria iba además acompañada de la presencia de ciertos contenidos ideológicos que también lo eran, y en los que se gusta insistir. Sólo que al examinarlos hay que proceder con cierta cautela: es sabido que los versículos arrebatados del *Dogma Socialista* esconden mal una heterogeneidad de posiciones que sólo pueden convivir plácidamente gracias a una cierta inconsecuencia de pensamiento; podemos, si queremos, poner a este texto apodético y confuso bajo el signo de Saint Simon, de Lamennais o de Mazzini, pero tampoco sería ilícito evocar las sombras menos agitadas de Cousin y de Royer-Collard. Esto es así porque el *Dogma* quiere muy declaradamente ser el resumen y a la vez la aplicación a una cierta circunstancia concreta de las soluciones propuestas por el pensamiento político y social europeo en un momento de su desarrollo; este propósito sólo es concebible si se admite, como admitieron los hombres de 1837, que ese pensamiento formaba un todo coherente, un conjunto de descubrimientos teóricos y aplicaciones prácticas que permitían hablar del “estado actual de la ciencia política” con las mismas connotaciones que implica el referirse, por ejemplo, al “estado actual de la ciencia física”; de esta manera Leroux y Thiers pueden ser vistos como colaboradores en una empresa de indagación doctrinaria, no como defensores de posiciones teóricas que implicaban a la vez muy concretas opciones prácticas. Sin duda, pero no por ello dejaba de verse ese pensamiento europeo según una cierta perspectiva que no era la de los conservadores europeos: Echeverría podía creer muy sinceramente que Leroux era el más importante pensador de su tiempo, destinado a dejar su huella tanto como en la política en la especulación filosófica; esa creencia era inseparable del apoyo a las soluciones que Leroux proponía. No hay en esto nada de sorprendente: toda posición revolucionaria exige una perspectiva nueva de la cultura en su conjunto, con sus condenas, sus revaluaciones y sus tentativas, más o menos felices, de salvación. Lo que tiene de notable la actitud de los hombres de 1837 es que en ellos la revisión de la perspectiva cultural no surge como consecuencia de la previa adopción de una concepción revolucionaria: por el contrario, las conclusiones revolucionarias son aceptadas como parte de una enciclopedia del saber político, admitida del todo al margen de cualquier deseo excesivamente vehemente de ver abolido el orden social vigente en favor de una libre comunidad humana basada en la asociación. Las conclusiones no son, entonces, sino la adhesión a ciertas posiciones culturalmente prestigiosas (y no importa aquí si ese prestigio de que se las rodea en el Río de la Plata se deba a la casualidad, a un equívoco, o a la lectura empedernida de periódicos que presentan una imagen parcial del pensamiento europeo). Esa adhesión a ciertas ideas está por otra parte curiosamente desprovista de consecuencias concretas: es característico, por ejemplo, que la opinión que da el *Dogma* en cuanto a soberanía popular y sufragio sea la de los *doctrinarios*, generalmente despreciados, y que al ocuparse de la igualdad, tras de un largo *excursus* sobre la igualdad ante la ley, se limite a mencionar, sin adhesión alguna y en forma extremadamente fría y ambigua, una fórmula de Saint-Simon vinculada con la igualdad social.

Entonces la actitud revolucionaria que caracteriza al grupo de 1837 no se vincula con la adhesión a ciertas soluciones concretas de sentido revolucionario: la doctrina —o conjunto de doctrinas— que hay en el *Dogma* no es revolucionaria en el sentido en que lo eran las doctrinas europeas admiradas por su autor; no se trata ahora de profetizar y acercar el naci-

miento de una sociedad nueva, con nuevas jerarquías, y una nueva cultura en la que se expresase, y una nueva religión a ella adecuada, tal como las habían planeado y propuesto, cada uno a su manera, Saint-Simon o Mazzini, Lamennais o Leroux. Pero no por eso esa actitud revolucionaria deja de existir, no por eso los hombres que la sustentan dejan de creerla legítima y fundada; la ruptura con el pasado, que debía ir más allá de la mera oposición política contra ciertos regímenes heredados del pasado, no deja de ser proclamada con la máxima energía.

Y proclamada no sin fundamento. Esa ruptura existe, por lo menos en el plano ideológico-cultural, que para el grupo de 1837 tiene importancia decisiva: ¿no comenzó ese grupo por actuar como innovador cultural e ideológico, y sólo por las urgencias de una situación crítica eligió otro campo de acción? Esta ruptura con toda una tradición ideológica no implica tan sólo un cambio de teorías, sino algo más radical: incluye una comprensión distinta de las relaciones entre teoría y acción, tal como es elaborada filosóficamente por el ochocientos europeo y orienta la acción política y social de esa misma época. Que toda teoría lo es de una *praxis* determinada, no sólo en el sentido de que su legitimidad se prueba al volcarse eficazmente en ella, sino en el sentido aun más radical de que debe su origen a ella es algo que los hombres de 1837 no vieron demasiado nitidamente. Sus maestros franceses, ubicados algo marginalmente frente a esa gran revolución del pensamiento europeo, pudieron enseñarles que una cierta imagen de la realidad y una cierta situación histórica son términos correlativos; pero en esa unidad era todavía la imagen teórica el elemento dominante: así en Saint-Simon el paso de las eras orgánicas a las críticas comenzaba con el derrumbe de la *creencia*, que traía consigo un derrumbe de la ética en ellas fundada, y tras de este último la crisis que dejaba su huella en todas las obras de los hombres. El grupo de 1837 no fué en este aspecto más allá de sus maestros, y por razones que —como se verá en seguida— eran en este caso más hondas que la mera adhesión a una opinión prestigiosa. En todo caso, y aun limitado en su planteo teórico, este descubrimiento significó la aparición de un nuevo estilo político, que parecía unir, a los ojos de quienes no lo compartían, un doctrinarismo cerrado y fanático a un oportunismo excesivamente libre de escrúpulos. Gracias a este descubrimiento era posible la adhesión total y abnegada a un credo reconocidamente provisional, redactado en muchos de sus pasajes esenciales con la meticulosa vacuidad que suelen emplear las cancillerías al tocar puntos espinosos. Esa actitud, que a través de la adhesión a un planteo concreto venía a otorgarla a una corriente de acción que ese planteo inauguraba y por la cual era válido, anuncia ya al revolucionario moderno: porque no la advirtieron, o porque no podrían comprenderla, los rivales políticos del grupo de 1837 pudieron acusarlo de inconsecuencia y de hipocresía, cuando la publicidad misma con que llevó a cabo sus no infrecuentes cambios de frente era el fruto de una conciencia que se sentía al respecto perfectamente en orden. Esa imagen nueva abría nuevas posibilidades a la acción política; era una inesperada liberación de viejas trabas, y como tal la entendieron los hombres de 1837. Pero no está exenta de riesgos, que ellos no adivinaron. Una complicada casuística intenta guiar al revolucionario de hoy por el áureo camino que, por hipótesis, existe necesariamente entre los dos abismos de dogmatismo y oportunismo; al parecer esa casuística es, pese a toda su riqueza, insuficientemente orientadora, puesto que ha nacido y se la utiliza sobre todo para castigar las desviaciones demasiado frecuentes a sus sabias enseñanzas. Toda esta problemática los hombres de 1837 no la adivinaron siquiera: se lanzaron a usar con confiado entusiasmo el instrumento que la madurez de los tiempos les proporcionaba.

Si toda teoría política debe ser valorada a la luz de su eficacia en el plano de la acción, los hombres de 1837 tienen un criterio más preciso para valorar a esa teoría a la luz de la circunstancia argentina: la exigencia de unidad. Esa

unidad puede expresarse en lenguaje saintsimoniano o mazziniano; alude sin embargo a la más inmediata experiencia política argentina y entendida en ese contexto nos da la clave para penetrar en el núcleo mismo del pensamiento político del grupo. La unidad a que se alude allí es la que se ha perdido en la Argentina: la del grupo que ha comenzado a ser dirigente en 1810 y ha dejado de serlo hacia 1829. Este grupo se ha dividido bien pronto, y porque se ha dividido ha sucumbido. Porque se ha dividido y porque, por indiscreta adhesión a doctrinas sin medida común con la realidad local ha incurrido en una inoportuna evocación de las fuerzas dormidas en las masas populares (¿haber entregado "el sufragio y la lanza al proletario" no es el error que el partido unitario no ha terminado aun de expiar?). Se trata ahora, para el grupo que fué dirigente, de unirse y reconquistar la perdida hegemonía. El *Dogma* no es entonces la proclama revolucionaria de un grupo desposeído que frente a un orden tradicional levanta la imagen ideal de un orden nuevo; es por el contrario la auto-crítica de un grupo dirigente que advierte que está dejando de serlo y busca la causa de un proceso que le importa detener.

Este propósito orienta la marcha del pensamiento que el *Dogma* registra, y por debajo de la concreta línea política que en él se propone condiciona la imagen misma de la realidad que ese texto lleva implícita. El grupo que debe dominar política y socialmente se autodefine como grupo ilustrado; ningún interés concreto, ninguna precisa vinculación con ciertas posiciones sociales o económicas lo mueve, sino su fidelidad a esa vocación iluminada. Es precisamente esa vocación la que le da derecho a exigir el papel de guía y maestro de un entero pueblo y la que, fuera de éste, le fija alianzas y hostilidades. Existe entonces todo un grupo de hombres que abarca al mundo todo y finca su comunidad en la común posesión de una cultura, y su pretensión de dirigir la historia en esa posesión misma y su disposición a enseñar a toda una humanidad que debe aceptar sumisamente el papel discipular que por naturaleza le corresponde.

Pero esta función magistral sólo es concebible si se admite que las construcciones teóricas, las ideologías y la cultura toda no son creaciones surgidas libremente en un clima histórico determinado, que son, por el contrario, una intemporal constelación que cabe recibir pasivamente, sin volverla a crear en el acto de apropiarla. Si, en otras palabras, se renuncia a la renovación que implicaba el descubrimiento de relaciones nuevas entre teoría y acción en favor de la vieja imagen de una verdad que desciende de lo alto, en la que la revelación divina ha sido ahora reemplazada con la opinión de los publicistas más adelantados. La libertad que nace de ese descubrimiento queda entonces reservada al grupo director, para quien es, en cambio, válida la nueva imagen y son lícitos los modos de conducta que ella autoriza.

He aquí, entonces, una imagen aristocrática del quehacer político, que invalida por lo menos parcialmente la actitud revolucionaria misma, ya que sólo puede justificar la asignación de un papel histórico pasivo a las masas populares restaurando —así sea parcialmente— la imagen tradicional cuyo repudio estaba, como hemos visto, en la raíz misma de la actitud revolucionaria del grupo de 1837. La ambigüedad de esa actitud, heredada de sus inspiradores franceses (piénsese, por ejemplo, en la doble dirección de sabios e industriales que Saint-Simon propone para la sociedad futura, y oculta mal la falta de elección frente a una alternativa sin embargo ineludible) es confirmada por la concreta inspiración que los hombres de 1837 reciben de la circunstancia en la que actúan y el papel que en ella se asignan. En lo que toca a los contenidos revolucionarios del *Dogma* esta limitación es, sin embargo, menos determinante de lo que podría creerse. Testimonio de la búsqueda de una perdida hegemonía política por parte de un grupo que se define a sí mismo en términos culturales y no económicos, el *Dogma* no necesita rehuir las tomas de posición más audaces en el plano social; su escaso contacto con la realidad sobre la cual están destinadas a actuar las priva

de eficacia y por lo tanto de peligrosidad. Sólo que la existencia de contenidos revolucionarios sólo es admitida en la medida justa de esa ineficacia real: la indiferencia frente al contenido concreto del *Dogma* de Mayo (que fué lúcidamente advertida por más de uno de sus secuaces; pienso, por ejemplo, en el testimonio particularmente claro de Benjamín Villafañe), no nace tan sólo de una imagen de la teoría política que la une tan estrechamente a la acción que corre riesgo de subordinarla a ésta; surge, por añadidura, de la irrelevancia que necesariamente caracterizaba a toda teoría política frente a una realidad que le es sustancialmente extraña: en estas condiciones la existencia de un sistema de doctrina viene a cumplir una exigencia —si así puede decirse— formal, corolario de la exigencia unitaria misma; puesto que las cosas están así lo menos importante es el contenido de ese cuerpo doctrinario...

De esta manera la existencia de una profesión de fe algunos de cuyos artículos suponían la abolición del orden social vigente no condicionó en manera alguna el modo de acción política que adoptó el grupo de 1837. Sin duda, los voceros del grupo se rebelaron por anticipado ante la posibilidad de ser juzgados por esa acción; impuesta por circunstancias no previstas ni deseadas, vino a contradecir en más de un punto la que habían proyectado los hombres de 1837 al comenzar su prédica política. Sólo que la que, en 1846, Echeverría asigna a ese momento inicial no es menos ajena a todo planteo revolucionario; sin duda su propósito último es "alcanzar sin sangre, en el momento oportuno, una revolución radical y regeneradora", pero el camino para lograrla era el utilizar el influjo de "gran número de hacendados ricos y de prestigio en la campaña de Buenos Aires", "jóvenes influyentes en las provincias interiores" y oficiales jóvenes del ejército rosista; por este camino lo que había de alcanzarse era, cualquiera fuese el nombre que se le asignara, una reorientación del grupo política y socialmente hegemónico que cambiase el rumbo de la nación.

Pero tal es, en sus líneas esenciales, lo que intentaron los hombres de 1837 en la gran crisis que hasta 1842 sacudió al poder rosista. Apenas entrados en la acción, los que integraban el grupo lograron dirigir, por lo menos en sus líneas generales, la política antirrosista a lo largo de toda la crisis; a ellos se deben tanto la alianza francesa como la liga del Norte, y de ambas hazañas, de oportunidad muy discutible, conservaron por largos años un intenso orgullo. Esas alianzas no eran sino la utilización de estructuras de poder ya existentes en beneficio de un cambio político deseado, y limitado precisamente por los medios que se utilizaban para alcanzarlo. Pero si el camino empleado implicaba olvidar las exigencias revolucionarias inscriptas en el *Dogma* no implicaba negarlas, y por otra parte la nueva táctica no suponía negación de la exigencia fundamental del *Dogma*, la exigencia unitaria. Por el contrario, la alianza francesa es a los ojos de Alberdi, su principal defensor, el esfuerzo de una minoría por transformarse en mayoría evocando en su auxilio fuerzas nuevas, ajenas a las que tradicionalmente se combatían en el escenario rioplatense; es, entonces, y muy conscientemente, el medio por el que se busca retomar esa hegemonía perdida a través de la división del grupo dirigente. La Liga del Norte realiza aún más claramente esa exigencia unitaria, en cuanto reúne a grupos representativos de ambos partidos rivales, y los pone al servicio de los planes de la Nueva Generación. Toda esa vasta alianza podía entonces ser interpretada a la luz de la oposición entre ilustración e ignorancia: la monarquía de Luis Felipe aparecía en este contexto como una suerte de brazo secular al servicio de la causa ilustrada, que encontraba paladines algo inesperados en la caterva de caudillos federales, encabezados por el zarco Brizuela y del todo dispuestos a firmar proclamas inspiradas en las ideas de la Nueva Generación. Mientras esta coalición pareció cercana a lograr la victoria no existía estímulo alguno para revisar los planteos políticos que habían llevado a los hombres de 1837 a contribuir

decisivamente a su constitución y que utilizaban todavía para explicarla e interpretarla. Ese estímulo vino, por el contrario, de la derrota. El rey Luis Felipe pactó con Rosas, abandonando sobriamente a su destino a sus demasiado candorosos aliados, sorprendidos de que cesase su interés por la causa de la cultura en este rincón agreste. Más constantes pero no más afortunados en la defensa de la ilustración se mostraron los caudillos federales alzados, y aun, en su estilo desesperantemente sinuoso, don Fructuoso Rivera. He aquí una serie de hechos merecedores de que se reflexionase sobre ellos: en vista del desenlace parecía ya imposible inscribirlos bajo el signo de la lucha entre la luz y la tiniebla: todo un juego mucho más complejo, juego de ideas y de tradiciones tanto como de intereses, comenzaba a ser columbrado; la realidad con la que trabajaban los hombres de 1837 se revelaba no como una masa plástica y pasiva, cuya máxima autonomía era alcanzada en una resistencia obstinada pero también ella desprovista de toda posibilidad creadora: era un espontáneo y libre equilibrio, siempre cambiante, de energías que buscaban su cauce. A partir de 1845 los hombres de 1837 reanudan, bajo ese nuevo signo, sus tentativas de interpretar la realidad argentina. La nueva versión del *Dogma Socialista*, de 1846, incluye en la *Ojeada retrospectiva* una tentativa de interpretar históricamente, en ese juego complejo, la trayectoria anterior del movimiento inaugurado con los planteos programáticos de 1837. Sin duda, el lector de hoy no advierte cambio importante de orientación entre ese examen y el texto en nueve años anterior: Echeverría sí pareció advertirlo, puesto que partía ahora de la base del todo nueva de que el grupo ilustrado nada podía hacer por sí mismo: su última esperanza reposaba en los caudillos federales, en una nueva coalición más sólida y poderosa que la del Norte. Un año antes, en el *Facundo*, Sarmiento había propuesto una versión herética (o, para emplear el lenguaje de Echeverría, poco dogmática) del contraste entre luz y tinieblas; en ella la lucha entre dos principios se transformaba en lucha entre dos modos de vida, dos tradiciones históricas. Pero la tercera parte del *Facundo*, yendo más allá de esa encarnación de las abstracciones del *Dogma*, trae un programa concreto destinado a evocar en su apoyo las fuerzas mismas de la Argentina bárbara, que tras de prosperar bajo el orden rígido de la federación rosista comienzan a encontrar que ese orden mismo traba su desarrollo futuro. En este nuevo contexto la oposición de civilización y barbarie pierde buena parte de su sentido: al proyectar el futuro de su país, Sarmiento renuncia a valorar las fuerzas que en él actúan, precisamente porque aspira a utilizar a todas ellas. Todavía en *Facundo* esas fuerzas ya existentes deben ser integradas en un orden que sin duda las respeta e interpreta en sus aspiraciones, pero las orienta en sentido nuevo. En otro texto característico de estos años de derrota, Alberdi va aún más allá. Su *República Argentina 37 años después de su revolución* es un balance, inesperadamente positivo, de la experiencia atravesada por el país a partir de 1810. El optimismo del que hace ostentación Alberdi oculta mal un pesimismo radical: al subrayar los aspectos positivos de la Argentina presente viene a proponer consuelos frente a la demasiado probada impotencia para trasformarla.

De este modo la experiencia revela la autonomía de lo real, las fuerzas que en él se desencadenan; lo real deja de ser la contrapartida negativa del único foco de positividad: el grupo ilustrado que lo plasma venciendo su ciega resistencia. Surge de aquí la posibilidad de una imagen nueva de la tarea revolucionaria, desprovista de las limitaciones que tenía la aceptada por el grupo de 1837 al constituirse como tal: el revolucionario debiera ahora ser el intérprete de una realidad que permanece muda para sí misma, el que la declara y a la vez la transforma según ciertas líneas de fuerza que están inscriptas en ella. Pero para que esto fuese posible habría sido necesario elegir dentro de esa realidad, unir su destino al de alguna de las fuerzas que en ella juegan. Los hombres de 1837 se niegan a ello: las aceptan ahora a todas por las

mismas razones que tuvieron antes para negarlas en bloque; lo que pudo ser el nacimiento de una más radical postura revolucionaria es en cambio la renuncia a toda pretensión revolucionaria. El nuevo papel del político no es el del creador de una realidad nueva, es el del *honnête courtier* entre las fuerzas contrastantes en la realidad tal como es; buscando alcanzar nuevos equilibrios entre ellas el político, por encima del pesimismo radical de Alberdi, pero aceptando su punto de partida de la esencial inmutabilidad de lo real, puede aun justificar su existencia.

De este modo el proyecto revolucionario de 1837 parece ser relegado en beneficio de una actitud sistemáticamente oportunista. Pero llegó un momento en que ya no cupo siquiera el oportunismo, porque no quedó ya un credo revolucionario por traicionar. Esta crisis total, largamente preparada, fué consecuencia de la trayectoria del movimiento revolucionario europeo, y en especial del francés, a partir de 1848. En la revolución de febrero pusieron los hombres de 1837 sus mayores esperanzas: al desembocar en una lucha social presentada por toda la prensa rioplatense —la de Montevideo a la vez que la de Buenos Aires— como una rebelión de los infiernos, venía a enseñar que un movimiento revolucionario surgido de la espontaneidad misma de ciertas fuerzas oprimidas por el orden social vigente podía no ser imposible, pero era totalmente indeseable. Esta moraleja era implícitamente aceptada por los mismos publicistas que el grupo de 1837 tenía por revolucionarios: lejos de identificarse con los obreros alzados en junio, preferían mostrar en su sublevación la consecuencia sin duda condenable pero necesaria de un régimen social inicuo: la condena no debía recaer entonces sobre los promotores del alzamiento, sino sobre todo ese orden del cual era consecuencia. Desde el Río de la Plata el deslinde de responsabilidades importaba menos que la unanimidad en condenar la tentativa revolucionaria, previamente condenada por su propio fracaso. La experiencia francesa no haría sino confirmar a los hombres de 1837 en su desconfianza por la revolución como obra espontánea de todo un pueblo; los confirmaba en las reservas que habían formulado para su propio país fundándolas en su escasa experiencia política, al resultar estas reservas válidas allí donde la experiencia política no escaseaba: también en Francia la liberación de las energías populares se traducía en una explosión de barbarie incontrolada. Pero la trayectoria de la revolución de Francia enseñaba todavía algo más: que un régimen consecuentemente liberal, en un clima de revisión de estructuras, era un factor de aceleración de la crisis, que sólo podía resolverse mediante el retorno a formas políticas autoritarias.

El desenlace bonapartista podía ser aceptado o no como positivo; en ambos casos era condenada la república democrática y social. Pero quienes aceptaban la solución de autoritarismo político y paternalismo social que en Francia se había impuesto y buscaban aplicar en la Argentina la lección de los hechos franceses venían a dar un paso más, y decisivo, en el apartamiento de los proyectos revolucionarios de 1837. Habíamos visto que, en su origen, la actitud de los hombres de 1837 se apoyaba en una concepción de la realidad como pura negatividad destinada a ser domeñada por el proyecto revolucionario; en un segundo momento esa realidad demasiado obstinada en su resistencia era aceptada en bloque, y se renunciaba a toda transformación revolucionaria de ella, juzgada imposible. Ahora se va más allá: aun si fuese posible, esa transformación sería indeseable; el político que planea la nueva realidad argentina tiene sus mejores aliados en los grupos dominantes, que han tenido la honrosa tarea de mantener al país alejado del caos que implicaría la liberación de las fuerzas en él dormidas; esa tarea sigue siendo imprescindible, y más urgente que nunca durante la reordenación de la estructura nacional.

Estas enseñanzas válidas para la Argentina que el proceso francés parecía imponer fueron explicadas al público argentino por más de un publicista, en los años inmediatamente

posteriores a la caída de Rosas. Así Mariano Fraguero inauguró la crítica contra la impostura de la libertad liberal, no para postular una libertad real, sino para proponer la aceptación de un nuevo autoritarismo. Así Félix Frías hizo de la defensa del orden social supuestamente amenazado el tema principal de una prédica política doblada de predicación religiosa. Pero más importante que esta aplicación apenas adaptada de verdades francesas es el nuevo programa de acción política que trazó Alberdi en sus *Bases*. Aquí el autoritarismo no era evocado en defensa de un orden social que, muy evidentemente, no estaba amenazado, sino para ser puesto al servicio de un progresismo decidido a apoyarse en los núcleos tradicionalmente dominantes, en las jerarquías políticas y sociales consolidadas en la Argentina durante la era rosista. Esas jerarquías se identificaban con el aparato de compulsión que Rosas había erigido pacientemente, y que era el legado de su régimen. Pero la política de Rosas, que creía necesario evitar todo cambio en beneficio precisamente de la estabilidad social, es ahora juzgada excesivamente prudente por quienes han sido sus beneficiarios y se sienten ya suficientemente fuertes para una línea de acción más audaz. Esa nueva línea es la que propone Alberdi: es la segunda colonización del país, por hombres a la vez que por capitales europeos. El autoritarismo, encarnado en la república posible, es el símbolo de la aceptación, también en el plano político, del orden vigente en la Argentina antes como después de Caseros. Esa aceptación obliga a Alberdi a renegar fervorosamente de todo un pasado ideológico; esta consecuencia no arredra al autor, que por el contrario reprocha duramente a los amigos que no renuncian totalmente a las ideas antes defendidas en común: Mitre —si hemos de creerle— es un rojo; Sarmiento un defensor del comunismo porque encuentra que la pena de muerte es castigo excesivo para el robo de ganado menor. Estabilidad social y quietud política son entonces condiciones ineludibles para alcanzar un progreso económico que encierra, él solo, la clave de la salvación nacional.

Pero en el nuevo proyecto que las *Bases* proponen no todo es ruptura con lo que antes se había afirmado. Al reservar la acción política a los grupos dirigentes, al desconfiar de la espontánea fuerza creadora de lo real, Alberdi no hace sino recoger motivos no desconocidos en 1837. Pero el sentido de esa toma de posición ha variado: en 1837, frente a un foco de positividad, lumínar destinada a triunfar sobre las tinieblas circundantes, se creía hallar la total pasividad de lo real. Ahora se ha descubierto que esa realidad es capaz de acción, que no acata la soberanía de la luz sobre la tiniebla: el foco de positividad ha sido apagado, aun para la esperanza de quienes habían luchado por su triunfo. Apagado, pero no reemplazado: se ha descubierto que lo real no es tan solo resistencia, pero no deja de ser una ciega mecánica de acciones y reacciones que carece por completo de sentido. Una revolución en el seno de una realidad así concebida sería ella también carente de sentido: sólo habría de traducirse en una consolidación del orden de las tinieblas, a través de la lucha que en su seno desencadena. En estas condiciones es preciso acatar las jerarquías que ese orden ha elaborado, no porque sean legítimas, sino porque es imposible reemplazarlas por otras que lo sean más: sólo el progreso económico, que esas jerarquías por otra parte favorecen más que los oprimidos por ellas, podrá terminar eficazmente con la realidad odiosa e inescapable en la que Alberdi debe actuar.

De esta manera la revolución ha dejado de ser imposible: pero se la proclama ineficaz. No menos ineficaz es la acción del grupo ilustrado, predicador de un sistema de verdades que debían imponer su fuerza ideal a la realidad rebelde. Lo único eficaz es el grupo realmente dominante, y su único norte es la defensa de sus intereses rectamente comprendidos. Esa doble mutilación de la realidad tiene consecuencias en todo el pensamiento de Alberdi, así en su concepción utilitaria de la cultura y su difusión, según la cual la cultura deja de ser un instrumento de liberación para convertirse en un adiestra-

miento para colaborar subordinadamente en una empresa que no es preciso entender: es ocioso, afirma Alberdi, enseñar a leer; basta con enseñar a manejar ciertas máquinas.

No todos los hombres que comenzaron a opinar en política bajo el signo del credo de 1837 llevaron sus conclusiones ante la experiencia argentina hasta el punto al que las condujo Alberdi. Otros vivieron permanentemente en una grata confusión entre autoritarismo y liberalismo, entre fe democrática y solidaridad oligárquica. Hubo también quienes buscaron obstinadamente otra salida que no fuese el servicio de las fuerzas que habían pretendido vanamente destruir, y no aceptaron que el juego ciego de esas fuerzas proporcionase el único camino de salvación. Acaso fué Sarmiento quien mejor representó a estos últimos. También para Sarmiento la experiencia revolucionaria francesa había sido decisiva, pero no porque su resultado tuviese algo que enseñar a los argentinos: lo era precisamente porque, a partir de ella, Francia y Europa ya no podían dar enseñanza ninguna. En Francia una lucha sin sentido entre izquierdas y derechas había dado la victoria provisional a las derechas; el resultado no tenía nada de envidiable, pero ese resultado condenaba al proceso entero que a él había conducido. En la Argentina la tarea no podía ser recoger o elaborar doctrinas sociales revolucionarias, ni alarmar con revoluciones de ideas a los grupos dominantes. Sin embargo, no era sin más la de constituirse en administradores políticos de los intereses de esos grupos, que no coincidían, como suponía Alberdi, con los del país entero; los cambios radicales seguían siendo necesarios, y, según Sarmiento, seguían siendo posibles. Esos cambios podían resumirse en la creación de una nación socialmente una, mediante la incorporación al ciclo económico de todo el cuerpo nacional. Esto no era posible sin una cierta igualdad social, y sin una constante expansión económica; ambas condiciones, al darse conjuntamente, hacían la grandeza de los Estados Unidos. Pero para Sarmiento el progreso económico y social, que no era exigido en nombre de un ideal revolucionario de justicia, se integraba, como ya no se integraba para Alberdi, en un cierto sentido. Ese sentido venía dado por un cierto ideal cultural que a través del cambio económico debía alcanzarse, y que a la vez era indispensable realizar para que ese mismo cambio económico fuese posible: la creación de una cultura popular, adecuada a las características del nuevo siglo, en el cual el proceso de ascenso de masas tenía una importancia que Sarmiento captaba con admirable lucidez. Ese ideal cultural no era —es necesario subrayarlo— tampoco el revolucionario; Sarmiento creía que esa nueva cultura habría de ser la ya vigente en una sociedad basada en la desigualdad, con sólo algunas simplificaciones destinadas a su más rápida difusión; también para él, como para el Echeverría de 1837, esa cultura era una constelación de contenidos que podían ser difundidos o apropiados sin variar con ello esencialmente su sentido; el historicismo de Sarmiento encuentra aquí un límite al negar que la cultura sea libre creación de una comunidad de hombres en un momento histórico preciso, en el cual y del cual recibe su validez; esta negación, que va contra los fundamentos mismos de la visión de la realidad que Sarmiento elabora, muestra su fidelidad al credo de 1837 aun en lo que éste tenía de fe aristocrática en la acción de los ilustrados, poseedores de una verdad objetiva y universalmente válida, sobre la realidad rebelde al triunfo de esa verdad.

Pero si ese ideal que Sarmiento elabora sobre el ejemplo de los Estados Unidos no es ni quiere ser revolucionario, sus corolarios no dejan de imponer a la realidad argentina transformaciones muy hondas. El instrumento de que disponía un gobierno para llevar a los hechos concretos ese ideal era el otorgamiento de tierra y escuela para todos. Sarmiento se propone lograr todo eso en la Argentina, y la segunda exigencia le resulta menos inasequible que la primera. La creación de una democracia rural apoyada en la propiedad no se alcanzará nunca: un éxito local explica acaso adecua-

damente las razones del fracaso en el plano nacional. Ese éxito es el que alcanza Sarmiento en su defensa de los chacareros de Chivilcoy contra los propietarios de sus tierras. Muchas razones explican que, en este caso, los dueños de tierras hayan sido derrotados: el origen mismo de sus propiedades estaba "manchado de sangre", ya que eran mercedes políticas de Rosas, y el argumento no dejó de ser debidamente detectado a pocos años de la caída del gobernante. Pero el hecho decisivo era la existencia misma de los chacareros de Chivilcoy, que organizaron una resistencia tenaz, en su aldea, en la prensa, en la barra de la legislatura. Así, en este caso, la realidad que era preciso transformar ofrecía los elementos de su transformación. Pero nada de eso ocurría fuera de ese oeste de Buenos Aires, que era desde fines del siglo anterior la diminuta zona agrícola de la Provincia. Sin duda, Sarmiento no iba a vacilar en imponer por la fuerza a los campesinos del resto del país su conversión a la democracia agraria, pero para disponer de esa fuerza necesitaba disponer del favor no gratuito de los dueños de ella, y para lograrlo debía encauzar su esfuerzo de gobernante, no hacia un plan de progreso económico al servicio de un cambio social radical, sino hacia el logro de un progreso económico que consolidase las estructuras vigentes. Un cuarto de siglo más tarde, Sarmiento iba a trazar un balance desconsolado de los frutos de ese esfuerzo, que no era sólo suyo, para "rescatar a un pueblo de su pasada servidumbre". Eso no se había logrado; se había conseguido en cambio cierto progreso material, pero el trazado de ferrocarriles y la unificación de mercados se habían alcanzado también en el Japón, en la India, en Africa, por el mero juego de las fuerzas económicas. En otras palabras, el plan alberdiano de adherir a las líneas de fuerza de la realidad, y a la vez orientarlas, ha fracasado por entero. Era excesivamente presuntuoso creer que esas fuerzas reales necesitasen para algo la adhesión de unos cuantos teorizadores políticos, y era todavía más presuntuoso creer que esos mismos teorizadores, puestos a gobernantes, podrían desviarlas en el rumbo de su ciega marcha... ¿Es válida esta moraleja, reexaminada a un siglo de distancia como opción decisiva? Probablemente no, pero refleja en todo caso la imagen que de esa experiencia política llegaron a tener quienes eran sus protagonistas.

* * *

La experiencia va desde la aparición de una actitud revolucionaria hasta la colaboración, en condiciones que se admite que concederán muy escasa autonomía de movimientos o se descubre posteriormente que no conceden ninguna, con la actitud misma que se trataba de abolir. ¿Cómo explicar esa marcha aparentemente sinuosa, pero que vista desde su punto de llegada se descubre rigurosamente rectilínea?

Ya se han visto las limitaciones y el sentido de la actitud revolucionaria inicial. Esa actitud revolucionaria viene a consistir en una extrema libertad ideológica, posible en un contexto social conservador por la fe universalmente depositada en la ineficacia de toda ideología. Esa fe nace de la falta de medida común entre las ideologías y la circunstancia local, que las hace difícilmente aplicables, y que —al realizarse la tarea de adaptación dentro de ese contexto social cuyo signo se ha señalado ya— sólo permite su aplicación en lo que tengan de compatible con él. Así, los contenidos revolucionarios que los hombres de 1837 aprenden en textos franceses deben ser adecuados a la creencia fundamental en que la única fuerza revolucionaria está constituida por la comunidad de los ilustrados, que escapan a la rutinaria aceptación de lo existente. Esta creencia, contraparte de la incredulidad en toda posibilidad de una revolución como fruto de las apetencias y aspiraciones que se encuentran ya en el cuerpo social, explica adecuadamente la orientación que tomó, desde su origen mismo, la acción política del grupo de 1837. Esta orientación era revolucionaria en cuanto ignoraba deliberadamente las jerarquías constituidas en la realidad, pero al no buscar en la realidad ninguna alianza distinta de la de esas jerarquías, de hecho se volvía a ellas para tomar contacto con lo real. Al volverse a ellas sin acatar su mecánica propia, sin adherirse al juego de aspiraciones e intereses

que acercaban u oponían a las distintas fuerzas que dominaban esa realidad, se condenaba al fracaso; fué esa la lección de 1837-42. Aliarse con los grupos dominantes significaba acatar la legalidad que les era propia, abdicar de la jefatura de la empresa revolucionaria. Pero esta jefatura quedaba vacante, porque no había ya empresa revolucionaria. Y éste es el punto de llegada, expuesto teóricamente por Alberdi y aceptado en los hechos aun por quienes recusaron violentamente las conclusiones alberdianas.

Frente a este curso de hechos, podemos alcanzar rápidamente una moraleja, que quiere ser válida para 1837 como para 1958: estos revolucionarios no pudieron serlo porque no se pusieron al servicio de la única fuerza de veras revolucionaria; divorciados del pueblo, su revolución no podía ser sino la de los grupos dominantes, que encuentra siempre y bien pronto sus límites. Esta moraleja no es, sin embargo, tan clara como parece: habría todavía que saber por qué triunfó en 1837 esa imagen errada de la revolución. La explicación es también sencilla: encerrados en los límites, que no advertían, de una ideología que los vinculaba a los grupos que se proponían combatir, los hombres de 1837 trazaron la imagen de una falsa revolución para traicionar mejor a la revolución verdadera. Esto puede ser exacto, y no queda sino tributar una mezcla de horror y admiración a estos abnegados defensores del grupo dominante; que aparentan tan bien traicionarlo hasta ser vilipendiados y perseguidos por él, y hacen todo eso para mejor servirlo. Pero, si no en 1837, en 1958 hay quienes presentan una imagen distinta de la revolución: lo que no pueden presentarnos es una revolución distinta de ésta que sólo lo es en el nombre, y a la postre rehusa serlo aun nominalmente, y reniega con horror de su pasada vocación revolucionaria.

Quedaría aun otra explicación: que la imagen que los hombres de 1837 se hicieron de las posibilidades revolucionarias en la Argentina, fuese sustancialmente exacta. Sólo esta última hipótesis permitiría entender la trayectoria paralela que las páginas anteriores rastrean. Porque la similitud básica dada por la ausencia de la función activa de la masa popular no podría encontrarse en las concepciones políticas: hoy se afirma, muy correctamente, que la revolución no puede ser obra de minorías beneficiadas por el sistema que la revolución debería destruir, que sólo puede ser fruto de la vocación revolucionaria de un pueblo entero. Sólo que esta afirmación tiene por consecuencia, de parte de los que en la Argentina la hacen suya, bien la ira incontenible ante la falta de vocación revolucionaria de ese pueblo, y la adhesión a otras formas de revolución en beneficio de grupos retrógrados, bien la descarada afirmación de una voluntad popular revolucionaria que dictaría una efectiva política revolucionaria (la que vemos desarrollarse ante nuestros ojos). La similitud entre el destino del proyecto revolucionario enunciado en 1837 y el que hoy, según se dice, se está llevando a los hechos no deriva entonces de la analogía entre los respectivos credos revolucionarios, sino de la continuidad de ciertos rasgos dentro de la realidad sobre la cual esos credos pretendieron incidir.

¿Se habrá descubierto entonces un invariante de la realidad nacional; un desconsolador pero por eso mismo auténtico fragmento de la Argentina esencial y eterna? De ningún modo; tan sólo que, en un país que se piensa con categorías surgidas de una realidad distinta de la suya, la tentación de trazar de él una imagen al margen de la realidad es muy fuerte; que esa disposición a planear futuros que tienen poco que ver con el presente puede ser tomada por todos, y en primer término por los mismos que a ella se entregan como prepotente vocación revolucionaria; que si ese país no presenta en sí mismo una situación revolucionaria, esa vocación, admitiendo que efectivamente sea tal, está destinada a ser traicionada en el momento mismo en que es llevada a los hechos. Mientras todas estas condiciones se den, es muy probable que las cosas sigan ocurriendo de esta manera, pero no está dicho que esas condiciones han de durar eternamente.

TULIO HALPERIN DONGHI

CUADERNOS

Lucha de Clases, Laicismo: Examen para la Izquierda

contorno cuadernos

Consejo de Dirección:

Ismael Viñas
David Viñas
Adelaida Gigli
León Rozitchner
Ramón Alcalde
Adolfo Prieto

julio de 1957, número 1

Un Prólogo Sobre el País

Desde luego, nadie puede ser realista absoluto, ni aun en política. Realista total sería el conservador que se adaptara al mundo tal como es, sin pretender influir ni en el cambio de una coma. Ese hábil personaje debería cambiar constantemente, ya que difícilmente el mundo se avenga a permanecer invariable. Y todavía, le sería necesaria una perspicacia infalible para averiguar a qué realidad, exactamente, adaptarse.

Pero sin duda, y precisamente en política, nadie pretende absolutos de esa especie. Con todo, esa imagen del realista ideal puede servir de arquetipo: quien no pretende adaptarse al mundo sino modificarlo, no es un realista. Es lo que ciertas derechas —y admitásemos la designación— llaman un "ideólogo". Esas mismas derechas —las que aquí se engloban en la designación de "nacionalistas"— son, aunque lo rechacen, también movimientos "ideológicos" en ese sentido: en el de que se proponen un modelo del mundo y tratan de empujarlo hacia la realización de ese modelo, así se trate de una más o menos fantástica figuración retrospectiva.

Pero, a su vez, el que pretende transformar el mundo puede ser un sujeto que cree en los esquemas de validez universal, en que los caminos son iguales en todas partes —universal por lo menos en la medida de ser aptos para lugares diversos, digamos por ejemplo: Francia, Argentina y el Camerún— o un sujeto que crea que hay que examinar las particularidades concretas del lugar en que actúa para moverse con eficacia.

Somos miembros de la clase media, escritores, y vivimos en la Argentina. Desde esos datos partimos. Pretendemos influir en el mundo, y hacerlo de un modo determinado, según creemos que será un mundo mejor. Correr el riesgo de aplastarse la cabeza con un ladrillo suelto, pero tratar de poner esos ladrillos de cierto modo. Es decir, "ideólogos".

¿Cuál es ese mundo que queremos? Es difícil decirlo en pocas palabras, y uno tiene pudor respecto de las grandes frases y miedo de caer en las definiciones pedantes. El mundo en general, pero este mundo en particular, del que somos parte inmediata, la Argentina. Digámoslo de una vez: mezcla de sentimientos y de pasión razonada, ese mundo a que aspiramos es un mundo de libres iguales, un mundo que al mismo tiempo significa buen pan y materiales plásticos para todos y el disfrute de Bach o de *Lunario sentimental* (o la capacidad de su rechazo) como posibilidad efectiva para todo el que lo quiera.

Hemos llegado al convencimiento de que las cosas más urgentes, por lo menos se resuelven en el plano político. Y que todas, de un modo o de otro, se resuelven también en el plano político. No es sólo para salvarnos a nosotros mismos, entonces, que actuamos. Aunque también, como todos, por eso. Ese extraño amasijo que incluye desde la vanidad personal al anhelo de justicia es

lo que nos lleva a actuar, y lo que —no quepa duda— dibuja nuestros fines.

Al pasar a la acción, algunas cosas se nos impusieron de inmediato: 1) Que nuestra propia condición como individuos y como grupo nos vedaba intentar la formación de un movimiento político "de medida". Tenemos, o creemos tener la evidencia de que los grupitos intelectuales no pueden pasar en el plano político de instalar en la formación de peñas de teóricos de café, en las que se pueden decir cosas muy ingeniosas o muy hábiles, y si se quiere las más ruidosas, por lo mismo que son gratuitas. Era imprescindible entrar en un movimiento político efectivo y real, no levantar entelequias. 2) En la constatación de los partidos políticos existentes sólo era posible elegir entre un puñado de ellos. Desde luego, sólo podíamos pensar en aquellos que de un modo o de otro intentaran un cambio de la realidad tal cual se nos ofrece, ya que partíamos de la disconformidad a su respecto. Eso eliminaba automáticamente a los partidos conservadores en sus diversas especies. Y aquí cobra relevancia nuestra visión del contorno en que nos encontramos sumergidos. Así: 3) Una particular visión del mundo inmediato, de nuestro mundo. Desde luego, no llegamos a esa visión, tal como ahora somos capaces de describirla, de un modo repentino y total, ni realizamos una tarea de creación enteramente personal. Al contrario, se fue formando por aportes, por rectificaciones y agregados por datos y reconocimientos muchas veces contradictorios, y en gran medida en la propia acción, y como corrección casi total de la visión que recibimos y a partir de la cual comenzamos a actuar. Esa visión actual —desde luego en excesivo esquema y desde luego enmendable— forma parte del repertorio de ideas que se ha ido ajustando desde poco antes de nuestra juventud y especialmente durante estos últimos diez años: el peronismo y su contrapartida, el actual gobierno provisional, la han ido forjando, siendo ya casi un estado de conciencia en la Argentina. Es más o menos así: a) El goce de las libertades civiles y políticas por todos los hombres está en contradicción profunda con las estructuras económicas actuales, es decir, con la existencia de poseedores y desposeídos. Los primeros no tienen más remedio que limitar las libertades de los segundos, en su propia defensa. El liberalismo clásico se encuentra ante un dilema sin salida: o se limitan las libertades, sirviendo el aparato del poder para defender a la propiedad, o se transforman las estructuras económicas, poniéndolas al servicio de todos. Generalmente, los conservadores actúan de modo empírico e hipócrita, sosteniendo la apariencia de las libertades, pero defraudándolas. Con todo, en ciertos momentos deben apelar a otros medios: desde suavizar las injusticias económicas hasta el reconocimiento legal de la limitación de las libertades. Ya a principios de siglo nuestras clases conservadoras se hicieron cargo de esto e intentaron al mismo tiempo ambos remedios: Joaquín V. González propuso el Código del Trabajo y se dictó la ley 4144. b) Tal situación, totalmente general, reviste especiales características en nuestro país: nuestras clases poseedoras no son autónomas, se encuentran ligadas a centros de capital exteriores. Esa situación de dependencia, en la que actuamos como un apéndice colonial, tiende a mantener nuestras estructuras estáticas, en un equilibrio artificialmente mantenido desde afuera. c) Nuestras clases poseedoras y, en especial, nuestras clases medias han intentado romper esa situación de dependencia en varias ocasiones. Han fracasado en todos sus intentos porque el sistema es totalmente cerrado y unitario. Habiendo accedido nuestro país tardamente al mundo capitalista en pleno desarrollo —y en cada vez mayor integración— todo esfuerzo para modificar nuestra situación en el mismo sentido de las estructuras generales de ese mundo está destinado al fracaso ya desde su base. c) Solamente un intento serio de cambio de estructuras, o, por lo menos, dirigido en esa dirección, tiene posibilidades efectivas. Ese intento puede ser intentado por las clases medias —lo que coincidiría con sus tendencias de autorrealización aunque les repugne en otros aspectos— pero solamente si aceptan hasta las últimas consecuencias de su intento. Ello exige que esas clases acepten su integración con las clases populares, únicas que objetivamente se encuentran en oposición total al sistema. Nuestros movimientos populares, aun oponiendo "trabajadores" a "oligarcas" o "pueblo" a "régimen", fueron movimientos de clase media sin intención de realizar esa

integración ni de destruir las estructuras, sino simplemente de man'obrar dentro de ellas. Su fracaso no fué un accidente sino producto inevitable de su inconsecuencia. e) Es necesario tener en cuenta que nuestro país —merced en gran medida a la deformación colonialista— carece de un sólido cuerpo. Que las tensiones económicas y sociales son aquí débiles, en tanto es grande su fluidez social interna y las posibilidades de desarrollo sobre sus regiones periféricas, lo que permite tender a perpetuar el sistema. Todo esto exige una gran capacidad de elección voluntaria y consciente.

La lucidez y la excitación políticas creadas durante el peronismo —en uno como en otro campo— son, en cambio, factores positivos, aprovechables, y quizás irreversibles.

Partiendo de tal esquema, la actividad necesaria parece bastante clara. Significa un esfuerzo para liberarse de los factores externos que tienden a mantener las actuales estructuras y, simultáneamente, la lucha contra estas en lo interno.

El repertorio de partidos políticos que, de un modo o de otro, tiendan a luchar contra la actual situación, o así lo digan, no es muy vasto. Excluyendo las pequeñas sectas, apenas cinco: P. Comunista, P. Socialista, P. Demócrata Progresista, Nacionalismo, Unión Cívica Radical Intransigente.

El Partido Comunista sería, teóricamente, el que más cerca estaría del ideal, si es que se puede decir tal cosa. La principal objeción que le es oponible —aparte la incapacidad demostrada por sus jefes locales— es que su acción en la Argentina significa la renuncia a decidir nuestro propio destino, a ser uno actor de la propia historia.

Por ahora, su acción está totalmente referida a lo que pasa en otra parte y a lo que hagan otros. Es en otra parte donde las cosas se deciden y se hacen, son otros los que actúan. Al margen de la verdadera historia —no solamente de la principal, sino de toda— aquí solamente pueden hacerse méritos o servir de peón sin voz ni voto, no solamente en la batalla grande del mundo sino tampoco en la que se libra aquí a nuestro lado. Hasta la gran cosecha que el resentimiento por la caída de Perón prometía fué imposible, porque el P. C. Argentino se ha condenado a sí mismo a oscilar entre los grandes planteos de la historia universal —totalmente fuera de su alcance— o el minúsculo problema de las tuberías vecinales.

El Partido Socialista parece haberse ocluido a sí mismo toda posibilidad, a pesar de las constantes batallas de su siempre aplastadas juventudes. Su cada vez mayor aburguesamiento ha llegado hasta la aventura ridícula pero no lógica de la sociedad "Repetto-Chanourdie". En la base de la defección socialista parece encontrarse: a) Su desprecio por la realidad argentina, que lo lleve desde el desdén por la "política criolla" a la añoranza del juez conservadorismo-laborismo ingleses. b) Su negativa —todo uno con lo anterior— a entender el problema del campo y de las poblaciones semirurales del país. c) Su aristocratismo intelectual, su sentido de élite que lleva a los socialistas a verse a sí mismos como dominios del pueblo, ignorando las posibilidades objetivas de éste. Han terminado creando toda una filosofía de la historia basada en una increíble dicotomía entre "civilización y barbarie", llevada a su culminación por Ghioledi en "Alpargatas y libros en la historia argentina". d) Su negativa a entender el problema del imperialismo en sus verdaderos términos en su aspecto de culminación del capitalismo. e) Su reformismo cada vez más tibios y sin finalidades últimas. En definitiva, se ha convertido en un recetario de paliativos, que no persigue la modificación de ninguna estructura sino el endulzamiento de los aspectos más desagradables de la actual. f) Finalmente, el socialismo argentino parece negarse a aprender. Sectario en el novecientos frente a los anarquistas —no más que éstos, bueno es aclararlo— sigue siendo sectario ahora, negándose a otro papel que al de dirigente de la clase obrera, y prefiriendo gremios vacíos o muertos antes que gremios no socialistas. Legalista hasta el absurdo de citar preceptos constitucionales en contra del proteccionismo por boca de Palacios en 1905, ha acentuado su espíritu reglamentario y leguleño. Despectivo con las "masas incultas", no extrajo lección alguna ni del proceso Yrigoyen ni del proceso Perón. Antiproteccionista hace 70 años, lo sigue siendo ahora, sin haber advertido siquiera la posibilidad de la formación de un proletariado nume-

roso aun gracias al más cerradamente patronal de los proteccionismos.

El Partido Demócrata Progresista nació en 1916 como una alianza electoral de fuerzas conservadoras, desde la honesta si que respetable "Liga del Sur" de don Lisandro de la Torre hasta el conservadorismo vacuo de Marcelino Ugarte (a) el *Peñiso orejudo* o el camandulerismo rascacuero de Benito Villanueva. Rápidamente quedó delineada su figura de partido político: Los conservadores tradicionales, demasiado realistas para creer en un conservadorismo honrado, se separaron casi enseguida, reduciendo así al P.D.P. prácticamente a la Liga del Sur y a algunas figuras conservadoras sueltas. Esto evitó su corrupción, pero al mismo tiempo lo redujo a un fantasma de partido tanto más pulcro cuanto menos existente. Su carácter de partido local —constreñido al sur de Santa Fe— hizo primar en él los intereses de la burguesía rosarina: el choque de ésta con los intereses porteños y bonaerenses a partir de la guerra del 14 convirtió al partido durante un tiempo en campeón en la lucha contra la oligarquía tradicional y el imperialismo británico. Su magro apoyo popular dio excesivas facilidades a todos quienes quisieran aparecer como "figuras políticas": partido de dirigentes sin masa que le dé peso y solidez, puede tomar cualquier postura, al sólo arbitrio de esos dirigentes: Carlos Ibarguren le impuso un agudo sentido de paternalismo social, aun permanente que le impide tender a la reforma real de las estructuras; de la Torre —admirador de Estados Unidos— impuso un sentido de liberal "a la antigua", que creía en la posibilidad de cumplimiento de las doctrinas del liberalismo y la lucha desde éste contra los monopolios, contra las desvirtuaciones de la democracia política y aun contra el imperialismo. Como ocurre en casi todos los partidos, en el P. D. P. existe un ala juvenil que —llevando a su consecuencia lógica las posturas de de la Torre— advierte que la defensa de las actuales estructuras económicas y sociales impide el ejercicio real de la democracia política. Pero en un partido sin base popular la dirección puede mantenerse indefinidamente en manos de los viejos cuadros: éstos se limitan a mantener un programa principista de tipo liberal, especializado en propuestas formales respecto de los mecanismos políticos, y logran parar las arremetidas del ala izquierda asociando a la dirección partidaria a hombres jóvenes de cierto prestigio, ligados a la oligarquía terrateniente, que se oponen a toda reforma de fondo.

El nacionalismo actual, descendiente de las fuerzas de choque patronales de 1919, de los maurrasianos, de ciertos grupos agraristas y de los primitivos facistas criollos, ha ido evolucionando durante tres décadas y parece en vías de una evolución mayor a través de "experimento Perón". Hay en ellos los más diversos ingredientes: irracionalismo de viejas oligarquías xenóforas que se aprietan al concepto de nacionalidad como forma de defensa de una personalidad social en descomposición; intereses de algunos grupos oligárquicos aplastados económicamente por los frigoríficos y por los grandes terratenientes ligados a éstos; desarrollo del paternalismo social de Joaquín V. González y de Ibarguren (inventado como medio para contener la rebeldía de las clases populares); a través del "socialismo" del nacional socialismo alemán.

Los nacionalistas constituyen hoy uno de los grupos más flexibles y hábiles de la clase med'ia, y el que más rápidamente se adapta a nuevas circunstancias, como lo demuestra el realismo con que han jugado sus cartas a la caída de Perón.

A pesar de muchas contradicciones y matices, es quizás posible describir más o menos así su cuerpo de doctrina: 1) Las clases dirigentes de la oligarquía liberal ya no tienen papel que jugar, es necesario reemplazarlas por otras más aptas; 2) El error del liberalismo consiste principalmente en desatender las necesidades materiales de las clases proletarias, al mismo tiempo que le propone ideologías cuya consecuencia lógica es la igualdad, es decir, la desaparición de toda jerarquía; 3) Es necesario entonces dar a los proletarios mejor trato, o mayor participación en el bienestar y reemplazar los fundamentos abstractos racionalistas de la sociedad por otros irracionales, pero basados en la realidad; 4) La igualdad no debe buscarse, ni la pretensión de ella se basa en hecho real alguno. Los hombres son naturalmente desiguales. Esa desigualdad es necesaria para un buen funcionamiento social. Para decirlo con palabras de Et-

checopar, una sociedad normal exige una clase dirigente capaz y una masa dócil. Es decir, los nacionalistas traducen a términos de reconocimiento lo que todos los conservadores piensan, aunque lo oculten, y lo traducen en una ideología. 5) Pero a las masas, por supuesto, no basta darles ventajas materiales. Es necesario proveerles un mito que reemplace el mito liberal. Ese mito —"la bandera heroica por la que los pueblos se mueven"— puede ser Dios, la Patria y el Hogar. De paso, los nacionalistas creen casi todos en el mismo mito que proponen. Unidad del pueblo, unidad de la Nación, Etc. 6) Para movilizar ese mito es necesario un enemigo —el demonio— que atacar. Es necesaria la lucha para galvanizar a la masa de individuos dispersos.

De paso ocurre que el enemigo de Dios ha sido el enemigo de la Patria Tradicional y el que chocó con ciertos intereses de parte de los grupos poseedores. El inglés es ese enemigo: el protestante, y, justamente el padre o el tío de las ideas liberales. La lucha antipericialista es así algo ideológico, que permite además la aglutinación en la batalla y reemplaza a una guerra real en todo este complicado juego de simbolismos. Pero también es el intento de algunos grupos de nuestras clases altas y medias superiores opuestos en cierta medida a la oligarquía terrenaliente para crear o desarrollar nuevas estructuras materiales que les den una base de desarrollo como poseedores y diferentes fundamentos a su intento de ejercicio del poder.

Antes del peronismo, los ideólogos nacionalistas habían propiciado la teoría del César, del caudillo como aglutinante de las masas, con ellos, por supuesto, detrás del trono. Justicia social, banderas irracionales y demagogia eran imprescindibles para el manejo de esas masas, que era necesario sustraer al influjo de las izquierdas. Una coyuntura propicia y la inhabilidad de las izquierdas facilitaron el trunfo. Pero César y Cesarismo son peligrosos: el primero suele tener tendencia a asumir su papel en serio, y la confusa participación directa de las masas llena en exceso las rígidas formas de un republicano pensado para una sociedad respetuosa. La vida en la plaza ha hecho cruzar siempre las armazones políticas, inventadas para el orden, y pone peligrosamente en evidencia su carácter de mera reglamentación de un juego, eventualmente reversible. Otra cosa aprendieron: que cada una de las piezas de ese juego es intocable so pena de desequilibrar toda la armazón. No es posible, por ejemplo cuestionar la forma de la propiedad en su estructura actual, porque se trata justamente de la pieza clave del sistema. No es posible, en última instancia, pretender introducir ninguna modificación a la estructura capitalista, porque es peligroso. Se acabaron los sueños de un "nuevo orden": ni el retorno a la Edad Media ni ningún otro experimento que satisfaga los mitos es intentable; cualquier experimento lo que trae es la sublevación contra el orden. Tampoco la lucha contra el imperialismo es posible llevarla a sus últimas consecuencias: su final lógico es también un ataque al sistema entero.

Así, los nacionalistas se han tornado prudentes y más realistas de lo que lo fueron nunca, esta vez en el sentido directo de la palabra. Si todavía repugna el liberalismo, ahora el ataque se limita a las izquierdas —era variedad de hombres de la que abominan—; y de postular modificaciones al capitalismo (ya en 1949 el padre Menielle les advertía lo peligroso que era hablar de "función social de la propiedad"), han pasado al cauteloso "cuidado con pretender expropiar a los poseedores" que fija el eje interno de toda la doctrina de "azul y blanco". Ya Norteamérica —como bien lo han advertido la Silla Apostólica y Franco— no es el enemigo protestante, el anglosajón que corre nuestra nacionalidad, sino el campeón contra el comunismo.

Solamente queda en pie un problema ¿qué otro recurso queda para conquistar el poder sino el favor popular, fuera del fraude o de las bayonetas? En realidad, si uno se niega a llevar las cosas hasta el final, todo intento de gobierno "con calor popular pero sin intervención popular" está condenado al fracaso a plazo más o menos corto, salvo si se cuenta con coyunturas muy especiales, como las de Alemania en esta posguerra, o con pueblos coloniales en los que descargar los problemas internos, como en el caso de Inglaterra y Estados Unidos. Esa válvula de seguridad —ya lo he dicho— es posible que esté dada en nuestro país por sus posibilidades inexploradas, y tal parece ser ahora el juego nacionalista: proponer la tecnificación, manteniendo todo el aparato mi-

tico que les asegure el apoyo popular que las izquierdas perdieron y no parecen ser capaces de recobrar. Primero intentaron ese juego desde el poder; luego del 13 de noviembre (ese fatídico 13 que inscriben con luto en todas sus publicaciones) intentaron unos y otros generales; la muerte, la cárcel o la incapacidad se los llevaron. Ahora parecen intentar la baza Frondizí.

Esto nos lleva a la última carta de nuestra mano de posibilidades: la Unión Cívica Radical Intransigente.

En nuestro país, con más lentitud que en otros de Latinoamérica, se fue formando lo que puede llamarse nacionalismo de izquierda. Los fracasos de ese tipo de izquierda en todos los experimentos realizados hasta ahora, han dejado, sin embargo, una enseñanza: los saldos han sido tanto más positivos cuanto mayor participación ha tenido el pueblo y cuantas más modificaciones estructurales se han intentado.

El radicalismo intransigente, aunque lastrado por las limitaciones y ambigüedades de la clase media que lo forma, parecía sin embargo haber sido capaz de: 1) Formular un programa básico suficiente como punto de partida para un cambio de nuestras estructuras, que comprenda el propósito de explotar nuestras posibilidades materiales al servicio de ese cambio; 2) Crear una capa de cuadros que postulan vividamente tal posición y que creen en la participación activa de las clases populares en la vida nacional; 3) Mantener, pese al peronismo, sentimiento y sensibilidad populares, la fidelidad de sentirse pueblo, la tendencia a comprender las reacciones populares y a integrarse con ellas.

Todo esto significa, debe insistirse, solamente sopesar una posibilidad, lo que no implica olvidar las limitaciones —y hasta imposibilidades— de tipo general, y los muy diversos defectos propios de toda "profesionalización" —inclusive la política—, comunes a todos los partidos, pero muy marcados en el radicalismo: la estratificación de los cuadros, las luchas por posiciones internas, el escalafonismo, etc.; eso que traducido a nuestro lenguaje de comité se llama caudillismo, trenzas, puntarismo y cosas similares.

La ruptura con el balbinismo pareció consolidar las posibilidades favorables, al permitir a una vigorosa ala izquierda mayor peso dentro del partido. Pero, al mismo tiempo, se fueron advirtiendo dos hechos: que tomaba mayor cuerpo la acusación de comunistas, lo que podía significar un obstáculo serio para la llegada al poder, y, además, que ciertos sectores que asumían la representación ideológica de los intereses empresarios se acercaban cada vez más al frondizismo.

Todo esto no era lógico. La intransigencia, tal como aparecía después de la Convención de Tucumán, puede considerarse dividida en tres tendencias: La línea ortodoxa, que insiste en que la formación estructural debe desarrollarse simultáneamente en el plano técnico y en el institucional. La línea tecnológica, que sostiene que los cambios de tipo material darán, por sí, las condiciones de transformación. La línea que podemos llamar del liberalismo nacionalista, es decir la de aquellos que temen los cambios de estructura, pero que se oponen a los abusos derivados de la misma, creyendo que es posible hacerlo sin tomar decisiones de fondo. Esta diferenciación ideológica se da con gran claridad respecto del problema agrario. La línea tecnológica sostiene que la reforma agraria debe centrarse —y aun consistir solamente— en la tecnificación del campo, es decir, en la explotación racional, altamente técnica, del campo. La línea ortodoxa entiende que dicha tecnificación, si no es acompañada por un cambio del sistema de la propiedad y en el actual reparto de la tierra, significa la creación de un estado de tipo prusiano. La línea liberal entiende que basta luchar, para evitar ese riesgo, dentro del actual marco institucional y por medios legislativos, contra los monopolios; centra, por ejemplo, su línea de ataque contra las sociedades anónimas como propietarios de tierras agrarias.

A estas tres líneas deben sumarse dos factores: el maquiavelismo y el "pantano". El primero está representado por quienes sostienen la primacía de la línea táctica o la importancia de la conquista del poder. Afirman que debe contarse con aliados, cuyas intenciones pueden ser —son— otras que las del partido, pero con los cuales se coincide en algunos puntos, sobre todo en los enemigos. "El pantano" no está formado por otros que por los tibios, los indecisos, los exitistas, y sobre todo

por los caudillos, jóvenes o viejos zorros realistas sin complicaciones, dispuestos a unirse al triunfador.

El problema, tal como se da, consiste en que normalmente —si todo político es en mayor o menor grado más o menos quivético— en este caso son los tecnólogos quienes lo son en grado mayor. Su actitud general, unida a esto, atrae hacia ellos, naturalmente, tanto al grupo liberal como al "pantano", enemigos de los cambios. Sumados a ellos los grupos externos al partido —en este caso: los industriales y las derechas clásicas, con quienes los tecnólogos pretenden operar —ya que coinciden en objetivos intermedios— se da a éstos una mayor posibili-

dad de acceso al poder político. Su línea puede ser la acertada. Pero no hay duda de que pueden llegar al poder cercados de tal modo que toda labor positiva les sea coartada, o que su propia labor consolide las propias estructuras actuales.

Quedan, sin embargo, abiertas varias posibilidades. La descripción de las aperturas posibles, de las limitaciones y escollos, es lo que, parcialmente pero en detalle, se intenta comenzar a tratar en este número de **CONTORNO**.

Ismael Viñas

La Iglesia Argentina: Instrucciones Para su Uso

Las recientes declaraciones del doctor Frondizi en respuesta a un reportaje evidentemente solicitado por el mismo y destinado a dar satisfacción a los requerimientos del episcopado en su última pastoral colectiva han disgustado a la opinión católica. (con excepción de los redactores de *Azul y Blanco* en la misma medida en que resultaron gratos a sectores de izquierda de formación más o menos marxista, entre ellos los editores de la revista *Qué* (para industriales y clase media) y el periódico *Semana Obrera* (catolicismo menor de la anterior, para uso de los trabajadores).

Los móviles de esta actitud de Frondizi, que por lo inesperada sorprendió a los restantes dirigentes de la Intransigencia y a sus más próximos colaboradores, han sido objeto de muchas conjeturas. Según algunos, se trataría de una provocación destinada a forzar el alejamiento de su ala izquierda, que le resultaría molesta frente a los dirigentes tradicionales y un obstáculo para conciliarse el apoyo de las fuerzas armadas. Sostienen otros que lo que en verdad le interesa es el beneplácito del Departamento de Estado, y predicen que éste es sólo el primer paso en el camino recorrido antes que él por Haya de la Torre, Kubitschek y Silés Suazo, cada uno por razones y con fines distintos. Para el sector de izquierda que aplaude las declaraciones, se trata solamente de un astuto gambito táctico, y aseguran que gracias a él Frondizi ha consolidado su posición electoral dando muestras de gran capacidad política. A nuestro entender no existen aún elementos de juicio suficientes para interpretar su paso, y es necesario esperar los próximos movimientos antes de aventurar ninguna explicación.

Las consecuencias, en cambio, están ya a la vista: dentro de la UCRI se ha desatado la controversia religiosa (aunque quizá no haga irrupción abierta hasta después de la elección de constituyentes), controversia que hasta ahora había sido excluida, por obra principalmente de la posición anteriormente sostenida por Frondizi y compartida por todos los grupos internos: no dividir el frente de lucha contra el imperialismo y la oligarquía por motivos confesionales. Los cuadros jóvenes, cualquiera sea su posición en este problema concreto, han sentido enfriarse su confianza en Frondizi, que queda supeditado ahora sin contrapeso, al apoyo de los dirigentes o caudillos tradicionales y demorado en el proceso de depuración y estructuración del partido. Fuera de él, ha entrado en crisis la adhesión creciente de estudiantes universitarios, profesionales e intelectuales, que penosamente iban superando sus prejuicios contra el radicalismo. En los sectores obreros resulta difícil estimar la repercusión, pero cuesta pensar que haya satisfecho un compromiso con la Iglesia, a la que atribuyen principal responsabilidad en la caída de Perón y en la instauración del régimen antipopular surgido de la "Revolución Libertadora".

Los grupos de izquierda que hemos mencionado insisten, pese a todo, que Frondizi hizo lo que tenía que hacer, y razonan así: En América latina es imposible llevar a la práctica ningún programa revolucionario sin contar con la colaboración (?) o el consentimiento de la Iglesia; para asegurarnos hay que ceder cuanto pida en ma-

teria de presupuestos para el culto, enseñanza religiosa en los tres grados de la educación, proscripción del divorcio, etc. Si las declaraciones de Frondizi les merecen aprobación, es precisamente porque no las creen sinceras sino puramente tácticas, con lo que hacen de él un monseñor Laffite al revés. El oportunismo en tono menor de los elementos reaccionarios de dentro y fuera de la UCRI —crudamente anticlericales en su mayoría— coincide con el maquiavelismo de izquierda, pero con un sentido distinto: al ceder ante la Iglesia, Frondizi aumenta sus posibilidades de "llegar", pero queda también comprometido a no tomar al pie de la letra el programa intransigente en sus postulados revolucionarios.

Esta tesis de lo que podríamos llamar "la izquierda que está de vuelta de la izquierda" ha ido formándose entre nosotros durante los últimos años, primeramente por influjo del mismo Frondizi y de algunos ex-comunistas y ex-trotzkistas, y últimamente por la prédica de la revista *Qué*, donde se agrupa un conglomerado, imposible de definir ideológicamente, de ex-comunistas, ex-socialistas, masones y nacionalistas clericales, por no hablar de los capitalistas, que la financian.

La torpeza de estos catecúmenos se pone de manifiesto en la "pagina religiosa" de la revista *Qué*, repulsiva para todo católico medianamente progresista, ilustrado, o simplemente sincero. Por ella desfilan todos los elementos híbridos, pintorescos o profanizados del catolicismo, que los propios católicos quisieran superar. Virgencitas de diversas grutas; la inexcusable viejita catamarqueña con su exvoto; seminaristas que juegan al fútbol como para mostrar que el catolicismo no es una cosa que haya que tomarse a lo trágico; una foto de la campaña de Gubbio, solar de San Francisco de Asís, de la familia Frondizi... y del lobo de Gubbio. De este modo, la revista *Qué* dice contribuir a reforzar la cohesión espiritual del pueblo argentino, necesaria para enfrentar la acción disolvente del imperialismo británico y el sabotaje a la industria nacional, y para evitar que los trabajadores se pierdan en estériles planteos de luchas de clase, de izquierdas y derechas, de patronos y asalariados, como en el desdichado episodio de la huelga de *La Bernalense*.

Este viraje de la "Izquierda que está de vuelta" (cuando, por supuesto, es sincero) no se comprende si no es sobre el fondo de los errores de la vieja izquierda, de la izquierda revolucionaria del siglo pasado y de las cuatro primeras décadas del nuestro. El desastre de Perón, la activa participación del clero en la caída de Arbenz y de Rojas Pinilla, el paso atrás de Gomulka y del régimen Kruschev en general han catalizado esta revisión táctica, que era indudablemente necesaria, pero que entre nosotros ya deja de ser revisión para ser autonegación. Los factores principales que han llevado a ello son la falta de una apreciación exacta de la situación real de la Iglesia y de la conciencia católica argentina, los evidentes aciertos políticos del nacionalismo clerical en su crítica contra el liberalismo, y la conciencia de que éste ha sido entre nosotros, desde comienzo de siglo por lo menos, ideología oficial de intereses oligárquicos y proimperialistas. Pero,

por tirar el agua de la bañadera, la izquierda "que está de vuelta" corre el riesgo de tirar al bebé también.

El error de la izquierda revolucionaria clásica fue querer transformar simultánea y violentamente las relaciones económicas y las relaciones espirituales toda vez que logró conquistar el poder. No bastó a los revolucionarios rusos, españoles, mexicanos, etc., socializar la propiedad, proclamar la reforma agraria, reemplazar el ejército profesional por milicias obreras, entregar el poder político a las organizaciones de trabajadores y sofocar a los contrarrevolucionarios. Quisieron además que hasta el último obrero y el último campesino —cualquiera fuese la etapa de conciencia política en que se encontraba al triunfar la revolución— se transformase de un día para otro en el "hombre nuevo" del milenio socialista. Y para conseguirlo, clausuraban los templos o los quemaban (de preferencia con el cura adentro), disolvían las órdenes religiosas y confiscaban sus bienes, secularizaban al clero y prohibían el ejercicio público o privado del culto y hasta la tenencia de imágenes. Por este procedimiento lograron convertir en mártires a pesar suyo a cardenales latifundistas, curas de misa y olla, y absortos profesores de teología. Transformaron en fuerzas de choque o de contraespionaje a las pías hijas de María o los pálidos congregantes y brindaron a la reacción internacional una "causa sagrada" para justificar cualquier intervención.

La izquierda pecó de intelectualismo y de aristocracismo, menospreciando los factores irracionales por los que el labriego español, el peón mexicano o el muyik ruso seguirían necesitando que les perdonasen los pecados, les bautizasen los hijos o los protegiera la virgen del lugar, aun después de que por decreto se los hubiera liberado de todas las formas de alienación, material y espiritual en que lo había hundido la sociedad capitalista. Pero la izquierda revolucionaria pecó mucho más gravemente de antimaterialismo y antihistoricismo. La revolución rompe violentamente las relaciones jurídicas de la sociedad capitalista y pone el fundamento de una sociedad socialista, pero las superestructuras creadas por un sistema de producción anterior no desaparecen junto con las relaciones jurídicas, sino siguen operando profunda y oscuramente dentro del sistema nuevo. El mejor argumento es, por sentido contrario, la propaganda soviética, que para demostrar la libertad vigente en la URSS o las democracias populares nos habla frecuentemente de iglesias llenas... después de decenios de socialismo.

Se dirá que en Rusia, España, México, Hungría, Polonia, la Iglesia contaba con un poder material capaz de frustrar la revolución, y en gran parte es verdad. Sin embargo es difícil pensar que hubiera sido imposible neutralizarla de otro modo durante el tiempo necesario para consolidar las realizaciones revolucionarias. De no haber sido así, lo que se demostraría en definitiva es que la revolución era históricamente prematura o tácticamente mal organizada.

Lo dicho parecería dar la razón a los que "están de vuelta", pero no es así. Ni ellos ni nosotros consideran seriamente la posibilidad de un levantamiento popular revolucionario en la Argentina, durante una larga etapa al menos, en la que es necesario fortalecer el capital nacional, lograr el autoabastecimiento energético, montar una industria pesada y consolidar una reforma agraria que no se quede en los títulos de posesión de la tierra sino vaya acompañada de la plena explotación científica de toda la tierra útil dentro de una economía global integrada y planificada. Y todo este proceso debe ser completado por una elevación paralela del nivel cultural. Durante este período de creación de la base material de la revolución sería evidentemente absurdo crearse obstáculos con la Iglesia o con cualquier otra fuerza político-ideológica por razones de concepción del mundo o de fe. El problema está en el modo de evitarlo y en ponderar en cada caso concreto lo que se pierde a cambio de lo que se gana.

Los que "están de vuelta" creen derivar su maquiavilismo de una filosofía política materialista, pero olvidan que el sentido del materialismo está dado por su antropología, por la concepción del hombre que quiere realizar cuando deja de ser especulación teórica y se convierte en praxis revolucionaria. La izquierda oportunista ha caído en el desprecio de la dialéctica de las superestructuras sobre las estructuras y se ha convertido en mecanicista. El tipo de educación y de organización familiar que pre-

domina durante un proceso de transformación económica no es indiferente. Quienes han hecho un tabú de un yacimiento o un alto horno consideran impavidamente materia de negociación la formación humana del obrero o del técnico que los manejan. (Y conste, por favor, que al decir esto no propugno un nuevo contrato con la Standard).

Supongamos, empero, que no fuera de ningún modo decisivo el tipo de organización familiar o de educación que se adopte: ¿es dable esperar que a cambio de ceder en este terreno a las exigencias de la Iglesia se podría contar con su beneplácito para la transformación estructural que se desea? Porque si no es así, se renuncia a algo, y muy importante, a cambio de nada o muy poco. Al responder afirmativamente a esta pregunta, la izquierda que "está de vuelta" contradice otra vez sus premisas materialistas.

El mantenimiento de la estructura familiar burguesa basada en la indestructibilidad del vínculo, la patria potestad, la administración de los bienes de la sociedad conyugal por el marido y el derecho de éste a fijar el lugar de la residencia, no le interesan a la Iglesia porque esta estructura sea expresión del sacramento matrimonial, sino porque es esencial para la conservación del capitalismo. La educación religiosa (plan máximo, como se practica en los países en que la Iglesia controla el Estado) o la educación "libre" (plan mínimo, en dos etapas: (1) escuelas confesionales sin subsidio estatal; (2) con subsidio estatal o repartición proporcional de los presupuestos educacionales, según se pretende en países de mayoría no católica y tácticamente en los países latinoamericanos de tradición liberal) no es la educación en el dogma y en la moral católica, sino en la "doctrina social de la Iglesia" es decir, la doctrina económica basada en la intangibilidad de la propiedad privada.

Así pues, los que piensan aplacar a la Iglesia destruyendo el divorcio y entregándole la educación religiosa para que les permita a cambio una transformación económica orientada hacia una destrucción de la economía capitalista contradicen sus propias premisas y caen en un idealismo político.

Nada de esto ignoramos, responderán tal vez, pero estamos en una carrera contra el tiempo, y si logramos tapar la boca a la Iglesia quitándole los argumentos con que podría enfrentarnos en la primera etapa, la simple transformación económica irá llevando a la Iglesia a un enfrentamiento con los intereses materiales de los trabajadores en el que perderá definitivamente su prestigio. Si la disyuntiva fuera realmente ésta, podría dárseles quizá la razón. Pero en la Argentina de 1957 la disyuntiva es falsa. Y aquí es donde pesa el desconocimiento de la situación de la Iglesia y del catolicismo en la Argentina.

La izquierda que "está de vuelta" se ha delinado meter en la trampa de la "innegable y absoluta mayoría católica del país". Ostentando cifras del noventa por ciento en los censos, la Iglesia acorrala a los liberales burocratas que hacen mil esguinces para zafarse de ellas. Efectivamente, nueve de cada diez censados, al llegar a la pregunta: "¿Religión?", responderán: "Católico". Pero responden esto con un sentido muy distinto del que finge creer la Iglesia que tiene su resaca. La Iglesia procede políticamente como si en la respuesta "católico" estuviera implícito todo lo que sigue: "Conozco y comparto la totalidad del dogma católico y aceto plenamente su moral, que cumplo o me esfuerzo en cumplir. Me someto al magisterio de la Iglesia, pasado, presente y futuro, renunciando a mi propio punto de vista cuando se contradice por lo sancionado "ex cathedra". Estoy dispuesto a todos los sacrificios, aun el de la vida, para no negar con palabras o actos ninguna verdad del dogma y para cumplir todas y cada una de las disposiciones de la Iglesia". Si los millones de habitantes de la Argentina que responden "católico" respondieran con este sentido, no estaría yo escribiendo este artículo ni los izquierdistas que "están de vuelta" tendrían que preocuparse de problemas de táctica; tanto ellos como yo suspiraríamos por la España de Franco como un paraíso de tolerancia.

Por fortuna, cuando el señor responde: "Católico", lo que sucede es una de estas dos cosas. Generalmente el señor es agnóstico, o simplemente teísta, y cree que no siendo judío, protestante o mahometano, tiene que ser "algo" (porque, infiere con acierto ontológico, no se puede ser "nada"), y como ese ser "algo" significa para él

to-ser-positivamente-de-una-religión-que-se-practica, lo expresa económicamente respondiendo que es católico, porque en la Argentina, para ser católico no se necesita hacer nada en especial, fuera de haber sido bautizado a los seis meses y responder "católico" en los censos o al sacar los documentos de identidad. Pero puede suceder —segunda posibilidad— que el señor crea que es católico (y en estos casos suele añadir "apostólico, romano" con un énfasis que revela el carácter de fórmula de con-juro, como el "savidaperauraicamen" de los chicos del catecismo). En este caso, el señor fué oportunamente bautizado, hizo la primera (y última) comunión, se ha casado en la Iglesia (especialmente si pertenece a la alta clase media), ha bautizado a su vez a los hijos, su mujer les ha hecho hacer la primera comunión, y si muere un familiar llama la mayor parte de las veces al párroco para que eche un responso sobre el cadáver (la extremaunción y la confesión o viático están contraindicadas porque asustan al enfermo y traen "getta" o mal agüero). El mismo no se confiesa nunca, o lo hace de pésima gana, si se lo exigen, por ejemplo, para casarse. Los domingos va a misa o no, según sea su posición social, el tipo de trabajo, físico o intelectual, que realiza y su modo de emplear los fines de semana. Pero este señor es normalmente anticlerical, y la religión que dice profesar no condiciona en lo más mínimo ninguna de sus acciones, ninguno de sus ideales ni su imagen de la vida.

Existe, por supuesto, una minoría auténticamente religiosa, consciente de los deberes individuales y sociales que se derivan de su adhesión a una concepción como es el catolicismo y a una organización jurídica como es la Iglesia católica, y cuya vida está más o menos impregnada por su contacto con lo sagrado. La forman los miembros de las organizaciones laicas de la Iglesia y personas que se mantienen al margen de ellas pero participan intensamente en la vida litúrgica y siguen atentamente las directivas de la jerarquía. Para completar el cuadro, habría que distinguir entre la situación del catolicismo según sexos, edades, los diversos estratos sociales y las diversas regiones del país, pero los elementos que surgirían de este análisis no cambiarían esencialmente el panorama general. Evidentemente, en la zona del litoral y del sur, la "tradición católica" es mucho menos fuerte que en el noreste y en el centro; en las zonas rurales de población mestiza subsiste una simbiosis de catolicismo con antiguas tradiciones indígenas, que la Iglesia, por supuesto, tolera y fomenta (caso de los "Misas Chicos" y demás ritos híbridos de Jujuy), o se da una religiosidad de tipo mágico, en la que las imágenes locales subsisten por sí mismas como tótems benéficos y la liturgia se convierte en rito animista.

La situación que acabamos de describir es perfectamente conocida por el clero y los dirigentes laicos católicos, que además saben bien que es sólo una variante argentina de la situación del catolicismo en el mundo contemporáneo. Frente a ella adoptan tres posiciones tipo. La primera es la del alto clero, los dirigentes católicos de las organizaciones apostólico-políticas de la Iglesia y los nacionalistas de orientación clerical. En la medida en que desean sinceramente cambiarla, descubren que sólo pueden hacerlo mediante la utilización del estado, ya sea negativamente, excluyendo todo lo que contribuya a acelerar un proceso, que muchos en el fondo creen irreversible, ya sea positivamente, mediante la creación de estructuras más o menos coercitivas, como las que se han llegado a implantar en España. Este es el sentido, por ejemplo, de las "universidades libres" solución a la que ha llegado la Iglesia al descubrir que le es imposible infiltrarse y controlar establemente la universidad oficial, tarea que hasta hace poco intentaba activamente. La estructura cerrada de la universidad "libre" permitiría remodelar las conciencias de los jóvenes en la edad en que normalmente estructuran su propia imagen del mundo a partir de la crítica a la imagen recibida en el hogar. Para arrancar a los partidos políticos no confesionales cualquiera de las concesiones que le interesan, la Iglesia ha acuñado la fórmula del "fondo católico tradicional del pueblo argentino" (al que algunos añaden "de herencia hispánica") y habla en nombre de los millones de ciudadanos "católicos" para negociar políticamente amenazando con jugarlos en contra. Veremos más adelante qué eficacia puede tener. La segunda posición es la religiosa-apostólica, propia de las élites católicas de formación intelectual o mística, que se rebela

contra la situación real del catolicismo y trata de cambiarla por medios no políticos, o al menos por medios no exclusivamente políticos, mediante lo que llaman "la restauración integral de una vida cristiana". Los medios de acción son muy diversos, y van desde la práctica intensa de la piedad a los círculos de estudio o la acción social. Una tercera posición es la reacción política no conformista, que parte también de la falta de vigencia de los ideales religiosos y católicos y descubre como causa la organización capitalista de la sociedad y la complicidad de la jerarquía católica con ella. Para retornar al "catolicismo esencial" considera insuficiente la acción puramente religiosa y procura una acción revolucionaria, violenta o no, cuyo término ha de ser la sustitución de la sociedad capitalista, basada en la explotación económica y movida por el deseo del lucro, por un nuevo tipo de sociedad fundada en la justicia social e impulsada por el amor. En un proceso simultáneo, la Iglesia debe volver a la práctica integral del Evangelio. La pequeña minoría católica que está en esta posición no rechaza alianzas ocasionales con los partidos auténticamente de izquierda, cuando éstos son capaces de cumplirlos sinceramente y en los términos pactados.

CONCLUSIONES

Si la situación de la Iglesia y del catolicismo, o de la conciencia católica, es la que acabamos de describir (una encuesta metódicamente organizada sería muy valiosa para comprobarlo y cuantificarlo), ¿cuál es la posición política que debe tomar la izquierda que quiera ser fiel a sus propios postulados y —por supuesto— llegar al poder dentro de la organización política actual?

1. La izquierda debe saber que la situación de la conciencia católica le impide a la Iglesia, aún jugando todos sus recursos, movilizar el electorado de sentimientos católicos cuando no se dan situaciones extremas. Tales serían: irreligiosidad o ateísmo militante de los partidos o de sus dirigentes, incorporación de declaraciones antirreligiosas a la Constitución, educación específicamente antirreligiosa y no simplemente laica, profanaciones o actos de violencia contra personas o símbolos religiosos, etcétera.

En los problemas concretos que se han suscitado históricamente, hay que establecer un orden de importancia. La separación de la Iglesia y el Estado conviene mucho más a la Iglesia que a la izquierda, aun con pérdida de las asignaciones, no muy elevadas por cierto, al clero o a las instituciones religiosas. El régimen actual de subordinación de la Iglesia al Estado es producto de la astucia liberal finisecular, para mantener aburguesado y tranquilo al clero. A mi entender, sería leal de parte de la izquierda ofrecer la separación de la Iglesia y del Estado, si la desean —como parece— los partidos democristianos, o en caso contrario, no hacer bandera de algo que sólo a la Iglesia perjudica. El requisito de "practicar la religión católica" exigido al Presidente debe suprimirse, porque es contradictorio con el derecho a elegir y a ser elegido, aun cuando no haya constituido nunca un obstáculo concreto. Prueba de ello es la serie de presidentes masones o evidentemente agnósticos que, sin el menor problema de conciencia, posaron sus asentaderas en "El Sillón de Rivadavia". De todos modos, es evidente que la conciencia católica no reaccionaría negativamente ante una campaña bien planteada en este sentido. El divorcio es el problema típico por el cual la Iglesia jugaría todos sus recursos, pero, a mi juicio, llevando todas las de perder. La moral de las relaciones entre los sexos es una de las fisuras más profundas de la conciencia católica actual. Los católicos tienen prohibidas las relaciones sexuales anteriores al matrimonio y el uso de anticoncepcionales. Sin embargo, la inmensa mayoría de los "católicos" mantienen relaciones sexuales de un tipo u otro antes de casarse y después, y se valen de los anticonceptivos, siempre que sepan usarlos, puedan costárselos y no vivan en el primitivismo que predomina aún en muchas zonas rurales. La censura social contra los divorciados se ha relajado totalmente y aun aquellos católicos que personalmente son contrarios a recurrir al divorcio admiten que es imposible vedárselo a quienes no tengan contra él objeciones de conciencia.

La educación confesional, llámesele religiosa o "libre" es el punto crítico de todos los conflictos que pueden darse entre la Iglesia y un partido de izquierda no liberal. Las pretensiones de la Iglesia se basan en la Declaración

de Derechos Humanos, en la que se reconoce a los padres el derecho de dar a sus hijos la educación que desean, pero es evidente que este derecho queda asegurado desde que se permite sin restricciones la existencia de institutos privados de enseñanza, y no puede entenderse como derecho el otorgamiento de títulos habilitantes para ejercicio de las profesiones ni como derecho a la distribución de los presupuestos de Educación por confesiones religiosas. De todos modos, lo que interesa aquí no es analizar los fundamentos de la posición de la Izquierda en materia de educación, sino ver cómo debe plantearla políticamente. El hecho evidente es que, pese a sus esfuerzos, la Iglesia no ha podido por sí sola movilizar el sentimiento "católico" en este terreno durante los años de vigencia de la enseñanza "laica". Pero no impuso la enseñanza religiosa por mero oportunismo, no respondiendo a una presión popular. La Izquierda no puede reducir su programa educacional a la exclusión del catecismo sino debe elaborar un programa integral de educación, que de ningún modo debe tener una orientación atea o antirreligiosa encubierta o manifiesta, sino estar centrada en la formación de una conciencia de las estructuras reales del mundo social y cultural, de sus dinamisismos y de nuestra "situación" peculiar de argentinos. Este programa debe ir acompañado por la formulación detallada de una política cultural y educacional integrada con el plan de acción política general. Hecho esto, la izquierda debe dar a conocer su programa y centrar su prédica tanto en lo cultural como en lo económico-social, sin caer en el aristocratismo de quienes piensan que en las masas no existe capacidad para comprender los problemas fundamentales de la cultura ni ansiedad por solucionarlos. Si al hacer esto incurrir en conflicto con las pretensiones de la Iglesia, debe apostar a la carta del pueblo y no a la de los obispos: en caso de conflicto entre los intereses concretos de clase y los "sentimientos" católicos, son indudablemente éstos los que han de quedar postergados.

2. La Izquierda no debe forzar el estado de conciencia colectivo queriendo llevar a la práctica todas las consecuencias teóricas de sus posiciones filosóficas, sino que debe limitarse a crear las condiciones materiales que irán haciendo evolucionar la conciencia de clase. En la etapa actual, la Izquierda no puede desconocer la vigencia parcial del sentimiento religioso, entre nosotros, sino que debe adecuarse a él.

3. La Izquierda debe descontar la oposición de la Iglesia a todo programa de transformación estructural y renunciar a toda esperanza de conciliarla mediante concesiones en el terreno de la estructura jurídica de la familia o la educación.

4. La Izquierda argentina tiene que purgarse definitivamente del liberalismo tradicional, denunciándolo como ideología de clase, en la misma medida en que debe

denunciar el compromiso de la Iglesia con el capitalismo.

5. La Izquierda debe estar abierta para toda colaboración, en base al planteo abierto y total de su posición, con grupos católicos de izquierda, no en la política hipocrita de los "frentes de unidad" sino en la acción independiente en torno a objetivos comunes. En ningún caso la Izquierda debe rehúzar el diálogo y la polémica ni actuar con sectarismo.

6. La posición total de la Izquierda respecto de la Iglesia puede resumirse en una fórmula como ésta: "Señores, ustedes dicen ser los jefes de una sociedad espiritual fundada por Jesucristo con sus doce apóstoles para mantener y propagar su doctrina, contenida en los Evangelios y expresión de la voluntad de Dios, que los hombres deben cumplir para lograr la salvación eterna. Pues bien, a nosotros la salvación eterna no nos concierne; nada tenemos que decir sobre ella, que cada cual la busque o la deje de buscar por el camino que mejor le parezca. A nosotros nos preocupa solamente mejorar en todo lo que podamos la vida de aquí abajo y, primordialmente, en este pedazo del planeta. Entendemos, por otra parte, y ustedes están de acuerdo con nosotros, que al hombre no se le puede imponer, sino solamente proponer una creencia, ya sea en la vida eterna, en la divinidad de Cristo y a infalibilidad del Papa, o en la concepción dialéctica de la historia. Por lo tanto, les aseguramos a ustedes la más plena libertad y respeto: para ejercer el culto, propagar la doctrina católica, mantener todo tipo de obras de apostolado, educación, caridad o acción social con los recursos que por sí puedan reunir; para organizar y dirigir partidos políticos confesionales y para tratar de imponer democráticamente sus ideas sobre cualquier aspecto de la organización de la vida social. Exigimos, en cambio, el mismo respeto y la misma libertad para nuestra acción. En cualquier discrepancia acerca de la organización de la vida política, económica, social o cultural que pueda manifestarse entre ustedes, los sucesores de los apóstoles y jefes actuales de la Iglesia, y nosotros, partido político que aspira a ejercer el Gobierno por voluntad de la mayoría, prometemos juicio limpio, cuya única posibilidad es la siguiente: consulta electoral con todas las garantías. A lo único que nos negamos es a reconocerles a ustedes derecho a exigir nada en nombre de los ciudadanos católicos cuando éstos no han expresado explícitamente su voluntad en un punto concreto. Nosotros no esconderemos nada en nuestro programa ni impondremos nada por sorpresa. Dicho todo esto, les agregamos que estamos ciertos de que ustedes se condrán a toda modificación de las estructuras sociales vigentes que lleve a la supresión de las injusticias sociales, y así lo haremos constar en nuestra prédica. A ustedes les toca demostrar lo contrario".

Ramón Alcalá

Lucha de Clases, Verificación del Laicismo

La posición de un grupo de afiliados y adherentes radicales ante las declaraciones del Dr. Frondizi — papel de la religión en la unidad nacional, enseñanza libre, conformación de la familia y "recuperación moral" por medio de la religión— ha sido interpretada en forma diversa, pero coincidente, por todos los sectores: todos la han paralizado a su favor. Por una parte los socialistas, demoprogresistas y liberales varios se han congratulado ante la actitud de estos jóvenes, y creyeron ver en ello el esbozo de una reacción a la línea radical intransigente y una merma del apoyo prestado a sus formulaciones políticas. Es decir, una ruptura que en última instancia significaba la revalidación de sus propios planteos liberales. Por otro lado, los sectores tradicionales o nuevos de derecha han creído, o simulado creer, que la posición de esos grupos significaba un retorno desenfado al liberalismo que ayudaban a combatir. Así dice la revista *Qué*: "Otra vez aparece la izquierda de los doctores gritando ¡traición!". Para *Azul y Blanco* sus autores serían "un pequeño grupo de pseudo-intelectuales fuboides". De este modo habría en nuestra posición un equívoco fundamental: ¿qué hacemos en el partido radical?

Nuestro intento consiste, precisamente, en contestar esa pregunta a los liberales, a las derechas, y también a las izquierdas del radicalismo que han preferido callar. El problema rebalsa la astucia mediante la cual cada uno de esos sectores escamotea la totalidad del planteo. Por que ellos, a su vez, reencontrarán nuevamente lo que dejan de lado cuando llegue —si llega— el momento del triunfo? Más aún: ¿cabe acaso hablar de astucia y no simplemente de definitivo renunciamento? ¿No habrán cambiado también los fines que pusieron al solicitar la adhesión primera? Por eso nos inquieta esa clarividente ceguera de los que no quieren ver, de los que pretenden que nuestro planteo se resuelva en el antagonismo —liberalismo o ant liberalismo— al que nos reducen. Lo veremos más de cerca: nosotros afirmamos en cambio, que nuestra posición se verifica en otro modo de integración política y que el radicalismo intransigente, quéralo o no, es su inelación.

Se equivocan cuando ven en nuestra actitud un retorno al laicismo liberal. Olvidan así que hay dos posiciones fundamentales frente al problema de la Iglesia. Por una parte está el laicismo liberal, contrapuesto históricamente a la comunidad jerárquica eclesiástica, y que señala la promoción de la burguesía al plano del individualismo y del comercio libre. Pero, por otra parte, está el laicismo que se presenta como reivindicación de una totalidad humana en la que se integra superando tanto el restringido individualismo burgués como la cerrada comunidad eclesiástica. Este laicismo se manifiesta, a diferencia del otro, en la lucha del proletariado como medio de resolver las contradicciones tanto materiales como espirituales de nuestra época. En otras palabras: el laicismo se radicaliza y cobra actualmente sentido histórico sólo en la perspectiva de la lucha de clases.

Los dos Laicismos

El liberalismo se definió históricamente por los siguientes caracteres fundamentales: a) individualismo; b) laicismo; c) defensa de la propiedad privada de los medios de producción; d) comercio libre. Pero este laicismo adquiría una connotación bien precisa en el universo liberal: era la contraparte del individualismo conquistador, en oposición a las limitaciones de la comunidad eclesiástica. Y bueno es recordar que esta satisfacción no se abre hacia una nueva totalidad a los que los liberales dicen aspirar: esa comunidad laica de hombres en la cual las relaciones de producción —la economía— y las relaciones de personas —la intimidad— hagan pasar la propia libertad a la vida cotidiana de todos los hombres. Por el contrario, el liberalismo laico se detiene ante el egoísmo fundamental decantado en las relaciones económicas, y encierra una vez más la noción de libertad dentro de una nueva ideología, opuesta, es verdad, a la

religiosa, pero que tampoco conduce a una sociedad de hombres. El liberalismo laico también desemboca en la opresión. Es, de algún modo, la que estamos viviendo: opresión laica, pero opresión al fin.

El laicismo tuvo en su época una significación de apertura histórica, de la que ahora carece: pretendió quebrar no solamente la sacralidad teológica sino la sacralidad del ordenamiento concreto del mundo. El sentido ideológico de su lucha contra el catolicismo consistió en esta reducción hacia lo profano de una vida encuadrada en la respetuosa inmovilidad divina. Pero ahora, perdida ya su relación con la creación histórica, también lo laico hace de figura sacra en el liberalismo. La señal de este hecho se halla en la sacralidad inamovible con que la burguesía inviste la defensa de sus intereses económicos. Por eso, cuando el aspecto laico de la lucha sólo se establece en el plano de la ideología burguesa, desentendiéndose de la promoción concreta de todos los hombres dentro de ese mundo de libertad, en el que sólo los privilegiados liberales viven, entonces el liberalismo laico sigue haciendo figura de moderna reacción. Son ángeles en el terreno de los principios, son verdugos en el terreno de los hechos.

Téngase en cuenta el cambio de perspectivas histórica que esto representa. Así como el catolicismo sólo valida sus posiciones reaccionarias poniendo al mundo actual en perspectiva sobre las idílicas, virtuosas y ordenadas comunidades medievales, del mismo modo el liberalismo se justifica a sí mismo poniéndose en perspectiva sobre el fondo histórico de ese mundo eclesiástico que ha superado. El liberalismo carece de presente tanto como el catolicismo. Plantea en el presente los términos de una lucha que sólo tenía sentido en el pasado. Nosotros intentamos, en cambio, ponernos en perspectivas no sólo frente al recrudescimiento de la mentalidad medieval, sino también frente a ese liberalismo que congeló para siempre su perspectiva histórica en la lucha contra la Iglesia. Negamos por parciales tanto al liberalismo como a la reacción confesional.

De este modo vemos en la repugnancia unilateral de los laicos hacia la Iglesia una repugnancia "espiritual" restringida a la propia salvación y al propio prurito de conciencia personal. Nuestra repugnancia, en cambio, es total, y porque la referimos a esa totalidad entendemos que no podemos conciliarla con la de ellos. No la podemos conciliar como la concilian las exquisitas conciencias de tantos individuos socialistas, para quienes esa repugnancia no es un obstáculo que les impida integrar las logias masónicas del contubernio ritual, pero laico; o que les vede la participación en un mismo secreto de humanización privada que no surge hacia la práctica, o que se avergüenza del sentido que adquiere a la luz del día: es una humanización clandestina. La logia laica del liberalismo, expresión secreta de la sacralidad burguesa, señala un espíritu tan poco libre, tan poco aireado, tan poco comunicable como lo son, en ese plano, las creencias religiosas. No haremos tantos distinguos en su significación política, porque en un caso se trate de la cruz y en el otro del compás y la escuadra.

La logia laica se define sólo contra lo trascendente. Y, por lo tanto, en el mismo plano que lo trascendente. Su crítica queda ligada a lo mismo que combate. La oposición es entonces para nosotros solamente ideológica, porque ambas modalidades se desenvuelven bajo el signo de la alienación humana y de la opresión. La complicidad es secreta, es ilegible, pero es también cómplice. Así como el laicismo liberal significó por una parte la transferencia de la propiedad de manos del clero a manos seculares, no estaremos nuevamente frente a una repetición de los mismos intereses que buscan nuevamente en la negación o en la afirmación de Dios salvar sus privilegios? Nos damos cuenta que tanto tenemos que ir contra los unos como contra los otros, que el laicismo es una divisa abstracta, que la negación de Dios aún dentro de un sistema filosófico sólo cobra sentido frente a la totalidad de lo que pretende validarse a partir de esa negación. No hagamos

entonces del reino de Dios la divisa de nada: ni de su defensa ni de su negación. Lo político es del reino del César. Veamos cómo se conducen en él.

Cuando la crítica laica no señala la opresión concreta en todos los órdenes, cuando se limita a callar o a apoyar a la reacción económica que le deja gritar sus divisas antirreligiosas, es también crítica religiosa; hasch'ich u opio para el pueblo. ¿Estará la verdad con los demócratas progresistas porque defienden con tanto celo la enseñanza laica? ¿Estará la verdad con los socialistas porque se han hecho los campeones del divorcio?

El lugar de la verdad no se encuentra entonces en una divisa. La verdad política está en la situación total, en las perspectivas que la crítica adquiere frente a la clase trabajadora, porque es la clase que señala el término concreto de una dialéctica que seguirá siendo abstracta si se la refiere a la divinidad.

El laicismo y la liberación nacional: Pero no se crea que la dialéctica política se tornará concreta porque se haga empírica o realista. Si nos repugna tanto la alienación liberal como la eclesialística, es porque la mentira que constituye a ambas nos parecen dos atentados paralelos contra la humanización concreta del hombre. Nos hiere tanto monseñor Lafitte como el señor Ghioldi.

Por eso queremos señalar que existe un riesgo concreto en la adhesión religiosa del radicalismo intransigente, porque las fuerzas unidas a los intereses eclesialísticos constituyen el otro polo de la dialéctica: la regresión ideológica frente a una reforma económica que no logrará convertirse en culturalmente justa si se busca la justificación del cambio en una concepción católica de la vida. Será vida más cómoda, pero será menos vida. Si recurrimos a la religión para dar cohesión al país, señal entonces de que somos incapaces de descubrir en la materialidad de los hechos y de las relaciones humanas el sentido que lleve a la instauración de un mundo históricamente nuevo. Señal de que una vez más se pretende referir a una instancia simplemente simbólica, y falsamente simbólica en su referencia a la materialidad que se quiere reivindicar en los hechos, la solución humana de nuestros problemas. Por ese polo vemos introducirse la falsedad de un sentido que sólo se pretende hacer valer para la economía pero no para la cultura, un nuevo velo interpuesto entre el hombre y las cosas, una nueva imposibilidad de establecer una relación humana con el mundo. El dominio eclesialístico es a la conciencia lo que el liberalismo a la economía: ambos inmovilizan las relaciones humanas en la dependencia, la esterilidad y la humillación. *¿Cómo pretender descubrir el sentido que la economía nos revela si sofocamos la conciencia frente a esa revelación?* Así ambas cierran, cada una por su particular lado, la dialéctica humana en que lo material y lo espiritual, lo subjetivo y lo objetivo puedan converger como expresión de una misma realidad. Y esa realidad total es el objeto de la liberación nacional.

La religión en esta coyuntura política: Pero permaneceríamos en la abstracción si no comprendiéramos que así como el liberalismo está dando su batalla, nuestra posición también es de batalla, y una batalla que debe presentarse al mismo tiempo en ambos frentes. Es lo que intentaremos demostrar a través del presente artículo poniendo en perspectiva la totalidad del problema dentro de la situación política que estamos atravesando. Lo pondremos en perspectiva ante la posición concreta que ocupa hoy el proletariado argentino.

Mal podrá decirse entonces que hemos reaccionado como pequeños burgueses, que hacemos el juego a la reacción, que hemos planteado un problema en el que sólo esta ideología está interesada, que estamos adscriptos al liberalismo. Que releen a Lenin tanto como releen a Maquiavelo. No desconocemos que hay una prioridad de intereses, que toda expresión teórica tiene que presentar coherentemente la significación actual de todos los elementos que integran la situación. Pero con cierta línea política no hay equivoco; nos reflejan al liberalismo porque intentan encubrir el sentido que nosotros queremos revelar. Lo veremos luego; quieren otra cosa de la que nosotros y el pueblo quiere, quieren una forma más aceptable del liberalismo. En cambio los economistas de la

línea "astuta" no solamente creen en lo que nosotros decimos; también creen que no hay que decirlo. Pero al callarlo no engañan únicamente al enemigo (quien por otra parte no les cree) sino que destruyen la línea inteligible para sus propios partidarios introduciendo en ellos, en el interior mismo de sus fuerzas, la desconfianza y el desconcierto. Nos hablan entonces de la eficacia y de la premura: la verticalidad de un partido obedecería a la premura y a la eficiencia. Pero toda política es presurosa. No hay política a largo plazo que no haya intentado y agotado al menos el plazo mínimo y haya dejado de iniciar desde el presente mismo el camino hacia sus resultados. Si en mérito a la urgencia se deja de lado el sentido de lo que hace urgente la acción ¿para qué la acción? Todo depende de que se quiera estar al acecho en el transcurso de la historia o en el punto en el que se verifica ahora el acontecimiento, que se quiera hacer de fondo o de figura histórica. Por lo tanto que se quiera dejar para más adelante la verdadera instauración política porque por el momento todo es negatividad pura que obliga a conservar en la conciencia, en la sola subjetividad, una posibilidad que vive en la intimidad del hombre pero que los otros hombres no lograrían comprender.

Lucha de clases y laicismo: Hemos dicho que el laicismo, del mismo modo que su antagonico, el pensamiento anti-liberal que se desentiende de esta verdad parcial del liberalismo, no nos dan la clave de la situación política. Que se trata de la perspectiva que ambas posiciones adoptan ante la lucha de clases la única que puede dar cuenta del término de ambas posiciones. Porque —y es lo que queremos demostrar— una posición política que se desentiende de la significación que adquiere el ordenamiento eclesialístico y religioso del mundo, marca el retorno a la obnubilación de la lucha de clases. Del mismo modo, la remisión de la lucha al plano de la sola oposición religiosa desentendiéndose de las implicaciones económicas y concretas del fenómeno social, es otro modo de la negación de esa lucha. Nosotros creemos, y esa es nuestra tarea actual, que existe otra posibilidad, es decir un riesgoso hacer que permitiría, en la situación por la que atravesamos, conciliar los diversos aspectos de la lucha de clases sin renunciamentos ni tergiversaciones, en una creciente integración de las masas trabajadoras argentinas dentro de esa verdad que sólo su fuerza y su conciencia tornarán posible.

Para demostrarlo, hemos de analizar este problema a la luz de algunas posiciones políticas que se anuncian a sí mismas como soluciones nacionales al mismo tiempo que obreras. Nuestro plan es el siguiente:

- 1º) El abandono de la lucha de clases: Ghioldi.
- 2º) La lucha de clases como camino de salvación: Romero.
- 3º) La Santa Alianza de la revista *Qué*
- 4º) Los celadores de la lucha de clases: las izquierdas abstractas.
- 5º) La otra posibilidad: el radicalismo intransigente.
- 6º) La ambigüedad radical y la influencia obrera.

El Abandono de la Lucha de Clases: Ghioldi

En una reciente polémica mantenida por el prof. Ghioldi con el Dr. Romero en *La Vanguardia*, las tesis que sostuvo el primero de ellos fueron las siguientes:

a) Ante un posible apoyo a la candidatura de Frondizi por parte de Romero, o al menos ante la intransigencia del Partido Socialista frente a los otros partidos que se oponen a Frondizi —posición que podría beneficiar a este candidato radical— el profesor Ghioldi señala que "el P. S. tiene una función propia que cumplir".

b) Esta "función propia" del P. S. se evidenciaría en el plano de las próximas elecciones: 1º) por su oposición a Frondizi, en quien señala al mayor enemigo del país; 2º) por la salvación de la "revolución libertadora", objetivo al cual debe sacrificarse toda otra postulación para guiarse por la consigna: "Todos unidos, pero sin confundir los ideales".

c) Los votos socialistas tendrían en esa elección la siguiente posibilidad: decidir en una acción coagulada de

los partidos minoritarios cuál debe ser el presidente de la República.

d) El P. S. debe para ello colaborar con todas las fuerzas "revolucionarias" que se oponen al frondismo. Esta colaboración encuentra su fundamento teórico en el "Manifiesto comunista" de Marx-Engels, en una disertación de Juan B. Justo y en una cláusula estatutaria del P. S. que autoriza los acuerdos políticos con otras agrupaciones.

e) Para lograr esta unión de fuerzas, el P. S. debe dejar de lado la lucha de clases, fundamento de su concepción histórica, para anteponer la salvación de la "revolución libertadora".

f) "La función propia" del P. S. es oponerse a la intransigencia radical; de allí su definición de anti-intransigencia.

El profesor Ghioldi ha querido tener la historia a su favor. Y ha querido encontrar en ella la justificación para definir la tarea del socialismo: la transigencia. Sin embargo, tanto este llamado a lo pasado como la definición de la postura que propugna se definen por su carácter negativo. El profesor Ghioldi solicita a los argentinos que transijan. Veamos para qué.

El profesor Ghioldi no ignora ciertamente que la transigencia caracteriza de algún modo toda política que pretende pasar a los hechos. Pero también sabemos que no es sólo la transigencia lo que caracteriza y sirve para definir la actividad de un partido político. Lo que constituye a un partido político es su positividad, es decir, el sentido de sus formulaciones que intentan por su intermedio pasar a la práctica. En otras palabras: todo partido político se define más por su intransigencia que por aquello con lo cual transige; la intransigencia señala sus fines, la transigencia los medios. Y así aparece una intransigencia de izquierda como una intransigencia de derecha, del mismo modo que a cada una de ellas corresponde un tipo peculiar de transigencia. El modo de transigir de la derecha, en la medida en que está asentada en la realidad y tiene en sus manos el poder, consiste en una transigencia ideológica. Con lo que no transige es con los hechos, con lo que ya posee. La intransigencia de izquierda, en la medida en que su tarea se define como tarea futura, sólo transige mínimamente con los hechos para lograr convertir en realidad el máximo contenido de sus formulaciones ideológicas. La transigencia de izquierda es el grado de adversidad o de obstáculo que encuentra para instaurarse en lo concreto. Por eso la izquierda se define más netamente por la intransigencia: su poder virtual le viene precisamente de la intransigencia frente a lo ya dado, de aquello que señala su objetivo en la negación concreta de lo que se le opone. Según se ponga el acento en una u otra actitud, en la transigencia o en la intransigencia, ese carácter señala el compromiso con lo ya creado o con lo que se está por crear, la adhesión al pasado o el riesgo del futuro.

Sin embargo, el profesor Ghioldi, político que reconoce que la política de su partido no ha pasado todavía a los hechos, se define esencialmente por la transigencia y la aceptación. Se define por su adhesión al pasado. El carácter peyorativo de esta definición hace que no se atreva a llamarse a sí mismo "transigente". Dice: "Soy anti-intransigente", o "La intransigencia no es el camino", porque no se atreve a decir que transigir es el suyo. Que es la suya una reacción defensiva frente a una acción política coherente e inmediata mediante la cual el país puede retomar su camino popular y nacional. Esto no es fortuito. Incapacitado para definir positivamente la coalición de derecha en la cual se apoya —ante la verdad objetiva del país, ¿qué positividad podría reivindicar para esta regresión a la oligarquía?— sólo tendría la única positividad que esa oligarquía puede concederle: ser transigente frente a la intransigencia de los ideales nacionales. Así, transigencia se asimila a traición. Como el traidor, Ghioldi se define por lo que cede y abandona, no por lo que conquista: es la contraparte del héroe.

Su transigencia no es accidental. Es la que define la línea política del Partido Socialista argentino, y que

señala la decadencia tanto de su acción como de su ideología. No es éste un hecho por el cual quepa congratularse. Esta decadencia ideológica, que se asimila a traición política, se encuentra en la interpretación de las teorías marxistas y en la falsedad en que incurren al apoyarse en ellas. No somos nosotros los que nos apoyamos en el marxismo ahora. Es el mismo profesor Ghioldi quien lo hace. Nuestro derecho es confrontar su teoría con la acción práctica para comprender el sentido de su actividad, su buena o mala fe, la buena o mala fe del Partido Socialista.

En efecto. El profesor Ghioldi dice encontrar en el Manifiesto Comunista de Marx el apoyo a sus propias formulaciones. Ghioldi dice tranquilamente: "el Manifiesto comunista destruye la teoría de la intransigencia política", entendiendo de este modo que Marx autorizaba así la transigencia actual con la oligarquía reaccionaria. Lo extraordinario es esto: que nadie entre los socialistas que se apoyan de un modo u otro en el marxismo haya criticado esta fabulosa deformación que Ghioldi hace de la teoría marxista de la historia. La lectura que Ghioldi hace de Marx equivale a un "test" proyectivo: ahora entendemos cómo entiende el profesor Ghioldi. Allí leyó —si nuestra suposición de que lo ha leído es válida— que los comunistas transigían; lo que no leyó es que transigían con los partidos de la oposición en la medida en que estos partidos actuaban revolucionariamente respecto del pasado. (Véase Manifiesto Comunista, cap. IV). Que los comunistas se aliaron en Inglaterra y en los EE. UU. con los carlistas ingleses y con quienes propugnaban la reforma agraria; que en Francia apoyaron a los demócratas socialistas contra la burguesía dominante; que en Polonia apoyaron la Sociedad Democrática Polaca para contrarrestar a los aristócratas; que en Alemania se aconsejó apoyar a la burguesía mientras ésta se encontrara empujada en una guerra revolucionaria contra las fuerzas de la reacción. Y agregaba Marx: "Pero todo esto sin dejar de trabajar un solo instante con los obreros, hasta afirmar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado" (p. 107, ed. Roces). Pero el profesor Ghioldi al parecer no ha visto más que rótulos y palabras; donde Marx dice "burguesía revolucionaria" vió acaso Ghioldi a un metraliante del "comando civil revolucionario"; donde Marx habla de "revolución agraria" vió Ghioldi la "revolución agraria" del ministro Mercier. ¿Como para no quedar convencido de ser marxista revolucionario!

Esta deformación, extraña al menos en un político que recurre al marxismo, pasa entre nosotros como si nada. Veremos luego que hace mucho que pasa como si nada: desde que Juan B. Justo "interpretó" el marxismo para las generaciones venideras, que se eximieron así del penoso trabajo de leer las fuentes. Y eso sigue pasando cuando se entiende literalmente al revés los principios teóricos que animan una política socialista. Marx hablaba de una transigencia diametralmente opuesta a la que preconiza el nominalismo simplista del profesor Ghioldi, y que tenía como formulación incontrovertible: "Proletarios de todos los países, ¡uníos!". Hablaba contra el socialismo idealista. Decía que en una coyuntura histórica como la nuestra los obreros o el partido que los representa deben apoyar a la corriente revolucionaria de la política burguesa. Y esa corriente revolucionaria no está representada entre nosotros por la oligarquía terrateniente, aliada con intereses imperialistas que destruyen nuestra independencia nacional, sino por la burguesía industrial en la medida en que su desarrollo favorece a la clase trabajadora y en la medida en que su interés la enfrenta con los intereses imperialistas. Marx quería hacer pasar el comunismo a los hechos, no a los ideales.

La posición del "verdadero" socialismo ghioldista es clásica. El mismo Marx la describe en su Manifiesto al referirse a ese "verdadero" socialismo que se aliaba con la reacción: "Este "verdadero" socialismo les venía al dedillo a los gobiernos absolutos alemanes, con toda su cohorte de clérigos, maestros de escuela, hidalgueros ruidosos y capatines, pues servían de españapájaros contra la amenazadora burguesía. El "verdadero" socialismo encarnaba de una manera directa un interés reaccionario, el interés de la baja burguesía del país". Y agrega, para caracterizar mejor la situación: "Era una especie de mellifluido complemento a los feroces latigazos o a las baías

de fusil con que esos gobiernos recibían los levantamientos obreros" (p. 101).

Des eran entonces para Marx los requisitos de toda colaboración: 1) que el partido burgués fuese al mismo tiempo el que represente las tendencias progresistas de la burguesía; 2) que no se olvidara que esta colaboración parcial debía poner en relieve al mismo tiempo el antagonismo de clases que justificaba precisamente esta colaboración. ¿Qué encontramos en el marxista Ghioldi?

También dos requisitos, pero precisamente los opuestos: 1º) colaboración con los partidos burgueses que representan las tendencias reaccionarias de la burguesía y del imperialismo colonialista; 2º) que se deje de lado la lucha de clases. Este abandono de la lucha de clases tampoco es ocasional; también para esta defeción recurre a la historia: "La historia del socialismo dice que la esperanza de que la clase obrera o proletaria se convirtiese en actor protagonista de la historia no ha sido confirmada".

De este modo a la intransigencia fundamental de Marx opone Ghioldi la necesidad de que "los partidos políticos deben deponer sus intereses a los del país y que hoy más que nunca es imperiosa la necesidad de colaboración de todos los argentinos". El fundamental problema que en el marxismo consiste en discernir el sentido de las fuerzas que actúan en un momento histórico se convierte en Ghioldi en indiscernimiento; lo que significaba acrecentar concretamente las posibilidades de la clase obrera se convierte en Ghioldi en conservación de "ideales", mientras se hace pasar a lo concreto precisamente aquello que los niega. Y lo que es más: a la ineludible necesidad de estar con la clase trabajadora opone Ghioldi su clara confesión: de que ahora hay "otras cosas más perentorias". Al interés de la clase trabajadora sustituye Ghioldi el interés de la burguesía oligárquica. De este modo, si los votos socialistas "van a ser indispensables para la designación de un presidente", este cálculo señala dos cosas:

a) que la elección va a ser decidida por los partidos minoritarios, por lo tanto con exclusión de los votos de la clase trabajadora cuyo sacrificio cree necesario el profesor Ghioldi;

b) que el socialismo aspira así a ser el disfraz bien pensante de la reacción conservadora argentina.

Por eso acude Ghioldi al ejemplo del socialismo francés, y por eso desafía a que nadie llame traidor a Guy Mollet. Entre traidores no hay cornadas. Si Guy Mollet tuvo que cumplir las tristes tareas que la reacción francesa no se atreve a realizar por sí misma, si tuvo que perseguir a los obreros dentro y fuera de Francia, si se convirtió en el campeón de los intereses colonialistas en África donde reprimió a los patriotas a sangre y fuego, si encarceló a los hombres de izquierda (no comunistas), comprendemos que éste sea el ejemplo que señala la futura tarea del socialismo argentino y que la elección se ajuste a sus planes.

Pero si hemos visto que Ghioldi traicionaba a Marx, y con él a la clase trabajadora argentina, veremos ahora que esa interpretación del marxismo viene de lejos y no ha sido remozada; que Ghioldi nos habla de Marx a través de una conferencia de Juan B. Justo.

En efecto. Es en la conferencia citada por el profesor Ghioldi, y leída por Justo en 1921, donde se hace esa interpretación del marxismo basada en el *Manifiesto comunista* y en la cual se dejaban de lado la lucha de clases, como factor de la historia.

Juan B. Justo se basaba en este razonamiento: "En un país... en que un proletario puede llegar en un periodo de tiempo relativamente breve a la situación de empresario, de patrón, de capitalista más o menos grande, y donde... un partido como el nuestro... conserva, sobre todo, a los hombres más capaces, energéticos y laboriosos, es seguro que ha de tener en sus filas, después de cierto número de años, cierto número de patronos, aunque sea partido socialista y obrero. Y en realidad tenemos patronos". Luego proseguía, como si nada: "Somos, pues, un partido de clase. Veamos si somos un partido de oposición. Yo digo que no". En otras palabras: un partido

de clase que no lo es de la clase obrera. Suya es esta confesión: "Demasiado sabemos que hay numerosos trabajadores, y en algunas partes del país podemos decir casi todos los trabajadores que votan, que están en otras corrientes... que reúnen por decenas de miles los votos de los trabajadores auténticos (sic) donde nosotros apenas podemos reunir unos centenares". El Partido Socialista era el partido de la clase obrera por definición, no por sus integrantes. Esto es lo que le hizo renunciar a Justo a la lucha de clases.

Un partido de clase que tiene dentro de sí a los trabajadores que se hicieron patronos. Es decir, un partido que señala la transición de una clase de obreros a la burguesía; así puede quedar definido el P. S.; el plano inclinado que lleva a los tráfugas de la clase obrera hacia la burguesía. Pero aun sin ser un partido obrero el P. S. se ocupaba todavía en la época de Justo de la situación de los obreros, esos hermanos en desgracia cuya incapacidad los condenaba a persistir siendo obreros: "Invariablemente los socialistas han intervenido en esas elecciones a favor de los candidatos burgueses más favorables o menos peligrosos para el movimiento obrero socialista" (p. 365). Sólo el profesor Ghioldi llevó la inconsecuencia socialista hasta el extremo lógico: una vez abandonada la lucha de clases (cómo advertir la diferencia que separa a los hombres en una actividad creadora o posiergadora de la historia?

En efecto. Si las luchas de clase no tienen sentido histórico, si no señala nada más que una condición de inferioridad dentro de una situación "natural" a la cual deben aspirar, y que está representada por la burguesía, si el proletariado aspira a confundirse en ella, la negatividad histórica de los obreros no tiene nada que oponer a la positividad burguesa; la burguesía está en lo pleno y en la verdad. De este modo, la transigencia socialista hacia el exterior no hace más que evidenciar esa transigencia verificada antes de su propia composición interior. La verdad del proletariado es la burguesía. ¿Por qué Ghioldi vacilaría en sacrificarlos a su salvación?

Porque, en verdad, ¿en qué consiste la transigencia socialista definida en la nueva Unión Democrática que propugna? En una bella frase: "transigir con todo pero sin confundir los ideales". Pero como el P. S. vive y se nutre de una realidad antiobrera, su intransigencia con los ideales significa la transigencia con los hechos. El "todo salvo los ideales" equivale al "todo salvo el honor", donde el honor no es más que la figura que adopta este renunciamiento esencial. Así, la burguesía oligárquica le trasmata al profesor Ghioldi la traición en honor. La fórmula es en sí misma magnífica para todos aquéllos que viven en la concreta realidad del dominio efectivo basado en la economía, en las armas y en el privilegio que ellas ayudan a mantener. ¿Cómo no le iban a conceder los ideales, el honor, al profesor Ghioldi! ¿Qué le importan los ideales a la burguesía terrateniente si tiene sus vacas, sus frigoríficos, sus campos, sus ministros, sus concesiones prontas y los obreros sometidos! ¿Cuánto menos le podría importar si tiene a los políticos tradicionales y al profesor Ghioldi dispuestos a transigir precisamente con todo eso, salvo con los ideales! Por eso la oligarquía deja siempre los ideales a los políticos. Lo que necesita es que el pueblo transija totalmente con los hechos. Para ello encontró al profesor Ghioldi que les dice a los obreros una vez más: "transijamos con todo, menos los dos ideales". Los ideales son así la faz burguesa de su traición proletaria. Y en la medida en que el P. S. se reconoce en él, expresa la traición socialista al proletariado.

La Lucha de Clases como Camino de Salvación: Romero

Las tesis que sostiene Romero son las siguientes:

a) Reconoce que existe actualmente un enfrentamiento dramático entre la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial.

b) Como el P. S. "es un partido de la clase trabajadora", el socialismo constituye la única salida para el viejo dilema entre conservadurismo y radicalismo, dilema que en el fondo carece de sentido.

c) Como el radicalismo es "fatalmente incapaz de resolver los problemas de la clase obrera", el socialismo

"no debe dejarse ofuscar por los matices entre candidatos burgueses".

d) Romero cree que "éste es exactamente el momento de plantear nuestra política en términos tales que la clase trabajadora descubra inequívocamente que el socialismo es el único y verdadero partido de izquierda que el país reclama con urgencia en la coyuntura actual".

e) Ninguna de las posiciones extremas de la política actual, tanto la del profesor Ghioldi como la de la revista QUE pueden ser aceptadas por el socialismo. Ambas apartan al socialismo de la clase trabajadora y lo inducen a entrar en "alianzas con el enemigo".

f) Si no hay una solución digna para la clase trabajadora, "la base electoral del futuro gobierno no le interesa al socialismo".

g) "Todos los demás caminos son tortuosos senderos en que nos acechan las tentaciones y los peligros".

h) Corresponde pues a los socialistas, que son los "intérpretes y vógenas de la clase trabajadora", la misión histórica de "encauzar" a la clase obrera del país.

Difícilmente se pueda estar en desacuerdo con Romero cuando afirma que la verdad del país es el proletariado. Esto es lo que constituye la base de su posición de izquierda dentro del P. S. Pero intentaremos ver si esa reivindicación de Romero pretende realmente instaurar al proletariado en los hechos concretos.

Dos son los puntos alrededor de los cuales centraremos el análisis: el primero, apreciar si una política que intenta pasar a los hechos puede desentenderse del drama que se encuentra planteado entre nosotros como oposición de oligarquía terrateniente e industrialismo. Y segundo, si el P. S. puede de algún modo, por su situación histórica, hacer cargo de la situación de la clase proletaria frente a ese drama para tornar consciente su sentido. Todos los demás puntos de sus tesis ("alcanzar el triunfo solos", "encauzar a la clase obrera", etc.) dependen de los resultados a los cuales nos lleve el análisis sucinto de los dos primeros.

Hay un drama, afirma Romero, entre la burguesía industrial y la burguesía terrateniente, pero, agrega, "en el fondo carece ya de sentido". Como en sus formulaciones no aparecen las razones que motivan esta afirmación, cabe preguntarse cuál es el sentido de la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial, y si esa lucha interesa de algún modo a la clase trabajadora como para que ésta no permanezca indiferente.

Y la significación más importante que pueda tener esta oposición para el proletariado, si se lo define por el trabajo y la necesidad, es ésta: la burguesía industrial, basada en la materialidad de la producción, significa frente a la oligarquía la reivindicación desnuda de la materialidad efectiva de toda producción humana frente al idealismo mistificador de la oligarquía. La oligarquía terrateniente se niega a reconocer las bases materiales de la existencia humana; de allí su indiferencia frente al trabajo creador de la sociedad. Alejada del trabajo, salvo en las formas primitivas que crean las relaciones seculares del campo, en la "naturalidad" que se limita a proporcionar las materias primas y cuidar las reses u obtener la renta, la oligarquía encontraba allí la ocasión de su dominio y la perseveración de su privilegio de clase.

La burguesía industrial, en su oposición a la oligarquía terrateniente, trae a la nación la reivindicación económica de la existencia, de las condiciones concretas de su desarrollo y defiende así la materialidad de lo que produce; tiene que hacer para ello la apología de los bienes, de lo encarnado, de la riqueza por el gozo que proporciona. Y tiene que hacer de esta verdad primitiva la divisa de su lucha. Ese es el momento en que la necesidad de la industrialización, el incremento del trabajo y la transformación de la naturaleza, se confunde parcialmente con la necesidad del proletariado y con las necesidades del país.

Ese sentido que la burguesía industrial viene a despertar en la Argentina, con los cambios en el orden de las

relaciones internas e internacionales, es un hecho que no puede dejarse de lado como si sólo fuera un sutil "matiz" que no hace al drama. El drama oligarquía terrateniente - burguesía industrial se confunde pues con el drama de la nación, con la orientación de su porvenir, y sólo serán "matices" para el pensamiento que se desentiende de las condiciones concretas de nuestro desenvolvimiento histórico y del desenvolvimiento del proletariado.

Por eso, cuando aparece entre nosotros una nueva fuerza política consustanciada con las fuerzas genuinas del país, que como toda realidad genuina encierra una contradicción que pertenece al futuro, esa corriente política expresa una realización inmediata que tiene su apoyo en la urgencia de los hechos, en su materialidad, cosa que no puede ser negada por ninguna ideología. Lo que el industrialismo tiene de ideología está más allá de esta verdad que hace al ser o no ser de la comunidad, y al margen del cual no puede quedar ningún partido que reivindique la materialidad de la existencia sobre la mistificación de la oligarquía terrateniente. Menos aún un partido cuya suerte dice está unida a la suerte de la clase trabajadora. Porque no se trata solamente de ideas; se trata de una verdad contra una mentira, de una mistificación ideal contra una evidencia material. Y eso es lo que reconocía Marx cuando hablaba del apoyo que debía prestarse a la burguesía progresista, y en ello se basa la evidencia de su método de la dialéctica histórica. Pues también el proletariado depende de esta conquista material, que es suya por una razón más profunda de aquélla por la cual lo es también de la burguesía.

El industrialismo burgués argentino, en la presente coyuntura, tiende a destruir la ideología económica liberal y a hacer ver como la libertad de un país depende de sus condiciones materiales, no de los principios. Que la libertad adquiere su sentido cuando pasa también a la economía. Pone así al descubierto la estructura de las relaciones de producción que dicha ideología encubre. Representa también la entrada en la escena activa de la vida nacional de amplios sectores hasta ahora marginales, la posibilidad de determinar con su sentido popular la orientación del país. Por lo que representa como verdad material, la industrialización se confunde con la verdad del proletariado en cuanto tiende a crear nuevas fuentes de riquezas y desarrollo, a establecer una nueva relación con nuestra propia naturaleza y modificar por lo tanto las posibilidades humanas de los hombres que la habitan.

El industrialismo nacional se ve formado por las circunstancias económicas a hacer la crítica de la economía oligárquica, a ponerla al descubierto, a descubrir sus mentiras, la base de sus privilegios constituida por el apoyo imperialista y la detención del desarrollo nacional. Como podría permanecer el proletariado indiferente a este proceso que todavía no ha culminado, cuya solución desconocemos?

Para que el "drama" provocara la indiferencia que Romero, de alguna manera tuvo que alejarse de la realidad y ordenarla de otro modo. Es el pasaje que observamos entre sus primeras declaraciones a *La Vanguardia* y el artículo aparecido luego. Lo que al principio fue una disyuntiva entre la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial, pasó a ser luego, por razones de polémica, una disyuntiva entre el profesor Ghioldi y la revista *Qué*.

Pero al hacerlo se ha cambiado el sentido del planteo, embobreciéndolo. Suplantar la disyuntiva "oligarquía terrateniente - burguesía industrial" por "Ghioldi - *Qué*" es efectuar una trasposición que nos veda la lectura de la realidad. Si bien Ghioldi representa lo ya dado y decir su nombre equivale a decir involución continuista, oligárquica y entreguista, decir *Qué* y decir industrialización nacional no es lo mismo: porque industrialización nacional y ant imperialista significa algo más de lo que pretende la revista *Qué*. Significa eso que se deja de lado la adhesión de las masas populares que no persiguen lo que persigue *Qué* al adularlas, como veremos luego. Mientras para la revista *Qué* la industrialización es un fin que se confunde con la tecnocracia y con el patronazgo paternalista, para la masa trabajadora es, al mismo tiempo que incremento de sus bienes, el medio en el cual ad-

quiere su máximo poderío de clase y sus máximas posibilidades de decidir a su favor el sentido de la historia.

Esta opción de los trabajadores, que Romero posterga, no admite detenciones ni demoras ni esperas y se juega día a día, como día a día viven. Si pudieran esperar que la burguesía industrial venza a la oligarquía terrateniente o les fuera indiferente su resultado, el esquema de Romero sería válido. Pero el mundo sería distinto. Y como en la coyuntura la masa obrera tiene que jugar, se está jugando, decir industrialización y recuperación nacional significa decir Qué pero también masa obrera. Por eso la disyuntiva nos parece inexacta. Si la masa obrera actúa día a día, si su ser o no ser se juega en la continuidad cotidiana de su drama, el futuro inmediato no le es indiferente. Por eso tiene que escoger; mejor dicho, ya ha escogido. Y si escogiendo opta contra la oligarquía, quiere decir que los términos han cambiado ya. Será proceso técnico - industrial más el sentido que los hombres que no piensan ni quieren como la revista Qué tratarán de darle. Pero si Romero dice otra vez que han escogido mal, que no puede acompañar a la masa trabajadora porque la clase trabajadora no está todavía en su partido, habrá perdido nuevamente esta posibilidad de acercarse a ella, de validar el sentido de su acción, de ponerse en la escuela de los hechos y, en buen marxista, partir de lo concreto para reconquistar lo que el socialismo tal vez no tuvo nunca: la clase trabajadora.

Sin embargo, Romero, conociendo lo que él mismo llama "drama", escoge como si el drama no existiera. A no ser que la disyuntiva no sea tal y exista una tercera solución. ¿Tiene en sus manos Romero esa solución?

Nosotros no conocemos otra para la realidad argentina fuera de aquella que la toma en el presente y esboza sobre ella, desde el presente mismo, las líneas de su acción concreta. ¿Posee Romero una salida revolucionaria ahora? Si la postera, si la revolución estuviese de algún modo inscripta en los hechos de la realidad como para que esta nos la significara en alguna coyuntura inmediata, no seríamos nosotros los que la negásemos.

Pero Romero tampoco la posee: no nos habla de una revolución inmediata que signifique superar el drama oligarquía terrateniente - burguesía industrial, no nos da ninguna seguridad sobre el desenlace de la coyuntura actual simplemente nos remite a un futuro de la clase trabajadora situada en el horizonte de cualquier desenlace presente.

Si su acción no es instantánea, si tampoco es la revolución ni el apoyo a una solución que nuestro verdadero drama solicita, ¿dónde situar la acción de Romero? No queda otro lugar que en el futuro. "Futuro" es una palabra grata a las Juventudes Socialistas. Pero también el futuro tiene sus capisismos, y también hay una metodología de las previsiones. Si en el futuro todavía no hay absolutamente nada, de algún modo sin embargo el presente lo señala; el futuro señala entonces una técnica de comprensión del presente.

La acción futura del P. S. tiene entonces que ver con su relación actual frente a la clase trabajadora. ¿Cuál es la relación actual del P. S. con los trabajadores? Preciso es convenir que el socialismo es el "partido de la clase trabajadora" sólo desde el punto de vista burgués e ideológico, por definición, por concepto, no porque ese concepto y esa definición correspondan a la situación concreta. El drama socialista argentino consiste en que creyendo tener el molde de un partido obrero, los obreros se niegan a entrar en él y a reconocerse en sus formulaciones. De esta verificación, que transforma lo definido por no acordarse con la realidad, el socialismo sólo saca la conclusión de que el P. S. es el partido de los obreros... del futuro. No hay otra moraleja para significar ese desencuentro? El desencuentro no señala la elevación de los ideales socialistas y la baja actual de los obreros; tampoco señala a la pedagogía como mediadora entre el partido y los obreros. Señala tal vez esto: que ser partido obrero significa sumergirse en la clase, quedar como decía Lenin, a un paso de distancia delante suyo, pero sólo a uno. El P. S., que sólo se justifica ante sí mismo como partido obrero, no se confunde con la clase trabajadora, no se adelanta a ella, tampoco la sigue: la persigue. Procu-

ba el atropello contra los sindicatos, la denuncia de la Intersindical como "C.G.T. negra". Si los sindicatos podrían ser un peligro con Perón, sin Perón eran la seguridad de la unidad de la clase trabajadora contra la derecha antiperonista. Sin Perón era preciso ponerse frente a la clase obrera a ese sólo paso de distancia. Pero el P. S. escogió una vez más contra los trabajadores.

De este modo un partido obrero se define por la dialéctica que mantiene con la realidad social de los obreros, con sus esperanzas y anhelos, con sus aciertos y errores compartidos desde la perspectiva interior que da la clase, y no por el monólogo entre hombres sabios que se dan satisfacción entre sí. Un partido político se define por el apoyo concreto que suscita, por el modo como sus planteos pudieron penetrar una realidad y transformarla.

Si el socialismo comporta un método de lectura de la realidad, y ese método no es el "criterio directo, elemental y de buena fe" del profesor Ghioldi, si el método significa encontrar a los obreros tal cual son, ¿cómo no leyó el socialismo que la clase obrera argentina posee un sentido particular, que coincidir con ella es reencontrarla en una comunión positiva y recíproca, en la significación histórica que sus hechos decantan? El socialismo, falto de haber reconocido la verdad histórica expresada en el movimiento obrero argentino, falto de modestia intelectual y humana, comienza acción ahora, merced al radicalismo, su tardía depuración. Y no es extraño que la revisión de la posición socialista que inicia Romero tenga que definirse frente a la intransigencia radical, que esa tendencia de la actual política argentina, con todas sus limitaciones y contradicciones, sea el eje alrededor del cual deban girar todas las posiciones de la izquierda actual. Cabe preguntarse entonces en qué consiste esa preocupación ambigua que el socialismo de izquierda experimenta frente al radicalismo intransigente, que hace que nuevamente deban acordarse de los obreros.

El P. S. accede ahora a través de Romero, a la comprensión. No ha terminado de hacerlo, es verdad. Los obreristas socialistas no se han rendido ante la evidencia: entre el profesor Ghioldi y el doctor Romero, entre la reacción y la clase trabajadora no se sabe todavía en el P. S. quién tiene razón. Y está bien que alguien se preocupe en el P. S. por la clase trabajadora, aquellos que toman al socialismo, independientemente de su sentido histórico, como un destino que se debe asumir. Los que sufren el destino de ser socialistas, como el conservador sufre el destino de ser conservador. Pero si en el conservadurismo el destino se confunde con la situación concreta de la clase, la oligarquía, el hecho cierto es que en el socialismo el destino de serlo no se confunde con los intereses de la clase trabajadora. Prueba de que hay que buscar nuevamente la situación concreta hacia la cual la clase obrera converge, descender al llano para iniciar un diálogo que desde el P. S., tal como ahora es, se ha tornado imposible. Porque, cabe preguntarse: en la coyuntura actual, ¿qué es lo más importante? ¿La situación histórica de la clase trabajadora, o la situación interior de un partido burgués que no tiene relación con ella, salvo el ir contra ella? ¿qué es lo que hay que salvar: la clase o el partido?

Sin embargo, Romero afirma que el P. S. puede permanecer indiferente ante los otros partidos, "en la seguridad de que podemos alcanzar el triunfo solos". Pero si el triunfo al cual aspira Romero no es el que la reacción burguesa y oligarquía puede concederle, si se trata de obtener el triunfo con los trabajadores ¿cómo podría lograrlo un partido cuya figura objetiva es anti-obrera, a no ser con los votos que se oponen a los obreros, y precisamente porque el partido se opone a ellos? ¿O piensa acaso Romero modificar el rostro del partido en pocos meses? Pero el rostro de un partido es menos mudable que un rostro humano. La lógica del partido lo lleva a asumir ese rostro reaccionario porque en realidad le pertenece. La objetividad es cruel, y no reconoce las intenciones subjetivas que no se leen en los hechos.

Por eso el dilema de Romero, es el mismo que planteaba Zenón. ¿Alcanzará Aquiles a la tortuga? ¿Alcanzará el P. S. a la clase trabajadora? La solución, en uno y otro caso, depende de la acción en el tiempo. Depende de que Aquiles camine realmente, que no lo haga en el infinito del papel. Y depende de que lo haga antes de

que la tortuga haya llegado. Pero ¿cuándo alcanzará el P. S. a la clase trabajadora, si nuevamente, en esta coyuntura, se pone a caminar en el infinito de las buenas intenciones? La encontrará cuando ésta ya haya llegado, cuando esté frente a otro problema y nuevamente la figura objetiva del P. S. será de esa agrupación que estuvo contra ella en esa coyuntura. Y así al infinito. Romero encontrará luego a la clase trabajadora, pero siempre en otra parte, siempre fuera de su alcance. Hasta que no dé el salto que lleve de lo abstracto a lo concreto.

Aquí nos encontramos con otra de las actitudes que definen la posición del socialismo frente a la clase trabajadora: la de atribuirle el ser pura pasividad, el ser ciega, pobre niña abandonada carente de fuerzas y de sentido, radicalmente inmadura. Por eso el socialismo responde también al esquema de la falta de reciprocidad. A la oposición hegeliana de amos y esclavos responde el socialismo con la de maestros alumnos. La clase obrera resulta ser así la alumna del socialismo; se trata de educarla, de mandarla a la escuela, de palmearla, de amonestarla, de decirle que está equivocada o darle vacaciones. Como ahora: Romero le da vacaciones a la clase trabajadora hasta tanto se forme el verdadero partido de los trabajadores. Por eso, como es socialismo actual y concreto no puede darle una salida "digna", se trata de esperar. "¿Qué puede importar la base electoral del futuro gobierno si no hay una solución digna para la clase trabajadora? Sobre todo: ¿qué puede importarle al socialismo?" En efecto: ¿qué puede importarle a la clase trabajadora al socialismo, esa clase trabajadora que formara parte de la base electoral del futuro gobierno? Porque si no va a estar en la base electoral del futuro gobierno ¿cómo estará la clase trabajadora en la coyuntura? ¿O los obreros solo serán clase trabajadora en la medida en que anuden al Partido Socialista?

Es que toda otra actitud supone el riesgo, riesgo que los socialistas no están dispuestos a correr.

El marxismo al menos ha enseñado esta mínima verdad a todos los partidos del mundo: que el riesgo de equivocación de un partido obrero se torna menor cuanto mayor sea la relación que mantiene con la clase trabajadora. Si se ha perdido a los obreros, a buscarlos entonces allí donde se encuentren, a apoyarlos en la lucha, a unirse con quienes se unan y asumir la parte de riesgo dentro de ese frente del cual la clase obrera constituye la fuerza. Pero si Romero afirma que solo cuando haya una "justa conciliación política de la clase trabajadora" podrá haber un fundamento para el próximo gobierno, y que todos los demás son "torcidos senderos en que nos acechan las tentaciones y los peligros", esto quiere decir ni más ni menos esto: que se prefiere que sea la clase trabajadora sola la que enfrente las tentaciones y peligros. Una vez más: que la clase trabajadora sólo interesa cuando se confunde con los "ideales" socialistas, cuando haya aprendido la lección de sus maestros que ahora la amonestan, y que es preferible seguir conservando la pureza de los ideales antes que afrontar junto con ella, y hacerlos disminuir, las tentaciones y los peligros.

Sin embargo nosotros sabemos que desde dentro del P. S. otra actitud es imposible. No es culpa de Romero al máximo estar a la izquierda en el P. S. significa estar fuera de la historia, si la máxima posibilidad obrera que puede verificarse dentro de él es una posibilidad abstracta. Romero distendió al máximo el Partido. Si Romero no puede adoptar otra posición, eso se debe a que los límites ideológicos y políticos del partido socialista están definidos hacia la derecha, y que los ideales de izquierda no son más que el taparrabos de esa otra política concreta que hace pasar a los hechos. Por eso la ideología de izquierda del partido no reencuentra los hechos nunca. Su posición sólo adquiere validez dentro del ámbito de su partido: impedir la alianza vergonzosa con la derecha. Pero un partido que sólo puede definirse negativamente frente al acontecimiento político, que sólo puede remitir la acción al futuro, es la estela de un partido, la señal de su defunción ideológica: una ficción.

Los Celadores de la Lucha de Clases: La Izquierda Abstracta

Quisiéramos señalar ahora algunas de las características que definen entre nosotros un modo particular de

posición política de izquierda: las izquierdas abstractas.

Nos referimos a esas izquierdas cuyo drama consiste en un querer que no se convierte nunca en un poder, en una falta de conciliación entre lo subjetivo y lo objetivo y que van acariciando día a día una posibilidad siempre diferida. Pero atengámonos a este hecho: todo querer concreto, que no sea idealista, adhiere y abre su camino en el mundo, busca sus cauces y no se posterga postulándose dentro de un infinito en el que la propia persona actual no tiene cabida. El hombre de izquierda no es un ser de excepción, no vive en otras alternativas distintas de aquellas que definen cualquier acción humana. No hay entonces un idealismo de izquierda: la izquierda es la decisión de este comienzo humano concreto que tiene a la propia existencia como mediadora de una modificación social. No hay intangibilidad personal, no hay una rigidez conceptual que defina su posición de una vez para siempre. Hay sólo una dialéctica política en la que la persona de valor, su subjetividad, es el centro de una movilidad que nos llega desde el mundo.

Así, al encarar el problema de las posibilidades políticas concretas que debemos asumir ahora, esta izquierda abstracta define las condiciones de todo rechazo, pero de ninguna aceptación. El mundo no tiene ahora caminos transitables. Quieren estar de pronto en la revolución. Pero la revolución o es un recurso concreto o sólo es un deslinde imaginario. El pasaje del uno al otro, al todo o nada, a pesar de la riqueza del concepto no es más que el trillado paso de lo real a lo ideal. Pero sólo un planteo que se introduce en la ambigüedad de lo dado señala un des-conformismo problematizado hasta la raíz, la decisión de hacer y pensar otra cosa, no de postergarla. Y al menos el escribirlo significa descubrir un pensamiento que se hace acción, que la esboza desde su significación como una idea-fuerza, como el nacimiento de una cosa concreta. Cuando Marx hablaba de "realizar" la filosofía, el pensamiento coherente del hombre, señalaba la necesidad fundamental de que todo pensar sea al mismo tiempo instauración de la acción, apertura de un camino en el mundo. No decía que no debía pensarse y sólo hacer; decía que el pensamiento tenía que señalar la germinación concreta en la historia humana, la unión de la verdad con la acción posible. En otras palabras: que sólo es verdadero aquél pensamiento que define las situaciones de pasaje hacia una nueva estructuración de la realidad. Por eso las "verdades" abstractas de las posturas de ciertas izquierdas no son a veces nada más que la dogmatización de una imposibilidad concreta.

¿Por qué esto? Sucede que en nuestras izquierdas abstractas la actividad política significa las más de las veces una satisfacción simplemente personal. Nacida tal vez de una carencia efectiva de comunidad, de la injusticia o del aislamiento, la actividad política de izquierda nos proporciona en muchos casos esa única oportunidad de hallarnos entre "iguales", en lo homogéneo, consuelo en la que se siguen solazando todavía muchos de los pequeños grupos de troskistas, socialistas, comunistas y otros "rebeldes". De allí surgen las rencillas teóricas que muchas veces no son más que la expresión de personalidades afirmando unas frente a otras la reivindicación de su propia singularidad, su distinción intelectual. Las diferencias teóricas expresan muchas veces el grado de sensibilidad ideológica en el que se complacen. ¿Y la clase obrera? La clase obrera constituye el fondo también teórico de toda lucubración, la razón suficiente del consuelo simbólico. Las izquierdas abstractas viven así en lo homogéneo de sus satisfacciones subjetivas, y la comun'idad que en ellas se esboza no es el comienzo de una dialéctica con la realidad profunda del país, con sus problemas y sus carencias por colmar. No es más que el modo como pequeños grupos ideológicos han satisfecho su marginalidad social. Prueba de ello es que no integran concretamente la acción, que no se definen por la positividad instauradora, que su vocación celular y su persistencia señala la satisfacción alcanzada.

Nuestras izquierdas abstractas son carne de cenáculo. Viven en la imposibilidad general que presenta la comunidad, pero se nutren de ese rechazo, de esa marginalidad cuya superación no constituye una tarea concreta. Téngase en cuenta que no juzgamos el valor de persona o el grado de tragedia con que se asume esta marginalidad y

esta plenitud simbólica. Queremos señalar con esto que entre nosotros la izquierda difícilmente constituye una verdadera experiencia con la estructura del país, y al hablar de acción política nos referimos a la que sustenta esa experiencia con lo heterogéneo. En otras palabras: la verdadera experiencia política para nosotros significa la promoción personal dentro de ese orden extraño a aquel en el cual hasta entonces hemos permanecido, y señala una profunda ruptura dentro de la situación personal. La promoción política es una promoción ontológica.

Esta ruptura de la situación personal que nos era habitual, en la que nosotros también estábamos sumergidos, expresa la ruptura con el determinismo político de clase o de ideología, hace evidente la decisión de no sufrir la falsa comunidad burguesa ni siquiera en la satisfactoria marginalidad a la cual nos arroja. Hay que encontrar por el contrario el camino que nos acerque a la verdad del país si queremos de algún modo incidir sobre él. Hay que romper entonces esa ingenua satisfacción, esa inserción "natural" dentro de un determinado grupo hacia el que nuestra condición social nos empujó. La izquierda no es a veces más que ese rechazo del primer determinismo social para instalarse en un segundo determinismo: en la nueva homogeneidad de las izquierdas. Por eso tampoco aquí la experiencia llega a manifestarse como experiencia política. Esta experiencia no se verifica cuando adecuamos a una nueva formulación abstracta nuestra situación personal, o cuando nadamos muellemente entre las fisuras que la burguesía nos abre, sino cuando iniciamos nuestra riesgosa inserción allí donde la realidad lo requiera, y aunque el disgusto se nos quelebre en la boca.

Por eso la experiencia política la constituimos cuando experimentamos nuestra penetración dentro de la estructura real del país. Es decir, cuando profundizamos en la realidad hasta encontrar el movimiento genuino de la nación que se proyecta hacia el futuro con el sentido que nosotros leemos en la historia. En otras palabras: cuando reencontramos prácticamente el máximo de izquierda esbozado en la realidad. El izquierdismo no es una creación pura: la realidad lo sugiere, los hombres aspiran a él, y eso es lo que constituye la verdad histórica de toda instauración política de izquierda. Vamos sospechando que el fracaso de nuestras izquierdas proviene de ese consuelo teórico y de ese desconocimiento práctico de la realidad sobre la cual lo proyectan. Nosotros buscamos ante su fracaso otro método de verificación.

Habría entonces que buscar la causa de ese fracaso de nuestras izquierdas en la repugnancia contenida que muchos sienten hacia lo popular, y el desdén con que observan a un partido que, como el radicalismo intransigente, constituye, dicen, más bien un "estado de ánimo", una cohesión hecha de afectividad. ¿Se han preguntado por la significación que tiene ese estado de ánimo, ese "sentimentalismo popular" que desdennan, o por el origen vivido afectivamente de una evidencia que en este caso tiene raíces afectivas y en el hombre de izquierda a veces sólo teórica y nada más? Al referirse a ese sentimentalismo establecen una distancia cualitativa entre un grupo de cohesión aparentemente teórica, el trotskista o el comunista, por ejemplo, y un partido de cohesión aparentemente afectiva, como el de las masas radicales. Pero no ven aquello que en el caso de los obreros o de las masas populares constituyen precisamente su fuerza: que su cohesión proviene de una situación vivida en el seno mismo de la problemática nacional. Que los grandes movimientos de masas argentinos manifestaron su sentido revolucionario precisamente a través de esta cohesión afectiva. Esos movimientos expresaban la intensidad popular con que se vivía la necesidad del cambio. De allí que sus formulaciones, si bien carentes de teoría, no sean arbitrarias, no surjan de una conciencia aislada como una ensañación romántica.

Y no es culpa nuestra tampoco si nuevamente ahora el máximo de izquierda que tolera la nación se encarna en su partido de clase media.

Decimos que el radicalismo intransigente es, para las izquierdas, al menos un retorno a la positividad política. ¿Qué hacen en cambio nuestras izquierdas abstractas ante nuestro drama actual? Invocan la Revolución, la conjuran para que aparezca, buscan teóricamente su causa

eficiente y llenan la realidad política con sus murmullos insatisfechos. Las izquierdas abstractas son el coro de ángeles de la política argentina. ¿De dónde les viene esa ineficacia, esa falta de realidad?

Las izquierdas abstractas pretenden que bajo la dirección obrera, espontáneamente organizada, en la Argentina estamos en condiciones de hacer la Revolución. Así, de un día al otro, por una "necesidad" inscrita en la historia, la situación política pondrá espontáneamente al obrero al borde del poder: no tendrán más que extender los brazos y alcanzarlo. Entonces nuestros teóricos se verían llamados por la Revolución, entronizados en el poder, porque sus méritos postergados serán a fin recobrados; habrán sido los únicos que mantuvieron encendidas, en toda su pureza, la llama de la necesidad histórica del proletariado. Así la pureza de la izquierda abstracta obtendrá en el futuro la recompensa de su marginalidad actual. Son las vírgenes vestales que han sellado su voto de castidad política con la realidad; para salvar la sacralidad revolucionaria. Viven y mueren de la pureza. Dios, como la Revolución, se anuncia al término del sacrificio, y no hay otros signos que desmientan esta vocación. Nuestras izquierdas abstractas son tan irrefutables en el plano de la fe como lo es la fe en el plano de la divinidad. Sólo son refutables en el plano de los hechos, pero se niegan a penetrar en él. Para salvar, junto con el pundonor, el derecho a seguir soñando, se preparan desde ahora para la oposición: se declaran anticipadamente vencidas. Es que en el fondo sus formas mismas de abstracción señalan el fracaso que las carcome: su vocación de minorías, de opositores formales, de rebeldes estériles. (1)

La Santa Alianza de la Revista "Que"

Las tesis que sostiene la revista "Que" sobre la lucha de clases son las siguientes:

1º) La defensa de los intereses nacionales exige que se deje de lado la oposición entre capital y trabajo.

2º) La burguesía industrial, fuerza de primera magnitud, junto con la fuerza de la clase obrera, son las que deben enfrentar la reacción de la oligarquía terrateniente y la presión disgregadora de los intereses monopolistas internacionales.

3º) Al proclamar la lucha de clases nuestras izquierdas, desubicadas en el tiempo y en el espacio, confituen el arma más valiosa con que cuentan nuestros enemigos nacionales. En consecuencia, la lucha de clases no debe ser exacerbada, pues será resuelta posteriormente, en el "proceso de desarrollo nacional".

4º) El carácter específico de la posición de izquierda argentina, su extrema posibilidad de realización política, está dada entre nosotros por la actitud asumida por Romero.

5º) Es preciso "no segmentar al país en clases". Recordar la lucha de clases en el plano actual de la política argentina es para la revista "Que" un "grave distorsionismo".

6º) Es preciso reforzar todos los "factores de cohesión" que tiendan a lograr el objetivo de la revista "Que". La Iglesia aparece así como "un factor de cohesión nacional".

(1) Otras izquierdas que presuman de concretas argüían que el peronismo fue la oportunidad perdida, y que frente a aquella frustración esta otra que ahora se abre carece de interés. Pero se olvidó que el peronismo no proporcionó ni siquiera la posibilidad de colaborar a las izquierdas, de salvar el sentido del proletariado en la lucha cotidiana. Ya hemos analizado en otro lugar su significación. Era necesario algo más que el sacrificio del pundonor personal: era necesario ofrecer en holocausto a los obreros mismos, ayudar al engaño, sumergirnos en la frustración, en esa frustración que representa hoy el término de la aventura. Al sacrificio personal se unió el fracaso de la causa a la cual el sacrificio iba destinado. ¿Dónde está, si pueden mostrárnoslo, el poder adquirido en representación de la clase trabajadora por esos ocasionales dirigentes de izquierda que quisieron aprovecharse de Perón? El neoperonismo actual significa el congelamiento de la conciencia de la clase trabajadora. Corresponde al intento de la burguesía de mantener en el proletariado la ilusión imposible y evitar que pueda leer las nuevas posibilidades que el acontecimiento le muestra; es la condena a una intransigencia suicida. La contraparte de la demagogia peronista consiste en hundirnos más y más en el engaño y transferir la imposibilidad histórica a esa posibilidad imaginaria que carece de futuro concreto. Por eso podés que voten en blanco: no tienen nada que poner en cambio. El voto en blanco es el símbolo de esa satisfacción simbólica.

que implica la religión en común, y suple nuestra carencia de una "tradición cultural autóctona y fuerte".

7º) Los principales aliados dentro de este proceso son el ejército (2) y la técnica.

Como en verdad parece, ha llegado para la Argentina el momento de su desarrollo industrial. Esta verdad de la revista "Qué" es al mismo tiempo la verdad del país, y como en toda verdad que arraiga a fondo en la estructura de la realidad, reencuentra a su vez otras realidades y otras verdades que también definen nuestro momento histórico. La verdad material, diríamos mecánica del país, es la necesidad de su industrialización. Esta verdad responde a un riguroso objetivismo sobre el cual casi no existe oposición: aun la oligarquía es de algún modo industrialista, sólo que lo es de la industria extranjera.

Pero esta verdad objetiva, mecánica diríamos, porque su objetivo se cierne sobre el horizonte de la técnica, no es un objetivo "humano". Puede impulsar un sentido "humano", pero ese sentido humano no proviene de la misma técnica sino que resulta de un acto de creación que escapa a la técnica misma. La técnica conduce a la técnica y de allí a la fuerza, y la fuerza depende de quien resulte beneficiado con la técnica. Lo que nos interesa en el caso de la revista "Qué" es saber a quiénes beneficia esta técnica merced a la cual se solicita que las clases trabajadoras olviden la lucha de clase para reencontrarla en un futuro nacional, que sería así la arena neutral donde se debatirá todo lo que ahora no se puede: lo que es justo, lo que es noble, lo que es valioso culturalmente y lo que no lo es. En otras palabras: la técnica y el industrialismo nos llevarán a ese umbral de la Arcadía donde establabremos una lucha "nacional" y donde los obreros podrán recobrar la autonomía que ahora deben sacrificar a la revista Qué.

Ya vemos donde nace el inconveniente. Si bien la revista Qué le concede a los obreros la necesidad de la central única, ya que deben suspender la lucha de clases, la central única obrera se convertirá simplemente en un medio de defensa económico para la clase obrera. Es decir, la unidad obrera no podrá ser utilizada como una fuerza política, si bien es en mérito a la política que se solicita su apoyo actual. La clase obrera tendrá así que renunciar a lo político para acceder a lo económico; tendrá que dejar en manos del poder económico, una vez más, su poder político. Esto no significa que la clase obrera deba dejar de actuar a favor de la industrialización en su lucha actual. Pero así como para conservar su porvenir político no puede ponerse al margen de la lucha actual, solución a la cual llega Romero, tampoco para ganar su porvenir económico debe enajenarse en la lucha actual renunciando a su objetivo político. Por eso la clase obrera no debe renunciar ni debe permitir que se obnuble aquello que da sentido a la injusticia en lo económico: la lucha de clases.

En efecto: si bien la clase trabajadora no debe dejar la lucha de clase, eso no quiere decir que se la exacerbe en beneficio de la oligarquía contra la burguesía industrial, ni que su lucha de clases sea imparcial en esta coyuntura. No solo porque no lo quiera, sino porque tampoco lo puede. ¿Pero su adhesión al proceso industrial se establece acaso sobre bases de tal reciprocidad como para que lo que solicita la revista Qué sea efectivamente una solución? ¿O habrá otra solución y otra posibilidad de un agrupamiento nacional fuera del que propone la revista Qué?

Salvar a la industria nacional en un frente único. Sea. Renunciar a la lucha de clases frente a los industriales. No. Aquí es donde comienza el problema. Porque, ¿no es esa misma industria nacional la que esperó la caída de Perón para aprovechar la coyuntura a su favor y destruir las conquistas sociales de la clase obrera? No fué sólo la oligarquía. Y sí, por el contrario, los intereses industriales concretos toman en cuenta que el frente defensivo de sus conveniencias está en la colaboración con los obreros. ¿por qué entonces no les da entrada en los consejos de fábrica? La ingenuidad no es nuestra: la encontramos al término del desarrollo de los planteos de la revista Qué. Porque la situación obrera no depende sólo de la oligarquía; depende también de la burguesía industrial. ¿Por qué entonces han de ser los obreros los

que cedan aquello que constituye primeramente la verdad de su situación social? El obrero, al renunciar a la lucha de clases, renuncia a leer el sentido de su situación concreta inscrita en su forma de vida para pasar a sufrirla solamente como un destino. Esta renuncia significa renunciar a su dignidad humana, y coincide con aquella a la cual le obligan tanto la oligarquía terrateniente como la burguesía industrial. El empresario progresista, al renunciar a una parte de sus bienes, renuncia a lo adventicio; a una acumulación cuantitativa que no restringe el desarrollo técnico si está fuera su meta, la cual, por el contrario, se resolvería cualitativamente —desde el punto de vista de la estructura económica total— a su favor. Así el uno tiene que dar lo esencial para que el otro pueda conservar lo inesencial. El mismo planteo de Qué señala el origen unilateralmente burgués de la comprensión del hecho social. Señala de que la verdad de la industrialización nacional no pertenece a los industriales sino en parte. Que también los patronos industriales deben comenzar por comprender la necesidad de la industria nacional fuera de sus solos intereses. Y este complemento de la verdad "objetiva" del industrialismo nacional lo posee la clase obrera. El obrero —léase bien— no puede renunciar a la lucha de clases así como el patrono no puede renunciar a sus ganancias. Esto es lo que constituye el factor histórico de la lucha. Y si el patrono no tiene conciencia de su propia patria —que es suya más que del obrero, porque es el hogar de su gozo y de su poderío mientras que para el obrero es el infierno cotidiano de su sacrificio sin porvenir— ¿por qué entonces pedirles a los obreros que renuncien a ella?

¿Deberán ser los obreros los que salven los intereses de los industriales que los oprimen, cuando éstos no están dispuestos siquiera a acceder a integrarlos a sus intereses? Si los intereses son comunes, las soluciones deberían ser equitativas. Y como no lo son, esa es la prueba de que la tregua que la revista Qué solicita por medio de su director, el señor Frigerio, significa una debilitamiento de los intereses obreros y señala el camino de otra sumisión, pero sumisión al fin. ¿Deberán los obreros, como lo hace Qué congraciarse con el enemigo mediante una táctica que sólo el enemigo aprovecha? ¿deberán halagar a la Iglesia o al padre Benítez o pedir que se creen más provincias vaticanas o señalar lo poco que pesan en el presupuesto, como si de pesos se tratara solamente? ¿Deberán postergar la lucha contra el "nacionalismo" de derecha, cuando ellos, los "nacionalistas", exacerban sus odios a pesar de que su táctica en este momento consiste en velar sus fobias? Lo estamos viendo: Qué proyecta una historia de máquinas más pesos, cuando en realidad se trata de máquinas más un sentido humano que la burguesía no alcanza a comprender.

La verdad de Qué es una verdad a medias, que sólo la lucha de clases convertirá en una verdad entera. Los obreros deberán apoyar naturalmente en esta ocasión la industrialización, los obreros salvarán, si de ellos depende, la industrialización, pero la salvarán contra la misma burguesía industrial, porque la industrialización se integra dentro de una sociedad a la cual aspiran los obreros. Ese sentido social de la industria, eso que el industrial deja como un desecho de sus propias ganancias y que está en la dinámica del proceso técnico industrial, más que en su voluntad, eso lo salvará como sentido permanente la clase obrera al mantener vivo en todo momento la lucha de clases.

Esta razón impide que la contribución de las izquierdas borre de sus formulaciones precisamente lo que las caracteriza: la comprensión de una historia cuyo sentido más profundo y dinámico está expresado en esa lucha de clases que la revista Qué pretende postergar —aunque lo pide solamente a la clase trabajadora. Si fuese posible la postergación de la lucha en aras a una formulación de buenos deseos, sería éste entonces el momento de creer en el predominio de los factores espirituales sobre los económicos. Una vez más, son los patronos los que se encargan de desmentir esta concepción burguesa. Y también los que se encargan de aprovecharla.

Todo esto lo sabe Qué. Si la lucha dependiera de una

(2) El problema del ejército argentino será tratado en una próxima entrega de Cuadernos de Contorno.

técnica de botones, y si estuviese en sus manos apretarlos, suspendería la lucha en ambos terrenos. Nos hacemos cargo de sus buenas intenciones. Pero si los botones no le responden, ¿por qué se irrita contra los unos y no contra los otros? ¿Por qué se irritó contra Romero y no contra Azul y Blanco al mismo tiempo?

Esa es la otra cara de la posición de la revista *Qué*, la prueba de que su prédica, respecto de las izquierdas, se basa en la destrucción de las izquierdas, porque el pensamiento y la acción de las izquierdas es el obstáculo que la tecnocracia encuentra cuando ya no puede justificarse como fin en sí misma.

El ejemplo aparece claro si se considera la posición de *Qué* frente a la Iglesia, posición a la que Frondizi aparentemente adhirió. Pero veremos luego la significación de ambas adhesiones. Si se propone suspender la lucha contra la Iglesia se entendía con ello la postergación de una oposición que sólo es secundaria, porque la historia cabalga principalmente sobre lo económico. Se trataba de dejar de lado la oposición en el terreno de las ideas, porque la procesión católica se filtra en nuestro país a través de la economía. Si la Iglesia es el hogar ideológico del privilegio, se trataba de destruir el privilegio concreto para que de la Iglesia quedara entre los hombres aquello que en ella puede tal vez subsistir sin el privilegio. Si su territorio es, como ella dice, el espíritu y lo sagrado, dejemos la discusión para cuando el espíritu y lo sacro no necesite de ejércitos para imponerse. Se trataba entonces de crear un terreno espiritual neutral, que es el de la Iglesia, y darnos a lo concreto. Seríamos nosotros los que daríamos al César lo que es del César, y la Iglesia se encargaría de Dios. Pero para la revista *Qué* esta suspensión es comprendida como complicitad. Entonces formula su pensamiento: "La religión común es el factor de cohesión nacional". ¡Extraño pensamiento! un factor de cohesión nacional basado en una religión de predominio internacional, y que tiene intereses ligados con el imperialismo norteamericano, además de todos los poderes occidentales. La Iglesia, que unió su suerte a la suerte del imperialismo, tanto que se habla de un Papa "made in USA" contra cuyo riesgo, en esta extraña alianza del industrialismo con la religión, se levantó el mismo Mauriac. La Iglesia es efectivamente un factor de cohesión nacional. Como en España, en Bélgica, en Alemania; como en Latino-América, Venezuela, Guatemala, Chile, etc. donde se confunden con el sentimiento imperialista. Pero esta no es la cohesión nacional que quieren los obreros. La Iglesia en el mundo actual es algo más que un factor de cohesión: es un factor de acomodación. Desde el punto de vista "técnico", nos damos cuenta que ese factor de cohesión-acomodación es otro de los elementos técnicos que desea la revista *Qué*. Nos damos cuenta de que también el "nacionalismo" a lo Azul y Blanco lo sea. ¿No necesita acaso la burguesía industrial una técnica de exacerbadón de la nacionalidad, cuanto más pasional e irracional mejor? Y así Iglesia y "nacionalismo" van a integrar como "elementos técnicos" la creación tecnocrática a la que aspira la revista *Qué*. Veremos luego que lo que en la revista *Qué* es una seguridad, en Frondizi es sólo un riesgo. Pero ésta no es la "unidad nacional" a la que pueda prestar su apoyo la clase trabajadora. Nos tememos que en semejantes planteos los únicos que llevan las de perder sean los obreros. Por eso la solución de *Qué*, planteada en esos términos, es una trampa para la clase trabajadora. Y esa trampa tiene un nombre: fascismo.

Para lograr sus fines la revista *Qué* tiene que hacer entender a los obreros la realidad política en forma subjetiva, como engaño de conciencias y no como relación de fuerzas. Y debe conceder al engaño más de lo que el engaño pide; debe conceder a los "factores técnicos de cohesión" una realidad de la cual carecen. Debe ser más católica que la Iglesia: nos habla de cirios, cruces, virgenitas del valle y de lo poco que ganan. Debe ser más nacionalista que los nacionalistas de derecha: nos habla de escritores de infimo orden que agregan mentira a la verdad y la desvirtúan. A los obreros les presenta el aspecto popular de lo que rechazan, y a los que aspiran a dominarlos los ceba mediante la prédica en un medio popular. *Qué* cree satisfacer a todos de este modo.

Al mismo tiempo que los "engaña" les presta una realidad que no tienen, y es el momento de preguntarse:

¿Quién engaña a quién? Ese es el peligro de un empirismo que toma lo dado desvinculado del sentido que posee. La convergencia en un punto de todas estas líneas de sentido le crea a la revista *Qué* la ilusión de una marcha acorde. ¿No va sospechando su director señor Frigerio que todas estas líneas, salvado ese punto circunstancial, divergen en una dirección que van creando entre ellas abismos infinitos?

Pero no podemos atribuirle esa ingenuidad a la revista *Qué*.

Si Romero se remitía al futuro eludiendo de algún modo el presente, la revista *Qué* se apoya en el presente para pedir en la indiscutible evidencia actual de los hechos que renunciemos al futuro y ofrecernos el que ella nos propone. La revista *Qué* se hace cargo del sentido de la actualidad histórica por la que atravesamos, se convierte en la campeona del determinismo que lee en los hechos. La confusión aparece cuando la revista *Qué* pretende establecer las leyes de desarrollo en la realidad, cuyo determinismo, como todo determinismo social, no es completo, y encierra en su seno la contingencia por donde se filtra la libertad. Cuando afirma que "así como el capitalismo tuvo su origen en la sociedad feudal... toda forma futura debe ser precedida por una adecuada preparación, tanto en sus bases materiales como en sus fuerzas sociales", no comprendemos por qué deja fuera de esa preparación social la fuerza de oposición de clases que representa precisamente ese proletariado. Y aquí descubrimos dónde dejamos la libertad que la revista *Qué* nos solicita a través de sus páginas en aras a la unidad nacional: la unidad nacional son ellos los encargados de prepararla, es la revista *Qué* la que posee la clave de nuestro determinismo nacional. Así como Hegel veía la culminación de la Idea en el Estado prusiano, y se confundía con su propia y humana idea, así en *Qué*, salvando las distancias, se posee la retorta donde su Director va acumulando los ingredientes que conducen a la próxima sociedad. Sólo que se olvida de decirnos que esa idea de la próxima sociedad es la suya, que no es fruto de la colaboración o el entrecruzamiento de perspectivas sino de la imposición —por eso se le pide al proletariado que se sacrifique—; que los objetivos es la revista *Qué* la que los establece, y que los medios de que se vale señalan indiscutiblemente sus fines.

Así su encono contra el pensamiento de izquierda no está dado por la polémica "Romero-Ghioldi" ni por nuestra actitud frente a la Iglesia; está dado contra todo pensamiento de izquierda que descubra que el alambique de la revista *Qué* es para la clase obrera una ratonera. En el rostro del presente lee el proletario una vez más la verdad de la oligarquía, pero también ha leído la verdad del industrialismo peronista que lo llevó nuevamente a la oligarquía. Si entre los dos enemigos debe elegir el menor, de acuerdo. Pero no se le pida que se funda con él, no se pretenda hacerle pasar de contrabando una ideología que lo lleve una vez más a su sumisión.

La otra Posibilidad

En todos los casos analizados hemos visto a la historia interpretada desde el punto de vista del determinismo y no de la creación: la hemos visto cerrada y sin cabida para el proletariado. Determinismo solidificado sólo en un presente repetido al infinito (Revista *Qué*); determinismo basado sólo en un futuro que desconoce el "ahora" (Romero); determinismo basado sólo en el pasado (Ghioldi). Al determinismo que se complace en el presente corresponde el renunciamiento de nuestra libertad futura; al determinismo que se basa en el futuro corresponde una libertad que sólo se ejerce como rechazo de la situación actual, y en el caso del profesor Ghioldi, cuyo determinismo se basa en el pasado, la libertad carece de sentido y se confunde con la sumisión. Tres posiciones frente a la lucha de clases: dos que la niegan en mérito al pasado y al presente, y una que la afirma abstractamente remitiéndola al futuro. Tres posibilidades inaceptables pese a la distinta posición que adoptan en el problema religioso: señal entonces de que la posición basada solamente en el laicismo o en el anti-laicismo no logra ser la manifestación de una posición frente

a la clase trabajadora, que por sí misma no agota el sentido de la reivindicación proletaria.

Sin embargo de algún modo la realidad encierra aquello que cada una de ellas deja de lado: la realidad es el marco de toda creación concreta. Y nosotros debemos escoger. ¿Cómo conciliar el presente, pasado y futuro del proletariado argentino, cómo afirmar concretamente la lucha de clases que le da sentido? La situación es seria: no hay en la Argentina un partido que sea concretamente el partido de la clase trabajadora, aquél que reivindique junto con una definición frente al poder económico una definición frente al poder cultural. No nos complacemos en esta evidencia; actualmente no existe un partido que mantenga una dialéctica viva con la clase trabajadora. ¿Cómo escoger y escoger a favor de la clase trabajadora? Aquí es donde aparece para nosotros la necesidad de una verdadera experiencia política que busque dónde se encuentra concretamente ese sentido de la izquierda que ningún partido de izquierda contiene.

Con esto queremos señalar que nuestra solución no puede ser una solución pura, que no se trata de nuestra propia homogeneidad interior. En efecto: la adhesión política señala algo más que la simple virtud de la fidelidad, algo más que la simple certidumbre del adherente. Cuando no se convierte en una forma más del tradicionalismo —hay un tradicionalismo rígido y endurecido tanto de izquierda como de derecha, tanto laico como religioso— la participación política debe tender a convertirse en una verdadera experiencia histórica. Y esta experiencia consiste en deslindar las falsas soluciones acumuladas en el hábito político, en la seguridad formal, en tratar de encontrar riesgosamente mediante sucesivas aproximaciones el entroncamiento con la realidad del país, tan deformada en los esquemas tradicionales. Toda experiencia política se pone de este modo en perspectiva al mismo tiempo sobre la historia individual y sobre la del país.

Este encuentro que intentamos realizar, esta partida desde la tierra firme que señala la comunicación de las clases populares y proletarias con un partido que expresa y representa, en el plano de la política que puede pasar mañana mismo a los hechos, toda la ambigüedad objetiva del país, constituye para nosotros el primer paso. Primer paso para estar nuevamente en la sangre viva del país, para asumir todas sus contradicciones, para reiniciar esa dialéctica hoy rota y que sin embargo es la única que puede alimentar dentro de la lucha toda solución nacional de nuestros problemas. Queremos decir que nuestra verdad política no está donde esté puesta nuestra adhesión, por más espontánea o pura que sea. La verdad para una posición de izquierda está allí donde de algún modo coincide también con la situación concreta de la clase trabajadora, con su elección posible como salida política. Antes de Perón también eran varios los partidos, entre ellos el comunista, que decían ser los partidos de la clase trabajadora. Pero la clase no se reconoció en ellos y ellos, los obreristas, se reconocieron en el apoyo a la sola burguesía. No eligieron la ambigüedad: eligieron la pureza. Escogiendo por la izquierda formal, los hombres que los votaban votaban contra los trabajadores.

El problema que se nos presenta a quienes escribimos esta revista, que no somos proletarios ni pretendemos asumir la dirección de la clase trabajadora, pero que queremos tratar de comprender el sentido que el proletariado argentino adquiere en el desarrollo histórico, es éste: el proletariado se equivocó a medias, como nosotros. Pero coincidimos tanto como él en la reivindicación que los llevó a apoyar a Perón, aunque nosotros le negáramos este apoyo. En el acto positivo de la clase proletaria, y en el acto de rechazo de quienes no pertenecemos a ella, había una actividad de complementariedad que recién ahora se nos evidencia: nosotros vivimos parte de la verdad objetiva —la que estuvo a nuestro alcance— del mismo modo que los obreros salvaron la parte de verdad que correspondía a su perspectiva concreta. Lo que la clase obrera nos enseñó en su adhesión al peronismo, al aspecto positivo de su acción parcial y demagógica, nosotros se lo devolvimos en la denuncia de esa parcialidad y de esa demagogia que aniquilaba el sentido de toda reivindicación obrera. Su frustración en el peronismo es tanto

como nuestra frustración, pues de todos modos nuestra verdad sigue pendiente de la verdad obrera. Esta es la enseñanza que las izquierdas abstractas no quieren sacar: lo que la acción del proletariado argentino enseñó en su adhesión al peronismo, lo que significó tanto en su positividad como en su negatividad, en lo que construía y en lo que destruía; un sentido reivindicador de comunidad del cual está exenta nuestra burguesía tanto reaccionaria como pseudo "revolucionaria" Y así es como la reacción se sigue cebando en la figura del dictador, porque en su figura ven el fracaso de sus propias ambiciones políticas, su frustración frente a un poder que fué obtenido a manos llenas mientras ellos lo han buscado vanamente. Nosotros en cambio nuestro fracaso en el fracaso de la clase trabajadora, porque nuestra propia realización humana depende de la de ellos. Porque somos parte de esa totalidad, y parte tanto más fragmentada y parcial cuanto menor sea la posibilidad de comprensión o de tarea común.

Pero aspiramos a totalizar esa verdad. La necesidad de definirla obliga por lo tanto a encontrar una salida política que salve el sentido de la lucha de clases, es decir la posibilidad auténtica de superar el "destino" proletario, nos obliga por lo tanto a especificar el posible encuentro con la clase trabajadora. Una vez más nuestra situación de clase, de la cual algunos creen desprenderse con sólo adherir ideológicamente en un partido "avanzado", (3) nos sitúa ante un dilema de algún modo semejante a aquél que define la situación obrera: la necesidad del apoyo mutuo entre un sector de la clase media y el proletariado.

Esta ambigüedad no es nuestra: la descubrimos en la misma clase obrera al término de la experiencia peronista. Si la clase obrera es por sí misma incapaz de decidir actualmente el poder, la alternativa que se plantea en el seno de la intransigencia radical es la posibilidad de que se materialice en los hechos la única izquierda concreta que se da en estos momentos. No es esta una proyección imaginaria sobre la realidad: es la riesgosa decisión de crear a partir de nuestra situación, es decir asumiendo sus condiciones concretas.

Antes de analizar más detalladamente esta posición, dejaremos esbozado algunos de los caracteres generales que a nuestro entender definen, pese a momentáneas actitudes adoptadas por algunos de sus dirigentes, el radicalismo intransigente. Queremos referirnos a las fuerzas que subyacen en el movimiento, al caudal humano que moviliza y al sentido que ese caudal posee.

El radicalismo intransigente, dentro de las posiciones históricas adoptadas por el pueblo argentino, representa una auténtica tendencia popular, surgida como reacción frente a un poder regresivo, para retomar el camino de una difusa liberación nacional. Camino que de algún modo, a través de sus meandros y sus yerros, se ha cruzado por momentos con los movimientos obreros y han caminado largos trechos juntos. Estos puntos de coincidencia muestran que ha aparecido tal vez ahora una nueva ocasión para este encuentro. No hemos sido nosotros quienes lo han preparado: lo encontramos dado al término del peronismo como consecuencia tanto de la presión de las fuerzas de derecha como de izquierda. Parecería entonces que nuevamente se presenta un largo trecho por el cual parece posible correr juntos, que nuevamente los intereses del proletariado sin partido, defraudados en su fe, alejados en su mayoría de los partidos de "izquierda", y que recién está esbozando nuevamente ese organismo y esos cuadros dirigentes que le devuelvan su poder y su

3) Llamo la atención la discrepancia con que los jóvenes que han adherido a un partido de izquierda, sea comunista o socialista, nos han enseñado nuestra propia costumbre de no SER proletario. En la adhesión que ellos han dado creen haber SUPERADO todos los problemas inherentes a esa ambigüedad vivida que define la relación personal con la clase o el partido obrero. ¿Hubiera variado el desarrollo o acierto de nuestros juicios por nuestra adhesión formal a cualquiera de esos partidos? En realidad no se trata de una ficha más, de una adhesión; se trata de un problema planteado en términos significativos. Se trata de expresar nuestra realidad, y no vemos de qué privilegio dispondrían los que escriben CUADERNOS DE CULTURA, SAGITARIO o GACETA LITERARIA, fuera del acierto expresivo que señala con mayor o menor imperiosidad el sentido de una acción propuesta.

eficacia, se confunden una vez más con los intereses nacionales encarnados en el programa y en el sentido de alguna de las fuerzas del radicalismo intransigente. Todo depende de que los obreros reconozcan, al menos en el momento del voto, que su única posibilidad se encuentra en esta momentánea coincidencia. Porque el radicalismo intransigente está en la enraizada de una revolución que sólo el proletariado logrará dar término. Esta verdad no está en todos los hombres, es cierto. Pero la historia está por jugarse, está por definirse la incidencia de la fuerza obrera en defensa de sus intereses totales, y la historia desplazará a los hombres cuando un poder verdaderamente efectivo adquiera la certeza de su camino.

Basta conocer el hecho de que en el partido existe este reconocimiento: que las soluciones nacionales no pueden lograrse sin el apoyo proletario. Pero es el proletariado quien debe conservar su autonomía y señalar su coexistencia momentánea; como un poder que se une a otro poder y puede ejercer su fuerza hasta que una nueva coyuntura exija otra definición. Porque será la fuerza que contribuya a su triunfo aquella sobre la cual el partido deberá apoyarse para realizar su propio programa. Más aún: creemos que la situación de los proletarios frente al radicalismo intransigente tiene todos los caracteres de una fría elección, elección que todavía está por definirse en el momento abstracto del voto como el de un mal menor. Esa tenue relación dista mucho de ser la ligazón afectiva que unía al peronismo con los obreros. Y es la que nosotros necesitamos. En el apoyo obrero al radicalismo existirá, si las previsiones se cumplen, algo así como un pacto en que la confianza se une a la desconfianza: el partido deberá para ganarla llevar hasta el extremo de lo posible las reformas revolucionarias que definen su programa. Y el programa responde en lo inmediato ampliamente a los intereses de la clase trabajadora y del país. ¿En qué otra fuerza se apoyaría el partido radical para realizarlo, si no es sobre la que puedan prestarle los obreros? ¿Quiénes podrían exigirles a sus dirigentes el cumplimiento del compromiso si no es aquella fuerza que está verdaderamente interesada en la realización del compromiso, porque fué el único motivo que la llevó al apoyo? Entonces será el momento de la lucha: pero los términos de la exigencia habrán cobrado sentido para el proletariado. El voto se habrá convertido también para ellos en una experiencia política más aguda.

Si se habla de una unión momentánea del proletariado y el partido radical intransigente es porque ambos presentan rasgos en común que los definen. No es extraño que el radicalismo intransigente haya comprendido el sentido del movimiento peronista. Y esa comprensión le viene precisamente del hecho de haber surgido desde la misma profunda realidad nacional, de haber estado atenta al sentido del acontecimiento. De haber comprendido al menos que una parte de la verdad estaba en el peronismo. La oposición intransigente a las confabulaciones reaccionarias de la Unión Democrática fué la expresión de esa comprensión que recién ahora puede tener la posibilidad de ejercerse. De una buena vez se ha terminado de comprender que el peronismo fué aquello a lo cual la reacción oligárquica y liberal empujó al pueblo argentino al oponerse a su empuje y a sus necesidades. Y en verdad la oposición subsiste irreductible como en los primeros días: de los partidos tradicionales no hay ninguno que haya asimilado profundamente la lección. Están demasiado endurecidos para ello. Esto mismo es lo que señala la marginalidad histórica de dichos partidos, su vocación minoritaria y su desprecio por lo nacional que encuentra su sostén en las clases trabajadoras. Esta es al menos una verdad que la intransigencia no deberá olvidar.

Las clases populares argentinas, como el proletariado, viven en la mayor cercanía con la significación de lo nacional, de la patria, pues ésta constituye el hogar de todas sus vivencias y de todas sus satisfacciones tanto como de sus proyectos. La afectividad popular adhiere al contorno de la nación: es lo que le imprime ese peculiar enraizamiento que la distingue. Esa comunicación inmediata con la realidad es la que también da sentido a la colaboración que el radicalismo intransigente representa. Por eso el anti-imperialismo intransigente carece, al igual que el del proletariado, de ese acento extraño que lo hace para ellos incomprendible y lo refiere a instancias subal-

ternas. No es entonces el nacionalismo azulblanquista que se diluye en el internacionalismo vaticano y occidental o en la exaltación hispanizante. Tampoco el nacionalismo baibinista que expresa la perseverancia y el usufructo de una modalidad caudillesca que se vale de la afectividad popular para detener su impulso y traficar con él. No es tampoco el anti-imperialismo socialista, que lo define especialmente contra la URSS, o el anti-imperialismo comunista, que intenta vanamente lograr en lo abstracto una adhesión ineficaz y ñoña al socialismo soviético. El nacionalismo intransigente encuentra en cambio suficientes razones, motivaciones poderosas en las necesidades nacionales para reivindicar una política inteligible para todos. Política que reencuentra el sentido de lo internacional a través de una defensa auténtica de lo nacional y popular. Si hay un nexo entre nuestra situación política y la Revolución Mundial, éste ha de aparecer naturalmente en la lucha contra una misma opresión imperialista y una misma reivindicación humana de las necesidades proletarias: la Revolución estará al término de la realización nacional. El nacionalismo intransigente expresa así esa modalidad propia del pueblo argentino como voluntad de nacionalidad, que encuentra en su propia situación el hogar de todas las creaciones que la realidad solicita. No es un nacionalismo que se nutre de xenofobia sino de rechazo de todo cuanto conspira y anula nuestras propias posibilidades creadoras —posibilidades que tienen en la economía y en la cultura el asiento material de toda creación.

La Ambigüedad Radical y la Influencia Obrera

Hemos dicho que el radicalismo puede ser el terreno más conveniente para que el proletariado argentino de su batalla y el lugar en el cual la prosecución de sus fines coincida inmediatamente con los fines de la nación. Contamos con la afectividad radical y con la frialdad obrera. Contamos con el apoyo que los obreros puedan dar a la intransigencia como el mal menor, y a la que habrán de exigirle el cumplimiento de un compromiso como no se atrevían a hacerlo con el peronismo. Del peronismo quedó el resentimiento insatisfecho, la orientación general, la experiencia de la frustración y del peligro objetivo: eso es lo que se le exigirá al frondismo. Eso es lo que el frondismo no podrá eludir ni satisfacer con palabras o declaraciones a la revista *Qué*.

Vayamos más lejos aún y digamos que para nosotros tampoco tiene importancia la decisión que el frondismo manifiesta de mantener una central única, simplemente por este sólo hecho: de que si la política no es un mimo-drama, serán y deben ser los obreros los que decidirán su propia situación, y se han de proporcionar, en el campo sindical, la estructura que mejor sirva para defender sus intereses no solamente gremiales sino políticos. El Estado al que puede llevarnos la U.C.R.I. no es el Estado proletario ni tampoco la dictadura ejercida por el proletariado. Mal puede entonces pretender apañar y cobijar lealmente a una tendencia que sólo cobra sentido como formación político-gremial o fuera del Estado, y en oposición a él —cuando los obreros no tienen en sus manos el poder—, o dentro del Estado, y en colaboración —cuando el Estado sea la representación de la clase trabajadora. Por eso decimos: no nos interesa profundamente ese aspecto de la posición intransigente sino como reconocimiento de una tendencia interior del partido en su confluencia con la clase trabajadora. No pretendemos intercambiar el dinamismo de clases por el dinamismo de un partido que las conglomera. Simplemente creemos que el partido, en la medida en que llegue al poder, será una instancia más, y la más profunda, dentro del panorama político total; significará llevar la oposición esencial del país dentro partido mismo que llegue al poder. Será agregar a la lucha exterior por los intereses políticos de los obreros la lucha interior dentro de un partido que estará al frente de la nación por haber solicitado el apoyo obrero. La izquierda concreta que se perfila a través del radicalismo es la cuña real introducida por los intereses populares en el fianco de los intereses imperialistas y antinacionales.

Pero como toda acción, como toda realidad ambigua, esto señala un carácter de la realidad del partido radical: por una parte la confluencia del determinismo so-

cial, los intereses que representa la revista *Qué*, la línea de los que a través de los obreros defienden lo que ya han adquirido, y la línea de la liberación proletaria y nacional que debe presentar la lucha allí donde hasta los intereses privados requieren la colaboración obrera para obtenerlos. Cuando decíamos que las otras líneas políticas de izquierda eran líneas "abstractas" queríamos decir esto: o que se confunden con el determinismo puro —caso de aquellos que quieren continuar la línea de la entrega y sumisión—, o que se confunden con la libertad pura, —caso de aquellos que no quieren adherir al acontecimiento y que por lo tanto quedan fuera de maniobrar en él, salvo simbólicamente o a la distancia de la ineficacia. En el partido radical se han dado cita ahora la realidad del país como convergencia del determinismo nacional y la libertad nacional: allí tendrá que ser dada ahora la batalla, y ese es el partido al que se debe elegir para darla. No tememos a los enunciados del jefe del partido: no hace más que equilibrar objetivamente los elementos que lo integran. Y si bien existe esa definición religiosa que parece en su ambigüedad inclinarlo hacia la derecha, es porque ha debido balancear la inclinación real que en el partido existe hacia la izquierda. Esto mismo señala la lucha interior de un partido que puede llegar al poder. Decir que debíamos haber callado significa decir que debíamos haber dejado pasar el determinismo al plano de los hechos. Pero un partido es un órgano vivo, no una complicidad de conciencias pasivas que están en el secreto. Estar en un partido señala la decisión de que la línea de conducta que éste adopte frente a la realidad se integre en cada coyuntura como una nueva experiencia que los adherentes viven: es una continua lección política, un continuo avance hacia la clarificación de sus propios objetivos. Están en el error quienes sólo ven la táctica, que se confunde con la sumisión y no con la astucia cuando no surge de una decisión más o menos clara de asimilarse al partido, cuando no se sabe si se trata solamente de táctica o si en cambio está verdaderamente adecuada a la estructura ideológica partidaria. Lo fundamental es esto: el programa valida tanto la posición del jefe del partido como la de quienes han reaccionado contra ella. Todos están de derecho en un mismo ámbito donde debe dilucidarse la orientación.

Porque la otra posición sería absurda. ¿Crear que todo ha sido un equívoco? Pero el equívoco en el orden personal no significa un equívoco en la adhesión que tantos grupos de izquierda han prestado y prestan al frondizismo. La adhesión no estaba basada solamente en una persona, con la cual se puede disentir: está más profundamente enraizada en las corrientes concretas que integran la intransigencia, corrientes sobre las cuales no hay por ahora ninguna confusión. ¿Nos asombraremos ahora al reconocer la ambigüedad partidaria? Pero si precisamente nuestra función consiste en resolver en favor de cierto sentido esa ambigüedad. Por eso la reacción creyó venir su momento, del que ya está de vuelta: no hay incondicionalismo en el partido, no hay sumisión, pero sí una línea definida en muchos de sus fines encarnados en fuerzas positivas que lo integran. El disenso no puede ser personal: es un disenso asentado en las mismas estructuras que se han dado cita en el radicalismo. Así como para justificar el apoyo a dichas posiciones hay grupos que la validan en los caracteres tradicionales del partido, por lo tanto en su referencia a un pasado mediato, lo cierto es que también hay un pasado inmediato que se prolonga hasta nuestros días y que admite, tal vez con mayor verdad, la superación de esos principios. Sólo cuando se solidifica al radicalismo puede aparecer contradictoria nuestra posición con sus enunciados históricos. Pero lévense hasta sus últimas consecuencias las líneas que parten de las reformas económicas, hágase el mismo razonamiento crítico en sus conclusiones culturales e ideológicas y se verá aparecer la necesidad de totalizar la posición radical. Porque creemos que esta verdad está al término de las definiciones radicales con mayor fuerza que en las de cualquier partido, por eso mismo nos parece ver en las definiciones religiosas algo así como el esbozo de una posible claudicación económica.

Hubo sí, tal vez en la consideración primera, un equívoco. Si el radicalismo no es la revolución, sino el pasaje hacia la posibilidad de estructurar las condiciones de una

verdadera revolución, no debemos esperar entonces que sea el partido en globo quien tome forzosamente una posición revolucionaria frente a los acontecimientos: es el ala izquierda del partido, somos nosotros los que tenemos que poner en evidencia, dentro de la dirección partidaria, el sentido que adquiere el partido cuando se lo proyecta sobre la clase obrera. Así la función personal de quien se encuentra al frente del partido puede ser contradictoria: no debe extrañarnos ya. Hemos entrado en el juego de las contradicciones, pero no para permanecer en ella, sino para ayudar a superarla. Hemos entrado en el juego de la ambigüedad, pero la aceptamos para ayudar a resolverla. Pero sobre todo, lo que nos parece claro, por sobre toda esta ambigüedad, es lo siguiente: que estamos en el proceso mismo, en el centro mismo donde la acción está por decidirse, donde el sentido se elabora más próximo al acontecimiento. Sabemos que las otras posiciones no son ni ambiguas ni contradictorias, ya sea porque como en el caso socialista se han resuelto por el aspecto negativo del proceso, o en el caso de las izquierdas abstractas porque han consolidado la falta de contradicción en la decisión que los pone momentáneamente fuera de la historia.

Por eso no nos asusta el riesgo, y lo comprendemos. Cuando se señala el incumplimiento por parte de Frondizi de las postulaciones de izquierda, se adhiere sin querer al mismo malsanismo político que tanto se ha criticado. Se juzga al partido como un partido "ideologizante" de izquierda, y no como el nacimiento de una instauración concreta de las corrientes populares. Se pretende del hombre lo que se le niega por definición. Es otro modo de despreciar la realidad concreta de las fuerzas que inciden en el problema y caer a nuestra vez en la exigencia malsánica. Tal vez hayamos caído de algún modo en el mismo juego: hemos querido incidir sobre la realidad confiando en una persona, convirtiendo el estándar de una verdad de clase, plural, en una verdad individual. Hemos creído de algún modo en el mediador, en la simplificación. Pero el mediador es mediador de una verdad que sólo en parte está en él. El papel del mediador político es evidenciar el juego de fuerzas que se movilizan concretamente en la realidad, y dirigiérselas si puede. Es decir, si esas fuerzas lo permiten. Frondizi es la mediación exterior de una posición que ayudó a nacer pero que ya vive de vida propia. De algún modo Frondizi carece ahora de la libertad que nosotros tenemos, y debemos recordársela. Está de algún modo preso en el acontecimiento: sus maniobras recuerdan su adhesión a la realidad y la modalidad del acomodamiento que necesita para llegar a ser la expresión reafirmada de esa realidad que lo señala. Su compromiso indica que está más próximo a ser que nunca. Pero por eso mismo debe tener como contraparte de la dialéctica nuestra crítica alerta, no la sumisión.

Algunos intentarán, pese a todo, invalidar nuestra posición señalando la aparente coincidencia de fines y medios que existe entre Frondizi y la revista *Qué*. Aún admitiendo esta cercanía, de cuyo sentido personal nos desinteresamos, existe una diferencia fundamental entre la revista *Qué* y el jefe del radicalismo intransigente: mientras la primera se debe a las felices ideas y al dinero de su director, y sus ideas pasan inmediatamente al papel porque en cuanto director lo es absoluto y así como se paga así se cumple, el presidente del radicalismo está en función de su partido y de su programa, se debe a las fuerzas que convergen en el partido y que han ingresado en él no por error sino porque coinciden con sus planteos doctrinarios. El presidente del radicalismo podrá, si quiere, hacer una declaración en el papel. Pero en los hechos debe responder a quienes lo han de llevar a ese poder en cuya representación deberá actuar, tendrá que conciliar las fuerzas que desde el interior del partido y desde fuera de él lo habrán apoyado con sus votos. En otras palabras: tendrá que hacerse cargo del sentido que esta realidad le proporciona. Ahora puede decir: "No hay ni habrá en el partido influencias ni de los sectores de izquierda ni de derecha", porque estamos en la equidistancia de un juego todavía no definido, en vísperas electorales. Pero pasarán las elecciones, y —si sube al poder— la política tendrá que ser una política concreta, tendrá que asumir una significación teórica dentro de su instauración práctica, y será el momento de defi-

nir nuevamente su actividad por las reivindicaciones del proletariado o por su negación, nuevamente quéralo o no tendrá que definirse por la izquierda o por la derecha. Será el momento para que las fuerzas exteriores e interiores del partido, las fuerzas obreras que lo han apoyado con sus votos las fuerzas interiores que se apoyaron en un programa, exijan e impulsen con todos los medios la realización concreta de esas postulaciones que no dependerán entonces a un hombre sino de esa reunión de fuerzas.

Por eso, porque nos basamos en las fuerzas que convergen hacia el radicalismo más que en la dirección del radicalismo, creemos que debe ser siempre inteligible, para todos la línea de conducta que el partido o sus dirigentes adopten. Se podrá a veces entender la política como un engaño de fuerzas, como una astucia que se le hace al enemigo. Pero comprender al aliado actual no significa interiorizar en el partido al enemigo futuro. Es preciso evitar que de algún modo el partido se haga lo que simula. Es este el riesgo y la doble cara de la astucia.

Por eso nos inquietaron las declaraciones del presidente del partido. Nos inquietó profundamente la significación material de esta cohesión espiritual que se anhela. Las relaciones concretas que el imperialismo mantiene con la Iglesia que hace que el avance de la una, las concesiones que se le hacen, equivalga al avance futuro de la otra en una nueva repartición del mundo occidental. Si la Iglesia perdió con la Edad Media la posibilidad de hacer converger la ordenación material y espiritual del hombre en un orden cerrado, ¿qué nos garantiza de que ahora el imperialismo norteamericano no esté preparando para defender la sacralidad occidental una nueva y brillante si no Edad Media al menos una nueva edad de mediana, donde se vuelva a congelar en la religión las estructuras materiales que consolidan al mismo tiempo el imperialismo? El matrimonio se nos aparece claro: es preciso entonces llamar la atención sobre este hecho, y llamarla en el seno mismo del partido dentro del cual pueden converger, los aspectos decididamente históricos de nuestro destino nacional: la burguesía industrial y la clase obrera.

Por eso nosotros partimos de un hecho mínimo: que la verdad de la situación se transparenta en todos los órdenes de la relación humana, tanto en lo espiritual como en lo material, y que el uno refiere necesariamente al otro. Si la Iglesia pretende tener una significación total frente a la lucha por la humanización del hombre ¿cómo reducirse entonces a sus aspectos espirituales y claudicar con ella y sus representantes en el orden de las relaciones humanas que lo material decanta? La Iglesia sabe de lo "espiritual". Pero seamos razonables: si sabe tanto del espíritu es porque sabe mucho más de la materia, y sólo logró mantenerse como "espíritu" cuanto

más materia dominaba. Del mismo modo ¿cómo el laicismo puede ser laico con el espíritu y sacro con lo económico? Señal de que el laicismo limitado al espíritu es consolación individual, buena conciencia o conciencia retrasadamente histórica, conciencia que vive todavía de una heroicidad perdida en el tiempo de sus mayores.

* * *

Nuestro panorama no cambia fundamentalmente nuestros planteos iniciales. No hemos penetrado en la Intransigencia Radical como en un acorazo amoroso; hemos comprendido nuestra inserción en el proceso político como una tarea que la situación exige. Bien sabemos que sólo la clase trabajadora, el empuje popular puede validar nuestra posición. No hemos querido salvar nuestra conciencia sino descubrir cuáles son los caminos por los cuales el país puede salvarse. Sólo nos limitamos a proyectar un encuentro ya esbozado en la realidad y del cual depende la verificación de nuestra presunción. Hemos tratado de concebir el término de una intención dibujada ya en los acontecimientos y seguiría hasta su posible desenlace. No hemos inventado nada, hemos tratado de comprender a partir de lo dado cómo podría superarse concretamente nuestra crisis y cómo los obreros, dentro de la tónica particular que constituye su situación actual, podrían avenirse a una colaboración de poder que conservaría el pleno sentido de la lucha de clases. No ignoramos las limitaciones del radicalismo, ni sus ambigüedades, pero creemos que tanto el empuje desde el interior como desde el exterior pueden reducirnos y obligar al cumplimiento de un programa político que también es un programa inmediato de las izquierdas argentinas. Se podrá estar en desacuerdo con aspectos parciales del radicalismo intransigente, se podrá pensar que no constituye el partido ideal de los trabajadores. No lo ignoramos: tal vez sea suficiente que ahora posibilite la transición de los trabajadores hacia un verdadero partido obrero. No ignoramos sus limitaciones. Pero nosotros no reivindicamos la posición de "izquierda" como una distinción nominal que señala el aseo que le hacemos a la realidad y que es otra de las formas de la nobleza burguesa. Hemos tratado de encontrar el punto hacia el cual converge una solución de izquierda actual. Si hubiera habido un partido verdaderamente proletario estaríamos en él. ¿O creerán las izquierdas abstractas que en este apoyo se encubre una encubierta vocación hacia las soluciones burguesas? Nada más fácil que adoptar la postura que ellos adoptan. Por el momento tampoco nada menos eficaz. Pero lo hemos señalado al principio: queremos hacer de la actividad política una verdadera experiencia política. Nuestro análisis no es sino un intento más para señalar la posibilidad de un encuentro con la clase obrera. ¿Tiene alguien otra respuesta concreta?

León Rozitchner

Resollando por la Herida...

El último número del mes de junio de la revista "Qué" publicó un reportaje de Arturo Frondizi cuyo contenido y sentido analizamos en este número de CONTORNO. Tres de los miembros del consejo de redacción, Ismael Viñas, León Rositchner y Ramón Alcalde, integrando un grupo de afiliados a la UCRI acudieron al Comité Nacional para entregar al Candidato a Presidente una declaración en la que se manifestaban su discrepancia con las declaraciones ya citadas, su desagrado porque hubieran sido dadas a publicidad sin consultar por lo menos a los principales dirigentes del partido y su alarma por el creciente acercamiento entre las últimas posiciones de Frondizi y la del grupo ideológico de la revista "Qué", integrado por personas que en su gran mayoría no son afiliados a la UCRI y que mantienen ocultas relaciones con grupos financieros mal conocidos hasta el momento. En esta entrevista se hizo constar que no había un retiro del apoyo a la candidatura del doctor Frondizi ya que todavía significa la única posibilidad popular y antiperonista abierta en el país, pero que se deseaba que la línea política del partido fuera fijada por los órganos partidarios y que éstos ejercieran un control más efectivo de los dirigentes.

Al hacer esta presentación entendíamos que el doctor Frondizi había contrariado todas sus actitudes anteriores y que había roto el compromiso, muchas veces ratificado por el público y privadamente, de dejar de lado las discrepancias en materia confesional para asegurar los objetivos comunes de transformación popular y anti-imperialista. No hubiéramos sido nosotros los que promoviéramos un feudo por la implantación del divorcio o para reivindicar la enseñanza laica de acuerdo a la Ley 1420, cuyos defectos y contradicciones conocemos bien. Y no lo hubiéramos hecho, primero, porque tenemos perfecta conciencia de que provocar este tipo de debates en este momento es hacer el juego de las fuerzas que deseamos combatir al afiliarnos a la UCRI —partido sin requisitos ideológicos en materia confesional— y que seguimos combatiendo en la medida de nuestras fuerzas. No lo hubiéramos promovido, en segundo lugar, porque estamos íntimamente convencidos que con enseñanza religiosa o sin ella, con universidades "libres" o con universidad nacional autónoma, la concepción católica de la vida está en acelerada disolución en todo el mundo moderno y en nuestro país especialmente, y que no teniendo vigencia la ideología, la Iglesia no puede fundar en ella un control del poder político con garantías de permanencia.

Lo que sí nos movió a hacer una presentación —que sabemos sería ampliamente explotada por el anti-frondizismo, por los grupos clericales y por los sectores de derecha de la UCRI para intentar liquidarnos políticamente—, fue nuestra certeza de que al fijar esta posición Frondizi entraba en un pacto, tácito o explícito, con intereses no exclusivamente ideológicos con miras a consolidar sus posibilidades electorales. Y como nosotros no hemos ungido a Frondizi ni le hemos extendido un cheque en blanco ni nos interesa un acceso al poder al estilo Kubitschek ni nos horroriza como a las señoras de los Movimientos Revolucionarios el retorno del Monstruo ni tenemos morritos como Charnoudie el año que viene ni nos urge dejar nuestro busto en bronce o su maquette por lo menos ni creemos que sin nuestra luz ideológica las fuerzas populares quedarán perdidas a la deriva; por todos estos "no", hicimos lo que muchos afiliados o simpatizantes de la UCRI pensaban que debería hacerse, pero no se atrevían a hacer o no estaba a su alcance por razones de tiempo y de lugar, en beneficio de la misma UCRI y del propio Arturo Frondizi.

El contragolpe no se hizo sentir. Rompió el fuego "Azul y Blanco", con no muy grande conocimiento de las personas, pero esta vez con cordura que es necesario reconocerle, analizando el estado interno de las fuerzas intransigentes y caracterizándonos como "pequeño grupo de pseudo intelectuales fubodotes" y tirando por elevación sobre Nobilita, quien ninguna intervención tuvo en el episodio, pero al que quisieran ver liquidado por ser uno de los pocos dirigentes que por el momento cuenta con peso político suficiente y una posición claramente tomada en contra de las esperanzas de "Azul y Blanco" de copar a Frondizi y de arrastrarlo a sus consignas paternalistas y proyanquis. El nacionalismo derechista sigue tan incapaz como siempre de conquistar por sí solo el apoyo popular (como lo demostró decisivamente el fracaso del acto del Luna Park y la abstención proclamada actualmente) y continúa jugando sus dos únicas cartas posibles: el grupo cada vez más reducido de militares posturburistas y el copamiento de líderes populares o capaces de llegar a ser populares.

El mismo día que apareció "Azul y Blanco" salió también un nuevo número de "Qué", "Qué", dice, "no puede detenerse a rendir la pequeña batalla contra los existencialistas que hacen de su problema particular el problema del país todo. Su incompreensión y su error desbaza y facilita la llegada de los grandes contingentes que esta realización (la realización nacional) necesita". Con lo cual "Qué" supone dos cosas: que nosotros nos iremos de la UCRI dejándoles el campo y el orgullo, y que a la UCRI llegará un aluvión, un tropel, una horda, una migración como la de los indoeuropeos, cantando el Tantum Ergo y dando vivas a las sociedades anónimas industriales no controladas por el capital inglés. ¿"Qué" habla en serio o se ha vuelto surrealista? Porque no soñamos en irnos mientras quede la mejor chance de que la UCRI (cuya posibilidad popular vimos algunos años antes que los "rejuvados" de su comité de redacción y por la cual nos jugamos un poco más que ellos con Frondizi o sin él realice lo que tiene en su programa y que significa entre otras cosas la quiebra de "Qué"). Y en cuanto a los "contingentes" si llegan, no será por las últimas declaraciones de Frondizi, sino a pesar de ellas o importándonos un bledo de ellas.

De todos modos, los estamos agradecidos a los de "Qué" por no habernos pasado el tiempo que esperábamos, y habíamos me-

jurado nuestra opinión acerca de su habilidad táctica. Ignorándonos y pasando por alto lo esencial de nuestra presentación, que no había sido el balcismo o divorcismo, sino la interpelación al discrecionalismo y desviacionismo de Frondizi, no mantenta el juego dentro y fuera del Partido. Pero "Qué", como Jano tiene dos caras: "Qué" y "Semana Obrera". Con el epígrafe de "Rebelión de Gortitaa" y forma de Juan Nogués, que creemos pseudónimo, descargan la billy sobre Viñas y Alcalde. Explican allí que las convicciones jacobinas de los nombrados no se concilian con la restauración del pensamiento de Yrigoyen en el radicalismo; los acusan de inspirarse en una tergiversación de la Reforma Universitaria y de haber abierto la puerta de la Universidad a la oligarquía. Se despañan además, contra la extensión universitaria, a la que dan por misión enseñar a viejos luchadores sindicales como se hace sindicalismo de guante patito y de la calle Florida, y se rien de lo que les hubiera pasado a Alcalde y Viñas si hubieran ido a los quebrachales del Chaco. Afirman además que "éstos son los que se complicaron con el seis de septiembre... y ahora hacen lo mismo... combatiendo las universidades obreras y las escuelas-fábricas". Por último, en overolli y sudos de grasa, proclaman que los obreros "no estamos apurados por el divorcio... en materia religiosa tenemos individualmente nuestras opiniones, pero no estamos dispuestos a hacer el juego a los instrumentos de penetración extranjera en el país".

Dejando lo de los guantes patito y el Petit Café, hay dos o tres cosas que aclarar.

1o.) Alcalde tenía 2 años en 1930 e Ismael Viñas 5 en la misma fecha.

2o.) Ismael Viñas fue efectivamente secretario de la Intervención de José Luis Romero en la Universidad de Buenos Aires; Ramón Alcalde no fue funcionario de ningún tipo, aunque se siente orgulloso, como Viñas, de haber participado en el proceso.

3o.) Efectivamente, el Colegio Nacional Buenos Aires fue asaltado por secundarios y universitarios genéricamente "reformistas" para sacar de él a los estudiantes de la Federación de Estudiantes Libres, que habían entrado por la fuerza también. Tal acción no fue provocada por Viñas, Romero o Alcalde. Alcalde y Viñas están, sin embargo, de perfecto acuerdo en que, dado el caso en que se encontraban las cosas y la mentalidad de comando retrante en todos los grupos, reformistas o antirreformistas, los que asaltaron el Colegio hicieron perfectamente, porque de este modo frustraban la maniobra de un grupo de profesores del Central que jugaron su ascendente en asambleas de estudiantes (de primero a sexto año) para impedir la revisión de concursos, medida aprobada por unanimidad de todos los señores estudiantiles no peronistas. A dichos profesores se los deseaba, efectivamente, eliminar, pero por incapaces o deshonrados, cumpliendo los requisitos jurídicos, para quebrar la tremenda oligarquía tradicional del Buenos Aires, al que se pensaba reorganizar añadiéndole un turno nocturno y haciéndolo mixto, de modo que pudieran llegar a él y aprovechar también las industrias venales pedagógicas que ofrece, los estudiantes no pertenecientes a la casta duñal del Colegio y del Instituto Libre, reforma que ni el mismo peronismo intentó y que fue luego frustrada completamente por inercia de los colaboradores de Romero y la caída de éste.

4o.) La extensión universitaria no es para nosotros, como fingen creer los de "Semana Obrera", un método de crear buena conciencia a los pitucos universitarios enseñando sindicalismo a los obreros, sino un medio, el más eficaz conocido hasta ahora cuando se lo practica bien, de despertar una conciencia social en los estudiantes universitarios y de funcionalizar los recursos de la Universidad para elevar el nivel cultural del pueblo, y no proclamando mediante cursos sobre el impresionismo francés o la civilización etrusca, sino haciendo tomar conciencia de la estructura económica y social del país, de las fuerzas históricas que en él actúan, de los derechos sociales, etc. Y la prueba más evidente de que esto es así es que la extensión universitaria no fue implantada jamás ni por la oligarquía ni por la burocracia universitaria peronista, y que no bien eliminado José Luis Romero, su sucesor, mimado de la oligarquía, doctor Alejandro Ceiballos, ha hecho todo lo posible por trabar la acción del Departamento de Extensión, no atreviéndose a suprimirlo por completo por miedo a la reacción estudiantil. La implantación de Extensión Universitaria es uno de los grandes méritos de la Intervención Romero.

5o.) La Intervención Romero cometió muchísimos errores, especialmente por no haber tenido en cuenta suficientemente la falta de honestidad y de convicciones de gran parte del profesorado universitario, pero no sólo no abrió las puertas a la oligarquía, sino que mientras pudo resistió firmemente a que sucediera. Y esto, en gran parte, costó la pérdida de una posibilidad que no era de un grupo ideológico, sino de todo el país.

6o.) La Intervención Romero jamás se opuso ni sabotó la Universidad Tecnológica, sino todo lo contrario, hizo cuanto estaba en su poder, que era poco, por defenderla y conservarla. Los entonces dirigentes estudiantiles de la Universidad Tecnológica pueden testimoniarlo. En cuanto a las escuelas-fábricas, nada tuvo que ver Romero ni su equipo con ellas, porque el ministro Del'Oró se apresuró a entregarlas a interventores clericales y revanchistas.

Pero en "Semana Obrera" no terminaron nuestras tribulaciones. El 8 de julio sale a la calle un número de "Mayería", semanario dedicado a jugar la carta de reserva del nacionalismo de derecha, es decir un nuevo escabalgamiento en el peronismo, y que se diferencia de "Azul y Blanco", además de lo que haya de discrepancia en objetivos y en táctica, por su carácter de libelo. Su director, señor Bruno Jacobovici, nos da una muestra anticipada de lo que podría ser un terrorismo blanco en la Argentina. En dicho número, baja más la puntería, pasando del debate ideológico o político al terreno po-

ramente personal. Como, a nuestro entender, muchas de las afirmaciones contenidas en él fríasian con el Código Penal, se le iniciará el juicio correspondiente.

De todos modos, es también necesario puntualizar los hechos, porque los aspectos cuestionados en el terreno personal tienen implicaciones transpersonales que pueden ayudar a definir claramente la posición y la actitud de los que hacemos CONTORNO.

El "pronuario" de Ramón Alcalde contiene las siguientes afirmaciones textuales:

- 1) "Siete años estudiando en el seminario de la orden jesuita, de la cual fui expulsado a fines de 1944".
- 2) "Siguió inmediatamente la carrera de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y consiguió diversas cátedras secundarias, entre éstas una en la Escuela Normal Mariano Acosta, de la cual fue separado, mediante sumario, por razones que no hacen al caso, pero que tienen su importancia".
- 3) "... fué secretario de José Luis Romero en la revista "Imago Mundi", sostenida por el fuerte industrial Grismoldi y que durante la época de Perón representó una fuerte concentración de elementos de izquierda, en ningún momento molestada por el Gobierno".
- 4) Romero... "lo designó miembro de las comisiones investigadoras con 2.500 pesos de sueldo y le hizo luego dar cátedras en las universidades de La Plata y Litoral".
- 5) "Como ex presidente de FUBA representa el vínculo principal entre dicha organización estudiantil... y la ciudad cuartá fuerza reformista de la UCR".

Los hechos son los siguientes:

1) Ciertamente, Ramón Alcalde estuvo en seminarios jesuitas desde agosto de 1940 a diciembre de 1944. No fue expulsado, sino que se retiró voluntariamente. De todos modos, si hubiera permanecido allí, hubiera sido expulsado tarde o temprano. En cualquier caso, estaría sumamente agradecido por haber sido expulsado a tiempo, antes de que la permanencia en un lugar que no le correspondía hubiera terminado por frustrar seriamente su personalidad.

2) Efectivamente, siguió inmediatamente y terminó la Carrera de Filosofía y Letras, con diploma de honor y el segundo promedio de su curso. Las cátedras secundarias que "consiguio" fueron: a) Un interinato en la Escuela Mariano Acosta, 4o. y 6o. año de latín durante el año 1946; b) Una suplencia en el Instituto Angel D'Elia de San Miguel, Instituto privado, durante cuatro meses de 1951. El Colegio D'Elia era un reduto de profesores no dispuestos a transar con las violaciones a la conciencia que impuso en mala hora el gobierno peronista; c) Posteriormente, una nueva suplencia en el Colegio D'Elia, durante el último trimestre del año 1954, a pedido del Director. Jamás tuvo otra cátedra, ni presentó el aval peronista ni se afilió, por supuesto, al Partido Peronista, aunque admitía que otros lo hicieron bajo coacción o por convencimiento.

Los sueldos percibidos fueron: en el Mariano Acosta, por seis horas de cátedra; en el Instituto D'Elia, por diecisiete horas de cátedra el primer período, y por seis el segundo. Estos fueron los únicos sueldos recibidos del Estado. Las causales por las que dejó en cada caso la docencia son las siguientes: En la Escuela Mariano Acosta porque la reforma de planes de estudio suprimió el sexto año y quitó el latín de cuarto y quinto, con lo que, siendo interino, perdí sus cátedras y el derecho a la designación en materias afines. En el Instituto D'Elia, en el primer período, porque se suprimió el latín, materia de la que tenía once horas, y el sueldo por las seis horas restantes no le permitía dedicar tres tardes por semana a la docencia. En el segundo período, renunció.

No existió, que lo sepa, ningún sumario contra él, ni fué en ningún caso separado.

3) Tuvo el honor de ser secretario de "Imago Mundi", que financió don Alberto Grismoldi, como se testimonia en la nota fúnebre publicada en el primer número de la revista. "Imago Mundi" era una revista estrictamente científica, de historia de la cultura, que mal podía ocurrir en el desagrado del gobierno peronista, y que al contrario, servía para mostrar en el extranjero el nivel alcanzado por nuestros historiadores. Lo que sí hizo "Imago Mundi" fué no admitir colaboraciones de elementos pertenecientes a la universidad oficial, con muy contadas excepciones y por razones muy especiales.

Ciertamente, escribir en ella o pertenecer a su consejo de redacción no era un riesgo objetivo, pero sin embargo, uno de los escritores inicialmente invitados a pertenecer a él declinó la invitación por "consejo de un comisario amigo". De todos modos, la mayoría de los colaboradores eran de formación liberal o izquierdista, como dice "Mayesía", y jamás pretendió otra cosa.

4) Romero no lo designó miembro de ninguna Comisión Investigadora, porque no era quien para hacerlo. Alcalde perteneció al, contadísimos días, a la Comisión Investigadora en el Ministerio de Educación, pero esta Comisión fué disuelta de inmediato por gestión del señor José Manuel Saravá, apoderado de las empresas Rosenberg y primer secretario del Ministro Dell'Oro Masini, quien lo acusó de comunista. Jamás recibió un centavo en concepto de sueldo ni de viático durante el tiempo que estuvo en ella.

Romero no le hizo dar ninguna cátedra. El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Litoral lo propuso para las cátedras de Griego I y Latín II, que aceptó y ejerció como interino hasta el momento. Estas son sus dos únicas cátedras primarias, secundarias o universitarias. Fue su única designación en La Plata, posteriormente a la designación en Rosario, pero no aceptó, por entender que dos cátedras universitarias, a fin de cuentas, no son más que un sueldo, y sosteniendo además que deben reservarse éstas para que el profesor universitario se dedique exclusiva y seriamente a una.

5) No llegó a ser presidente de FUBA. Fué simplemente presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía, lo que le valió un pronuario en Orden Político y Social y la negación del certificado de buena conducta. Todo consta así en el correspondiente legajo de la Policía Federal. En cuanto al enlace entre FUBA y UCR, es absolutamente imaginario, y sostenido es desconocer por completo las características del movimiento estudiantil.

¿Cuál es el sentido de todo este episodio, por detrás de su apariencia de escándalo de feria y de degollina entre comités de redacción? Uno muy importante: ha quedado descubierto el juego de varios grupos o sectores o seccionistas al peronismo, que por distintas razones y con motivos distintos porien en su acción política-cultural de la conciencia clara de que el peronismo no es un ciclo terminado sino uno de los principales factores dinamizadores durante los próximos años de la vida nacional. En esto coinciden los nacionalistas de "Azul y Blanco" o "Mayesía" con los patronistas de "Qué", y con nosotros, los cuatro gatos de CONTORNO. Y coincidimos, además en pensar que el único movimiento político donde puede darse la integración de peronismo popular con no-peronismo popular mediante una síntesis que supere a ambas corrientes es la Intransigencia radical, personificada actualmente en Frondizi.

Lo que nos separa es la interpretación del sentido que debe tener esta síntesis, si se llegara a producir. "Azul y Blanco" y "Mayesía" (dejando de lado lo mucho que los separa) entienden que nuestra posición geográfica y nuestra tradición cultural nos ponen ineludiblemente del lado de la "civilización occidental" y unen nuestra suerte a la de la política de los EE. UU., pero, dicen, sin menoscabar nuestra soberanía. La justicia es el único (del capitalismo nacional progresista), y a cada uno lo suyo (a los patrones lo que es del patrón, y a los obreros lo que es del obrero) es el lema implícito en esta corriente.

"Qué" es contraria al intelectualismo y no se pierde en filosofías crónicas para la industria, autoabastecimiento en combustibles y energía, defensa de nuestra producción en el mercado internacional, relaciones pacíficas entre capital y trabajo mediante convenios colectivos renovados periódicamente y en base a un continuo ascenso del nivel de vida, y, sobre todo, (cada de laia, por favor) que bajen la producción y los dividendos.

Nosotros, que no descendemos de los conquistadores ni tenemos acciones que cuidar, vemos en la Intransigencia lo que ella veía en sí misma cuando no le habían salido exigetas, y en Arturo Frondizi al autor de Petróleo y Política, que pasó de un salto, de delegado al Comité Nacional por la minoría, a presidente del mismo, primero, y a candidato a presidente de la Nación después, porque así lo quiso un grupo más o menos mayoritario de ese partido de peones, obreros, pequeños empleados y modestos profesionales que es la UCR. Y pensamos que hay que hacer en el país todo lo que dice "Qué", pero además de esto, imprescindible para salvarnos definitivamente de la dependencia de los grandes países imperialistas, tenemos que crear una estructura económica y social que sea nuestra superación del capitalismo, no su paliativo ni su reajuste táctico.

CONTORNO

Para Colaborar con Contorno

No somos suficientes para escribirlo. Queremos que se nos sumen otros. Especialmente quienes tengan nuestra orientación y conocimientos técnicos de economía, finanzas, problemas agrarios, etc. Los artículos se aprueban por mayoría en el Comité de Redacción. Y, por supuesto, no se pagan.

Necesitamos ayuda económica. Puede ser de varios modos: Donaciones (¿!), avisos, suscripciones. Para suscribirse, envíe la cantidad que desee, le abrimos una cuenta y le mandamos los ejemplares de CONTORNO y de CUADERNOS que vayan apareciendo.

Fuera de Buenos Aires y Rosario no tenemos distribuidores. Queremos tenerlos en donde sea posible, y con el porcentaje habitual. Si le interesa hacerse cargo, escribanos.

CONTORNO no ha dejado de publicarse. Aparecerá sin plazo fijo, con la temática y las características tradicionales.

Mensualmente editaremos estos cuadernos de CONTORNO, dedicados al análisis de los problemas político-culturales que se presenten en el curso del mes, tratando siempre de descubrir en ellos lo que haya de concreto y se engarce con nuestros problemas permanentes.

Defensa y Oposición de la Democracia

Un hecho más: Arthur Miller, dramaturgo norteamericano, acaba de ser condenado a un año de prisión por no querer prestarse a la delación —¿diremos a la "virtud de la delación?"— a ese pequeño y despreciable acto individual por el que un hombre se opone a ser el verdugo de los otros. Pero que a los ojos de los publicanos significa la defensa de la democracia.

El hecho, varias veces repetido, y más gravemente recordemos el suicidio de algún hombre de ciencia, la reacción de los amplios sectores vejados y la complicidad de otros) adquiere para nosotros una importancia de antecedente histórico. La historia del mundo se repite entre nosotros; somos el espejo de los malos ejemplos de los malos gobiernos extranjeros.

Un tal Sr. Bullrich (a) bebe, se ha dado a la misma tarea: este señor dictaminará en nombre de la democracia quienes atentan contra ella. Ya han comenzado las citaciones enviadas por la policía, ya han de ser radiados de la vida pública los que osen democráticamente no estar de acuerdo con estos demócratas sensibles y asépticos.

¿En nombre de quién lo hacen? ¿Quién ha investido a esta comisión de tal no ya poder sino clarividencia? El engaño es visible: tienen el poder, les falta la clarividencia, pero en buen "demócrata" lo demás no importa: practican la oposición democrática. ¿Se dan cuenta acaso estos sensibles que su existencia misma como censores constituye el primer atentado contra esa democracia que pretenden —y osan— defender?

Contorno

Avenida ROQUE SAENZ PENA 651 — VIII — 136
(Horario de Oficina de 12 a 20 horas). — 20 - 2409

24

Precio: \$ 5.-

EL FRACASO DEL PANAMERICANISMO

contorno cuadernos

Consejo de Dirección:

Ismael Viñas
David Viñas
Adelaida Gigli
León Rozitchner
Ramón Alcalde
Adolfo Prieto

febrero de 1958, número

2

UNA OPCIÓN

subordinación
independencia
desarrollo

Una mirada histórica, a vuelo de pájaro, sobre nuestra historia local —con todo lo impuesta por la perspectiva que pueda resultar— nos produce una impresión de progreso, de crecimiento, en líneas paralelas: de crecimiento material del país, de consolidación del mismo como comunidad, de participación progresiva de todos sus núcleos de población en la vida de la colectividad. En un sentido general esa impresión parece totalmente legítima: desde lo que era la Argentina de hace 150 años (grupos de población dispersos, a veces totalmente incomunicados entre sí, escasas elites que agotaban toda la vida activa y un proletariado difuso y atomizado), hasta esta Argentina de hoy, ha habido indudablemente un proceso de crecimiento o integración. En lo material eso es indudable: el aumento de población, el establecimiento de vías de comunicación y de transporte, la formación de grandes ciudades, significan una transformación total, hasta el punto de que el país de hace unos ochenta años es perfectamente otro mundo para nosotros, con el desierto a la orilla de las poblaciones y los malones todavía presentes. Esa transformación no es solamente de cantidad, es radical, cualitativa, es decir, que es mucho más que un simple cambio material: el hombre que escucha tangos y discursos por la radio en Concepción, en Jujuy o en Esquel, sólo puede reconocer un vago antepasado mítico en Martín Fierro, y eso a través de una elaboración cultural producida por el mismo proceso, de ningún modo directa o virginalmente. En algunos casos, con predominio de la influencia de la elaboración culta y erudita; en la mayoría, a través del radioteatro y el folclore comercial. Y el hijo del genovés de la Bona o del polaco israelita de Junín y Corrientes participarán también a su modo del mismo antepasado. Ese es parte del cambio que ha ocurrido.

La otra faz de ese proceso consiste en la sucesiva incorporación de nuevas clases sociales a la vida activa del país, a partir de la sublevación de la burguesía criolla hace siglo y medio hasta la presencia masiva del proletariado industrial en las últimas décadas, pasando por la aparición de la clase media desde hace unos sesenta años. Esto no constituye, por otra parte, un hecho diferente o

autónomo, sino que forma parte del proceso general, causante entre otras cosas de la división en clases y de la creación de la conciencia de sí misma en ellas. Pues al mismo tiempo se ha ido desarrollando la heterogeneidad en el país y el autoconocimiento, el autorreconocimiento de cada grupo, y la conciencia colectiva del país como tal, el reconocimiento de sí mismo como una comunidad.

Todo esto no quiere decir, es obvio, que exista una conciencia lúcida de tal proceso, ni que ella se haya desarrollado por acrecimiento que correspondiera adecuadamente al mismo. Tampoco quiere decir que siempre se haya tenido una conciencia positiva al respecto. Al contrario, el reconocimiento ha tomado con cierta frecuencia formas que podríamos llamar patológicas, y, en ciertos momentos, tomó cuerpo la sensación de que el país constituía un mundo fracasado o poco menos, y hasta que constituía un mundo inexorablemente fracasado. Así, cada cual a su modo, fueron patológicas la ideología de los progresistas de 1857 y del 80, tanto como la de los nacionalistas de 1930, y no menos la del Ingenieros que postulaba la hegemonía argentina en Latinoamérica. Como contrapartida, también fué patológico el pesimismo que corrió y aun aplasta a nuestras elites durante la década del 30 y que, sin cambiar mayormente de formas, se continúa o reitera durante el peronismo, adquiriendo su máxima representación literaria en Martínez Estrada y en sus epígonos. Esta última actitud es francamente ejemplar: amasada con los datos de un momento europeo, en el que los ideólogos de las clases dominantes confunden la crisis de un modo particular de cultura, a la que estaban adscriptos, con la muerte de toda cultura, de La Cultura, de La Civilización, traducen a nuestro momento correspondiente tales sentimientos. Es decir, expresan la perspectiva de nuestras clases dominantes tradicionales, en franca descomposición a partir de 1930. Es una falsa perspectiva semejante la que ocasiona el carácter patológico de las otras actitudes mencionadas. Con la diferencia de que éstas se adecuaban con más proximidad a lo que en esas coyunturas ocurría realmente en el país. Pues lo paradójico del pesimismo de los últimos 25 años reside en que precisamente durante ellos se estaba realizando la ampliación del país, ya en forma subterránea durante el justismo, ya anárquica y estentóreamente durante el peronismo. La industrialización, la aparición de un vasto proletariado industrial, y la vasta literatura de todo tipo (desde la novela hasta los libros sobre economía o política) que aparecen en cada vez mayor cantidad, dan fe de la realidad del proceso en su característica dinámica de cambios materiales y cuantitativos, cambios cualitativos, búsqueda del autorreconocimiento. Mientras el justismo depravaba al país comenzaban a multiplicarse las fábricas y aparecía la primera literatura que, al denunciar el estado de cosas existente, iniciaba la creación o la afinación de la conciencia nacional.

Pero esa que podríamos llamar patología ideológica, no es casual ni sin sentido. Responde a algo que el crecimiento nacional no oculta, a una deformación profunda, a una continua aunque a veces disimulada frustración que acompaña a nuestro crecimiento y que llega a formar parte de él. No es éste el lugar de hacer una descripción detallada de nuestra deformación y de nuestras frustraciones, ni de intentar una nueva puesta a punto de sus múltiples causas. Pero puede intentarse una fácil aproximación, por medio de una rápida metáfora. Puede aceptarse decir que nuestro país es víctima de un constante desajuste, que lo acompaña desde sus orígenes y del que no logra liberarse.

La realidad primera y permanente de esta patria es la geográfica. Eso era casi exclusivamente cuando comienza la conquista española: una enorme geografía, un desierto. La colonización que vino a llenar ese ámbito fué realizada por un país, España, que ya se encontraba en retroceso respecto del mundo europeo, pronto a entrar en esa peculiar y explosiva forma de cultura llamada capitalismo. Ese desajuste se ha mantenido, no por causas exclusivas de mecánica interna desde luego, y de él hemos padecido y seguimos padeciendo. Al iniciarse después de Caseros lo que se denomina Organización, no se pudo o no se supo alcanzar el nivel del mundo en el que estábamos sumergidos. Nuestra ideología progresista no pasaba de un buen

liberalismo comercial, más o menos mechado de romanticismo historicista, con arrastres de racionalismo iluminista. Pero Europa estaba entrando ya en la etapa imperialista, y la burguesía era francamente conservadora. Nuestro destino inmediato era entrar en la órbita europea como un apéndice colonial. Eso había de limitar nuestro progreso a las estrictas funciones de país proveedor de materias primas, es decir, que nuestro capitalismo incipiente iba a perder rápidamente su espíritu progresista, se iba a convertir en una elite subordinada a los países centrales, con todas las características del caso: estrechez, falta de grandeza, conformación de consumidores y no de creadores. Nuestra potencialidad geográfica no fué nunca explotada, al contrario, se dejó abandonado todo lo que no servía a los fines inmediatos y de corto alcance de la explotación colonial. Pero una clase dirigente que no puede desarrollar su espíritu de empresa es inevitablemente una clase dirigente frustrada, aunque oculte su frustración con una máscara de escepticismo o de cinismo. Ese país subordinado, deformado, frustrado, ha pujado desde entonces constantemente por realizarse. Sus arranques constantemente infructuosos, su deseo de crear y de existir como colectividad autónoma, han ocasionado esos periodos de megalomanía y de depresión vanidosa que todos parecen atribuirnos como característica y que nosotros mismos advertimos como algo muy nuestro.

La crisis del 30 y la segunda guerra modificaron las condiciones externas que mantenían al país constreñido. Se dió una oportunidad a las fuerzas internas. Apareció así una nueva fuerza que parecía querer reproducir en el país el proceso de la burguesía industrial, no al modo inglés, sino al modo de la Alemania de Bismarck, o, si se prefiere, de los capitalismo autoritarios de este siglo. Pero de nuevo nuestro nivel y el del mundo no coinciden. Nuestro capitalismo es pobre, insuficiente para las enormes erogaciones que exige la industria pesada moderna. A través de sus más lúcidos exponentes (algunos grupos nacionalistas y neonacionalistas) intenta un capitalismo de Estado al servicio de los empresarios privados. Pero aun esa hábil maniobra parece llamada al fracaso. Piénsese lo que se piense de él, en cerca de la mitad del mundo se está intentando, con gran eficacia, un experimento que es muy otra cosa que el capitalismo democrático-burgués en cuya órbita nos encontramos, y esa poderosa existencia actúa sobre el mundo capitalista. Dentro de éste, a la voz, una gran potencia imperial, Estados Unidos, ha barrido en gran medida a los demás centros, y, de un modo o de otro, los ha convertido en sus subordinados.

Para un país de nuestro tamaño y peso la situación no es cómoda. Es inútil cerrar los ojos a la realidad. Nosotros estamos dentro de la órbita capitalista. Y ese mundo, en realidad sus centros dominantes, se encuentra en lucha con lo que podemos llamar mundo socialista soviético. Dentro del mundo en el que estamos metidos, nuestros centros principales necesitan asignarnos un papel. Y ese papel no puede ser el de un centro capitalista independiente, sino el de un buen subordinado, que producirá aquello que se necesite de nosotros, del modo que se necesite.

Teóricamente, y de ser cierto que nuestro centro se halla empeñado en una lucha a muerte —y eso parece ser la verdad— debería estimular todas nuestras capacidades de desarrollo. Pero como tal estímulo no podría limitarse a nosotros —ni tendría sentido que así fuera— esa política sería igualmente suicida para el centro imperial, pues él necesita subordinados, no competidores. Nosotros, a nuestra vez, no podemos desarrollarnos como país capitalista sin contar con las necesidades y con la buena voluntad del centro. En ese gran dilema estamos. Pero todavía, y como un caso ya bastante excepcional dentro de este llamado mundo de Occidente, aún seguimos ligados en gran medida al viejo centro imperial en decadencia, del que seguimos dependiendo como el principal comprador de nuestros productos y del que aún dependemos en apreciable escala como inversor.

Estados Unidos, por otra parte, no es un estado guerrero, es un imperio capitalista, manejado por los hombres de negocios. Necesita mantener alta la tasa de sus inversiones, lo que sólo es posible en los países periféricos; necesita descargar en los países menos desarrollados los resultados de sus contradicciones internas; necesita, entre

otras cosas, mantener un nivel no demasiado alto de desocupados y en pie de funcionamiento industrias excesivas para sus mercados. Sus inversiones no pueden tener entonces solamente en cuenta las necesidades estratégicas, y se ve obligado muchas veces a ser competidor, áspero competidor, de sus supuestos aliados.

Es en ese mundo más bien confuso y contradictorio en el que pretende moverse el panamericanismo. Este se sustenta —frente a una realidad con tantas dimensiones— en dos supuestos lineales absolutamente incompatibles. Los países latinoamericanos hacen como si creyeran que Estados Unidos va a subvencionar su desarrollo porque los necesita. Estados Unidos está dispuesto a realizar las inversiones que le convienen, en la medida y del modo que le convienen. Y obra como si creyera que los países latinoamericanos están obligados a ser sus aliados subordinados, en defensa del estado de cosas en que se encuentran, hallando al mismo tiempo satisfactoria esa perspectiva. Eso es lo que suele llamarse obrar en defensa de los valores de la Civilización Occidental.

Nuestro país tiene una vasta región de fronteras: sus provincias interiores, la mayor parte de su superficie, de sus posibilidades, inexplotadas, no civilizadas. Sus actuales recursos en explotación ya no bastan para mantener su propio nivel de subsistencia, y cada día le son menos suficientes. Una población en crecimiento no puede seguir viviendo de la explotación agrícola-ganadera tradicional, siendo que esa explotación permanece estática y su valor de intercambio es cada vez menor. Puede, sin duda, por el margen que le da su frontera, y en ella, admitir el desarrollo condicionado que le ofrece Estados Unidos. Eso ofrecerá una salida y una aparente solución momentánea. Hasta es posible que se reproduzca un lapso de euforia similar al de hace noventa años. Las consecuencias más obvias —y no se necesita mucho espíritu profético para decirlo— serán la perpetuación de la alienación, de la frustración. Como en ese entonces, pero en otra situación, con otra experiencia, con otras bases, se nos ofrece una opción. Ningún determinismo nos aprisiona. El Estado es dueño de una importante parte de la economía básica nacional, y puede fácilmente llegar a serlo del resto. Parecen estar dadas las condiciones para que tan enorme potencia se ponga al servicio de la construcción de un gran país, posesión efectiva de la comunidad. Los cambios necesarios, incluidos los de la estructura de la propiedad, están en el filo de la actual situación, no en su contrapelo. Todos los latifundios, por ejemplo, son ya económicamente inconvenientes. Y a nuestro alrededor un país aún más poderoso —doscientos millones de hombres, Latinoamérica— también aguarda. A esa esperanza apostamos.

En este momento de elección, es decir, de crisis, pretendemos intervenir en una discusión, en este agitado cuestionar, en el que el país trata de verse desde su propia perspectiva.

Cuando pensamos en sacar los Cuadernos de CONTORNO nuestra idea era publicar trabajos monográficos sobre temas concretos, referidos a la actualidad argentina. Pretendíamos contribuir así a la larga serie de publicaciones con la que en los últimos tiempos parecemos los argentinos dispuestos a discutir en serio qué nos pasa realmente, qué queremos, qué ocurre en este mundo, visto con nuestros propios ojos. El presente trabajo de Marisa Licaga debería haber aparecido en ese plan, que tan jactanciosamente anunciamos como mensual. Obvias dificultades financieras lo impidieron. Creemos, sin embargo, que no ha perdido actualidad: el intento de que la O.E.A. pase a formar parte del mecanismo bélico de la OTAN bastaría para mantener fresca su vigencia. Pero ya de por sí, por su concepción y por el arsenal de datos que utiliza, excede el hecho circunstancial de la reunión de Buenos Aires que le da pretexto. Sin ser un trabajo que encare el problema del panamericanismo desde un punto de vista total —no es esa su pretensión, por otra parte— pone la discusión del tema en esos términos, y, provee, creemos, de una reunión de elementos que aclara y torna conocimiento mucho de lo que para los argentinos es más bien intuición, adivinación, respecto del panamericanismo.

por CONTORNO, ISMAEL VÍÑAS

EL FRACASO DEL PANAMERICANISMO

La Conferencia Económica Interamericana y las Inversiones Estadounidenses

Este ensayo tiene por objeto analizar determinados aspectos de la acción del "Panamericanismo", en relación al planeamiento económico, que constituye el programa de los Estados Unidos con el resto del continente, excepción hecha del Canadá.

El primer interrogante que se trata de dilucidar, es el que plantea la eficacia en sí del "Panamericanismo", tal como se presenta en la política oficial de las organizaciones interamericanas y de las naciones impulsoras de ese tipo de cooperación.

Lo que se conoce comúnmente como panamericanismo en acción nos demuestra, con clara y a veces dramática evidencia, la violación permanente al primordial principio jurídico de la igualdad de los Estados entre sí. Prescindimos de la demostración de este aserto porque, desde la llamada "Doctrina Monroe" hasta nuestros días, el camino está plagado de ejemplos intervencionistas que afirman la sutil o grosera hegemonía estadounidense, ejercida en el continente en acontecimientos que están en la memoria de todos.

Pero aun soslayando el aspecto estrictamente político y aceptando el discutible principio del punto medio entre economía y política, el enfoque nos lleva al reconocimiento de que la enajenación de la soberanía y la extracción incondicionada de las materias primas, es el precio para gozar de la acción supuestamente fertilizante de la ayuda de los Estados Unidos.

Porque vamos a decirlo cuanto antes, el panamericanismo existe, en cuanto proyecta o beneficia las necesidades de "su" momento, y los intereses del equipo que domina la Casa Blanca.

Puede argüirse que careciendo los países de América Latina de formación propia de capital, y comprendiendo que el nacionalismo aislante en un mundo como el actual es suicida, el dilema es de hierro, y sin llegar al sometimiento hay que seguir por el camino de la cooperación económica panamericana.

Aunque no compartimos esa teoría de impotencia, bueno es adelantar lo que a lo largo de este trabajo se demuestra.

El Subdirector del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Unión Panamericana, sostuvo que las necesidades de financiamiento de los programas de desarrollo económico en América Latina, alcanzan una magnitud mínima de capital, por nación, que varía desde 500 millones de dólares hasta 4 ó 5 veces esa cantidad (1).

Ahora bien, todas las inversiones de instituciones públicas norteamericanas, o de las que de una manera u otra sufren su influencia, y que se detallan en los cuadros 5, 6 y 7, suman 1.876.400.000 dólares. Como se observará en los mencionados cuadros, las instituciones prestatarias funcionan desde 1940 en adelante; pese a eso, divididas las inversiones totales de ese carácter entre las 20 repúblicas, el promedio que ofrece a cada una de ellas es de 93.800.000 dólares.

Es evidente entonces la desproporción entre el capital nuevo que fluye a América Latina, y lo que necesita para alcanzar un ritmo adecuado de progreso.

En cuanto a las inversiones privadas que se detallan en los cuadros 2 y 3, asciende el total hasta fines de 1955 a 6.556 millones de dólares, pero su volumen desaparece cuando se compara con el monto de las remesas anuales que debe girar América Latina, para cubrir amortizaciones, intereses y utilidades de los capitales ya invertidos.

La inversión privada de los EE. UU. en Latinoamérica totalizó en el período 1946-1952 la suma de 2.500 millones de dólares, de los cuales 863 millones son reinversión de utilidades, alcanzando las remesas de utilidades en el mismo lapso, más de 3.600 millones de dólares, según el discurso que el embajador de Chile ante las Naciones Unidas, Rudecindo Ortega, pronunciara en el acto de la "Pan American Women's Association", en febrero de 1956.

Se verá entonces que la disyuntiva que se ofrece a Argentina, sobre sus posibilidades de desarrollo económico, y el rol que el Panamericanismo puede jugar en su desenvolvimiento futuro, es similar a la que padeco, con más o menos agravantes, toda América Latina.

Como no vamos a analizarlo desde supuestos teóricos, fácilmente discutibles, nos proponemos demostrarlo a la luz de la última Conferencia Económica Interamericana, realizada bajo el patrocinio de la Organización de los Estados Americanos. Como se verá más adelante, el punto primero del temario "Convenio Económico Interamericano" era realmente lo que importaba y obligaba. Es siguiendo entonces sus capítulos donde hallaremos la mejor explicación de lo que buscamos.

Claro que además de lo extenso que resultaría, reputamos innecesario analizar todos los artículos, pues algunos carecen de real importancia.

Me referiré entonces a aquellos capítulos cuyo contenido interesa especialmente a nuestro país, preferentemente al V (Inversiones públicas y privadas), y a aquellos que más especialmente señalan el real sentido de la acción norteamericana, sobre todo los que más o menos ocultamente pretendían crear obligaciones de tipo militar (ante todo, el Cap. XI - Cooperación económica durante períodos de emergencia).

Es decir, utilizaré la última conferencia como lo que fué: como un ejemplo del panamericanismo en acción, en el que se puso de relieve su verdadero sentido y sus reales alcances.

I. — LOS ACTORES

Argentina fué escenario durante 20 días —más concretamente del 15 de agosto al 4 de setiembre últimos— de una reunión que tuvo el carácter de Conferencia Especializada Interamericana, la cual contó no sólo con nutridas delegaciones de economistas u hombres de gobierno de las 21 repúblicas miembros de la O. E. A. (2), sino también con observadores de 21 naciones, tanto occidentales como orientales, y representantes de diversos organismos especializados interamericanos e internacionales.

A pesar de la expectativa creada por el periodismo y las delegaciones oficiales; a pesar de que el gobierno provisional actuara cual si fuera brújula del mundo en esa emergencia, y a pesar del optimismo de las autoridades económicas y financieras de nuestro país, en la primera reunión plenaria, las líneas ya estaban tendidas de tal modo, que la expectante atención con que se esperaba el discurso de Mr. Robert Anderson, secretario del Tesoro de los Estados Unidos y presidente de esa delegación, se trocó en desilusión y luego en silencio, ya que la brillante prosperidad que los 20 países periféricos suponían llegaría a través de las caudalosas inversiones norteamericanas, se esfumó ante el cierre de la bolsa de los Estados Unidos anunciada en el mismo.

Claro está que fuera de ese aspecto que tanto importaba a muchas delegaciones, quedaban banderillas de reserva en cada uno de los puntos del temario, y, a través de las batallas o escaramuzas que cada representación libraba, de acuerdo a sus particulares necesidades o a las comunes y generales prevenciones, se entreveía una lucha que pudo adquirir grandeza y dramatismo, pero que se desarrolló en cambio en tono menor, y acaso alcanzó sus notas más agudas fuera de la Conferencia, a través de declaraciones o entrevistas periodísticas.

En toda conferencia internacional, las pautas hay que buscarlas en los dos ámbitos en que la misma se celebra: uno es el oficial; pero el otro, la válvula de escape de las manifestaciones de los jefes de delegación, permite al observador hallar el grado de intensidad de las posiciones que está resuelto a sostener cada país en el duelo económico

que se libra en el continente, donde los intereses y las necesidades suelen ser tan encontradas entre Estados Unidos y las naciones latinoamericanas (3).

La Conferencia, cuyo fracaso estaba pronosticado y se confirmó cuando el presidente de la delegación estadounidense abandonó el país precipitadamente el 19 de agosto, no puede decirse que haya tenido realmente vida útil. Si bien oficialmente terminó el 4 de setiembre, una semana antes había muerto realmente, cuando se vió la imposibilidad de aprobar el Convenio Económico Interamericano.

Aunque la Conferencia haya fracasado como realización positiva, hay que reconocer que sirvió de barómetro, a través del cual fué fácil observar la posición y firmeza de cada país.

No resulta necesario demostrar la desproporcionada desigualdad existente entre los países que forman la Organización de los Estados Americanos; es decir, entre las 20 naciones subdesarrolladas y la poderosa nación estadounidense.

Mientras en EE. UU. la distribución porcentual del empleo asigna un 14 % de ocupación en la producción primaria, en América Latina la proporción alcanza al 54,1 por ciento (4).

El consumo de energía de América Latina en 1954 daba el equivalente de 510 kilogramos de petróleo por habitante, y para EE. UU. de 5.600 kgs. por habitante (5). Del consumo mundial de energía, América Latina registra el 3,7 %, y Estados Unidos el 42,8 % del total mundial (6).

De ahí que aunque teóricamente todos los países tengan idéntica representación en el organismo que confeccionó el anteproyecto, la influencia y los intereses norteamericanos habían de manifestarse muy frecuentemente en el mismo.

Por otra parte, no fué fácil traer a los Estados Unidos a una Conferencia de este tipo, puesto que esa nación prefiere los acuerdos y pactos bilaterales; pero no le fué posible resistir por más tiempo el tratamiento de un Convenio tan esperado por el resto del continente.

Como luego se verá documentadamente, hubo tres posiciones decididamente marcadas. Primero la de EE. UU., que como en los mejores tiempos de la época del garrote, sostuvo que sobre su interés no hay ningún interés extraño que prive.

Segundo: la de casi todas las naciones latinoamericanas, que llevó a muchas pasivamente, a otras en forma activa, y a México enérgica y valientemente, a señalar su derecho soberano para decidir en problemas internos. Con alta firmeza, la delegación mexicana declaró su *invariable posición respecto al papel esencial que atribuye a la inversión del ahorro nacional para el desarrollo económico y el carácter complementario del capital extranjero público y privado*, lo cual reivindica en gran medida la dignidad latinoamericana que se pretendió avasallar, sobre todo a través del capítulo "Inversiones".

Queda por fin la tercera, claudicante y bochornosa: correspondió a nuestro país; es decir, a sus gobernantes provisionales, que instruyeron a la delegación argentina, la cual sólo se distinguió en eso y por el increíblemente alto número de delegados.

El presidente del Eximbank, Samuel Waugh, regresó a los EE. UU. sintiendo un *gran agradecimiento al Ministro de Hacienda, Adalberto Krieger Vasena, merced a cuya influencia se encarpó por ahora el convenio económico*, según sostiene la bien informada revista "Visión" del

27/9/57. Aunque no fué esto ni amablemente desmentido, no lo podemos afirmar; lo que sí aseguramos es que después de esta Conferencia la autoridad de nuestro país quedó seriamente disminuida por la defección de sus representantes en la defensa impostergable de derechos violados.

II. — LA CONFERENCIA

El Temario de la conferencia constaba de 5 puntos:

- 1) Convenio Económico Interamericano;
- 2) Desarrollo Económico;
- 3) Comercio Interamericano;
- 4) Cooperación Técnica;
- 5) Transportes.

A pesar de estas 5 clasificaciones formales, y aun cuando el punto 3) de subdividió en dos comisiones: Comercio Interamericano y Comercio Exterior, para facilitar su estudio, el Convenio Económico acaparó mercedamente la atención de las delegaciones y las informaciones periódicas.

Había además dos ideas centrales que preocupaban poderosamente a las representaciones: el Mercado Común Latinoamericano y el Deterioro de los precios de los productos básicos (que como se verá luego es uno de los más serios problemas en la comercialización exterior). La mayoría de los países de América Latina sufren la ruina política de excedentes o aranceles que realiza Estados Unidos, parte responsable del quebranto de 560 millones de dólares que han sufrido los países que la forman en el comercio de 1955, con relación al año precedente, por el deterioro del precio de sus exportaciones (7).

Los efectos desfavorables de la relación del intercambio, es decir la declinación de los precios de sus exportaciones y el aumento de los productos industriales y bienes de capital, provocó a la Argentina una pérdida tal que entre 1948 y 1956, tomando como base los precios de 1948, alcanzó la sideral suma de 4.500 millones de dólares, con los que se hubiera podido financiar cualquier plan de desarrollo económico (8).

III. ANTECEDENTES

Había muchos antecedentes que demostraban la voluntad de las repúblicas latinoamericanas de convertir el panamericanismo de las declaraciones políticas y jurídicas (líricas o concretas) en algo más efectivo que ayudase a resolver los problemas de las economías subdesarrolladas.

Normas de toda índole se habían codificado en la órbita continental, sin que adelantaran —desde 1889 en que comenzaron a esbozarse— las proposiciones de acuerdos económicos, a pesar de que en la cuarta década de este siglo se plantean concretamente.

Sin internarnos en la historia de las Conferencias de las naciones de este continente, hay que recordar que al finalizar la segunda guerra mundial los problemas económicos de Latinoamérica empiezan a discutirse como parte integral de la cooperación política y militar.

No ocurrió ello porque los países del sur del Río Grande hubieran adquirido un volumen significativo en el comercio interlatinoamericano, puesto que seguían dependiendo fundamentalmente de otras áreas (a).

(a) Aunque el fin de la guerra haya determinado una seria modificación en la orientación del comercio exterior, según se observa:

CUADRO N° 1
Comercio Exterior de América Latina por Principales Areas

Años	IMPORTACIONES %					EXPORTACIONES %				
	América Latina	EE. UU. y Canadá	Europa	Europa Oriental	Otras áreas	América Latina	EE. UU. y Canadá	Europa	Europa Oriental	Otras áreas
1938	8.2	35.7	47.1	2.2	6.8	6.2	29.9	49.4	2.0	12.15
1948	11.3	58.8	22.7	.9	6.3	9.0	39.1	35.1	1.6	14.2
1950	6.6	54.5	34.4	.9	3.6	6.5	58.9	29.9	.6	4.1
1951	9.4	53.5	27.9	1.3	7.9	6.0	57.5	30.5	1.1	4.9
1952	9.6	55.8	26.9	1.0	6.7	6.5	60.4	29.2	.9	3.0
1953	12.2	53.7	25.6	.6	7.9	9.9	48.1	28.7	.6	12.7
1954	11.2	51.2	27.5	1.4	8.7	9.7	44.9	29.8	1.6	14
1955	11.7	49.3	28.3	1.7	9.-	10.2	46.1	28.4	2.2	13.1

Fuente: Comercio Interamericano - Organización de los Estados Americanos - 1957.

Se trataba de que las 20 naciones que componen la periferia de este continente, se habían comprometido en uno u otra forma por el Pacto de Chapultepec y el Acta de Río de Janeiro, a contribuir con su cuota de sangre o materias primas para la defensa de intereses norteamericanos fundamentalmente, por lo que exigían entonces algo más concreto que declaraciones, que como la de México de 1945 establecía *la asistencia económica fundamental de los pueblos de las Américas, estriba en poder ejercitar efectivamente su derecho natural para vivir decorosamente, trabajar y realizar el intercambio provechoso de productos en paz y con seguridad...*; o como la de Río de Janeiro en 1947, que señalaba: *Que la seguridad económica indispensable para el progreso de todos los pueblos americanos, será en todo momento, la mejor garantía de seguridad política y del éxito de su esfuerzo conjunto para el mantenimiento y la paz continental.*

Si bien la inestabilidad de los precios durante la segunda guerra mundial, había sido menor que durante la de 1914, la intensidad de las fluctuaciones comenzó a manifestarse en forma violenta a partir de 1946, con lo cual las zonas insuficientemente desarrolladas ofrecían una vulnerabilidad peligrosa en sus ingresos, motivada tanto por la disminución del volumen exportable como por la baja de precios de los productos de sus exportaciones (a).

No es extraño entonces que los representantes de sus gobiernos exigieran a los Estados Unidos (que se habían convertido en el principal mercado exterior) una cooperación más justa y la ayuda al desarrollo económico de cada país en particular.

De ahí que el Consejo Interamericano Económico y Social, dependiente de la Organización de los Estados Americanos, fuera encargado de elaborar un proyecto de Convenio Económico Básico sobre Cooperación Económica Interamericana, el que debería presentarse en la Conferencia Internacional que se realizaría en Colombia en 1948.

En abril de ese año se realizó en la ciudad de Bogotá, convulsionada por el asesinato del líder popular Gaitán, la IX Conferencia, de donde surge un Convenio Económico, con reservas de tal importancia por parte de muchos países, que no fué ratificado por los respectivos gobiernos.

En consecuencia, se resolvió trasladar nuevamente el Convenio al Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), para que volvieran a estudiarse los puntos que hubieran merecido reservas, a fin de presentarlo a una próxima reunión panamericana.

En marzo de 1954, se celebró en Caracas la X Conferencia Interamericana. Nadie se engañó, cuando Foster Dulles (accionista de la United Fruit Co.), aduciendo la urgencia por viajar a Finlandia, modificó el temario propuesto. Una vez aprobada la resolución que daría visos legales al atropello que aniquiló a Guatemala, el resto de la Conferencia careció de importancia, aunque volvió a recomendarse al CIES que hiciera una recopilación ordenada de las declaraciones, resoluciones y recomendaciones de carácter económico que hubieran sido aprobadas hasta ese momento.

A fines de 1954 se celebró en Río de Janeiro la reunión de Ministros de Hacienda, donde se acordó realizar la Conferencia Económica en nuestro país, en la cual debía aprobarse el Convenio, y se nombró una Comisión preparatoria. Esta, luego de un amplio análisis y consultas a los representantes permanentes en la O.E.A., giró a comienzos de este año, a los gobiernos de los países miembros, todos los antecedentes y el anteproyecto, para que lo estudiaran y devolvieran con las observaciones que creyeran necesarias, las que fueron publicadas junto con el Anteproyecto del Convenio.

Vale decir, que cuando el 15 de agosto las delegaciones de todo el continente tomaron asiento en la Conferencia, sus respectivos gobiernos tenían posición tomada sobre el mismo, y los economistas acreditados no se encontraban ante un hecho nuevo, ni debían improvisar.

(a) Las fluctuaciones de los valores unitarios de exportación de los productos primarios de América Latina, ofrecen para el período 1944 a 1951 el grado más alto de inestabilidad del presente siglo, con un 17,8 %, siguiéndole en esta proporción: 1914 a 1919, con 15,6 %; 1920 a 1929, con 15,0 %; 1940 a 1945, con 11,6 %, y 1901 a 1913, con 10,9 %. (9).

IV. EL CONVENIO ECONOMICO

Pero ¿qué era en suma el Convenio Económico, que tanto preocupaba a casi todos los países, y qué contenía?

Constaba de XII capítulos, de los cuales, a excepción del XI, llamado "Cooperación Económica durante Periodos de Emergencia", que era íntegramente nuevo, el resto estaba inspirado en el Convenio de Bogotá, o en otros documentos ya aprobados.

Los capítulos eran:

- I) Principios;
- II) El CIES;
- III) Cooperación Económica y Técnica;
- IV) Comercio Interamericano;
- V) Inversiones;
- VI) Transportes y Comunicaciones;
- VII) Turismo Americano;
- VIII) Propiedad Industrial;
- IX) Estadística;
- X) Ajuste de Controversias Económicas;
- XI) Cooperación Económica durante Periodos de Emergencia;
- XII) Estipulaciones Formales.

Como se advertirá por la sola enunciación de los capítulos, su importancia era muy desigual, si bien en todos, hasta en los aparentemente tan inofensivos como el VII, Turismo Americano, se podía encontrar las líneas a través de las cuales se pretendía mutilar los derechos de los países subdesarrollados (10).

Como se dijo al comienzo, los Estados Unidos no tenían interés en la aprobación del Convenio Económico. Ello les hizo suponer que sería aprobado el Capítulo XI, Cooperación Económica durante Periodos de Emergencia, más acorde con los pactos militares que con los acuerdos económicos. De ese modo, el débil compromiso que pudiera surgir para sí de la Conferencia, se revertiría en una obligada colaboración activa de toda Latinoamérica en caso de guerra, aun de aquellos países que se negaran a firmar pactos de ayuda militar.

El intento de sancionar obligaciones como las que surgen de este capítulo debe servir de grave advertencia para los países latinoamericanos, en general, y para el pueblo argentino en particular.

Al analizar los antecedentes hemos visto que los países miembros habían recibido el anteproyecto para que giraran luego las observaciones que merecía, las que se publicaron conjuntamente. Ello es una guía importantísima que hay que tener en cuenta, para observar hasta dónde ceden los unos y hasta dónde exigen los otros.

Nuestro país había tenido en las anteriores conferencias internacionales una digna posición, que si en algunos casos hubiéramos querido más terminante, de todos modos fué satisfactoria: actuación en la Conferencia de La Habana en 1947; reservas a ciertos artículos que afectaban la soberanía argentina en el Convenio Económico de Bogotá; abstención en la Declaración de Caracas, que sirvió de pretexto para invadir Guatemala, etc.

Lamentablemente, los gobernantes provisionales, no sólo practican la sumisión al imperialismo en las decisiones que toman dentro del país, sino que sirven de cabeza de puente en la claudicación internacional (a).

(a) Vale la pena se conozca una de las tantas defeciones de la delegación argentina. En la Comisión de Comercio Exterior, la representación de nuestro país presentó un proyecto sobre "Términos de Intercambio", que a pesar de lo incoo de su texto en cuanto a las obligaciones, ponía al descubierto en los considerandos: "Que es de primordial importancia para los países latinoamericanos, contar con una relación justa y equitativa entre los precios de los productos de exportación y los de importación". Dicha ponencia había sido aprobada por la Comisión, pero en la siguiente reunión, la delegación de EE. UU. pidió se reconsiderara, proponiendo una enmienda que hacía aún más vago su texto, lo que no fué aceptado por las delegaciones de México y Chile. Fué entonces que Argentina propuso modificar su propio proyecto (que ya estaba aprobado) tal como lo pedía EE. UU. Sometida a votación nominal la nueva propuesta argentina, fué rechazada definitivamente por la mayoría de los países que formaban la Comisión, habiendo votado por la aprobación Argentina, junto con Estados Unidos.

V. EL CAPITULO XI

No sabemos si el Ministro Adalberto Krieger Vasena, presidente de la delegación y presidente de la Conferencia, conocía el texto del Convenio, pero todo induce a suponer que sí; nada en cambio indica que estuviera preocupado ante la inclusión del Capítulo XI, ya que Argentina no hizo ninguna objeción por escrito al anteproyecto, ni en los discursos o declaraciones se hizo mención a lo que ello significaba, a pesar de que el carácter provisional del gobierno lo obligaba doblemente a informar a la opinión pública.

Dicho capítulo se llamaba "Cooperación Económica para Periodos de Emergencia", para justificar su inclusión en el Convenio Económico; lo cierto es que antes de los artículos fué necesario insertar un prólogo explicativo de la falta de antecedentes sobre ellos, aclarando que *la importancia del tema y la conveniencia de contar con un cuerpo de principios previamente al planteamiento de una situación de emergencia, son indudables.* (Aparentemente se daba por descontado el asombro que promovería encontrar tal capítulo, que a diferencia de los otros, no se giró de las anteriores conferencias económicas, desconociéndose —al menos oficialmente— quién lo propuso).

Consta de ocho densos artículos, que eufemísticamente hablan de "periodos de emergencia", sin mencionar una sola vez la palabra guerra o agresión.

No podemos suponer que se trate del horror a esos términos. Se trata simplemente de ir un poco más lejos que en Río de Janeiro, ya que de acuerdo al Tratado de Asistencia Recíproca de 1947, para que *fuera considerado como que todos los Estados Americanos debían ayudar al Estado beligerante*, éste debía recibir el ataque en su territorio, si bien se había extendido el área virtualmente a cualquier lugar del mundo donde Norteamérica tuviera intereses.

Peró ahora, en cambio, no se hacía diferencia entre atacado o atacante, agredido o agresor; de ahí lo impreciso de la expresión "en casos de emergencia".

Como tenemos la obligación de ser claros y honestos, debemos evitar los rodeos. Estados Unidos envió cuantiosas observaciones al anteproyecto, de una sutileza en la modificación, que le permitía, con el agregado o la supresión de una palabra, modificar el sentido de un artículo.

De los ocho artículos de este capítulo sólo modificó el primero; ¡pero de qué forma!

El artículo 44 decía: *En caso de presentarse una situación de emergencia, como la que contempla el Capítulo XI de la carta de la Organización, los Estados, previa la Reunión de Consulta de sus Ministros de Relaciones Exteriores a que se refiere el mismo Capítulo, podrán declarar su movilización económica para fines de defensa común.*

A tal efecto, los Estados declaran que el mantenimiento de las actividades civiles y servicios públicos esenciales y el desarrollo económico de los países insuficientemente desarrollados, se consideran como elementos esenciales dentro del concepto total de la defensa del Continente Americano, sin desconocer que, ante la emergencia declarada, es deber primordial de los Estados promover el fortalecimiento de sus defensas.

Sabemos que no es fácil resistirse en las consultas de Ministros; sin embargo, quedaba una vía libre en el momento en que el pueblo realmente hubiera asumido el poder a través de sus representantes. Pero la modificación de los Estados Unidos —único país al que le interesa en América la sanción de cláusulas como éstas— elimina la consulta y lo hace de aplicación automática, ya que la cambiaba por:

Los Estados declaran que la movilización de sus recursos económicos y otros elementos de sus economías civiles en caso de una emergencia mayor, es de importancia en el interés del esfuerzo de la defensa común. Al mismo tiempo reconocen que las actividades civiles y los servicios públicos de carácter esencial son elementos dentro del concepto total de la defensa del Hemisferio Americano y deben ser apoyados.

Los Estados reconocen el valor de un intercambio previo de puntos de vista y de información para facilitar dicha movilización de emergencia. A este fin acuerdan que tales intercambios pueden ser llevados a cabo en forma bilateral

o multilateral, según sea apropiado, y que deben ser coordinados con los planes de defensa interamericana. (La negrita es nuestra.)

El carácter de obligación contractual que surge de estos párrafos es de tanta gravedad que ~~es~~ de comentarios o análisis.

Del resto de los artículos que tiene el referido capítulo, y para los cuales Estados Unidos no propone modificación, surgen estipulaciones que, en concreto, obligan a:

Art. 45. — Movilización económica controlando todas las operaciones comerciales y financieras.

- a) Aumentar la producción y/o transformación de materiales básicos y estratégicos, y para ello
- b) Conceder prioridades y licencias para obtener la maquinaria y elementos necesarios para el aumento de la producción y transporte de tales materiales básicos y estratégicos.
- c) Prestarse especial asistencia técnica y financiera, a fin de aumentar la producción, transformación y transporte de tales materiales básicos y estratégicos.

Art. 46. — Adoptar controles internos, incluyendo medidas correlativas, a fin de evitar tendencias de inflación que puedan dañar las relaciones económicas mutuas y el programa común de defensa. (Según el discurso inaugural del Ministro Krieger Vasena, la causa fundamental de la inflación es el aumento de salarios).

Art. 47. — Si la situación de emergencia hiciera indispensable la aplicación de asignaciones y prioridades, debería dársele ésta a la utilización de la producción para la defensa común, inclusive el sostenimiento de reserva de materiales estratégicos.

- a) Cuando se impongan asignaciones a la exportación, adoptar medidas eficaces para el cumplimiento de las mismas.
- b) Dejar librado al país importador (en este caso EE. UU.), la calificación de artículos en esenciales o no, y el control de su distribución.

Art. 48. — Aceptar en principio el precio fijado de productos importados (que pueden incluso ser indispensables para su contribución en la emergencia) los cuales si son tomados sin acuerdos mutuos pueden ser revisados después de su adopción. (Vale decir, tal vez nunca).

Art. 51. — Asegurar la disponibilidad y la utilización más eficaz del transporte nacional, al servicio de las necesidades interamericanas.

- a) Aceptar cuotas de transportes y de exportación interamericanas, no sólo tomando en cuenta el volumen del comercio, sino las peculiaridades de los productos y su importancia.
- b) Permitir que otro país realice ajustes para asegurar el movimiento de exportación de países proveedores, y la correlativa importación, así como la regulación de cuotas.

Se trata de obligaciones que subordinan integralmente la economía, la producción y el transporte, poniéndolos en pie de guerra (al servicio del país beligerante y no del propio), impidiendo cualquier planificación interna de protección al desarrollo, o que al menos, evitara el desarticulamiento de la economía nacional, creando grave peligro para la seguridad y la vida de sus habitantes, aun cuando no fueran llamados a combatir.

Cierto es que no se habla de bases militares, pero el artículo 47 establece que *...deberá observarse el sostenimiento de reservas adecuadas de materiales estratégicos*, especificando que se procederá así *ya afecten al consumo interno o su exportación*. No es difícil presumir que esas zonas podrían ser bloqueadas marítimamente o bombardeadas por aire, lo cual admitiría se custodiara por efectivos bélicos, con lo que se llegaría a lo mismo.

Por otra parte hemos esperado a que el lector conozca por sí el significado de este capítulo, para insistir sobre la falta de explicación del término "emergencia".

No habrá dejado de sorprender la reiteración de obligatoriedad y prioridad en la reserva, suministro y adquisición de materiales estratégicos. En esta categoría entran una serie de minerales de gran importancia para la industria tanto civil como militar, que no existen en cantidades ilimitadas. Las legislaciones nacionales de muchos países han prohibido su exportación, y otros la han con-

dicionado a permisos especiales, o como el nuestro, la han regulado.

Pero aprobado este código, la tensión en cualquier área del mundo podría llevar a declarar en América el estado de emergencia, con lo cual las leyes nacionales que prohibieran la salida de materiales estratégicos serían fácilmente modificadas en aras de los "comunes intereses" para la "defensa mutua".

Este intento no significaba ninguna innovación o improvisación en la política exterior norteamericana. Al contrario, es parte de una línea bien coherente y orgánica, que tiene en cuenta claros fines militares.

Ya desde junio de 1939 serias recomendaciones sobre compra y arriendo de materias almacenadas demostraban la orientación que la contienda bélica iba a acentuar.

El 6 de marzo de 1944 el Departamento de Municionamiento del Ejército y de la Marina de Estados Unidos, publicó una definición sobre materias estratégicas y críticas: *Materias estratégicas y críticas son todas aquellas que se requieren esencialmente en caso de guerra, y cuya obtención en cantidad y calidad adecuadas en un tiempo limitado, es completamente insegura, por lo que se impone la creación de remanentes de las mismas, con miras a cualquier contingencia.*

En marzo de 1945 se remitió al Congreso de la Unión, un decreto concerniente a las reservas, que fué aprobado por el Senado en julio de 1946. Desde la aprobación de lo que se llamó "Ley de Acumulación de Materiales Estratégicos y Críticos", se autorizaba al gobierno a mantener remanentes de esos materiales durante los próximos cinco años, por una asignación que fijaría posteriormente el Congreso.

A partir de ese momento la política exterior norteamericana estuvo orientada a conseguir la mayor acumulación de reservas, con vistas al aprovisionamiento para una futura contienda (11).

Esa política se refuerza cuando se aprueba en 1948 la "Ley de Ayuda al Extranjero", una de cuyas condiciones para recibir los beneficios estriba en que el país ayudado permita a Estados Unidos, y sus nacionales, la explotación y exportación de las materias primas que se encuentren entre las críticas o estratégicas (12).

La "Ley de Seguridad Mutua", sancionada en 1951, insiste en el otorgamiento de créditos para desarrollar e incrementar la explotación de materiales estratégicos o críticos. A toda esta legislación que se apoya en declaraciones y documentos del Pentágono le siguen los Pactos bilaterales de ayuda militar, que a lo largo de toda América latina anudan la obligación de facilitar la producción y exportación a los EE. UU. de las materias primas y materiales semielaborados que necesite ese país. (Aún sigue siendo un secreto para los argentinos el Pacto del Atlántico Sur, firmado por el gobierno provisional con Norteamérica).

A más de todo ello, oficialmente se recomendó la inversión de capitales en la producción minera de América del Sur, se financió la explotación de minas y se envió numerosas misiones técnicas que aconsejaron el incremento de la explotación de minerales estratégicos y críticos, con vistas a la exportación hacia Norteamérica (13).

Pese a todas estas leyes, estipulaciones y tratados, siempre quedaba la posibilidad de que un Estado mantuviera su negativa a entregar minerales tan esenciales para una economía de paz o de guerra; o al menos, puesto en la disyuntiva, tratara de obtener las mayores ventajas para su país. De aprobarse este capítulo, toda Latino América habría remachado las cadenas que lo sujetan a una política bélica de interés exclusivamente norteamericano.

El capítulo XI había sido objetado por México (que en las observaciones preliminares por escrito se limitó a eso), pidiendo la supresión total del mismo.

También Perú, pidió por escrito la supresión de tal capítulo, por no tener que figurar en un *Convenio Económico*.

Pese a ello, y a que la prensa en general lo ignoró, hubo una común resistencia a aceptarlo, por lo cual fué suprimido del Anteproyecto del Convenio, antes que se decidiera girar todos los antecedentes a la O. E. A. para un nuevo estudio.

Ello no quiere decir que la voluntad norteamericana hubiera cedido, o no estuviera empeñada en aprobarlo. La-

mentablemente hay antecedentes de su perseverancia en la prosecución de sus fines.

Por otra parte, para nuestro país, no era totalmente nueva la amenaza de "emergencia".

El semanario financiero "Economic Survey", editado en nuestro país y dedicado a la economía argentina, aunque con mentalidad norteamericana, ante la tensión existente en Medio Oriente derivada de la nacionalización del Canal de Suez, en su número 13 de noviembre de 1956, sugería que se estudiara la posibilidad de negociar con otros países el establecimiento de ciertos depósitos de materias primas y combustibles en nuestro país, *ya sea privadamente con los representantes habituales de las empresas en cuestión, ya sea oficialmente, con algunas garantías de que esas mercaderías podrían reexportarse en circunstancias que habría que definir más concretamente. A este objeto hasta podría crearse eventualmente una zona franca especial en nuestros puertos.*

También aconsejaba formar una especie de reserva estratégica y por supuesto, hablaba de "emergencia". (La negrita es del original).

Como se ve, esta avanzada que ha querido intentarse por medio de su inclusión en el Convenio Económico, no es excepcional, se trata de una cuestión seriamente estudiada por el imperialismo, para arrastrar a todo el continente al cumplimiento de sus fines bélicos. Afortunadamente la resistencia general predominó por esta vez.

Si bien este capítulo tenía una gravedad inusitada, no era el único que lesionaba la soberanía de los Estados Americanos.

VI. EL PROBLEMA DE LAS INVERSIONES

El capítulo V, de Inversiones, se redactó teniendo en cuenta las disposiciones del Convenio de Bogotá, arrastrándose también desde él la espinosa interpretación norteamericana de la supremacía del derecho internacional sobre las constituciones o legislaciones nacionales.

Este capítulo se dividió en Inversiones Públicas e Inversiones Privadas. Los 12 artículos originales quedaron limitados a 10, pero las reservas de México por un lado, con su tradicional posición, y de EE. UU. por el otro, dieron el voto negativo a 8 de los 10, con lo cual el capítulo quedó en punto muerto.

En el análisis se observaron dos políticas muy definidas. Una fué la de EE. UU., que se negó terminantemente a aceptar limitaciones a su política inversionista, votando en contra de los artículos 26, 28 y 29 en este capítulo. (En todos los casos se mantiene la numeración del Anteproyecto).

Art. 25. — Los Estados convienen en que al considerar o decidir acerca de las inversiones de capitales públicos en áreas extracontinentales, que tienen como fin incrementar la producción de artículos agropecuarios, materias primas y otros productos que se obtienen en los países americanos en condiciones económicas satisfactorias, tendrán en cuenta los posibles efectos adversos de esas inversiones en el desarrollo económico y en el comercio exterior de las Repúblicas Americanas.

A pesar de que se insiste permanentemente en la unión y la ayuda de los Estados Americanos, Estados Unidos, propuso que se eliminara este artículo porque el mismo limita la libertad para considerar por sus méritos, los préstamos a áreas fuera de América Latina.

Como se observará, en su texto no se limitan las inversiones privadas, (que siguen teniendo absoluta libertad), sino exclusivamente las inversiones de capitales públicos, lo cual quiere decir que el gobierno de Estados Unidos, no podría desarrollar en países extracontinentales explotaciones que compiten con aquellas de las cuales depende la estabilidad de países de este continente, al cual recurre y pide solidaridad y asistencia recíproca para una contienda bélica.

La negativa para aceptar esa lógica restricción demuestra en forma por demás indudable, que Estados Unidos no está dispuesto a renunciar a sus planes ni a limitar su política imperialista.

Así ni es un hecho aislado, ni se trata de un fenómeno natural, por ejemplo, que baje el cobre chileno por exceso de oferta. Se trata simplemente de que Estados Unidos

está incrementando la producción en Rhodesia, donde ha hecho importantes inversiones.

Los artículos 28 y 29 también merecieron la oposición de la delegación estadounidense.

El número 28 consta de una consideración general normativa, que es seguida por incisos. Como se observará, sin la primera parte el mismo carece de carácter, que es lo que quería lograr Norteamérica.

Art. 28.— *Los Estados reconocen el principio de derecho internacional según el cual la Constitución y las leyes nacionales, son soberanas y supremas en el territorio nacional. De acuerdo con este principio, las inversiones privadas extranjeras están sujetas a la Constitución y leyes de cada país, y a la jurisdicción de los tribunales nacionales. Dentro del principio anterior, los Estados convienen en orientar las políticas y medidas relativas a inversiones extranjeras, de acuerdo con los siguientes puntos:*

- a) *Los capitales extranjeros recibirán tratamiento equitativo y no se adoptarán medidas en virtud de las cuales, sean discriminadas injustificadas o irrazonablemente.*
- b) *No se adoptarán medidas sin justificación o razón válida que priven a los nacionales de otros países, de sus derechos de propiedad legalmente adquiridos, en empresas, capitales, especialidades, artes o tecnologías.*
- c) *Si se efectuara expropiación, ésta deberá estar acompañada del pago del justo precio, en forma oportuna, adecuada y efectiva.*

Al votar en contra de este artículo, la delegación estadounidense, declaró que su gobierno no puede aceptar porque afirma la supremacía de la legislación nacional sobre las normas del derecho internacional en relación con las inversiones.

El Art. 29, dice:

Los Estados reafirman su derecho de establecer dentro de un régimen de equidad y de garantías legales y judiciales efectivas:

- a) *Medidas para evitar que las inversiones extranjeras sean utilizadas directa o indirectamente como instrumento para intervenir en la política nacional o para perjudicar la seguridad, o los intereses fundamentales de los países que las reciben, y*
- b) *Normas relativas a la extensión, condiciones y términos en que se permitirá la inversión extranjera en el futuro.*

En este caso la delegación estadounidense votó en contra, porque su país cree que la afirmación de estos derechos es innecesaria, así como incompatible con el propósito general del Convenio, que es fomentar la inversión privada.

Vale decir, que para que la inversión privada no se retraiga, hay que cerrar los ojos y aceptar que si lo desea venga con espíritu intervencionista, ya que en última instancia dependerá de la elección de los gobiernos nacionales la política que se siga sobre nacionalizaciones futuras.

Dijimos que hubo dos políticas muy definidas: la de Norteamérica y la de México. Hay que señalar que este país salvó ampliamente la soberanía de los Estados Latinoamericanos, al no aceptar cláusulas que coartaran su política interna, ya fuera condicionando las nacionalizaciones, o discriminando excepciones a favor de los capitales extranjeros.

Votó en contra de los artículos 26, 27, 28 y 30, fundando la negativa entre otros, en los siguientes términos:

La delegación de México lamenta no poder dar su voto afirmativo a tales artículos. Considera, en efecto, que con excepción del párrafo primero del artículo 28 que merece su aprobación plena, los textos de dichos artículos, tal como se hallan redactados, están sujetos a las mismas reservas que la delegación de México se vio obligada a formular a los artículos correspondientes del Convenio Económico de Bogotá, por las razones expuestas al suscribirlo.

Dichas razones, reflejan la posición invariablemente sostenida por México sobre la materia en cuestión, o sea la igualdad de derechos del extranjero con el capital nacional.

Los textos de los artículos mencionados (a excepción del 28 que figura arriba), son los que siguen:

Art. 26.— *Los Estados reconocen que el estímulo de las inversiones internacionales de capitales privados, depende*

en gran parte de la medida en que se ofrezcan a los nacionales de otros países, oportunidades y condiciones de seguridad para sus inversiones.

Art. 27.— *Los Estados se darán mutuamente facilidades y estímulos apropiados para la inversión y reinversión de capitales extranjeros y no impondrán restricciones injustificadas para la transferencia de tales capitales y de sus ganancias.*

Art. 30.— *Cada Estado para estimular las inversiones privadas hechas con fines de fomento económico, procurará, dentro del marco de sus instituciones, liberalizar sus leyes de tributación, para reducir progresivamente y aún eliminar la doble tributación en lo que se refiere a las rentas procedentes del extranjero y evitar tributaciones discriminatorias e indebidamente gravosas, sin crear sin embargo vías internacionales de evasión fiscal.*

Como se observará, el aprobar cualquiera de estos artículos significa otorgar derechos y protección superiores a los capitales extranjeros que los que se otorga a los nacionales.

Dar el voto favorable al artículo 26, implicaba reconocer que a excepción de que se establezcan facilidades y seguridad especiales (que nos recuerdan demasiado a la garantía del rendimiento mínimo de fines del pasado y principios del presente siglo), las inversiones extranjeras no concurrirán a los mercados latinoamericanos por carecer de atractivos y garantías.

El artículo 27 apunta directamente a la transferencia de capitales y utilidades, que ya en los últimos años comenzó a ser limitada, mediante el control de cambios u otras restricciones, por muchos países de América Latina, como forma de evitar serios desequilibrios en la balanza de pagos.

Durante el año 1950 la entrada de capital estadounidense a América Latina, fué de 194 millones de dólares, contra utilidades netas, derivadas de las inversiones de esa bandera, de 748 millones; y en 1952, contra una entrada de capitales de 336 millones, hubo una utilidad neta de 672 millones de dólares (14).

Como se comprenderá, de seguir el ritmo de utilidades y entrada de capital de los años citados, sin reglamentar las transferencias, ya no alcanzarían los siempre difíciles superávits de la balanza comercial para pagar los saldos de esas cuentas.

El artículo 30 trata el problema de la doble tributación, que desde hace muchos años es objeto de negociaciones, sin resultados muy apreciables.

Generalmente se reconoce como un serio inconveniente para la mayor afluencia de capitales privados estadounidenses hacia Latinoamérica, el hecho de que exista una doble tributación por parte del gobierno de Estados Unidos y del Estado que recibe la inversión.

El gobierno de Estados Unidos aplica un impuesto del 52% sobre las utilidades que sean superiores a 25,000 dólares, de las sociedades anónimas corrientes, cualquiera sea la fuente de las mismas. Las utilidades netas de las subsidiarias extranjeras de las corporaciones estadounidenses, pagan solamente impuestos en la extensión en que el ingreso es transferido a la compañía madre, pero las utilidades netas de las sucursales extranjeras, de las corporaciones estadounidenses, están afectadas al impuesto, sean las utilidades transferidas o no (15).

Cualquier tipo de sociedad puede descontar las cantidades pagadas por concepto de impuesto a la renta, en el país en que está radicada la inversión, del importe tributario que deberían pagar en Norteamérica, en concepto de impuesto federal sobre la renta.

Los impuestos a los réditos pagados por los capitales estadounidenses invertidos en América Latina, durante el año 1955, fueron de 661 millones de dólares (16).

Los países latinoamericanos que estarían deseosos de atraer capitales, se ven desalentados en su rebaja del régimen tributario, porque a pesar de que se aconseja como medio de fomentar las inversiones extranjeras tal sistema, resulta al fin inoperante, dado que si se reducen los impuestos pagados en el Estado donde esté localizada la inversión, las corporaciones norteamericanas deberán pagar un impuesto más alto al gobierno estadounidense.

Si bien es cierto que es ínfimo el número de personas

o sociedades radicadas en América Latina que obtienen ingresos por explotaciones o inversiones en comercios e industrias en los EE. UU. (no nos referimos a los depósitos bancarios), hay que señalar que las utilidades recibidas no se gravan por parte del gobierno latinoamericano donde se transfiera esa utilidad, por lo cual, aun dejando de lado la proporción, no puede aplicarse el principio de la reciprocidad.

Vale la pena volver a leer con atención el párrafo transcrito sobre el régimen tributario estadounidense. De ahí surge claramente la ventaja impositiva de la subsidiaria sobre la sucursal, para las corporaciones norteamericanas que operan en el extranjero.

Agreguemos a esto que las corporaciones norteamericanas pueden deducir cuotas de amortización del impuesto por concepto de agotamiento de las reservas de minerales en posesión de sus sucursales en el extranjero, lo que no se aplica a las subsidiarias.

De lo antedicho parecería desprenderse un fuerte contrasentido que sin embargo tiene fácil explicación. La ventaja de la subsidiaria sobre la sucursal tiene coherencia dentro del programa general de exportación de manufacturas y bienes industriales, que, por exigencias legales de ciertos países, deben tener un aditamento nacional. Por otra parte, las inversiones de tipo colonial no ofrecen las mismas posibilidades en países en vías de desarrollo con incipiente industria; aquí el papel de la subsidiaria asegura la continuidad absoluta de la producción que se quebraría de otra forma.

En cuanto a la única superioridad de la sucursal sobre la subsidiaria, está visto que sólo es aplicable en el caso de que el agotamiento de las reservas de minerales implique la corriente de explotación primaria, y no para facilitar la expansión del desarrollo general del país donde está radicada.

Subrayo lo anterior para demostrar que es normal y casi permanente en la legislación estadounidense responder a una *planificación* deliberada, que niega la "natural" inclinación de la inversión privada a cierto tipo de actividades.

Vale la pena también hacer hincapié en el hecho de que con las referidas leyes tributarias norteamericanas las repúblicas de Latino América no pueden realizar una selección favoreciendo la radicación de aquellas inversiones que más les interesen, por medio de la discriminación impositiva.

En la Conferencia de Ministros de Hacienda celebrada en Río de Janeiro en 1954, el Secretario del Tesoro de Estados Unidos, Mr. Humphrey, declaró que se iniciaría una serie de tratados especiales sobre tributación, por los cuales ese país reconocería durante un período dado créditos equivalentes a las concesiones tributarias que otros países otorgaran a empresas de esa bandera, con el fin de incrementar las inversiones. Pero a pesar de haberse iniciado las negociaciones aún no se han concretado acuerdos especiales.

El voto negativo de México para este artículo 30, fué acompañado por la abstención de Uruguay, quien también había explicado su voto afirmativo para el artículo 26, en el sentido de entender que no se harían discriminaciones con ningún país.

Chile se había abstenido de votar en el artículo 28. Éstas fueron las únicas excepciones a la general aprobación del resto de los países a los artículos que formaban el capítulo de inversiones.

Respecto de la Argentina, había antecedentes que comprometían de antemano la continuidad de una posición, ya que la delegación de nuestro país en 1948, durante la Conferencia de Bogotá, había hecho reservas, entre otros, al artículo 25 de aquel convenio, que en esta conferencia llevaba el número 28. Sin embargo, nuestra delegación no hizo objeciones a ninguno de los artículos mencionados, a pesar de que significaban el desconocimiento de los derechos del país frente a los privilegios pretendidos para los inversores extranjeros.

Claro está que en estos momentos Argentina tiene en sus gobernantes provisionales los más fervorosos propagandistas de las inversiones extranjeras, con la ventaja aún para éstas de que desde las altas funciones que esos mandatarios ejercen, no sólo no abrigan temores, sino que intentan desvirtuar los de la opinión pública, acusando de mentalidad totalitaria a quienes pretenden dejar a salvo los derechos soberanos de la nación.

No se trata de inculpar a tal o cual funcionario, ya que el ataque para vencer las resistencias nacionales es sincronizado y tumultuoso.

Pero a esta altura de nuestro desarrollo cultural y económico, sólo por ignorancia que no aceptamos o por intereses inconfesables, puede pretenderse presentar el subyugante espectáculo de un armónico crecimiento industrial y agrario al servicio del pueblo como resultante de los benefactores inversores que nos entregarían sin otro móvil que la ganancia legítima, las plantas industriales, las usinas, material petrolífero y cuantos bienes de capital requiere la creación de una industria pesada, que utilice su propio petróleo, carbón, electricidad y acero, mientras la mecanización agraria permite incrementar la producción como para abastecer a todo el "Mundo Libre" que cesaría por milagro en su política de excedentes.

Pero seamos realistas: el problema de las inversiones está demasiado unido al imperialismo, para poder desintegrarlo, y es demasiado conocido como para que nadie pueda engañarse.

Si hasta la segunda guerra mundial se podía afirmar que los capitales exportados de las metrópolis tenían por objeto mantener la alta tasa de ganancias, conquistar nuevos mercados y proveerles de materias primas alimentarias y minerales, luego del conflicto bélico las finalidades estratégicas tienen prioridad sobre los otros móviles, por supuesto que sin abandonarlos.

Pero aún así, es necesario observar aunque sea muy brevemente cuántas son y cómo se distribuyen las inversiones directas norteamericanas (17) en América Latina.

CUADRO N° 2
Valor de las inversiones directas de los Estados Unidos, por países — 1929 - 1955
(millones de dólares)

Países	1929	1936	1943 (a)	1946	1949	1950	1951	1952	1953	1954	1955
América Latina, Total	3,462	2,803	2,721	3,045	4,590	4,735	5,176	5,758	6,034	6,244	6,556
Argentina	332	348	380	202	329	356	365	393	406	424	446
Bolivia	62	18	13	9	10	11	11	11	10	10	11
Brasil	194	194	233	323	588	644	803	1,013	1,017	1,049	1,167
Chile	423	484	328	485	518	540	583	623	657	633	636
Colombia	124	108	117	189	194	193	205	232	233	260	272
Costa Rica	22	13	30	45	57	60	61	61	62	60	61
Cuba	919	666	526	553	619	642	672	686	686	713	723
República Dominicana	69	41	71	70	162	106	123	123	120	136	134
Ecuador	12	5	11	13	16	14	14	14	17	20	25
El Salvador	29	17	15	16	19	19	20	21	22	23	24
Guatemala	70	50	87	91	104	106	106	108	102	100	103
Haití	14	10	14	10	14	13	14	15	15	16	18
Honduras	71	36	37	38	60	62	78	81	98	101	101
México	682	480	286	316	374	414	471	490	514	524	599
Nicaragua	13	5	4	6	9	(b)	(b)	(b)	(b)	(b)	(b)
Panamá	29	27	110	61	337	348	373	383	407	436	479
Perú	124	96	71	131	148	145	203	242	287	283	301
Paraguay						(b)	(b)	(b)	(b)	(b)	(b)
Uruguay	41	19	15	42	55	56	67	71	74	73	74
Venezuela	232	186	373	444	1,036	993	992	1,174	1,291	1,366	1,424
Otros países						13	15	17	16	18	19

(a) Mayo de 1943. - Todas las otras cifras corresponden a fines de año. Basado en una investigación del Departamento del Tesoro de los EE. UU., y por consiguiente no necesariamente comparable con los datos del Departamento de Comercio.

(b) Incluido con otros países. Fuentes: Inversiones Extranjeras — Organización Estados Americanos, 1957.

No debe creerse que todo lo que aparece como inversión es capital extranjero ingresado al país; las utilidades no transferidas se reinvierten quedando como capitales de ese carácter (en este caso estadounidense), lo cual genera a su vez nuevas ganancias y abulta artificialmente la cifra del capital foráneo. H. W. Singer, miembro de la Secretaría de las Naciones Unidas, en una ponencia sobre "Distribución de las Ganancias entre los Países Inversores y los Deudores", demuestra que los países

exportadores de capital recuperan varias veces sus inversiones, mientras las naciones subdesarrolladas que las reciben poco obtienen de beneficio con ellas y hasta pueden resultarles positivamente nocivas (18).

Sobre el total que hemos visto de 6.556 millones de dólares en inversiones directas, algo más del 27 %, 1.779 millones, consisten en inversiones petroleras; el 16 % corresponde a explotaciones mineras; el 21 % a manufacturas, según se ve en el siguiente cuadro:

CUADRO N° 3
Valor de las inversiones directas de los Estados Unidos en América Latina, 1955, por país y por grupo de industria
(En millones de dólares)

Países	Total	Minería y Fundición	Petróleo	Manufacturas	Servicios de utilidad pública	Comercio	Otras Industrias
Total	6,556	1,922	1,779	1,366	1,132	440	817
Argentina	446	(a)	(a)	230	69	45	28
Bolivia	11	3	4	(a)	1	3	(a)
Brasil	1,107	(a)	186	563	158	137	(a)
Chile	636	404	(a)	37	(a)	11	8
Colombia	272	(a)	105	60	35	40	(a)
Costa Rica	61	—	6	(a)	11	(a)	(a)
Cuba	723	(a)	(a)	54	305	31	293
República Dominicana	134	6	(a)	13	5	2	103
Ecuador	25	—	(a)	(a)	6	(a)	8
El Salvador	24	(a)	6	(a)	17	1	-1
Guatemala	103	(a)	6	(a)	73	(a)	(a)
Haití	18	(b)	(a)	(a)	3	(a)	9
Honduras	101	(a)	(a)	(a)	12	(a)	(a)
México	599	153	13	269	91	55	18
Panamá	479	—	251	5	154	17	52
Perú	301	193	(a)	23	(a)	27	30
Uruguay	74	—	4	36	2	10	22
Venezuela	1,424	(a)	1,056	59	18	55	(a)
Otros países	19	(b)	7	7	1	1	(a)

(a) Incluido en el total.
(b) Menos de 500.000 dólares.

Fuentes: Inversiones Extranjeras — Organización Estados Americanos, Año 1957.

Para el año 1955 las utilidades obtenidas en toda América Latina, ascienden a 910 millones de dólares, lo cual da una rentabilidad total del 15 %, pero discriminado por rubros de inversión, ofrece para las efectuadas en petróleo una utilidad de 483 millones que representa el 35 %; para las inversiones en minería y fundición aproximadamente un 12 %, y para manufacturas y otros rubros, un 8 % término medio, según se detalla en el cuadro siguiente: (volver a observar las inversiones del cuadro anterior).

CUADRO N° 4

Utilidades recibidas en inversiones directas estado unidenses en América Latina, 1946-1955, por industria

(En millones de dólares)

Año	Total de todas las industrias	Minería y Fundición	Petróleo	Manufacturas	Otras Industrias
1946	347	39	112	67	129
1947	521	64	188	106	163
1948	672	85	301	113	173
1949	475	51	203	96	125
1950	631	71	281	109	170
1951	901	105	415	172	209
1952	902	97	445	159	200
1953	722	43	396	118	165
1954	715	69	362	117	167
1955	910	121	483	119	187

Fuente: Inversiones Extranjeras — Organización Estados Americanos. Año 1957.

¿Puede esperarse de esas inversiones en campos de producción tan limitados, un desarrollo integral y desinteresado?

Resulta demasiado evidente el desarrollo unilateral y como a manchones, que impulsan en los países de la periferia. Se va produciendo una deformación y a medida que se origina una pasajera prosperidad en las zonas interesadas, otras sufren un aletargamiento, siendo posible que subsistan como economías primitivas. En contraposición, el desarrollo de los sectores económicos amparados, permite una prosperidad que la hace avanzar en su desarrollo y asegurar una estabilidad propicia para mantener una producción permanente necesaria, en los mercados consumidores (19).

Destinados casi siempre a actividades relacionadas con la exportación, desarrollan industrias subsidiarias que no sirven a planes nacionales, sin que pueda aducirse que favorecen cuantitativa ni cualitativamente a la población obrera, ya que casi siempre se sirven de la baratura de su mano de obra. Tomemos un país como Venezuela; el petróleo representa el 90 % de sus exportaciones, pero da trabajo solamente al 2 % de su fuerza obrera (20).

Además, aunque aquí no ha de analizarse, no se puede olvidar la incidencia que tiene en la balanza de pagos la transferencia de utilidades y amortización de capital. (En América Latina durante el año 1955 ingresaron como inversiones directas de los EE. UU., 312 millones de dólares, mientras las utilidades totales, según se observa en el Cuadro N° 4, totalizaron 910 millones de dólares).

Hay que considerar fundamentalmente con relación a nuestro país, el déficit en la balanza comercial, que en el actual y pasado año hemos tenido, y que posiblemente arrastraremos al próximo, amén de las deudas internacionales que las "libertadoras" gestiones financieras del actual gobierno han volcado sobre el futuro argentino.

VII. LAS INVERSIONES PUBLICAS

El capítulo anterior demuestra claramente la imposibilidad de "un crecimiento equilibrado", o una "diversificación total de las economías internas", por medio exclusivo de la inversión privada.

Al margen de la planeación gubernamental que pueda orientar el ahorro nacional, el crecimiento de la tasa de acumulación puede ser excesivamente lento, debido a una muy fuerte propensión al consumo, o lo reducido del mer-

cado, no ofrecer estímulo a la inversión privada, con lo cual el papel que juegan las finanzas públicas adquiere particular relevancia. La distribución interna de la riqueza e ingresos sumamente desproporcionada, sumada a la tendencia de las oligarquías nativas latifundistas y monopolizadoras de la producción a copiar formas de vida económicamente superiores, desvía una parte considerable del ahorro, que en América Latina debería destinarse a la formación de capital.

El ahorro forzoso practicado por el Estado en cualquiera de las formas conocidas, difícilmente puede aplicarse con resultados apreciables en aquellos países subdesarrollados donde la magnitud de las necesidades excede en mucho las posibilidades del ingreso nacional (20 bis).

De ahí que las instituciones financieras públicas sean una fuente a la que se recurre como medio de financiar planes de desarrollo que de otro modo no sería fácil incrementar.

Aquí es donde la cooperación económica por un lado, y la acción del Panamericanismo por otro, podrían realizar una acción que tendiera a eliminar los abruptos desniveles en los procesos de desarrollo de las economías nacionales.

Dichas instituciones financieras cuentan con la adhesión de todas las repúblicas del continente; sin embargo, como se expresa en cuanta reunión continental o internacional se realiza, el aporte que las mismas reciben dista mucho de ser considerable.

No fué ocasional que en la reciente Conferencia Económica diversas delegaciones señalaran que estando tan estrechamente unidos el capital y la técnica, se hacía imprescindible revisar las bases del funcionamiento de las instituciones internacionales de crédito, señalando que la inadecuada asistencia prestada por esas instituciones ha provocado justas aprensiones y la búsqueda de soluciones alternativas (21).

Se insistió en que era indispensable crear un Banco Interamericano de Crédito que facilite los préstamos a América Latina, ya que las instituciones existentes, prestan dinero para planes de desarrollo de instalaciones eléctricas, ferroviarias y existentes, y que por el contrario, es muy difícil lograrlo para planes de incrementación industrial o de diversificación de producción agrícola. Asimismo se señaló: Que América Latina tiene depositados en los Bancos de Estados Unidos, de 4.200 a 4.500 millones de dólares, que pueden ser usados para fomentar el desarrollo de estos países (22).

Se propuso en concreto, se creara una Institución Bancaria Latinoamericana, o Interamericana, pero que recemplazara a los Bancos de enormes capitales, donde es difícil conseguir un crédito, y donde éstos sólo se obtienen en divisas extranjeras.

La representación estadounidense se opuso a tal iniciativa, sosteniendo que a Norteamérica no le interesan los préstamos que no se efectúan en dólares, paralizando el proyecto que seguirá indefinidamente en vías de estudio.

El presidente del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, Samuel Waugh, declaró que tal Banco no era necesario, puesto que había instituciones internacionales, a más del Banco de Importación y Exportación, dedicadas a ese fin, siempre que los proyectos para los que se solicitaba el préstamo no fueran factibles de realizar por la inversión privada.

Pero veamos en qué medida los préstamos de las instituciones ya existentes, pueden financiar el desarrollo económico de los países subdesarrollados.

El Banco de Importación y Exportación (dependiente del Departamento de Estado, y cuyo Secretario es Director del Consejo de Administración (23)), prestó desde la fecha de su creación a comienzos de la década del 30, hasta diciembre de 1956, a toda América Latina, 1.273 millones de dólares, distribuidos de tal modo que, a excepción del Brasil, que recibió 618 millones (de los cuales 300 fueron para cubrir el déficit de su balanza de pagos), sólo Argentina con 101 millones, Chile con 100 y México con 197 millones de dólares, tienen préstamos superiores a los 40 millones de dólares en total, según puede observarse en el cuadro siguiente:

CUADRO N° 5

BANCO DE EXPORTACION E IMPORTACION. PRESTAMOS A AMERICA LATINA POR PAIS Y POR FINALIDAD DESDE EL COMIENZO DE SUS OPERACIONES HASTA DICIEMBRE DE 1956
(En millones de dólares)

País	Todas las finalidades	Fuerzas hidroeléctricas y obras hidráulicas	Transportes y comunicaciones				Maquinaria agric.	Equipo minero	Industrias			Balanza de pagos	Varios
			Total	Ferrocarriles	Carreteras	Otros			Total	Fundic. de acero	Otros		
Total													
América Latina:	1,273.2	158.3	299.9	160.7	88.3	50.9	67.1	75.9	266.2	153.5	112.9	396.5	9.2
Argentina (a)	101.7	—	0.2	—	—	0.2	—	5.0	—	—	—	96.5	—
Bolivia	41.7	—	33.2	—	33.0	0.2	—	8.5	—	—	—	—	—
Brasil	618.7	44.6	94.3	48.0	—	46.3	21.2	35.3	122.1	72.2	49.9	300.0	1.1
Chile	100.0	—	9.6	7.8	1.8	—	—	0.6	89.8	58.0	31.8	—	—
Colombia	56.7	2.7	27.7	4.6	22.5	0.6	16.7	—	4.3	0.1	4.2	—	5.4
Costa Rica	12.2	3.5	8.7	—	7.8	0.9	—	—	—	—	—	—	—
Cuba	16.0	16.0	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
República Dominicana	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Ecuador	35.7	13.7	22.0	1.5	17.9	2.6	—	—	—	—	—	—	—
El Salvador	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Guatemala	1.7	—	—	—	—	—	0.1	0.5	1.1	—	1.1	—	—
Haití	28.8	—	—	—	—	—	28.8	—	—	—	—	—	—
Honduras	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
México	197.6	53.4	94.6	94.6	—	—	—	3.5	44.6	23.2	21.4	—	1.4
Nicaragua	0.7	0.6	—	—	—	—	0.1	—	—	—	—	—	—
Panamá	1.5	—	—	—	—	—	—	—	1.5	—	1.5	—	—
Paraguay	3.1	—	3.1	—	3.0	0.1	—	—	—	—	—	—	—
Perú	26.2	0.6	1.6	1.6	—	—	0.1	22.5	0.1	—	0.1	—	1.3
Uruguay	16.9	12.0	4.9	2.6	2.3	—	—	—	—	—	—	—	—
Venezuela	13.5	11.2	—	—	—	—	—	—	2.3	—	—	—	—
No asignado	0.4	—	—	—	—	—	—	—	0.4	—	0.4	—	—

(a) Como se observa, Argentina recibió de préstamo en total 101.706.000 dólares. De esa suma, se aplicaron 96.500.000 dólares a subsanar el déficit de la balanza de pagos. Los 5 millones de dólares restantes que figuran en el rubro "equipo minero", fueron asignados directamente a una empresa norteamericana que explota minas de tungsteno (que exporta a EE. UU.) llamada "Sominar S. A.", operando en las provincias de Córdoba y San Luis.

Fuente: Banco de Exportación e Importación. Año 1957.

Otra Institución financiera pública, a la cual se adhirió recientemente Argentina, es el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Desde 1946 en que comenzó sus operaciones, hasta junio de 1956, ha prestado real-

mente (es decir desembolsos efectuados, no solamente concedidos), en total 440 millones de dólares, lo cual según se observa hace un promedio para toda América Latina por año, de 48.900.000 dólares (24).

CUADRO N° 6

DESEMBOLSOS EFECTUADOS POR EL BANCO INTERNACIONAL DE RECONSTRUCCION Y FOMENTO, EN PRESTAMOS A AMERICA LATINA, DESDE 1946 A JUNIO 1956
(En millones de dólares)

Año	Total	Brasil	Chile	Colomb.	Ecuador	El Salv.	Guat.	Haití	Hond.	México	Nicar.	Pan.	Parag.	Perú	Urug.
1948	16.0	—	16.0	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
1949	116.5	75.0	—	4.9	—	12.5	—	—	—	24.1	—	—	—	—	—
1950	80.5	14.9	—	6.1	—	—	—	—	—	26.5	—	—	—	—	33.0
1951	42.0	15.0	0.9	18.9	—	—	—	—	—	—	4.5	—	2.7	—	—
1952	46.7	9.4	—	11.1	—	—	—	—	—	22.6	—	—	—	3.6	—
1953	45.1	22.8	6.7	12.5	—	—	—	—	—	—	2.4	0.7	—	—	—
1954	72.2	18.8	—	5.0	1.9	3.8	—	—	—	40.0	1.1	—	—	1.6	—
1955	21.5	—	—	1.7	—	—	4.8	—	0.1	—	—	1.5	—	11.7	1.7
1956	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
1946/56	440.4	155.9	23.6	60.2	1.9	16.3	4.8	—	0.1	113.2	8.0	2.2	2.7	16.9	34.7
Promedio de los 9 años	48.9														

Fuente: Inversiones Extranjeras — Organización Estados Americanos. Año 1957.

Como fuera de estas instituciones los EE. UU. realizan una política de otorgamiento de préstamos y créditos para

"ayudar a los países de escaso desarrollo" es interesante consignar lo concedido por tales conceptos y su destino.

CUADRO N° 7

PRESTAMOS Y OTROS CREDITOS, APARTE DE LOS DEL BANCO DE EXPORTACION, OTORGADOS POR LOS ESTADOS UNIDOS A AMERICA LATINA, DESDE EL 1° DE JULIO DE 1940 HASTA EL 30 DE JUNIO DE 1956

(En millones de dólares)

Programa de Seguridad Mutua	6.8
Seguridad Mutua dentro de la ley de desarrollo y ayuda al Comercio Agrícola	2.7
Ventas de excedentes en el Exterior	13.2
Ventas de excedentes en Estados Unidos	0.2
Ventas de barcos mercantes	11.5
Denaciones convertidas en Créditos	2.1
Crédito de Préstamo y Ayuda	108.5
Fomento de la Movilización de Defensa	15.0
Instituto de Asuntos Interamericanos	0.2
Corporación Financiera de Reconstrucción	2.6
Total	162.8

Fuente: Inversiones Extranjeras — Organización Estados Americanos. Año 1957.

La exigüidad de los créditos y préstamos del cuadro anterior es tal, que en los quince años en que se han otorgado para toda Latino América, ofrece una cifra tan reducida que no alcanzaría aún a un solo país, durante un solo año, para financiar un plan restringido de desarrollo económico.

Dividida tal ayuda por cada uno de los quince años en que se repartió significa para toda América Latina, por año, la infima suma de 10 millones 853 mil dólares.

Ya hemos visto al comienzo de este trabajo, que sumados todos los préstamos, créditos y toda otra clase de ayuda otorgada, distribuidos equitativamente entre las 20 repúblicas, corresponde a cada una solamente 93.800.000 dólares, pero no por año, sino desde el día en que tales planes de ayuda comenzaron a aplicarse, es decir, desde 1940.

¿De dónde van a venir entonces esos indiscriminados capitales a revertir milagrosamente el proceso económico nacional? (a).

Ya hemos visto cómo Estados Unidos mantiene —además de la bolsa apretada— su posición supranacional para juzgar lo que se relaciona con los capitales de su bandera. Aparte de sus ya conocidas posiciones, la actitud de su delegación en la Conferencia Económica lo demuestra con creces.

VIII. EL DETERIORO DE LOS PRECIOS Y LOS EXCEDENTES

Dijimos al comienzo que uno de los más serios problemas que preocupan a las delegaciones de muchos países era el deterioro de los precios de sus productos primarios, de los cuales muchos son monoprodutores.

Este es un problema de tal magnitud, que lleva a decir al Estudio Económico para América Latina: *Durante el año 1955, los ingresos en dólares por concepto de exportaciones de los seis principales productos —algodón, azúcar, cacao, café, lanas y trigo—, llegaron sólo a 3.016 millones de dólares, lo cual supuso una disminución del 21,2% en relación con los del año anterior. Esta menor entrada de divisas adquiere mayor significación si se considera que el volumen físico exportado de esos seis productos aumentó el 8,4%.*

No supone ninguna novedad señalar la correlación que existe para los países de América Latina entre las exportaciones de materias primas y sus precios, y la importación de manufacturas o bienes de capital, ya que al obtener saldo favorable en la balanza comercial será posible adquirir mayor cantidad de elementos industriales con los cuales todo el conjunto de la economía habrá de beneficiarse.

Esto es sólo válido para los países subdesarrollados, ya que no incide en absoluto en el comercio exterior practicado por las grandes metrópolis. El hecho de que Argentina, por ejemplo, adquiera mayor cantidad de bienes en Estados Unidos, no implica que también exportará mayor cantidad de productos con rumbo a Norteamérica, aunque si fuera a la inversa existiría reciprocidad.

El comercio exterior es otra de las formas de dependencia por la cual los mercados imperialistas traban y detienen el desarrollo, originando en las zonas llamadas de periferia períodos de crisis totalmente artificiales.

Para demostrar el desequilibrio impreso por el centro a la periferia, dice Julio Oyhanarte: *Al aumentar 1% el ingreso por habitante en EE.UU. las importaciones de materias primas crecen en un 0,66%; mientras tanto una elevación de 1% en el ingreso por habitante de América Latina, hace subir la demanda de artículos industriales en 1,58% (25).*

Como la colocación de muchos de estos productos primarios se rige por Convenios o Consejos Internacionales (controlados por los países del llamado "centro") la situación de aquellas naciones que dependen fundamentalmente de la colocación de sus exportaciones, al estancarse la demanda internacional, comenzó a ser motivo de serias preocupaciones. Ante la acumulación de excedentes durante el año 1955, Cuba vendió fuera de convenio a la U.R.S.S. 568.000 toneladas de azúcar (26), lo que a no dudarlo está ligado en línea recta con la ayuda prestada por Estados Unidos a los revolucionarios que luchan contra el gobierno "fuerte" de Batista, (quien llegó al poder por la ayuda norteamericana).

Durante el año 1955 el descenso de los precios de los productos agrícolas en el mercado internacional, provocó un serio desequilibrio en las economías agrarias, agravándose para el trigo y azúcar, cuyo volumen había comenzado a bajar en 1953.

La caída de 1955 en relación a 1954, osciló en un 2,3% para el trigo, 3,9% para el algodón, 7,9% para lana, 4% azúcar, 27,3% café y 35,2% para el cacao.

Sin embargo la acumulación de excedentes no alcanzó el grado temido, debido a que en Brasil se perdieron alrededor de 5 millones de bolsas de café por las heladas, a que en Argentina las malas condiciones climatológicas redujeron la producción de trigo, y a que los cultivos de azúcar y algodón fueron limitados.

Para contrarrestar el equilibrio interno de los precios, casi todos los gobiernos establecen precios mínimos a los agricultores, entregan subsidios para determinados cultivos y compran las cosechas por cuenta del Estado.

A fin de colocar sus productos en el mercado internacional, además de la reducción de los precios, los países del continente han recurrido a los convenios bilaterales en mayor medida, así como a la devaluación parcial de sus tipos de cambio.

Es lógico aceptar que cualquier gobierno trate de impedir la acumulación de stocks de productos perecederos, pero el programa de colocación de excedentes de los Estados Unidos ha provocado reacciones desfavorables aún en los sectores más insospechados.

El Informe Económico de la CEPAL recientemente citado, dice: *...debe subrayarse la creciente competencia que el programa de liquidación de excedentes de los EE.UU. viene ejerciendo sobre la comercialización de las disponibilidades exportables de trigo en América Latina... Ya se hace sentir la influencia perjudicial que el elevado volumen de ventas y las extraordinarias facilidades otorgadas para su pago, han tenido sobre la demanda de los trigos argentino y uruguayo... En un futuro próximo se prevén mayores repercusiones no sólo en la demanda de los países que se beneficiaron con esta clase de transacciones, sino también en los sistemas de transporte que sirven el intercambio normal de productos entre los países latinoamericanos.*

(a) En momentos de entregar este trabajo, luego de una humillante solicitud del Presidente del Banco de la Nación Argentina, ayudado por el Embajador de nuestro país, ante la Banca estadounidense, a la cual hubo que anticipar la regresiva reforma bancaria y promover "absoluta libertad para la empresa privada", se otorgó a Argentina un crédito privado de 27 millones de dólares que habrá que devolver en el plazo de 12 meses.

Estos términos no son exclusivamente destinados al trigo, ya que, como luego se verá, el programa de excedentes comprende muchos otros productos; tal vez los países productores de algodón sean los más inmediatamente amenazados, puesto que la progresiva competencia de los Estados Unidos, lleva a decir al mencionado informe que: *Tamaño competencia, presenta un oscuro panorama a la producción algodonera latinoamericana.*

La aplicación del programa y los sistemas utilizados para la colocación de excedentes en el exterior, no sólo encontró reacciones desfavorables entre los países afectados por tal política, sino que el informe Francis, presentado al Presidente de los EE. UU. en mayo de 1956 (27), también aconsejaba mucha cautela en la realización del mismo. Por el contrario, el Congreso fué terminante al ordenar al Ejecutivo colocar los excedentes lo más pronto posible y a cualquier costo.

Vale la pena detenerse sobre la contradicción que entraña ese tipo de presiones.

El Congreso norteamericano responde directamente a los intereses de sectores disímiles, y el equilibrio que obtiene (incluso sobre las pasiones localistas) a costa de grandes esfuerzos le permite retardar el afloramiento de las contradicciones de un sistema capitalista tan altamente desarrollado.

Mientras los trust industriales, enormemente centralizados, preconizan la libre competencia, seguros de protegerse y entenderse por medio de acuerdos, fáciles de imponer en el mercado internacional, los productores agrarios exigen la protección estatal y la estabilidad de los precios.

El contribuyente medio también se queja del excesivo monto de las subvenciones a la agricultura, y aunque fuera más práctico abandonar los planes de producción agrícola, el gobierno estadounidense no puede seguir otorgando bonificaciones a la reducción de superficies sembradas, por los fuertes intereses que juegan en sentido opuesto.

De ahí que no se trata, como alguien podría suponer, de la buena o mala voluntad del jefe de estado, sino de las fuerzas que se contraponen, aún por encima de los intereses nacionales y los planes internacionales.

El Banco de Exportación e Importación, fué encargado de financiar el programa de excedentes, y el 11 de setiembre de 1956, adoptó definitivamente el plan de otorgamiento de créditos para acelerar la ayuda a la colocación de los mismos.

Las disposiciones legislativas que se adoptaron comprenden cuatro formas: 1) ventas con subsidios pagados en dólares; 2) trueque; 3) ventas pagaderas en monedas nacionales del país que lo recibe, y 4) donaciones. Este programa de disposición de excedentes se aplicó a más del 42 % de las exportaciones totales de la cosecha agrícola 1954-1955.

El valor total de la exportación del año agrícola citado ha sido de 3.143 millones de dólares, siendo el tonelaje colocado bajo alguno de los rubros de ayuda a la colocación de excedentes de 1.343 millones, de una lista de productos que puede ser modificada previa consulta al Departamento de Agricultura y que comprende: trigo, cebada, queso, maíz, algodón, frijoles, sorgo en grano, avena, arroz, resina, centeno, tabaco, trementina, aceites vegetales, carne congelada y leche desecada.

A raíz de esta política que afecta a casi todos los países productores de Latinoamérica con algún producto, Argentina perdió dos mercados tradicionales: Brasil y Chile.

Este último país firmó el primer convenio en 1955, para la colocación de semilla de trigo y aceite de algodón, pagadero en moneda nacional, incluido el flete de los mismos, por un total de 5 millones de dólares (a).

En marzo de 1956 se firmó el segundo convenio, que agregó a los anteriores productos: grasa comestible, manteca de cerdo, leche desecada, carne congelada, semilla

ferrajera, algodón, tabaco, y el flete marítimo, por un total de 34.600.000 dólares.

El convenio firmado con Brasil por 100 millones de dólares pagaderos en cruzeiros para trigo es de mayores consecuencias para Argentina, dado que, a más de perder la posibilidad de colocar nuestros productos en estos años, la primera de las condiciones del convenio es el compromiso de Brasil de efectuar parte de sus compras de trigo en los EE. UU., luego de los 3 años que cubre el convenio; la segunda, permitir la supervisión de los Estados Unidos del uso de los cruzeiros puestos a disposición del Brasil para los proyectos de desarrollo económico, así como facilitar a las empresas norteamericanas que están radicadas en Brasil, los créditos en cruzeiros que necesiten para las operaciones en ese mercado, y la tercera, determinar el "mantenimiento del valor" del cruzeiro, a fin de asegurar el valor de esa moneda cuando se pague el crédito para el que se fijó un plazo de 40 años.

La fijación de las condiciones del segundo de estos puntos ha dado lugar a dificultades no fáciles de solucionar.

En el acuerdo celebrado el año anterior con ese mismo país, Brasil puso a disposición de empresas particulares norteamericanas, 31 de los 41 millones de dólares, del convenio de venta de excedentes agrícolas.

Con Bolivia también se celebró un convenio de ese tipo, habiéndose colocado, trigo, carne congelada, leche desecada, aceites y grasas vegetales y animales comestibles. El uso dado a los fondos en moneda nacional se controla conjuntamente entre el Gobierno Boliviano y la Embajada de Estados Unidos, aplicándose a planes de asistencia técnica y desarrollo económico, aprobados previamente por Norteamérica.

Este programa de excedentes se está aplicando no sólo en América Latina, sino también en otros continentes.

También Argentina firmó un convenio de ese tipo el 21 de diciembre de 1955, por un total de 25.300.000 dólares, con los cuales se enviaron a nuestro país 80.000 toneladas de aceite comestible de algodón.

El destino que se le dió a ese importe es el siguiente: 1 millón fué destinado a la adquisición por Norteamérica de productos argentinos que se exportarían a otros países; 2.750.000 dólares se aplicó a la adquisición de tungsteno con destino a EE. UU.; 3.850.000 para inversiones en Argentina, y el resto de 17.700.000 quedará en préstamo a largo plazo, sin que se conozcan las condiciones ni el plan a que se aplicará, hasta el momento.

A pesar de las consecuencias peligrosas de corto y largo alcance que tal programa puede significar para las economías del continente (que mereciera severas críticas de parte de México, al que afectó con las ventas de algodón), nuestro país, que hasta la fecha ha sido el más seriamente perjudicado (le sigue Uruguay), no ha reclamado en la medida esperada, sino muy débilmente y con gran retardo.

Pero hay más: en una conferencia de prensa el Subsecretario Adjunto de Estado, Mr. Douglas Dillon, que quedara al frente de la delegación estadounidense, señaló que Argentina había sido consultada antes de la celebración del último convenio de excedentes con Brasil y que había dado su aprobación para que se celebrara (28).

Aunque cueste aceptar de parte de nuestros gobernantes tal conformidad para una política de tan graves consecuencias, las declaraciones del Dr. Mauricio Yadarola, Embajador Argentino en EE. UU., en ocasión de la suba de los aranceles del tung, nos hacen sospechar que es posible esta declinación oficial en la defensa de los intereses nacionales.

IX. EL MERCADO COMUN LATINOAMERICANO

El Mercado Común Latinoamericano se basa en la antigua aspiración de la integración continental, grata al espíritu y los deseos de sus pueblos.

La reciente ratificación por los respectivos parlamentos europeos del Tratado de la "Comunidad Económica Europea" y del Area de Comercio Libre, creando lo que se llama mercado común europeo, trajo a esta

(a) Vale la pena mencionar el destino que debe darse a las cantidades de moneda chilena que se recibirán en pago: 4 millones quedan como préstamo para desarrollo económico y 1 millón se reparte para desarrollar nuevos mercados, financiar actividades de intercambio educacional entre ambos países y cubrir gastos de inversiones del gobierno de Estados Unidos con Chile.

Conferencia Interamericana más firmemente arraigada la idea de un "Mercado Común Latinoamericano".

Claro está que hay que considerar la diferencia de desarrollo entre las naciones que componen el "Mercado Común Europeo" (Francia, Italia, Alemania Occidental, Bélgica, Holanda y Luxemburgo), y las de Latinoamérica, lo que hace un tanto difícil la aplicación total de las medidas y finalidades por ellos adoptados.

Posiblemente haya dos medidas de grandes perspectivas iniciales para nuestra América: la eliminación de derechos de aduana dentro del mercado compuesto por los países miembros y la adopción de similares tarifas aduaneras y una política comercial común para con el resto de los países.

Sin embargo hay que tener en cuenta que la similitud de las economías, el hecho de que se trate de explotaciones primarias fundamentalmente, y el de que la fijación de los precios de la producción dependa de los mercados exteriores y no del país productor, hace que no sea de tan fácil aplicación un sistema similar al europeo, aunque hay que observar y analizar muy de cerca la repercusión que un mercado comprador o vendedor común de tan vastas proporciones como el que se ha formado produce en las repúblicas latinoamericanas.

Tal vez por el momento habrá que empezar por la integración económica regional, si bien la idea de contar con un mercado propio de cerca de 200 millones de habitantes represente la meta ulterior hacia la cual debemos encaminarnos.

La idea del Mercado Común, estaba concentrada en el artículo 15 del capítulo "Comercio Exterior", que, como se verá luego, mereció la oposición de los Estados Unidos.

En él se sostenía originariamente que los Estados limítrofes o pertenecientes a una región económica... podrían acordar convenios preferenciales con fines de desarrollo económico conjunto, para establecer o llegar a establecer uniones aduaneras o áreas de comercio libre, siempre que tales convenios tengan como finalidad esencial el facilitar el comercio de tales regiones.

Estados Unidos hizo reservas a ese texto que en definitiva se modificó (quedando como figura más adelante), pero tampoco en los términos de su redacción final mereció su aprobación.

Queda dicho entonces que hay que pasar por sobre la resistencia norteamericana para la implantación de mercados regionales o áreas de comercio libre.

X. OPOSICIONES Y RESERVAS

A fin de dar una idea general más completa de la actuación de las distintas fuerzas que representaban las delegaciones en esta Conferencia, vamos a mencionar rápidamente los artículos que merecieron el voto negativo y la reserva de los distintos países, como un medio conducente a la orientación de cada política. Debemos adelantar desde ya al lector que a excepción de las explicaciones, reservas o negativas ya detalladas en capítulos anteriores, todas las otras son las que se mencionan abajo y pertenecen a Estados Unidos.

Es realmente ilustrativo observar el texto de los artículos contra los que votó la delegación estadounidense, pero provoca estupor leer los fundamentos de esas negativas.

Los números de los artículos contra los que se pronunció esa delegación son: 7, 13, 15, 18 y 37.

Art. 7.—*Los Estados reafirman que la plena efectividad de los principios de solidaridad de las Américas es inseparable del desarrollo económico y social de sus pueblos, y por ello convienen en cooperar para:*

- a) *El establecimiento y ejecución de programas de desarrollo económico, con el objeto de crear economías nacionales, sólidas y prósperas;*
- b) *Acelerar el desarrollo de sus economías, especialmente la expansión y mejoramiento de la agricultura, la ganadería, la industria manufacturera, minera y pesquera, el aprovechamiento de sus riquezas naturales, el estímulo a la educación y otras actividades afines que contribuyen a la elevación de los niveles de vida de sus pueblos.*

c) *La consecución de un sistema sano de relaciones monetarias y financieras;*

d) *El fortalecimiento de los principios de libertad económica en la medida compatible con los requerimientos y modalidades de cada país.*

La delegación de Estados Unidos se opuso diciendo que... su país no podría aceptarlo porque declara sólo parcialmente y en una forma poco equilibrada los objetivos económicos que deberán proseguirse a fin de ejecutar el amplio plan que está expuesto al principio del artículo". (Es decir, que se negó a firmar un compromiso aduciendo que era poco amplio, en lugar de proponer su reforma y mejora).

Art. 13.—*Los Estados, reconociendo que las fluctuaciones excesivas a que están sujetos los precios de los productos básicos, y, asimismo, una relación inadecuada en los términos de intercambio, perturba acentuadamente la estabilidad de sus economías y perjudican su desarrollo económico, reafirman el propósito de intensificar sus esfuerzos individuales y cooperativos, para no acentuar dichos fenómenos, y, al mismo tiempo, encontrar procedimientos convenientes para la corrección de los mismos.*

El delegado de EE. UU. votó en contra diciendo que su país no puede aceptar este artículo porque parece comprometer a los gobiernos a asumir una responsabilidad por la regulación de los precios en el comercio mundial. (Por lo visto la responsabilidad es de los marcianos).

Art. 15.—*Los Estados procurarán estimular el tratamiento no discriminatorio como la política general que debe regir la conducta del comercio interamericano e internacional, sin perjuicio del cumplimiento por cada Estado de las disposiciones de los convenios internacionales que haya celebrado. No obstante reconocen que:*

- a) *Los Estados limítrofes o pertenecientes a una región económica podrán celebrar convenios que creen o estén destinados a crear, dentro de un período razonable, mercados regionales, áreas de comercio libre y/o uniones aduaneras, con fines de su desarrollo económico conjunto, siempre que tales convenios tengan como objetivo esencial la eliminación paulatina de barreras al libre intercambio de productos y mercaderías dentro de esas regiones. En ningún caso tendrán dichos convenios como finalidad, aumentar las restricciones al comercio con otros países que no participen en ellos;*
- b) *Los Estados podrán aplicar temporalmente restricciones o políticas que puedan afectar la distribución de su comercio en aquellos casos en que tales medidas se justifiquen para encarar problemas específicos y serios de balanza de pagos;*
- c) *Los Estados podrán acordar tratamientos especiales para facilitar el tráfico de frontera.*

La delegación estadounidense votó en contra, diciendo que su país no puede aceptar este artículo, porque crea nuevas excepciones sustanciales a la cláusula incondicional de la nación más favorecida que se estipula en muchos acuerdos internacionales, de los cuales EE. UU. es signatario.

Aquí es conveniente recordar lo dicho sobre el "mercado común" y volver a leer simplemente el artículo, para comprender el motivo de la negativa. (Por otra parte, en la primera parte del artículo se establece sin perjuicio del cumplimiento por cada Estado de las disposiciones de los convenios internacionales que haya celebrado, con lo cual, de todos modos, queda invalidada la respuesta).

Art. 17.—*En casos excepcionales de productos primarios o básicos de importancia económica fundamental para los países americanos en los que se hubieran originado o amenacen originarse excedentes gravosos, los Estados considerarán la celebración de Convenios, entre los países productores y consumidores, abiertos a la participación de todos los países interesados del mundo, que tengan como objetivos fundamentales la expansión del consumo, el mantenimiento del equilibrio entre la producción y el consumo, y la estabilidad de los precios a niveles equitativos, tomando en cuenta los intereses de los consumidores y de los productores, así como las necesidades de una economía mundial en expansión, y creando, cuando sea necesario,*

organismos intergubernamentales, constituidos por las partes interesadas, encargados de ejecutar los convenios.

La delegación de Estados Unidos votó en contra, aduciendo que su país no puede aceptar este artículo, porque representa para los gobiernos un compromiso, en el sentido de negociar acuerdos que podrían someter el comercio internacional de productos primarios a rígidos controles gubernamentales. (Como se ve, aunque esta respuesta es el colmo del ingenio elevado al absurdo, E.E. UU. quiere también el monopolio en materia de convenios, ya que conviene recordar los de colocación de excedentes y los bilaterales de ayuda militar).

Art. 18. — En el firme propósito de los Estados alcanzar fórmulas efectivas de cooperación internacional en lo concerniente a la solución de los problemas de excedentes de productos primarios o básicos, a cuyo efecto sostienen los siguientes principios:

- a) recomendar a los Estados miembros, que la comercialización de los productos primarios o básicos se efectúe en forma ordenada, a fin de no perturbar indebidamente la demanda y los precios en los mercados mundiales y las corrientes del intercambio comercial entre los países interesados;
- b) reiterar que en la absorción o disposición de excedentes de productos primarios o básicos, los países interesados continúen aplicando un régimen de consulta mutua, oportuna y efectiva, que contribuya al cumplimiento más eficaz de una política de liquidación ordenada;
- c) que cada país debe seguir tratando de elevar su producción de modo de evitar medidas que den origen a la formación y acumulación crónica de excedentes.

La delegación estadounidense se opuso en los siguientes términos:

Aunque de acuerdo con el carácter general de este artículo, que está en conformidad con la política estadounidense, E.E. UU. no puede aceptar la redacción del mismo, porque haría necesario introducir cambios en los programas actuales de colocación de excedentes agrícolas que harían impracticables los mismos. (Aquí ya se habló claro: si a los demás países les molesta nuestro sistema de colocación de productos primarios con el programa que nosotros aplicamos, lo lamentamos, pero seguiremos adelante).

Art. 37. — Los Estados procurarán la eliminación de medidas discriminatorias y restricciones innecesarias a la navegación comercial internacional, con el fin de promover la disponibilidad de los servicios marítimos para el comercio mundial. No constituyen discriminación la ayuda y fomento acordado por un Gobierno, o por un grupo de países pertenecientes a una misma región económica, a sus marinas mercantes con miras a su desarrollo y para fines de seguridad, y las medidas tendientes a transportar una parte sustancial de su comercio exterior, en naves de su propia bandera, siempre que dicha ayuda y fomento o medidas, no estén fundados en motivos innecesarios ni fueran concebidos con el propósito de restringir a las naves de cualquier bandera, la libertad de participar en el comercio internacional.

Estos mismos principios se aplicarán, en cuanto sea posible, a los demás medios de transporte, excepto al transporte aéreo.

La delegación de Estados Unidos fundó en estos términos su voto negativo: El artículo, en la forma en que fue votado, se refería únicamente al transporte marítimo, y no abarcaba todas las formas del transporte internacional. No se hace referencia a la carga comercial privada, que es el verdadero tema de este artículo.

El artículo no contenía referencia al seguro de transporte. La referencia a la acción adoptada por un grupo de países en una región para ayudar a su marina mercante (a), calificándola de no discriminatoria, es inaceptable, puesto que abre las puertas a la discriminación contra los servicios de transporte extrarregionales;

La referencia a medidas que desvían una parte sustancial del comercio exterior de un país a barcos de su bandera, lleva a prácticas discriminatorias; y La eliminación del transporte aéreo de las disposiciones de este artículo es inaceptable.

(a) Se refiere a la flota grancolombiana, integrada por Colombia, Venezuela y Ecuador.

Este artículo había sido preparado en un Grupo de Trabajo, compuesto entre otros por un delegado estadounidense, que fué el único que votó en contra.

Argentina también formaba parte de tal subcomisión, y en representación de todo el Grupo, dió una declaración, solicitando a Estados Unidos reconsiderara su negativa, fundando el pedido, entre otras cosas, en que *La competencia internacional de marinas mercantes altamente desarrolladas, apoyadas y subsidiadas en variadas formas, con grandes recursos económicos, impide el desarrollo y amenaza la subsistencia de nuestras incipientes marinas mercantes.*

Como se advertirá, la interpretación que se hace del término "discriminatorias" es distorsionada al máximo, ya que ni con la mejor voluntad puede aplicarse a la preferencia por lo nacional. A pesar de la *gauchada* que Argentina le hiciera al pedir la modificación de su propio proyecto aprobado sobre los excedentes, Norteamérica mantuvo su cerrada negativa. (Lamentablemente, el ejemplo cunde, y los participantes del "Club de París" —cuya acta sigue siendo secreta para los argentinos— también pretenden exigir que Argentina elimine la preferencia a favor de la Flota Mercante del Estado, para el transporte comercial. Esperamos que también en esta ocasión el Gobierno provisional se niegue a aceptar tan irritante pedido).

Las explicaciones dadas a los votos, más que éstos mismos, demuestran que Estados Unidos no está ni estará dispuesto a cesar en la aplicación de una política absolutamente individual. La "cooperación entre los países americanos", de la que tanto se habla, y el "profundo sentido americanista", existen en la medida que beneficie a los fines económicos o bélicos de esa nación. Nada de tomar compromisos económicos, aun cuando sean de ínfima trascendencia o de carácter moral o ético. Es una dura lección que costará asimilar, pero que debe servir de experiencia para la futura interacción latinoamericana.

La no aprobación del Convenio, pese a que cada una de las delegaciones había manifestado su esperanza de conseguirlo, permitió decir que se giraban todas las opiniones y objeciones de los delegados, junto con el mismo, al Consejo Interamericano Económico y Social, para proseguir su estudio.

XI. LOS UNICOS RESULTADOS

Sin embargo, y como no se quería demostrar el fracaso, no se podía levantar la Conferencia sin aprobar documentos que permitieran hacer declaraciones reconociendo el éxito y la importancia de tal reunión; (el presidente de los E.E. UU., Dwight Eisenhower, interrumpió sus vacaciones para declarar que el éxito de la Conferencia había sido rotundo y que por el camino de la cooperación panamericana los pueblos habrían de alcanzar su más amplio desarrollo económico y felicidad).

Para tal fin se sancionaron 44 documentos que, prologados por la llamada "Declaración Económica de Buenos Aires", demuestran cómo el Panamericanismo en acción, representado por la O.E.A. y patrocinado por Norteamérica, sólo sirve a los fines hegemónicos de esta nación.

Excuso al lector la monotonía de transcribir los 44 documentos aprobados, aún en su parte resolutive. Es innecesario, ya que de los mismos no surgen más que vagas e imprecisas recomendaciones.

El engaño en que alguien haya caído al leer los títulos de los documentos sancionados, sólo puede ser imputable a la ampulosidad con que se ha llamado a estas resoluciones que nada resuelven.

No es éste el lugar de insistir sobre la necesidad urgente en toda América Latina de una verdadera Reforma Agraria.

Entonces, cuando en una Conferencia Interamericana de estas características se sanciona un documento que lleva por título "Financiamiento de la Reforma y Colonización Agraria", existe el derecho de suponer que el mismo tiende a recomendar se realice la Reforma con la mayor celeridad posible. Pues bien, la parte ejecutiva dice: *Solicitar de los organismos internacionales de financiamiento que sigan prestando atención al financiamiento de los planes racionales de reforma y colonización agraria y a la cooperación técnica apropiada.* (Los comentarios huelgan).

Podría, sin embargo, decirse que ésta puede ser la excepción por los grandes intereses en juego que tiene E.E. U.U. en las explotaciones agrícolas, sobre todo en el Caribe; pero no es así. Lamentablemente, todos, absolutamente todos los documentos aprobados son del mismo corte.

Veamos dos más, que tratan aspectos que a lo largo de la Conferencia se demostró eran de importancia capital para todos los países latinoamericanos.

El documento número 24, "Problemas Americanos de Divisas", reconoce en los considerandos que los desvíos entre exportaciones e importaciones de bienes de capital y consumo pueden llevar a los países insuficientemente desarrollados a renunciar a sus programas de desarrollo económico, por carencia de divisas. Para solucionar tal desequilibrio, *Recomienda: Que el CIES solicite al F.M.I. que realice por medio de sus técnicos especializados en asuntos monetarios latinoamericanos, en un plazo no mayor de un año, un estudio especial sobre las presiones inflacionarias y problemas de divisas que confrontan los países de América Latina, especialmente en relación con sus actividades de desarrollo económico y social.*

Veamos el titulado "Desarrollo Industrial", del que tanto se hablara, señalando el rol fundamental que desempeña en el nivel de vida de los pueblos latinoamericanos. *Resuelve: Recomendar que los organismos competentes consideren la ampliación de los recursos que favorezcan una mayor cooperación técnica e investigaciones tecnológicas industriales de los países latinoamericanos.*

No vale la pena extenderse ni en comentarios, ni en otras transcripciones; reiteramos que no hay uno solo que resuelva o aconseje al menos en términos concretos y realistas. El análisis del resto sería la repetición de vaguedades de las cuales dan la pauta los documentos mencionados.

La llamada "Declaración Económica de Buenos Aires", con la que se quiso llenar el vacío dejado por el Convenio, y cuya redacción, realizada en reuniones ultrasecretas en el Ministerio de Hacienda, luego de ingentes esfuerzos de cada delegación y de tiras y aflojas para lograr un acuerdo general, consiguió concretarse en 10 puntos, es casi la repetición de los documentos referidos anteriormente.

En efecto, comienza reiterando *Que es intención de los Gobiernos consolidar condiciones que fomenten al máximo el crecimiento económico de cada país mediante la obtención de altos y estables niveles de ingresos reales, de empleo y de consumo...*

Declara que para la realización de estos principios es propósito de los gobiernos promover:... aquí figuran los 10 puntos que, aunque difusa y ambiguamente, promuevan en forma sintética atención a algunas de las necesidades continentales. Pero todo ello está invalidado por una consideración final, que dice textualmente: *Los términos de esta Declaración serán aplicados por cada Estado en la medida que se lo permitan sus respectivos recursos y necesidades, sus propias leyes y sus obligaciones internacionales.*

Vale decir que se aprueba para que salga algo, pero puede archivar sin más, ya que es optativo y en ningún caso obliga en lo más mínimo.

En 1959 se reunirá nuevamente la Conferencia Económica Interamericana en Ecuador, donde otra vez se exhumará un Convenio que por algunos días logrará la expectación y el interés americano.

¿Qué soluciones pueden esperarse de una reunión en que los intereses representados son absolutamente contrarios, no pocas veces en abierta pugna entre sí?

Los datos recogidos en este trabajo y las reflexiones hechas alrededor de la última Conferencia Económica son simplemente un índice que pretende señalar algunas de esas contradicciones en concreto.

Estados Unidos, es bueno repetirlo, pretende que los países latinoamericanos sirvan dócilmente a su política en términos mundiales y, en la actualidad, especialmente a su política estratégica, dirigida por el Pentágono. Una línea coherente y unitaria en tal sentido le es, sin embargo, obstaculizada tanto por sus contradicciones internas como por las necesidades de su capitalismo imperialista. Los capitales buscan simplemente su beneficio, desdénando toda otra consideración, aun cuando ese beneficio entre en conflicto con las necesidades de tipo estratégico. Ello es totalmente inevitable. La prueba más evidente de tales contradicciones,

aunque no la única, dentro de lo comentado, está dada por la política seguida con los excedentes agrícolas.

Sin embargo, esas contradicciones no aparecen como tales al proyectarse sobre los países periféricos: el poder político desde la Casa Blanca trató hacer seguir ajustadamente sus necesidades imperialistas, y resulta así que exige simultáneamente la subordinación estratégica y la conformidad ante la explotación económica. Los intereses de las naciones latinoamericanas entran así en conflicto con Estados Unidos, aun en los casos en que la buena voluntad hacía la sumisión es mayor de parte de sus clases gobernantes.

El problema no puede paralizarse: exportaciones, precios, inversiones, desarrollo industrial, soberanía, o se ven en el cuadro de una emancipación nacional real o sirven a intereses de grupo que circunstancialmente podrán coincidir con las necesidades generales, pero que a la larga asfixiarán el propio crecimiento económico si se pretende que tenga fines nacionales.

No hay que engañarse, la lucha es por el poder político, y éste debe ir al pueblo. No importan las buenas intenciones que puedan tener quienes detentan el poder. Ya en otra coyuntura decisiva "la inoperancia y la falta de imaginación de los equipos gobernantes" (29) coadyuvó con quienes sí sabían lo que había que realizar para salir de la crisis, y en cambio hicieron lo contrario.

Nuestra estructura económica actual sólo puede mantenerse dando su adhesión a la política imperialista de las grandes potencias. No tiene otra posibilidad; pero su aceptación desemboca en un callejón sin salida. Habrá que empezar —pero definitivamente— a mirar hacia el país, y a obrar sin miedo a las transformaciones de fondo, porque a esta altura no bastan ya los paliativos.

De ahí en adelante será inevitable advertir que, en definitiva, mientras subsista el actual régimen de la propiedad, la sociedad estará dividida en clases y la cuestión entonces se plantea entre poseedores y desposeídos, entre las clases que viven en el ápice de la actual estructura y de sus beneficios y la masa del pueblo, que es la que produce y padece. Todo eso es elemental y hay que aceptarlo, y resulta inconcebible que muchos que suscriben programas populares se nieguen a admitirlo.

Como se comprende, en esta lucha no puede haber espectadores imparciales. El importante sector de clase media (aun en sus capas superiores, si alientan pasión nacional) deberá integrar el gran proceso transformador que hay que iniciar en lo interno para que se pueda salir realmente de la dependencia de las potencias extranjeras. Válido para todos los países subdesarrollados y dependientes o semi-dependientes, el razonamiento indica a Latinoamérica que solamente en la integración de sus pueblos encontrará la fuerza y las soluciones que vanamente se buscan en el panamericanismo.

Marisa Muñoz de Liecaga.

Septiembre de 1957.

- (1) "Visión", 2 de agosto de 1957.
- (2) En realidad, Venezuela estuvo simbólicamente representada, pero no envió delegación, ni existía en nuestro país representación diplomática que la suplantara, por estar rotas las relaciones diplomáticas con Argentina.
- (3) Vale la pena recorrer los diarios de los primeros días de la Conferencia, para hallar sobre todo, en las declaraciones del presidente del C.I.E.S., Dr. Washington Bermúdez; del secretario general de la O.E.A., Dr. Mora; del presidente de la delegación de Haití, embajador Pierre L. Hudicourt; del ministro de Gobierno de Cuba, Dr. Gustavo Gutiérrez, y de las delegaciones de México, Chile y Uruguay, el duro calificativo que merece la política norteamericana, y el desaliento que provoca la inoperancia de las organizaciones o instituciones que nominalmente sirven al desarrollo de los pueblos de Latinoamérica.
- (4) Boletín Económico de América Latina, Volumen II, N.º 1, febrero de 1957.
- (5) Boletín Económico de América Latina, Volumen I, N.º 2, septiembre de 1957.
- (6) La Energía en América Latina, CEPAL, 1956.
- (7) Estudio Económico para América Latina, CEPAL, 1955.
- (8) "El Economista", 18.3/1957.
- (9) La Inestabilidad de los Mercados de Exportación, CEPAL, 1952.
- (10) Sabido es que Estados Unidos ejerce la discriminación más absoluta y arbitraria para permitir la entrada de viajeros no inmigrantes: no obstante eso, tanto en el Convenio de Bogotá como en el de Buenos Aires, intentó hacer aprobar un artículo por el cual se eliminaban totalmente las discriminaciones, aun de salud, lo cual en 1948 mereció las reservas de la delegación argentina. Recopilación de Tratados, Resoluciones y Recomendaciones, Tomo II, O.E.A. Año 1957.

- (11) John B. de Mille, "Minerales Estratégicos". Ed. Aguilar, Madrid.
- (12) Jean Teissedre, "Le Plan Marshall". Herman & Cie. Editeurs, París.
- (13) J. Chardonnet, "Economía Mundial Contemporánea". Edt. Terde, Barcelona.
- (14) Las Inversiones Extranjeras en América Latina, 1955. CEPAL.
- (15) Inversiones Extranjeras, O.E.A., 1957.
- (16) Departamento de Comercio de los EE. UU. Enero 1957.
- (17) El término "inversiones directas", de acuerdo a la terminología de la CEPAL, se aplica a las inversiones norteamericanas, hechas en una empresa situada en otro país, por personas naturales que no residen en él, o por empresas no establecidas en tal país, y que controla la empresa. Hay "control" de una empresa, cuando la participación estadounidense representa por lo menos un 25 % con derecho a voto, y es propiedad de una persona o grupo afiliado que resida habitualmente en los EE. UU. También lo es, cuando está en manos del público de los Estados Unidos, un 50 % por lo menos de las acciones, aún cuando ningún individuo o grupo asociado posea a tener 25.25 % por sí solo.
- (18) Singer H. W., Comercio e Inversión en Países poco desarrollados. "El Trimestre Económico". Fondo C. Económica, México, abril-junio 1953.
- (19) Llórens, José V., "La Radiación de Capitales Extranjeros". Ed. Centro Estudiantes Ciencias Económicas, Córdoba, 1953.
- (20) Nurkse Ragnar. Problemas de Formación de Capital. Fondo C. Económica de México.
- (20 bis) Los recursos tributarios y otros medios de ahorro forzoso, aplicados por los principales países después de la última guerra, están muy bien documentados en: Henry Laufenburger, "Finanzas comparadas". F. C. E. México.
- (21) Dr. Alkmín, Ministro de Hacienda de Brasil. "La Razón", 20/3/57.
- (22) Dr. Gustavo Gutiérrez, Jefe de la Delegación Cubana. "La Razón", 22/3/57.
- (23) Ley del Banco de Exportación e Importación, sancionada por el Senado y la Cámara de Representantes, el 31/7/48.
- (24) En la XI Reunión de Gobernadores del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, celebrada en Nueva York en setiembre de 1956, el representante de Cuba, Sr. Joaquín E. Meyer, denunció (además de los requisitos que hemos dado a conocer en anteriores trabajos: "Palabra Radical", números 18, 21, 22, 23, 30 y 33 del 8-3, 18-4, 1-5, 25-7, 15-8 y 1-10 1956), que el Banco para prestar dinero, a veces exige "que el país solicitante aumente las tarifas de servicios públicos", con lo cual "está interfiriendo en los asuntos internos de los países miembros de una manera no prevista en el Acuerdo", con lo que muestra la realidad de los hechos pero está lejos de señalar su gravedad.
- (25) Oyhanarte, Julio. La lucha Antimperialista. Definiciones Radicales, La Plata.
- (26) Estudio Económico de América Latina. CEPAL, 1956.
- (27) Informaciones Económicas. Washington, octubre 1956.
- (28) "Clarín", 4 de setiembre de 1957.
- (29) Ortiz, Ricardo, Historia Económica de la Argentina. II Tomo. Raigal.

La colección *Reediciones y Antologías* está animada por una mirada que vuelve sobre los textos pasados. Una visita curiosa y cauta que intenta traer al presente un conjunto de escritos capaces de interpelarnos en nuestra existencia común. Trazos sutiles que convocan a despertar la sensibilidad crítica de un lector, desprevenido u ocasional, que encontrará en estos volúmenes buenas razones para repensar nuestra incierta experiencia contemporánea.

En algún momento en que debió valorar esa experiencia, el crítico Rodríguez Monegal destinó a *Contorno* la expresión “parricidas”. Esta fortísima palabra quería significar la naturaleza del corte que intentaba la revista. Corte con los lenguajes abúlicos y melancólicos del ciclo anterior, que podrían señalarse en la obra de Eduardo Mallea; corte con los estilos críticos que se lanzaban a proteger normas lingüísticas ajenas a una nueva coloquialidad innovadora —como trasunta la crítica de Masotta al profesor Vocos Lescano—; corte con una visión prejuiciosa de la política argentina, que mantenía a las clases populares bajo una observación en la que mucho pesaban los criterios de la revista *Sur*, para quien la “reconstrucción nacional” significaba en primer lugar un exorcizo de “los hombres capaces de todos los males”.



ISBN 978-987-9350-23-2



9 789879 350232